EL III REICH 56

Anesa

EL REICH

Título original de la obra: DAS III REICH
© 1974 by John Jahr Verlag
2000 Hamburg 1, Burchardstr. 14
© 1974 by Editorial Noguer, S. A.
Paseo de Gracia, 96
Barcelona-8, para España y países de
lengua española.
© 1975 América Norildis Editores, S. A.,
para América Latina

ISBN (tomo) 84-279-6655-5
ISBN (obra) 84-279-6654-7
Depósito legal: M. 36.076-1974

Fotocomposición: Rotedic, S. A.
Impresión: Novograph, S. A.
Carretera de Irún, Km. 12,450, Madrid-34
Printed in Spain

EL III REICH

HISTORIA TOTAL DE UNA EPOCA DECISIVA

4

De la batalla del Cáucaso a la capitulación incondicional (1942-1945)

Anesa / Noguer

Comité editorial internacional:
José A. Schettini
José Pardo
John Jahr

Director de la edición latinoamericana:
Fernando Vidal Buzzi

Director de la edición española:
José Pardo

Asesor técnico:
Pedro Wender

La obra original se debe a
Christian Zentner, Jefe de Redacción,
con los redactores
Reinhard Barth
Friedemann Bedürftig
Wolfgang Fischer
Jochen Grossmann
Rolf Steinberg
y numerosos colaboradores especialistas
en el tema

INDICE

África, campaña de

Wulf Weiter: Los "zorros del desierto" VII: El Alamein - La batalla decisiva . 22
VIII (final): El último bastión: Túnez - Fin de la guerra en África 82
Walter Görlitz: ¿Qué pasó en África? - El papel de la campaña del desierto en los planes estratégicos de Hitler . . . 81
Reportaje gráfico de las compañías de Propaganda - Las cuatro plagas del desierto (septiembre 1941) 96

Antisemitismo

Jochen R. Klicker: Jud Süss - Filme antisemita 192
Günther Deschner: El problema judío - El genocidio encubierto 201
El exterminio de los judíos - El temible fruto de la persecución racista nazi 202

Armas SS

Karlludwig Opitz: Cazadores furtivos en el frente - La "Brigada de asalto SS Dirlewanger" 14
Karlludwig Opitz: 12 SS-Panzerdivision "Hitlerjugend" 372
Günther Deschner: Las armas SS- ¿Ejército político? 402

Documentos

Distintivos usados por las Waffen-SS (1939-1945) 406
Hacer realidad la nueva Europa - Confesiones de un voluntario 414
Canción de la fidelidad SS 415

Crímenes de guerra

Los cuerpos se estremecían - Grupos de acción especial en su "trabajo" - Relato de un testigo 207
Walter Görlitz: Las penalidades de la población civil 361

Crónica

29, 58, 98, 147, 180, 213, 258, 297, 338, 378, 418, 469, 509

Cultura

Gran exposición de arte alemán - Munich, 1943 77
Jochen R. Klicker/Rolf Steinberg: Lili Marleen - Una canción recorre el mundo 106
Teatro en el frente - Historia de un filme edificante 148
Alegrías del frente - Reportaje gráfico en color 155
Jochen R. Klicker: Jud Süss - Filme antisemita 192
Cornelia Giessen: Leni Riefenstahl - Artista en el III Reich 269
¿Adónde va Europa? - Un artículo de "Signal" 470
Jochen R. Klicker: Kolberg - Un film de tesis contra viento y marea 512

Economía

Harald Steffahn - Consumo normal - El aprovisionamiento de la población civil durante la guerra 252
Harald Steffahn: Cañones o mantequilla - Economía de guerra alemana. 427

Este, frente del

Günther Deschner: Varsovia en pie - ¿Dónde está el Ejército Rojo? 385
Erich Winhold: La lucha por el Reich- Ataque a Berlín 442

Exterior, política

Walter Görlitz: Los aliados del Eje - Compañeros de guerra de Hitler . . . 161
Wulf C. Schwarzwäller: Comienza la guerra fría - Conferencia de Yalta . . 421
Walter Görlitz: Capitulación sin condiciones - Fin de la guerra en Europa pero no hay paz 501

Guerra aérea

Horst Günther Tolmein: Duelo en la sombra - Desarrollo del radar 32
Walter Görlitz: El ocaso de la "Luftwaffe" 41
Wolf Heckmann: El horror de los bombardeos - Muerte en las ciudades alemanas 351
Walter Görlitz: La "Luftwaffe" en guerra - Lucha sin criterio 376
Cajus Bekker: Jabalí salvaje - La caza nocturna en su apogeo 381

Guerra marítima

Walter Görlitz: El final de la Marina de guerra alemana 241
Horst Günther Tolmein: El ocaso de los U-Boot - Fin de la guerra de submarinos 243
La vida en los "tubos de acero" - Harald Busch recuerda 245
"Imágenes de la vida de un submarinista" - Texto de una hoja volante inglesa 249

Habla Hitler

Yo me reservo la última palabra . . . 37
No queda sino dispararse 59
Una resolución encarnizada 99
Con la ayuda del Todopoderoso . . . 159
Ignominiosa Italia 187
La vanguardia de la venganza 235
Inglaterra ha perdido su prestigio . . 259
Esta vez ajustaremos cuentas 300
Cuando la Providencia quiere 339
La guerra continúa 379
No me he dormido 419
Desgracia y pena 476
Todo esto es un autoengaño 500

Ideología

Ulrich Deister: Las "fuentes de vida" de Heinrich Himmler 181
"Con eso no se casa uno" - Himmler habla a sus oficiales 184
"Debíamos olvidarlo todo" - El rapto de niños polacos para su germanización 186

Léxico

de la II Guerra Mundial
Oboe - Países Bajos 38
Panther - Plan general Este 78
Ploesti - Ravensbrück 118
Regia Aeronautica - Rokossovski . . 156
Roma - Rzev 197

Sachsenhausen - Sherman 238
"Shingle" - SS - Unidades de la calavera 278
Stalin - Swordfish 317
T - 34 - Tojo 358
Tokio - Unión Soviética 398
Unión Soviética (contin.) - Vítebsk . 438
Vittorio Veneto - "Wilde Sau" 477
"Window" - "Zwilling" 518

Militares, cuestiones

Walter Görlitz: Abastecimientos y provisiones 121
Karlludwig Opitz: Caballos en la guerra - Camaradas de cuatro patas . . . 188
Hubert Fischer: Cuerpo de Sanidad - El servicio sanitario en la guerra . . . 237
Wolfgang Fischer: Auxiliares de la Wehrmacht - Mujeres en la guerra . 309
Walter Görlitz: Tropas selectas - La nueva guardia 401
"Maldito orden jerárquico" - Hitler y los generales de la vieja escuela. 436
Karlludwig Opitz: Volkssturm - Niños y ancianos al frente 482
No se olvidaron de nada - Alistamiento de los hombres del Volkssturm . . 485
Los últimos efectivos del "Führer" - Versos de la resistencia acerca del Volkssturm 488
Karlludwig Opitz: Hombres lobo - ¿Partisanos nacionalsocialistas? 508
Derrota honorable - Ultimo parte del OKW 516

Ocupación, política de

Günther Deschner: ¡Ejecución implacable! - La guerra de partisanos en el Este 173
Joseph Müller-Marein: Los alemanes en París - Dominio nazi junto al Sena . 214
Reportaje gráfico en color - Vida cotidiana en París durante la ocupación . 218
En ningún caso una formación superior - Política con los pueblos del Este (Planes de Martin Bormann) 473

Oeste, frente del

Wulf Weiter: Invasión
I. El día D - Comienza la invasión . . 221
II: La bolsa de Falaise - Avance de los Aliados 301
III: El puente de Arnhem 341
Wolf Heckmann: Con temporal o con nieve... - Ofensiva de las Ardenas 1944 363
Horst Günther Tolmein: El paso del Rhin - Avance de los Aliados 464

Pacífico, guerra en el

Raymond Cartier: A la victoria en bicicleta - Los japoneses conquistan Singapur 101
¡Japs son Japs! - Japoneses en campos de concentración norteamericanos 116
Wolf Heckmann: Midway - El ocaso del dominio naval japonés 141

Personas

Bormann

Harald Steffahn: Martin Bormann - La eminencia parda 472
"Una curiosa idea" - La vida amorosa de Bormann 475

Goebbels

Harald Steffahn: Joseph Goebbels - El "pequeño doctor"
I: El joven Goebbels 16
II: El arte de engañar a las masas . . 62
Entregado a Hitler en cuerpo y alma - François Ponçet acerca de Goebbels 67
Albert, ¡es terrible! - La crisis del matrimonio Goebbels 69

Hitler

Las enfermedades de Hitler - Resultados de la investigación de Werner Maser 136
Harald Steffahn: Hitler estratega - "El mayor estratega de todos los tiempos" y la guerra 432
Erich Winhold: Muerte heroica del "Führer" - El fin en el bunker 490

Mussolini

Walter Görlitz: El retiro de Mussolini - Marioneta del "Führer" 441
Amor y muerte - Huida y ejecución de Mussolini y Clara Petacci 504

Rommel

Günther Deschner: Una semblanza . 294

Propaganda

Pin-ups - La añoranza del soldado . . 314
Hojas volantes - Los miedos del soldado 336
Ernest K. Bramsted: Quien no se consuela... - Propaganda hasta el final 392
Walter Görlitz: Armas maravillosas . 481

Documentos

Patria luminosa - Reportaje gráfico de "Signal" 30
El culto al "Führer" - J. Goebbels: Cuando el "Führer" habla 66
¡Pueblo, levántate! ¡Lánzate al combate! - Goebbels en el Palacio de los deportes berlinés 68
La caza del ladrón de carbón - Un juego familiar 256
Un paso decisivo - Reportaje sobre la V1 en "Signal" - Noviembre 1944 . . 393
Aplastar las irrupciones - Protocolo de la conferencia de Goebbels del 25/26-XI-1942 395

Resistencia

Karlludwig Opitz: Comité nacional "Alemania Libre" 72
Paul Keim: El 20 de julio de 1944 - La conjura de los generales 282
Harald Steffahn: La Rosa Blanca - Los hermanos Scholl 298

Rusia, campaña de

Walter Görlitz: Los objetivos muy por encima de las fuerzas 1
Werner Richter: Operación "Barbarroja"
VIII: La lucha en el Cáucaso 2
IX: Stalingrado - El fin del Ejército 6 42

X (final): La batalla de Kursk 122
Erich Winhold: El camino de regreso - Tierra quemada 321
Erich Winhold: Manstein salva el Frente sur 322
(*Continuación de la serie véase* "Este, frente del")

Documentos

Cazadores de montaña en el Cáucaso 10
Las últimas cartas de Stalingrado - Documentos de la caída 48
Alexander Werth: Hasta la última gota de sangre. Reformas en el Ejército Rojo 57

Servicios secretos

La singular arma secreta de Hitler - "Operación Bernhard" 112
Fritz Langour: Puño de hierro en chaqué - El atentado contra Stalin 274

Sur, frente del

Duce, el "Führer" me envía - La liberación de Mussolini 162
Karlludwig Opitz: Monte Cassino - Lucha ante la Línea Gustav. 262
Capitulación en Italia - Termina la guerra en el Sur 455
Gerhard Hümmelchen: Derrumbamiento en los Balcanes - El final en el Sudeste 461

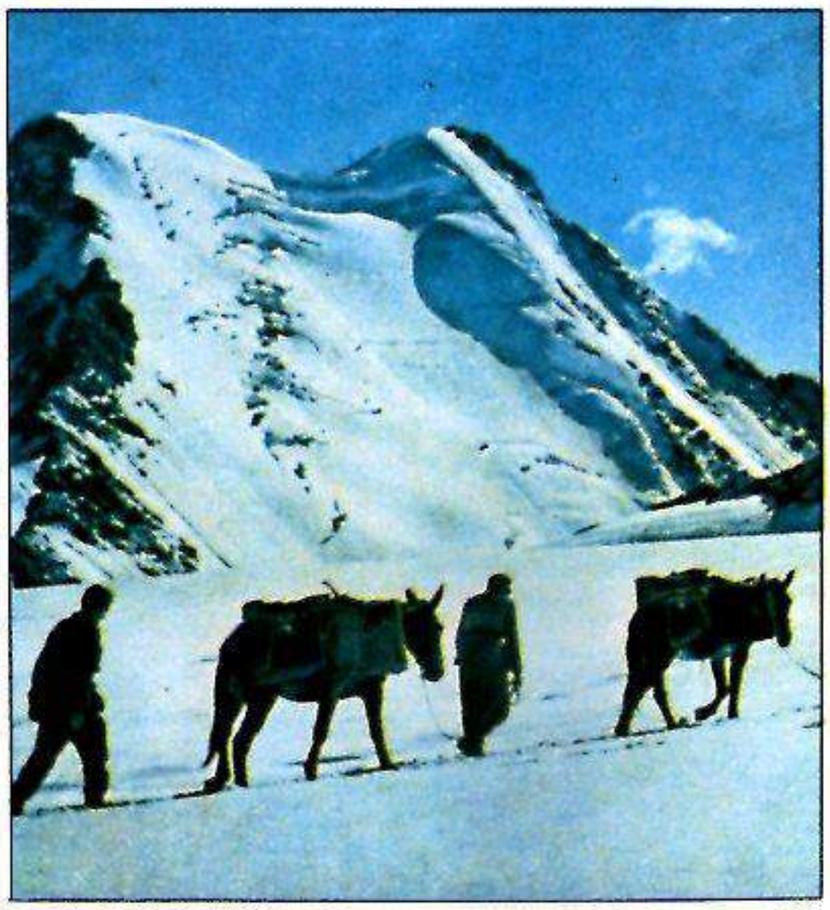
FE DE ERRATAS

	DICE	DEBE DECIR
Pág. 16. Col. I , Línea 1	1942	1924
" 119, " III, " 3	16-1-1908	16-1-1940

Los objetivos muy por encima de las fuerzas

A finales de octubre de 1942 llegaba al cuartel general del *Führer* («Werwolf»), situado en los bosques de abetos de Vinnitsa (Ucrania occidental), el general *Feldmariscal* von Manstein, comandante en jefe del Ejército 11, conquistador de Sebastópol. El motivo de su viaje era el de recibir a su Estado Mayor. En un principio, el Ejército 11 había sido muy adecuado, tras la ocupación de Crimea, para tomar la península de Kerch e incorporarse acto seguido a la gran ofensiva que por el sur llevaba a cabo el Grupo de Ejércitos A sobre el Cáucaso y los campos petrolíferos de Bakú, en Azerbaidzhán. Hitler decidió otros planes. Además de los ambiciosos objetivos de las operaciones en el sur del frente oriental, de la conquista del Cáucaso y los caminos hacia Stalingrado, a orillas del Volga, también ambicionaba tomar Leningrado en el cálido verano de 1942, mediante una operación en el norte del frente oriental. El grueso del Ejército 11 fue cedido al Grupo de Ejércitos Norte y la conquista de Leningrado quedó en nada. Ahora –finales de octubre de 1942– Hitler afirma que piensa entregar a Manstein, en un tiempo prudencial, el mando sobre el Grupo de Ejércitos A. El comandante supremo de este sector, general List, había sido retirado del servicio activo en septiembre de 1942 porque tenía por imposible la consecución de los objetivos estratégicos ordenados por Hitler: el *Führer* le había hecho ya por esta razón serias advertencias. Momentáneamente era Hitler en persona el que, a modo de comisario, dirige este Grupo de Ejércitos distante miles de kilómetros. Por su parte, Manstein apenas logró disimular su escepticismo a lo largo de la conversación. Pero Hitler, según su costumbre, manifestó que, para el año siguiente, 1943, se proponía llevar a cabo un ataque motorizado masivo contra el Cáucaso, para continuar hacia el Próximo Oriente.

En el verano de 1942 esos sueños eran algo más que extravagancias. Mientras el Grupo de Ejércitos A había de conquistar el Cáucaso y los campos petrolíferos, el Ejército acorazado germano-italiano de África del mariscal Rommel recibía la orden de marchar sobre el canal de Suez por el norte de Egipto, a través de Alejandría. Mediante la formación de una imaginaria y enorme tenaza habrían de quedar destrozadas las posiciones británicas en Oriente Medio.



Una imagen idílica: una columna de transporte alemana, en marcha a través de los campos nevados del Cáucaso.

Ahora, a finales de octubre, el Grupo de Ejércitos A, al que Hitler no le había transferido al fin el Ejército 11, al que había privado además del 4.º *Panzerarmee* y el Ejército 3 rumano, empleados para la batalla de Stalingrado, se encontraba ante los desfiladeros del Cáucaso central y a orillas de los ríos Tiérek y Baxan, junto con el 1.er *Panzerarmee* y el Ejército 17.

Cuando Hitler expuso a Manstein sus planes, el fiel de la balanza no se había inclinado aún en el frente del Norte de África, en El-Alamein, pero que el vencedor definitivo sería Montgomery era algo que ya no dudaba nadie. En el Cáucaso, los jefes supremos de los Frentes «Cáucaso Norte» y «Transcaucásico» (Grupos de Ejércitos), el mariscal S. M. Budennij, y, a partir de octubre, el general de División J. J. Petrov y el general I. V. Tiuleniev, habían desplegado una enorme resistencia, mediante habilidosas maniobras de escapada para no combatir. Este último general detuvo sus tropas ante los pasos del Cáucaso central y orillas del Tiérek. Nadie podría decir qué conmoción se habría producido si él o sus unidades hubiesen fracasado. Pero no fue así, y los violentos sueños de Hitler, edificados en el aire, quedaron convertidos en nada.

Al bloqueo del Grupo de Ejércitos A ante el Cáucaso siguió la derrota germano-italiana junto a El-Alamein, el desembarco de tropas americanas en Marruecos y el cerco del Ejército 6 en noviembre de 1942, en torno a Stalingrado. Los objetivos de la ofensiva alemana en ese verano que ya concluía eran demasiado múltiples, demasiado distantes, y los debían lograr tropas muy alejadas del escenario de cada teatro de operaciones, tropas que, además, ya eran de por sí muy débiles para conseguirlos. La historia militar recoge desde sus inicios ejemplos en los que conquistadores del mundo, como Alejandro Magno, al frente de ejércitos pequeños, pero bien guarnecidos, eran capaces de derribar en poco tiempo a verdaderos gigantes. Condición indispensable para ello era la superioridad de los propios estrategas, de las propias armas y de la técnica empleada. La historia de la guerra apenas incluye otro caso en el que un estratega llegase a sacrificar con tanta ligereza sus tropas como el protagonizado por Hitler en aquel año de 1942. La superioridad en el arte estratégico dejó de existir en las altas esferas del Mando alemán; mientras tanto, el enemigo, los soviéticos, británicos y norteamericanos ganaban cada mes en hombres y en empuje de lucha. Federico el Grande acuñó en su tiempo el principio, según el cual, quien se propone defenderlo todo termina por no defender nada. Podría parafrasearse esta máxima, aplicándola a 1942, y quedaría así: Quien se propone conquistarlo todo de una vez, terminará por no conquistar nada.

Walter Görlitz □

LA LUCHA EN EL CAUCASO

Operación "Barbarroja" VIII

Werner Richter

El avance discurría por unos parajes que los alemanes conocían tan sólo por los libros escolares de geografía: las estepas de Kuban y de los Calmucos. Los objetivos no eran menos fantásticos: los puertos del mar Negro, Georgia, los campos petrolíferos de Bakú. Y, lo más sorprendente: esa campaña, que había comenzado en agosto de 1942, marchaba bastante mejor de lo previsto.

Los alemanes encontraron en las montañas del Cáucaso un terreno completamente nuevo a efectos estratégicos.

Verlag „Die Wehrmacht" K.-G., Berlin SW 68, Schützenstraße 18/25. Alleinauslieferung u. Anzeigenverwaltung: Berliner Verlagsanstalt G. m. b. H., Berlin SW 68 · Preisliste Nr. 1 vom 1. 11. 1941 · Druck: Rotophot Berlin · Printed in Germany

DIE WEHRMACHT

Hauptschriftleiter: Bernd E. H. Overhues (im Wehrdienst), Stellvertreter: Karl Fischer, Berlin. Graphische Gestaltung: Herbert Dassel, Berlin. Verantwortlich für Anzeigen: Dr. Horst Hoff (im Felde), in Vertretung Hans Putz, Neuenhagen bei Berlin

HERAUSGEGEBEN VOM OBERKOMMANDO DER WEHRMACHT

El *Feldmariscal* List, nuevo comandante en jefe del Grupo de Ejércitos A, era un bávaro muy circunspecto nacido en Oberkirch. No era muy propenso a dejarse impresionar, pero cuando supo qué exigía de sus tropas la Directiva del *Führer* número 45, de 23 de julio de 1942, se quedó mudo de asombro. Se le ordenaba que recorriese precipitadamente miles de kilómetros hacia el sur, que bordease luego el mar Negro y llegase hasta la frontera turca, para aproximarse a Bakú atravesando el Cáucaso, sin caminos, y pasando por el mar Caspio.

Y todo ello con la mitad del primitivo Grupo de Ejércitos Sur: sólo con tres ridículas divisiones de montaña. Mientras tanto, el Cuerpo de Alpinos italiano, compuesto por numerosas divisiones de montaña, bien dotadas y perfectamente adiestradas, era transferido de modo absurdo al Ejército 6 (von Paulus), que no tenía sector montañoso alguno en su zona de combate. El *Feldmariscal* List manifestaría más tarde su convencimiento de que el OKW debía estar en posesión de informaciones absolutamente extraordinarias y reservadas sobre la verdadera situación del enemigo. Sólo esta convicción justificó, a su modo de ver, el que se emprendiese un nuevo plan de operaciones tan arriesgado. Así pensaba también su jefe de Estado Mayor, Greiffenberg. Movido por esta fe en la sabiduría del Mando supremo, List hizo lo posible por llevar a cabo las operaciones lo mejor que pudo.

Inexplicablemente, todo marchó bien al principio; incluso muy bien. La fase inicial de la operación se desarrolló con una precisión milimétrica, a pesar de que el terreno de actuación era absolutamente desconocido: la estepa. El XL *Panzerkorps* se batió conforme a lo planificado sobre el Sal, y avanzó hacia el Mánich, el caudaloso río que en esta zona forma la frontera entre Europa y Asia.

La cuestión era cómo cruzarlo. El Mánich es extraordinariamente ancho y consta de una serie de lagos retenidos por presas que alimentan una central eléctrica. En los pocos puntos angostos del cauce se encontraban al otro lado defensas soviéticas muy bien construidas y muy atrincheradas.

–¿Qué ocurriría si lo intentáramos por las partes más anchas? –propuso el comandante Pomtow, de la 3.ª *Panzerdivision,* a su superior, el general de División Breith–. Desde luego el enemigo no cuenta con ello.

–Pues... podría ser –musitó el general–. Suponiendo que encontremos algo mejor que botes de remo.

–Preguntaré a los zapadores –replicó Pomtow. El comandante volvió a los dos minutos con la noticia de que el Batallón acorazado de zapadores 39 contaba aún con 21 lanchas de ataque. Sin embargo, los cascos de madera, se habían secado excesivamente por el calor, tenían vías de agua y dos lanchas se hundieron durante una prueba nocturna. Pero, con todo, 19 embarcaciones superaron las dificultades y podrían resultar útiles, suponiendo que a bordo hubiese expertos en achicar agua.

Poco después comenzaban a buscarse los puntos de mayor anchura del río, lo más cerca posible de la presa de Manichtroi, cuya longitud era de dos kilómetros y sobre la cual se extendía una carretera. En la noche del 1 al 2 de agosto, exactamente a media noche, comenzó la operación. Un par de kilómetros hacia el norte comenzó a actuar la artillería de la división, aparentando un ataque a través de un sector estrecho del río. Entretanto por encima de la presa, el teniente coronel Tank se adelantaba atravesando las aguas con los botes al frente de una compañía de asalto integrada por voluntarios del II Batallón del Regimiento acorazado de granaderos 3. Hacia esa parte la artillería sólo lanzaba andanadas de salvas con suficiente asiduidad y en la dirección necesaria para anular el runruneo de los motores de las lanchas.

La travesía se realizó sin sufrir baja alguna. El teniente coronel Tank saltó el primero a la orilla: era el primer soldado alemán que pisaba tierra asiática. Los rusos situados en las posiciones más inmediatas al río quedaron tan sorprendidos que huyeron a la desbandada. La segunda trinchera tampoco fue un problema para los hombres de Tank, que la salvaron rápidamente. Mientras tanto las lanchas habían regresado a la orilla europea y se procedía al embarco de la segunda oleada.

«¿Dónde estará la Luftwaffe?»

Pero esta vez la operación no transcurrió sin bajas, debido a que los rusos se habían repuesto de la sorpresa: dos botes alemanes fueron alcanzados por disparos soviéticos, y sólo 17, con 120 hombres a bordo, consiguieron ganar la otra orilla transportando también munición. Inmediatamente después cesó el fuego de protección pues el fuego de ataque de los rusos se había hecho muy intenso. De todas partes llegaban silbando los proyectiles de artillería e iban a caer cerca de las trincheras rusas conquistadas por los hombres de Tank. Éstos habían excavado precipitadamente hoyos en la tierra de la orilla con el fin de protegerse de los disparos del enemigo. No obstante, al llegar la mañana la situación se tornó crítica: la munición se había agotado.

«¿Dónde estará la *Luftwaffe?*», refunfuñó el teniente coronel Tank cuando se le comunicó que su ametralladora tan sólo tenía dos cintas de munición, y que los lanzagranadas no disponían ya de ningún proyectil. La *Luftwaffe* pareció haber oído esa súplica y, cuando parecía que era demasiado tarde, hizo acto de presencia sobre el escenario de la lucha: la artillería soviética fue batida y al tiempo se hizo posible una tercera oleada de lanchas patrulleras cargadas con abundante munición. Tank se encontraba nuevamente en condiciones de avanzar. Sus tropas atacaron el pueblo de Manichtroi por la retaguardia y por un flanco, mientras los rusos esperaban que el ataque principal se efectuase sobre el muro de contención del embalse. Por enésima vez se producía con éxito una sorpresa. Cuando los soviéticos cayeron en la cuenta de lo que ocurría cambiaron repentinamente su defensa, pero esta maniobra tuvo como consecuencia el que los carros y vehículos acorazados pudiesen así cruzar por la estrecha carretera sobre el muro de la presa.

Una vez en manos de los alemanes el pueblo de Manichtroi, el paso a través del río Mánich, último obstáculo natural antes del Cáucaso, dejó de ser un problema.

Acciones militares de este estilo se produjeron en la zona casi a diario. Cerca de Martinovka, a orillas del Sal, se desarrolló inesperadamente una batallá entre la 23.ª *Panzerdivision* y un Cuerpo acorazado soviético que Timoshenko había reservado en retaguardia con el fin de rechazar hacia los flancos a las avanzadas alemanas. La situación quedó fijada oportunamente y el resultado fue que, por primera vez en mucho tiempo, se repetía el duelo de carros contra carros que se atacaban a distancias de 30 metros o menos. La lucha fue muy dura, en medio de un calor sofocante. Sin embargo, los soldados estaban gozosos al contar con una ocasión más de medir sus fuerzas con el enemigo. De nuevo tenían la oportunidad de poner en juego la gran movilidad de sus carros y la eficacia de la transmisión de órdenes

Para las revistas ilustradas, el avance de las tropas alemanas en regiones tan exóticas como el Cáucaso era un motivo de agradecer a la hora de rellenar sus páginas. Al pie de la foto de portada de la revista «Die Wehrmacht» se lee el siguiente texto: «Carro de combate en las laderas del Cáucaso. El 29 de septiembre anunciaba el Mando supremo de la 'Wehrmacht': En el Cáucaso y al sur del Tiérek, por terrenos de montaña intransitables y cubiertos de bosques, las tropas alemanas tomaron las posiciones enemigas, sólidamente construidas y defendidas con encono.»

por radio, que permitia una táctica realmente refinada. El enemigo, provisto de mejores carros blindados, no tenía en cambio tantas posibilidades. Al final cubrían el campo 77 carros soviéticos destrozados, la mayoría T 34 y algunos T 70. Había quedado aniquilada toda una gran unidad rusa.

No obstante, esto constituia una excepción, porque, como antes a orillas del Don, también aquí en los aledaños del Cáucaso los rusos luchaban sólo dilatoriamente, reforzando la retaguardia, pero sin dejarse aniquilar. Todo lo que lograron encontrar los alemanes como botín, tras cruzar el Mánich y perseguir a los rusos fugitivos por las estepas de los Calmucos, fue dos carros destrozados, caballos muertos, armas ligeras inservibles. Nada más.

Por la emisora del Reich se oían con insistencia, en las primeras semanas de agosto, las sintonías que indicaban noticias urgentes: el 3 de agosto caía en manos alemanas Voroshilovsk; el 6, Labinskaia; el 9, la ciudad petrolífera de Maikop –pero los yacimientos y las instalaciones en general habían sido destruidas previamente–. El 12 de agosto se tomaba Elista, la mayor ciudad de las estepas de los Calmucos; el 13 de agosto, los nazis conquistaban Krasnodar.

Las puntas de penetración de los alemanes se adelantaban hacia el sur de tal modo que parecían incontenibles. El cielo se mantenía invariablemente azul y las temperaturas eran de 55 grados. En el horizonte los soldados tan sólo apreciaban una nube blanquecina que semejaba no moverse y que cada día iba aumentando de tamaño. En realidad no se trataba de una nube, sino de la nieve que levantaba el viento e iluminaba el sol por encima del Elbrus, la elevada cumbre de 5633 metros, punto culminante del Cáucaso.

El radiotelefonista Otto Tenning, del Batallón de vanguardia de la 3.ª *Panzerdivision*, describió así el avance:

«El lugar más inmediato al que llegamos era Salsk. Con vistas a la marcha por las estepas de los Calmucos, se nos dio la orden de no disparar contra aviones enemigos, para evitar que los rusos identificasen a nuestras tropas avanzadas. Debido a las enormes nubes de polvo era prácticamente imposible distinguir si los que marchábamos en tierra éramos amigos o enemigos. Yo fui transferido con mi vehículo de reconocimiento a la primera compañía, y conducía, junto con el sargento Goldberg, una unidad de vanguardia. Cuando nos acercábamos con sigilo a un poblado, el jefe de la tropa identificó de repente algo sospechoso e hizo comunicar por radio: «Carros enemigos en las afueras del pueblo». Sin embargo, nuestra sorpresa fue enorme cuando poco después comprobamos que no se trataba de carros de combate, sino de camellos. Nos reímos un buen rato. Dromedarios y camellos serían muy frecuentes a partir de este punto y, además, nos iban a resultar de gran utilidad como medio de transporte.»

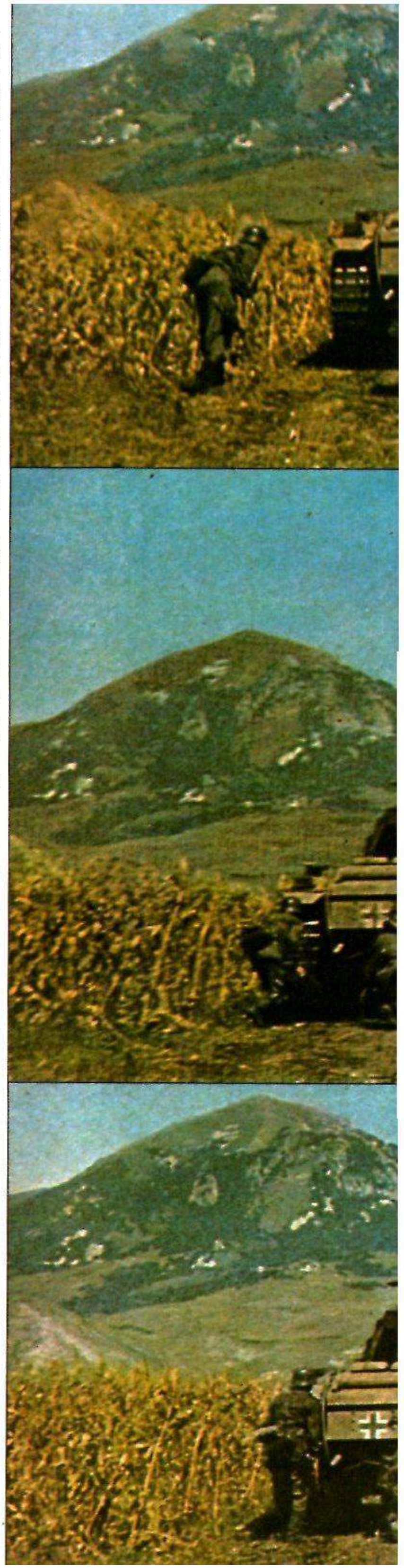
No sólo había camellos y polvo en el sur: los cauces fluviales que se extienden por la fértil estepa de Kuban son auténticos oasis paradisíacos, repletos de huertos en los que crecen frutales abundantes y pastan enormes rebaños.

Al menos por lo que se refería al estómago, la tropa podía darse por satisfecha. En esos parajes se llevaría a cabo una acción que, a pesar de no significar nada desde el punto de vista militar, sí se aprovechó ampliamente como motivo de propaganda: cazadores de montaña de las Divisiones 1 y 4 escalaron el 21 de agosto la cumbre del Elbrus e izaron en ella la bandera de guerra del Reich alemán. Toda una hazaña montañera.

Pero, ¡vaya terreno de lucha era aquella montaña! Con absoluta seguridad, ese terreno era el más aventurado de toda la guerra. Las paredes de pórfido, de un color rojo oxidado, caían en vertical, mil metros o más, desde la cumbre del Elbrus. Habría que luchar por los altos pasos de montaña a alturas superiores a los 3000 metros, y al fin caerían en manos alemanas los desfiladeros de Klujor, Sancharo, Alustraju y, finalmente, el paso del Bgalar que conducía directamente a la costa del mar Negro, hacia Sujum.

Mientras el Ejército del Cáucaso se ocupaba de conquistar los pasos de montaña, a su retaguardia, hacia el este, quedaba aún un enorme espacio sin conquistar: las estepas de los Calmucos entre el Tiérek, el mar Caspio y el Volga. Una sola División, la 16 (motorizada), cubría ese flanco desguarnecido. Naturalmente, con una división era por completo imposible conquistar aquel gigantesco espacio. Pero el teniente general Henrici, comandante de la división, sentía una enorme curiosidad por saber qué se cernía quizá sobre el desierto que tenía ante su vista. Entonces decidió enviar tropas de reconocimiento. La división operó desde sus propios puntos de apoyo cerca de Elista. Desde allí partieron las tropas que habrían de tomar parte en aquella misión aventurada que consistió en penetrar 150 kilómetros en territorio enemigo.

Una unidad de reconocimiento constaba de dos vehículos acorazados de ocho ruedas, un antiaéreo de 20 mm, un transporte de 24 hombres, dos o tres cañones contracarros de 50 mm, un grupo de zapadores con emisor, un automóvil sanitario con médico, un vehículo sanitario con médico, un vehículo provisto de emisora y un intérprete.



El 13 de septiembre partieron cuatro de estas formaciones de avanzada. Su objetivo era alcanzar el bajo Volga por Ástrajan. Las unidades, mandadas por el teniente coronel Gottlieb, se pusieron en marcha siguiendo la carretera de Elista a Ástrajan, continuando luego rumbo nordeste, en dirección a las estepas, para encontrarse a 25 kilómetros del Volga el 15 de septiembre. La estepa consistia aqui sólo de altas dunas desde las cuales podía observarse el valle por el que discurriq el Volga. Dónde se encontraba exactamente era algo que Gottlieb no sabía a ciencia cierta. Sus mapas eran más que deficientes. En consecuencia decidió enviar a Georg, el cosaco que desde hacía tiempo actuaba dc intérprctc, a que preguntase a unos nómadas calmucos que se hallaban en torno a un pozo.

Dos valiosos prisioneros

Georg charlaba con los calmucos. Les preguntó por el camino y los puentes que habia en la zona, y se interesó en especial por el número de trenes que circulaban por el sector ferroviario del sur hasta Ástrajan. Los nómadas respondieron a todo ello con gran cordialidad, mas de repente se mostraron excitados. Sus ojos menudos pero perspicaces habían detectado en el horizonte dos puntos negros que identificaron inmediatamente: eran jinetes rusos. Los calmucos se ocultaron en un abrir y cerrar de ojos tras la primera duna. El teniente coronel Gottlieb, que se encontraba resguardado también detrás de otra duna con su vehículo de reconocimiento· dirigió sus prismáticos en la dirección que habian señalado los nómadas y comprobó que, efectivamente, venían los rusos. Entonces gritó a su intérprete: «Por Dios, Georg, ven para acá rápidamente.»

Pero Georg no hizo caso. Se limitó a esconder su gorra de campaña alemana bajo su indefinible capote y permaneció tranquilo, fumando un cigarrillo apoyado en el pretil del pozo. Los rusos se le acercaron. Eran un oficial y, según parecia, su asistente o el soldado encargado de cuidar su caballo. Georg les gritó algo en ruso. Ambos echaron pie a tierra y charlaron con Georg entremezclando algunas risas en la conversación. «Ese maldito... No nos irá a... ese falso perro...» Así refunfuñaba al lado de Gottlieb su radiotelefonista, que también observaba la escena.

Tres momentos de un combate en el Frente del Cáucaso. Ante un carro alemán estalla una granada (arriba). El comandante se oculta en la torreta y la infantería se pone a cubierto (centro). Continúa el avance (abajo.

De repente, ambos vieron cómo Georg, el cosaco, quitaba la pistola al oficial y le ponía el cañón en el vientre mientras gritaba *ruki verj* –«arriba las manos»–. Con los dos valiosos prisioneros en su poder, Georg regresó a su unidad y Gottlieb ordenó la vuelta al punto de partida, al que llegaron los alemanes sin experimentar bajas.

Algo más al norte se encontraba la unidad de reconocimiento del teniente Euler. El 16 de septiembre esta tropa se hallaba a sólo 5 kilómetros de la ciudad de Sadovska y comprobaba que en aquel sector, en la orilla occidental del Volga, se construían fortificaciones. Cuando Euler se disponía a regresar, su pequeña unidad fue descubierta por los rusos, que creyeron tener ante si la vanguardia de un ejército. Les entró tal pánico que corrieron a refugiarse en los *bunkers* y comenzaron a disparar como locos con sus cañones y ametralladoras pesadas, pero con tan poca precisión, debido al nerviosismo, que no alcanzaron ni a un solo hombre de Euler. En cambio el teniente cortó el camino a dos rusos que corrían por el campo. Ambos se convirtieron también en prisioneros valiosos: se trataba de un oficial de Estado Mayor y su ordenanza. Cuando regresaba con sus soldados, envueltos en polvo, Euler ignoraba que él y sus hombres habían batido un récord: eran los alemanes que más se habían adentrado hacia el este durante aquella guerra.

Una cabaña en el desierto

Algunas docenas de kilómetros más hacia el sur operaba otra unidad de reconocimiento al mando del teniente Jürgen Schliep, que se dirigía hacia el mar Caspio. Este oficial estaba convencido de que por allí tendría que existir, no lejos de la costa, otra línea férrea que enlazase Bakú con Ástrajan pasando por Kisliar; es decir, un ferrocarril «petrolero» que no podría encontrarse en mapa alguno, pero del que habían hablado los prisioneros.

Oigamos a Schliep: «A primeras horas de la mañana del segundo día divisamos desde lejos los lagos salados que resplandecían al sol. Los vehículos avanzaban muy a duras penas, clavando sus ruedas en la arena. Pero al fin logramos encontrar el ferrocarril. Entonces me dirigí con mis hombres hacia lo que parecía el edificio de la estación. Allí había entre cincuenta y sesenta civiles ocupados en construir un andén. El trazado sólo contaba con un carril. Aquella gente nos recibió muy bien; los trabajadores nos vitorearon. Eran familias ucranianas, viejos, mujeres y niños que habían sido evacuados y llevaban allí varios meses...»

Esa estación en pleno desierto era en realidad un punto de control llamado Senseli, instalado en una simple cabaña de tablas. Mientras el teniente charlaba aún con los ucranianos apareció en lontananza un convoy que llegaba del sur: se trataba de una cadena interminable de vagones blindados de los que tiraban dos locomotoras.

Con dos simples disparos de un antiaéreo de 20 mm instalado en su carro, Schliep detuvo las locomotoras y luego incendió los vagones disparando contra ellos, uno a uno.

Los zapadores se ocuparon después de destruir la cabaña de la estación mediante una carga de dinamita. De pronto, sonó el teléfono de campaña. El suboficial Engh pegó un respingo y lo descolgó:

–Mi teniente, es para usted. –Schliep llamó al intérprete:

–A ver si puedes decirme quién está al otro lado. –El intérprete dijo al tomar el aparato:

–*Stantsia Senseli, Nachalnik.*

Al otro extremo de la línea se encontraba la estación de mercancías de Ástrajan. Desde ella alguien preguntaba si había pasado por el lugar el tren de Bakú, porque esperaba ya otro convoy. El intérprete trató de convencer al «tovarich» de Ástrajan que enviase el segundo tren, pero al no ser ferroviario no sabía como hacerlo. El de Ástrajan notó en seguida que allí había algo que no marchaba con normalidad.

El intérprete se resignó y terminó por decirle, mientras colgaba el auricular: «Bueno, padrecito, espera que pronto te visitaremos en Ástrajan».

¡Ástrajan!, extremo sur en la línea A-A (Arjánguelsk-Ástrajan), objetivo de la Operación «Barbarroja» y que casi podría conquistarse en la primera embestida. Pero la ciudad jamás fue alcanzada, como no fuese por aquella llamada telefónica del 15 de septiembre de 1942.

Los hombres de Schliep habían tenido que resignarse a destrozar todo un tren cargado de combustible cuando tanto lloraban por la «hermosa gasolina» que precisamente transportaba el convoy.

Sin embargo, con su actitud reflejaban mejor de lo que podían imaginar la verdadera orientación última de la guera. La gasolina para los carros, camiones y vehículos blindados había sido un factor decisivo desde hacía pocas semanas, tanto que hacia él se orientaba toda la guerra.

Mientras el Grupo de Ejércitos se desplegaba por el Cáucaso, con la aureola de noticias especiales que rodeaba su acción, el Grupo de Ejércitos B, con el Ejército 6 como núcleo, se desplazaba en dirección a Stalingrado siguiendo el curso del Don. En vanguardia marchaba el XIV *Panzerkorps*, el único de ese Ejército que constaba de una División acorazada (la 16) y dos Divisiones de Infantería motorizada (3 y 60).

Derecha: detrás de la antigua estación meteorológica del Elbrus (4200 m) se encontraba instalada la posición artillera cuyo emplazamiento era el más elevado de toda la guerra.

Este *Panzerkorps*, mandado por el general von Wiertersheim, empujó delante de si a los rusos, cuyo repliegue se convirtió en una clara huida en desbandada como consecuencia de unas órdenes poco claras y demasiado precipitadas. El Mando ruso se vio en un aprieto para controlar a sus propias unidades. Así ocurrió muy cerca de Kalach, al este del gran meandro del Don. Desde allí a Stalingrado había aún 70 kilómetros. Tanto la ciudad de Kalach como sus puentes sobre el Don eran factores clave en el camino hacia la gran urbe que llevaba el nombre de Stalin y que el dictador no estaba dispuesto a entregar. Stalin había obligado a sus generales a que la retirada se detuviese allí, con el fin de impedir la caída de la metrópoli en manos del enemigo. Por esta razón era tan importante Kalach.

A primeros de julio, el general Kolpakchi tuvo ocasión de admirarse allí por un hecho. Los alemanes, que habían acosado implacablemente a su Ejército 62 hasta cerca de Kalach, dejaron de pisarle los talones. Kolpakchi no entendió ese comportamiento, como tampoco su comandante en jefe, Timoshenko. No veían razón alguna para que los carros de Wietersheim se hubiesen detenido de pronto. ¿Por qué? Porque ahora se vindicaba aquello que el destituido *Feldmariscal* Bock calificó como «bisección» de la batalla. Cuando a primeros de julio Hitler partió en dos el Grupo de Ejércitos Sur, que se convirtió en A y B, con objetivos tácticos muy distantes entre si, desarticuló también el sistema de aprovisionamiento central del Grupo de Ejércitos Sur. Debido a que la mitad meridional –el Grupo de Ejércitos A o Ejército del Cáucaso– debería cubrir enormes distancias, el general Wagner había enviado la mayor parte del combustible hacia el sur.

Este era el motivo de por qué los alemanes quedaron detenidos repentinamente: carecían de combustible para continuar avanzando y luchando. Durante 18 días, nada menos, un buen número de unidades del Ejército 6 y del XIV *Panzerkorps* no tuvo más remedio que limitarse a esperar. Dieciocho días que fueron un auténtico regalo para los rusos.

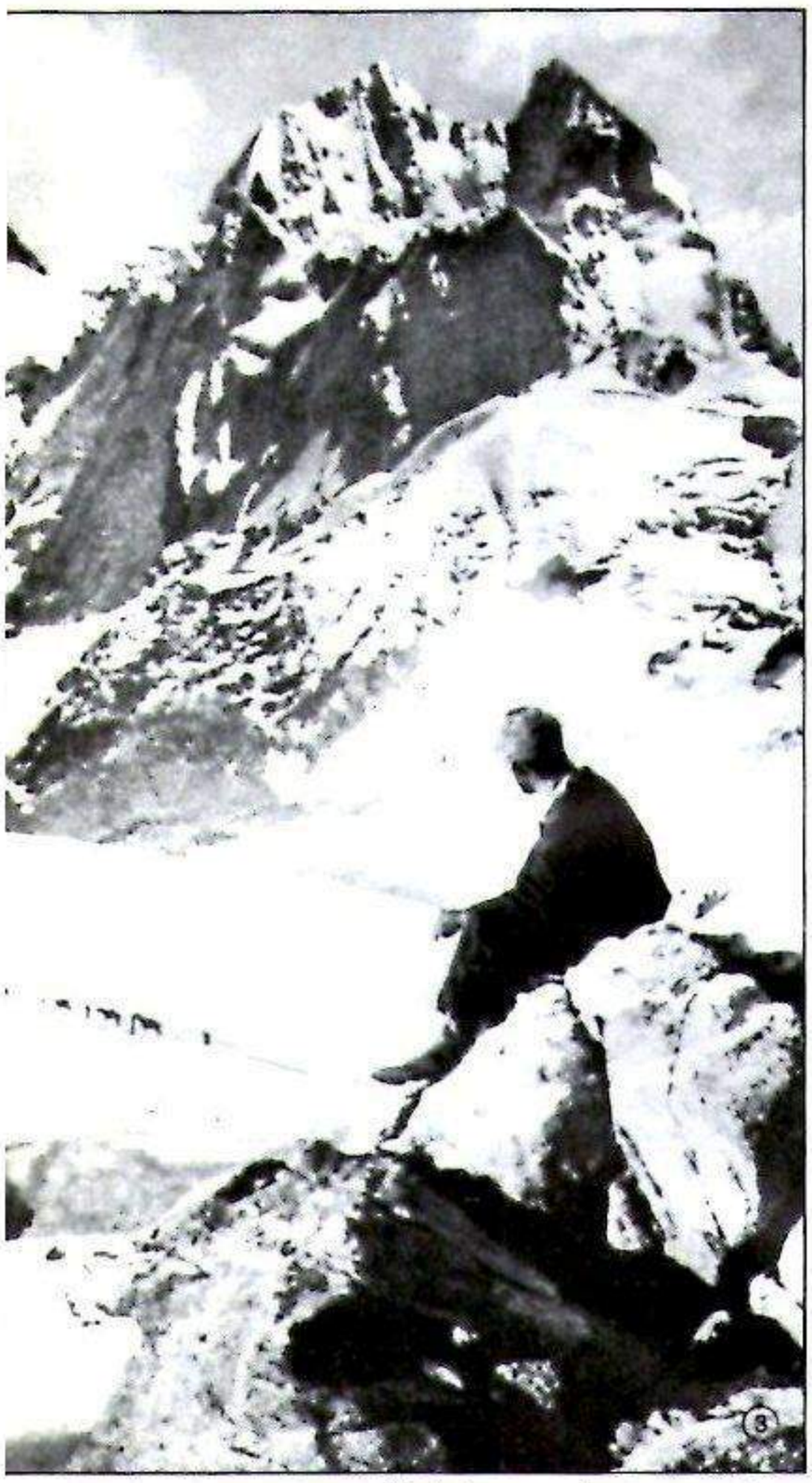
En el próximo capítulo:

Escándalo en el cuartel general del «Führer» – El Frente del Cáucaso queda estabilizado – Lucha y derrota del Ejército 6 en Stalingrado. □

Cazadores de montaña en el Cáucaso

① *Puesto de ametralladoras «nido de cigüeña» ante el Elbrus.*

② *Tumbas de soldados en el paso de Klujor.*

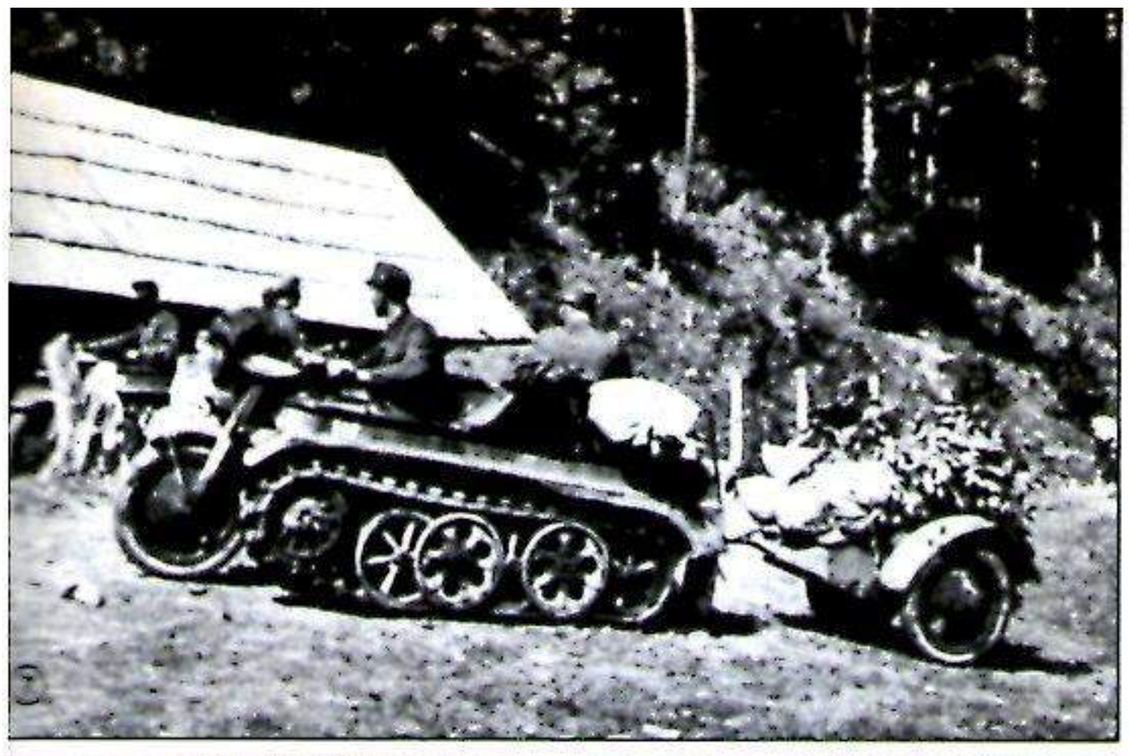


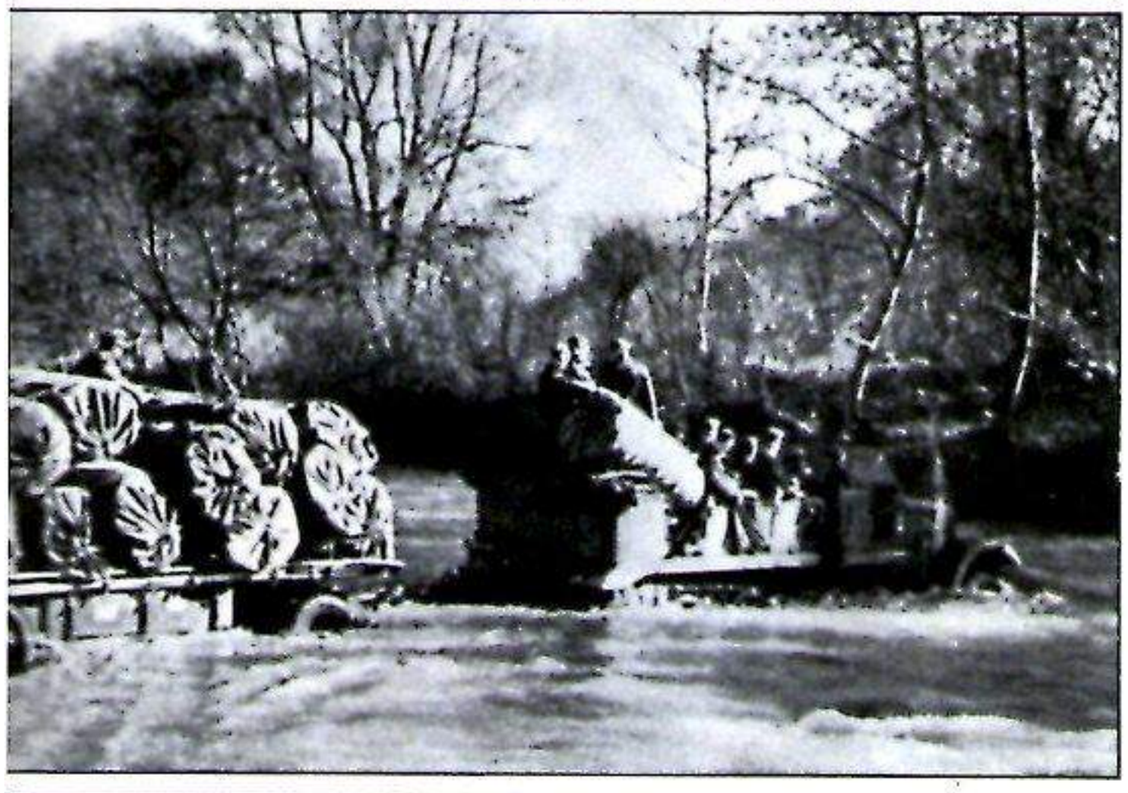
④ *El refugio de Intourist, cerca de los accesos al Elbrus, fue ocupado el 17 de agosto de 1942.*

⑤ *Artilleria de montaña en el paso de Klujor.*

③ *Columna de transporte de tracción animal sobre el gran glaciar de Asau. Detrás, la doble cumbre del Ushba (4747 m).*

⑥ *Avance de la artilleria.*





⑦ *Las provisiones llegan sobre cadenas.*

⑧ *A finales de octubre empieza la temporada de las lluvias. Sólo con mucho esfuerzo pueden cruzarse los arroyos tras la crecida.*

⑨ *Servicio de ametralladoras del II Batallón de alta montaña.*

⑩ *Transporte de heridos en un paraje boscoso sin caminos.*

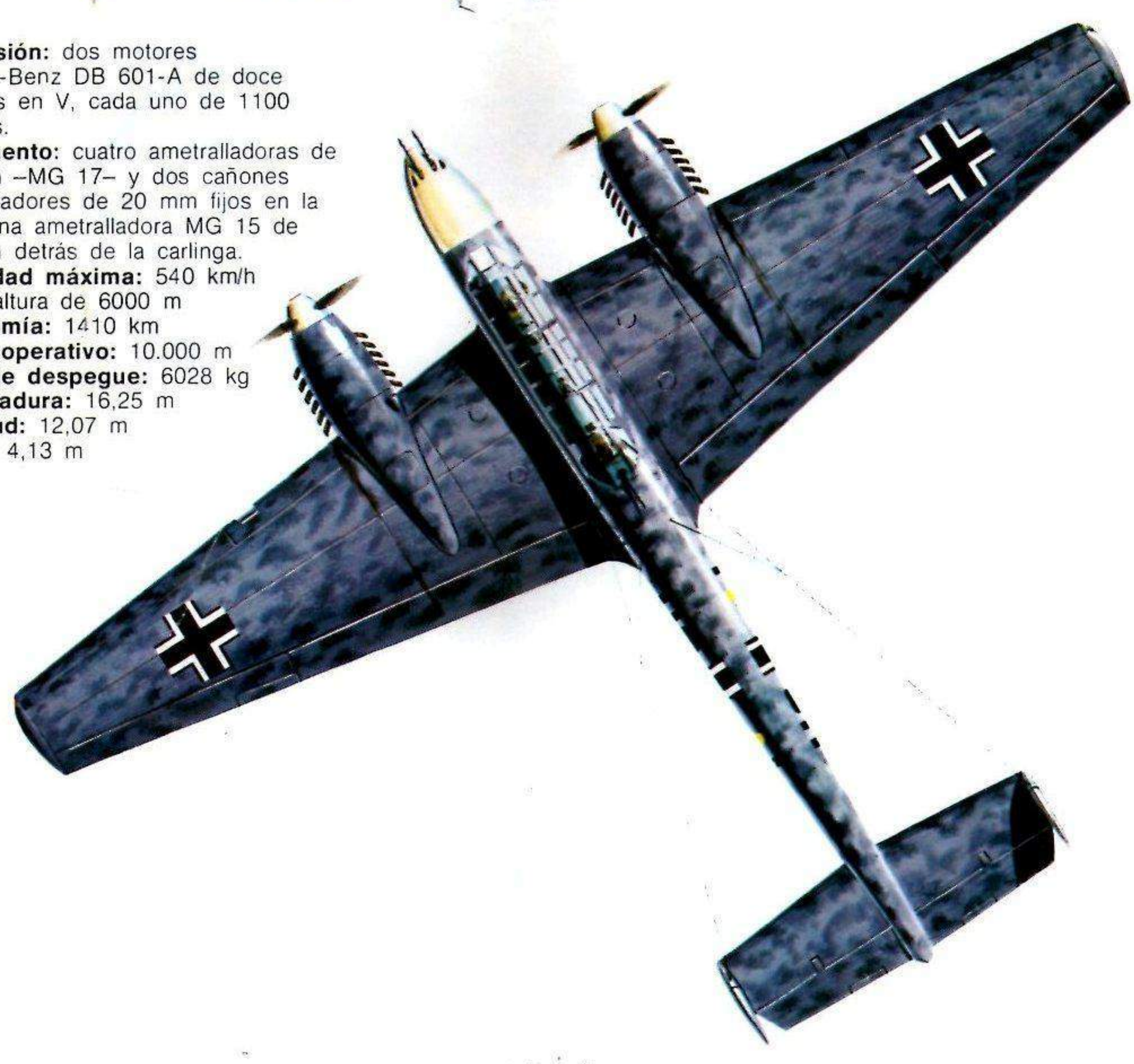
⑪ *La dotación de un lanzagranadas se pone a cubierto.*

⑫ *En la mañana del 21 de agosto inició su marcha la expedición que habría de coronar la cumbre del Elbrus.*

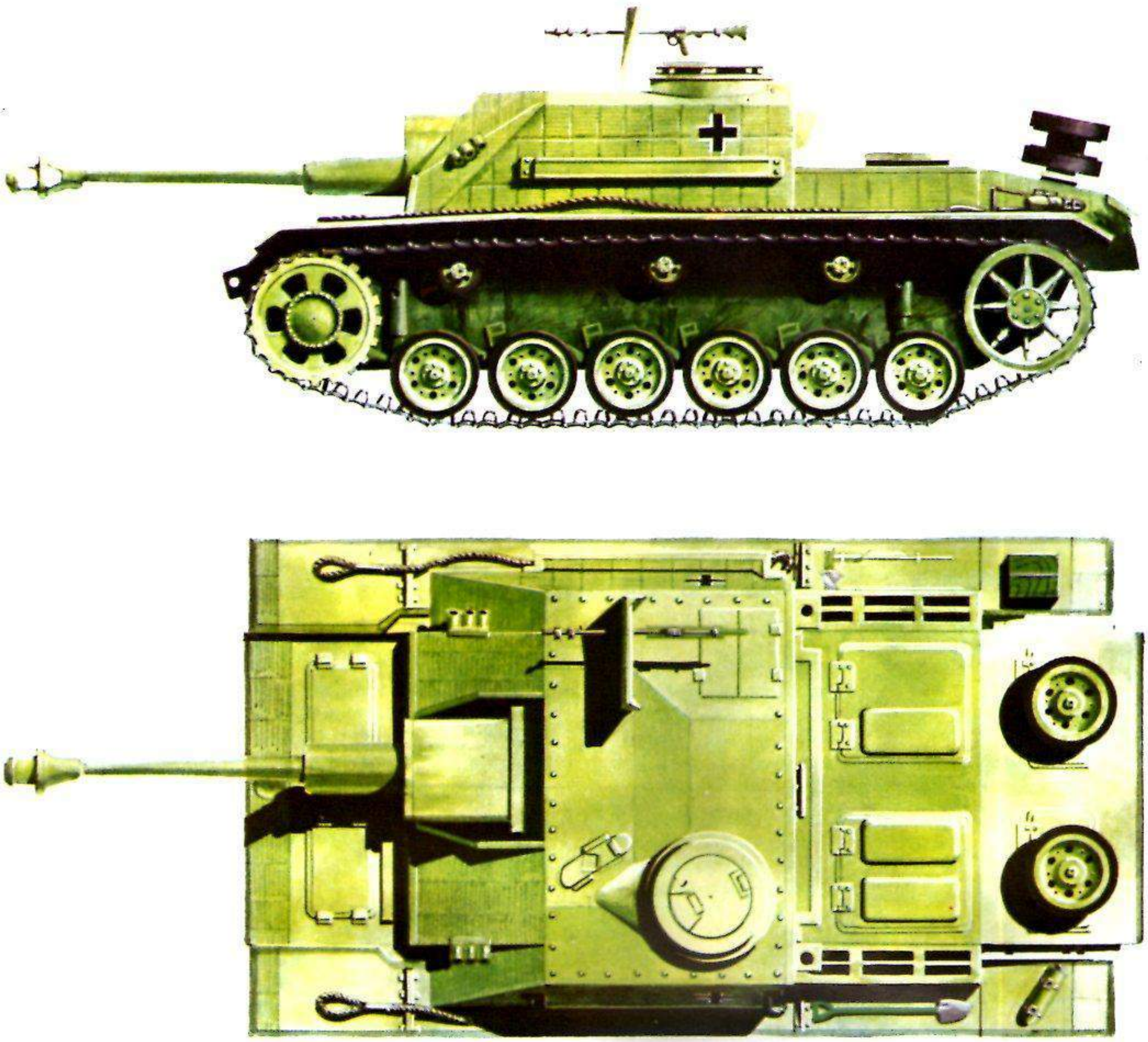
⑬ *Por segunda vez se iza la bandera alemana en la cumbre del Elbrus (5633 m). Esta vez, con buen tiempo.*

Avión alemán Messerschmitt Bf 110 (Serie C)

Propulsión: dos motores Daimler-Benz DB 601-A de doce cilindros en V, cada uno de 1100 caballos.
Armamento: cuatro ametralladoras de 7,9 mm –MG 17– y dos cañones ametralladores de 20 mm fijos en la proa; una ametralladora MG 15 de 7,9 mm detrás de la carlinga.
Velocidad máxima: 540 km/h a una altura de 6000 m
Autonomía: 1410 km
Techo operativo: 10.000 m
Peso de despegue: 6028 kg
Envergadura: 16,25 m
Longitud: 12,07 m
Altura: 4,13 m



Carro de combate alemán III Versión G



Peso: 23,9 t
Dotación: 4 hombres
Armamento: un cañón de 75 mm Stuk L/24; dos ametralladoras de 7,92 mm
Tracción: un motor Maybach HL 120 TRM de doce cilindros y 300 CV
Coraza: por delante, 80 mm, y por los lados, 30 mm
Velocidad 40 km/h
Autonomía: 105 km
Longitud (sin el tubo): 5,48 m
Anchura: 2,92 m
Altura: 2 m

El «Oberführer» SS doctor Oskar Dirlewanger.

CAZADORES FURTIVOS EN EL FRENTE

Tan abigarrado como el uniforme de combate de las SS era el tropel de combatientes que mandaba el «Oberführer» SS Dirlewanger. Había elegido a sus hombres entre los recluidos en las cárceles, campos de concentración y campos de castigo militares. El grueso de aquella tropa lo formaban, sin embargo, cazadores furtivos. ¿Por qué iban a quedar sin aprovechar sus excelentes dotes para el disparo?, se preguntó el jefe de las SS. Karlludwig Opitz relata a continuación la historia de la «Brigada de asalto SS Dirlewanger».

Los caballeros se hallaban sentados en torno a varias jarras de cerveza. Eran el *Gruppenführer* Gottlob Berger y su amigo y camarada de guerra, que acababa de ser admitido en las SS como *Obersturmführer*, el doctor Oskar Dirlewanger. Berger desempeñaba el cometido de reclutar personal para las SS y Dirlewanger se disponía a partir hacia el frente. Por supuesto no se trataba de una unidad regular: eso pertenecía al pasado.

Dirlewanger había nacido en Wurzburgo el 26 de septiembre de 1895. En su ciudad natal cursó los estudios secundarios. Durante la primera Guerra Mundial alcanzó el grado de teniente y, al terminar la contienda, se inscribiría en los grupos de acción de Württemberg contra espartaquistas y comunistas. En la Pascua de 1921 marchó con una columna de carros contra los rojos de Max Hölz, en Sangerhausen/Anhalt. Entretanto había tenido que cumplir dos condenas de cárcel por tenencia ilícita de armas. En junio de 1921, Dirlewanger había estado en el *Freikorps Holz*, en la Alta Silesia, cuando era estudiante de la Escuela superior de comercio de Mannheim. De ella fue expulsado por sus campañas antijudías. Entonces decidió matricularse en la Universidad de Francfort del Meno, donde obtuvo en 1922 el grado de doctor en Ciencias Políticas. En 1923 ingresó en el partido nazi. Como director de una fábrica de géneros de punto, propiedad de un judío, decidió abandonar el partido en 1928, para reingresar en 1931. Al año siguiente se convirtió en jefe de la *Sturmbann* SA número I/122, en Eislingen. En 1933 pasó a ser vicepresidente de la Oficina de empleo de Heilbronn. En julio de 1934, el doctor Oskar Dirlewanger tuvo que sufrir una nueva pena de cárcel, de dos años, acusado de secuestrar a una menor. En 1937 marchó a España, al principio como soldado de la Legión y, después, como combatiente de la Legión Cóndor.

De regreso en Alemania, el doctor Dirlewanger dirigió una petición al jefe de las SS del Reich en el sentido de que se le concediese un destino en el frente si se producía una guerra. Al mismo tiempo se vio envuelto de nuevo en otro proceso por sus costumbres licenciosas. Esta vez fue declarado inocente, rehabilitado y designado *Obersturmführer* de las SS.

Ahora, en 1940, se hallaba, como decíamos, con el *Gruppenführer* SS Gottlob Berger, jefe de la sección de complemento de las *Waffen* SS, y ambos dialogaban sobre una idea: la represión armada de las bandas organizadas mediante el empleo de hombres temerarios, especialmente cazadores furtivos.

Para ello tenían una razón: «El furtivo no es un asesino nato, no conculca las leyes por desprecio, sino por pasión. Se le puede quitar un gran peso de encima –es decir el trato que se le dispensa como a un criminal– ofreciéndole la oportunidad de defenderse del enemigo en bien de su patria, y de emplear para algo su pasión por la caza.»

«Una verdadera plaga»

Berger hizo llegar al jefe de las SS del Reich esa teoría y la proposición de crear una tropa de cazadores furtivos. Su comandante sería el doctor Oskar Dirlewanger.

Himmler se mostró de acuerdo.

En agosto de 1940 ingresaron los primeros elementos en el *Totenkopf-Standarte* 5 de las SS y formaron el comando de furtivos Oranienburg. El 1-IX-1940 cambiarían este nombre por el de Batallón especial de las SS Dirlewanger.

Por una orden del jefe de las SS del Reich correspondiente al 29-I-1942 se determinó que aquella unidad fuese una sección de voluntarios de las *Waffen* SS, sometidas a las órdenes de la central de esta organización. En febrero, los hombres de la unidad recibieron una insignia especial: dos carabinas cruzadas y debajo de ellas una granada de mano.

En el verano de 1941 los hombres de Dirlewanger ponían a punto un comando de vigilancia para el control del trabajo voluntario de los judíos, en Bug-Grabenbau. En el otoño de 1941 se dedicaron a combatir grupos armados en la zona de Lublin. Su acción fue tan brutal que tuvieron que ser retirados y enviados a la Rusia blanca. En el sector de Minsk, tras numerosas bajas, asesinatos, incendios y brutalidades inimaginables tuvo que transferírseles nuevamente y el batallón experimentó una serie de reformas. Una vez más se recorrió las cárceles alemanas en busca de tipos indeseables que quisieran formar parte en él. En el campo de concentración de Buchenwald se logró formar un batallón de voluntarios rusos. En Ucrania el doctor Dirlewanger lograría reclutar una compañía de «hivis» (voluntarios).

Lublin fue saqueada exhaustivamente por el Batallón especial SS al mando de Dirlewanger. «Una verdadera plaga», comentó el *Sturmbannführer* SS Johannes Müller. Incluso el protector de Dirlewanger Gottlob Berger, opinaba que el comando especial «se había excedido en sus intervenciones».

Cuando no se pudo encontrar ya más cazadores furtivos, el batallón reclutó mayoritariamente presos comunes de los campos de concentración.

El punto de confluencia de los reclutas era el campo de castigo de Sachsenhausen. En él recibían los detenidos seleccionados viejos uniformes de las SS, el libro del soldado del mismo cuerpo y un número postal para los envíos al frente: el 00512.

El lugar de adiestramiento de esa tropa formada con el desecho de la nación era un antiguo convento de monjas en la callejuela Fischer, de Cracovia.

En el Batallón especial de Dirlewanger dominaba el derecho del puño. Cada jefe de columna podía apalear a sus hombres. En los casos de desobedien-

cia, cobardía ante el enemigo, o sin causa alguna, se podía llegar hasta más lejos. El lugar de arresto de la tropa era el llamado sarcófago de Dirlewanger, similar a las celdas de castigo de los campos de concentración en las que el prisionero sólo podía estar de pie. Los castigos disciplinarios se aplicaba a latigazos, hasta cien golpes. Eran una auténtica pena de muerte.

A «esta gente» pertenecían en el verano de 1943 tres compañías de ex presidiarios: criminales e individuos antisociales. Gentes a las que espantaba el trabajo, chulos y sujetos parecidos. El 10-VIII-1943 el jefe SS del Reich honraba a aquella chusma otorgándoles el rango de Regimiento Dirlewanger. Himmler se ocuparía de todo lo relativo a equipo, provisiones y reclutamiento.

Del campo de castigo para condenados procedentes de las SS y policía, en Matzkau, cerca de Danzig, se incorporarían inmediatamente al nuevo Regimiento especial 1500 hombres. Pero esto no era suficiente para compensar las bajas experimentadas por esos asesinos de uniforme. Por esta razón Himmler, convertido en jefe de alistamiento, dispuso que quedasen transferidos a la unidad Dirlewanger numerosos condenados en consejos de guerra que procedían de las filas del Ejército regular. Entre ellos había oficiales degradados, condenados a muerte, que habían visto su pena conmutada por la de cadena perpetua.

Cuando el mariscal Zukov puso precio a la cabeza del doctor Oskar Dirlewanger –un millón de rublos–, convertido entretanto en *Oberführer* SS, éste escribió al jefe de las SS del Reich: «Hay en los campos de concentración hombres que, en febrero de 1933 y quizá también después del 5-III-1933, no se camuflaron inmediatamente con apariencias nacionalsocialistas, y cuya ideología siguió viva en ellos, mostrando auténtico carácter. Estos hombres no actuaron como los cientos de miles de ciudadanos que se pusieron del lado de los fuertes y el 5-III-1933 nos saludaban brazo en alto, a pesar de toda la rivalidad. Le suplico, jefe de las SS del Reich, que se digne ordenar lo que sigue:

1. Que los comandantes se ocupen de buscar personalmente, campamento por campamento, un total de 250 antiguos enemigos políticos del Régimen, con edades de hasta 45 años, y en casos excepcionales, de hasta 50. En cuando a la aptitud para el servicio militar deberá aplicarse un criterio muy amplio.

2. Los hombres seleccionados, se transferirán en uniforme de campaña hasta el 25-X-44 al Batallón de Guardia de Sachsenhausen, con el fin de integrarse en esta unidad.

El nuevo batallón quedaría encomendado al Regimiento especial SS Dirlewanger. El mando supremo transferiría al Batallón de Guardia hasta el 25-X-44, 8 jefes (*Untersturmführer* u *Obersturmführer*) y 50 suboficiales. El 50 por ciento de éstos podría obtenerse a partir del personal de vigilancia de los campos de concentración. En relación con la empresa que habrán de llevar a cabo deberán ser gente de gran espíritu y prontos a la acción. Firmado, doctor Dirlewanger, *Oberführer*-SS.»

Himmler accedió a la propuesta.

Alabanzas de Himmler

En julio de 1944 la unidad fue elevada al rango de Brigada de asalto Dirlewanger. El núcleo de la misma continuaba estando integrado por los antiguos cazadores furtivos a los que el doctor Dirlewanger había ascendido alegremente a los grados máximos dentro del cuerpo de suboficiales de las SS. Más de la mitad de la Brigada estaba compuesta por penados o expulsados de las *Waffen* SS y de la policía, y antiguos combatientes, igualmente degradados, del Ejército, la Aviación y la Marina. Todas las unidades, hasta los batallones, eran mandadas por ex oficiales expulsados del Ejército y sin condecoraciones. También el Estado Mayor de la Brigada contaba con oficiales sancionados alguna vez o castigados para siempre en el Ejército. A la Brigada de asalto estaban supeditadas 2 baterías de Artillería de policía; casi los únicos soldados que no habían sufrido previamente castigos y que ahora formaban parte de aquella tropa SS, verdadero escarnio de la tradición militar y del honor castrense del país. A pesar de ello esos sujetos habían recibido el encargo de llevar las armas de la nación.

Por sus méritos durante el ataque contra la república de partisanos rusos del Pelik, el doctor Dirlewanger recibió la Cruz alemana en oro. A finales de junio de 1944, durante los combates de la operación de repliegue del Grupo de Ejércitos Centro, su brigada de asesinos comenzó a actuar reforzada con el ingreso en ella de voluntarios rusos y el empleo de armamento abandonado por la *Wehrmacht*.

Himmler alabó el comportamiento de aquellos sujetos.

Junto con la Brigada SS del ruso blanco Kamiski y 12 compañías de policía del *Gruppenführer* SS Heinz Reinefarth, al mando del comandante de las unidades de represión de bandas, jefe SS Erich von dem Bach-Zelewski, los hombres de Dirlewanger tomaron parte en agosto de 1944 en el aplastamiento de la resistencia de Varsovia. La brutalidad de aquellos energúmenos produjo una conmoción incluso en el cuartel general del *Führer*. Por estos hechos Bach-Zelewski ordenó fusilar al jefe de brigada Kaminski. El doctor Dirlewanger, en cambio, recibió la Cruz de Caballero y fue recibido en medio de honores por el gobernador general Frank. La Brigada de asalto fue trasladada a continuación a Eslovaquia, a Diviak. A primeros de diciembre de 1944, la horda de descuideros y asesinos incendiarios recibió un nuevo destino: el sector norte del frente húngaro, cerca de Hont. En la noche del 14 al 15 de diciembre de 1944 se pasaron 460 de los hombres de Dirlewanger al Ejército Rojo.

El doctor Dirlewanger hizo ejecutar inmediatamente en aquel lugar a 16 suboficiales. La Brigada recorrería más tarde un largo camino de regreso, por Eslovaquia, Moravia, Bohemia, Dresde, para enfrentarse nuevamente contra los soviéticos en Kuschern. Ulteriormente se produjo una retirada sin orden ni concierto hacia Pinnow, donde el 18-III-1945 depusieron las armas. Himmler, desde enero jefe supremo del Grupo de Ejércitos del Vístula, formó la División 36 de granaderos SS con los restos de la Brigada de asalto y con residuos de unidades diezmadas del batallón de penados BB-999 y otras formaciones destinadas en principio a la represión de bandas. La unidad quedó a punto en Guben, en la Marca de Brandenburgo.

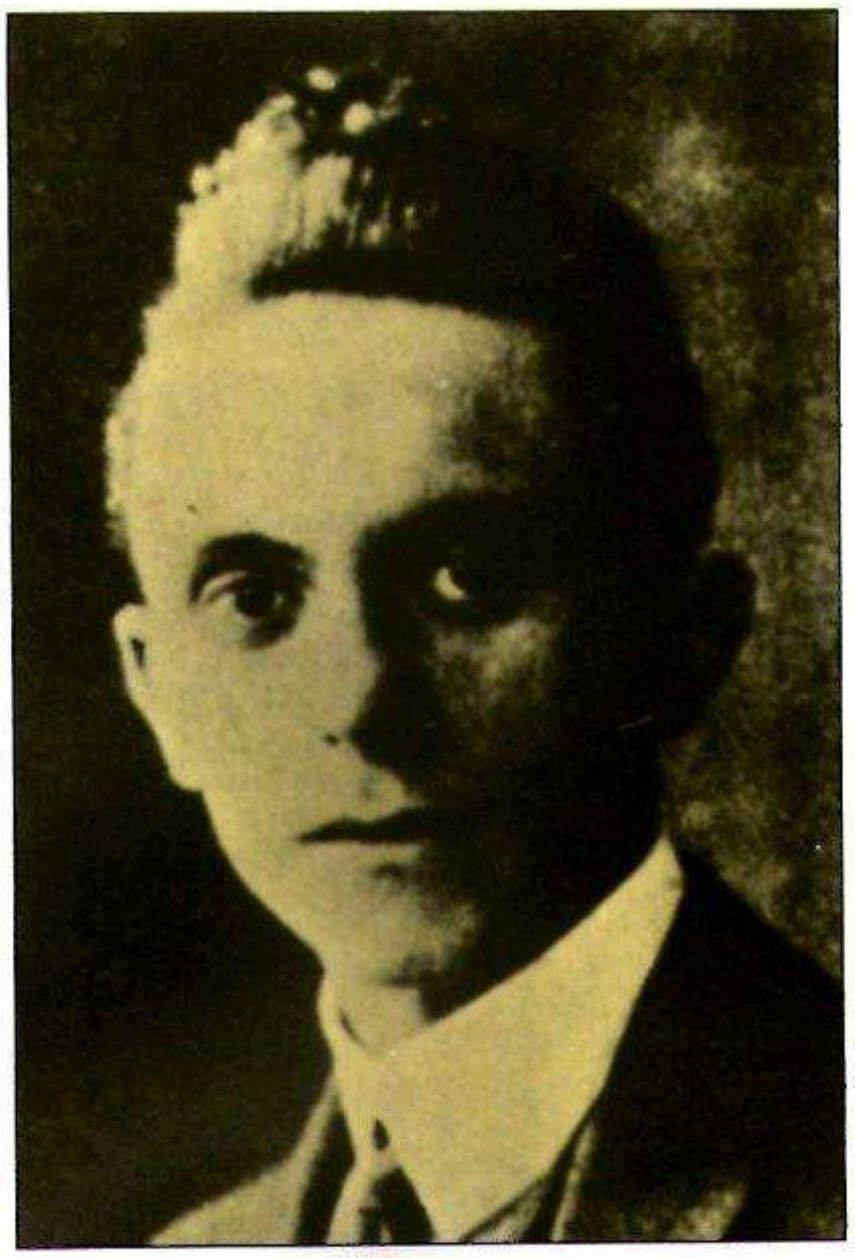
La división fue aplastada por el Ejército Rojo el 29 de abril, cerca de Halbe (Wusterhausen).

En Altshausen, pueblo de la Alta Suabia, un teniente francés de la Sûreté, llamado Hoffmann, entregó el 19 de junio de 1945 al sepulturero Thaddäus Hund un cadáver para que lo enterrase. El alcalde Tiegel escribió en el registro de defunciones de la localidad:

«Oskar Dirlewanger, coronel de las SS, fallecido de muerte natural a las 19,30 cuando se encontraba arrestado en esta localidad».

El entierro careció de todo ceremonial. Se produjo, como siempre en casos similares, el inevitable rumor de que Dirlewanger vivía, y así lo recogieron determinadas revistas ilustradas que aseguraron que en la tumba se había sepultado a otro. Los médicos forenses se vieron obligados a intervenir. Se exhumó el cadáver y se procedió a comprobar la identidad de los restos. Efectivamente, eran los del comandante de los cazadores furtivos, doctor Dirlewanger.

□



El estudiante Joseph Goebbels a los 19 años.

EL JOVEN GOEBBELS

Entre los grandes del Reich de los mil años, un personaje que fascinó especialmente a las masas, además de Hitler, fue el pequeño doctor de Renania. Sin ser tan popular como Göring, ni tan temido como Himmler, Joseph Goebbels era la quintaesencia del nacionalsocialismo como factor de poder. No necesitaba porras de goma, ni cámaras de tortura: su instrumento era la noticia hábilmente ofrecida, la información envenenada. Harald Steffan recorre el camino que siguió aquel fanático renqueante hasta lograr el triunfo político.

Cierto día, a principios de 1942, ascendía al podio de los oradores del club de caza de Rheydt, en Renania, un tipo extremadamente flaco al que sobraba chaqueta por todas partes. Se trataba de una reunión de la izquierda política y el individuo quería plantear una cuestión de signo contrario. La gente prorrumpió en risas al observar la figura raquítica del hombrecillo. Alguien gritó: «¡Explotador capitalista!». Ese insulto referido al hombre que ya se encontraba en el podio, no tenía mucha base.

Al momento, aquel individuo de cabeza expresiva reconoció una gran oportunidad de terminar con éxito el lance. Entonces gritó con voz aguda: «Pido al señor que me ha llamado explotador capitalista que venga a la tribuna y vacíe su monedero a la vista de todos. Luego comprobaremos quién de los dos tiene más dinero.» Acto seguido colocó encima de la mesa su portamonedas y lo vació.

La gente soltó una carcajada, pero esta vez con un vestigio de respeto. El incidente le sirvió al «populista» para exponer su criterio sin más interrupciones. Luego volvió a su sitio.

Para ese desconocido, Paul Joseph Goebbels, de 26 años, se había producido un giro vital. Aquella tarde comenzaba a recorrer su camino en la vida política.

Un camino que tanto él como sus padres habían previsto muy diferente. Estos habían pensado que su tercer hijo sería eclesiástico. En favor de esta determinación hablaba no sólo la honda piedad católica tradicional de la familia, no sólo la escasez de medios económicos de los padres –su padre era escribiente y tenedor de libros en una pequeña fábrica de mechas, hasta que se hizo apoderado en la misma empresa a costa de enormes esfuerzos–. En favor de este proyecto sobre el futuro del joven Goebbels hablaba también su capacidad de estudio: en los estudios secundarios consiguió las máximas calificaciones en religión, latín y alemán. Su profesor de religión, el que luego sería prelado Mollen, se refería con grandes elogios a su alumno modelo, cuando éste sólo contaba 18 años. Por su parte, el joven Paul Joseph, que había nacido el 29 de octubre de 1897, no rechazaba de plano esa opción vocacional. Sin embargo, cuando en la Pascua de 1917 terminó su bachillerato y entró en la Universidad de Bonn, no se inclinó por los estudios de teología sino por los de germanística, filosofía e historia del arte. Goebbels se dejó arrastrar por la rama de germanística, y el estudiante vio en ella su camino futuro: el literario.

La especialidad «laica» por él elegida no le impidió al estudiante de 19 años el dirigirse a la asociación de San Alberto Magno mediante un devoto escrito en demanda de apoyo. La comisión diocesana concedería una serie de préstamos sin intereses a aquel prometedor hijo de la Iglesia. En total, 900 marcos. A la hora de devolver los préstamos, el estudiante se haría mucho de rogar. Cuando Goebbels llevaba ya largo tiempo como *Gauleiter* de Berlín y había abandonado la Iglesia, la asociación lograría recuperar la cantidad tras interminables acciones jurídicas.

En busca de la propia personalidad

Para los psicólogos, Goebbels era un libro abierto. Más aún que Hitler, en el que siempre quedan zonas oscuras. Hay aspectos que indican una fragilidad de carácter, y en ellos se observa que determinados efectos procedían de causas perfectamente identificables. En su vida se aprecian también compensaciones. Sobrecompensaciones, como diría Alfred Adler, el alumno de Freud. Según esto, Goebbels era víctima de complejos de inferioridad que le llevaban inconscientemente a realizaciones de gran energía orientadas a sentir el yo trascendido.

El orgullo escolar que le caracterizó procedía en gran parte, sin duda alguna, de la deficiencia trágica que determinó su vida: el defecto de su pie derecho. Él, que no podía tomar parte en los juegos y diversiones de sus compañeros, y que sentía cómo era marginado con la brutalidad de que los niños suelen hacer gala para apartar a los marcados por un defecto físico notorio, decidió compensar la situación dedicándose al espíritu. Para ello se concentró en su capacidad intelectiva que la naturaleza le había dado en gran medida como compensación de su defecto físico. En este caso la compensación llegó antes que el defecto, puesto que la renquera se produjo cuando él contaba cuatro años de edad. De todas formas, hoy todavía se desconocen las circunstancias del accidente.

Además del apremio por superar anímicamente su defecto, se impuso también en él como factor decisivo una cadena interminable de aventuras amorosas en las que Goebbels trató de reafirmarse. Las mujeres que logró conquistar con su espíritu, su humor y el atractivo de sus ojos oscuros («Era todo ojos», diría una de ellas), terminaban por avivar la herida no cicatrizada de sus sentimientos de inferioridad.

Algo similar habría que decir de su actitud fría en los combates dialécticos de la «época de lucha», de su placer en los momentos difíciles. Todo ello no parecía ser otra cosa que un bálsamo

para atenuar la amargura que le producía el pensar que no era apto para la guerra. Así se explica que su gran ídolo de novela fuese «Michael», allá por 1929; la historia de un caballero, héroe de batallas.

En definitiva contaba también con compensaciones para superar no sólo su defecto físico, sino también su falta de éxito profesional. Cuando ya había concluido sus estudios, que culminaron en 1922 con una tesis doctoral sobre el dramaturgo romántico Wilhelm von Schütz y con la concesión del grado de doctor en Filosofía por la Universidad de Heidelberg, se dispuso a buscar un trabajo, llevando varias obras escritas por él. El diario liberal «Berliner Tageblatt», de la editora Mosse, al que Goebbels enviaba originales a montones, terminó por devolvérselos todos. Diversas casas editoras hicieron otro tanto y el meritorio terminó por claudicar. Dos anuncios que le costaron bastante dinero acabaron igualmente en decepción. Así terminaron también sus gestiones para lograr un puesto de redactor en el citado periódico berlinés y el de dramaturgo en un teatro renano.

Una salida profesional a la que no era ajeno el desdén se abriría ante él ese mismo año de 1924 tras el pequeño pero estimable triunfo en el club de caza de Rheydt.

Antes de adentrarnos en la carrera del «pequeño doctor», en su brillante ascenso durante los tiempos de Weimar y en el Tercer Reich, queda un pregunta interesante: la negativa de las redacciones y cátedras de lectorado, ¿fue únicamente mala suerte, una mala pasada del destino, o este rechazo tenía realmente una base auténtica? La mejor medida para responder a esta cuestión la constituyen la novela *Michael,* que se publicó por entonces, y el diario de 1925/26, editado por Helmut Heiber en 1960.

Michael es una obra ilegible. Lo era ya incluso en la época de su aparición, cuando el expresionismo se lo permitía todo y abundaban los éxtasis en el papel y en la escena. Allí no había otra cosa que la cursilería derivada de un corazón inestable. Un romanticismo plebeyo y la añoranza de los héroes, un erotismo primario y toda una hojarasca nacionalista eran los componentes de esa ampulosidad insoportable. Todo ello terminaba en crispación y extravagancia.

Lo mismo cabría decir del diario. En contraposición con los diarios posteriores no estaba ideado para su publicación o para que lo repasase una tercera persona. Tampoco estaba escrito al dictado como los de la guerra, sino que era una obra absolutamente «sin peinar». En sus páginas se revela Goebbels tal y como era. Sin semitonos, sin

Joseph Goebbels como joven «Gauleiter» de Berlín, enfrascado en la lectura del «Völkischer Beobachter» y luciendo en la solapa la insignia del partido.

Der Naziführer

Dr. Goebbels

„Die nordische Rasse stellt die eigentliche Schöpferrasse der Menschheit dar“

so der Rassesachverständige der NSDAP., Ministerialrat a.D. **Konopatzki-Konopath** (man beachte den urgermanischen Namen!), vor den Funktionären des Gaues Groß-Berlin am 12.12.1930

„Erkläret mir, Graf Orindur,
Diesen Zwiespalt der Natur!“

Weber

Dieser „nordische“ Mensch

brüllte im Berliner Sportpalast:

„Dem bayerischen Pack muß die Faust unter die Nase gesetzt werden“.

Bayerische Landsleute

gebt diesem Berliner „Uebermenschen“ und all seinen braunen Nachläufern

eine deutliche bayerische Antwort.

Gebt am 31. Juli Eure Stimme der Liste

Bayer. Volkspartei! 9

matices, siempre oscilando entre el entusiasmo y la condena, entre la alabanza y el odio, la euforia y la depresión. «Inestable emocional» le llama Heiber, quien señala «una inmadurez plena» en el joven que anotaba sus incidencias íntimas cuando tenía una edad entre 27 y 29 años. Por ejemplo, puede leerse en el texto:

«¡Oh, tú, mundo gris e impío! ¡Fuera nievan copos blancos! ¡Ay de aquél que no tenga una patria!» (28-XI-1925);

«Me espera Elsa. Qué horas más hermosas... ¡Oh, las horas del domingo! Brillo del sol. Paseando enlazados por el brazo, Rhin abajo. No tenemos dinero para la comida del mediodía y, sin embargo, tan felices y contentos. ¡Tú, mi bien, mi amor! ¡Gracias!» (11-I-1926);

«Sanssouci... Aquí se va de sorpresa en sorpresa. ¡Federico el Único! He estado esta tarde junto a su sepulcro. Banderas del Regimiento de la Guardia. Federico duerme. Uno de los momentos más importantes de una vida. El mayor en la mía: un artista se hizo tan señor de sí mismo que se convirtió en servidor del Estado y combatió 7 años. Federico el Único. ¡El rey!» (17-IX-1926).

Con toda razón cabría preguntarse cómo era posible que el hombre que había destilado tales efluvios hubiese escrito al mismo tiempo artículos de fondo para ser citados repetidas veces, hubiese hecho vibrar de entusiasmo las cervecerías, escenificado verdaderas batallas verbales y se hubiera convertido en un maestro del control de las masas. El maridaje de una borrachera de sentimientos y de una demagogia corrosiva, de un sentimentalismo y de un agudo sarcasmo no parece muy viable. Pero así fue. En el pecho de Goebbels alentaban las dos almas inseparablemente.

En 1924, el orador de debates populares no encontró su partido «adecuado», en primer lugar porque el partido nazi no existía aún. Tan sólo había grupúsculos afines y vinculaciones en el campo de la extrema derecha, como el «Movimiento de Libertad Nacionalsocialista», presidido por Gregor Strasser. En este ambiente ideológico fue a poner pie Goebbels: como secretario del diputado prusiano Franz von Wiegershaus y como redactor jefe del «Völkische Freiheit» en Elberfeld.

Antes de finalizar este año –coincidiendo con la salida del Hitler de la prisión de Landsberg– el que sería el paladín más fiel del dictador tomó contacto con los hermanos Strasser y con los nacionalsocialistas que se agrupaban en torno al joven político Karl Kaufmann. Después de que Hitler fundó de nuevo el 27 de febrero de 1925, el partido nazi, se formó en marzo el *Gau* de Renania Norte, con centro en Elberfeld. En ese momento Goebbels contaba con tan buenas relaciones en este pueblo que inmediatamente accedió a la presidencia. Su pequeño periódico desaparecería tras la derrota electoral de los populistas a finales de 1924.

El camino hacia Berlín

En septiembre de 1925 se produjo un reajuste. Kaufmann pasó a ser *Gauleiter* y Goebbels jefe de negocios del mismo *Gau.* Aparte de esto, los Strasser le encomendaron a aquel nazi intelectual la dirección literaria de su periódico «Nationalsozialistiche Briefe». Durante los doce meses siguientes, Goebbels se debatió entre dos nacionalsocialismos: el de los Strasser y el de Hitler. Gregor Strasser, reorganizador del partido en el norte de Alemania y segundo hombre tras el *Führer,* como ya se le llamaba a Hitler, representaba el sentimiento anticapitalista de las masas. En su actividad de agitación subrayaba ese componente del nombre del partido, que para Hitler era secundario y no pasaba de ser una hoja de parra frente al pueblo, mientras él tenía los ojos puestos en la creciente expectativa industrial.

Que el redactor de las «Cartas Nazis» se mantuviese al lado de los Strasser no tenía nada de particular. Goebbels cumplía a la perfección el dicho «Canto la canción del que me da el pan» o «quien paga, manda». Así lo recoge él mismo en su diario; entonces se sentía socialista: «Me parece ridículo que los comunistas y nosotros nos estemos dando cabezazos», escribió en enero de 1926. El efecto antiburgués actuaba en este sentido hasta el punto de que su actitud hacia Hitler era muy inestable:

15-II-26 (después de que Hitler hiciese añicos en la asamblea de Bamberg el ala de Strasser): «... Oh Dios, qué poca cosa somos para competir con los cerdos de allá abajo... Es una de las grandes sorpresas de mi vida. He dejado de creer incondicionalmente en Hitler.»

13-IV-26 (en Munich): «Un saludo delirante. Hombre por hombre. Cabeza por cabeza. Abre la sesión Streicher. Después hablo yo dos horas y media. Doy todo lo que tengo. Se grita, se produce un gran estruendo. Al final me abraza Hitler. Tiene lágrimas en los ojos. Yo me siento feliz... Me inclino ante el mayor, ante el genio político.»

Entretanto Hitler había dicho, al final del congreso de Bamberg, que Goebbels era el rival más hábil y peligroso con que contaba en el norte y con un fino instinto trató de lograr que se pasase a su bando. Mediante insistentes atenciones y no poco ceremonial, a los cuales era especialmente vulnerable aquel advenedizo nostálgico de lo burgués y de la frivolidad, el jefe del partido atrajo hacia el sur al ambicioso. Así logró hacerle abandonar, con halagos y promesas, la fortaleza de Strasser. El éxito de esta táctica se refleja claramente en el diario de Goebbels.

El premio al cambio se produjo en otoño. Hitler se propuso reagrupar las diferentes actitudes de los berlineses. Para ello se buscaba un nuevo *Gauleiter.* Durante largo tiempo la situación se mantuvo en vilo. Quien en febrero de 1926 había anotado «Odio Berlín» se trasladaba gozosamente semanas después a la «metrópoli roja» en la que los pardos apenas superaban el millar.

Pero, con el tiempo, se afianzó el predominio sobre todo porque para él era mejor ser el primero entre pocos que el segundo o el tercero entre muchos. Además, vio en la marcha un medio excelente para zanjar las diferencias con su novia, Else Janke, con la que había roto.

Desde hacía cuatro años el noviazgo se había debatido entre el sí y el no de la joven profesora hasta emprender una curva declinante. Goebbels, por su parte, no procuró ningún giro hacia la estabilidad. Así escribió en agosto de 1925: «Qué cosa más triste. Cuando estoy tres días seguidos con alguien, deja de interesarme. Si permanezco a su lado una semana, acabo odiándolo como si fuese la peste.» En otro pasaje escribe: «En definitiva, en Berlín está el Gobierno: sólo allí puede lograrse el poder».

El 30 de octubre de 1926 refleja gozosamente en su diario: «Carta de Hitler. Lo de Berlín es un hecho. ¡Hurra!» Esa fue la decisión personal de Hitler que tuvo más trascendencia, tal y como se comprobaría después.

Goebbels, a la sazón, 29 años, conquistó Berlín para el *Führer.* Durante más de 18 años Berlín sería la capital y el principal campo de acción de su demagogia. □

Durante las campañas electorales de la República de Weimar era normal ridiculizar y mofarse de los oradores. El pequeño y renqueante doctor Goebbels, que tan poco correspondía al módulo nórdico de la ideología nazi, no podía quejarse de falta de carteles como el que reproducimos. Dice, entre otras cosas: El jefe nazi doctor Goebbels. «La raza nórdica representa a la estirpe creadora más adecuada de la humanidad». Así dijo el especialista en razas del NSDAP, consejero ministerial Konopasski-Konopath (se tiene en cuenta el nombre germano primitivo), ante los funcionarios del «Gau» del Gran Berlín el 12-XII-1930. Compatriotas bávaros, dadle a este «superhombre» berlinés y a todos sus seguidores pardos una contundente respuesta bávara. Dad el 31 de julio vuestro voto a la lista 9. Partido Popular Bávaro.

Caricatura propagandistica difundida en Norteamérica: «Un Estado regido y sostenido por el terror». En el caracteristico monóculo del oficial alemán se refleja una horca, simbolo del terror nazi.

EL HUMOR EN EL TERCER REICH

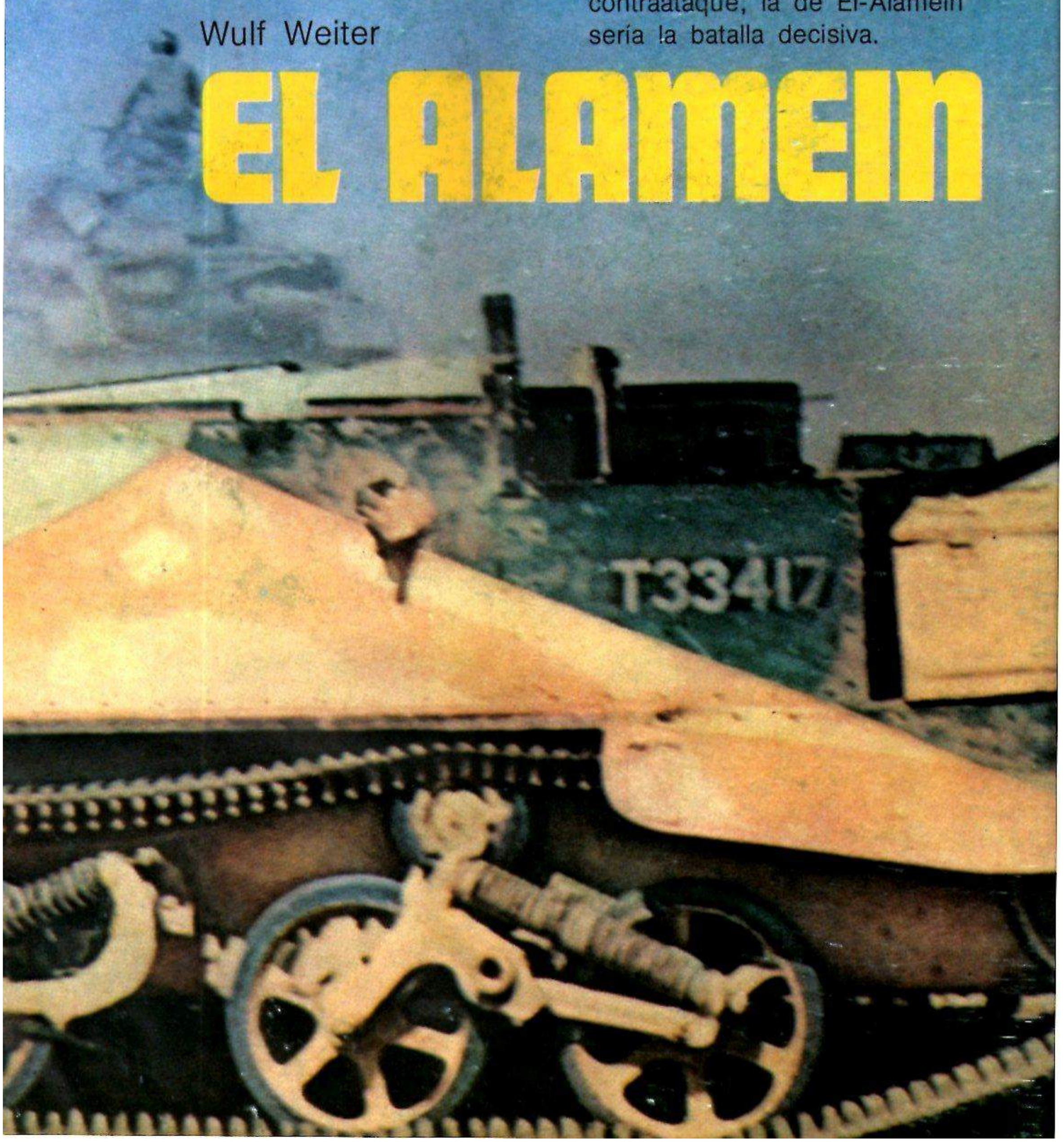
Esta bonita página corresponde a un número de la revista de propaganda «Signal». Lleva el título «Lo que necesitan los aviadores en África», y podía haber añadido «y raramente reciben». Las dificultades de aprovisionamiento se dejaban sentir en todo el frente y sólo la captura de algún depósito de víveres enemigo aliviaba de vez en cuando la situación.

Los "zorros del desierto" VII

El Ejército acorazado de África debía vencer una última dificultad antes de llegar al Nilo: las posiciones británicas de El-Alamein. Lo que meses antes parecía sólo una cuestión de días se reveló a la luz de los acontecimientos como prácticamente inalcanzable. Por el contrario: había que contar cada vez más con la inminencia de un contraataque; la de El-Alamein sería la batalla decisiva.

Wulf Weiter

EL ALAMEIN



De nuevo se preparan para el ataque los carros del Afrikakorps. En la imagen dejan atrás un blindado británico calcinado.

Por segunda vez en el plazo de pocas semanas, el premier británico Winston Churchill visitó el frente de El-Alamein el 19 de agosto de 1942. El comandante en jefe del Ejército 8, Bernard Montgomery, invitó al jefe del Gobierno a que pasara a su puesto de mando. «Una vez allí nos explicó detalladamente la situación. Adelantó con toda exactitud cómo se desarrollaría el próximo ataque de Rommel y las medidas que había tomado para hacerle frente. Todo sucedió más tarde como había previsto», escribe Churchill en sus «Memorias».

Es decir, once días antes de que las tropas germano-italianas intentasen abrirse camino hacia el Nilo, el comandante de las fuerzas enemigas sabía cómo y cuándo se iba a realizar el avance. ¿Hubo un traidor de por medio?

Esta pregunta no se ha podido esclarecer todavía. Pero es seguro que el ataque en un frente de sólo 60 km, limitado al norte por el mar y al sur por la depresión de El-Qattara, no permitía grandes variantes y que después de año y medio de guerra en el desierto la táctica de Rommel era sobradamente conocida.

¿Cómo podía traicionar alguien unos planes que aún no estaban decididos ese 19 de agosto? Fue el 27 del mismo mes cuando se reunieron los tres mariscales para tomar la decisión definitiva: Rommel, Kesselring, comandante de los Ejércitos del Sur, y Cavallero, jefe de las tropas italianas.

«Para llevar a cabo la ofensiva –dijo Rommel–, necesito por lo menos 6000 toneladas de carburante. De la puntualidad con que las reciba depende el desarrollo de la batalla».

Cavallero, responsable del abastecimiento a través del Mediterráneo, declaró que se encontraban ya en camino. ¿Añadió acaso –como asegura el representante alemán en el cuartel general italiano, general Enno von Rintelen– que respondía del embarque pero no de la llegada a África?

Esto tampoco reviste gran importancia, porque Rommel no tenía necesidad de que nadie le dijera qué probabilidades tenían de llegar a África los barcos procedentes del sur de Italia y de Grecia.

Después de la conquista de Tobruk se había renunciado a la ocupación de Malta, y ahora desde la isla actuaban las unidades navales y aéreas británicas allí estacionadas. Durante el mes de agosto llegaron a África sólo la mitad de los navíos con ese destino. Y del carburante embarcado en cuatro buques y que ahora esperaba el Afrikakorps no llegaría una sola gota. Kesselring dio orden entonces de transportar el carburante en *Ju 52*. Esto no suponía una gran solución porque los propios *Ju 52* consumían de por sí notables cantidades del transporte.

Por todos estos motivos los carros alemanes e italianos apenas tenían 150 litros de carburante en sus depósitos cuando el 30 de agosto empezó la ofensiva de El-Alamein.

Cuando el Afrikakorps comenzó su avance bajo la luz de la luna llena, lo primero que se encontró fue con un cordón de minas que los observadores no habían descubierto. Esto causó un tremendo desconcierto en la 15.ª *Panzerdivision*. Al fin el II Batallón, bajo el mando del capitán Weichsel, logró despejar un pasillo para seguir por él adelante. Peor todavía lo pasó la 21.ª *Panzerdivision*, cuyos granaderos se encontraron por sorpresa con sus vehículos en medio de un campo de minas. A las explosiones las acompañaban gritos desgarradores llamando a los sanitarios. Desde las posiciones británicas disparaban ininterrumpidamente contra los carros. Por todas partes caían los proyectiles ingleses.

Bengalas y bombas de señales

No tardaron en aparecer los aviones. Además de las ya conocidas bengalas –«árboles de navidad»– comenzaron a lanzar bombas de señalización, que aparte de proyectar una brillante luz de magnesio encendían un fuego difícil de extinguir. La luz recortaba de manera definida cada silueta de los hombres y de los vehículos.

Del cielo negro se dejaban caer los cazabombarderos, lanzaban sus bombas y ametrallaban las columnas con las armas de a bordo. Desde su blindado sigue las operaciones de la 21.ª *Panzerdivision* el general del Afrikakorps (DAK) Walther Nehring. Un *Jabo* se lanza sobre el vehículo. Su bomba explota muy cerca del eje delantero. La metralla se filtra dentro del carro. El general cae gravemente herido. Se pide ayuda por radio al jefe del Estado Mayor, Bayerlein, y al resto de la dotación. Fuera caen heridos dos oficiales. Al fin un suboficial consigue llevarse en su vehículo al general herido.

Poco antes ha muerto el general que manda la 21.ª *Panzerdivision*, George von Bismarck, y ha resultado herido el general Kleemann, de la División 90 ligera. El DAK pierde así tres de sus cuatro generales en la primera fase de la batalla. El general von Vaerts, de la 15.ª *Panzerdivision*, es el superviviente. Sólo después de muchas horas cede la resistencia británica en el cinturón de minas. Este punto inesperado de resistencia constituye una sorpresa para el DAK, así como también las dificultades del terreno. Este es el fruto de la estratagema de Freddy de Guingand, jefe del Estado Mayor de Montgomery, con su mapa falsificado.

Por lo pronto hay que prescindir de la idea de sorprender al enemigo con la que tanto contaba el mando del DAK al emprender la operación. Con la rapidez de costumbre surge el sol en el horizonte. El sector sur del frente ha avanzado entre 12 y 15 km, pero no ha roto la resistencia. Según el plan de Rommel se debía haber avanzado durante la noche 50 km hacia el este, con el fin de envolver ampliamente a las tropas británicas.

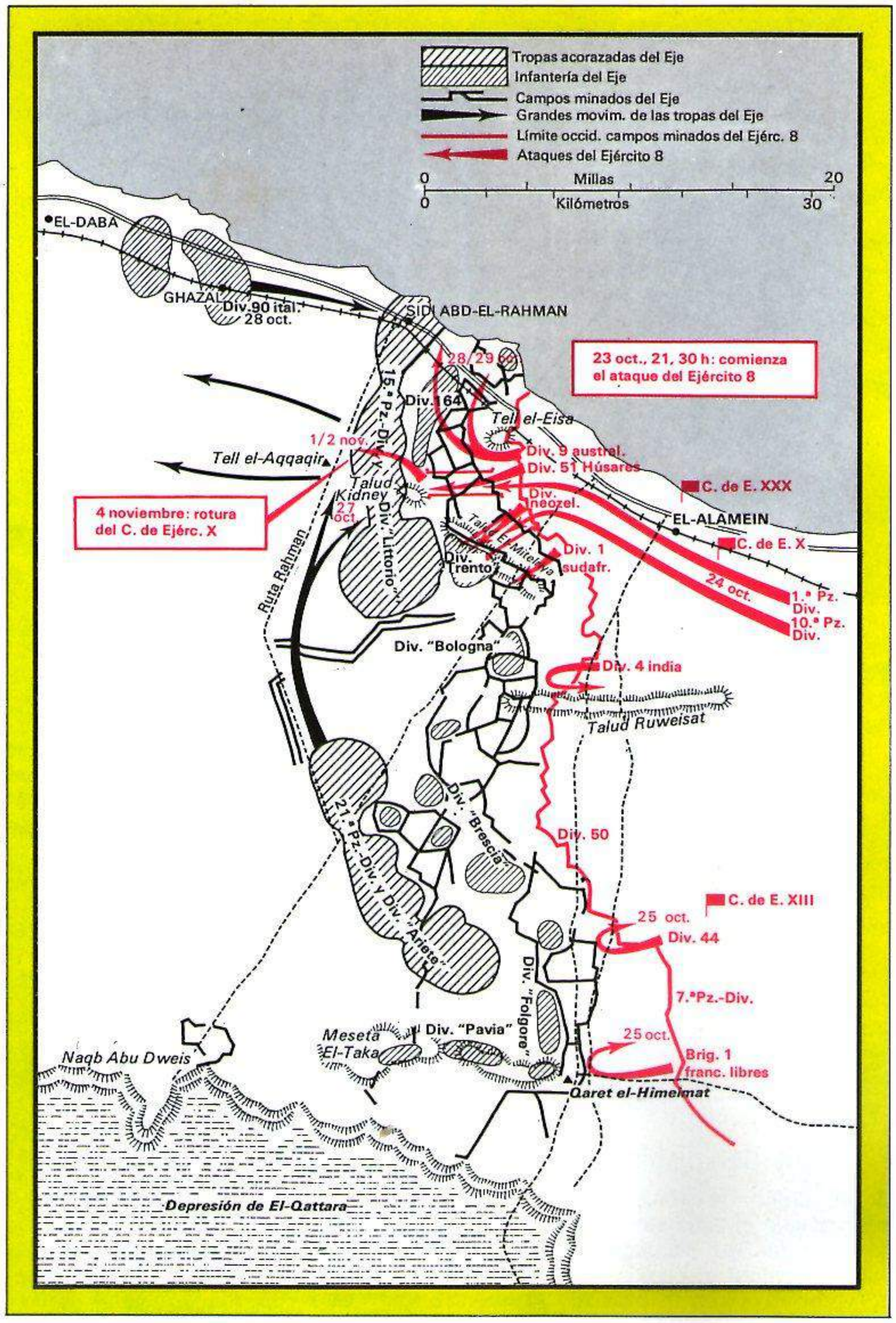
El ataque ha fracasado: el Estado Mayor del Afrikakorps piensa interrumpirlo. Rommel se decide por una operación modesta: avanzar hacia el norte en formación cerrada. Pero en medio de la dirección elegida se encuentra el fuerte bien defendido de Alam el-Halfa.

No es una sorpresa, si bien se ignora la importancia de los defensores: una División completa de infantería llegada de refresco de Inglaterra, además de fuertes unidades de carros de combate, medio sepultados en la arena para mejor realizar la defensa. Es imposible que las tropas alemanas puedan sobrepasar el fuerte por más que a última hora cuenten con un aliado poderoso e imprevisto: una tempestad de arena que sacude todo el teatro de operaciones y que al menos impide volar a los aparatos de la RAF.

En la tarde del 31 de agosto comienzan a agotarse las provisiones de carburante de los carros. Por la noche, con grandes dificultades se consigue una vez más llenar los depósitos. Mas el 1 de septiembre trae consigo la pérdida de toda esperanza de alcanzar la victoria. Cierto que el Regimiento acorazado 8 se encuentra tan sólo a 18 km de la costa, y que Rommel intenta por todos los medios que fuercen la marcha las unidades retrasadas, sobre todo la «Ariete» con sus vehículos ligeros, pero ha aparecido la RAF y con ella los observadores de la artillería.

Sobre el campo de batalla se elevan densas columnas de humo negro; soldados de infantería y zapadores mueren sobre la arena ardiente, los hombres de los carros se achicharran en sus propios vehículos. Y todo aquel que alguna vez inconscientemente haya ensalzado la bella muerte del héroe, que lance una breve mirada sobre los ataúdes incandescentes.

Cada vez son más numerosos los carros que tienen que detener su avance por falta de carburante; el abastecimiento se hace más y más difícil porque los *Jabos* atacan rápidamente cada transporte. Durante la noche del 1 de septiembre Rommel da orden de suspender el ataque y de retirarse ordenadamente hacia el punto de partida. Las



Tras las grandes pérdidas sufridas en varios intentos de ataque, Rommel no podía ofrecer resistencia por mucho tiempo a la contraofensiva de Montgomery en El-Alamein.

El-Alamein hubiera sido insostenible para Rommel. Primero, porque desde Malta se obstaculizaba resueltamente el transporte de refuerzos y, segundo, porque por la otra parte llegaba una ininterrumpida caravana de hombres y material. Sólo la llegada de los *Sherman* americanos señaló ya el predominio británico sobre los blindados alemanes. Roosevelt los envió a toda prisa al ser testigo del tremendo efecto que causó en Churchill la noticia de la caída de Tobruk.

Todo esto se puede ver ahora, pero no entonces, durante la contienda. Había demasiadas tumbas entre Marsa el-Brega y El-Alamein; la arena del desierto había sido pagada a un precio demasiado alto de sangre como para poder reconocer: Esa posición no podremos mantenerla.

De esta manera se multiplicaron una vez más las tumbas del desierto.

Marseille, as de la aviación

Aunque carecemos de pruebas que lo atestigüen, ha llegado hasta nosotros un episodio característico de la guerra en el Norte de África:

Un joven alférez de aviación en viaje hacia su destino se detuvo en Derna para cobrar su soldada. Cuando el pagador iba a escribir en su cartilla el asiento correspondiente, el aviador le advirtió:

–¡Un momento! Escriba usted en otra hoja: ésa está reservada para la inscripción de las condecoraciones. Se trataba de una hoja en la que ya figuraba la concesión de la Cruz de Hierro de 1.ª clase.

–¿No creerá usted que va a recibir aquí alguna cruz más? –replicó el pagador.

–Naturalmente –fue la lapidaria respuesta del alférez.

El pagador dejó un par de hojas libres antes de escribir y devolvió la cartilla al alférez al tiempo que comentaba irónico:

–Ahora ya tiene espacio suficiente para robles y brillantes.

Un año más tarde al pagador se le hubiera helado la ironía en los labios, porque el alférez no era otro que Jochen Marseille.

Marseille había nacido en Berlín en 1919 y se calificaba a sí mismo «como el alférez más viejo de toda la aviación». Su posible ascenso había chocado siempre con su comportamiento poco disciplinado. En su hoja de servicios figuraba una nota a este respecto que no dejaba lugar a dudas. Se adivinaba en él un piloto siempre dispuesto a la proeza, incluso a la no permitida.

últimas reservas de gasolina se reparten entre todos, y la mayor parte de los carros aún en condiciones de marchar pueden cumplir el objetivo.

Con Alejandría, El Cairo o el golfo Pérsico no soñaba ya nadie. Las advertencias se han revelado justificadas: contra la superioridad de la Aviación británica, que prácticamente luchaba a la puerta de su casa, no hubieran tenido ninguna oportunidad incluso fuerzas más poderosas que las germano-italianas que presentaron combate. En el estrecho terreno de El-Alamein no había sitio ni para la astucia ni para la amplia estrategia de Rommel, demostrada en el inmenso y profundo desierto. Aquí la confrontación es puramente técnica, al estilo de la primera Guerra Mundial. Rommel siempre había temido un desenlace de este tipo, por eso inmediatamente después de la caída de Tobruk continuó la marcha hacia el este sin esperar la llegada de refuerzos y sin asegurarse el camino del abastecimiento. Sobre todo temía al hombre que ahora se encontraba al otro lado, un hombre como Montgomery, capaz de aprovechar su superioridad de una manera más efectiva que su antecesor y de proseguir sus planes con toda energía. El futuro era incierto.

Miradas las cosas con la perspectiva actual está claro que la posición de

Cuando Marseille fue enviado a África dejaba tras de sí ocho aparatos enemigos derribados en los combates sobre el Canal, pero al mismo tiempo tenía sobre su conciencia otros tantos *Me 109,* destrozados con su manera de volar poco ortodoxa, a consecuencia de la cual recibía tantos impactos como los que causaba.

También en África siguió regresando a la base con su avión hecho una criba. El jefe de su escuadrilla, que había sabido descubrir en él un auténtico talento, le hizo ver que, pese a toda su aptitud, con esa forma de volar no llegaría a viejo ni se convertiría en un verdadero as de la aviación.

Los vuelos siguientes logró realizarlos con éxito sin necesidad de destrozar su propio aparato. Y cada vez más comenzó a cultivar una manera de volar que había de situarle entre los más grandes pilotos de caza: todas las maniobras que se realizan durante la lucha aérea no tienen otro objeto que situarse en una mejor posición de tiro: detrás del enemigo. En esta posición se puede volar a la altura que uno quiere, acercarse y atacar sin miedo a que el otro responda. Durante la maniobra, la realización de la curva para situarse en la buena posición, no se dispara porque, dada la brusquedad del movimiento, el avión enemigo pasa velozmente ante el punto de mira. Ese instante lo sabían aprovechar muy pocos, y sólo uno llegó a dominarlo por completo: Marseille. Durante medio año estuvo ejercitándose en esta «especialidad» y no únicamente durante los combates, sino también al regresar rumbo a la base. Marseille maniobraba con su aparato, haciendo piruetas alrededor de los de sus camaradas, realizando la peligrosa curva y viendo pasar un instante las cabinas de los otros pilotos ante su mira. El 24 de septiembre de 1941, las tropas germano-italianas ocuparon Cirenaica hasta la frontera egipcio-libanesa; durante los combates Marseille derribó cinco aparatos enemigos entre Halfaya y Sidi el-Barrani.

Su manera de operar resultaba inimitable: con el motor a poca velocidad se filtraba lo más pegado posible a los aviones enemigos; entonces se lanzaba a ganar altura. El ardid consistía en tener al enemigo ante el punto de mira de su arma en el momento de lanzarse, cuando la corriente de aire, inmediatamente después de iniciar la curva, casi inmoviliza el aparato. Una breve ráfaga, con la que Marseille siempre daba en el blanco, y un instante después su avión había desaparecido del campo de acción del enemigo.

La ofensiva británica de otoño devolvió a Rommel a sus posiciones iniciales. Los cazas debían volar cada vez desde nuevos campos. En febrero, tras haber derribado 48 aviones enemigos, Marseille recibió la Cruz de Caballero siendo ascendido a teniente primero y capitán de escuadrilla. Se convirtió así en una figura legendaria cuya fama se extendió más allá del escenario de sus hazañas. Al derribar el 125.º avión enemigo se le concedió la Cruz con el distintivo de brillantes. El 30 de septiembre de 1942 el frente estaba situado cerca de El-Alamein. Marseille realizó un vuelo de escolta con su escuadrilla. Tres días antes había derribado su 158.º avión enemigo. Ese 30 de septiembre no hubo ningún encuentro con el enemigo. Al regreso, a unos tres minutos de las líneas alemanas ante El-Alamein, Marseille comunicó que el motor de su avión funcionaba con dificultades. En efecto, el *Me 109* despedía una densa nube de humo negro. «No puedo ver nada», advirtió Marseille por radio. Pero claro está que no se resignó a aterrizar en territorio enemigo, en un lugar en el que la situación de los frentes no permitía alentar la esperanza de poder filtrarse hasta las líneas alemanas. La escuadrilla se concentró alrededor de su capitán y por radio le fue transmitiendo las correcciones necesarias para que pudiera proseguir el vuelo. A 1500 metros de altura cruzaron las líneas alemanas. «Tengo que salir de aquí», gritó Marseille. El resto de sus camaradas vio cómo invertía su avión, abría la cabina y se dejaba caer. Pero, en el mismo momento, el aparato entró en barrena y arrastró consigo el cuerpo del piloto. No se abrió ningún paracaídas. Cuando fue hallado el cadáver del capitán de la escuadrilla se apreció que no había logrado tirar del cordón de seda: un ala le había producido una gran herida en el pecho, haciéndole perder el sentido.

El jardín del diablo

En el otoño de 1942 resultaba fácil adivinar que el cada vez más poderoso enemigo del DAK no tardaría mucho en intentar romper el cerco. Debido a ello era preciso sembrar el suelo con el mayor número de minas, y colocarlas además de la manera más hábil. Rommel, a quien entusiasmaba la técnica de la guerra, se sentía en su elemento. Un cinturón de minas le pareció demasiado sencillo. Lo que se le ocurrió fue bautizado después con el expresivo nombre de «jardín del diablo».

¡Y bien que mereció su nombre! Rommel lo hizo construir a retaguardia de la línea del frente, con objeto de que los zapadores pudieran trabajar tranquilos. Cuando el jardín estuvo terminado, el frente pasó a situarse detrás de él.

Y así estaba constituido el jardín:

Una franja en forma de «U», de 3 a 5 km de anchura por 4 a 6 km de profundidad y abierta en la dirección del enemigo, fue cercada con estacas y alambre de espino. Detrás de esta alambrada se colocaron minas contracarros, y a lo largo de la parte abierta al enemigo un cinturón de dos y tres hileras de minas.

La idea era crear en el enemigo el temor de que, incluso después de haber limpiado las primeras hileras, seguirían explotando minas. Sin embargo, en el resto del espacio cercado se encontraban bombas de aviación de 100 y 500 kilos unidas a restos de aviones con hilos de alambre. Bastaba un leve contacto para que todo volara por los aires. Y de trecho en trecho nuevamente líneas de minas para engañar a los encargados de limpiar el campo.

Los propios zapadores improvisaban nuevas trampas. Obuses que no habían explotado se transformaban en masas explosivas. De las estacas a primera vista inofensivas, pendían explosivos suficientes como para hacer volar al carro que tropezara con ellas.

El que durante un avance se adentraba en una casa recién conquistada sin tomar las debidas precauciones no podía quejarse de lo que le sucediera. Los explosivos conectados al timbre de la vivienda se revelaron pronto como algo desprovisto de fantasía. Por todas partes se colocaban cargas, incluso en el W. C. cuando lo había, por lo que nada resultaba tan peligroso como tirar de la cadena. Quien hospedado en un ambiente algo más elegante tratara de poner un cuadro derecho, por ejemplo, podía estar seguro de despertarse en la eternidad. Toda esta macabra fantasía y algo más se empleó en la construcción del jardín del diablo. A mediados de septiembre Rommel pudo contemplar con satisfacción su obra. Las toneladas de explosivos hábilmente disimulados formaban un obstáculo difícil de salvar. Atendiendo al repetido consejo de su médico consintió en dejarse curar la dolencia del hígado que padecía, así como una infección de las vías respiratorias. El 23 abandonó África. En Italia visitó a Mussolini y al mariscal Cavallero. El 25 recibió en el cuartel general del *Führer* las insignias de mariscal. Exactamente un mes después se le comunicó en Semmering, en las cercanías de Viena, una noticia alarmante: Montgomery había iniciado la ofensiva. El lugarteniente de Rommel al frente del DAK, general Stumme, había resultado muerto durante la primera fase de la batalla. En África se iniciaba el último acto.

A las 20,45 del 23 de octubre de 1942 tronaban casi 1000 cañones sobre los 10 km de frente entre Bir el-Atash y Bir Abu Sifai. Un bombardeo de artillería de cinco horas como sólo se había visto en las batallas técnicas de la primera Guerra Mundial, cayó sobre las posiciones de la infantería germano-italiana en los sectores norte y centro.

Al mismo tiempo, escuadrillas de bombarderos procedentes de los campos de aviación inmediatos dejaban caer su carga de bombas. Hacia las 22 horas las explosiones cedieron y parecieron cambiar de signo. En el jardín del diablo empezaron a dejarse sentir las explosiones de las minas y de las bombas de aviación. Las detonaciones se aunaron en un ruido infernal.

Desde sus posiciones, los soldados de infantería británicos, con los ojos fijos en el infierno de llamas y humo, se preguntaban si era posible que algo hubiera quedado allí con vida.

Las comunicaciones con la primera línea quedaron interrumpidas. Sólo las llamas indicaban al Estado Mayor que el gran ataque se preparaba pero, ¿por dónde pensaba atacar Montgomery? De norte a sur se encontraban detrás del frente la 15.ª *Panzerdivision,* la División «Littorio» italiana, la 21.ª *Panzerdivision* y la División «Ariete». Un poco más retrasada, en el norte, sobre la carretera de la costa se encontraba la División 90 ligera. ¿Se debían concentrar las fuerzas o esperar?

Situación catastrófica

El Estado Mayor del Ejército acorazado estaba casi seguro de que el ataque se efectuaría en el sur. Todo parecía indicar que Montgomery se decidiría por el flanco más débil: la depresión de El-Qattara. El fuego desencadenado en el sector norte constituiría así una maniobra de diversión sobre todo teniendo en cuenta que en los otros frentes también se estaba disparando. Sin embargo, esta vez eran los británicos los que se estaban valiendo de la técnica de Rommel. En el sur había establecido «Monty» una unidad de transmisiones dedicada exclusivamente a los escuchas de las fuerzas alemanas. Pero era en el norte donde se proponían los británicos atacar con el Cuerpo de Ejército XXX. Con todo, en las destruidas trincheras, en las fosas desde donde operaban los tiradores, seguía alentando la vida: en el extremo norte, ante el Regimiento acorazado 125 quedó detenido el avance.

Sin embargo, en el sur, en el flanco izquierdo del Regimiento 382, tropas de infantería australianas y escocesas consiguieron abrirse paso y expulsar de sus posiciones a las tropas italianas. Al mismo tiempo comenzaron a moverse en el este los carros de combate. Tras sangrienta lucha un pequeño grupo de supervivientes fue hecho prisionero.

No pudo lucir sus condecoraciones durante mucho tiempo: el as de la aviación alemana Joachim Marseille murió a consecuencia de un accidente el 30 de septiembre de 1942.

Hasta el amanecer se luchó en la línea principal del frente norte. Pese a los bombardeos, no todas las minas y bombas del jardín del diablo habían explotado, por lo que Montgomery perdió en aquel terreno gran cantidad de carros blindados.

En las primeras horas de la mañana del 24 de octubre, y ante la falta de información sobre el estado del frente, el general Stumme decidió ir personalmente a examinar la situación. Junto con el coronel Büchting, que mandaba una unidad de transmisiones, emprendió la marcha hacia la primera línea. Antes de llegar a ella el vehículo en que viajaban se vio envuelto por el fuego de las ametralladoras. El coronel resultó muerto de un disparo en la cabeza y el general de un ataque cardíaco. Sólo el conductor del vehículo salió con vida. El general von Thoma se hizo cargo del mando.

Poco después el general Keitel, desde el cuartel general del *Führer*, avisó a Rommel de lo que estaba sucediendo. Inmediatamente el mariscal emprendió el regreso a África. Durante su escala en Roma, esperaba al mariscal en el aeropuerto el representante alemán en el cuartel general italiano, general Enno von Rintelen.

«Rommel quedó muy impresionado por mi informe sobre la situación en que se encontraba su Ejército», diría después von Rintelen. Verdaderamente la situación era catastrófica.

La aviación británica, reforzada con bombarderos pesados norteamericanos tipo *Liberator* y con bimotores *Marauder*, acababa en mar y tierra con todos los refuerzos y con todo el abastecimiento destinado al DAK. Durante los meses de otoño el Eje perdió buques por un total de 200.000 toneladas, sin duda difíciles de suplir. Como siempre los lentos buques cisterna fueron el objetivo predilecto. La falta de carburante y el continuo ataque de la aviación hacían que escasearan en el frente los proyectiles de artillería, por más que se encontraran en los puertos de la Cirenaica 20.000 t de munición.

Montgomery, por su parte, seguía recibiendo refuerzos de todo tipo por el canal de Suez y a través del Mediterráneo, y sus baterías concentraban el fuego sobre las posiciones alemanas de El-Alamein con objeto de poder realizar el ataque con el menor número posible de bajas. Miles de carros, más de la mitad *Shermans* y *Grants* americanos, estaban preparados para la batalla: para perseguir y acabar con el enemigo en el momento preciso. El primer golpe de los carros, sin embargo, no llegó muy lejos. Cierto que profundizó 8 km, pero allí fue contenido por las unidades alemanas del Regimiento de Artillería acorazado 33, y la 15.ª *Panzerdivision*.

El fuego concentrado se detuvo y, en el instante más necesario, apareció un destacamento blindado por el flanco. Para su desgracia los ingleses fueron a adentrarse por un sector intacto del jardín del diablo. Las detonaciones no se hicieron esperar. Los carros dieron media vuelta y emprendieron la fuga. 35 de ellos quedaron en el terreno. Los defensores no se encontraban con fuerzas para limpiar el sector por el que se había intentado romper su línea. La falta de carburante impedía a los blindados grandes movimientos; la escasa reserva debía conservarse para un momento decisivo. Y eso que, por ejemplo, la 15.ª *Panzerdivision* sólo disponía de 35 carros en condiciones.

Victoria o muerte

La 21.ª *Panzerdivision* continuaba en el sur esperando el ataque de Montgomery, considerando aún que todo lo demás no pasaba de una maniobra de diversión. El 27 de octubre Rommel la mandó al norte. En un infructuoso contraataque se concentraron las unidades gastando para ello el preciado carburante, mientras que el enemigo, con fría precisión, iba dejándolas una tras otra fuera de combate.

El 2 de noviembre las tropas alemanas llevaban nueve días de combates ininterrumpidos, soportando el hambre, la sed, el polvo y los mosquitos. Por la noche Rommel dio a conocer que dada la situación no tendría más remedio que levantar el frente.

En sus Memorias cuenta Enno von Rintelen que en el cuartel general del *Führer* esta opinión fue calificada de «análisis pesimista». Calificativo que se debía a la acción de Hitler, quien seguía cultivando la costumbre de narcotizar con sus monólogos a los miembros de su cuartel hasta altas horas de la noche, durmiendo después hasta bien entrada la mañana: en estos monólogos la situación de los frentes jugaba el papel que se le antojaba a Hitler. El parte enviado por Rommel poco después dando cuenta de que había iniciado la retirada fue a parar a las manos del *Führer* muchas horas más tarde. Este parte se cruzó con un llamamiento de Hitler formulado días antes y que esperaba sobre su mesa el momento oportuno del envío. Venía a ser una inyección moral dirigida al DAK: «...En la situación en que se encuentra no puede imperar otro pensamiento que el de permanecer firmes, sin ceder un ápice de terreno, empleando en la batalla cada hombre y cada arma disponible... No sería la primera vez en la historia en la que triunfara la voluntad más fuerte sobre los más fuertes batallones. Sus tropas no pueden en estos momentos tener otra alternativa que vencer o morir...»

Hitler se creyó en ridículo y dio rienda suelta a su furor cuando finalmente el 3 de noviembre supo la verdad de lo acontecido. Pagó las consecuencias un oficial de transmisiones que fue destituido y enviado a un batallón de castigo. Pero hasta el día siguiente no anuló Hitler la orden dada con completo desconocimiento de la situación. A 3000 kilómetros de distancia, en el campo de operaciones africano, la vanidad creaba a Rommel y su Estado Mayor un conflicto de conciencia y costaba un río de sangre más.

Inmediatamente Rommel dio la orden de suspender la retirada y de luchar hasta el último cartucho.

Las consecuencias fueron espantosas. En la mañana del 4 de noviembre, los restos del DAK fueron sorprendidos a la altura de Tel el-Mampsra por los blindados de Montgomery, que terminaron con ellos. La misma suerte corrió en el sur el Cuerpo de Ejército XX italiano, perdiendo todos y cada uno de sus vehículos bajo el fuego de los *Shermans*. El general von Thoma, comandante del DAK, dos veces herido durante la contienda y altamente condecorado, fue hecho prisionero después que ordenara replegarse a su Estado Mayor y se quedara él al frente de las escasas tropas que cubrían la retirada. El jefe del Estado Mayor, Bayerlein, quedó con su blindado detenido entre los vehículos incendiados y bajo el fuego de los enemigos que le rodeaban.

Poco después Rommel solicitaba del *Führer* que anulara su orden. Kesselring, llegado poco antes de Italia y espantado de la situación que se ofrecía ante sus ojos, secundó la petición de Rommel.

Y sin esperar respuesta, el mariscal obró en consecuencia y salvó los restos de sus unidades.

La retirada había comenzado ya cuando bien entrada la noche llegó una comunicación del *Führer* aprobando la decisión de sus mariscales. Demasiado tarde para realizar una retirada en orden. Sólo algunas unidades disponían todavía de vehículos, y aun muchos de ellos no podían moverse por falta de carburante. Miles de soldados fueron alcanzados por los carros de Montgomery y hechos prisioneros; sobre todo, las tropas italianas no motorizadas. El DAK había comenzado la batalla con 258 carros de combate. El 5 de noviembre no disponía más que de 38.

□

En el próximo capítulo:

Desembarco americano en África – Göring se indigna con Rommel – Abandono de Tripolitania – Una acción de los «Brandenburger» en Túnez – Retirada del Afrikakorps.

CRONICA

POLITICA — CUESTIONES MILITARES — CULTURA Y TECNICA

1943

6. 7.: Bajo el título «La última víctima de Katyn: Londres asesina a Sikorski», el diario «Völkischer Beobachter» da cuenta de la muerte del presidente del Gobierno polaco en el exilio, ocurrida a consecuencia de un accidente de aviación.

12./13. 7.: En Krasnogorsk, no muy lejos de Moscú, se crea el Comité Nacional de la Alemania Libre (Freies Deutschland).

19. 7.: Hitler y Mussolini se reúnen en Feltre, norte de Italia. Delante de los generales italianos allí presentes, el «Führer», sermoneó al «Duce» durante tres horas ininterrumpidas por el desembarco de los aliados en Sicilia.

25. 7.: Mussolini es derrocado y hecho prisionero. El rey Víctor Manuel III nombra al general Badoglio nuevo jefe del Gobierno.

5. 8.: El Gobierno italiano ordena la disolución del partido fascista.

6. 8.: A consecuencia de los terribles bombardeos sufridos por Hamburgo, el ministro de Propaganda del Reich, Goebbels, anuncia que la población berlinesa será evacuada lo antes posible.

18. 8.: Hitler encarga provisionalmente de la jefatura de las SA al «Obergruppenführer» Wilhelm Schepmann.

20. 8.: Hitler toma las siguientes decisiones de política interior: 1. El barón von Neurath cesa en su cargo de Protector del Reich en Bohemia y Moravia. 2. En calidad de nuevo Protector se nombra al hasta ahora ministro del Interior del Reich, Dr. Wilhelm Frick, cuyo cargo pasa al jefe de las SS y de la policía alemana, Heinrich Himmler. 3. El Servicio del Trabajo deja de depender del Ministerio del Interior. El jefe de este Servicio dependerá en lo sucesivo directamente del «Führer». Al jefe del Servicio, Konstantin Hierl, se le nombra ministro del Reich.

El jefe del Servicio del Trabajo, Konstantin Hierl, nuevo ministro del Reich.

29. 8.: El jefe de las fuerzas alemanas en Dinamarca implanta el estado de excepción. Entrega las armas el Ejército danés, mientras la Armada prefiere el barrenamiento. Dimite el Gobierno danés. Las autoridades militares alemanas se hacen cargo de la Administración.

29. 8.: Hitler, Göring y Ribbentrop envían sendos telegramas de condolencia al príncipe Kyrill, a la reina Johanna y al jefe del gobierno Filov por la repentina muerte del rey Boris III de Bulgaria.

5. 7.: Operación «Zitadelle»: Los Grupos de Ejércitos Sur y Centro comienzan la ofensiva. Tras algunos éxitos iniciales, la última ofensiva alemana en el frente del Este debe ser interrumpida una semana más tarde ante la resistencia soviética, y suspendida definitivamente el 17. 7.

10. 7.: Comienza el desembarco aliado en Sicilia.

13./14. 7.: Bombardeo de la vieja ciudad imperial de Aquisgrán. Quedan destruidos la catedral, el ayuntamiento y otros edificios históricos.

23./29. 7.: Gran ataque aéreo aliado contra Hamburgo; 3000 bombarderos norteamericanos y británicos, en una acción ininterrumpida de 7 jornadas, día y noche, lanzan 9000 toneladas de bombas causando la muerte de 30.000 personas y destruyendo 277.330 viviendas y 580 fábricas y talleres. En el puerto fueron hundidos buques con un total de 180.000 toneladas. El «round the clock bombing» estuvo precedido del lanzamiento, efectuado por los ingleses, de gran cantidad de pequeñas partículas de aluminio que estorbaron la acción de los aparatos de localización y de la defensa antiaérea.

26. 7.: Goebbels anota en su «Diario»: «Durante la noche Hamburgo ha soportado un terrible bombardeo. Con este ataque se habrán disipado todas las ilusiones que muchos se habían hecho sobre la interrupción de los ataques enemigos.»

17. 8.: Los Aliados terminan la ocupación de Sicilia. Las últimas tropas alemanas e italianas se refugian en el sur de Italia.

17. 8.: Durante el día bombarderos norteamericanos atacan la fábrica de cojinetes de bolas de Schweinfurt y la de aviones Messerschmitt de Regensburg (Ratisbona). La defensa antiaérea alemana derribó un 16% de los aparatos que tomaron parte en el ataque.

17./18. 8.: 597 bombarderos británicos atacan la fábrica de cohetes de Peenemünde.

18. 8.: El jefe del Estado Mayor de la «Luftwaffe», general Hans Jeschonnek se suicida en el cuartel general de Göring. A la opinión pública se le dice que ha muerto de resultas de una penosa enfermedad. Göring, en representación de Hitler, coloca una corona ante su tumba.

22. 8.: Unidades acorazadas soviéticas cercan la ciudad de Járkov, que cae en su poder 24 horas más tarde.

29. 8.: Con motivo del segundo aniversario de la creación de la Legión de Voluntarios Franceses, el comandante en jefe del Gran París, general Freiherr von Boineburg-Lengsfeld entrega en nombre de Hitler diplomas de reconocimiento a las familias de los legionarios hechos prisioneros.

1. 7.-31. 8.: Durante este período los submarinos alemanes que operan en los océanos Atlántico e Índico y en los mares Mediterráneo y del Norte, hunden 63 mercantes aliados con un total de 334.135 toneladas.

11. 7.: Se decide durante la prórroga el campeonato alemán de waterpolo: El «Erste Wiener Amateur Schwimm Club» derrota a la «Luftwaffen Sportverein Rerik» por 4 a 2.

12. 7.: Muere en Berlín el profesor Dr. Hermann Bohle, antiguo jefe territorial en la Unión Sudafricana de la organización del servicio exterior del NSDAP.

Ordensburg Sonthofen.

15. 7.: Terminan en Ordensburg Sonthofen las competiciones entre los alumnos de las escuelas Adolf Hitler, que se han desarrollado en presencia del jefe de las Juventudes, Baldur von Schirach y de Robert Ley. Fue declarada vencedora de la competición «física, intelectual y musical» la escuela de Mecklenburg, a la que se otorgó la «espada de las escuelas Adolf Hitler».

30. 7.: Se estrena la tercera película producida en color: «Das Bad auf der Tenne». Calificación: de gran valor nacional.

1. 8.: Estos son los ganadores del gran premio de Alemania, corrido en el hipódromo de Munich y dotado con 100.000 marcos: primero, «Panzerturm», seguido de «Samurai» y «Ticino».

3. 8.: En reconocimiento a su extraordinaria dedicación llena de sacrificio en el socorro a las víctimas de los bombardeos de Hamburgo, el «Führer» concede la Cruz de Caballero por Méritos de Guerra al general Wahle, comandante militar de la ciudad.

7. 8.: En su calidad de «Comisario para la defensa de la capital del Reich», Joseph Goebbels promulga los «doce mandamientos de la protección antiaérea». En el punto once se puede leer: «Las bombas incendiarias son obra humana, no lo olvides cuando tengas que defenderte de ellas. Un corazón valiente, una mente clara y sangre fría son algo más fuerte que el terror de nuestros enemigos.

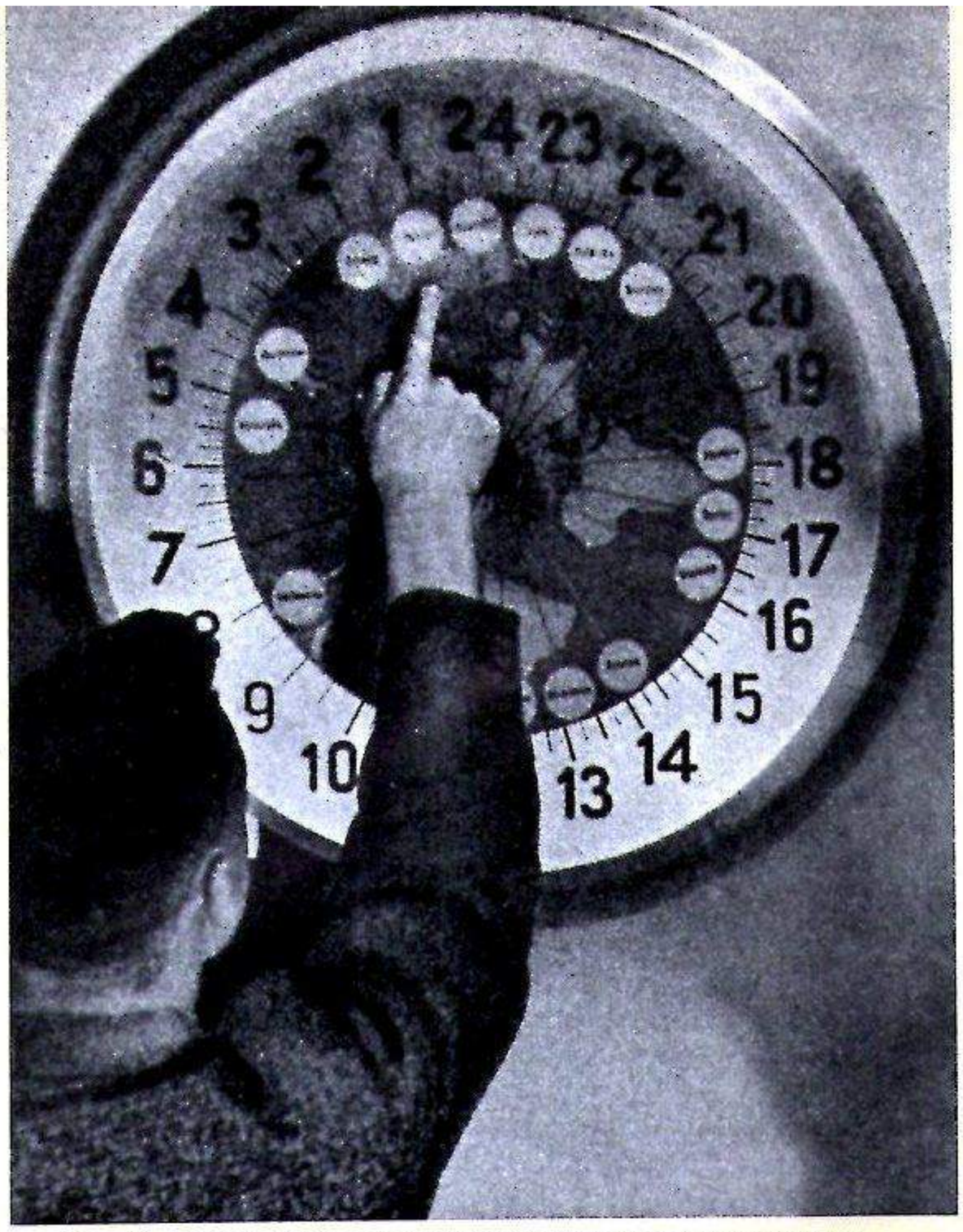
8. 8.: La vienesa Hilde Doleschell gana en Brunswick el campeonato individual femenino de tenis por 6 : 1, 6 : 4 frente a Inge Hartell, de Breslau.

24. 8.: Estreno en Stuttgart –tres días después en Berlín– de la película biográfica sobre Friedrich List, «Der Unendliche Weg», basada en la novela «Ein Deutscher ohne Deutschland» de Walter von Molo. Calificación: de gran valor político y artístico y filme didáctico para la juventud.

PATRIA LUMINOSA

Desde la antena del corazón

El comienzo de la guerra sorprendió a muchos marinos alemanes en puertos de países neutrales que no podían abandonar; algunos lo intentaron y lograron volver a la patria. La mayor parte de los que quedaron anclados en tierras extrañas carecen de comunicación postal, por eso desde el principio se buscó un medio de llegar hasta ellos. La Radio ofrecía esta posibilidad, y así desde junio de 1940, cada dos semanas, la onda corta de la Radio Alemana emite un programa dedicado a estos marinos: «Patria Luminosa», se llama la emisión. Dura media hora y está compuesta de una parte musical y de noticias de tipo personal, político y social. Sobre todo se transmiten comunicaciones familiares, saludos de los deudos que quedaron en la patria lejana. Marinos llegados a Alemania confirman la ansiedad y la alegría con que los hombres retenidos bajo otros cielos esperan los mensajes del corazón a través del éter.



El «reloj universal». Cuelga en la pared de la emisora e indica exactamente la hora en todas las partes del mundo. Una vez al día completa su giro el disco interior: basta echar una mirada al reloj para saber dónde es de noche y dónde de día, con objeto de transmitir las noticias en el momento preciso.

La radio une lo que la guerra ha separado

Tres de la madrugada. En el estudio de la emisora, el locutor de «Patria Luminosa» lee las noticias para Sudamérica. Su voz se oye en Valparaíso.... pero no molesta en absoluto a su colega, que duerme a un metro y medio de él.

Quieren hablar con sus maridos. Con sumo cuidado se resumen los textos, que deben ser cortos para que se pueda transmitir el mayor número de mensajes posible.

¡Hola, Friede! Habla Gerda... No puedo evitar las lágrimas, pero son de alegría... hoy es nuestro sexto aniversario de boda... Sé que me estás oyendo... estamos todos bien...

La esposa del capitán habla a Shanghai. *Firme, tranquila, segura del porvenir. Sabe que el tono de su voz dirá al marido más que las palabras. Junto a ella, su hija Antje, un tanto emocionada. Ha escrito un pequeño poema...*

... y no debes inquietarte por nosotros. El niño te manda todos los abrazos y besos que ha ahorrado para ti durante todo este tiempo... Está aquí, junto a mí, y te va a hablar... ¡Cúidate! ¡Adiós!

¡Papá! ¡Hola, papá! Sólo quiero decirte que he crecido mucho... y que me porto bien... la mayor parte de las veces... y que duermo ahora en tu cama... cuando vuelvas te dejaré el sitio... ¡Muchos besos, papá!

DUELO EN LA SOMBRA

Horst Günther Tolmein

Ya el año 1904 un ingeniero hacía registrar en la oficina de patentes del Reich un aparato «capaz de detectar a distancia un objeto metálico por medio de ondas eléctricas». Había nacido el radar. Lo que en principio debía facilitar la navegación de los barcos, terminó en manos de los militares. Y fueron sus técnicos los que antes y durante la II Guerra Mundial inventaron los mejores aparatos de radar.

El 18 de diciembre de 1939 morían quince hombres jóvenes. Fueron acribillados por las balas y murieron en sus aparatos en llamas o se ahogaron en el mar. Se trataba de las dotaciones de doce bombarderos británicos que se dirigían hacia Wilhelmshaven y que cayeron víctimas de un arma que se empleaba por primera vez. Un arma a primera vista totalmente inofensiva, ya que no podía disparar, ni lanzar bombas, ni producir tremendas detonaciones. No tenía la menor capacidad para hacer daño a nadie.

No producía otra cosa que ondas electromagnéticas que se reflejaban al chocar en el aire con un avión o en el mar con un barco. Las radiaciones eran tan mínimas que tras horas enteras de aplicación resultaban incapaces de calentar un dedal de agua. El contacto de las ondas con un avión o con un buque pasaba totalmente inadvertido para la dotación del objeto con el que se había establecido contacto.

A esta arma, tan silenciosa como malintencionada, la llamaban los alemanes «Funkmess» y los británicos «Radar». Se componía de una antena de forma extraña, un aparato emisor y otro receptor con una pantalla sobre la que las ondas reflejadas –el eco– se hacían visibles en forma de puntos luminosos. Al principio sólo se podía precisar la distancia a la que se hallaba el objeto, más tarde también la altura. Con el tiempo se fueron ampliando las aplicaciones del radar.

El 18 de diciembre de este primer año de guerra, el radar se encontraba al comienzo de su carrera, era poco conocido entre los especialistas y la opinión pública carecía de toda noticia de él: se trataba en general de un artilugio de complicada construcción y de aplicación dudosa. La aviación alemana poseía por esas fechas ocho aparatos de detección del tipo «Freya»; dos de ellos se encontraban en Wangerooge, una isla del mar del Norte, y estaban incluidos en el material en vías de experimentación confiado al 1.er Regimiento de transmisiones del Ejército del Aire.

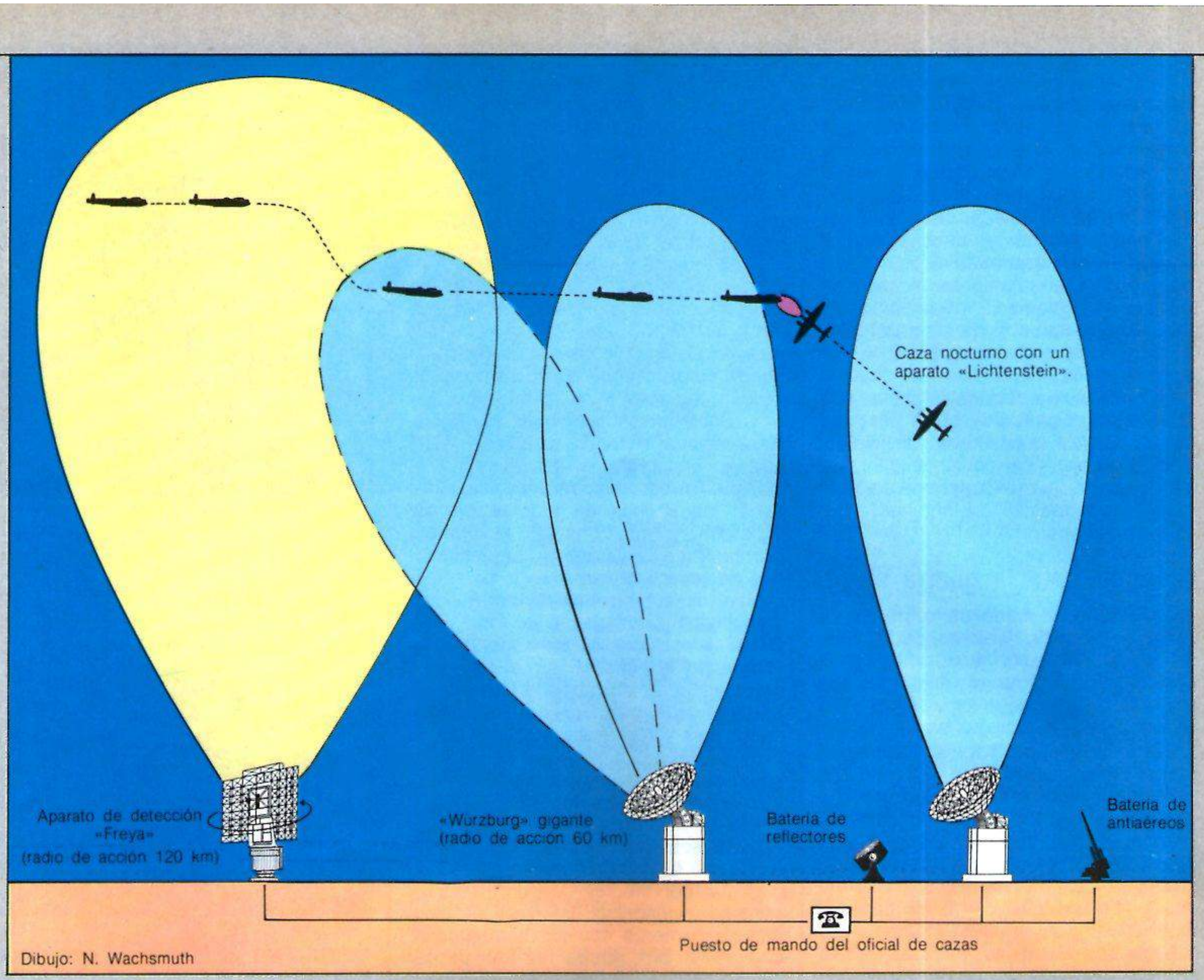
Los «Freya» de la isla del mar del Norte habían descubierto los bombarderos británicos cuando aún se encontraban a 113 kilómetros de distancia. La noticia fue pasada al mando de cazas y los *Me 109* lograron enfrentarse con los *Wellingtons* británicos antes de que éstos llegaran a la costa.

El radar había conseguido su primera victoria. Se había convertido de paso en un arma decisiva en cuyo desarrollo y fabricación se invertiría más dinero que en la investigación atómica.

La investigación sistemática sobre el «Funkmess» había comenzado en Alemania en octubre de 1934. Con este fin el Dr. Rudolf Kühnhold, investigador y director del laboratorio para el desarrollo de las comunicaciones establecido en Kiel, recibió 70.000 marcos del Reich. El Dr. Kühnhold trabajaba desde 1929 en un procedimiento para descubrir la situación de los submarinos sumergidos por medio de las ondas reflejadas por el cuerpo del submarino: mediante el eco. Esto le llevó a la idea de seguir el mismo procedimiento con las ondas de radio para descubrir la situación de los aviones. El Dr. Kühnhold hizo una demostración coronada por el éxito ante los mandos de la Marina el 20 de marzo de 1934: desde la rada de Kiel se pudo descubrir el crucero *Hessen* a 600 metros y el buque experimental *Crille* a dos kilómetros. Medio año después el *Crille* era detectado a 12 km de distancia en la bahía de Lübeck, y al mismo tiempo, por casualidad, la pantalla del radar reflejaba la presencia de un avión del tipo *W-34*. Poco antes de empezar la guerra todos los grandes buques de la Marina llevaban a bordo radar del tipo «Seetakt». Por motivos de seguridad, los aparatos se ocultaron a las miradas curiosas cubriéndolos con lonas. El «Seetakt» era fruto de la investigación del Dr. Kühnhold, y ya en las maniobras de 1937 demostró un radio de acción de entre 15 y 25 kilómetros; facilitaba datos suficientes como para que los artilleros dieran en el blanco incluso durante la noche. Del «Seetakt» nació otro modelo perfeccionado, el «Freya», cuyas cualidades eran una más amplia recepción y la posibilidad de hacer girar la antena 360°. Su radio de acción alcanzaba los 120 kilómetros. Sin embargo, no señalaba las altitudes, ni era capaz de detectar a distancia el número de aviones. Debido a ello se utilizaba como complemento el «Würzburg», un aparato de haz estrecho que poseía una antena dipolo rotatoria. El «Würzburg» operaba en una onda de 50 cm y señalaba altura y detalles precisos sobre los aviones en un radio de acción de 40 km. El «Würzburg» era pequeño y ligero y actuaba además con absoluta precisión, de tal manera que sus datos eran suficientes para la acción de los antiaéreos. En octubre de 1939 la *Luftwaffe* solicitó 5000 «Würzburg». Alemania poseía un arma secreta pero, ¿la poseía ella sola?

Los técnicos que trabajaban en los «Funkmess» no tardaron en recibir la inquietante noticia de que en la costa inglesa se construían una serie de torres metálicas. ¿Habían descubierto los británicos también el «Funkmess»? El 3 de agosto de 1939 –pocas semanas antes de estallar la guerra– el dirigible *Graf Zeppelin* despegó llevando a bordo aparatos de radar y voló a cierta distancia de la costa oriental inglesa. Días después repitió la empresa. Nada, ni una sola señal. Los aparatos receptores no señalaron nada. ¿Tendrían ingenios de detección los ingleses? Ninguna respuesta sobre las pantallas. Las emisoras británicas estaban mudas en esos momentos.

¿Tienen radar los alemanes?, se preguntaban a su vez los componentes



APARATO DE DETECCIÓN «FREYA»

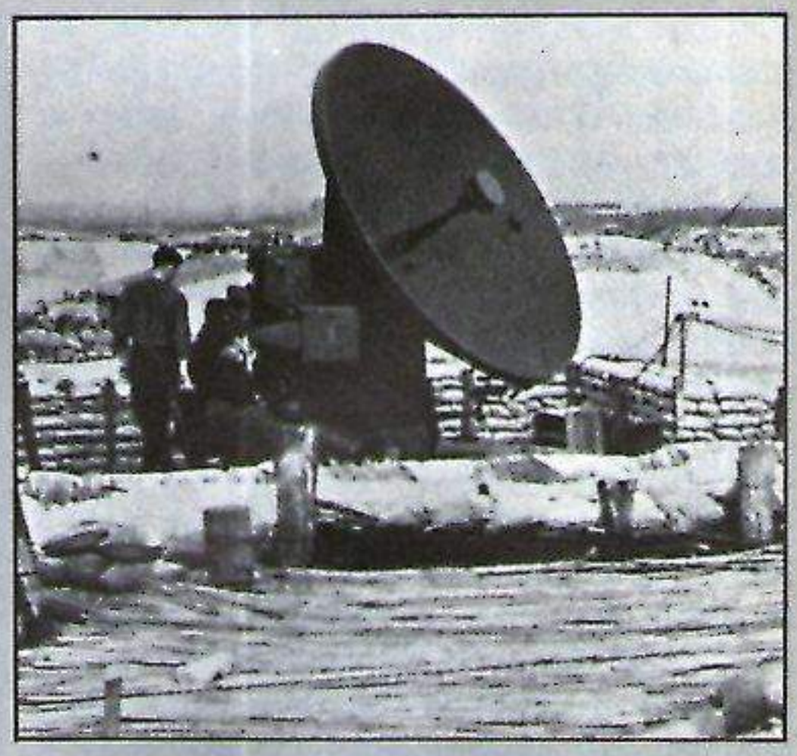
Radio de acción: 120 km; ángulo de cobertura: 360 grados.

Cometido: podía captar la presencia de las escuadrillas enemigas, sin precisar el número de aparatos, ni la altura del vuelo pero sí la dirección en que se movían y la distancia a que se encontraban.

Funcionamiento: el «Freya» registraba la presencia a distancia de las escuadrillas enemigas y ponía en movimiento los dispositivos de alarma, pasando después la observación de los mismos al «Würzburg» gigante n.° 1. Al mismo tiempo el «Würzburg» gigante n.° 2 tomaba bajo su dirección a los cazas que inmediatamente despegaban a consecuencia de la alarma, y los guiaba hasta la zona en que se encontraban los bombarderos enemigos.

Desde el puesto de mando el oficial de aviación mantenía contacto por radio con las cabinas de los pilotos de caza y corregía su curso de acuerdo con la información que le facilitaba la pantalla del radar. Cuando los cazas se encontraban lo suficientemente cerca pasaban a utilizar sus propios aparatos «Lichtenstein» de a bordo, para atacar al enemigo en el momento en que apareciera en sus pantallas. De forma similar actuaban las baterías de reflectores y de antiaéreos dependientes de los sistemas «Freya» y «Würzburg».

«Freya» detectaba a gran distancia al enemigo, daba la alarma y pasaba la observación al «Würzburg». **«Würzburg»:** dirigía los reflectores y los antiaéreos hacia el adversario y facilitaba la información para que los cazas entraran en contacto con los bombarderos enemigos.

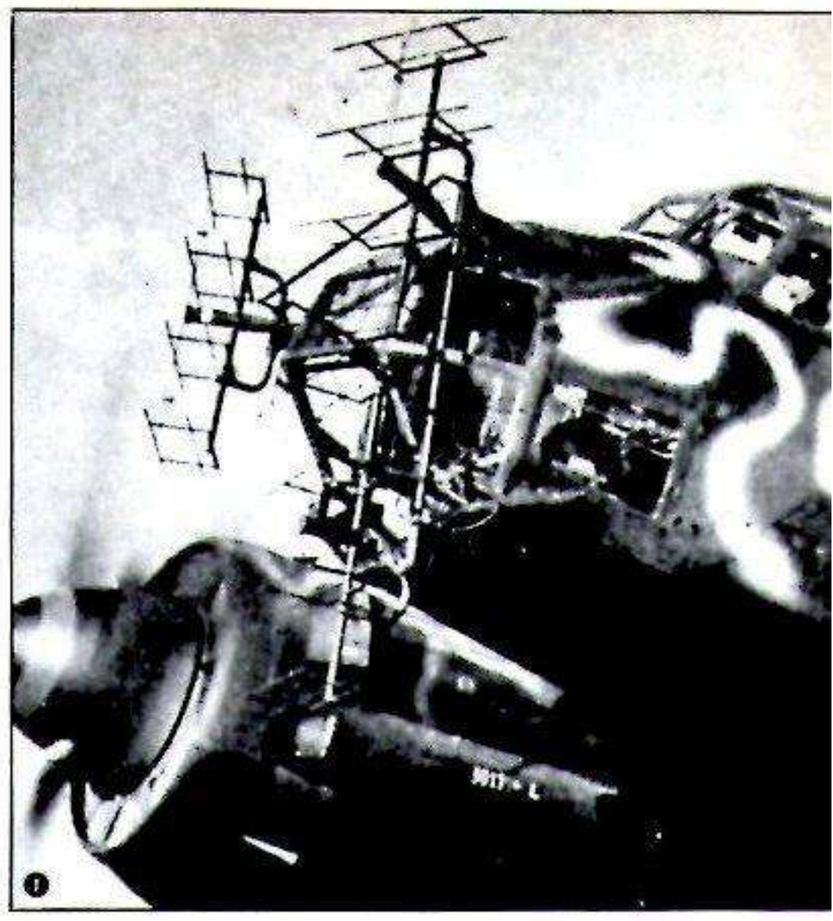


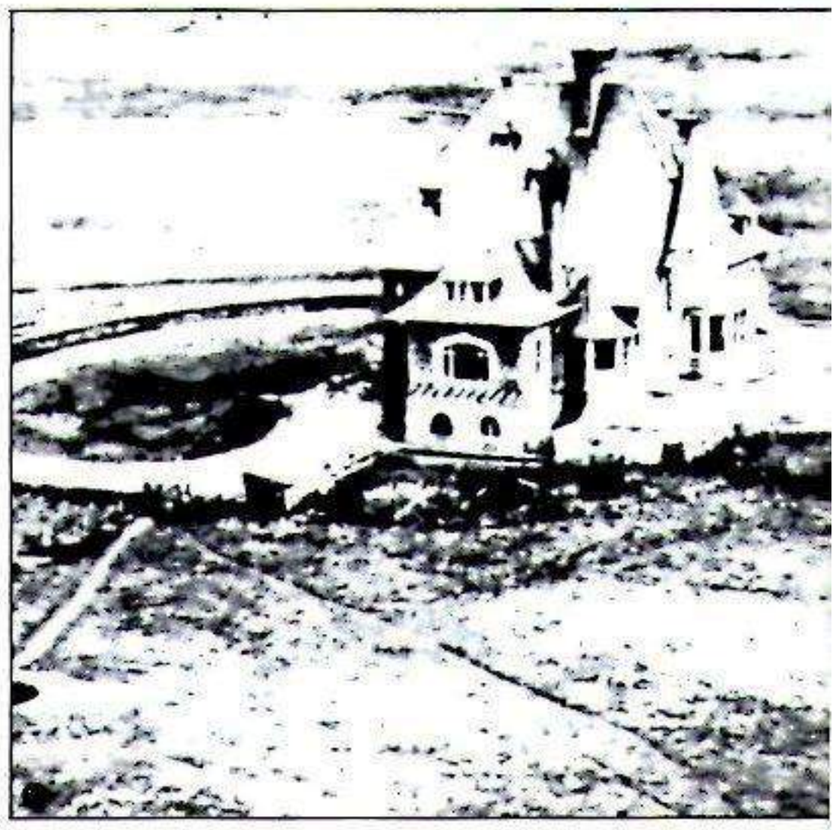
El «Freya» y el «Würzburg» fueron los primeros aparatos de detección por ondas de radio con que contaron los alemanes. A la izquierda puede verse el «Freya» con su aparato emisor y la antena receptora. A la derecha el «Würzburg» instalado en la costa norte de Francia.

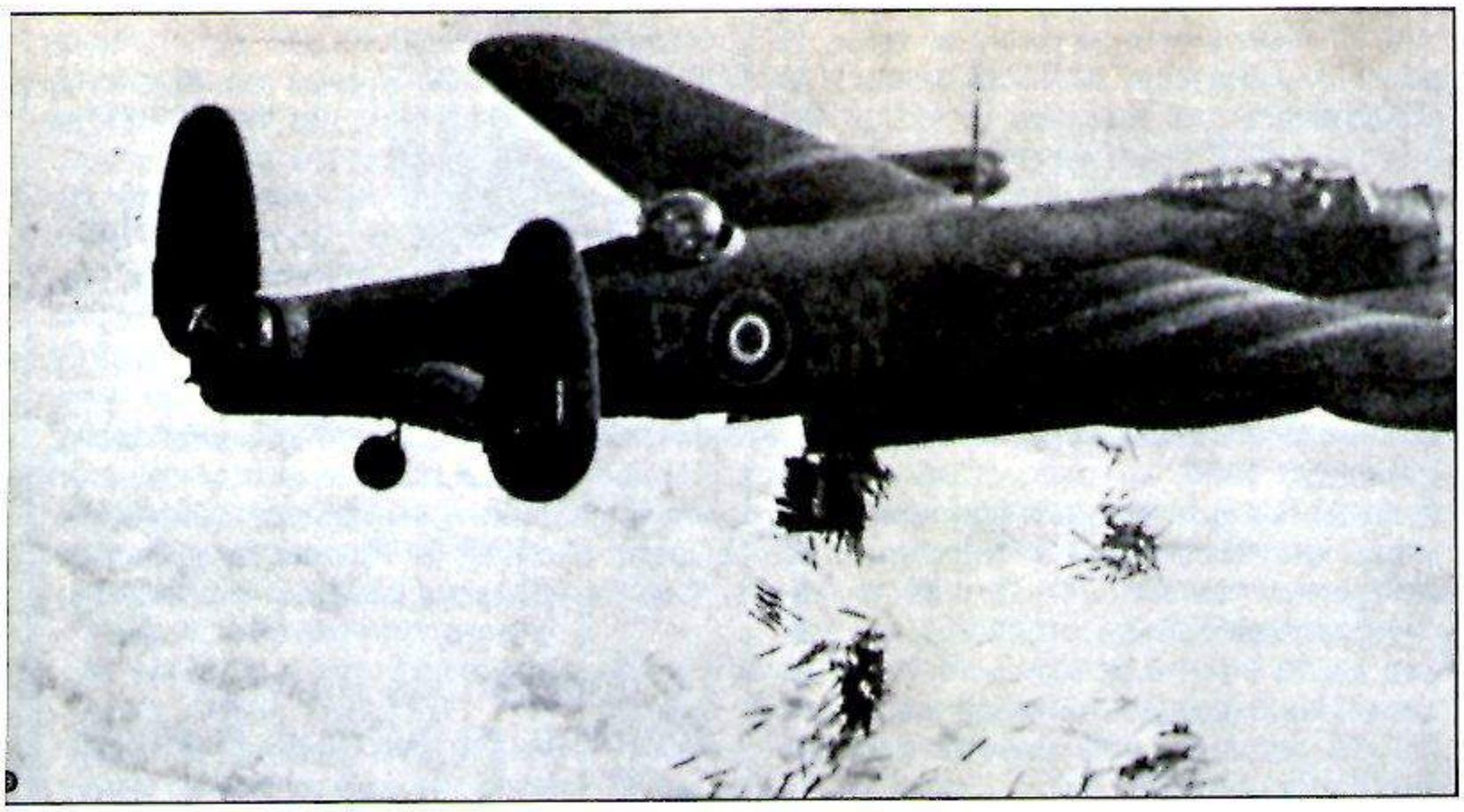
del círculo de científicos británicos del «Comité para la vigilancia técnica de la defensa antiaérea». Según informaciones de los agentes secretos los alemanes habían construido una serie de grandes antenas en el Báltico. También Inglaterra realizó una expedición de reconocimiento. Estaba integrada por sólo dos personas: el director de las investigaciones sobre el radar, Robert Watson-Watt, y su esposa. Ambos se trasladaron a Alemania en un vapor de pasajeros, tomaron el tren y se dirigieron luego a pasear tranquilamente por la costa de la Prusia oriental.
Como una pareja de turistas cualquiera, los Watson-Watt no dejaron ninguna iglesia de los alrededores sin visitar, ningún archivo parroquial y ninguna torre. Pero lo que verdaderamente buscaban, las torres con las antenas, ésas no las encontraron.

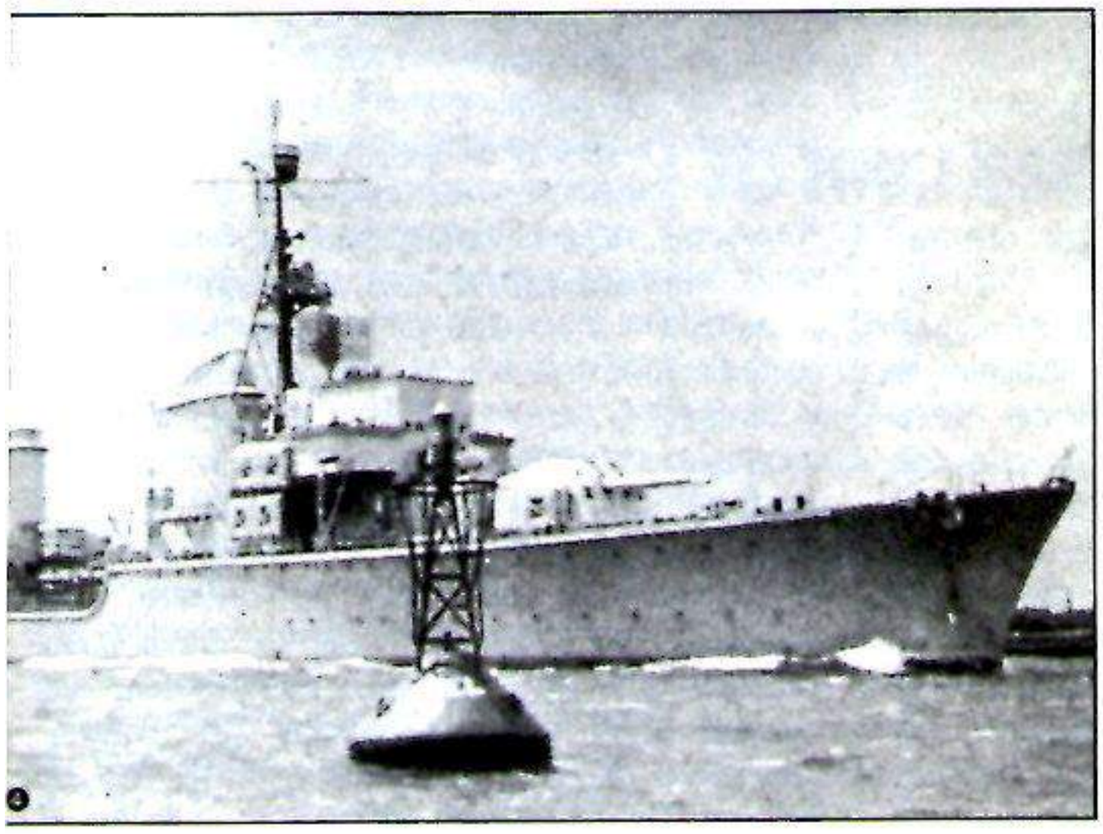
El temor ante la guerra aérea

Se habían equivocado de costa. En la bahía de Lübeck hubieran podido ver las torres que había hecho construir el Dr. Künhold para sus experimentos sobre el «Funkmess». Así el Dr. Watson-Watt se volvió a Inglaterra sin saber a ciencia cierta si los alemanes tenían radar o no.
El Gobierno inglés seguía con preocupación los acontecimientos mundiales. Temían una guerra para la que el país no estaba preparado. Nunca las islas británicas habían sido atacadas por sus enemigos salvo durante la primera Guerra Mundial, en que lo fueron por las bombas alemanas lanzadas desde los dirigibles. El recuerdo de estos bombardeos permanecía vivo en la memoria de los ingleses. Nada temían tanto como un ataque aéreo, ante el cual se consideraban indefensos.
En 1935 el Gobierno británico subvencionó con 10.000 libras las investigaciones sobre el radar. Hasta el comienzo de la guerra las subvenciones ascendieron a 10 millones de libras. La idea del Dr. Watson-Watt no se diferenciaba nada de la del Dr. Künhold: las ondas de radio mediante su reflexión sobre un objetivo en el aire o en el agua debían proporcionar al hombre un ojo gigantesco: un ojo técnico capaz de ver a miles de millas, aun durante la noche, e independiente de las condiciones meteorológicas.
Al empezar la contienda Inglaterra poseía un sistema de radar inferior en muchos sentidos al alemán. Efectivamente, sobre las islas se alzaban las famosas torres de 80 metros que sostenían unas antenas parecidas a las «Freya» alemanas pero que sólo podían girar 160° y disponían de un radio de acción de 200 km. Gran Bretaña no tenía ningún aparato comparable al «Würzburg», la Marina inglesa carecía de algo que enfrentar al «Seetakt». También eran superiores las metas que se había propuesto la Aviación alemana con la ayuda de emisores fijos y entrecruzados, como el sistema «Knickebein». Sin embargo los ingleses poseían ya con el radar ASV un aparato pequeño que podía instalarse en los aviones y que permitía distinguir los objetivos en mar y aire. Y desde el Viernes Santo de 1939 funcionaba en la costa oriental inglesa un tupido sistema de radar.
Para la defensa antiaérea británica la guerra empezó pocos minutos después de que el primer ministro británico Neville Chamberlain terminara su alocución radiada con las palabras: «Este país se encuentra en guerra con Alemania». En ese momento empezaron a sonar las sirenas en todo el sur de Inglaterra y en Londres: la primera alarma aérea de la guerra. Las estaciones de radar instaladas en la costa sur habían descubierto un avión que se aproximaba rápidamente a través del Canal de la Mancha. Sin embargo, en el aparato se encontraba el agregado de Aviación de la Embajada francesa en Londres, que había pasado unos días en su país y regresaba a su puesto, si bien olvidó dar a conocer su plan de vuelo a las autoridades británicas. Por culpa de él millones de ingleses habían tenido que correr a los refugios.
Un año después, durante la batalla de Inglaterra, la comedia se convertirá en tragedia: por medios desconocidos las escasas escuadrillas británicas de caza dan rápidamente con los bombarderos alemanes, sin necesidad de perder tiempo oteando el horizonte. Vuelan en el mejor momento, en la mejor posición y a la altura conveniente: el radar les facilita los datos necesarios.
Las pérdidas de la aviación alemana aumentan en un 30 %. Es entonces cuando el mando de la *Luftwaffe* ordena vuelos de castigo a baja altura contra las estaciones de radar. Las estaciones se destruyen siguiendo la orden del mando. Pero apenas apagado el fuego surgen alrededor de las torres calcinadas pequeños destacamentos que se dedican a emitir en onda larga, en una operación aparentemente sin sentido, porque los receptores han quedado inservibles. Para que los alemanes crean lo contrario, es decir que no están destruidos los receptores, los ingleses continúan emitiendo. Sólo los alemanes se hallan a la escucha. La estratagema da resultado: el mando de la *Luftwaffe* termina por creer que los ataques contra las estaciones de radar son ineficaces y los suspende. Sin embargo, debido al radar la *Luftwaffe* perderá la batalla de Inglaterra y el predominio del cielo.
Desde el final de la batalla de Francia ingleses y alemanes saben perfectamente cada uno que el otro tiene también radar. A ambos lados del Canal funcionan los sistemas de seguimiento que valoran los movimientos enemigos. Cada vez abundan más los vuelos de los bombarderos británicos sobre Holanda contra el territorio del Reich. Inglaterra devuelve los golpes. La *Luftwaffe* necesita establecer un sistema de defensa. Dado que la mayor parte de los ataques británicos se llevan a cabo por la noche es preciso organizar para esas horas la caza y el servicio de radar correspondiente. Sin embargo, los cazas no encuentran en sus vuelos nocturnos a las escuadrillas de bombarderos enemigos, por más que el radar les haya informado de sus posiciones. Ello quiere decir que necesitan su propio radar a bordo para descubrir a tiempo al enemigo, aunque sea en vuelo nocturno. En agosto de 1941 el teniente Becker consigue derribar el primer bombardero durante un combate nocturno gracias a la ayuda del nuevo aparato de radar «Lichtenstein» recién colocado en su aparato y cuya antena se levanta en el exterior de la cabina de su *Ju 88*.
El proyecto «Himmelbett» buscaba y encontró su víctima. «Himmelbett» era









❶ *«Ju 88», construido en 1944, con la instalación del «Lichtenstein» NS3. Se empleaba como caza nocturno.*

❷ *La estación de radar de las cercanías de Bruneval, objeto de un golpe de mano de un comando británico. En primer término puede verse un «Würzburg».*

❸ *Lanzamiento de miles de tiras de estaño para interferir el trabajo de reconocimiento del radar alemán.*

❹ *El destructor «Z 34» con un «Seetakt» (también llamado «Matratze») instalado sobre el puente.*

el nombre de los sectores fijos para la caza nocturna. En cada uno de ellos funcionaba un «Freya» y dos «Würzburg». El «Freya» descubría a gran distancia a los aviones enemigos y daba la alarma precisando si se encontraban a 30 o a 15 minutos de distancia. El relevo del «Freya» lo tomaba uno de los «Würzburg», que seguía el vuelo del bombardero a corta distancia. El otro «Würzburg» mantenía en la pantalla al caza propio. En el puesto de mando en tierra se encontraba la pantalla sobre la que el movimiento de los aviones enemigos se traducía en unos puntos rojos. Desde su puesto el oficial de servicio guiaba por radio a los aviones de caza tan cerca de los bombarderos durante el vuelo nocturno que incluso sobre su pantalla podía distinguir los «Lichtenstein» de la proa de los cazas, cuyo radio de acción era de 200 a 3000 metros. Había llegado el momento de pasar al ataque.

El «Himmelbett» proporcionó más éxitos al sustituirse los «Würzburg» normales (radio de acción: 30 a 40 km) por otros «gigantes» (radio de acción de 60 a 70 km).

También las baterías antiaéreas trabajaban de acuerdo con las informaciones que facilitaba el radar. Los «Freya» y «Würzburg» pasaban a los artilleros los datos necesarios. Los reflectores se encendían automáticamente y se autodirigían hacia los aviones enemigos.

La defensa antiaérea organizada a base del radar, cazas nocturnos, reflectores y cañones antiaéreos ocasionó tales pérdidas a las escuadrillas británicas de bombarderos, que el mando de la RAF comenzó a preguntarse si eran rentables los ataques aéreos contra Alemania.

El sistema alemán de radar únicamente podía ser vencido mediante un nuevo invento: por medio de intensivas y continuas interferencias. Pero sólo se puede interferir lo que se conoce. Inglaterra necesitaba un aparato de radar alemán. Aviones británicos de reconocimiento fotografiaron repetidamente la costa norte de Francia. Los técnicos examinaron a conciencia una por una todas las imágenes que se referían a las estaciones de radar. Merecieron especial interés por parte de los especialistas británicos unas instantáneas sobre unos «Freya» situados en el pueblo francés de Bruneval, a unos 20 km al nordeste de El Havre. Los alrededores parecían propicios para la acción de un comando. El jefe de escuadrilla, Tony Hill, piloto de reconocimiento de la RAF, voló con su *Spitfire* con objeto de examinar una vez más a baja altura los «Freya» de Bruneval y especialmente una estrecha rampa que conducía hasta un objeto oscuro. Con riesgo de su propia vida, desafiando la defensa antiaérea alemana, voló todo lo bajo que pudo y regresó con unas imágenes extraordinarias: la estrecha rampa conducía hasta un «Würzburg». En la noche del 27 de febrero de 1942 se lanzan sobre las cercanías de Bruneval 118 paracaidistas británicos al mando del comandante Frost; entre ellos figuran expertos en radar. Tras el asalto de la posición logran llevarse a Inglaterra el preciado botín

Inglaterra da con un sistema de interferencias

Los expertos británicos se apresuran a descubrir el punto débil de los «Würzburg»: sólo transmiten en una frecuencia y no se les puede cambiar a otra de onda larga. Mientras tanto el mando de la *Luftwaffe* se pregunta los motivos que tenían los ingleses para llevar a cabo el golpe de Bruneval y llega a la conclusión de que están tratando de interferir el radar alemán. Desde ese momento se pone en marcha la llamada operación «Wismar», con objeto de cambiar de frecuencia los «Funkmess» y obstaculizar los esfuerzos británicos por interferir su funcionamiento, así como descubrir nuevos métodos para hacer lo propio con el enemigo. El ingeniero de la Telefunken, Roosenstein, no tardó en dar con uno: una tira de papel de estaño la mitad de larga de la frecuencia de la emisora produce en el radar un eco igual al de un avión. Lo que significa que se puede interferir un aparato que trabaje en ondas de 52 cm con sólo 26 cm de tira de estaño. Los alemanes bautizaron este método con el nombre de «Düppel» en honor de la finca Düppel, en las cercanías de Berlín, donde se ensayó la operación. Pero el examen detallado del «Würzburg» había llevado también a los ingleses a la idea del «Düppel»; su principio fundamental era conocido ya por el científico británico Dr. Joner, en 1937. También el mando inglés temió que el procedimiento para las interferencias pudiera caer en manos de los alemanes y decidió en consecuencia aplazar la utilización del «Düppel» –llamado «Window» en Inglaterra– hasta que las escuadrillas de bombarderos fueran lo suficientemente fuertes como para llevar a cabo ataques de grandes proporciones.

En la noche del 24/25 de julio de 1943 dio comienzo la operación «Gomorra». El radar señaló la presencia de 740 bombarderos británicos. 24 minutos

después de la medianoche sonaron en Hamburgo las sirenas de alarma. La estación de radar «Hummer», instalada en la isla de Helgoland, avisó que se producían interferencias en diferentes puntos. En el puesto de mando del servicio nocturno de los cazas se recibe un parte: «El enemigo se cuadruplica: es imposible que se trate de tal cantidad de aparatos.» En las pantallas de los «Lichtenstein» de a bordo, los pilotos de los cazas ven ante sí una nube de aparatos enemigos.

La batería antiaérea 1/607, situada en los montes de Hamburgo, comunica: «Una maraña de puntos». Esto obliga a suspender el fuego de todas las baterías instaladas alrededor de la ciudad. Queda sin efecto toda defensa. Aviones dotados de emisores de interferencias dan al traste con todo el sistema de alarma.

Sin casi el menor impedimento por parte alemana, los bombarderos británicos lanzan su carga y convierten la ciudad de Hamburgo en un montón de ruinas y cenizas, tras uno de los más crueles bombardeos de toda la guerra. Todavía se sucederán otros tres ataques de esta naturaleza en las horas siguientes. Las pérdidas británicas no llegan al 3 %, mientras en Hamburgo resultan muertas 50.000 personas. Inglaterra había sabido sacar provecho del golpe de mano realizado en Bruneval. Las defensas alemanas quedaron paralizadas. El sistema «Himmelbett» también dejó de funcionar, porque resultaba imposible calcular el número de bombarderos, ya que se presentaban en la pantalla de cada zona de caza como una «nube de puntos», mientras que en el mejor de los casos se podía seguir y guiar a dos cazas.

El acorazado «Bismarck» en las pantallas del radar

Los «Würzburg» se equiparon con un aparato suplementario –«Würzlaus»– que limpiaba las interferencias. Los ingleses se vieron obligados a triplicar la cantidad de estaño y, al final de la guerra, el nuevo «Würzburg» podía atravesar un «Window» veinte veces más poderoso que el inicial. En agosto de 1943 los cazas nocturnos alemanes fueron dotados de un nuevo «Lichtenstein» SN2 que permitía ver sin interferencia alguna, no a 2 km como hasta entonces, sino a 7 y 8 km. La defensa antiaérea alemana se recobraba nuevamente.

En el mar los términos eran parecidos: al comenzar la guerra la situación de los buques dotados de «Funkmess» era muy superior a la de los del enemigo, hasta que también los ingleses recibieron aparatos de radar. El que la caza del acorazado *Bismarck* se saldara con un éxito aliado se debió al radar: la pantalla reflejaba perfectamente los movimientos del crucero. El 12 de febrero de 1942 Hitler se arriesgó, contra el parecer de sus generales, al traslado de la flota anclada en Brest hasta puertos alemanes atravesando el Canal de la Mancha. Teniendo en cuenta la efectividad del sistema de radar británico en esa zona, la operación debiera haber acabado en desastre. Sin embargo, constituyó todo un éxito. Uno de los motivos fue que aviones alemanes dotados de emisores de interferencias distrajeron la atención británica haciendo creer que se preparaba un ataque aéreo en otra parte; un motivo más fueron las averías sufridas en los aparatos de radar de dos aviones ingleses de reconocimiento. En un caso por lo menos se quemó un fusible. Es decir que un fusible salvó la vida de miles de marineros alemanes y proporcionó a Hitler un gran triunfo.

Por culpa del radar también morían las dotaciones de los submarinos alemanes, aunque sus rayos no se filtraran en las aguas. Los submarinos navegan la mayor parte del tiempo sobre la superficie y sólo se sumergen para atacar o en caso de peligro; debajo del agua se movían a escasa velocidad y sus baterías se agotaban en poco tiempo. Los aviones provistos de radar podían descubrir los submarinos navegando en la superficie aun de noche y con tormenta. El avión se convirtió en el enemigo declarado del submarino. Tras sufrir graves pérdidas los submarinos fueron dotados de equipos «Metox» o «Sadir» instalados en sus torres y que advertían el momento en que la embarcación era detectada por un radar enemigo. Durante un tiempo disminuyó el número de pérdidas, pero pronto los americanos e ingleses con su «Huff-Duff» estuvieron en condiciones de descubrir los submarinos alemanes y determinar su posición exacta. Tanto en el mar como en el aire la superioridad de los sistemas de radar pasó a manos de los Aliados. Mientras los alemanes trabajaban en onda larga, los británicos lo hacían en onda corta, y los frutos vinieron a darles la razón. No tardaron en tener aparatos de radar del tipo H25 –llamados también Rotterdam– a bordo de sus aviones, capaces de observar el territorio alemán con todo detalle incluso durante los vuelos nocturnos y descubrir cualquier tipo de construcción. Los bombarderos ingleses podían así cumplir sin gran esfuerzo su misión. De la misma manera, más o menos, funcionaban los aparatos X alemanes.

Los técnicos del «Funkmess» trabajaban sin reposo: trataban de descubrir nuevos aparatos de radar y antirradar, para engañar y para no dejarse engañar. Por las dos partes se descubrían nuevos aparatos para neutralizar los del enemigo y al tiempo para servir mejor a la causa propia. Llegó un momento en que el emitir cualquier tipo de ondas podía resultar un peligro mortal.

La invasión anglo-norteamericana de Normandía, el 6 de junio de 1944, señaló el momento cumbre de las maniobras diversivas mediante el radar. El radar anunció la presencia de fuertes unidades navales en sitios en que verdaderamente no había un solo barco. Escuadrillas de bombarderos simularon una operación en las cercanías de Caen, mientras el desembarco verdadero se llevaba a cabo en Normandía.

La dotación de un caza nocturno se pasa al enemigo

El 13 de junio de 1944 fue un día amargo para el radar alemán: la dotación de un caza nocturnó voló a Inglaterra con su *Ju 88*, llevando a bordo una instalación completa de alta frecuencia, un «Lichtenstein» SN2 y un «Flensburg», aparato de radar que tenía por misión interferir el de tipo «Monica» que llevaban a bordo los bombarderos y cazas nocturnos británicos. La consecuencia inmediata fue que los ingleses no tardaron en poseer un aparato capaz de anular al «Flensburg» y al SN2. Por su parte, los alemanes aprendieron a interferir el sistema «Oboe» británico por medio de sonidos estridentes y largas citas de las obras de Hitler lanzadas desde las emisoras de radio de los cazas germanos.

Lejos del campo de batalla se llevaba a cabo la lucha de los científicos y laboratorios alemanes contra los angloamericanos. Con un último esfuerzo los alemanes volvieron a hacerse con la iniciativa en el terreno del radar: Al «Würzburg» gigante le sucedió el «Wassermann», a ése el «Wassermann» pesado, y luego el «Heidelberg», con un radio de acción de 400 km. El «Heidelberg» era capaz de descubrir a los bombarderos en el momento de despegar de su aeródromo. Al terminar la guerra estaban listos para su utilización el «Elefant» y el «Mammut», con un radio de acción de 600 km. Los alemanes habían comenzado a experimentar con ondas cortas, entre 1,5 cm y 9 mm. Aparatos del tipo «Naxos», «Korfu» y «Hohentwiel» no llegaron nunca a ser utilizados. Tampoco lo fueron los destinados a las interferencias como el «Taunus» y el «Steinhäger». Las baterías antiaéreas recibieron el «Marbach», que operaba en onda de 9 cm y tenía una acción de 35 km al principio y 50 km después. El «Egerland» tampoco alcanzó el frente. Al concluir la guerra, Alemania había logrado situarse otra vez a la cabeza en lo referente a técnicas de radar. Inútilmente. □

Habla Hitler

Munich, cervecería Löwenbräukeller, 8-XI-1942
Ante los veteranos de 1923 el «Führer» promete el retorno a los gloriosos días del NSDAP. Al mismo tiempo no tiene otro remedio que reconocer –si bien de manera limitada– los reveses de las últimas semanas: El-Alamein, los desembarcos aliados en Argelia y Marruecos y los bombardeos de las ciudades alemanas.

Yo me reservo la última palabra

Del arte de gobernar de nuestros enemigos y de sus consecuencias catastróficas en nuestra Alemania democrática, nació nuestro movimiento. De haber hecho ellos verdaderamente feliz a Alemania, no hubiéramos tenido nosotros la oportunidad, ni yo el motivo para dedicarme, día tras día, semana tras semana, mes tras mes y año tras año, precisamente a esa labor; porque eso sí que lo saben ustedes, compañeros de la primera hora: yo no me dediqué a haraganear, no me dediqué a hablar en los clubs elegantes, ni a sentarme aquí y allá ante una chimenea para mantener un amable diálogo. Me entregué a peregrinar por todas partes, de arriba abajo por las tierras alemanas, de norte a sur, de este a oeste, con la única intención de liberar a mi pueblo de la miseria en que le habían sumido los gerentes del capitalismo internacional. Queríamos terminar con la conjura de judíos, capitalistas y bolcheviques y, finalmente y para siempre, hemos terminado con ella. Pero apenas habían sido derrotados en Alemania cuando ya desde otras partes del mundo, como en 1914, empezaron a atacarnos. Entonces era la Alemania del Káiser, ahora es la nacionalsocialista; entonces era el Káiser, ahora soy yo.

Sin embargo, existe una diferencia: teóricamente aquella Alemania era imperial pero en la práctica se encontraba deshecha. Al Káiser le faltaba la energía para oponerse a los enemigos; en mí, sin embargo, han encontrado un adversario que no conoce la palabra capitulación. Ya en mis años de infancia tenía la costumbre –quizás un gran defecto para mi edad, pero acaso a fin de cuentas una virtud– de reservarme la última palabra. Y todos nuestros enemigos pueden estar seguros: la Alemania del pasado abandonó las armas un cuarto de hora antes de tiempo; por mi parte, y por principio, no las abandono hasta cinco minutos después de la hora.

Y cuando hoy dicen que en alguna parte del desierto están recobrando algo de terreno –no es la primera vez que recobran algo para tener luego que devolverlo con creces– forzoso es asegurarles que lo importante en una guerra es el golpe definitivo. Y de que ese golpe lo asestaremos nosotros pueden estar ustedes convencidos.

Es comprensible que en una lid tan amplia como la que se presenta ante nosotros no nos podamos apuntar un éxito cada semana. Resulta prácticamente imposible y, por lo demás, no es decisivo.

Lo decisivo es tener las posiciones que deben terminar con el enemigo, poseerlas, mantenerlas y ocuparlas de tal manera que no puedan perderse nunca. Y esto pueden ustedes creerlo: lo que cae en nuestras manos lo mantenemos de tal modo que allí donde durante esta guerra ponemos el pie nadie es capaz de volver a poner el suyo.

Cuando hoy Roosevelt lleva a cabo su ataque contra África, asegurando que debe adelantarse a Alemania e Italia para proteger esas tierras, no merece la pena perder una sola palabra para contestar al viejo gángster. Sin la menor duda es el más hipócrita de todos esos clubs que tenemos enfrente. Pero Roosevelt puede estar seguro de que no será él quien diga la última palabra, la palabra decisiva.

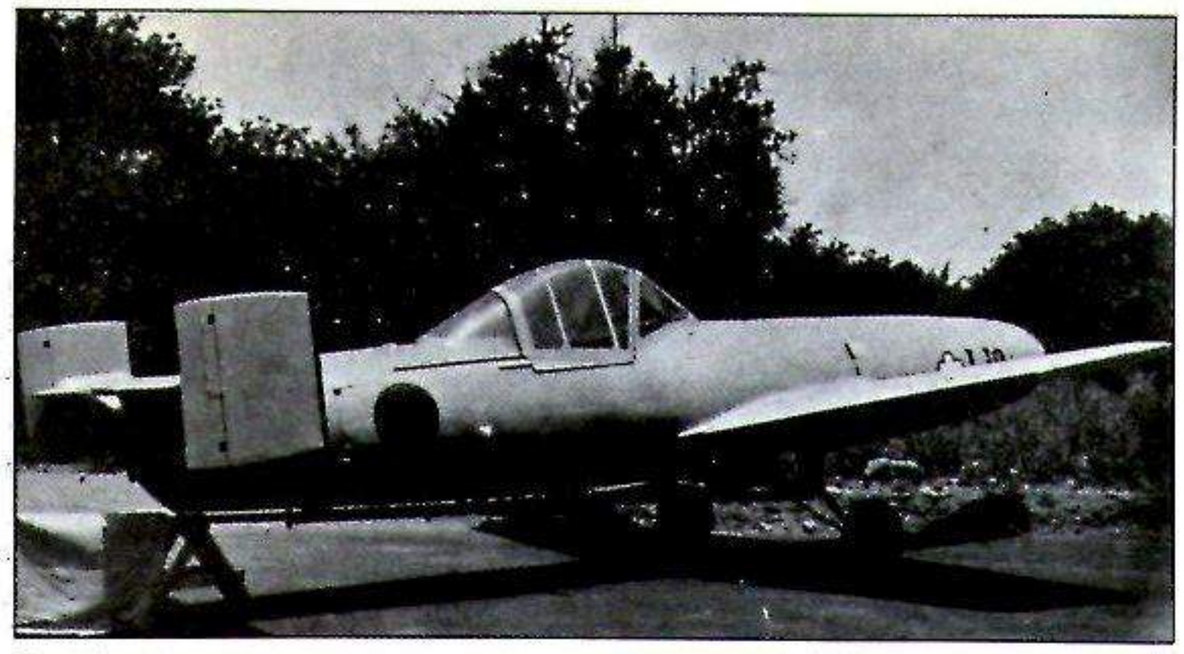
Nosotros seguiremos preparando detalladamente como siempre nuestros golpes y, como siempre, llegarán a su debido tiempo; y ninguna respuesta de la otra parte, como hasta ahora, se verá coronada por el éxito. Hubo una vez gritos de victoria porque unos cuantos ingleses habían conseguido desembarcar en Boulogne y ocultarse. Seis meses después ya nadie canta victoria por ello. Las cosas han salido de manera diferente a como esperaban, y seguirán saliendo así. Pueden ustedes estar seguros de que el mando y la «Wehrmacht» harán cuanto hay que hacer y cuanto se puede hacer. Lo que distingue a esta época de la pasada es que detrás del Káiser no estaba ninguna parte del pueblo, y detrás de mí se encuentra la más gigantesca organización que haya conocido nunca el mundo. Y esta organización representa al pueblo alemán. Y lo que igualmente distingue los tiempos actuales de los pasados es que a la cabeza de este pueblo no se encuentra nadie que piense huir al extranjero si llegaran momentos críticos, sino que se encuentra alguien que sólo ha conocido el combate y cuyo principio es golpear, golpear y golpear.

El enemigo se equivoca si piensa que nos puede ablandar con algo. No podrá apartarme de mi meta. Se acerca la hora de devolver los golpes y los devolveré con intereses, y con los intereses de los intereses.

Quizá se acuerden ustedes de los tiempos en que debíamos atenernos a la legalidad. Cuántas veces han venido a mí compañeros del partido para decirme: «Führer» –entonces me llamaban «jefe» o «Adolf Hitler»–, ¿por qué no podemos devolver los golpes y tenemos que aguantar lo que hacen con nosotros? Durante años tuve que obligarles a mantenerse en la legalidad. Con el corazón entristecido tuve que prescindir y expulsar del movimiento a compañeros que no se creían con fuerzas para respetar la orden. Año tras año, hasta que llegó el momento en que pude llamarles de nuevo.

Lo mismo sucede hoy. A veces tengo que contentarme durante meses con contemplar lo que sucede. No crean ustedes que no se me rompe el corazón en mil pedazos cuando me entero de los ataques aéreos. Tomo nota de todo. Los del otro lado van a vivir lo suficiente como para darse cuenta de que no ha muerto el espíritu alemán de invención y van a recibir una respuesta que les hará perder los sentidos. □

LEXICO DE LA II GUERRA MUNDIAL



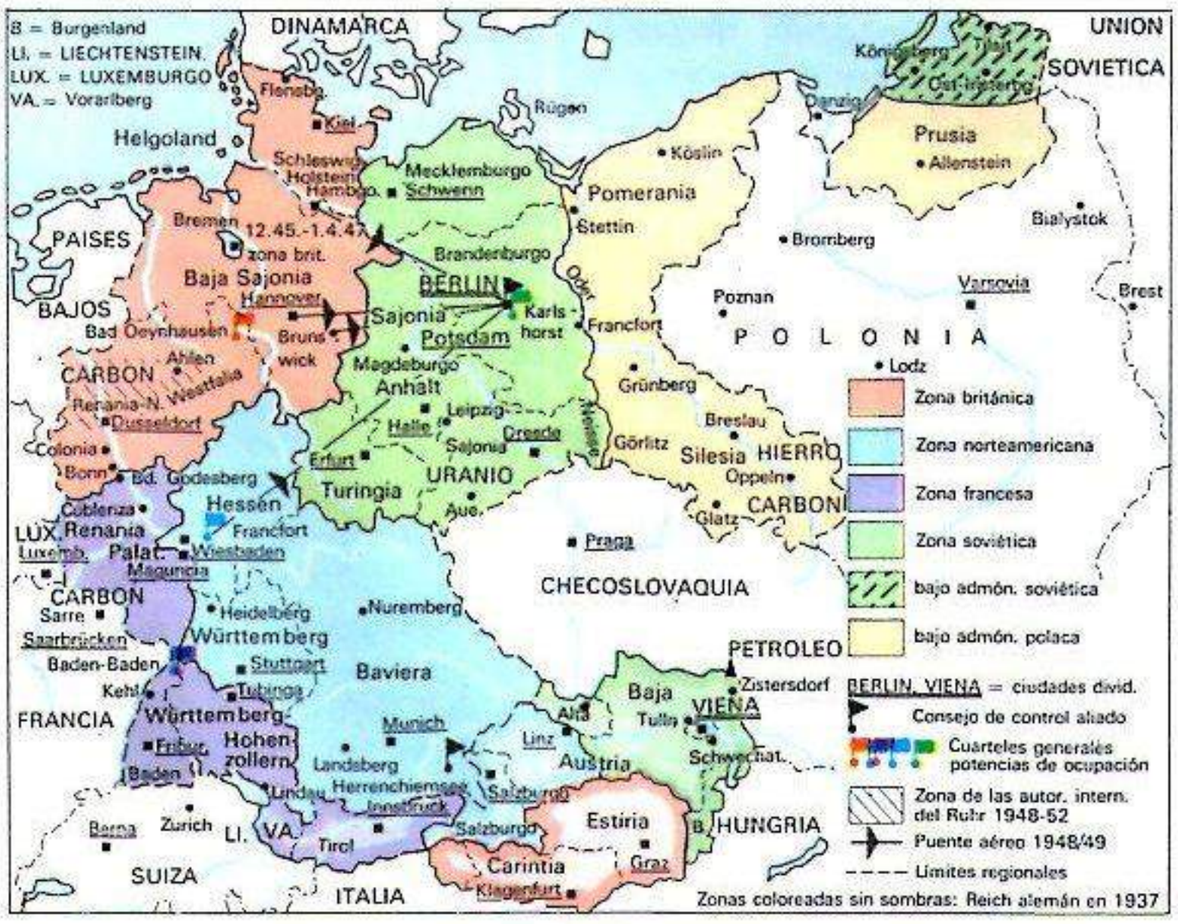
La «bomba loca» japonesa Oka. En la foto una unidad capturada por los americanos a los nipones.

O

Oboe, nombre clave del sistema de localización electrónica de objetivos de las fuerzas aéreas británicas, consistente en dos emisores en tierra, situados en la costa oriental de Inglaterra. Al llegar al punto de intersección de las señales del radar los aviones controlados por el sistema Oboe dejaban caer su carga con absoluta precisión. La autonomía del sistema llegaba a los 450 km. Se empleó preferentemente en la guía de aviones de reconocimiento que volaban a gran altura. Los británicos lograron superar los intentos de intercepción alemanes cambiando la frecuencia. Tras la invasión, los emisores Oboe se instalaron también en aviones con el fin de ampliar el radio de acción.

«Oboe», nombre clave de las operaciones australiano-americanas destinadas a la recuperación de la isla de Borneo. «Oboe I»: 1-V-45, desembarco en la isla de Tarakan, frente a la costa oriental. «Oboe VI»: 10-VI-45, desembarco en la bahía de Brunei, en la costa noroccidental. Hasta el 1-VII-45 Borneo se mantuvo en manos australianas. El resto de las tropas ocupantes japonesas –21.000 hombres– capituló al fin de la guerra y quedó desarmado. Durante la marcha hacia Beaufort, donde deberían embarcar, la mayor parte de los nativos fueron asesinados. «Oboe II»: 1-VII-45, desembarco cerca de Balikpapan, en la costa oriental. La conquista de los campos petrolíferos de la zona se prolongó hasta el 4-VII. El 22-VII cesaron las operaciones.

Ocupación, zonas de, regiones ocupadas y administradas por las tropas vencedoras en Alemania. En el protocolo de la comisión consultiva europea de 12-IX-1944 están previstas tres zonas: zona Este: soviética; zona Noroeste: británica; zona Sureste: norteamericana. En la conclusión de la Conferencia de Yalta (4/11-II-1945) se determinó una zona complementaria: francesa. La coordinación después de la guerra fue llevada por la Comisión Central de Control del mando supremo de los Aliados en Berlín. Austria fue dividida según las mismas normas en cuatro zonas (4-VII-1945).



Zonas de ocupación: división de Alemania después de la capitulación.

Oder-Neisse, Línea, frontera entre la República Democrática Alemana y Polonia. Parte del Báltico, por el oeste de Swinemünde y, siguiendo el curso del Oder, llega hasta la desembocadura del Neise a la altura de Lausitz (Görlitz), para continuar después a lo largo de este rio hasta la frontera checoslovaca. Frente a las exigencias de Stalin, que quería que esta línea fuese la frontera occidental de Polonia, los Aliados occidentales tan sólo querían acceder a la frontera del Oder. Una vez los soviéticos, antes incluso de la conferencia de Potsdam, transfirieron a los polacos todo el territorio hasta la citada línea, esto se toleró, habida cuenta de que los Aliados creían erróneamente que el Neisse de Lausitz y el de Glatz eran las fuentes del Oder y no afluentes de este rio. Con ello Polonia recibía 10.000 km² más de lo previsto. La frontera del Oder-Neisse fue reconocida por la RDA en 1950 y por la RFA en 1971.

Odesa, ciudad portuaria soviética a orillas del mar Negro. Contaba con unos 600.000 habitantes en 1939. Cercada por el Ejército rumano (general Ciuperca) el 13-VIII-1941. Los defensores de la fortaleza, aprovisionados por mar, pudieron resistir hasta el 16-X-1941 y hasta ocasionaron graves daños a los rumanos. Desde el 1 hasta el 16-X la flota soviética del mar Negro logró evacuar de la ciudad unos 70.000 soldados y 15.000 civiles. El comandante supremo del Ejército 4 rumano, Ciuperca, fue depuesto el 9-IX-41 al no lograr la conquista de Odesa. Como sucesor suyo fue designado el hasta entonces ministro de la Guerra, general Jacobici.

Oka (en japonés, «flor de cerezo»), nombre dado a una bomba transportada en los aparatos tripulados por los kamikazes de la aviación de la armada japonesa. Se desarrolló en agosto de 1944 como arma especial para combatir las unidades navales americanas. Hasta marzo de 1945 se construyeron 755 unidades. Las «Oka» eran transportadas hasta 20 kilómetros del objetivo, a bordo de bimotores nodrizas, y se lanzaban desde una altura de 6000 u 8000 metros. La bomba, provista de un cohete, alcanzaba en su caída una velocidad de hasta 1000 km/h. Su peso era de 1200 kg. Las «Oka» apenas cosecharon éxitos. Los Aliados llamaban a esta arma «Baka», en japonés «locura».

OKH, siglas de «Mando Supremo del Ejército de Tierra» (desde el 11-I-36). Jefes del Mando Supremo: von Brauchitsch 4-II-38-19-XII-41, Hitler 19-XII-41 – 30-IV-45 (dimitido). Jefes del Estado Mayor del Ejército: Halder 31-VIII-38 – 24-IX-42; Zeitzler 25-IX-42 – 20-VII-44; Guderian (encargado provisional) 21-VII-44 – 28-III-45; Krebs (provisional) 29-III-45 – 30-IV-45 (destituido). Jefes de efectivos del Ejército y comandantes generales del Ejército de reserva: Fromm 1-IX-39 – 21-VII-44, Himmler 21-VII-44 – 27-IV-45.

Okinawa, isla principal del archipiélago japonés de las Riukiu. Contaba unos 600.000 habitantes en 1941. El 1-IV-1945 desembarca en ella el Ejército 10 norteamericano (teniente general Simon B. Buckner), asistido por un gran contingente naval (Operación «Iceberg»). La ciudad fue defendida con bravura por el Ejército 32 japonés (general Mitsuri Ushijima) con 120.000 soldados. La conquista por los americanos se prolongó hasta el 22-VI-45, con numerosas bajas (7613 muertos, 31.807 heridos). Sólo se entregaron como prisioneros 7000 japoneses. Ushijima y su Estado Mayor se practicaron el harakiri. Entre el 6-IV y el 22-VI los japoneses realizaron

numerosos ataques kamikazes contra la flota americana de desembarco. Los nipones perdieron 1465 aviones. Los norteamericanos, 30 buques; otros 368 resultaron dañados. Murieron 4900 marineros y resultaron heridos otros 4824.

OKL, siglas de «Mando Supremo de Aviación» (denominación habitual sólo a partir de septiembre de 1943). Comandantes supremos: Göring 1-III-35 – 23-IV-45, Ritter von Greim 25-IV-45 – 8-V-45. Jefes del Estado Mayor de la Aviación: Jeschonnek 1-II-39 – 19-VIII-43 (se suicidó); Korten 25-VIII-43 – 20-VII-44; Kreipe (provisional) 1-VIII-44 – 28-X-44; Koller 12-XI-44 – 8-V-45. Subsecretario de la Aviación e inspector general de la misma: Milch (22-II-33 – 20-VI-44 subsecretario) 24-X-38 – 7-I-45 (destituido). Comandante de vuelo: Udet 4-II-38 – 17-XI-41 (se suicidó); Milch 19-XI-41 – 20-VI-44 (destituido).

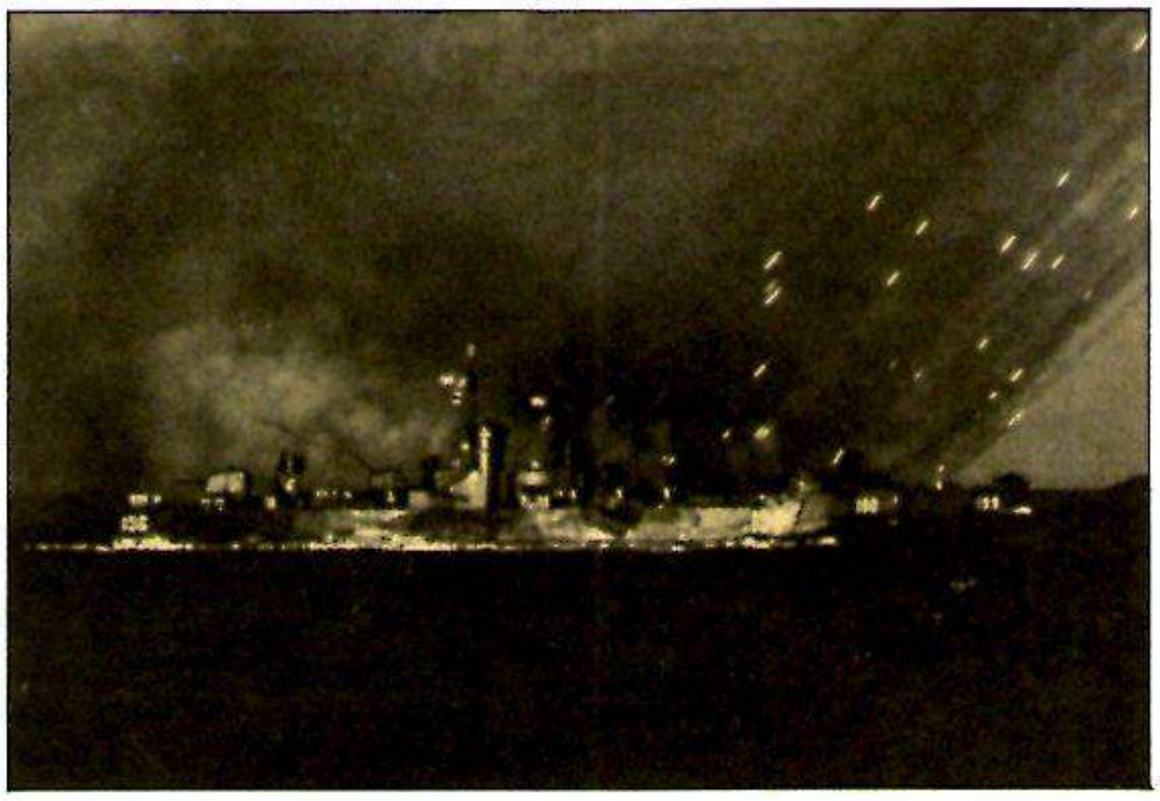
Oklahoma, acorazado norteamericano que entró en servicio el 2-V-16. 29.000 toneladas. 20,5 nudos. Eslora: 177,8 m; manga: 32,9 m; dotación: hasta 1301 hombres. Armamento: 10 cañones de 356 mm, 12 de 127 mm. El 7-XII-1941 los torpedos japoneses lo hundieron en Pearl Harbor (415 muertos). Rescatado en 1943, el buque se hundió el 17-V-1947 cuando era remolcado hacia San Francisco.

OKM, siglas del «Mando Supremo de la Marina de Guerra» (desde el 11-I-36). Comandantes supremos: Raeder 1-VI-35 – 30-I-43; Dönitz 30-I-43 – 1-V-45; von Friedeburg 2-V-45 – 8-V-45. Jefes de Estado Mayor del Mando Naval (a partir del 1-V-45, jefes del Departamento de Guerra Naval): Schniewind 1-XI-38 – 10-VI-41; Fricke 11-VI-41 – 20-II-43; Meiseil 21-II-43 – 8-V-45.

OKW, siglas de «Mando Supremo de las Fuerzas Armadas». Desde el 4-II-38, separado del Ministerio del Ejército y supeditado directamente al mando de Hitler, que pasó a ser el Comandante supremo de la «Wehrmacht». Jefe del OKW sería nombrado el mismo día el que luego sería general *Feldmariscal,* Wilhelm Keitel. De él dependían: la oficina del Mando militar (que luego sería el Estado Mayor Central), el Departamento de información extranjera y el Abwehr, el Departamento general de las Fuerzas Armadas y el Departamento de economía de guerra y armamento. Las posibilidades de influencia del OKW en cada uno de los tres Ejércitos eran muy limitadas.

Olbricht, Friedrich, general de Infantería alemán (1-VI-40) nacido el 4-X-1888 en Leisnig (Sajonia) y muerto en Berlín el 20-VII-1944. General de División el 1-IV-1937; teniente general el 1-I-1939; comandante de la División de Infantería 24 el 1-IX-1939; jefe del Departamento general del Ejército de Tierra en el OKW del 15-II-1940 – 20-VII-1944. Desde 1943, Olbricht actuó dentro de la resistencia. Tras el fracaso del atentado contra Hitler, el 20-VII-1944, fue ejecutado en el patio del Ministerio de la Guerra, junto con Stauffenberg y otros dos oficiales.

Oradour-sur-Glane, localidad en el sur de Francia, cerca de Limoges. Escenario de una terrible matanza el 10-VI-44: La 3.ª Compañía del Regimiento de las SS «Der Führer» ocupó el lugar, reunió a la población y separó a los hombres. Mientras éstos eran fusilados en un granero, se llevó a las mujeres y a los niños a la iglesia y se le prendió fuego al templo. En total perecieron 642 personas. El pueblo fue totalmente destruido. La matanza se decidió como represalia por las acciones de los partisanos contra la 2.ª *Panzerdivision SS* en marcha hacia el frente. Un veto personal de Hitler impidió el proceso de los responsables de la matanza; otros factores que impidieron este proceso fueron el avance aliado y el aniquilamiento en el frente de la 3.ª Compañía. El pueblo fue reconstruido en otro lugar tras la guerra.



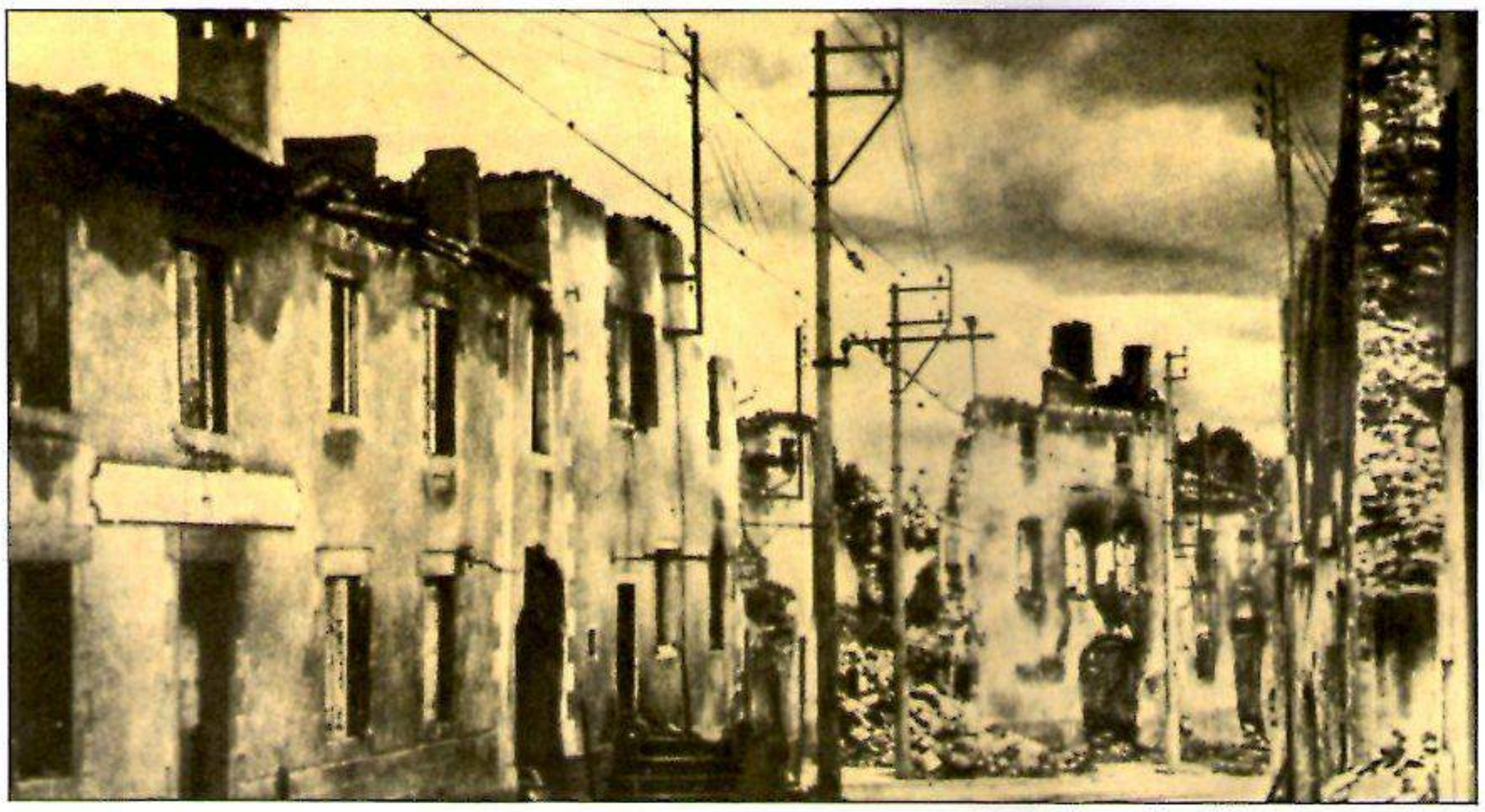
La artillería naval prepara el terreno para el desembarco americano en Okinawa.

Orán, ciudad portuaria en la parte occidental de la costa de Argelia. En 1940 contaba con unos 170.000 habitantes. El 3-VII-40 se produjo cerca de ella, en Mers-el Kebir, el ataque de los británicos contra la flota francesa del Gobierno de Vichy. Tras el desembarco de 39.000 soldados en la zona de Orán, el 8-XI-42, los norteamericanos ocuparían la ciudad el 10-XI.

Órgano de Stalin, expresión con que los soldados alemanes designaban el cañón lanzacohetes de la Artillería soviética. Primera intervención en el frente el 21-IX-41, ante Leningrado. Conocido en el Ejército Rojo como «Katiushka» o «Maria Ivanovna». Este ingenio, consistente en un conjunto de guías de lanzamiento abatibles montadas sobre camiones, desempeñó un papel importante en la campaña de Rusia. Se emplearon cada vez en mayor número y compensaban la escasa seguridad de impacto con la alta frecuencia de disparo, área de expansión y demoledor efecto moral de sus salvas. Los tipos principales fueron el BM 8 de calibre 75 y 82 mm, salva de 32 a 36 disparos, y el BM 30, calibre 300 y 406 mm, salva de 54 disparos. El alcance, según el calibre, era de 2,5 a 8 km.

Oslo, capital de Noruega, en el extremo del fiordo de su nombre. Contaba en 1940 unos 250.000 habitantes. El 9-IV-1940 fue ocupada por tropas alemanas de desembarco aéreo. El mismo día era hundido en el fiordo de Oslo el crucero pesado *Blücher.* Tras la liberación, el Gobierno exiliado regresó a la capital el 31-V-1945.

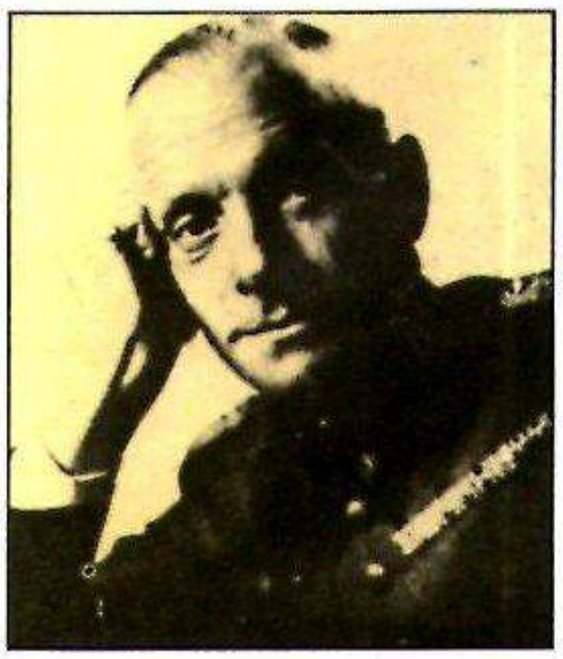
«Oso Polar», nombre clave para la operación de aterrizaje de tropas alemanas, producido



Oradour-sur-Glane: los alemanes dejan tras de sí una ciudad en ruinas y una matanza.

el 3 de octubre de 1943 en la isla de Cos, en el Egeo. Comienzo de la reconquista del Dodecaneso, perdido tras la capitulación de Italia. En la campaña fueron hechos prisioneros 1388 soldados ingleses y 3145 italianos.

Oster, Hans, general alemán. Nació en Dresde el 9-VIII-1887 y murió ejecutado en el campo de concentración de Flossenbürg el 9-IV-1945. Desde octubre de 1933 trabajó en el servicio de información del Ministerio del Ejército; de 1939 a enero de 1944 jefe de departamento de la sección extranjera de ese mismo servicio en el OKW. El 31-III-1944 tuvo que abandonar su puesto. Oster era el centro del movimiento de resistencia, el punto de unión entre los grupos civiles y militares. Ya durante las jornadas de los años 1939/40 había avisado a holandeses y noruegos del proyectado ataque alemán. Fue detenido el 21-VII-1944 y ejecutado junto al almirante Canarias cuatro días antes de que llegaran los americanos al punto en que se encontraba.



Hans Oster

«Overlord», nombre dado por los Aliados al plan de invasión de Europa. En 1942, Roosevelt impartió a sus jefes de Estado Mayor la orden de preparar un desembarco en Europa con objeto de aliviar la situación del Ejército Rojo. En principio los americanos habían querido desembarcar en 1943 con seis Divisiones entre El Havre y Boulogne-sur-Mer, y antes, en otoño de 1942, en la Francia occidental, en Dieppe, con objeto de abrir el segundo frente. Sin embargo, el 27-IV-1942 los Estados Mayores americano y británico se pusieron de acuerdo para atacar primero en el Norte de África. La decisiva resolución de desembarcar en Occidente fue tomada durante la entrevista llevada a cabo en Washington entre Roosevelt y Churchill en mayo de 1943. El 14-I-1944 se hizo cargo del mando supremo de las fuerzas que debían tomar parte en la invasión el general norteamericano Dwight D. Eisenhower. El plan «Overlord» contemplaba primero el desembarco del Ejército 1 estadounidense y del Ejército 2 británico en la costa de Normandía, entre Orne y Caretan. Caen debía ser tomado durante el segundo día de la invasión (en realidad se conquistó 43 días después). Los Aliados querían estar en Cherburgo a los 17 días de la invasión y en el Sena a los 90.

Un sacerdote bendice a los soldados que van a tomar parte en la Operación «Overlord» poco antes de embarcarse éstos para la invasión.

P

Pacto de Acero, nombre del acuerdo de alianza y amistad suscrito por Alemania e Italia el 22-V-1939 y que preveía asistencia mutua en lo económico y militar en caso de guerra. Estaba orientado en especial contra las potencias occidentales, de las que Hitler esperaba oposición a sus planes expansionistas. El pacto sufrió su primera prueba durante la guerra contra Polonia: Mussolini no cumplió los compromisos del acuerdo y declaró a Italia potencia no beligerante. Asimismo, en la guerra contra Francia, atacó sólo el 10-VI-40, cuando la campaña estaba ya decidida.

Pacto Tripartito, o pacto de las tres potencias. Acuerdo del 27-IX-1940 entre Alemania, Italia y Japón. Duró 10 años y perseguía el objetivo de instaurar un «nuevo orden» en Europa y en el «espacio asiático». Posteriormente, en 1940, se adhirieron a él Hungría, Rumania y Eslovaquia; en 1941, Bulgaria, Yugoslavia (que se separó pocos días después de la firma tras el golpe de estado); en 1942, Croacia. Se completó el 11-XII-41: ningún miembro podría establecer la paz o un acuerdo sin el consentimiento de los demás países signatarios. El 6-V-45, el Gobierno japonés definió la capitulación alemana como violación del Pacto.

Países Bajos, reino que limita con Alemania al oeste. El 10-V-1940 a las 5,30, penetraron en este país las tropas alemanas, Grupo de Ejércitos B (von Bock). Desembarcos aéreos en las zonas de La Haya y Rotterdam. El 14 de mayo, capitulación holandesa. A las 21,30 se suspendieron las luchas en todo el país. La reina Guillermina emigró, con todo el Gobierno, a Londres el 13 de mayo. El 29 de mayo fue nombrado comisario del Reich, Seyss-Inquart. El 17-IX-44, desembarco aéreo aliado en el espacio próximo a Arnheim y Nimega (véase «Market Garden») que fue repelido por los alemanes. A mediados de abril del 45 Holanda fue separada del resto de las operaciones por el avance de las tropas británicas hacia la Frisia Oriental. Con ello, así como también gracias a los sabotajes de la resistencia y las represalias alemanas, se llegó a crear una situación caótica en el abastecimiento. El 5-V-45, capituló la «fortaleza» holandesa, a cuyo frente estaba el general Blaskowitz. El 23-V-45 regresó a La Haya el Gabinete holandés en el exilio; la reina volvió el 28-VI-1945.

Testimonio de la resistencia en los Países Bajos ocupados: el pasquín «Antes muertos que esclavos».

El ocaso de la «Luftwaffe»

El día de difuntos del año 1941, la opinión pública alemana tuvo noticia de que el general de Aviación Ernst Udet había resultado mortalmente herido mientras probaba una nueva arma. Sin embargo, muy pocos conocían cuál era la misión exacta del general al sufrir el accidente: se había propuesto acabar con toda la producción de armamento destinado a la guerra aérea. La verdad se supo cuando terminó la contienda.
En el otoño de 1941 dos experimentados pilotos de la Primera Guerra, el doctor Justus Koch y el fabricante de aviones Friedrich Wilhelm Siebel, habían presentado una memoria conjunta sobre el progreso alcanzado por los americanos en el sector aéreo.
El general Udet pidió que se clarificase el programa de construcciones destinadas a la *Luftwaffe,* a la vista del contenido de aquel estudio, que también llegó a manos y obtuvo la aprobación del presidente de la Asociación del Reich para la industria aeronáutica alemana, ex almirante Lahs. Había que decidir entre la creación de un arma de bombardeo a largas distancias o la formación de grandes unidades de caza para la protección del suelo alemán. Udet era partidario de la segunda posibilidad. Inmediatamente hizo llegar el escrito al jefe de la *Luftwaffe,* mariscal Göring, y a Hitler. Göring reaccionó de un modo increíble: «Eso es como poner agua a calentar cuando no se tiene nada que cocer.» Hitler, por su parte, dio a Udet unos golpecitos en la espalda cuando lo recibió: «Mi querido Udet, nosotros sabemos bien qué tenemos que hacer.» Cuando se marchó el general, Hitler comentó que Udet había perdido los nervios y que, por lo tanto, debía marcharse. El 17 de noviembre de 1941, poco antes del día de difuntos, se pegó un tiro en su casa de Berlín el que había sido famoso piloto de la primera Guerra Mundial y as de vuelo acrobático en tiempos de paz.
Udet se había dado cuenta de que ya era demasiado tarde.
Al comienzo de la guerra la *Luftwaffe*

El «Stuka Ju 87» fue el símbolo del predominio alemán en el aire al principio de la guerra.

se hallaba empeñada en la construcción de algunos de los modelos más perfeccionados de avión. Las rápidas y grandes victorias de 1940 y el convencimiento de que la guerra estaba ganada de antemano llevaría más tarde a Hitler y a Göring a la peor de las decisiones que cabía adoptar en materia de armamento aéreo: la interrupción de la puesta en marcha de nuevos modelos, orden que únicamente se revocaría en enero de 1942. Tan sólo los tipos acreditados ya deberían seguir construyéndose, en 1940 con carácter de prioridad absoluta y después con interés decreciente.
La ofensiva aérea contra Inglaterra, en 1940 y 1941, supuso una verdadera sangría para la *Luftwaffe.* Todos los modelos de aparatos habían sido diseñados pensando en una guerra limitada en el continente europeo. Se carecía de bombarderos de gran autonomía, como los ingleses y norteamericanos. El año 1941 trajo consigo, además de los preparativos de la ofensiva contra la Unión Soviética, el final de la «guerra relámpago» contra Inglaterra. La extensión de la guerra al Norte de África y los Balcanes tuvo como consecuencia el fraccionamiento de las fuerzas aéreas, en especial hacia el Mediterráneo. En el Este, la *Luftwaffe* desempeñó preferentemente la función de apoyo táctico a las fuerzas de tierra. En este sector se produjeron ataques concentrados en el espacio más inmediato al frente, pero no hubo una verdadera guerra aérea contra objetivos industriales en la retaguardia soviética por falta de fuerzas adecuadas para ello.
Cuando se reemprendió el desarrollo de la aviación militar alemana, en enero de 1942, la consecuencia fue que, durante los años de 1942, 1943 y 1944, se contabilizaron respectivamente 20, 23 y hasta 27 modelos distintos de aparatos en vías de construcción con 6, 11 y 21 versiones.
Tras los duros bombardeos de Lübeck y Rostock (con las factorías Heinkel en Marienehe), en marzo y abril de 1942, los aviones británicos de gran autonomía emprendieron el primer ataque de «los mil bombarderos» contra Colonia, en la noche del 30 al 31 de mayo de 1942. Ese bombardeo, orientado a despertar el terror en la población alemana, suponía un cambio de táctica y de formación e imprimió el giro decisivo a la guerra desde el aire. La defensa aérea alemana se reveló por completo insuficiente. El 18 de agosto de 1943 se disparó un tiro el jefe del Alto Estado Mayor del Aire, general Hans Jeschonnek, en el cuartel general de la *Luftwaffe* «Robinson», no lejos de Goldap, en Prusia Oriental. El motivo del suicidio fue las graves diferencias que le separaban de Hitler y Göring sobre la protección del territorio nacional. Este fue el segundo suicidio después del de Udet, que señaló el ocaso de la *Luftwaffe,* tan orgullosa en 1939 y 1940. Oficialmente se dijo que Jeschonnek había sucumbido a consecuencia de «una grave enfermedad».

Walter Görlitz

STALINGRADO

«Conservaremos Stalingrado o moriremos en ella». Estas palabras las pronunció un general ruso en septiembre de 1942. «El ejército habrá de defender su posición hasta la última bala», ordenó Hitler en enero de 1943. Cinco meses mediaban entre ambas frases. Cinco meses durante los cuales se desarrolló la batalla más cruel de la II Guerra Mundial.

Werner Richter

Operación "Barbarroja" - IX

El general de Artillería Walter von Seydlitz-Kurzbach y el general Friedrich Paulus, que mira por el catalejo, eran los comandantes supremos en el cerco de Stalingrado. Ambos cayeron prisioneros de los rusos el 31 de enero de 1943.

RIGA

LENINGRADO

C

A

B

BREST-LITOVSK

D

MOSCU

E

KIEV

G

ODESA

ROSTOV

STALINGRAD

F

J

H

LEYENDA

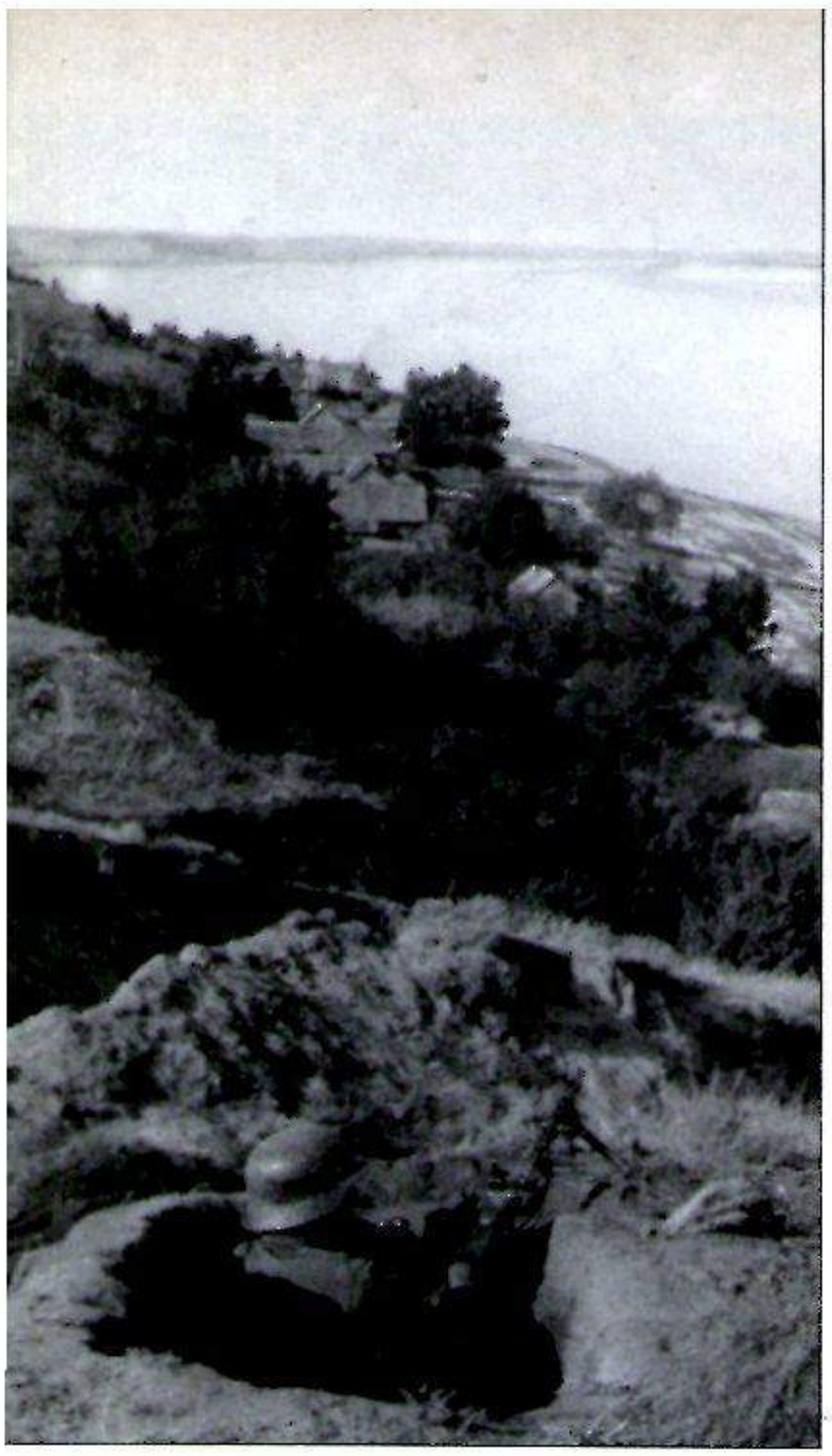
Situación hasta principios julio 1941

Situación hasta finales septiembre 1941

Situación hasta abril 1942

Situación hasta finales agosto 1942

Línea Stalin



El 24 de agosto de 1942 una sección de vanguardia del «Panzerkorps» de Hube alcanzaba los aledaños de Stalingrado y abria trincheras a orillas del Volga (arriba). Pero ese avance tan audaz no sirvió para nada, muy al contrario. Los hombres de Hube se vieron obligados a esperar a las unidades que les seguían y con ello los rusos ganaron tiempo para organizar la defensa. En el mapa de la izquierda (tomado de la revista «Signal») se representa la operación en sus grandes líneas. La tropas alemanas se encontraban dispersas, en agosto de 1942, en un amplio sector entre Carelia y el Cáucaso. Las líneas de aprovisionamiento se habían dilatado peligrosamente.

Durante las primeras semanas de septiembre de 1942 el calor era aún sofocante en Ucrania. En el cuartel general del *Führer* en Vinnitsa el mal humor crece por momentos y no precisamente porque Hitler no soporte las altas temperaturas: la primera razón del malestar es que han cesado de repente esas noticias de victorias en el Cáucaso que antes llegaban en avalancha.

Más allá de las estepas de Kuban, en el corazón del Cáucaso, e incluso hasta el Tiérek los alemanes se veían arrollados por los soviéticos. Las divisiones del Ejército 17 (Ruoff), del 1.er *Panzerarmee* (von Kleist) y las escasas divisiones de montaña se hallaban al límite de sus fuerzas. Las líneas de abastecimiento habían crecido de modo desmesurado, hasta tal punto que ni la improvisación más capaz podía cumplir con su cometido. Lógicamente, sin suficientes armas, municiones y soldados ni el ejército más valeroso estaba en condiciones de atacar.

Sólo había uno que se resistía a la evidencia: Hitler. El 7 de septiembre Hitler enviaba al jefe de su Estado Mayor, general Jodl, a Stalino, para que visitase al *Feldmariscal* List y al tiempo forzara al cumplimiento de sus órdenes. Estas órdenes no correspondían en absoluto a la verdadera situación: ¡Atacar! Avanzar sin tregua, hasta los puertos del mar Negro, Tuapse, Sochi, Sujum, Batum y, cruzando el Tiérek, ¡Bakú!

Antes de que Jodl reemprendiera el vuelo de regreso, aquella misma noche, sabía perfectamente que esas órdenes eran ilusorias. Cuando se entrevistó con el *Führer* le pidió, como el propio List, que estableciese una gradación en el frente, que agrupase tropas para poder conservar en condiciones favorables al menos lo conquistado. Hitler rechazó categóricamente la proposición y comentó que Jodl se había dejado influenciar por List, que había tamizado bien la situación.

Eso colmó la paciencia de Jodl, otrora fiel servidor de Hitler. List se había limitado a cumplir lo que se le había ordenado, contestó fuera de sí, para añadir luego a voces que se anulasen los mandatos y órdenes del *Führer* decididos durante las últimas semanas y que habían colocado al Grupo de Ejércitos de List en una situación realmente crítica.

«¡Usted miente! –bramó Hitler sin comprender–. Jamás he dado tales órdenes». Luego abandonó a toda prisa el refugio y se internó en el bosque. Pasaron varias horas hasta que regresó, silencioso y demudado.

Pero no renunció a su teoría de la víctima propiciatoria, y la absurda orden de ataque permaneció en vigor: al día siguiente perdieron sus puestos el *Feldmariscal* List y el jefe de Estado Mayor Halder. Por enésima vez volvía a ordenarse que prosiguiera el ataque hacia el Tiérek. Las unidades, completamente desgastadas –órdenes son órdenes– se pusieron de nuevo en movimiento para llegar a primeros de noviembre a la carretera de Tiflis, en las inmediaciones de Grosni y Orzhonikidze. La marcha se prolongó durante semanas agotadoras y teniendo que librar combates con numerosas bajas. En ella se empleó hasta el último aliento de las tropas. Un repentino ataque de tropas soviéticas de refresco cercenó las divisiones de vanguardia –la 13.ª y la 23.ª *Panzerdivision*–. Ambas lograron a duras penas reintegrarse a su Cuerpo de Ejército. Después, a mediados de noviembre, se estabilizó el frente. Para un objetivo inalcanzable con las tropas de que se disponía, se desgastaron unas unidades muy valiosas, se sacrificaron inútilmente soldados con gran capacidad de lucha. Unidades que, por otra parte, eran más necesarias en otro lugar: más al norte, en Stalingrado.

Tras una pausa obligada por la falta de combustible, el Ejército 6 reemprendía la marcha a finales de julio en dirección a esta ciudad, siguiendo el curso del Don. El alto en el combate fue un verdadero regalo para los rusos: gracias a él tuvieron tiempo suficiente para reforzar la defensa del punto más importante para cruzar el Don situado en el camino hacia Stalingrado, en Kalach. Casi todo el Ejército 62 soviético se encontraba en la curva del Don, cerca de Kalach, dispuesto a frenar la penetración alemana.

Paulus tendría que hacer saltar ese cerrojo si quería llegar a Stalingrado. Lo intentó mediante un ataque envolvente de corte clásico: el XIV *Panzerkorps* avanzó por la izquierda, y el XXIV *Panzerkorps* (un préstamo del 4.º *Panzerarmee* de Hoth), se desvió a la derecha, internándose luego hacia el punto de convergencia, en Kalach.

Lo que no había tenido éxito a principios del verano, resultó ahora bien por una vez, la última durante la guerra: se llegó a una afortunada batalla de cerco. Los rusos no retrocedieron en Kalach sino que defendieron denodadamente los grandes puentes sobre el Don. Allí no se disputaba tan sólo el paso de un río sino el camino hacia Stalingrado, distante 60 kilómetros.

En pleno furor del combate el general de División Kolpakchi, comandante del Ejército 62, notó las pretensiones de cerco cuando tenía ya a sus espaldas la 16.ª *Panzerdivision* –del XIV *Panzerkorps*– y la 24.ª *Panzerdivision* del XXIV *Panzerkorps*.

En ese momento lanzó todas sus fuerzas contra el brazo norte de la tenaza. Como consecuencia se desarrollaría en la estepa, cubierta de hierba abundante, una batalla de blindados muy notable, sin un frente delimitado, en la que los carros parecían avanzar a golpe de remo y giraban sobre sí mismos, maniobrando como los cruceros en el mar. Con todo no se pudo evitar, por parte de los soviéticos, que el 8 de agosto se encontrasen cerca de Kalach las *Panzerdivisionen* 16 y 24. El cerco quedaba establecido y esta vez con «pesca» dentro: siete divisiones de fusileros, dos brigadas motorizadas y otras dos acorazadas, 1000 carros de combate y 750 cañones, algunos de los cuales fueron destruidos mientras que los demás cayeron en manos de los alemanes como botín. El número de

prisioneros fue, en cambio, bastante reducido. Los rusos cercados lucharon encarnizadamente durante casi catorce días hasta que se incorporaron las unidades acorazadas alemanas ligeras y, tras limpiar el interior del cerco, determinaron la continuación de la marcha hacia Stalingrado.

El plan preveía, en primer lugar, la apertura de un corredor que pasara sobre los puentes del Don y del Volga, de modo que se abordase Stalingrado por el norte, cubriendo este flanco y conquistando la ciudad por el sur.

En la noche del 23 de agosto, la 16.ª *Panzerdivision* cruzaba el Don sobre un pontón establecido junto a Vertiachi, muy cerca de Kalach, hacia el norte. A las 4,30 los carros continuaban su marcha de limpieza hacia el Este formados en línea.

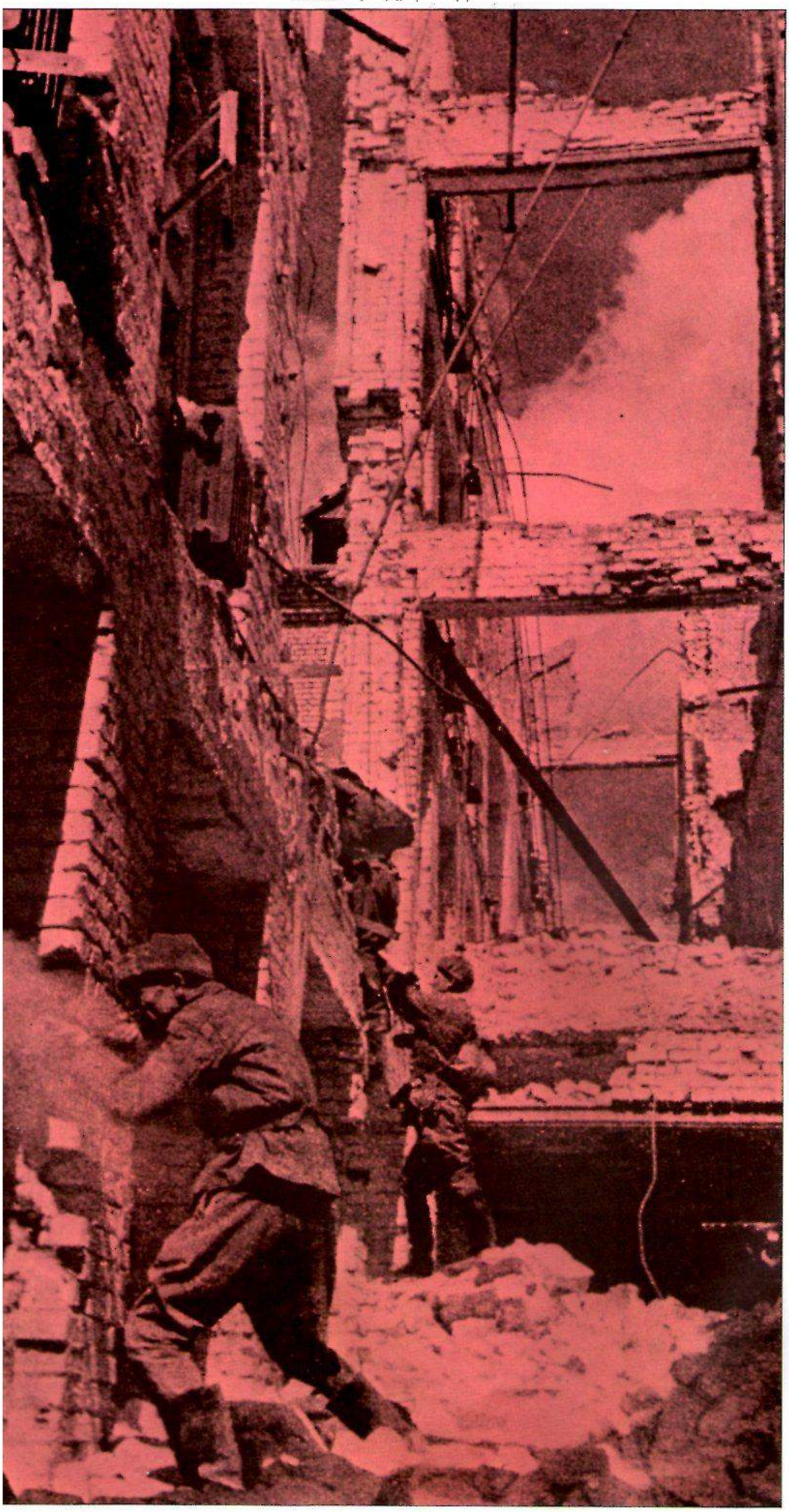
El terreno era favorable. El camino discurría por la ladera de una cadena de colinas mucho menos peligrosas que las gargantas que cortaban la estepa. Era en realidad un paraje muy adecuado para los carros. En vanguardia avanzaba el *Panzerregiment* 2 dirigido por el teniente coronel Sickenius. Mucho más adelante marchaba en su carro de mando de la compañía de transmisiones el comandante de la División, teniente general Hube, al que faltaba un brazo.

«Y mañana por la noche, en Stalingrado». Con estas palabras se había despedido Hube el día anterior de los comandantes de Regimiento. Hube estaba convencido de que sus palabras iban a convertirse en realidad. Sin tener en cuenta a los rusos, que se hallaban a la derecha y a la izquierda, su carro avanzaba intrépidamente.

Por la tarde se había llegado a un punto tal que desde él se divisaba la silueta de Stalingrado, a la derecha de las tropas alemanas. El comandante lo comunicó por radio a todas las unidades. En lontananza se apreciaba una cadena interminable de elevados edificios, chimeneas fabriles y cúpulas catedralicias con forma de bulbos. La ciudad se encontraba a unos 40 kilómetros, a la orilla del Volga. Sobre ella, densas nubes de humo, producidas por los *Stukas* que procedían a destruir los cuarteles y los principales nudos de comunicaciones.

Sin que se viesen obligados a vencer una gran resistencia, los carros de Hube se deslizaban rápidamente hacia los suburbios del norte de la ciudad: Spartakovka, Hinok y Latashinika.

Los blindados prosiguieron su avance y, al caer la tarde, los primeros de ellos avistaban ya los aledaños de la ciudad, en la ribera alta del Volga. Aquí la orilla consistía en un terraplén de casi cien metros de altura, mientras que en la otra parte del río, cuya anchura superaba los dos kilómetros, la ribera



era una prolongación de la estepa. La *Panzerdivision* de Hube se cerró en una fomación de erizo junto a la misma orilla. El contacto con las divisiones de Infantería que seguían había quedado interrumpido como consecuencia de la velocidad a que avanzaban los carros. Esto no inquietó a los hombres de la 16.ª *Panzerdivision,* que estaban seguros de la victoria. El enemigo parecía sorprendido y todo hacía pensar que se produciría un éxito fulgurante. Que la esperanza era engañosa fue algo que pudieron comprobar los alemanes a la mañana siguiente cuando emprendieron el ataque contra Spartakovka, el suburbio industrial situado más al norte de la ciudad. El enemigo no parecía nada desconcertado o irresoluto, sino todo lo contrario:

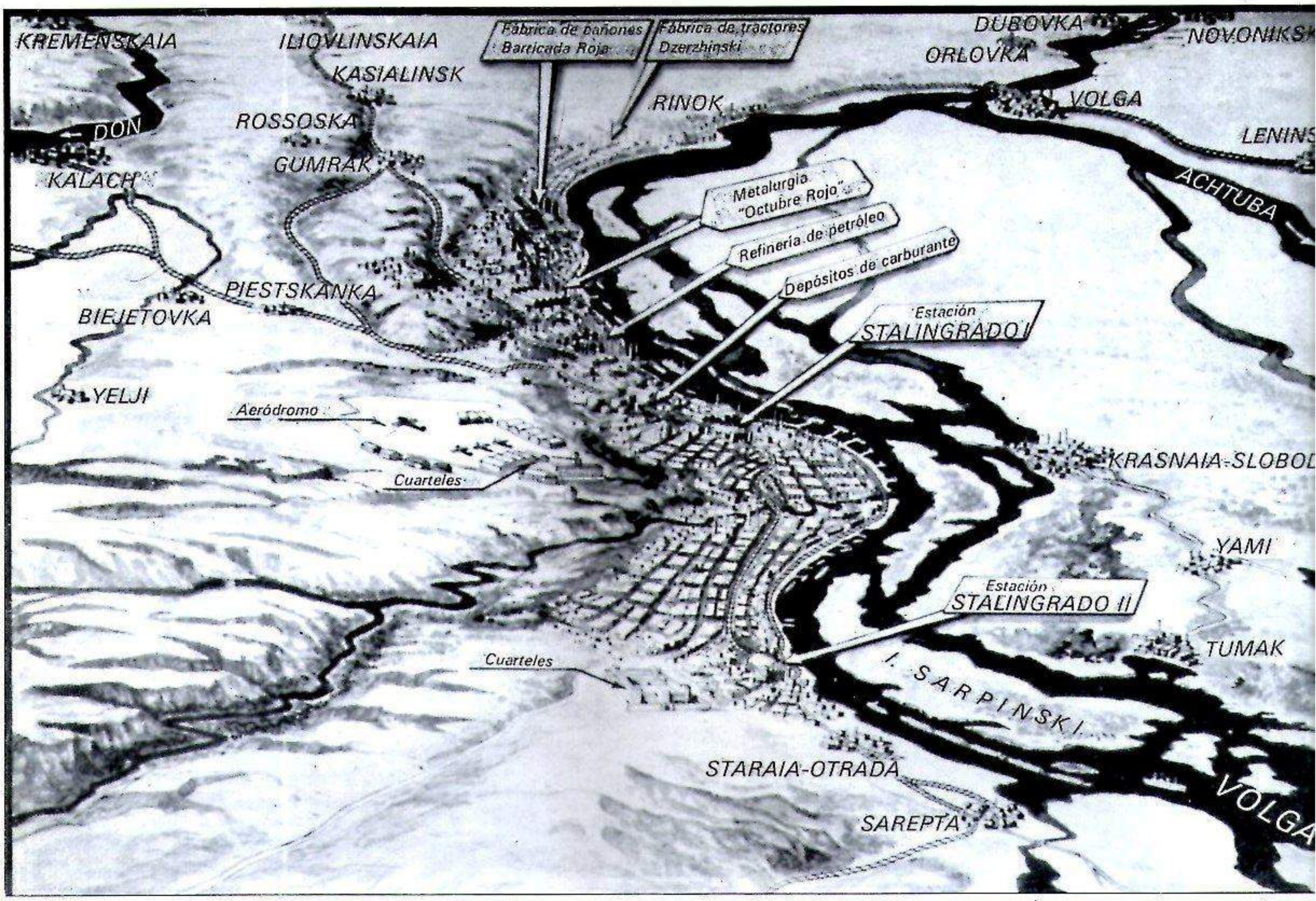
El arrabal estaba cubierto de barricadas y el fuego defensivo era cerrado hasta el punto de que hubiera sido una locura tratar de avanzar. Los soviéticos atacaban en parte con sus flamantes *T 34,* que iban pasando directamente sin pintar ni abrillantar de la fábrica al campo de batalla. Lo único que pudo lograrse con éxito fue una acción efectuada aquel mismo 24 de agosto contra el ferrocarril y las posiciones de la orilla. La artillería situada en ella por los alemanes impedía ahora el tráfico por el río.

La situación de la 16.ª *Panzerdivision* se volvía cada vez más crítica. Los rusos atacaban por todas partes al «erizo». Era el momento en que debían llegar las divisiones de Infantería.

El general Schlömer se encontraba el día anterior con su División 3 de Infantería motorizada inmediatamente a retaguardia de la 16.ª *Panzerdivision* y avanzaba hacia el este, pero luego cambió la orientación hacia el norte con el propósito de reforzar los flancos.

Desde Kusmichi la División 3 de Infantería prosiguió hacia el sur, a la zaga de la 16.ª *Panzerdivision.* Detrás avanzaba otra división que no había sido incluida en los planes alemanes: la División 35 soviética reforzada con numerosos carros. Ésta se lanzó entre la División 3 de Infantería germana y las unidades que la seguían, cortando el corredor utilizado por los alemanes sobre los puentes entre el Don y el Volga. La División 3 de Infantería logró, efectivamente, reagruparse con la 16.ª *Panzerdivision* pero ambas tuvieron que con-

«Entretanto la lucha había revestido ciertas formas de irracionalidad. Ya no eran dos ejércitos en confrontación que actuasen con arreglo a las normas de la lógica militar. Ahora eran dos enemigos que se enfrentaban poseídos del más crudo de los fanatismos» (Raymond Cartier). La infantería alemana y soviética en las ruinas del sector industrial de Stalingrado.



LAS ULTIMAS CARTAS DE STALINGRADO

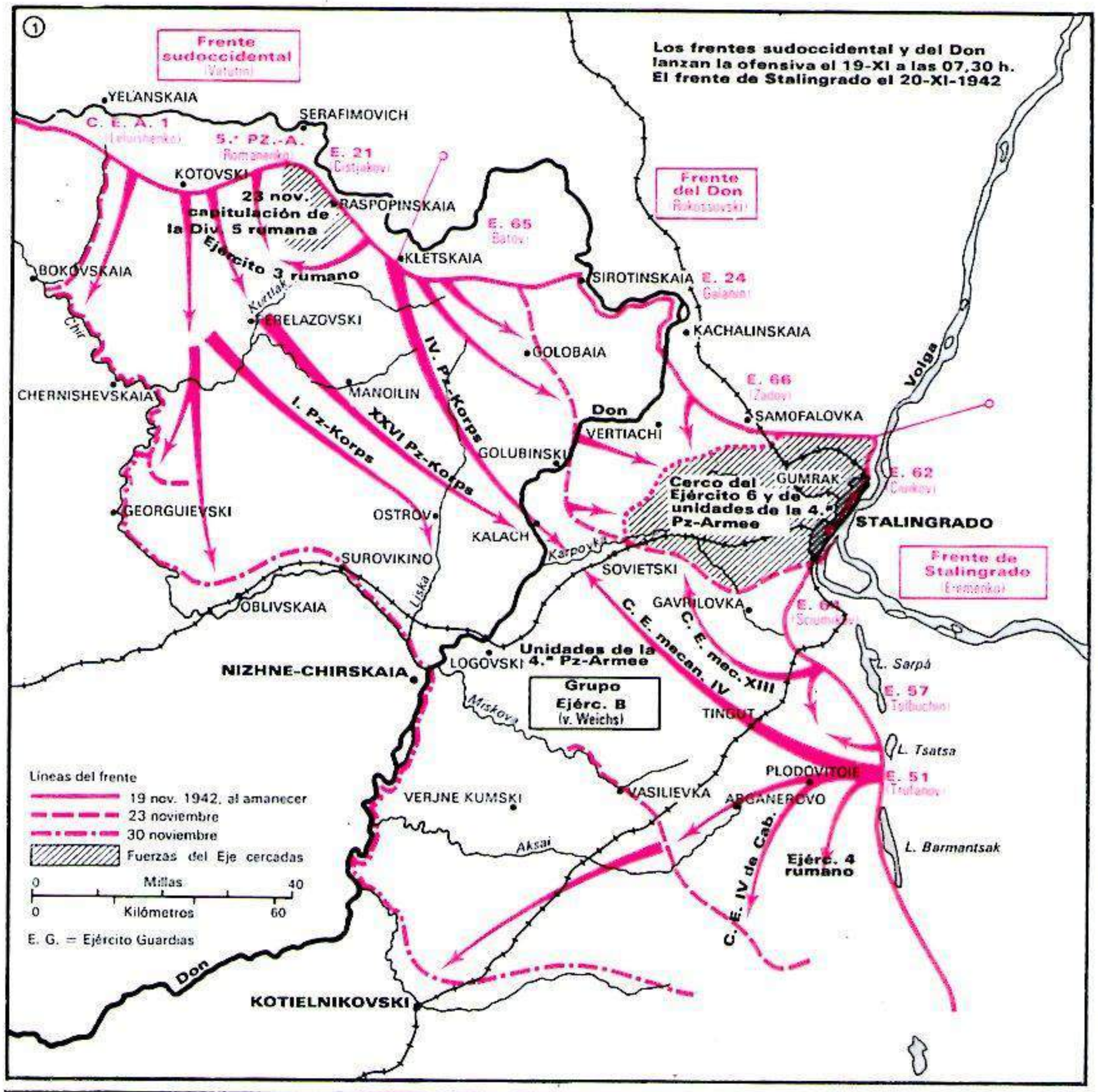
...Tú has sido mi mejor amiga, Monika. No, no has leído mal. Has sido mi mejor amiga. Los tiempos son demasiado serios como para hacer bromas. Esta carta necesitará 14 días para llegar a tus manos. Quizás entonces hayas leído ya en los periódicos qué es lo que ha ocurrido aquí. A mi alrededor todo se derrumba; todo un ejército va muriendo; día y noche crecen las llamas, mientras cuatro hombres se ocupan en ir transmitiendo temperaturas e incidencia pluviométrica. No sé mucho de guerras. Jamás he disparado contra otro; jamás he derribado a otro hombre con mi pistola. Pero por lo que he podido saber en la otra parte no se procura la misma irracionalidad.

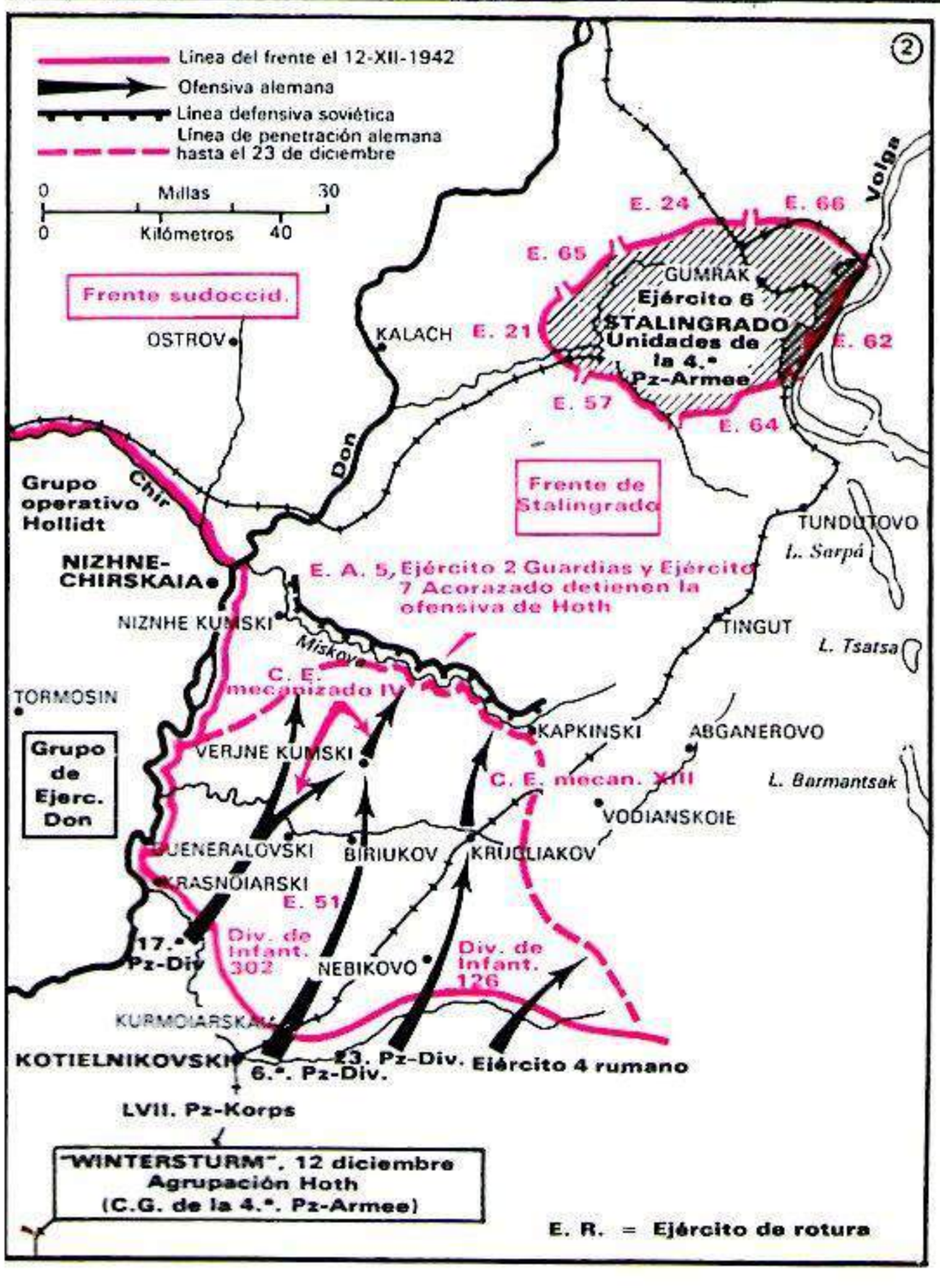
...Me he quedado horrorizado cuando he visto el mapa. Estamos completamente solos, sin ayuda exterior. Hitler nos ha abandonado. Esta carta sale cuando aún tenemos en nuestro poder el aeródromo. Nos encontramos al norte de la ciudad. Los hombres de mi batería barruntan algo, pero no lo saben con tanta precisión como yo. Esto es el fin. No pienso dejarme tomar prisionero. Ni Hannes ni yo. Ayer vi cómo los rusos capturaban a cuatro hombres cuando nuestra infantería volvió a tomar la base. Ni hablar, no me dejaré atrapar. Si cae Stalingrado quizás oigas y leas, y ya puedes estar segura de que será así, que no regresaré jamás.

...Ya te he escrito veintiséis veces desde esta ciudad maldita y tú me has contestado diecisiete cartas. Ahora te escribo una vez más, pero sólo una vez más. He pensado durante mucho tiempo cómo te escribiría esta frase de contenido muy duro, para que te lo exprese todo y al tiempo no te hiciese daño. Me despido de ti porque la decisión está adoptada desde esta mañana. En mi carta prefiero no tocar el aspecto militar; desde esta perspectiva los rusos tienen una ocasión única. El interrogante sólo está en cuánto tiempo seguiremos aún aquí. Puede que un par de días o un par de horas...

...En Stalingrado se niega el problema de Dios. Tengo que decírtelo, querido padre, y esto me duele por ello doblemente. Tú me has educado porque me faltaba una madre y me has acostumbrado a tener siempre a Dios ante mi vista y ante mi alma. Siento doblemente estas palabras porque serán las últimas. A partir de ahora ya no hablaré con nadie más con quien poder reconciliarme. Tú eres pastor de almas, padre, y sabes que en la última carta debe decirse sólo la verdad. He buscado a Dios en cada cráter formado por las granadas, en cada casa destruida, en cada esquina, en cada uno de mis camaradas, cuando me encontraba en mi agujero y lo he buscado en el cielo. Dios no se me ha mostrado cuando he gritado desde el fondo de mi corazón. Las casas se quedaron destruidas; los compañeros, valientes o cobardes, como yo, muertos por el suelo; por todas partes hambre y muerte, del cielo caían bombas y fuego. Sólo faltaba Dios. No, padre, Dios no existe. De nuevo lo escribo, sé que es algo espantoso y sé que no lo podré reparar. Si hubiese un Dios éste se encontraría con vosotros, en los libros de canto y en las oraciones, en las piadosas homilías de los sacerdotes y pastores, en el sonido de las campanas y en el olor del incienso, pero no en Stalingrado.

Tomado de «Geschichte in Quellen», tomo V. Bayerischer Schulbuch Verlag, Munich 1961





En el mapa de relieve (página anterior, arriba) se indican los objetivos de los ataques del Ejército 6 en Stalingrado. La gigantesca ciudad se extendía a lo largo de 35 km a orillas del Volga.

Cuando los alemanes habían conquistado ya casi toda la ciudad, en noviembre de 1942, comenzó la gran ofensiva soviética siguiendo un movimiento de tenazas (mapa superior).

En diciembre fracasó el ataque de Hoth en las orillas del Miskova (mapa a la izquierda). El cerco de Stalingrado no volvería a abrirse hasta la derrota final.

formarse con formar un «erizo» de 30 kilómetros de longitud a la espera de que el corredor quedase nuevamente expedito.

La situación se prolongó hasta el 30 de agosto, día en que aparecieron por allí el Cuerpo de Ejército II y la División 60 de Infantería, que acordonaron los puentes entre el Don y el Volga mediante una estable línea estratégica preferente. El ataque frontal contra Stalingrado y el que habían de llevar a cabo los carros de combate desde el sur, previsto éste para evitar sorpresas desde el norte, comenzaban ya con toda energía.

El Cuerpo de Ejército LI atacó frontalmente, con dos divisiones al mando del general von Seydlitz. En el sur, el 4.º *Panzerarmee,* mandado por el general Hoth, emprendería su parte en la operación. El «cinturón defensivo interior», que rodeaba la ciudad a una distancia entre 30 y 50 km, era una posición estable. Para construirlo los rusos habían arrasado el terreno inmediato con el fin de hacerlo utilizable. Los infantes del Cuerpo de Ejército de Seydlitz quedaron retenidos ante la abrupta vertiente del valle por cuyo fondo discurría un riachuelo: el Rossashka. Durante tres días no se pudo lograr el cruce. Al fin se consiguió un par de días antes de que las divisiones acorazadas de Hoth avanzasen desde el sur. La 24 y la 14 *Panzerdivisionen* se habían hecho fuertes en las alturas de Tundutovo pero habían sufrido grandes pérdidas, hasta que Hoth logró atacar en un terreno muy poco adecuado para los carros.

«Eso no tiene sentido –decidió el general–. Tenemos que buscar otro procedimiento. Atienda. Podríamos...»

La plática iba dirigida al coronel Fangohr, asistente de Hoth. El coronel traducía los planes recurriendo a mapas, compás y calculadora de mano, mientras repasaba operaciones y más operaciones y decía «esto va», «esto no va», «esto va pero costará demasiado combustible». Al fin Hoth tomó el teléfono y habló durante una media hora con el jefe del Grupo de Ejércitos, Weichs. Al fin se le dio luz verde para una operación de lo menos usual: en plena batalla, él sacaría del frente a todo gas a sus divisiones acorazadas y motorizadas, de modo que en marcha nocturna, para que el enemigo no notase nada, se formara medio círculo detrás de las unidades en vanguardia para arremeter en seguida contra el débil flanco que representaba el Ejército 64 soviético establecido en Gavrilovka, al sudoeste de Stalingrado.

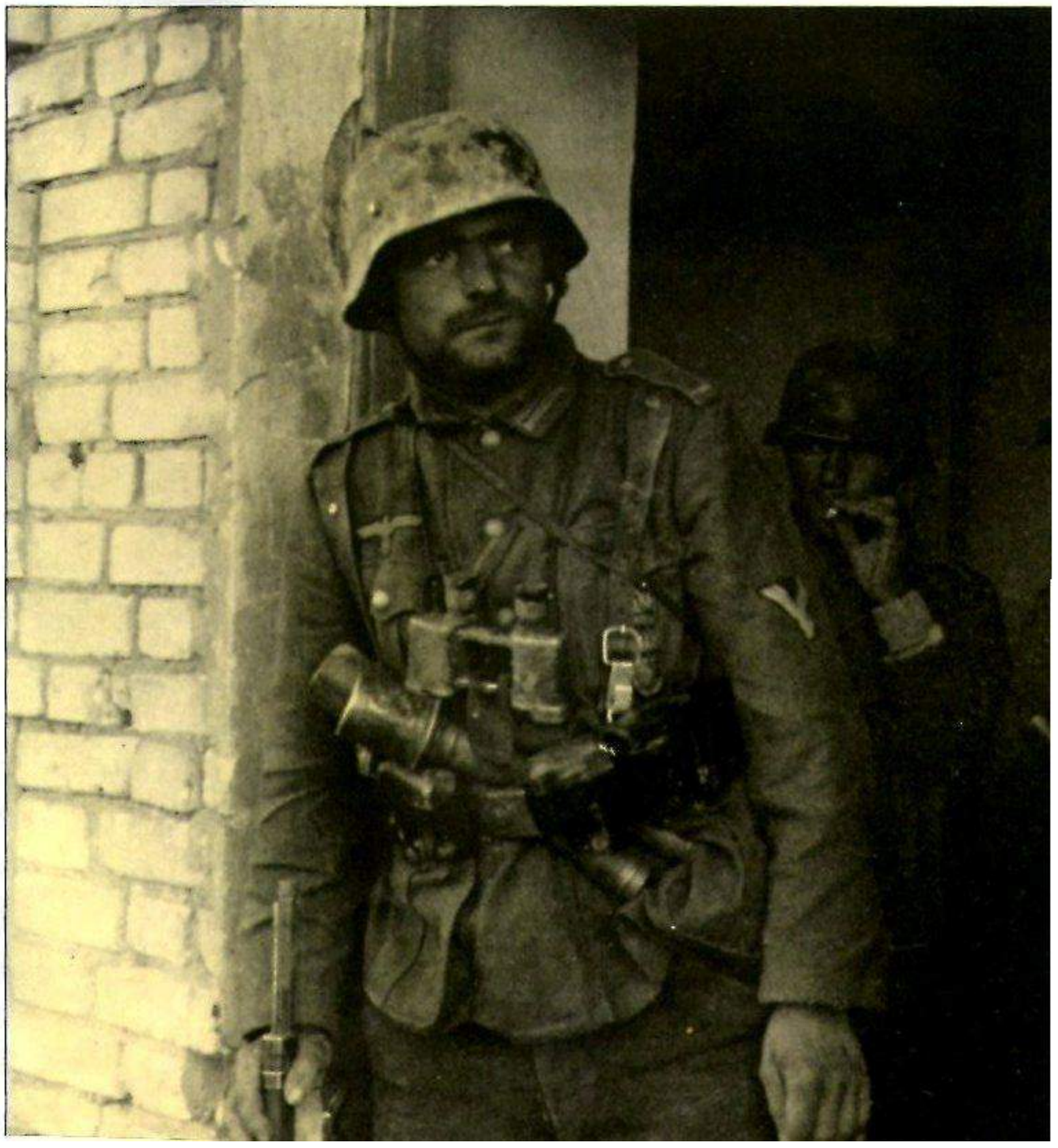
La efectividad de esta jugada de ajedrez fue apreciada inmediatamente por los infantes del Cuerpo de Ejército LI. De repente la resistencia ofrecida hasta entonces cesó. Los rusos comenzaron

«Stalingrado será alimentado desde el aire». Göring había prometido enviar todas las provisiones que necesitase el Ejército 6, pero la operación fracasó porque no era posible transportar cuanto precisaba ese ejército, ni siquiera recurriendo a los «He 111» (foto grande) para reforzar las escuadrillas de «Ju 52» (foto pequeña).

a replegarse y Seydlitz prosiguió su avance. Dos días después se encontraba al este del aeródromo de Stalingrado, Gumrak, a sólo 8 kilómetros de los límites de la ciudad.
¿A qué se debió el que los rusos abandonaran las posiciones en torno de la capital y prefiriesen internarse en la ciudad? Se debió a que los carros de Hoth se les subieron de repente a las barbas. Había tenido éxito aquel reagrupamiento arriesgado, aun a costa de un elevado consumo de combustible. Los carros de Hoth aparecieron de pronto en Gavrilovka y el enemigo no logró reponerse de la sorpresa. Había quedado desbordado el cinturón defensivo y el repliegue se produjo hasta Voroponovo. Esto movió a los comandantes de la otra parte, Ciuikov, Eremenko y el consejero militar Kruschev, a replegar los dos ejércitos a las defensas interiores de la ciudad, a las mismas puertas de Stalingrado. Esa determinación salvó no sólo a los dos ejércitos sino también a la ciudad. Un día después, el 3 de septiembre, los dos ejércitos habrían quedado cercados por los alemanes al oeste de la urbe. Este mismo día la vanguardia de Hoth alcanzaba al Cuerpo de Ejército de Seydlitz, pero eran ya 36 horas demasiado tarde.
Los combates que siguieron fueron los más sangrientos y duros de toda la guerra. En ningún otro lugar se emplearon tantos hombres y tanto material en un espacio tan reducido. Por ambas partes los planos de la ciudad suplieron a los mapas de operaciones en las mesas de los generales y divisiones enteras rivalizaron en la conquista de la gran ciudad casa por casa.

A través de las alcantarillas

«Fue una lucha fatídica, en la superficie y bajo el suelo –escribe Rolf Grams, entonces comandante y jefe del Batallón motorizado 64–. Se luchaba entre las ruinas, en los sótanos y canales de la gran ciudad y en las fábricas. Cuerpo a cuerpo.»
Paul Carell escribe a este respecto en su libro «Operación Barbarroja»:
«Este aprovisionamiento, esta dotación que cruzaba incesantemente el río, con destino a los defensores de la ciudad, era el gran problema de la batalla. El secreto estaba en el aprovechamiento de aquellos canalillos que terminaban en la orilla del Volga. En ellos, invisibles e inalcanzables para la artillería alemana, se habían establecido los estados mayores soviéticos, los hospitales de sangre, los depósitos de municiones. Eran al tiempo un lugar muy adecuado como punto de concentración para los transportes nocturnos de hombres y de material. De los canales de desagüe partían también las unida-



La moral de combate del Ejército 6 era increíble. Sólo existía un vago temor: el combate habría de prolongarse durante el invierno, como había ocurrido un año antes. En otoño escribió un soldado: «Los días se hacen largos, se puede notar. ¿Tendremos que luchar como ahora durante todo un invierno? Creo que no lo conseguiremos. Muchos de nosotros pensamos que debemos pagar cualquier precio para terminar aquí antes de que llegue el invierno.»

des para operaciones de contraataque. Allí iban a dar hasta entonces los residuos de las industrias. Ahora se habían convertido en largos caminos subterráneos desecados que conducían a la retaguardia del frente alemán. Tropas de asalto soviéticas se deslizaban por ellos cautelosamente, levantaban con sumo cuidado la plancha de la boca de acceso, montaban una ametralladora y abrían fuego furiosamente contra las espaldas de las confiadas unidades alemanas, asaltaban las columnas de provisiones y de intendencia y volvían a la ratonera con su botín a cuestas.»

Ciuikov podía reunir constantemente nuevas divisiones. Paulus no. A pesar de ello Stalingrado iba siendo conquistado. A finales de octubre, tras dos meses de lucha, Ciuikov defendía aún dos edificios fabriles en el norte de la ciudad y un par de kilómetros de ribera; prácticamente una décima parte de la ciudad; o quizá menos. Sin embargo, desde el punto de vista militar la lucha había dejado de tener sentido hacía tiempo. Ya a mediados de septiembre Stalingrado era un desierto de ruinas. Había dejado de existir como gran centro industrial.

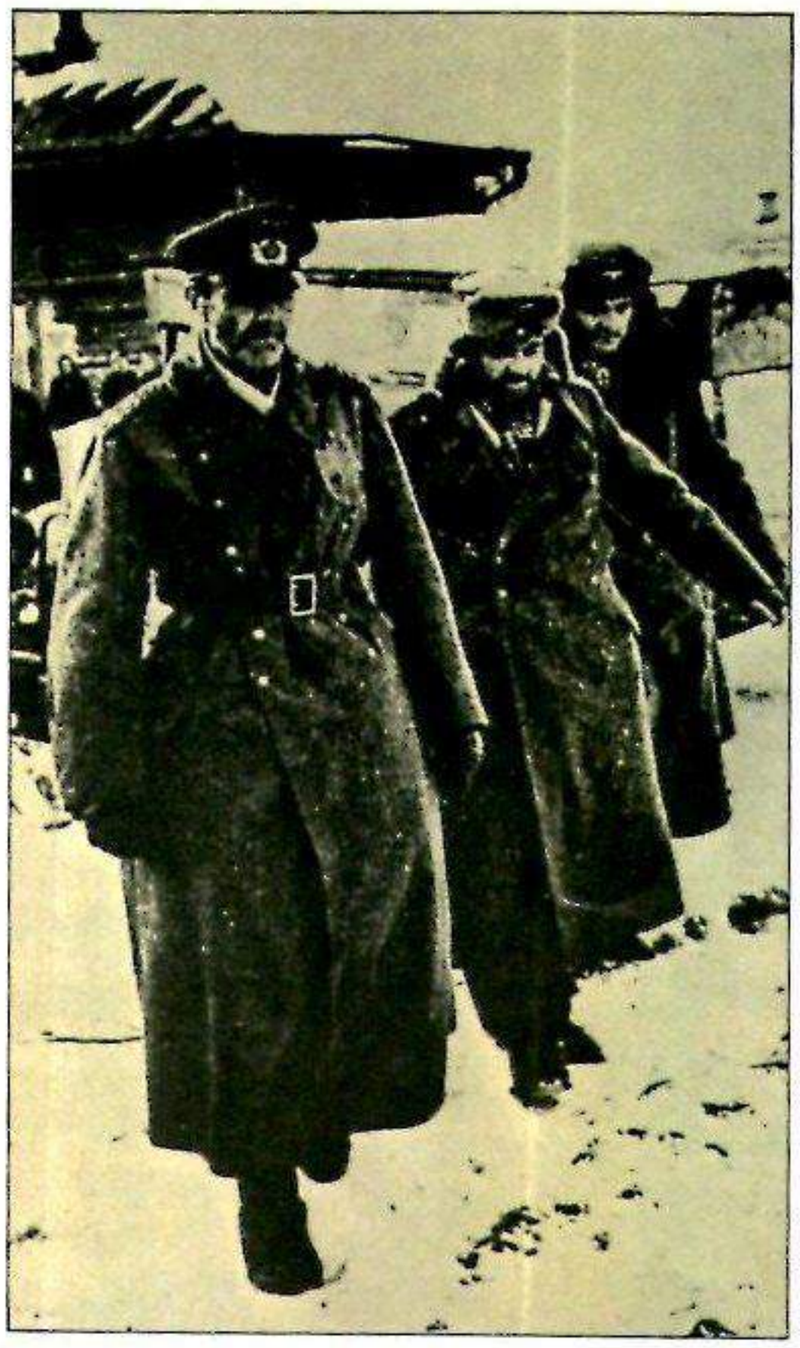
La posesión de los cascotes en que había quedado convertida la ciudad no podía aprovechar ni a los conquistadores ni a los defensores. Se había consumado un sacrificio inútil, en hombres y en material.

«Carros rusos a nuestras espaldas»

Una de las cualidades que caracterizan a los dictadores es el no ceder por temor a perder prestigio. Así, Hitler comentó el 9 de noviembre en la cervecería muniquesa Bürgerbräukeller: «Ninguna fuerza humana podrá arrancarnos de allá». Stalin, por su parte, dijo: «Ni un solo paso atrás. Resistir o morir».

Con todo Hitler pareció ir convenciéndose de lo absurdo que era ocupar todo un ejército en la conquista de unas ruinas. Pero su reacción no fue la acertada, ordenando que cesase la operación. Por el contrario, el dictador prefirió enviar una advertencia al Ejército 6 apremiándole a que terminase cuanto antes su empresa.

Y lo decidió a pesar de que aumentaban peligrosamente los signos amenazadores de una reactivación del enemigo: los observadores comunicaron que desde primeros de noviembre se observaban preparativos rusos ante las líneas alemanas del sur y noroeste de Stalingrado. En ambos casos, ante sectores cubiertos por unidades rumanas. El choque se produjo en Stalingrado un día después de que los regimientos alemanes, en el límite de sus fuerzas, tratasen por enésima vez de conquistar



Dos imágenes que sintetizan la batalla de Stalingrado: un ataque de los «Stukas» contra las fábricas rusas (derecha) y el general Paulus prisionero de los soviéticos.

los últimos bastiones rusos. El 19 de noviembre atacaba el Ejército acorazado 5 soviético cerca de Blinov; el 21, junto a Kletskaia, arremetía contra las posiciones del Ejército 3 rumano. Los rumanos se defendieron desesperadamente, pero en vano. No sólo carecían de armamento en condiciones, sino que también eran poco expertos en combatir contra carros blindados y sucumbieron ante el llamado «terror al carro». Cuando penetraron en sus posiciones los blindados rusos y aparecieron a sus espaldas, los rumanos huyeron despavoridos gritando: «¡carros rusos detrás de nosotros!»

Hacia el mediodía se vio con claridad que era inminente una catástrofe. Los rusos habían avanzado hacia el sur, pero luego tomaron rumbo hacia el este. Su pretensión era clara: querían situarse a retaguardia del Ejército 6.

Lo mismo perseguían los Ejércitos 57 y 51 soviéticos, que comenzaron su ataque al día siguiente al sur de Stalingrado, partiendo de Krasnoarmeisk, y buscaban establecer contacto con los Cuerpos de Ejército VI y VII rumanos. También allí los rumanos fueron rápidamente desbordados. Por su parte, la División 29 de Infantería motorizada del 4.° *Panzerkorps* de Hoth logró resistir la embestida del Ejército 57 soviético y hasta le obligó a un repliegue, pero esto no impidió que el Ejército 51 ruso,

que operaba más al sur, cruzase por sus líneas en dirección a Kalach.
Desde el punto de vista teórico, todavía hoy se especula partiendo de diarios de guerra y documentos semejantes sobre si existía tal o cual posibilidad de haber frenado entre el 19 y el 23 de noviembre la penetración rusa por el sur, con lo que se hubiese podido evitar el cerco del Ejército 6. Sin embargo hay que contar con que los comandantes responsables de entonces carecían del necesario conocimiento para hacerse cargo de la situación real. Algo muy distinto habría ocurrido si, en la retaguardia, hubiesen existido tropas de reserva dispuestas a entrar en combate y que hubieran podido enfrentarse a los soviéticos.
Pero tales reservas no existían, como tampoco existían en el resto del frente oriental, entre el lago Ladoga y el Tiérek. De esta forma no se pudo impedir que el 23 de noviembre las tropas rusas, con sus dos brazos, norte y sur, cerrasen su tenaza en Kalach. El Ejército 6 había quedado cercado. Dentro del cerco habían quedado encerrados un cuarto de millón de hombres. ¿Qué se podía hacer en esas condiciones? El general Paulus, un estratega más bien prosaico, envió un mensaje el 22-IX a las 7 de la tarde al Grupo de Ejércitos B: «Que el ejército intente mantener el espacio entre Stalingrado y las dos orillas del Don y pónganse en práctica todas las medidas oportunas para ello. Se supone que el cierre del frente sur ha tenido éxito y que están en marcha abundantes efectivos que llegarán por aire. Se otorga amplia libertad de acción para el caso de que no se logre constituir una formación en erizo en el sur. La situación puede obligar a ceder Stalingrado y el frente norte con el fin de batir con todas las fuerzas disponibles al enemigo en el frente sur, entre el Don y el Volga.»
En pocas palabras: Paulus pretendía por encima de todo conservar el cerco... si es que era posible. En caso contrario pedía «libertad de acción» es decir, el permiso para seguir en dirección sudoeste abandonando con ello el cerco. Pero Hitler no quería esa «libertad de movimientos» y denegó el permiso correspondiente. Al día siguiente Paulus cablegrafió por la mañana al Grupo de Ejércitos: «Detengo el avance hacia el sudoeste... Por el momento es posible aún resistir, si bien a costa de numerosas bajas y grandes pérdidas en material.» El jefe del Grupo de Ejércitos Weichs era de la misma opinión. Cuando se dispuso a transmitir el mensaje al OKH (Mando supremo del Ejército), añadió por su cuenta: «No me parece posible un aprovisionamiento suficiente por el aire.»
No hubo respuesta.
Entrada ya la noche, a las doce menos cuarto Paulus envió directamente un nuevo mensaje al cuartel general del *Führer:* «Se termina la munición y el combustible. El ejército se aproxima al momento de su aniquilación si no se decide la reunificación de las fuerzas del sur y del oeste para atacar conjuntamente al enemigo y aniquilarlo. Para ello se necesitaría aquí el empleo de todas las divisiones de Stalingrado y efectivos más fuertes del frente norte. La consecuencia ineludible es el avance hacia el sudoeste. Se ha perdido muchísimo material, pero quedan con vida la mayor parte de los soldados y al menos una parte de los efectivos. Asumo la responsabilidad de esta información tan trascendental, con todas sus consecuencias, y me permito señalar que los comandantes, generales Heitz, von Seydlitz, Strecker, Hube y Jaenecke participan del mismo criterio sobre la situación. Ruego nuevamente que, dada la gravedad del momento, se me conceda libertad de maniobra.»
A la mañana siguiente llegó al Ejército 6 la respuesta de Hitler: El *Führer* ordenaba que todas las unidades situadas al oeste del Don se incorporasen al cerco y, literalmente, «se mantuviese a costa de todos los frentes del Volga y del Norte». Al tiempo prometía aprovisionamiento por aire.
La orden se interpretó inmediatamente como una condena de muerte dictada contra el Ejército 6. Según piensa la mayoría de los autores que han tratado el tema de Stalingrado, Paulus no debía haber obedecido la orden y tenía que haber sacado del cerco por su cuenta y riesgo al Ejército 6. Pero esta no era cuestión que se plantease Paulus en esos términos. De cómo valoró la situación un día después de que se completase el cerco de su ejército, el 24 de noviembre, habla un informe muy completo redactado por Coelestin von Zitzewitz, a la sazón comandante de Estado Mayor. Este oficial había sido enviado por el jefe del Estado Mayor, Zeitzler, con una unidad de transmisiones para que se incorporase al cerco como observador especial del Mando supremo del Ejército.
He aquí el informe de Zitzewitz: «El OB *(Generaloberst* Paulus) se aferraba a algo por lo demás muy claro: el ejército resistirá si se le dota de los elementos necesarios para ello, empezando por el combustible, munición y alimentos y si puede contarse con la llegada en un tiempo prudencial de tropas del exterior. Sin embargo opina también que un repliegue del Ejército 6 sería más útil, a la vista de la situación. El general insiste en que el Ejército 6 sería mucho más eficaz en el frente entre Vorónezh y Rostov que aquí, en el sector de Stalingrado. Por lo demás se lograría de paso disponer del ferrocarril, de la *Luftwaffe,* de toda la organización dedicada al aprovisionamiento de material, en provecho de la situación general.
Sin embargo había que dar por descontado que él no iba a decidir esto por sí mismo. Tampoco podía prever que no se cumplirían las condiciones relativas al envío de nuevas fuerzas y de más efectivos. Todo esto se lo comunicó el OB a sus generales, partidarios como él del repliegue, para darles al fin las órdenes oportunas para la prosecución de la defensa.»
Paulus no podía hacer otra cosa. Cuando más adelante se convenció de que no le llegaría una provisión suficiente por el aire era ya demasiado tarde para un repliegue del Ejército 6 por sus propios medios: las exiguas provisiones llegadas en avión únicamente bastaban para que el ejército resistiese, pero en modo alguno le permitían reemprender el ataque. Todo lo más hubiera podido atacar un corto tiempo, quizá a lo sumo hubiera conseguido acortar en pocos kilómetros la distancia entre él y un posible ejército de refresco en marcha hacia el cerco.
Los hombres de Stalingrado seguían confiando en que llegaría este socorro; confiaban en un hombre, en el general von Manstein, que había asumido el 26 de noviembre el mando supremo sobre el recién formado Grupo de Ejércitos del Don, al que pertenecía el cercado Ejército 6, el batido Ejército 6 rumano, el grupo operativo de Hollidt y la agrupación de Hoth.
Manstein envió un telegrama a Paulus con este texto: «Haremos todo lo posible para sacarle de ahí». Y, efectivamente, hizo lo que pudo: en ello empleó 16 días, hasta que se estabilizó la situación general, hasta que pudo retirar de Francia dos divisiones acorazadas completamente frescas. Después, el 12 de diciembre, Manstein lograría recuperar a Hoth. La cosa iba bien.
Por su parte, Eremenko concentró todas sus fuerzas contra la otra parte de la vanguardia de Hoth; Stalin envió también el Ejército 2 Guardias, pero una semana después, el 20 de diciembre, Hoth lograba cruzar el Miskova por Vasilievka y se situaba a 50 kilómetros solamente del flanco sur del cerco. Tras las tropas en combate avanzaban columnas con 3000 toneladas de alimentos y munición, más que suficientes para reactivar la capacidad de lucha de los hombres del Ejército 6, en el caso de que el transporte rindiese viaje con éxito.
Pero ese transporte jamás llegó a Stalingrado porque el 16 de diciembre alcanzaban el Don medio tres ejércitos soviéticos y entraban inmediatamente en combate. Tras arrollar al Ejército 8 italiano, que mantenía el frente en este sector del río, siguieron hacia el sur, en dirección a Rostov. No había nada capaz de detenerlos.

Manstein se encontraba ante una grave decisión: si los rusos llegaban hasta Rostov todo el Grupo de Ejércitos del Don quedaría seccionado y no sólo él; también el Grupo de Ejércitos A (Kleist), que operaba en el Cáucaso. Ya no se trataba de salvar a 200.000 hombres sino de librar de la derrota a millón y medio de soldados. A Manstein no le quedaba otro remedio que enviar hacia el bajo Chir a la 6.ª *Panzerdivision,* la mejor unidad de Hoth, con el fin de detener el golpe mortal que asestarían los soviéticos sobre Rostov para levantar el bloqueo.

Sin embargo, esto significaba que en la medida en que Hoth operaba en otra dirección, disminuían las posibilidades de llegar hasta Stalingrado. En consecuencia, con ello se ratificaba la sentencia de muerte contra el Ejército 6.

El 9 de enero los rusos ofrecieron unas condiciones honrosas como estímulo de una capitulación. Paulus rehusó aceptarlas. Creía en lo que se le había prometido desde el cuartel general del *Führer* y en el Grupo de Ejércitos: el Ejército 6 mantiene en combate a varios ejércitos soviéticos y así protege al ala sur del frente oriental, que está amenazada.

Al día siguiente comenzaba la ofensiva rusa. El principal objetivo era el aeródromo de Pitomnik. En él tomaban tierra los *Ju 52* con munición, combustible, alimentos. Esta carga era trasladada luego por la estepa nevada hasta los puestos de combate, los almacenes de emergencia, los subterráneos y las trincheras cubiertas con simples lonas. El camino por el que se transportaban estas vituallas era reconocible por estar flanqueado de vehículos destrozados y cadáveres de caballos congelados. Cargados con los heridos los aparatos volvían a elevarse.

El aprovisionamiento desde el aire, que nunca fue suficiente, empeoró aún más cuando se perdió el aeródromo de Pitomnik el 16 de enero. Ahora ya sólo quedaba en servicio el pequeño campo de aviación de Gumrak y, cuando los rusos conquistaron también éste, todos los cargamentos habían de ser lanzados a tierra en paracaídas. La visibilidad era muy mala y los pilotos apenas podían distinguir el trazado del suelo por las señales colocadas. En ocasiones los pilotos distinguían estas marcas, pero resultaba que eran falsas: los rusos habían aprendido a copiar las indicaciones de los alemanes. Así los bombarderos lanzaban su pan y su munición, no sobre el Ejército 6 sino sobre el enemigo; sobre los Ejércitos 62 y 21 soviéticos.

El cerco era cada vez más estrecho. Paulus trasladó entonces su cuartel general desde el aeródromo de Gumrak hasta los sótanos de los almacenes Univermag, en la Plaza Roja. Como cinco meses atrás, las ruinas del centro de la ciudad volvían a ser escenario de enfrentamientos armados; sólo que ahora los alemanes se hallaban en las ruinas y los rusos trataban de penetrar desde fuera. El 24 de enero se anunciaba al Grupo de Ejércitos del Don, mandado por Manstein:

«Ataques de extremada dureza contra todo el frente occidental que trata de constituirse en erizo en Gorodishche desde el 24 por la mañana, mientras se repliega hacia el este con el fin de hacerse fuerte en una factoría de tractores. En el sur de Stalingrado el frente occidental resistió hasta las 16 horas, en los suburbios de la ciudad, en la línea 45,8 oeste y sur. En este sector se produjeron invasiones parciales. Los frentes del Volga y del norte permanecen inalterados. La situación en las zonas más estrechas de la ciudad es de lo más sombrío: unos 20.000 heridos se arrastran sin atención alguna por las ruinas de las casas en busca de protección. Por todas partes se ven también cadáveres de soldados que han muerto de hambre o de frío o que han sido destrozados por la metralla, casi siempre sin armas, perdidas durante el combate. En todos los puntos de la ciudad el fuego de la artillería es muy intenso.»

Hitler ordena la caída

Paulus pide a Hitler autorización para capitular. Hitler responde: «Prohibo la capitulación».

Desde mediados de septiembre las órdenes del *Führer* en relación con Stalingrado carecían de toda lógica militar. La ciudad había dejado de ser un centro industrial y un punto neurálgico. Ahora no pasaba de ser un montón de cascotes cuya posesión no significaba nada para nadie. Pero conservaba su carácter de símbolo. Era la ciudad de Stalin, la antigua Zarizyn que Stalin había conquistado en 1918 como comisario de guerra bolchevique en confrontación con el general zarista Denikin; la ciudad que se había convertido en Stalingrado en 1925.

Por esta razón Stalin ordenó defender «su» ciudad a cualquier precio contra el ocupante alemán. Por el mismo motivo Hitler trató de conquistarla a costa de lo que fuese. Y, finalmente, por la misma razón los rusos concentraron en torno a Stalingrado tantas tropas como fue posible para expulsar de ella a los conquistadores alemanes.

Ahora, Hitler exigía el aniquilamiento, el sacrificio supremo de la «fortaleza» de Stalingrado, convertida en un campo de ruinas repleto de soldados medio muertos de hambre, que cargaban sus cañones con las últimas granadas y desesperaban de que pudiesen llegar tropas de refresco a la vista de que el mismo aprovisionamiento aéreo había fracasado.

Su criterio, el de Hitler, no se movía ya entre esquemas militares. Ahora su imaginación había quedado ya presa de heroicas imágenes históricas, como dominada por un efecto mágico. La lucha en las Termópilas había abierto las puertas de la historia al rey espartano Leónidas y a sus trescientos soldados, que terminaron sucumbiendo ante los persas. Leónidas rehusó replegarse cuando supo que el enemigo había encontrado un camino para atacarle por la espalda. Paulus era el nuevo Leónidas; los soldados del Ejército 6, los nuevos espartanos; Stalingrado, las Termópilas.

«Resistencia heroica hasta el último soldado», mandó comunicar Hitler a Paulus. El 30 de enero le ascendería al grado de *Feldmariscal.* Al tiempo comentó a Keitel: «En la historia de la guerra no se registra ni un caso de un mariscal de campo que haya aceptado caer prisionero.»

Por eso su furor fue indescriptible cuando se enteró que, al día siguiente, Paulus había ordenado a sus comandantes que capitulasen y él mismo se dispuso a entregarse a los rusos. «Se han entregado de un modo absolutamente antirreglamentario –bramó Hitler–. Tenían que haberse matado, como hacían antiguamente los héroes militares, que se arrojaban sobre su propia espada al ver que habían perdido su causa».

Hitler dedujo una sola y grotesca consecuencia de la caída del Ejército 6: «En esta guerra no volveré a ascender a nadie al grado de *Feldmariscal.*»

El 2 de febrero desapareció el último vestigio de resistencia en Stalingrado. Algunos pequeños grupos de combatientes habían intentado previamente huir del cerco. Los pilotos alemanes los habían divisado, tratando de cruzar la estepa. De todos ellos tan sólo logró alcanzar las líneas alemanas un soldado: el suboficial Nieweg.

De los 230.000 combatientes que integraban originariamente el Ejército 6, 16.800 habían caído ya con anterioridad prisioneros de los rusos, y 42.000 habían sido trasladados como heridos, enfermos o especialistas que el ejército no quería sacrificar inútilmente.

80.500 yacían en el campo, muertos o gravemente heridos, abandonados a su propio destino. 91.000 pasaron a los campos de concentración soviéticos, de los que apenas regresarían 6000.

En el próximo capítulo:

El repliegue del Ejército del Cáucaso – Evacuación de Demiansk – El último ataque: la batalla del saliente de Kursk.

HASTA LA ULTIMA GOTA DE SANGRE

Apoteosis del Ejército Rojo: fragmento del cuadro «Los 33 soldados de la unidad contracarros», obra de I. E. Yevstigneiev.

A la victoria de Stalingrado contribuyeron no poco las reformas introducidas en el Ejército Rojo durante el verano de 1942. Los principios revolucionarios perdieron peso. Todo se orientó hacia un objetivo: ensalzar la figura del soldado y despertar su amor a la patria.

Tras la caída de Rostov se aplicaron medidas rigurosas en el Ejército Rojo. En determinados casos de insubordinación o de cobardía se dictaban ejecuciones sumarias inapelables. Una oleada de propaganda incidía sobre el honor personal y la fidelidad del soldado y del oficial a su regimiento. Un propagandista entusiasta opinaba que incluso si un regimiento se replegaba por orden superior, caía sobre el honor del mismo una mancha. Pero lo que más decepcionaba a los soldados era, seguramente, que su país estaba desilusionado de su propio ejército; estaba descontento de él. Los comisarios políticos recibieron la orden de hacer circular aquellas cartas de familiares de soldados en las que se insertaban quejas contra la actuación del ejército.

Entre las reformas introducidas tras la derrota de Rostov se incluía, por otra parte, la revalorización de la figura del oficial en el seno del Ejército Rojo. En consecuencia se crearon nuevas condecoraciones que sólo estaban destinadas a la oficialidad: las encomiendas de Suvorov, Kutusov y Alexander Nevski, llamadas así en recuerdo de glorias pasadas (1).

Cuando la batalla de Stalingrado alcanzaba su punto culminante volvieron a aparecer las charreteras y los galones dorados en los uniformes de los oficiales; charreteras iguales a las que, en 1917, los soldados arrancaron de los hombros a sus oficiales de entonces. La introducción de las charreteras se convirtió igualmente en una especie de gratificación colectiva para la casta de los oficiales rusos. Los galones indicaban que en el Ejército Rojo se introducía el «profesionalismo» y con ello dejaba de ser un ejército revolucionario. Se acercaba el tiempo en que el Ejército Rojo habría de convertirse en el mayor ejército nacional de Europa, con un papel preponderante, hasta parecía que no se daba abasto para igualar a sus oficiales a efectos de medallas y distintivos con sus colegas británicos y americanos, por no hablar de los alemanes. Desde el punto de vista psicológico es significativo que los galones dorados apareciesen de nuevo durante la batalla de Stalingrado y no antes: en plena retirada no hubiesen entonado muy bien aquellos brillantes uniformes.

El 30 de julio, día en que se produjo la decisión de Stalin —«Ni un paso más hacia atrás»— el diario «Pravda» estrenaba nuevo tono: «Nuestra victoria está condicionada al mantenimiento de una disciplina férrea y de la sangre fría. Soldados soviéticos... Nuestra patria soviética es grande y rica. Pero no se puede imaginar nada peor que el abandono de un trozo de tierra tan grande como una pisada sin haber hecho todo lo posible por defenderlo; nada tan vergonzoso como la evacuación de esta o aquella ciudad sin haber combatido hasta verter la última gota de sangre. ¡El enemigo no es tan fuerte como aseguran quienes difunden el pánico!» Sin duda alguna, ciertos comisarios fueron demasiado lejos dentro del Ejército Rojo al aplicar las nuevas normas sumarísimas que determinaban el comportamiento a seguir con los traidores y cobardes. En este sentido se publicó el 9 de agosto de aquel año un artículo en las páginas del «Estrella Roja», según el cual había que distinguir entre los cobardes por naturaleza y los soldados que perdían los nervios en un momento concreto y pasajeramente: «Por supuesto que todo soldado que no cumple con lo ordenado por sus superiores comete una falta grave. Pero, con todo, es misión primordial del comisario la de analizar aquellos factores que expliquen por qué se ha producido ese incumplimiento. Su arma primordial es la agitación política, la fuerza convictiva del bolchevismo.»

En este párrafo de importancia histórica se refleja el conflicto permanente entre oficiales y comisarios. Éstos, en general mucho más duros y brutales que los oficiales, decidieron represiones extremadamente implacables que la oficialidad no aprobó. En el «Estrella Roja» se afirmaba con absoluta claridad que aplicar castigos no era cometido primordial del comisario, ni siquiera competencia suya: era algo que correspondía más bien a los jefes del ejército. El comisario debía limitarse a agitar y convencer. Este precedente tuvo como efecto lógico la restauración, el 9 de octubre, de la «competencia indiscutible» de la oficialidad, por un decreto del presidium del Soviet Supremo que disolvía el cuerpo de comisarios políticos en el seno del Ejército Rojo.

---

(1) Alexander Nevski acaudilló las tropas rusas en la batalla del lago Peipus (1241) contra las órdenes militares alemanas; Alexander Suvorov, general de Catalina II, fue el autor de «Teoría de la victoria» (1800), libro de táctica militar fundamental para la infantería soviética de la época; Mijail Kutusov infligió a Napoleón las derrotas de Borodino y Smolensk (1812).

Tomado del libro de Alexander Werth: «Rußland im Krieg 1941-1945» Verlag Droemer-Knaur, Munich/Zurich 1965

CRONICA

POLITICA

CUESTIONES MILITARES

CULTURA Y TECNICA

1943

2. 9.: Dos nuevos decretos de Hitler. Por el primero se decide la concentración de la economía de guerra y se amplían las competencias del Ministerio de Albert Speer, que en lo sucesivo se llamará «Ministerio del Reich para Armamento y Producción de guerra». Por el segundo se altera la estructura de la «Organización Todt», que a partir de ahora «queda inmediatamente supeditada a Hitler, único responsable máximo de ella».

Un «bunker» construido en la Muralla del Atlántico por la organización Todt.

12. 9.: Hitler ordena rescatar a Mussolini, internado en el hotel de montaña del Gran Sasso (Abruzzos), y trasladarlo a Alemania. Dirigió la operación el coronel Kurt Student, cuyos cazadores paracaidistas tomaron tierra en el macizo montañoso con sus aviones veleros. Un comentario de Hitler a su servidor Linge: «Si tiene éxito esta aventura, caerá en el mundo como una bomba, sobre todo en Inglaterra. Esta operación revelará a los británicos que jamás dejo olvidado a un amigo y que soy un hombre de honor. Que mantengo mi palabra. Inglaterra tendrá que decir: 'Era un amigo verdadero'».

14.-18. 9.: Mussolini, que fue trasladado a Alemania desde el Gran Sasso por Viena y Munich, llega al aeródromo de Rastenburg. Encuentro con Hitler.

15. 9.: Se forma en el norte de Italia un Gobierno «republicano-fascista», presidido por Mussolini.

20. 9.: El Ejército 8 británico toma la ciudad de Bari, sede del Gobierno monárquico italiano de Badoglio, que había huido de Roma.

27. 9.: Honras fúnebres en la Cancillería del Reich en memoria del «Gauleiter» Wilhelm Kube. El comisario del Reich para Rutenia occidental había perecido en un atentado perpetrado mediante una bomba.

3. 10.: Palabras de Goebbels en el Palacio de los Deportes berlinés: «El pueblo ganará la guerra con una precisión matemática, porque en ello se ha empeñado toda la fuerza popular y permanece la determinación de no entregar a nadie a costa de su honor o de su libertad.»

6. 10.: Martin Bormann preside una asamblea de jefes del Reich y de los distintos «Gau». Hitler recibirá a los participantes en su cuartel general «Wolfsschanze» («Guarida del lobo») el 7. 10.

13. 10.: El Gobierno italiano de Badoglio declara la guerra a Alemania.

3. 9.: Conversación de Hitler con los mariscales von Manstein y von Kluge en la «Guarida del lobo». Estos piden más tropas, pero Hitler las deniega apoyándose en que «no se pueden retirar más soldados ni de los distintos frentes ni del Grupo de Ejércitos Norte.»

3. 9.: El Ejército 8 de Montgomery desembarca en Calabria.

7. 9.-9. 10.: El Ejército 17 alemán evacua la cabeza de puente de Kuban y traslada a 200.000 hombres, cañones y otro material a Crimea.

8. 9.: El general Eisenhower da a conocer el armisticio con Italia. Medidas alemanas de réplica: ocupación de Roma, desarme del Ejército italiano y cautiverio parcial de las tropas establecidas en la propia Italia y en los Balcanes.

8. 9.: Durante su última visita a un Grupo de Ejércitos en el frente oriental, Hitler comprueba el repliegue del ala meridional del Grupo de Ejércitos Sur hasta la posición «Panther».

9. 9.: Los partisanos de Tito se adueñan de gran cantidad de armas y de munición entregadas por los italianos que capitulan en Dalmacia.

9. 9.: Desembarco del Ejército 5 estadounidense cerca de Salerno, en el Sur de Italia.

21. 9.: El «Frente central» soviético, de 80 km de anchura, logra cruzar el Dnieper y penetra en la posición «Panther», recién construida por los alemanes.

22. 9.: Durante los cruentos bombardeos británicos contra Hannover caen sobre la ciudad 2357 t de bombas. Los ataques se repetirían el 27. 9 y el 8 y el 18 del 10. Como consecuencia cientos de miles de personas quedarían sin techo.

24. 9.: El Grupo de Ejércitos Centro entrega Smolensk.

1. 10.: Las tropas aliadas angloamericanas entran en Nápoles.

3. 10.: Los británicos bombardean Kassel. En otro ataque efectuado el 22. 10 la ciudad resultó especialmente dañada, sobre todo por efecto de las bombas incendiarias lanzadas por los ingleses.

4. 10.: Hitler se propone defender Italia hasta la línea Gaeta-Ortona.

9. 10.: 378 bombarderos norteamericanos atacan Gdynia, Danzig y las fábricas de aviones de guerra de Marienburg y Anklam.

14. 10.: Durante un ataque diurno de la 8 USAAF contra Schweinfurt, 77 aparatos de un total de 291 fueron destruidos y 121 resultaron dañados. Crisis de otoño de los ataques diurnos americanos.

22. 10.: Se forma en Italia la 15 USAAF destinada a la organización de la guerra en el Sur.

24. 10.: Tropas soviéticas logran cruzar hasta Dniepropetrovsk. La defensa alemana del Dnieper se limita a 150 km.

28. 10.: La evacuación de Crimea, ya ordenada, queda detenida por Hitler. El «Führer» ordena ahora al Ejército 17 que defienda Crimea.

1. 9.-31. 10.: Submarinos alemanes hunden en el Atlántico, mar del Norte, Mediterráneo y océano Índico, un total de 43 mercantes aliados por un total de 189.019 t de registro bruto.

5. 9.: Erich Wied gana delante de su hermano gemelo Theo, segundo clasificado, el 12.° torneo de gimnasia alemán celebrado en Augsburgo. En el octavo certamen para damas ganó por quinta vez Irma Walther-Dumbsky.

11. 9.: El teniente general Friedrich Hossbach, comandante de la División de Infantería 31 de Baja Sajonia, es distinguido por Hitler con la Cruz de caballero de la Cruz de Hierro, siendo el 298.° soldado galardonado con tal encomienda.

12. 9.: El primer «Domingo de cuestaciones» de la obra social Auxilio de Invierno correspondiente a 1943/44, terminó con una recaudación que, según cifras oficiales, se elevó a 55.241.995,05 marcos.

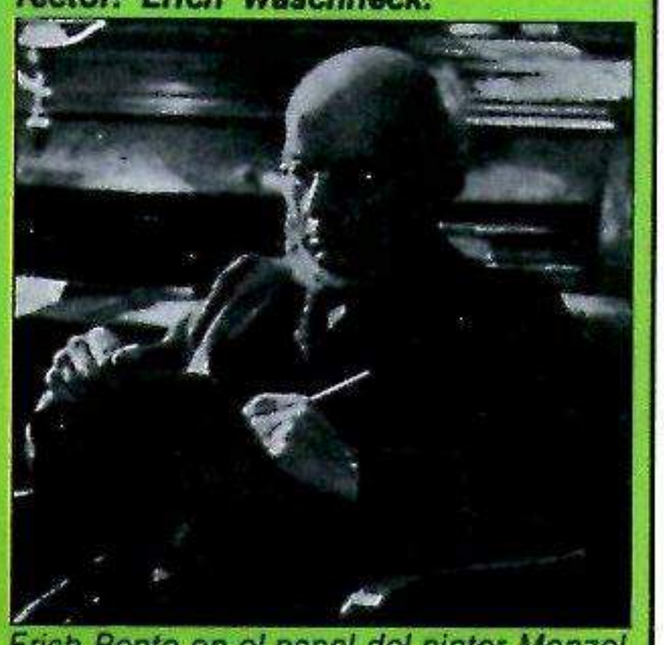
15. 9.: Hitler recibe en su cuartel general al «Hauptsturmführer» de las «Waffen SS» y del servicio de seguridad (SD) Otto Skorzeny, y le condecora con la Cruz de Hierro para premiar la liberación de Mussolini. Himmler lo asciende a «Sturmbannführer» de las SS.

24. 9.: El «Obersturmführer» Ernst Jachtmann (Berlín) establece un nuevo récord mundial de permanencia en el aire en vuelo sin motor al lograr una marca de 55 h, 52', 50''.

4. 10.: Estreno de la película «Grossstadtmelodie» («Melodía de la gran ciudad»), con Hilde Krahl, Werner Hinz y otros. Crítica: de especiales valores artísticos.

8. 10.: Avild Hamsun, el hijo más joven del escritor noruego Knut Hamsun, recibe la Cruz de Hierro de segunda clase en premio a su «valiente comportamiento en el frente oriental» luchando en las filas de las «Waffen SS».

27. 10.: Estreno de la película «Las dos hermanas», con Erich Ponto. Director: Erich Waschneck.



Erich Ponto en el papel del pintor Menzel en la película de Waschneck «Las dos hermanas».

31. 10.: En el campeonato alemán de fútbol resulta campeón el Vienna de la capital austriaca al vencer al Luftwaffe-SV de Hamburgo por 3 a 2 en el estadio Adolf Hitler de Stuttgart. El gol de la victoria fue marcado en la prórroga.

Habla Hitler

Cuartel general del «Führer» («Guarida del Lobo»), en Rastenburg, 1-II-1943.
Durante la sobremesa, Hitler bramó contra el «Feldmariscal» Paulus, que un día antes había claudicado en Stalingrado. Hitler se expansionaba con un grupo muy reducido de incondicionales y saltaba sin cesar de un tema a otro. Sus palabras no trascendieron entonces a la opinión pública. Aquí reproducimos lo que comentó entonces el dictador en torno al tema de Stalingrado en una de aquellas tertulias sobre la situación de la guerra.

No queda sino dispararse

El «Führer»:
Se han entregado con absoluta premeditación. Si no, no entiendo cómo no se han reagrupado y han formado un núcleo en erizo hasta caer el último hombre disparándose el último tiro de su pistola. Si uno se imagina que una mujer tiene el orgullo suficiente para marcharse cuando oye un par de palabras impertinentes, encerrarse en su cuarto y pegarse un tiro[1]*, ¿cómo voy a tener consideración para con un soldado que se aterroriza ante esta posibilidad y prefiere caer prisionero?*
(...)
¡Con lo fácil que es hacerlo! La pistola... Pero si es facilísimo. ¡Qué cobardía más grande arredrarse ante esto!
¡Ah, no! ¡Mejor ser enterrado vivo! Incluso en una situación tal que cualquiera sabe que la muerte es la condición indispensable para la defensa de la siguiente posición cercada. Porque si él da este ejemplo no puede esperarse que los hombres continúen luchando.
Zeitzler[2]: *Luego no hay excusa que valga. Es decir, tenía que haberse pegado un tiro cuando notase que empezaban a flaquear sus nervios.*
El «Führer»: *Si los nervios no aguantan no queda otra solución que decirse no puedo más, y dispararse un tiro. Luego se dirá de él que se ha matado como hacían los antiguos héroes militares, que se arrojaban sobre la punta de su propia espada cuando veían que las cosas estaban perdidas. Esto es evidente. Incluso Varo*[3] *ordenó a su esclavo que lo matase en el acto.*
(...)
En esta guerra nadie más será nombrado «Feldmariscal». Lo haremos cuando acabe la contienda. No hay que alabar demasiado el día hasta que no cae la noche.
Zeitzler: *Se estaba tan convencido del final, que su última voluntad...*
El «Führer»: *Que todo iba a terminar heroicamente, era una impresión general.*
Zeitzler: *No cabía imaginar otra cosa.*
(...)
El «Führer»: *Hemos de buscar gente más valiente, más audaz, que esté dispuesta a poner en juego su vida como cualquier soldado. ¿Qué significa ese «vida»? Significa «pueblo». El individuo debe morir. Lo que perdura sobre él, eso es el pueblo.*
Pero, ¡qué miedo debe sentirse en ese momento decisivo en el que uno se dispone a liberarse de la aflicción si no se ha cumplido con el propio deber en este valle de lágrimas! ¿No es así?
(...)
Cuando me enteré de esto a las dos y media de la madrugada –me había acostado temprano– hice venir a mi ayudante[4] *a toda prisa para que me confirmase si se había dado o no la noticia por la radio. Los rusos la habían transmitido ya: el mariscal Paulus y todo su Estado Mayor habían caído prisioneros. Todos ellos se habían entregado. En aquel momento los rusos proseguían su avance...*
Zeitzler: *Yo ya lo había presentido. Pensé que infligirían toda suerte de vejaciones a su cadáver... Pero lo que ha ocurrido es infinitamente peor.*
El «Führer»: *Verán cómo oímos su voz a no tardar a través de los receptores de radio. Seydlitz*[5] *y Schmidt*[6] *hablarán a los alemanes por radio, seguro. Los tendrán un par de días encerrados en el cuarto de las ratas y luego vaya si hablarán.*
(...)
De todas formas habría que tener en cuenta que el Estado Mayor ha luchado hasta el final y que, sólo cuando todos los oficiales estaban heridos y reducidos por la fuerza, han sucumbido ante el enemigo y han ido al cautiverio.
Zeitzler: *Con toda seguridad es lo que ha hecho la mayoría de los oficiales del mando.*
El «Führer»: *Hay que hacer correr que no fue una capitulación sino una imposición.*
Zeitzler: *Podríamos difundir para que se publicase que los rusos tratarán de presentar otra versión de los hechos diferente de la que dimos a la prensa internacional.*
El «Führer»: *Se puede decir que desde hacía meses no habían podido recibir ningún avituallamiento y que los rusos han logrado apoderarse de algunos.*
Zeitzler: *Creo que esta táctica sería la adecuada.*
(...)
El «Führer»: *Quisiera decirle algo: no comprendo a un hombre como Paulus que no prefiere la muerte. El heroísmo de tantos miles de personas, oficiales y generales ha quedado reducido a la nada por este hombre.*
(...)
Personalmente, me duele sobre todo el que haya sido yo quien lo ha ascendido a «Feldmariscal». Me había propuesto proporcionarle esta última satisfacción. Pero será el último «Feldmariscal» que cree durante esta guerra.
No logro entender todo esto.
(...)
Ha sido necesario que mueran muchos hombres para que luego este individuo emponzoñe el heroísmo de tantos otros, y esto en el último minuto. Podría haberse liberado de todos los padecimientos y entrar en la inmortalidad, en la eternidad de la patria, pero ha preferido ir a Moscú. Vaya una elección. Desde luego ha sido una elección infernal.
Jodl[7]: *Por esta razón tengo serias dudas.*
(...)
El «Führer»: *Nada, ya lo verán: acabará por hablar personalmente por la radio. Le oirán a no tardar. Todos estos individuos acaban hablando por la radio. Estimulará a la gente que permanece cercada a que se entreguen para decir a continuación las cosas de costumbre sobre la «Wehrmacht» alemana.*

---

1 *Parece que se refiere a una secretaria de Göring, la cual, a finales de 1942 se había suicidado tras una recriminación especialmente ofensiva por parte del mariscal del Aire. La secretaria fue sepultada con honores de Estado.*
2 *Kurt Z., general de Infantería y jefe del Estado Mayor del Ejército.*
3 *Publio Quintilio Varo, general romano y gobernador de Germania. Sufrió una derrota aniquiladora en los bosques de Teutoburgo en lucha contra los germanos, mandados por Arminio el Querusco. Las tres legiones romanas de Varo quedaron aniquiladas. La batalla se sitúa en el año 9 después de Cristo.*
4 *Karl Jesco von Puttkamer, capitán de la Marina y ayudante de la «Wehrmacht» ante el «Führer».*
5 *Walter von S. Kurzbach. General de Artillería y comandante del Cuerpo de Ejército LI. Sufrió cautiverio junto con Paulus. En septiembre de 1943 fundó la «Asociación de Oficiales Alemanes», entidad que colaboró con los soviéticos.*
6 *Arthur Sch., general de División y jefe del Estado Mayor del Ejército 6. En contra de lo que Hitler suponía, no trabajó con los soviéticos durante su cautiverio.*
7 *Alfred J., general de Artillería y jefe del Estado Mayor de la «Wehrmacht» en el OKW.*

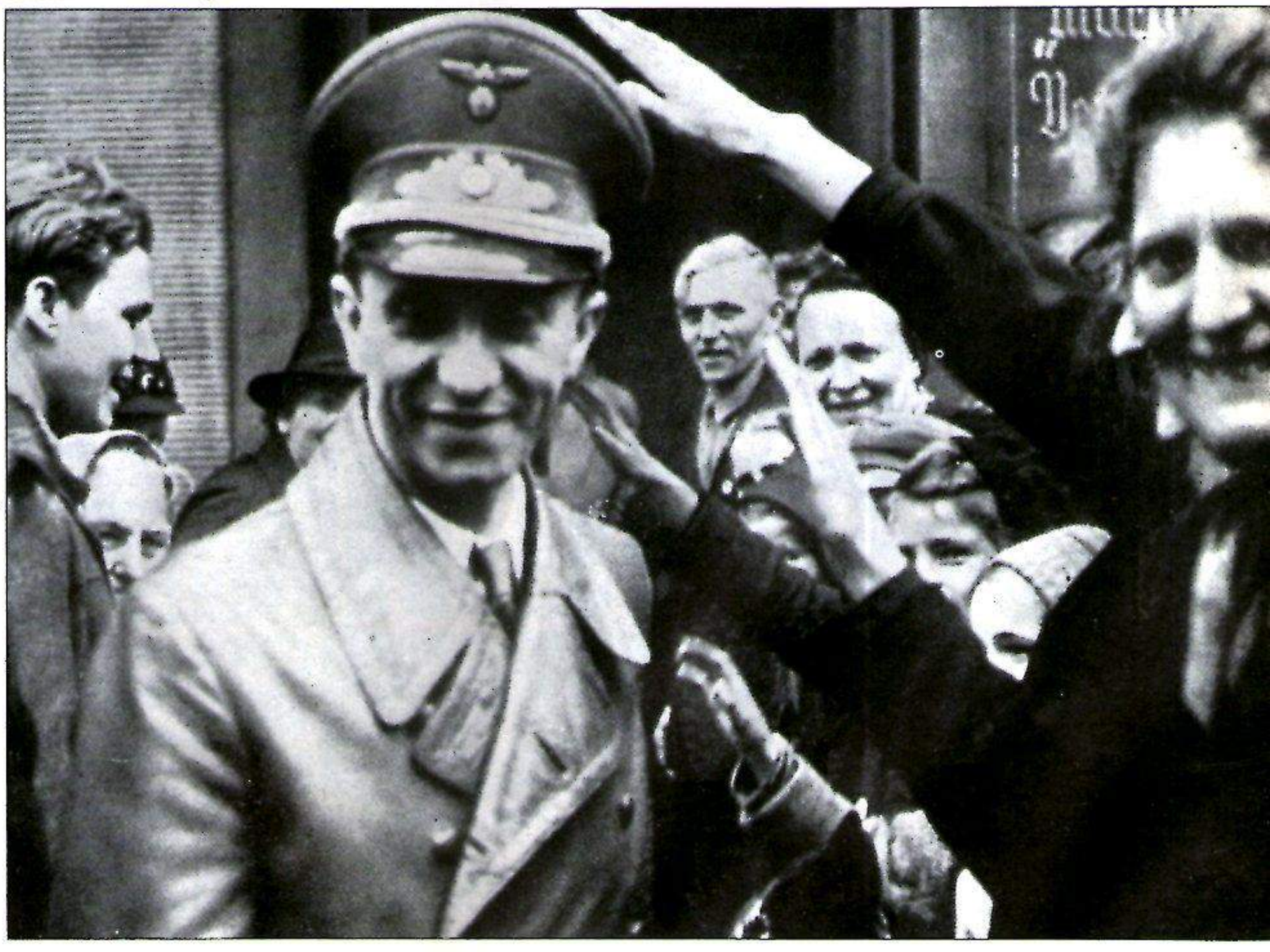
EL HUMOR EN EL TERCER REICH

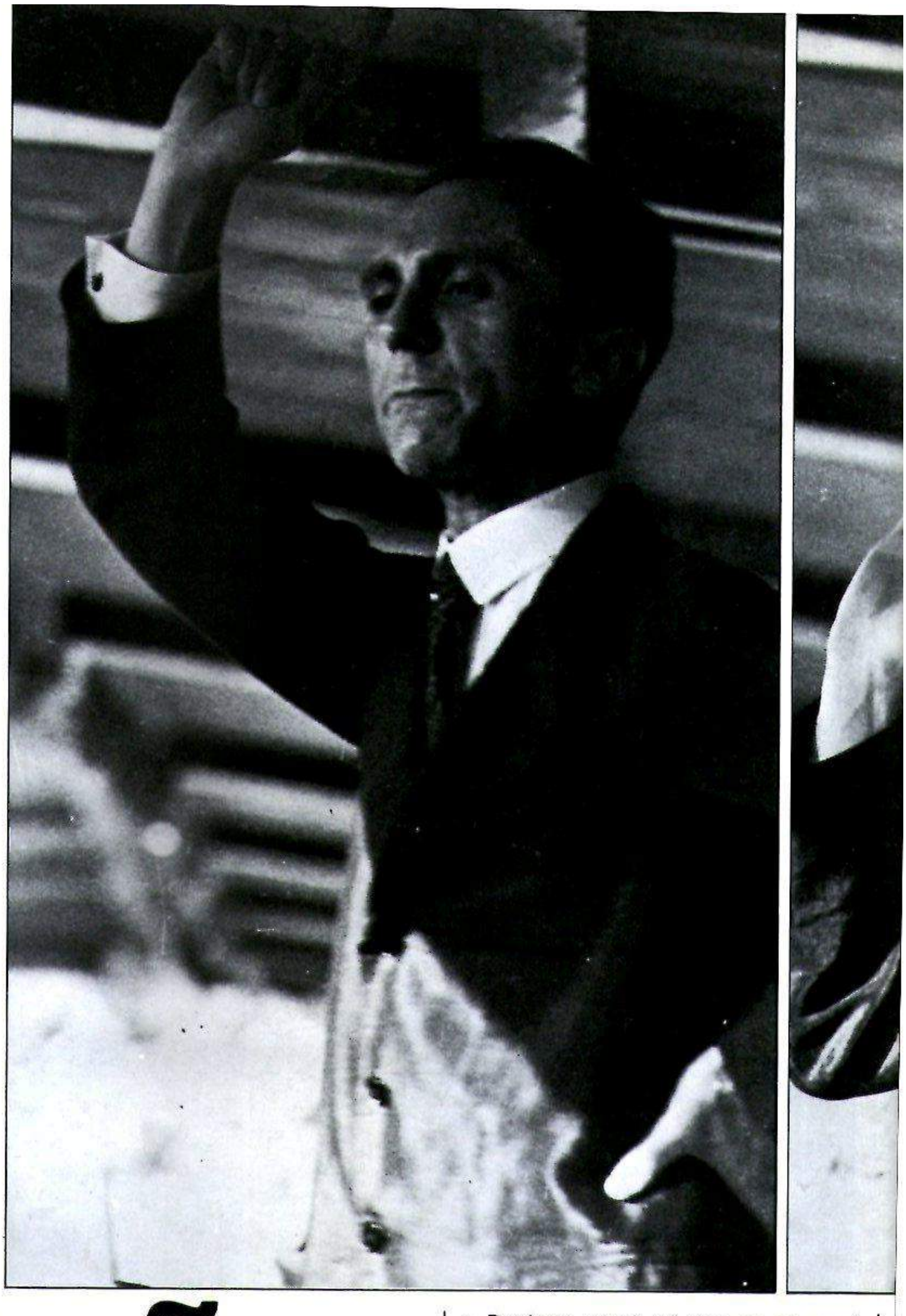
5

Hitler aparece en el suelo, maltrecho, sin haber logrado producirle al ruso ni el menor rasguño. La caricatura procede de una baraja americana difundida en los Estados Unidos a raiz del desenlace de la campaña militar alemana en la Unión Soviética.

Arriba: Stuttgart en 1933, durante los campeonatos alemanes de gimnasia. En la tribuna de honor: Joseph Goebbels, Franz von Papen –a la izquierda del abanderado– y, en primer término, el jefe de deportes del Reich, von Tschammer. Ya en los llamados «años de lucha» Goebbels reconocía en Hitler «el único 'Führer' con el que se podía conquistar el mundo». Nombrado inmediatamente después de la toma del poder ministro de Propaganda, supo ser fiel a este «Führer» hasta el trágico final.

A la derecha: «¡Este pueblo no se deja someter! El ministro del Reich Dr. Goebbels entre los damnificados por los bombardeos, en Essen, tras realizar una visita a una gran cocina popular». (Texto original de 1943)





Con toda razón aseguraba Goebbels de sí mismo que podía jugar con la psicología popular como con las teclas de un piano. Mímica, gesto y retórica formaban en Goebbels una unidad.

Agachado a los pies de la estatua de Rolando, un hombrecillo blande un revólver y grita: '¡Espera un poco, tú, cerdo!' Y dispara a través de la calle sobre un enemigo desconocido. Salta una farola hecha añicos. Los cristales golpean el asfalto. Fabian le preguntó:

»–¿Por qué dispara usted sentado?

»–Porque me han herido en la rodilla –murmuró el hombre–. Allí enfrente, en la taberna. El tipo estaba pintando una cruz gamada en el mantel. Yo le dije algo. El me respondió. Le di una bofetada. El tabernero nos echó a los dos a la calle. El tipo vino siguiéndome e insultando a la Internacional. Me volví y disparó.

»De pronto alguien gritó–: ¡Eh!

»Fabian buscó al que llamaba. Yacía en tierra, apoyado en los codos, las manos en las nalgas.

»–¿Qué le pasa a usted?

»–Yo soy el otro. También estoy herido.

Fabian no pudo por menos de reir. Al otro lado de las tapias el eco parecía reir con él.

Harald Steffahn

EL ARTE DE ENGAÑAR A LAS MASAS

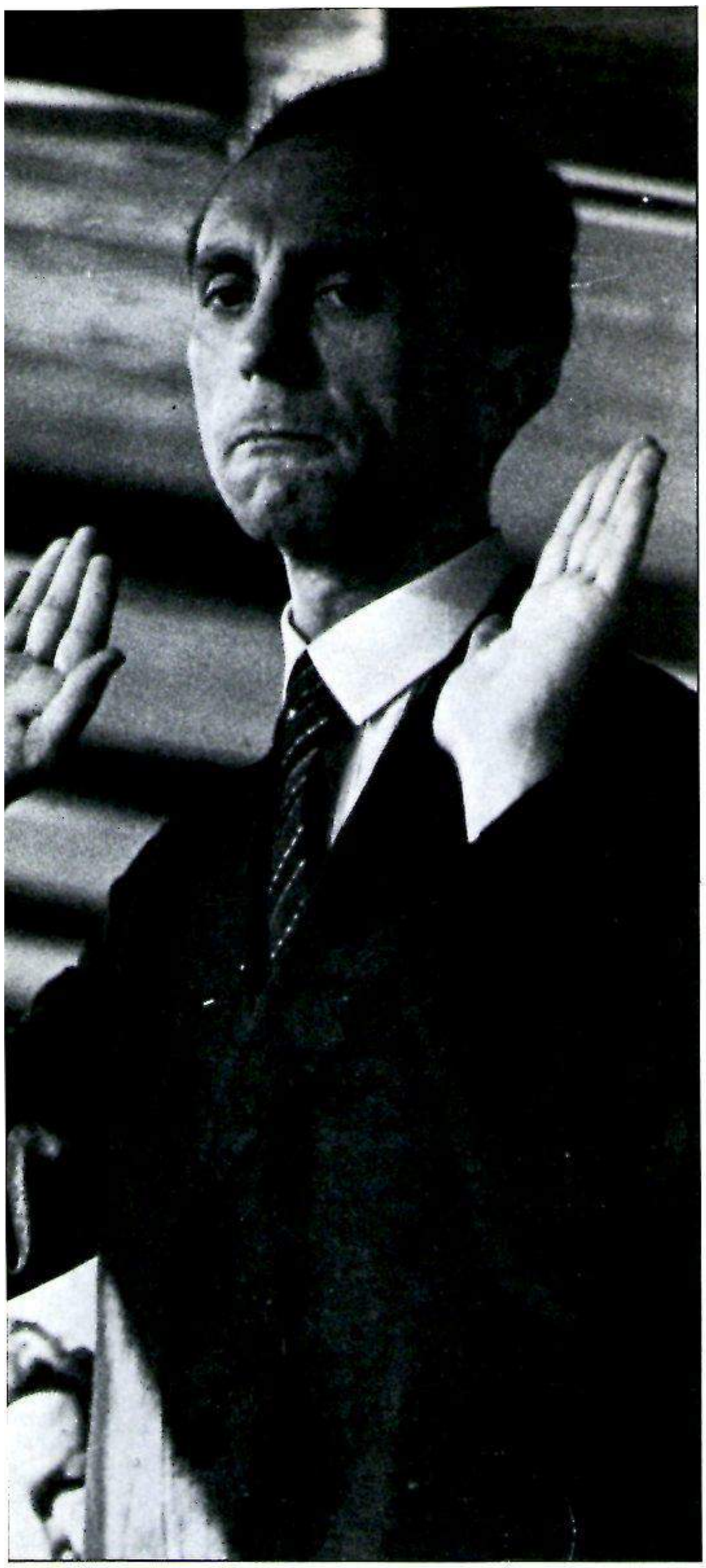
Biografía de Joseph Goebbels, 2ª parte

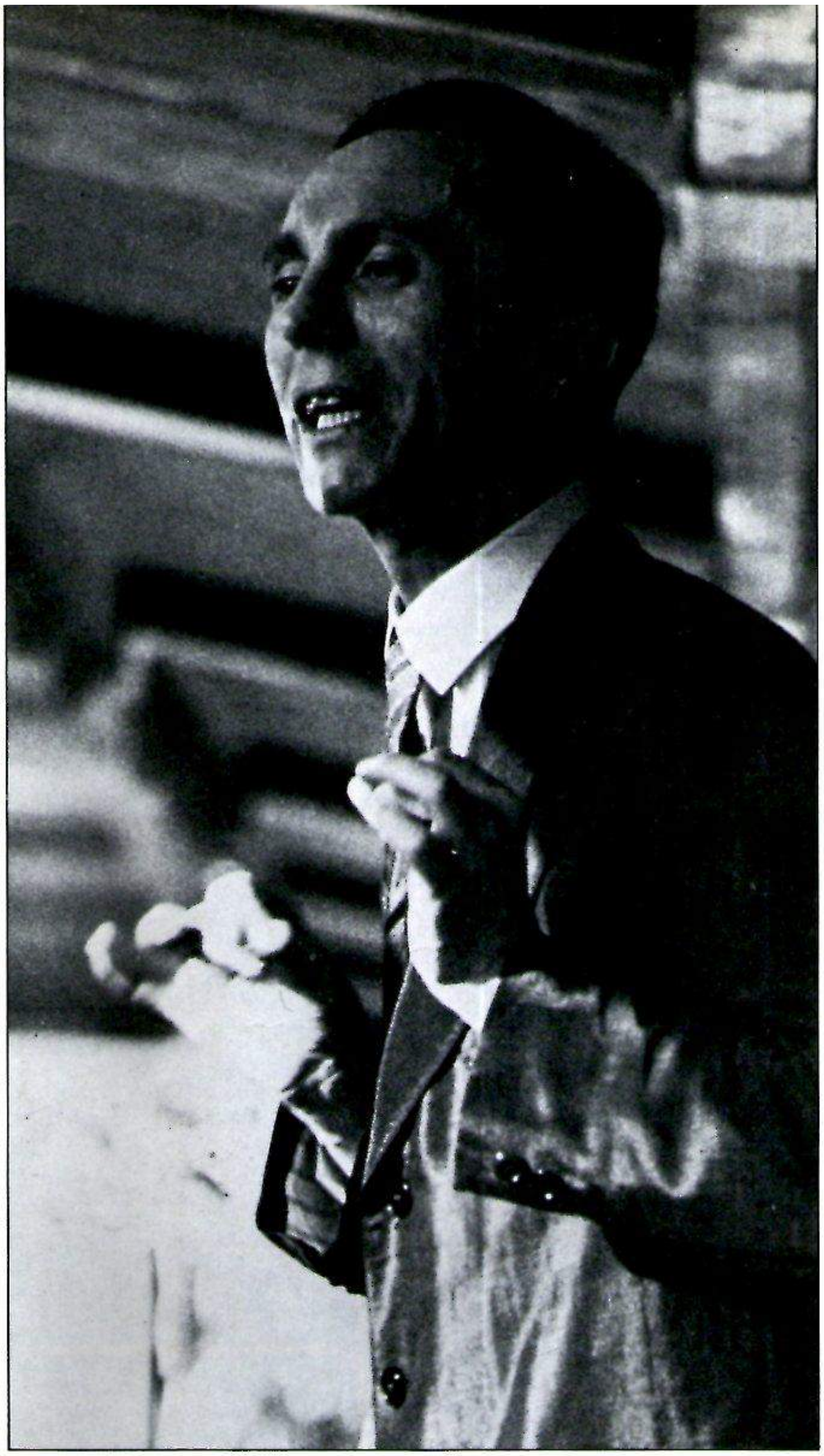
»–Perdone usted, mi risa no es precisamente muy oportuna.

»El hombre alzó una rodilla, esbozó una mueca, miró sus manos llenas de sangre y replicó con muy malos modos:

»–Como usted guste. Pero llegará el día en que no tendrá más ganas de reirse.»

Hasta aquí unos párrafos de la novela de Erich Kästner «Fabian», publicada en 1931 y que mejor que cualquier otra crónica relata y analiza los «tiempos de lucha» en Berlín. La profecía del nazi herido se cumpliría algunos años después. Por el momento las dos partes se disputaban con ardor la calle y, con ella, los votos, los escaños parlamentarios, el poder. Los comunistas, que ciertamente no eran novatos en la





venta de ideología, habían tropezado con uno que sabía hacerlo mejor que ellos, y que después de sus años de aprendizaje en Elberfeld se disponía a ofrecer sus obras maestras.

Cuando el Fabian de Kästner llevaba a los dos heridos a la clínica en el mismo taxi, lo que casi provocó un nuevo conflicto, Joseph Goebbels era ya desde hacía por lo menos cuatro años *Gauleiter* de Berlín-Brandenburgo. Al poco tiempo de haberse trasladado, en noviembre de 1926, ya le conocían perfectamente en el otro campo. A más tardar fue el 11 de febrero de 1927, cuando llevó a cabo su increíble provocación. Todos los SA que pudieron movilizarse y una gran parte de los miembros del partido desfilaron hasta la Pharussälen, alquilada por Goebbels, en la Müllerstrasse. En medio del barrio rojo de Wedding, tradicional punto de concentración de los comunistas, el jefe nazi pronunció un encendido discurso.

La obligada reyerta callejera, planeada anticipadamente finalizó con un triunfo de los de la cruz gamada, mucho más numeroso. 83 comunistas y 12 nazis resultaron gravemente heridos. «Pharus sólo ha sido el principio, pero un buen principio», anotó satisfecho el pequeño comandante general.

Año y medio tardó el partido comunista en darse cuenta de que las cosas no podían seguir así: no se podía ceder a las camisas pardas el centro de la ciudad y el lugar de las propias actividades, el cuartel general. A finales de agosto de 1928 los jefes de distrito de la organización comunista recibieron el siguiente llamamiento: «Expulsad a los fascistas de los talleres. Perseguidlos allí donde se encuentren.»

Desde ese momento aumentaron las fracturas provocadas por los jarros de cerveza y las patas de las sillas. Al amanecer en las calles, en los portales, en los patios de vecindad del norte y nordeste de Berlín se desarrollaban encarnizadas batallas individuales con llaves americanas, cuchillos y pistolas. Cuando aparecía la policía los combatientes se habían esfumado. Cada vez

que se producía una muerte de uno u otro lado –si bien en este capítulo los comunistas se llevaban la palma– el bando correspondiente organizaba un entierro como si se tratara de una gran personalidad. Naturalmente que no tanto por el afán de honrar al muerto como por el de manifestarse ante cientos de miles de personas.

Goebbels, convertido ya en un especialista de la dirección de masas, sabía organizar perfectamente estos entierros dotándolos de efectos teatrales, como el empleo de aviones con crespones negros. Una de estas grandes escenificaciones la desarrolló con motivo del entierro de Horst Wessel, herido por un comunista que le disputaba la amiga y muerto después de permanecer seis semanas en el hospital.

Sorprendente capacidad de trabajo

Desde 1928 el partido nazi contaba con 12 diputados en el Reichstag, entre ellos Goebbels. Hasta las elecciones de septiembre de 1930 no se produjo el giro a la derecha, gracias al cual los 12 camisas pardas se convirtieron en 107. Sin la premisa de un gran esfuerzo no se hubiera podido conseguir. La crisis económica mundial y la agitación facilitaron la ascensión de los nazis. El pequeño jefe de la central berlinesa del partido era capaz de desarrollar su trabajo con gran energía. Se esforzaba de tal manera que cada discurso le costaba alguno de sus 50 kilos de peso. Además desde 1930 se había convertido en jefe de propaganda del partido, con lo que se duplicó su campo de actividades.

Trabajaba sin reposo: «Nunca organizaremos suficientes actos de masas», decía, o «hay que mantener las filas del partido en permanente sobresalto. Estamos decididos a actuar sobre las masas hasta que vengan por sí mismas a nosotros».

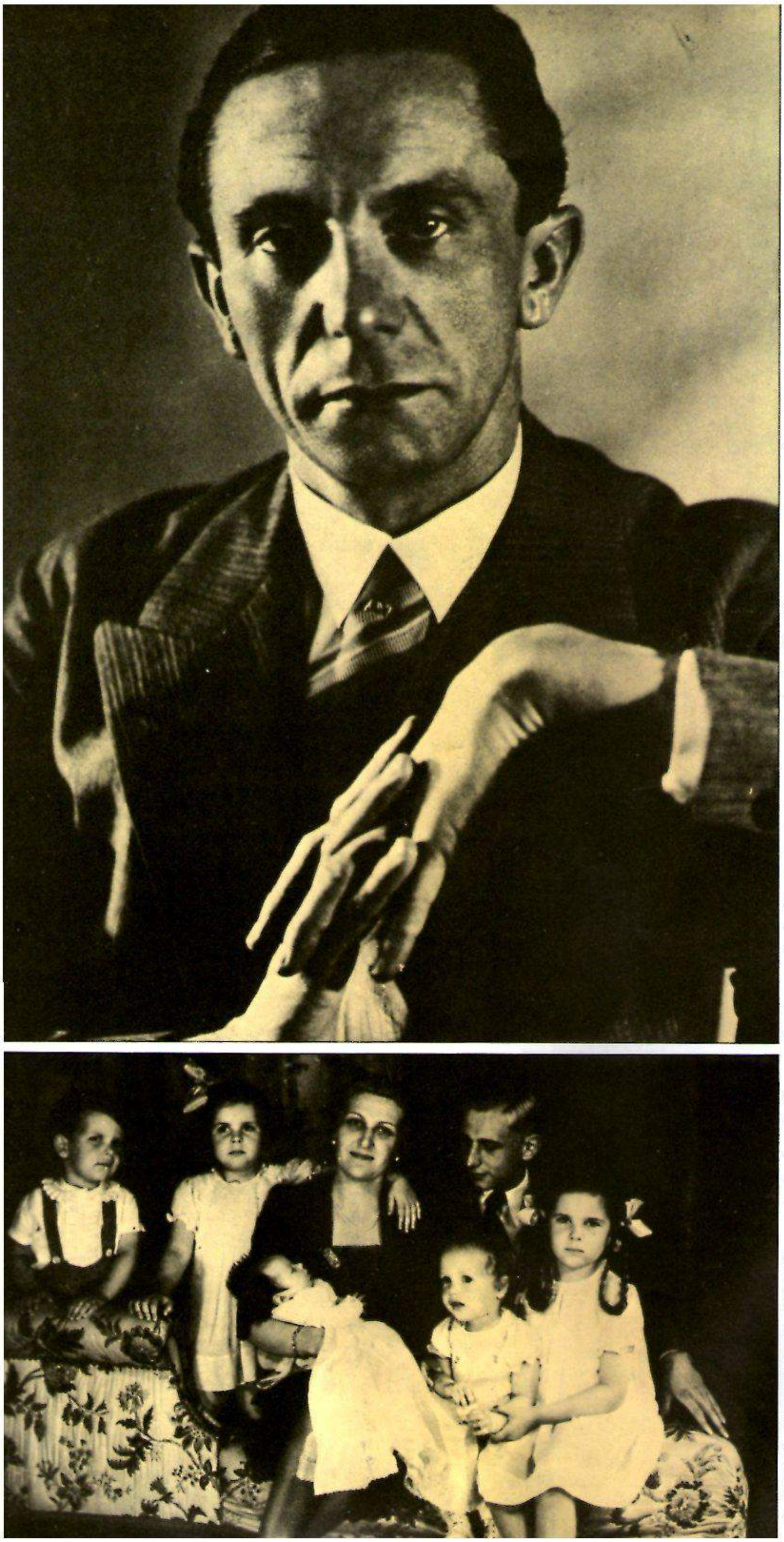
Desde julio de 1927 el principal instrumento de lucha, junto con los discursos en público, era «Der Angriff» (El ataque), un periódico que ya proclamaba en el título cómo entendía su editor la política nacionalsocialista. Para él todos los medios eran buenos. Prueba de ello es la controversia que mantuvo con el jefe de la policía secreta berlinesa, Dr. Bernhard Weiss. Como el Dr. Weiss era judío, Goebbels dio en la idea de llamarle Isidor Weiss y de presentarle de mil maneras como el prototipo de lo negativo. Todas las oportunidades le servían para ridiculizarle, hasta el punto que el neutral hombre de la calle terminó creyendo que efectivamente el vicepresidente de la policía se llamaba así: Isidor. La receta de Goebbels para conseguir el éxito se puede condensar en estas palabras: «En la propaganda

Arriba: por el amor de la actriz Lida Baarova, Goebbels puso en peligro su matrimonio. Hitler le ordenó que rompiera esas relaciones.

A la derecha: atractiva y elegante, así era Magda Goebbels. La duquesa de Windsor dijo de ella: «Es la mujer más hermosa que he visto en Alemania; una rubia con grandes ojos azules.»

A la derecha, arriba: ante los fotógrafos, el «pequeño doctor» gustaba de adoptar actitudes pensativas.

A la derecha, abajo: Magda Goebbels con sus cinco hijos, cuyos nombres, en honor de Hitler, empezaban con «H»: Hilde, Holde, Helga, Helmuth y Hedda. A la derecha de Magda Goebbels, el hijo habido de su primer matrimonio: Harald Quandt.



lo importante no es su nivel, sino el hecho de que sea capaz de conseguir el fin propuesto.»

Con esta teoría corrompió las costumbres de toda una generación, de la que fue maestro de propagandistas. Y puede decirse que Goebbels se sirvió e incluso tuvo éxito con todas las artes que todavía hoy se encuentran en vigor para influir, distraer y engañar a las masas. Él fue el primero que utilizó, además de la prensa, el cine y la radio. La lengua viperina del Reich no reposaba un momento. Un Tersites del siglo xx. Resulta interesante que Homero dejara suelto entre los griegos de Troya a este espíritu de la difamación. Incluso los pocos métodos comunes de los «bandidos superiores», como Goebbels se autodenominaba sin el menor reparo, se revelaron muy eficaces. Así desafió en la primavera de 1932 al canciller Brüning a un duelo oratorio público. Brüning era buen orador, pero no quería rebajarse hasta la agitación callejera y, como era de prever, rechazó la oferta.

Goebbels imponía respeto a los berlineses

Goebbels apareció solo en la tribuna llevando consigo unas maletas. «El canciller ha tenido miedo –dijo–, pero así y todo lo he traído conmigo.» El chiste consistía en que el *Gauleiter* había traído consigo grabaciones de los discursos de Brüning, que detenía en determinados pasajes, para lanzar sus ataques contra lo que decía el canciller. En toda la República de Weimar no se había visto nada parecido en insolencia, desconsideración del medio político, perfección y cínica gracia. Los burgueses estaban demasiado bien educados y eran los suficientemente inofensivos como para descender a cosas así; a los comunistas les faltaba humor. Humor que tampoco poseía la mayor parte de los nazis. Goebbels constituía una excepción. Los berlineses, sin embargo, sí sabían apreciarlo, y admiraban su gracia a pesar de estar envuelta en odio, no en último término porque no sentían temor alguno.

Con todo, el camino hacia la cumbre era arduo. En los cinco sufragios celebrados a distintos niveles en 1932, el NSDAP logró en el Reich 30,1; 36,8; 38,3; 37,4 y 33,1 % de los votos y en Berlín sólo el 22,9; 31,0; 27,9; 28,6 y 26,0 %. Resultaba difícil teñir de pardo una ciudad roja, y ni siquiera en los tiempos más brillantes de la era de Hitler lo consiguieron del todo.

Pese a muchas cosas: pese a la prohibición de celebrar actos públicos y vestir de uniforme, pese a las divisiones internas (asalto de los locales del partido en agosto de 1930, revuelta de Stenne entre marzo y abril de 1931, la crisis de Strasser en diciembre de 1932)

Hitler y su fiel escudero en un momento de buen humor.

EL CULTO AL FÜHRER

El hecho de que Adolf Hitler se convirtiera en «El Führer» no fue en último lugar mérito de Joseph Goebbels. Rodeó a su ídolo del aura mesiánica, de la veneración divina que condujo al culto incondicional del «Führer». He aquí un ejemplo de su estilo, pasajes de un discurso pronunciado en elogio del «Führer»:

Las obras del talento son el resultado de la aplicación, de la constancia y de la aptitud. El genio es creación de la gracia. En el instinto reside la fuerza profunda de los grandes hombres. El genio no podría aclarar muchas veces el porqué de las cosas. Se da por satisfecho con que sean así: y son así. Lo que la aplicación, el conocimiento y el estudio no son capaces de resolver, eso lo pone Dios en la boca de su elegido... Cuando Hitler habla, al conjuro de sus palabras se quebrantan todas las resistencias. Sólo se puede ser su amigo o su enemigo. Distingue el calor y el frío pero de su boca escupe la tibieza... Muchos quieren percibir, muchos más organizar, pero sólo él puede construir el porvenir político con la fuerza de su palabra, partiendo de lo fatal. Muchos son los llamados y pocos los escogidos. Por eso creemos en él. Por encima de su envoltura humana vemos en este hombre un favor del destino, nos aferramos con nuestra esperanza a su credo y nos sentimos unidos a la fuerza que le impulsa a él y a todos nosotros.

Del libro de J. Goebbels «Wenn Hitler spricht», Munich 1935

en 1932 empezó Goebbels a ver luz al final del túnel. La República agonizaba. Por otra parte no había mucho tiempo que perder. La propaganda permanente termina por cansar si no conduce a la meta propuesta. La pérdida de votos a finales de 1932 no dejaba de ser una clara advertencia para los nazis.

Desde las elecciones de julio de ese mismo año los camisas pardas constituían la fracción más fuerte del Reichstag, y Göring era su presidente. Desde hacía tiempo los nacionalsocialistas habían degradado el Parlamento hasta convertirlo en el campo de batalla de las más desenfrenadas emociones. En el Parlamento prusiano las cosas iban aún peor: el 25 de mayo de 1932, durante la sesión plenaria, los nazis se lanzaron sobre los comunistas. Los restantes diputados echaron a correr llenos de pavor. Con franqueza desenfadada Goebbels anotó: «El pleno brindaba un aspecto de grandiosa desolación. Nosotros aparecíamos vencedores sobre el tumulto. Nuestra fracción entonó la canción de Horst Wessel.»

Cierto que este hombre era consecuente. Ya en 1928 había dicho: «Venimos como enemigos. Como el lobo se adentra en el rebaño, así venimos nosotros.» ¡Ay, si él y los suyos llegaban al poder! La libertad de opinión, que con palabras de Rosa Luxemburg «es siempre la libertad de los que piensan de otra manera», se terminaría para siempre.

«No habrá más votaciones»

Esto no sucedió inmediatamente después del 30 de enero. Antes tuvo que arder el Reichstag y, contra la resistencia de los partidos de izquierda, hubo que ganar las elecciones del 5 de marzo y proclamar el 24 del mismo mes la ley de plenos poderes. Y ya el día 23 escribía el flamante ministro de Propaganda del Reich en su Diario: «Dentro del gabinete se ha afianzado la autoridad del *Führer*. No habrá más votaciones. El *Führer* decide. Todo va más de prisa de lo que nosotros mismos esperábamos.» Los partidos, tanto los burgueses como el comunista, habían sido dispersados, reducidos al silencio. A los propagandistas de Hitler les correspondió difundir la nueva doctrina después de la toma del poder el 13 de marzo: «No dejar en manos del pueblo las decisiones... crear una unificación política entre el pueblo y el gobierno.» El significado poco comprometido de la palabra «unificar» (Gleichschalten) pertenece desde entonces al vocabulario del poder dictatorial.

Goebbels instituyó como principal ins-

trumento del control de opinión la «Cámara de Cultura», la organización que debía encuadrar a todos los artistas. El no estar incluido en ella equivalía a una prohibición de trabajo. Periodistas, escritores, músicos, actores, artistas de todas las clases, profesionales de la radio, todos estaban sometidos a las instrucciones de la organización. Era necesario poseer una inteligencia despierta, una gran indiferencia, una dialéctica refinada o buenas relaciones en las altas esferas para, a pesar de todo conservar un resto de independencia. En la historia de la era nazi existen sobrados ejemplos de ello, que merecen tanto respeto, como desprecio los no menos numerosos de contemporización y adulación. Muchos de los mejores no pudieron sufrir el ocaso del espíritu y emigraron; otros, poco duchos en infringir las normas, expresaron con el silencio su disconformidad.

Grandiosa verborrea

La sangría intelectual hizo descender sensiblemente el nivel cultural del III Reich. Hubo una excepción: la cinematografía alemana logró, con una serie de películas de valor extraordinario, alcanzar un puesto hasta entonces desconocido y que ya no volvería a lograr. Esta contradicción con respecto al hecho de que toda «unificación» supone un descenso, no es fácil de explicar. Si se observan los cortos siete años de paz de la era de Hitler, se verá que durante este tiempo entre los años de lucha y la guerra, pese a la gran actividad que desarrolló, Goebbels no logró perfilarse como antes, ni como lo haría después. ¿Por qué? Claro está que no guardó silencio de la noche a la mañana. Al contrario, siguió cultivando su grandiosa verborrea, en perfecta relación con su no menos inmensa boca, lo que dio lugar a más de un chiste, como el que le suponía capaz de comerse un espárrago sin partirlo; Goebbels se dedicó, sobre todo, a crear el culto al *Führer,* ayudado principalmente por Schirach, el jefe de las organizaciones juveniles; y también debe anotarse en la cuenta del ministro de Propaganda los acontecimientos de la «noche de los cristales» de noviembre de 1938. Y, sin embargo, en aquella época había algunos grandes del partido más cerca que él del trono de Hitler

Es muy posible que sus historias amorosas perjudicaran tanto su popularidad como la del régimen. De los amores del ministro se hablaba en el Reich. Su biógrafo Fraenkel cuenta que el subsecretario de su Ministerio, Hanke, llevaba una especie de contabilidad de sus aventuras, en la que había anotados no menos de treinta y seis nombres. Pero esto se toleraba, y sobre ello se mantenía el secreto oficial, como sobre las drogas de Göring o el alcoholismo de Ley. La crisis estalló a raíz de los amores con la Baarova. Lida Baarova, actriz checa, supuso para Goebbels algo más que una aventura; posiblemente a ninguna mujer amó tanto como a ella. Hubo un tiempo en que pensó sacrificar su carrera por ella o al menos lo sugirió. Sus relaciones se iniciaron durante el verano olímpico de 1936 y duraron 2 años. Magda Goebbels, casada desde 1931 con el entonces *Gauleiter,* al principio no se dio cuenta de nada, más tarde fingió ignorarlo y, al fin, avergonzada por tantas historias y rumores, acabó por inclinarse a pedir el divorcio. Cuando Hitler se enteró del rumbo que tomaban las cosas, escarmentado por el asunto Blomberg, decidió no tolerar un segundo escándalo privado que podía comprometer al Estado. Ordenó a Goebbels y a la Baarova que rompieran sus relaciones y prohibió el divorcio a Magda Goebbels. Hubo escenas, lágrimas, desesperación. Pero todo se cumplió según la voluntad de Hitler. A la hija que nació más tarde, Heide, se la llamó de la reconciliación. A mediados de 1938 «Liduschka» desapareció de la vida del ministro. Algo más de un año después empezó la guerra y, con ella, la nueva ascensión de Goebbels.

El callejón sin salida

Joachim Fest explica el bache en la carrera de Goebbels con unas palabras del propio ministro: a menudo recordaba con añoranza los tiempos de lucha en los que había algo que atacar. Mientras el III Reich se presentase hacia el exterior con su rostro más pacífico, el ministro de Propaganda no podía hacer otra cosa de puertas adentro. Con el endurecimiento de las medidas antisemitas de finales de 1938, que quizá fueran un medio para congraciarse con Hitler, encontró Goebbels el nuevo objetivo buscado.

Fue la guerra, sin embargo, la que de nuevo le permitió abrir las esclusas de su apasionada elocuencia, y una vez más su fantasía fue capaz de crear verdaderas maravillas de demagogia. Su fuerte eran los golpes y las punzadas. Y no se servía de ellos por convencimiento interno, para inculcar al pueblo el odio a los ingleses y soviéticos; no lo hacía por Hitler, que odiaba a los británicos porque éstos no le querían, y deseaba además ampliar el espacio vital alemán a cuenta de los rusos; no: Goebbels hubiera podido escribir artículos con la misma fuerza y violencia contra los indios sioux o contra los esquimales, si por casualidad se hubieran encontrado en el camino de la Alemania nacionalsocialista. Lo de menos era el enemigo en sí, que podía

Entregado a Hitler en cuerpo y alma

André François-Poncet, antiguo embajador francés en Alemania, describe en sus memorias al recién nombrado ministro de Propaganda.

Con la persona, aparentemente débil, de este joven, pequeño y deforme, contrahecho, con una cabeza grande y una boca enorme que semeja una herida, y un rostro dominado por unos ojos oscuros que denotan la inteligencia, el Gobierno ha pasado a integrar uno de los más peligrosos seguidores de Hitler. Se trata de uno de los más cultos, quizás el más culto de todos ellos; le llaman «el doctor», porque lo es en Filosofía. Posee una gran aptitud como escritor y orador. Habla y escribe un idioma más pulido que el del «Führer» y que raramente se encuentra en esta Alemania con tan poco sentido para el estilo. Se le puede considerar como el tipo de intelectual que ha hecho su camino arrojándose en brazos de los nazis como tantos otros, huyendo del nihilismo. Su espíritu lleno de astucia y sofisma, instrumento del que se sirve, tiene algo de perverso y demoniaco. Su fantasía es romántica, con una gran imaginación: gusta de las visiones extraordinarias y de las representaciones fantásticas. Es un formidable dialéctico: nadie le iguala en el arte de moverse entre la verdad y la mentira; los hechos a los que atribuye otro significado sabe revestirlos de un acento de verdad y valorarlos de la manera más positiva para sus fines. Nadie como él posee el don de expresar un problema complicado de forma sencilla y no vulgar, de manera que pueda ser entendido por el hombre medio, logrando comparaciones con palabras fáciles de retener. Es un maestro de la polémica, de la ironía y de la injuria.

Es lo suficientemente inteligente como para hacerse pocas ilusiones sobre la capacidad intelectual de sus camaradas, sobre sus tonterías y errores. Está dominado por un entusiasmo fanático capaz de hacerle vencer todos sus escrúpulos: es una de esas personas capaces de todos los extremos; un espíritu revolucionario entregado a Hitler y sus ideas en cuerpo y alma hasta la muerte y movido además por un innato valor.

Del libro de André François-Poncet «Botschafter in Berlin 1931-1939», Kupferberg-Verlag, Maguncia 1962.

cambiar; lo decisivo era que necesitaba de él para poder explayarse.
Su aspecto exterior, trágicamente marcado por el destino, fue causa de su odio; no tiene que ser así, pero en él lo era. Y junto a ello su desprecio por «la canalla humana». Canalla que siempre terminaba por descubrir no importa en qué campo, no importa en qué persona. En el fondo Goebbels no creía en nada. Mientras Hitler sólo hubiera podido ser nazi, su compañero hubiera podido ser otras cosas; entre el círculo de sus amigos se contaba que en una ocasión había pronunciado sucesivamente un discurso monárquico, otro republicano, otro comunista e incluso otro nacionalsocialista, con tal verbo, que sus oyentes cada vez quedaban convencidos...
Al fin llegó el tiempo de las acusaciones ciceronianas contra los obstáculos que se oponían a la ambición alemana de conquista. Al principio no tuvo que encargarse de todo el trabajo. Su maquinaria bélica funcionaba a la perfección, de Brest a Stalingrado, de Narvik a El-Alamein. Pero cuando la guerra empezó a cambiar de signo y la retaguardia comenzó a conocer y soportar toda la dureza de la lucha, el ministro alcanzó su máxima dimensión, encontró su mejor acento.
En esta situación podía utilizar todos sus recursos, porque todos eran necesarios: el conjuro de las masas al servicio de un gran objetivo («contra un mundo enemigo»); la lucha propagandística contra el enemigo extranjero, con el impedimento de la contrapropaganda; la organización del gigantesco esfuerzo de la «guerra total», en la que, en su calidad de comisario general, no desmayó en la movilización de las últimas reservas; y, por último, el valor de acudir a los barrios destruidos por las bombas e impartir palabras de consuelo, mientras que por aquellos tiempos ya ninguna de las altas personalidades se atrevía a mezclarse con el pueblo y el propio Hitler recorría su imperio en su vagón de ferrocarril con las ventanillas cegadas. Prueba de todo este esfuerzo, más casi veinte años de experiencias políticas, es su discurso del 18 de febrero de 1943 pronunciado en el Palacio de los Deportes berlinés. Stalingrado ha caído; en el Norte de África el fin está próximo; el segundo frente parece un hecho y el carburante comienza a escasear. El manojo de energía que encierra el mal cortado uniforme escenifica aquí el punto culminante de su carrera con un discurso frío lleno de una obstinada voluntad de resistencia: «Hoy vamos a tener una demostración al lado de la cual la del 30 de enero (1933) no pasará de ser una asamblea de accionistas», adelantó ya antes de salir del Ministerio. Mientras en Munich. esa misma mañana,

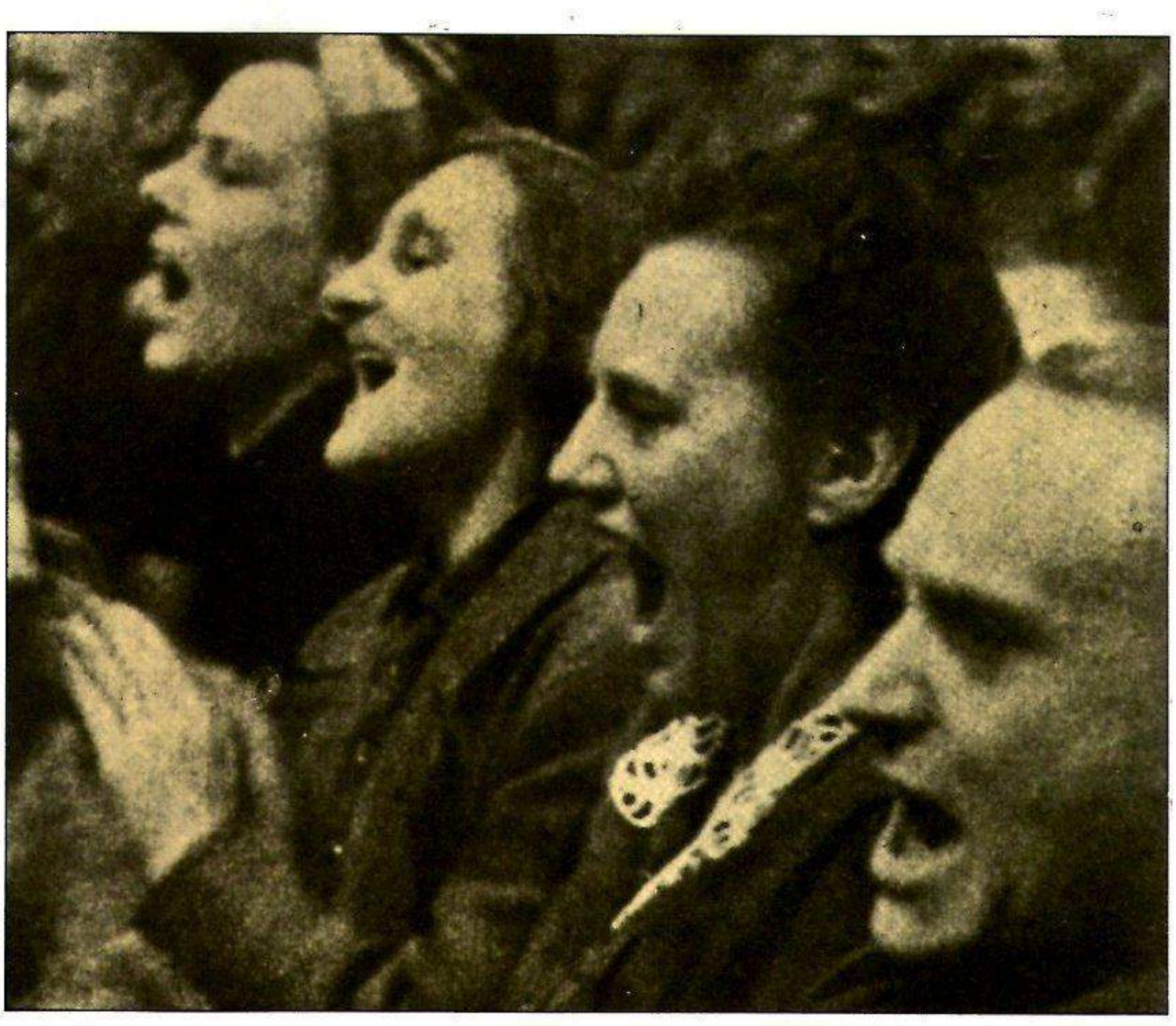
Fotos y textos procedentes del «Berliner Illustrierten Zeitung» del 4 de marzo de 1943

Los mártires

¡Pueblo, levántate!

¡Lánzate al combate!

Durante el gran discurso pronunciado en el Palacio de los Deportes berlinés por el ministro de Propaganda Dr. Goebbels y que constituyó un llamamiento para la salvación de la civilización, los heridos llenaban las primeras filas de la gigantesca sala. Representaban el frente, en el que, en una lucha heroica y sin par se desbarata el asalto de la estepa.



¡Sí! ¡Sí! ¡Sí!

Los presentes, entre los que se encuentran miembros de todos los sectores del pueblo alemán, responden como una sola voz a las 10 preguntas fundamentales del Dr. Goebbels a la nación, renovando así la ardiente promesa de proseguir su sacrificio hasta el fin.

han sido detenidos los hermanos Scholl cuando repartían propaganda antinazi, en la gran sala donde tradicionalmente se celebra la prueba ciclista de los seis días y actúan las revistas de hielo, espera una muchedumbre de fieles seguidores: militantes del partido, trabajadores de la industria del armamento (mujeres y hombres), soldados con permiso, heridos e intelectuales deseosos de oír la anunciada proclamación. Goebbels, de un golpe, eleva la asistencia a representación del pueblo e inmediatamente comienza su apasionada argumentación poniendo en ella toda su elocuencia, sistemáticamente, hasta llegar a un callejón sin salida. Con sus famosas 10 preguntas («los ingleses dicen», «y yo os pregunto», «estáis dispuestos») subió el tono de su discurso hasta lograr el dominio total de la sala olvidada de sí misma, para lanzar la pregunta culminante: «¿Queréis la guerra total? ¿La queréis, si es necesario, más total y radical que lo que hoy nos podemos imaginar?»

No tenemos escapatoria

Los miles de voces que gritan frenéticamente «¡Sí!» señalan uno de los peores instantes para Alemania. Mas, por encima de su valoración moral, el discurso en sí es uno de los más grandes de la historia, una pieza demagógica, sin nada que envidiar a la que Shakespeare puso en boca de Marco Antonio a la muerte de César, en su demoniaca perfección. Con el furioso efecto final del «pueblo, levántate y lánzate al combate», terminó el monstruoso espectáculo, en el que el arte de Goebbels para engañar a las masas alcanzó su punto más elevado.

En medio del paroxismo del discurso, se conservaba tan tranquilo interiormente como el centro de un ciclón; era piloto de éxtasis ajenos, que él mismo no sentía.

El director de tan grande espectáculo tenía motivos sobrados para intentar movilizar en el pueblo su última energía. No se hacía ninguna ilusión, como demuestran las notas del 2 de marzo de 1943 en su Diario: «Göring tampoco se engaña sobre lo que nos espera en el caso de que tengamos que ceder en esta guerra. No se hace ninguna ilusión. Sobre todo en la cuestión judía estamos tan comprometidos que no tenemos escapatoria...» La desgraciada fórmula adoptada en Casablanca, que exigía la capitulación sin condiciones, facilitó al régimen la unión entre el poder y el pueblo, le proporcionó la alternativa común de «ser o no ser». Tanto Casablanca como el Palacio de los Deportes –26 de enero, 18 de febrero– contribuyeron sin duda alguna a prolongar una guerra que ya carecía de sentido.

Cuando resultaron inútiles ante el empuje del enemigo todas las artes de seducción de masas, todas las fuerzas concentradas, el gran demagogo sin ilusión supo atenerse a las consecuencias, no sin antes escenificar el último espectáculo de tragedia antigua. Era tan rigurosamente propagandista, tan intérprete de sí mismo y de la ideología nacionalsocialista, que no pudo resistir la tentación de sacrificar a sus seis hijos en el *bunker* de la Cancillería en una última representación. Hitler contribuyó con su testamento a proporcionarle un postrer papel: durante 30 horas –entre la muerte de su *Führer* y su propia muerte– Joseph Goebbels fue canciller del Reich. Cargo que no pasaba de ser un gesto protocolario y que carecía de toda importancia administrativa, ya que Hitler conocía los propósitos de suicidio que alimentaba Goebbels. Pero quizá se tratara de un último gesto del dictador hacia el que había sido con fidelidad nibelunga el más leal de sus vasallos.

□

ALBERT, ¡ES TERRIBLE!

Mientras Goebbels andaba en relaciones con la actriz de cine checa Lida Baarova, su subsecretario, Karl Hanke, se enamoró de la esposa del ministro. Albert Speer cuenta cómo se superó la crisis del matrimonio Goebbels.

Entretanto, las cosas entre Hanke y Frau Goebbels habían llegado a tal extremo que, para espanto de cuantos estaban en el secreto, deseaban casarse. Una pareja desigual: Hanke era joven e inexperto; ella, mucho mayor, una elegante dama de la sociedad. Hanke urgía a Hitler para que autorizara el divorcio, pero Hitler se resistía por la razón de Estado. Al comienzo de los Festivales de Bayreuth de 1939, Hanke se presentó una mañana en mi residencia berlinesa. Me dijo que el matrimonio Goebbels se había reconciliado y había partido hacia Bayreuth. Me pareció que esta solución era también la mejor para Hanke. Pero no se puede consolar a un amante desesperado con una felicitación. Le prometí enterarme en Bayreuth de lo que había ocurrido. En la casa de Wahnfried la familia Wagner había dispuesto un ala para Hitler y sus ayudantes, mientras que los invitados de Hitler debían acomodarse en la ciudad. Por lo demás, Hitler seleccionaba sus invitados en este caso con mucho más cuidado que lo hacía en el Obersalzberg o en la Cancillería del Reich. Aparte de sus ayudantes de servicio, sólo invitaba a algunos conocidos con sus mujeres, personas que estaba seguro serían del agrado de la familia Wagner; casi siempre al Dr. Dietrich, al Dr. Brandt y a mí.

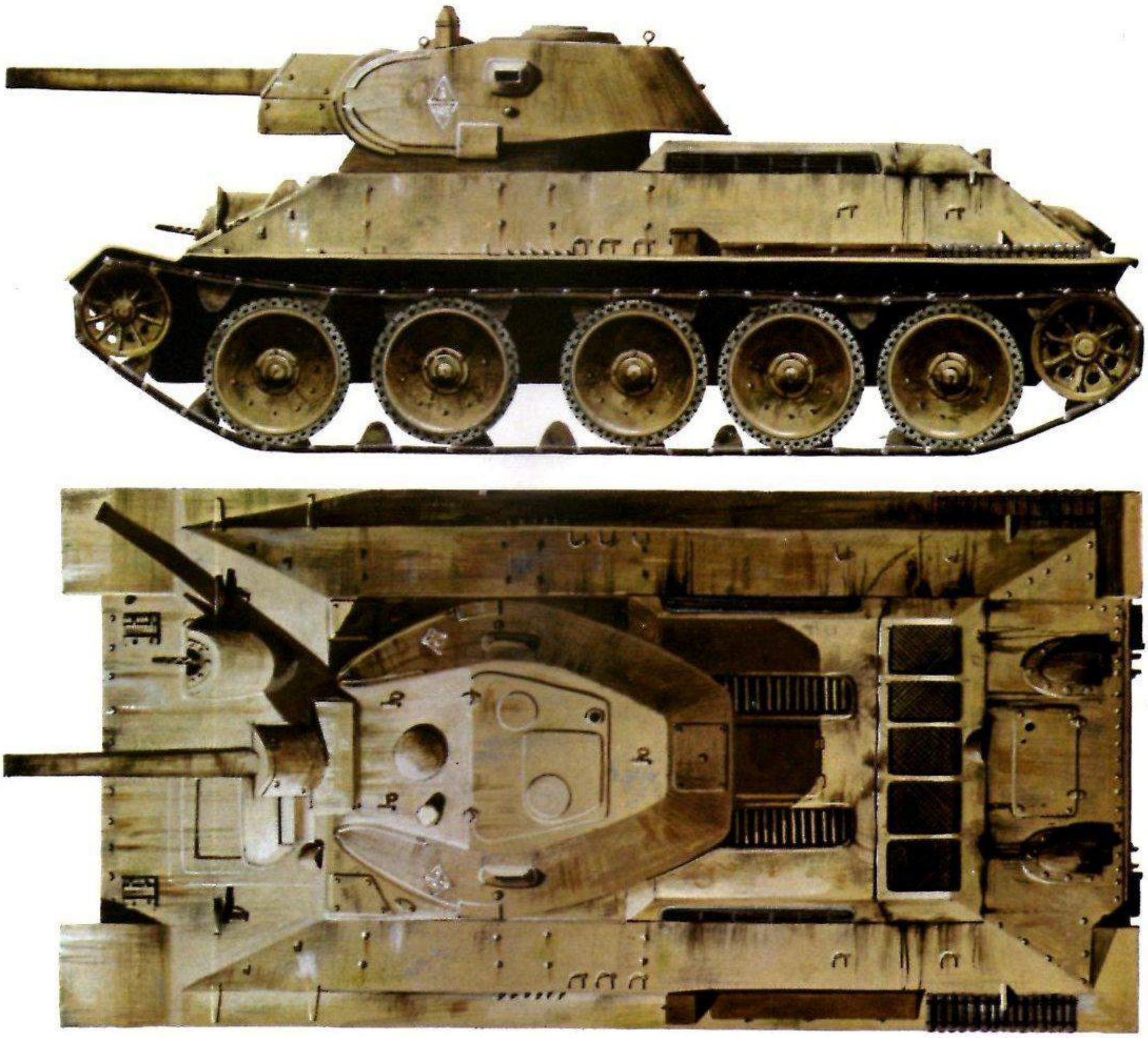
Hitler aparecía durante esos días mucho más comunicativo que de costumbre: en el seno de la familia Wagner se encontraba muy a gusto y libre de los imperativos del poder, a los que creía su obligación someterse incluso durante las veladas de la Cancillería. Estaba contento y se sentía paternal con los niños y, respecto a Winifred Wagner, se mostraba afectuoso y atento. Sin su ayuda financiera los festivales no hubieran podido mantenerse. Bormann extraía de sus fondos cientos de miles todos los años para convertirlos en un acontecimiento de la temporada de la ópera alemana. El mismo día que yo, llegaron también a Bayreuth Goebbels y su mujer, y se hospedaron con Hitler en la casa de Wahnfried. La señora Goebbels daba la impresión de gran abatimiento; conmigo habló abiertamente: «Ha sido terrible cómo me ha amenazado mi marido. En el momento en que empezaba a reponerme en Gastein se presentó en el hotel de improviso. Durante tres días ha estado hablándome sin interrupción, hasta acabar con mis fuerzas. Me ha chantajeado con mis hijos: los apartaría de mi lado. ¿Qué podía hacer yo? La reconciliación es sólo aparente. Albert, ¡es terrible! Le he tenido que prometer que no veré más a Karl en privado. ¡Soy tan desgraciada! Pero no queda otro remedio.»

¿Qué podía cuadrar mejor con esa tragedia matrimonial que «Tristán e Isolda», la obra que Hitler, la pareja Goebbels, Winifred Wagner y yo presenciamos desde el palco central? La señora Goebbels, sentada a mi derecha, sollozó quedamente a lo largo de toda la representación; durante el descanso permaneció sentada, abatida y desfalleciente, en un extremo del salón, mientras Hitler y Goebbels se mostraban al público desde una de las ventanas, tratando de disimular el embarazoso incidente.

A la mañana siguiente pude referir a Hitler, para quien el comportamiento de la señora Goebbels resultaba inexplicable, el trasfondo de la reconciliación. Como jefe de Estado se sintió satisfecho del cambio, pero hizo llamar en mi presencia a Goebbels y, con duras palabras, le comunicó que era mejor que abandonara Bayreuth ese mismo día con su mujer. Sin darle tiempo para que se justificara, sin tenderle la mano siquiera, despidió a su ministro y se volvió a mí para decirme: «En cuestión de mujeres, Goebbels es un cínico.» Él también lo era, aunque de una forma distinta.

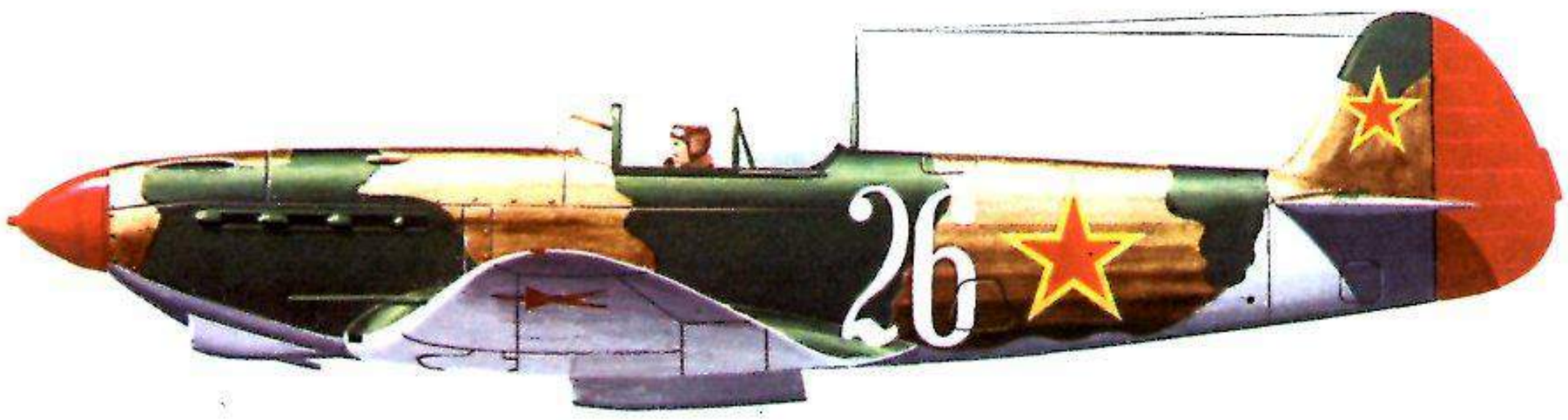
De las «Memorias» de Albert Speer

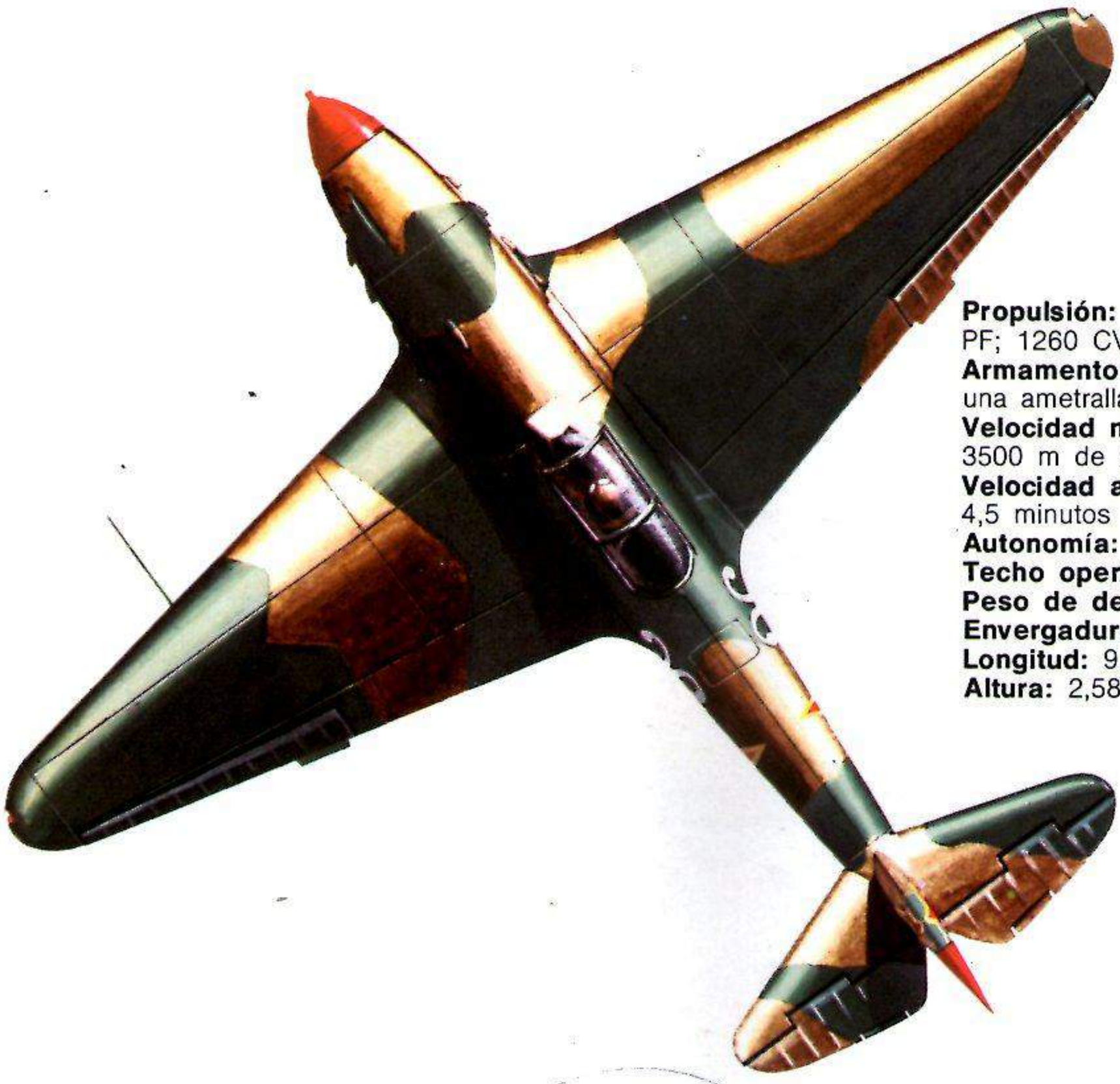
Carro de combate soviético T-34/76 A



Peso: 26,3 toneladas
Dotación: 4 hombres
Armamento: un cañón de 76,2 mm y dos ametralladoras de 7,62 mm
Coraza: torre 60 mm; lados 50 mm; frente 45 mm
Tracción: un motor Diesel W2 de 12 cilindros; 500 CV
Velocidad: 53 km/h
Autonomía: 400 km
Longitud: 5,92 m
Anchura: 3,00 m
Altura: 2,45 m

Caza monoplaza soviético Jacovlev Jak-9D





Propulsión: un motor Klimov M-115 PF; 1260 CV
Armamento: un cañón de 20 mm y una ametralladora de 12,7 mm
Velocidad máxima: 540 km/h a 3500 m de altura
Velocidad ascensional: 5000 m en 4,5 minutos
Autonomía: 1410 km
Techo operativo: 11.000 m
Peso de despegue: 3115 kg
Envergadura: 10,00 m
Longitud: 9,20 m
Altura: 2,58 m

COMITE NACIONAL "ALEMANIA LIBRE"

«Los Hitler van y vienen, el pueblo alemán permanece.» Estas palabras de Stalin animaron la actividad de los comunistas exiliados y de los prisioneros de guerra que se preparaban en la Unión Soviética para el futuro después de Hitler. Karl-ludwig Opitz informa sobre el Comité Nacional «Alemania Libre».

Cuatro meses después del ataque alemán a la Unión Soviética, en octubre de 1941, el funcionario del Komintern y miembro del PCUS, Dimitri Manuilski, organizó, en colaboración con los comunistas alemanes exiliados en la URSS, el trabajo en las prisiones y campos de concentración soviéticos. Los grupos de agitadores organizados por Manuilski y la central política del Ejército Rojo operaban bajo el mando de Walter Ulbricht, Erich Weinert, Wilhelm Pieck y Willi Bredel. El programa del grupo contemplaba «la constitución de un gobierno representativo. La devolución de las propiedades confiscadas por los nacionalsocialistas. La incautación de bienes de los culpables y beneficiarios de guerra. El intercambio de mercancías con otros países como base de un bienestar nacional».

Aquí se puede notar la táctica inteligente de Walter Ulbricht, quien más tarde sería primer secretario del Partido Socialista Unificado (SED) y presidente del Consejo de ministros de la República Democrática Alemana (RDA).

Ulbricht, que conocía perfectamente los textos de Lenin y sabía manejarlos mejor que cualquier otro de los comunistas alemanes, fue el verdadero moderador de los grupos de Agitación y Propaganda (Agitprop).

Lo primero que hizo fue buscar en los campos de concentración gentes susceptibles de ser ganadas para su programa, a las que distribuyó más tarde en tres brigadas.

1. Los conversos formados para la lucha. Es decir, jóvenes soldados de infantería que, tras unos cursos de dos o tres meses de educación política antifascista, pasaban a luchar contra sus compatriotas en unidades armadas de reconocimiento o iban a integrar las guerrillas mezclados con los soviéticos.
2. Los propagandistas. Prisioneros de guerra que después de haber sido ganados a la nueva idea trataban de hacer proselitismo en la primera línea de fuego, utilizando altavoces, octavillas y charlas personales con soldados y oficiales a quienes incitaban a cambiar de frente.
3. Mandos antifascistas. Brigada formada con gran esmero con el fin de que sus componentes pudieran servir de guías. Esta brigada fue trasformada en compañía en 1943: tras la debida instrucción sus componentes asumieron los trabajos de los grupos comunistas en la emigración, mientras los militantes de éstos integraron un comité de la ciudad dentro del Comité Nacional.

El 10 de octubre de 1941 los grupos de la Agitprop publicaron un «Llamamiento al pueblo alemán, firmado por 158 soldados alemanes». Se trataba de colaboradores reclutados por Manuilski entre los soldados de infantería internados en el campo de Krasnogorsk, cerca de Moscú. En este «Llamamiento» se decía entre otras cosas: «...la verdadera unidad del pueblo, ahora destruida por el terror fascista y los privilegios de la plutocracia capitalista, será restablecida en la nueva Alemania sobre el principio de la igualdad de deberes y de derechos para todos los ciudadanos; la verdadera comunidad popular sólo puede construirse soslayando la enorme diferencia existente entre la riqueza y la pobreza. La nueva Alemania conseguirá una paz honorable sobre los principios de su integridad e independencia. Se preocupará de devolver a Alemania su crédito, cumpliendo los compromisos internacionales y respetando los acuerdos establecidos.»

El llamamiento creó entre los soldados prisioneros en los campos un clima de confrontación, que a menudo acababa en verdaderas enemistades.

Los cursillos de formación comenzaron en el campo de Krasnogorsk: Historia del movimiento obrero alemán. Historia del Partido Comunista de la Unión Soviética.

Desde Krasnogorsk los cursillistas pasaron a integrar las llamadas «escuelas del frente». Estas escuelas no eran otra cosa que barracones de mando bien cuidados. Aquí se ampliaba la enseñanza: instrucciones prácticas para la acción. Tanto las ropas como la manutención eran mucho mejores que las recibidas en los campos de concentración normales. Sobre estas «escuelas» escribe Hans Roland:

«En medio de las tropas soviéticas, de los vehículos y carros, se oyó una voz de mando alemana: 'Todos abajo. Los mandos que se presenten a mí'. Los rusos observan curiosos los uniformes alemanes con condecoraciones y medallas. Los soldados alemanes saltan de tres camiones. Llevan pistolas ametralladoras y carabinas del 98. Aparecen los cigarrillos y no tarda mucho en establecerse un diálogo entre los soldados en uniforme alemán y los combatientes del Ejército Rojo. El recelo de éstos desaparece del todo cuando un oficial soviético les dice que se trata de un grupo de combate del Comité Nacional Alemania Libre. El descanso es breve. Los jefes de las distintas secciones vuelven de la reunión de mandos. Suenan unas órdenes. En correcta formación prosigue esta vez la marcha hacia la primera línea, hacia el frente... En él comenzará el verdadero trabajo. Se abandonan las trincheras alemanas. Se desmontan las ametralladoras. Van apareciendo los prisioneros: diez, quince, veinte. Cada vez son más los que tiran sus cascos lejos de sí, contentos de escapar a la muerte en el último minuto...

...Allí donde cinco minutos antes había una trinchera, un nido de ametralladoras, una posición, sólo quedan octavillas del Comité Nacional, periódicos en los

Fotografía aparecida en una hoja de propaganda del órgano del Comité Nacional y en la que aparecen el mariscal Paulus, comandante de las tropas alemanas en Stalingrado y el general Seydlitz-Kurzbach.

Freies Deutschland im Bild

ORGAN DES NATIONALKOMITEES „FREIES DEUTSCHLAND"

Nr. 9 August 194.

Generalfeldmarschall Paulus—
Oberbefehlshaber der Stalingrader Armee—
erhebt seine Stimme für die Rettung Deutschlands, gegen Hitler

Deutschland muss sich von Adolf Hitler lossagen und sich eine neue Staatsführung geben, die den Krieg beendet und Verhältnisse herbeiführt, die es unserem Volke ermöglichen, weiter zu leben und mit unseren jetzigen Gegnern in friedliche, ja freundschaftliche Beziehungen zu treten.

Moskau, 8. August 1944

Paulus
Generalfeldmarschall

An das deutsche Volk und an seine kriegsgefangenen Kameraden in der Sowjetunion wandte sich Generalfeldmarschall Paulus mit folgendem Aufruf:

Bei Stalingrad hat die 6. Armee unter meiner Führung, dem Befehl Adolf Hitlers folgend, bis zum Letzten gekämpft in der Hoffnung, durch ihr Opfer der Obersten Führung die Möglichkeit zu schaffen, den Krieg zu einem für Deutschland nicht allzu ungünstigen Ende zu führen. Diese Hoffnung hat sich nicht erfüllt.

Die Ereignisse der letzten Zeit haben die Fortsetzung des Krieges für Deutschland zu einem sinnlosen Opfer gemacht. Die Rote Armee geht auf breiter Front vor und hat die Reichsgrenze in Ostpreußen erreicht. Im Westen haben Amerikaner und Engländer die deutsche Abwehr am Westflügel durchbrochen und gehen in den offenen französischen Raum vor. Weder im Osten noch im Westen verfügt Deutschland über Reserven, die die Lage wieder herstellen könnten. Die feindliche Überlegenheit in der Luft und zur See ist so erdrückend, daß die Lage dadurch noch aussichtsloser wird. Der Krieg ist für Deutschland verloren.

In diese Lage ist Deutschland trotz des Heldentums seiner Wehrmacht und des ganzen Volkes durch die Staats- und Kriegführung Adolf Hitlers geraten.

Dazu kommt, daß die Art, wie ein Teil seiner Repräsentanten im besetzten Gebiet gegen die Bevölkerung vorgegangen ist, jeden wirklichen Soldaten und jeden wirklichen Deutschen mit Abscheu erfüllt und uns in der ganzen Welt schwerste Vorwürfe zuziehen muß.

Wenn sich das deutsche Volk nicht selbst von diesen Handlungen lossagt, wird es die volle Verantwortung für sie tragen müssen.

Unter diesen Umständen halte ich es für meine Pflicht, vor meinen kriegsgefangenen Kameraden und vor dem ganzen deutschen Volk zu erklären:

Deutschland muß sich von Adolf Hitler lossagen und sich eine neue Staatsführung geben, die den Krieg beendet und Verhältnisse herbeiführt, die es unserem Volke ermöglichen, weiter zu leben und mit unseren jetzigen Gegnern in friedliche, ja freundschaftliche Beziehungen zu treten.

Moskau, 8. August 1944

Paulus
Generalfeldmarschall

U. R.: Der Präsident des Bundes Deutscher Offiziere und Vizepräsident des Nationalkomitees „Freies Deutschland", General der Artillerie von Seydlitz, begrüßt Generalfeldmarschall Paulus als neues Mitglied des BDO und Mitkämpfer in der Bewegung „Freies Deutschland".

que los soldados alemanes prisioneros informan sobre la Unión Soviética.» Los propagandistas del Comité Nacional organizan dentro del Ejército soviético, de los Estados Mayores de las Divisiones, sus propias tropas de propaganda con vehículos dotados de altavoces, imprentas, departamento para la clasificación y aprovechamiento de la correspondencia de campaña que caía en sus manos, encuestas de opinión entre los soldados presos.
El cabo Hans Gossens, de los mandos antifascistas, agregado al Estado Mayor del 1.er Frente ucraniano, dice al respecto: «En mi opinión nuestra labor más urgente es disipar el miedo al comunismo, el miedo al campo de concentración, y acabar con la creencia de que somos hechura de los bolcheviques. Tenemos que distinguir bien nuestra propaganda de la propaganda del Ejército Rojo, y los propagandistas deberán presentarse siempre a los soldados alemanes en uniforme alemán. Difundir más cantidad de material con listas de nombres y cartas de soldados del campo, especificando bien todos los detalles de modo que no quede duda sobre la existencia de la persona. La mayor parte de los soldados alemanes se hallan tan conturbados que hay que despertar en ellos el sentimiento nacional. Hay que tratar de evocar siempre el interés particular del soldado. Dedicación especial a los cabos y suboficiales.»
Después de un año de trabajos preliminares se constituyó en Krasnogorsk una comisión preparatoria para el Comité Nacional Alemán.

Propaganda con los colores negro-blanco-rojo

Y únicamente cuando se hubo fijado hasta en los más mínimos detalles el futuro comportamiento del Comité Nacional, hizo público el 1 de julio de 1943 el periódico de los prisioneros «Palabra Libre» el propósito de formar un Comité Nacional «Alemania Libre». La sala del soviet de la ciudad de Krasnogorsk fue decorada con los colores negro, blanco, rojo para el acto fundacional de la nueva organización.
Walter Ulbricht había conseguido de la central política del Ejército Rojo autorización para utilizar los colores de la vieja bandera alemana. Ulbricht se había dado cuenta de que para conseguir la colaboración de los coroneles y generales hacía falta algo más que para obtener el de los cabos, suboficiales y hasta algún capitán que otro. Para aquéllos el ver de nuevo los viejos colores de la bandera no dejaría de surtir efecto. En todo caso, durante el 12 y el 13 de julio de 1943 pudieron reunirse en Krasnogorsk vistiendo el uniforme de la *Wehrmacht* con condecoraciones y medallas y con el testimonio de las cámaras cinematográficas y de los fotógrafos de prensa. Se cantaron en alemán las viejas canciones socialistas. Se eligió una directiva del Comité Nacional integrada por 33 militantes y presidida por Ernst Weinert. Esta directiva se trasladó a Luniovo, en las inmediaciones de Moscú, en la llamada «Casa del Comité Nacional», antiguo centro de recreo de los ferroviarios. Una secretaría quedó establecida en el Instituto 99, en la calle Obucha 3. El secretario se encargó de la publicación del órgano del Comité, el periódico «Freies Deutschland». En Shablovka 34, Anton Ackermann dirigía la redacción de la emisora «Alemania Libre». Esta emisora radiaba cuatro programas al día en ondas corta y media. Un cántico religioso servía de sintonía y se turnaban en la predicación dominical por las ondas un sacerdote católico y un pastor protestante, ambos de la *Wehrmacht*. Fue la emisora de Anton Ackermann la que dio a conocer al Comité Nacional fuera de las fronteras de la Unión Soviética. Grupos de la resistencia en Alemania y Francia adoptaron el manifiesto del Comité Nacional como primera línea de conducta política: «...Hace 130 años, cuando todavía las tropas alemanas se encontraban como enemigos en territorio ruso, los mejores alemanes, von Stein, Arndt, Clausewitz, Yorck y otros, se dirigieron desde Rusia a la conciencia del pueblo germano, por encima de los traidores que dominaban el poder, e hicieron un llamamiento en favor de la paz. Al igual que ellos estamos dispuestos a dedicar nuestros esfuerzos y a jugarnos la vida si es preciso en la lucha en favor de la paz de nuestro pueblo y del derrocamiento de Hitler...»
En París apareció un diario clandestino «Volk und Vaterland» (Pueblo y Patria) que se decía en su subtítulo «Órgano del Comité del Movimiento Alemania Libre para el Oeste». En Marsella se imprimía otro llamado «Unser Vaterland» (Nuestra Patria), con el subtítulo: «Editado por el Comité del Movimiento Alemania Libre en el sur de Francia y la costa del Mediterráneo.» En Alemania se formaron organizaciones del Comité Nacional que hubieron de disolver por orden de los comisarios políticos a medida que avanzaba el Ejército Rojo. Antes de que se celebrara la sesión

PAULUS, Generalfeldmarschall und ehem. Oberbefehlshaber der 6. Armee (Stalingrad)
v. SEYDLITZ, Gen. d. Art. u. Kdr. Gen. LI. A. K. (Stalingrad), Präsident des Bundes Deutsch. Offiz., Vizepräsident des Nat. Kom. „Freies Deutschland"
STRECKER, Generaloberst u. ehem. Kdr. Gen. des XI. A. K. (Stalingrad)
HELL, Gen. d. Art. u. ehem. Kdr. Gen. VII. A. K.
VÖLCKERS, Gen. d. Inf. u. ehem. Kdr. Gen. XXVII. A. K.
GOLLWITZER, Gen. d. Inf., ehem. Kdr. Gen. LIII. A. K.
SCHLÖMER, Gen. Lt. u. ehem. Führer XIV. Pz. K. (Stalingrad)
POSTEL, Gen.Lt. u. ehem. Kdr. Gen. XXX. A. K.
MÜLLER (Vinzenz), Gen. Lt. u. ehem. Führer XII. A. K.
HOFFMEISTER, Gen. Lln. u. ehem. Führer XXXXI. Pz. K.
Frhr. von LÜTZOW, Gen. Lt. u. ehem. Führer XXXV. A. K.
Edler v. DANIELS, Gen. Lt. u. Kdr. 376. I. D. (Stalingrad)
MÜLLER Ludwig, General d. Inf. u. ehem. Kdr. Gen. XXXXIV. A. K.
BAYER, Gen. Lln. u. ehem. Kdr. der 153. Feldausbildungsdivision
HITTER, Gen. Lt. u. ehem. Kdr. d. 206. Inf. Div.
BUSCHENHAGEN, Gen. d. Inf. u. ehem. Kdr. Gen. LII. A. K.
BÖHME, Gen.Lt. u. ehem. Kdr. 73. I. D.
v. KUROWSKI, Generallln. u. ehem. Kdr. 110. I. D.
Arno v. LENSKI, Generalmajor u. ehem. Kdr. 24. Pz. Div. (Stalingrad)
LEYSER, Gen. Maj. u. ehem. Kdr. 29. I. D. (mot.) (Stalingrad)
KORFES, Gen. Maj. u. ehem. Kdr. 295. I. D. (Stalingrad)
LATTMANN, Gen. Major u. ehem. Kdr. 14. Pz. Div. (Stalingrad)
NEDTWIG, Generalmajor, ehemlg. Kdr. 454. S. Div.
von DREBBER, Gen. Maj. u. ehem. Kdr. 297. I. D. (Stalingrad)
WEINKNECHT, Gen. Lln. u. ehem. Kdr. 79. I. D.
TESCHNER, Gen. Maj. u. ehem. Kdr. LS-Brig. 1
v. ERDMANNSDORFF, Gen. Maj. u. Kdt. d. Festen Platzes Mogilew
v. DEWITZ gen. v. KREBS, Gen. Maj. u. ehem. K. Kdt. v. Kischinelf
BRANDT, Gen. Maj. u. Bevollm. Offiz. im Rum. Olgeb.
v. BOGEN, Gen. Maj. u. ehem. Kdr. 302. I. D.
CONRADY, Gen. Maj. u. ehem. Kdr. 36. I. D.
von ARENSTORFF, Gen. Mj. u. ehem. Führer 60. I. D. mot.
MUELLER BÜLOW, Gen. Major u. ehem. Kdr. 246. I. D.
Graf v. HÜLSEN, Gen. Maj. u. ehem. Kdr. 370. I. D.
TROWITZ, Gen. Mj. u. ehem. Kdr. 57. I. D.
FRENKING, Generalmajor, Kdr. 282. I. D.
LINDEMANN, Gen. Major, ehem. Kdr. 361. I. D.
GIHR, Generalmajor u. ehem. Kdr. 707. I. D.
STINGL, Gen. Mjr. u. ehem. K. Kdt. Jassy
ENGEL, Gen. Maj. u. ehem. Kdr. 45. Div.
TRONNIER, Gen. Maj. u. ehem. Kdr. 62. I. D.
v. LILIENTHAL, Generalintendant
BUSCH, Gen. Maj., ehem. WO Rumänien
TRAUT, Generallln. u. ehem. Kdeur der 78. Sturm-Div.
DEBOI, Gflt. u. ehem. Kdr. der 44. Division (Stalingrad)
KLAMMT, Gen. Maj. u. ehem. Kdr. 260. I. D.
WULZ, Generalmajor und ehem. Artillerie-Kommandeur IV. A. K. (Stalingrad)
von STEINKELLER, Generalmajor und Kommandeur „Feldherrnhalle"
Dr. RAESS, Generalarzt, ehem. Deutsche Heeresmission Rumänien

Walter Ulbricht –a la izquierda de la foto, en una trinchera soviética– y el escritor Erich Weinert –con el micrófono– fueron los verdaderos organizadores del Comité Nacional. El llamamiento «Al Pueblo y al Ejército» lanzado el 8 de diciembre de 1944 llevaba la firma de 50 generales prisioneros de los soviéticos.

constituyente del Comité Nacional Manuilski y Ulbricht animaron a algunos oficiales prisioneros para que formaran una «Federación de Oficiales Alemanes». Muchos de estos militares eran profesionales. La derrota de Alemania suponía para ellos la pérdida de su trabajo, de su sueldo, de sus privilegios. Y, tras la derrota de Stalingrado, no cabe duda que los oficiales se preguntaban si era posible aún ganar la guerra. De no ser posible, ¿qué pasaría? A mediados de julio de 1943 se formó en el campo de prisioneros de Krasnogorsk, zona 1, un grupo de iniciativa para la fundación de la «Federación de Oficiales Alemanes».

El 16 de agosto de 1943 los oficiales fueron trasladados a la Casa del Comité Nacional en Luniovo. Por oden de Manuilski, los oficiales de los campos de Oranki, Susdal y Yelabuga eligieron sus delegados para esta reunión. Una vez allí el coronel Steidle, más tarde jefe de propaganda del Comité Nacional, hizo un llamamiento, plenamente justificado desde el punto de vista jurídico, para que se pasaran al enemigo. Citó los nombres de los oficiales que ya colaboraban con él. Y recordó que el Ejército Rojo proseguía su avance incontenible.

En Luniovo hizo acto de presencia el general del NKWD, Melnikov, para reunirse a puerta cerrada con los generales alemanes Walther von Seydlitz-Kurzbach, Dr. Otto Korfes y Martin Lattmann.

Entre el 11 y el 12 de septiembre se formó la «Federación de Oficiales» con los generales von Seydlitz, Edler von Daniels, Otto Korfes y Martin Lattmann; coroneles Hans Günther van Hooven y Luitpold Steidle; comandantes Egbert von Frankenberg y Proschlitz; capellanes Schröder y Kayser; miembro del consejo de guerra Knobelsdorff-Brenkenhoff y teniente Gerlach. Inmediatamente Erich Weinert integró a los oficiales en la directiva del Comité Nacional Alemania Libre. Por declaraciones posteriores de Seydlitz se sabe que aquella noche, en Luniovo, Melnikov ofreció en nombre del Gobierno soviético las siguientes garantías:

Para el caso de que mediante la acción de la Federación de Oficiales Alemanes, el mando militar o el pueblo alemán se rebelara contra Hitler, poniendo fin a la guerra antes de que ésta tuviera por escenario suelo alemán, la Unión Soviética garantizaba:

1. La existencia del Reich alemán con las fronteras de 1938, es decir Austria incluida.
2. La existencia del Ejército alemán.
3. La renuncia a la bolchevización de Alemania dando paso a un gobierno democrático burgués, aliado del Este mediante el oportuno tratado.

Hay que subrayar que estas garantías se dieron sólo verbalmente.

Pena de muerte en rebeldía

El 1 de diciembre de 1943 Stalin, Churchill y Roosevelt se pusieron de acuerdo en Teherán en aceptar tan sólo la rendición sin condiciones de Alemania. Pese a que Erich Weinert reconoció la existencia de una nueva situación, el Comité Nacional siguió refiriéndose en su propaganda a una Alemania Libre. En sus llamamientos, octavillas, emisiones de radio, en toda su propaganda dirigida a los soldados del frente oriental y al pueblo alemán entero seguía exigiendo que depusieran las armas ante las tropas soviéticas. El periódico «Freies Deutschland» publicaba fotos de los miembros del Comité nacional con brazaletes de los colores nacionales: negro, blanco, rojo entre otros, aparecía en ellas el presidente de la Federación de Oficiales del Comité von Seydlitz, vicepresidente del Comité Nacional Alemania Libre. Hitler le hizo condenar a muerte en rebeldía. Los mariscales alemanes publicaron el 18 de octubre de 1944 una declaración en el «Völkischer Beobachter»:

«Nosotros, los mariscales alemanes, nos sentimos seriamente preocupados e indignados ante la noticia de que el general de Artillería von Seydlitz-Kurzbach ha traicionado nuestros ideales. Con ello, poniéndose al servicio del enemigo apuñala por la espalda a los combatientes del frente oriental. A todos nosotros nos conmueve profundamente que haya sido capaz de faltar a las promesas de fidelidad que os hiciera, *Führer*. Sabemos, *Führer*, que se trata de un hecho aislado. Mas no por ello nos sentimos menos obligados a manifestaros públicamente en nuestro nombre y en el nombre de todos los oficiales de las distintas armas que hemos roto todos los lazos con el traidor. Que su nombre sea cubierto para siempre de vergüenza.»

El 8 de diciembre de 1944 respondieron a este escrito 50 generales encabezados por el mariscal Paulus, desde los campos soviéticos de prisioneros, con un llamamiento al pueblo alemán «movidos por la profunda preocupación del futuro del pueblo y de nuestra sagrada patria»: «Pueblo alemán, levántate y sálvate. Libérate tú mismo. Pon fin a la guerra.» La firma de Paulus al pie del escrito resultaba especialmente embarazosa. Por orden de Hitler, el mariscal había instigado al Ejército 6 para que permaneciera en Stalingrado. El 29 de enero de 1943 Paulus había enviado el siguiente telegrama: «El Ejército 6 saluda a su *Führer* en el aniversario de su ascensión al poder. Todavía ondea la cruz gamada sobre Stalingrado. Ojalá que nuestro combate sirva a las presentes y futuras generaciones como ejemplo de que no se debe capitular ni aun en las situaciones más desesperadas: así Alemania vencerá. Heil mi *Führer*. Paulus». A continuación el mariscal dio a conocer a los soviéticos, por medio del general Schmidt, que dirigía las negociaciones, su deseo «de ser considerado como una persona particular y no tener que recorrer a pie las calles de la ciudad».

La Federación de Oficiales Alemanes integrada en el Comité Nacional se solidarizó con la nota siguiente: «Todo cuanto se dice en Alemania a propósito de los sufrimientos de los prisioneros de guerra es mentira. Debido a ello, nosotros, generales y oficiales alemanes, nos creemos obligados a publicar la siguiente declaración al efecto: La jornada de trabajo comprende 8 ó 9 horas, los domingos por lo general no se trabaja. El estado de salud de los prisioneros es bueno por término medio y la alimentación suficiente. Los prisioneros que trabajan en talleres soviéticos reciben un avituallamiento suplementario.»

Los camaradas del secretariado del Comité Nacional estaban encantados. La declaración entera fue reproducida en el n.º 46 del periódico, acompañada de todas y cada una de las firmas, con objeto de que los prisioneros se enteraran de lo bien que les iba en los campos... El 14 de enero de 1945 el Comité Nacional y la Federación de Oficiales Alemanes se dirigieron conjuntamente por carta al jefe del Grupo de Ejércitos A, general Harpe. En ella exigían «que depusiera toda resistencia ante los soviéticos y volviera sus tropas contra Hitler y las SS. Esta era la conducta que correspondía a un verdadero patriota alemán». Firmaba: «su subordinado, Luitpold Steidle».

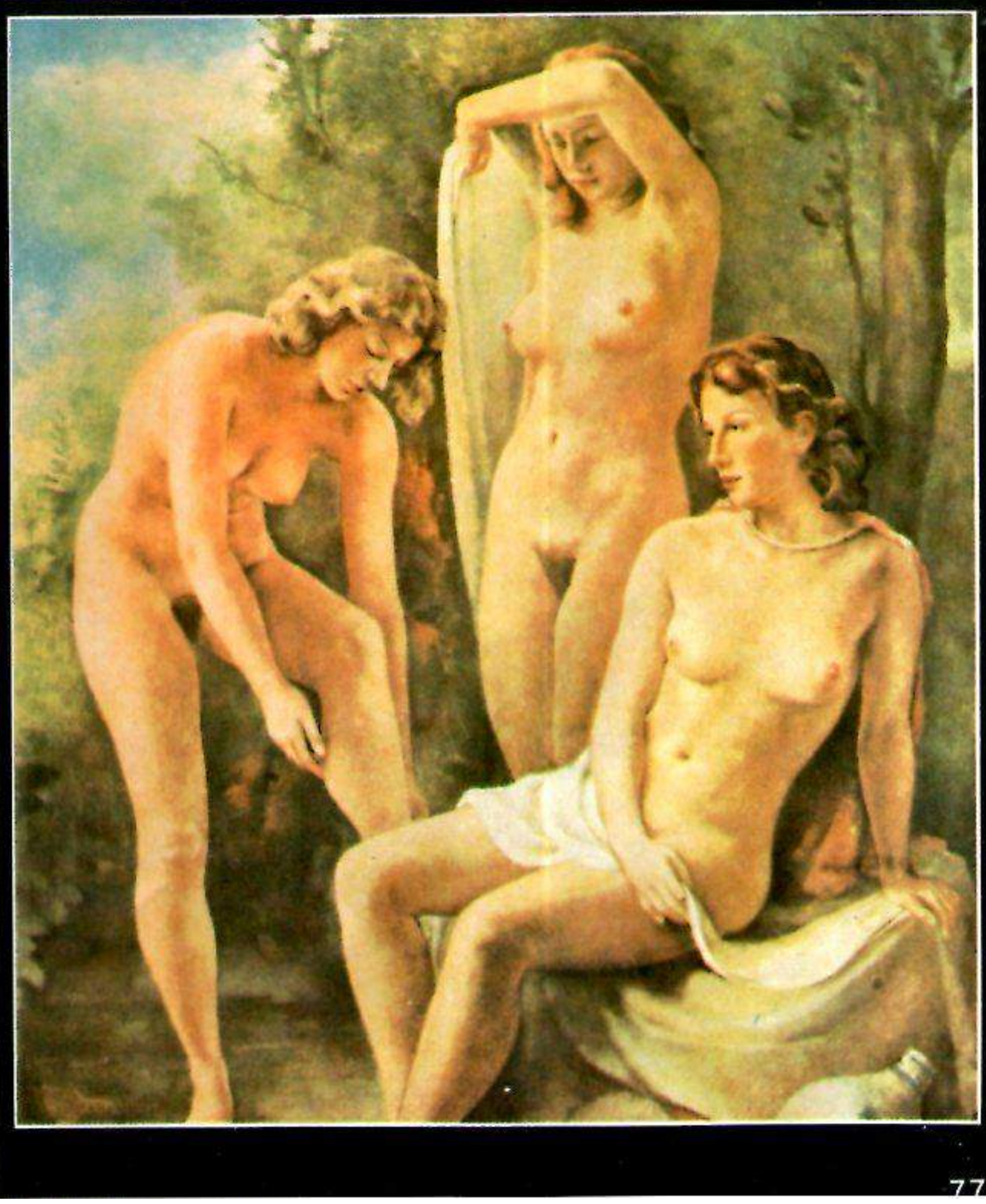
Casi todos los jefes de los Grupos de Ejércitos que operaban en el frente soviético recibieron una carta parecida del Comité Nacional. Ninguno de los destinatarios se dio por enterado. La *Wehrmacht* no rindió las armas, el pueblo no se rebeló. El Ejército Rojo invadió el territorio alemán. Con ello acababan todas las garantías dadas por el Gobierno soviético al Comité Nacional. Garantías verbales y que no se sabe bien si hubieran sido respetadas.

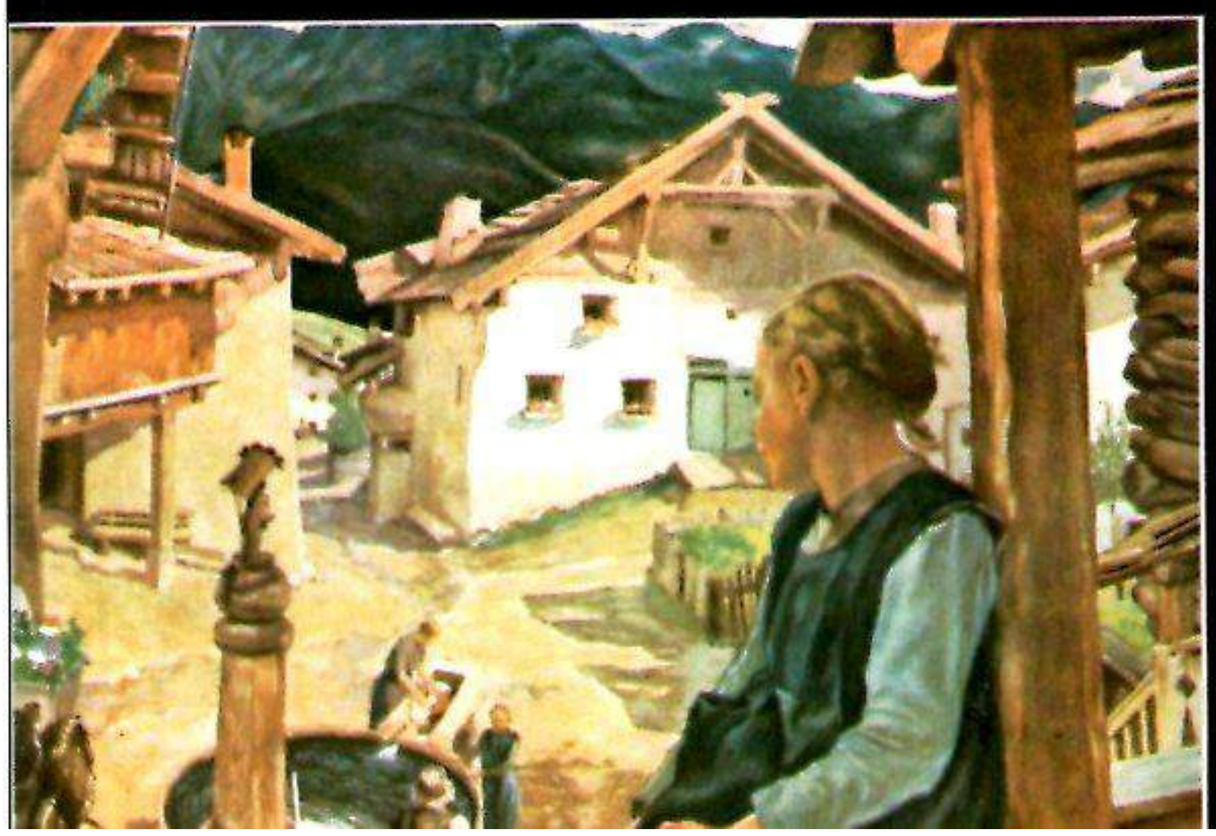
El 26 de abril de 1945, con una emisión de radio dirigida al pueblo de Munich, acabó sus actividades el Comité Nacional. El 2 de noviembre de 1945 se disolvió oficialmente. Erich Weinert se limitó a subrayar que el Comité Nacional no había conseguido sus objetivos.

□

GRAN EXPOSICIÓN ALEMANA DE ARTE MUNICH 1943

El cuadro de Franz Eichhorst *Recuerdo de Stalingrado* (a la izquierda) fue una de las pocas obras de la exposición que glosó el tema de la guerra. Entre más de mil expositores dominaban los típicos temas nazis: ideología, erotismo, idilio. Arriba: *Rechazo de los invasores orientales,* de Ferdinand Staeger. A la derecha: *Bañistas,* de Robert Schwarz. Abajo: *La plaza de la fuente en una aldea de montaña,* de Erwin Puchinger.





LEXICO DE LA II GUERRA MUNDIAL

Panther, carro de combate alemán fabricado en tres versiones. Peso: 43-45,5 toneladas; potencia: 650-700 CV; velocidad: 46 km/h; autonomía: 167-177 km; dotación: cinco hombres; armamento: un cañón de 75 mm. Se empezó a proyectar en 1937 y se probó en 1940. Se fabricaron en total 5508 unidades.

Panther, posición, nombre dado a las fortificaciones del Este que Hitler mandó construir en las inmediaciones del Dnieper y el Desná. Antes de que se pudieran comenzar las obras, el Grupo de Ejércitos Sur tuvo que desalojar las posiciones de la línea Panther: Melitópol, cabeza de puente de Zaporozhe, a mediados de septiembre de 1943. El 21-IX-1943 las tropas soviéticas del Frente central rebasaron las aún no construidas fortificaciones del Dnieper. Según los partes del Grupo de Ejércitos Norte, las tropas alemanas volvieron a la posición Panther el 18-II-1944 (Narva, lago Peipus, Pleskau, Opochka) y se mantuvieron en ella hasta el 12-VII-1944.

Panzerkampfwagen III, carro de combate alemán fabricado en 13 versiones diferentes. Peso: 15-22,3 toneladas; potencia: 230, 300, 320 CV; velocidad: 32 y 40 km/h; autonomía: 150-175 km; dotación: 5 hombres; armamento: cañones de 37 - 50 - 75 mm. En 1935 se comenzó a proyectar, se ensayó en 1937 y en 1938 se inició su fabricación en serie. En total se construyeron 15.350 carros de este tipo.

Panzerkampfwagen IV, carro de combate alemán construido en 10 versiones. Peso: 17,3 - 25 toneladas; potencia: 250, 300, 350 CV; velocidad: 30-42 km/h; autonomía: 150-300 km; dotación: 5 hombres; armamento: un cañón de 75 mm. Proyectado en 1934, se comenzó a fabricar en 1936. Hasta 1945 se construyeron 8003 carros de este tipo.

Panzerschreck, lanzacohetes contracarros alemán. Calibre: 88 mm; peso: 9,5 kg; longitud: 1,35 m. El proyectil, de 3,3 kg, era lanzado mediante un sistema eléctrico y poseía un plano de estabilidad que le garantizaba un vuelo perfecto. Los carros podían ser combatidos con éxito incluso a una distancia de 200 m. Normalmente el «Panzerschreck» era servido por dos hombres pero también podía dispararlo uno solo.

Papen, Franz von, político alemán. Nació en Werl el 2-X-1879 y murió en Obersasbach el 2-V-1969. Entre 1921 y 1932 diputado del Centro en el Parlamento de Prusia. El 1-VI-1932 sucedió a Brüning como canciller sin disponer de mayoría. Perdió su puesto el 3-XII-1932, entregando el poder a Kurt von Schleicher. Hasta julio de 1934 vicecanciller del gabinete Hitler. Sus intentos de soslayar a Hitler fracasaron rotundamente. Perdió su puesto tras el golpe contra Röhm el 30-VI-1934 y fue nombrado, tras del asesinato de Dollfuss, primero encargado de Negocios y, después, embajador en Viena. Desde abril de 1938 a agosto de 1944 embajador en Turquía, a la que debía impedir entrar en la guerra al lado de los Aliados. Declarado inocente de los crímenes de guerra por el Tribunal de Nuremberg en 1946, pero condenado a 8 años de campo de trabajo por un tribunal ordinario. Puesto en libertad en 1949.

París, capital de Francia. En 1940 tenía 2,9 millones de habitantes. Ocupada por la División de Infantería 87 alemana el 14-VI-1940. Bombardeada por los Aliados en marzo de 1942 y abril de 1943. El 25-VIII-1944 el general von Choltitz, comandante supremo, entregó la ciudad. El mismo día se realizó la entrada triunfal del general De Gaulle.

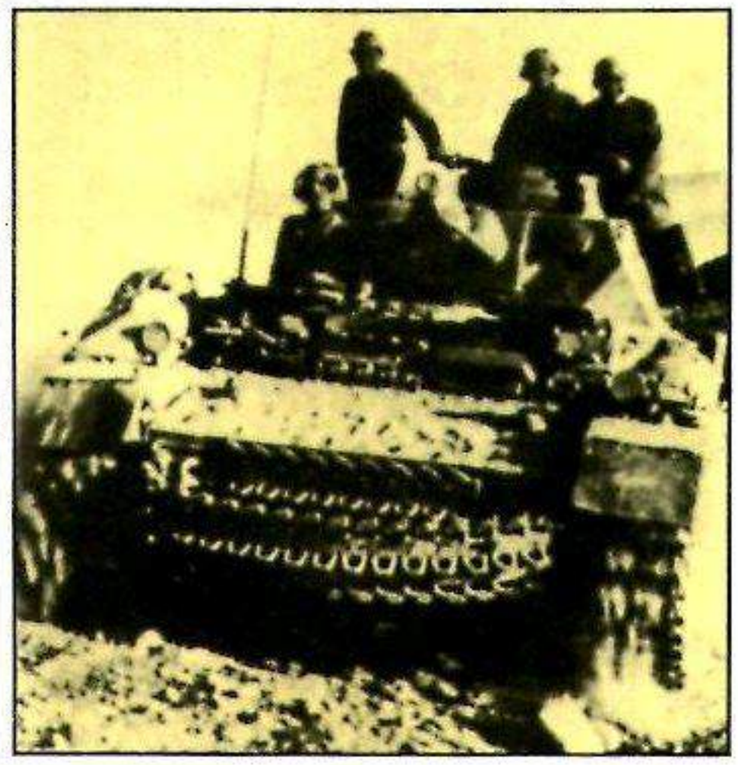
Partisanos, guerra de, combates realizados por guerrilleros detrás de la línea del frente. Durante la segunda Guerra Mundial se hizo sentir la actividad de los guerrilleros, sobre todo en la Unión Soviética, en los Balcanes y aun en los territorios occidentales, contra las tropas alemanas de ocupación; se sucedieron los actos de sabotaje y los ataques contra las tropas en la retaguardia. No reconocidos como soldados regulares en las conferencias de La Haya en 1899/1907, sí lo fueron en la convención de Ginebra de 1949 a condición de que sus principios no se aparten de los de un cuerpo de voluntarios. Los guerrilleros deben tener un jefe responsable y vestir de uniforme o llevar emblemas fácilmente reconocibles, así como portar sus armas a la vista y respetar las leyes de la guerra.

Friedrich Paulus

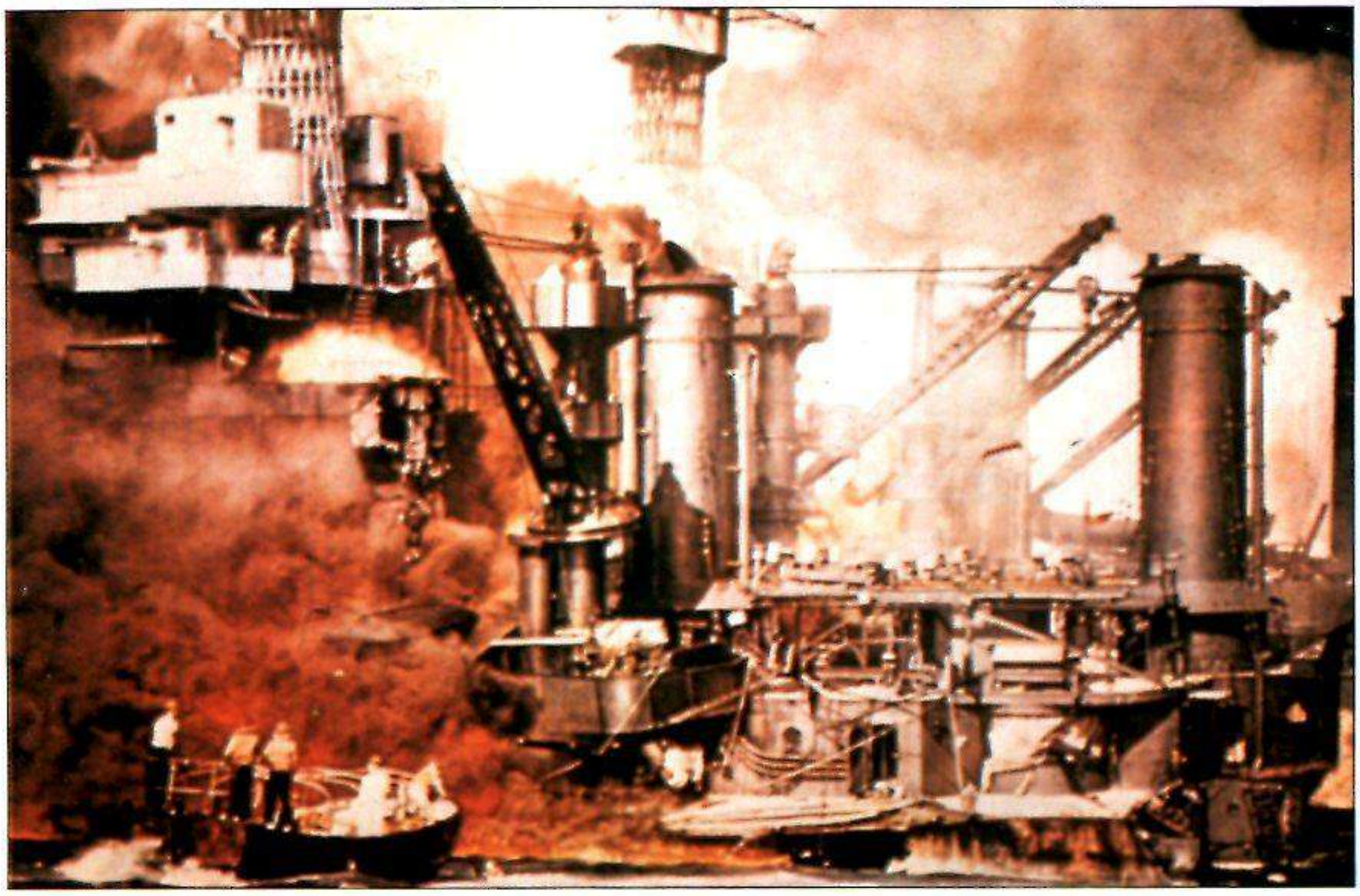
Patton, George S., general norteamericano. Nació en San Gabriel (California) el 11-XI-1885 y murió en accidente de automóvil el 21-XII-1945 en Mannheim. Fue uno de los grandes tácticos en la guerra de los blindados del lado aliado. En 1942/1943 mandó el Cuerpo de Ejército II estadounidense en el Norte de África; en julio del 43 jefe del Ejército 7; en 1944 tomó parte en la invasión al frente del Ejército 3, con el que llegó hasta Checoslovaquia. Fue ascendido a general de cuatro estrellas en julio de 1945 y hasta su muerte fue gobernador militar de Baviera.

«Paukenschlag», nombre dado a las operaciones de los submarinos alemanes ante la costa americana desde el 11-I-1942. Hasta finales del mismo mes siete submarinos consiguieron echar a pique a 23 barcos mercantes.

Paulus, Friedrich, *Feldmariscal* alemán. Nació en Breitenau el 23-IX-1890 y murió en Dresde el 1-II-1957. El 1-IX-1939 jefe del Estado Mayor del Ejército 10. El 26-X-1939 jefe del Estado Mayor del Ejército 6. El 39-V-1940 intendente en el Estado Mayor del Ejército. El 1-I-1942 general de tropas acorazadas y jefe del Ejército 6. Cercado con sus tropas en Stalingrado y fracasados los esfuerzos por abrir brecha, tuvo que capitular y fue hecho prisionero el 31-I-1943. Un año más tarde pasó a formar parte del «Comité Nacional de la Alemania Libre» de inspiración comunista. En la primavera de 1946 fue testigo soviético en el proceso de Nuremberg. Puesto en libertad en 1953, fijó su residencia en Dresde.

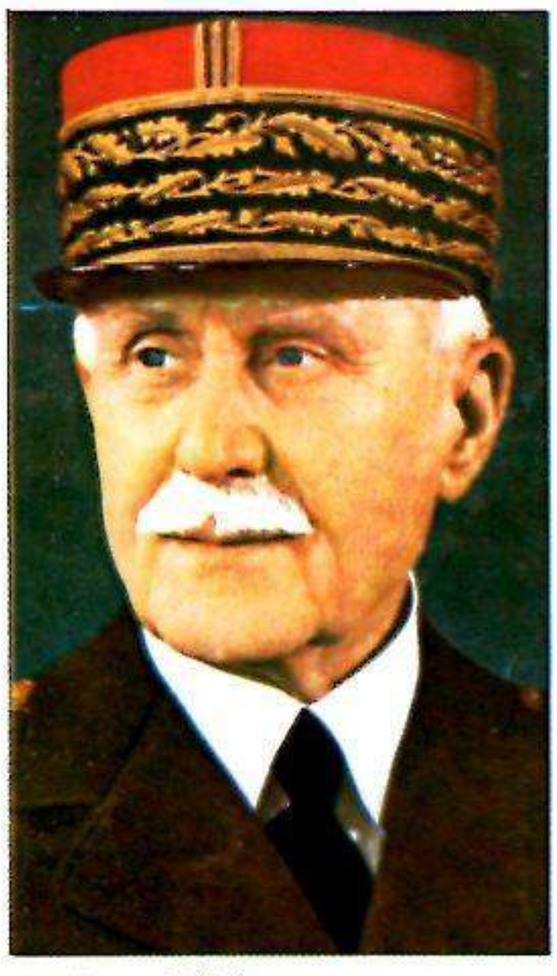


Los carros alemanes recuperaron pronto su ventaja (a la izquierda el «Panther» y a la derecha un «Panzer IV»).



Pearl Harbor en llamas. Los pilotos japoneses han dado en el blanco. La guerra de Europa se convierte en guerra mundial.

Pavelic, Ante, político croata. Nació en Bradina el 14-VIII-1889 y murió en Madrid el 28-XII-1959. Pavelic dirigió a partir de 1929 desde Italia el movimiento «Ustacha» que operaba en Croacia en favor de la independencia del país. Tras la ocupación de Yugoslavia por las tropas alemanas en abril de 1941, Pavelic, fue nombrado jefe del Estado Independiente de Croacia. Mediante la sangrienta persecución de servios, judíos y mahometanos Pavelic intentó cimentar la unidad del nuevo Estado. Huyó a Austria en 1945. Fue condenado a muerte (en ausencia) en Yugoslavia. En 1948 organizó en Argentina un gobierno croata en el exilio y en 1957 fijó su residencia en Madrid.



Philippe Pétain

Pe, abreviatura para designar el avión de combate del constructor soviético Vladimir M. Petliakov. El bombardero *Pe-2* fue uno de los mejores y más conocidos de la segunda Guerra Mundial; se fabricaron de este tipo 11.426 aparatos. Propulsión: 2 motores de 1210 CV; velocidad: 581 km/h a 5000 m de altitud; autonomía: 1770 km; armamento: 4 ametralladoras de 7,62 mm y 2 de 12,7 mm; capacidad máxima de transporte de bombas: 1000 kg; dotación: 3 hombres. En el verano de 1941 entró en combate durante un ataque nocturno contra Berlín el cuatrimotor *Pe-8*, del que se fabricaron muchos menos ejemplares. Tenía un gran radio de acción y estaba indicado para el bombardeo de objetivos alejados. Realizó misiones de correo a Gran Bretaña y EE UU. Propulsión: 4 motores de 1350 CV; velocidad: 438 km a 7600 m de altitud; altitud máxima: 9750 m; autonomía (con 2000 kg de bombas): 9445 Km.

Pearl Harbor, base principal de la flota americana del Pacífico en Hawai. Atacada por 335 aviones japoneses en dos oleadas consecutivas el 7-XII-1941, iniciándose la guerra entre Japón y los EE UU. En el puerto de Pearl Harbor los japoneses echaron a pique 5 cruceros y alcanzaron a 3 más y destruyeron muchas embarcaciones de menor calado, además de hangares, depósitos y 188 aviones que no tuvieron tiempo de despegar. La flota americana perdió 2403 hombres y otros 1178 resultaron heridos. Los atacantes perdieron 29 aparatos y 55 hombres.

Peenemünde, localidad pesquera alemana en la península de Usedom. Desde 1936 funcionó en ella el centro de investigación de cohetes del Ejército bajo la dirección de W. Dornberger y W. von Braun. El 3-X-1942 primer éxito con el lanzamiento de un cohete tipo *A-4*. El 18-VIII-1943, 600 aviones de la RAF atacaron el centro de Peenemünde, resultando muertas 735 personas, lo que no impidió que se siguiera adelante con el plan de fabricación del *A-4 (V2)*.

Pennsylvania, acorazado norteamericano. Entró en servicio el 12-VI-1916. Datos: 33.100 toneladas; 21 nudos de velocidad; 185,3 m de eslora; 32,4 m de manga; 2290 hombres de dotación; armado con 12 cañones de 35,6 mm y 16 antiaéreos de 12,7 mm. Fue alcanzado en el bombardeo de Pearl Harbor. Reparado y reconstruido volvió al servicio en las Aleutianas y más tarde, reconstruido de nuevo, en agosto de 1943 tomó parte en distintas operaciones anfibias desarrolladas en el Pacífico. El 12-VIII-1945 torpedeado por los japoneses. Posteriormente sirvió de blanco para ejercicios de tiro y fue hundido el 10-II-1948.

«Pequeños medios de combate», nombre que daba la Marina de guerra alemana a los pequeños submarinos, a los torpederos unipersonales y a las pequeñas embarcaciones cargadas de explosivos, todos ellos métodos preparados en 1943 para detener la esperada invasión. Los torpederos dobles «Neger» y «Marder» conducían y hacían explotar en el objetivo señalado el torpedo que transportaban. Los submarinos «Biber» y «Molch» –unipersonales– y el «Seehund» –bipersonal–, podían permanecer 5 días en el agua a una

Después del ataque japonés: graves daños en el «Pennsylvania».

velocidad de 6 nudos; el bote «Linse», cargado con 400 kg de explosivos, podía moverse a una velocidad de 35 nudos y el «Tornado», especie de hidroavión transportado con una *V1*, desarrollaba una velocidad de 90 km/h con 700 kg de explosivos.

Pétain, Philippe, mariscal y político francés. Nació el 24-IV-1856 en Cauchy-à-la-Tour y murió en la isla de Yeu el 23-VII-1951. Durante la primera Guerra Mundial defendió con éxito Verdún. Después tuvo a su cargo importantes destinos militares y puestos políticos. Tras el comienzo de la ofensiva alemana en el Oeste, el 10-V-1940, fue nombrado vicepresidente del gabinete Reynaud, del que pasó a ser sucesor el 17-VI-1940, con objeto de aprovechar su popularidad en el momento de la inevitable capitulación. Dirigió el Gobierno desde Vichy y se inclinó a la colaboración con los alemanes, intentando con ello paliar en lo posible las consecuencias de la ocupación. Al retroceder los alemanes lo llevaron a Sigmaringen. Pétain se entregó a la Justicia francesa el 26-IV-1945. Fue condenado a muerte por colaboracionista. Indultado por De Gaulle fue internado en la isla de Yeu.

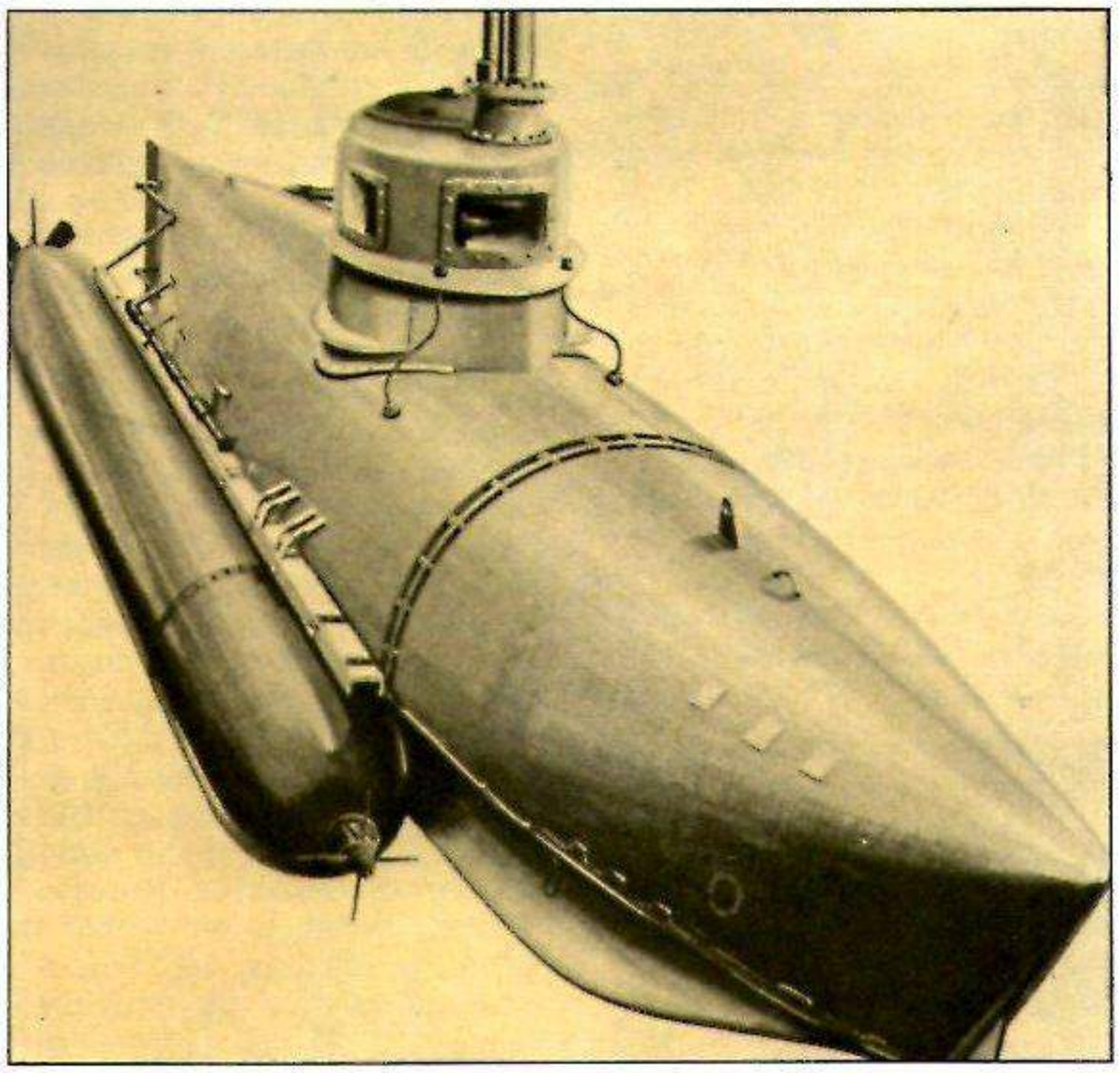
Petrov, Iván Yefimovich, general soviético. Nació el 30-IX-1896 y murió el 7-IV-1958. Se incorporó al Ejército Rojo en 1918. Del 5-X-1941 al 4-VII-1942 mandó el Ejército de Costas (Odesa-Crimea). Del 16-III al 13-V-1943 fue jefe del Estado Mayor del Frente del Cáucaso septentrional, que pasó a mandar del 13-V al mes de noviembre de 1943. De agosto de 1944 a marzo de 1945 estuvo en el Frente de Ucrania. 1945-1952 jefe del distrito militar de Turkestán. 1952-1958 destinado al Ministerio de Defensa.

«Do 335 Pfeil», llamado por los pilotos «oso hormiguero».

Pfadfinder (explorador), nombre dado al aparato de cabeza de una formación de bombarderos. Los *Pfadfinder* disponían de especiales instrumentos electrónicos de navegación y sus dotaciones eran cuidadosamente elegidas. Guiaban a las formaciones hasta el lugar preciso y cuidaban de eliminar y marcar los objetivos que debían ser bombardeados. Su primera actuación fue con la escuadrilla 100, que el 14-XI-1940 realizó el ataque nocturno contra Coventry; estaban dotados de radar (tipo X) que facilitaba el lanzamiento automático de las bombas. Del lado aliado se creó el 15-VIII-1942 un cuerpo similar en la RAF; y también la 8.ª Fuerza aérea norteamericana utilizó el radar para sus ataques diurnos. La defensa antiaérea alemana se preocupó siempre de irritar y confundir a los «exploradores» enemigos.

Pfeffer-Wildenbruch, Karl, general alemán de las Waffen SS y general de la policía. Nació el 26-VI-1888 y murió el 29-I-1971. Comandante de la División de policía SS durante la batalla de Francia. 1941-1943 jefe del departamento de la policía colonial en el Ministerio del Interior. Después jefe del Cuerpo de Ejército VI de las Waffen SS (letones). 1944 jefe de las Waffen SS en Hungría. A principios de diciembre de 1944 fue nombrado jefe del Cuerpo de Ejército IX de Montaña SS y comandante de la *Wehrmacht* en Budapest. El 11-II-1945 fue ocupado Budapest y Pfeffer-Wildenbruch hecho prisionero por los soviéticos. Liberado en 1955.

«Pfeil», nombre dado al caza *Dornier Do 335.* Avión no convencional, de doble propulsión y hélices en la proa y la cola.



Pequeños medios de combate de la Marina de guerra: el bote «Linse» (izquierda) y el submarino de bolsillo «Biber» (arriba).

Velocidad: 775 km/h (la más importante de las desarrolladas en aparatos de este tipo). Se ensayó en el otoño de 1943 y se construyeron prototipos de 21 series, que no llegaron a utilizarse. Datos de la serie *Do 335 A-1*: dos motores de 1800 CV; velocidad máxima de 763 km/h a 6400 m de altitud; autonomía: 1380 km; altitud normal de vuelo: 11.400 m; armamento: 2 cañones de 20 mm.

«Plan general Este», proyecto de Heinrich Himmler, aprobado el 12-VI-1942. Según este plan, una vez los alemanes lograsen la victoria final, los habitantes de Europa oriental serían trasladados en masa a Siberia. Los porcentajes fijados para esta operación fueron: 85 % de los polacos, 65 % de los ucranianos, 75 % de los rusos blancos y el 50 % de los checos.

Pfeilkreuzler, partido fascista húngaro fundado en 1936 por F. Szálasi, que preconizaba la colaboración con Alemania y que, tras el abandono del poder por parte de Horthy en el otoño de 1944, constituyó un Gobierno dictatorial con el fin de proseguir la lucha contra el bolchevismo al lado alemán. Esta decisión costó innumerables víctimas.

Pío XII (Eugenio Pacelli), pontífice desde el 2-III-1939. Nació en Roma el 2-III-1876 y murió en Castelgandolfo el 9-X-1958. Nuncio en Baviera en 1917 y desde 1920 para todo el Reich. En 1929 cardenal. En 1930 cardenal secretario de Estado.

Tomó parte decisiva en la negociación del Concordato firmado con el Reich en 1933, por el que trató de conseguir la independencia de la Iglesia respecto del Estado a cambio de que la Iglesia no se mezclara en la política. Pese a algunas protestas que formuló contra los nazis, se le reprochó después de la guerra el haber demostrado poco valor contra el fascismo y el nazismo.

¿Qué pasó en Africa?

Con la capitulación del Grupo de Ejércitos germano-italiano de África, en los días 12 y 13 de mayo de 1943, se cerró un episodio de la segunda Guerra Mundial: episodio que abarcaba tres años, sobre cuyo sentido o sinrazón se discute aún hoy. La intervención alemana con unidades acorazadas y ligeras en el Norte de África, en febrero de 1941, ¿fue una medida adecuada e indispensable? ¿Existió alguna vez la oportunidad de poder prevalecer a la larga en este frente bélico, situado en la costa mediterránea de África?

A finales del verano y durante el otoño del año 1940 se perfiló un espíritu de lucha, aparentemente irrefrenable del régimen fascista italiano tras la entrada de Roma en la guerra contra Francia y Gran Bretaña. Partiendo del África oriental italiana (Etiopía), las tropas fascistas conquistaron la Somalia británica, débilmente defendida. En septiembre de 1940 el mariscal Graziani comenzaba desde Libia una ofensiva contra Egipto. En octubre del mismo año, Mussolini dirigía el ataque contra Grecia, sin que hubiese razones para ello. La contraofensiva británica, en diciembre de 1940, condujo a la derrota del ejército de Graziani, y Libia casi se perdió. Al tiempo la ofensiva italiana se intensificaba en la frontera griega. Subsistía, no obstante, el peligro de que Inglaterra, que contaba con una poderosa flota muy cerca de la costa siciliana, en la importante base naval y aérea de Malta, decidiese intervenir en Italia. Los italianos no habían podido conservar Libia por sus propias fuerzas y no era descabellado imaginar una posible invasión inglesa sobre Sicilia y el Sur de la península. Al mismo tiempo caería en poder de Gran Bretaña, o de los franceses libres, cuya causa habían hecho suya los ingleses, el inmenso imperio colonial francés en el Norte de África, controlado aún oficialmente por el Gobierno de Vichy, dependiente de Alemania. Si el Tercer Reich hubiese esperado más tiempo sin intervenir en los Balcanes ni en el Norte de África, se habría precipitado con toda seguridad la caída del fascismo italiano y no se habría retrasado este fenómeno hasta finales de julio de 1943. El significado que esta caída de los fascistas en Roma hubiera podido revestir para la marcha de la guerra y su duración es algo que resulta difícil de interpretar. Los acontecimientos tomaron otros derroteros.

La victoria o la derrota definitiva en el Norte de África era de vital importancia tanto para los Aliados como para las potencias del Eje. Reproducimos un cartel francés que se refiere al final de un combate entre carros acorazados: «Queda garantizada la caída de los dictadores».

El *Führer* del movimiento nacionalsocialista no podía soportar la caída del *Duce* del fascismo, Mussolini. En consecuencia determinó lanzarse sobre Grecia cruzando con su Ejército 12 por el reino amigo de Bulgaria –aunque era enemigo de una operación tan absurda como ésa– y resolvió asimismo enviar un cuerpo expedicionario al Norte de África para remediar lo peor: la pérdida del África septentrional italiana. Todo esto se producía en un momento en el que ya estaba todo listo para la gran «cruzada» contra la Unión Soviética.

En un principio la alternativa había sido ésta: lucha contra Gran Bretaña en el Mediterráneo y en el Próximo Oriente, con todos los efectivos disponibles, o aplicación de la «solución del Este»; es decir, guerra contra la Unión Soviética. Una gran lucha en el Mediterráneo habría significado la toma de los caminos hacia Gibraltar y Malta con el fin de quebrantar el predominio inglés en la zona. La acción contra Gibraltar fracasó por la negativa española a colaborar en el plan. El generalísimo Franco no mostraba ningún interés en dejarse arrastrar por la aventura de Hitler. El problema de Malta seguía en vilo. Los preparativos de un desembarco aéreo no progresaban. Cuando se decidió en el cuartel general del *Führer* el envío del Afrikakorps, en circunstancias desfavorables desde el punto de vista del aprovisionamiento por mar, se pretendía en realidad hacer una cosa sin dejar la otra.

Todas las operaciones germano-italianas contra Egipto, con objetivos muy remotos, adolecían de falta de fuerzas y carencia de perspectivas reales, hasta el punto de que la tropa jamás recibió los efectivos necesarios en el volumen requerido para el ataque o la defensa. Con el desembarco de un cuerpo expedicionario americano en Marruecos y el ataque contra los flancos alemanes desde el Oeste, la situación se volvió desesperada para el Reich en la frontera entre 1942 y 1943. En principio, el Afrikakorps alemán debía luchar contra reloj en condiciones primitivas para lograr un triunfo a largo plazo: la garantía de un aprovisionamiento por mar y aire había fracasado. Sin embargo es digno de anotarse que los combates en el Norte de África, con sus espectaculares batallas de carros blindados y cazas, se llevaron a cabo dentro de la más pura tradición militar de las fuerzas alemanas, británicas e italianas.

Walter Görlitz

FIN DE LA GUERRA EN AFRICA

Los "zorros del desierto" VIII

Atrapado entre los americanos, que atacaban por el oeste, y los británicos, que llegaban por el este, el Grupo de Ejércitos de África defendía su último baluarte en el continente: Túnez. Hitler había prohibido la evacuación. Se preparaba un segundo Stalingrado.

Erwin Rommel parecía vivir a veces de ilusiones. Así ocurrió por ejemplo en el verano de 1942, cuando, tras la conquista de Tobruk, creyó poder llegar hasta el Nilo o incluso hasta el Golfo Pérsico sin necesidad de esperar a que quedasen asegurados los suministros una vez incomunicada la isla de Malta por los ingleses. Sin embargo, a finales de noviembre de 1942 vio con toda nitidez la verdadera situación de su «Ejército acorazado África»:

«Hemos perdido la campaña. Hemos perdido África. Si no se adoptan medidas de salvamento con toda urgencia en Roma y Rastenburg, mis soldados, uno de los ejércitos alemanes más valientes, serán hechos prisioneros.»

Por dos veces había logrado penetrar en el este, partiendo de su posición de Marsa el-Brega, entre Cirenaica y Tripolitania. Dos veces el Ejército 8 británico le había rechazado hasta su punto de partida. Pero ahora la situación había empeorado drásticamente.

No había pasado todavía un año desde la entrada de los Estados Unidos en la guerra, pero ya se hacía notar por todas partes el poder del nuevo enemigo. Los bombarderos yankis *Marauder*, bimotores, se veían por doquier como una plaga asoladora y omnipresente. Los pesados *Liberator* y *Fortress*, atronaban en el cielo africano destrozando sistemáticamente con sus bombas certeras puertos y bases aéreas. Desde el punto de vista del predominio aéreo aliado, Malta era más fuerte que nunca. Los aviones torpederos, los submarinos y los destructores hundían uno tras otro

Convencidos de que alcanzarían la victoria, los soldados alemanes entran en Libia con sus carros de combate (foto pequeña). Veintisiete meses después esa seguridad y aquel sueño habían desaparecido: los restos del ejército de Rommel marchan al cautiverio.

los buques de aprovisionamiento alemanes que aparecían en las inmediaciones. Tan sólo una parte ínfima de los envíos logró alcanzar las costas de África.

El Ejército 8 de Montgomery luchaba ahora con mayor capacidad de ataque, gracias al carro americano *Sherman,* de excelentes condiciones técnicas, al igual que el *Grant.* Las tropas ítalogermanas se encontraban en cambio desangradas y exhaustas. Rommel pensó entonces en un «Dunkerque africano», en un plan de evacuación sin armas pesadas que, tras el repliegue, apenas eran otra cosa que material desgastado convertido en pura chatarra o algunas armas capturadas al enemigo como botín. Trataba sobre todo de salvar a los 70.000 alemanes y a los 80.000 italianos que habían combatido a sus órdenes: «Con ellos podríamos ganar aún batallas en Sicilia o en el sur de Francia y al tiempo evitaríamos la derrota total.»

Derrota, total o no... En todo caso estas palabras eran nuevas en boca de un mariscal del Gran Reich alemán en 1942. Pero Rommel había sido el primero en comprobar las consecuencias de la supremacía aérea de los Aliados, junto con su predominio en cuanto a artillería y carros. Ahora tan sólo le rondaba un pensamiento: regresar a Trípoli o, mejor, a Túnez para salvar lo salvable tomando el camino más corto entre África y Sicilia.

Esto era cada vez más urgente. Se encontraba en África un nuevo enemigo, aún lejos, en el Oeste, pero ya camino de Túnez. El 8 de noviembre de 1942, desembarcaban en Marruecos y Argelia 80.000 soldados americanos y 25.000 británicos bajo el mando del geneal Dwight D. Eisenhower.

En diciembre de 1941, cuando Churchill se encontraba camino de Washington, en puertas ya la entrada de Norteamérica en la guerra, los ingleses presentaron al nuevo aliado, Roosevelt, tres proyectos dentro de un plan conjunto de acción para el futuro. Como primer objetivo y más importante se citaba la entrada en el continente europeo, pero antes los Aliados tendrían que ocupar la costa del Norte de África, «desde Dakar hasta el Levante.»

Cuando Churchill visitó en Moscú a Stalin, en agosto de 1942, estaba a punto de comenzar en el Norte de África la Operación «Torch» (Antorcha). El dictador soviético exigía desde hacía tiempo respecto de sus aliados angloamericanos el establecimiento de un segundo frente en Europa, con el fin de aliviar a su Ejército Rojo. Churchill se vio obligado a alegar que no sería posible por el momento. Stalin no ocultó su desengaño y así se lo haría notar al premier inglés, a pesar de que éste le había dicho: «Si a final de año estamos en posesión del Norte de África podremos asestarle un golpe en el estómago a la Europa de Hitler.» Luego comparó el continente europeo con un cocodrilo:

«Así –dijo–, así atacaremos a la bestia al mismo tiempo por su vientre blando y su duro hocico.»

Este planteamiento encendió los sentimientos «religiosos» del dictador, que prorrumpió en una exclamación piadosa: «Que Dios bendiga esta operación». Entre otros factores que inquietaban a Stalin se incluía asimismo el efecto que podía tener el desembarco en África sobre el resto de Francia, la Francia protegida por los alemanes. Marruecos, Argelia y Túnez todavía pertenecían a la metrópoli francesa y los soldados del Gobierno de Vichy continuaban en los tres países. Pero Churchill le tranquilizó diciendo que De Gaulle no tomaría parte en esta operación. Los soldados de Vichy dispararían quizá contra los gaullistas, pero no contra las fuerzas norteamericanas.

En esto se equivocó Churchill.

Como es sabido el Gobierno del mariscal Pétain se había decidido por una neutralidad benevolente respecto de Alemania tras el estallido de la contienda. Como contraoferta pidió gobernar en el sur de Francia y conservar las posesiones de ultramar. En consecuencia, en los cuarteles del Norte de África había aún estacionadas numerosas divisiones francesas absolutamente intactas.

Carrera hacia Túnez

Con todo, los Aliados no contaban con una resistencia encarnizada. Previamente habían establecido contacto con el comandante en jefe de las tropas francesas en Argelia, Juin, y se lo habían ganado para su causa. Pero intervino un factor imprevisto: un niño enfermo alteró las cuentas que se habían hecho los Aliados. Inmediatamente antes del desembarco de las fuerzas angloamericanas, el jefe supremo de las tropas del Gobierno de Vichy, almirante Darlan, emprendió un vuelo repentino a Argelia: su hijo se encontraba allí enfermo de parálisis infantil. Darlan se hallaba en la plaza como oficial de más alta graduación cuando la Flota aliada comenzó el 8 de noviembre el desembarco ante las costas del Norte de África. Darlan pertenecía a los pocos que habían participado por convicción, y no sólo por necesidad, en la colaboración con los alemanes.

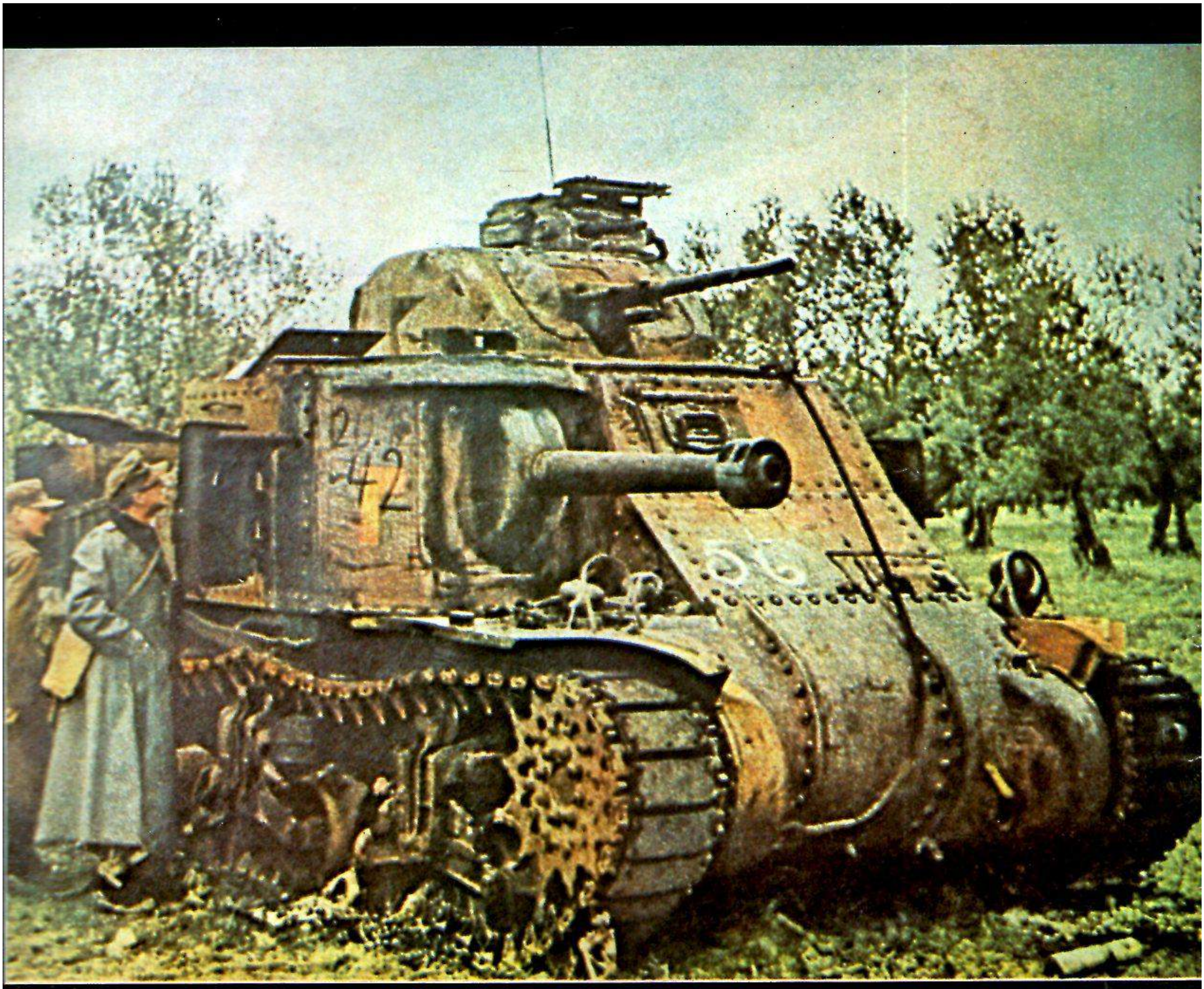
Apenas hicieron acto de presencia los buques aliados, Darlan ordenó abrir fuego contra ellos. Las unidades angloamericanas, que confiaban en una recepción amistosa y hasta habían llevado una banda instrumental para amenizar la operación, se encontraron con la desagradable sorpresa del cañoneo. En aguas de Argel se hundieron dos destructores británicos en el intento de trasladar tropas para la conquista del puerto de la capital. Fueron atacados desde corta distancia por las baterías costeras. El mismo destino corrieron dos pequeños navíos ingleses en Orán. En Casablanca se produjeron enfrentamientos similares.

La mayoría de los comandantes franceses cayeron en un tremendo conflicto de conciencia. Muchos de ellos se sentían interiormente más inclinados hacia los Aliados que hacia las potencias del Eje. Pero las órdenes de su superior eran inequívocas. Con todo, éste alteró su actitud de un modo tan rápido como desconcertante.

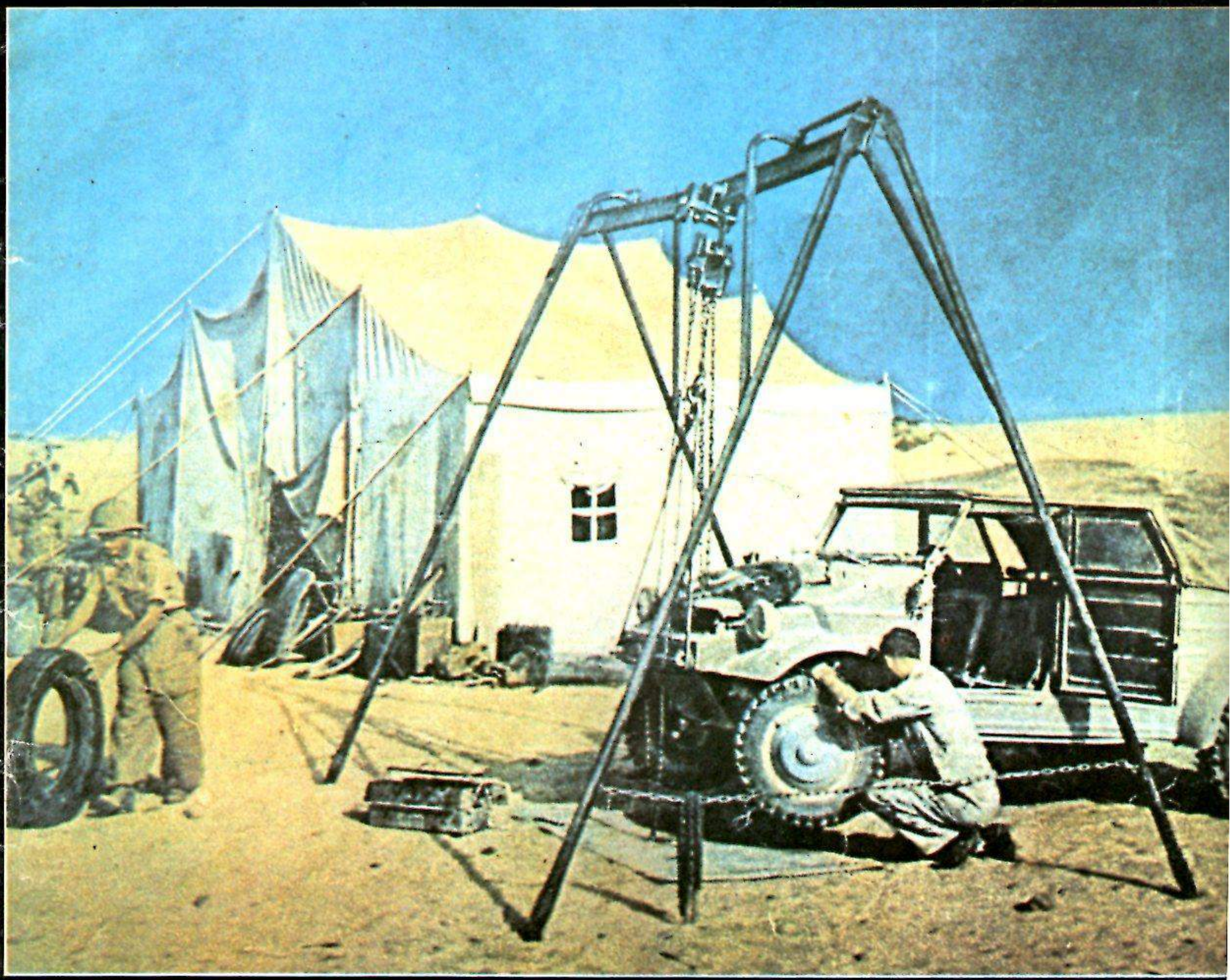
El 10 de noviembre el jefe supremo dio la orden de alto el fuego tras un coloquio con el cónsul general americano en Argel, Murphy, y el general Clark, enviado por Eisenhower. Darlan se encontraba en ese momento en poder de los americanos. Qué ocurrió hasta ese instante no se sabe con precisión. El testigo más importante, Darlan, pereció el 24 de diciembre, asesinado por un joven activista. El asesino fue ejecutado a las 48 horas del hecho, tras un juicio sumarísimo ordenado por el general gaullista Giraud. A un corto vuelo desde Sicilia, en los confines de Tripolitania, que dominaban los carros de Rommel se encontraba en Túnez el «residente general» francés, almirante Estéva. Como fiel servidor del régimen de Vichy levantó en armas a sus tropas cuando el 9 de noviembre tomaron tierra en el aeródromo de la capital, El-Aouina, las primeras tropas alemanas que llegaban al país. Con esta maniobra comenzó una notable campaña de acciones improvisadas. Unidades reducidas, formadas precipitadamente y a duras penas, fueron lanzadas sobre Túnez con el fin de garantizar el «camino hacia Túnez» a los castigados carros de Rommel.

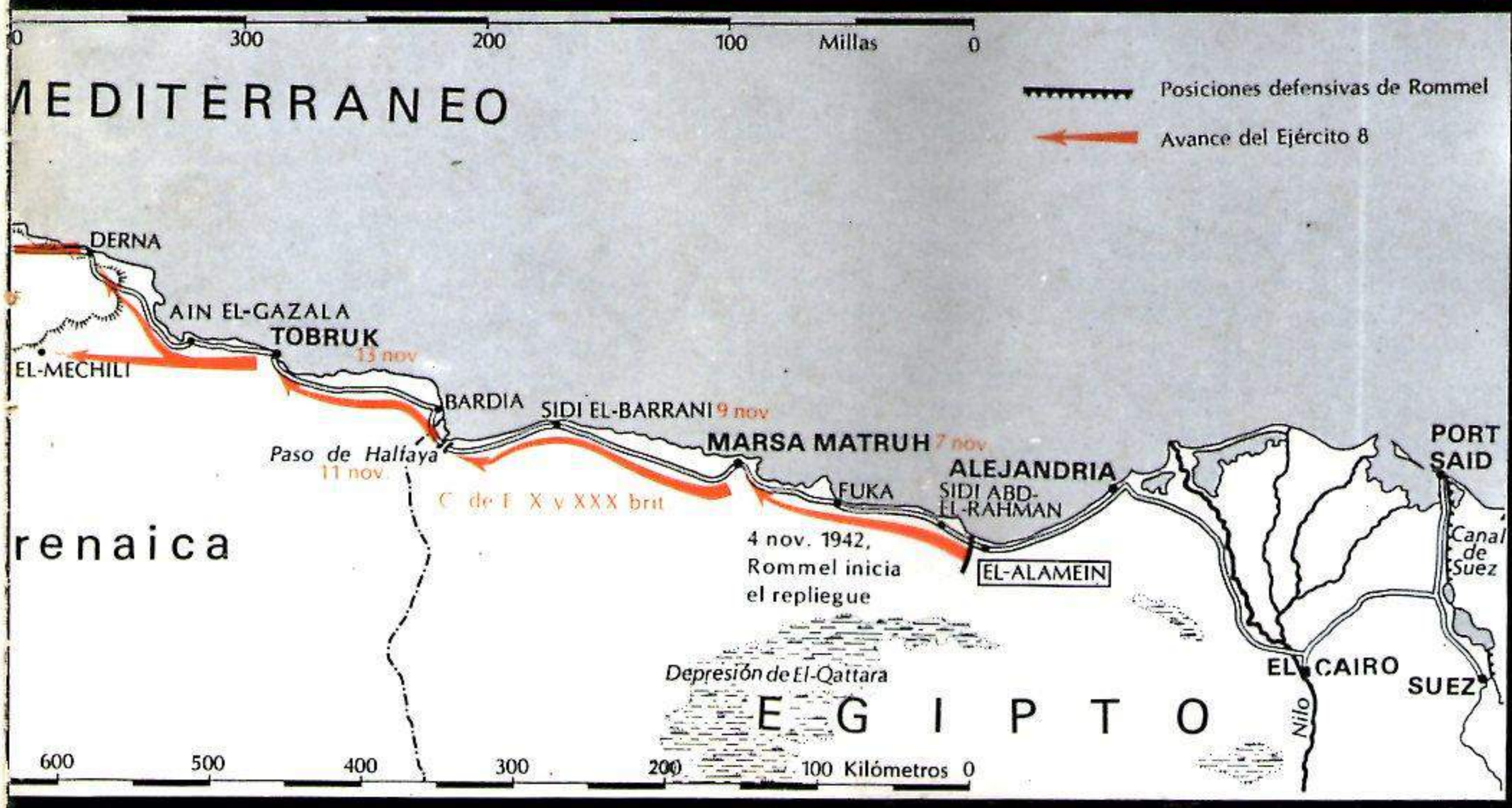
La geografía de este país lo convertía en el último baluarte posible contra las tropas de Eisenhower, que atacaban ya desde el occidente. Los límites occidentales del territorio se extendían por una región abrupta dominada por las dos cadenas montañosas del Atlas, antes de reducir altura en la llanura costera entre Bizerta-Túnez y Sfax, en el sur. Aún más al sur, allí donde un golfo del mar Mediterráneo se interna profundamente en la tierra y la llanura que se extiende al pie del Atlas no ofrece barrera natural alguna, se encuentra la ciudad de Gabès. Para conquistar esta

Provisiones y refuerzos para el Grupo de Ejércitos África. Esta asistencia tan sólo pudo llevarse a cabo al final gracias a los aviones.



Aus: Der Große Atlas zum II. Weltkrieg, Südwest Verlag, München 1975





El material del que disponían los Aliados, sobre todo en la fase final de la guerra, era aplastante en número. La ayuda de Estados Unidos (página de la izquierda, carros americanos) se hacía notar cada vez más. En la parte alemana, por el contrario, se carecía de todo. Los talleres móviles (arriba) no dejaban de trabajar ni un momento.

A pesar del rápido avance de los británicos, Rommel consiguió retirarse en orden hasta Túnez, donde habían desembarcado ya tropas alemanas.

importante plaza, sin la cual no era posible el enlace entre Túnez y las tropas de Rommel en Tripolitania, el Mando alemán no estaba en condiciones de emplear en esos primeros días tan enconados más que un vehículo y la Compañía número 3 de la Guardia del comandante supremo de la zona sur. El hecho de que, a pesar de todo, la operación transcurriese felizmente y con buena estrella ilustra de modo adecuado el estado de la situación:
En Gabès se encontraban unidades sujetas al mando del general francés Barré. Su actitud respecto de los alemanes era en ese momento plenamente hostil. Los doce *Ju 52* de transporte en los que se acercó al aeródromo de Gabès aquella reducida tropa provista de bicicletas se vieron muy pronto sometidos a un intenso fuego de ametralladora y tuvieron que dispersarse. Tan sólo permanecieron en formación los aparatos que llevaban a bordo a los paracaidistas con sus bicicletas. Los pilotos se ocuparon de buscar un lugar de aterrizaje en una depresión de terreno situada al oeste de la carretera de Sfax a Gabès.
Una unidad de reconocimiento partió, se precipitó sobre los vehículos de observación franceses y se lanzó a campo abierto a todo correr. Una segunda unidad, compuesta por siete hombres y el cabo Beder, cayó en poder del enemigo y fue entregada al comandante francés.
El cabo eligió la bravata: «Tengo que comunicarles que el aeródromo debe entregarse. Si no, mañana se producirá un ataque con *Stukas.*»
«Si mañana temprano no aparecen los aviones os haré fusilar», repuso el francés.
Los cazadores perdieron los ánimos cuando, a la mañana siguiente, se les fue a buscar al calabozo. Pero, de repente, atronaron el cielo los motores de varios aviones pesados y el comandante se abalanzó con sus hombres a los vehículos para emprender la huida. Así no pudieron ver que no se trataba de *Stukas* sino de indefensos *Ju.*
Estos aparatos se limitaban a transportar refuerzos. Aliviados por este repentino desenlace, el cabo Beder lanzó al aire bengalas blancas, verdes y blancas: el campo estaba libre de enemigos. Cuando, tres días después, aparecieron por aquellos parajes los primeros carros blindados americanos, los cazadores paracaidistas pudieron detener el avance hasta que llegaron dos batallones de la división italiana Superga.
En esos momentos, mediados de noviembre, no había en Túnez muchas unidades alemanas, pero sí un general: Walther Nehring, antiguo comandante del Afrikakorps, que se recuperaba de sus graves heridas. Su unidad se llamaba oficialmente el «XC Armeekorps», pero apenas pasaba de un débil intento de engañar a los servicios de reconocimiento enemigos. Nehring no había logrado hasta fines de noviembre movilizar ni una sola división. Un regimiento de cazadores paracaidistas. Un batallón de zapadores paracaidistas. Una compañía de reconocimiento acorazada y, como única arma contracarros, una batería de antiaéreos de 88 mm. La *Luftwaffe* contaba con un escuadrón de *Stukas* y parte de un grupo de caza, concretamente del 53. Con estos efectivos variopintos logró Nehring, siguiendo el esquema de la operación de Gabès, ocupar el núcleo del norte de Túnez y Bizerta, así como los pasos y túneles que cruzaban el Atlas en dirección al oeste y la depresión que se extendía a lo largo de la línea costera hasta la frontera libia. Las tropas anglo-americanas quedaron detenidas, como ocurrió con las francesas del general Barré que ahora se habían incorporado ya sin dilaciones a las aliadas. Con todo, quedó de manifiesto que no se podría recurrir eternamente a trucos e improvisaciones. El general Nehring había conocido en su propia carne, en El-Alamein, la potencia devastadora de las fuerzas aéreas aliadas; él mismo había sufrido los efectos de una bomba de aviación que le dejó malherido. Sabía qué le ocurriría a su tropa si el enemigo lograba construir bases cerca del frente.

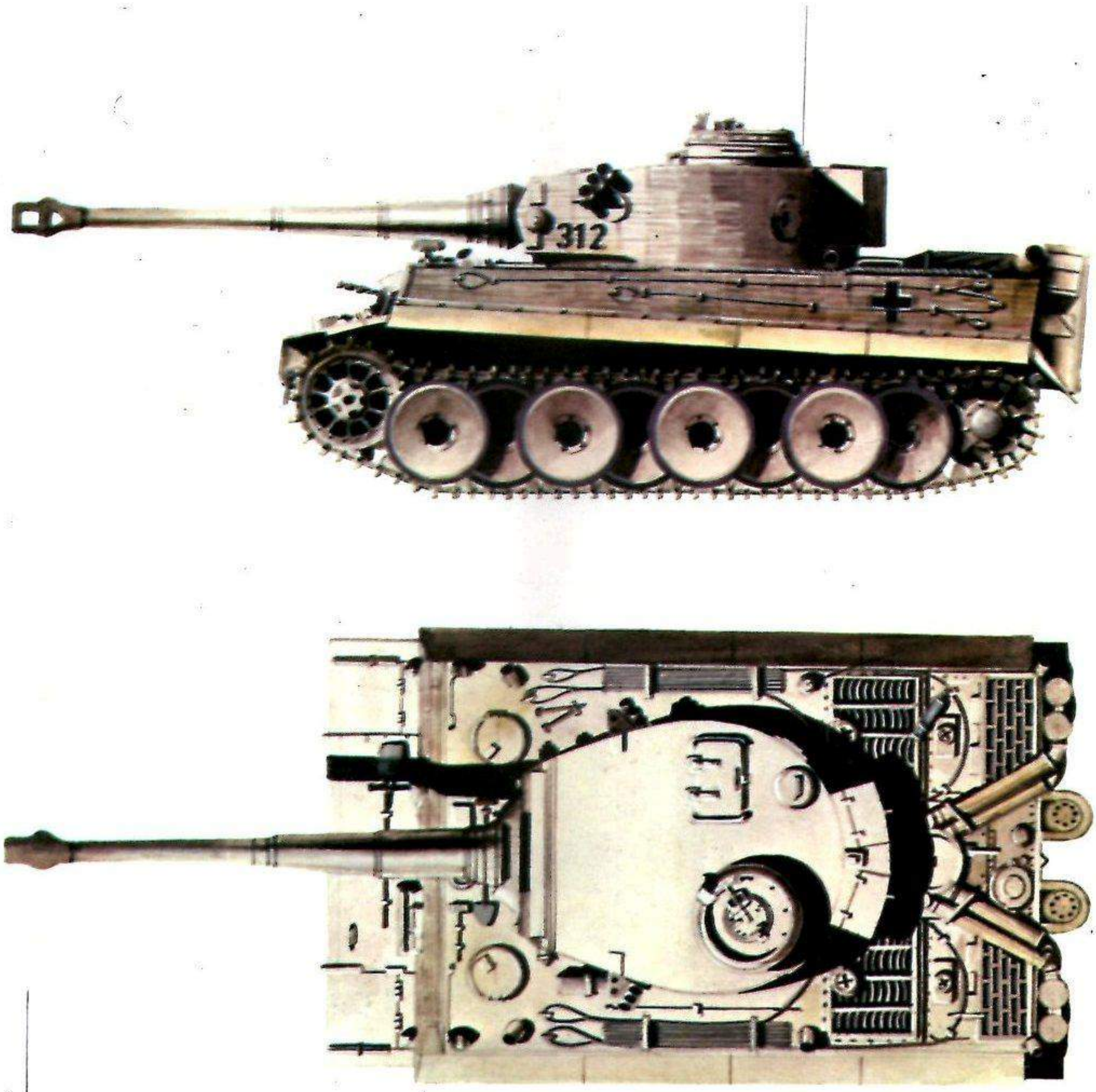
«Es una orden»

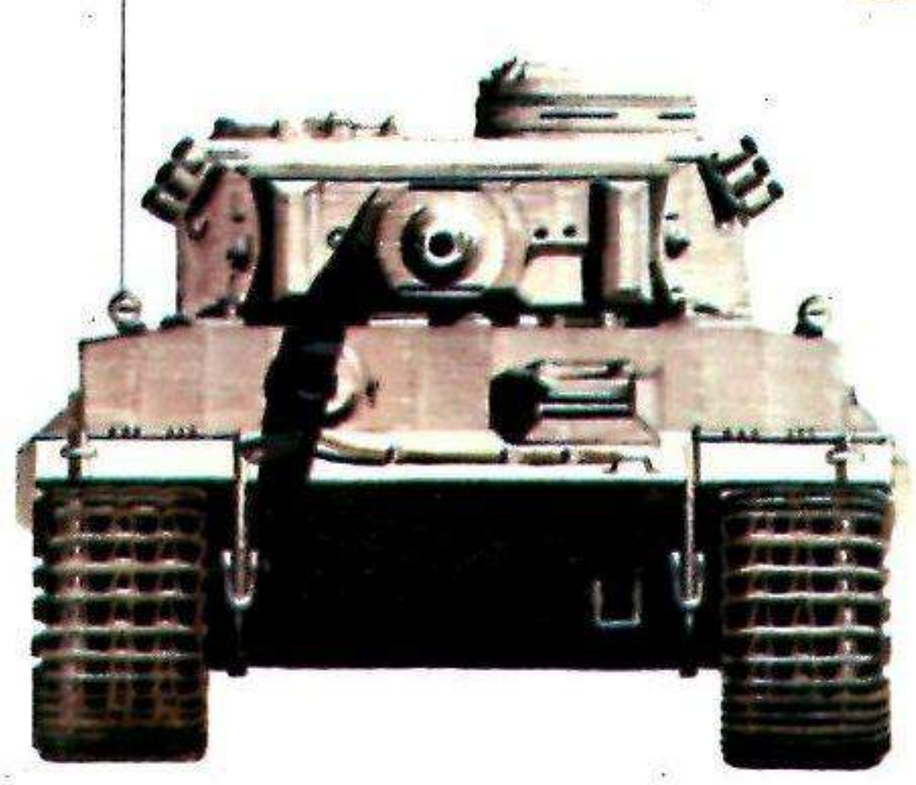
¿Cuáles eran, pues, los planes de Hitler? La cabeza de puente de Túnez, ¿quedaría establecida únicamente para salvar el ejército de Rommel en África?
Las tropas del mariscal se encontraban en ese momento en un estado lastimoso, nuevamente en la posición de Marsa el-Brega. Estaban más que seguras de que Montgomery les concedería un respiro tras el tremendo acoso a que las había sometido a lo largo y a lo ancho de Libia. Pero sólo para concederse un tiempo a la espera de aprovisionamiento y para facilitar un avance de la artillería y de la aviación. Después se lanzaría de nuevo hacia el oeste aún con mayor ímpetu que hasta entonces con el fin de unirse a las fuerzas que mandaba Eisenhower.
El 24 de noviembre se encontraban tres mariscales junto al «Arco dei Filani», la puerta del desierto entre Tripolitania y Cirenaica: Cavallero transmitió a Rommel una orden de Mussolini: había que conservar a toda costa la posición de Marsa el-Brega. A cambio, Rommel exigió la evacuación de Tripolitania. Kesselring trató de mediar, pero fue en vano. No hubo acuerdo. Cuatro días después Rommel se sentaba en su *He 111,* que tomó curso norte, sobre el Mediterráneo. El vuelo se desarrolló sin permiso de Hitler: pretendía sorprenderle con la evacuación de África.
Había considerado con toda precisión sus argumentos, y los había discutido ya con sus colaboradores más inmediatos. De haber tenido noticia de los que se habían esgrimido en la conversación entre Churchill y Stalin, hubiera podido decir con las mismas palabras del premier británico, tan precisas y gráficas, que los Aliados apuntaban al «blando vientre» de Europa. Las tropas de las potencias del Eje en el Norte de África podrían endurecer este punto vulnerable de Europa si se evitaba el proyectado aniquilamiento con un repliegue programado.
En relación con esta posibilidad Hitler y Göring recibieron en la «Guarida del Lobo», en Rastenburg, al mariscal llegado de África.
El mariscal del Reich interrumpió la exposición de Rommel en tono burlón: «¿Que no funciona el aprovisionamiento de gasolina? Pero si tiene usted suficiente combustible para recorrer a todo gas la carretera de vuelta, mientras dure la huida...
¿Dice que le falta munición? Pero si ha dejado en Tobruk diez mil granadas de artillería. ¿Que no hay armas? Claro, las ha perdido en la huida...»
Rojo de ira, Rommel trató de responder, pero Hitler intervino, tajante: «Sin embargo, quien arroja las armas y carece así de fusiles para defenderse no tiene más opción que reventar.»
Rommel se impuso permanecer tranquilo y procuró alejar su pensamiento de todos aquellos que habían «reventado», a pesar de los fusiles. Al tiempo trató de proseguir su exposición con su lógica característica, pero Hitler volvió a interrumpirle:
«No quisiera volver a oír de usted semejante impertinencia... El Norte de África será defendido y en modo alguno evacuado. Es una orden, señor mariscal.»
Una orden... Otra vez la palabra milagrosa que, actuando como varita mágica, convertía en marionetas a hombres hechos y derechos.
Rommel, obediente, decidió regresar, esta vez en el tren especial de Göring. El mariscal del Aire se proponía ir a Italia para «velar por los derechos» y tranquilizar al *Duce,* que se sentía postergado como consecuencia de la toma de contacto directa de Rommel con Hitler. Göring, que había puesto nervio-

El arma antiaérea alemana (arriba a la derecha, un puesto de antiaéreos) era demasiado débil como para poder combatir con efectividad a la omnipresente aviación aliada. Abajo, a la derecha, un «Hurricane» en pleno ataque a carros alemanes.

3

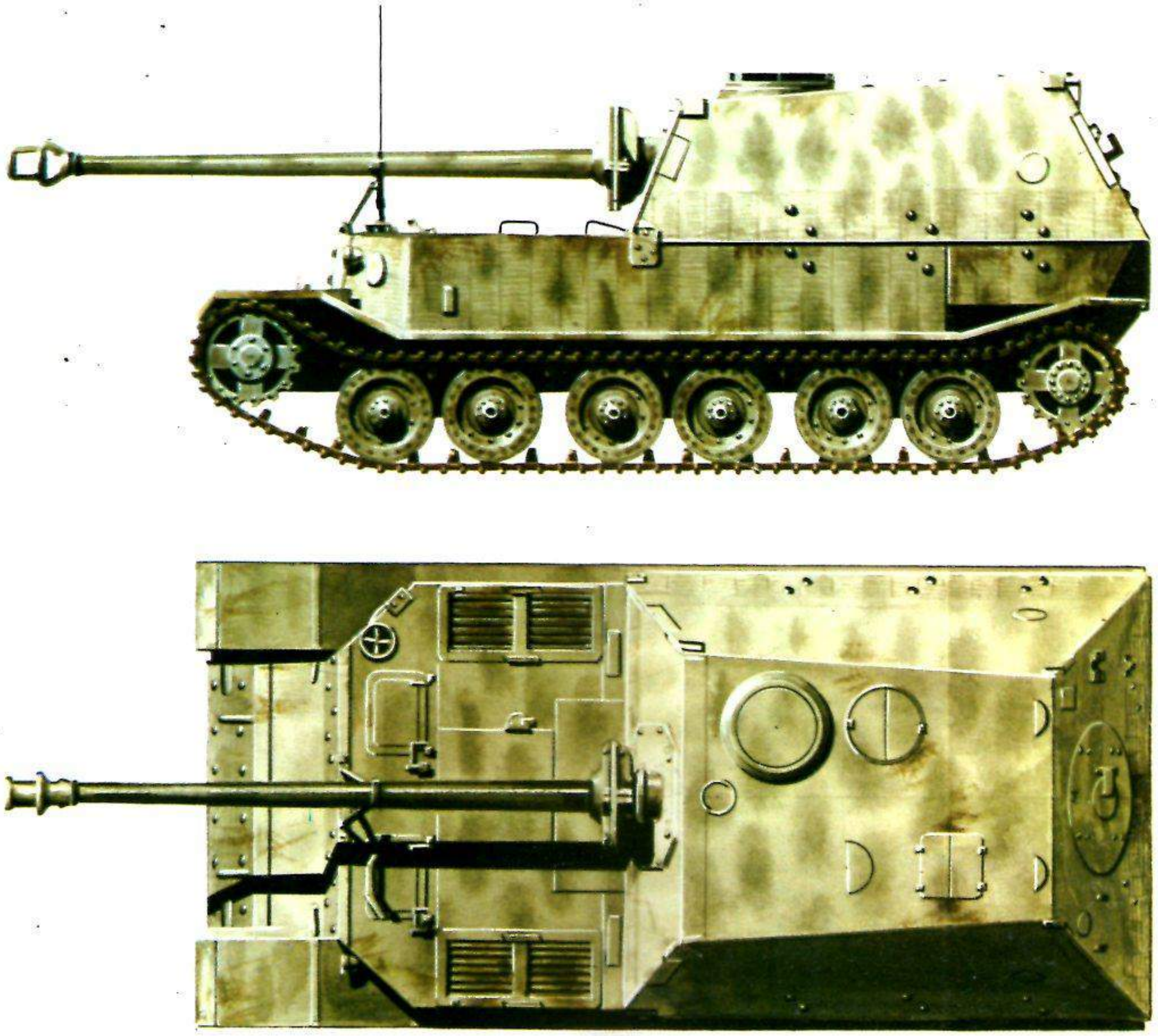
Carro de combate alemán VI Tiger I



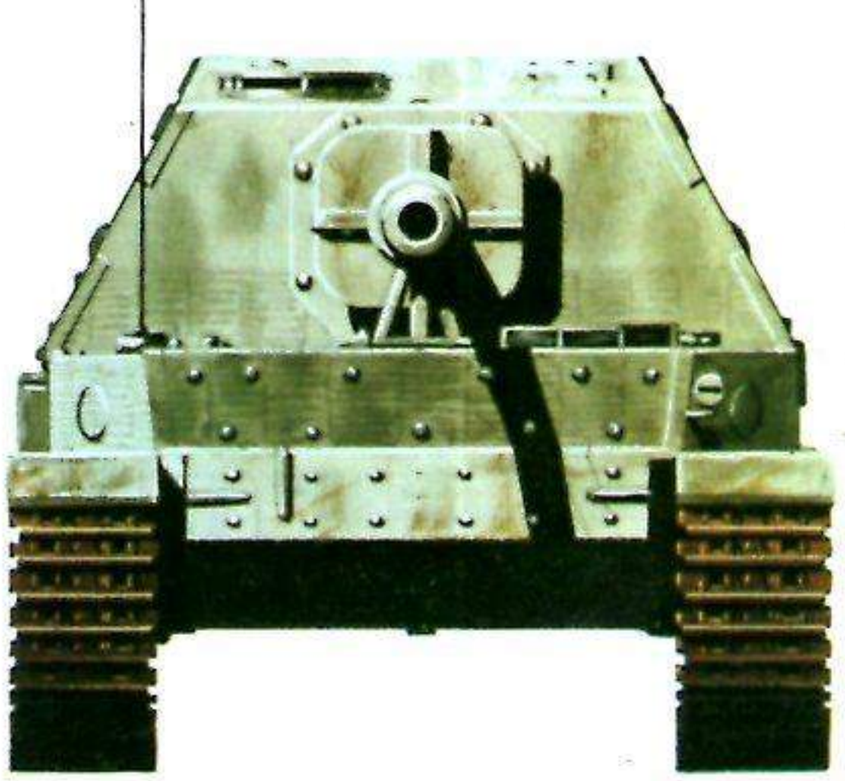


Peso: 55 t
Dotación: 5 hombres
Armamento: un cañón de 88 mm KwK 36, dos ametralladoras de 7,92 mm
Coraza: 110 mm
Tracción: un motor de gasolina Maybach HL 210 de 700 CV
Velocidad: 38 km/h
Autonomía: 100 km
Longitud: 6,21 m
Anchura: 3,73 m
Altura: 2,86 m

Carro de caza alemán Tiger P «Elefant»



Peso: 68 t
Armamento: un cañón contracarro L/71, de 88 mm
Coraza: 200 mm
Tracción: dos motores de doce cilindros Maybach HL 120 TRM, cada uno de 320 CV
Velocidad: 35 km/h
Autonomía: 80 km
Longitud: (sin el tubo): 6,80 m
Anchura: 3,43 m
Altura: 3,20 m



sos a los italianos en visitas anteriores con su grandilocuencia, contribuyó también esta vez a aumentar la confusión.
Tampoco él pudo hacer nada por lograr alguna posibilidad de salvación de las tropas del Eje estacionadas en África: carecía de una poderosa fuerza aérea defensiva capaz de controlar como mínimo los 150 km entre Sicilia y Túnez, que garantizase el aprovisionamiento de las tropas y al tiempo impidiera el progreso de los Aliados en el continente africano, asumiendo el predominio aéreo.
Göring no se hallaba en esa situación, según se demostró en Stalingrado, donde no pudo llevar a cabo el aprovisionamiento por el aire como había prometido. En aquel momento comenzó la muerte paulatina de todo un ejército, el de África, como había ocurrido antes con el de Stalingrado.
Muy pocos días después de la conversación a la que nos hemos referido, exactamente el 3 de diciembre de 1942, Hitler ordenó acudir a su cuartel general, desde el frente de Rusia, a los generales von Arnim y Ziegler. Arnim fue nombrado comandante supremo y Ziegler, su lugarteniente. Cuando los dos generales partieron para África ninguno de ellos pensaba desde luego que su función iba a ser luchar por una causa perdida. Llevaban consigo un compromiso que, dado el estado de las cosas, sólo merecía el calificativo de descarado.
Según prometió Keitel en presencia de Hitler, en esos momentos se dirigían hacia Túnez tres divisiones acorazadas y tres motorizadas. El teniente general Ziegler vio en seguida el punto débil de la operación: «¿Se ha asegurado el aprovisionamiento para estas divisiones a través del Mediterráneo?»
«Naturalmente», contestó Hitler. No puede censurárseles a los generales, en aquellas circunstancias, el que viesen la posibilidad de resistir y hasta expulsar de África a las unidades de Eisenhower. Aún no podía apreciarse con claridad la supremacía aérea de las fuerzas angloamericanas, puesto que la estación lluviosa no había concluido y los improvisados aeródromos de los Aliados no eran otra cosa que lodazales inutilizables en las inmediaciones de la línea del frente. Así, la conquista de Túnez y Bizerta, que eran en un principio para Eisenhower cuestión de días, terminaron siendo un problema insoluble. Por el contrario los alemanes habían logrado en diciembre rechazar a unidades británicas que habían penetrado 20 kilómetros en Túnez por Yedeida. Los británicos retrocedieron hasta Meyez. El día de nochebuena Eisenhower determinó, tras una conferencia con sus comandantes, que se interrumpiesen por el momento todos los planes de ofensiva, con el fin de reafirmar la posesión del territorio ya conquistado, empezando por los aeródromos.
Sin embargo, en el Este, donde se situaba el frente de Rommel y Montgomery, el Ejército acorazado italogermano fue rechazado de sus posiciones en Marsa el-Brega el 13 de diciembre. Una vez más, esas unidades escaparon de milagro de ser cercadas, con numerosas bajas inferidas por los omnipresentes pilotos de combate y los *Jabos* enemigos. A medio camino de Trípoli, en Buerat, se formó nuevamente a finales de año una línea defensiva que limitaba con el mar, por la izquierda, y amparada en su flanco derecho por la montaña, cuyo cruce era difícil. Pero Montgomery continuó avanzando inexorablemente con todos sus efectivos. Sin tardanza alguna las escuadrillas de combate de la Royal Air Force cayeron implacables sobre el recién conquistado aeródromo de Sirte, situado inmediatamente detrás del frente. El Afrikakorps y las unidades italianas no volverían a tener reposo.
Churchill, en sus Memorias, cita como motivo del aplazamiento del ataque contra Túnez que la línea ferroviaria Orán-Argel se encontraba expuesta a acciones de sabotaje en la zona de Tébessa, cercana al frente, debido a los innumerables puentes y pasos con que contaba. Este ferrocarril era un verdadero cordón umbilical, a efectos de aprovisionamiento, y al tiempo un objetivo muy apetecible para las unidades especiales como la División «Brandenburg», parte de la cual –sospechaban los Aliados– debía de encontrarse en África.

La suerte parece echada

Al fin la cabeza de puente de Túnez recibió refuerzos: la 10.ª *Panzerdivision,* en parte dotada con los temibles carros *Tiger,* que llevaban cañones de 88 mm; la División de Infantería 334 y parte de la División «Hermann Göring». Estas tropas recibirían el nombre de 5.ª *Panzerarmee* del general von Arnim...
En el transcurso del mes de enero, el Ejército acorazado África, del mariscal Rommel, fue empujado a lo ancho de Libia hasta obligarlo a cruzar los límites de Túnez. El 15 de enero la posición de Buerat tuvo que ser evacuada como consecuencia de la gran presión que ejercía sobre ella el general Montgomery y su Ejército 8. Una semana más tarde caía también Trípoli, último puerto de la colonia italiana y aún en manos del Eje. Diezmadas y desgastadas, pero en buen orden, las fuerzas alemanas cruzaron la frontera tunecina; las mismas tropas que medio año antes habían conseguido, según las propias palabras de Rommel, «poner su mano en el pestillo de la puerta de Alejandría»: las Divisiones acorazadas 15 y 21, así como las Divisiones ligeras 90 y 164. Partiendo de siete divisiones italianas destrozadas, Rommel formó tres nuevas. Estas unidades ocupaban entonces la línea de Mareth, una posición defensiva construida antes de la guerra por los franceses en previsión de ataques italianos.
A la vista del estado de fuerzas apenas resulta imaginable hoy que el enorme potencial aliado no consiguiese ni una sola vez, mediante un ataque frontal hacia el mar, separar los dos Ejércitos alemanes entre sí, quizá en el estrecho entre Gafsa y el golfo de Gabès.
A primeros de febrero la suerte parecía echada: en la plana mayor del Ejército 5 se acumulaban noticias sobre concentraciones de tropas americanas en la zona de Tébessa-Sbeitla y Sidi Bou Zid. Eso no podía significar otra cosa sino que Eisenhower se proponía alcanzar el Mediterráneo y dispersar a las fuerzas del Eje mediante un impulso arrollador hacia el este. El general von Arnim y su Estado Mayor determinaron anticiparse a la iniciativa enemiga. La Operación «Frühlingswind» («Viento de Primavera») fue concebida en estos términos: al mando del teniente general Ziegler deberían abalanzarse hacia el oeste, contra las posiciones de vanguardia de los americanos, fuertes contingentes acorazados junto a unidades de granaderos con carros de combate. Luego habrían de dirigirse hacia el norte con el fin de romper el frente de Eisenhower.
La punta de lanza del ataque serían los *Tiger* de la 10.ª *Panzerdivision* cuya misión era la de rastrillar y limpiar de enemigos el camino a seguir. Además de las restantes unidades de la 10.ª *Panzerdivision* se contaba también con una formación de soldados muy curtidos en la guerra de África: la 21.ª *Panzerdivision* que había sido la primera en cruzar la frontera libio-tunecina tras la evacuación de la línea de Buerat y había entrado en la jurisdicción del AOK 5.
Aunque los dos ejércitos se habían aproximado al mismo tiempo codo a codo y el enemigo apenas les daba respiro hostigándolos constantemente, no actuaban en función de estructuras de mando unitarias: el general von Arnim mandaba en el oeste su Ejército 5 y el mariscal Rommel su *Panzerarmee* en el este.
Esta situación condujo a un incidente apreciable, típico de Rommel pero inédito en la historia de la guerra. Apenas se hallaban en sus puestos de mando de La Fauconnerie el general Ziegler y el Estado Mayor de jefes del AOK 5 destinados a la puesta en práctica de la operación «Viento de Primavera»,

cuando el mariscal se puso en contacto con ellos. Les ofreció asistir con unidades del DAK, desde la línea de Mareth, el movimiento de las tropas que operasen dentro del plan de la ofensiva.
Rommel tenía sus razones secretas. Él daba a África por perdida y, en consecuencia, no tenía inconveniente alguno en favorecer un plan que superaba con creces las posibilidades del Ejército 5 y que poseía las características de sus tan temidos «raids» en Cirenaica. Con ello podría infligirse un rudo golpe a Eisenhower y al tiempo alterar en un plazo récord el estado de fuerzas en Túnez: gracias a ello el frente no se limitaría a progresar formando un reducido arco hacia el norte sino que penetraría con las divisiones acorazadas hasta la costa mediterránea, muy a retaguardia del grueso de las fuerzas enemigas. El frente de Eisenhower caería en una especie de caos si sus tropas establecidas en las montañas tunecinas quedaban separadas de los puertos de aprovisionamiento en Argelia. Así, al menos, lo veía ya Rommel. Pero el general von Arnim se resistió a este osado plan, alegando que había que procurar sobre todo asegurarse un aprovisionamiento efectivo. Si se aplicaba el proyecto de Rommel esta posibilidad quedaba descartada.
El *Commando Supremo* italiano se mantenía aferrado al terreno de operaciones determinado previamente: el ejército acorazado de Rommel no tenía nada que buscar al norte del paralelo 34, debido a que en esta zona operaba solamente el Ejército 5 de Arnim, según el plan. Así se produjo la lamentable situación de unos jefes rivales que se disputaban un criterio en las últimas ofensivas que llevaban a cabo en el Norte de África las potencias del Eje, mientras sus soldados continuaban luchando y muriendo.
El paralelo 34, que cruza al norte de Gabès, dejaría de tener muy pronto esta significación decisiva. Paradójicamente el buen éxito que se auguraba a la operación «Viento de Primavera» se perdió por falta de competencia en el mando del general von Arnim y sus fuerzas de ataque bajo el teniente general Ziegler.
El 14 de febrero, de madrugada, exactamente a las 4, las Divisiones acorazadas 10 y 21 comenzaban la marcha hacia el oeste por el paso de Faid. Los poderosos *Tiger,* de 56 y 60 toneladas, construidos en principio para combatir a los *T 34* soviéticos penetraron en medio de las atemorizadas tropas norteamericanas. Tras once horas de lucha, el II Cuerpo de Ejército acorazado de los Estados Unidos quedaba rodeado cerca de Sidi Bou Zid. 88 carros americanos quedaron destruidos en el camino.
Al día siguiente los Aliados sufrirían una nueva derrota de enorme trascendencia. La División acorazada 1 de los EE UU trató de asestar un golpe decisivo contra las unidades blindadas de Ziegler, que avanzaban hacia el norte según el plan. Al llegar la noche habían sido destruidos 165 carros y vehículos acorazados de otros tipos y 2000 soldados eran conducidos por los alemanes a la cautividad.
El Mando supremo aliado, que había esperado el avance más al norte, en dirección a Fonduk, tenía que preocuparse ahora de las fuerzas que operaban en la zona de Gafsa. En el norte, Ziegler había conseguido rebasarlas, mientras que en el sur se encontraban los intransitables lagos de agua salada. Por esta razón las tropas recibieron la orden de retirada. Rommel, que, a pesar de lo del fatídico paralelo 34, había dispuesto una parte de las Divisiones acorazadas 164 y 15, así como artillería pesada, formando con todo ello una división de choque, dio la orden de avance. El 16 de febrero las unidades del Afrikakorps alemán se lanzaban hacia Tébessa.

África, símbolo del más fiel cumplimiento del deber protagonizado por nuestros artilleros y granaderos de los cuerpos acorazados.

Brazalete África

El *Führer* ha determinado la introducción de un brazalete con el nombre de «Afrika» como símbolo de guerra en los tres Ejércitos de la *Wehrmacht*. Este brazalete «Afrika» se colocará en el antebrazo izquierdo. Este distintivo significa un premio por el honroso comportamiento de nuestros hombres en suelo africano. El brazalete se ha pensado para todos los soldados del ejército del comandante supremo del Grupo de Ejércitos África.

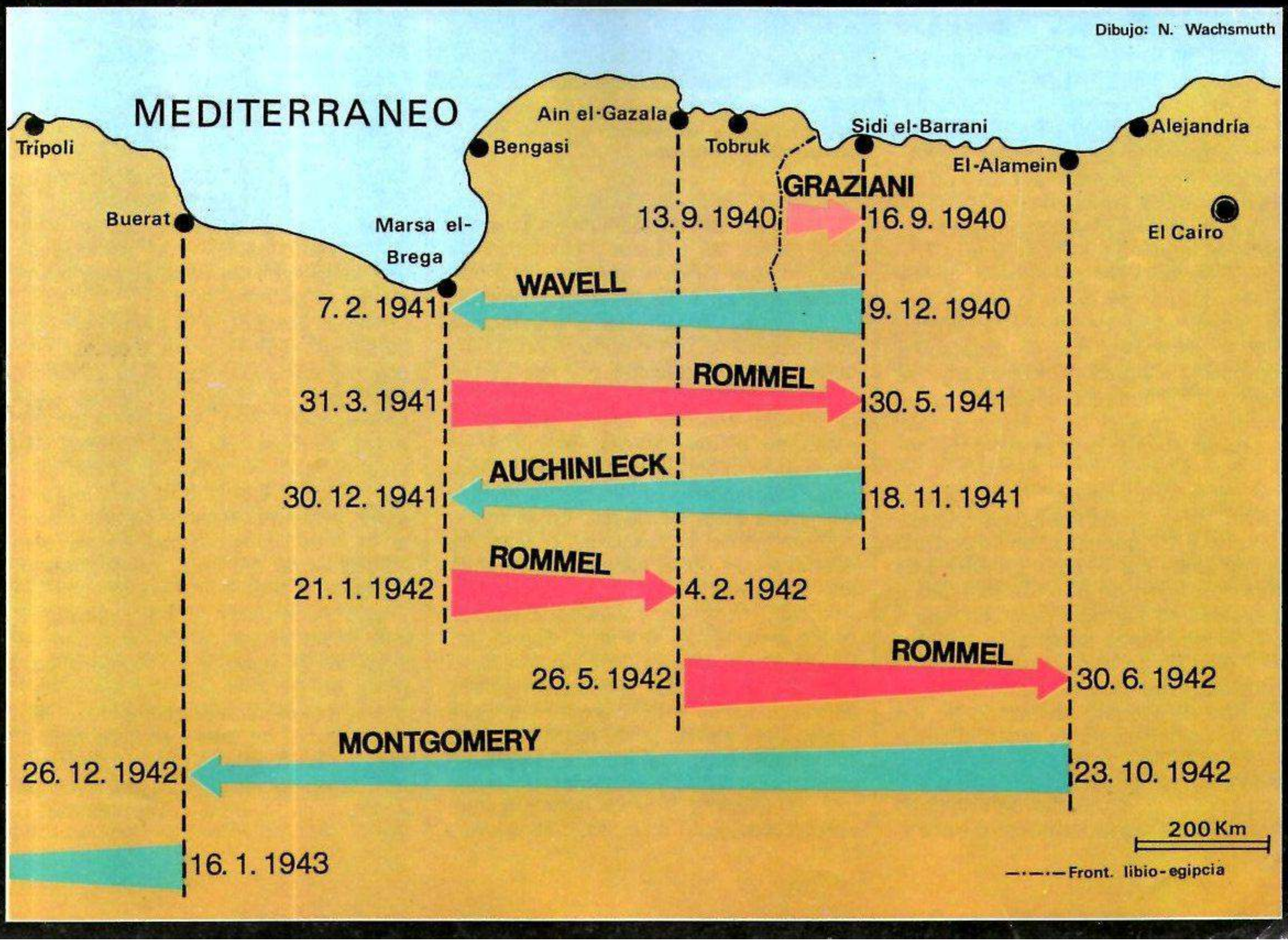
Los soldados de África estaban orgullosos de pertenecer a ese ejército y lucían con arrogancia su emblema.

No es suficiente

El *Commando Supremo* y el OKW habían decidido repentinamente creer que el arriesgado plan de Rommel tenía su miga. A medianoche se le encomendaron las Divisiones acorazadas 10 y 21. Ziegler, por su parte, se retiró junto con su Estado Mayor a Túnez.
Pero un ataque en la montaña, incluso contra las inexpertas tropas de Eisenhower, era algo muy distinto a las fulgurantes operaciones en el desierto. Después de varios días de combates agotadores, la impresionante fuerza compuesta por tres divisiones alemanas y una italiana lograba cruzar el paso de Kasserine, la puerta de la zona montañosa tunecina. Entre las unidades angloamericanas y en sus mismos Estados Mayores, establecidos al oeste de las alturas del desfiladero, cundió una oleada de pánico cuando circuló la noticia de que alemanes e italianos habían conseguido cruzar el paso en la tarde del 20 de febrero. Sin embargo, dos días después Rommel se vio obligado a aceptar la amarga verdad: a pesar de sus conquistas de terreno lo cierto es que aquello no era suficiente. Era absurdo empeñarse en mantener el Ejército 8 en la posición de Mareth, casi destruida totalmente por los carros y la artillería. Así se decidió, ante las mismas narices de Montgomery, interrumpir la ofensiva.
Al día siguiente Rommel se hacía cargo del mando supremo del nuevo «Grupo de Ejércitos África», integrado por el 5.º *Panzerarmee* y por el Ejército acorazado ítalo-alemán. En ello no había una claudicación del comandante en jefe, von Arnim, puesto que previamente se había establecido que éste asumiría el mando de manos de Rommel en los próximos días, debido a que el «zorro del desierto» tenía que someterse a una temporada de cura durante las semanas siguientes.
Personal allegado a Rommel en aquel tiempo asegura que el mariscal había previsto con toda claridad el destino de su Grupo de Ejércitos: quizá podría ofrecer cierta resistencia hasta mitad de mayo, pero no por más tiempo. Cada ataque, cada intento, a costa de la sangre de sus soldados, para lograr un mejor posición de salida para esa lucha, a lo más que conducían era a un aplazamiento del final, de un final ineludible.
Terrible decisión... La realidad de que ya no estaría él allí hacía aún más difícil la situación a un hombre como Rommel.
Sin embargo, todavía se mantuvo como responsable de dos ofensivas más antes de abandonar África para siempre. Ambas operaciones no supusieron provecho alguno para las potencias del Eje.

Cien mil soldados murieron en África. Miles de ellos no llegaron a alcanzar el frente. Desaparecieron bajo las aguas con los buques en que iban, torpedeados o bombardeados por el enemigo. Como resultado de aquella «hermosa guerra», tumbas en el desierto y en las playas, a orillas del mar.

Durante dos años la guerra en Libia y Egipto se mantuvo en un constante tira y afloja. Al final la balanza se inclinó en favor de los ingleses.



La Operación «Cabeza de Buey» tenía como objetivo el de ocupar una importante cadena montañosa al sur del frente de Túnez, una carretera muy importante para el aprovisionamiento de las tropas del general Eisenhower y una posición fuertemente defendida en el norte, junto a Abiod. La ofensiva comenzó el día 26 de febrero y consiguió en un primer momento algunos éxitos aislados. La sorpresa contribuyó a estos triunfos iniciales de un atacante muy debilitado.

«Tunezgrado»

Pero entonces comenzó la segunda estación de lluvias de 1943. Enormes torrentes de agua incontenibles, bajaban amenazadores por los «uadis». Las carreteras se convirtieron en barrizales sin firme. En especial los pesados carros *Tiger* tuvieron que ser enviados por las pocas carreteras todavía en condiciones.

No quedaba ya mucho que hacer como no fuese esperar la caída en tromba de un enemigo mucho más fuerte y vender la propia piel lo más cara posible. Apenas había pasado un mes desde la catástrofe de Stalingrado, que costó la vida a un cuarto de millón de soldados alemanes. Sin embargo, Hitler y Mussolini se empeñaron todavía en enviar más soldados a «Tunezgrado», como se le llamaría en seguida, operación que se desarrolló muy poco tiempo antes del enfrentamiento definitivo. De diciembre a marzo llegaron a Túnez cuarenta mil hombres, sirviéndose del puente aéreo. Muchos no lograron sobrevivir, entre ellos el comandante de la División de Infantería 999, unidad que tenía mala fama en los anales de la guerra.

A primeros de marzo el Ejército acorazado ítalo-germano estaba listo para la última batalla. Una vez más Rommel decidió no esperar el ataque del Ejército 8, sino tomar la iniciativa. No cabían dilaciones, aunque por esta vez el aplazamiento habría podido reportar el éxito a esta operación de las potencias del Eje.

Prácticamente todos los efectivos con que contaba Rommel tomarían parte en el combate que comenzó el 6 de marzo: las Divisiones acorazadas 10, 15 y 21, la División acorazada italiana «Ariete», dos divisiones ligeras y la artillería, que abrió marcha con sus poderosos cañonazos. Acto seguido los carros emprendieron su veloz carrera. Ni una sola de las divisiones tenía más allá del 50 por ciento de las fuerzas primitivas, pero todas ellas en conjunto ofrecían una imagen de gran poderío militar. Por supuesto no se tenía en cuenta que una gran parte del combustible que había en sus depósitos, en mínimas proporciones, había sido transportada en las cavidades de las bombas a bordo de aviones de combate que sobrevolaron el Mediterráneo. No había otro medio de transporte, porque ningún otro tenía posibilidades de hacerlo. Esto reflejaba lo desesperado de la situación. Poco después de la apertura de la ofensiva ya se encontraban encima los aviones británicos que volaban a baja cota, orientando sus bombas y sus armas automáticas contra los carros, contra los granaderos y la dotación de las piezas de artillería. Momentos después se alzaba de los carros una especie de cortina de fuego aniquiladora e impenetrable. Más de 40 baterías respondían al fuego de los atacantes. El enemigo no carecía de nada. El suelo rocoso multiplicaba por cuatro el efecto de las bombas y granadas, que hacían saltar peligrosamente esquirlas de piedra.

En pocas horas 55 carros alemanes quedaron convertidos en pura chatarra sobre el campo de batalla. Tres baterías de cohetes, que eran un objetivo primordial para la artillería enemiga, fueron destruidas inmediatamente por los *Jabos*. A las cuatro de la tarde Rommel interrumpió el ataque. Una vez en el cuartel general del *Führer* trató en vano de recabar medidas de emergencia para salvar a su Grupo de Ejércitos. Hitler no le prestó la menor atención y le ordenó que iniciase inmediatamente su tratamiento médico.

Comenzaba el último acto, pero los dictadores de Roma y Rastenburg fueron los únicos que no parecieron enterarse.

Ambos lanzaron al combate hombres y más hombres, pasto de la maquinaria de la guerra, cuando la existencia del Grupo de Ejércitos África era una cuestión de días o, todo lo más, de semanas. Un batallón acorazado de granaderos llegaría aún a Túnez en el mes de abril a bordo de tres destructores italianos. Los buques fueron torpedeados y solamente lograron sobrevivir, en medio de un mar embravecido, seis hombres. En los últimos días se produjo el penoso caso de una compañía que llegó en aviones italianos, sometidos a intenso fuego durante las maniobras de aterrizaje, y que pasó directamente al cautiverio aliado a medida que sus hombres iban saliendo del avión respectivo.

El furor de los aviones de caza aliados se centraba en los transportes enemigos. Entre el 18 y el 22 de abril fueron derribados más de cien aparatos alemanes e italianos, la mayoría cargados con gasolina. A partir de entonces los vuelos de aprovisionamiento se realizarían por la noche. Con todo, eso tenía poca importancia: el aprovisionamiento fue desapareciendo más que de prisa. No había pasado medio año desde que Hitler contestara al general Ziegler con un «naturalmente», a su pregunta sobre el envío de material al frente de África.

La cabeza de puente también desapareció, atacada por tropas de tierra muy poderosas e implacablemente bombardeada desde el aire.

Final del Grupo de Ejércitos África

En una situación plenamente desesperada, las tropas alemanas e italianas se batieron con enorme valentía. El 6 de mayo de 1943 las tropas aliadas comenzaban la batalla final. Baste una cifra para revelar el infierno que se abría ante los defensores: la Aviación aliada realizó en un solo día, el primero de la batalla, 2500 salidas. Desde los campos adecuados como aeródromo, en la cabeza de puente, cada avión se elevó sesenta veces.

Fue en esos días de mayo cuando bombarderos británicos atacaron duramente a unos de los pocos buques italianos que habían quedado intactos, en la rada de Túnez: el *Beluno*. Las dotaciones de los bombarderos no sabían que a bordo del buque iban 700 prisioneros aliados. El general von Arnim lo comunicó por radio al comandante en jefe inglés, general Alexander, y los aparatos regresaron a la base inmediatamente.

Cuando ya todo había pasado, Alexander preguntó a sus prisioneros más notables qué deseo tenían que pudiese él satisfacer. Arnim contestó: «Compénsenos por lo del *Beluno*. Envíe a Italia en buques hospitales a 700 de nuestros heridos más graves». El general británico accedió.

La lucha final duró todavía hasta el 13 de mayo. Cada unidad fue gastando hasta el último proyectil, y luego entregando las armas. Cuando se disparó el último cartucho habían perdido la vida en el Norte de África unos 100.000 soldados de todas las naciones contendientes.

130.000 soldados alemanes y 180.000 italianos cayeron prisioneros. El «débil vientre» de Europa se había quedado inerme y sin protección. Acababa de cerrarse el puño que habría de asestarle el golpe.

□

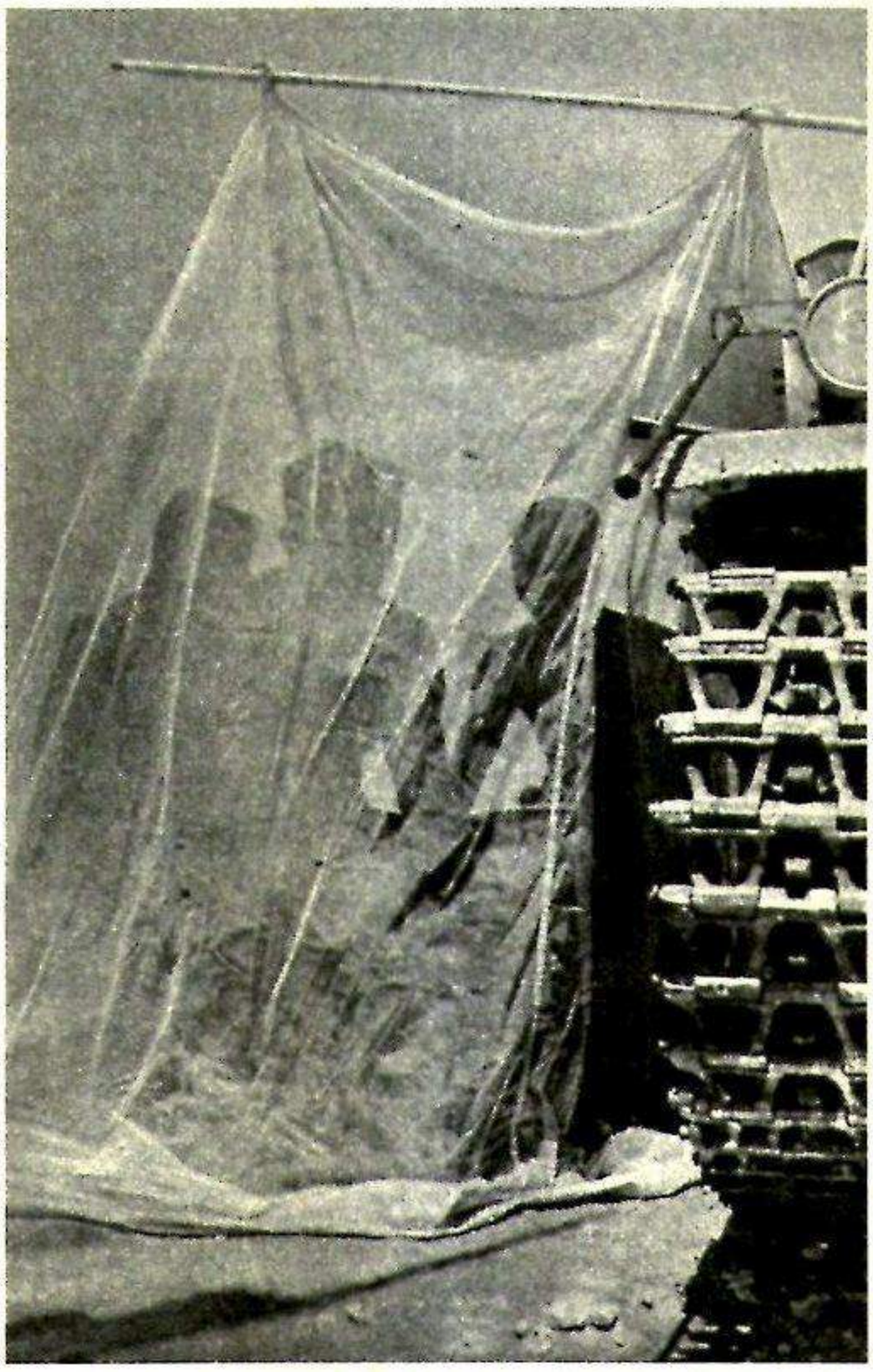
En relación con las imágenes de las dos páginas que siguen, los combatientes en África no sólo tenían que vérselas con las plagas del desierto. Para ellos era todavía peor depender de la reticente actitud del mando político.

Tomado de la revista «Signal», de septiembre de 1941

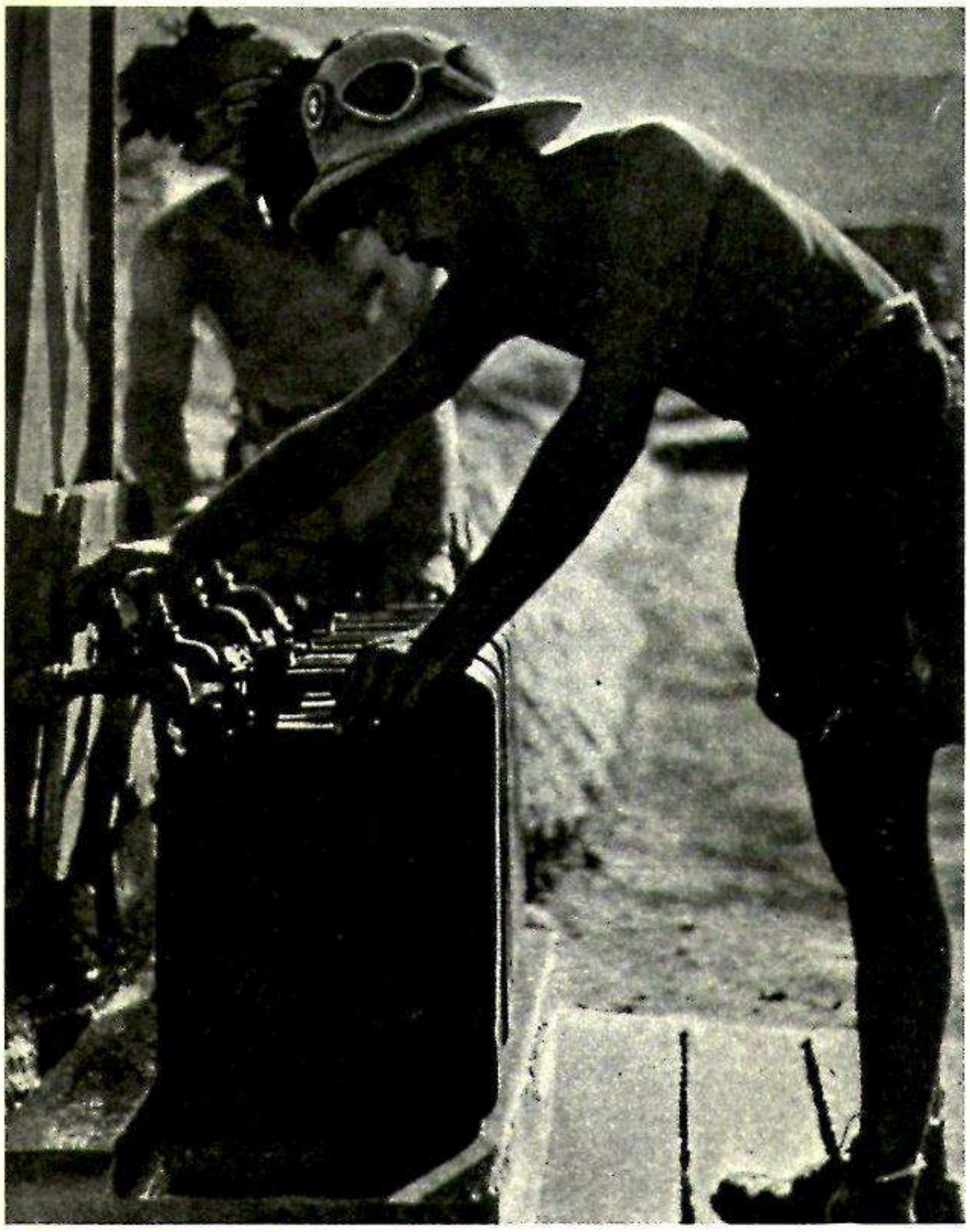
Las cuatro plagas del desierto

El soldado de las Compañías de Propaganda de Kenneweg, que actúa como corresponsal de «Signal» en el frente del Norte de África junto a los soldados alemanes e italianos nos escribe como comentario de las fotos que nos envía: «No sé cuál es la peor de las plagas. En muchos momentos no llega una sola, sino que concurren todas simultáneamente. Húmedo de sudor, atormentado por la sed y las moscas, repletos los pulmones de polvo, se maldicen todos los desiertos del mundo.»

Arena *Tenemos sobre el rostro un dedo de polvo. Recorremos una pista de ochenta kilómetros que atraviesa el desierto hasta Tobruk. El vehículo apenas supera aquí los 10 kilómetros por hora. Se balancea como un buque en la tormenta, cae en profundos baches y va a dar a veces contra las rocas. La arena azota como una ducha a vehículos y hombres. Penetra en los ojos, en la boca, en la nariz, en las mangas, debajo de la gorra, va acumulándose en torno al cuello. El viaje ha durado 8 horas. Al final nadie reconoce a su vecino, ni siquiera a sí mismo al mirarse al espejo. Pistas como ésta las hay a montones en África.*



Mosquitos *Gracias a Dios contamos con excelentes mosquiteras. Son ligeras y nos protegen muy bien cuando hacemos un alto en el camino o estamos en los acuartelamientos. El resto del tiempo las moscas son dueñas y señoras. Ya hemos renunciado a defendernos de ellas. Las dejamos que gocen de nuestras manos, brazos y cara, y solamente nos las espantamos cuando se acercan a la boca en el momento en que nos disponemos a comer algo. De vez en cuando alguno de nosotros se levanta furioso y da una sacudida, como si bailase. ¡Dios mío! Eso produce la estampida de una nube de moscas alrededor de él. Pero el alivio dura unos pocos segundos.*



Sed *Cuando uno tiene el agua ante sí lo primero que debe hacer es acostumbrarse a ella. Posee un contenido de sales de un 5 a un 13 por mil. La de contenido más bajo sirve para el té. Los depósitos de mano quedan marcados con esta indicación y ...ay de aquél que, durante la marcha por el desierto, se permita lavarse con un agua de buena calidad. Mientras el té se mantiene caliente apenas tiene sabor a sal, mas en cuanto se enfría... Pero frío o caliente apaga la sed a duras penas, incluso la aumenta. Así, cuando llega la tarde, quien más quien menos se lanza como un desesperado sobre la botella de agua mineral. «Si supierais qué agua teníamos en Derna...» dicen algunos soldados con aire de soñadores. «Hombre, aquella sí que era buena.» Aquí todas las aguas tienen fuentes distintas. La compañía que cae en un barranco donde casualmente hay un agua buena, duke, es envidiada por todo el frente.*

Calor

«¿Cuánto calor hace en realidad?» Así se me pregunta constantemente en las cartas que me llegan. Con frecuencia los soldados exageran y no pueden calcular a veces si hay diez grados más o menos de lo que ellos dicen. La verdad es ésta: en la costa, al mediodía, la temperatura oscila entre los 40 y 45 grados; en el desierto, cuatro o cinco grados más. ¿Que cómo se está a la sombra? Aquí no hay sombra. En ocasiones nos fabricamos, con piedras y un techo improvisado, una especie de cobertizo para tener un poco de sombra, pero no es aconsejable permanecer durante el día mucho tiempo en él. El calor procede de abajo y se tiene la impresión de estar en un baño turco. También se puede extender una tienda de campaña con el techo horizontal, pero el soldado no tiene mucho tiempo para sentarse. Lo mejor es ponerse en pantalón de baño, cubrirse la cabeza y aprovechar las ráfagas de viento que llegan del mar. Por las noches la temperatura baja de modo considerable a veces hasta los 20 grados, gracias a lo cual se consigue dormir bien y profundamente. Si uno tiene suerte puede hasta encontrar en su posición un viejo depósito de agua desecado (foto inferior). Se trata de una especie de cueva excavada en la roca a una profundidad de 5 ó 6 metros cuyo techo tiene un grosor de hasta un metro y está provista de un orificio que hace las veces de puerta. Estos lugares son muy frescos, sin moscas e inaccesibles a la arena. Cuando se tiene a mano un buen trago de agua fresca son los únicos lugares libres de las cuatro grandes plagas del desierto.

Fotografías: PK. Kenneweg

CRONICA

POLITICA — CUESTIONES MILITARES — CULTURA Y TECNICA

1943

7. 11.: Hitler abandona su cuartel general en la «Guarida del lobo» y se dirige a Munich en un tren especial para pronunciar la obligada alocución en la cervecería Löwenbräukeller. Su discurso se registró en cinta magnetofónica y se transmitió por la radio a las 20,15 horas. Fue el último discurso de Hitler que se difundió a través de este medio.

12. 11.: Hitler firma varios decretos sobre política interior, entre ellos el «Decreto sobre la empresa familiar Krupp».

20. 11.: Hitler habla por última vez ante los cadetes del Ejército, que entonces serían unos 20.000 jóvenes. Debido a que la situación aérea de Berlín era sumamente peligrosa, la reunión no se celebró en el Palacio de los Deportes berlinés sino en el Palacio del Centenario, de Breslau. Hitler dijo entonces sobre el final de la guerra: «El pueblo que resulta perdedor termina con su identidad. Es absurdo esperar que de esta lucha pueda surgir algo distinto a una victoria o un aniquilamiento.»

26. 11.: Honras fúnebres nazis en el Palacio Nuevo, de Potsdam, por el escritor «popular» y diputado nacionalsocialista Ernst Graf zu Reventlow.

Los «tres grandes» en Teherán.

27. 11.-2. 12.: Se celebra en Teherán la primera conferencia conjunta entre Stalin, Churchill y Roosevelt. El motivo de la conferencia es la futura división de Alemania prevista para la terminación de la guerra; el «desplazamiento» de Polonia hacia el Oeste teniendo como frontera oriental la línea Curzon y el Oder en la occidental. Stalin reclamó Königsberg.

1. 12.: El nuevo estado nacional-republicano de Mussolini recibe el nombre de «República Social Italiana».

9. 12.: Hitler nombra a Rudolf Rahn embajador ante el Gobierno de Mussolini en el Norte de Italia.

15. 12.: La «European Advisary Commision», organización británica, americana y soviética constituida por diplomáticos de los tres países, empieza su actividad en Londres. Esta entidad propuso la distribución de las zonas de ocupación de Alemania y el Consejo de control aliado.

18. 12.: Un tribunal militar ruso condena a muerte en Járkov a tres alemanes. Los tres fueron ahorcados al día siguiente.

24. 12.: El general Eisenhower nombra ayudante suyo al mariscal británico del Aire, Tedder, como segundo jefe de las tropas aliadas de invasión en Francia. El general Wilson es nombrado comandante supremo en el Mediterráneo y el general Alexander en Italia.

3. 11.: Hitler aprueba la Directiva número 51, en la que se dice: «Persiste el peligro en el Este, pero en el Oeste se perfila un riesgo aún mayor: el desembarco anglosajón... Si el enemigo logra penetrar en nuestras defensas en un frente amplio, las consecuencias son imprevisibles.»

6. 11.: Los rusos prosiguen su avance. Se produce la reconquista de la capital de Ucrania, Kiev. Continúa la batalla en el arco del Dnieper.

10. 11.: En el congreso de los mandos del Reich y de los distintos «Gau» nacionalsocialistas, en Munich, el jefe del Estado Mayor del Ejército, general Jodl, dice que «cualquier perspectiva de victoria de nuestros enemigos es pura utopía».

18. 11.: El jefe del Estado Mayor del Aire, general Koller, da a conocer la decisión de Hitler según la cual se consideraría objetivo preferente los bombarderos, por encima de los aviones de caza.

18. 11.-3. 12.: Se producen cinco duros ataques aéreos contra Berlín, en los que perecen 2700 personas y otras 250.000 quedan sin hogar. La Cancillería del Reich se suma al duelo de la ciudad.

5. 12.: Hitler ordena que se fabrique intensivamente el caza «Me 262» adaptado a la función de caza de bombardeo.

6. 12.: Por orden de Hitler comienza en el Este una nueva ofensiva destinada a la reconquista de Zitomir.

13. 12.: Se produce la más grave serie de ataques diurnos desde el aire contra ciudades del norte de Alemania: 1462 bombarderos americanos atacan Kiel, Bremen y Hamburgo.

16/17. 12.: 450 aviones ingleses arrojan 1815 t de bombas sobre la capital del Reich. 25 de ellos fueron derribados. Los días 29 y 30 del mismo mes los ingleses volvieron a atacar Berlín.

18. 12.: Tras la visita de inspección de Rommel en Dinamarca, el mariscal recorre también las instalaciones defensivas alemanas en Francia, Bélgica y Holanda.

20. 12.: En la velada con sus altos oficiales, Hitler expresa sus temores de un desembarco aliado en Europa occidental: «No cabe duda alguna de que a primeros de año se producirá un ataque en el occidente.»

22. 12.: Hitler ordena el encuadramiento de los oficiales del partido nazi en el Ejército alemán.

26. 12.: El acorazado alemán «Scharnhorst» sucumbe al tratar de destruir un convoy inglés en ruta hacia Múrmansk.

27. 12.: Palabras de Hitler durante un repaso de la situación en Rusia: «No debe darse por válido que Rusia continúa siendo el antiguo gigante que cada vez que cae a tierra se levanta más fuerte. Alguna vez tendrá que perder el aliento definitivamente».

31. 12.: En total son ya 43 países los que se encuentran en guerra con el Reich alemán. Durante 1943 Alemania declaró la guerra a Irak (16. 1), Dinamarca (29. 8), Irán (9. 9), Italia (13. 10), Colombia (29. 11) y Bolivia (9. 12).

2. 11.: Se prohibe a partir de este mismo día la fabricación de aparatos clínicos de rayos ultravioletas, lumínicos y térmicos destinados a diversas modalidades de baños.

9. 11.: Con ocasión del 20 aniversario de los «caídos del movimiento», el ministro de Correos y Comunicaciones del Reich ordena la emisión de un sello de 24 + 26 pfennig. La estampilla llevaba impresa esta inscripción: «Y sin embargo han triunfado». El motivo fue dibujado por el pintor vienés Franz Roubal.

9. 11.: El «Gauleiter» de Munich, Paul Giesler, deposita en presencia del jefe del OKW, mariscal Keitel, una corona enviada por el «Führer» para que se colocase en el «Ehernen Sarkophage», situado en la «Guardia Permanente» de la capital bávara.

25. 11.: El capitán Hans-Ulrich Rudel recibe de Hitler las hojas de roble con espadas de la orden de caballero de la Cruz de Hierro. Este soldado, el 42 condecorado con esta encomienda, era jefe de un Grupo aéreo de combate.

28. 11.: Con ocasión de la semana del filme juvenil, destinada a las Juventudes Hitlerianas, Goebbels afirma: «Si algún día llegase la hora del desquite y les toca a los ingleses infligirnos innumerables dolores y padecimientos, no se derramará ni una lágrima entre nosotros.»

30. 11.: Estreno en Berlín de la película «Primavera peligrosa», con Olga Chejova, Winnie Markus y otros. Calificación: de especiales valores artísticos y culturales.

5. 12.: El partido nazi organiza «veladas ideológicas» en todo el Reich sobre el tema «Mujer y madre». Durante un acto en el teatro municipal de Wurzburgo, el «Oberbefehlsleiter» Hilgenfeldt establece «dos formas supremas de sacrificio: el servicio militar y la maternidad».

7. 12.: Durante el congreso de la prensa alemana sobre el trabajo profesional en la guerra, celebrado en Weimar, el jefe de las SS, Heinrich Himmler, asegura: «En la esfera general de la seguridad interior alemana no se ha producido ni por un momento una situación comparable a la de los años 1917 y 1918.»

11. 12.: Con ocasión del centenario del médico Robert Koch se emite un sello especial con el retrato del profesor y un valor del 12 + 38 pfennig.

17. 12.: Estreno de la película en color «Immensee», dirigida por Veit Harlan y con Christina Söderbaum como protagonista. Calificación: de especiales valores artísticos, culturales y sociales.

19. 12.: Hein ten Hoff gana a los puntos el título europeo de los pesos pesados en combate con el campeón olímpico Herbert Runge. La pelea tuvo lugar en Dortmund, con la asistencia de 6000 espectadores.

Habla Hitler

Con ocasión de la fiesta conmemorativa de la fundación del partido nazi, Hitler envió desde su cuartel general a los actos de Munich a Hermann Esser, «uno de mis primeros compañeros de lucha», para que leyese una proclama en su nombre. Tres semanas después de la catástrofe de Stalingrado, Hitler evitaba aún toda aparición en público.

Una resolución encarnizada

Las Fuerzas Armadas alemanas, que se han batido con tanta bravura este invierno, como ya vienen haciendo desde que comenzó la guerra, se encuentran en estos momentos en medio de un círculo terrible, formado por los bancos de Nueva York y Londres, junto con los judíos bolcheviques de Moscú, confabulados como tremendo peligro mundial.

Yo mismo me encuentro ahora en el Este, y por esta razón no puedo estar hoy entre vosotros. Sin embargo, mis pensamientos se hallan también este año, todavía más que antes, con vosotros. Porque qué destino no habría sacudido a nuestro pueblo y, a través de él, a toda Europa si el 24 de febrero de 1920 y en esa misma sala en que ahora os encontráis, no se hubiesen proclamado las tesis de la revolución nacionalsocialista que se han apoderado del pueblo alemán y le han dado tal fuerza que hoy es capaz no sólo de detener el peligro del judaísmo mundial sino también de acabar con él. El himno de combate de nuestro inolvidable, viejo y fiel camarada Dietrich Eckart resuena en estos meses nuevamente como un grito de alerta, para que los hombres abran los ojos y contemplen el destino que nos espera, a nosotros ahora y a nuestros hijos en el futuro –a nosotros y a todos los pueblos europeos– si no conseguimos que fracasen los planes del judaísmo internacional. A vosotros os resultarán sin duda bien conocidas las circunstancias por las cuales el enemigo ha logrado en el Este, de un modo similar a como en el pasado invierno lo hicieron las circunstancias climáticas, alzarse también en éste con una parte del triunfo que nuestros soldados habían conquistado con bravura heroica durante el verano. Vosotros sabéis también que el camino de nuestro partido no era un sendero fácil ni cómodo hacia el éxito, sino que estaba lleno de dificultades y de reveses, preparados por los mismos enemigos que, ahora, ante la vista del mundo, estamos combatiendo.

Cuando en el año 1920, en esta sala, proclamé el programa del partido y la resolución de combatir a los enemigos de nuestro pueblo con todo el fanatismo posible, yo no era más que un desconocido solitario. Pero Alemania se encontraba en un momento de máxima postración. El número de quienes tenían fe en una posible restauración tendía a desaparecer; y todavía era menor el de quienes tenían fe en nuestra generación. Los escasos hombres que se me unieron entonces tenían ante sí una enorme masa de enemigos. Por cada 100 nacionalsocialistas había varios millones de enemigos, en parte cegados, en parte llenos de odio; el número de los hombres de poca fe que esperaban el triunfo para incorporarse llenos de coraje a los ganadores, era incalculable.

Qué diferencia respecto de la lucha de hoy. Cuanto más se amplía la coalición de nuestros enemigos, tanto menor es su fuerza si se la compara con la de la alianza de los pueblos que combaten por el aniquilamiento de los bolcheviques y de los plutócratas. La lucha del movimiento nacionalsocialista ya se ha visto frecuentemente en la tesitura de que tan sólo los más fanáticos creían en el éxito, mientras que el enemigo se aferraba a las rocas creyendo haber matado nuestras ideas y nuestro partido. Pero el movimiento se ha levantado siempre con una energía renovada, surgiendo cada vez más poderoso de los reveses, de las crisis. El partido se ha llenado de una resolución cada vez más inquebrantable de no capitular en ninguna circunstancia, de no cesar en su lucha bajo ninguna condición sin antes haber batido a nuestros enemigos y haber roto sus confabulaciones.

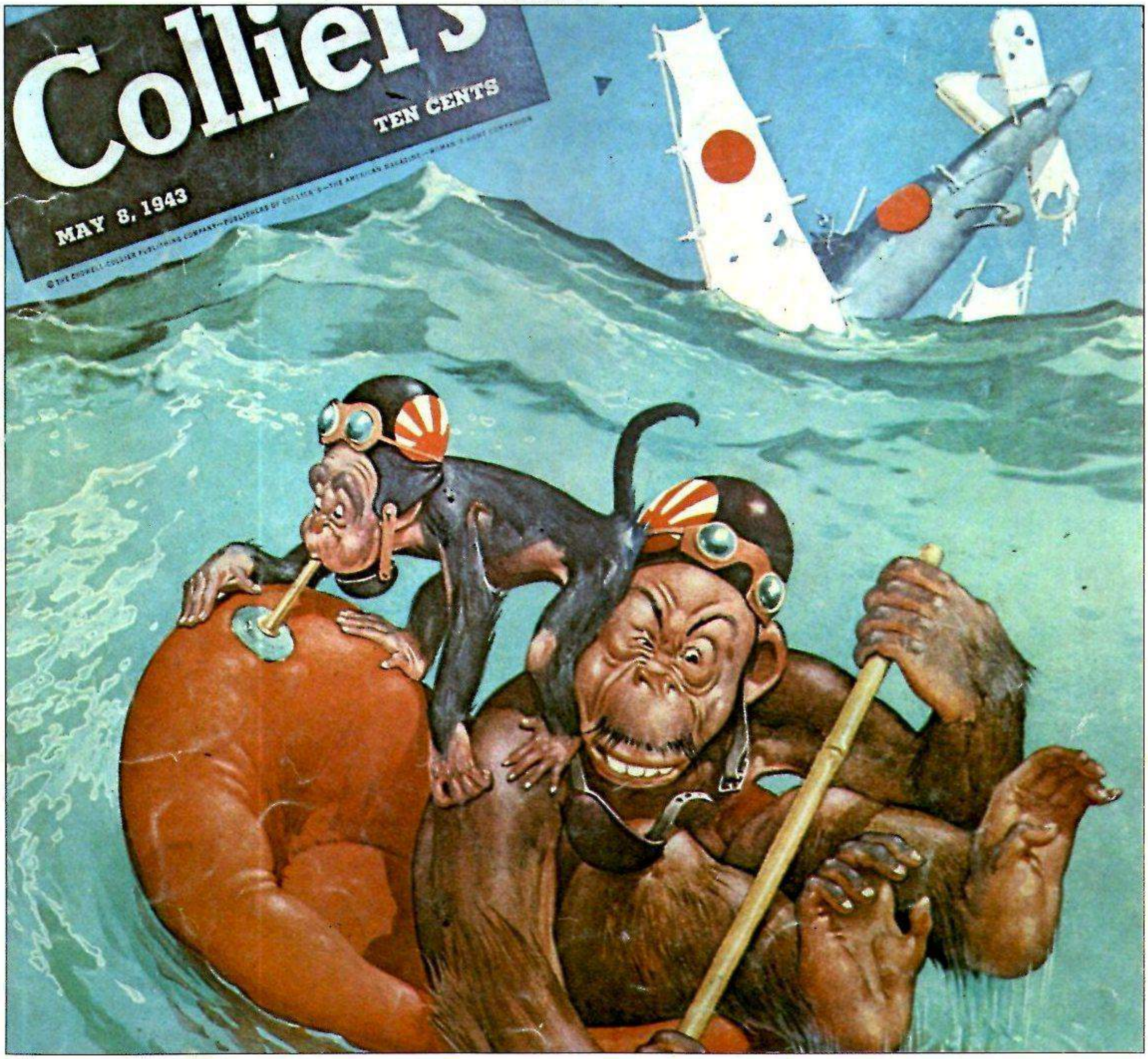
Camaradas: este fanatismo lo habéis aprendido de mí. Recibid mi garantía de que este fanatismo no me ha abandonado; de que este fanatismo no me abandonará mientras viva. Habéis recibido de mí la fe y podéis estar seguros de que esta fe es en mí cada vez más fuerte. Quebrantaremos y aniquilaremos la fuerza de la confabulación judía internacional, y la humanidad, que lucha en esta batalla por su libertad, su vida y el pan diario, conseguirá la victoria final.

Así como en los primeros tiempos de lucha, de la lucha por el poder, cada golpe de nuestros enemigos y cada éxito aparente suyo sólo contribuían a reafirmarme en mi determinación encarnizada, también ahora se ve confirmada mi decisión de no dar un solo paso fuera del camino trazado y que nos llevará tarde o temprano a nuestros objetivos. También hoy me siento animado por la misma voluntad que, movida por el destino, me lleva a cumplir mi tarea hasta las últimas consecuencias.

Tengo derecho a creer que la Providencia me ha destinado a cumplir esta misión, porque si no hubiese sido por su gracia no me habría abierto el camino, como hombre desconocido que era, hasta esa sala, salvándome de todos los peligros y atentados y llevándome así hasta el poder y luego a esta lucha coronada de victorias, tantas como jamás había visto el mundo. Con todo, reconozco que siento muchas preocupaciones por aquellos que poseen un carácter débil, quizás innumerables. Pero la Providencia me ha dado también la felicidad de contar en esta hora con una comunidad de incondicionales que, con una fidelidad ilimitada, sólo ven un destino común y permanecen y permanecerán inalterablemente a mi lado, al lado del «Führer», en plena lucha.

Afortunadamente para el pueblo alemán, en primer lugar, tanto los judíos de Londres y Nueva York como los judíos de Moscú han señalado con toda claridad cuál era el destino pensado para nosotros. Pero nosotros nos propusimos darles una respuesta no menos clara. Esta lucha no terminará, como quieren ellos, con el aniquilamiento de la humanidad aria, sino con la erradicación del judaísmo del suelo europeo. □

Con el símbolo de la bandera de guerra en el casco, dos pilotos japoneses derribados, caracterizados como monos, tratan de salvarse con su bote neumático en aguas del Pacífico. En segundo término su avión se hunde en el mar. Así presentaba el dibujante de la revista norteamericana Colliers al enemigo nipón.

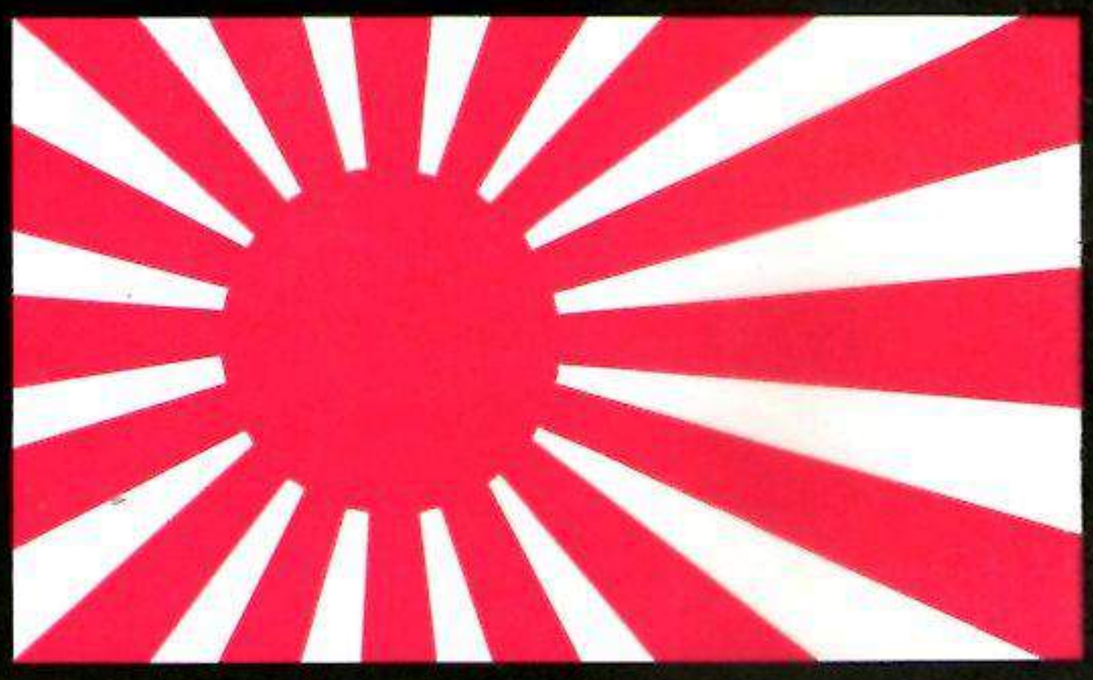


Guerra en el Pacífico II

A LA VICTORIA EN BICICLETA

Los japoneses conquistan Singapur

Siete de un golpe, así empezó Japón su gran ofensiva en el Lejano Oriente, que se convertiría en la serie de conquistas más importantes de la historia militar. Casi al mismo tiempo los soldados de la bandera del Sol Naciente atacaron las islas de Guam y Wake y desembarcaron en tres puntos de Malasia y Tailandia, además de luchar en Hong-Kong y bombardear Pearl Harbor. Cinco meses después el emperador lo era de un enorme territorio denominado con cierta humildad «esfera de prosperidad común», y que comprendía Indonesia, Malasia, Indochina, Tailandia, Birmania, China, y Manchuria. De la guerra relámpago que Japón llevó a cabo contra los EE UU, Australia y las viejas potencias coloniales, Gran Bretaña y Holanda, tomamos el capítulo referente a Singapur. Su autor, Raymond Cartier, lo incluye en su «Historia de la segunda Guerra Mundial» como un ejemplo de arrogancia y despreocupación de los enemigos de Japón. He aquí algunos pasajes.



Singapur se creía a cubierto del peligro. Nadie parecía admitir que se habían roto las hostilidades con Japón. Reinaba el optimismo. El eterno verano contribuía a cimentar el convencimiento de que todo seguiría igual. Los placeres y el juego constituían las ocupaciones principales: tenis, golf, cricket, carreras de caballos, polo, vela, durante el día; cócteles, juegos, bailes y cenas hacían las noches agradables. Los ingleses llegados de la metrópoli, que sufría los bombardeos y el racionamiento, se quedaban al principio admirados ante tanta abundancia y despreocupación: no ocultaban su sorpresa al ver a las damas en traje de noche, a los caballeros de smoking y a los oficiales de gala; pero no tardaban en imitarlos y entregarse a la buena vida, tan rara en el mundo después del comienzo de la guerra. El servicio se desarrollaba como en los tiempos de paz del Imperio británico: con exacta observancia de las normas de la etiqueta y rigurosa separación entre oficiales y soldados.

Nadie tenía miedo a los japoneses. Las actas del servicio secreto se encontraban llenas de informes, según los cuales el ejército japonés estaba anticuado, sus aviones eran viejos y sus pilotos no poseían buena instrucción. Además, estos pilotos japoneses debido a las características de sus ojos, no podían volar de noche.

Singapur se encontraba bien defendida, aunque sólo contra ataques por mar. En Buena Vista, en la punta de Changi, había emplazados cinco cañones de 280 mm con un alcance de 35 km. En Tekong Besar y Biakang Mati se habían dispuesto baterías de 234 mm y otras de 150 mm a todo lo largo de la costa. La isla de Singapur era una especie de crucero sumergible dotado de artillería pesada y ligera; todas las piezas estaban dirigidas hacia el mar. La guarnición estaba integrada por seis batallones para la defensa local. La única forma de ataque japonés que se consideraba posible consistía en una escuadra por mar con alguna tropa poco importante de desembarco: en tal caso Singapur no tendría otra opción que resistir hasta la llegada de la marina británica. En principio se calculó que Singapur podría resistir 70 días, luego se ampliaron a 180. De la misma manera se calculó el abastecimiento de víveres y munición. Resultaba decisivo puesto que Singapur debía ser inexpugnable.

Por tierra, repetimos, Singapur se encontraba indefensa. El estrecho de Johore tenía sólo unos cientos de metros de anchura y su defensa resultaba difícil porque sobre él se había construido un puente sobre el que discurrían el ferrocarril, las carreteras y la conducción del agua.

▷

La noticia de que los japoneses habían desembarcado en el istmo de Kra no causó mayor inquietud. El enemigo se encontraba aún a 1000 km de Singapur; además habían pasado ya los tiempos en que la defensa de Malasia se confiaba únicamente a los accidentes del terreno. Para la estrategia defensiva se encontraban allí: el Cuerpo de Ejército III hindú, las Divisiones 9 y 11 de *sikhs* y *punjabs,* así como una Brigada de *gurkhas* y otra llegada de Maisur e Hiderabad. Puesto que se deseaba también una División blanca, los australianos se declararon dispuestos a enviarla y el Almirantazgo autorizó a que el *Queen Mary* se encargara del transporte de los refuerzos. Con las dos brigadas que se encontraban en Singapur, las fuerzas aliadas sumaban 100.000 hombres, ejército aparentemente tranquilizador si se tiene en cuenta que el enemigo se encontraba a más de 5000 km de su base y operaba en un país por el que sólo podía moverse a lo largo de dos carreteras.

Operación «Matador»

El jefe de todas estas tropas en Malasia era el general Percival, cuyas señas particulares las constituían dos salientes incisivos que daban a su rostro un rictus permanente. Su superior inmediato era el comandante en jefe para el Sudeste asiático, sir Robert Brooke-Popham, tipo rubicundo y bigotudo, al que sus conocimientos no proporcionaban mayores dolores de cabeza, el clásico oficial del Ejército de la India. En cambio, bajo el mando de Percival había un hombre difícil, Gordon Bennett, jefe de la División 8 australiana, un político vestido de general que deseaba ocupar el puesto de su superior y que había obtenido permiso de su Gobierno para no obedecer las órdenes que a su juicio fueran equivocadas. Percival había distribuido sus tropas sin preocuparse de los posibles planes del enemigo. En Singapur había dejado las dos brigadas de Bennett, tan indisciplinadas como su jefe. En medio de la península situó a la División 9 hindú, cuyas unidades estaban separadas entre sí por 100 km de jungla. Cerca de la frontera de Tailandia, en el norte, se encontraba la División 11. En el plan de la Operación «Matador» se había previsto que inmediatamente después de un desembarco japonés pasara a la ofensiva y expulsara al mar a los enemigos.

Lo que los militares japoneses habían esperado durante mucho tiempo lo consiguieron en 1942. En un victorioso avance sin par conquistaron todo el sudeste asiático. Para los soldados nipones nada parecía imposible.

En realidad las operaciones en Malasia comenzaron antes del ataque a Pearl Harbor. El primer desembarco japonés se registró el 8 de diciembre, a las 3 de la madrugada hora local. Es decir, a las 17,15 horas del día anterior según el meridiano de Greenwich. La primera bomba en la isla de Hawai no cayó hasta las 18,25 de ese mismo meridiano. La flota japonesa que procedía de China e Indochina se dividió a la altura del golfo de Siam: una primera escuadra se dirigió a Kota Bharu, la segunda hacia Pattani y la tercera y más fuerte hacia el pequeño puerto tailandés de Sengora. La sorpresa se vio coronada por el éxito. En Sengora los invasores surgieron literalmente de la espuma de las olas. El único intento tailandés de defender su neutralidad fue una ráfaga de ametralladora disparada desde un puesto de policía. Un intérprete puso fin a las hostilidades gritando: «¡Somos el ejército japonés y venimos a liberaros de los blancos!»

En el momento en que partieron para conquistar Singapur, los expedicionarios nipones del Ejército 25 sumaban 17.230 hombres; en total estaba formado por cuatro Regimientos de Infantería: el Regimiento 56 en Kota Bharu; el Regimiento 42, en Pattani; y los Regimientos 11 y 41 en Sengora. Su jefe era el general Tomoyuku Yamashita, un hombre gordo y brutal cuyo cuello parecía destinado a la soga del verdugo. Sus superiores le habían concedido cien días para que ocupara la inexpugnable plaza fuerte de Singapur. Los soldados que abrían esta nueva fase de la guerra no procedían del servicio obligatorio. Venían de Shangai y Cantón, donde luchaban contra las guerrillas chinas. No existían soldados más sumisos y disciplinados. Habían soportado sin rechistar la tortura de una travesía en el fondo de las bodegas, el insoportable hedor de las letrinas y las consecuencias del mareo, la falta total de ventilación y la oscuridad, disponiendo de dos metros cuadrados para cada tres hombres y de una ración diaria de un cubo de arroz o cebada por escuadra.

La disciplina japonesa, inflexiblemente severa, ceremoniosa y fanática, se traducía en una penosa e incondicional obediencia que no excluía las razones morales para combatir: el último soldado sabía que tomaba parte en la lucha por la supervivencia de su pueblo, su entrega personal era absoluta. Los oficiales cargaban con el largo sable de samurai y vestían la túnica arcaica de cuello cortante, pero su espíritu de sacrificio podía servir de ejemplo a la tropa. Los preparativos para la batalla de Malasia se habían trazado contando con los acontecimientos y la experiencia del centro de estudios de guerra tropical, creado en Formosa. Los soldados se hallaban familiarizados con la lucha en la jungla; sabían que hombres duros y avezados podían abrirse un camino en la selva; no ignoraban que son escasas las víctimas de las serpientes venenosas, que la hormiga roja es un sufrimiento más que un peligro y que el hombre en realidad no tiene más que dos enemigos: el bedalang, poderoso búfalo asiático, y una pequeña avispa de cintura amarilla que mata con cinco picaduras. «Debido a que los occidentales son cobardes y afeminados –se podía leer en las ordenanzas– tienen miedo de penetrar en la jungla. La consideran impenetrable. Por eso debemos utilizarla para sorprenderlos mejor...» Estos soldados necesitarán sólo dos días para vencer a las tropas hindúes, cuyo número había sido conseguido a costa de la calidad. Las lluvias torrenciales desmoralizaron a los defensores, acabaron con su organización, redujeron al silencio su artillería, impidieron la llegada de refuerzos y forzaron el abandono de la Operación «Matador»... mientras que ni siquiera frenaron el avance japonés, que cubrió 120 km en 60 horas. Las columnas de Sengora y Pattani se unieron y continuaron por la parte occidental de Malasia. La columna de Kota Bharu continuó su marcha hacia el este sin preocuparse por la falta de caminos. Fracasaron los intentos de contener a los japoneses ante posiciones preparadas de antemano, como en la línea de Jitra y en el cauce del Muda. En Navidades se encontraba todo el norte de Malasia en manos de los japoneses. Para continuar su avance hasta el extremo sur –en bicicleta en su mayor parte– necesitaban todavía un mes más.

El 31 de enero los últimos ingleses se retiraron a la fortaleza de Singapur. Dos gaitas difundían aires de las montañas escocesas mientras desfilaban marcialmente los 90 supervivientes del batallón «Argyle». Al final marchaba el teniente coronel McStewart. Inmediatamente después se oyó una gran explosión, el agua abrió brecha en el dique y pasó por encima del puente: Singapur volvía a ser una isla... Pero la brecha no tenía más que 50 metros de ancho, y durante la marea baja el nivel de las aguas no pasaba de 1,20 m. Durante los días anteriores se había desarrollado sobre el puente del Johore un verdadero éxodo; cientos de miles de seres: europeos, malayos, chinos, hindúes, ricos y pobres. La aglomeración resultaba dramática. En los barrios indígenas las gentes dormían en plena calle y escaseaban los alimentos; todo esto antes de que empezara el sitio. Los bombardeos aéreos ocasionaban gran número de víctimas, pero era imposible construir refugios subterráneos debido a que el agua se encon-

traba a muy poca profundidad. No tardó en extenderse por Singapur el olor de las multitudes mal lavadas y de los muertos sin enterrar, tan característicos de las ciudades sometidas al asedio. Resultaba difícil explicarse cómo los hombres del Ejército 25 japonés habían podido avanzar en 65 días desde Kra, su punto de desembarco, hasta la carretera de Johore. Los japoneses, numéricamente, habían sido siempre inferiores. Por ejemplo, en la escaramuza que se desarrolló cerca de Jitra habían bastado dos batallones de la guardia japonesa bajo el mando del teniente coronel Sakki para hacer retroceder a la totalidad de las fuerzas de la División 27 hindú, causándoles 27 muertos, haciendo 300 prisioneros y ocupando 50 cañones. Su superioridad en aviones y carros no lo aclaran del todo. Los japoneses iban al combate como a una ceremonia religiosa. Cada éxito, cada sacrificio desataba un increíble entusiasmo que solía traducirse en sollozos. La guerra constituía una cruzada; la revancha por el injurioso orgullo de los EE UU y Gran Bretaña. No conocían el cansancio, habían vencido el sueño, y la muerte formaba parte de la sagrada comunidad.

La conquista relámpago de Malasia no se hubiera podido llevar a cabo sin «los suministros Churchill». Así llamaban los agradecidos japoneses a los vehículos, cañones, víveres, municiones y carburante que caían en su poder. En Jitra se encontraron con víveres suficientes para tres meses, y en Alor Star sus hambrientos oficiales llegaron al casino militar y ocuparon las mesas de los oficiales británicos, cuando aún estaba la comida caliente. Sus aviones aterrizaron en un aeródromo –un «aeródromo Churchill»– donde se encontraban cientos de bidones de gasolina de 92 octanos y un depósito de bombas que no tuvieron que cargar a bordo. Esto se repitió con tanta asiduidad que los japoneses prácticamente se abastecían de los aprovisionamientos enemigos, tanto más garantizados cuanto que una orden del mando británico prohibía volar los depósitos de bombas e incendiar los de gasolina. Los soldados hindúes eran presa del pánico en cuanto veían llamas u oían explosiones a sus espaldas.

Barrios enteros en llamas

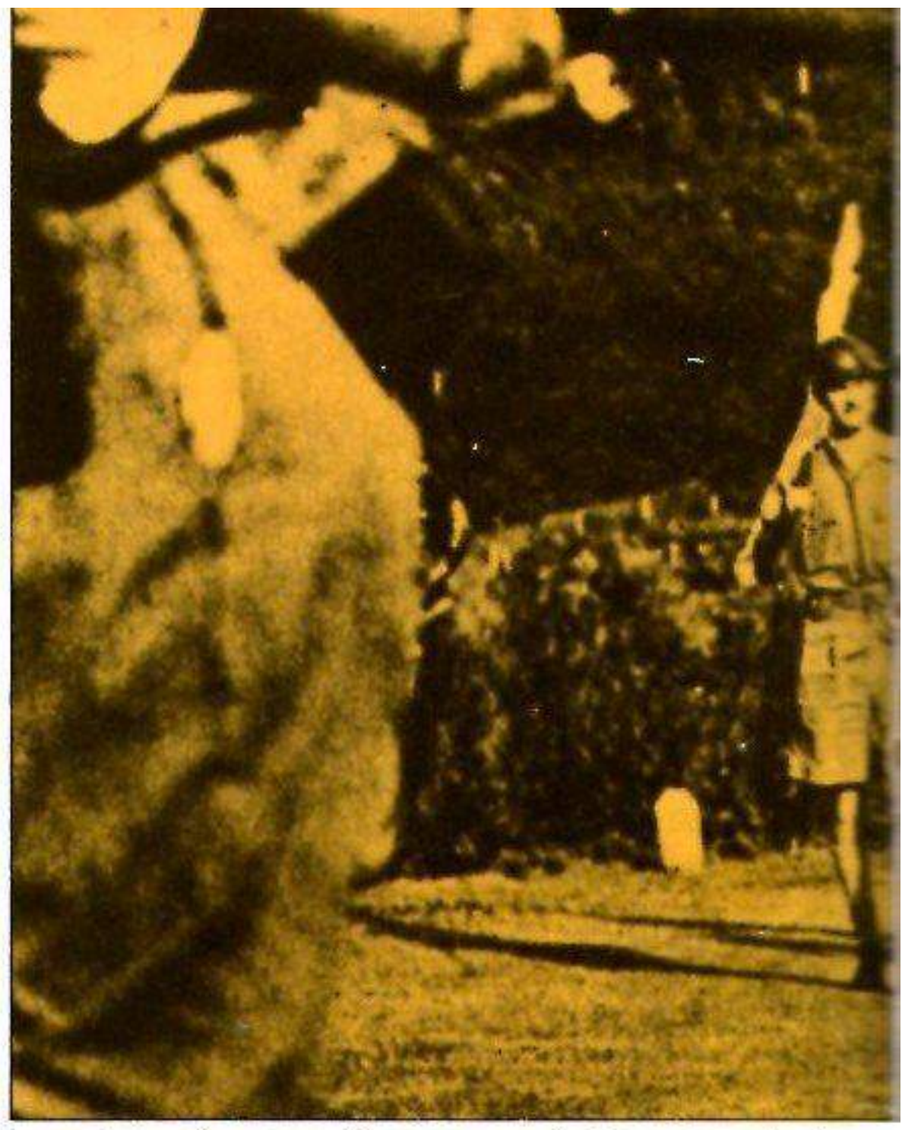
El problema del transporte había preocupado al mando japonés. Debido a ello se pusieron a disposición del cuerpo expedicionario seis compañías de zapadores dotadas de los elementos necesarios para tender puentes, a las que se añadieron dos regimientos ferroviarios. Pero los «vehículos Churchill» contribuyeron a solucionar gran parte del problema.

La División 5 motorizada disponía de tres veces más vehículos que los habituales. Todo lo que no se movía sobre cuatro ruedas, se movía sobre dos, gracias a las bicicletas transportadas por los japoneses y que corrían maravillosamente por las «carreteras Churchill». La infantería de Marina parecía una nube de ciclistas domingueros, cantando, silbando y sudando. No obstante, en Singapur no se preocupaban demasiado. Lo que había sucedido en el continente estaba casi previsto, pese a que todo se había desarrollado más rápidamente de lo esperado. En realidad el encuentro, el asedio, comenzaba ahora. El 1 de febrero, día en que se inició el cerco, el «Raffles» estaba más lleno que nunca a la hora del cóctel, y en el «Tanglin Club» se bailaba como cualquier otra noche.

La orden de defensa de Singapur decía expresamente que no se debía capitular, y que la guarnición debería correr la suerte de la ciudad. Grandes columnas de humo, acompañadas de llamas rojizas, se elevaban sobre los depósitos de carburante. Caía sin cesar una lluvia de ceniza, de manera que cuando empezó la habitual tormenta de agua, el campo de batalla se cubrió de tinta que no tardó en ir a parar a los canales de Singapur. La ciudad entera se encontraba bajo el fuego de la artillería. Los proyectiles destruían las sencillas casas de los indígenas, levantando inmensas nubes de polvo. Los aviones con la enseña del Sol Naciente volaban rozando los techos; las ráfagas de sus ametralladoras causaron cientos de muertos. Se arrojaron octavillas de propaganda incitando al pueblo a poner fin a sus sufrimientos levantándose contra los amos ingleses. Barrios enteros se encontraban en llamas sin que fuera posible acudir en su ayuda, debido a que las calles estaban obstruidas por las ruinas y además faltaba el agua. El olor acre del incendio se mezclaba con un hedor infecto de putrefacción e inmundicias. Los cadáveres se descomponían en pocas horas, yacentes en plena calle. No funcionaba ya ningún servicio de limpieza.

Y todavía otro olor se grabaría en el recuerdo de los supervivientes. Por temor a que vencedores y vencidos se entregaran a una orgía de alcohol, las autoridades ordenaron que se arrojaran al canal 25 millones de litros de whisky, ginebra, vino y licores chinos. Todo ello proporcionaba a Singapur una atmósfera de taberna.

Los japoneses iniciaron el ataque a la isla en la noche del 8 al 9 de febrero. Una semana después tan sólo les faltaban cinco kilómetros para borrar del mapa uno de los más grandes bastiones del mundo blanco. Una vez más los ingleses habían carecido del olfato necesario. Percival colocó dos terceras

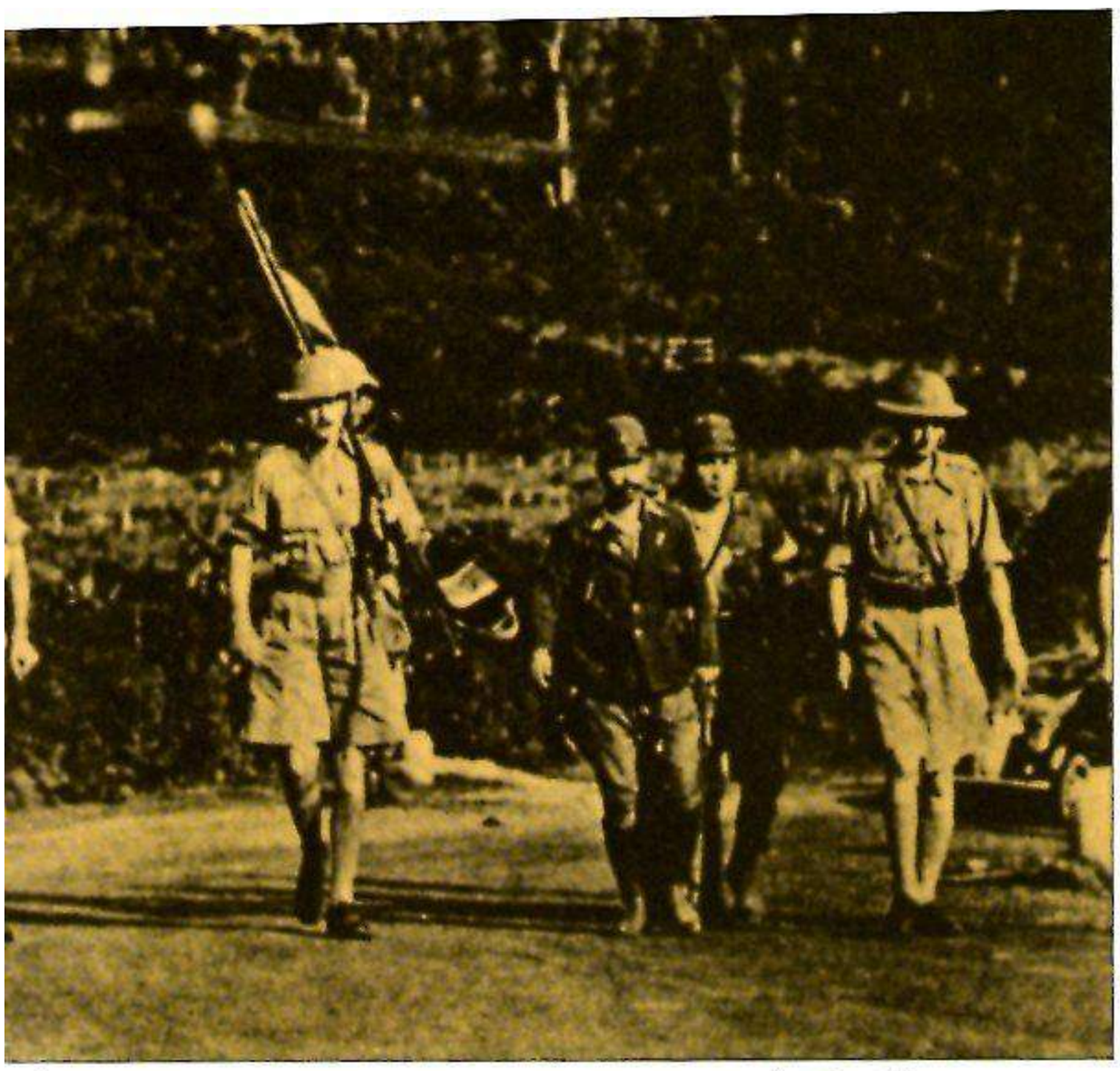


partes de sus fuerzas –el Cuerpo de Ejército hindú y la División 18 inglesa– al este del puente de Johore, convencido de que los japoneses utilizarían el puerto de la base naval para desembarcar. El oeste, sin embargo, un pantano cubierto de mangles de raíces salientes, considerado como impenetrable, fue confiado a la División 8 australiana, debilitada por las bajas y las deserciones. Yamashita hizo todo lo contrario de lo que se esperaba de él. Tras una maniobra de diversión, lanzó dos de sus tres divisiones sobre los mangles. Los mangles no constituían para los japoneses ningún obstáculo, sino un refugio.

Nunca la moral de los japoneses estuvo más exaltada. Regimientos enteros derramaron lágrimas de orgullo al ver ante sus ojos la isla de nombre mágico que habían venido a conquistar. Por primera vez desde que comenzara la operación los soldados se mudaron de ropa interior, situándose en la disposición mística de pureza al aproximarse al objetivo final tras esfuerzos sobrehumanos.

La aciaga noche de Bukit Timah

El 10 de febrero comenzó el ataque contra la parte central de la isla, zona en la que por motivos de salubridad se encontraban los europeos. El punto más elevado lo constituía, con 117 metros, la colina de Bukit Timah, en la que abundaban los jazmines. La artillería no había llegado aún cuando los jefes de las dos divisiones decidieron emprender el ataque sin esperarla. En el momento que las tropas comenzaban su avance, un gigantesco relámpago surcó las nubes, se desencadenó una terrible tormenta y empezó a llover a raudales. Los elementos desatados



El general Percival, defensor de Singapur, se dirige al lugar donde se celebrarán las negociaciones de capitulación. Era el domingo 15 de febrero de 1942. «Un día de oprobio», escribió Churchill.

sirvieron de protección a los atacantes. Sus instructores les habían enseñado que la noche y la tormenta eran sus aliados, y no les faltó razón. Los soldados japoneses alcanzaron Bukit Timah y exterminaron a sus defensores. El parte oficial inglés hablaba de «una noche aciaga». La última línea defensiva ante Singapur había caído.

Como de costumbre, el sol salió tranquilo y magnífico. El viento llevó hasta el mar las cenizas. Una vez más corrieron las lágrimas por las mejillas de los sensibles japoneses. El panorama que se ofrecía ante sus ojos bien valía todo el esfuerzo, las heridas y los muertos: el campo de golf, el hipódromo, el campo de cricket, una finca con su caserío blanco, preciosos bungalows salpicando las bien cuidadas praderas. Más cerca, a la izquierda, se hallaban los depósitos de agua, sin los cuales no podía vivir el millón de habitantes de Singapur. ¡Y allí estaba Singapur! La doble calzada rectilínea de Bukit Timah Road, el laberinto de Holland Road se perdían en la masa de casas y se convertían en el gran eje de Orchard Road. Al fondo brillaba el mar. Los cruzados asiáticos tenían su Jerusalén ante los ojos.

Churchill se sintió herido en su orgullo: «Está en juego el honor de nuestro pueblo... Hay que proseguir la lucha hasta el fin por todos los medios... No se debe pensar en salvar a la tropa o en ahorrar sacrificios a la población civil... Los generales deben morir con sus soldados. Tienen una oportunidad de entrar en la historia». Dictadas con voz vibrante en el despacho de Downing Street estas líneas estaban dirigidas a un hombre amargado: el mariscal Wavell había organizado en Java su cuartel general, pero no se hacía la menor ilusión sobre sus posibilidades de éxito.

En Singapur se había derrumbado la moral de combate. El llamamiento de Churchill dado a conocer por Wavell produjo el efecto contrario al esperado. Los oficiales se desahogaban en maldiciones delante de los soldados. Las unidades se deshacían. La ciudad estaba llena de desertores. Revólver en mano, trataron de embarcarse en los últimos buques que zarpaban del puerto. Rechazados, se dirigieron a la ciudad y, en unión del populacho, saquearon las tiendas parcialmente destruidas por los bombardeos. Delante de la puerta ojival de los almacenes de la Army y la Navy, símbolo del colonialismo británico, soldados australianos bailaban con unas mujeres desnudas: eran maniquíes de cera robados del almacén. El olor que despedían los cadáveres enterrados entre los escombros resultaba infernal, y al cansancio y al miedo vino a unirse la sed.

El domingo 15 de febrero Percival mantuvo una conversación con los jefes de los distintos sectores. El puesto de mando había sido trasladado a Fort Canning, en el centro de la ciudad, pero de hecho Singapur entero era frente. Los japoneses atacaban toda la ciudad, desde el club de natación hasta la fábrica de ladrillos de Bukit Chermin. Los generales convocados a la reunión encontraron grandes dificultades para llegar al cuartel general. No habían llegado aún a Fort Canning, cuando les sorprendió una fuerte explosión: el depósito de municiones del cuartel Alexander, uno de los últimos refugios de los sitiados, acababa de volar por el aire. Al mismo tiempo los japoneses ocupaban el hospital del mismo nombre y pasaban a cuchillo a cuantos allí encontraron, incluso a un herido en la sala de operaciones.

El general de brigada Simson, responsable de la defensa antiaérea, fue el primero en tomar la palabra. Advirtió que en las próximas 24 horas no quedaría agua disponible y que dependía del resultado de las operaciones militares el que pudiera volverse a tener en el plazo de algunos días. Lo que esto suponía bajo ese clima tórrido estaba claro: desde ahora no sólo la sed constituiría una amenaza, sino también la peste. Las ventanas estaban protegidas por sacos terreros, los ventiladores no funcionaban. El sudor corría por todos los rostros, los brazos, las rodillas desnudas de los generales. Percival, con voz monótona, resumió la situación: casi no había agua, ni alimentos, ni munición, ni carburante. Con vistas a un posible asedio de Singapur se habían dispuesto gigantescos depósitos, ahora en manos de los japoneses. La única forma de poder resistir era reconquistarlos. ¿Consideraban posible los generales la reconquista de Bukit Timah?

No, los generales no lo consideraban posible. Lo creían absolutamente imposible.

«Si la situación es ésa –dijo Percival– no me queda otro remedio que la capitulación». A estas palabras no siguió ninguna frase ampulosa. Se designó al comandante Welde para que presentara al enemigo la oferta de capitulación. Se improvisó con un mantel una bandera blanca. Welde se dirigió en un jeep a la Bukit Timah Road, dejando ondear al viento el símbolo de la derrota. La calle se encontraba abandonada: en las aceras se mezclaban algunos soldados y civiles en absoluta pasividad. Al cruzar el Adam Road, surgió un japonés que hizo una seña al comandante para que le siguiera. Se suspendió el fuego. Un hombre pequeño, con bigote, cordones y un largo sable corrió al encuentro de Welde: el comandante Fujita, uno de esos sorprendentes oficiales del Estado Mayor japonés que se encuentran siempre en primera línea. Un pequeño detalle justificaba el que, contra las más severas instrucciones militares que jamás hayan existido, su chaqueta estuviera abierta: Fujita tenía el brazo escayolado. Una clavícula rota no era impedimento suficiente para hacerle abandonar el campo de batalla.

¡Capitulación! De acuerdo. Los japoneses no tenían nada que oponer, siempre que fuera sin condiciones y siempre que el comandante en jefe del ejército enemigo, general Percival, acudiera personalmente a ofrecerla llevando además, junto a la bandera blanca, la británica. Las fotos hechas con tal ocasión deberían servir de símbolo de la que históricamente pasaría a ser una de las más sensacionales derrotas de occidente.

Lale Andersen y Heinz Goedecke ante los micrófonos de la «Grossdeutschen Rundfunk». El popular animador de la emisión «Wunschkonzert» anuncia a Lale, que interpretará «Lili Marleen».

En 27 idiomas se cantó «Lili Marleen» durante la segunda Guerra Mundial. Jochen R. Klicker (autor) y Rolf Steinberg (documentación) se han ocupado de profundizar en la historia de la canción de mayor éxito de los últimos años, cantada por todas las tropas y que, andando el tiempo, todavía serviría de consuelo a los soldados americanos en Vietnam.

LILI MARLEEN
UNA CANCION RECORRE EL MUNDO

Todavía hoy siguen llegando honorarios a la cuenta del compositor berlinés Norbert Schultze, de 64 años, por su «Lili Marleen». Una composición con 37 años sobre sus notas y que sigue produciendo anualmente unos 40.000 DM. En total, por la patriótica creación su autor ha ingresado más de un millón de marcos. Bing Crosby, Jean-Claude Pascal, Freddy Quinn, Greta Garbo, Marlene Dietrich y Manuela han grabado su voz con la música de Norbert Schultze y el texto de Hans Leip. Ninguno de ellos, sin embargo, ha logrado el éxito de su verdadera creadora: Lale Andersen.

En principio Lale Andersen no se interesó por la melodía, dedicada como estaba a las canciones marineras de su Bremerhaven. Cuando en 1940 el compositor Norbert Schultze le ofreció incluir la melodía en su repertorio, no aceptó: cantaba ya una versión similar sobre «un soldado de guardia», de Hans Leip, sin que pudiera decirse que tuviera un gran eco. Únicamente cuando se dio cuenta de que la canción de Schultze gustaba, sobre todo al público de la radio, aceptó grabarla en disco. Pero la Alemania en guerra necesitaba otras canciones más excitantes y Lili Marleen no tardó mucho en desaparecer de la actualidad.

A mediados de 1941 Radio Belgrado –que transmitía programas para el Norte de África– pidió a Radio Viena nuevos discos. Un suboficial de Radio Belgrado seleccionó con el encargado del archivo una serie de grabaciones, entre ellas unas cuantas que llevaban la advertencia «pasados de moda». Por falta de otros mejores, Radio Belgrado emitió varias veces los que tenía a su disposición a partir del 18 de agosto de 1941. Hasta que intervino desde Berlín el ministro de Propaganda. El ministro Goebbels, que había ya roto por su cuenta una de las dos matrices originales, consideraba los versos «macabros» y la melodía excesivamente sentimental. Radio Belgrado no tuvo más remedio que retirar a la Lale con su Lili. Poco después empezaron a llegar peticiones de los soldados alemanes en África pidiendo que se repitiera la canción. La emisora reanudó la programación del disco utilizándolo como sintonía de cierre de su emisión de las 21,55 preguntando a Berlín si estaba de acuerdo.

Goebbels se indignó, pero no tuvo más remedio que aceptar «Lili Marleen» como refuerzo de la moral de la tropa,

Das Lied LILI MARLEEN, das eine einmalig grosse Verbreitung in der Welt gefunden hatte, wurde durch das vorliegende Hochzeitslied in unserer Erinnerung lebendig. Mit der Veröffentlichung der deutschen Ausgabe des bereits im Ausland bekannten Liedes „HOCHZEIT DER LILI MARLEEN" verbinden wir die Neuausgabe von LILI MARLEEN in der Originalfassung. Das beigegebene Essay soll über die Entwicklung des Liedes Aufklärung geben. *Der Verlag.*

LILI MARLEEN *)

Englischer Text von Tommie Connor (Hans Leip)
Französischer Text von Henry Lemarchand

Musik von Norbert Schultze

MODERATO

p *p non legato*

Vor der Kaser - ne vor dem grossen Tor stand ei - ne La-ter - ne und steht sie noch da-vor, so wolln wir da uns
Un - der neath the lan - tern by the bar-rack gate, dar - ling I re-mem-ber the way you used to wait. 'T was there that you whis-pered
De - vant la ca - ser - ne quand le jour s'en-fuit la vieil- le lan-ter - ne sou - dain s'al-lu - me et luit. C'est dans ce coin la

wie - der - sehn, bei der La - ter - ne wolln wir stehn wie einst, Li - li Mar - leen, wie
ten - der - ly, that you lov'd me,— you'd al - ways be,— my Lil - li of the lamp light, My
que le soir ou s'at - ten - dait rem - plis dès - poir, tous deux Li - ly Mar - lène Tous

einst Li - li Mar - leen. leen.
own Lil- li Mar - lene. lene.
deux Li - ly Mar - lène. lène.

1-4 5

(IVa volta poco meno)

dolce rall.

*) *Aus dem im gleichen Verlag erschienenen Liederzyklus „DIE HAFENORGEL" BAND I*

Copyright 1940 by Apollo-Verlag Paul Lincke, Berlin

si bien cambiando la versión de Lale Andersen por una de marcha militar. Una vez más protestaron los soldados exigiendo la versión antigua. Goebbels se rindió. Las otras emisoras alemanas imitaron a la de Belgrado. Diariamente se podía escuchar hasta treinta veces la voz de Lale Andersen cantando: «Vor der Kaserne, vor dem grossen Tor». La artista se hizo famosa de la noche a la mañana. Los soldados mandaban cartas a «Lili Marleen, Radio Belgrado» o a «Lale Andersen, Berlín, Alemania». Hasta ese momento había estado cantando en los casinos de oficiales sin atraer demasiado la atención: de repente la solicitaban de todas partes.

Vigilada por la Gestapo

«Ganaba mucho dinero –contó Lale (Elisabeth Carlotta Bunterberg era su verdadero nombre)– pero debido a la guerra mi estilo de vida no cambió en absoluto.

Goebbels dio orden a la Gestapo para que vigilara a la destinataria de millones de cartas de soldados. Durante un viaje a Italia –donde debía cantar ante heridos de guerra– se dirigió por escrito al compositor suizo Rolf Liebermann –actual director de la Ópera de París– pidiéndole que la ayudara a huir a Suiza. La Gestapo descubrió la carta y detuvo a la cantante Lale Andersen: «Me dijeron que aquello sería el final de mi carrera, que sería internada en un campo de concentración. Esa noche hubo tres alarmas aéreas; pensé que lo mejor era terminar cuanto antes y tomé todos los somníferos que tenía: volví a recobrar el sentido tres semanas más tarde...»

Mientras tanto, la BBC de Londres dio la noticia de que Lale Andersen había sido internada en un campo de concentración, y que había muerto allí. A Goebbels se le presentaba la gran ocasión de demostrar cómo mentía la emisora inglesa. Lale Andersen tuvo que seguir actuando en público, prohibiéndosele revelar la obligación que tenía de presentarse dos veces por semana a la Gestapo, en Berlín. «Lili Marleen» desapareció de las ondas controladas por los alemanes a raíz de la derrota de Stalingrado, sin duda al no poder seguir considerándola como un tónico de la moral de combate.

Sin embargo, para entonces «Lili Marleen» había triunfado en todos los frentes como Lilli Marlene y Lily Marlène. Cuando, tras semanas enteras de cerco, las tropas del «zorro del desierto», Erwin Rommel, conquistaron el fuerte norteafricano de Tobruk y entraron en la ciudad, los altavoces públicos difundían las voces de un trío femenino británico que entonaba el «Lady of the

Entre los numerosos intérpretes de la famosísima canción del soldado se encuentran: Marlene Dietrich (arriba), Freddy Quinn (en el centro), Manuela (abajo) y Bing Crosby (en la página de la derecha). De la versión inglesa –«Underneath the lantern»–, aparecida en 1942, se vendieron en pocas semanas un millón de discos.

Lamplight-Lilli Marlene». Con la sorpresa del ataque, la emisora había olvidado desconectar los altavoces con el programa de la estación militar de El Cairo, dedicado a los soldados británicos. «Lilli Marlene» se había convertido en la melodía preferida de los soldados del Ejército 8 británico. Hans Leip, autor de la letra, afirma al respecto: «Durante la primera contienda, el gran éxito fue 'Its A Long Way to Tipperary', y revela lo suficiente sobre la falta de sentido de las guerras el que durante la segunda se reservara este honor a una melodía del enemigo».

En 1944 los británicos rodaron una película documental con el título: «The True Story of Lilli Marlene». En ella contaba el escritor Tommie Connor cómo a principios de 1942 la BBC le había encargado de poner letra a la popular melodía, de manera que los soldados vieran en «Lilli Marlene» a la hija, la madre, la hermana o la novia. Cuenta Connor: «Francamente, al principio me quedé desconcertado. Después musité una oración y en 25 minutos estaba hecho el texto. De la primera versión con Anne Shelton se vendieron en pocas semanas un millón de discos».

Cuando a principios de marzo de 1942 las tropas germano-italianas ocuparon Cirenaica, el «Daily Herald» comentaba amargamente el desarrollo de la batalla, ascendiendo a general a la modesta Lili/Lilli, que se había revelado tan débil en su calidad de inspiradora de las tropas británicas, como demostraba el éxito de «su colega Rommel». Por todas partes donde ondeó hasta 1945 la bandera de la Union Jack se siguió cantando: «t was there that you whispered tenderly, that you loved me, you'd always be... my own Lilli Marlene».

Cuando el 12 de julio de 1948 salieron de Inglaterra en dirección a la patria los últimos 546 prisioneros alemanes, embarcaron cantando el «Lili/Lilli». Cuatro años después de terminadas las hostilidades, una noche primaveral en la Riviera, donde descansaba, el ex premier británico Winston Churchill pidió a la orquesta que interpretara «Lilli Marlene». Al aparecer a la noche siguiente en el local, la orquesta le saludó con las notas de la canción solicitada por él 24 horas antes; Churchill –75 años– se opuso: «Esa canción que con tanta emoción había escuchado la noche anterior traía a la memoria el recuerdo de mucha sangre y muchas lágrimas» (Hans Leip).

A propósito: no hace mucho el «Princess Patricia's Ligth Infantry Regiment» de Toronto (Canadá) ha elegido el «Lilli Marlene» como su marcha oficial.

«Lili Marleen» ha recorrido el mundo interpretada en 27 idiomas y con 40 letras distintas; siempre con la misma música, siempre con el mismo nombre. Cada traducción, cada adaptación ha dado al texto un nuevo giro sin cambiar el sentido inicial del de Hans Leip.

«Dame una rosa y estréchala sobre mi corazón», cantan los italianos. Los franceses recuerdan: «Delante del cuartel, cuando el día se va». Y los japoneses, más heroicos: «Por ti quiero luchar, morir y resucitar». Ya durante la guerra un periódico suizo explicó el inesperado éxito de «Lili»: «El secreto de la popularidad de esta melodía se debe sin discusión alguna a su limpieza de espíritu, para la que el soldado en peligro posee una grande y secreta sensibilidad que comparte y le solidariza con sus compañeros de infortunio. La canción se ha convertido, por encima del odio y el fragor de los combates, en un lazo de unión entre los pueblos, sin parangón en la historia».

Alegró al mundo entero

El éxito de «Lili» ha servido, sobre todo, a su compositor: Norbert Schultze: el presidente de la Cámara Musical del Reich, director de orquesta profesor Peter Raabe, inscribió al querido colega en la lista de «artistas creadores» que debían estar exentos del servicio militar. Norbert Schultze supo cumplir puntualmente con el ruego de ponderar el nuevo orden y la revolución nacional. Accediendo a esto compuso:

- la música de la película propagandística «Feuertaufe», sobre la invasión de Polonia.
- la música para la película «Bomben auf Engeland», sobre la batalla de Inglaterra;
- a petición de Rommel, subrayada con un envió de café y licores hecho por el mariscal, la marcha «Panzer rollen in Afrika»;
- con motivo de la proclamación por Goebbels de la guerra total, «¡Führer befiehl!»

En total Schultze entregó a sus mecenas nacionalsocialistas 25 canciones «patrióticas». No sintió el menor remordimiento. En 1967 declaró al periodista Derek Jewell, del «New York Times», que trabajaba en la historia de «Lilli Marlene»:

«No puedo arrepentirme de haber escrito todas esas melodías. Eran una exigencia de la época, no mía. Otros disparaban. Yo componía canciones. ¿No hicieron otros compositores lo mismo por su patria?... Pero comprendo la manera de pensar de la gente *hoy*. Se acuerdan de los tiempos en que escuchaban mi marcha por la radio y exclaman: «¡Dios mío, ése es el hombre que compuso esa maldita música!»

De manera muy diferente de lo que piensan muchos sobre Norbert Schult-

ze, pensaba el general Dwight D. Eisenhower (después presidente de los EE UU) sobre el autor de la letra, Hans Leip. Eisenhower, cuyas tropas habían entrado en París al compás de las notas de «Lilli Marlene» en 1944, supo durante una inspección a la División Regenbogen –en 1945, en Tirol– que se encontraba allí Hans Leip, y quiso conocerlo.

–Tráigame a ese hombre, –dijo a su ayudante.

El ayudante informó al general:

–Son las 10, la hora en que suele irse a la cama.

El soldado no podía saber que Leip, desde hacía tiempo, acostumbraba a acostarse antes de las 21,55 con objeto de no caer en la tentación de escuchar «Lili Marleen» por Radio Belgrado.

Eisenhower replicó–: «No le molestemos entonces, es el único alemán que durante la guerra alegró al mundo entero».

□

Lo que decidió el éxito de la canción, al principio poco popular, fue el eco que despertó entre los soldados del «Afrikakorps» y del Ejército 8 británico, que operaban en el desierto. A la izquierda, un grupo de soldados ingleses prisioneros de los alemanes, y abajo, una unidad alemana: en todo el frente se escuchaba y cantaba «Lili Marleen».

LA CANCION DEL SOLDADO

«21,57 horas», se oía tenuemente a través de la radio que transmitía el programa de la emisora de Belgrado. A continuación sonaban las notas de «Lili Marleen». ¿Cuántos soldados, en la radio de su vehículo, en los transmisores de campaña o en los carros escuchaban la melodía?... Allí estaban sentados, escuchando: en Francia, en Polonia, en Noruega, en los submarinos, en el desierto. Sentados en los puestos de mando, en las trincheras, en las casamatas, soñaban con la voz de la mujer. Una voz sencilla e ingenua que entonaba una melodía ingenua y simple. La canción del soldado. Hoy se siente uno predispuesto a cometer una injusticia hacia los millones de soldados que escucharon la melodía y el texto porque para ellos representaba la añoranza del hogar, y cuyo sentimentalismo servía de equilibrio a la tremenda realidad que los rodeaba: la guerra y la muerte. Las notas evocaban la casa, la paz, la novia, las ciudades y los pueblos. Al veterano del desierto se le caían las lágrimas. Y no sólo al alemán. El corresponsal de guerra británico Alan Moorehead escribe en su libro «Trilogía africana»: «No sólo el alemán, también el soldado inglés se ponía a la escucha todas las noches. Por todos los rincones del desierto los soldados británicos silbaban la melodía»: Una cancion recorría el frente. Y la puerta del cuartel y el farol que se encontraba ante ella cobraron tanta fuerza que los generales ingleses encomendaron a sus oficiales que sugirieran a los soldados el abstenerse de cantar y silbar la canción y de oír la radio alemana.

Paul Carell: «Die Wustenfuchse», Nannen Verlag GmbH, Hamburgo 1958

(He aquí la versión oficial de la casa editora, debida al argentino Enrique Cadano y publicada en 1945 por las Ediciones París Mundial de Buenos Aires)

I

Bajo la linterna, frente a mi cuartel
sé que tú me esperas, mi dulce amado bien...
y tu corazón al susurrar
bajo el farol, latiendo está...
Lilli... Mi luz de fe...
eres tú... Lilli Marlene...

II

Cuando llega un «parte» y debo marchar
sin saber, querida, si puedo regresar...
y sé que me esperas siempre fiel
bajo el farol, frente al cuartel...
Lilli... Mi luz de fe
eres tú... Lilli Marlene...

III

Si en el frente me hallo, lejos ¡ay! de ti
oigo que tus pasos se acercan junto a [mí...
y sé que allá, me esperas tú
junto al farol... plena de luz
Lilli... Mi dulce bien
eres tú... Lilli Marlene...

(Había también una versión española que comenzaba así:

Cuando al despedirme fuiste siempre fiel
a decirme adiós a la puerta del cuartel,
te prometí y juré también
el regresar, Lili Marleen.
Por ti al frente voy,
por ti y nuestro amor).

LA SINGULAR ARMA SECRETA DE HITLER

«Operación Bernhard»-falsificación de moneda

Alrededor de 100 millones de libras inglesas, en billetes de 5, 10 y 100, fueron falsificados y puestos en circulación en diferentes países entre 1942 y 1945 por los Servicios Secretos alemanes, con la aquiescencia de Hitler y por encargo de su gobierno. Se trata, sin duda alguna, de la más importante falsificación monetaria de todos los tiempos.

Con el cambio, el Gobierno alemán logró las divisas que tanto necesitaba: con ellas pagó, lo más tarde desde 1943, el 70 % de su red de agentes en el extranjero, logrando de paso causar un gran perjuicio a la economía inglesa. Los expertos aseguran que de haberse iniciado antes la operación, hubiera llevado a Gran Bretaña indefectiblemente a la bancarrota.

Es cierto que el Banco de Inglaterra siguió aceptando y cambiando billetes de libras reconocidos como falsos con objeto de no restar crédito en el mercado mundial al papel moneda inglés. Está demostrado que la falsificación fue tan perfecta que los billetes eran aceptados prácticamente por los bancos de todos los países. Incluso los bancos suizos aseguraron, después de consultar al Banco de Inglaterra, que los billetes «falsos» eran auténticos y de curso legal.

Los servicios del Gobierno alemán encargados de la «Operación Bernhard» recibieron el 50 % de los billetes cambiados, es decir, alrededor de mil millones de marcos en divisas fuertes. El otro 50 % se consideró como «gastos» y comisiones de los encargados de realizar el cambio, que transcurrió sin mayores incidentes.

Al terminar la guerra muchos de estos comisionistas seguían teniendo en su poder grandes cantidades de dinero, de las que ya no tuvieron que rendir cuentas a sus proveedores. Y puede darse por seguro que muchas personas –incluso alemanes emigrados– después de la guerra se sirvieron de ese dinero para comprar posesiones o crear industrias, en todo caso para asegurarse una nueva vida.

También en Alemania se encontraban grandes sumas sin que se conozca su importancia exacta. O bien los supervivientes de la operación la desconocían o, lo que es más verosímil, los pocos en posesión del secreto supieron guardarlo al darse cuenta de la provechosa ocasión que se les ofrecía.

En todo caso, algunos restos de las series falsificadas fueron a parar al Traun. Diez días más tarde aparecieron los billetes en la superficie al romperse las cajas de madera en que estaban encerrados. Los vecinos de los alrededores se dedicaron a la pesca, y a buen seguro que no entregaron todas las piezas cobradas cuando se presentaron los agentes del servicio secreto americano. Uno de estos pescadores llegó rápidamente a un acuerdo con un sargento de los EE UU: entre los dos se las ingeniaron para sacar con red gran parte de lo que aún escondía el lago Traun.

¿Lago con doble fondo?

Está comprobado que la misma cantidad de billetes falsos se arrojó también al Toplitz. Lo sorprendente es que no flotara ni uno solo. ¿No debería la misma agua haber provocado idéntico fenómeno? Tampoco parece convincente la afirmación de que el tesoro del Toplitz permanece inalcanzable debido a que el lago posee un doble fondo de fango y árboles fosilizados que retienen lo que el fondo superior deja caer a él. Siguiendo esta explicación hay que admitir que todas las cajas –y se trataba de un camión entero de ellas– se han filtrado hasta el segundo fondo. Ese mismo fondo que los hombres rana americanos consideraron imposible de examinar y cuya explosión ni siquiera ensayaron por tenerla por inútil. Lo que explicaría que ni uno solo de los billetes falsos haya surgido en la superficie, apresado sin duda por el famoso doble fondo...

Por lo menos tres muertes han quedado sin aclarar en las inmediaciones del Toplitz. Los tres hombres habían trabajado en los alrededores en distintas épocas como guías alpinos. Y la policía austríaca pudo establecer en los tres casos que se trataba de antiguos miembros del servicio secreto de investigación de la Marina destacados en el Toplitz. Hasta el final de la guerra habían probado, en este rincón olvidado de Dios, torpedos dirigidos a distancia, y posiblemente fueron testigos del hundimiento del tesoro en el lago de Toplitz.

Lo verdaderamente sucedido con esta parte del tesoro permanece oculto. Hoy, treinta años después, resulta muchísimo más difícil investigar sobre el caso: el dinero falso desapareció en los sótanos del Banco de Inglaterra. No se han vuelto a encontrar billetes de este tipo.

Aparte de esto lo que hoy realmente interesa es:

- ¿Cómo se les ocurrió tal idea a los alemanes?
- ¿Cómo fue posible producir dinero falso en tal cantidad sin que se enterara todo el mundo?
- ¿Por qué no se condenó a ninguno de los que tomaron parte en la falsificación –una vez terminada la guerra– e incluso muchos de ellos escaparon sin siquiera ser acusados?

Los americanos deseaban procesar a algunos de ellos, pero los ingleses no mostraron ningún interés. Por una parte, cuando se celebró el Proceso de Nuremberg los británicos ignoraban la importancia de la falsificación y los billetes que todavía circulaban. Cualquier información adicional hubiera puesto en peligro el crédito de la moneda inglesa. Por otra, durante la con-

tienda los británicos habían arrojado sobre Alemania cartillas de racionamiento falsificadas con el mismo propósito: el de arruinar la economía germana. Por tanto, los ingleses aconsejaron a los americanos que consideraran la falsificación como un ardid de guerra y sólo llevaran a los tribunales a las personas que una vez terminada la contienda siguieran presentando billetes falsos.

Tampoco los franceses buscaron la venganza. Tenían su propia experiencia en lo relativo a la falsificación de moneda. Después de la Primera Guerra habían hecho circular por los territorios ocupados de Alemania billetes alemanes falsos con objeto de impedir que la economía «teutona» levantara cabeza.
Incluso los soviéticos mantuvieron una reserva sorprendente: no deseaban que el tribunal internacional tuviera noticias de que ellos mismos, apenas llegados al poder, habían sido víctimas de una falsificación realizada por los contrarrevolucionarios. Además, habían apresado a alguno de los falsificadores alemanes y lo habían internado en la Unión Soviética. Según ciertos informes de los servicios secretos de diferentes países, los rusos se preparaban ya en Nuremberg para una futura guerra fría o caliente y estaban dispuestos a emplear en ella billetes ingleses y americanos fabricados por ellos. Y es verosímil que junto a los falsificadores cayeran también en sus manos algunas preciosas reservas del producto que habían falsificado.

Esto garantizó a los supervivientes una cierta libertad: algunos fueron a parar a la Unión Soviética como «especialistas», otros vistieron uniforme de oficial de los ejércitos inglés o americano –como el «jefe de los cambios», Schwend– y no faltaron los que tuvieron que comparecer en Nuremberg por otros delitos, pero nunca por haber falsificado dinero.

La idea de falsificar moneda inglesa y con ella intentar arruinar la economía británica fue concebida en el departamento VI (Sabotaje) de la Oficina central de Seguridad que dirigía Himmler, en 1940. El veterano de las SS, Naujocks, empleaba a este efecto en las inmediaciones de Berlín a un grupo de expertos –especialistas en papel, expertos en cuestiones bancarias, técnicos en grabado y falsificadores profesionales– sometiéndolos a una vigilancia estrecha.

En muy poco tiempo fueron capaces de fabricar un papel que no se distinguía apenas del original ni al microscopio, ni siquiera bajo la lámpara de cuarzo. Despues de minuciosos análisis realizados en los laboratorios de las escuelas técnicas superiores se consiguió un paño de algodón –que debía importarse de Turquía– con el que se confeccionaban trapos de limpieza que se distribuían por las fábricas del Reich que después de ser utilizados y tratados químicamente servían para fabricar un papel idéntico en calidad, brillo y color al original de los billetes británicos. Tras un complicado proceso artesano fue posible copiar exactamente la filigrana del papel. La grabación de las planchas no fue difícil.
Mas pese a los apremios de Alfred Naujocks para que se pusiera cuanto antes en circulación el dinero en territorio enemigo, el mando superior esperó a recibir informaciones completas al efecto.
La mayor experiencia en falsificaciones estatales de moneda la poseía Hungría que bajo el régimen de Horthy y del terrateniente transilvano conde Stefan Bethlen había falsificado con todo éxito enormes cantidades de francos franceses para financiar el movimiento nacionalista húngaro que pretendía la creación de un imperio.

El error ajeno

Bethlen tenía ya experiencia en falsificaciones: Rumania después de la primera Guerra Mundial siguió utilizando sus viejos billetes de banco, limitándose a imprimir sobre ellos nuevos valores; Bethlen falsificó esta sobreimpresión en Budapest y envió a Rumania cientos de miles de billetes de 500 y 100 coronas. Sus agentes se encargaron de ponerlos en circulación.
Un amigo de Bethlen, Teleki, intentó desde Austria llevar a cabo una imitación de billetes checos ayudado por el gobernador de Estiria, Anton Rintelen, que quería llegar a ser dictador de Austria. Los billetes falsificados fueron enviados a Budapest, a la villa del príncipe Windischgrätz. El golpe fracasó debido a la imprudencia húngara de ponerlos en circulación recién impresos. Windischgrätz se aprovechó de la enseñanza e inició la tarea de la nueva operación a base del franco.
He aquí lo que sacaron los agentes secretos alemanes en Budapest, en 1940, de sus entrevistas con el príncipe Windischgrätz, para entonces pobre, desengañado y locuaz, y que fue de provecho para la «Operación Bernhard»:
A principios de 1923 el príncipe puso en movimiento sus relaciones con los círculos nacionalistas alemanes. Se entrevistó con Ludendorff y Stresemann, así como con los participantes en el golpe derechista (*putsch* de Kapp) Erhard y Bauer. Expuso abiertamente su idea de falsificar francos franceses y conoció el secreto de Estado de que los alemanes, a su vez, trabajaban en la misma empresa utilizando Colonia como centro. Incluso llegó a visitar con Erhard la fábrica donde se preparaba la falsificación. Stresemann consideraba la falsificación de francos como una réplica de la efectuada por los franceses con los marcos alemanes, pero no acababa de decidirse a dar el paso definitivo. Por medio de Windischgrätz se llegó a un acuerdo por el que se trasladaba la famosa fábrica al Instituto Geográfico Militar de Budapest. Los expertos germanos se pusieron a disposición de los húngaros, que se reservaron las 2/3 partes del negocio, cediendo el resto a los alemanes por su complicidad.
Horthy y Bethlen deseaban sanear las arcas del Estado gracias a la falsificación, pero no estaban dispuestos a invertir dinero en ella. Windischgrätz tenía tal fe en la operación que le dedicó 130.000 dólares de su peculio personal, no se sabe si por patriotismo o por afán de lucro. Se pretendían fabricar un millón de billetes de 1000 francos.
El proceso fue todo un éxito. Ni siquiera se olvidó envejecer los billetes. En 1925 se envió a los agentes al extranjero con el salario del miedo en el equipaje. El asunto fracasó debido a los siguientes errores:

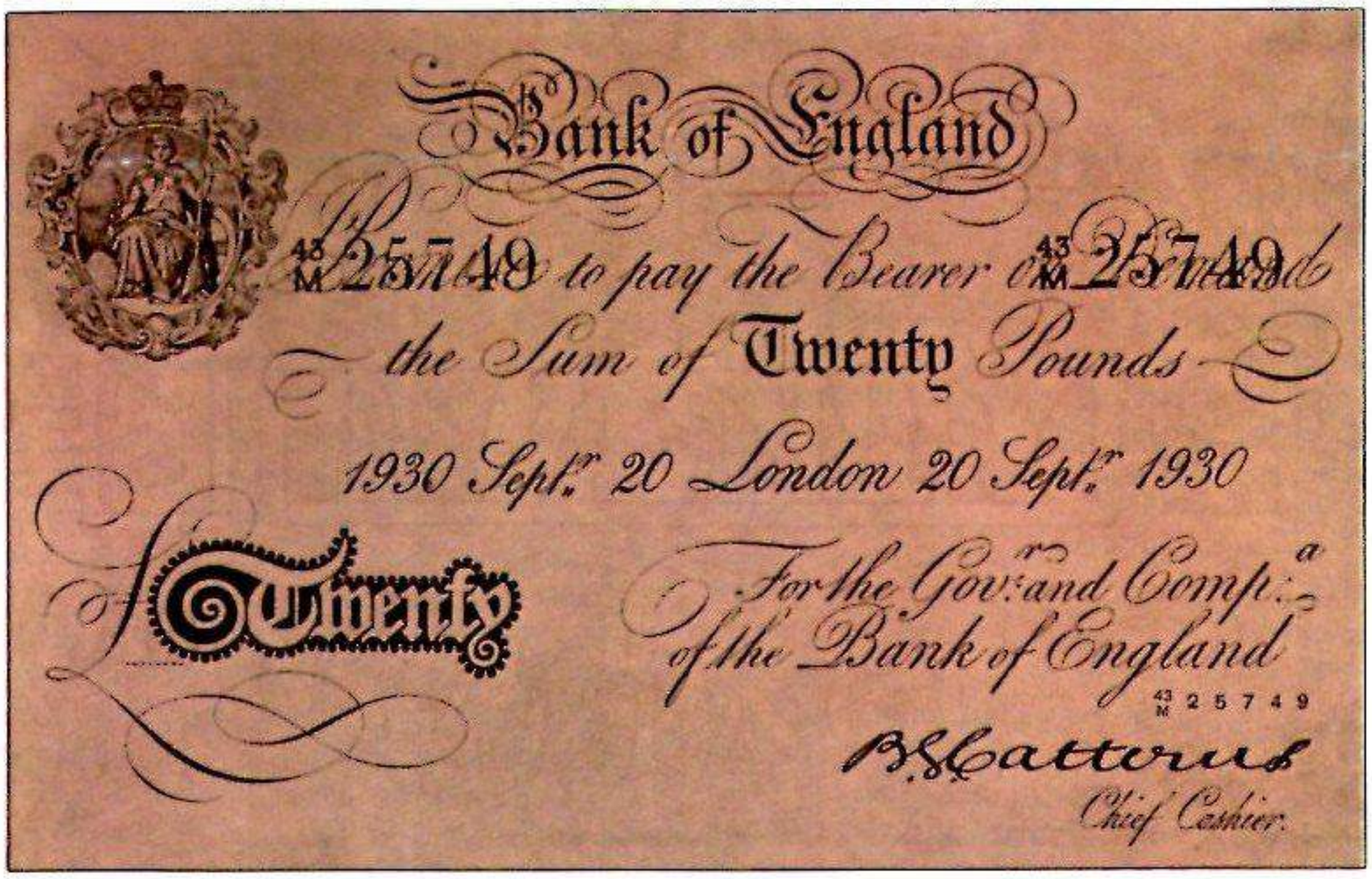
- Como agentes se utilizó sólo a oficiales de paisano. El obispo castrense húngaro se encargó incluso de tomarles juramento. Los agentes actuaban con tanta torpeza que no tardaron en ser descubiertos.
- Los billetes no fueron mezclados, por lo que aparecieron ordenadamente por series y números.
- El cambio se efectuó únicamente mediante los bancos. Los oficiales consideraron indigno de ellos el recurrir al mercado negro.

El primer agente fue descubierto en Rotterdam. El escándalo internacional fue inevitable. El Gobierno se desentendió del asunto y mandó detener a los falsificadores, entre ellos a Windischgrätz y a su secretario Raba, no sin antes asegurarse que se trataba por su parte de un sacrificio para el bien de la patria. El príncipe lo aceptó así: fue juzgado en mayo de 1926 y condenado a tres años de cárcel; en prisión llevó una vida de príncipe y fue puesto en libertad en la Navidad del mismo año: pobre, pero distinguido con el rango militar de comandante.
El resultado de la investigación del servicio secreto alemán en Budapest fue resumido en un documento de 32 páginas. Con escrupulosidad germánica se analizaron todos los errores. Ampliando 20 veces el billete falso y el original no se podía distinguir la menor diferencia. Se habían copiado concienzudamente hasta las «faltas» que po-

seía el original. Las fechas falsificadas comprendían un período de veinte años. No se imprimió ningún número que no existiera; se tiraron 20 series, cada serie del 1 al 100.000. Se imprimieron todos los valores: 5, 10, 20, 50, 100, 500, 1000 libras; los dos últimos, sin embargo, quedaron congelados.
En marzo de 1941 se llevaron a cabo algunas ventas de prueba. Inmediatamente después comenzó la producción en serie y se trasladó la fábrica al campo de concentración de Oranienburg, en las inmediaciones de Berlín. Se llegaron a producir con el tiempo hasta 250.000 billetes listos para ser utilizados.
Quien se decidió por la producción en serie fue Schellenberg –que era el encargado de la Oficina central de Seguridad, departamento VI, desde el asesinato de Heydrich en Praga–, tras la aparición del comerciante alemán Friedrich Schwend. Éste poseía excelentes relaciones en el extranjero, hablaba varios idiomas, era muy apreciado como hombre de negocios y admitía que en tiempos de guerra el Estado debía recurrir a métodos extraordinarios para hacerse con dinero; por tanto, no tuvo reparos en ofrecer sus servicios cuando por casualidad se enteró de lo que tramaba el departamento VI de Seguridad.

Los negocios del doctor Wendig

Las divisas escaseaban y era urgente hacerse con ellas: Schellenberg poseía en total 50.000 dólares, suma que no bastaba para pagar a los agentes en el extranjero una sola semana más. El propio *Führer* había autorizado la operación debido a que, gracias a los billetes falsos, los servicios secretos alemanes se acababan de apuntar un gran éxito: habían sobornado a una dama de la casa Colonna y sabido por ella, con antelación, que se preparaba la caída del conde Ciano, ministro italiano de Asuntos Exteriores. El mundano yerno del *Duce* le había parecido siempre sospechoso al *Führer*, por más que debido al parentesco con Mussolini le creyera intocable.
Con la bendición de Hitler la operación cobró gran impulso: en dos semanas Schwend, «jefe de ventas» de la central de las libras falsificadas encontró un punto tan apartado como agradable desde el que poder dirigir su negocio. Era el castillo de Labers, a una hora de camino de Merano, en la parte sur del Tirol. Adquirió el castillo por su cuenta y recibió una guardia de 24 hombres de las SS. El propio Schwend se otorgó el nombre de guerra de Dr. Wendig. El castillo fue declarado puesto de servicio de las SS y conocido desde entonces como «Sonderstab-Generalkommando III. Germanisches Panzerkorps».
Schwend, alias Wendig, fue nombrado *Sturmbannführer* de las SS y consejero de los servicios secretos de la Gestapo, y recibió además un pasaporte alemán normal.
Schwend creó su propia organización de ventas y negoció personalmente con Kaltenbrunner su comisión: 33 1/3 % de las divisas conseguidas. A cambio de ello corría él con el riesgo, pagaba a sus «vendedores» un 25 % de comisión y se reservaba «tan sólo» el 8 1/3 %. Con sus beneficios se compró casas, barcos y vehículos, pagó los sobornos necesarios para que la organización marchara bien. El «Dr. Wendig» llevó las cuentas con gran corrección, sabedor de que con los falsificadores de uno y otro bando no se podía jugar. El dinero llegaba al castillo en camiones y los agentes se llevaban de allí las maletas llenas. Pronto corrió el rumor de que era judío, pero no se pudo comprobar, ni mucho menos emprender nada contra él. Por otra parte, a sus superiores les tenía sin cuidado: Schwend era tan buen negociante como honesto contable.
La orden de Hitler de no cambiar nunca el dinero falso en un país amigo fue en principio respetada, si bien interpretada con generosidad. Italia se había revelado como un buen mercado, y al caer el *Duce* se perdió el respeto hacia ella. Después de todo, los falsos billetes británicos sirvieron para sobornar a los guardias que mantenían prisionero a Mussolini, así como se utilizaron también para descubrir el lugar secreto a que había sido trasladado.
Cuando el oficial de las SS, Skorzeny, ingeniero vienés según su pasaporte, jefe de un grupo de sabotaje del departamento VI, llegó a Roma, el servicio secreto había encontrado ya una pista gracias a las libras falsificadas. Skorzeny, que llevaba en el bolsillo la orden del *Führer* de buscar a Mussolini, no tardó en enterarse de que estaba en Santa Madalena. Utilizando mil ardides, Skorzeny y sus hombres trataron de hacerse una idea de la situación, con objeto de preparar con cuidado la liberación del importante prisionero.
De alguna manera, los preparativos alemanes debieron llegar a los oídos de los guardianes o del Gobierno Badoglio, y antes de que pudieran entrar en



Los billetes del Imperio británico constituían un símbolo de solidaridad económica. Su nimbo peligró con la «Operación Bernhard».

Hasta hoy el lago Toplitz ha sabido guardar su secreto, ¿o quizás no guarda ninguno?

acción las SS, el *Duce* fue trasladado de lugar.

Sin embargo, las libras germano-británicas ejercían por aquellos días tanta fascinación entre los italianos que no pasó mucho tiempo sin que Skorzeny conociera el nuevo sitio donde se encontraba el buscado prisionero: en el hotel Sport, en Campo Imperatore, en el Gran Sasso. De allí lo liberaron los paracaidistas alemanes el 12-IX-1943, trasladándolo de inmediato a Alemania. La acción no resultó excesivamente cara: 50.000 libras. Poco después, y valiéndose del mismo truco, fue liberado el yerno del *Duce,* conde Ciano, y su familia; operación que se efectuó contra la voluntad de los liberados. Ciano sabía perfectamente que el *Duce* no había olvidado de qué manera le abandonó cuando sus enemigos se levantaron contra él.

Génova se había convertido entretanto en el centro de las transacciones de moneda falsa. Por lo general el dinero se pasaba de contrabando a la zona ya ocupada por los americanos y allí se cambiaba. Hacía tiempo que se decía que los billetes eran falsos, pero era igualmente conocido que todos los bancos del mundo, incluido el de Inglaterra, seguían aceptándolos como buenos. Es decir, lo que aumentaron fueron las comisiones de los vendedores, pero se siguió cambiando como si tal cosa.

Schwend, alias Wendig, logró una de las más felices operaciones del contrabando al conseguir comprar en Génova el yate *Columbus,* incautado a un industrial portugués. Con grandes prisas logró que Berlín pusiera en libertad y le enviara al capitán sueco Petersen, detenido por pertenecer a una logia masónica; construyó cerca del motor una caja metálica y pronto el *Columbus* comenzó a surcar los mares del mundo distribuyendo libras falsas y regresando a puerto con las divisas producto del negocio. La organización trabajó con fidelidad absoluta. Sólo una vez resultaron engañados Wendig y Petersen al recibir, a cambio de las falsas libras, billetes falsos de otro país. Wendig volvió a operar en tierra firme: guerrilleros de Tito y soldados del vencido ejército italiano se mostraban dispuestos a cambiar sus armas por libras falsificadas. Las armas empezaban también a escasear en Alemania, las bombas americanas habían destruido los centros de producción de armamento; sobre todo estaba necesitada de ellas la policía, y esto sí podía arreglarlo Schwend. Encontró mercancía suficiente en los Balcanes y en Checoslovaquia. Con el producto de esas ventas muchos enemigos del nuevo régimen comunista se abrieron después de la guerra el camino al extranjero.

De la distribución hacia el Sudeste de Asia se encargó un francés llamado Monsieur Laval, comerciante, al igual que Schwend. Ambos se habían conocido hacía algún tiempo, y lo que influyó en Laval para que entrara a trabajar en la organización fue sin duda, junto a las perspectivas de pingües ganancias, su anticomunismo fanático. Al propio tiempo se esforzó en utilizar sus excelentes relaciones con Japón para conseguir la firma de una paz entre Alemania y las potencias occidentales, y facilitó a los servicios secretos germanos valiosas informaciones que, a su entender, podrían resultar perjudiciales para los rusos.

Laval, que todavía en 1945 custodiaba fielmente una enorme suma en brillantes y oro, desapareció al punto de la escena y posiblemente logró sobrevivir –y, desde luego, sin apuros económicos–, pues se había llevado un buen pellizco de los billetes falsificados.

El impagable Cicerón

El pez más gordo que el servicio secreto alemán consiguió reclutar durante la segunda Guerra Mundial fue el ayuda de cámara del embajador inglés en Turquía, Knatchbull-Hugessen, un albanés llamado Eliaza Bazna. Éste se había hecho un duplicado de la llave de la caja fuerte de su señor y fotografiaba cuanto encontraba en ella. Durante mucho tiempo ni los servicios alemanes de Inteligencia, ni el ministro de Asuntos Exteriores, Ribbentrop, consideraron que aquel material pudiera ser auténtico. Cicerón, nombre con el que se conocía al ayuda de cámara en los servicios alemanes, fotografiaba todo con tal precisión que el contraespionaje se negaba a admitir que en tales circunstancias un aficionado pudiera hacer tales fotos. Pero no tardaron en descubrir que los documentos de Cicerón eran auténticos: Reveló el primer ataque aéreo aliado contra Sofía. Proporcionó los documentos relativos a la conferencia de Casablanca. Entregó todos los planes ingleses inmediatamente después de que llegaran a manos de su embajador. Informó sobre los movimientos de la Flota británica, sobre los planes del Estado Mayor respecto al envío de convoyes. Cicerón era decididamente impagable.

El motivo del comportamiento de Cicerón no podía ser más sencillo: el lucro. Lo único que se proponía era ganar dinero; cualquier consideración de tipo moral le era extraña. Por otra parte, tampoco Kaltenbrunner y Schellenberg podían invocar respecto a su espía ninguna motivación de otro tipo: no en balde le engañaron a su vez pagándole con 300.000 libras falsas. Cicerón no recibió ni un solo billete auténtico. El hecho de que pudiera desaparecer cuando la secretaria del servicio secreto alemán en Turquía delató a los Aliados la «Operación Cicerón», demuestra que el extraordinario agente había conseguido cambiar todos o parte de los billetes que había recibido.

El 3 de mayo de 1945 querían encontrarse en el Altaussee algunos de los grandes del derrotado III Reich, entre ellos Kaltenbrunner y agentes de los servicios secretos. Los pasos se encontraban cerrados por soldados que intentaban huir o que retrocedían después de haberlo intentado. Kaltenbrunner no consiguió llegar. Su poder no alcanzaba para abrirse un camino. Los hombres hicieron lo que creyeron oportuno. Las órdenes no tenían ya ningún valor. De pronto –rezan las actas– apareció un jefe de las SS con dos camiones cargados de billetes británicos falsos, mostró unos papeles acreditativos de que se trataba de un importante encargo del mando –sin que nadie se acuerde ni de los papeles, ni de la autoridad que los había extendido– y ordenó que se arrojaran al agua las cajas con los billetes. Con otro camión y un auto siguieron luego el viaje hasta Aussee.

Allí, en medio de la muchedumbre, la tropa con los billetes encontró a Kaltenbrunner. Pero tampoco él quiso hacerse cargo del dinero, ni mucho menos destruirlo. Ese dinero, quién sabe, podría más tarde prestar algún servicio. Ordenó que la tropa siguiera su camino hasta encontrar a Skorzeny, quien debería esconder las últimas libras del III Reich cerca de Salzburgo. Al llegar junto al Toplitz el camino se hizo intransitable. Todos los hombres del convoy estuvieron en ese momento de acuerdo en que lo mejor era encomendar a las aguas del lago la custodia de los billetes falsos.

La emocionante historia del tesoro escondido bajo las aguas parece poco digna de crédito. Los últimos encargados de los billetes falsos eran todos ellos oficiales del servicio secreto. Sabían que tenían que desaparecer para sobrevivir. Sabían que para conseguirlo tendrían que sobornar a mucha gente. Durante años habían visto como se maniobraba con dinero falso. El Reich para el que habían trabajado ya no existía. ¿Qué código podría condenar sus consideraciones? ¿Y de qué podría valerle al lago el guardar para siempre el tesoro?

□

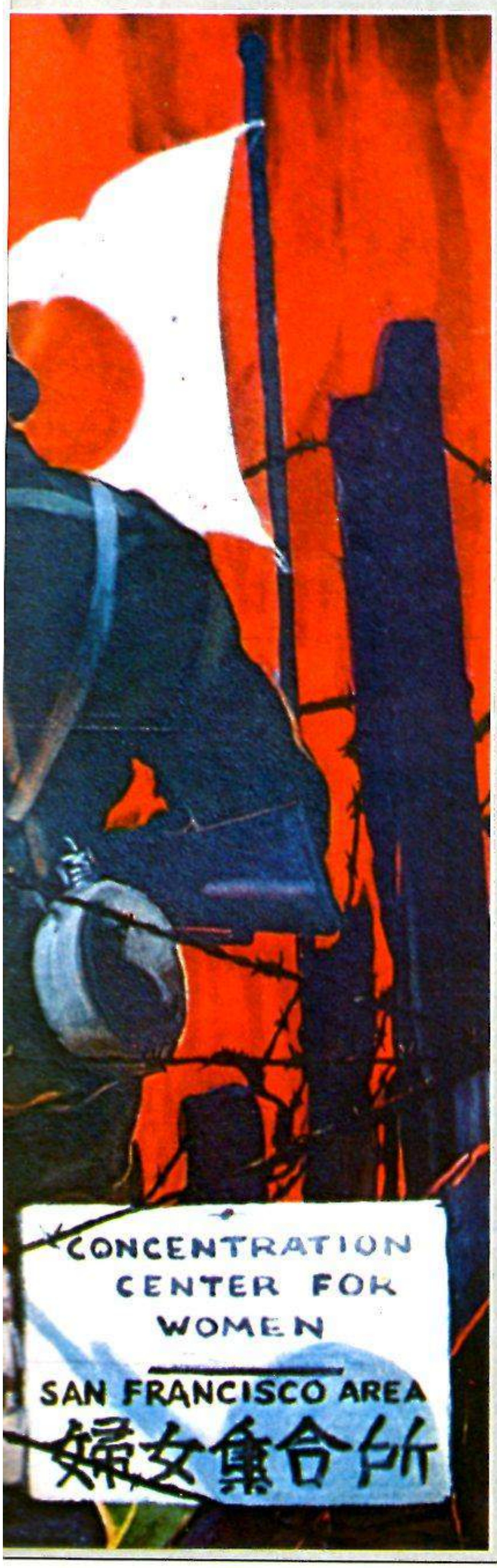
¡JAPS SON J

El periodista norteamericano Allan R. Bosworth ha logrado reunir, tras largos años de minucioso trabajo, todos los detalles relativos a los campos de concentración organizados por el racismo estadounidense: más de 110.000 ciudadanos de los EE UU de origen japonés estuvieron encerrados en ellos.

Alrededor de dos meses y medio después del bombardeo de Pearl Harbor comenzó el capítulo más vergonzoso de la política interior norteamericana durante la segunda Guerra Mundial. Flanqueado por la bandera de los EE UU y el estandarte con el escudo presidencial, bajo los focos de los fotógrafos, Franklin D. Roosevelt firmó el 19 de febrero de 1942 en la Casa Blanca la Executive Order n.º 9066. En virtud de la misma se autorizaba al ministro de Defensa y a los jefes militares de las distintas regiones a declarar zona militar una parte del territorio y prohibir a determinado grupo de personas su permanencia en él. Todos los americanos sabían que dicha zona constituía la costa del Pacífico, el distrito federal de Washington, Oregón y California; y que el «grupo de personas» no era otro que el formado por los 150.000 japoneses que, en su mayor parte desde hacía generaciones, habitaban la costa occidental. El odio popular de los «nativos» contra los japoneses, atizado de modo sistemático, no tardó en dar sus frutos. Inmediatamente se preparó un programa de internamiento contra los «japsen». En total unos 110.000 estuvieron encerrados durante años detrás de las alambradas eléctricas, bajo los puestos de las torres de vigilancia y teniendo a la vista los carros de las milicias.

«Japs son japs», se decía cínicamente por aquel entonces; y nadie parecía tener verdadero interés en averiguar a

APS!



El sagrado principio de la Constitución norteamericana, según el cual nadie puede ser detenido sin el correspondiente mandamiento y proceso judicial, quedó sin efecto durante la II Guerra Mundial respecto a los ciudadanos de origen nipón. La estampa de los campos de concentración japoneses sobre el suelo de los EE UU se convirtió en una amarga realidad, pero a la inversa. No fueron mujeres blancas las internadas, sino americanos amarillos.

quiénes se tildaba con ello de «malos americanos».

Los «nisei» integraban el contingente más numeroso; se trataba de japoneses americanos de la segunda generación, es decir, de nacidos en los EE UU y, por tanto, de ciudadanos con todos los derechos: amigos de los *hot dogs*, del rugby y del jazz y que hablaban con el más puro acento de la costa.

Junto a ellos estaba el pequeño grupo de los «kibei», igualmente ciudadanos con todos los derechos pero que al menos habían seguido una parte de estudios en Japón y luego habían vuelto a los EE UU. Debido a su perfecto dominio de los dos idiomas fueron los llamados más tarde a formar el equipo encargado de entenderse con las autoridades americanas y con los jefes del campo; al mismo tiempo eran los más sospechosos de deslealtad a los EE UU, debido a que la mayor parte de ellos trabajaban en empresas comerciales americano-japonesas.

El tercer grupo lo integraban los «issei», en gran parte gente mayor, inmigrantes, ciudadanos norteamericanos de la primera generación, que tenían ya sobre sus espaldas la experiencia del racismo de los USA. Desde el principio habían aprendido a no llamar la atención, a representar el tipo de «pionero» tan apreciado por los americanos. Exteriormente se habían adaptado, al parecer, a las costumbres de su nuevo país, pero seguían guardando muy dentro un trozo del Japón.

Por costumbre se les empezó a considerar como una especie de miembros en potencia de la quinta columna enemiga. Pero apenas la guerra empezó a dejar sentir su peso –sobre todo en Europa– los propios militares reclutaron en los campos de concentración a los ciudadanos americanos de ascendencia japonesa para formar con ellos verdaderas unidades selectas. Muchos murieron por una patria que no los quería; por unos objetivos y unos ideales que no se habían respetado en ellos. Valga como ejemplo la historia del sargento Masuda: el 8 de diciembre de 1944, a las once de la mañana hora local, en la ciudad de Talbert (California) el sargento Kazuo Masuda recibía a título póstumo, la cruz de servicios distinguidos, la segunda en importancia de las condecoraciones de guerra que conceden los EE UU. Presidió la ceremonia uno de los héroes más populares de Norteamérica, el general Joseph Stilwell («Vinagre Joe») El general dio lectura a la hoja de méritos: Bajo el fuego enemigo, el sargento Masuda avanzó 20 metros monte arriba arrastrando consigo un mortero, munición y un casco sobre el que montó la pieza, sujetándola a lo largo con una de sus piernas. Masuda estuvo disparando durante doce horas. Dos veces regresó bajo el fuego alemán hasta las líneas aliadas para abastecerse de munición y por dos veces rechazó el ataque enemigo. Por último se sacrificó él mismo para facilitar a sus hombres el repliegue a través de un terreno minado por el enemigo. El general Stilwell terminó diciendo: «Con ello se ha ganado el respeto y la admiración de todos los verdaderos americanos.»

Inmediatamente después, el general prendió la medalla en la blusa de la hermana del héroe, Mary Masuda, de 34 años. Esta la retiró en silencio y se la entregó a su madre.

Más tarde se enteró el general de que las autoridades locales habían tenido que ir a buscar a la familia de Masuda al campo de concentración de Gila River, Arizona, para que pudieran asistir a la ceremonia. El general John L. Sewitt, responsable entre 1941 y 1944 de la seguridad de las costas del Pacífico era tan apreciado como Stilwell. Después del ataque a Pearl Harbor y tras la serie inicial de éxitos japoneses en el escenario de la guerra del Pacífico, se encargó de encender los ánimos de los americanos de la costa occidental contra los nipones, azuzando su histeria racista en todos sus discursos y manifestaciones públicas: «Algunas gentes un tanto sentimentales empiezan a ser de la opinión de que deberíamos volver a traer a los japoneses a la costa. Estoy dispuesto a oponerme con todas mis fuerzas, incluidas las de mi cargo actual... Un japs es siempre un japs, míresele por donde se le mire; esto no lo puede cambiar nadie. Y mucho menos entregándole un trozo de papel por el que se le atribuye la nacionalidad americana...»

Cuando el Ministro de Defensa consideró que no podía seguir sosteniendo por más tiempo al general Dewitt y lo destituyó de su cargo, entraron en creciente actividad todos los grupos racistas. A Dewitt no le pasó nada. Tenía en Washington un buen padrino que le guardaba las espaldas: el subsecretario del Ministerio de Defensa precisamente, John J. McCloy, más tarde Alto Comisario de los EE UU en Alemania. □

LEXICO DE LA II GUERRA MUNDIAL

Ploesti, centro del territorio petrolífero rumano del mismo nombre. A instancias de Antonescu fue ocupado por las tropas alemanas en octubre de 1940. La División acorazada 16 se hizo cargo de su defensa. Tras la pérdida de Libia en 1942/43, Ploesti cayó dentro de la zona de operaciones de los bombarderos cuatrimotores de la IX Fuerza USA. El 1-VIII-1943 los americanos llevaron a cabo un intenso ataque: de los 178 aparatos tipo «Liberator», 47 fueron derribados. A partir de ese momento los bombardeos fueron en aumento, a cargo de la XV Fuerza de los EE UU. Las tropas soviéticas ocuparon Ploesti el 30-VIII-1943.

«Pointblank», nombre dado por los Aliados a la ofensiva aérea contra Alemania decidida en Casablanca en enero de 1943. Bombardeos de precisión durante el día por cuenta de la aviación norteamericana y operaciones de castigo durante la noche a cargo de la RAF. Objetivos preferidos: campos de aviación y centros de producción de cazas y submarinos. La operación dio comienzo el 10-VI-1943.

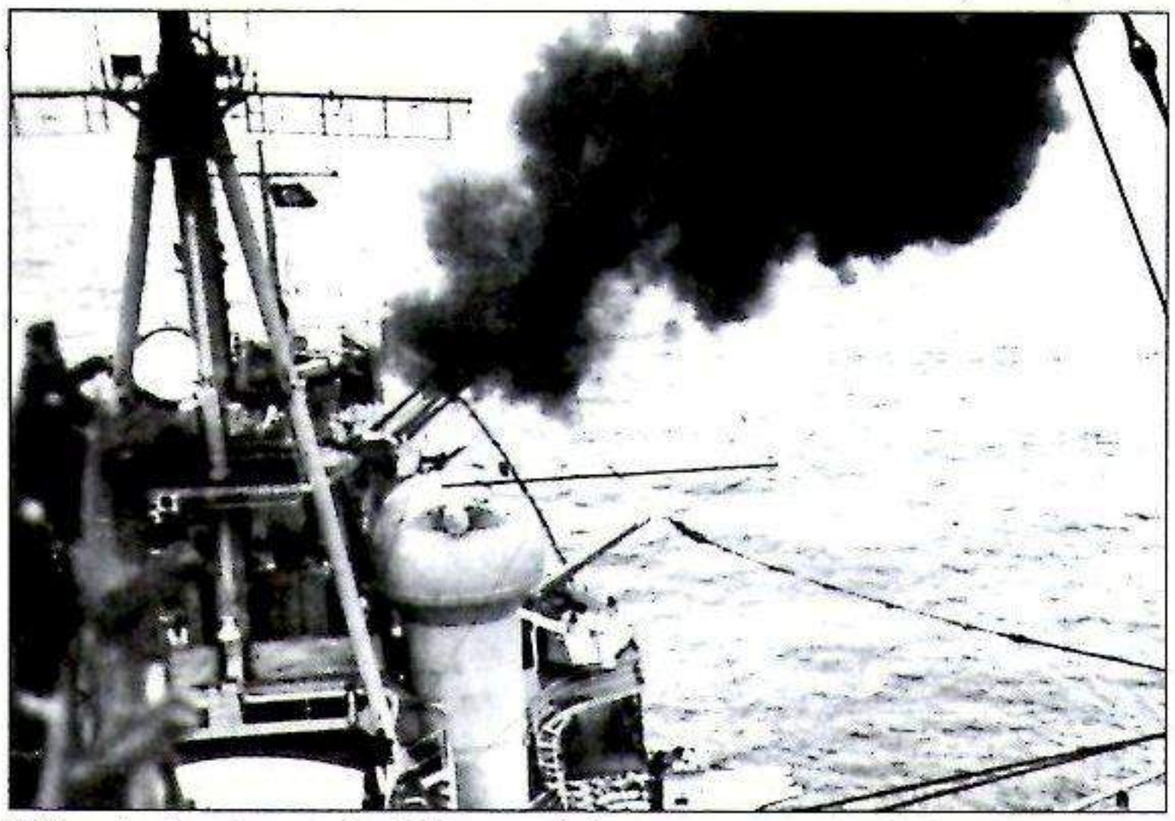
Polonia, Estado vecino oriental de Alemania. Firmó un tratado de ayuda mutua con Gran Bretaña el 25-VIII-1939 como respuesta al pacto Stalin-Hitler del 23 del mismo mes y año, y para mejor defender la integridad de su territorio de las reivindicaciones alemanas. El ataque alemán contra Polonia –1-IX-1939– señaló el comienzo de la II Guerra Mundial, al continuar el avance pese a la declaración de guerra de Francia e Inglaterra. Puesto que la ayuda de Occidente no se produjo, el Grupo de Ejércitos Norte (Pomerania y Prusia Oriental) el Grupo de Ejércitos Sur (Silesia) no encontraron grandes dificultades para llevar a cabo su gran movimiento de tenaza. El 17-IX-1939 atacaron a su vez los soviéticos. El 29-IX-1939 capituló Varsovia y Polonia fue dividida entre Alemania y la Unión Soviética. Los territorios perdidos por el tratado de Versalles fueron de nuevo integrados en el Reich; con el resto del territorio se organizó un «gobierno general» bajo la autoridad de Hans Frank. Las SS realizaron una persecución contra la intelectualidad polaca y el aniquilamiento sistemático de los judíos (solución final). Tras el ataque alemán contra la Unión Soviética se efectuó una aproximación entre el Gobierno polaco en el exilio con residencia en Londres y Stalin. Después de los descubrimientos de Katyn se registró la ruptura total. Formación de un gobierno provisional comunista en territorio soviético. Cesión a la Unión Soviética de los territorios polacos al otro lado del Bug, recibiendo Varsovia, en compensación después de la derrota del Reich, los territorios alemanes al este del Oder-Neisse. Expulsión de alemanes. Esfuerzos inútiles de los Aliados por restablecer una Polonia democrática.

Günther Prien (d.) con J. Schepke.

Poltava, ciudad de Ucrania; en 1939 contaba con unos 130.000 habitantes. Ocupada por las tropas alemanas el 18-IX-1941. Reconquistada por los soviéticos el 23-IX-1943 y puesta a disposición de los bombarderos americanos procedentes de Inglaterra e Italia para una de las llamadas ofensivas pendulares. Esta ofensiva se inició el 2-VI-1944, siendo suspendida tres semanas después debido a lo elevado de las pérdidas experimentadas: el 21-VI-1944 aparatos del IV *Fliegerkorps* destruyeron 47 «fortalezas volantes».

Port Moresby, ciudad de Nueva Guinea (en Papuasia). En mayo de 1942 intentaron ocuparla los japoneses partiendo de Rabaul. Para impedirlo los americanos emplearon las Task Forces 11, 17 y 44, lo que motivó la batalla del mar del Coral: 3-V, ataque japonés. 7/8-V, primer combate de la historia entre portaaviones. Los japoneses perdieron el pequeño portaaviones *Shoho* y gran número de aparatos; los americanos el portaaviones *Lexington,* un buque cisterna y un destructor. Pese al éxito táctico los japoneses desistieron de ocupar la isla.

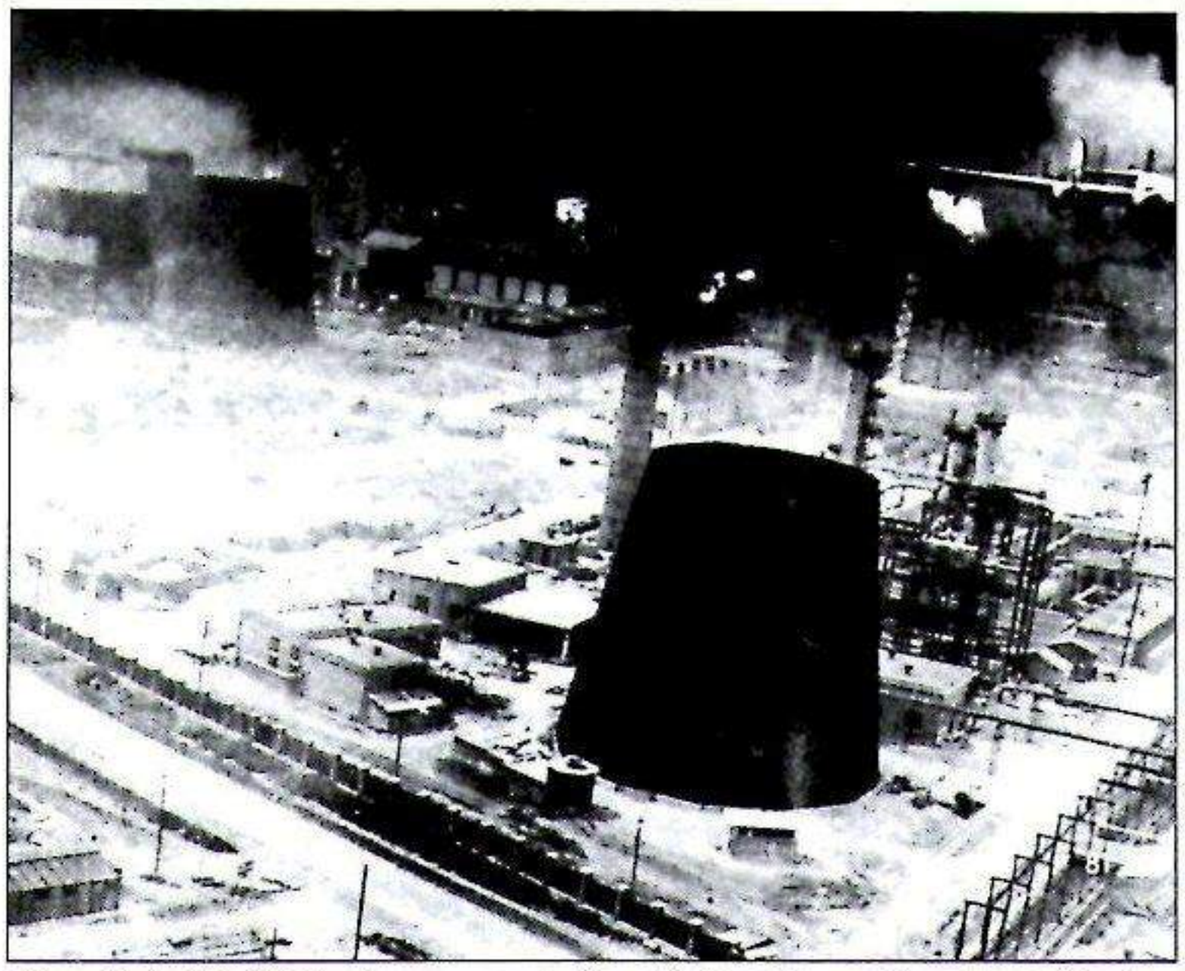
Portsmouth, puerto británico en el Canal de la Mancha. En 1940 contaba 250.000 habitantes. La Aviación alemana lanzó grandes ataques contra la ciudad y el puerto durante la batalla de Inglaterra. Objetivo principal eran los muelles y las instalaciones militares del puerto. Durante abril y mayo de 1944 la *Luftwaffe* volvió a bombardear intensamente el puerto y la ciudad, sin gran éxito.



Salva de las torres de 203 mm del crucero pesado Prinz Eugen.

Potez 63, avión francés de múltiples aplicaciones. Al comenzar la guerra se encontraban en servicio 291 aparatos de este tipo, que fueron empleados para misiones de reconocimiento, con cazas y bombarderos ligeros. Debido a su doble estabilizador y a las dimensiones de su cabina la propia defensa antiaérea lo confundía con el *Messerschmitt* alemán *Bf 110.* Datos del caza *Potez* 631 multiplaza: propulsión: 2 motores de 700 CV; velocidad máxima: 460 km/h; armamento: 2 cañones de 20 mm y una ametralladora de 7,65 mm; dotación: 3 hombres.

PQ 17, nombre dado a un convoy americano con destino a la



Ploesti, 1-VIII-1943: ataque en vuelo a baja cota contra una refinería.

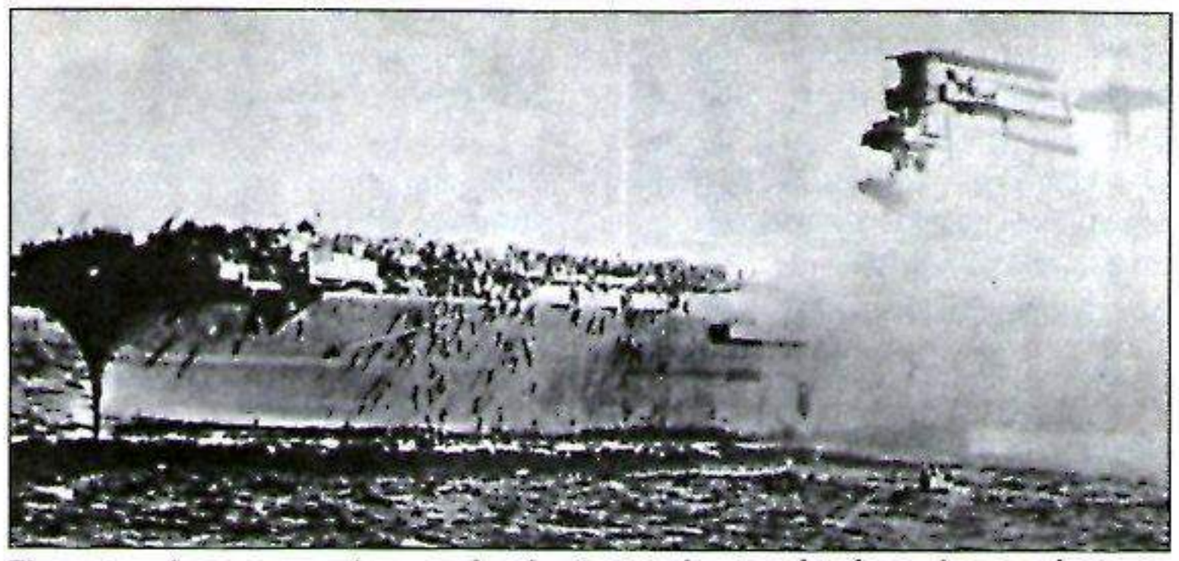
Cartel de propaganda distribuido en Polonia: «El soldado alemán es la garantía de la victoria»... sobre el buitre americano, la serpiente británica y el lobo soviético.

Unión Soviética. Al retirarse por orden británica las unidades de escolta, fue atacado en el mar del Norte entre el 4 y el 10 de julio de 1942 por 202 aviones y 9 submarinos alemanes, que hundieron 24 buques del convoy con un total de 143.969 toneladas. Entre las mercancías que se fueron a pique figuraban 3350 vehículos, 430 carros y 20 aviones.

Préstamos y Arriendos, Ley de (Lend-Lease-Act), normativa de 11-III-1941 que facultaba a los presidentes norteamericanos para asistir con efectivos de guerra –aviones, armas, buques, etc.– a aquellos países considerados como muy importantes para la seguridad de los Estados Unidos. A partir de la promulgación de esta ley y hasta el mes de septiembre de 1946, Gran Bretaña, los países de la Commonwealth y de Oriente Medio, China y la Unión Soviética recibieron, en total, ayudas por valor de 50.600 millones de dólares. De esta cifra, la mitad correspondió a Gran Bretaña y 11.000 millones a la URSS.

Prien, Günther, oficial de Marina alemán. Nació en Osterfeld el 16-I-1908 y murió en el Atlántico Norte el 7-III-1941. Desde el 1-IX-1939 dedicado a la guerra de corso. El 14-X-1939 consiguió introducirse con su submarino *U 47* en el puerto de Scapa Flow y hundir el buque británico *Royal Oak*. En octubre de 1940 Prien había hundido ya mercantes aliados por un total de 200.000 toneladas. El 7-III-1941 el *U 47* fue alcanzado por una carga de profundidad lanzada por el destructor inglés *Wolverine*. Pereció toda la dotación.

Prince of Wales, acorazado británico. Entró en servicio el 31-III-1941. Desplazamiento: 36.750 toneladas; velocidad: 27,5 nudos; eslora 227,1 m; manga: 31,4 m; dotación: hasta 1613 hombres; armamento: 10 cañones de 356 mm y 16 cañones de 133,3 mm. Resultó dañado el 24-V-1941 durante un enfrentamiento con el *Bismarck* y el *Prinz Eugen*. Del 9 al 12 de agosto de 1941, con Churchill a bordo, realizó el viaje a Terranova, donde el premier se reunió con Roosevelt. Pasó a integrarse en la «Force H» y el 27-XI-1941 llegó a Singapur. El 10-XII-1941 fue hundido por la aviación japonesa al este de Malaya (327 muertos).



El portaaviones americano «Lexington» alcanzado durante un ataque a Port Moresby. La tripulación intenta salvarse por todos los medios.

Prinz Eugen, crucero pesado alemán. Entró en servicio el 16-I-1908. Desplazamiento: 16.230 toneladas; velocidad: 32 nudos; eslora 207,7 m; manga: 21,9 m; dotación: hasta 1599 hombres; armamento: 8 cañones de 203 mm, 12 de 105 mm y 12 tubos lanzatorpedos. Tomó parte en la lucha contra los mercantes en el Atlántico. Entre el 18 y el 27 de julio de 1941, en unión del *Bismarck*, se enfrentó a una escuadra británica al sur de Groenlandia; resultaron hundidos el *Hood* y el *Bismarck* y quedó dañado el *Prince of Wales*. El *Prinz Eugen* se refugió en Brest el 1-VI-1941 con una avería en los motores. El 12-II-1942 atravesó el Canal, sumándose más tarde a las operaciones en el Báltico. Adjudicado a los EE UU el 14-XII-1945 y hundido durante un ensayo atómico efectuado el 17-XII-1946 en los arrecifes de Bikini, uno de los islotes de las Marshall.

Propaganda, Compañías de (PK), unidades especiales de la *Wehrmacht* que se encargaban de coordinar las informaciones para prensa, radio y cine. En principio encuadradas en las unidades de comunicaciones, pasaron luego a formar una tropa con entidad propia en 1943. Contaban con unos 15.000 hombres.

Provence, acorazado francés. Entró en servicio en junio de 1915. Desplazamiento: 23.320 toneladas; velocidad: 20 nudos; eslora: 166 m; manga: 26,9 m; dotación: 1124 hombres; armamento: 10 cañones de 340 mm, 14 de 138,6 mm y 4 antiaéreos de 100 mm. Modernizado varias veces antes de la II Guerra Mundial. Actuó en abril de 1940 en la parte oriental del Mediterráneo; averiado el 3-VII-40 en Mers el-Kebir por los acorazados británicos *Hood, Barham* y *Resolution*. Trasladado a Tolón el 8-XI-40. Hundido por su propia dotación el 27-XI-1942. Puesto a flote y armado con dos cañones de 340 mm por los alemanes el 11-VII-1943, fue situado en las inmediaciones de Tolón. En abril de 1949 retirado y desguazado.

Puerta de Hierro, estrechamiento del cauce del Danubio cerca de la frontera entre Rumania y Yugoslavia, junto a Orsova. La amplitud no supera los 120 metros. Un canal permite el tráfico fluvial. En la guerra fue muy importante, porque a

Compañías de Propaganda: un reportero durante una entrevista.

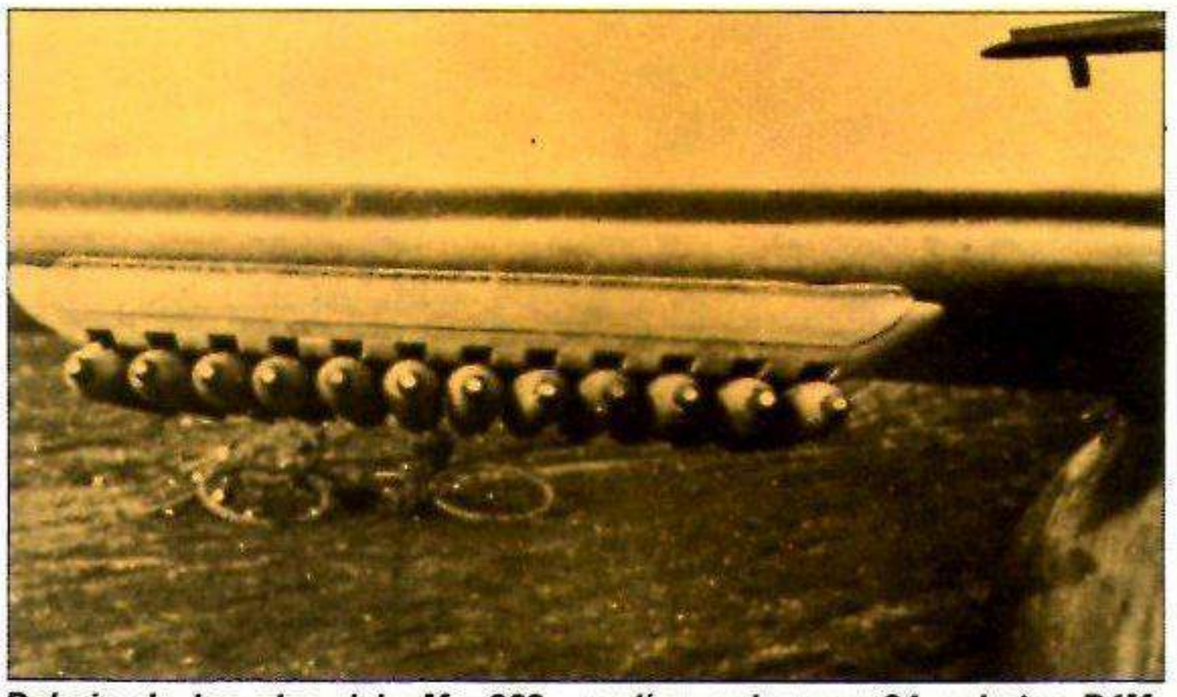
través de esta «Puerta de Hierro» llegaba el petróleo para la *Wehrmacht.* El 5-IV-1940 se produjo en el lugar una acción de sabotaje, realizada por los ingleses, para interceptar el curso del Danubio.

PZL, abreviatura de los aviones polacos en la II Guerra Mundial. El mejor bombardero de la aviación polaca fue el *PZL P. 37 Los.* Propulsión: 2 motores de 918 CV; velocidad máxima: 440 km/h a 3700 m de altitud; autonomía: con una carga de 1760 kg de bombas, 2600 km; armamento: 3 ametralladoras de 7,7 mm; bombas en la parte central de las alas. El avión estándar *PZL P. 11* resultó técnicamente anticuado al empezar la contienda, pese a lo cual durante la batalla de Polonia derribó a 120 aparatos alemanes, perdiendo a su vez los polacos 114 aviones. Datos: 1 motor de 560 CV; velocidad: 370 km/h a 4500 m de altura; autonomía: 810 km; armamento: de dos a cuatro ametralladoras de 7,7 mm y 2 bombas de 12,5 kg debajo de cada ala.

Q

«Quadrant», nombre dado a la conferencia celebrada en Quebec por Churchill y Roosevelt del 14 al 24-VIII-1943 y en la que se fijó la fecha de la invasión de Francia para el 1-V-1944. Otros temas: la inmediata capitulación de Italia, la campaña de Birmania y el mando en el sur de Asia.

Quisling, Vidkun, político noruego. Nació el 18-VII-1887 en Fyredal y fue ejecutado en Oslo el 24-X-1945. En 1933 fundó el partido de Concentración Nacional. A finales de 1939 advirtió a Hitler la inmediata ocupación de Noruega proyectada por los británicos. Al efectuarse el desembarco alemán, Quisling se proclamó jefe del gobierno, pero dimitió 6 días después. En septiembre de 1940 su partido fue el único al que se permitió seguir actuando. El 1-II-1942 Quisling organizó un gobierno nacional, que reprimió radicalmente la oposición. El 9-V-1945 Quisling fue juzgado y condenado a muerte por traición. La sentencia se ejecutó el 24-X-1945. Después de la guerra el nombre de «Quisling» fue empleado para designar a todo traidor o colaborador.



Debajo de las alas del «Me 262» podían colocarse 24 cohetes R4M.

R

R4M, cohete de a bordo de la *Luftwaffe* conocido también por «Huracán». Ingenio aire-aire fabricado por la Empresa Alemana de Armas y Municiones; calibre: 55 mm; autonomía: 1500 m. Primeros ensayos en el frente en marzo de 1945 con el caza de reacción *Messerschmith Me 262* «Schwalbe», con más éxito de lo esperado. Hasta el fin de la guerra los alemanes lanzaron unos 2500 de estos cohetes, poniendo fuera de combate entre 400 y 500 bombarderos aliados.

Radar, siglas de la denominación inglesa *R*adio *d*etecting and *r*anging. Sing. Sistema basado en el principio de la reflexión de las ondas electromagnéticas, ya conocido a finales del pasado siglo. La técnica del radar, sin embargo, no se impulsó hasta la II Guerra Mundial, siendo pionera en este campo Gran Bretaña. Del empleo en el reconocimiento del espacio o en la dirección del fuego pasó a otras aplicaciones: caza nocturna, localización de submarinos, táctica de exploración, etc. La necesidad de descubrir nuevos medios de perturbación y con ello, emisiones y receptores de ondas cada vez más perfeccionadas, contribuyó al desarrollo del radar.

Erich Raeder

Raeder, Erich, gran almirante alemán. Nació en Wandsbeck (Hamburgo) el 24-IV-1876 y murió en Kiel el 6-XI-1960. El 1-X-1928, almirante. El 21-V-1935, comandante en jefe de las Fuerzas Navales. Raeder era el gran estratega de los combates de superficie. El 30-I-1943, por diferencias con Hitler, perdió su puesto de comandante en jefe en beneficio de Dönitz y pasó a desempeñar el cargo insignificante de inspector de la Marina. Detenido el 23-VI-1945, Raeder fue condenado por el tribunal aliado de Nuremberg a cadena perpetua. Puesto en libertad, debido a su estado de salud, el 26-IX-1955.

Ramcke, Hermann Bernhard, general alemán de paracaidistas. Nació el 24-I-1889 en Schleswig y murió el 4-VII-1968 en Kappeln. Tomó parte en el desembarco de Creta. En los años 1941/42 mandó la 2.ª Brigada de paracaidistas en África. En julio de 1943 pasó a Italia. Entre febrero y junio de 1944 luchó en el frente oriental. Jefe de la División 2 de paracaidistas en Francia, después de la invasión en junio de 1944. Comandante del puesto de Brest, sitiado desde el 27-VIII-1944. Ramcke capituló el 22-IX-1944, dos días después de haber recibido la Cruz de Caballero con brillantes. En diciembre de 1946 fue entregado por los británicos a los franceses. El 21-III-1951 condenado a cinco años de cárcel por crímenes de guerra. Puesto en libertad tres meses después. Sus memorias se titulan: «De grumete a paracaidista»

Rata, nombre dado al caza monoplaza soviético *Polikarpov I – 16.* Fabricado en 1933, fue en aquella época el mejor caza del mundo. Su nombre lo recibió durante la guerra española, por su forma pintoresca. En la guerra de España tomaron parte unos 500 «Ratas». Los soviéticos llamaban al avión «Ischak» (borriquito). Hasta 1943 la Unión Soviética fabricó unos 20.000 ejemplares. Datos del tipo 24: un motor de 1000 CV; 525 km/h de velocidad a 4500 m de altura; autonomía: 400 km; armamento: 2 cañones de 20 mm; 2 ametralladoras de 7,6 mm y 3 cohetes de 82 mm bajo el plano de sustentación.

Ratschbumm, nombre dado a los cañones soviéticos de 76,3 mm, modelo 1939. Temido porque el ruido del disparo era casi simultáneo al de la explosión. Se le compara con el antiaéreo alemán de 88 mm, más por el efecto psicológico que por su eficacia. Tanto la velocidad de disparo como el alcance y el impacto eran sensiblemente menores.

Ravensbrück, campo de concentración establecido por los nacionalsocialistas al noroeste de Berlín. El campo se creó en mayo de 1939 y en él estuvieron internadas durante la guerra un total de 108.000 mujeres (la cifra más alta se registró en febrero de 1945: 50.055 mujeres). Alrededor de 13.500 internadas murieron en el campo. Entre 4000 y 8000 fueron ejecutadas (judías, inútiles para el trabajo, etcétera). Desde el 8-IV-1941 funcionó también en Ravensbrück un campo masculino, por el que pasaron 20.086 detenidos, de los que unos 300 dejaron en él la vida. En el campo se encontraban 3500 presos en el momento de ser liberados por el Ejército Rojo el 29 de abril de 1945. El resto había sido evacuado.

Abastecimientos y provisiones

Cuando las perolas de las cocinas de campaña humeaban tras las propias líneas y las provisiones enviadas desde la retaguardia llegaban con regularidad, se ponía en juego un factor moral de primer orden para el espíritu de lucha de los alemanes. Sin embargo había un largo camino entre las cocinas de campaña, entre los suboficiales de este servicio, junto con los furrieles, encargados de distribuir los alimentos fríos, y los intendentes del Ejército y el almacén general de las Fuerzas Armadas («Zeppelin») establecido en Zossen, no lejos de Berlín. El aprovisionamiento de un ejército gigantesco y tecnificado, que constantemente cambiaba de posición en rápidas maniobras, exigía un sistema de intendencia muy especial y polivalente.

Antes del estallido de la guerra en 1939, el Ejército contaba con la Sección 6 en el Estado Mayor, dirigida por el coronel Eduard Wagner, cuyo cometido principal era el de organizar el aprovisionamiento de la tropa en el caso de que se produjese una movilización. Se planificaba de cara a una guerra defensiva, contando con el supuesto de que, como en la guerra de 1914-1918, Alemania quedaría privada de las importaciones ultramarinas.

Los últimos días previos al comienzo del ataque contra Polonia, con la distribución entre la población civil de cupones de racionamiento, el 27 de agosto de 1939, ofrecieron una imagen nueva. Los oficiales de Estado Mayor no habían contado con este tipo de medidas. La ocupación de territorios en Europa tuvo tantos inconvenientes como ventajas. El reino de Dinamarca, ocupado por los alemanes, se convirtió, por ejemplo, en proveedor de carne y manteca, pero sobre todo de mantequilla. Según la Convención de La Haya sobre la guerra terrestre, la potencia ocupante podía permitirse alimentar a sus tropas con los recursos naturales del país ocupado. No obstante, también había países considerados como «hijos desnutridos»: Bélgica, Noruega y Grecia se beneficiaron de exportaciones de

Un soldado encargado de distribuir la comida en las primeras líneas de combate.

pan alemán. El conjunto de los Balcanes desempeñaba el papel de zona de importación.

Gracias a la capacidad de maniobra y a la genialidad de Eduard Wagner, recién ascendido a general de Artillería y durante la primera fase de la guerra jefe del Estado Mayor en el cuartel general, se resolvió de modo asombrosamente perfecto el problema del aprovisionamiento en el curso de las grandes operaciones llevadas a cabo por unidades acorazadas y motorizadas. Para desempeñar las funciones de mando surgieron los jefes de intendencia en los Grupos de Ejércitos y en los Ejércitos, y los «I b» (oficiales segundos de Estado Mayor) en los Cuerpos de Ejército y en las Divisiones. Tras las puntas de penetración de carros blindados seguían a pie las columnas móviles de aprovisionamiento.

A saltos iban creándose los «sectores de aprovisionamiento» en la retaguardia. El siguiente paso fue el de establecer determinados «puntos de aprovisionamiento», igualmente en el territorio que iba quedando detrás de las tropas. Estos almacenes surgían a toda prisa, construidos con solidez. El servicio correspondía a funcionarios militares, contables e intendentes de campaña, que se hallaban a las órdenes de los intendentes del Ejército (IVa). A partir de 1944 serían designados como «oficiales del servicio especial de tropa». Todo el sistema se reveló, en especial en Occidente, durante largo tiempo pacífico, como una amplia competencia de la retaguardia, con los inconvenientes que esto conllevaba. El sistema empezó a tambalearse cuando se inició en el Este, en noviembre de 1942, la etapa de las derrotas y de los repliegues, muy vinculada con la creciente escasez que se padecía en Alemania. El general Wagner había dicho en 1942 que ya sólo se podía realizar un «trabajo de remiendos». Durante la triunfal contraofensiva soviética en el Este, por los años 1942, 1943 y 1944, numerosos campamentos y puntos de aprovisionamiento tuvieron que ser abandonados por los alemanes o fueron incendiados por éstos cuando apareció el enemigo.

La recogida de productos en las regiones ruso-soviéticas ocupadas había permitido, incluso en 1942 y 1943, proporcionar a los soldados con permiso una alimentación extra: los llamados «paquetes del *Führer*». En el otoño de 1944 la mayoría de los territorios ocupados ya se habían perdido. En el «resto del Reich» se deterioraba constantemente la situación alimentaria. La gran ofensiva aérea castigaba sin cesar la red de comunicaciones alemana. Quien más quien menos era en el frente su propio jefe de cocina y procuraba buscar a duras penas su alimento. Entre la tropa crecía la tentación de falsear los datos de los estadillos, con el fin de conseguir más alimento para su unidad. A finales de 1944 y principios de 1945 las unidades de Infantería establecidas en el frente occidental, en el sector Linnich-Jülich, recibían una exigua ración de pan por soldado, más media marmita de dulce, como menú frío. Un ejemplo entre tantos. La derrota contribuyó a agudizar aún más esta inquietante situación.

Walter Görlitz

□

Operación "Barbarroja"-X

Durante la catástrofe de Stalingrado, y después de ella, la «Wehrmacht» logró recomponer el frente y estabilizar la situación en el invierno de 1942-43 gracias a un repliegue ordenado. En 1943 Hitler trató de imprimir un giro a los acontecimientos mediante la puesta en escena de los mayores efectivos acorazados que hayan operado jamás al mismo tiempo.

Werner Richter

LA BATALLA DE KURSK

Junto a los carros «Sturmgeschütze» (foto) y los ya habituales «Panzer» III y IV, los alemanes enviaron también al combate, cerca de Kursk, otros 200 «Panther» y 90 «Tiger» en formaciones cerradas.

A mediados de diciembre de 1943 el 4.º *Panzerarmee*, bajo el mando de Hoth, emprendía una operación de ataque orientada a liberar al Ejército 6 encerrado en Stalingrado. Tres Grupos de Ejércitos soviéticos habían interceptado en el curso medio del Don las comunicaciones de los alemanes cercados con el resto del frente y proseguían su avance hacia el sur. En esta situación quedó claro que el cerco del Ejército de Stalingrado no era sino el primer acto de una operación mucho más amplia. Stalin quería más: había que cercenar toda el ala sur del frente oriental alemán y aniquilarla. Había que eliminar los Grupos de Ejércitos B y del Don, ambos en el Cáucaso, y además castigar igualmente al *Panzerarmee* de Hoth con más de un millón de hombres dotados de armas y material de diversos tipos. Ese plan gigantesco parecía marchar viento en popa: las vanguardias soviéticas avanzaban inconteniblemente hacia el sur una vez superadas las líneas del Ejército 8 italiano.

Al estilo de las incursiones de los carros alemanes en los primeros meses de la campaña, corrían sin cesar los blindados soviéticos, en especial los del Cuerpo de Ejército acorazado XXIV, al mando del general Dadanov. «Recorremos al día unos 50 km», comunicaría orgulloso Badanov a su superior, el teniente general Kuznetsov. Éste le exigiría aún más, en plena euforia triunfal: «Avance, avance, camarada Badanov. Éste es nuestro momento». Y las unidades de Badanov siguieron avanzando. En cinco días lograron recorrer 240 kilómetros y se encontraron en la noche del 23 de diciembre a las puertas de Tazinskaia. Este lugar constituía el punto de aprovisionamiento más importante de Stalingrado: era al tiempo aeródromo, enorme almacén y nudo de comunicaciones ferroviario. A la mañana siguiente los débiles efectivos de defensa situados en ese punto fueron arrollados por los soviéticos. Tazinskaia tuvo que ser abandonada por los alemanes y Badanov prosiguió su avance.

Al fin se encontraba muy infiltrado en la retaguardia del Grupo operativo de Hollidt, que luchaba más al este de Tazinskaia, junto al Chir. Tan sólo quedaban 130 kilómetros hasta Rostov, un trecho que cualquiera podría cubrir en tres días, si tenía arrestos para ello. Badanov era precisamente un hombre con esta cualidad. Si conseguía llegar hasta Rostov caerían en la trampa los dos Ejércitos del Cáucaso y el 4.º *Panzerarmee* de Hoth. Esto estaba tan claro para el mariscal Manstein como para el general Badanov.

Por esta razón Manstein se vio obligado a interrumpir el avance del 4.º *Panzerarmee* hacia Stalingrado. Necesitaba la única unidad todavía con fuerza, la 6.ª *Panzerdivision* de Hoth, para frenar la carrera de Badanov. Igualmente el Grupo operativo de Hollidt tuvo que prestar sus efectivos acorazados, los únicos que tenía, la 11.ª *Panzerdivision* Silesia. Ambas Divisiones acorazadas se acercaron al objetivo en agotadoras marchas durante noches heladas. Las acompañaba la División de Infantería 306. Todas ellas habrían de encontrarse con los carros de Badanov en la zona de Tazinskaia.

Los rusos se quedaron muy sorprendidos. No contaban con que fuera a producirse una resistencia seria. Los alemanes se tomaban la revancha. La 6.ª *Panzerdivision* cortaba la retirada al Cuerpo de Ejército acorazado de Badanov y con ello le impedía recibir suministros. Poco después, en tres días de combate, el Cuerpo de Ejército acorazado XXIV soviético quedaría derrotado. A dos docenas de kilómetros más al este, las cosas no le iban mejor al Cuerpo de Ejército acorazado XXV soviético, que también lanzaba un ataque arrollador, como el Cuerpo de Ejército de Badanov. Tras renunciar a sus avanzadas de exploración se encontró de repente dentro de la red tendida por el enemigo. La 6.ª *Panzerdivision* había descubierto a los rusos en un vado en pleno río Bistraia.

El general de División Raus, comandante de la 6.ª *Panzerdivision*, dejó que la formación de carros –90 T 34– cruzara el vado. Instantes después comenzaba una tremenda batalla nocturna entre carros de combate. Distinguir a los amigos de los enemigos exigía aproximarse mucho y observar la zona iluminada por los carros en llamas. Tan cerca evolucionaban los carros unos de otros que los rusos trataban de eliminar a los alemanes haciendo girar violentamente sus cañones con la intención de asestar recios golpes a las defensas alemanas. Todo en vano. Los blindados germanos, menos fuertes pero con mayor capacidad de movimiento que los soviéticos, tenían todas las de ganar. Ni uno solo de los 90 T 34 volvió a vadear las aguas del Bistraia.

Una formación abigarrada

Con esto las dos vanguardias soviéticas más peligrosas quedaron detenidas. Los Ejércitos rusos que operaban más al oeste y en dirección al sur, el Ejército 6 y el Ejército 1 Guardias, fueron cercados por el Grupo operativo de Fretter-Pico. Por cierto, de un modo sorprendente, ya que esta unidad era una formación verdaderamente abigarrada, en parte integrada por soldados sin instrucción militar alguna, llegados de los cuarteles de ocupación en Francia. El hecho de que el general Fretter-Pico y sus comandantes hubiesen logrado convertir a esos soldados, en muy poco tiempo, en una aguerrida formación militar, fue una de las hazañas de aquella semana.

En definitiva, el ataque ruso que amenazaba desde el norte había quedado neutralizado. Pero no la acción no menos amenazadora del Ejército 2 Guardias y del Ejército 51 soviéticos, que avanzaban por el este, entre el Don y el Mánich, hacia Rostov. Estos dos Ejércitos se habían lanzado a primeros de enero tras los pasos del 4.º *Panzerarmee* de Hoth y del Grupo operativo de Hollidt. Ahora el objetivo era separar los dos Ejércitos alemanes del Cáucaso y el Ejército acorazado de Hoth.

A finales de diciembre, Manstein y el Mando supremo del Ejército de Tierra habían logrado de Hitler, por fin, la decisión de que los alemanes evacuasen el Cáucaso. Con todo, a primeros de enero la retaguardia del 1.er *Panzerarmee* se encontraba aún junto al Tiérek, a 650 km de Rostov. Los Ejércitos de Eremenko, junto con el Cuerpo de Ejército acorazado III Guardias, bajo el mando del general Rotmistrov, no se hallaban tan lejos: a sólo cien kilómetros. Las perspectivas no parecían demasiado halagüeñas para los Ejércitos del Cáucaso. Incluso para el propio mariscal von Manstein. El 7 de enero por la mañana entró precipitadamente en el puesto de mando del comandante en jefe del Grupo de Ejércitos, establecido cerca de Novocherkassk, un oficial de ordenanza, el capitán Annus: «Mariscal, los carros soviéticos están a 20 kilómetros de aquí. Han cruzado el Don y avanzan hacia nosotros directamente. Al parecer pretenden obligarnos a marcharnos. Ya han superado nuestras primeras defensas. No queda nada que se oponga a su paso.»

Algo no marcha

«¿Eso es todo?», se limitó a responder con absoluta serenidad Manstein. «Bueno, algo sí que quedará allí. Al menos aquí tenemos un taller de carros. Disponemos además, a medio camino, de un par de blindados susceptibles de empleo. Tómelos y vaya a observar, verá como pone en fuga a nuestro enemigo, por muy dentro de casa que esté.» Efectivamente, el capitán Annus logró que las vanguardias

Dos millones de soldados tomaron parte, por ambos bandos, en la batalla de Kursk. Este combate se hizo famoso en la historia militar como enfrentamiento entre carros blindados, pero allí también luchó la infantería, a la que se empleó por última vez.

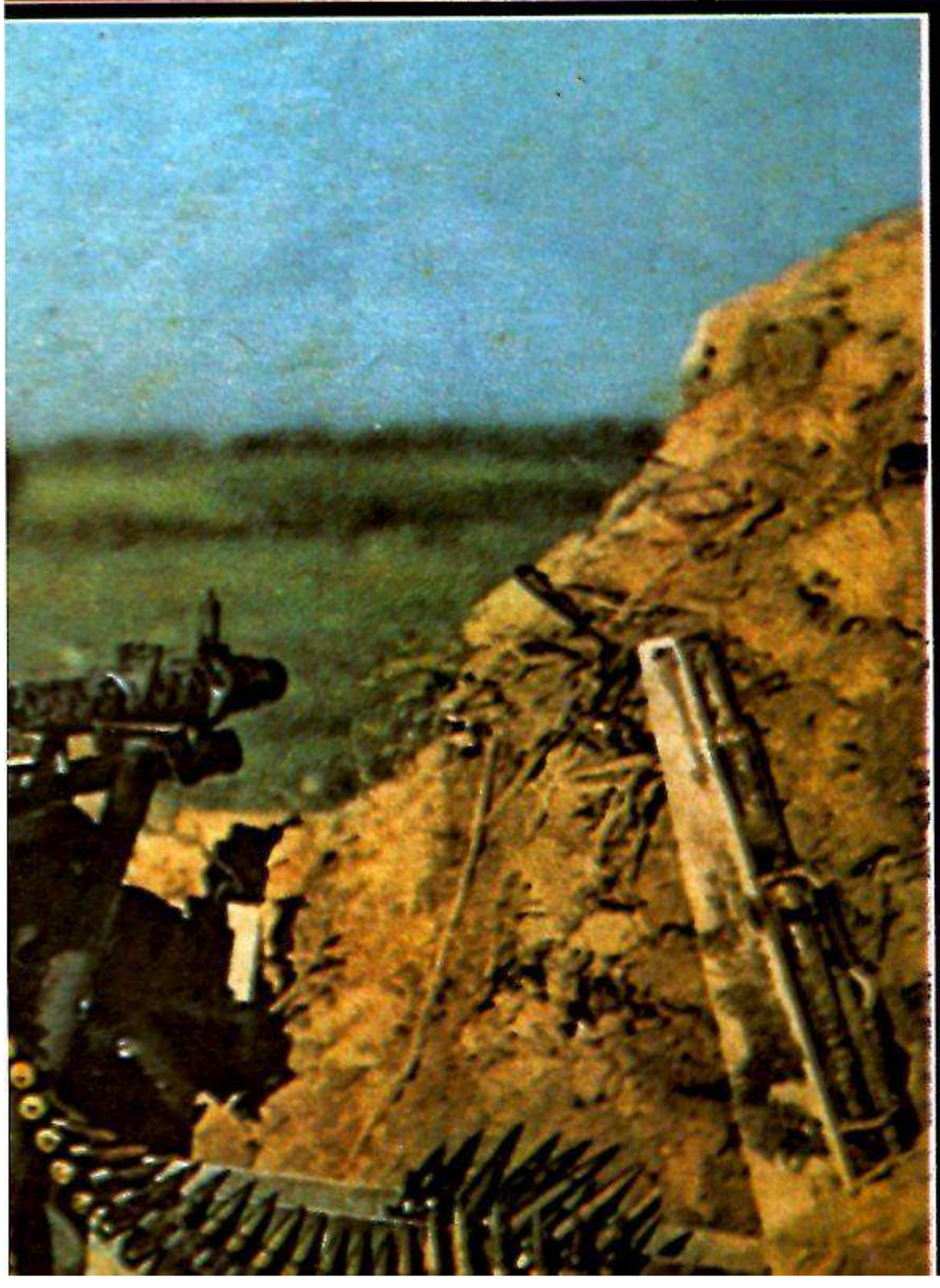
Imágenes del frente oriental:
(1) Unidad de artillería concentrada ante un puente improvisado por los zapadores.

(2) Avance de una compañía de tropas acorazadas de granaderos.

(3) Ametralladora pesada dispuesta para la acción.

(4) Una labradora ucraniana tras haber salvado parte de sus pertenencias de su casa incendiada.

2



4

acorazadas soviéticas se replegasen al otro lado del Don.
Esto ocasionó un enorme disgusto al general Malinovski, comandante en jefe del Ejército 2 Guardias, y al general Eremenko, comandante supremo del Frente sur. Sin embargo, Malinovski conocía el motivo de que el empuje del ataque se atenuase a mitad de enero, de que las cosas no marchasen ya a pedir de boca: también sus unidades selectas, como el Cuerpo de Ejército acorazado II Guardias, habían quedado entretanto en una situación delicada; tras el amplio avance estaban pendientes de un hilo demasiado delgado, que era el único vínculo que las mantenía unidas a las provisiones.

Aunque lentamente, el avance proseguía. El día 20 de enero las fuerzas de Eremenko se extendían ya hasta Manichkaia, más allá del Mánich. Tan sólo les separaban de Rostov 30 kilómetros. Tenían al alcance de la mano los puentes de Bataisk, sobre el Don, el boquete por el que habría de cruzar el 1.er *Panzerarmee* de Kleist cuando regresase del Cáucaso.

Un salto felino, desde luego. Pero, entretanto, Manstein había hecho regresar del norte a la 1.ª *Panzerdivision;* de las estepas de los Calmucos llegaba la famosa «División Galgo» (División de infantería motorizada 16), que fue a caer precisamente a retaguardia de los rusos, cerca de Manichkaia. En el reducido espacio entre esta ciudad y Bataisk, en sólo un par de kilómetros cuadrados, iba a tener lugar una breve y memorable batalla: no se enfrentaban dos importantes huestes, sino restos diezmados. Por parte alemana, la lucha se desarrolló con todo género de cautelas, astucias y ardides. Por el lado ruso, con el decidido empeño de lograr un objetivo que estaba tan cerca de la mano. Sobriamente, el general Malinovski anotó el 26 de enero: «Las tropas no pueden llevar a cabo un ataque activo a la vista de la situación planteada y de las graves pérdidas sufridas.» Ese día el Ejército 2 Guardias soviético poseía aún ¡29 blindados y 11 cañones contracarros! Había que excluir cualquier refuerzo del exterior. Rostov y los puentes de Bataisk continuaban en manos de los alemanes. Por ellos circulaban en columnas interminables los carros del 1.er *Panzerarmee* que continuaban las operaciones de salvamento.

Los repliegues no eran la especialidad en la estrategia alemana, pero la terrible escuela que fue el invierno de 1941-42 impuso una doctrina: la retirada progresiva con la cobertura de refuerzos se desarrolló entonces magistralmente; el 1.er *Panzerarmee* logró traer consigo todo el material aprovechable. Eso significó mucho en unos días en los que se necesitaban todos los recursos: se recuperaba una gran unidad, desde luego muy castigada pero fundamentalmente intacta, susceptible de empleo en otras misiones.
Ahora todo transcurría de un modo similar, en el invierno de 1942-43, mucho más al norte, especialmente allí donde el avance de los arcos del frente exigía un gasto excesivo en la defensa contra los rusos, que atacaban tenazmente por todas partes... Hitler no quería saber nada de todo esto y cada vez se mantenía más firme en su posición: «Ni un solo paso atrás». Los Estados Mayores de los Ejércitos y el Mando supremo militar gastaron todas sus energías en sucesivas órdenes de repliegue más o menos camuflado con nombres diversos, aunque al fin lograron lo que se proponían.

Repliegue lento

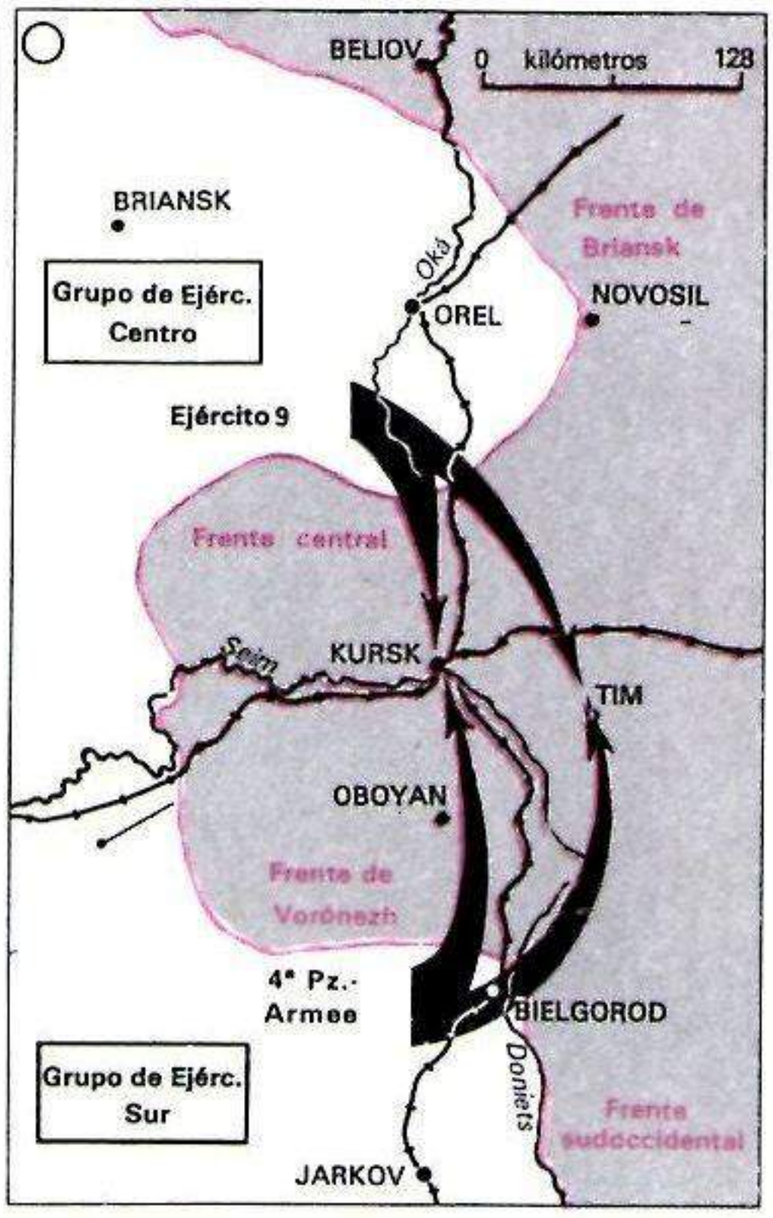
La llamada «seta» de Demiansk era más bien una especie de tubo que se internaba 120 kilómetros en territorio enemigo. En el punto de arranque tan sólo tenía 10 kilómetros de anchura. Esto significaba que el frente de este «tubo» tenía en realidad 250 km de longitud, defendidos por las 12 divisiones del Cuerpo de Ejército II. En el caso de que se abandonase el «tubo» todavía quedarían 10 kilómetros de frente, cuya defensa podría llevarse a cabo con dos regimientos.
Los rusos mandados por Timoshenko sabían esto perfectamente y por ello trataron de cercenar esa especie de delgado cuello de botella de 10 kilómetros con el fin de cercar al Cuerpo de Ejército II, como ya habían logrado hacer una vez en el invierno anterior. Así se produjeron duros combates, con numerosas bajas por ambas partes, que se prolongaron desde finales de noviembre hasta fines de enero. Por fin el 31-I-43 Hitler permitió la evacuación de lo que llevaba camino de convertirse inevitablemente en cerco, abandonando a regañadientes la posibilidad de partir desde esta posición amenazada mortalmente hacia nuevas y audaces operaciones de ataque.
«Repliegue lento», ésta fue la orden. El Mando supremo del Ejército contaba para ello con 70 días. Para entonces no quedaría nada del Cuerpo de Ejército II. Sin embargo, esta unidad se había preparado hacía tiempo de un modo perfecto. El general Laux había trasladado el material pesado, a mediados de enero, hacia el exterior del cerco a punto de cerrarse éste. Gracias a ello, lo que hubiera necesitado 70 días se llevó a cabo sin grandes pérdidas en sólo 10. De esa forma la defensa del frente norte se reforzó con diez divisiones, por lo cual la situación mejoró notablemente.

El frente vuelve a formarse

A 200 kilómetros escasos más al sur la situación era parecida. El arco del frente de Rzev se prolongaba hacia el noreste, en una línea de 530 kilómetros defendida por 29 divisiones del Grupo de Ejércitos Centro. Una posición de salida que Hitler quería conservar a toda costa, con vistas a otros sueños de nuevos ataques: en este caso contra Moscú, que sólo distaba 150 kilómetros de este punto del frente.
Pero esto no era más que un sueño. No había posibilidad alguna de conservar el enorme arco que formaba la línea de defensa, y la posición tuvo que ser evacuada entre el 1 y el 22 de marzo de 1943 sin excesivas pérdidas. Este repliegue a la llamada «posición Búfalo» de los zapadores, situada en la reducida línea, de 200 kilómetros escasos, Spas Denursk-Porogobush-Dujovshina, sólidamente construida, hizo posible el ahorro del sacrificio de una docena de divisiones. De repente se daba por liquidado el período espantoso de la carencia de reservas en el que los huecos solamente podían rellenarse produciendo otros vacíos en otras partes. Una vez más el frente se recomponía, ahora en el norte y en el centro.
En el sur, por el contrario, se desarrollaba aún a primeros de 1943 una intensa guerra de movimientos. Se trataba del intento soviético de aniquilar el ala sur alemana mediante un ataque contra Rostov. La operación transcurrió en sus comienzos a la defensiva pero luego la situación se volvió peligrosa en aquellos puntos abiertos como consecuencia del desbaratamiento del Ejército 8 italiano a orillas del Doniets entre Voroshilovgrad y Bielograd, un boquete de más de 300 kilómetros de anchura.
Por este agujero debería iniciarse la operación de amplia envoltura dispuesta por Stalin y sus mariscales: por el flanco norte del hueco penetraron el Ejército 69 y el Ejército acorazado 3 en dirección a Járkov y Poltava. En el centro operaba el Ejército 6, con 15 carros en la vanguardia, y en dirección al Dnieper, hacia Dniepropetrovsk y Zaporozhe. Al sur del mismo comenzó a avanzar el imponente Grupo acorazado de Popov que se dirigiría hacia el mar de Azov, en la retaguardia del Grupo operativo de Hollidt.
Las cuñas de ataque soviéticas tenían la orden de «atacar implacablemente a los convoyes de aprovisionamiento y a las retaguardias enemigas para, incluso antes de la época de los barros de primavera, alcanzar el Dnieper y cortar a Manstein la retirada hacia las aguas del río». No cabía duda: Stalin iba a por todo y estaba seguro de poderlo conseguir. Los alemanes se encontraban ya en plena retirada y, según pensaba

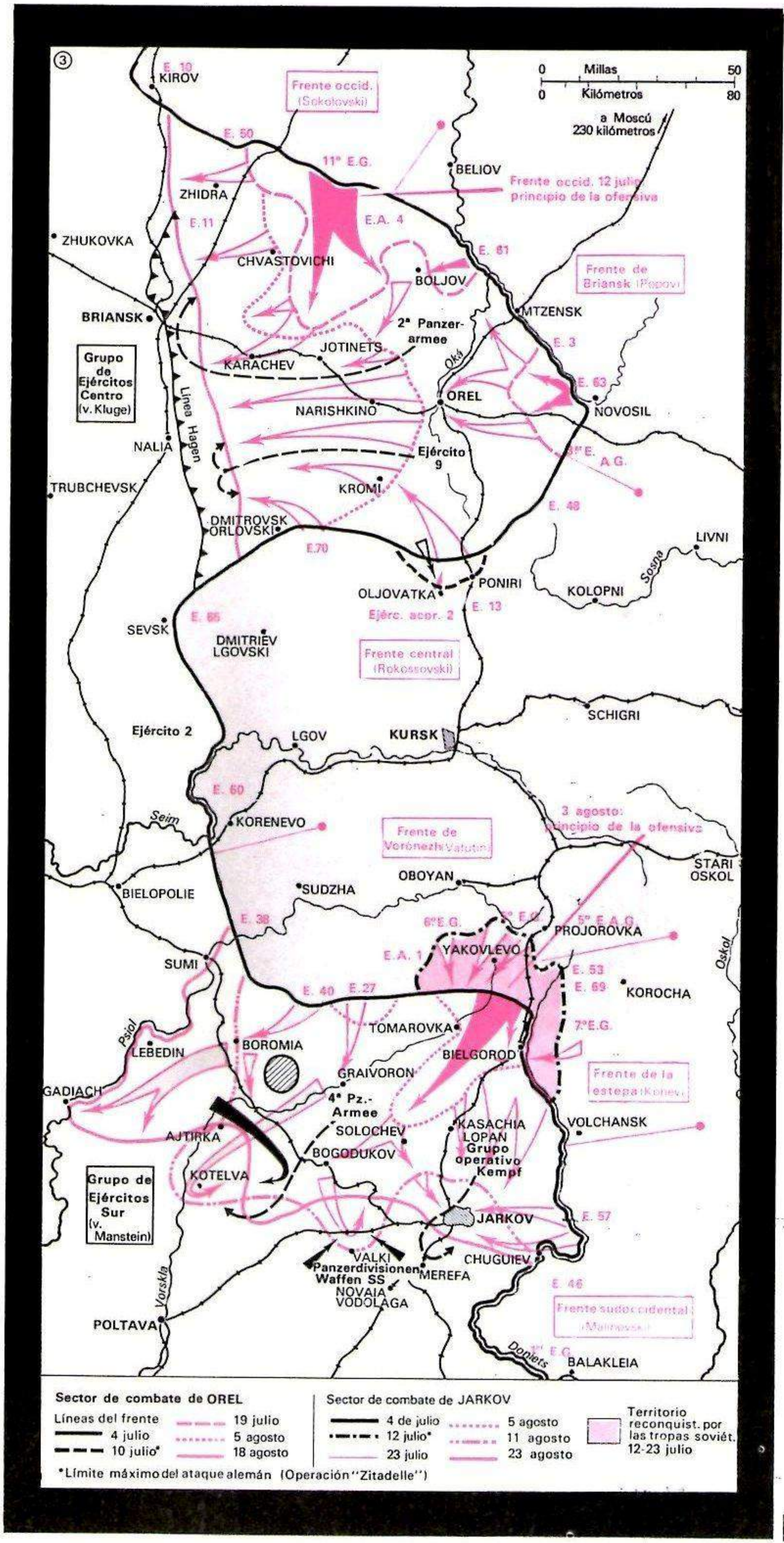
él, estaban prácticamente derrotados. A esta conclusión llegó erróneamente el mando soviético a raíz de dos acontecimientos que se produjeron de modo sucesivo: el 14 de febrero Manstein había evacuado Rostov y, al tiempo, el Grupo operativo de Hollidt se había replegado de su posición del Doniets a otra menos extensa y en mejores condiciones de defensa a orillas del Mius.

Un día después el general de las *Waffen* SS, Paul Hausser, comandante en jefe del nuevo Cuerpo de Ejército acorazado de las SS al que pertenecían las unidades selectas «Das Reich» y el «Leibstandarte Adolf Hitler», abandonaba la ciudad de Járkov, en trance de quedar cercada. Para los rusos la situación estaba clara: seguramente se había impartido una orden de retirada general, puesto que las tropas SS no se replegaban sin una orden superior. Normalmente era así, pero en este caso no se cumplía la regla: Hausser había evacuado Járkov contra una orden expresa del *Führer,* con la pretensión de salvar de un cerco a sus tropas, dos



Así se planeó la Operación «Zitadelle» («Ciudadela»): con un gigantesco movimiento en tenaza las fuerzas soviéticas deberían quedar divididas, cercadas y aniquiladas (arriba).

Así se desarrolló la osada operación: tras una limitada conquista de terreno se derrumbó la ofensiva germana. En el contraataque los soviéticos rechazaron a los alemanes hasta muy por detrás de las líneas de partida.



De la costa del Canal a Rusia: un año escaso después de la batalla de Inglaterra se cernían sobre Rusia los «Heinkel He 111». Además de su condición de avión bombardero semipesado, ya tradicional, este aparato cumplió en el Este funciones de transporte, por ejemplo en la operación de suministro de Stalingrado en el invierno de 1942/43.

divisiones acorazadas y otra de granaderos acorazados. Estas unidades que conservaban toda su fuerza de combate pasaban así a engrosar los efectivos disponibles para el cumplimiento de un plan que tenía Manstein sobre la mesa desde hacía ya varias fechas.

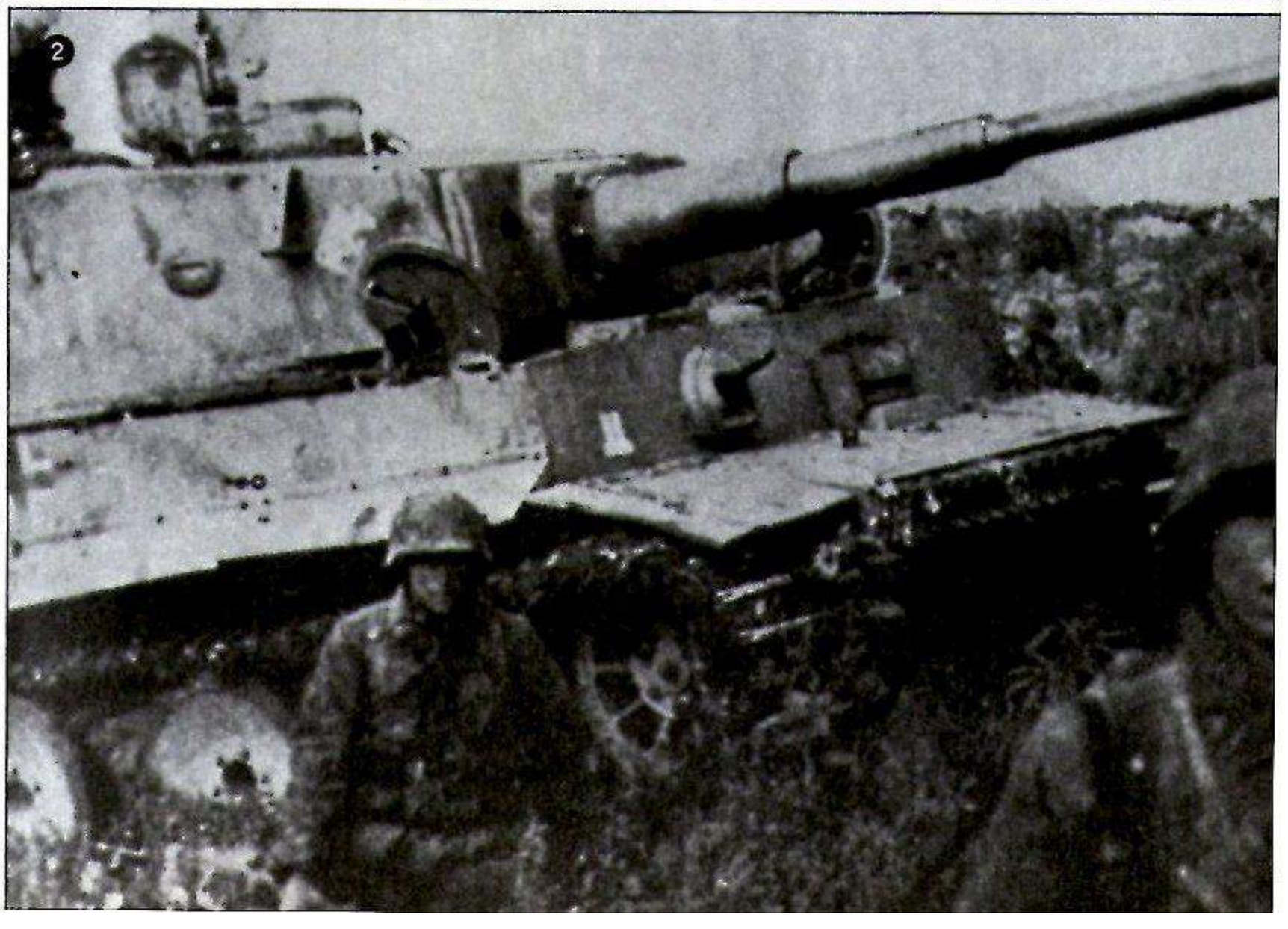
Cuanto más claramente se bosquejaban las impresiones de los soviéticos en el estudio de los mapas operacionales en su cuartel general de Zaporozhe, a orillas del Dnieper, tanto más frecuentemente oían los oficiales del Estado Mayor decir a sus jefes en voz baja «feliz viaje» y otras expresiones irónicas por el estilo. Manstein estaba decidido a actuar por todo lo alto con lo que él llamaba «golpe de revés»: había que permitir al enemigo que se aproximase, que se adentrara con todas sus fuerzas, que se sintiese seguro y, de repente, se le atacaría por los flancos. Comprensiblemente Manstein se sintió muy animado al producirse la incorporación de las tres divisiones que le había aportado Hausser al desobedecer éste las órdenes de Hitler, pero al mismo tiempo temió que el individualismo de Hausser ocasionara problemas. Hitler, por su parte, se enfureció y, cosa rara en él, decidió trasladarse al frente; es decir, al cuartel general de Manstein.

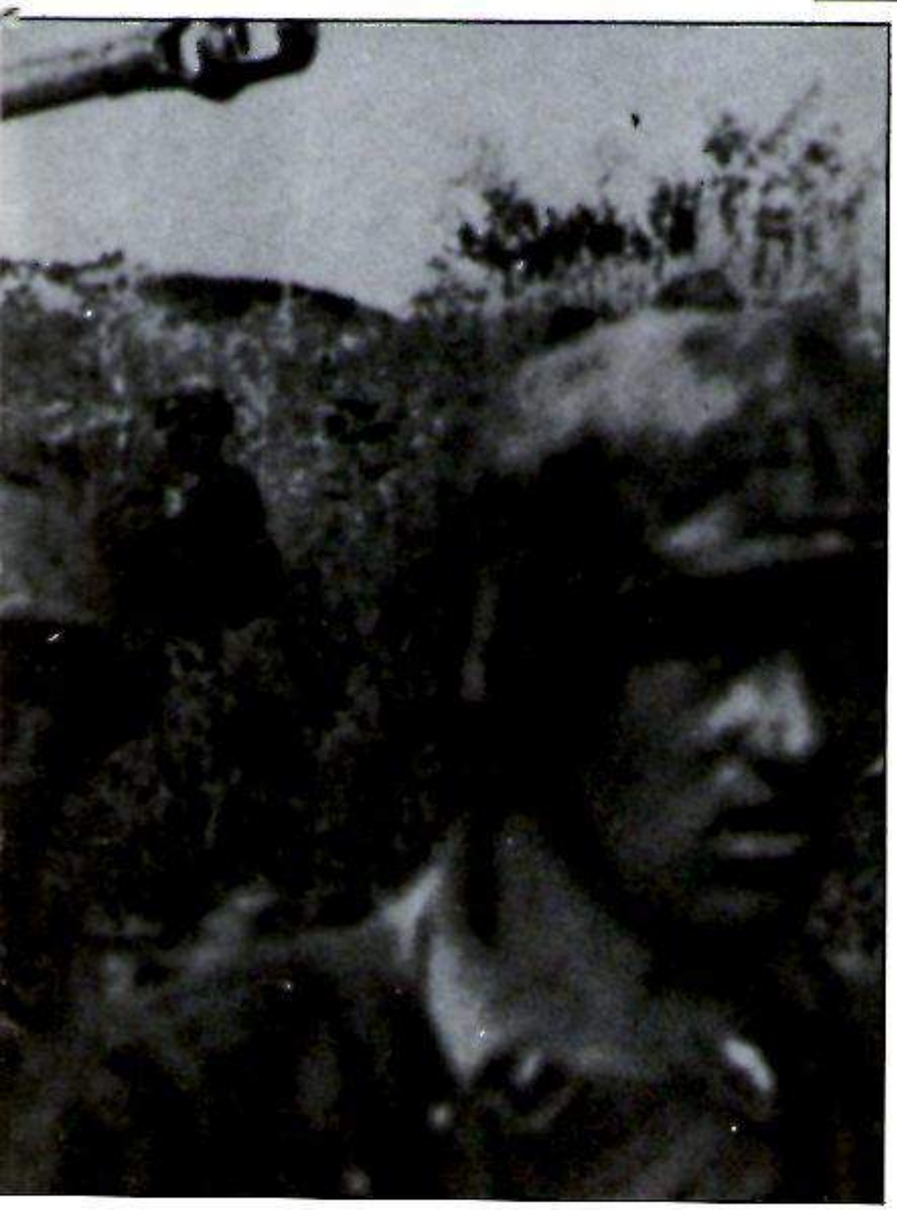
El general Manstein expuso el plan y la situación del momento. En el plan se preveía que el *Panzerkorps* SS de Hausser atacase al Ejército 6 soviético por el norte, de modo que éste quedase envuelto por una tenaza de fuerzas enemigas. Hitler decidió que no fuese así; y ordenó que Hausser volviese a conquistar Járkov. Manstein se quedó estupefacto y sólo consiguió a duras penas que esta orden se aplazara; una orden que sólo obedecía a los celos de mando de Hitler.

Al día siguiente los mapas de operaciones presentaban tal aspecto que todos menos Manstein se dejaron llevar del temor y de la inquietud. Las vanguardias de Ejército 6 soviético habían tomado ya Pavlograd, distante tan sólo 60 kilómetros del Dnieper. El Grupo de acorazados de Popov parecía decidido a llegar hasta Krasnoarmeskoie.

Cuando Manstein dijo fríamente que se debían traer del frente del Mius las unidades acorazadas amenazadas por los cinco ejércitos y lanzarlas contra las puntas de penetración de Popov, Hitler sufrió una «aguda depresión», como dice un historiador de la época. Cuando Hitler se encontraba aún en pleno lamento llegó la noticia de que las vanguardias del Cuerpo de Ejército acorazado XXV soviético se habían adentrado hasta Sinelnikovo y tenían interceptada en este lugar la línea ferroviaria Dniepropetrovsk-Stalino, por la que hasta el momento recibían sus

1


2



(1) Esta unidad contracarros de las «Waffen» SS acecha junto a un carro soviético la llegada de una nueva víctima de sus minas de plato.

(2) Carro «Tiger» e infantería.

(3) Carro de combate V («Panther») sobre una plataforma de ferrocarril.

(4) Esperando el momento oportuno: un cabo primero en un refugio.

provisiones todas las unidades alemanas situadas al este.

Un rápido vistazo al mapa convenció inmediatamente a los acompañantes de Hitler que la estación de Sinelnikovo no distaba ni 60 kilómetros de Zaporozhe. El séquito del *Führer* le presionó entonces para que abandonase a toda prisa el cuartel general de Manstein, amenazado de cerca por los soviéticos, a lo que Hitler accedió de buena gana. Cuando el *Focke-Wulf 200-«Condor»* de Hitler se elevaba en su viaje de regreso, tan sólo 10 kilómetros separaban al *Führer* del «Gran Reich Alemán» de los primeros carros T 34 rusos. Mas para el mariscal von Manstein era lo mejor el poder decidir libremente sin la presencia de aquel entrometido al que él había jurado obediencia. Ahora ya estaba en condiciones de poder empezar las operaciones sin temor a ser molestado...

Como primera providencia, ordenó que sus debilitadas divisiones acorazadas se dirigiesen contra los flancos de las cuñas de ataque de los soviéticos, cortándoles los suministros. Las consecuencias pudieron apreciarse inmediatamente: las órdenes transmitidas por radio por los comandantes soviéticos, antes seguros de su victoria, se volvieron cada vez más desabridas. «Se han quedado detenidas todas las ruedas», comunicó el jefe de acorazados, Popov, el 18 de febrero al jefe de su Grupo de Ejércitos, Vatutin. La causa de ello era la falta de combustible. Dos días después la situación de Popov era tan crítica que pidió permiso para replegarse con su Grupo acorazado.

«Golpe de revés»

Con todo, el mando soviético en repliegue siguió negándose a admitir que sus unidades iban derechas a caer bajo el puñal de Manstein. Encolerizado, Vatutin comunicó por radio a Popov: «¡Ataque! ¡El enemigo está en franca retirada! ¡No puede dejársele que cruce el Dnieper!»

Fue un error fatal. Manstein no se proponía cruzar el río sino prolongar el ataque hasta el Doniets. Y lo consiguió. Por supuesto, para batallas de cerco o de envoltura de cuño antiguo esto no era suficiente, pero sus Cuerpos acorazados dividían y troceaban acá y allá, durante una batalla que duró tres semanas, sin que los rusos, más fuertes pero inmóviles, pudieran hacer nada.

Lo que en principio hubiera sido el golpe de gracia contra el frente sur alemán terminó en aniquilamiento del Grupo acorazado de Popov y del Ejército 6 soviético.

Y no sólo esto. Una vez reconquistadas las antiguas posiciones del Doniets, quedaba expedito el camino de Járkov. Ahora sí que tenía sentido la operación y el *Panzerkorps* SS de Hausser podría reconquistar, el 15 de marzo, la ciudad que antes había abandonado.

La estrategia de Manstein del «golpe de revés» se había acreditado. No sólo había contribuido a estabilizar el frente sur, a diezmar al enemigo, a convertir una situación sin perspectivas en una victoria, sino que también había logrado crear una nueva oportunidad: tras la conquista de Bielgorod, junto al Doniets, el 18 de marzo, la situación obligaba a proseguir hacia el norte, hacia Kursk, para dividir a los Ejércitos rusos establecidos en el oeste, separándolos del Frente central soviético. En las obras rusas sobre estrategia militar puede leerse que tal operación del enemigo ya era esperada, pero que apenas resultaba factible ofrecer resistencia, a la vista del estado de desmoralización de unas tropas como las soviéticas, que habían pasado, de una victoria al alcance de la mano, a una amarga derrota.

Sin embargo, no se pudo aprovechar esta oportunidad. Para ello hubiera sido necesario además un avance desde el norte hacia el saliente inmediato de Kursk. A esto se negó categóricamente el mariscal von Kluge, jefe del Grupo de Ejércitos Centro. Necesitaba sus tropas, y éstas precisaban un poco de reposo tras los duros combates del invierno antes de volver a estar en condiciones de atacar. El general von Manstein, y con él la mayor parte de los estrategas alemanes, estaba convencido de algo que él mismo formuló así: «Nuestras tropas no son en modo alguno suficientes para una nueva ofensiva del estilo de la del año anterior: una ofensiva en un frente amplio. La defensiva nos parece más adecuada en estos momentos». Bajo el término «defensiva» Manstein entendía algo muy diferente de un simple permanecer clavados en el suelo: para él equivalía a una defensa móvil, de un estilo similar al «golpe del revés» que le había llevado al éxito.

Pero la defensiva no cuadraba con el carácter de Hitler. Apenas superado el peligro de catástrofe, ya soñaba en nuevas ofensivas de grandes proporciones. El primer golpe tendría que ser la formación de un gran cerco en las inmediaciones de Kursk. En principio, contra esta batalla los generales del frente no tenían nada que objetar. El saliente de Kursk podía ser atacado sin por ello renunciar al concepto de defensa móvil. Pero, al entender de los comandantes, la operación habría de realizarse con absoluta rapidez, antes de que los rusos pudiesen rehacerse y regresar fortalecidos.

Se retrasa la batalla

Sin embargo, Hitler empezó a dudar. Constantemente exigía nuevos preparativos con vistas a este ataque. Al parecer se hallaba atormentado por el temor a un fracaso. Quería estar absolutamente seguro del éxito. Todo lo que entregaban las fábricas de armamento y acumulaban las secciones militares se iba amontonando en torno al saliente de Kursk. Así fue creciendo lentamente un enorme arsenal con vistas a la Operación «Zitadelle» («Ciudadela»), como la bautizó el propio Hitler. El Ejército 9, que habría de atacar desde el norte, contaba, para cubrir una anchura de frente de 50 kilómetros, con 13 divisiones de asalto, más otras 6 divisiones en la reserva. El 4.º *Panzerarmee* de Hoth, que avanzaría desde el sur, estaría en condiciones de emplear 16 divisiones, en una anchura de

Cañón contracarro de 75 mm en un campo de trigo en el que se le ha enmascarado.

frente de 80 kilómetros. Los Grupos de Ejército Norte y Sur disponían cada uno de 1000 carros y 400 cañones de campaña. En los aeródromos de las *Luftflotten* 6 y 4, en Járkov y Orel, estaban dispuestos 1800 aviones para garantizar el dominio del aire en la zona del combate. Hay que recordar que la *Wehrmacht* comenzó la campaña de Rusia con 3600 carros y 1850 aviones, tantos como ahora se acumulaban para una sola batalla. No obstante, la batalla seguía haciéndose esperar. «Esta operación es de vital importancia. Tiene que realizarse con celeridad y de un modo contundente. Hay que aprovechar el momento de sorpresa...» Así se decía en la orden de operación de 15 de abril.

¿Con celeridad? Esperando pasó abril, mayo, junio... Hitler no dejaba de dudar y despedía a sus generales, que acudían a apremiarle diciéndoles que era necesario esperar hasta ver cómo resultaban los nuevos carros superpesados y los últimos cañones recién salidos de fábrica.

Con ello no hizo otra cosa que eliminar la oportunidad ofrecida por un «momento de sorpresa» que él mismo había exigido a sus comandantes. Ese trasiego de armas y de hombres durante tanto tiempo, y en territorio enemigo, al fin y al cabo, no podía permanecer secreto eternamente. El Mando supremo soviético tenía noticias desde hacía tiempo de los preparativos de una batalla con iniciativa alemana y se aprestó a adoptar las medidas oportunas. También era de vital importancia para los soviéticos la posesión del saliente de Kursk, como trampolín de una nueva ofensiva. El 40 % de los efectivos de la infantería rusa y casi todas las unidades acorazadas se encontraban en el arco de Kursk a principios del verano de 1943.

Se acabaron los ímpetus

Todo un objetivo seductor para Hitler. Por ello los rusos se habían apresurado a emplear a fondo el largo tiempo que les habían concedido los alemanes y habían logrado construir un gigantesco sistema defensivo para proteger a sus efectivos armados.

Por fin el 5 de julio comenzó la batalla. Tras una preparación de fuego artillero como jamás se había producido antes, las divisiones alemanas se abalanzaron en unas formaciones apretadas como nunca y con un armamento tan abundante como jamás se había conocido. Por primera vez entraban en combate verdaderas formaciones de carros *Tiger,* aquellos invulnerables mastodontes de 700 caballos con su cañón aterrador de 88 mm. Era el primer carro de combate alemán capaz de superar a los T 34 rusos. También tomaban parte en la lucha formaciones enteras del nuevo *Panther,* de tipo medio y enormemente rápido.

Pero todo este ímpetu jamás igualado fue a estrellarse contra una resistencia también sin precedentes. El ataque no cobro impulso.

Los carros de Hoth necesitaron ocho días para adelantar 50 kilómetros, hasta Projorovka. También las divisiones de Model, que operaba en el norte, tropezaban con idénticos obstáculos.

Con todo, entre el 12 y el 13 de julio parecía que había pasado lo peor. La batalla de carros que se desarrollaría junto a Projorovka era una acción más movida, más rápida, con la participación en el ataque por los flancos a cargo de la Sección de Kempf, que debía, y podía, significar un primer factor decisivo favorable a los alemanes.

Pero ocurrió lo inesperado. Los rusos entraban al ataque. No en el campo de batalla de Kursk sino al norte y sur de esta zona. El 12-VII el Ejército 11 Guardias atacaba el frente alemán al norte de Orel y avanzaba inconteniblemente hacia la ciudad. Tres días más tarde irrumpió el Ejército 63 soviético al este de Orel y se dirigió hacia el oeste.

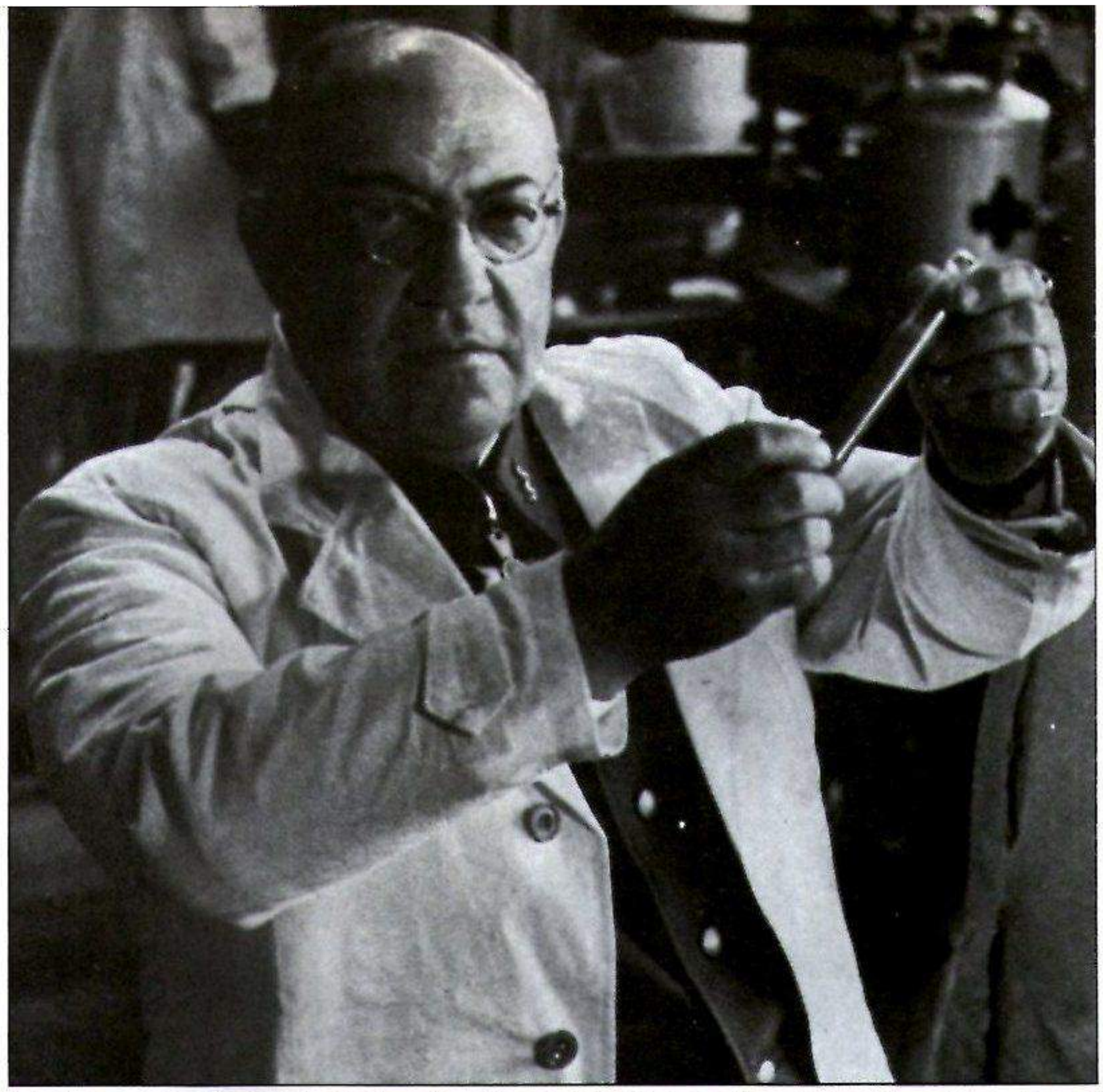
En el sur ocurría otro tanto: el 17 de julio, el Ejército 1 Guardias soviético cruzaba el Doniets por Barvenkova y atacaba el frente alemán. El mismo día el Ejército 2 Guardias vadeaba a su vez el Mius y se lanzaba sobre Stalino.

A la vista de la situación creada, el Mando supremo alemán se dio cuenta de que no tenía alternativa: había que interrumpir la batalla de Kursk, precisamente cuando empezaba a vislumbrarse el triunfo. Una gran parte de las divisiones de asalto se emplearía en bloquear la penetración rusa. Por si fuera poco los Aliados occidentales amenazaban ya el flanco sur de las potencias del Eje. El 10 de julio habían desembarcado en Sicilia. Dada la escasa moral de combate de los italianos, la isla fue conquistada rápidamente. El ataque a la península era ya cuestión de tiempo. Hitler necesitaba divisiones, y solamente podría tomarlas del frente de Kursk. Los elementos que quedasen no serían suficientes ni para proseguir el ataque ni para conservar el poco terreno conquistado. No había más remedio que regresar a las posiciones de salida, lo cual no era posible sin grandes pérdidas de material.

Sin embargo, eso no era lo peor: las reservas del Ejército restauradas con tanto esfuerzo, las divisiones de asalto, rápidas y bien dotadas, una gran parte del arma acorazada reconstruida... todo esto quedó desmembrado en la batalla de Kursk. La fuerza de ataque del Ejército alemán había quedado quebrantada. Y definitivamente.

□

Según Werner Maser



LAS ENFERMEDADES DE HITLER

Sólo conservó su memoria

A partir de 1937 Hitler creyó firmemente que se encontraba muy enfermo. Esta fue la razón de que dictase un testamento político en noviembre de 1937 y, en mayo de 1938, su última voluntad privada. En efecto, sus fuerzas físicas se hallaban prácticamente agotadas cuando perdió la fe en sí mismo y en su causa. En los últimos días y semanas que pasó en el «bunker» de la Cancillería berlinesa su aspecto era verdaderamente decrépito, capaz de mantenerse en pie sólo gracias a los estimulantes y drogas que se le aplicaban constantemente. El investigador de la figura de Hitler, Werner Maser, conoce como ningún otro al dictador. Hasta 1971 Maser ha reunido datos suficientes y se ha aprovechado de documentos médicos dados antes por desaparecidos, redactados por los doctores que trataron a Hitler. Entre el material reunido por él se incluyen cartas intercambiadas por los médicos en la época del Reich y varios diarios escritos por algunos de estos especialistas. Maser ha recorrido concienzudamente numerosas clínicas universitarias en busca de material.

Si mi vida hubiese acabado el 20 de julio habría sido para mí, personalmente, un verdadero alivio. Así me veria libre de preocupaciones, de noches de insomnio y de una grave dolencia nerviosa». En estos términos se expresó el comandante supremo de las Fuerzas Armadas, el 31 de agosto de 1944, en el cuartel general «Guarida del lobo». Sus pensamientos se orientaban obsesivamente hacia el último día de su vida. Sabía que las agujas de su reloj avanzaban muy de prisa. Hasta el amanecer –los militares se habían marchado ya hacia tiempo– permaneció esa noche con sus secretarias, con sus ayudantes Julius Schaub y su médico de cabecera, doctor Theo Morell.

Hitler había sobrevivido al atentado de Stauffenberg, pero no por ello había quedado libre de traumas. Cuando logró resurgir de la humareda y alcanzar la puerta, apareció lleno de polvo y con los pantalones hechos jirones. En sus carnes habían penetrado numerosas astillas. Sólo de las piernas los médicos extrajeron más de cien. La explosión le arrancó parte del pelo de la nuca y le produjo quemaduras en una pierna. En la cara mostraba algunas cortaduras de poca importancia, un rasguño en la frente, hemorragias en el codo derecho y en la mano izquierda. Su brazo dere-

Cuanto más se prolongaba la guerra, menos aparecía Hitler en público. Al pueblo se le mostraban fotos retocadas o antiguas, como la imagen en color de la página inmediata, publicada en «Signal» en 1943 (derecha). El aspecto de Hitler había cambiado sustancialmente. Se había avejentado y padecía numerosas enfermedades. Su médico de cabecera, Theo Morell (arriba), médico de moda del Berlín adinerado y al que perseguía la animosidad de sus colegas más científicos que lo acusaban de curandero, asumió la responsabilidad de mantener a Hitler cada día en forma, aunque fuera artificialmente.

cho quedó rígido y la mano derecha retorcida. Los tímpanos quedaron muy dañados por efecto de la explosión y sangraba de los oídos. Pero siguió con vida, tranquilo y satisfecho.
A primera hora de la tarde recibió personalmente en la estación ferroviaria del cuartel general a su invitado Mussolini. Aparte de su brazo en cabestrillo no se le apreciaba nada anormal. El intérprete de Mussolini le oyó decir incluso que sólo había tenido que lamentar la rotura de sus pantalones nuevos. Cuando, una vez en la destrozada sala de conferencias, comentó a Mussolini lo acontecido por la mañana, el tono de su voz se elevó para decir: «Tras el milagro de haber salvado hoy la vida, creo más que nunca que estoy predestinado a llevar a un final feliz nuestra causa común». «Después de haber visto lo que vi allí –comentaría Mussolini– opino exactamente igual que él. Aquello fue un signo del cielo».

Declive físico

Hitler terminó por alegrarse de que ese atentado «milagroso» entre otras cosas le hubiese liberado de su «dolencia nerviosa», el temblor constante de sus extremidades izquierdas. Pero esta mejoría no duró mucho. Todo lo contrario. Pocos días después volvían a temblar la mano y la pierna izquierda, y no sólo eso: también el resto de la mitad izquierda del cuerpo. Su caminar se tornó más dificultoso. Cuando hacía algo, sus movimientos recordaban los de las películas a cámara lenta. A ello se añadió un constante sabor a sangre en la boca, intensos dolores de oídos e insomnio. Sus ojos temblaban desde primeras horas de la mañana. Con toda claridad se apreciaban en él atrofias en el sistema del equilibrio. Así, por ejemplo, durante cortos paseos era incapaz de continuar andando en línea recta y tendía a irse a un lado. Desde agosto le atormentaban intensos dolores de cabeza, sobre todo en la frente. Sin embargo, mientras pareció que, en cinco semanas, había superado psíquicamente el choque interno que le podujo la explosión del 20 de julio, no fue así en lo físico, aspecto en el que el declive era evidente. En septiembre Hitler contrajo ictericia. Su piel se coloreó, los párpados se volvieron amarillos y el orin marrón oscuro.
Hitler se quejaba de dolores en la vesícula. Padecía dolores de cabeza, de muelas, insuficiencia cardíaca e ictericia. Todo ello le debilitó considerablemente, más que nunca. Renunció a abandonar su *bunker,* temiendo nuevos atentados por todas partes.
El 17 de septiembre los Aliados ponían pie en Arnheim y Nimega. Eso le produjo a Hitler un síncope cardíaco. El electrocardiograma confirmó que había sufrido un infarto de miocardio. El doctor Theo Morell se apresuró a consultar con una media docena de colegas:
– El profesor doctor Karl Weber, director del instituto de Bad Nauheim de investigaciones coronarias.
– El profesor doctor Hugo Blaschke, dentista, *Brigadeführer* SS y general de las *Waffen* SS.
– El profesor doctor Werner von Eicken, especialista en enfermedades de la garganta en la clínica berlinesa del Westend.
– El médico militar doctor Erwin Giesing, otorrinolaringólogo y antiguo asistente de Werner von Eicken.
También trataron a Hitler su médico de cabecera, el cirujano Karl Brandt, y su ayudante, doctor Hans Karl von Hasselbach.
Hitler se volvió lánguido y sólo hablaba quedamente, pero conservaba su mirada penetrante. Así y todo estaba en el límite de sus fuerzas. Permanecía echado entre las cuatro paredes desnudas de su *bunker* sobre la cama de campaña. Su secretaria, que lo visitaba continuamente en su lecho de enfermo, tenía la impresión de que Hitler había perdido toda su voluntad de vivir. A ella le manifestó el propio dictador:
«Si no tuviese a mi lado a mi fiel Morell estaría perdido. Y esos idiotas de médicos quieren apartarlo...»
Con ocasión de una disputa entre los doctores Giesing y Brandt, por un lado, y Morell y su prominente enfermo, por otro, se produjo el colapso de corazón que sufrió Hitler el 1 de octubre de 1944. El doctor Giesing relata lo ocurrido:
«Hitler siguió con gran interés mi examen neurológico y me dijo:
'...aparte de esta hipersensibilidad pasajera tengo un sistema nervioso completamente sano y espero que todo se normalice en poco tiempo. También han remitido ya las molestias gástricas. Morell me ha aplicado ayer y anteayer irrigaciones de manzanilla y las deposiciones han sido abundantes... Todavía me aplicará otra irrigación... En los tres últimos días apenas he podido probar bocado, así que ahora tengo el estómago prácticamente vacío y me he debilitado notablemente'.
«Linge y yo hemos tenido que ayudarle a Hitler a colocarse su camisón... Luego nos ha dicho:
'...Y ahora no debemos olvidar el tratamiento por pura ligereza. Por ello examinen una vez más mi nariz y pónganme los cachivaches de la cocaína. Mi garganta está algo mejor, pero yo me encuentro cada vez más ronco'.
«Acto seguido me dispuse a aplicarle en el orificio izquierdo de la nariz una solución de cocaína al 10 por ciento. Luego examiné una vez más sus oídos y garganta. Después de un rato de silencio me dijo Hitler:
'...Ahora siento aligerada la cabeza y me encuentro tan bien que hasta podría levantarme inmediatamente. Sólo que estoy muy débil como consecuencia de las intensas molestias intestinales y del poco alimento ingerido en los últimos días'.
«Después de otro rato noté que Hitler cerraba los ojos, y el color de su cara, antes bastante rojo, se volvía completamente pálido. El pulso se hizo agitado y poco intenso. Las pulsaciones rondaban las 90, pero su fuerza me pareció sumamente reducida. Pregunté a Hitler qué tal se sentía, pero no recibí respuesta alguna. Evidentemente sufría un ligero colapso que le impedía hablar. Linge se encontraba a la puerta de la pequeña salita del *Führer,* tras haber llamado con cierta fuerza. Debieron de ser pocos minutos los que yo me encontré solo con Hitler, porque cuando regresó Linge todavía estaba yo ocupado en aplicar la cocaína a su nariz. Una vez en la habitación, Linge se colocó a los pies de la cama y me preguntó cuánto tiempo iba a seguir con el tratamiento. Yo contesté, asustado por mis pensamientos:
'En seguida termino'.
«En ese momento la cara de Hitler había empalidecido aún más y sus piernas se habían vuelto rígidas. Al verlo dijo Linge:
'Se repiten las convulsiones intestinales. Déjele reposar. Parece que quiere dormir'.
«Recogimos con todo cuidado nuestros instrumentos y abandonamos a toda prisa la alcoba de Hitler.»

Hitler tenía conocimientos médicos

Asustado por aquel caso dramático, Giesing se puso en contacto inmediatamente con Morell para informarse de los métodos curativos de éste. En relación con las píldoras del doctor Köster-Antiga, recusadas ya hacía años en los tratamientos de flato (Morell las recetó con escasos períodos de reposo de 1936 a 1943) se produjeron diferencias de opinión entre los médicos. Giesing y Brandt eran de la opinión de que el tratamiento que Morell aplicaba a Hitler iba envenenándole a éste progresivamente por efecto del contenido en estricnina de las píldoras Antiga. Hitler, que estaba informado de tales diferencias de criterio y, como atestiguan algunos de sus doctores tenía conocimientos médicos muy notables, se decidió en favor de Morell. En consecuencia despidió a Brandt y Hasselbach y ordenó que no se llamase más a Giesing.

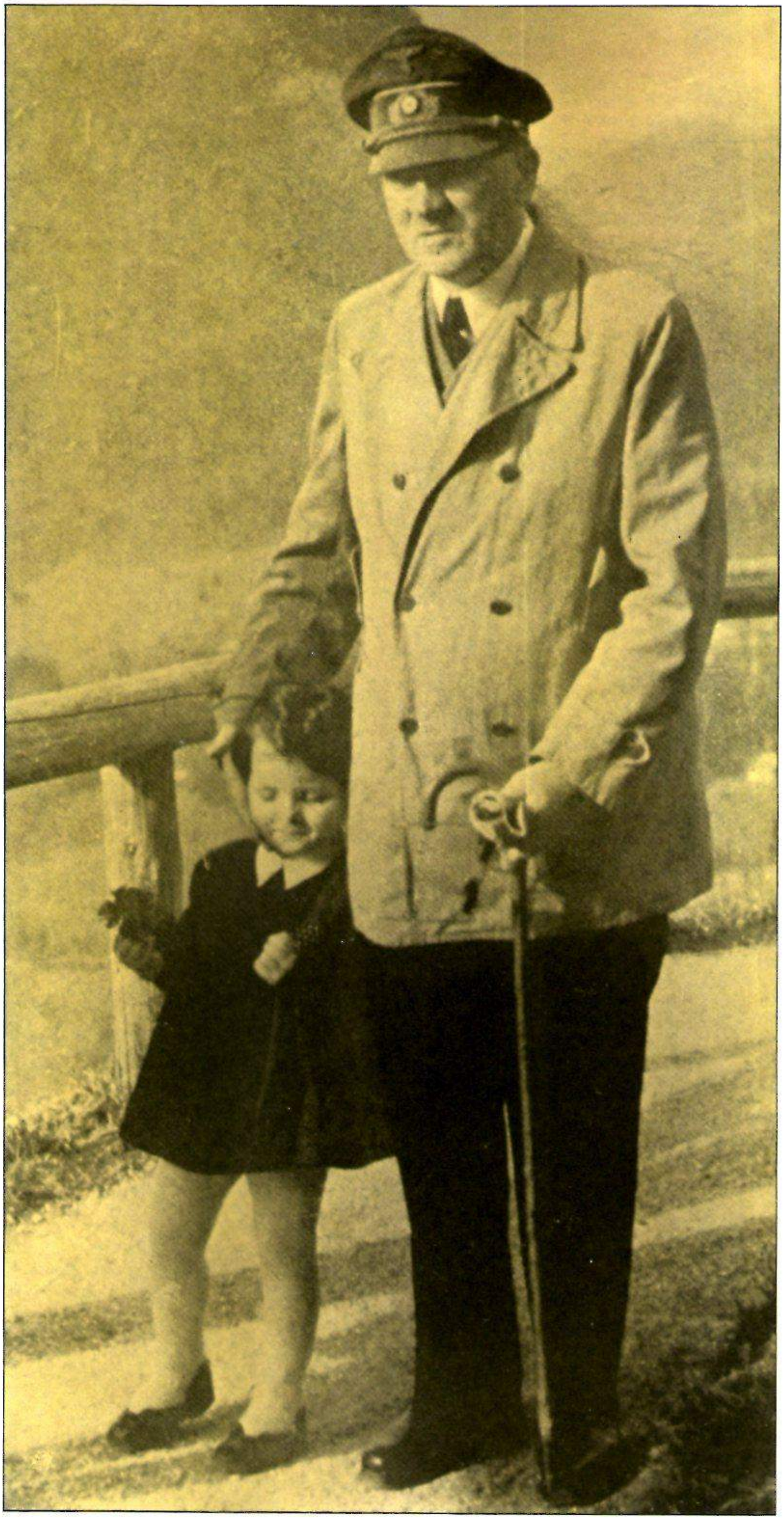
Efectivamente, Hitler conocía tan bien como los médicos sus propios medicamentos, enfermedades y defectos psíquicos... De ahí el que sobre todo Morell tuviese más aceptación ante él: el médico tenía una flaca memoria, mientras que la de Hitler era excelente. Morell no se encontraba en condiciones de poder dar respuesta inmediata y completa a las preguntas de su *Führer.* Esto había hecho desconfiar a Hitler en repetidas ocasiones. Así, por ejemplo, a veces éste sólo aceptaba utilizar determinados productos farmacéuticos cuando sabía perfectamente qué efecto producían. La secretaria de Hitler, Christa Schröder, relata un episodio que refleja muy bien esta curiosa relación entre médico y paciente: «Un día exclamó Morell: '...Mi *Führer,* he asumido la responsabilidad de velar por su salud. ¿Y si le ocurriera algo ahora?' Reacción de Hitler: le penetró con su inquietante mirada, en la que parecía brillar un fuego del infierno. Luego, subrayando cada palabra, recreándose en cada sílaba con un placer macabro, le respondió: 'Morell, si me ocurriera algo, su vida habría dejado de tener interés para mí'».

Mas a pesar de todo Hitler siguió convencido de que Morell era el único que podía decidir sobre su salud. Le concedió una posición brillante, lo convirtió en hombre influyente, le pagó como a un príncipe y le apoyó hasta tal punto que el médico se hizo dueño de su propia fábrica de productos farmacéuticos. Desde que murió su gran amor, su sobrina Angela Raubal, llamada «Geli», Hitler no había probado ni la carne ni el embutido. Una consecuencia de la dieta que se impuso a sí mismo era el persistente flato que le aquejaba.

Cuando se le indicaba que su estado de salud reflejaba también insuficiencias de albúmina, contestaba que, a pesar de sus enfermedades, debía a su dietética su increíble capacidad física y psíquica.

Por lo menos uno de sus médicos era de una opinión completamente distinta. En noviembre de 1945 el doctor Erwin Giesing, el ya citado especialista otorrinolaringólogo de Hitler, redactó un informe clínico en el que reseñaba estas particularidades alimentarias:

«Si Hitler, pese a su dieta puramente vegetariana, se encuentra en una forma física y psíquica relativamente buena, esto no pasa de ser una excepción y casi un fenómeno... Antes de la toma del poder debió de ser, con todo, mucho más capaz. Según han dicho von Schaub y Linge, Hitler comía fre-



Fotos como ésta, lograda por el fotógrafo particular del dictador, Heinrich Hoffmann, desaparecieron en los archivos sin trascender. Hitler, enfermo, una pura sombra de sí mismo.

cuentemente carne de cerdo hasta 1932 y se desayunaba con alimentos ricos en albúminas todos los días».
En cualquier caso la salud de Hitler fue decreciendo rápidamente desde el incidente del 1 de octubre de 1944. Cuando el profesor von Eicken, que le había operado una vez en 1935, le visitó en diciembre de 1944, durante la campaña de las Ardenas, en el cuartel general «Nido de águilas», le llamó la atención lo que sigue:
– Hitler solamente puede mantenerse en pie recurriendo a todas sus fuerzas. Tiene la espalda encorvada y se inclina hacia un lado.
– Su rostro tiene un color ceniciento y se mueve con gran fatiga, arrastrándose.
– Tiembla toda la mitad izquierda de su cuerpo.

Dolor punzante

Tan sólo su prodigiosa memoria permaneció siempre intacta y no le desamparó. Cuando deseaba sentarse, era necesario colocarle la silla debajo, porque él no podía deslizarla. Todos los documentos que se le presentaban tenían que ir mecanografiados con una máquina construida especialmente para él, la «máquina del *Führer*», cuyos tipos medían más de un centímetro. Mirar directamente hacia la luz le ocasionaba grandes dolores.
Ya desde febrero de 1944 lamentaba Hitler con insistencia que su ojo derecho se viera mermado repentinamente en sus facultades. Sufría en él un dolor punzante, y desde entonces, durante dos semanas, sentía como si tuviera un velo delante.
Morell llamó al oculista, doctor Walter Löhlein, al cuartel general del *Führer*. El médico certificó la existencia de un punto de sangre en el cristalino y un sensible oscurecimiento del ojo. Al tiempo comprobó que el órgano no sufría ninguna alteración patológica profunda. Löhlein recomendó la aplicación de radiaciones y, en una detallada exposición a Morell, le recomendó que hiciese lo posible para proteger a Hitler de todo tipo de emoción, que limitase drásticamente el consumo de tranquilizantes y que sugiriese al *Führer* la conveniencia de leer algo amable antes de acostarse. Todos estos consejos eran ya inaplicables a la vista de la situación del frente.
En efecto, Hitler, a partir de mediados de febrero de 1944, vio durante varias semanas realmente mal, pero no parece exacto el que estuviera prácticamente ciego del ojo derecho, como dicen algunos historiadores, entre ellos David Irving. El profesor Löhlein le prescribió unas nuevas gafas con una graduación normal para la edad del paciente. Para no verse obligado a llevar siempre gafas el *Führer* se servia de una enorme lupa, que se hizo famosa, con la cual podía leer tarjetas, textos y un gran número de recortes que se le presentaban.
Las lesiones transitorias en el cristalino del ojo derecho tuvieron secuelas en el plano psíquico. La desconfianza de Hitler, faceta importante en su personalidad, adquirió entonces caracteres alarmantes.
A todas luces afectado por una gran inseguridad interior, sorprendía desagradablemente a sus más inmediatos servidores y a visitantes diplomáticos con acusaciones infundadas, totalmente artificiosas, y con un sinfín de accesos de rabia. Por esa misma época se observó en él una excitación neurótica que iba en aumento. Esta enfermedad hacía que Hitler se mostrase cada vez más claramente como un individuo incontrolable a efectos de crítica, por encima de cualquier margen razonable. El consejo clínico-diplomático de Löhlein al despedirse de Morell trascendía cualquier retórica cortés: recomendó, sin más, que se tuviese cuidado con Hitler, por motivos psicológicos.
Desde febrero de 1945 Hitler no era más que una ruina física y psíquica. Los estimulantes le convirtieron durante las últimas semanas en un ser que pasaba alternativamente del desfallecimiento a la euforia, del agotamiento a la fantasía más irreal. Todavía por una vez probaría el efecto del «Vitamultin», un producto de Morell que contenía una gran dosis de Pervitin y cafeína, pero este compuesto no le llegó a matar. Hitler moriría por su propia mano el 30 de abril de 1945, diez días después de haber cumplido 56 años. La muerte se produjo por un disparo.
Poco antes de su suicidio volvieron a tomar cuerpo antiguos rumores según los cuales Hitler padecía la incurable enfermedad de Parkinson. A esta conclusión llegó también el director de la clínica de enfermedades nerviosas de la Universidad de Berlín, –«Charité»–, profesor Max de Crinis, tras analizar numerosas fotos de Hitler y secuencias de los noticiarios filmados. Que no hubiese tratado jamás personalmente a Hitler y que nunca lo hubiera visto no es problema para quienes piensan así. Por su parte, Heinrich Himmler, jefe de las SS del Reich, dejó traslucir algo de ello. De Crinis era amigo de Walter Schellenberg, jefe del Servicio de Seguridad (SD), que planeaba con Himmler la negociación de una paz especial con los Aliados occidentales desde agosto de 1944. Himmler esperaba que se produjese una oportunidad para obligar a Hitler a que dimitiera, y estaba incluso dispuesto a detenerlo o a matarlo. Sin embargo, sus planes no se realizaron y no sólo porque los Aliados occidentales rechazaron cualquier posibilidad de paz con condiciones.

Se repite la neurosis espasmódica de 1923

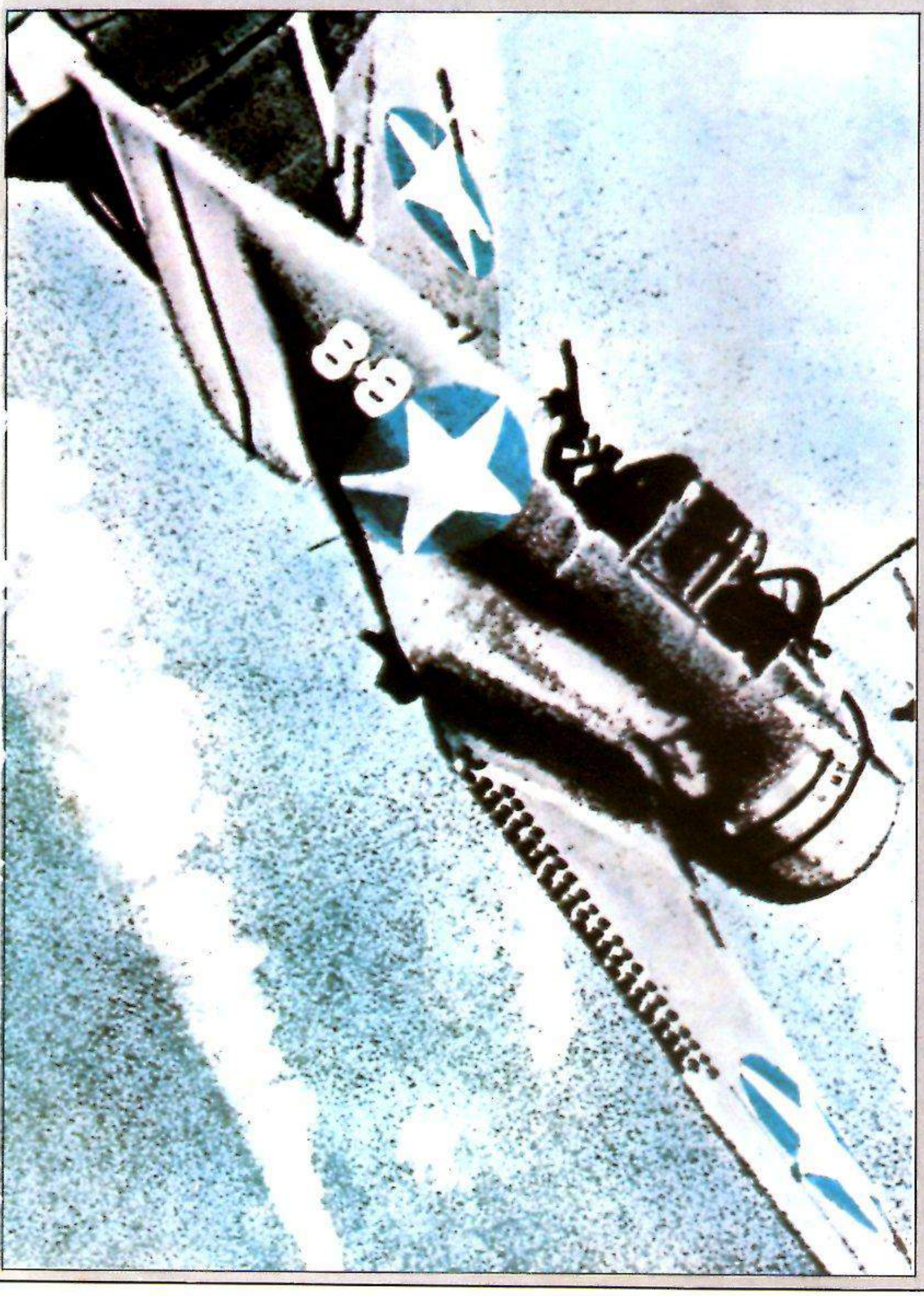
Efectivamente, Hitler mostraba desde la derrota de Stalingrado unos síntomas que encajan perfectamente con los de la enfermedad de Parkinson:
– caminaba arrastrándose,
– avanzaba inclinándose hacia delante,
– su postura, muy encorvada, era la de un anciano,
– su rostro se volvió completamente inexpresivo.
También la rigidez en sus hábitos, en la expresión de pensamientos y la trayectoria de su escritura, así como las deficiencias en el habla eran síntomas a tener en cuenta.
Sin embargo esta impresión engañaba. El examen de otros análisis médicos revela que Hitler no padeció la enfermedad de Parkinson. Su mal era más bien una neurosis espasmódica que se manifestaba en temblores continuos. Ya la había padecido anteriormente, tras el intento de golpe de estado de noviembre de 1923, ante el Feldherrnhalle de Munich. Los autorreproches de ser culpable de la muerte de 20 personas, de haber puesto en entredicho la existencia del partido nazi y la furia de haber fracasado en su acción contra el Estado fueron factores que no pasaron por él sin calar hondo. Su brazo y su pierna izquierda comenzaron a temblar. Apenas podía mover el antebrazo izquierdo. Andando el tiempo volvería a quedar dominado por este mal.
Veinte años después, una nueva situación difícil provocó el mismo fenómeno. Desde finales de 1942 Hitler sabía de sobra que había perdido la guerra. Sin duda asumió personalmente la derrota de Stalingrado. Precisamente después de esta catástrofe fue cuando empezó otra vez a temblar de manera convulsiva. Esta neurosis espasmódica se observó de un modo especial entre los soldados americanos que luchaban en los frentes de la primera Guerra Mundial. La enfermedad recibió por ello el nombre común de «temblor de guerra» y no era otra cosa que una reacción primitiva del instinto de conservación. Así como la neurosis espasmódica desapareció entre los soldados cuando su existencia dejó de estar amenazada, del mismo modo en el caso de Hitler dejó de manifestarse a partir de 1923 en la medida en que desaparecieron las amenazas contra su persona y el partido y fue encumbrado al mando supremo.
Pero ésta no era ya la situación tras 1942-1943. Ya no habia posibilidad alguna de encumbramiento. Hitler sabia que había perdido la guerra y, si él no se atrevía a confesarlo, su cuerpo sí lo proclamaba abiertamente. □

MIDWAY

Pacífico III

EL OCASO DEL DOMINIO NAVAL JAPONES

Wolf Heckmann



Para el vicealmirante Chuichi Nagumo sólo mediaron cinco minutos entre la victoria y la derrota. A las 10,25 de la mañana del 4 de junio de 1942 se encontraba con su escuadra, compuesta de 2 acorazados, 4 portaaviones y 14 cruceros y destructores al norte de la isla americana de Midway, en el Pacífico. A su alrededor se hundían restos de aviones con la estrella blanca de los EE UU. En las últimas horas sus cazas y piezas de artillería habían derribado 52 de los 78 aparatos norteamericanos atacantes, sin que ninguno de sus buques sufriera el menor rasguño. 69 bombarderos en picado, 80 torpederos y 60 cazas se aprovisionaban de munición y carburante en los portaaviones en ese momento para emprender un nuevo ataque. Al noroeste navegaba el almirante Yamamoto con las verdaderas fortalezas flotantes del poderío japonés; mientras al oeste 25 cruceros y destructores bajo el mando del vicealmirante Kondo transportaban las tropas que debían llevar a cabo la invasión de las islas coralíferas. El rígido hombrecillo con la profunda arruga desde la nariz a la comisura de los labios estaba a punto de hacer saltar el centro del poderío americano en el Pacífico oriental: situadas a 1130 millas (2000 km) de Honolulú, las islas Midway son el atolón occidental del archipiélago de Hawai; en el caso de triunfar aquí, el próximo golpe de las fuerzas imperiales japonesas podría dirigirse contra la principal base americana en el Pacífico. La ruta marítima entre los EE UU, Australia y Nueva Zelanda estaría en peligro y no podría excluirse, desde ese momento, la posibilidad de un ataque contra la costa de California.
Con la exaltación del combate, los japoneses observaban desde sus buques cómo intentaban salvarse los torpederos americanos supervivientes volando casi a ras de las aguas. Pero más rápidos y superiores, los *Zeros* del almirante Nagumo seguían sus evoluciones. Cada vez que sonaba la detonación característica de las baterías de a bordo corrían los hombres a contemplar el éxito de las armas niponas.
Por eso no prestaron atención al fragor que se aproximaba por el cielo. Mientras desde arriba contemplaba los buques japoneses a través de un pequeño espacio limpio de nubes, el capitán de corbeta de la Aviación naval americana Clarence McClusky ordenaba en ese instante: «¡Listos, muchachos! ¡A ellos!» E inmediatamente él

Bombardero en picado «Dauntless». En cinco minutos, las escuadrillas norteamericanas con este tipo de aparatos echaron a pique 3 portaaviones japoneses.

mismo colocó en posición su bombardero tipo *Dauntless.*

Los motores de los 54 bombarderos en picado, sonaron aún más claramente.

Eran las 10,25. Cinco minutos después la Marina imperial japonesa había sufrido la primera gran derrota desde el siglo XVI, derrota que cambiaría el curso de la guerra en el Pacífico.

Japón recibió el golpe en el punto culminante de una serie ininterrumpida de éxitos. En el plazo de seis meses las tropas del Tenno habían recorrido miles de kilómetros hacia el oeste y el sur; habían ocupado la Indochina francesa (Vietnam) y el Siam Libre (Tailandia), expulsado a los ingleses de una gran parte de Birmania y amenazaban a la India desde Akyab, en el golfo de Bengala. Desde la península de Malaya se habían abierto paso por la espalda hasta la plaza fuerte marítima de Singapur y progresado por todas las Indias holandesas (Indonesia) hasta la costa de Australia. Habían puesto en fuga a los americanos en Filipinas y a los británicos en el archipiélago de Gilbert y en gran parte de Nueva Guinea.

Los invasores parecían incontenibles y ofrecían un innegable paralelo con el desarrollo de la guerra en Europa: tan fáciles eran sus éxitos ante la falta de preparación de los Aliados. Pese a que antes de la guerra consideraron la conveniencia de que llegados a esta situación sería oportuno ahorrar fuerzas para la defensa, los invasores no desaprovecharon la ocasión de redondear el territorio ocupado intentando establecer posiciones aquí y allá.

Así, en Port Moresby, el puerto de la costa sur de Nueva Guinea, frente a Australia. Así, en las Aleutianas, una especie de puesto científico en Alaska, pero al mismo tiempo un dedo amenazador apuntando al nordeste del imperio japonés. Y entre estas posiciones Midway. Ya el ataque a Port Moresby, efectuado entre el 7 y 8 de mayo de 1942, demostró que no se podía seguir jugando con los americanos como hasta entonces. También la Marina norteamericana había caído ya en la cuenta de que los portaaviones no eran ningún pesado lastre para una escuadra, sino un arma decisiva en las batallas navales. Como consecuencia de ello los EE UU alinearon a sus portaaviones *Yorktown* y *Lexington* en la batalla de Port Moresby y del mar del Coral. Cierto que los americanos sufrieron grandes pérdidas y tuvieron que abandonar el *Lexington,* pero impidieron el desembarco en el puerto, hundieron el portaaviones *Shoho* y alcanzaron tan gravemente a otros dos –*Shokaku* y *Zuikaku*– que no pudieron participar en la operación «Aleutianas-Midway».

El plan japonés era el siguiente: mientras una pequeña fuerza bajo el mando del vicealmirante Hosogaya ocupaba las apenas defendidas islas Attu e Hiska, del grupo de las Aleutianas, el grueso de las tropas debía matar dos pájaros de un tiro mediante la realización del plan Midway: conquistar la isla y aniquilar la flota americana del Pacífico. Las fuerzas para la operación Midway fueron divididas en tres grupos: el primero en establecer contacto con el enemigo debía ser la Escuadra del almirante Nagumo, quien se encargaría de vencer su resistencia, sobre todo en la isla, con sus 4 portaaviones, 2 acorazados, 2 cruceros pesados y 12 destructores.

Le apoyarían los grupos de desembarco del vicealmirante Kondo con sus poderosas unidades de protección: un portaaviones ligero, una escuadrilla de bombarderos, abundantes embarcaciones especiales y transportes de tropas.

Un plan con errores

Un poco más rezagado navegaba, sin mantener el menor contacto por radio con la escuadra, el grueso de la flota japonesa, bajo el mando personal de su jefe Yamamoto, integrada por 7 acorazados, entre ellos el buque insignia *Yamato,* de 73.000 toneladas, dispuesto a infligir a los americanos el golpe de gracia. Con objeto de atraer la atención de los buques enemigos y de debilitar en lo posible su marcha, hacía 5 días que tres submarinos nipones se movían entre Hawai y Midway.

El plan, aparentemente perfecto, contenía algunos errores de bulto, entre los que no era el mayor el fraccionamiento de las fuerzas a lo largo de las 1500 millas que separaban los objetivos de la operación Aleutianas: sólo para poder bombardear el fuerte de Dutch Harbor, objetivo secundario, se desplazaron dos portaaviones al lugar indicado. El error decisivo residió en que tan inútil fue el silencio guardado por Yamamoto como el aviso de los submarinos de que la mayor parte de la flota americana del Pacífico había tomado posiciones al nordeste de Midway, debido a que el plan japonés era conocido: no en balde hacía tiempo que los norteamericanos poseían la clave nipona y podían descifrar sus comunicados. Esto permitió a los escuchas estadounidenses de Hawai, con la ayuda de poderosas antenas, poder ofrecer al mando naval los partes japoneses más interesantes. Allí residía desde 1942 el almirante Nimitz, de 57 años de edad, un veterano héroe de submarinos de la I Guerra Mundial.

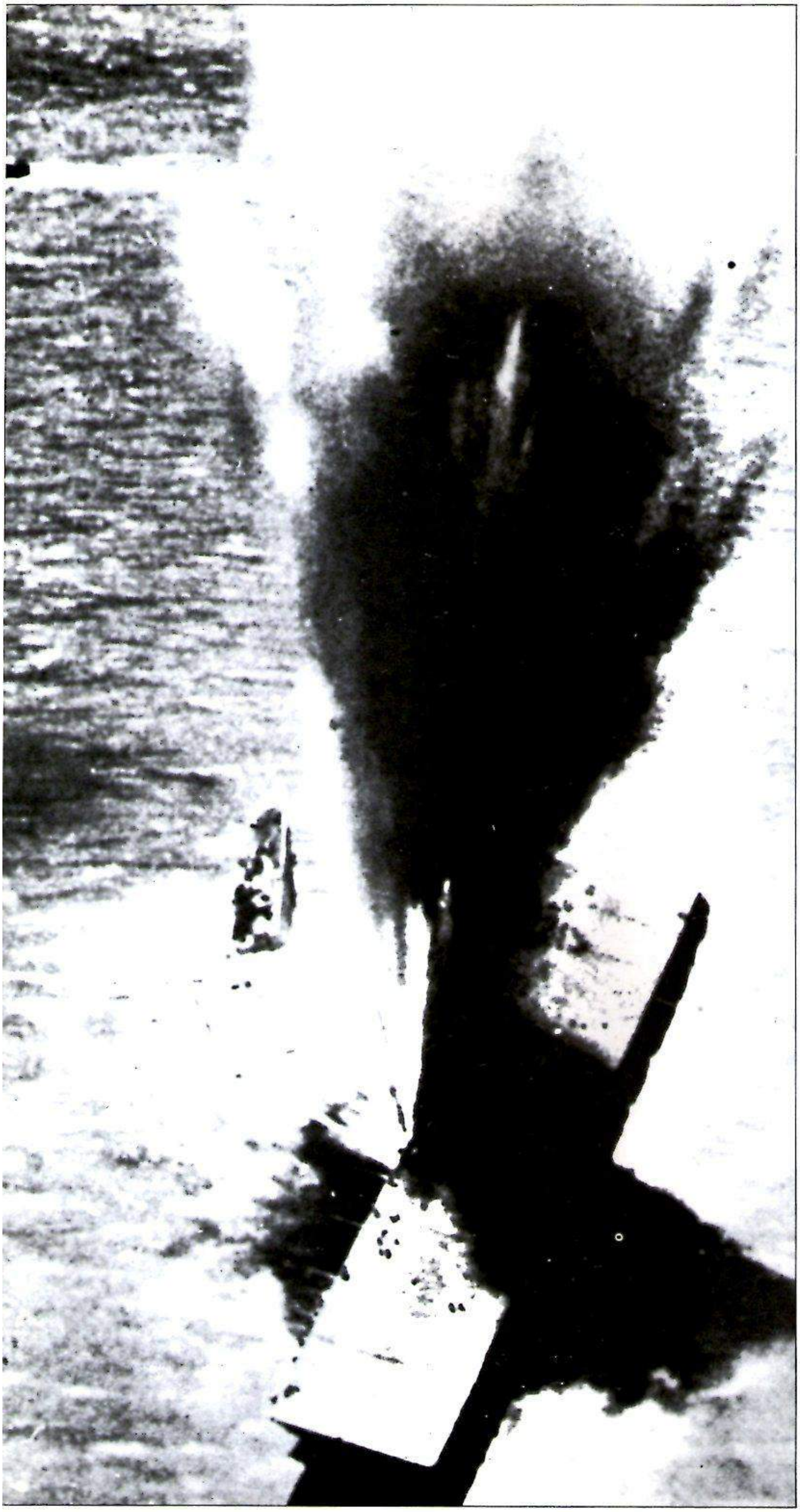
Inmediatamente después de la batalla del mar del Coral pareció claro que el grueso de la flota japonesa reunida en sus aguas territoriales preparaba una gran operación. Por radio hablaban siempre de un «objeto», meta del próximo ataque. Quedaba por averiguar el nombre del «objeto» en cuestión. Uno de los oficiales de transmisiones, el capitán de fragata Rochefort, tuvo una gran idea. Por sugerencia suya se ordenó por medio de cables secretos a las centrales administrativas de los posibles «objetos» de la zona, que se refirieran abierta y repetidamente por radio a una dificultad interior, diferente para cada una de ellas. Por ejemplo, el centro de Midway dio a conocer por las ondas que se enfrentaba a grandes dificultades en sus instalaciones de destilación del agua del mar. Hecho esto los escuchas de Hawai se dedicaron a seguir cuidadosamente las comunicaciones japonesas. Dos días después, el 15 de mayo, se pudo descifrar una nota nipona en la que se hacía alusión a las dificultades en el abastecimiento de agua por las que atravesaba el «objeto». Poco tiempo después los confiados japoneses descubrían que iban a realizar una maniobra de distracción atacando a las Aleutianas occidentales.

El almirante Nimitz no tenía la menor posibilidad de organizar una flota parecida a cualquiera de los tres grupos de la Flota imperial japonesa, sobre todo en lo que se refería a portaaviones y teniendo en cuenta que el ataque se anunciaba para primeros de junio. Pese a todo no dudó un solo momento. Los portaaviones *Hornet* y *Enterprise,* que se encontraban en el sur del Pacífico, recibieron orden de regresar y llegaron a Pearl Harbor el 26 de mayo. Al día siguiente entraba remolcado en el puerto el averiado *Yorktown.* Los especialistas sentenciaron que las reparaciones durarían por lo menos tres meses. El almirante puso el grito en el cielo.

Pidió que se apelara al patriotismo de los trabajadores de los astilleros, que se les recordara el ataque japonés del 7 de diciembre, que se les pagara doble o triple las horas extraordinarias, todo con tal de que el portaaviones estuviera listo mucho antes.

El recuerdo del 7 de diciembre fue suficiente. Los obreros trabajaron sin descanso, moldeando y fundiendo ellos mismos las piezas necesarias, para ganar tiempo. Dos mil obreros trabajaron como locos y a las 48 horas el *Yorktown* podía mantenerse a flote. Tras una noche más de febril actividad pudo levar anclas el 30 de mayo a las nueve de la mañana con rumbo noroeste. Las escoltas respectivas tampoco resistían

El éxito de las bombas niponas al hundir el «Yorktown» no pudo cambiar la suerte de la batalla. En ese momento los japoneses habían perdido ya tres portaaviones.

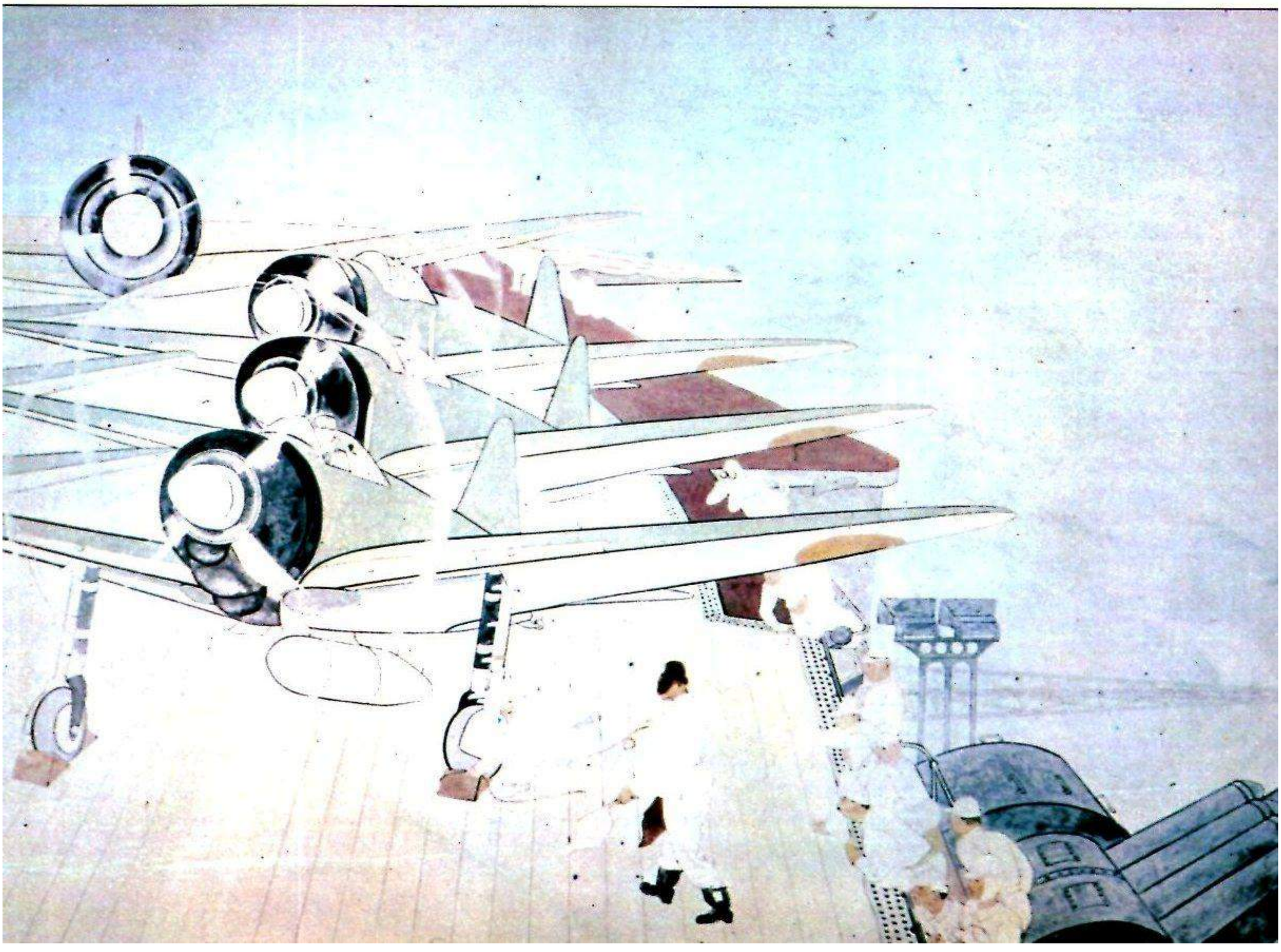


la comparación con las japonesas: con el *Yorktown* navegaban 2 cruceros pesados y 6 destructores y con el *Enterprise* y el *Hornet* 5 cruceros pesados, 1 crucero ligero con baterías antiaéreas y 9 destructores. Los dos buques cisterna iban protegidos por otros dos destructores. Una escuadra aún más débil, sin portaaviones, fue enviada a las Aleutianas.

Los submarinos mantenían el contacto con la armada japonesa. Sus noticias fueron recibidas también en el buque insignia nipón e intranquilizaron al almirante Yamamoto, pero a diferencia de sus enemigos, sus escuchas no podían descifrar las transmisiones de los americanos. Un día antes se percató de que había aumentado considerablemente la transmisión de noticias entre las emisoras de los puestos norteamericanos: 72 comunicados fueron transmitidos como «urgentes», única palabra no cifrada. Yamamoto no podía, sin embargo, avisar a Nagumo, que navegaba muy lejos de él a bordo de su buque insignia *Akagi* y que no disponía de medios técnicos para escuchar las emisoras enemigas, porque de acuerdo con las instrucciones la única posibilidad de sorprender al adversario era observar completo silencio entre las distintas unidades.

El archipiélago de las Midway es uno de los más diminutos del Pacífico: dos pequeñas islas, de dos y tres kilómetros de longitud junto a unos arrecifes de coral. El largo de una de ellas fue aprovechado casi totalmente para montar una pista que permitiera despegar y aterrizar a los 15 aparatos *B 17* que el almirante Nimitz había mandado trasladar allí. Además se encontraban en ella 3000 infantes de marina, 27 anticuados aparatos de caza, 10 aviones torpederos, 27 bombarderos y 32 hidroaviones. El calibre mayor de la escasa artillería era de 170 mm. Cuando al amanecer del 4 de junio, a 250 millas de distancia el vicealmirante Nagumo ordenó preparar las plataformas de despegue seguía creyendo que tendría que habérselas exclusivamente con esta escasa guarnición. Como primera oleada se dispusieron 36 bombarderos horizontales, 36 de vuelo en picado y 36 cazas, que pronto volaron en dirección a las Midway.

Inmediatamente se preparó la segunda oleada con 93 aviones de combate, la mayor parte de los cuales se encontraban dotados de torpedos y especialmente dispuestos para la lucha contra objetivos navales. Nagumo no deseaba correr ningún riesgo: en el caso de que se encontraran unidades navales americanas en las cercanías debían ser destruidas desde el aire. Con objeto de saber a qué atenerse dispuso que los aviones de reconocimiento que se encontraban en los cruceros y acorazados



despegaran a las 4,30 para cumplir con su misión.
Los aparatos debían reconocer una zona de 800 km, que fue repartida proporcionalmente entre ellos. El sector en que se encontraban los buques americanos correspondió al avión del crucero *Tone*. Y precisamente este aparato fue el único que no pudo despegar a la hora indicada debido a un defecto de su catapulta. Los mecánicos se pusieron al trabajo y no tardaron mucho en reparar la avería. Como el retraso fue mínimo y además era indudable que el vicealmirante tendría mil cosas en la cabeza no se le quiso molestar con este nimio detalle.

Sorpresa desagradable

Mientras tanto empezaron a llegar al puente de mando de Nagumo los primeros partes sobre el ataque aéreo a las islas: no eran del todo satisfactorios. En las Midway se encontraban los pilotos a bordo de sus cazas y los artilleros al pie de sus cañones antiaéreos cuando el radar anunció a las 5,53 la presencia de las escuadrillas de Nagumo. Los 27 *Buffalos* y *Wildcats* bajo el mando del capitán Parks se elevaron inmediatamente a 5000 metros, pero ya antes de ganar la altitud deseada se vieron atacados por los veloces *Zeros*. Fueron derribados 17 aparatos americanos. De los 10 que regresaron a su base 8 no podrían volver a emprender vuelo por el momento. Pero el fuego concentrado de las baterías antiaéreas constituyó una sorpresa desagradable para los japoneses. La mayor parte de las bombas no causaron daños de consideración, aunque resultó alcanzado un depósito de combustible y destruido el hospital, las instalaciones defensivas quedaron intactas, sobre todo la improvisada pista de aviación.
Al regresar las escuadrillas japonesas –seis aviones perdidos, 30 gravemente averiados– el comandante Joichi Tomonaga transmitió a Nagumo por radio el siguiente parte: «Es necesario un segundo ataque». Eran las 7 de la mañana.
Para esa hora el vicealmirante estaba completamente convencido de que no se hallaba en la zona ninguna unidad de la Flota estadounidense. Los aparatos de reconocimiento tenían que encontrarse ya de regreso y debían haber comunicado la novedad, si es que la había. Todos los partes eran negativos. Nagumo seguía ignorando que el avión del *Tone* había despegado más tarde y llevaba un retraso de 45 minutos con relación a los otros.
Nagumo reaccionó sin dudarlo un momento: «¡Aviones a cubierto y preparar las baterías!» ¿Para qué iba a seguir utilizando la aviación si no se encontraba ningún buque enemigo a la vista? Lo que había que hacer era cañonear intensamente. Todavía no se habían retirado del todo los *Vals* cuando fue puesta en alarma sobre cubierta una reserva de *Zeros* y los artilleros corrieron a sus piezas antiaéreas: ¡Aviones enemigos!
Las fuerzas aéreas de las Midway atacaban. Por motivos desconocidos, en vez de hacerlo de manera concentrada lo hacían dispersos y por distintos lados. El resultado fue un baño de sangre. Debido a las buenas condiciones atmosféricas la primera escuadrilla formada por 6 aviones torpederos *Avenger* fue descubierta a una distancia de 40 km. Antes de que pudieran soltar sus proyectiles fueron derribados 5 de ellos. El sexto salió tocado en las alas. Con el artillero muerto sujeto por el cinturón al pie de la ametralladora, el piloto pudo posarse sobre el agua en las cercanías de la costa de Midway. Cuatro bimotores *B 26 Marauder*, transformados en torpederos, fueron destrozados por el fuego concentrado de los antiaéreos de los cruceros y destructores. Un piloto gritó por su aparato emisor: «¡Oh, madre si me pudieras ver ahora...!» Fue interrumpido por una tremenda detonación: acababan de estallar en pleno vuelo dos *Marauder;* los otros dos pudieron regresar llenos de orificios por todas partes. En uno de ellos se contaron 500 impactos. Media hora después aparecieron entre las nubes 16 aparatos bombarderos en picado tipo *Dauntless*. La mitad fueron derribados. 11 bombarderos en picado atacaron los acorazados *Haruna* y *Kirishima*, sin conseguir alcanzarlos. Y de nuevo comenzó a vibrar el aire con una formación de 15 fortalezas volantes. Como bandada de avispas zumbaban en lo alto los motores de los *Zeros*. A los cazas japoneses los recibió una lluvia de balas lanzadas desde las torres de los colosos, que acabó con ellos. Sin impedimento alguno los *B 17* prosiguieron su vuelo y comenzaron a soltar la carga.
Las bombas explotaron en medio de la formación japonesa, produciendo grandes columnas de agua entre las que desaparecieron los barcos nipones. A bordo de los bombarderos, pilotos y tiradores se cruzaron alegremente felicitaciones, llenos de entusiasmo. El teniente coronel Sweeney estaba completamente convencido de haber causado daños importantes pero, tras mirar a su alrededor pasado el momento de confusión, el vicealmirante Nagumo pudo anotar en su diario: «¡Ningún impacto!»
Entretanto había regresado el avión de reconocimiento del *Tone* y comunicó la existencia de una escuadra norteamericana, formada por unos 12 buques, en la zona que había sobrevolado. Debido al ataque aéreo, Nagumo no recibió la noticia hasta las 7,45.
Rápidamente Nagumo inquirió por radio detalles sobre el tipo de buques. Al mismo tiempo ordenó que se suspendiera la retirada de los aviones torpederos hasta que se conociera si en la escuadra americana figuraba un portaaviones. A las 8,05 recibió la respuesta de que se trataba de 5 cruceros y 5 destructores. Casi en ese mismo momento comenzaron a regresar los aviones que habían efectuado el bombardeo de las Midway. Los cazas que habían defendido a la escuadra durante el ataque aéreo tampoco podían seguir en el aire. Nagumo ordenó despejar la cubierta de los 4 portaaviones –*Akagi, Hiryu, Soryu* y *Kaga*– para que pudieran aterrizar los aparatos. Y pese a que el contraalmirante Tamon Yamaguchi cablegrafió al buque insignia que «recomendaba un inmediato ataque contra los buques enemigos», Nagumo tomó otra decisión. Puesto que no figuraba ningún portaaviones en la escuadra enemiga, creyó disponer de tiempo para que se abastecieran de carburante y munición los aviones que estaban aterrizando, para después, con toda su fuerza, asestar el golpe definitivo al adversario.

«Portaaviones a la vista»

Cuando los primeros aparatos empezaban a desaparecer en los montacargas llegó la tercera noticia del avión de reconocimiento: «Otros dos cruceros pesados y un portaaviones a la vista.»
Los surcos en el rostro de Nagumo se hicieron más profundos, pero ya era tarde para enmendar sus órdenes. Bombarderos y torpederos se encontraban inhabilitados durante algunas horas. Únicamente los cazas estaban ya dispuestos para emprender el vuelo.
Dos horas antes, a unos 350 km de distancia al norte, se había tomado una decisión importante. Los aviones de reconocimiento estadounidense habían dado la noticia sobre la situación de la escuadra de Nagumo. El *Yorktown*, el *Enterprise* y el *Hornet* navegaban a toda máquina a su encuentro. El enemigo se encontraba aún en el límite del radio de acción de sus aviones y el almirante Spruance dudaba en dar la orden de ataque.
Por fortuna había conservado junto a él al jefe de Estado Mayor de su antecesor Halsey, enfermo en aquellos momentos: el capitán Miles Browning, conocido en la marina por su pericia y

Dos cuadros sobre la guerra aeronaval en el Pacífico. «Batalla en el aire», del americano Tom Lea (arriba), y «Despedida sobre el portaaviones», del japonés Shuri Aral.

sentido de la oportunidad. Browning había aprovechado los partes sobre el ataque aéreo a las Midway para realizar unos cuantos cálculos que expuso a su almirante con la fuerza que afianzaba su prestigio: «Dentro de unas dos horas los japoneses tendrán las cubiertas de sus buques llenas de aviones imposibilitados de volar durante un tiempo, debido a que no tienen más remedio que recibir a bordo a los que regresan después de haber realizado el ataque. Es nuestro mejor momento para responder y no debemos perder un minuto.» Eran unos minutos antes de las siete. Poco después empezaron a moverse los montacargas y catapultas. Sobre la cubierta del *Hornet,* el comandante Waldron, jefe de una escuadrilla de 20 aparatos torpederos del tipo *Devastator,* tendió la mano a su superior Marc Mitscher al tiempo que le decía «Sé que vamos a morir todos y que este buque no lo volveremos a ver pero, en cualquier caso, puede usted contar conmigo, señor». Y montó en su aparato. Además de su escuadrilla emprendieron el vuelo 60 cazas *Wildcat,* y 70 bombarderos *Dauntless,* seguidos por 10 cazas, 12 torpederos y 17 bombarderos en picado del *Yorktown.* Mientras los aviones estadounidenses volaban con curso sudoeste, los aparatos japoneses habían aterrizado y, a las 9,17, el vicealmirante Nagumo daba órdenes de navegar con rumbo norte, alejándose de las Midway y aproximándose al punto en que suponía a los buques enemigos. Debido a ello los pilotos americanos no le encontraron en el lugar previsto. La confusión se vio incrementada por otro contratiempo: a causa del prolongado vuelo que tenían que realizar, los primeros aparatos que despegaron no debían aguardar al resto, con objeto de que no tuvieran dificultades de carburante. De esta manera cada cual se puso a buscar en una dirección distinta. 35 bombarderos en picado y 10 cazas del *Hornet* volaron hacia el sur y al fin tuvieron que aterrizar en las Midway para repostar. El primero en descubrir al enemigo fue el comandante Waldron. Pese a que tampoco él disponía ya de carburante para el regreso, y de que su escolta de cazas se había dirigido equivocadamente hacia el sur, dio la orden de atacar. De los portaaviones japoneses empezaron a despegar los *Zeros.* El teniente George H. Gay sería el único superviviente de la escuadrilla de Waldron.

Los pilotos de los cazas del *Enterprise* habían acordado con el comandante de la escuadrilla de torpederos que volarían un poco retrasados y por encima de ellos para caer sobre los japoneses en cuanto recibieran la señal. Erróneamente se añadieron a la escuadrilla del *Hornet* y esperaron inútilmente la señal para atacar. Mientras tanto los torpederos atacaban al *Kaga.* La defensa de los *Zeros* de este portaaviones era tan nutrida que al decir de un superviviente «parecían mosquitos alrededor de un cubo de basura».

Cinco minutos entre victoria y derrota

10 de los 14 áviones atacantes fueron a caer al mar. En el ataque contra el *Soryu* los americanos perdieron 12 de los 13 aviones del *Yorktown.* En total, de los 41 torpederos que tomaron parte en la operación se salvaron 6. Los aviones japoneses no sufrieron ni un rasguño. Ni un solo minuto interrumpieron las victoriosas dotaciones la tarea de repostar los aparatos. Había llegado el momento de que el enemigo, al parecer ya sin fuerzas, experimentara el azote de los bombarderos y torpederos. Uno tras otro se subió a cubierta los aviones. Se empezaron a calentar los motores mientras iban aterrizando los *Zeros* entre el aplauso cerrado de los marineros. Eran las 10,25. En el mástil del *Akagi* se izó la bandera que ordenaba el despegue de la primera oleada. Sobre la cubierta de los portaaviones rugían los motores y rodaban los aparatos.

El grito de «¡bombarderos!» sonó sobre el *Akagi* casi al mismo tiempo en que se escuchaba la explosión de la primera bomba, que sacudió todo el buque. La bomba cayó sobre la cubierta, al lado de la catapulta, cuyos escombros se precipitaron sobre el techo del hangar, produciendo una gran llama que se elevó rápidamente. Nadie había tenido tiempo de cerrar la conducción de gasolina. Hombres en llamas empezaron a danzar por la cubierta dando gritos estremecedores. Crepitó la santabárbara y empezaron a estallar las propias bombas y torpedos. Las planchas de acero se retorcían como hojarasca. Sin obstáculo alguno, los bombarderos caían una y otra vez sobre los portaaviones: cinco minutos después ardían el *Akagi,* el *Kaga* y el *Soryu.* Sólo el *Hiryu* pudo salvarse, protegido por un banco de nubes. Los bombarderos en picado que tan desprevenido pillaron a Nagumo llegaron a tiempo por verdadera casualidad. El capitán de corbeta McClusky, con su escuadrilla de 37 *Dauntless* del *Enterprise,* al no encontrar al enemigo en el lugar asignado ordenó tomar rumbo hacia el norte. 50 millas más adelante se disponía ya a cambiar nuevamente de curso cuando descubrió un buque enemigo. Era el destructor japonés *Arashi,* que se había entretenido lanzando unas cargas de profundidad contra el submarino *Nautilus* y que trataba de volverse a reunir con el grueso de la escuadra. Su estela fue marcando el camino a los pilotos americanos.

Entre las nubes, McClusky descubrió abajo al *Akagi* y al *Kaga.* Inmediatamente dividió sus fuerzas en dos grupos y dio orden de atacar a los portaaviones. La enorme columna de humo provocada por las explosiones llamó la atención de Maxwell S. Leslie, que con sus 17 bombarderos en picado del *Yorktown* volaba también un tanto errante a la búsqueda del enemigo. Leslie se dedicó al *Soryu* que hasta entonces no había sido molestado. Los bombarderos pudieron regresar sin mayor contratiempo a su portaaviones. El almirante Nagumo pasó del averiado *Akagi* al crucero *Nagara* y ordenó al último portaaviones de que disponía –*Hiryu*– que lanzara sus bombarderos en picado contra el enemigo. La escuadrilla de 18 bombarderos y 6 cazas fue descubierta por el radar del *Yorktown.* A consecuencia de ello, en el momento de atacar los japoneses, los cazas norteamericanos se encontraban ya en el aire y cortados todos los conductos del carburante. Fueron derribados 15 aviones japoneses. Los otros lograron lanzar tres bombas sobre el *Yorktown,* sin averiarlo seriamente. De una segunda oleada de 16 torpederos, los japoneses perdieron 9, y nuevamente dieron dos veces en el blanco del *Yorktown.* Escorado 26 grados a babor, fue abandonado por su dotación, pero no resultó hundido hasta el 7 de junio, cuando se realizaba una operación de salvamento para ponerlo a flote, de resultas de un torpedo lanzado por el submarino nipón *I 168.* Sin embargo, la batalla de Midway, se decidió el 4 de junio. Y una vez más participó McClusky en su fase decisiva. Con 24 bombarderos en picado del *Enterprise,* escoltados por 10 cazas «perdidos» del *Yorktown* surgió frente al *Hiryu* a las cinco de la tarde, exactamente en el instante en que sobre su cubierta repostaban los 16 aviones supervivientes de las operaciones anteriores. Los bombarderos lograron por lo menos cuatro impactos. Y una vez más desataron un infierno de llamas al alcanzar las conducciones del carburante. El último portaaviones fue echado a pique. Mientras en la noche del día 8 se hundían lentamente los restos del *Soryu* y el *Kaga,* Yamamoto ordenó torpedear el *Akagi* y el *Hiryu.*

En la batalla de Midway perdieron los americanos 1 portaaviones, 1 destructor, 150 aviones y 300 hombres. Los japoneses, 4 portaaviones, 1 crucero, 253 aviones y 3500 hombres; es decir, más o menos la mitad de la capacidad de sus portaaviones.

Y esto era lo importante: sin portaaviones no existía la menor posibilidad de desarrollar una guerra en el Pacífico. La iniciativa quedaba en manos norteamericanas. □

CRONICA

POLITICA

CUESTIONES MILITARES

CULTURA Y TECNICA

1944

1. 1.: Hitler se dirige al pueblo alemán en su discurso de Año Nuevo: «El año 1944 aportará duras y difíciles exigencias para todos los alemanes. La guerra se aproximará a su crisis. Confiamos en resistirla con éxito.»

3. 1.: Hitler pasa a la situación de disponible al subsecretario del Ministerio de Justicia del Reich, Dr. Rothenberger, y nombra para sucederle al director general de la Cancillería del partido, Klemm.

10. 1.: Un tribunal especial de Verona condena a muerte a los miembros del Gran Consejo Fascista que el 24-VII-1943 votaron en contra de Mussolini. Cinco de ellos –entre los que se encontraba el yerno de Mussolini, conde Ciano– fueron fusilados el 11-I a las 9 de la mañana.

Ejecutados como «traidores»: el mariscal De Bono (izquierda) y el conde Galeazzo Ciano.

23. 1.: Hitler recibe al primer ministro noruego, Vidkun Quisling, en el cuartel general «Wolfsschanze».

30. 1.: En el XI aniversario de la toma del poder por los nacionalsocialistas, Hitler prefiere permanecer en su cuartel general a tomar parte en una concentración de masas en el Berlín bombardeado. En una alocución transmitida por la radio dedica la mayor parte de sus ataques a Inglaterra: «Sea cual fuere el resultado final de esta guerra, Inglaterra ha perdido para siempre su preponderancia sobre el continente.»

30. 1.: Hitler crea dos nuevas condecoraciones; la «Ehrenblatt-Spange» y la «Bandenkampfabzeichen». En el decreto correspondiente se señala que la «Ehrenblatt-Spange constará de una cruz gamada en medio de una corona de hojas de roble de oro. Se llevará en la cinta correspondiente a la Cruz de Hierro de 1939». El jefe de las SS ha establecido tres clases para la «Bandenkampsabzeichen» que corresponderán a 20, 50 y 100 días de lucha contra las guerrillas.

Enero: La Gestapo desarticula el grupo de la resistencia formado en torno de la viuda del embajador Solf –Hanna Solf– y detiene entre otros, a algunos miembros de los servicios de información del Mando supremo de la «Wehrmacht», entre los que se cuenta el conde von Moltke.

14. 2.: Se unifican los servicios de información y de espionaje. Incluso el «Abwehr» encuadrado en el OKW –Mando supremo de la «Wehrmacht»– pasa a depender de Himmler y, en su nombre, de Kaltenbrunner.

1. 1.: Hitler vaticina a los soldados de la «Wehrmacht» en su orden del día de hoy: «El plutócrata mundo occidental puede intentar un desembarco donde se le ocurra: está condenado al fracaso.»

4. 1.: El mariscal von Manstein se entrevista con Hitler en su cuartel general con objeto de hacerle ver la insostenible situación del frente del Dnieper. Hitler prohíbe el abandono de ese sector así como del de Nikopol, sin querer atender a razones.

8. 1.: Hitler firma una orden sobre «la formación política del soldado». En ella se dice: «El oficial debe ser también un combatiente activo en el frente ideológico respecto a sus soldados, a los que deberá convencer de la necesidad de luchar denodadamente por nuestro Reich germánico-alemán en el sentido de nuestros ideales nacionalsocialistas.»

17. 1.: Los rusos inician su contraofensiva para la liberación total de Leningrado. Hitler desea arrasar la ciudad que no pudo conquistar en 1941. Los alemanes sufren una grave derrota, siendo obligados a retroceder hasta el lago Peipus.

22.1.: El Ejército 5 estadounidense con 70.000 hombres, desembarca en Anzio, al sur de Roma.

27. 1.: Durante todas las noches del mes de enero los ingleses bombardean Berlín. Durante la del 27/28 y siguiente atacaron con un total de 1077 aparatos y lanzaron 3715 toneladas de bombas.

27. 1.: Hitler reúne en su cuartel general a todos los mariscales y comandantes en jefe, ante los que pronuncia las siguientes palabras: «Señores, espero que si suena la última hora, ustedes, señores generales, todos ustedes, se lancen a las barricadas; y ustedes, señores mariscales, estén junto a mí con las espadas desenvainadas.» Respuesta del mariscal von Manstein: «Así será, mi 'Führer'.»

30. 1.: Gran ataque de la VIII Fuerza aérea de los EE UU contra Brunswick y Hannover.

8. 2.: El Ejército 6 alemán no puede seguir manteniendo la cabeza de puente establecida en Nikopol: corre el riesgo de ser acorralado y aniquilado por los rusos.

16. 2.: Contraofensiva alemana en Anzio para arrojar a los americanos al mar. Tras algunos avances iniciales, la contraofensiva fracasa.

18/19. 2.: 187 aviones alemanes atacan Londres. Once de ellos no vuelven a su base.

19/20. 2.: 730 bombarderos británicos atacan Leipzig. Son derribados 78.

20/25. 2.: Aviones americanos atacan a diario los puntos industriales alemanes. En ellos toman parte 2300 aparatos de la VIII Fuerza aérea y 500 de la XV. Los cazas alemanes y las defensas antiaéreas derriban 226 bombarderos. Los americanos pierden además 2600 hombres.

9. 1.: La vienesa Martha Musilek gana en Munich por tercera vez el campeonato nacional de patinaje artístico sobre hielo, en período de guerra.

16. 1.: En la Ópera Alemana de Praga, el representante del Reich, Alfred Rosenberg, afirma: «Bajo el engañoso manto de las proclamaciones en favor de la libertad, se desarrolla hoy una gran guerra contra la libertad del espíritu indogermánico.»

22. 1.: El premio Lessing de la ciudad de Hamburgo correspondiente a 1944 se concede al director principal de urbanismo, Dr. Fritz Schumacher.

27. 1.: Durante una concentración del frente estudiantil celebrada en Erlanger, el jefe del movimiento estudiantil del Reich, Dr. Scheel, proclama una nueva divisa para todos los estudiantes: «Tu pueblo lo es todo.»

28. 1.: Se estrena en Berlín la película «Feuerzangenbowle», según la novela del mismo título de Heinrich Spoerl, con Heinz Rühman como protagonista. Calificación: de gran valor artístico.

29. 1.: La Oficina de Correos del Reich pone en circulación un sello especial de 54 más 96 pfennig con motivo del 30 de enero. El dibujo se debe al artista muniqués Gottfried Klein.

31. 1.: Estreno en Berlín de la película producida por la Bavaria Film, «In flagranti»: una comedia de amor realizada bajo la dirección de Hans Schweikart. Calificación: de gran valor artístico.

8. 2.: Hitler crea el premio «Dr. Fritz Todt» para honrar «aquellos inventos beneficiosos para la comunidad –importantes para la guerra– y de innegable trascendencia».

11. 2.: Con motivo del XXV aniversario del correo aéreo se ponen en circulación tres sellos especiales: verde de 6 + 4 pfennig; rojo de 12 + 8 y azul de 42 + 108.

13. 2.: El partido nacionalsocialista organiza en todos los «Gau» grandes reuniones políticas bajo el tema: «Arado y espada.»

16. 2.: Llamamiento del jefe del Frente del Trabajo a todos los jubilados alemanes para que se incorporen voluntariamente al servicio de la producción de guerra: «La buena voluntad y disposición no conocen límites de edad. En 1944 hay que llevar la economía de guerra a su más alto nivel, al servicio de la lucha por la libertad de Europa.»

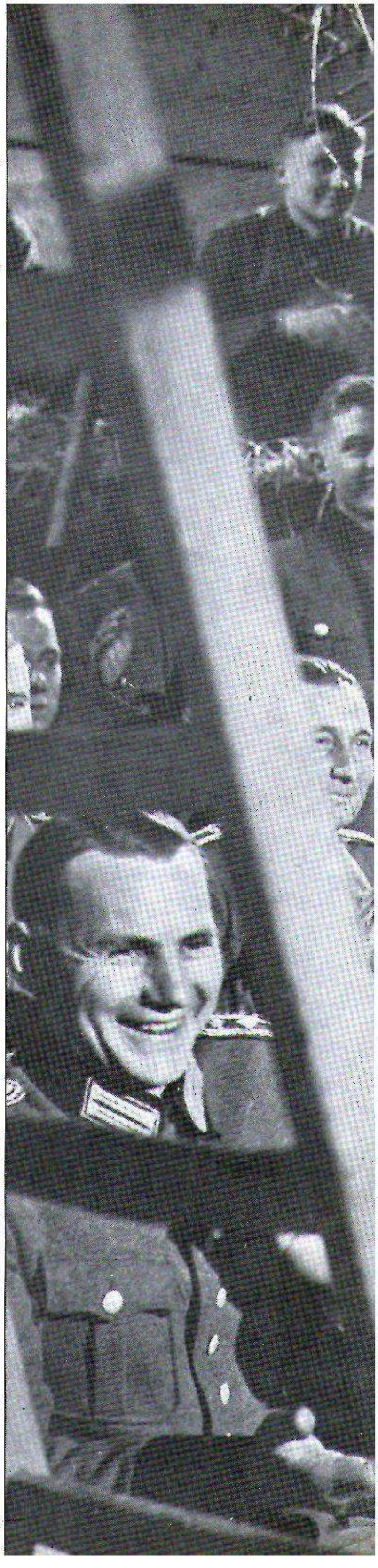
24. 2.: Hitler concede a su médico personal, profesor Dr. Theo Morell, la Cruz de Caballero por méritos de guerra.

TEATRO EN EL FRENTE

Historia de un filme edificante

Las atracciones que durante la II Guerra Mundial se ofrecieron a las tropas del frente figuraron como una parte del «socorro al soldado». Su jefe era Hans Hinkel, *Gruppenführer* de las SS y responsable de los asuntos culturales, además de «buen mozo» oficial. Como director o realizador al servicio de Goebbels era responsable de los grupos ambulantes encargados de animar a los soldados; Hinkel solía enviar siempre con sus artistas un gran mapa de Alemania poblado de banderitas multicolores. Inflamado por su misión y no menos guiado por su enorme fatuidad, Hinkel presentó personalmente 498 programas ante los soldados de la «Wehrmacht». Su afición no terminó con la derrota. Prisionero de los americanos al terminar la guerra, organizó en el campo de concentración de Dachau un «coro Mozart» e incluso pronunció una serie de charlas bajo el tema común de «desde el guión a la realización». El hecho de que esta parte del «socorro al soldado» –que al menos en los días de los grandes triunfos acudió a lejanos lugares– haya sido llevado al celuloide se debe a la gestión de una mano poderosa: Hinkel deseaba y «ordenó» su película. Producida por la compañía cinematográfica «Terra» en 1941, mereció a su estreno la mención de «notable valor artístico y popular» y constituyó un gran éxito de público. Su título: «Teatro en el Frente». Director: Arthur Maria Rabenalt. Idea: Werner Scharf. Intérpretes: Heli Finkenzeller, René Deltgen, Lothar Firmans, Hedi y Margot Höpfner, Wilhelm Strienz, Willi Rose, Rudolf Schündler, Bruni Löbel...

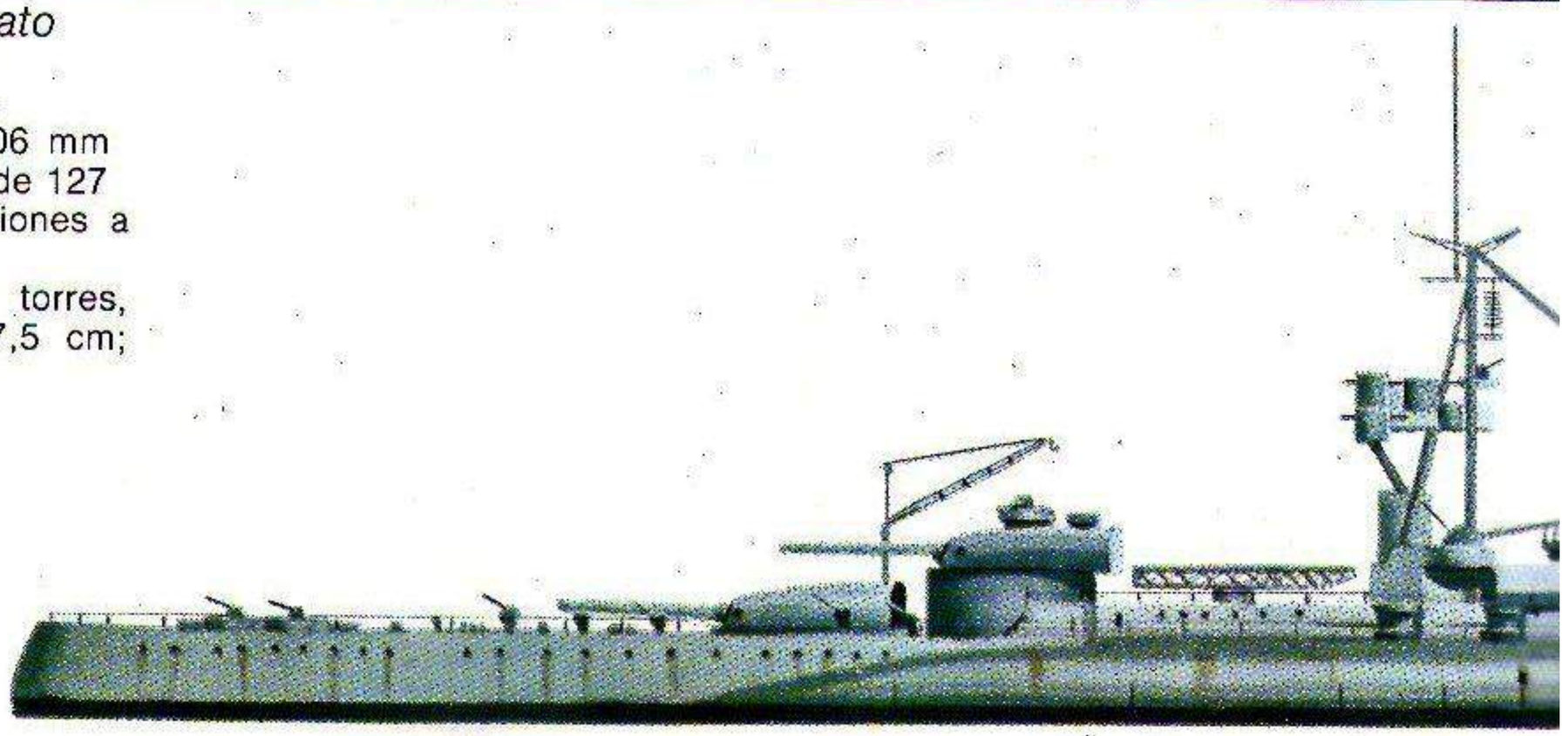
H. F. Köllner, autor de cerca de 100 filmes (entre ellos «Estrella de Río» con La Jana, Gustav Diessl, Werner Scharf) dio la primera pauta del guión. Se apoyó en el contraste que existía entre el frente y el teatro. Con objeto de estudiar la organización y el comportamiento de este grupo de «paisanos» sometidos a la imponente autoridad de los mandos del ejército, se trasladó y vivió con ellos el desarrollo de sus actuaciones. Viajaban en autobús o en tren; en su programa figuraba una completa escenificación teatral o una exhibición de variedades. Estos grupos estaban integrados, o bien por primeras figuras que, dados sus compromisos en los teatros y estudios de la retaguardia, raramente podían actuar con cierta continuidad, o por artistas de segunda y tercera fila, que soportaban más fácilmente las incomodidades de los viajes. Nadie podía negarse a los patéticos llamamientos de Hinkel. Pero también para muchos de ellos la actuación suponía junto con los aplausos la posibilidad de comprar en los países ocupados, el contrato seguro, la aventura, incluso amorosa, por más que estuviera prohibida la excesiva confraternización con los soldados, y hasta el librarse del servicio militar obligatorio. La atmósfera de estos viajes se describe en el libro de Lale Andersen «Der Himmel hat viele Farben». Lale escribe, por ejemplo: «En febrero de 1941 recibimos nuestra orden de viaje y, con el itinerario, la cartilla de racionamiento para pan, margarina, carne, leche condensada, tela destinada a un vestido propio para la actuación y un traje; además un acordeón para poder actuar en las salas en que no hubiera piano.» Para Lale el «Teatro en el frente» programó una gira por las bases navales, dado el carácter marinero de sus canciones. Primero debía actuar en Kiel, y seguir más tarde a Lübeck, Fredericia, Oslo, Saint Nazaire, Brest, Burdeos y Toulouse. «Los colegas nos

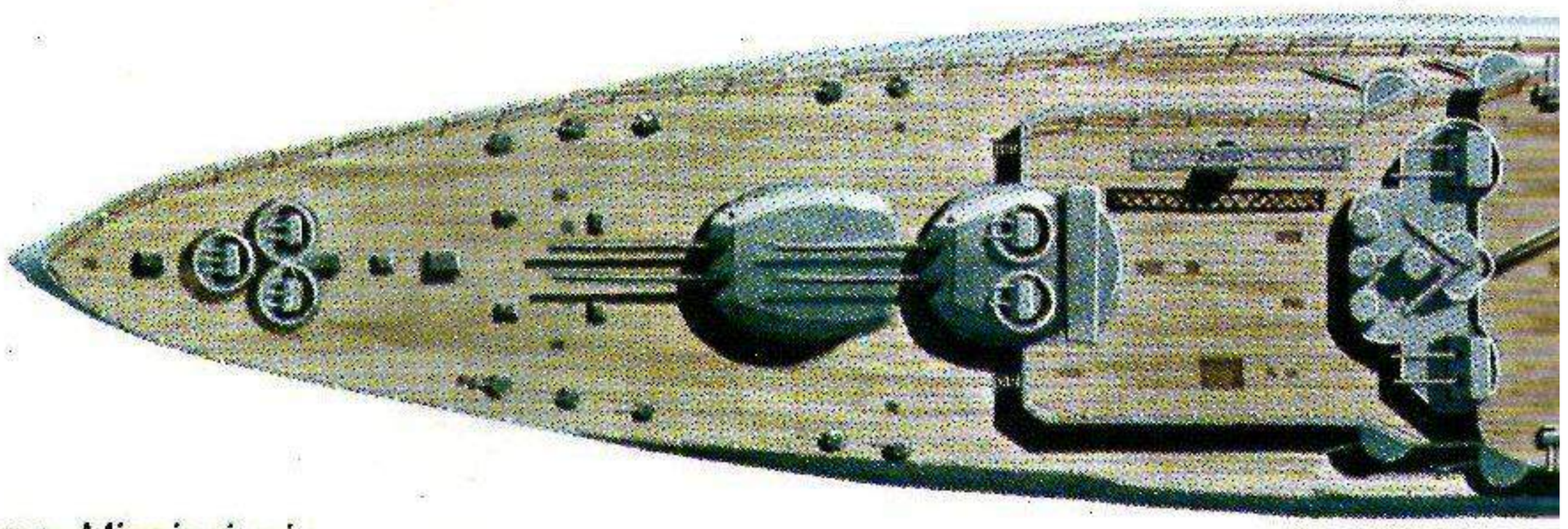


Su alegría fue el fundamento del filme. Los soldados llenan un granero en el que se ha improvisado el escenario del «Teatro en el frente».

Acorazado japonés *Nagato*

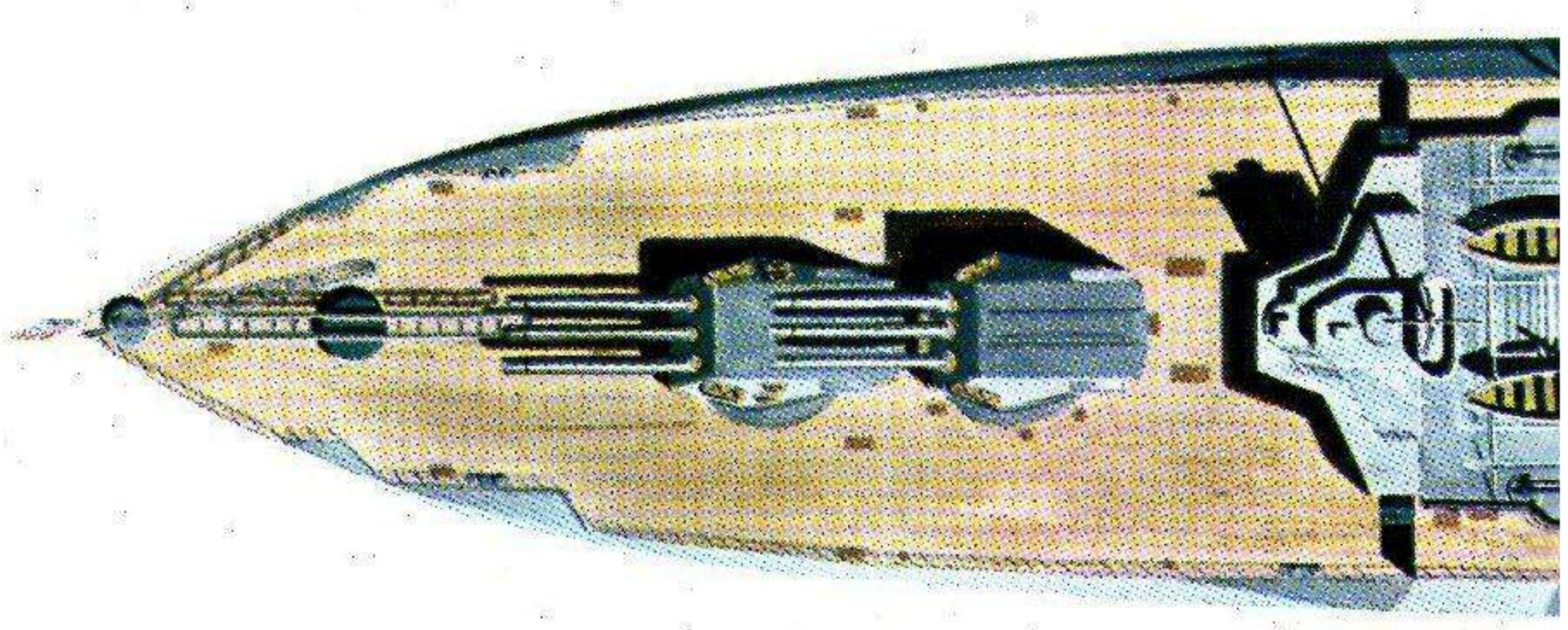
Desplazamiento: 38.000 t
Armamento: 8 cañones de 406 mm y 16 de 140 mm; 8 antiaéreos de 127 mm y 98 de 25 mm; tres aviones a bordo.
Coraza: cinturón, 10-28 cm; torres, 35-63 cm; cubierta, hasta 17,5 cm; puente de mando, 30 cm
Velocidad: 25 nudos
Eslora: 224,5 m
Manga: 34,6 m
Calado: 9,5 m
Tripulación: 1368 hombres

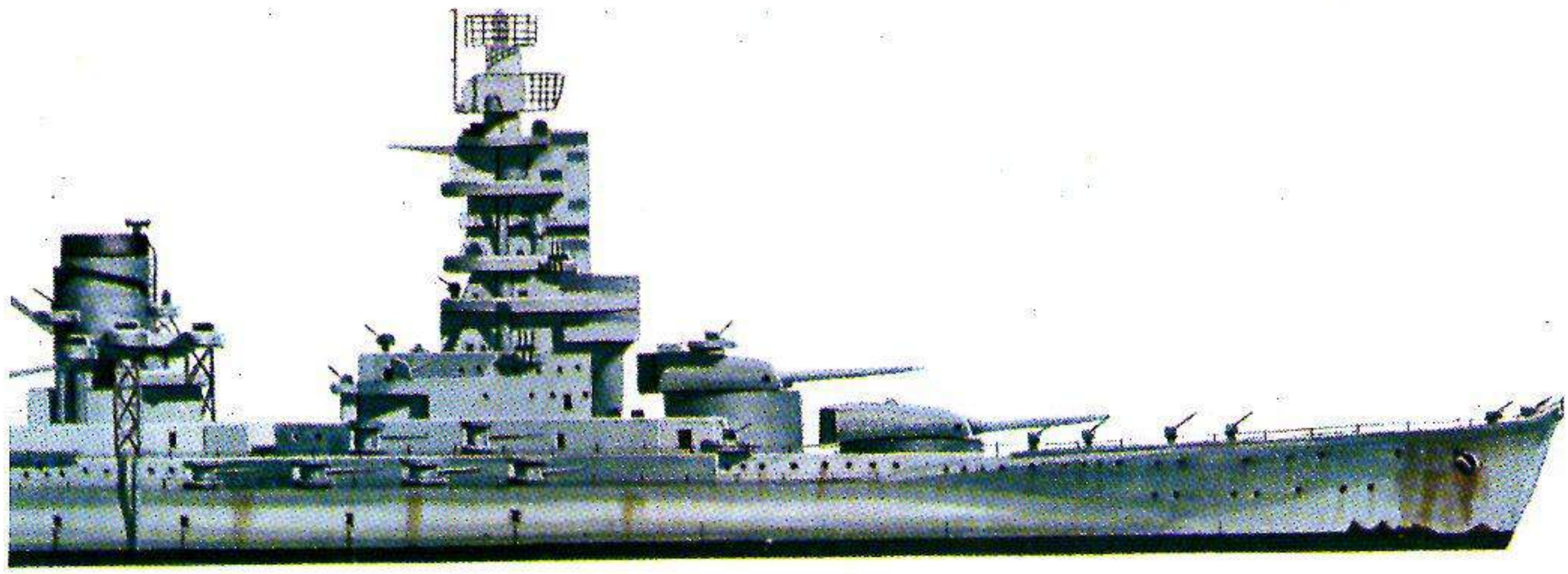


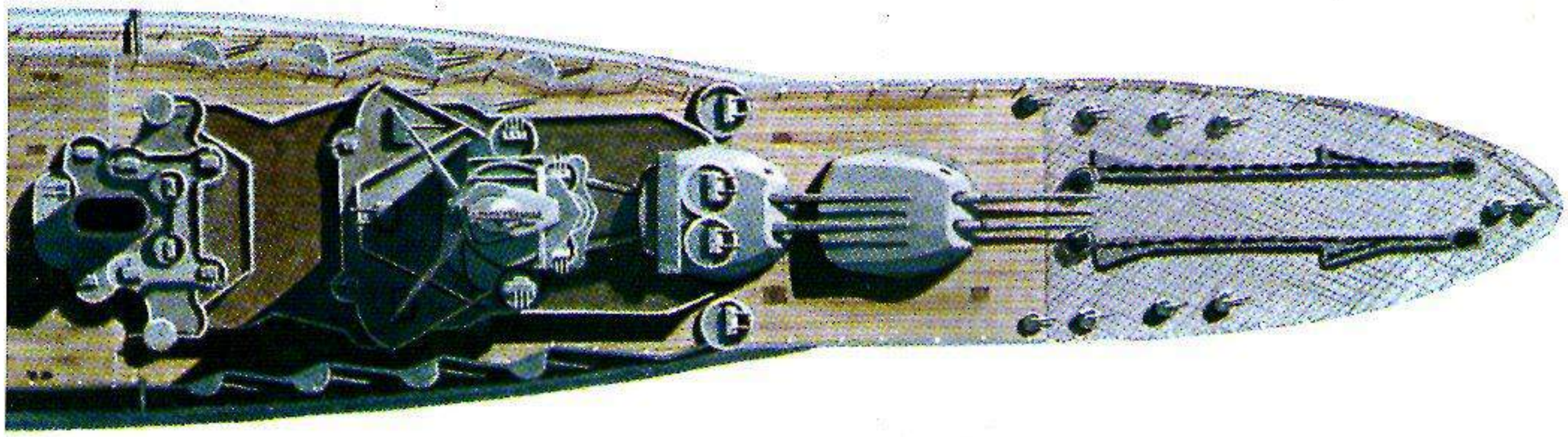


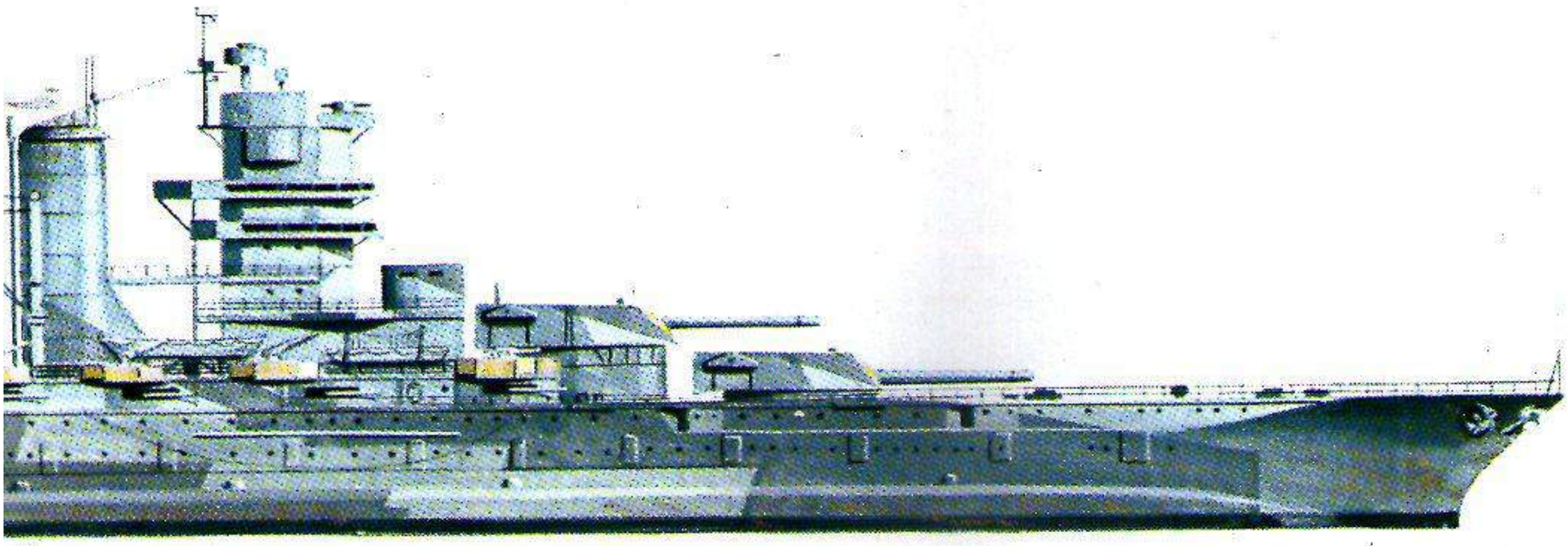
Acorazado norteamericano *Mississippi*

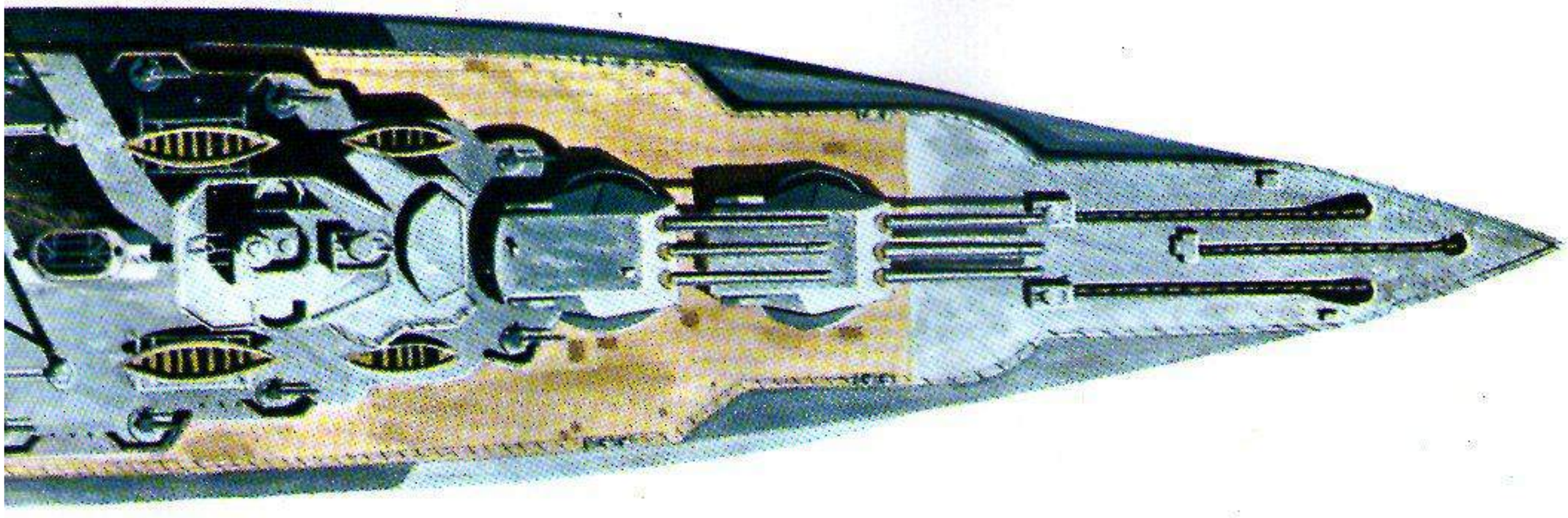
Desplazamiento: 33.500 t
Armamento: 12 cañones de 356 mm; antiaéreos: 14 de 127 mm; 16 de 40 mm; 15 de 20 mm; tres aviones a bordo.
Coraza: cinturón, 20-34 cm; torres, hasta 45 cm; cubierta, hasta 15 cm; puente de mando, hasta 40 cm
Velocidad: 21,5 nudos
Eslora: 190,7 m
Manga: 29,7 m
Calado: 9,1 m
Tripulación: 1084 hombres











contemplaban como a seres fabulosos para los que se abrían las puertas del Paraíso. Todos ellos nos entregaban unos papelitos con sus encargos y deseos, que nosotros, en la euforia del momento, prometíamos cumplir: una tableta de chocolate danés, lana para una chaquetita del bebé, Chanel 5, un paquete de cacao, una pastilla de jabón francés para baño. Emprendimos el viaje apretujados en un camión de la 'Wehrmacht' demasiado pequeño para tanta gente, pero llevando en el fondo de cada uno de nosotros el sentimiento que debió animar a nuestros padres y abuelos cuando se trasladaban a Karlsbad, Venecia o Montecarlo...»

Buscando datos para su guión cinematográfico Köllner dio con el actor Werner Scharf, que le contó algo emocionante a propósito del «Teatro en el frente», Scharf un hombre del sur, había pertenecido durante mucho tiempo al Schillertheater berlinés, y por entonces organizaba su propia compañía para llevar a cabo una gira. Necesitaba actores que supieran tocar un instrumento musical. Scharf escapaba así al peligro que suponía para él su conocido izquierdismo; sin embargo, no sacó gran provecho de su táctica: en los últimos días de la guerra fue movilizado como enlace y –pese al ofrecimiento de su amigo Wolfgang Luksch de esconderlo– emprendió un viaje en moto a Rathenow. En algún punto del camino, una bala rusa puso fin a su vida.

La película relata el conflicto matrimonial entre el síndico Paul Meinhardt (René Deltgen) y su mujer Lena (Heli Finkenzeller), famosa ex actriz que por complacer a su marido renuncia a los focos y candilejas. Al ser movilizado Paul, Lena cae en las redes del «Teatro en el frente». Durante una visita a sus colegas se encuentra a su antiguo director, quien de buen grado se ha comprometido a organizar una gira por los frentes, que difícilmente podrá llevar a cabo con las obras que pensaba –«Dame Kobold» y «Minna von Barnhelm»– debido a que la actriz designada para protagonizarlas se encuentra indispuesta de repente. Lena es sensible a su obligación moral y –sin contar con Paul– se decide a sustituir a la compañera enferma. Durante un corto permiso Paul se encuentra con la casa vacía; Lena, al regresar, descubre su carta llena de desesperación. Tras algunas peripecias se llega al final feliz en Atenas, en cuya ciudad Paul sirve a la patria y a la que llega Lena con el «Teatro en el frente».

Esta simple historia, aparte de servir de armazón al filme, daba lugar para mostrar toda la red de «Teatro en el frente» a través de la Europa conquistada. Además de rodarse en los estudios de

Fotos del filme «Teatro en el frente» («Fronttheater»). Heli Finkenzeller, en su papel de Lena, hablando con el director de «Teatro en el frente Langhammer» (en la página opuesta). Pintándose antes de actuar (página opuesta, abajo). Riñendo con su marido (abajo a la izquierda) y después de hacer las paces (abajo en el centro). El erotismo en la película estaba a cargo de las hermanas Höpfner (arriba) y las situaciones cómicas dependían de Bruni Löbel (en la tina, bañándose con Heli Finkenzeller).

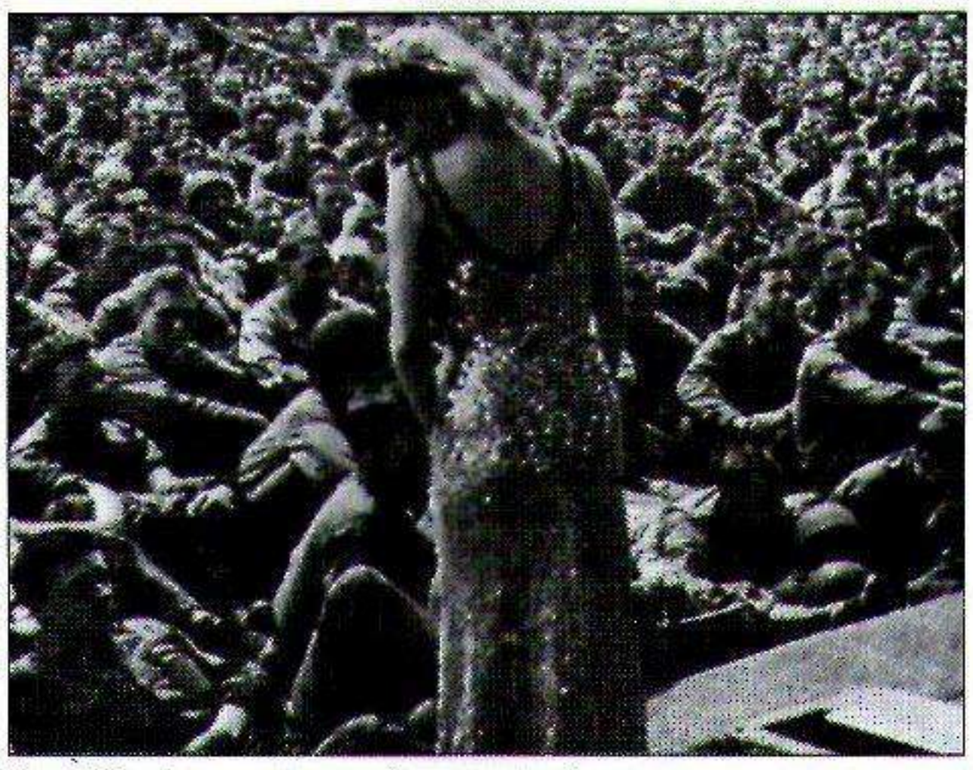
Berlín-Babelsberg, Amsterdam y La Haya se filmó durante siete meses en la costa del Canal, París, Biarritz, y Grecia. Todo rigurosamente incruento debido a que los peligros griegos tan sólo existieron en los estudios.

Los puntos culminantes de la película eran la presencia del grupo de artistas en el anfiteatro, al pie de la acrópolis, y la apoteosis con su música sentimental. Lo que hoy es del dominio de cualquier programa de televisión, la mezcla de escenarios diversos, significaba en aquellos tiempos una gran novedad técnica: Wilhelm Strienz –tramoyista en la película y cantante de profesión– interpretaba su famosa melodía «Glocken der Heimat» mientras alzaba el telón, y sus estrofas llegaban a los soldados alemanes destacados en Noruega, Holanda, Bélgica, Francia, Rumania y Grecia.

Finkenzeller no debe engañar a Deltgen

«Me sentí verdaderamente orgulloso de esa serie de escenarios», confiesa el hoy octogenario H. F. Köllner. Pero le entusiasmó menos el hecho de que otras plumas intervinieran en su guión. «Mi idea era –sigue diciendo– que la película presentara, valiéndose de simples soldados destacados en Francia, el drama entre el peligro y la muerte. Rabenalt, sin embargo, trasladó la mayor parte de las escenas a Grecia, elevó la categoría social y lo hizo todo más amable». Al director, Rabenalt, que no hace mucho ha cumplido los 70 años mientras filmaba el «Barón Gitano» para la televisión, le parecía suficiente presentar las escenificaciones de «Dame Kobolt» y «Minna von Barnhelm» en medio de una atmósfera tan desacostumbrada. El tratamiento en sí no tenía por qué ser excesivamente dramático. «Mi misión consistía –nos ha dicho no sin una pizca de ironía– en evitar que la Finkenzeller engañara a Deltgen, ya que tales cosas no debe hacerlas la esposa de un soldado valiente. Esto eliminaba cualquier posible alusión a problemas o peligros eróticos. Deltgen estaba únicamente celoso de la profesión de su mujer. Esto es lo que le traía de cabeza.»

Además de esto valoraba la película como un acontecimiento «turístico», en un momento en que la guerra impedía por completo los viajes. Especialmente fuerte fue el choque entre lo pintado en las imágenes y la realidad griega. «Por aquellos días el hambre se había dueñado de Atenas y la gente se desmayaba en plena calle –afirma Rabenal– la intendencia militar cuidaba de nosotros y teníamos terminantemente prohibida la confraternización. Pese a todo nos las arreglamos para repartir entre los



También los norteamericanos tuvieron su «teatro en el frente»: durante una visita a las líneas de combate la actriz Ann Sheridan es obsequiada con una bandera japonesa cubierta de sangre (izquierda). Actuación ante los soldados del frente de Normandía (arriba). Y una fotografía de años más tarde: Marilyn Monroe con los soldados norteamericanos en Corea (arriba, foto grande).

niños, en callejuelas alejadas, buena parte de nuestras generosas raciones. Los actores no sólo rodaban las escenas de «Teatro en el frente» sino que ensayaban también en el camino durante el tiempo libre. Cada uno de ellos preparaba una pequeña intervención, que luego debía repetir ante los soldados «de verdad». Heli Finkenzeller recitaba, otros cantaban, los payasos y cómicos se encargaban de despertar la risa del auditorio, y las hermanas Hedi y Margot Höpfner bailaban el «Kaiserwalzer». Después de terminada la filmación de la película, este programa especial –presentado por el propio Rabenalt– fue ofrecido en el Reichssportfeld de Berlín a los soldados heridos y retransmitido por la televisión.

A este respecto todavía recuerda Rabenalt un grotesco suceso que le bañó la frente de sudor. Desde el Reichssportfeld, todo el equipo se trasladó al centro de televisión sito en la Adolf-Hitler-Platz (hoy Theodor-Heuss-Platz) para recorrer las instalaciones. Hacía calor, había demasiada gente en los estudios, y Rabenalt se dirigió a la ventana, desde la que contempló una serie de montículos de cemento que le llamaron poderosamente la atención. «Sobre ellos –le explicó alguien– montaremos nuestras cámaras para la retransmisión del desfile triunfal de nuestros soldados el día que acabe la guerra... Rabenalt hizo sin querer un comentario peligroso: «Eso sí que se llama tele-visión».

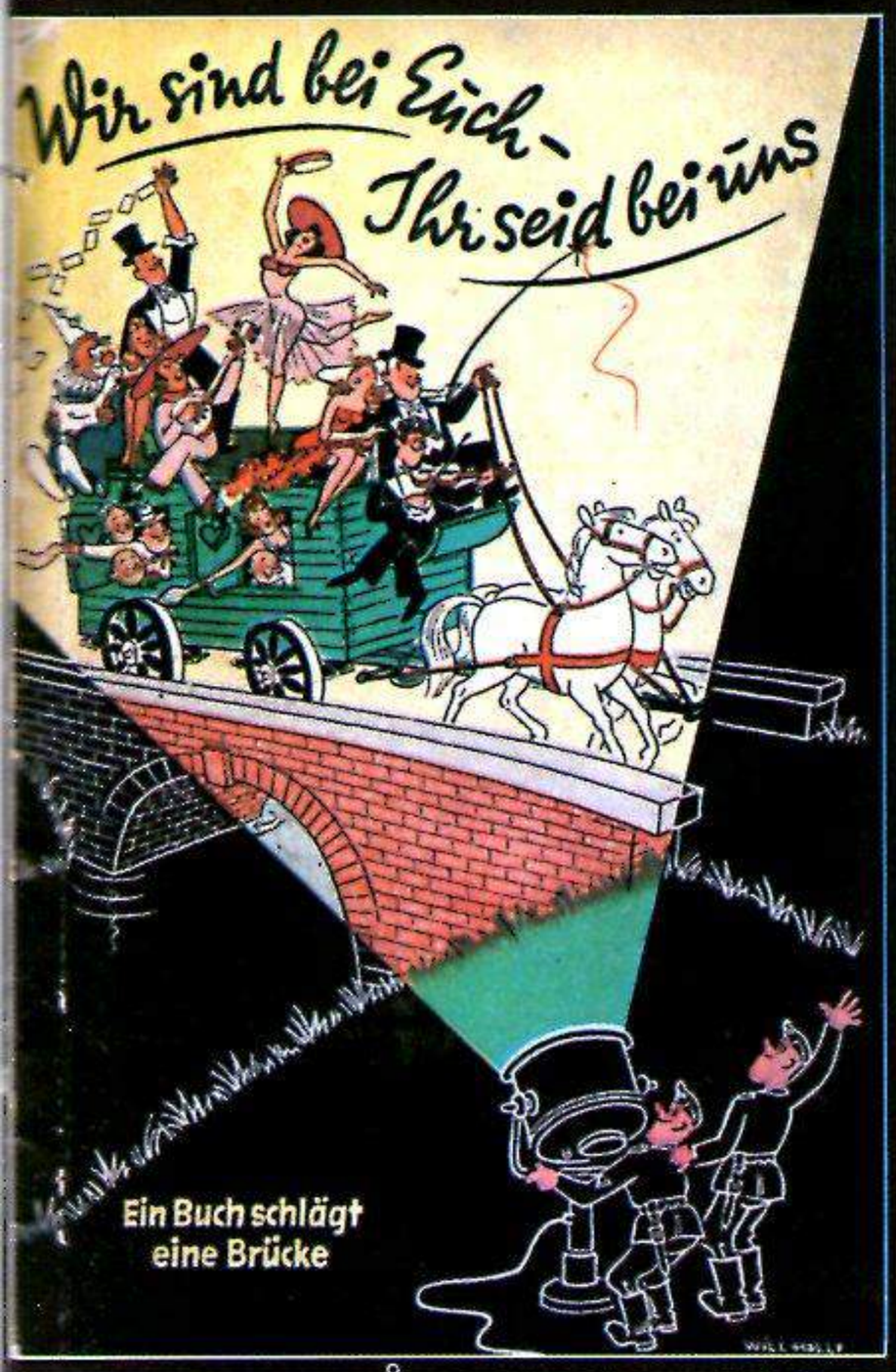
Alf Teichs, ex jefe de la productora «Terra», que venía a lanzar anualmente al mercado unas veinte películas, asegura que sobre «Teatro en el frente» no recuerda nada. Teichs, hoy dedicado a la televisión, no ha olvidado, sin embargo, que recibió orden de contratar a las hermanas Höpfner, no sólo como bailarinas –lo que estaba justificado– sino también como actrices. Las Höpfner no eran gemelas, pero tenían un gran parecido entre sí; venían a ser en esa época una edición romántica de las Kessler de hoy, y hasta se hicieron figuras de porcelana en su honor. A Goebbels le caían bastante mal, pero en cambio despertaban en Hitler entusiasmos juveniles. Obedeciendo órdenes superiores se escribieron dos pequeños papeles para ellas y la Bruni recibió el encargo de aprendérselos, por lo que pudiera suceder. Desde el punto de vista de la pura óptica era suficiente con que bailaran una vez el «Kaiserwalzer» –casta gracia, espaldas desnudas, piernas en alto– para incluirlas en el grupo. Una demostración más a fondo de sus encantos femeninos hubiera podido minar el espíritu combativo de los soldados y apartarlos de sus obligaciones bélicas.

Antes de emprender cualquier producción cinematográfica era preciso tener en cuenta cuatro listas dictatoriales que, según Teichs, estaban consideradas como secretos del Reich. 1.ª lista: comprendía los nombres de los que tenían que ser contratados a toda costa; 2.ª lista: todos los que figuraban en ella estaban autorizados a trabajar; 3.ª lista: comprendía a los que debían pedir permiso en el Ministerio de Propaganda si querían ser contratados; 4.ª lista: reunía los nombres de los judíos, afines y sospechosos políticos. De vez en cuando estas listas se renovaban, según el gusto o la opinión del momento de Goebbels o Hitler. Así, por ejemplo, el hasta entonces gran protegido del régimen, el actor Theodor Loos, pasó de la lista 1.ª a la 4.ª al descubrirse que estaba comprometido en el asunto de la mantequilla que estalló entre las gentes del Deutsches Theater. Asunto que consistió en el comercio de manteca que vendía un tramoyista a los actores; la manteca estaba considerada como patrimonio del pueblo y su venta de estraperlo se tenía por un robo. Loos se vio obligado a entregar el sueldo de un mes al «Auxilio de Invierno».

A finales de octubre de 1942 «Teatro en el frente» se presentó en los cines alemanes, con gran éxito de público. Éxito que alcanzaban todas las películas alemanas, libres como estaban de la competencia extranjera. Pero no logró un clamor comparable al de la película «Wunschkonzert», posiblemente por la imagen blanda que ofrecía de las primeras líneas de combate. Al terminar la guerra, los Aliados condenaron al archivo perpetuo a «Teatro en el frente». Las «Glocken der Heimat» –las campanas de la tierra–, cuyo texto había sido escrito por el jefe de prensa de la productora «Terra», ejecutado por los nazis, dejaron de doblar. □

ALEGRIAS DEL FRENTE

Desde antiguo los combatientes se han visto acompañados por cantantes, bailarines y cómicos encargados de endulzarles un poco la dura vida del frente. La II Guerra Mundial no fue una excepción. Sólo que en ella las compañías de actores y variedades estaban organizadas férreamente.



Arriba: un grupo folklórico posando para los fotógrafos de «Signal» durante su paso por Grecia.

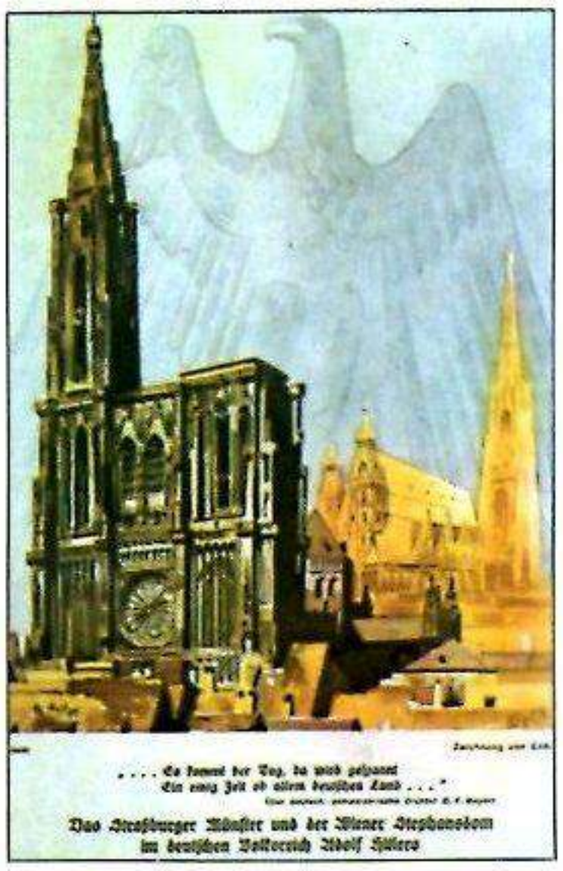
Arriba a la izquierda: portada de un folleto publicado por el responsable de la sección de cultura, Hinkel.

Abajo a la izquierda: cartel de propaganda: «Teatro en el frente» en el sector del Este, 1942.

Izquierda: el payaso se encarga de despertar la hilaridad de su auditorio durante una velada teatral en el frente.

LEXICO DE LA II GUERRA MUNDIAL

Regia Aeronautica, nombre oficial del Ejército del Aire italiano. Al comenzar la guerra contaba con 62.000 hombres y 3296 aviones, de los cuales apenas 1300 eran modernos. Los cazas italianos fueron los últimos biplanos de su tipo: *Fiat CR 42 Falco, Fiat 650 Freccia* y el *Macchi C 200 Saetta,* todos muy mal armados. Los principales bombarderos fueron: el trimotor *Savoia-Marchetti SM 79 Sparviero,* el bimotor *Fiat BR-*



Propaganda de Alsacia.

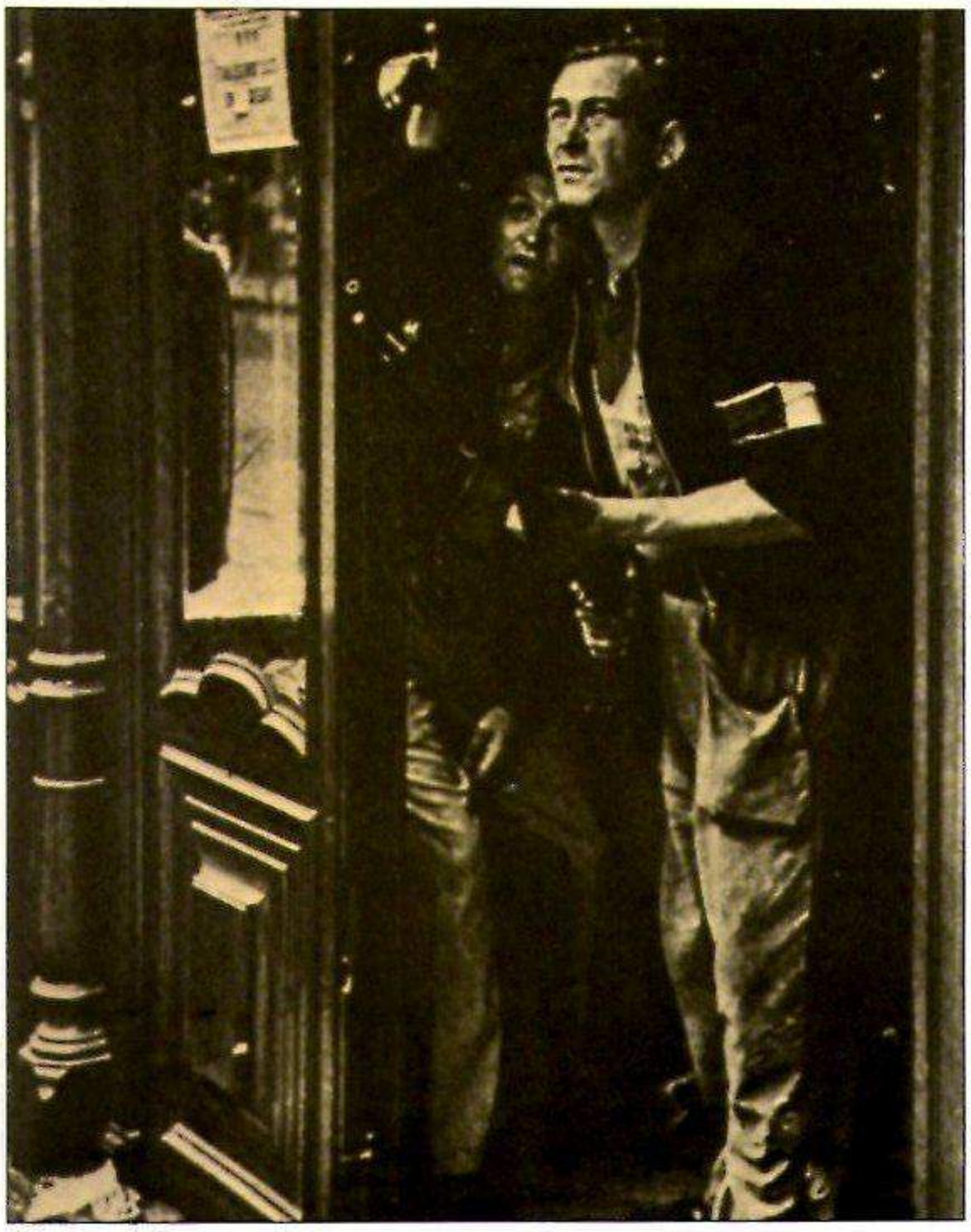
20 Cicogna y el hidroavión trimotor *Cant Z 506 B.* La falta de capacidad económica de Italia no permitió la modernización de sus aviones antes de la capitulación de 1943. Entre los pocos aviones de nueva fabricación que alcanzaron cierto éxito figuran el bombardero cuatrimotor para grandes distancias *Piaggio P 108 B* y el caza *Macchi C-202 Folgore,* asi como el *Reggiane Re 2001 Falco.*

Reichenau, Walter von, *Feldmariscal* alemán. Nació el 8-X-1884 en Karlsruhe y murió en Poltava el 1-X-1942. El 1-IX-1939 jefe del Ejército 10. El 20-X-1939 jefe del Ejército 6. El 1-XII-1941 jefe del Grupo de Ejército Sur. Murió a consecuencia de un ataque cardiaco.

Reinhard, Hans, general alemán. Nació en Bautzen el 1-III-1887 y murió en Munich el 22-XI-1963. El 1-IX-1939 jefe de la 4.ª *Panzerdivision.* El 15-II-1940 del XLI *Panzerkorps.* El 5-X-41 jefe del 3.er *Panzergruppe.* En marzo de 1942 jefe del 3.er *Panzerarmee.* El 16-VIII-1944 jefe del Grupo de Ejércitos Centro. Cesó por diferencias con Hitler el 26-I-1945 y pasó a la reserva. Condenado a 15 años de prisión por el tribunal de Nuremberg, fue indultado el 27-VIII-1952.

Reivindicaciones territoriales, aspiraciones formuladas por Alemania, en especiai por los dirigentes nacionalsocialistas, tendentes a reincorporar al Reich determinados territorios que habian sido separados de la Alemania derrotada por los acuerdos del Tratado de Versalles. En el período anterior a la guerra, Alemania recuperó el 1 de marzo de 1935, en virtud de un referéndum previo, el territorio del *Sarre.* Un año más tarde, el 7 de marzo de 1936, la *Renania* desmilitarizada fue ocupada por tropas alemanas. Durante la II Guerra Mundial se produjo la ocupación de las zonas de Alsacia-Lorena y Eupen-Malmedy. *Alsacia:* territorio al sudoeste del Alto Rhin. 8294 km²; 1,2 millones de habitantes (1940). Capital: Estrasburgo; *Lorena:* territorio entre el Alto Mosa y el Mosela. 6228 km²; 700.000 habitantes (1940). Ambos territorios fueron durante siglos manzana de discordia entre Alemania y Francia. 1871-1918: «Territorios del Reich» (la parte de Lorena con Metz).

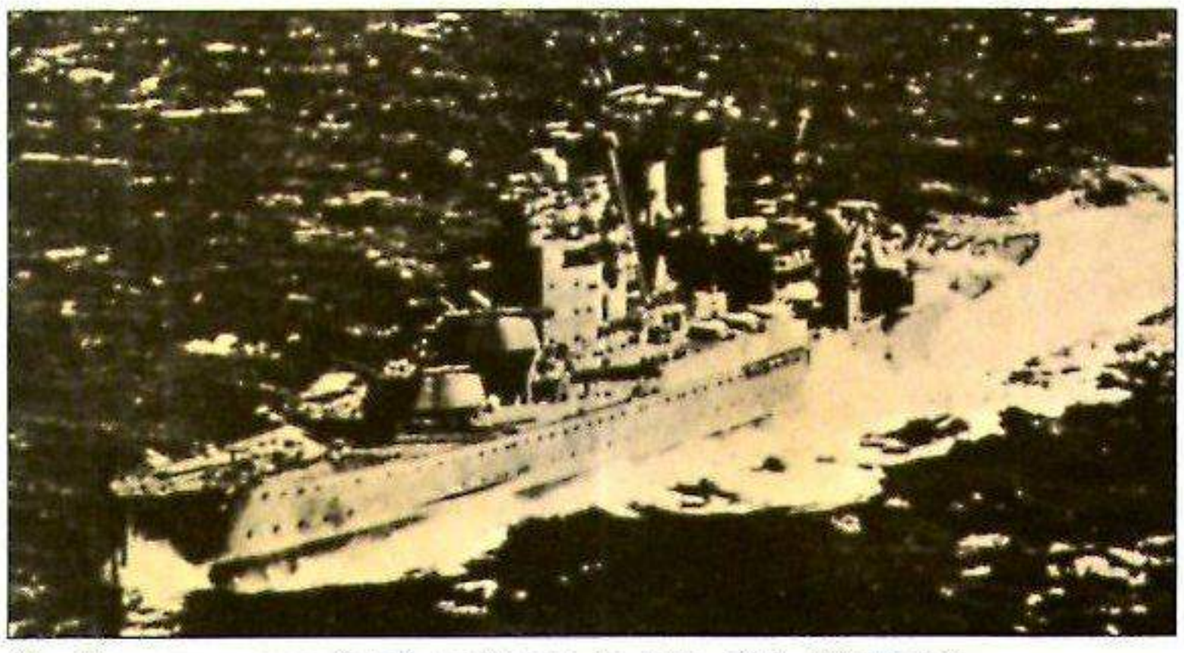
Por el Tratado de Versalles del 21-VI-1919, devueltos a Francia. En junio de 1940 reconquistados por tropas alemanas que ocupan Estrasburgo el 19-VI-40. «Territorio ocupado» en virtud del armisticio del 22-VI-40, es decir, aún francés. Fracaso de los planes alemanes para la anexión. Reconquista por tropas americanas y francesas en noviembre de 1944 (Metz el 22 y Estrasburgo el 23-XI-1944). Hasta finales de marzo de 1945, las tropas alemanas mantuvieron en su poder una franja muy estrecha de la Alsacia oriental. *Eupen-Malmedy:* circunscripción al sur de Aquisgrán. Separada de Alemania en 1919 por una operación anexionista de las tropas belgas. Entre 1924 y 1926 fracasaron algunos planes alemanes y belgas para la devolución del territorio, al intervenir Francia. Reincorporada a Alemania como consecuencia de la ocupación de Alsacia durante la campaña occidental, el 18 de mayo de 1940. Conquistada el 11 de septiembre de 1944 por tropas americanas y entregada a Bélgica.



Résistance: lucha callejera, casa por casa, en agosto de 1944.

Remagen, ciudad de Renania-Palatinado. Cobró actualidad cuando el 7-III-1945 los soldados de la División acorazada 9 americana, bajo el mando del general Leonard, alcanzaron la ciudad después de haber cruzado el intacto puente de Ludendorff sobre el Rhin, y establecieron en ella una cabeza de puente. Los alemanes no pudieron volar el puente porque la dinamita llegó demasiado tarde. Los explosivos colocados de antemano no surtieron el efecto apetecido: aunque causaron algunos daños menores no pudieron impedir el avance de las tropas.

Remer, Otto Ernst, general alemán. Nació el 18-VIII-1912 en Neubrandenburg. Desempeñó un papel importante en la fracasada conspiración del 20



El «Renown», que tomó parte en la caza del «Bismarck».

de julio de 1944. Remer era jefe de la guarnición berlinesa y debía, por orden del gobernador militar von Hase, detener a Goebbels. Este, sin embargo, estableció una comunicación en el cuartel general. Hitler entonces ordenó a Remer que acabara con la conspiración que encabezaba el conde Stauffenberg. Remer se encargó, en consecuencia, de detener a von Hase y colaboró decididamente al fracaso de la conspiración. En 1950 fue uno de los fundadores del partido socialista del Reich, de extrema derecha, más tarde prohibido.

Otto-Ernst Remer

Rendulic, Lothar, general alemán. Nació en Wiener-Neustadt (Austria) el 23-X-1887 y murió en Linz el 1-IX-1971. El 1-IX-1939, jefe del Estado Mayor del Cuerpo de Ejército XVII. El 15-VI-1940, jefe de la División 14 de Infantería. El 5-X-1940, jefe de la División 42 de Infantería. El 1-XI-1942, jefe del Cuerpo de Ejército XXXV. Agosto de 1943, jefe del Ejército 2 acorazado destacado en los Balcanes. El 25-VI-1944, jefe del Ejército 20 de montaña destinado en Laponia. El 27-I-1945, jefe del Grupo de Ejércitos Norte. El 10-III-1945, jefe del Grupo de Ejércitos Sur. En Nuremberg fue condenado a 20 años de cárcel; pena que se redujo a 10 años el 1-II-1951. Fue puesto en libertad el 16-XII-1951.

Renown, crucero de batalla británico. Puesto en servicio el 20-IX-1916. Datos: 32.000 toneladas; 29 nudos de velocidad; 242,4 m de eslora; 31,3 m de manga; hasta 1205 hombres de dotación. Armamento: 6 cañones de 381 mm; 20 de 114 mm y 8 tubos lanzatorpedos. Tomó parte en diciembre de 1939 en la caza del *Admiral Graf Spee.* El 9-IV-1940 batalla naval contra el *Gneisenau* y el *Scharnhorst.* En agosto de 1940 pasó a la defensa costera. En mayo de 1941 participó en la persecución del *Bismarck.* Octubre 1942, defensa costera. En agosto y noviembre de 1943 Churchill viajó en el *Renown* a las conferencias de Quebec y Teherán. Entró en dique en diciembre de 1944 y fue retirado del servicio en julio de 1948.

Repulse, crucero de batalla británico. Entró en servicio el 18-VIII-1916. Datos: 32.000 toneladas; 30 nudos de velocidad; 242,7 m eslora; 31,3 m de manga; hasta 1205 hombres de dotación. Armamento: 6 cañones de 381 mm; 14 cañones de 102 mm; 8 tubos lanzatorpedos. En julio de 1940 participó en la persecución del *Gneisenau* ante las costas noruegas y en enero de 1941 en la inútil caza del *Scharnhorst* y del citado *Gneisenau.* En octubre de 1941 fue enviado a la India oriental. Torpedeado por aviones japoneses que lo echaron a pique a la altura de Kuantan el 10-XII-1941, pereciendo 327 hombres.

Résistance, nombre con el que se conoce a la resistencia organizada francesa contra el ocupante alemán y la política de colaboración. Con el apoyo de Inglaterra, en cuyo territorio De Gaulle había formado la llamada «Francia Libre», se empezaron creando primero en el territorio no ocupado células de resistencia. Hasta 1942 no existió una organización general sino grupos como «Combat», «Liberation», y otros por el estilo. De Gaulle envió a Francia a su delegado Jean Moulin, quien logró constituir un consejo nacional de la resistencia con los representantes de los distintos grupos y de los sindicatos clandestinos. Paralelo a éste nació el Comité de liberación nacional en Argelia, creado por el propio De Gaulle, que se autonombró su jefe superior y único al despedir a su ayudante Giraud. La resistencia se ocupó de repartir propaganda, de mantener emisoras de espionaje, de esconder y transportar fugitivos, de llevar a cabo actos de sabotaje. Se encargó de formar gerrillas (los «Franc Tireurs» comunistas y la «Armée Secrète» de los gaullistas). Las unidades guerrilleras fueron abastecidas de armas y material por los aviones aliados. Al comenzar la invasión estas fuerzas debían desempeñar un gran papel y fueron puestas a las órdenes del general König con el nombre de «Forces Françaises de l'Intérieur» (FFI).

Resolution, acorazado británico. Puesto en servicio en diciembre de 1916. Datos: 29.150 toneladas; 21 nudos de velocidad; 189,1 m de eslora; 27 m de manga; hasta 997 hombres de dotación. Armamento: 8 cañones de 381 mm; 12 de 152 mm; 8 de 102 mm. El 23/25-IX-1940 tomó parte en la operación contra la flota francesa de Dakar. Alcanzado por un torpedo francés permaneció en dique hasta abril de 1942. Desde mayo de 1944 no volvió a participar en ninguna otra acción y fue dado de baja en el servicio en mayo de 1948.

Responsabilidad familiar, medida disciplinaria para «disuadir» a los posibles autores de actos delictivos. Introducida el 5-II-45 por una instrucción del jefe del OKW (general Keitel) en las Fuerzas Armadas. En la instrucción se decía: «Por los miembros de las Fuerzas Armadas que en el cautiverio cometan traición a la patria y por ello deban ser condenados, en derecho, a la pena de muerte, responderán sus parientes con los bienes, la libertad o la vida». También a las familias de los tránsfugas les correspondia la responsabilidad por el desertor.

Reynaud, Paul, político francés. Nació en Barcelonette el 15-X-1878 y murió en Neuilly-sur-Seine el 21-IX-1966. Antes de 1940 había sido ministro muchas veces. Enemigo del apaciguamiento, apoyaba la estrategia ofensiva del general De Gaulle. El 21-III-1940, jefe del Gobierno y ministro de AA. EE. y tras la invasión alemana también ministro de Defensa. Esperó inútilmente la ayuda de Roosevelt y tuvo que dimitir en favor de Pétain, al negarse a aceptar la capitulación (17-VI-1940). Detenido y juzgado en septiembre de 1940 fue entregado a Alemania en 1942 e internado en diversos campos de concentración. Después de la guerra volvió a desempeñar importantes puestos políticos y se esforzó por conseguir un acercamiento entre Alemania y Francia.

Rheinbote, cohete alemán de largo alcance parecido a la V2. El proyectil se lanzaba desde la plataforma establecida sobre un vehículo y constaba de cuatro cuerpos, poseía gran estabilidad de vuelo y podía alcanzar los 1610 m por segundo. El cohete media 11,02 m de longitud y pesaba 1750 kg de los que 20 kg eran de explosivos. Su autonomía era de 220 km. Entró en acción en enero de 1945 con un bombardeo sobre Amberes.

Rheintochter, cohete alemán de largo alcance compuesto de dos cuerpos, dotado de seis alas en forma de pluma para su estabilización. Tenía una longitud de 5,75 m y una envergadura de 3 m; transportaba 23 kg de explosivos. Este cohete volaba a una altura máxima de 8000 m y podía alcanzar una velocidad de 1500 km/hora. Muy pocos ingenios de este tipo entraron en servicio.

«Rheinübung», nombre dado a la travesía atlántica del acorazado *Bismarck* y del crucero pesado *Prinz Eugen* entre el 18 y el 25 de mayo de 1941, bajo el mando del jefe de la Flota, almirante Lütjens. Ambos buques fueron rápidamente descubiertos por el enemigo. El 24 de mayo, batalla contra una Flota británica: Resultó hundido el crucero *Hood* y dañado gravemente el *Prince of Wales.* Como consecuencia, la Home Fleet se propuso cazar al *Bismarck,* empleando para ello 5 acorazados, 2 portaaviones, 9

Aviones japoneses bombardean los buques británicos «Repulse» y «Prince of Wales» (pintura japonesa).

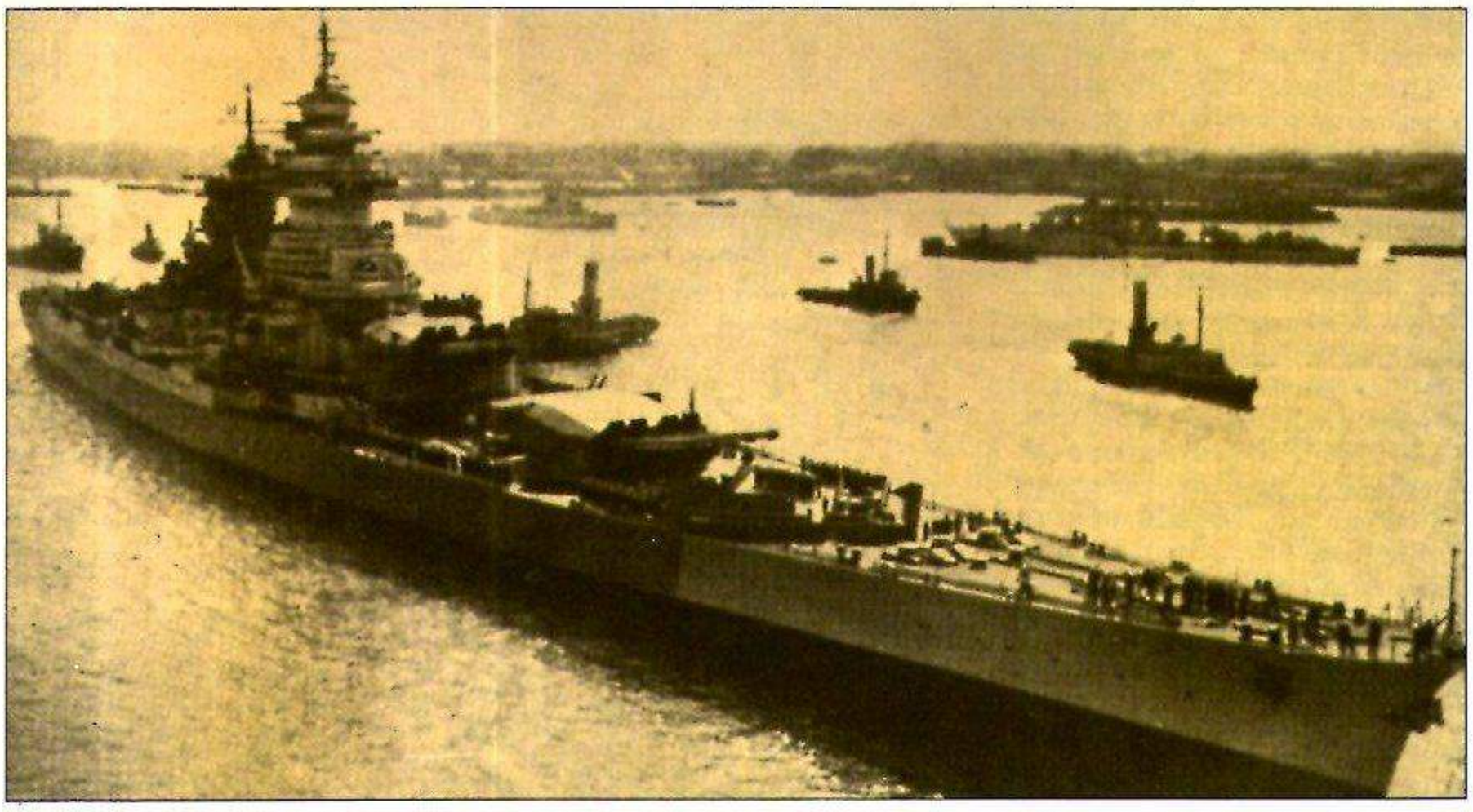
cruceros y 16 destructores. Mientras que el *Prinz Eugen* pudo separarse del *Bismarck* sin ser avistado, éste se encontró sin salida ante la superioridad enemiga y fue hundido por su propia tripulación el 27 de mayo a las 10,35 de la mañana. Murieron 2100 hombres y pudieron salvarse 115.

Ribbentrop, Joachim von, político alemán. Nació en Wesel el 30-IV-1893 y murió ejecutado en Nuremberg el 16-X-1946. Había sido representante de comercio –se le llamaba el «viajante en vinos»– antes de dirigir la política exterior de Hitler. Siendo embajador en Londres consiguió que se firmara el acuerdo naval que permitió a Alemania volver a construir barcos. Como ministro de AA EE (4-II-38/30-IV-1945) impuso su posición antibritánica a Hitler y fue decidido partidario de una alianza con la Unión Soviética, Japón e Italia, lo que se tradujo en el Pacto de No Agresión con Stalin y en la firma del Pacto Tripartito. Perdió influencia después del ataque alemán a la Unión Soviética. Fue condenado a muerte por el tribunal militar internacional de Nuremberg el 1-X-1946.

1943 pasó a la defensa de las costas británicas. En marzo de 1944 fue destinado a la Eastern Fleet. Pasó a la reserva en 1956 y en agosto de 1968 fue dado de baja del servicio.

Richthofen, Wolfram Freiherr von, mariscal alemán. Nació en Barzdorf/Striegau el 10-X-1895 y murió en Bad Ischl el 12-VII-1945. Húsar en la I Guerra y más tarde piloto de aviación. En 1933 destinado al Ministerio del Aire. Desde enero a noviembre de 1937 jefe del Estado Mayor de la «Legión Cóndor» en la guerra civil española. Noviembre de 1938 hasta 21-II-1939 jefe de la Legión. Al comenzar la guerra era jefe de las escuadrillas de *Stukas*. Tomó parte en la batalla de Polonia. Octubre de 1939 al 24-VI-1942 jefe del VIII *Fliegerkorps*. Participó en las batallas de Francia, de los Balcanes y de Rusia. Del 24-VI-1942 al 11-VI-1943 jefe de la IV *Luftflotte* destacada en el sector sur del frente oriental. El 27-X-1944, jefe de la II *Luftflotte* destacada en Italia. Gravemente enfermo a partir del 27-X-1944 murió a consecuencia de la operación de un tumor.

Wolfram von Richthofen



El acorazado «Richelieu», al comienzo de la guerra, era uno de los buques más veloces y mejor armados del mundo. Su coraza resistía los proyectiles más potentes de la época.

Richelieu, acorazado francés. Entró en servicio el 15-VI-1940. Datos: 38.500 toneladas; 32 nudos de velocidad; 247,8 m de eslora; 3,1 m de manga; hasta 1550 hombres de dotación. Armamento: 8 cañones de 380 mm; 9 cañones de 152 mm; 12 cañones de 100 mm. Fue alcanzado en Dakar por un portaaviones británico el 8-VII-1940. Duelo de artillería con el *Resolution* entre el 23 y el 25-IX-1940. En noviembre de 1940 pasó a formar parte en la Flota H, protegiendo a los convoyes en el mar Mediterráneo y los desembarcos en el Norte de África. Pasó en septiembre de 1943 a la Home Fleet y participó en el desembarco de Normandía. Enviado en diciembre de 1944 a Scapa Flow. Baja en el servicio desde marzo de 1948.

Rodas, isla italiana entre los años 1911/1947 y desde entonces nuevamente griega. 1404 km²; 60.000 habitantes. Después de la retirada de Italia de la guerra y tras un bombardeo alemán, capituló el gobernador italiano almirante Iñigo Campioni. Después de la retirada de las tropas alemanas de Grecia en el otoño de 1944 quedaron en Rodas 6356 soldados y 4737 voluntarios italianos que se mantuvieron firmes hasta el final de la contienda.

Rodney, acorazado británico. Entró en servicio el 10-XI-1927. Datos: 33.900 toneladas; 23 nudos de velocidad; 216,4 m de eslora; 32,3 m de manga; hasta 1640 hombres de dotación. Armamento: 9 cañones de 406 mm; 12 de 152 mm; 8 de 102 mm. Tomó parte en la inútil persecución del *Scharnhorst* y *Gneisenau* de enero de 1941. El 27-V-1941 combatió al *Bismarck* en el Atlántico. Desde septiembre de 1941

Konstantin Rokossovski

Roja, Capilla, organización de espionaje montada en Europa occidental a partir de 1936, que trabajaba para la URSS y era dirigida desde Moscú a través de París y Bruselas. En Berlín operaban desde 1940 dos grupos, bajo el teniente Harald Schulze-Boysen, del Ministerio del Aire, y de Arvid Harnack, consejero en el Ministerio de Economía. Entregaron al mando soviético informes sobre producción de armamento, planes de ataque y otras operaciones militares. La Capilla Roja poseía ramificaciones en La Haya, Marsella, Niza, Ginebra, Berna, Basilea y en Suecia. La Gestapo descubrió la organización a finales de agosto de 1942. El Tres Rojo (la rama suiza de la Capilla Roja) prosiguió la actividad hasta su final en octubre-noviembre de 1943. Más de 50 miembros de la Capilla Roja fueron ejecutados o eliminados sin proceso alguno.

Rokossovski, Konstantin Konstantinovich, mariscal soviético. Nació el 21-XII-1896 en Varsovia y murió el 3-VIII-1968 en Moscú. Ingresó en el Ejército en 1914. Al empezar la guerra en 1941 mandaba el Cuerpo motorizado IX. En julio de 1941 jefe del Ejército 16 y simultáneamente durante algún tiempo jefe también del Ejército 20. El 13-VII-1942 jefe del Frente de Briansk. El 30-IX-1942 jefe del Frente del Don. Febrero de 1943, jefe del Frente Central. Febrero 1944-noviembre 1944, jefe del Frente de la Rusia Blanca. Noviembre 1944-junio 1945, jefe del II Frente de la Rusia Blanca. Después de la guerra jefe de una región militar, subsecretario de Defensa y en 1949, «a petición del gobierno polaco», ministro de Defensa de Polonia. Nombrado mariscal del Ejército polaco –del soviético ya lo era– el 7-XI-1949. En noviembre de 1956 volvió a incorporarse al Ministerio de Defensa soviético.

Habla Hitler

Arsenal berlinés,
21 de marzo de 1943.
En la primavera de 1943 los ejércitos alemanes en el Este parecen recuperarse. En el «Día del Héroe» Hitler promete la «victoria definitiva».

Con la ayuda del Todopoderoso

Gracias al sacrificio y la heroicidad de nuestros soldados en el frente del Este, nos ha sido posible dominar de modo definitivo la crisis en la que nuestro Ejército, inmerecidamente, se encontraba, debido a la superioridad numérica del enemigo; hemos estabilizado el frente y hemos tomado las medidas oportunas para alcanzar en los próximos meses el éxito que debe llevarnos a la victoria final. Si hubiera sido necesario explicar a nuestro pueblo la extrema gravedad de esta gigantesca lucha a vida o muerte, por tierra, mar y aire, el pasado invierno, no habría dejado la menor duda al respecto. Una vez más las estepas del Este han puesto en movimiento a sus millones de hombres contra Europa. Azuzados por el mismo poder que desde siempre ha organizado las guerras, que se aprovecha de ellas, y que hoy, para alcanzar sus fines, aúna los intereses capitalistas a los instintos bolcheviques.

Hasta qué punto durante este invierno el continente de más antigua cultura ha estado expuesto al desastre, es algo que nos dirán futuros investigadores. Si ha podido salvarse el peligro, si ha podido ser alejado de Europa, es por los merecimientos inolvidables de los soldados que honramos hoy.

Pero sólo la consideración de la gran cantidad de preparativos hecha por los bolcheviques para la destrucción del mundo, me permiten reconocer a dónde hubiera ido a parar Alemania y el resto del continente de no haber alcanzado el poder hace 10 años el nacionalsocialismo, y de no haber puesto toda su decisión, sin ahorrar esfuerzo, en el rearme y reorganización del Ejército alemán. Porque la Alemania de Weimar, despedazada por los partidos marxistas y democráticos, no hubiera sido otra cosa, ante el asalto llegado del interior del Asia, más que una brizna de paja en medio del huracán.

Cada vez podemos ver con mayor claridad que el conflicto en que se encuentra envuelta Europa desde la primera Guerra Mundial va tomando paulatinamente un carácter sólo comparable con los acontecimientos históricos de la antigüedad.

El judaísmo nos ha comprometido en una guerra despiadada, y si no conseguimos mantener alejado de las fronteras al elemento destructor, este continente se verá convertido en un campo de ruinas y escombros. Y no serían las ciudades incendiadas, con sus monumentos culturales destruidos, las que saldrían peor libradas de la contienda; peor acontecería a las muchedumbres fugitivas que terminarían cayendo en su poder y serían víctimas de esas bestiales hordas asiáticas como en los tiempos de los hunos y de los mogoles. Lo que el soldado alemán y sus aliados protegen hoy en el Este no es el rostro pétreo, o la fisonomía social o intelectual de este continente, sino la eterna sustancia humana de la que, a lo largo de los tiempos, han brotado todos los valores, y que no sólo en Europa y América, sino por todas partes, mucho más allá, ha impuesto su carácter actual a la cultura.

En todas las épocas sólo ha tenido derecho a honrar a los héroes aquel que no tenía motivos para avergonzarse ante ellos. El pasado invierno, lejos de conducir al pueblo alemán al derrotismo, le ha llevado a una gigantesca movilización de todas las fuerzas. Todavía hoy en servicio. Continúa aumentando la producción de material de guerra. Al frente llegan millones de soldados, jóvenes voluntarios y heridos dados de alta. Viejos y muchachos reciben instrucción apropiada para la defensa civil. Cientos de miles de muchachas y mujeres colaboran en ella. Así se va convirtiendo cada vez más el Ejército alemán en una nación de combatientes.

El nacionalsocialismo, que ya una vez en dura lucha –sin haber jamás considerado la posibilidad del menor compromiso– supo deshacerse de sus enemigos del interior, como fuerza rectora del Reich que es, sabe hoy y sabrá en el futuro acabar con sus enemigos del exterior.

El Reich se ve respaldado en esta tarea por aquellos pueblos de Europa y Asia oriental que están decididos a defender su existencia y su cultura. Contamos con soldados, sobre todo, de aquellas naciones que no ignoran que su futuro sólo se podrá desarrollar dentro de un orden que excluya el diabólico instrumento de destrucción que es el comunismo.

Cuanto más resueltamente se lleve a cabo esta lucha, con menos consideraciones y compromisos, tanto más duradera será la paz.

Sobre la humanidad futura no decidirán aquellos que no supieron apreciar la paz pasada y que con su oscuro espíritu instigaron para que estallara la guerra, llevando a sus pueblos a la ruina, sino esos otros hombres de Estado que ya antes de la contienda, aun disponiendo de un moderado espacio vital, consiguieron para su país innegables mejoras sociales y culturales. El futuro cultural de los pueblos no será judeo-bolchevique, ni judeo-capitalista, sino que servirá los intereses nacionales poniendo sobre todas las cosas la hermandad popular.

Que el Todopoderoso, que nos ha guiado a través de todas las pruebas y cuya bendición no nos ha faltado, quiera concedernos su ayuda en el futuro para que podamos llevar a cabo las tareas que hasta la victoria debemos a nuestro pueblo. Queremos rendir homenaje a nuestros camaradas muertos, a sus familiares, a los hombres, mujeres y niños asesinados dentro de nuestras fronteras y a los caídos de nuestros aliados.

□

HUMOR EN EL TERCER REICH

DEFEND YOUR COUNTRY

«Defend your country» –defiende tu patria– proclamaban los carteles norteamericanos, tratando de despertar el entusiasmo patriótico. El buen «Tío Sam» ha dejado a un lado la chaqueta y el sombrero de copa y se arremanga la camisa, dispuesto a la lucha.

Tony Woodburn

Los aliados del Eje

El 22 de mayo de 1939 Alemania e Italia, o, mejor dicho, Hitler y Mussolini, fortalecieron su política común mediante una alianza militar. El nuevo pacto recibió el marcial nombre de «Pacto de Acero». El 27 de septiembre de 1940 las tres potencias occidentales más «ambiciosas», Alemania, Italia y Japón, llegaron a un acuerdo y establecieron un Pacto Tripartito para un período de diez años, en virtud del cual se pretendía instaurar un nuevo orden en Europa y en el «gran espacio de Asia». En Berlín se mantenía el criterio de que el pacto era muy adecuado para atraer especialmente a los pequeños Estados del sudeste europeo a la esfera de influencia de Alemania. En noviembre de 1940 se adhirieron al pacto Hungría, Rumania y Eslovaquia; en marzo de 1941 lo hizo Bulgaria. Sin embargo, esto ocurrió en condiciones complicadas. Berlín y Roma tenían que vérselas ante todo con el arbitraje de Viena del 30 de agosto de 1940, sobre el litigio entre Hungría y Rumania en torno a la región de Transilvania. Al principio Rumania se puso al lado de Alemania después de que Stalin se anexionara Besarabia, Moldavia y Bucovina, sin que Inglaterra, que se había comprometido en 1939 a garantizar la integridad de Rumania, moviese ni un dedo por el rey Carol II de Bucarest.

El proyecto de una garantía de paz en el sudeste europeo, que para Hitler era de gran importancia con vistas a los planes de agresión contra la Unión Soviética, dio al traste con la intervención unilateral de Mussolini en Grecia, el 28 de octubre de 1940, en la que los italianos sufrieron una derrota tras otra. Con todo, la entrada de Yugoslavia en el Pacto, el 25 de marzo de 1941, pareció que iba a posibilitar la coronación del proyecto. Dos días después el Gobierno proalemán de Belgrado era derrocado. Yugoslavia abandonaría de inmediato el sistema de Berlín y sería batida plenamente mediante una acción relámpago de Hitler.

La última gota que haría rebosar el vaso del sistema de alianzas de Hitler la iba a proporcionar la campaña contra la Unión Soviética. En el norte se incorporaría a la ofensiva alemana Finlandia, que pretendía recuperar el territorio perdido durante la guerra con la Unión Soviética desarrollada en el invierno de 1939-1940. Esta actividad llevaría a Helsinki a evitar cualquier implicación con las potencias occidentales. Al llamamiento también acudieron Eslovaquia y, por motivos similares a los de Finlandia, Rumania. Con cierta repugnancia, también Hungría. En Bulgaria, el rey Boris III, un monarca de eminentes dotes políticas, decidió mantenerse dentro de un status de no beligerancia, pero tomó parte en la ocupación del sur de Servia y de Macedonia tras la caída del Gobierno de Belgrado. Italia envió un cuerpo expedicionario a Rusia. Japón, por su parte, procuró evitar todo enfrentamiento con la URSS en el Extremo Oriente.

Soldados finlandeses de una unidad seleccionada lucen sus cascos «adornados» con el símbolo de la calavera.

Cuando las derrotas de los Ejércitos rumano, italiano, húngaro y 6 alemán en Stalingrado, entre 1942 y 1943, revelaron que Stalin era más fuerte que Hitler, el sistema alemán se desmoronó. Mussolini trató de llegar a un acuerdo con Stalin. Japón propondría inútilmente en Berlín convertirse en mediador de buenos oficios. En Hungría y Rumania los círculos dirigentes de las capas superiores de la vida política de antaño se dispusieron a tomar contacto con los occidentales sin presentir que las potencias anglosajonas habían decidido en la conferencia de Teherán, de diciembre de 1943, encomendar a la tutela soviética toda la Europa sudoriental, con la única excepción de Grecia.

Tras la caída de Mussolini, el 25 de julio de 1943, el rey Víctor Manuel III y su Gobierno intentaron, el 8 de septiembre de 1943, salir de aquella situación sin perspectivas y optaron por un armisticio con los Aliados. En consecuencia declararon la guerra al «Tercer Reich» mientras Mussolini, liberado de la prisión, formaba un régimen republicano-fascista en el norte de Italia. El fracaso del sistema tripartito se consumaría cuando, en agosto y septiembre de 1944, el Ejército Rojo entró en Rumania y Bulgaria. En Rumania, el joven rey Miguel I se arriesgó en el último momento, el 23 de agosto de 1944, a un postrer intento de salvación, dando un giro de ciento ochenta grados: ordenó la detención del dictador mariscal Antonescu, fiel aliado de Hitler, y se pasó al campo de los enemigos de Alemania. En Bulgaria ocurrió algo parecido. El rey Boris III había muerto en agosto de 1943.

Finlandia decidió por su cuenta y riesgo establecer el 3 de septiembre un armisticio con la Unión Soviética. Cuando el administrador del Reich para Hungría, almirante von Horthy, se resolvió a dar un paso similar el 15 de octubre de 1944, fue detenido y deportado a Alemania. Al final tan sólo permanecieron fieles al Pacto del Gobierno de Eslovaquia, la «República de Saló» de Mussolini, un gobierno fascista en la Hungría occidental y el régimen fascista de la Ustacha dirigido por Pavelic, en Croacia, vinculados a la inevitable caída del Reich de Hitler. Japón prosiguió su lucha en solitario, sin posibilidad alguna de victoria, en el Asia oriental y sudoriental.

Walter Görlitz

□

La leyenda persiste: todavía hoy la liberación del «Duce» aparece en libros y conversaciones como la acción rocambolesca de un grupo de osados hombres de las SS, a la cabeza de los cuales figuraba el famoso Otto Skorzeny. La aventura de los liberadores no debe minimizarse aunque, eso sí, el papel de las SS merezca alguna puntualización. Sin grandes acciones espectaculares, el drama del Gran Sasso resulta, con todo, emocionante.

La liberación de Mussolini

DUCE, EL FÜHRER ME ENVIA

Víctor Manuel III, rey de Italia, emperador de Abisinia, tan sólo tenía un deseo en su 44 año de reinado: «...terminar lo antes posible esta guerra, honrosamente, al lado de nuestros aliados.»
Ese deseo era explicable. Italia había perdido las colonias. El 9 de julio de 1943 tomaban tierra en Sicilia 320 aviones de transporte norteamericanos y británicos cargados de soldados. El mariscal Pietro Badoglio, el jefe del Estado Mayor Vittorio Ambrosio, el mariscal Enrico Caviglia, el presidente de la Cámara fascista, conde Dino Grandi, el ex ministro de Asuntos Exteriores y yerno de Mussolini, conde Galeazzo Ciano, el duque de Aosta, la nobleza italiana, los grandes propietarios, los industriales, todos, querían terminar la guerra cuanto antes y con honor al lado de sus aliados. Se sondeaban las condiciones en Lisboa y en Zurich. He aquí una de ellas: los Aliados occidentales exigían la extradición o la entrega de Mussolini.
El *Duce,* advertido, convocó el 24 de julio al Gran Consejo fascista. Era un día caluroso. Según las propias palabras de Mussolini, «el aire estaba cargado de una enorme tensión. La tensión dominaba la ciudad y la mantenía al rojo vivo».
A las 17,15 apareció Mussolini en la Sala del Pappagallo del Palazzo Venezia. Los 27 miembros del Consejo, todos ellos con camisas negras, saludaron ritualmente: «A noi!» Luego el *Duce* habló durante dos horas. En sus palabras hizo responsable de la derrota al Comando Supremo y aceptó la asistencia de Alemania para superar las críticas malévolas. Sobre el futuro de Italia no dijo ni una palabra.
Hacia las 21 horas, Grandi dio lectura a una propuesta según la cual el rey debería asumir el mando supremo. Grandi culpó a Mussolini de haber deseado la guerra y de haberla perdido. «...El destino de la patria ha sido tratado como si fuese problema de un solo hombre. Deponga esas insignias ridículas de Primer Mariscal de Italia. Quédese en el Mussolini que todos conocemos. Hacia las 3 de la madrugada, tras enconados debates, se votó la proposición de Grandi. Se trataba de elegir, en la práctica, entre el ser y el no ser del *Duce.* El recuento arrojó el siguiente resultado: siete votos en contra de la proposición y diecinueve a favor. Con ello el rey podía exigir a Mussolini

que renunciase a su cargo de primer ministro.

Mussolini comunicó que al día siguiente presentaría al rey esta proposición: que asumiera personalmente el mando supremo de las Fuerzas Armadas. El Ejército de Tierra, la Marina y el del Aire, tendrían su propio ministro. Hasta el momento el *Duce* tenía en su mano el control de los tres Ejércitos. Mussolini, por su parte, quería que se sustituyese al jefe del Estado Mayor, Ambrosio, por el general Rodolfo Graziani. El 25 de julio, hacia las 17 horas, el «Lancia» oscuro de Mussolini se aproximaba, conducido por su chófer de largos años, Ercole Boratto, a la residencia del rey: la Villa Savoia, en la antigua Via Cassia. Como huésped de la casa real y primo del rey –un honor de la casa de Saboya– el *Duce* se sentía absolutamente seguro de sí mismo.

El propio Mussolini narra así la escena: «...el rey se encontraba muy excitado cuando me recibió. Hablaba en frases entrecortadas. Tan pronto penetré en el despacho, exclamó: 'Mi querido *Duce:* todo se hunde. Italia está postrada de rodillas. Los Ejércitos, batidos. Los soldados no quieren seguir luchando por usted. Los alpinos entonan una canción en cuyo texto se dice esto mismo'. El rey comenzó a entonar las primeras estrofas de esta canción. Luego mencionó la sesión del Gran Consejo y se puso tan nervioso que comenzó a morderse las uñas. '*Duce,* se ha convertido usted en el hombre más odiado de Italia. En consecuencia he decidido entregar la jefatura del Gobierno al mariscal Badoglio'.»

Mussolini trató de conservar la calma. Deseó a su sucesor mucha suerte y, acto seguido, el rey lo condujo a la puerta. «¿A dónde irá ahora, *Duce?*» Mussolini respondió: «Tan sólo tengo una casa, majestad. Rocca delle Caminate. Quisiera retirarme a ella.» Cuando Mussolini se disponía a subir a su automóvil se le aproximó un *carabinieri*, el capitán Vigneri. «Su majestad me ha encomendado velar por su seguridad, porque tenemos noticias de que se encuentra en peligro. He recibido la orden de acompañarle».

Durante la audiencia se había dispuesto a la puerta de la villa una ambulancia con *carabinieri* armados. «Todo esto es para su seguridad», insistió el capitán Vigneri. Él mismo ayudó a Mussolini a subir al vehículo. Detrás del *Duce*

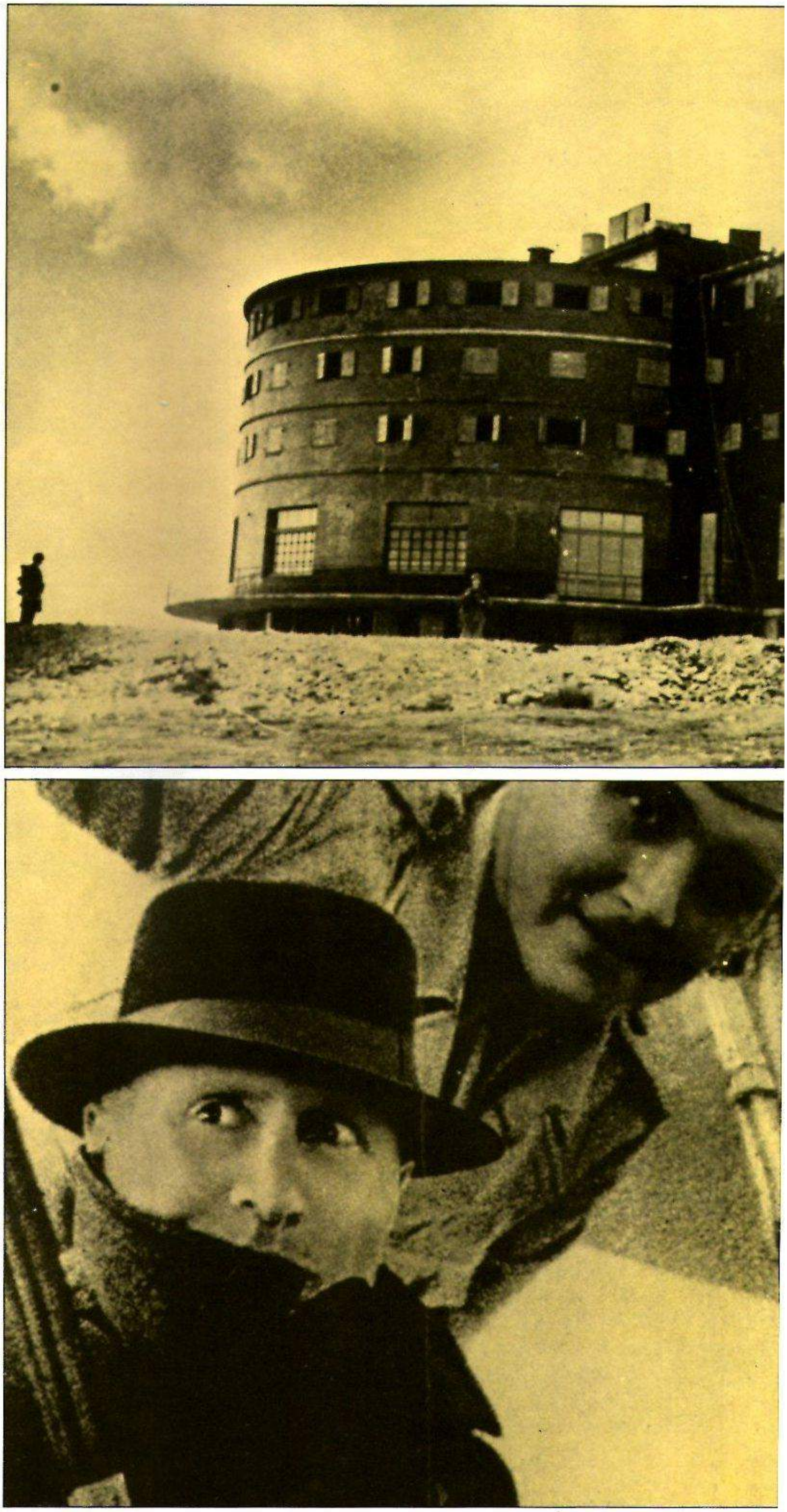
El dibujo apareció en la revista «Signal» con este título: «Se ha conseguido el objetivo. Skorzeny se presenta al 'Duce'». El hecho de que el libertador llevase uniforme y casco distintos de los de su unidad no parece interesarle al dibujante de la prensa nazi a la hora de reflejar la sensacional operación de comando.

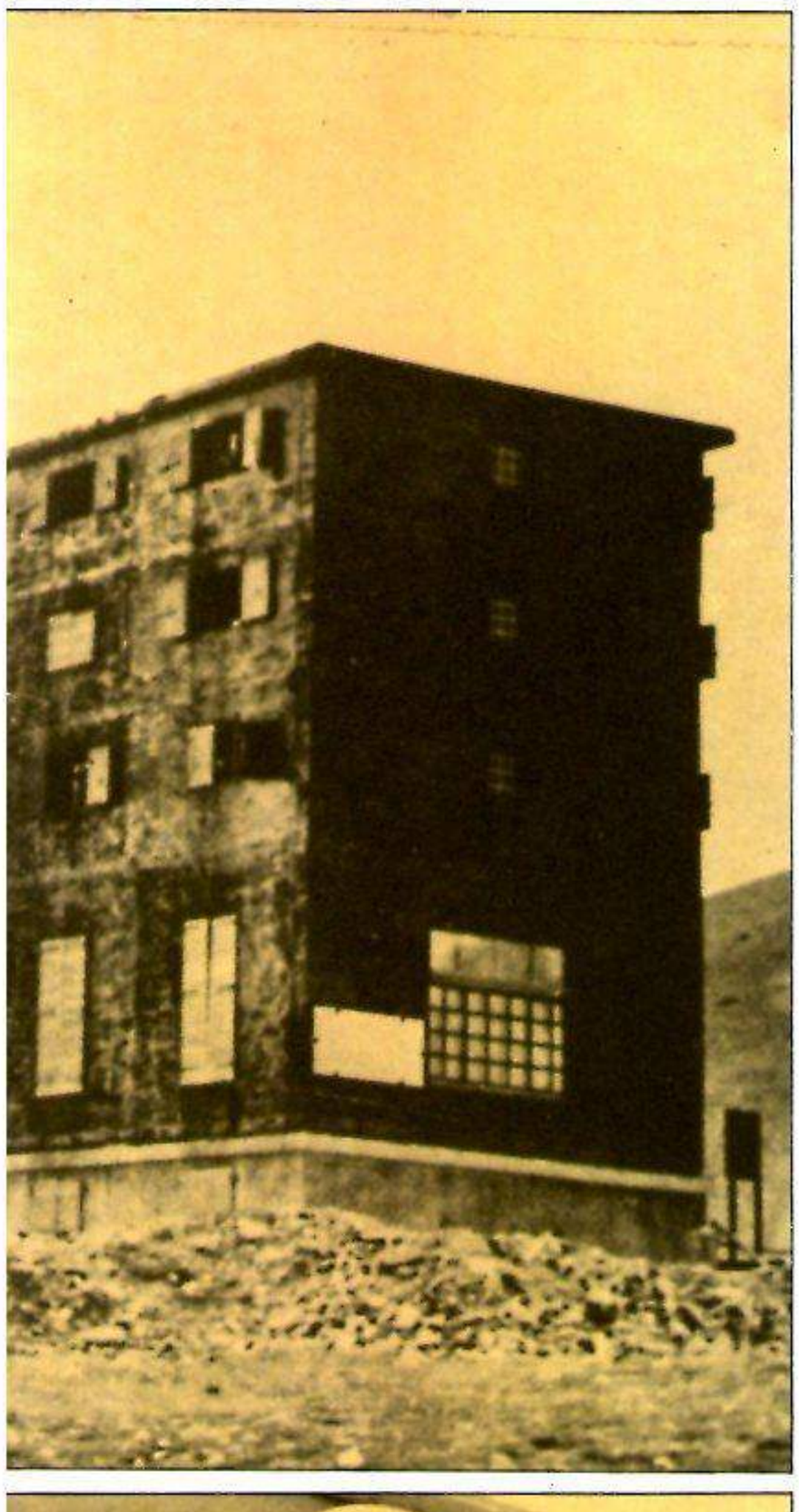
ocupó el asiento su secretario, De Cesare. La ambulancia partió velozmente haciendo sonar su sirena y lanzando destellos.

Por la tarde, cuando empezaba a oscurecer, se presentaba ante el *Führer* en el cuartel general de la «Guarida del Lobo» el capitán de las SS, Otto Skorzeny, que previamente había sido convocado por teléfono. Skorzeny, austriaco como Hitler, era oficial ingeniero en la División SS «Das Reich». El 18 de abril de 1943 había sido destinado como *Obersturmführer* al curso especial para el adiestramiento de la «Oranienburg». Se trataba de una unidad de comando especial de las SS, similar a la «Brandenburg» de la *Wehrmacht*. En mayo de 1943, Skorzeny, ascendido a *Hauptsturmführer,* recibió su propia tropa de comandos: la unidad especial «Friedenthal». En julio esta unidad preparaba, por orden del jefe supremo de las SS del Reich, una operación de sabotaje contra los altos hornos de Magnitogorsk. Pero, repentinamente, Skorzeny recibió una llamada por la que se le convocaba para un «encargo importante». «Mussolini, nuestro amigo y fiel aliado, ha sido traicionado por su rey y encarcelado por su propia gente. Ni puedo ni quiero dejar a este gran italiano en la estacada. Para mí el *Duce* es la encarnación de los últimos romanos orgullosos. Con otro gobierno, Italia nos abandonaría. Me propongo mantener mi confianza en el compañero de armas. Debe salvársele. De no ser así lo entregarán a los Aliados». Hitler prosiguió: «Le encomiendo la misión de cumplir este cometido tan importante para el desarrollo de la guerra: Mussolini tiene que ser liberado. Emplee los medios que considere necesarios para el cumplimiento de esta misión, que ha de resultar bien.»

«El 'Führer' es demasiado bondadoso»

Hitler impartió una orden: «...La misión deberá permanecer en el más estricto secreto. Tan sólo cinco personas deberán tener noticia de ella. Quedarán supeditadas al mando de la *Luftwaffe* y a las órdenes del general Student. Ya le he informado previamente. Debe ponerse al habla con él para que le comunique los pormenores. Espero tener pronto noticias de usted. Le deseo mucha suerte.» Luego el *Führer* lo despidió con un apretón de manos. Un ordenanza lo acompañó después al despacho del general de paracaidistas Kurt Student. Cuando se encontraban los dos reunidos, llegó el jefe de las SS del Reich, con sus quevedos pasados de moda, pantalones de montar, botas altas. Himmler hizo un análisis de la situación política en Italia, pasando





Cazadores paracaidistas se lanzaron cerca del hotel de invierno Campo Imperatore, que se levantaba en el Gran Sasso, prisión de Mussolini durante agosto y septiembre de 1943 (foto superior)

Cosechó casi en solitario todos los laureles de la liberación del «Duce»: Otto Skorzeny (a la izquierda, durante el vuelo desde el Gran Sasso, con Mussolini; arriba, como «Sturmbannführer» con la Cruz de Caballero).

revista a militares, políticos y nobles, a los que dividió en traidores y aliados. Como posible colaborador en la acción prevista, Himmler recomendó al agregado policial en Roma, Herbert Kappler, y al intérprete y enlace con la casa real y el Vaticano, *Oberführer* de las SS, doctor Dollmann. El jefe de las SS lanzó una especie de suspiro: «Lo más razonable sería encarcelar al papa, al rey, a Badoglio, a todos los traidores. Pero el *Führer* es demasiado bondadoso». Himmler volvió a suspirar, se puso en pie y se marchó. «Skorzeny, ordene usted que pasen cincuenta hombres de su unidad a la División 2 paracaidista –estableció Student–. Cuide de que estos hombres reciban uniformes de paracaidista. Provéase usted mismo lo antes posible de un uniforme de la *Luftwaffe*. Mañana a las 8 se trasladará usted conmigo, como ordenanza, a Roma.»

Skorzeny se puso al habla con su ayudante y compatriota. *Obersturmführer* Karl Radl, y puso en estado de alerta a los hombres de la «Friedenthalt». A las 5 de la madrugada, el comando se encontraba ya dispuesto. Skorzeny se acostó a las 3,30 en un cuarto reservado en el cuartel general del *Führer* para los invitados.

Mussolini fue retenido, al principio, en el cuartel de los *carabinieri* de Podgora, en el Trastevere. Luego se le transfirió, cuando llegó la noche, a la escuela de policía de la Via Legnano. Incluso esa noche que pasó allí Mussolini no fue para él un indicio de que se encontrara detenido. Sin embargo, a la mañana siguiente se personó en el lugar el general Ferone con una carta del mariscal Badoglio.

«...El jefe del Gobierno considera oportuno comunicar a su excelencia que las medidas que se refieren a su persona solamente se han ordenado en su propio interés. Tenemos informaciones recibidas por distintas fuentes según las cuales se preparaba un complot contra usted. Estoy personalmente a su disposición para dar las órdenes oportunas destinadas a que pueda ser trasladado con las debidas atenciones al lugar de residencia que prefiera.»

El *Duce* exigió entonces ser trasladado a su casa en Rocca delle Caminate. En la noche del 27 de julio el general Polito recogió al *Duce* en la Via Legnano. «...Cuando descorrí las cortinillas del auto hacia un lado me convencí de que no íbamos en dirección norte sino hacia el sur. '¿Es que no vamos a Rocca delle Caminate?', pregunté a Polito. 'No. Se ha producido una contraorden'». Mussolini fue trasladado a Gaeta y conducido a bordo de la corbeta *Persefone:* inmediatamente el buque levó anclas y puso rumbo hacia la isla de Ponza.

En el aeródromo de Pratica di Mare, al sudoeste de Roma, tomaba tierra la División 2 de cazadores paracaidistas. Con ellos llegaba a Italia el comando «Friedenthal». Los hombres de las SS con uniforme de paracaidista ocuparon acto seguido tres barracas cercanas a las pistas. El 27 de julio por la tarde Skorzeny y Radl se presentaban al *Sturmbannführer* Kappler.

El agregado policial tenía ya un aviso de que Mussolini había sido trasladado en una ambulancia al cuartel de los *carabinieri* del Trastevere... pero allí se había perdido la pista.

Además de esto, Kappler sabía de la visita del mariscal Kesselring, en la víspera, a Badoglio y Victor Manuel III. Se trataba de una visita de información. «Badoglio aseguró al mariscal que no sabía dónde podría encontrarse el *Duce*. Esto solamente lo conocía el rey. El rey, por su parte, dijo que no tenía ni idea de dónde podría estar el *Duce*. Que esto solamente lo podría saber Badoglio.»

El 28 de julio se dio al fin con una primera pista. El ingeniero de la *Luftwaffe* Dessauer y el contramaestre Laurich manifestaron haber observado en el puerto de Gaeta cómo Mussolini era trasladado a bordo del *Persefone*. Student, que recibió la noticia a través de von Kappler, voló hacia el cuartel general del *Führer* el 1 de agosto.

Hitler puso en estado de alerta cuatro submarinos y las unidades ligeras de la 4.ª Flotilla de escolta. El objetivo era encontrar el *Persefone*. A la misma hora más o menos Kappler comunicaba a través del jefe de las SS del Reich que el *Duce* debía de encontrarse retenido en la isla de Ventotene. Entretanto Himmler había recibido la notificación de que Mussolini había quedado internado en Santo Stefano.

Ahora Hitler se proponía poner en juego el 1.er Regimiento de cazadores paracaidistas y los buques de la 4.ª Flotilla; el punto de operación era la isla rocosa situada al este de Ventotene.

Pero el servicio de información de los fascistas, que habían pasado a la clandestinidad, reveló un dato importante. Mussolini no se hallaba en Ventotene ni en Santo Stefano.

Se pierde de nuevo la pista

Mussolini se encontraba en la isla de Ponza. «...Allí viví varios días plenamente aislado. Empleé mi tiempo en traducir al alemán las 'Odas Bárbaras', de Carducci, y en leer hasta el final la 'Vida de Jesús'.»

El 8 de agosto se identificó el lugar de estancia del *Duce*. El capitán de fragata Hunaeus, jefe de Estado Mayor adjunto al almirante italiano en Cerdeña, comunicó que Mussolini se encontraba en la

¡Tomad las armas! Ya se conoce la misión. Un puñado de paracaidistas se dispone a partir para liberar al *Duce*. Sonrientes, confiando en su fuerza y en su arrojo, van a la lucha, animados del espíritu del Fuerte Emael, de Creta, de Catania...

¡Alarma aérea! Atacan bombarderos enemigos. Los paracaidistas se refugian en cráteres formados por bombas.

DOCUMENTOS

El corresponsal de guerra de las PK, teniente Bruno von Kayser, logró estas instantáneas de la acción de los paracaidistas que liberaron a Mussolini.

El prisionero del Gran Sasso: Benito Mussolini. ¿Qué hacemos con sus guardianes, que han quedado desarmados? «Que se les deje libres», responde el liberado. Luego, se dirige al *Fieseler Storch*.

«¡Feliz regreso!» A dos mil metros de altitud los libertadores vitorean al *Duce*. El *Storch* despega. Abajo, en todos los rincones de Italia, miles de «camisas negras» le esperan a él, el forjador de Roma, el renovador de Italia.

fortaleza marítima de La Maddalena, en el cabo norte de la isla... En la Villa Kern.
El general Student y el capitán Gerhard von Kamptz, jefe de la 4.ª Flotilla, ordenó que se pusieran en práctica todas las medidas oportunas para liberar a Mussolini en La Maddalena. La brigada de operaciones «Reichsführer SS» deberia trasladarse de Córcega a Cerdeña. Las unidades alemanas ligeras de la Armada estacionadas en las dos islas, la escuadrilla de aviones de la Armada con base en el lago Bracciano, el 1.er Regimiento de paracaidistas, fueron puestos en estado de alerta. En La Maddalena permaneció en un puesto de vigilancia el suboficial Warger. Oigamos a Skorzeny: «...Más abajo de Villa Kern se encontraban junto al puerto numerosas barracas militares. Las ocupaban unos doscientos guardiamarinas. En los muelles atracaron dos viejos hidroaviones italianos. Me coloqué un uniforme de la Marina y me fui con Warger hacia la fortaleza. Una doble guardia de *carabinieri* recorría la calle arriba y abajo. Junto a la puerta se hallaba apostado un nido de ametralladoras. Warger y yo llevábamos una cesta con ropa sucia. Nuestro objetivo era la casa inmediata a Villa Kern, que se encontraba algo más alta. Warger entregó en ella la ropa a unas mujeres italianas, para que la lavasen.» Skorzeny aprovechó la oportunidad para desaparecer tras la esquina de la casa. Desde el punto elegido podía observar perfectamente la terraza de la villa.
En ella bromeaban varios *carabinieri*, empujándose. De Mussolini, ni rastro.
El avión de emergencia, posado en el agua del puerto desde el 7 de agosto, ya no estaba allí. «...El 28 de agosto mi marido abandonaba La Maddalena a bordo de un hidroavión», contaría Rachele Mussolini. «El aparato se posó en las aguas del lago Bracciano, a unos sesenta kilómetros de Roma. En una ambulancia Benito fue trasladado a una pequeña aldea, Assergi, cerca de L'Aquila, donde permaneció tres días.»
Una vez más se perdía la pista de Mussolini. El servicio de información alemán, los fascistas, la gente del SD de Kappler... nadie sabía dónde se encontraba el *Duce*.
Se le había trasladado al hotel de invierno Campo Imperatore, en lo alto del Gran Sasso, a 2914 metros de altura. «Solamente se me permitió una vez abandonar el hotel en la cumbre del Gran Sasso –diría más tarde Mussolini–. Un *carabinieri* me acompañó en el paseo. Tuvo que vérselas muy negras para contener a los cuatro perros lobos que llevó consigo. En un momento se alejó un trecho y luego volvió hacia mí. Uno de los perros había encontrado un trozo de guerrera de cuero y unos pantalones de terciopelo.» «Los alemanes le buscan, *Duce*, comentó el hombre. Le informaré, no se preocupe.»
El mensaje llegó el 7 de septiembre a manos de la policía de campaña alemana en el cuartel de Kesselring, en Frascati. Pasando por Kappler la nota llegaba hasta el Estado Mayor del general Student, que también se encontraba en Frascati.
El miércoles 8 de septiembre de 1943 despegaba de un campo de Pratica di Mare un *He 111* provisto de cámara automática para obtener fotografías desde el aire. A bordo iban el capitán Gerhard Langguth, del XI *Fliegerkorps*, Skorzeny y Radl. El aparato sobrevoló los Abruzzos a 5000 metros de altitud. Debido a ello los elementos de disparo de la máquina se helaron y no pudieron accionarse. Como durante el vuelo no se podía abrir la escotilla de acceso, Langguth y Skorzeny rompieron un segmento de uno de los cristales con el fin de tomar algunas fotos con la cámara manual. El *He 111* sobrevolaba entonces el Gran Sasso, la meseta situada a dos mil metros de altura sobre la que se levantaba el hotel Campo Imperatore.

«¡Vuelo en picado, vuelo en picado!»

En las rocas, en los escarpados precipicios, todavía se apreciaban pequeñas manchas de nieve. Tras una vuelta sobre Rimini y Riccione, el *He 111* volvió a poner rumbo al macizo montañoso. Ahora tomó la cámara Radl. Cuando regresaban a Pratica di Mare, la tripulación observó cómo los americanos bombardeaban Frascati. La ciudad, los cuarteles, quedaron trillados. A las 18,30 capitulaba Italia. El rey, su familia, Badoglio, el *Commando Supremo*, huyeron con un convoy de 60 automóviles. Un tren de mercancías con los objetos de valor del antiguo aliado de Alemania se encontraba ya en la frontera suiza. Al amanecer del 9 de septiembre desembarcaba en Salerno el Ejército 5 de los Estados Unidos.
A la cumbre del Gran Sasso se llegaba mediante escarpadas sendas de montaña y un funicular. La estación de Asserghi, en el valle, se hallaba ocupada por *carabinieri*. La carretera de Aquila, cortada con árboles y puestos de vigilancia. La única posibilidad de llegar al hotel Campo Imperatore era la que mostraban las fotos tomadas desde el aire. Pero no eran fotografías estereoscópicas; es decir, no reflejaban una imagen plástica. Con todo, podía observarse la existencia de una ladera rocosa ligeramente inclinada delante del hotel.
El general Student decidió, apenas contempladas las fotos, que Mussolini habría de ser puesto en libertad por el I Batallón del Regimiento de paracaidistas 7. Al mando de la unidad actuaría el comandante Harald Mors. Student ordenó que la 1.ª Compañía del Regimiento 7, al mando del teniente coronel barón von Berlepsch, tomase tierra con 12 planeadores en la pequeña explanada que existía ante el hotel. Skorzeny y 17 hombres seleccionados del comando «Friedenthal» utilizarían para ello los veleros tercero y cuarto. El *Hauptsturmführer* Menzel, el *Obersturmführer* Radl y el *Untersturmführer* Schwerdt tomarían también parte. Los tres habían solicitado poder volar con ellos y Student había concedido el permiso correspondiente. Skorzeny y sus hombres no recibieron orden alguna. Por mandato del comandante Mors, la 2.ª Compañía, cazadores de acorazados, el mando del I Batallón y la 3.ª Compañía deberían avanzar el 12 de septiembre (domingo), a las 3 de la madrugada, hacia Aquila, pasando por Ferentio y Capistrello. La sección de vanguardia la conducía el teniente coronel Weber.
Pero la cuestión era si los cazadores paracaidistas podrían desarmar inmediatamente a la guardia del hotel apenas hubiesen tocado tierra en el Gran Sasso, antes de que el *Duce* pudiera ser ejecutado. Cabía imaginar que los *carabinieri* habrían recibido una orden en ese sentido.
Radl recomendó que se retuviese al general de *carabinieri* Soleti. Éste, como jefe superior, podría evitar con su presencia y con una orden que la guardia fusilase a Mussolini.
A las 5 de la madrugada del domingo, 90 paracaidistas y 17 hombres del comando «Friedenthal» se dirigían al aeródromo. Doce planeadores del tipo *DFS 230* y los aviones remolcadores estaban ya dispuestos en las pistas. Student repitió una vez más y ordenó que, en cualquier caso, únicamente se permitían aterrizajes suaves. Quedaron expresamente prohibidos los aterrizajes en picado. El capitán Langguth, que debería iniciar la operación desde el primer remolcador, comunicó hora de partida, altitud y recorrido. La hora de despegue se fijó para las 13. El tiempo previsto para el recorrido de unos 100 kilómetros era una hora.
A las 9 Soleti se encontraba todavía en un lugar desconocido. Aún no había aparecido. El *Obersturmführer* Radl corrió a Roma y trajo al general hacia Pratica di Mare. Student informó a Soleti sobre los pormenores de la acción de rescate en vías de desarrollo y le rogó que volara con él para evitar la posibilidad de un fusilamiento del *Duce*.
Student despidió a los paracaidistas y a los hombres de las SS con un apretón de manos. Skorzeny llevó consigo al

Honras fúnebres por Otto Skorzeny en julio de 1975. En la foto, las numerosas condecoraciones alemanas y extranjeras concedidas al fallecido, «Standartenführer» de las SS.

general de *carabinieri* y le hizo ocupar un sitio en su planeador, al lado de los demás que se mantenían a horcajadas en el estrecho listón dispuesto a tal efecto. A las 13 en punto los remolcadores entraron en acción y los veleros se remontaron volando en círculos hasta tomar altura e iniciar su curso.

A tres mil metros se observaban nubes blancas. El teniente Meyer-Wehner que volaba en el planeador de Skorzeny anunció entonces: «Ya no tenemos ante nosotros a los remolcadores uno, dos y tres. Asumo el control yo mismo.»

Los tres primeros remolcadores, al mando del capitán Langguth, se desviaron instantes después del despegue de la ruta de vuelo fijada. Los veleros no lograban tomar altura.

A las 14 horas, en el minuto preciso, los planeadores sobrevolaban el Gran Sasso. Al poco se soltaban amarras. Skorzeny ordenó con urgencia: «¡Vuelo en picado, vuelo en picado! ¡Tan cerca como podamos! ¡En caso contrario fusilarán al *Duce*!» El teniente Meyer-Wehner hizo capotar el planeador frenando con el ala izquierda. Silbando, trepidando, el *DFS 230* rebotó en la pequeña meseta escarpada. El paracaídas de freno se rasgó. Se oyó un golpe. El aparato se astillaba, crujía. La escotilla de salida salió despedida violentamente. El avión tocó tierra a unos 15 metros escasos del hotel.

Skorzeny, los ocho hombres de las SS, el teniente Meyer-Wehner y Soleti corrieron hacia la entrada del hotel. En un breve intervalo tomaron tierra en el mismo lugar otros siete veleros. Uno de ellos capotó, viró en picado y se estrelló. *Mani in alto!*, exclamaron los hombres mientras penetraban en el hotel. Soleti gritó: *No tirare*. La guardia quedó paralizada por la sorpresa. Los *carabinieri* no entendían nada de lo que estaba ocurriendo ni cómo habían aparecido de repente los alemanes.

El suboficial Himmel encontró al *Duce* pegado a la ventana de una habitación del primer piso. Himmel, Schwerdt, Holzer, Benz y Skorzeny habían corrido escaleras arriba, precipitándose luego por el pasillo. Tras abrir bruscamente la puerta de la habitación apareció ante ellos Mussolini, sin afeitar, demacrado, con el aspecto de un viejo. Dos oficiales de *carabinieri* se quedaron pasmados al contemplar a los alemanes. Schwerdt obligó a los oficiales a que fuesen delante de él por el pasillo. En ese momento el desconocido *Hauptsturmführer* que había sido Otto Skorzeny iba a protagonizar el gran episodio de su vida. Se presentó a Mussolini: «*Duce*, el *Führer* me envía».

Desde entonces hasta su muerte en Madrid, en julio de 1975, Skorzeny tuvo como especial profesión la de «libertador del *Duce*».

En el Gran Sasso, todo quedó después en manos del teniente coronel Berlepsch y del comandante Mors, que había llegado al hotel mediante el funicular. Tal y como se había planeado, el comando destinado a la estación del valle había operado con absoluta precisión. Después de que los *carabinieri* quitaron las piedras más voluminosas de la pequeña explanada del hotel Campo Imperatore, tomó tierra el capitán Heinrich Gerlach con su aparato *Fieseler-Storch*. Mussolini, envuelto en su negro capote de invierno y tocado con sombrero de ala, entró en el pequeño avión. Para susto de Gerlach, también ascendió al aparato Skorzeny con su pesada humanidad.

Gerlach se aprestó a despegar. Inclinado ligeramente hacia la izquierda el *Storch* logró tomar altura sobre las rocas de la pequeña meseta. En vuelo en picado, a unos treinta metros escasos del valle de Arrezano, Gerlach consiguió poner en ruta el aparato. En Pratica di Mare el capitán Melzer saludó al *Duce* en nombre del general Student. Acto seguido Mussolini voló en un *He 111* hacia Viena. Lógicamente, a su lado también iba Skorzeny. Una vez en Viena la plana mayor nazi cumplimentó al *Duce* en el hotel Imperial. El lunes emprendía vuelo hacia Munich también en compañía de Skorzeny en un *Ju 52*.

El 15 de septiembre, con un tiempo radiante, Adolf Hitler recibió en el campo de aviación de Rastenburg, en Prusia Oriental, a su aliado el *Duce*. En aquel momento dijo Skorzeny: «Mi *Führer*. Misión cumplida.» Hitler lo ascendió inmediatamente a *Sturmbannführer* y le concedió la Cruz de Caballero, así como también al capitán Gerlach y al teniente Meyer-Wehner. El mariscal del Reich, Hermann Göring, tuvo que regañar al flamante *Sturmbannführer* porque se había empeñado en volar en el *Fieseler-Storch*, pero al final le concedió la medalla de vuelo en oro. Mussolini, por su parte, le agradeció su acción otorgándole la encomienda de los «Cien Mosqueteros» y la daga de honor de la milicia fascista.

Con motivo de la fiesta de acción de gracias por la cosecha, en octubre, los hombres de la «Friedenthal» fueron agasajados en el Palacio de los Deportes berlinés. En cambio, los del 7.º Regimiento de paracaidistas morían en combate contra los norteamericanos del Ejército 5.

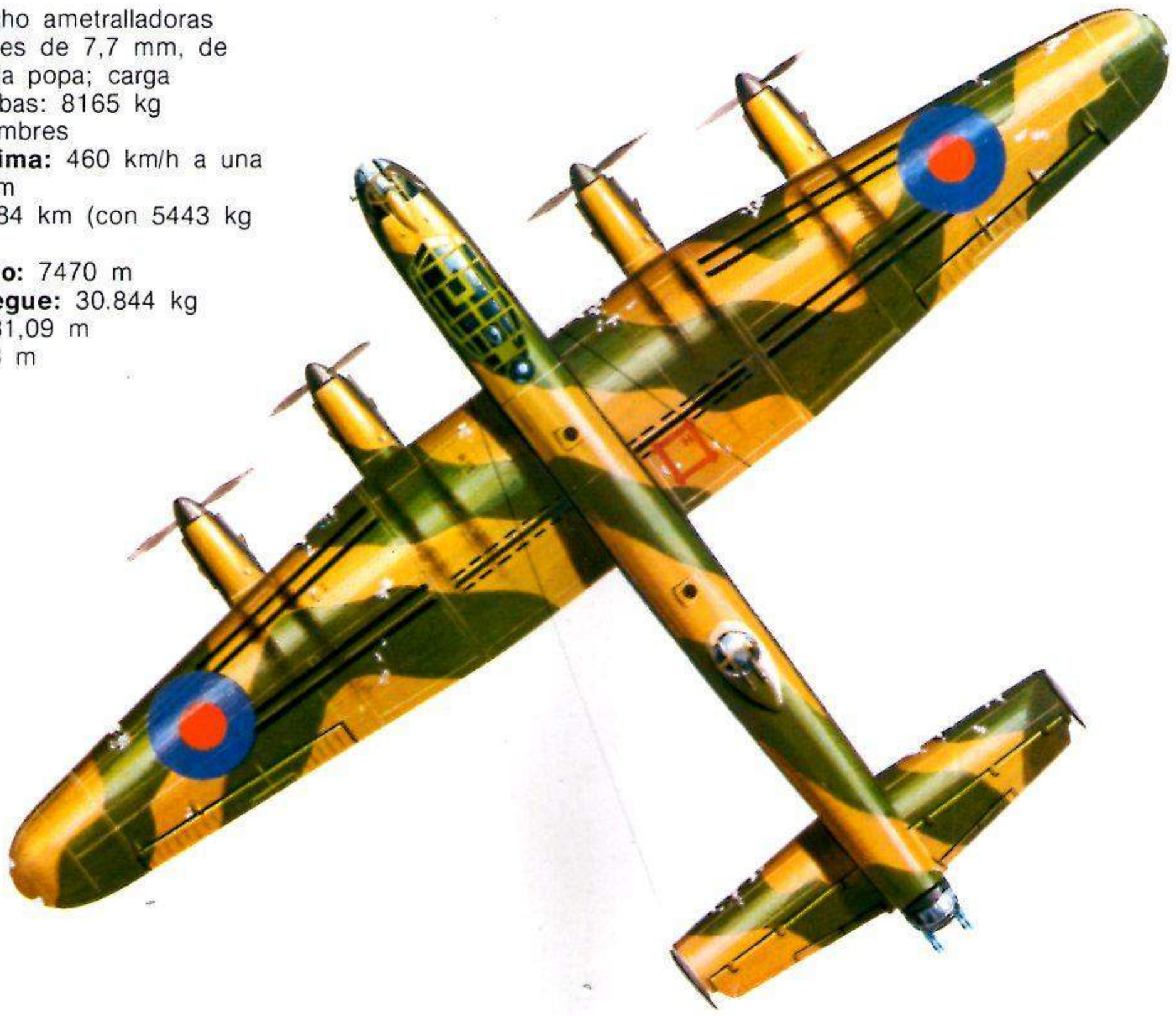
□

Bombardero pesado norteamericano Boeing B-17 G Flying Fortress para operaciones diurnas a largas distancias

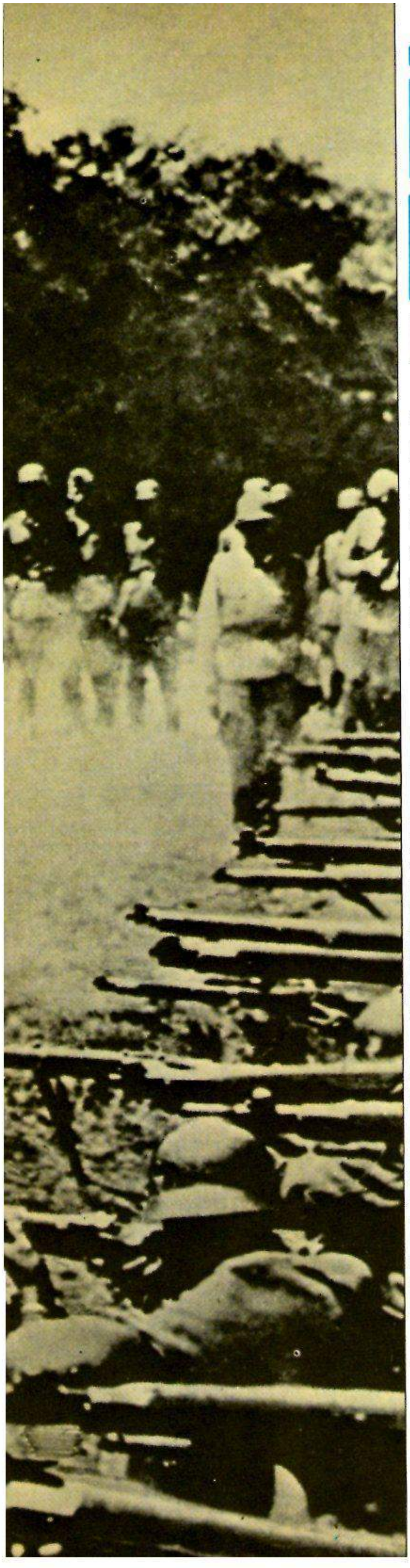
Propulsión: cuatro motores de estrella Wright-Cyclone GR-1820-97, cada uno de 1200 CV
Armamento: trece ametralladoras Browning abatibles de 12,7 mm; carga máxima de bombas: 4880 kg
Dotación: 11 hombres
Velocidad máxima: 438 km/h a una altura de 9150 m
Autonomía normal: 2980 km
Techo operativo: 10.680 m
Peso de despegue: 32.720 kg
Envergadura: 31,64 m
Longitud: 22,26 m
Altura: 5,85 m

Bombardero pesado británico Avro Lancaster B. I para operaciones nocturnas

Propulsión: cuatro motores Rolls Royce Merlin XX o 22 V, cada uno de 1280 CV
Armamento: ocho ametralladoras Browning abatibles de 7,7 mm, de ellas cuatro en la popa; carga máxima de bombas: 8165 kg
Dotación: 7 hombres
Velocidad máxima: 460 km/h a una altura de 3500 m
Autonomía: 2784 km (con 5443 kg de bombas)
Techo operativo: 7470 m
Peso de despegue: 30.844 kg
Envergadura: 31,09 m
Longitud: 21,13 m
Altura: 5,97 m



DIE
POLIZEI
IM FRONTEINSATZ



¡EJECUCION IMPLACABLE!

LA GUERRA DE PARTISANOS EN EL ESTE

Cuanto más se prolongaba la campaña de Rusia, tanto más iban recubriéndose de indicaciones especiales los mapas operativos de los Grupos de Ejércitos alemanes: campos marcados a plumilla con la indicación «territorio controlado por los partisanos» se extendían cada vez más en la retaguardia del frente y se ampliaban sin cesar. Las tropas alemanas jamás lograron terminar con los partisanos. Günter Deschner apunta a continuación los motivos.

No había demasiadas cosas que pudiesen privar del habla al alertado ministro de Propaganda, el cinico doctor Joseph Goebbels. Mas en la primavera de 1942 llegó ese momento. Lo que no pudo lograr el fracaso de la guerra relámpago de Alemania contra Inglaterra, lo que no consiguió la crisis de invierno a las puertas de Moscú, lo alcanzaron algunos puñados de rusos sobre los que no había nada escrito, sobre los cuales el «doctor» no había redactado disposición alguna: los partisanos.

El 6 de marzo de 1942 escribió el «doctor», muy malhumorado, en su diario: «Un informe del SD me orienta sobre la situación en la Rusia ocupada. Es más precaria de lo que cualquiera podría imaginar. El peligro de los partisanos se incrementa de semana en semana. Los partisanos dominan regiones enteras en la Rusia ocupada y ejercen en ellas su terror».

El 16 de marzo de 1942 anotaba: «La actividad de los partisanos ha crecido de nuevo desmesuradamente durante las últimas semanas. Los partisanos llevan a cabo una premeditada y bien organizada guerrilla. Resulta muy difícil hacerles frente».

El 29 de abril del mismo año: «En los territorios ocupados persiste el peligro de los partisanos. Nos han creado graves dificultades durante el invierno y estas dificultades no han desaparecido con la llegada de la primavera».

Cuando Goebbels anotó estas extrañas y desconcertantes observaciones en su diario no hacia sino referirse a la cúspide del iceberg. Un año después, en 1943, la guerra de los partisanos se convirtió en un problema grave de cuantos aquejaban al Ejército alemán del Este: a los tres Ejércitos de la *Wehrmacht*, los rusos enfrentaban, por así decirlo, un cuarto Ejército: el ejército en la sombra de los partisanos. La puesta en práctica de una guerra relámpago moderna, que se había desarrollado en función de unos medios bélicos nuevos o mejorados junto con un nuevo criterio táctico-operativo, se acreditó en fases sucesivas, también en la inmensidad del Este europeo, pero no trajo consigo la victoria. Por el contrario, allí donde la guerra relámpago había tenido su efecto inmediato se producía en seguida una segunda guerra, detrás y al lado de las grandes batallas, caracterizada por su viejo estilo, propio de siglos pasados, y con claros paralelismos con la acción de los cazadores en continentes lejanos.

Con una suave ironía un ruso buen conocedor de la guerra de partisanos

Durante largo tiempo los alemanes no aplicaron más que una receta en la guerra contra los partisanos: la violencia. Los guerrilleros y todos aquellos que les ayudaban fueron fusilados sin apelación posible. La «intervención» de la policía en el frente no perseguía más que aplastar el movimiento de los partisanos.

utilizaba el símil del trampero y los indios. Cualquiera que se hubiese propuesto recorrer sano y salvo en 1943, como viajero, la Rusia ocupada y Ucrania –escribe– se hubiera formado, partiendo de las imágenes percibidas a través de las ventanillas del tren, una idea tal que le hubiera hecho dudar de si realmente se encontraba en el año que indicaba su calendario.

Lo que el viajero podría haber visto hubiera sido esto: «A ambos lados de las vias, una franja de terreno talado de unos trescientos metros de anchura, el desmonte allanado, en muchos lugares arado y rastrillado. A lo largo del tendido férreo, a una distancia de pocos cientos de metros, se levantaban casas en bloques, sobre todo cerca de nudos de comunicaciones y puentes, encrucijadas y canales. Las casas tenían paredes dobles de madera, aspilleras, y se hallaban fortificadas con muros de tierra en derredor. Los edificios de las estaciones se habían convertido también en pequeñas fortalezas, mediante empalizadas para evitar el efecto de los disparos de las ametralladoras. Todo era como en tiempos de los pioneros del salvaje Oeste americano, cuando los colonos se protegian así contra los ataques de los indios».

A decir verdad se podían hacer también otras observaciones que habrían sacado al imaginario viajero de su sueño de recorrido por el pasado. Al lado y entre los bloques de casas, empalizadas y puestos de vigia alemanes había por todas partes huellas directas de los partisanos: raíles levantados, puentes incendiados y destrozados por la dinamita, cruces bloqueados, vagones descarrilados, locomotoras reventadas. Por todas partes se veían ferroviarios alemanes fusilados por los partisanos y partisanos ahorcados por los alemanes.

El Estado Mayor no se inquieta

Esta situación tuvo su punto de partida el 22 de junio de 1941, cuando Hitler despachó de un modo expeditivo, como si fuese un papel desechado con destino a la papelera, mediante la Operación «Barbarroja», aquel pacto antinatural con la Unión Soviética de Stalin. En las instrucciones para esta operación tan sólo se menciona la posibilidad de una guerra de partisanos con una sola frase: «Los guerrilleros deben ser liquidados implacablemente por la tropa, ya sea en combate o cuando se encuentren en fuga.»

En Alemania apenas existía un criterio sobre tácticas de lucha en guerras pequeñas, en guerrillas, y, desde luego, tal criterio no estaba en el ánimo de la generación que ocupaba el Estado Mayor. Aunque había un tomito en la

«pequeña serie gris» de la editorial Voggenreiter, dentro de la sección científico-militar, escrito por el general de Estado Mayor Arthur Ehrhardt en 1935, bajo el título «Guerrilla», este autor se refería a la utilidad futura de esta táctica para terminar concluyendo que no sería útil.

En la misma serie se incluía un estudio con los revolucionarios criterios de Guderian sobre la guerra de carros acorazados, y otra obra de un coronel francés plenamente desconocido llamado Charles de Gaulle. Mientras las teorías de los partidarios de la guerra de blindados prosperaron, el estudio de Ehrhardt sobre la guerrilla pasó sin más trascendencia a descansar en las estanterías de las bibliotecas. Así se explica la sorpresa de los soldados alemanes de la guerra relámpago al encontrarse por primera vez con el fenómeno de la guerra de partisanos.

El que esta guerrilla se hiciese presente en todas partes obligaba a un replanteamiento especialmente enérgico.

Primer impulso: once días después del ataque alemán, Stalin se dirige por radio al pueblo soviético y proclama, junto con la política de «tierra quemada», la guerra de partisanos: «En los territorios ocupados por el enemigo deben formarse secciones de partisanos a caballo o de a pie y grupos divisionarios para luchar contra las secciones del ejército enemigo. Será misión de los partisanos la voladura de puentes y de carreteras, la destrucción de las líneas de comunicaciones telefónicas y telegráficas, en cualquier momento y en cualquier lugar... En los territorios ocupados deben imponerse unas condiciones insoportables al

Fotografía superior: los ferroviarios alemanes, aquí con una ametralladora cobrada a los soviéticos, eran el objetivo predilecto de los guerrilleros. Los tendidos ferroviarios eran muy apetecidos por los guerrilleros de la resistencia.

Fotografía inferior: los alemanes emplearon también a voluntarios rusos en la represión de los movimientos partisanos. Estos voluntarios acabaron por lo general uniéndose a los guerrilleros.

Bekanntmachung.

1) Für die Beschiessung einer kleineren Polizeigruppe durch Banditen aus dem Hinterhalt, wobei ein Polizeioffizier schwer verletzt wurde,

2) für den Uberfall auf eine Polizeistreife im Kreise Wolkowysk, wobei ein deutscher Gendarm und ein einheimischer Schutzmann von den Banditen ermordet wurden,

wurde zur Befriedung des Bezirks Bialystok am 23. 7. 1943

1) das bandenverseuchte Dorf Kniacowodce, Kreis Grodno, abgebrannt und die Dorfbewohner erschossen,

2) 100 als Anhänger oder Angehörige der polnischen Widerstandsbewegung festgestellte und festgenommene Personen mit ihren Familien aus dem Bezirk Bialystok erschossen und ihr Vermögen eingezogen.

Die Bevölkerung von Kniacowodce hat laufend Verbindung mit Bandengruppen unterhalten und Banditen immer unterstützt.

Nicht erschossen worden sind die Familien von Kniacowodce, die sich einwandfrei verhalten und bei den deutschen Behörden um Schutz gegen die Banditen nachgesucht haben.

Wer Banditen unterstützt, den trifft die härteste Strafe! Er bringt sich und seine Familie ins Unglück.

Wer das Auftreten und den Aufenthaltsort von Banditen meldet, hat meinen Schutz und den Schutz aller deutschen Stellen.

Bialystok, den [illegible] Juli 1943

Der Kommandeur
der Sicherheitspolizei und des SD
für den Bezirk Bialystok

Izquierda: la administración alemana en los territorios ocupados en los que operaban los partisanos no siempre daba a la población la seguridad que prometia; también los partisanos ofrecian protección pero sólo a quienes accedieran a colaborar con ellos. En el cartel se dan a conocer severas medidas de represalia contra la población de una aldea polaca.

enemigo y a quienes lo ayuden, de modo que sean acosados incesantemente y aniquilados. ¡Hay que lograr el fracaso de todas sus medidas!»

Segundo impulso: la orden de Stalin para la organización de la guerra de guerrillas fue seguida y aplicada inmediatamente por todos los puestos del Gobierno y del partido en los territorios más inmediatos al frente. La guerra de partisanos no se desarrolló partiendo de improvisaciones sino mediante una preparación previa sistematizada.

Un antiguo soldado de transmisiones del Grupo de Ejércitos B diría después de la guerra durante un proceso militar aliado: «Se me había encomendado entre enero y febrero de 1941, es decir, medio año antes de que estallase la guerra, que tradujera las informaciones del periódico militar soviético "Estrella Roja" y que escuchase las emisiones radiadas para el Ejército Rojo. De todo ello deduje que en numerosos lugares de la Unión Soviética se desarrollaban ejercicios de guerrillas en los que participaba la población civil. Este fenómeno se observaba especialmente en la zona de Moscú, en Rusia Blanca y en Ucrania».

Así fue posible que, tras la orden de Stalin, comenzara inmediatamente la guerra de guerrillas. Sólo en Rusia Blanca había 28 comandos de sabotaje, todos ellos enviados en los primeros días de la guerra al frente cerca de los aeródromos de campaña alemanes o depósitos de municiones. Estos comandos serían el núcleo de los que se iban a formar más adelante.

De un modo especial se crearon a toda prisa comités de partisanos en las regiones aún no ocupadas por la *Wehrmacht* alemana con vistas a acciones ulteriores. «Al principio cada uno de ellos no tenía más que siete hombres», según cuenta el jefe de partisanos ucraniano Fiedorov, que se refiere al modelo que luego se impuso en todo el país. «Cada uno de estos siete hombres era responsable de un cometido concreto dentro del movimiento de resistencia. Mientras cuatro se ocupaban de la organización, de la construcción de refugios y almacenes de aprovisionamiento o de la preparación de la propaganda o de acciones de lucha, los otros tres estaban destinados a la supervisión de los oficiales y personal de mando y a cumplir funciones de escolta y protección personal».

Fiedorov fue también un activo funcionario comunista en Ucrania, y todos los aspirantes a integrarse en sus unidades de partisanos eran igualmente militantes del partido. Pronto contaría con quinientos hombres. Todos ellos fueron seleccionados por el partido desde el punto de vista de la disponibilidad política y se les proveyó de documentos personales falsos de modo que, una vez se produjese el temido encuentro con los soldados alemanes, se les facilitara el trabajo.

Instrucción en el bosque

Se había dispuesto previamente la creación en los bosques de campamentos dotados con abundantes armas y munición, comestibles, zapatos y papel para la labor de propaganda. Todos estos preparativos los había llevado a la práctica cada comité en un tiempo récord de dos semanas. Habían comenzado el 4 de julio. El 18 del mismo mes 200 hombres abandonaban la ciudad para dedicarse a un período de instrucción en los bosques cercanos al rio Snov. Un grupo de caballería, un grupo de infantería y un comando de dinamiteros serían las formaciones de integración inmediata. Se había acordado con el Estado Mayor del Ejército Rojo que no habría lucha defensiva en este sector. La *Wehrmacht* debía ser conducida a la guarida de los partisanos.

El propio Fiedorov abandonó con otros treinta comunistas disponibles la ciudad de Chernigov pocos días después de que fuese ocupada por tropas alemanas. Tras una marcha a pie de doce días se unió a los partisanos establecidos en los terrenos pantanosos del río Snov. Él y los hombres de su Estado Mayor llevaban puestos trajes de trabajo y se hicieron pasar en cada aldea por prisioneros de guerra puestos en libertad. Fiedorov se admiró de la negligencia con que la *Wehrmacht* reforzaba los territorios de retaguardia ya conquistados: «Ni en sueños habría podido imaginar que en pleno día podría utilizar los caminos, y no sólo los caminos sino también las calles de los pueblos». Otros partisanos también observaron cómo la *Wehrmacht* era tan complaciente que incluso se les ofrecía una parte en el rancho de los soldados.

Partiendo de este modelo se formaron por todo el país las primeras unidades de partisanos. Al principio fueron pocas las unidades alemanas que experimentaron directamente los efectos de la lucha de guerrillas. Estas acciones se orientaron en primer lugar contra parte de la propia población rusa. La principal amenaza para estas tropas guerrilleras provenía de aquellos rusos que se habían resuelto a confiar en los alemanes tras la expulsión de los comunistas de las zonas ocupadas y el establecimiento de un nuevo orden político en ellas. Estos rusos asimilados trataban, como ancianos del lugar o alcaldes, «starosten» o como simples funcionarios de orden, de mantener sus aldeas fuera del alcance de los partisanos de modo que, al tiempo, les dejasen en paz los alemanes y no se vieran amenazados por expediciones de castigo.

Los ancianos del lugar, asesinados

Los partisanos se sentían mortalmente amenazados por estos rusos. Si a un partisano, que debe moverse entre el pueblo «como un pez en el agua», se le priva del apoyo de ese pueblo es como si fuera un pez al que se arroja en tierra seca. Sin esta ayuda el guerrillero carece de provisiones y de noticias sobre movimientos de tropas, no cuenta con posibilidades de ocultamiento ni con refugios lo bastante seguros ni, cuando cae herido, se le presta el debido auxilio.

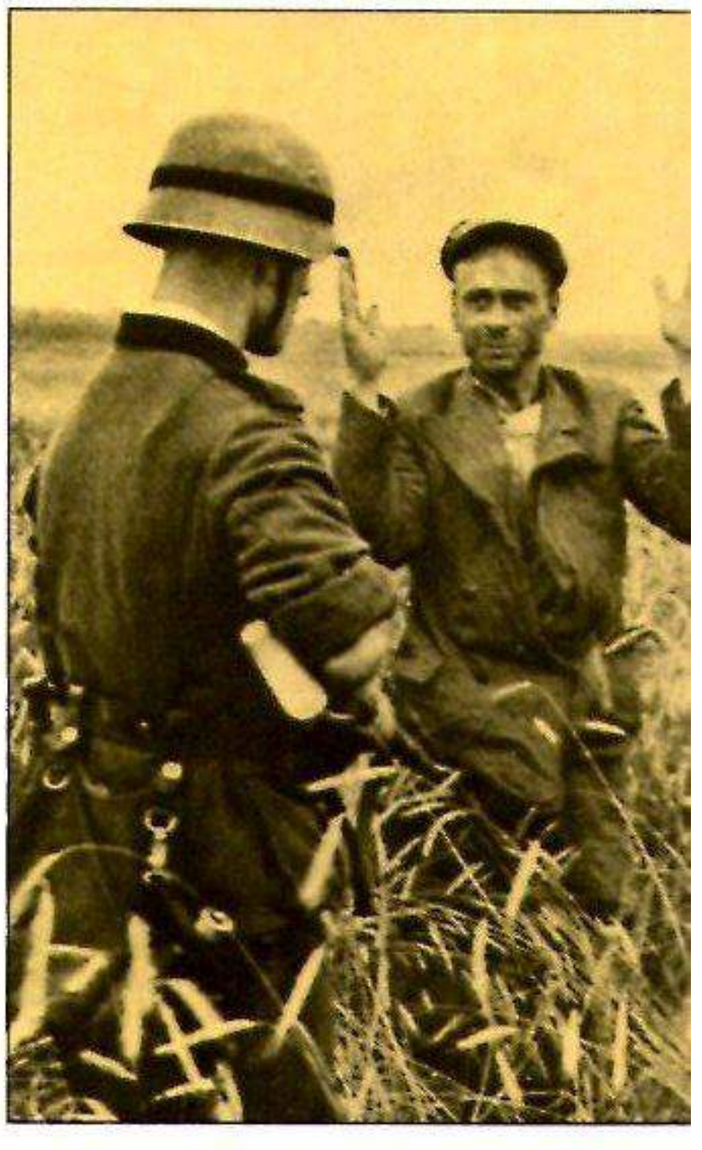
Tan pronto como los partisanos eran suficientemente fuertes en un pueblo, eran asesinados sin piedad los ancianos del lugar y los representantes del orden interno. El jefe partisano Linkov escribiría después de la guerra que «los perros de presa fascistas habían demostrado un exceso de fidelidad a sus señores. Había que atenuar por ello su celo desmedido». Los ancianos de los pueblos, como perros que eran, no tenían por qué ser fusilados, sino muertos a palos, sus familias exterminadas o secuestradas. Otros «starosten» quedaron tan atemorizados que aceptaron cumplir los deseos de los partisanos, sabotearon toda colaboración con los alemanes o por lo menos cambiaron su punto de vista para terminar diciendo: «No he visto nada, no he oído nada». Los partisanos eran otra vez dueños y señores de sus territorios: los peces volvían al agua.

Tras esta fase de consolidación pudieron comenzar los primeros ataques contra los alemanes. Soldados, enlaces y puestos de vigilancia se vieron asaltados. Las líneas de aprovisionamiento de los alemanes comenzaron a sufrir las amenazas de los guerrilleros. En un informe del OKH de finales de julio de 1941 se dice ya que los partisanos constituían «el peligro más serio», pero sus acciones de entonces no eran suficientes como para conmover al mundo. En otro informe de un comando especial del grupo de ataque D se habla de un par de expediciones de patrulla en tierra de nadie contra los partisanos, pero los encuentros decisivos entre la *Wehrmacht* y los guerrilleros que pudiesen tocar mortalmente a una de las partes contendientes, aún no se producían.

La tropa no tomaba en serio a los partisanos

Tan sólo a nivel regional, por ejemplo en Crimea, en el territorio encomendado al Ejército 11, los guerrilleros se convirtieron en un problema. El oficial del contraespionaje del Ejército 11 informó en su momento de la existencia de una organización partisana bien preparada y férreamente dirigida en la zona sur de Crimea. Esta organización disponía de pequeñas y grandes bases de operaciones en los montes de Yaila y contaba con abundantes armas, alimentos, ganado y todo tipo de existencias. Diez días después el comandante supremo de la misma unidad alemana advertía en una orden del día que la tropa no tomaba suficientemente en serio a los partisanos.

La situación cambió de signo a raíz de la crisis de los ejércitos alemanes del Este durante el invierno que pasaron a las puertas de Moscú. En ella quedó de



Lo cotidiano en la vida de los guerrilleros: instrucción en un campamento del bosque (arriba). Munición lanzada en paracaídas en el momento en que es recogida y se procede a su distribución (centro). Instrucción sobre armamento con un subfusil ametrallador capturado al enemigo (abajo). Un partisano cae prisionero de los alemanes (derecha).

manifiesto que la guerra de guerrillas no se llevaba a cabo desarticuladamente, sino que en realidad estaba ordenada desde arriba y bien organizada. En consecuencia sólo se podía sacar partido de ella si el enemigo, con sus propias debilidades, con sus propios errores, creaba las circunstancias adecuadas.

La actividad de los partisanos se hacía notar en oleadas crecientes: su fuerza creció en gran manera a partir del invierno 1941/42 y, luego, tras la derrota alemana en Stalingrado y, en una tercera oleada, tras la derrota en la batalla del saliente de Kursk, en el verano de 1943.

Los numerosos errores en el trato dado por los alemanes a los campesinos de las tierras ocupadas fueron causa decisiva de que las tropas de los partisanos se viesen cada vez más nutridas. Los fusilamientos en masa por los grupos ejecutores de la policía de seguridad y del SD, las medidas de expropiación y de pillaje a cargo de la *Wehrmacht* y de las organizaciones para combatir a las bandas armadas, de los que resultaron víctimas rehenes indefensos; la decepción de las esperanzas de una mayor independencia nacional causada a rusos y ucranianos; la anulación de la agricultura colectivizada y las condenas a trabajos forzados en Alemania, todo esto llevó a campesinos y trabajadores, que habían tratado de escapar del poder de Stalin, a los brazos de los partisanos.

Mientras al comienzo de la campaña del Este incluso bandas rusas «blancas» actuaron a placer, expulsando de sus territorios de acción a los restos fugitivos del Ejército Rojo y se defendieron contra los partisanos «rojos», muy pronto la actitud de la población comenzó a cambiar lentamente a partir del verano de 1942. Aquellas tropas comunistas aisladas dentro de la población que eran los partisanos terminaron por convertirse en un verdadero movimiento nacional. Así los partisanos llegaron a ser un verdadero peligro para los ejércitos alemanes del Este. El ocupante no sólo se veía molestado por el hostigamiento de los guerrilleros sino que incluso éstos le infligían rudos golpes perfectamente calculados, que llevaron a concederles a los partisanos un peso específico dentro de una estrategia general. Las posiciones de la artillería alemana saltaron por los aires, transportes de tropas corrieron la misma suerte, refinerías de petróleo ardieron hasta consumirse y empresas vitales quedaron reducidas en sus posibilidades. Las cosechas fueron arrasadas mediante un fuego sistemático; la población de las ciudades, expuesta a la inanición, terminó por encontrarse madura para ingresar en el movimiento guerrillero.

En varias fases, la *Wehrmacht* trató de dominar la plaga de bandas incontroladas. En septiembre de 1941 el general Reinhardt, comandante en jefe del 3.er *Panzerarmee*, diría en una orden lo que sigue: «El soldado alemán no viene como conquistador sino como libertador de un sistema de gobierno criminal. El soldado alemán debe ser portador de una paz y de una seguridad. ¡La construcción puede comenzar!» La construcción pacífica, objeto de la orden, fue continuamente dificultada por «vulgares delincuentes» que operaban contra la *Wehrmacht* alemana. El general comunicó a la población civil: «Tenemos que exigiros que de ninguna manera apoyéis a los criminales, ya sean individuos o bandas organizadas, sino que nos ayudéis a combatirlos.» Se dispusieron como estímulo recompensas en metálico, alimentos o ganado, recompensas que se reforzaron con amenazas: «1. Quien ayude a un soldado del Ejército Rojo o a un partisano será castigado con la pena de muerte y ahorcado. Esta disposición también afecta a las mujeres. 2. El que cometa un atentado, un acto de sabotaje u ocasione cualquier daño a instalaciones militares alemanas será ahorcado en el mismo lugar como escarmiento. Si no se encuentra a los autores inmediatamente, se tomarán varios rehenes de entre la población civil. Todos ellos serán ahorcados si los autores, o sospechosos, o los cómplices no se entregan en el plazo de 24 horas.»

Lo que se escondía detrás de tal ordenanza era el puro terror con el que los ocupantes trataban de compensar el terror que aplicaban los partisanos a la población. El temor respecto de los alemanes tenía que ser a toda costa mayor que el miedo a los partisanos. Por ambas partes se puso en marcha una maquinaria tal de terror que lo que se llevó a cabo en esta guerra desde esta perspectiva supera todo lo vivido hasta entonces por la humanidad. Un oficial alemán que luchó contra los guerrilleros en el Batallón 25 letón relata qué les ocurría a los soldados que caían en manos de los partisanos. He aquí un caso: «Un comando se hallaba en misión de escolta en el trayecto del ferrocarril Yelsk-Buianovici. En diciembre los partisanos de Saburov volaron un tren en este sector. Los dos vagones blindados enganchados a la locomotora descarrilaron por efecto de la explosión. Los partisanos ataron a 17 soldados letones de tal modo que no podían escaparse. Luego les arrancaron la lengua y los ojos.»

Relatos como éste se encuentran prácticamente en todos los informes de las unidades que combatieron al lado de los alemanes contra los guerrilleros. A medida que los ocupantes conquistaban un campamento partisano fueron encontrando muertos a todos sus prisioneros, cuyos cadáveres aparecían mutilados.

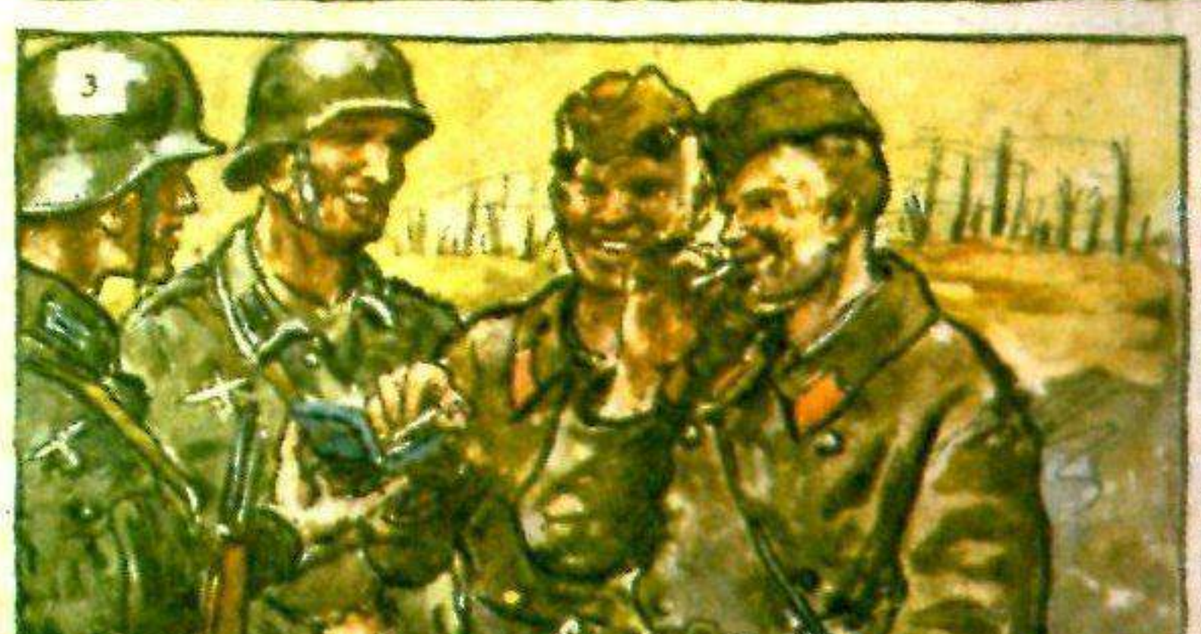
Sin ninguna protección legal

La ley de los partisanos era precisamente la carencia de toda ley en un sentido amplio: su táctica no se adecuaba a las leyes de la guerra, ni se sentían vinculados a cualquier otra normativa de derecho civil, que, desde luego, no les amparaba a ellos. Con todo, en la Convención de La Haya y en la práctica jurídica americana y británica –al menos así se ha observado en los tribunales de estos países tras la guerra– la acción de los partisanos no tenía por qué contravenir necesariamente los principios de La Haya: los partisanos pueden ser considerados combatientes «legales», «justos» incluso. En consecuencia los guerrilleros son acreedores a la protección de la Convención de La Haya, con tal de que cumplan cuatro requisitos:

- Deben estar organizados y sometidos a un mando superior que se haga responsable de las acciones de los subordinados.
- Los integrantes de un comando guerrillero deben lucir un distintivo que les identifique a una distancia equivalente a un tiro de fusil.
- Deben llevar sus armas a la vista.
- Deben observar las leyes y usos de la guerra.

Si los partisanos respetan tales normas, en ese caso –de acuerdo con el derecho internacional– deben ser tratados como prisioneros de guerra al caer en poder del enemigo.

Por lo que hace referencia a los partisanos soviéticos, es indiscutible que no cumplieron algunas de estas normas. Así se estimó durante un proceso por crímenes de guerra, después de la contienda. Comparecía como acusado un mariscal alemán. Los testigos declararon: «Los partisanos no tenían uniforme definido. Casi siempre vestían de paisano. El único distintivo era la estrella de cinco puntas. La experiencia demostró que no se les podía identificar en la distancia. Tampoco llevaban a la vista sus armas. Esto, lógicamente, tenía como consecuencia el que los integrantes de tales organizaciones no fuesen tratados como prisioneros de guerra. Los acusados no han cometido delito alguno si mataron a tales prisioneros procedentes de las filas del mo-



Дружественное отношение к бывшему неприятелю.

Для германской народной армии препятствий не существует.
Всякое дальнейшее сопротивление — бессмысленное кровопролитие!

vimiento de la resistencia que fueron los guerrilleros».
En consecuencia, según esta teoría, los «cazadores de partisanos» alemanes podían arrogarse el derecho a matar sin más a los guerrilleros que caían en su poder. Pero perdieron toda medida en la lucha contra un enemigo invisible. Las tropas alemanas, inoperantes en este terreno, terminaron cometiendo atrocidades contra todo derecho, fusilamientos en masa y torturas, y acabaron por incrementar el odio que se les tenía. Ante los pelotones de ejecución alemanes cayeron no solamente los partisanos prisioneros; no sólo éstos eran colgados de las horcas alemanas, sino también los «cómplices de los partisanos» y muy pronto también, y sin un criterio selectivo, los «sospechosos». Y hay todavía más: ni tan siquiera así se logró dominar a los guerrilleros. Las incesantes expediciones de castigo, verdaderas operaciones militares gigantescas en las que tomaban parte miles de soldados y hasta decenas de miles, terminaban fracasando estrepitosamente. Éste fue el final de acciones con nombres tan rimbombantes como «Fiebre de los Pantanos» (1942), «Fiesta de la Cosecha» (1943), «Caza de liebres» y «Mago de Invierno», «Fulgor de Disparo» y «Cazador furtivo», «Temerario» y «Fiesta de Primavera» (1944). En la Directiva número 46, de agosto de 1942, Hitler había establecido que se aplastase de una vez para siempre la acción partisana en la retaguardia. Por primera vez se exigía en la primera instancia alemana que las tropas ocupantes hiciesen todo lo posible para granjearse la confianza de la población. Al tiempo las unidades alemanas tenían que intensificar su dureza en la lucha contra los guerrilleros: el ejército debería adoptar una actitud «justa pero enérgica» respecto de la población. También se ordenaba que se centralizase la aplicación de las medidas oportunas orientadas a combatir a los partisanos. El jefe de las SS del Reich se ocuparía de reunir todas las experiencias acumuladas en la represión de guerrillas con el fin de examinarlas y deducir alguna conclusión.
Por su parte Himmler ordenó: «Por motivos psicológicos, no volverá a emplearse la palabra 'partisanos', introducida por los bolcheviques y tenida por ellos en gran veneración». El término se suplió por los de «bandas» y «bandidos». En consecuencia la lucha contra los partisanos se denominaría «represión de bandas en el Este». Como responsable inmediato de este cometido fue nombrado el *Gruppenführer* SS Erich von dem Bach-Zelewsky, que había adquirido experiencia, en materia de lucha contra los guerrilleros, en su calidad de jefe máximo de las SS y de la policía en Rusia Central.
Unidades del ejército, formaciones integradas por rusos, bálticos, ucranianos, tropas de las SS y de la policía, pero también bandas tan oscuras en cuanto a su actuación como las Brigadas Dirlewanger y Kaminski cometieron los mayores desmanes so pretexto de «pacificar» el Este. Sin embargo, a pesar de los éxitos parciales que consiguieron estaban muy lejos de lograr la victoria definitiva sobre los partisanos, y eso que en esta lucha se emplearon más de 200.000 hombres.

Demasiado tarde para imprimir un giro a la situación

Uno de los «cazadores de partisanos» que obtuvo mayores éxitos, el oficial letón Valdis Redelis, comentaría con amargura la última razón del fracaso alemán: «No es posible combatir un movimiento partisano y una resistencia de nuevo cuño empleando exclusivamente procedimientos militares. El éxito sólo se puede lograr si se utilizan implacablemente todos los medios disponibles, militares, políticos y psicológicos».
Cuando esta teoría empezó a ponerse en práctica por parte alemana, de modo que los partisanos comenzaron a ser combatidos por otros comandos guerrilleros del mismo estilo; cuando la teoría de Hitler-Himmler sobre el «infrahombre eslavo» empezó a hacer agua entre los soldados alemanes que perdían la fe en su propia supremacía militar, desanimados por los éxitos de los partisanos, entonces ya era demasiado tarde para imprimir un giro a la situación. El Ejército soviético conquistaba sin cesar territorios rusos o ucranianos, apoyado en ellos por los grupos de guerrilla.
A pesar de todo lo expuesto los partisanos no fueron un factor decisivo en el desenlace bélico. Esto se desprende de la comparación cuidadosa de fuentes soviéticas y alemanas: lo que hubieran podido aportar a la victoria de Stalin 243.000 partisanos, quedaría compensado con la participación en la guerra, al lado de los alemanes, de 600.000 voluntarios rusos y ucranianos antiestalinistas. □

Gesamtergebnis:

Datum	Banditen	Juden	Zigeuner	Sonderbehandelte	eigene Verluste
22.11.	-	-	-	15	1 Toter
23.11.	4	8	7	287	2 Tote
24.11.	14	-	-	268	1 l.Verwundetr 1 Toter
25.11.	42	2	-	68	
26.11.	-	-	-	-	-
Gesamt:	60	10	7	638	4 Tote 1 l.Verwundeter
			715		

Die Feindverluste am 24.11. konnten nicht restlos festgestellt werden, da es dem Gegner gelang, im dichten Waldgelände Verwundete und Tote selbst zu bergen.

Beute:
2 s.M.G.
10 Gewehre
2 M.Pi.
1 Leuchtpistole
Munition, Handgranaten,
1 Fu-Gerät,
1 Radio-Gerät.

Ausserdem wurden grosse Mengen Lebensmittel, Getreide und Vieh erbeutet und den La-Führern zugeleitet.

En 1944 se aplicó un nuevo criterio en la lucha contra los partisanos, a la vista del fracaso del empleo de medios puramente militares. El «manual para la lucha contra las bandas» proponía la aplicación de métodos psicológicos orientados a debilitar la estructura interna del movimiento partisano. Las persecuciones implacables (arriba, el informe de una operación llevada a cabo en noviembre de 1942) debían terminar. La nueva teoría resultó útil también a las tropas regulares. Como refleja la historia propagandística en imágenes que reproducimos en la página opuesta, los soldados del Ejército Rojo serían bien acogidos si se pasaban al lado alemán.

CRONICA

POLITICA

CUESTIONES MILITARES

CULTURA Y TECNICA

1944

1. 3.: Hitler recibe al jefe del Gobierno croata, Manditsch, y a su ministro de Asuntos Exteriores en el cuartel general de la «Guarida del Lobo».

6. 3.: Finlandia abre negociaciones intensivas con la URSS con vistas a un eventual abandono de la guerra.

19. 3.: Hitler concede una entrevista sobre el problema finlandés al delegado del periódico sueco «Stockholms Tidningen». En su última entrevista, Hitler afirma: «Valoro en el mismo sentido en que fueron pensadas las condiciones para un alto el fuego dadas a conocer por los soviéticos. Con ellas tan sólo se trata de colocar una cuerda en torno al cuello de una víctima para tirar de la soga cuando se presente la primera ocasión».

22. 3.: Bajo presión alemana se produce en Hungría un cambio de Gobierno. Como jefe de Gobierno y ministro de Asuntos Exteriores es designado Dome Stzojay. Nuevo delegado del Reich alemán en Hungría será Edmund Veesemeyer, que asume las funciones de comisario del Reich. Con ello termina la fase de política autónoma de Hungría respecto de Berlín. Adolf Eichmann procede entonces a llevar a cabo sus acciones para el exterminio de los judíos magiares.

1. 4.: Hitler nombra al «Gauleiter» de Berlín, ministro de Propaganda Joseph Goebbels, gobernador de la ciudad de Berlín, con lo cual le otorga plenos poderes en la capital del Reich.

2. 4.: El Gobierno soviético declara que no se propone «anexionarse ni un ápice de territorio rumano ni alterar el orden social vigente en el país».

Goebbels, gobernador de Berlín, con el presidente de la policía de la ciudad, conde Helldorf.

12. 4.: El parlamento finlandés rechaza las condiciones de paz ofrecidas por la URSS.

20. 4.: Hitler recibe en el Berghof los parabienes de la «Wehrmacht», de las «Waffen» SS y de las personalidades del partido y del Gobierno con ocasión de su 55 cumpleaños. El número de los representantes extranjeros que acuden al acto se ha ido reduciendo progresivamente de año en año.

8. 3.: Hitler decreta su Directiva n.º 11 por la que define las funciones del «comandante de la plaza fuerte»: «Debe ser un soldado enérgico, especialmente elegido, y a poder ser con el rango de general. Este soldado debe estar dispuesto a cumplir su deber hasta el final junto con sus hombres».

25. 3.: Comentario de Hitler al mariscal von Manstein sobre la situación del Ejército acorazado 1 cercado junto a Kamenets-Podolsk: «He vuelto a considerar una vez más la situación y accedo a su propósito en relación con un avance del Ejército acorazado 1 hacia el oeste. Con el corazón encogido he resuelto destinar a las tropas de ataque al Cuerpo SS recién enviado a occidente, así como a la División de Infantería 367 del Ejército acorazado 4».

30. 3.: Anotación del diario de Manstein: «Velada con el 'Führer'. Tras condecorarme me ha manifestado que ha decidido ocupar el Grupo de Ejércitos en otros cometidos. Considera concluido el tiempo de las operaciones de gran estilo en el Este para el cual yo he sido especialmente adecuado. Ahora ha llegado el momento de ofrecer una enérgica resistencia».

30. 3.: Hitler sustituye al mariscal von Manstein, comandante en jefe del Grupo de Ejércitos Sur (ahora de Ucrania Norte) por el mariscal Model. Igualmente sustituye al comandante supremo del Grupo de Ejércitos A (ahora Ucrania Sur), mariscal von Kleist, por el general Schörner.

30/31. 3.: Duro ataque aéreo británico contra Nuremberg. Los ingleses lanzan sobre la ciudad 169 t de bombas explosivas y 1391 t de artefactos incendiarios.

2. 4.: Hitler dicta su «orden operativa número 7»: «La ofensiva rusa en el sur del frente oriental ha superado su fase más aguda. Los rusos han gastado sus fuerzas. Ha llegado el momento de contener el avance ruso».

5. 4.: Los Aliados inician desde Italia una operación contra Rumania mediante una ofensiva aérea sobre los campos petrolíferos de este país.

8. 4.: El Ejército acorazado 1 alemán, cercado en Kamenets-Podolsk, emprende la retirada hacia el oeste.

10. 4.: El Ejército 6 alemán abandona Odesa. Constanza se convierte en puerto de aprovisionamiento del Ejército 17 germano-rumano establecido en Crimea y separado de las rutas terrestres.

12. 4.: Hitler ordena que «Sebastópol sea conservado en poder de los alemanes a toda costa» y prohíbe cualquier operación de repliegue del Ejército 17 de Crimea.

18/19. 4.: 125 aviones alemanes atacan Londres.

25. 4.: Hitler dicta una orden sobre «obligatoriedad del servicio militar y del trabajo por el Reich en relación con los apátridas». A partir de ese momento la obligación se extiende a todos los habitantes del Reich.

3. 3.: Estreno en Berlín de la película «La familia Buchholz», de Carl Froelich, con Henny Porten, Pau Westermeier, Grethe Weiser, Gustav Fröhlich, Elisabeth Flickenschildt y otros actores. Calificación: de grandes valores artísticos y populares.

5. 3.: Se unifican en Sankt Anton, Arlberg, dos pruebas de esquí alpino: los campeonatos alemanes de esta especialidad y las quintas competiciones de Arlberg. En la prueba masculina vence Engelbert Haider y en la femenina Annemarie Fischer.

11. 3.: Con ocasión del Día de los Héroes el Ministerio de Correos emite una serie de trece sellos conmemorativos con temas de la «Wehrmacht» y sus armas en pequeñas reproducciones realizadas por el profesor Anton, de Bremen.

12. 3.: La colección expuesta con motivo del 7.º domingo de cuestación de la Obra del Auxilio de Invierno (WHW), reportó unos ingresos de 64.740.672,70 marcos. Esta cifra supuso un incremento del 12,8 % en la cantidad recaudada con respecto al año anterior.

26. 3.: En los campeonatos alemanes de ping-pong, en Breslau, ganaría el título de campeón masculino individual el hamburgués Heinz Benthin. En damas, la ganadora sería la vienesa Trude Pritzi.

2. 4.: En la noche del 2 al 3 de abril se introduce nuevamente en Alemania el horario de verano.

6. 4.: Estreno de la película policíaca «El defensor tiene la palabra», con Heinrich George, Rudolf Fernau, Carla Rust y otros. Valoración oficial: De especiales valores artísticos.

12. 4.: El presidente del Tribunal Popular, doctor Roland Freisler, declara en el ayuntamiento de Hamburgo: «Quien elige la defección se convierte en asesino de nuestro pueblo».

14. 4.: Con ocasión del 55 cumpleaños de Hitler, el Ministerio de correos del Reich emite un sello de 54 + 96 pfenning, según diseño del pintor muniqués Gottfried Klein.

16. 4.: Veintiocho de los treinta y un campeones de «Gau» comienzan el campeonato de fútbol alemán correspondiente a 1944.

19. 4.: En la víspera del cumpleaños de Hitler Goebbels comenta: «Diez años después de la paz, en las ciudades alemanas apenas podrán observarse signos de la destrucción sembrada por el terror aéreo enemigo».

23. 4.: En el 25 campeonato de boxeo aficionado alemán, celebrado en Breslau con participación de ocho categorías diferentes, el «Gau» de Hamburgo se alza con cuatro títulos. En pesos pesados, Runge no contó con posibilidad alguna frente al hamburgués Ten Hoff.

23. 4.: Gisela Grass mejora su propio récord mundial de 100 metros braza en una piscina de Leipzig al lograr cubrir el recorrido en 1'19"4.

Retrato con señora: Heinrich Himmler en la boda de uno de los militantes de las SS. Para el jefe era muy importante que sus hombres se casaran y tuvieran muchos hijos.

LAS "FUENTES DE VIDA" DE HEINRICH HIMMLER

Ulrich Deister

«Las SS poseen sus propios burdeles –aseguraba el rumor–, en ellos los hombres de las SS pueden tener todas las mujeres que deseen». Himmler protestaba: «Nos salpican con esos sucios infundios». ¿Qué ocurría realmente en las «Fuentes de vida»? En cualquier caso, no lo que la gente creía. Los planes de Heinrich Himmler, jefe de las SS, eran fantásticos, pero en otro sentido, distinto del que insinuaban los rumores.

La noche envuelve los muros del palacio. El patio, sin embargo, se encuentra ampliamente iluminado; en el centro arde un buen fuego. A la izquierda se han situado las chicas con su uniforme de la organización femenina, pegadas unas a otras, mirando de vez en cuando hacia el otro lado, en el que se hallan los hombres, espléndidos ejemplares de las SS. También de este lado existe inseguridad y oscuro temor que se van venciendo poco a poco y que se refleja en las miradas que arrojan sobre el grupo femenino. Desde un pequeño podio, el jefe de la residencia habla sobre las obligaciones contraídas con las futuras generaciones y, por ende, del deber de ofrecer hijos al *Führer*. Nadie le presta atención. Por fin llega la orden de formar las parejas y éstas van desapareciendo en las habitaciones donde esperan los lechos creadores...

Estas escenas pueden verse en la película «Lebensborn» («Fuentes de vida»), realizada en los años cincuenta. La misma fantasía se había adueñado de los espíritus ya durante el III Reich cuando empezaron a correr las primeras noticias sobre la obra de las SS: «Lebensborn». Se decía que allí se engendraban nuevos ciudadanos racialmente puros, que se trataba de prostíbulos oficiales, centros reproductores en el que los sementales eran los hombres de las SS. Esta leyenda sigue todavía hoy en vigor.

¿Qué era exactamente «Lebensborn»? En sus orígenes una sociedad seria y útil. Heinrich Himmler, jefe de las SS, sabía cuidar de su gente. Las esposas de los militantes de las SS debían dar a luz en un lugar confortable. Y en el caso de que el SS no estuviera casado podía llevar allí a la muchacha que por obra suya hubiera quedado encinta. Las SS se encargaban de proteger a la joven madre, la aislaban del mundo exterior, se cuidaban de los documentos del recién nacido y arreglaban lo concerniente al subsidio y aun a la adopción, en el caso de que los padres tampoco desearan casarse más tarde. Se trataba de una sociedad privada y todos los hombres de las SS pagaban la cuota correspondiente. Entre 1936 y 1944 se fundaron 13 residencias de la obra «Lebensborn». El régimen interior era extraordinariamente severo: estaban prohibidas las visitas masculinas, salvo en casos especiales. En tales casos se concedía sólo el tiempo preciso para tomar una taza de café y, además, en presencia de una enfermera. Lo importante eran los ejercicios físicos, el cuidado de los bebés, el aprendizaje para llevar bien una casa, una vida saludable y, sobre todo, una alimentación adecuada. Heinrich Himmler mantenía correspondencia personal con los jefes de las residencias. Exigía que la avena estuviera presente en el plan de comidas: «Las madres deben acostumbrarse en nuestras residencias a comer avena y a nutrir con ella a sus hijos. *Heil Hitler!*» Cuando empezó a escasear la leche, los cocineros, sin decir una palabra, se propusieron hacer desaparecer el odiado plato, pero Himmler estaba al corriente de todo y precisó en una instrucción: «No hay motivo alguno para utilizar leche en la preparación de la avena. El jefe de las SS desea que en lo sucesivo la avena se cueza simplemente con agua.»

Fuera de estas extravagancias no había nada que reprochar a las residencias de la «Lebensborn», y si se tiene en cuenta la discriminación que sufrían por todas partes los hijos ilegítimos únicamente puede hablarse favorablemente de la institución.

Sin embargo, no era esta parte de la obra la que suscitaba la curiosidad del pueblo, sino la otra. Heinrich Himmler no cuidaba tan sólo del bienestar de su gente, cuidaba también del bienestar de la nación. Se dio cuenta del descenso de nacimientos incluso entre sus tropas y se dispuso a remediar la situación, valiéndose precisamente de las «Lebensborn». Y esto era lo que interesaba a la gente.

Himmler quería fomentar «la buena sangre». Cada hombre de raza pura debía procurarse descendencia, cada mujer debía concebir hijos. Y si no podía ser dentro del matrimonio, fuera de él. «Es una monstruosidad que una chica sana –decía Himmler a sus ayudantes–, por el hecho de que no consigue un marido, deba prescindir de tener hijos». En otros tiempos, aseguraba, la gente había sabido apañárselas. Y a continuación contaba los descubrimientos que, según él, había hecho estudiando el pasado de los germanos: «Había en cierta aldea una muchacha que estaba en edad de casarse pero no acababa de encontrar marido; una noche de eclipse de luna el padre tomaba de la mano a la muchacha y con los campesinos del lugar se dirigía a las afueras del poblado. La muchacha se colocaba sobre el dolmen, túmulo o monumento funerario y sagrado, en torno al cual los campesinos formaban círculos de espaldas a ella. El padre se había puesto de acuerdo previamente con uno de ellos, de su misma comunidad racial; éste abandonaba su puesto y allí mismo, sobre la piedra, amaba y poseía a la muchacha.»

Sin por ello dar muestras de intentar recurrir a los procedimientos de los antiguos germanos, lo cierto es que Himmler no ocultaba que lo importante eran los niños y no el procedimiento de traerlos a este mundo. Recomendaba a sus hombres tener por lo menos cuatro hijos. Cosa que más tarde precisó: cuatro hijos varones. Él mismo se cuidaba de incitar personalmente a los rezagados: «Querido Arnold –escribía a uno de ellos– según tengo entendido es usted el último hijo de la casa. Me da la impresión de que tiene usted el deber de casarse y hacer lo posible para que el apellido 'Arnold' no se extinga...»

La guerra impulsó a Himmler a acelerar sus planes. Mientras el resto de los jefes nazis sólo tenían ojos para la victoria, para el avance arrollador de las tropas, Himmler pensaba ya en los tiempos después de la guerra. Muchos hombres morirían en la contienda. A Himmler esto le parecía deplorable, pero no irremediable.

Lo que verdaderamente podía resultar terrible es el que no dejaran tras de sí suficientes herederos. En consecuencia, comunicó a los mandos de las SS y de la policía que en lo sucesivo no debían librar en absoluto a los padres de familia de realizar las misiones consideradas como peligrosas, sino todo lo contrario. De acuerdo con la práctica militar más tradicional eso suponía una revolución; para Himmler no era más que una consecuencia lógica: el soltero no debía morir mientras no dejara alguien para sucederle, mientras que el casado con toda seguridad había cumplido ya su misión, por lo que se podía prescindir de él. Si conseguía sobrevivir a la guerra le esperaban condecoraciones y subsidios. Recibiría una granja en el Este, no tendría que pagar impuestos y podría tener mujeres en abundancia.

Cada hombre de las SS debe tener un hijo

Pero todo esto era de cara al futuro. Por lo pronto, y antes de que la guerra causara grandes vacíos en las filas, cada hombre de las SS debía dejar la promesa de un hijo. El 28 de octubre de 1939, dos meses después de haberse iniciado la guerra, Himmler ordenó: «Cada hombre de las SS, antes de partir para el campo de batalla, debe dejar tras de sí la semilla de un hijo». «Lebensborn» se encargaría del cuidado de la futura madre.

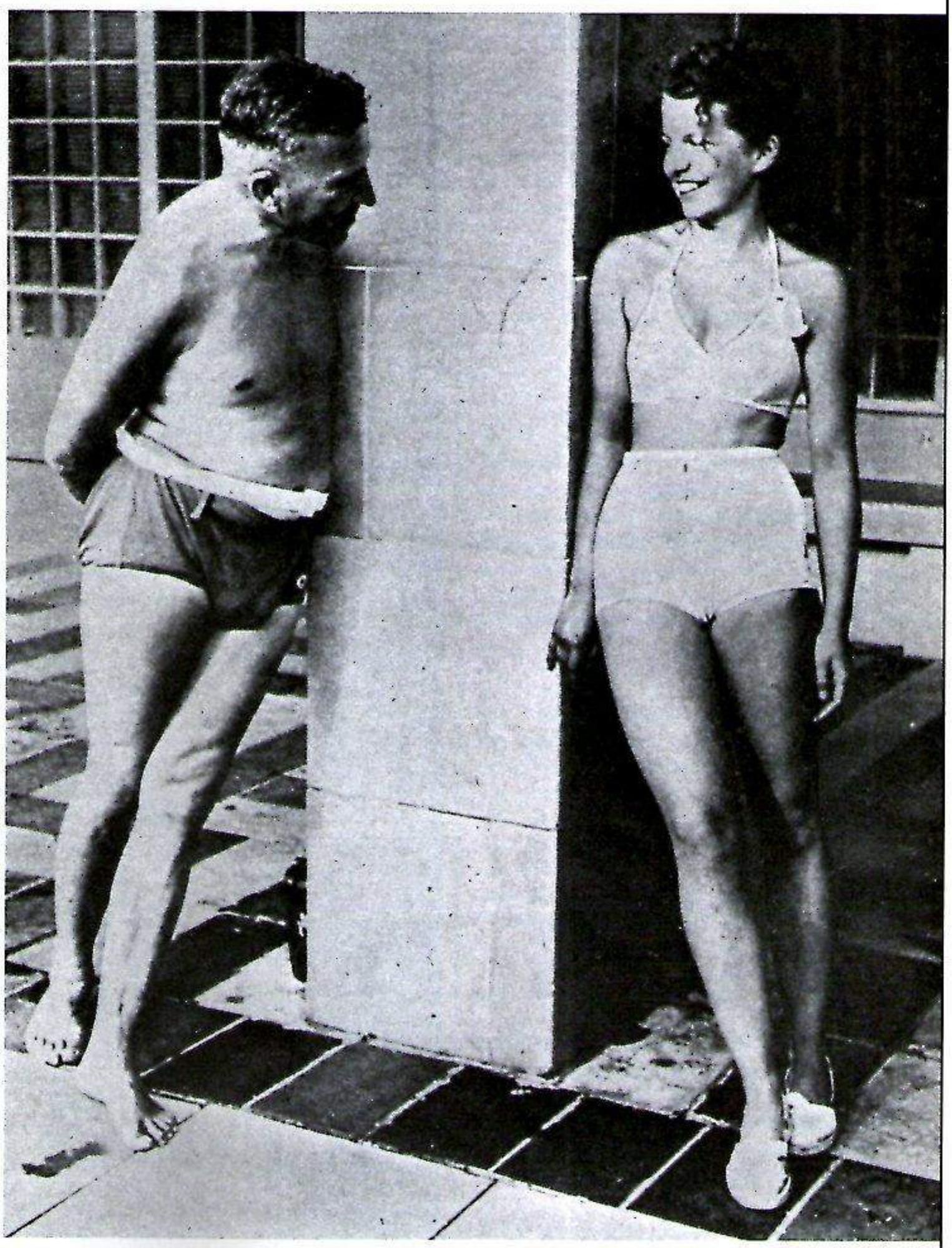
La orden topó con una clara resistencia. Y esto era lo curioso. Se podría creer que cada uno de los hombres se

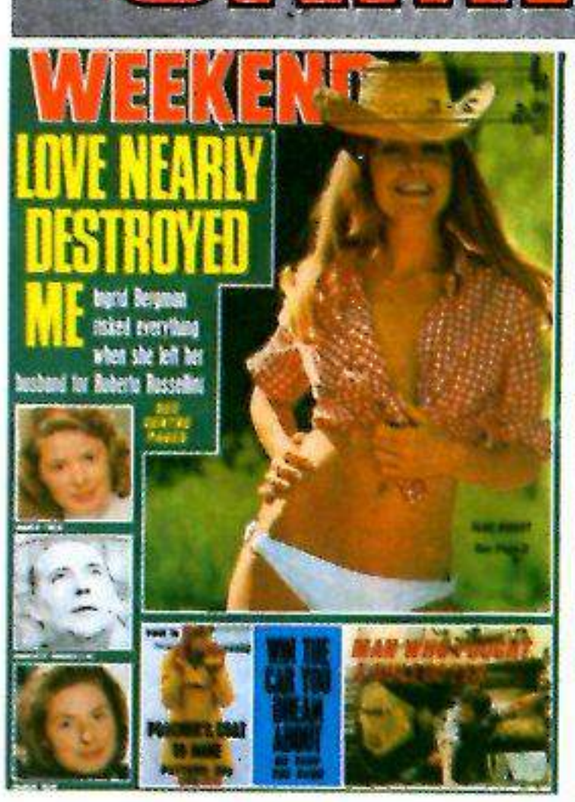
Hasta hoy sigue propalándose la leyenda de los prostíbulos de las SS. El semanario británico «Weekend» ofrece en este número a sus lectores una «visión» –nunca más acertado– de las residencias de amor de Hitler, donde las muchachas estaban obligadas a complacer a todos los visitantes y, naturalmente, también a los jerarcas nazis.

EXCLUSIVE TO WEEKEND

PREVIOUSLY UNPUBLISHED PICTURES FROM WARTIME GERMANY

INSIDE HITLER'S LOVE CAMPS





Girls had to entertain any chosen partners, including top Nazis. Soon after birth (below) their babies were taken

The Führer set up centres where 'Brides of the Fatherland' would mate with perfect strangers to produce a new Nazi elite. But the plan went horribly wrong

Con eso no se casa uno

Algunos pasajes del discurso pronunciado ante un grupo de jefes de las SS, en 1936, aniversario de la fundación de las «Fuentes de vida», permiten echar una ojeada en la moral pequeñoburguesa de Heinrich Himmler:

No se debe uno casar con lo que encuentra en los bailes y reuniones sociales. Con eso se puede pasar un buen rato. Esta es una cosa que tengo interés en dar a conocer a nuestros hombres: que no es preciso casarse con la pareja de la escuela de baile. Yo me doy cuenta, al pedir nuestros hombres el permiso oportuno, que muchos de ellos se casan con completo desconocimiento de lo que es el matrimonio. Muchas veces me pregunto: Pero, Dios mío, ¿tiene precisamente que ser un militante de las SS el que contraiga matrimonio con esta desgraciada, con esa jorobada y hasta imposible figura? Cuando se encuentra en un baile una muchacha que resulta más fácilmente abordable que otra de raza típicamente germánica, alemana o nórdica, no hay motivo alguno para casarse con ella de inmediato. Esta es una cosa que tienen ustedes que explicar a sus hombres.

En este terreno hay que procurar ver lo más posible; porque aquí entran muchos complejos burgueses y cristianos. Se dice: yo he salido con esta chica –aunque haya sido de acuerdo con el más estricto conformismo burgués– tres, cuatro o más meses; es cierto que he podido enterarme de que el hermano o el tío está encerrado en un manicomio, pero de hecho estoy prácticamente comprometido.

No, señores míos, de esto hay que enterarse antes. Uno debe saberlo antes si no es tonto de remate. Simplemente debe hablar con la chica sobre su familia y hacer que le cuente todas las intimidades sin necesidad de pasar por ineducado. Hay que proceder con tacto. Se puede hacer todo de la manera más natural y sin faltar a ninguna regla, empezando por hablar de la familia propia. Entonces será el momento de oír si la muchacha responde contando que su padre se ha suicidado o que su tía está encerrada en una clínica psiquiátrica, o que un primo es idiota. Al hombre le corresponde entonces dejar las cosas como están. En estos casos no se promete uno, ni sigue saliendo tres meses con la chica. El militante de las SS debe obrar siempre con franqueza y hablar abiertamente: lo siento mucho, no me puedo casar contigo; en tu familia se han dado demasiadas enfermedades graves y trascendentales.

La pregunta de cuántos hijos no es un asunto privado de cada uno, sino un deber para con nuestros antepasados y nuestro pueblo. Fundar buenos matrimonios carece de sentido, si no se engendra en ellos una nutrida sucesión. Yo espero que a este respecto las SS, y en especial sus dirigentes, actuarán de modo ejemplar.

Heinrich Himmler, 18 de septiembre de 1936

Las residencias de las «Lebensborn» –aquí la de Steinhöring (Baviera)– estaban situadas en lugares tranquilos y agradables. El principal cometido de estas instituciones consistía en cuidar del bienestar de las futuras y jóvenes madres.

sentiría satisfecho de cumplir tal cometido, respaldado además por una orden del jefe de las SS. Otras muchas órdenes de distinta trascendencia se habían dado y cumplido sin reflexionar excesivamente. Los hombres de Himmler no ponían reparo a empuñar las armas y matar gente, pero a la hora de engendrar un hijo intentaban camuflarse y buscar salidas airosas o, simplemente, se atrevían a replicar a sus superiores. Para entenderlo quizá sea preciso insistir sobre algunos matices.

En principio había un Estado nacionalsocialista para el que nada resultaba imposible y que producía la impresión, de puerta afuera, de constituir una poderosa e imponente fuerza de la que prácticamente toda Europa tenía buenas pruebas. Sin embargo, el Estado nacionalsocialista no era idéntico a la sociedad que regía. La sociedad, las gentes y las relaciones entre ellas no habían cambiado: la llamada revolución nacionalsocialista de Adolf Hitler no había aportado ninguna transformación esencial. Lo que de alguna manera se había intentado cambiar en la sociedad, se había efectuado desde arriba, empleando los resortes del Estado.

Por ejemplo, los medios anticonceptivos. Para el Estado suponían un crimen. Hubiera deseado que no existieran. Pero existían y se utilizaban; en su fabricación y perfeccionamiento trabajaban conocidos hombres de ciencia. Por tanto lo único que se hizo fue prohibir la publicidad y exposición de estos artículos, pero no la fabricación y venta. El Estado no había logrado imponerse. Y lo mismo sucedió con la orden de Himmler sobre la procreación y sobre sus «Lebensborn», en los que las madres debían traer al mundo a los futuros héroes; la orden estatal de engendrar pretendía actuar sobre una sociedad que se encontraba en oposición a la ley que la autoridad daba por comúnmente aceptada.

Y por si fuera poco estaba vigente la represión sexual. No quiere decir que no existiera la sexualidad. Existía, pero sin manifestación exterior. Estaba prohibida para los niños, condenada en los jóvenes, permitida a los mayores sólo dentro del matrimonio. Frente a la sexualidad se alzaba un enorme temor: el temor de que lo desbordara todo, de que no pudiera ser contenida. Sólo subsistía una barrera protectora: el matrimonio. El clamor de «honrar al matrimonio» destaca entre todos los demás clamores cuando se parte del supuesto de que sin esa honra se cae en el imperio del caos. En este caso la sexualidad busca otros caminos y se desata en histeria y agresión, rumor y humor obsceno.

Y en fantasía.

¿Quién no soñó alguna vez en ser rey del gallinero, en tener muchas mujeres, en disponer de un harén como los pachás, en celebrar grandes orgías? De ahí que las «Lebensborn» de Himmler sirvieran mejor que cualquier otra cosa para desatar las imaginaciones: allí, al parecer, todas esas cosas eran posibles. Así lo creían entonces y así lo siguen creyendo hoy muchas personas cuando oyen hablar de las «fuentes de vida» de Himmler. Pero los sueños, sueños son, y la verdad social de la sexualidad en el III Reich no estuvo nunca en relación con los sueños sino con el miedo: el miedo que cada uno llevaba consigo a consecuencia de su educación y de su grupo social; contra esto el Estado nacionalsocialista resultó impotente. Hay que añadir además que el Estado tampoco hizo nada que pudiera entenderse como liberación. Cierto que abundaban aquí y allá figuraciones de lo que debía ser el «hombre nuevo», pero no pasaban de mera teoría y en ningún caso se habían detenido a considerar las posibilidades de llevarlas a la práctica.

Normalidad pequeñoburguesa

Esta circunstancia no puede sorprender a nadie, puesto que los propios nacionalsocialistas no dejaban de ser hijos de esa sociedad. Y cuando aupados a las altas jerarquías del Estado intentaban promulgar leyes y decretos que debían propiciar lo nuevo, ni ellos mismos se encontraban en disposición de cumplir, limitados por la sociedad a la que pertenecían. No eran capaces de alentar un pensamiento revolucionario.

Heinrich Himmler, el jefe de las SS, menos que ninguno. Lo que salía de su pensamiento llevaba la impronta del pequeño burgués: violencia, represión, doble moral. Apenas dada a conocer su orden sobre la procreación, envió una serie de precisiones rectificatorias: su orden no suponía una libertad sin límites. Por ejemplo, «nadie debía intentar acercarse a la viuda de un soldado caído en el frente». Tampoco estaba permitido el «seducir a las chicas jóvenes», porque esto sólo serviría «para hacerlas desgraciadas».

¿Qué significaba esto? ¿Cómo podía llevar a la desgracia la relación amorosa? Pero esta es exactamente la doble moral burguesa: en las relaciones no matrimoniales no puede haber ningún sentimiento puro.

Por lo tanto no hará justicia a Heinrich

Himmler quien le reproche haber querido revolucionar las relaciones entre los sexos y fundar nuevas formas de vida en común. El jefe de las SS no podía ni siquiera pensar una cosa parecida. Lo único que deseaba era aumentar el número de nacimientos, nada más. Para lograrlo estaba dispuesto a suprimir los obstáculos que encontrara al paso; si el matrimonio era uno, había que luchar contra el matrimonio.
Sin percatarse bien de ello, Himmler se encontraba ya en lo que hoy se llama revolución cultural: «La forma actual del matrimonio –escribía– es la obra satánica de la Iglesia católica: las leyes del matrimonio, en sí, son inmorales».
Pero como Himmler no tenía nada que ofrecer para sustituir esa fórmula de matrimonio, su lucha contra él estaba condenada al fracaso; acabó cediendo a las presiones de los círculos conservadores contra su famosa orden de procreación. Como consecuencia de las quejas de altos oficiales de la *Wehrmacht* contra la indecencia que encerraba la orden, el mariscal von Brauchitsch, comandante supremo del Ejército de Tierra se creyó obligado a declarar que «el matrimonio seguiría conservando su intangibilidad como base del Estado, sin que pudiera ser sustituido por ningún otro lazo. Himmler hubo de tolerar que el mariscal subrayara en su declaración que la hacía «de común acuerdo con el jefe de las SS».
La orientación de las «Lebensborn» en este sentido no podía proseguir. Lo único que permaneció en vigor fue la misión encomendada por Himmler a sus hombres, que en el tercer año de la guerra, con la expansión del frente ruso, cobró una gran fuerza, la tarea de descubrir y seleccionar entre los niños indígenas a los de «tipo germánico».

«...y si hace falta se roban»

Si en lo que se refiere a las «Lebensborn» como lugares de procreación los hombres de las SS no demostraron gran entusiasmo por la idea, del programa de germanización sólo se puede hablar en los tonos más tristes: Himmler preparaba el rapto en masa de menores. 30 millones de muchachos debían ser germanizados, 30 millones de pequeños polacos, checos, yugoslavos, griegos y rusos. Por todos los rincones de la Europa oriental los hombres de las SS creían encontrar huellas raciales germánicas. «Seguro que entre los pueblos que han sufrido tantos cruces se darán buenos tipos raciales. En este caso creo que es nuestra obligación hacernos cargo de esos muchachos y separarlos de su medio actual, si hace falta incluso raptándolos.» «Lebensborn» se convirtió en un lugar de concentración infantil. Los pequeños que se seleccionaban en los diferentes puntos de la Europa oriental, se examinaban y valoraban aquí.
La acción no alcanzó grandes proporciones. Y ello no por culpa de los organismos responsables, que en todo momento cumplieron con su deber y no tuvieron que hacer frente a la resistencia o a la crítica de nadie. Sin embargo, en este caso no se trataba del comportamiento de uno mismo, sino que las medidas afectaban a otros. Y los otros sí que se resistieron: las madres no querían entregar a sus hijos, pero esta resistencia tampoco es difícil de quebrantar. Si la operación no dio resultado se debió simplemente a la falta de medios.
Las residencias de las «Lebensborn» eran demasiado pequeñas, no abundaban las solicitudes de adopción y hasta faltaba personal adecuado. Sin hablar de los medios de transporte. El rapto de los niños fracasó precisamente en el momento en que la ocupación alemana de los territorios del Este conocía su mayor auge. Había transportes para los prisioneros de guerra, para los trabajadores, para los futuros colonizadores, para los heridos y para los soldados de permiso; los trenes trasladaban las tropas y algunos se encargaban de llevar a los gitanos y judíos hacia los campos de concentración de Auschwitz o Treblinka...
Al Reich no le parecía que el transporte infantil debiera tener preferencia, sobre todo porque carecía de lugares idóneos para los transportados: las ciudades se encontraban destruidas por los bombardeos y los niños, inmediatamente después de llegar, debían ser trasladados al campo. Como tantas otras empresas comenzadas por los hombres de Himmler, ésta no prosperó y, a medida que el frente se iba acercando, fue disminuyendo la búsqueda de «buena sangre», hasta cesar del todo.
La poca importancia de los resultados obtenidos con la operación infantil hizo que en el proceso de Nuremberg las gentes de «Lebensborn» recibieran penas no muy severas. Los acusados de «rapto» de niños extranjeros pudieron hacer recaer fácilmente la culpa sobre las SS.
También se trató el tema de los prostíbulos de las SS. Algún rumor debió llegar a oídos del tribunal. Los jueces buscaron la confirmación: «¿Tuvo 'Lebensborn' en alguna ocasión una residencia de cualquier tipo que sirviera para facilitar las relaciones sexuales» La respuesta fue de una aplastante sinceridad: «Nunca nos ocupamos de negocios de tercería a los que su pregunta hace referencia. En 'Lebensborn' no se dio nunca nada parecido.» □

Debíamos olvidarlo todo

Sobre la táctica empleada por las SS en el rapto de niños polacos dice suficiente el interrogatorio del testigo Slawomir Paczesny llevado a cabo por el fiscal Harold E. Neely durante el proceso de Nuremberg.

N: ¿Cuántos niños había ya en la residencia de Lodz cuando le llevaron a usted allí?
P: Cuarenta.
N: ¿Intentó su padre sacarle a usted de allí?
P: Sí, mi padre no quería que estuviera en Lodz.
N: ¿Qué le dijeron a su padre?
P: No puedo acordarme.
N: ¿Le visitó su madre en Lodz?
P: Sí.
N: ¿Pudo usted hablar con ella?
P: Sí, pero sólo a través de las alambradas.
N: ¿No podía entrar?
P: No; únicamente los domingos cuando no había ningún vigilante.
N: ¿A dónde le llevaron después?
P: A Kalisz.
N: ¿Le enseñaron en Kalisz a leer y hablar alemán?
P: Sí.
N: ¿Podían usted y los niños polacos hablar en su lengua materna?
P: No podíamos, pero lo hacíamos en secreto.
N: ¿Qué pasaba cuando alguno de los niños hablaba polaco? ¿Le castigaban?
P: Sí.
N: ¿Le castigaron a usted alguna vez?
P: Sí.
N: ¿De qué manera?
P: Me encerraron en una habitación y no me dieron ni de comer, ni de cenar.
N: ¿Cuánto tiempo estuvo en Kalisz?
P: Seis meses.
N: ¿A dónde le llevaron luego?
P: A Luxemburgo.
N: ¿Cuánto tiempo estuvo usted en Luxemburgo?
P: Un mes.
N: ¿Y más tarde a dónde le llevaron a usted?
P: A Salzburgo.
N: ¿Le dijeron a usted que no volvería más a Polonia y que debía olvidarlo todo?
P: Sí.
N: ¿Le entregaron a usted en Salzburgo una documentación con un nuevo nombre?
P: Sí.
N: ¿Qué nombre le dieron a usted?
P: Karl Grohmann.
N: ¿Sabe usted quién le dio esa documentación? ¿Fueron hombres con uniforme?
P: Sí.
N: ¿De qué color era el uniforme?
P: Negro.

Habla Hitler

Cuartel general del «Führer», «Wolfsschanze», en las cercanías de Rastenburg, 10-IX-1943. Seis semanas después de la destitución de Mussolini capituló el Gobierno Badoglio. Con este motivo Goebbels visitó el cuartel general del «Führer» y rogó a Hitler que se dirigiera al pueblo alemán. Hitler se negó al principio, pero aceptó más tarde grabar una pequeña alocución en cinta magnetofónica. Tal alocución fue retransmitida por todas las emisoras del Reich el 10 de septiembre a las 20 horas:

¡Compatriotas! Libre de la pesada carga que desde hace tiempo venían soportando nuestras esperanzas, creo llegado el momento de volver a dirigirme al pueblo alemán sin tener que recurrir a la mentira. El derrumbamiento de Italia hace tiempo que estaba previsto, no como consecuencia de las faltas cometidas con respecto a los planes de defensa o debido a que la ayuda alemana hubiera resultado insuficiente, sino como resultado del fracaso o más aún de la indiferencia de aquellos elementos que venían considerando la capitulación como el punto culminante de sus continuos sabotajes.

Italia y Alemania han combatido codo a codo desde el 10 de junio de 1940; en muchos campos de batalla derramaron juntas su sangre; en ningún momento hemos dudado el «Duce» y yo de que el resultado de esta contienda habrá de decidir sobre el ser o el no ser de nuestros dos pueblos. Por todo esto, Alemania, aun encontrándose ella misma en situaciones difíciles, no ha dejado de ayudar en la medida de sus posibilidades a su aliada.

El Reich alemán y yo en calidad de su «Führer» únicamente podíamos mantener esta actitud partiendo del hecho de que a la cabeza del pueblo italiano se encontraba uno de los hombres más importantes de los tiempos modernos: la más preclara figura italiana desde el derrumbamiento del mundo antiguo.

Ignominiosa Italia

Su fidelidad incondicional ofrecía a la alianza la premisa indispensable para su éxito. Las futuras generaciones italianas tendrán por una gran ignominia el derrocamiento y las ofensas infligidas al «Duce». Es comprensible mi gran dolor personal por la injusticia cometida con este hombre, el deshonroso trato a que se le ha sometido después de haberse dedicado durante más de veinte años al bienestar de su pueblo, para terminar ahora siendo víctima de un complot criminal. Yo me siento, y me he sentido siempre feliz de poder considerar a este hombre como un amigo. No he aprendido, ni sé cambiar mis sentimientos de acuerdo con las necesidades del momento. Estoy seguro de que en la vida de los pueblos, como en la de las personas, con independencia de cualquier peculiaridad, la fidelidad es insustituible, so pena de que la sociedad humana se tambalee y sus organizaciones, tarde o temprano, acaben por desaparecer. Pese a ese comportamiento ignominioso con el «Duce», los soldados alemanes en Sicilia, los pilotos de aviación y los hombres de los submarinos, en una palabra, todas las tropas sin distinción de Tierra, Mar y Aire han continuado cumpliendo con su deber.

Resulta incomprensible que el Gobierno italiano, sean cuales sean sus razones, haya decidido romper de esta manera la alianza y retirarse de los frentes de guerra convirtiendo verdaderamente ahora a Italia en campo de batalla. Quizá lo haya considerado una necesidad ineludible, pero nunca podrá disculparse el hecho de no habérselo comunicado a su aliado. Y todavía más: el mismo día en que el mariscal Badoglio firmaba el alto el fuego, llamó al representante alemán en Roma para asegurarle que él, Badoglio, no traicionaría nunca a Alemania, que debíamos confiar en él, que él se encargaría de demostrar con los hechos que era merecedor de esta confianza y que Italia no capitularía nunca.

Es posible que este comportamiento sea considerado como un buen ejemplo de táctica política por los demócratas instigadores de la guerra, así como por los actuales responsables italianos. Pero la historia juzgará de manera muy diferente, y generaciones enteras de italianos se avergonzarán de esta táctica empleada con un amigo y aliado que ha sabido cumplir con su sangre y predisposición al sacrificio más allá de lo que exigían las letras de los tratados.

¡Compatriotas! Después de observar durante dos años la crecida influencia de estos círculos reaccionarios y antialemanes, no podía caberme duda tras la caída del «Duce» del verdadero propósito de tal cambio de Gobierno.

Desde el punto de vista militar la retirada de Italia carece de importancia. El peso de la lucha en ese país lo soportaban desde hace meses las tropas alemanas. Seguiremos combatiendo y, ahora, libres de todas las cargas y consideraciones. Es infantil el intento de la plutocracia internacional de romper la resistencia alemana como ha hecho con la italiana. Se equivoca de pueblo. La esperanza de descubrir traidores entre nuestro pueblo, como ha encontrado en el italiano, se basa en el desconocimiento del Estado nacionalsocialista.

Sin embargo, el destino de Italia debe constituir una lección para todos: cada cual debe permanecer fiel al honor nacional y cumplir con su deber aun en la hora de más dura tribulación o más amarga necesidad. El pueblo que salga triunfante de esta prueba recibirá del Todopoderoso el laurel de la victoria, alcanzando el premio de su vida.

Ese pueblo será Alemania, pese a todo y a todos.

□

CABALLOS EN LA GUERRA

A las cuatro treinta de la madrugada empezaba la limpieza y el cepillado de los caballos. El furriel exigía que por lo menos se pasara treinta veces el cepillo por el lomo. Además había que limpiar bien las cuadras y, sobre todo, su pasillo central; retirar la basura y cambiar el forraje. Llenar los pesebres de avena, salvado y oloroso heno. El agua debia estar limpia de polvo y paja, de lo contrario los caballos se negaban a beber.

A las cinco se ensillaba. Poco más tarde aparecían los oficiales con sus damas. Los caballos estaban ya dispuestos para el paseo matinal. El asistente abria y cerraba los portones: «Permítame que pase». Conducían el caballo por la rienda y montaban una vez que se encontraban fuera.

Encantador paseo matinal a caballo. Sobre todo si en el grupo figuraba la mujer del coronel, que tenía fama de poseer el mejor trasero del regimiento. El asistente gozaba así durante un par de horas de un impresionante panorama, mientras cabalgaban a través del campo, de los bosques, de los prados.

Nuestros queridos caballos

Por lo general a las ocho se encontraban de vuelta en los cuarteles. Descabalgaban y despedían a los caballos, no sin antes darles la consabida palmadita en la grupa y el terrón de azúcar de rigor. Los caballerizos retiraban las sillas y secaban y cepillaban de nuevo a los animales. Luego los soltaban a pastar. Hora del desayuno para los muchachos de la cuadra, y libres de servicio hasta el mediodía.

Estos eran los caballos de propiedad privada que albergaba el regimiento. Los dueños tenían que pagar 120 marcos por el pienso y 50 ó 100, de acuerdo con las posibilidades de cada uno, al mozo que se encargaba de la limpieza.

Los otros caballos eran del servicio y se empleaban para tiro y montura. En una palabra, miembros activos de la *Wehrmacht*. Con su jornada de trabajo y su sueldo en especie. Entrenados según las ordenanzas; de la remonta a las varas. Debían arrastrar pesadas cargas: piezas de artillería, carros con munición, equipajes. Poseían sus propias caretas de gas y eran inmunes a los ruidos de los fusiles y cañones. Hacían la corte al furriel y atormentaban a los reclutas. Sabían dar a conocer con toda precisión sus malestares y

Parecía como si no tuvieran nada que hacer en la guerra de los carros de combate y los «Stukas», pero muchas misiones no se hubieran podido llevar a cabo sin ellos. Karlludwig Opitz refiere la historia de los tres millones de caballos de la «Wehrmacht».

cuando se presentaba la oportunidad no dejaban de jugar alguna mala pasada a los mozos. Así, durante la revista de la mañana, uno se ensuciaba tranquilamente sobre el forraje fresco y recién puesto y enseñaba de paso, tranquilo y hasta irónico, todos sus dientes al asustado recluta, como si se hubiera dado cuenta de que el caballerizo había olvidado colocar a tiempo la paleta.

Jugaban con el chivo que compartía con ellos el establo. Por la noche querían estar tranquilos. Los soldados de guardia andaban de puntillas. Cuando les cambiaban las herraduras armaban un jaleo como si trataran de descuartizarlos. Y en el verano tenían derecho a vacaciones en los acaballaderos de la *Wehrmacht*.

Cada recluta servía dos años bajo el lema: «Tú no eres nada, el caballo lo es todo». Era casi como un matrimonio. Podía ir mal desde el principio y acabar con fracturas múltiples, o basarse en una cordial camaradería. A menudo la relación se convertía en verdadero amor, con sus broncas y enfados, con sus caricias y su sorprendente dependencia. Más de un soldado no podía ocultar los amorosos mordiscos de su cabalgadura.

¡Eran verdaderamente unos caballos estupendos! ¡Qué orgullosos se mostraban el día del cumpleaños del *Führer:* bien cepillados, la piel brillante, los arreos impecables, moviendo la cabeza acompasadamente al son de la marcha militar. La cola un tanto arqueada y las crines limpias y al viento, orgullosamente, tan orgullosamente como mantenía el soldado la lanza con la banderita.

Hemos curado sobre ellos nuestras heridas. Y de aquellos tiempos nos quedan las cicatrices como recuerdo. Por ellos lo hicimos todo, por ellos trabajamos sin descanso. Limpiamos las caballerizas, cambiamos el forraje, llenamos los pesebres, manejamos el cepillo. Nos bañamos con ellos en los ríos y pusimos sobre su lomo una manta caliente cuando tenían cólico. ¡Cuántos días permanecimos sin salir de la cuadra porque tosía el caballo! De acuerdo con las instrucciones del veterinario le dábamos una cucharada cada hora: «Venga, abre la boca y traga. Mira como lo hace papi». Y si montabas bien a caballo podías ir un par de meses a las arrias de la *Wehrmacht*. Perdidamente enamorado de la yegua o del potro. Convencido de que nunca habías visto piernas parecidas... Y, entonces, estalló la guerra.

Nuestros caballos fueron movilizados para el combate. Ningún libro habla de sus sufrimientos, de sus muertes espantosas. Ningún parte de la *Wehrmacht* facilitó el dato: casi tres millones de caballos muertos.

Ya Goethe se había referido al martirio de los caballos en la guerra. Durante la «campaña de Francia», el 22 de septiembre de 1792, describía la tremenda tragedia: «Los animales, gravemente heridos, no acaban de morir. Yo vi uno tropezando con su pata delantera en sus propias tripas, que le colgaban del vientre abierto.»

Bárbaros e indignados relinchos

Durante la II Guerra Mundial las cosas fueron aún peor, a uno y a otro lado. Los polacos lanzaron sus caballos contra los carros blindados alemanes. Los caballos murieron alcanzados por los proyectiles de la artillería y las bombas de la aviación; galopaban arrastrando los carros de municiones bajo el fuego enemigo, perecían acribillados. En Rusia, en Mussino, 2000 soldados llevaron sus caballos a la muerte. «Silbaban los obuses e iban a explotar uno tras otro en medio de los escuadrones lanzados al asalto. Los caballos rodaban por el suelo: los jinetes volaban por el aire. Las baterías disparaban sin interrupción. Las granadas explotaban a 8 metros de altura. Los soldados quedaban destrozados en la silla, los caballos deshechos. Mussino fue escenario de uno de los más grandes ataques realizados por la caballería durante la II Guerra Mundial.

Una pareja como millones: el soldado y su caballo.

Durante la batalla de Stalingrado los soldados tuvieron que comerse los caballos. Y lo mismo debieron hacer ese invierno los hermanos de armas rumanos. Por todas partes los caballos fueron víctimas del cuchillo del matarife: a orillas del lago Ladoga, en el cerco de Korsun, en Tarnopol, Cherkassi, en el Oder. En Normandía, durante los combates de la invasión, los pilotos norteamericanos acabaron en vuelos rasantes con todos los caballos de la *Wehrmacht*.

Los caballos se arrastraron por el barro, la nieve y el hielo; por la meseta y la montaña. Muchos murieron de hambre. Otros fueron víctimas de las llamas atados a pesebres extraños en extraños países. Se ahogaron en los pantanos, soportando tremendos latigazos. También murieron helados. Galopaban sangrantes buscando un sitio tranquilo para morir. Tiraron de los carros de municiones hasta la primera línea, bajo golpes y gritos. Heridos, mal vendados, las herraduras desgastadas. De Moscú al Cáucaso; del Volga hasta el Loira; desde el Zuidersee hasta Grecia. Estuvieron presentes en todas las grandes batallas: en la victoria y en la derrota. Entraron en fuego con las tropas, y al caer, llegada la hora de la muerte, cuando se desangraban, relinchaban indignados. Parecía como si lanzaran una queja a su caballero, que pagaba su fidelidad con la muerte. Quizá fuera un conjuro para que quedara maldito por toda la eternidad. □

Lo que no referían los partes de guerra, lo mostraban gráficamente las fotografías: los compañeros inseparables del soldado luchando contra el barro, la nieve y el hielo; en el suelo pantanoso y en el agua. Trabajo duro, sin pausa, sin apenas descanso para el pienso, para reponer fuerzas, para descansar de la fatiga.

No apta para menores», rezaba la calificación oficial tras de registrarse las primeras consecuencias de la proyección de «Jud Süss»: una tarde, en Viena, un grupo de muchachos de las Juventudes Hitlerianas, después de ver la película, mató a un viejo judío que lucía la estrella de David. Pese a la prohibición, las autoridades seguían haciendo la vista gorda cuando los jóvenes se presentaban en las salas del cine para contemplar el filme producido por «Terra». No en balde la calificación inicial se refería al gran valor político y artístico de la cinta, que recomendaba a los jóvenes. La película debía despertar los más bajos instintos humanos: cuanto antes, mejor. El realizador no había ahorrado medios drásticos. Así, se mostraba una detallada violación y un azotamiento. Ferdinand Marian interpretaba con maestría el personaje de Joseph Süsskind Oppenheimer, que convertía en un auténtico satán. Los informes (seguramente no retocados) de los servicios de seguridad concernientes a la reacción del público ante ciertas escenas, citan exclamaciones como éstas, proferidas por los espectadores en una sala berlinesa:

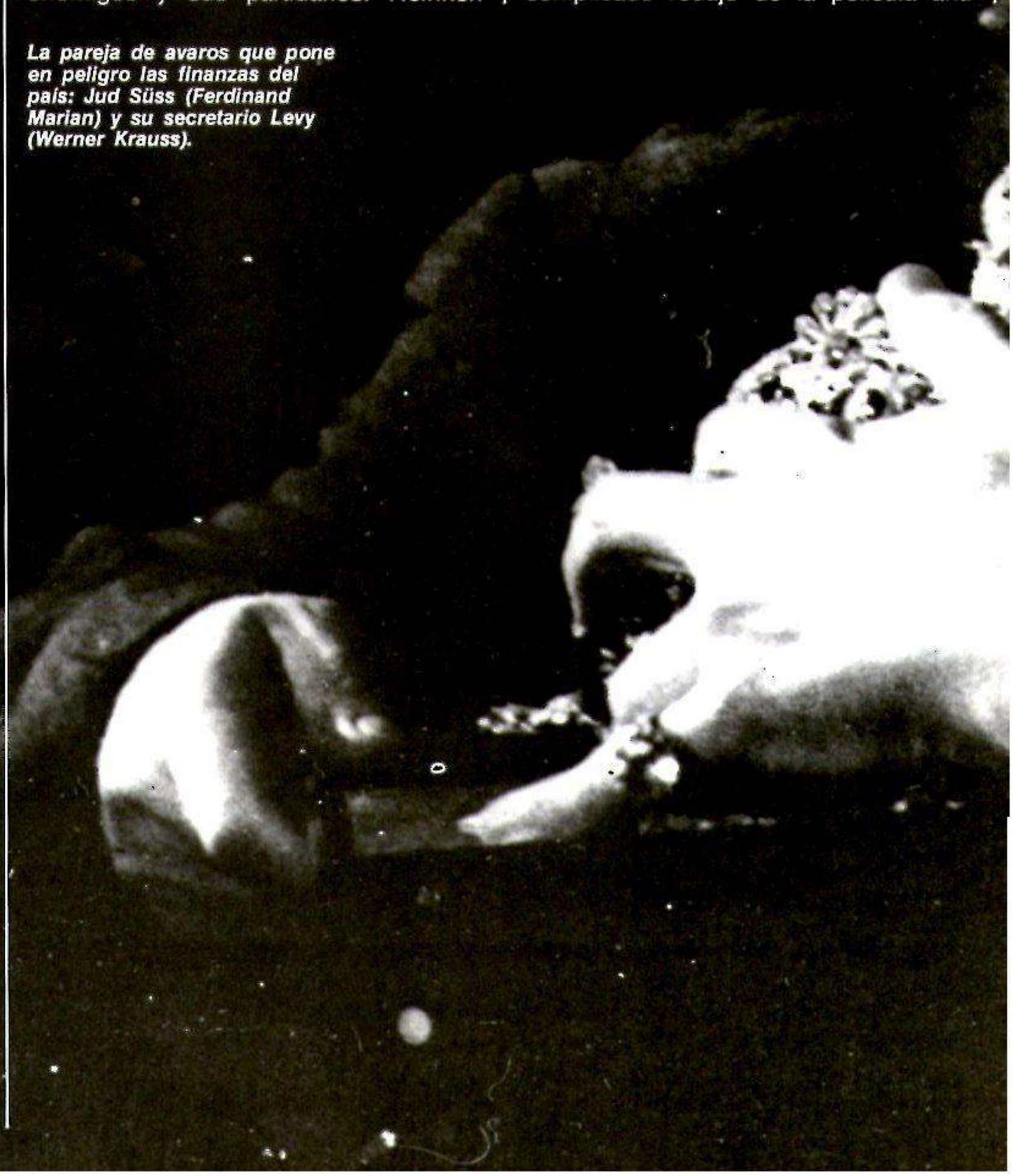
—¡Dan ganas de lavarse las manos!

—¡Hay que expulsar a los judíos de la Kurfürstendamm!

—¡Fuera de Alemania hasta el último judío!

Tras la proyección del filme en la Holanda ocupada se produjeron actos de linchamiento de judíos. En Budapest, miles de estudiantes firmaron una proclama en la que se pedía la distribución por todo el país de «Jud Süss». Todas las capas del pueblo «estaban interesadas en contemplar las escenas, fáciles de retener en la memoria, sobre la indignidad del pueblo elegido». Goebbels se encargó de ello y no sólo en Hungría. Según cálculos más bien modestos hasta 1945 había visto la película por lo menos un millón de personas. E incluso con la capitulación no terminaron las exhibiciones de «Jud Süss». Pese a que Veit Harlan quemó los negativos en abril de 1954, aparecieron después copias en Beirut y El Cairo. Después de semanas enteras de investigaciones el Ministerio de Asuntos Exteriores de Bonn pudo enterarse de la procedencia de estas copias: provenían de la empresa cinematográfica soviética para la exportación «Sovexport», que había sacado nuevas copias de un negativo existente en la RDA y las había dedicado al mercado árabe. En 1959 apareció una copia en Lübeck. La policía detuvo al hombre que se aprestaba a venderla por 100.000 dólares a un hermano del rey Saud.

Veit Harlan fue procesado dos veces a causa del filme: se le acusaba de crimen contra la humanidad. En los dos procesos quedó en libertad por falta de pruebas. Los jurados atendieron la disculpa de Harlan: «Yo sólo fui un instrumento». Únicamente se le prohibió volver a trabajar como director. La misma prohibición de ejercer su arte alcanzó a su esposa y protagonista favorita Kristina Söderbaum, quien en «Jud Süss» interpretaba la bella Dorotea Stum, es decir, la víctima de las escenas de la violación. El actor que encarnaba Jud Süss, Ferdinand Marian, pese a que pasó pronto la prueba de la desnazificación, no consiguió librarse de los remordimientos y terminó suicidándose. Su viuda le siguió, dejándose ahogar inmediatamente después del segundo proceso contra Harlan en Hamburgo (1950). Y el famoso y extraordinario actor Werner Kraus, que en el filme antisemita interpretó «todos» los papeles de judíos excepto el del protagonista, estaba después de la guerra en todas las listas negras de los productores. Cuando al fin logró un contrato para actuar en Suiza se produjeron reyertas callejeras entre sus enemigos y sus partidarios. Heinrich George, que en la película personificaba el duque Karl Alexander, murió en 1946 en el antiguo campo de concentración de Sachsenhausen a consecuencia de los malos tratos de los soviéticos. E incluso Wolfgang Staudte, que en la cinta sólo desempeñaba un papel secundario, tuvo que demostrar que no le había guiado ningún propósito ideológico antes de convertirse en uno de los más conocidos directores de la posguerra, primero en la Alemania del Este, al servicio de la DEFA, y luego en la Alemania Occidental. A menudo se olvida al hablar de esta película las dificultades con que tropezaron sus promotores a la hora del reparto. Al principio el carrusel de los productores y directores giró durante largo tiempo hasta detenerse en 1939 ante Veit Harlan. Por aquel entonces Harlan tenía un contrato con la Tobis por 200.000 marcos anuales, a cambio de los cuales debía escribir y dirigir tres películas. Cuando se encontraba en plena labor del guión «Agnes Bernauer» (sobre la obra de teatro de Hebbel), al tiempo que realizaba el complicado rodaje de la película anti-



La pareja de avaros que pone en peligro las finanzas del país: Jud Süss (Ferdinand Marian) y su secretario Levy (Werner Krauss).

Jochen R. Klicker

En marzo de 1949 y en mayo de 1950 el director cinematográfico Veit Harlan tuvo que responder ante un tribunal hamburgués por la realización del filme «Jud Süss». Se le acusaba de crimen contra la humanidad. Harlan fue declarado inocente. Pero con esto no se borraban las secuelas de esta película.

Jud Süss

norteamericana «Pedro soll hängen», fue convocado por el Dr. Fritz Hippler, delegado de la sección cinematográfica del Ministerio de Propaganda, para comunicarle que debía encargarse del proyecto de «Jud Süss». Harlan aludió a su contrato con la Tobis. Hippler le replicó que eso estaba ya arreglado: el contrato tenía una cláusula por la cual Harlan podía ser cedido a otras productoras. Aun así, Harlan se resistió; su buen nombre no le permitía dirigir una película de esa clase.

«Se trata en realidad de un ataque dramatizado»

Unos días después Harlan recibió por correo, sin más comentario, el guión de «Jud Süss» debido a los autores Ludwig Metzger y Eberhard Wolfgang Möller. En muchos folios se apreciaban enmiendas radicales escritas en tinta verde: la mano de Goebbels había repasado el texto. Inmediatamente, Harlan pidió una audiencia al ministro. Durante ella –según ulteriores declaraciones de Harlan– se desarrolló el siguiente diálogo:

–No tengo tiempo, en absoluto. Como usted sabe estoy filmando una película y, al mismo tiempo, escribiendo el guión para otra, «Agnes Bernauer».

–Termine usted de filmar tranquilamente el «Pedro» y empiece luego el «Süss». Ya hablaremos después de lo de Hebbel.

–Pero el texto que he recibido no es un guión propiamente dicho, señor ministro. En realidad no pasa de un ataque dramatizado.

–Usted sabe escribir. Escriba el guión.

–Es imposible. Escúcheme: en vez de un filme sobre un miserable judío va a resultar un filme miserable sobre la cuestión judía.

–Estoy seguro de que sabrá usted dar al asunto el tratamiento adecuado. Confío plenamente en usted.

–¡Imposible! La historia sólo contiene caracteres negativos...

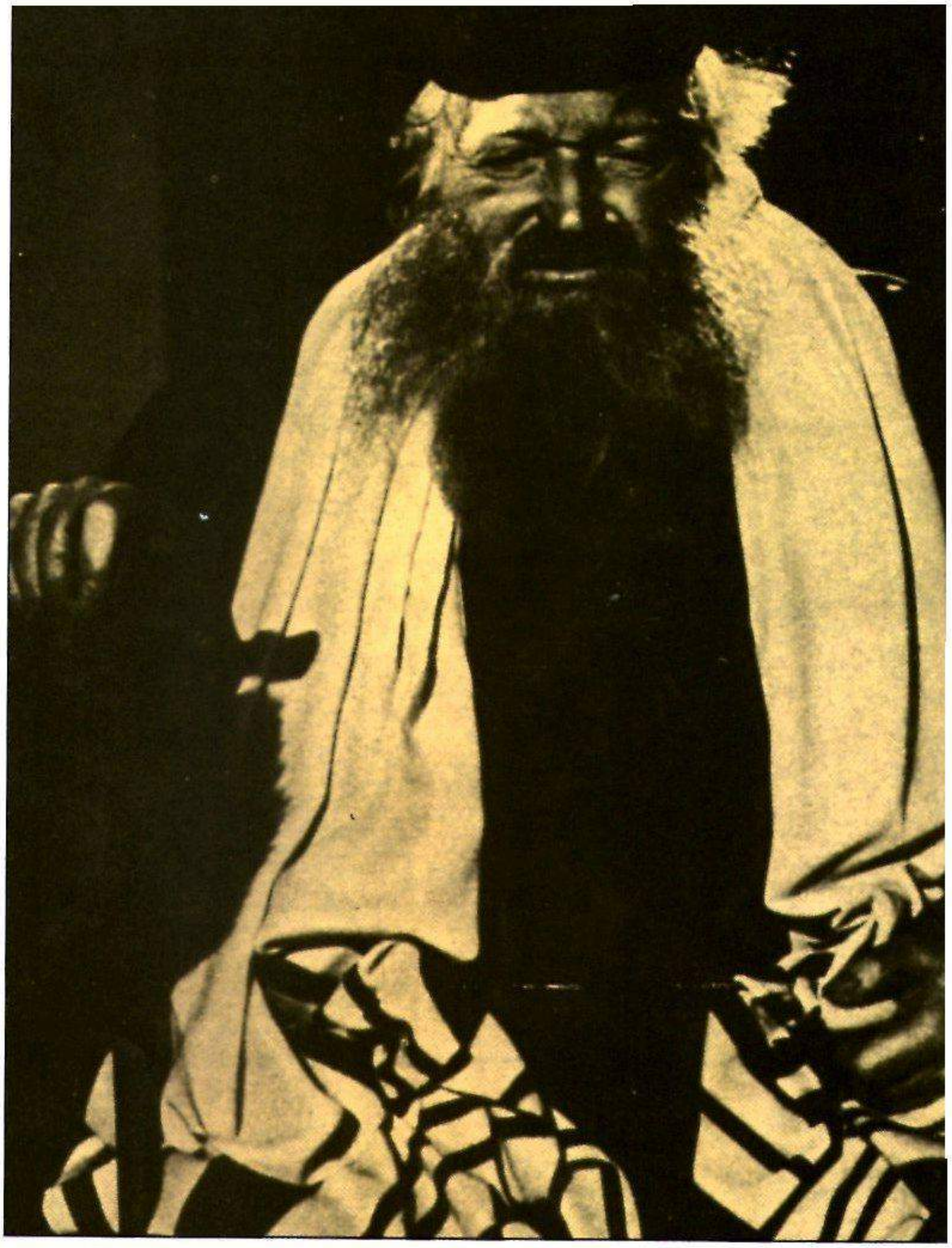
Goebbels no se pudo contener y replicó:

–Pero, señor Harlan, si alguien viniera a ofrecerle el papel de Ricardo III seguro que no lo rechazaría por el hecho de ser un carácter negativo. Voy a hablarle claro: usted quiere conseguir un contrato con Hollywood y no quiere indisponerse con el judaísmo internacional.

El humor de Goebbels se agriaba por momentos y el diálogo se hacía más duro:

–Para mí las gentes del cine son soldados obligados a obedecer...

Tras concluir la película «Pedro soll hängen», rechazada por la censura, Harlan escribió al ministro pidiéndole un puesto en el frente como simple soldado: no estaba dispuesto a dirigir «Jud Süss».



Arriba: Werner Krauss en su papel de rabí Löw. Krauss se había ofrecido a interpretar en la película todos los papeles de judío, excepto el del protagonista. Arriba a la derecha: Christina Söderbaum como hija del alto funcionario Sturm. A la derecha: Heinrich George y Veit Harlan durante el rodaje.

La respuesta de Goebbels no se hizo esperar:
–Si no realiza la película le haré fusilar como se hace con los desertores; recuerde que las gentes del cine son soldados y como tales están obligados a obedecer.
Pocos días después Goebbels presentó una orden del *Führer* por la que todos los miembros de la industria del cine que, en vez de cumplir con su misión pretendieran partir al frente como soldados, serían fusilados. Veit Harlan aceptó dirigir «Jud Süss».
Ahora lo primero era encontrar un actor para protagonizar la cinta. La lista de candidatos era nutrida. Muchos de ellos, sin embargo, no estaban dispuestos a interpretar la película: Gustaf Gründgens, René Deltgen, Rudolf Fernau, Richard Häusler, Sigfried Breuer y Paul Dahlke. Una vez más Goebbels tomó cartas en el asunto. Llamó a Harlan y le comunicó que deseaba a Willi Forst en el papel principal. Harlan le hizo ver que Forst era una estrella de la ópera y que no dominaría un papel tan importante. Goebbels asintió y propuso a Emil Jannigs. Harlan aludió a la dudosa procedencia aria del nombrado. Pero Goebbels rechazó todas las reservas; al contrario...
–Sin embargo, señor ministro, no podemos interpretar toda la película en tono de bajo. Eugen Klöpfer es un bajo y George igual. Y los dos han firmado ya contratos y están estudiando sus papeles...
–Entonces tome usted a Ferdinand Marian.

Goebbels citó a Marian para el día siguiente a las dos de la tarde en su despacho. Marian se encontraba rodando una película policíaca, con su asesinato correspondiente, que llevaba el sugerente título de «Morgen werde ich verhaftet» («Mañana seré detenido»). Entre dos escenas de esta película de la «Tobis-Film», maquillado y todo, Marian saltó a un taxi y se presentó en la Wilhelmplatz.
–¡Parece usted un payaso! –le dijo Goebbels, pero inmediatamente, y durante largo rato, se deshizo en elogios sobre la labor artística y el talento del actor. De pronto el ministro se puso frente a Marian y sin dejar de sonreír le espetó:
–¿Por qué no interpreta usted el Jud Süss?
–Yo no puedo interpretar un papel así. El público no me creería; para los espectadores soy un «bon vivant»...
–¿Quién le da a usted los papeles, el público o yo? Ya sé que quiere usted irse a Hollywood. Pero nosotros le vamos a pagar sumas que no reciben ni nuestros mejores científicos. Y para el caso de que siga usted pensando en rechazar el papel, no olvide que es el propio *Führer* quien pretende sea usted el que lo interprete. Y si, pese a todo, no quiere hacerse cargo del personaje, entonces no me lo diga usted a mi, sino a mi ayudante.
Y Goebbels abandonó la habitación dejando desconcertado al pobre Marian, que al fin salió corriendo tras el ministro gritando:
–¡Pero si estoy dispuesto a hacerlo todo!

Esa tarde Marian no volvió al estudio. Se fue a su casa, donde se emborrachó y en un acceso de cólera rompió sus muebles.
Werner Krauss tampoco estaba de acuerdo, pero al final se encontró preso en su propia trampa. Cuando a finales de 1939 le llegó una carta de la productora Terra ofreciéndole el papel del rabí Löw, utilizó la táctica que le pareció más acertada: «no quería interpretar a ningún judio». Una segunda carta le dio a conocer el deseo del señor ministro de que «sin disculpa de ningún género aceptara interpretar el rabi Löw». Por segunda vez Krauss recurrió a los eufemismos: «su situación como actor no le permitía aceptar papeles de segundo orden». Finalmente llegó la entrevista decisiva entre Krauss y Harlan; cada vez con menos argumentos que oponer, el actor terminó preguntando a su director:
–¿Es cierto que Goebbels no puede soportar los dobles papeles?
–El ministro ha dado orden de suprimirlos –replicó Harlan.
–De acuerdo. Entonces diga usted a Goebbels que, una de dos, o interpreto todos los papeles de judío del filme o no interpreto ninguno. O me encargo del pueblo judío o nada.
Después de la guerra Krauss ha intentado explicar lo que le llevó a presentar este dilema: «En la película hay varios papeles de judío que interpretados por diversos actores darían pie a la discusión de quién parece más judío que el otro... De ahí mi ofrecimiento... Estaba seguro de que no sería aceptado. Pero me equivoqué... Interpreté hasta una mujer judía que se dedicaba a hablar por la ventana con un carnicero judío, que también encarnaba yo, así como un abuelo.
Krauss debió quedar asustado al enterarse de que por una vez Goebbels encontraba interesante la proposición de que un actor interpretara diversos papeles. El ofrecimiento de Krauss fue aceptado, y a su vez, recompensado con 50.000 marcos.
Con esto pareció agotada toda resistencia de los interesados, que acabaron poniendo manos a la obra. Harlan filmó en el *ghetto* de Lublin para dar más realismo a las escenas, valiéndose además de auténticos judíos como comparsas. La central nacionalsocialista para la emigración de los judíos se encargó de reclutarlos y enviárselos a Harlan para que pudiera elegir a los más idóneos.
Con objeto de poder dar a sus papeles el tono adecuado –es decir, maligno y desagradable– el propio Krauss afirmaría más tarde que se dedicó a estudiar una película extraordinaria del teatro hebreo Habima: «Todos mis judíos salieron de esa película».

Terra organizó para todo el equipo una proyección de la película inglesa «Jew Suss» –rigurosamente prohibida en Alemania–; un estudio psicológico realizado por Lothar Mendes sobre la novela del mismo título de Lion Feuchwanger. El papel principal lo desempeñaba Conrad Veidt, que habia tenido que abandonar Alemania para poder interpretarlo. El comentario de Harlan fue el siguiente:

–Esto es lo que no tenemos que hacer, señoras y señores.

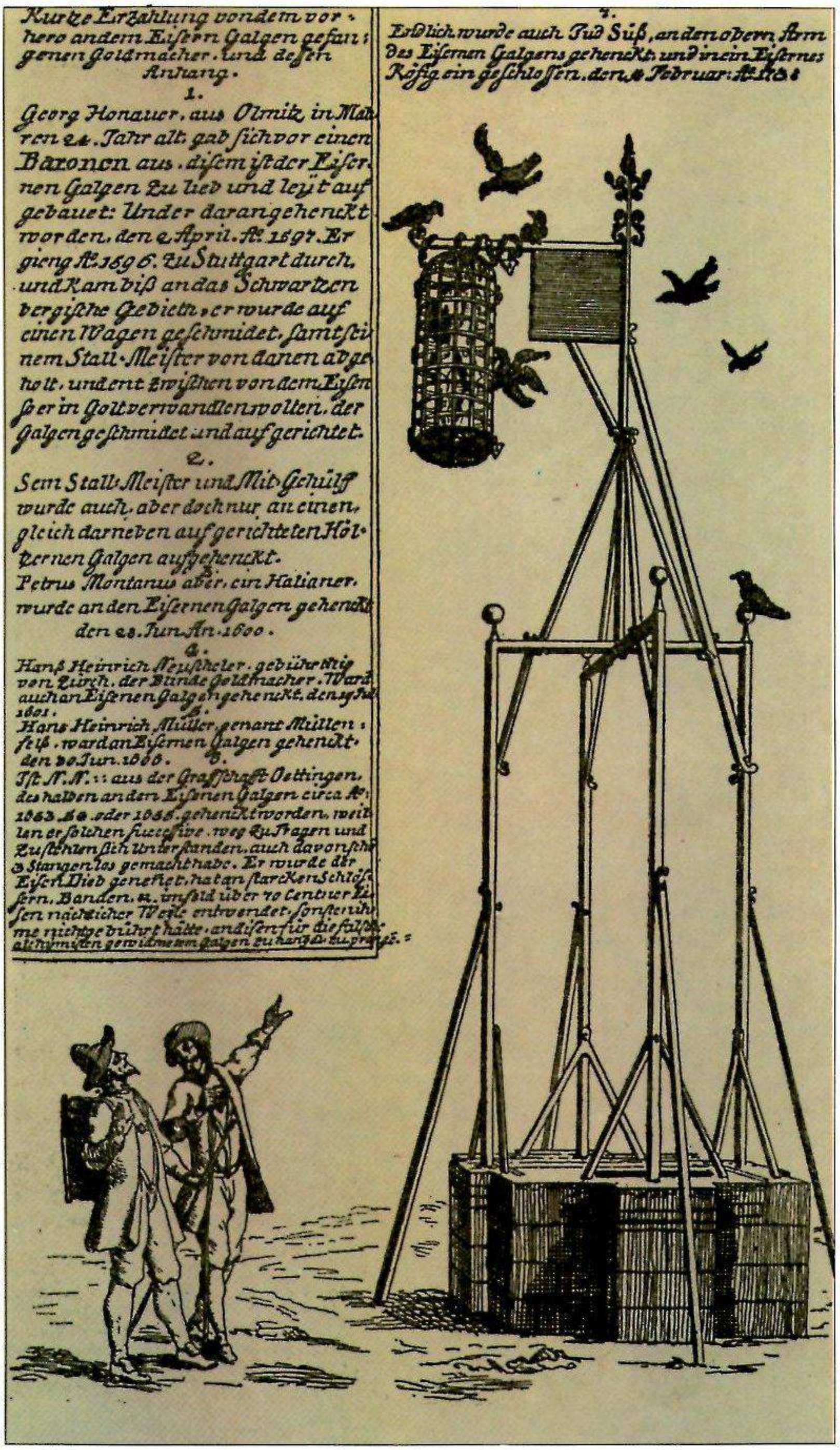
En vez de esto Harlan se atuvo a la novela antisemita de Wilhelm Hauff, a los profundos y minuciosos conocimientos sobre el tema del suabo Ludwig Metzger y a la colaboración del escritor nacionalsocialista Eberhard Wolfgang Möller, cuya fidelidad a la línea oficial del partido era sobradamente conocida. Harlan logró un filme de gran calidad artística, capaz de causar una gran impresión y ya en aquella época considerado como la mejor película de propaganda realizada por los nacionalsocialistas, al mismo tiempo que «infame y falsa».

Hasta qué punto resultó peligrosa la película es algo que se desprende de la declaración de un jerarca de las SS, Stefan Baretzki, en el proceso celebrado en Francfort en 1964 sobre los crimenes cometidos en el campo de exterminio de Auschwitz:

–En aquellos años se exhibian películas como «Jud Süss» y «Ohm Krüger». De estas dos me puedo acordar bien todavía. ¡Y también de las consecuencias que acarrearon a los detenidos! Las películas encendieron los ánimos... al día siguiente no habia prisionero que no ostentara sobre si las huellas». Desde Litzmannstadt, el Lodz polaco, donde murieron cerca de 200.000 judíos, transmitia el «Film-Kurier», tras una proyección, «que había causado una gran impresión entre las fuerzas vivas de la ciudad y los hombres del partido».

La película, pues, rindió los mismos servicios al jefe de las SS, Heinrich Himmler, que al ministro de Propaganda, Dr. Joseph Goebbels; este último logró los objetivos que se había propuesto tanto en lo económico como en lo «educativo».

Debido a sus intérpretes –Söderbaum, George, Klöpfer, Krauss y Marian, la película se granjeó pronto el favor del público. A los 16 meses de proyección había proporcionado ya la colosal suma de 6,2 millones de marcos (el costo de la producción no había rebasado los dos millones). El Ministerio de Propaganda no pudo contener su satisfacción: «Nunca el cine alemán había sido tan fácilmente amortizable»... y ordenó que se aumentara de modo notable la producción anual de filmes.



La película se basa en la figura histórica del judío Süss, que con sus ardides financieros arruinó Kleinstaat (Baden-Würtemberg). El escarmiento mortal que se realizó en él –obsérvese el grabado de 1738 sobre el suplicio– debía servir de ejemplo y liberar a la ciudad de sus saqueadores. Un error en el que insistía la película «Jud Süss», porque no fue el afán de ganar dinero del judío lo que acarreó la ruina, sino la fastuosidad del duque y el sistema feudal del palacio, del que el «genio» financiero Süss tan sólo era una parte. El mal, por tanto, no pudo erradicarse con la sentencia del judío.

LEXICO DE LA II GUERRA MUNDIAL

Erwin Rommel

Franklin Delano Roosevelt

Roma, capital de Italia. En 1941 contaba con 1,2 millones de habitantes. Los Aliados la bombardearon por primera vez el 19-VII-1943 utilizando 270 aviones. Después de la capitulación italiana, Roma fue ocupada por los alemanes –entre toma y rendición– el 10-IX-1943: la División 3 blindada y la División 2 de cazadores paracaidistas fueron las encargadas de la operación. Las unidades italianas que capitularon estaban mandadas por el general Giacomo Carboni. Al retroceder el frente, Roma fue declarada «ciudad abierta» por el mariscal Kesselring y abandonada sin lucha por las tropas alemanas la noche del 4-VI-1944. El puente sobre el Tíber quedó intacto, por lo que las fuerzas alemanas sufrieron numerosas bajas al ser fácilmente alcanzadas por los americanos que pudieron cruzar la ciudad sin el menor impedimento.

Rommel, Erwin, mariscal alemán. Nació en Heidenheim el 15-XI-1891; murió el 14-X-1944 en Herrrlingen. Condecorado durante la Primera Guerra con la Cruz de Hierro de 1.ª clase y «Pour le mérite». El 1-IX-1939, jefe del cuartel general del *Führer.* El 5-II-1940, jefe de la División acorazada 7. El 14-II-1941 jefe del Afrikakorps. El 1-IX-1941 jefe de los Grupos acorazados. El 21-VI-1942 conquista de Tobruk, punto culminante de su carrera. Del 1-I-1943 al 9-III-1943 jefe de todas las tropas en África. El 11-III-1943, condecorado con la Cruz de Caballero con brillantes y hojas de roble. Del 1-I-1944 hasta que cayó herido el 17-VII-1944, jefe del Grupo de Ejércitos B en Francia. Diferencias con Rundstedt a propósito de la táctica defensiva frente a la invasión. Rommel gozaba además de una gran fama en el campo enemigo. Se le obligó a que se suicidara el 14-X-1944: los generales Burgdorf y Maisel le comunicaron el ultimátum de Hitler: o suicidio o juicio ante el tribunal de Berlín por haber participado en la conspiración del 20 de julio.

Roosevelt, Franklin Delano, 32 presidente de los EE UU de Norteamérica. Nació en Hyde Park (Nueva York) el 30-I-1882 y murió en Warm Springs (Georgia) el 12-IV-1945. Padeció parálisis infantil en 1921 y quedó, a consecuencia de la misrna, parcialmente paralizado. En 1929 gobernador de Nueva York. En 1933 ganó las elecciones presidenciales frente a Hoover. Combatió la crisis económica con su programa del New Deal y en política exterior se declaró neutral. Por poco tiempo, puesto que después lentamente fue cayendo del lado británico. Reelegido en 1936, 1940 y 1944, Roosevelt dirigió la política americana durante doce años. Su posición en la negociación con los japoneses llevó primero a la ruptura y luego, tras el ataque a Pearl Harbor a la guerra que, desde ese momento, dejó de ser europea para convertirse en mundial. Después de la declaración de guerra de Alemania (11-XII-1941) Roosevelt puso de su parte cuanto pudo para derrotar al Reich («Germany first»). Fue el principal factor de la exigencia de la «capitulación sin condiciones». Toleró el papel preponderante que fue tomando la Unión Soviética. Trabajó para que volviera a organizarse la Sociedad de Naciones. En política interior se ocupó en el desarrollo de un Estado más social.

Rosa Blanca, grupo de la resistencia muniqués integrado por estudiantes, profesores y artistas. En 1943 difundió una serie de octavillas («Llamamiento a todos los alemanes») que exhortaban a la resistencia pasiva contra el régimen nazi. Seis de sus miembros fueron condenados a muerte por el Tribunal Popular; entre ellos se contaban los hermanos Scholl y el profesor Kurt Huber, cabeza rectora del grupo.

Rosenberg, Alfred, político alemán. Nació en Reval el 12-I-1893 y murió ejecutado en Nuremberg el 16-X-1946. Era arquitecto y formó parte desde los primeros momentos del circulo de Hitler con el que intentó el golpe de Estado de 1923. Ganó cierto prestigio como propagandista dentro del NSDAP, y su libro «El mito del siglo xx» fue una seria aportación ideológica al pensamiento de Hitler. En 1933 pasó a dirigir la politicá exterior del partido. Del 17-VII-1941 al 30-IV-1945 ministro para los territorios ocupados del Este. No pudo llevar a cabo su programa contra el pueblo soviético, en el que proyectaba una nueva colonización. Condenado a muerte en Nuremberg por sus teorías y práctica racista.

Roma, junio de 1944: tropas estadounidenses en la Ciudad Eterna.

«Rösselsprung» (Salto de caballo), nombre dado a la operación proyectada para ocupar con unidades de paracaidistas el cuartel general de Tito en Drvar, Bosnia. La operación comenzó el 25-V-1944 con importante apoyo de la Aviación (tomaron parte 440 aparatos). El enemigo se retiró a las montañas; Tito huyó a la isla Lissa. La operación fue suspendida el 4-VI-1944.

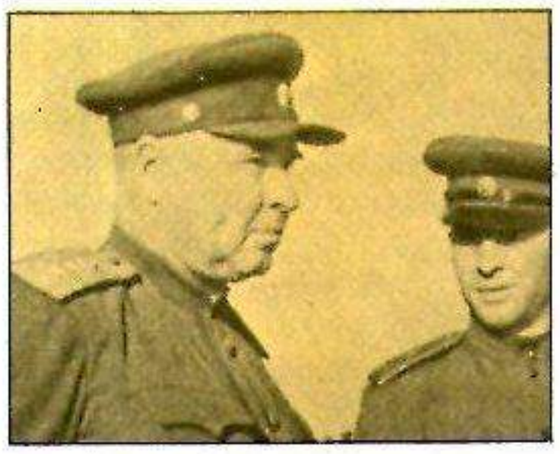
«Rösselsprung» («Salto de caballo»), nombre de la operación llevada a cabo por una escuadra alemana compuesta por el acorazado *Tirpitz,* por los cruceros pesados *Admiral Scheer* y *Admiral Hipper,* más 7 destructores y dos lanchas torpederas, contra el convoy aliado con refuerzos para Rusia PQ 17, en el mar del Norte. El 5-VII-1942 la escuadra se hace a la mar. Al ser descubierta por los aviones de reconocimiento británicos, el jefe de operaciones de la Marina, de acuerdo con Hitler, ordena a la escuadra que no corra ningún riesgo y que suspenda la operación. El 6-VII-1942 los buques alemanes regresaron al fiordo Kaa.

Rostov, capital de distrito soviética a orillas del Don (a 48 km de su desembocadura en el mar de Azov). En 1939 tenía 510.000 habitantes. Conquistada por el 1.er *Panzerarmee* alemán el 21-XI-1941. Recon-

quistada por los soviéticos el 28-XI-1941 a consecuencia de la contraofensiva llevada a cabo por su Frente sur. Nuevamente en poder de los alemanes en el curso de la ofensiva del verano de 1942 –cayó el 23-VII-1942–, en la que tomaron parte el LVII *Panzerkorps* y la División de Infantería 125, del Grupo de Ejércitos Ruoff. El 14-II-1943 los alemanes tuvieron que abandonar Rostov definitivamente.

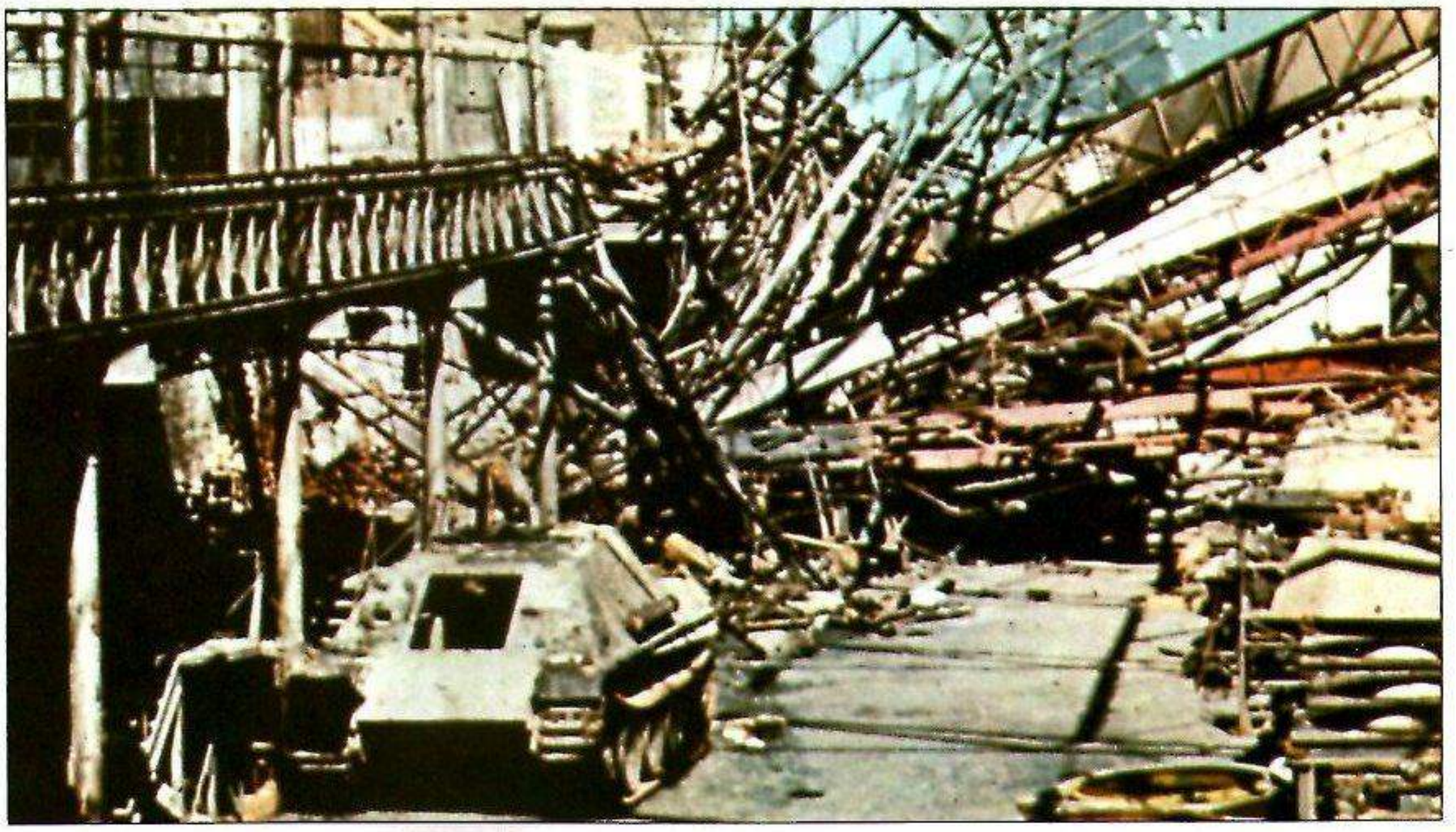
«Rot», nombre dado a la segunda fase de la ofensiva del frente occidental, iniciada el 5-VI-1940 a las 5 de la mañana. El Grupo de Ejércitos B rebasó la llamada «Linea Weygand» y continuó el avance hacia el Sena. Al alcanzarlo se le unió, el 9-VI, el Grupo de Ejércitos A, en la parte superior del Aisne y Mosa, para proseguir la ofensiva en dirección al sur. El 11-VI el Gobierno francés abandonó París y el 22-VI-1940 se llegó en Compiègne al alto el fuego.

Rotmistrov, Pavel Alekseievich, mariscal de las tropas acorazadas soviéticas. Nació en Skovorovo (Kalinin) el 23-VI-1901. En 1919 ingresó en el Ejército Rojo. En otoño de 1941, jefe de la Brigada acorazada 8. El 26-VIII-1942, jefe del VII Cuerpo de Ejército acorazado. En 1943/1944, jefe del Ejército acorazado 5. En 1945, jefe de las unidades blindadas soviéticas de ocupación en Alemania. En 1958 director de la academia militar de acorazados. Desde su paso a la reserva desempeñó un alto cargo de la Asociación de amigos de las Fuerzas Armadas soviéticas.



Pavel Rotmistrov

Rotterdam, puerto más importante de Holanda. En 1940 contaba con unos 600.000 habitantes. Pese a que en ese momento se estaban llevando a cabo negociaciones para su capitulación, la ciudad fue bombardeada por los aviones alemanes del Grupo de combate 54, el 14-V-1940. Debido a una serie de errores en los medios de comunicación, no se logró detener el bombardeo, a consecuencia del cual murieron 900 personas y quedó destruida una gran parte del centro de la ciudad. En abril de 1941 y marzo de 1943 aviones británicos y norteamericanos volvieron a bombardear la ciudad.



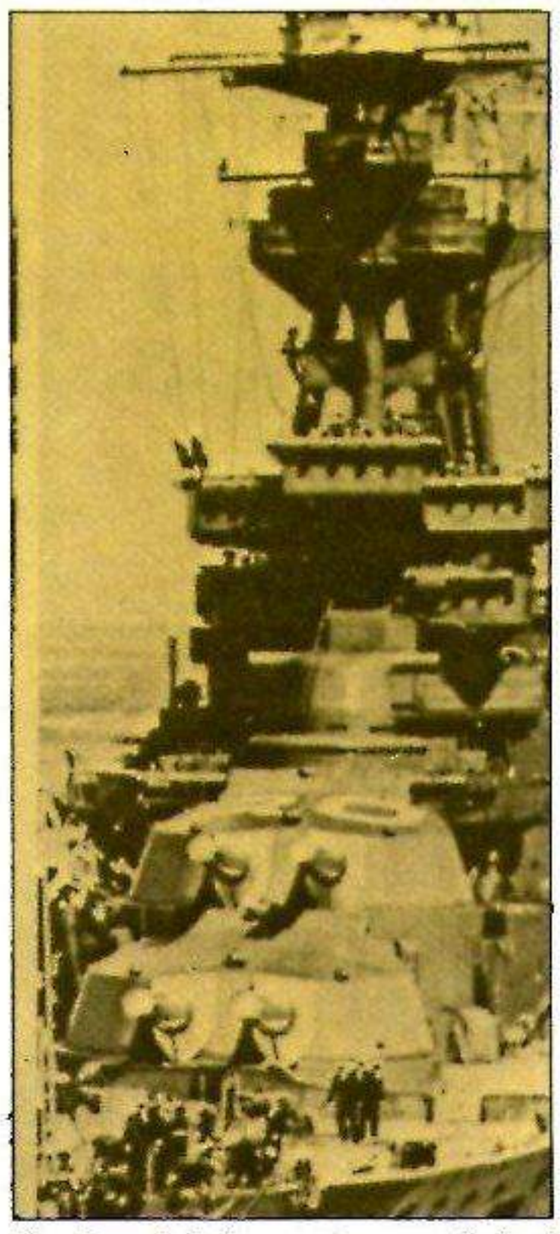
Cuenca del Ruhr, abril de 1945: igual que esta fábrica de vehículos blindados se encontraban todas las industrias de la zona.

Rotterdam, aparato, nombre dado al dispositivo de radar de 9 cm que llevaban a bordo los aviones británicos (v. H2S). El nombre se debió a que fue en esta ciudad donde por primera vez se derribó un aparato británico tipo *Stirling* que llevaba a bordo un radar de esta clase. Una comisión de expertos en vuelo y técnicos en alta frecuencia logró descubrir el procedimiento de trabajo del instrumento, lo que originó una rápida serie de contramedidas que culminaron con la puesta a punto del Naxos-Z. El descubrimiento del radar Rotterdam significó un duro golpe para los alemanes, quienes no sospechaban que los Aliados hubieran llegado a tal grado de perfección y desarrollo en esta materia.

Royal Oak, acorazado británico. Puesto en servicio en mayo de 1916. Desplazamiento: 29.150 toneladas; velocidad: 21 nudos; eslora: 189,1 m; manga: 31,2 m; tripulación: hasta 997 hombres; armamento: 8 cañones de 381 mm; 12 de 152 mm; 8 de 102 mm; 4 tubos lanzatorpedos. El *Royal Oak* fue hundido en el puerto de Scapa Flow el 14-X-1939 por el submarino alemán *U 47*, mandado por el teniente Günther Prien. Murieron 786 hombres de la dotación.

«Rübezahl», nombre de la operación contra los guerrilleros de Tito que amenazaban Servia; se desarrolló entre el 12 y el 30-VIII-1944 y fue llevada a cabo por el 2.° *Panzerarmee*. Las tropas alemanas sobrepasaron Lim y expulsaron al enemigo hacia el oeste (Montenegro). La operación tuvo que ser suspendida al pasar Rumania a engrosar el campo enemigo el 30-VIII-1944.

Rudel, Hans Ulrich, coronel de la Aviación alemana. Nació el 2-VII-1916 en Konradswaldau. Comenzó su carrera de piloto durante la guerra civil española como miembro de la «Legión Cóndor». Primero voló a bordo de un aparato de reconocimiento y, después, a partir de diciembre de 1940, figuró como piloto en una escuadrilla de *Stukas*. En el frente oriental se especializó en la caza de los carros de combate: entre 1943 y el final de la guerra destruyó 3000 blindados, de ellos 500 soviéticos. El 1-I-1945 recibió la Cruz de Caballero con espadas y brillantes. Al terminar la guerra era jefe de la escuadrilla 2 «Immelmann».



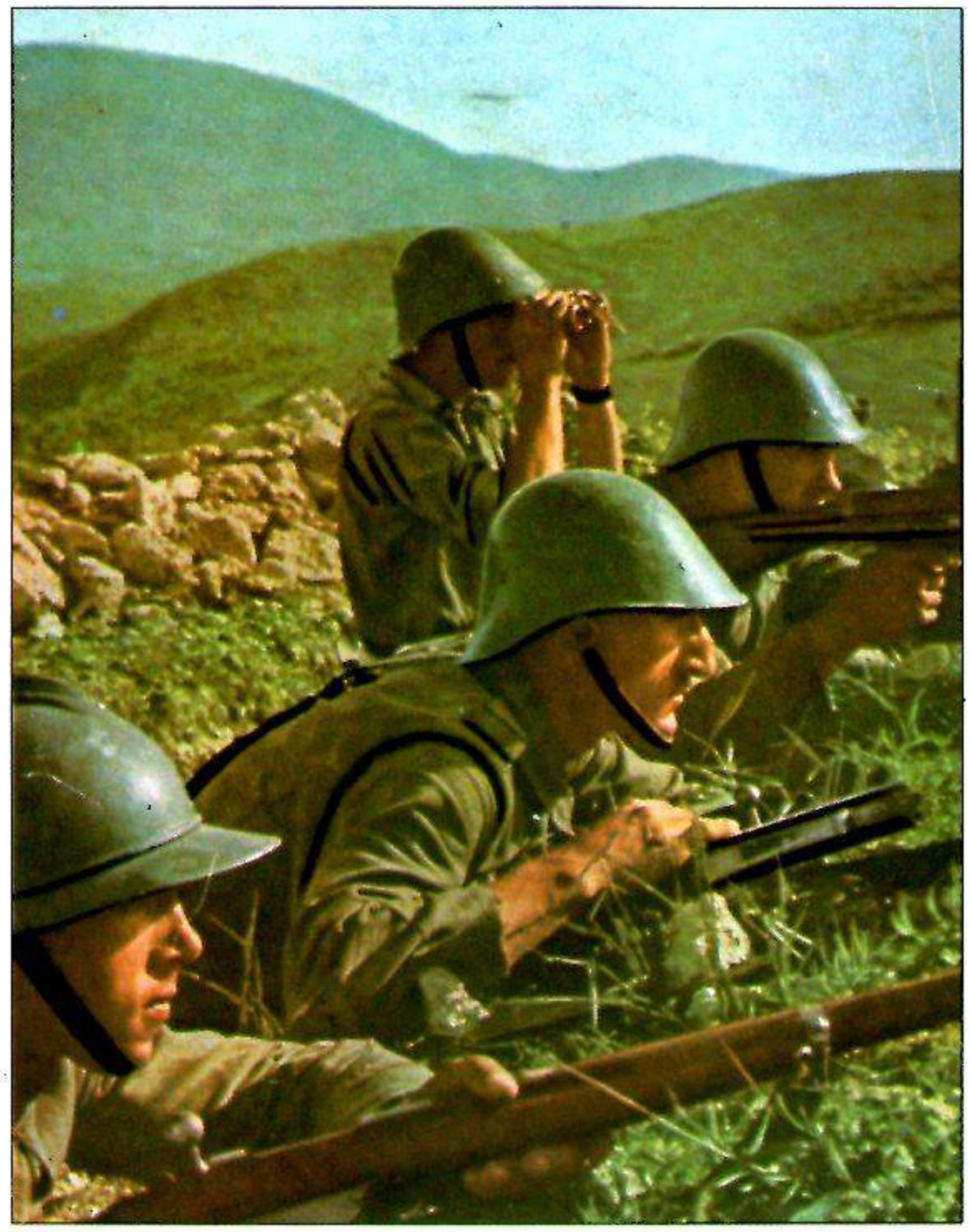
El «Royal Oak», veterano de la I Guerra Mundial, muestra sus torres gemelas con cañones de 381 mm.

Ruhr, bolsa del, resultó de la unión del Ejército 1 americano, mandado por el general Hodges, procedente del sector Remagen-Andernach, con el Ejército 9 mandado por el general Simpson, procedente de Wesel y Hamm, el 1-IV-1945, y se efectuó en el sector de Lippstadt, en torno al Grupo de Ejércitos B alemán, mandado por el mariscal Model, entre el Rhin-Ruhr y el Sieg. La tenaza se dividió en dos el 14-IV. La pequeña u oriental se resolvió el 16-IV y la grande u occidental el 17-IV. En total fueron hechos prisioneros 25.000 soldados alemanes del 5.° *Panzerarmee*, bajo el mando del general Harpe; del Ejército 15 bajo el mando del general Zangen; del Cuerpo de Ejército de Lüttwitz; y del III Cuerpo de Artillería antiaérea bajo el mando del general von Rantzau. Fueron aniquilados 6 Cuerpos de Ejército con 3 Divisiones acorazadas, 1 de granaderos, 3 de paracaidistas y 13 de Infantería, más 1 antiaérea. El mariscal Model se suicidó.

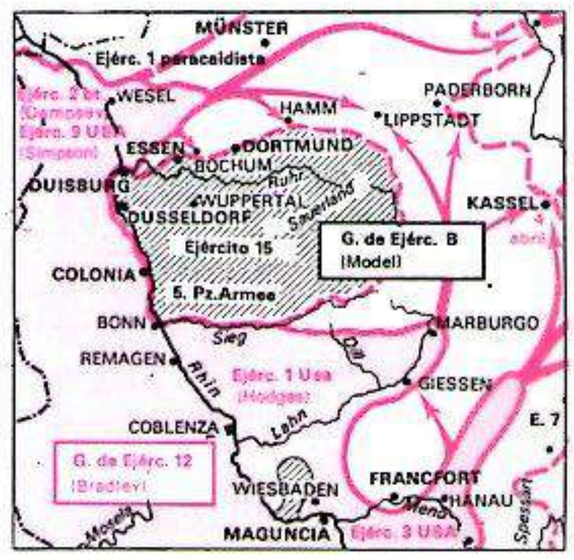
Ruhr, cuenca del, la más importante zona industrial del

Reich alemán, entre el Rhin y el Rhur. Centro productor del carbón y el hierro. Centro de la industria de guerra (Krupp) y objetivo principal de los ataques aéreos aliados durante la II Guerra Mundial. Durante la noche del 17-V-1940, 99 aviones británicos realizaron el primer ataque aéreo contra los depósitos de petróleo y las instalaciones ferroviarias. Entre el 5-III y el 28-VI-1943 la RAF realizó una verdadera ofensiva contra la cuenca del Ruhr («Battle of the Ruhr»). Objetivos principales de la misma fueron Essen, Duisburg, Oberhausen-Mülheim, Dortmund, Bochum y Gelsenkirchen. Los ingleses lanzaron más de 20.000 toneladas de bombas. La RAF perdió en total 386 aviones. Víctimas de los ataques aéreos: Essen 7500 muertos; Dortmund: 6000; Duisburg: 5730; Bochum: 4095; Gelsenkirchen: 3092; Oberhausen-Mülheim: 2300 y 1300.

Rumania, reino (1881-1947) situado al sudeste de Europa. En 1939 tenía 295.049 km² y 19.994.000 habitantes. Después de enviar un ultimátum a Bucarest, la Unión Soviética ocupó el 27-VI-1940 el norte de Bucovina y la Besarabia (en total 44.422 km², poblados por 3,1 millones de habitantes). El 30-VIII-1940, tras el arbitraje de Viena, gran parte de Transilvania pasó a Hungría, y el 6-IX-1940, de acuerdo con el tratado de Craiova, el sur de Dobrudja a Bulgaria. Como consecuencia de estos desastres el general Antonescu obligó a abdicar al rey Carol II, el 6-IX-1940, haciéndose él mismo cargo de la dirección del Estado. Ion Antonescu se volvió hacia Alemania y firmó el Pacto Tripartito el 23-XI-1940. Rumania participó al lado del Reich en las operaciones contra la Unión Soviética, sufriendo numerosas bajas. Después de la derrota alemana en el campo de batalla soviético, las tropas rusas llegaron a la frontera rumana en la primavera de 1944. El 23-VIII-1944 fue detenido Antonescu. El nuevo jefe de Gobierno, Sanatescu, declaró la guerra a Alemania el 25-VIII-1944. El cambio de frente de Rumania, en combinación con la contraofensiva soviética del 20-VIII-1940, llevó al total aniquilamiento del Grupo de Ejércitos Sur-Ucrania. El 30-VIII-1944 los alemanes perdieron la zona petrolífera de Ploesti y el 31-VIII-1944 las tropas soviéticas entraron en Bucarest. En sus combates contra los alemanes, las tropas rumanas volvieron a sufrir numerosas bajas: 169.000 hombres entre



También los soldados del reino de Rumania lucharon al lado de los alemanes contra la Unión Soviética.



Fin del Grupo de Ejércitos B en la bolsa del Ruhr: Model no pudo impedir ni romper el cerco.

muertos y heridos. Los soviéticos impusieron un Gobierno comunista que se formó el 27-II-1945. Desde el 30-XII-1947 Rumania es una República popular.

«Rumpelkammer», nombre dado a la ofensiva contra Londres («Ziel 42» «Objetivo 42») con el empleo masivo del *Fi 103* y la *V-1*. Después de seis días de preparativos, la operación comenzó el 12-VI-1944, pero tuvo que suspenderse de inmediato debido a que muchas de las bombas volantes explotaban en el lugar de partida. Se reanudó en la noche del 15/16-VI-1944 con el lanzamiento de 241 *V-1*.

Rundstedt, Gerd von, mariscal alemán. Nació en Aschersleben el 12-XII-1875 y murió en Hannover el 24-II-1953. Después de haberse retirado del servicio activo el 1-XI-1938, volvió a incorporarse el 1-IX-1939 como jefe del Grupo de Ejércitos Sur. Del 1-X al 20-X-1939 comandante en jefe del Este. El 25-X-1939 jefe del Grupo de Ejércitos A. El 1-X-1940 comandante en jefe del Oeste. Del 10-VI-1941 al 1-XII-1941 jefe del Grupo de Ejércitos Sur. Tras la pérdida de Rostov pasó a la reserva por orden de Hitler. El 15-III-1942 fue nombrado comandante en jefe del Oeste. Nuevamente pasado a la reserva el 2-VII-1944. El 5-IX-1944 volvió a su antiguo puesto en el Oeste. El *Führer* prescindió definitivamente de él a consecuencia del paso del Rhin por los norteamericanos, el 9-III-1945. Fue hecho prisionero por los norteamericanos, que lo entregaron a los ingleses. En mayo de 1949 fue puesto en libertad.

Ruoff, Richard, general alemán. Nació en Messbach el 18-VIII-1883 y murió en Tubinga el 30-III-1967. Ingresó en el Ejército en 1903. El 1-V-1939, general de Infantería. El 8-I-1942 jefe del 8.º *Panzerarmee* en el frente del Este. Del 1-VI-1942 al 24-VI-1943 jefe del Ejército 17 en el sector sur del mismo frente. Hitler lo pasó a la reserva.

Rydz-Smigly, Edward, mariscal polaco. Nació en Brzezany el 11-III-1886 y murió el 13-XII-1941 en Varsovia, donde vivía bajo un nombre falso. Durante la I Guerra oficial de la Legión polaca. En 1920 jefe del Ejército 3 durante la campaña contra Rusia. Íntimo colaborador del mariscal Pilsudski. En 1935 inspector general del Ejército. En 1939 comandante en jefe del Ejército polaco. Internado en Rumania en septiembre de 1939 tras la capitulación polaca. En diciembre de 1939 huyó de la prisión y entró en Polonia bajo nombre supuesto.

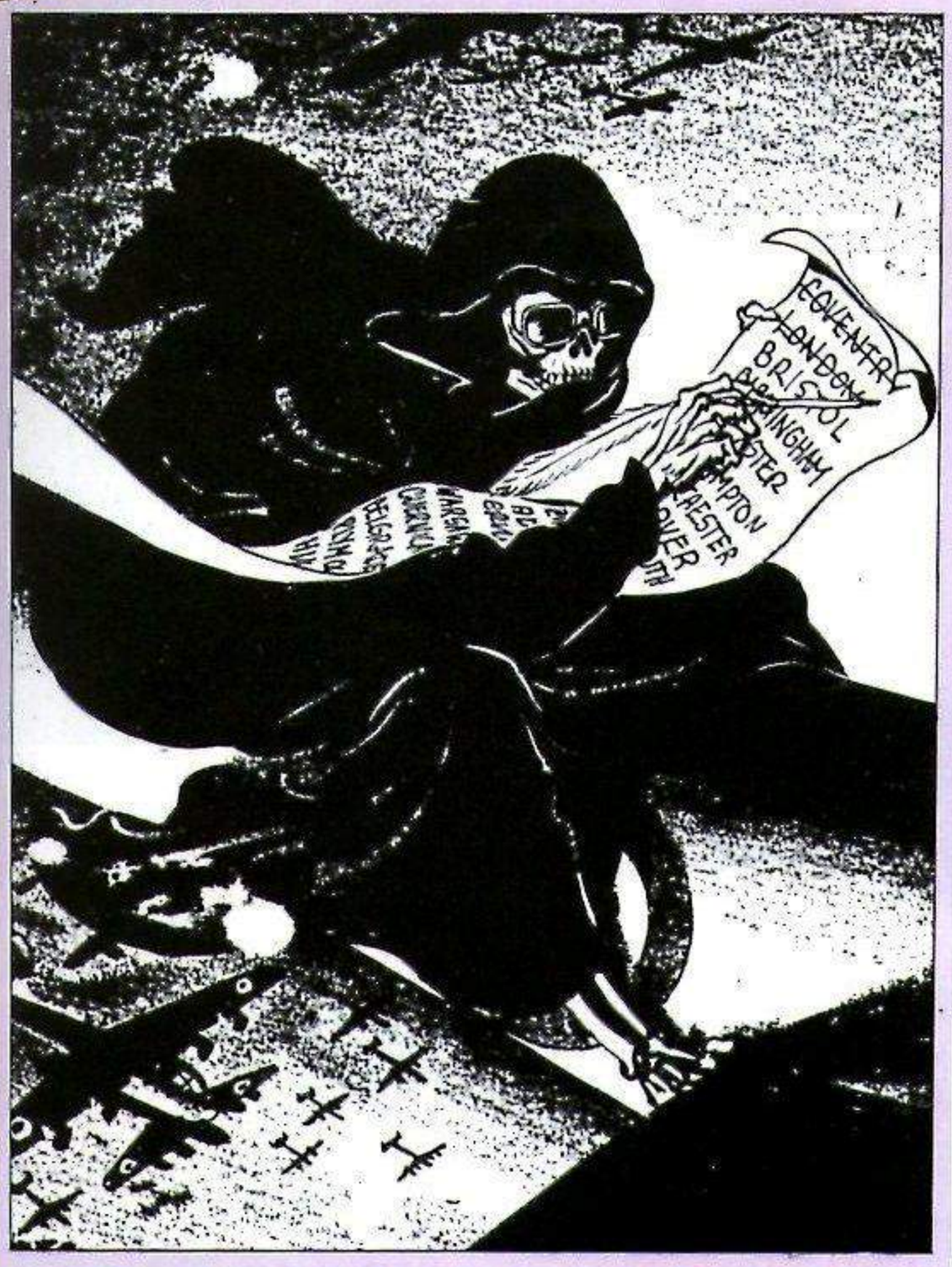
Ryti, Risto, político finlandés. Nació en Huittinen el 3-II-1889 y murió en Helsinki el 25-X-1956. El 1-XII-1939 jefe del Gobierno. Del 19-XII-1940 al 1-VIII-1944 jefe del Estado. Por haber declarado la guerra a la Unión Soviética fue condenado el 21-II-1946 a 10 años de cárcel y puesto en libertad el 23-IX-1949.

Rzev, ciudad soviética en el distrito de Kalinin, a orillas del Volga. En 1941 tenía unos 60.000 habitantes. Fue conquistada el 14-X-1941 por las tropas alemanas del Ejército 29 soviético. El 1-III-1943 comenzaron las operaciones definitivas en este sector y el 3-III-1943 Rzev fue recuperado por las tropas soviéticas que operaban en el frente de Kalinin.

Gerd von Rundstedt durante una visita al frente del Oeste.

EL HUMOR EN EL TERCER REICH

Un miembro de la defensa civil alemana exclama después de una alarma aérea nocturna: «¡Si no hubiéramos empezado esta guerra a la que nos han obligado!»

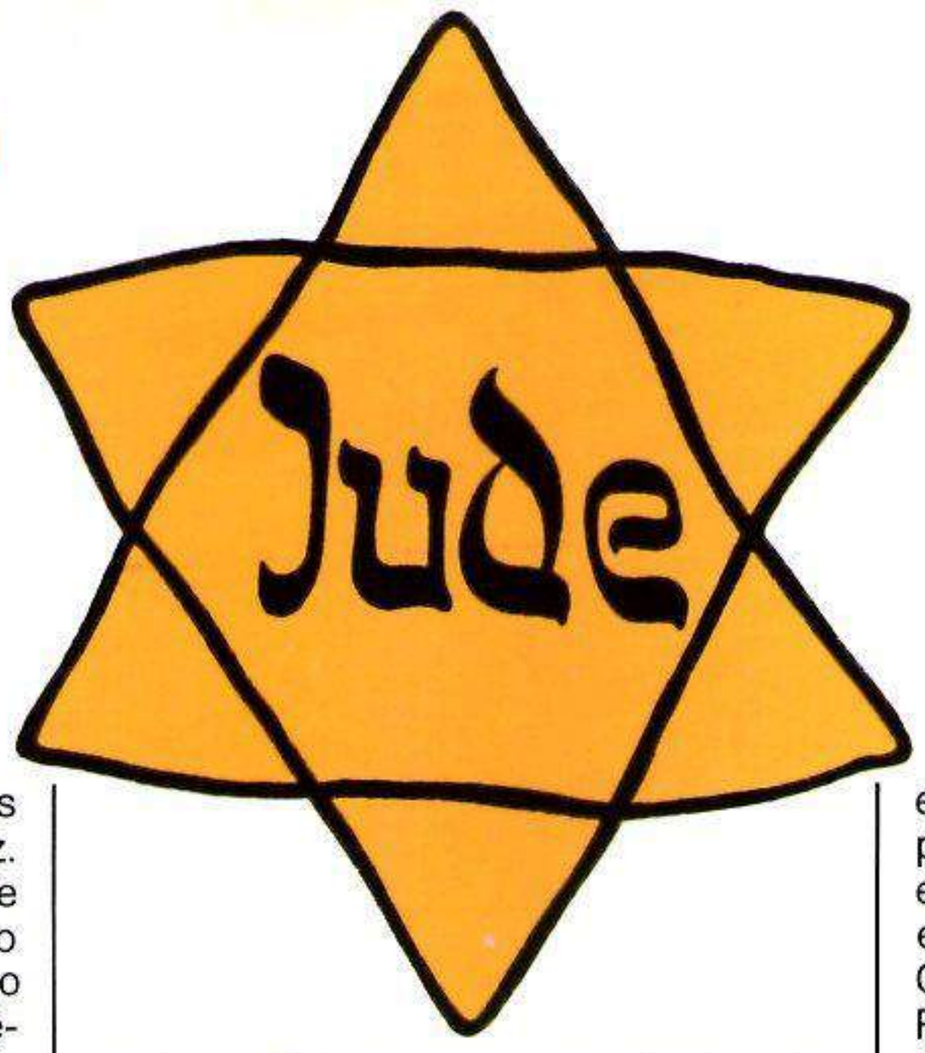


«Portador de cultura angloamericano». Así veían los caricaturistas alemanes encargados de la propaganda nazi a los pilotos aliados: siempre en trance de elegir un monumento histórico para sus bombas (arriba, a la izquierda).

El mismo tema tratado por los caricaturistas del «Daily Mirror» londinense: «Ajustando las cuentas». Con el bombardeo de las ciudades alemanas, los Aliados devolvían los golpes de Coventry, Londres, Bristol, etc. llevados a cabo por la aviación germana (arriba).

Ni de día ni de noche podían sentirse los alemanes a salvo de los bombarderos aliados a partir de 1943. En una caricatura norteamericana, un camarada del pueblo pregunta en un refugio al todopoderoso mariscal Göring, quien entre otros cargos ostentaba el de jefe de la Aviación del Reich:
–¿No dijo usted una vez que Alemania no sería nunca bombardeada? (izquierda).

El problema judío



Ciencia y conciencia son palabras que proceden de la misma raíz. Lo que no se sabe no aparece en la propia conciencia, y lo que no se hace consciente no se puede recordar en un tiempo ulterior. Esta verdad experimenta una prueba especial en el nuevo libro del que fuera ministro de Defensa de Hitler, Speer, aparecido con el título «Diario de Spandau». Más adecuadamente, quizá, que ningún otro autor de memorias sobre el Tercer Reich, Speer recuerda hechos que no sólo se refieren a su persona sino también datos, importantes o insignificantes, pero en todo caso históricos, detalles reales observados en la «corte» del *Führer*.

No debe sorprendernos. A alguien que, como Speer, hubiera gozado de la confianza de Hitler durante una década, no es fácil que le hubiese pasado inadvertido cuanto ocurría a su alrededor. Pero lo que sí resulta asombroso es que un testigo de tan gran intimidad con Hitler no barruntó, según parece, absolutamente nada de determinadas realidades que fueron produciéndose desde los años treinta y que luego pasarían a la historia como monstruosos puntos negros del Tercer Reich: el hombre más importante, acaso, después de Hitler en el «gran Reich alemán» no tenía al parecer ni idea de la forma con que se trataba de solucionar de una vez por todas el problema de los judíos, que aparecía vinculado al indicativo de Auschwitz.

Todavía hoy permanecen sobre el tapete preguntas que no han encontrado respuesta, a pesar de las décadas que han transcurrido desde entonces: ¿Será verdad que Speer no intervino en el caso del asesinato de judíos porque no pudo constatar absolutamente nada? ¿Permaneció inactivo en relación con este hecho, quizá porque el número de los afectados por el exterminio no se aproximaba siquiera a la cifra que está hoy en la conciencia de todos? ¿O es que, por el contrario, el tecnócrata en materia de armamento al servicio de Hitler no notó nada precisamente porque lo que ocurría se había ocultado de forma sistemática, de un modo perfectamente organizado, debido a que esta función correspondía a otra estrella del autocrático universo hitleriano?

Acerca de la respuesta al primer interrogante no cabe hoy duda alguna: por encargo de Hitler, Heinrich Himmler hizo asesinar a millones de judíos durante los años de 1941 a 1944. Según expresión del propio *Führer*, se les hizo «desaparecer de la tierra». En relación con este hecho se apuntan dos motivos: en primer lugar, el antiguo odio de Hitler a los judíos, a los que veía como una «infección mundial», la del bacilo de la corrupción. En segundo lugar, la extensión de la guerra germano-polaca al plano de conflicto europeo para terminar en conflagración mundial, efecto que Hitler ni previó ni esperó. Este factor le llevó a buscar en el «judaísmo internacional» al verdadero responsable de la ampliación de la guerra.

Quien trate de buscar en las actas correspondientes un documento que denuncie el iniciador de esa operación de exterminio, buscará en vano. No hay ni un solo papel en el que la firma de Hitler respalde una orden relativa al exterminio de judíos.

La reserva y el sigilo fueron características de lo ocurrido ya desde el comienzo. El intento consiguió su objetivo hasta el punto de que los que recibieron el encargo de aplicar la «solución final» tenían encomendado un aspecto especial cada uno. Para el *Obergruppenführer* SS Reinhardt Heydrich, al que Göring transmitió una orden general sobre la «intentada solución final de la cuestión judía», la expresión quizá poseía un matiz político de principio. Su política apuntaba hacia una evacuación masiva de judíos de Alemania y del territorio controlado por los alemanes. El sistema desarrollado por él, un sistema del terror gradual, debía hacer «madurar» a los judíos y obligarles a emigrar. Ya en 1941 comunicó por escrito al cuerpo de oficiales de la policía de seguridad y del SD que bajo el término «solución final» había que entender la expulsión a otro país. Cuando algunos meses después, en Praga, en marzo de 1942, el único confidente y amigo que tenía le habló de rumores sobre aniquilamiento de judíos, Heydrich le presentó un escrito con la firma de Himmler en cuyo texto se establecía que, después de la guerra, «no debería quedar en Europa ni un judío con vida».

Este escrito no llegaría al final de la contienda. Tan sólo un par de fragmentos de discursos de Hitler, hostiles pero poco claros si es que se busca en ellos absoluta precisión, delatan abiertamente la «solución final». Así, por ejemplo, cuando dijo en su discurso del 8 de noviembre de 1942 que los judíos estaban amenazados por el exterminio. Pero incluso esta expresión necesitó varios días hasta que Heinrich Himmler la interpretó en la escuela de Tölz, de las SS: «Los judíos han sido evacuados de Alemania, ahora viven en el Este y trabajan en nuestras carreteras, tendidos ferroviarios, etc.»

Es decir, secreto y ocultamiento en toda la línea. En el lenguaje oficial, el «exterminio» se quedó en una mezcolanza de conceptos burocráticos poco claro: emigración, tratamiento especial, depuración.

En la residencia de Hitler, en sus tertulias de sobremesa, se hablaba todavía menos del exterminio. Quizá porque los máximos jerarcas del Reich nacionalsocialista se resentían aún de aquella lección que tenían tan bien aprendida y que durante tantos años habían enseñado: el genocidio era una característica abominable del «bolchevismo judío», algo «agermánico», incompatible con la «moral germánica». Sin embargo, al final no fue ya posible mantener por más tiempo el secreto, hasta el punto de que, para el juicio de la historia, al menos en este punto concreto, no se sabe quién llegó más lejos, si los nazis o el «enemigo mortal bolchevique».

Günther Deschner

EL EXT LOS

El 12 y el 23 de noviembre de 1938 los judíos fueron excluidos de la actividad económica: en esas fechas se tomaron las medidas definitivas para que, a partir de entonces, todos los establecimientos comerciales, manufacturas y plantas de producción industrial estuviesen exclusivamente en manos «arias». En los casos en que los judíos eran no sólo arrendatarios sino propietarios de empresas, se les dio una exigua indemnización y se les privó de su propiedad. Los judíos no podrían ya adquirir terrenos. Todas sus acciones y valores deberían quedar depositados en un banco de divisas, con el fin de evitar «el ilegal tráfico judío de divisas». Sus joyas y obras de arte deberían venderse a establecimientos del Estado. El doctor Joseph Goebbels como «presidente de la Cámara de Cultura del Reich», aprobó el 12-XI-1938 una orden en cuyo texto se decía:

«Después de que el Estado nacionalsocialista ha permitido durante cinco años que los hebreos mantuvieran una vida cultural particular dentro de sus propias organizaciones judías, ya no es viable dejar que tomen parte en los programas de la cultura alemana...»

Por tanto, los judíos no podrían en lo sucesivo asistir al teatro ni al cine, ni a conciertos, conferencias, variedades ni exposiciones de arte.

Dos días después se les prohibía a los niños israelitas acudir a la escuela. Tenían que limitarse a las escuelas judías, muy reducidas en número, lógicamente. No se hizo esperar mucho otra orden policial según la cual los judíos no podían dejarse ver en público; esta orden se cumpliría más o menos estrictamente, según los lugares. En algunas poblaciones los judíos no podían salir de noche; en otras se les vetó la entrada en los parques, piscinas, restaurantes. El 3 de diciembre se les privó no sólo del carnet de conducir sino que incluso se les prohibió la posesión de vehículos de motor.

La prohibición de ejercer dictada contra los médicos judíos se amplió el 17 de enero de 1939 a los dentistas, veterinarios y farmacéuticos del mismo origen. Todos ellos habían de limitar su prestación profesional a los judíos. En cuanto a los veterinarios esta determinación significaba una prohibición absoluta del ejercicio profesional, debido a que los hebreos no eran propietarios de terrenos en explotación agropecuaria que pudiesen necesitar de un especialista. Todas las propiedades judías habían sido ya previamente expropiadas. Lo mismo cabría decir de los farmacéuticos, que eran autónomos en su mayor parte.

Como consecuencia de estas medidas que, paulatinamente, siguieron a la «Noche de los cristales», los judíos fueron quedando segregados de la actividad económica alemana en la que tanta participación habían tenido. Y no era sólo esto: se les fue marginando de la vida pública, de toda manifestación de la vida ciudadana, hasta el punto de que cada uno de ellos vivía recluido en su pequeño *ghetto*, aislado de sus conciudadanos y de una población a la que de hecho pertenecía.

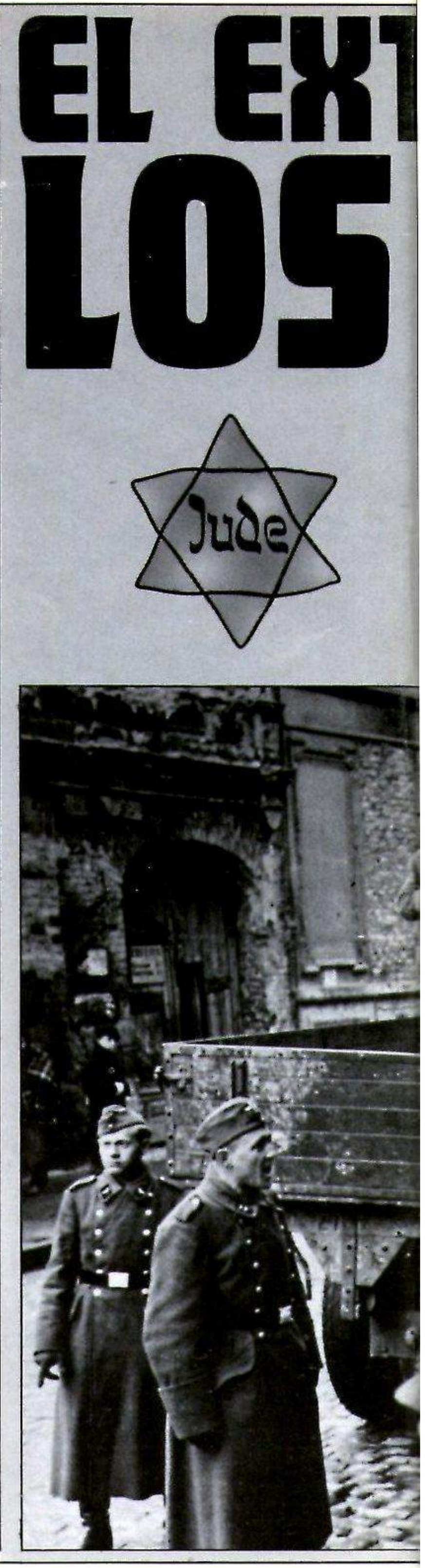
En 1933 había en Alemania más de medio millón de ciudadanos judíos. Ahora, a comienzos de 1939, tan sólo había censados unos 234.000. Más de la mitad había emigrado ya, habían tenido que abandonar su patria. Los que se marcharon eran los judíos acomodados, que tuvieron que dejar su fortuna, o los que contaban con parientes en el extranjero.

Además de los 234.000 habría que sumar otros 70.000 que vivían en el «protectorado» y no pudieron huir a tiempo, o que residían en Austria, la llamada ahora «Marca Oriental Alemana» y no habían recibido por el momento el permiso de emigración. Por entonces aún era teóricamente posible emigrar.

Todavía no se había recurrido a la «solución final del problema judío»; la aniquilación del pueblo semita era aún una sombra fantasmal. En esta época el Estado se hallaba interesado en dos sentidos: dejar «libre de judíos» a Alemania, mediante la expulsión de todos los semitas, pero, al tiempo, enriquecer las arcas del erario e ingresar divisas. En correspondencia a estos intereses se creó en enero de 1939, por parte de la policía de seguridad («Sipo»), supeditada al jefe de grupo de las SS, Heydrich, una «Central del Reich para el fomento de la emigración judía». Reinhard Heydrich, que año y medio antes había contribuido con sus intrigas contra el mariscal Tujachevski a la mayor derrota experimentada por el Ejército Rojo, se había convertido en uno de los hombres más poderosos de Alemania, aunque pasara absolutamente inadvertido para la opinión pública.

Su dominio se extendía a la policía de seguridad, Servicio de Seguridad (SD) y Gestapo.

Desde el «Anschluss» de Austria hasta finales de 1938, Heydrich había logrado la salida de 45.000 judíos austriacos, según comunicó él mismo con orgullo a Göring. Sin embargo, éste no se alegró tanto con la solución. Los judíos más ricos habían logrado marcharse. Para él hubiera sido mejor que los judíos extranjeros hubiesen entregado buenas divisas a cambio de la libertad de movimiento hacia el exterior, en favor del resto de los judíos que aún permanecían en Alemania. Este era



ERMINIO DE JUDIOS

Hasta la «Noche de los cristales», en noviembre de 1938, muchos judíos pensaron que podrían llegar a un compromiso con el nacionalsocialismo. Sin embargo, tras producirse aquellos hechos, fueron marginados sistemáticamente del «cuerpo popular alemán» y al fin se decidió el exterminio físico de la comunidad judía europea, poco después del comienzo de la guerra con la Unión Soviética.

Todavia obedecen sin temor a los comandos alemanes. Judíos polacos abandonan el «ghetto» de Varsovia y se les traslada a «zonas de trabajo».

precisamente el cometido que habría de cumplir la nueva «Central del Reich».

Hacía ya tiempo que diversos países habian propuesto negociaciones sobre la emigración de los semitas, principalmente por iniciativa dè Polonia, cuyo Gobierno deseaba que se marcharan todos los ciudadanos judíos. Los polacos tenían el plan de crear en Madagascar un Estado judío, ya que Palestina, la patria de los israelitas, llevaba en manos árabes casi dos mil años y estaba habitada por pueblos muy concretos. Así pues, estaba fuera de lugar proyectar un establecimiento de los judíos en su tierra de origen sin expulsar previamente a los árabes.

Pero Madagascar era colonia francesa. ¿Qué dirían los franceses a este plan? En Francia cayó bien la idea e incluso se le empezó a dar vueltas con cierta complacencia.

Madagascar era dos veces mayor que Polonia, doce veces mayor que Eslovaquia y tan sólo contaba con cuatro millones de habitantes. Esta isla, la cuarta del mundo por su extensión, poseía un rico subsuelo y abundantes productos naturales. Incrementar su población equivaldría a potenciar las grandes posibilidades de la isla y a aumentar el bienestar. Sin embargo había algo que no se podía olvidar: el clima. Las condiciones climáticas eran perfectamente soportables para los diferentes grupos étnicos establecidos en Madagascar. La mayoría de ellos no procedía de África sino de Asia meridional; pero no ocurriría otro tanto si los colonos llegaban de Centroeuropa. Con todo, este problema no merecia demasiado interés. La discusión se mantenía en un plano teórico y sólo año y medio después se analizaría más seriamente... por parte alemana; cuando Francia se había convertido ya en un país vencido.

Al principio en Alemania se buscaba el modo de convertir en negocio la expulsión de los judíos. Esta era una cuestión en la que Heydrich no estaba tan interesado como Göring. El presidente del Banco del Reich, doctor Schacht, ex ministro de Economía y el hombre de quien se dijo que en 1923 habia logrado terminar con la terrible inflación, propuso que se pidiese al extranjero una oferta de divisas para compensar los costos de la operación emigratoria de los judíos, plan que habria de concluir en un periodo de tres a cinco años. Como aval de estas indemnizaciones al Reich deberían servir las fortunas de los judíos que aún no hubiesen abandonado el país. Las citadas fortunas tendrían que ser devueltas en un plazo de 20 a 25 años.

Casi parecía que el negocio iba a salir adelante. El Comité Interestatal para las migraciones, que se había formado en

Un cartel nazi de la época: «Detrás de las potencias enemigas, el judío». Hitler creía firmemente en la «conspiración mundial» de los judíos, responsable, según él, de la conflagración.

1938 tras una conferenia sobre el tema celebrada en Évian (Suiza) no excluía de antemano la posibilidad de considerar seriamente la propuesta. Sin embargo, en el ínterin ocurrieron muchas cosas que obligaron a interrumpir las negociaciones en curso.

El doctor Schacht afirmaría después de la guerra bajo juramento: «Si se hubiese puesto en práctica (este proyecto) no habría muerto ni un solo judío alemán.» Pero hubiera subsistido, sin embargo, el primer problema: nadie se habría comprometido a financiar la emigración, puesto que nadie deseaba recibir a los emigrantes. Además del vago plan relacionado con Madagascar de polacos y franceses, los británicos comunicaron oficialmente al Comité Interestatal que los emigrantes judíos de Alemania podrían establecerse también en Rodesia y en la Guayana Británica. En eso quedó todo. Inmediatamente después, la situación internacional se deterioró tanto en el curso de 1939 que las negociaciones quedaron interrumpidas *sine die*... hasta que llegó la guerra. Entonces desaparecieron los proyectos de canalizar a los judíos hacia Madagascar, Rodesia o la Guayana, al menos como planes viables.

Cuando se celebraban las negociaciones –y cabe suponer que tanto Göring como Hitler estaban vivamente interesados en ellas por lo que imaginaban iba a ser un aluvión de divisas para Alemania–, otro hombre actuaba de distinta manera: Heydrich. Por encargo de su «Departamento para la Emigración Judía» miles de hebreos alemanes fueron recluidos en el «Protectorado».

«Enemigos del Reich»

Apenas finalizada la campaña contra Polonia, Heydrich anunció que debían ser evacuados 87.000 judíos y polacos del «Warthegau», para dejar el sitio a los alemanes que regresaban a la patria desde la Unión Soviética. Al propio tiempo celebraba una conferencia de prensa Alfred Rosenberg, ideólogo del partido y jefe del «Departamento de política exterior». Ante los periodistas extranjeros congregados manifestó que, por motivos sobradamente conocidos –porque árabes y británicos se mostraban contrarios–. Palestina no sería territorio de recepción inmigratoria para los judíos, y añadió: «...En consecuencia permanece sin respuesta la única cuestión a resolver: qué país democrático está dispuesto a recibir a los judíos colectivamente. Este país debería poseer un territorio suficiente para unos 15 millones de semitas. Con este objeto los millonarios y multimillonarios judíos de todo el mundo deberían poner a disposición de las oficinas de la conferencia de Évian, por ejemplo, los medios de que disponen...»

Pero los acontecimientos y Reinhard Heydrich habían superado hacía tiempo a Alfred Rosenberg y sus planes. En Polonia, miles de judíos habían sido no ya «evacuados», como decía Heydrich, sino incluso fusilados por los pelotones de la policía de seguridad y por comandos de voluntarios antisemitas polacos. Tan sólo después de la campaña de Francia volvería a aflorar la idea de un plan Madagascar.

El resurgir de la idea parece que se debió a Göring, y con ello se reflejaba una vez más su gran sentido para los negocios. Los hebreos deberían constituir en esta isla africana su Estado con una administración propia. Dado que es proverbial la «habilidad de los judíos para las operaciones comerciales», y esta particularidad prometía beneficios, Göring estimaba que el comercio exterior de la isla debería estar encomendado a una colectividad judía... sometida directamente a la supervisión germana, de modo que Alemania pudiese participar en los beneficios que se esperaban. Todo el capital judío en Alemania tenía que ponerse a disposición del proyecto Madagascar que tantas ganancias prometía.

El plan estaba perfectamente calculado, en todos sus pormenores, tanto que quizá hasta se hubiera podido realizar. Para su puesta en práctica solamente

faltó –además de la aceptación del Gobierno francés– la condición más importante: que terminase la guerra. Dado que esto no era posible y tampoco se podía llegar hasta Madagascar a través de los mares dominados por los ingleses, el plan se quedó en mero proyecto.

Entretanto los judíos que habían permanecido en Alemania perdieron aún más derechos. Ya en los primeros días de la guerra se vieron obligados a entregar sus receptores de radio, como consecuencia de haber sido calificados de «enemigos del Reich». Al tiempo se les entregaron cartillas de racionamiento con porciones muy limitadas, más que las del resto de la población. Los horarios de salidas al aire libre se recortaron aún más hasta quedar reducidas a muy pocas horas al día, lo cual hacía prácticamente imposible realizar compras. Más tarde se impuso como obligación, en septiembre de 1941, exhibir la estrella judía como distintivo de raza. El comienzo de la guerra contra la Unión Soviética, la lucha de las «ideologías», trajo consigo el giro definitivo en lo que los nazis llamaban «la cuestión judía». Hasta entonces cientos de miles de judíos habían sido evacuados de los países ocupados por la *Wehrmacht*. La evacuación se había llevado a cabo en parte clandestina e ilegalmente, y en parte por orden de la Central de Heydrich.

A partir de ahora la situación se alteraría. Si, hasta entonces, el asesinato de judíos constituía una excepción, y la regla, fomentada por el propio Reich, era la emigración, en la nueva etapa los términos se habían invertido. La regla general pasó a equivaler al exterminio de los judíos hasta el punto de que el 1 de octubre de 1941 se prohibió taxativamente la emigración de los hebreos.

El 20 de enero de 1942 se celebró en Berlín la llamada «Conferencia del Wannsee», que se haría tristemente famosa. La reunión se desarrolló en la sede de la Interpol, en la calle Am Grossen Wannsee 56/58.

El protocolo de la conferencia del Wannsee berlinés se ha conservado, aunque incompleto. En él se emplea por primera vez oficialmente la expresión «solución final» sin indicar, desde luego, que esta solución fuese el exterminio, el aniquilamiento de los judíos en los territorios dominados por los alemanes. Sin embargo esta conclusión se desprende de algunos pasajes del texto.

Deportaciones en toda Europa

A pesar de todo, se sabía cuál era el significado de esa «solución final». La impresión se vio confirmada con las medidas que ahora iban a aplicarse, algunas de las cuales ya se habían puesto en práctica antes de la conferencia: los fusilamientos y los *pogroms* tras la ocupación de Polonia, la actividad de los «comandos de acción» del SD inmediatamente detrás de las líneas del frente oriental –decenas de miles de judíos bálticos, ucranianos y rusos fueron ejecutados en fusilamientos masivos–, la creación de un campo de concentración en la ciudad polaca de Chelmno, pensado desde el primer momento como lugar de exterminio de los internados.

En el protocolo, sólo se habla con claridad de una «evacuación» de todos los judíos que residieran en los territorios ocupados en el Este, en donde su número se había reducido considerablemente «de manera natural» como consecuencia de las duras condiciones de trabajo que les impusieron los alemanes. Es por ello muy posible que la importancia de la conferencia derivara no de que se hablase claramente de lo que ocurría, sino de que en ella se ofreció a los funcionarios asistentes un motivo plausible de las deportaciones masivas que se trataba de imponer: el empleo de la mano de obra judía en el Este. ¿Una conferencia que perseguía como fin expreso camuflar las verdaderas pretensiones de Heydrich? No es fácil de precisar, pero en cualquier caso lo cierto es que a partir de ella Europa sería «peinada» sistemáticamente de la presencia judía.

La operación fue sumamente sencilla en Polonia, Ucrania, Letonia, Lituania y Estonia. En estos países dominaba todavía un agudo sentimiento antisemita y en ellos la mayor parte de los judíos vivía aún en *ghettos*. Con frecuencia la población civil cooperó con la Gestapo en sus funciones. La policía de estos países colaboró incluso hasta el punto de detener a los judíos y entregárselos a la Gestapo. Así fue posible que las deportaciones a los *ghettos* nuevos o a los antiguos se desarrollasen muy rápidamente en estos países.

La labor fue mucho más dificultosa en los países balcánicos y en los de la cuenca del Danubio, con excepción de Rumania. En ésta el antisemitismo era muy acusado y había hecho posible el que se introdujese tempranamente el *pogrom*. El Gobierno del mariscal Antonescu se encargó de la deportación de los judíos rumanos a Ucrania aun antes de que comenzara con su tarea la Gestapo. Cuántos seres humanos perecieron en aquellas matanzas, es algo que sigue sin aclarar.

En Hungría, Bulgaria y Eslovaquia no existía intención de deportar a los judíos llegados del exterior. Al principio, los hebreos naturales de estos países no fueron entregados. Después, cuando se extendieron los rumores sobre un exterminio sistemático de los que se suponía dedicados a trabajos forzados, el Gobierno eslovaco presidido por monseñor Tiso trató en vano de visitar los campos de trabajo erigidos en la Europa oriental. Hungría, por su parte, volvió a recibir a judíos fugitivos. En Yugoslavia y Grecia, ocupadas por la *Wehrmacht* –aunque algunas zonas de ambas permanecían en manos italianas– la Gestapo y el SD se ocuparon de «peinar» ciudades y pueblos a la búsqueda de semitas.

En las zonas de ocupación italiana y en la propia Italia no hubo deportación alguna. Se aprobaron en el país determinadas leyes en virtud de las cuales se limitaban los derechos de los judíos, pero sin que se proclamara ningún tipo de antisemitismo expreso. Estas leyes fueron sistemáticamente incumplidas por las autoridades.

En el norte y oeste de Europa Heydrich y Eichmann encontraron serias dificultades. En estas zonas los judíos no permanecían como extraños, de un modo similar a lo que ocurría en la Europa oriental y algún que otro país balcánico, sino como ciudadanos de la misma categoría que los demás, con plenos derechos y deberes.

En Dinamarca se logró evitar casi por completo las acciones contra los hebreos. En Francia la Gestapo apenas logró identificar a los judíos porque los hebreos eran ciudadanos plenamente integrados en la sociedad gala. Por esta razón no hubo registros en los que se pudiese hallar personas buscadas por la policía. La acción tan sólo se dirigió contra las comunidades judías delimitadas. En Holanda, parte de la policía cooperó con la Gestapo en sus operaciones, pero la resistencia de la población civil fue extremadamente fuerte. En Noruega la Gestapo vio facilitadas sus pesquisas debido a que en el país había pocos judíos y, por esta razón, perfectamente identificados.

Los judíos fueron trasladados en parte a campos de concentración y en parte quedaron recluidos en los *ghettos* de Europa oriental. Con ello se pretendía aislarlos y dedicarlos a trabajos penosos.

Luego se irían acumulando nombres como Treblinka, Maidanek, Auschwitz... Auschwitz ha quedado vinculado a los aspectos más espantosos del concepto «solución final», el exterminio de judíos. Este campo de concentración se convertiría en ejemplo y modelo de los demás creados para el asesinato sistemático de seres humanos.

Pero también allí hubo excepciones. Hubo asimismo trabajos forzados y hubo quien logró sobrevivir al infierno de Auschwitz. Con todo, así como en

los *ghettos,* al principio, los trabajos especialmente duros eran el objetivo principal y se producían numerosos casos de fallecimiento, en Auschwitz los términos se alteraron: allí el exterminio de personas era el objetivo principal y los trabajos forzados que realizaban una parte de los internados era cuestión secundaria.

En sus inicios este campo de concentración se pensó como un enorme campo de trabajo. La IG-Farben se proponía establecer cerca de la zona industrial de la Alta Silesia un polígono de fábricas dedicadas a la producción de gomas sintéticas y gasolina en las que habrían de trabajar los internados.

Pero el plan no prosperó. Auschwitz adquirió entonces el carácter de campo de exterminio. Se encontraba bien situado, en el centro de Europa, contaba con buenas comunicaciones ferroviarias y al tiempo se hallaba suficientemente lejos de las zonas habitadas como para quedar a cubierto de miradas curiosas del exterior que pudiesen averiguar qué era lo que realmente sucedía tras los muros del campo. Además, y para que el camuflaje fuese perfecto, el antiguo plan industrial podía permitir disimular el transporte de productos químicos destinados a las cámaras de gas. En cuanto a la elección de Auschwitz para este fin, también desempeñó un papel la protesta de la *Wehrmacht* contra las deportaciones de judíos hacia el Este. Los jefes de las tropas en esta zona consideraban absurdo el empleo de las escasas comunicaciones ferroviarias en el transporte de judíos cuando tanto las necesitaba el Ejército para el traslado de tropas y de material.

El comandante del campo de Auschwitz en el periodo decisivo de 1941 a 1943, durante el cual se desarrolló la acción exterminadora con más ahínco, era un tal Rudolf Höss, que al final de su carrera alcanzaría el grado de *Obersturmbannführer.*

Después de la guerra Höss redactó un informe exhaustivo. Los detalles que aportó en él sobre el método seguido para el exterminio fueron confirmados por los que lograron salir con vida de aquel infierno. En consecuencia, estos detalles merecen todo crédito. He aquí su descripción:

«El modo como seleccionábamos a nuestras víctimas era el siguiente: dos médicos de las SS, con destino en Auschwitz, investigaban el estado de salud de los prisioneros que iban llegando en los transportes. Los detenidos estaban obligados a pasar por uno de los médicos, que decidía si el preso podía seguir o no. Los aptos eran internados en el campo. Los

Fotografía superior: llega un nuevo transporte de víctimas. Al fondo, la puerta de acceso en el campo de exterminio de Auschwitz-Birkenau. Después de la selección previa y duros trabajos en condiciones infrahumanas, más las consabidas torturas, llegaba el exterminio.

Fotografía inferior: los vencedores encontraron escenas como ésta en los campos de concentración alemanes tras la huida de las unidades nazis. La foto se tomó en el campo de Bergen-Belsen.

Los cuerpos se estremecían

Miembros de los grupos de acción especial asesinaron el 5 de octubre de 1942, en Dubnov (Ucrania), a 5000 judíos. El testigo ocular Hermann Friedrich Gräbe relata:

Moennikes y yo nos encaminamos directamente a las zanjas sin ser molestados. En un momento determinado oímos disparos, con breves intervalos de silencio. El sonido venía del otro lado de una colina. Aquellas pobres gentes, hombres, mujeres y niños de todas las edades, se desnudaban a la voz de mando de un tipo de las SS que se lo ordenaba agitando una fusta de montar o algo similar. Las víctimas iban dejando en montones su calzado, así como la ropa de vestir y la interior, cada cosa en un lugar diferente. Vi un montón de zapatos en el que habría de ochocientos a mil pares y grandes pilas de ropa blanca y trajes. Las víctimas se desnudaban sin un grito, sin una lágrima, y permanecían esperando la aparición de otro sujeto de las SS que se encontraba junto a la fosa y blandía igualmente una fusta... Durante el cuarto de hora que permanecí en aquel lugar no oí ni un lamento, ni un ruego de clemencia. Me detuve observando una familia de unos ocho miembros...

Una mujer mayor sostenía en sus brazos a un pequeño que debería tener poco más o menos un año. La mujer cantaba mientras le mecía. El niño lanzaba pequeños gritos de satisfacción. El matrimonio le miraba con lágrimas en los ojos. De pronto, el individuo de las SS que se encontraba junto a la fosa gritó algo a su camarada. Éste separó a unas veinte personas y les ordenó que se colocaran al otro lado de la colina. Entre ellas iba la familia a la que había observado detenidamente. Todavía recuerdo bien cómo una chica, de pelo negro y muy espigada, se señaló a sí misma con la mano cuando pasó cerca de mí y dijo: «¡Veintitrés años!» Descendí de la colina y me coloqué junto al foso, de enormes proporciones. Las víctimas se hallaban tan pegadas unas a otras que solamente se veían las cabezas. De casi todas ellas brotaba sangre, que se deslizaba por los hombros. Algunos de los fusilados movían la cabeza como indicando que aún vivían... Me volví hacia quien había disparado. El asesino, un hombre de las SS, se encontraba sentado en la parte más estrecha de la zanja, en el suelo, con las piernas colgando hacia el interior de ésta, tenía una ametralladora sobre las rodillas y fumaba un cigarrillo. Aquellos pobres hombres desnudos seguían llegando por una escalera excavada en la tierra, en la misma pared de la fosa, y se tropezaban con las cabezas de los que habían sucumbido antes que ellos, hasta que al fin se colocaban en el lugar que les había indicado el de las SS. Se situaban ante los muertos o heridos; algunos acariciaban a los que todavía daban muestras de continuar con vida y les hablaban quedamente. Luego volví a oír una ráfaga de disparos. Miré hacia el interior del foso y vi cómo se estremecían los cuerpos y cómo algunas cabezas yacían ya destrozadas sobre los cuerpos de los que habían muerto antes. De sus nucas manaba la sangre a borbotones.

niños de corta edad eran exterminados sistemáticamente debido a su incapacidad para el trabajo.»

No se necesita mucha fantasía para imaginarse aquellas horribles escenas que Höss describe con su prosa vulgar y bárbara. Los deportados elegidos de antemano por los médicos en las rampas del ferrocarril y destinados a las cámaras de gas debían entregar todo el dinero y los objetos de valor que llevasen encima. Se les aseguraba que se les devolvería todo una vez hubiesen pasado el «tratamiento».

Inmediatamente después se les pasaba a los «baños». Antes se despojaban de sus ropas para ser desinfectadas. En los baños estaban todos mezclados, en promiscuidad de edades y sexos. Los condenados no sabían que esos «baños» eran realmente cámaras de la muerte. Se cerraban las puertas y comenzaba a entrar por el techo, a través de las duchas, el gas venenoso, conocido por Zyklon B, que en realidad era ácido cianhídrico cristalizado.

«La operación duraba... de 3 a 15 minutos. Transcurrido ese tiempo todos los que habían entrado en la cámara de la muerte habían perecido. Sabíamos que aquella gente había muerto cuando dejábamos de oír sus gritos. Normalmente esperábamos todavía otra media hora antes de abrir la puerta para retirar los cadáveres. Una vez transportados fuera los cuerpos, nuestros comandos especiales procedían a quitarles los anillos y prótesis dentales de oro...»

La imagen que se ofrecía al abrirse la puerta de la cámara de gas era espantosa. A pesar de que se les había ocultado celosamente la verdad de su destino, muchos de los condenados se daban cuenta en los últimos instantes de la verdadera situación en que se hallaban. Presos de pánico mortal se abalanzaban contra la puerta pisándose y golpeándose unos a otros. Los cuerpos inanimados, convulsos, rígidos, salpicados de sangre y excrementos, eran luego separados a la fuerza unos de otros con palos.

Esa macabra operación de separar los cadáveres se encomendaba normalmente a comandos de detenidos que recibían a cambio una ración especial de licores, cigarrillos y alimentos, y que pensaban ganar así alguna oportunidad más de continuar con vida. Sin embargo, en un plazo más o menos corto, también ellos acababan en la cámara de gas. Mas por el momento ellos se limitaban a llevar a cabo la operación de exterminio, desde la recepción de los objetos de valor a la llegada, hasta la limpieza de la cámara de gas y la incineración de los cuerpos, pasando por la acción de desnudar a los condenados y repartir sus ropas.

La incineración se desarrollaba al

mismo tiempo en cuatro hornos de los que dos trabajaban durante más tiempo. La mayor parte de los cadáveres eran quemados al aire libre, sobre planchas de hierro o en grandes zanjas en las que se les rociaba con gasolina.
El número total de víctimas asesinadas en el campo de exterminio de Auschwitz es aún muy impreciso. Una comisión soviética que investigó en el campo en 1945, apenas abandonado por los alemanes, declaró literalmente: «Considerando que la capacidad de los hornos crematorios no daba abasto, la comisión técnica de expertos ha concluido que, durante la existencia del campo de concentración de Auschwitz, los verdugos alemanes asesinaron no menos de 4 millones de ciudadanos de la URSS, Polonia, Francia, Yugoslavia, Checoslovaquia, Rumania, Hungría, Bulgaria, Holanda, Bélgica y otros países.»
Höss reconoció la cifra de 2,5 millones ante el tribunal de Nuremberg, en el que prestó declaración como testigo en contra de los acusados. Después, en su propio proceso, afirmaría bajo juramento que se ejecutó a 1.135.000 personas.
La cifra más reducida de cuantas se manejan es la que se desprende de las relaciones nominales de reclusos asesinados, listas que arrojan un total de 300.000 víctimas. Sin embargo, esta cifra es demasiado modesta y en ella no se incluye el total de algunos transportes cuyos integrantes no se citan individualmente.
Lo que sí es cierto, en cambio, es que durante la existencia de Auschwitz –de 1940 a principios de 1945– sólo en la sección de campo de trabajo propiamente dicha, perecieron unas 500.000 personas debido a enfermedades o inanición o fueron ejecutadas por acciones consideradas punibles con la última pena.

«Abusos inevitables»

Pero los hornos crematorios y los montones de cadáveres empapados de gasolina no sólo humeaban en Auschwitz, sino también en los demás campos de exterminio. Y en la mayoría de los *ghettos,* cuyos habitantes no iban a los campos de concentración pero morían en el lugar en que los encontraban los piquetes de fusilamiento. Las ejecuciones comenzaban, al igual que las deportaciones de los *ghettos* a los campos de exterminio, tan pronto como la Gestapo reunía un número suficiente de judíos fijado de antemano. Esto preocupó tanto a los administradores de los *ghettos* que crearon su propia milicia. Durante mucho tiempo los funcionarios judíos creyeron que los transportes humanos que partían de sus demarcaciones iban a parar a otros *ghettos,* a nuevos territorios de colonización o a lugares en los que se necesitaba mano de obra. En consecuencia procuraron realizar una selección adecuada a estos supuestos destinos. Apenas se produjo resistencia entre los seleccionados, porque también ellos creían al principio que la finalidad de los transportes era la que les habían referido.
Sobre lo que ocurría después con esos transportes había muchas versiones. Algunas de ellas se atribuían a los asesinos que pudieron ser apresados; otras procedían de supervivientes, y finalmente, había relatos de personas que no habían tomado parte en las matanzas, pero que casualmente habían sido testigos de ellas.
De entre las versiones es de destacar la de uno de los culpables principales, que fue ahorcado por ello en Landsberg: el jefe del «comando especial D», Ohlendorf:
«Tras el registro, los judíos eran concentrados en un lugar. Desde él se les trasladaba luego al punto de ejecución. Este era normalmente un foso contracarros o una simple zanja. Los fusilamientos se realizaban según el estilo militar, por pelotones que actuaban a la voz de mando. Por una parte, con ello se lograba que cada jefe y cada uno de los hombres cumplieran con su cometido al modo militar, por orden superior, liberándoles así de una actitud individual. Por otra parte, tenía noticia que en las ejecuciones individualizadas se habían producido abusos inevitables, debido a la excitación anímica de nuestros hombres, hasta el punto de que las víctimas se habían dado cuenta demasiado pronto de que iban a ser ejecutadas y causaron grandes molestias con sus ataques de nervios...»
De esa forma, uno de los peores asesinos de la historia trata de presentarse como un apóstol de humanidad... «Ejecuciones», dice, en vez de asesinato perpetrado contra hombres, mujeres y niños inocentes. La «excitación anímica» de los asesinos le daba pena y asimismo el que «no se pudiese evitar los abusos» si una víctima se defendía. Esto era un motivo más de mofa de las víctimas por sus asesinos.
Informaciones de testigos presenciales, al igual que de los asesinos, aseguran que los judíos no ofrecieron ningún tipo de resistencia y que se habían resignado a seguir su destino obedeciendo todas las instrucciones que se les daba.
La resistencia surgió después, en el *ghetto* de Varsovia, el mayor de todos. Esta resistencia venía organizándose desde hacia tiempo. Desde primeros de 1942 se propalaron por el *ghetto* rumores según los cuales se planeaba el exterminio de todos los judíos. La voz corría desde los campos de Belcec, Maidanek y Auschwitz. Pronto comenzaron a formarse grupos que habían dejado de creer en las palabras tranquilizadoras del consejo judío y ahora comenzaban a proveerse secretamente de armas.
El consejo judío, la autoridad autónoma del *ghetto* de Varsovia, tenía noticias recientes de campos de exterminio. Pero prefirió seguir creyendo en verdaderas colonias, en campos de trabajo. Incluso comenzó a difundirse el convencimiento de que el *ghetto* de Varsovia cumplía un papel especialmente trascendental en todo ello. Contaba a la sazón con unos 400.000 habitantes.
Las condiciones de vida allí eran muy precarias. En el *ghetto* se concentraba una población cuatro veces superior a la que hubiese permitido normalmente: todo lo más cien mil personas. El espacio resultaba estrecho, pero vivían al principio hasta con cierta seguridad, porque la Gestapo apenas intervenía en las cuestiones internas del sector judío. Había restaurantes, cines, teatro: un reflejo del antiguo mundo.
El 4 de junio de 1942 moría en Praga el enemigo más encarnizado de los judíos, Heydrich, como consecuencia de un atentado cometido por patriotas checos.
Heydrich fue sepultado con honores oficiales en Berlín. Con ocasión del entierro, Himmler, Eichmann y otros funcionarios fijaron directrices para terminar con todos los judíos. El empleo de los semitas como mano de obra en la industria de armamento y en el resto de la economía pasó a ser algo secundario. A partir de entonces la consigna sería pura y simplemente la de «exterminio». En honor de Reinhard Heydrich, la operación de exterminio se llamaría «Acción Reinhard». En el curso de diez semanas fueron asesinadas en los *ghettos* de Polonia 500.000 personas, la mayor parte de ellas por comandos de fusilamiento integrados por milicianos lituanos, letones y ucranianos. El resto pereció en campos de concentración. La mayoría de las víctimas eran judíos del *ghetto* de Varsovia.
El 22 de julio de 1942 comenzó la operación. El primer transporte afectó a 500 judíos que fueron trasladados a Treblinka, donde ya estaban preparadas las cámaras de gas y los crematorios. Las deportaciones se repitieron día a día. Nadie en el *ghetto* dudó ya, ni por un momento, que aquellos traslados terminaban en la muerte.
Sin embargo, los alemanes aún extendían «certificados de presentación voluntaria»; los empresarios alemanes eran conminados todavía a presentar a los trabajadores judíos que hubiese en sus fábricas.
Muchos pensaban que cumpliendo es-

Cuando comenzaron a difundirse los rumores sobre exterminio de judíos en los campos de concentración alemanes, los hebreos del «ghetto» de Varsovia decidieron tomar las armas y levantarse contra los asesinos. En posiciones perdidas de antemano, los combatientes lucharon hasta el último cartucho, hasta el agotamiento total.

Fotografía superior: combatientes del «ghetto» hechos prisioneros son conducidos por los alemanes al lugar de ejecución.
Fotografía inferior: al mando del «Oberführer» de las SS, Jürgen Stroop, el levantamiento quedó aplastado tras 29 sangrientos días.

tos requisitos aún era posible sortear el destino, con lo que la «presentación voluntaria» fue creciendo en número.
El servicio de orden judío acompañaba a la gente concentrada desde el punto de confluencia hasta los transportes. Abrían marcha los más pobres entre los pobres, los desesperados. Para ellos no cabía nada peor, como no fuese la liberación de la miseria. Luego seguían los ancianos y los enfermos y, finalmente, los niños de los hospicios. En ocasiones se recurría a parientes de los titulares de certificados de presentación voluntaria con el fin de cubrir el cupo diario. Por primera vez el servicio de orden judío tuvo dificultades con éstos. Las mujeres y los niños de los hombres que se encontraban trabajando fueron deportados de la noche a la mañana: carecían de certificado, ésta fue la razón que se adujo.

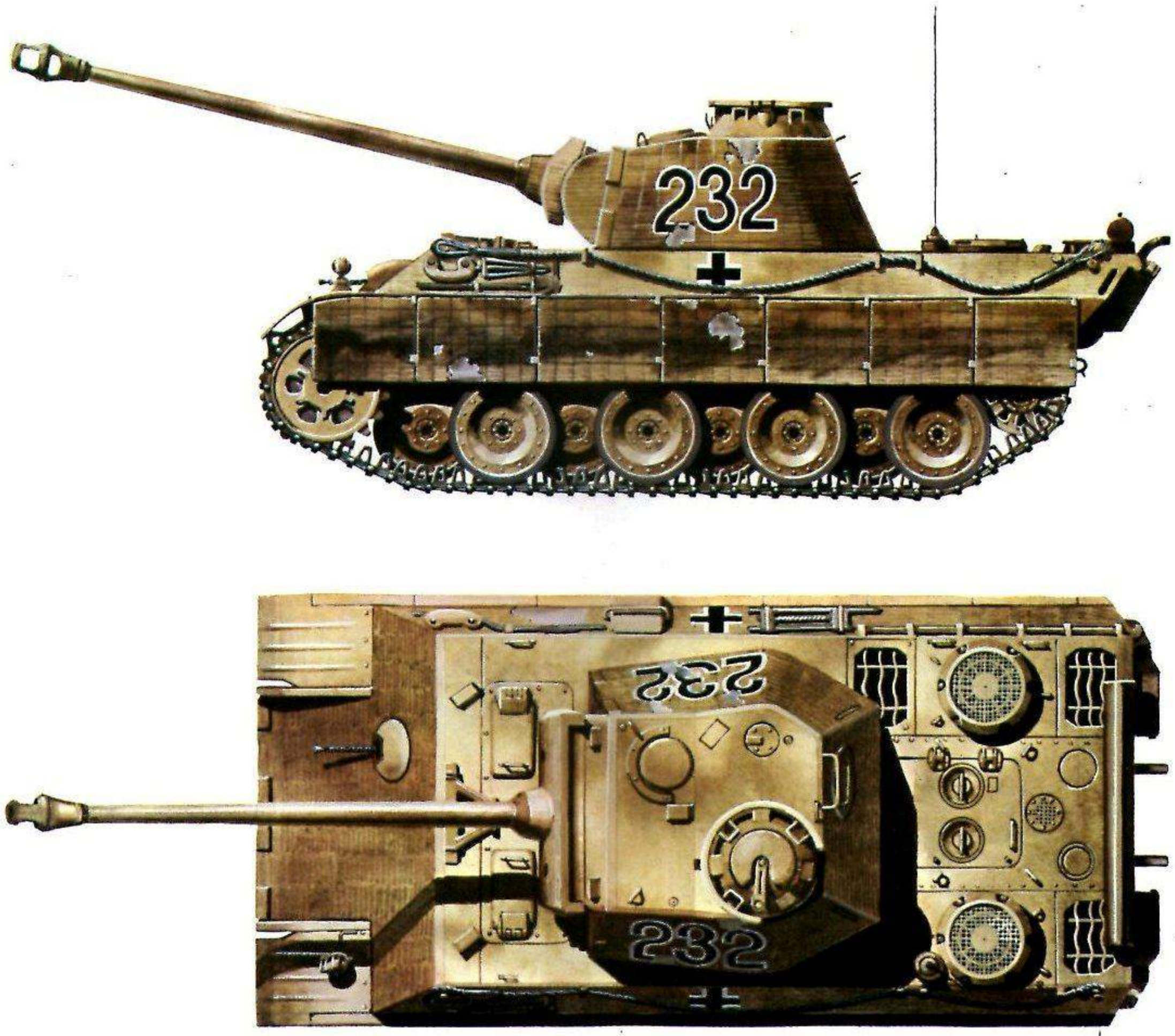
En sucesivos transportes el servicio de orden tuvo que llamar en su auxilio a la propia milicia lituana para poder contener a la multitud. De pronto todos los certificados se declararon nulos de un plumazo. A partir de ese momento sólo valdrían los que llevasen el sello «Jefe de la policía SS. Acción Reinhard.»

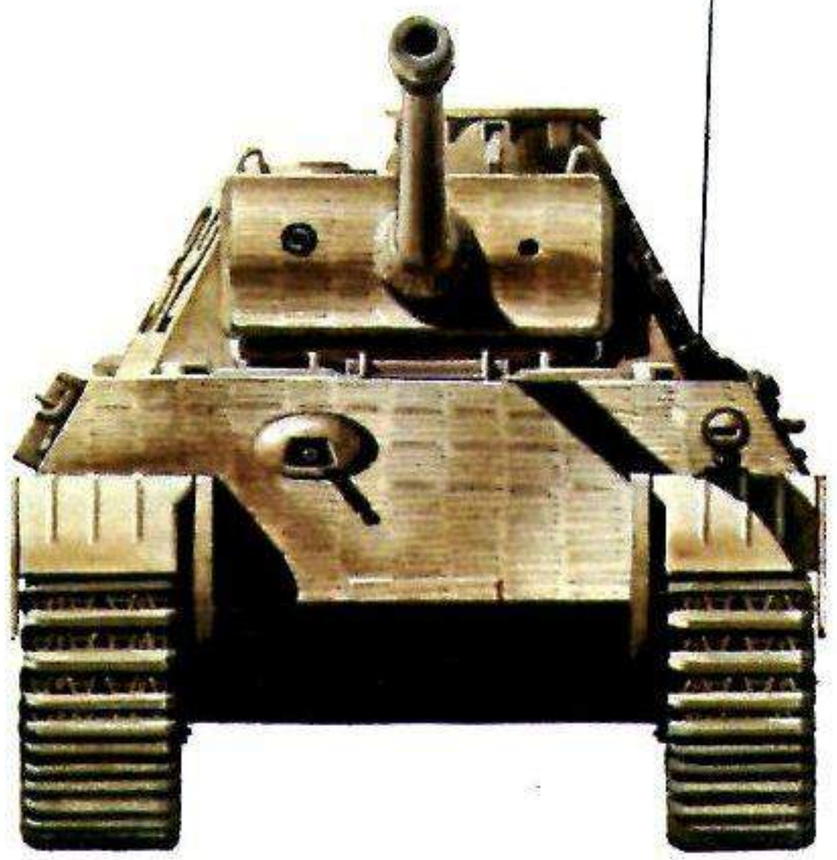
Hasta el 15 de agosto habían sido deportados la mitad de los habitantes del *ghetto*, en dirección a los distintos campos de exterminio. Al fin tomaron el mismo camino los miembros del consejo judío y los agentes del servicio de orden que hasta entonces había creído que sobrevivirían. Entonces comenzaron a actuar los distintos grupos de resistentes con mayor actividad. Del 5 al 12 de septiembre tuvo lugar una enorme *razzia*. Los judíos que aún seguían en el *ghetto* fueron concentrados en grupos, al igual que los que trabajaban en las fábricas fuera del recinto. Muchos de ellos trataron de esconderse en las casas, pero la mayoría fueron descubiertos y fusilados en el mismo lugar en que se les halló.

De los 3800 agentes de orden judíos, la décima parte quedó seleccionada para que siguiera en el *ghetto*. Los restantes, 3400, se enviaron a los campos de concentración y fueron exterminados. Los que permanecieron tenían también sus días contados. Con pocas excepciones se les trasladó el 21 de septiembre a Treblinka.

El 3 de octubre apenas quedaban 70.000 judíos en Varsovia. El antiguo *ghetto* había dejado de existir. El nuevo, que en realidad era un campo de concentración, no pasaba de un pequeño rectángulo de 280 m por 950 m, situado al nordeste del antiguo reducto. Existía aún un consejo judío y un nuevo servicio de orden, integrado por miembros de la resistencia que ahora se había decidido intrépidamente por la acción.

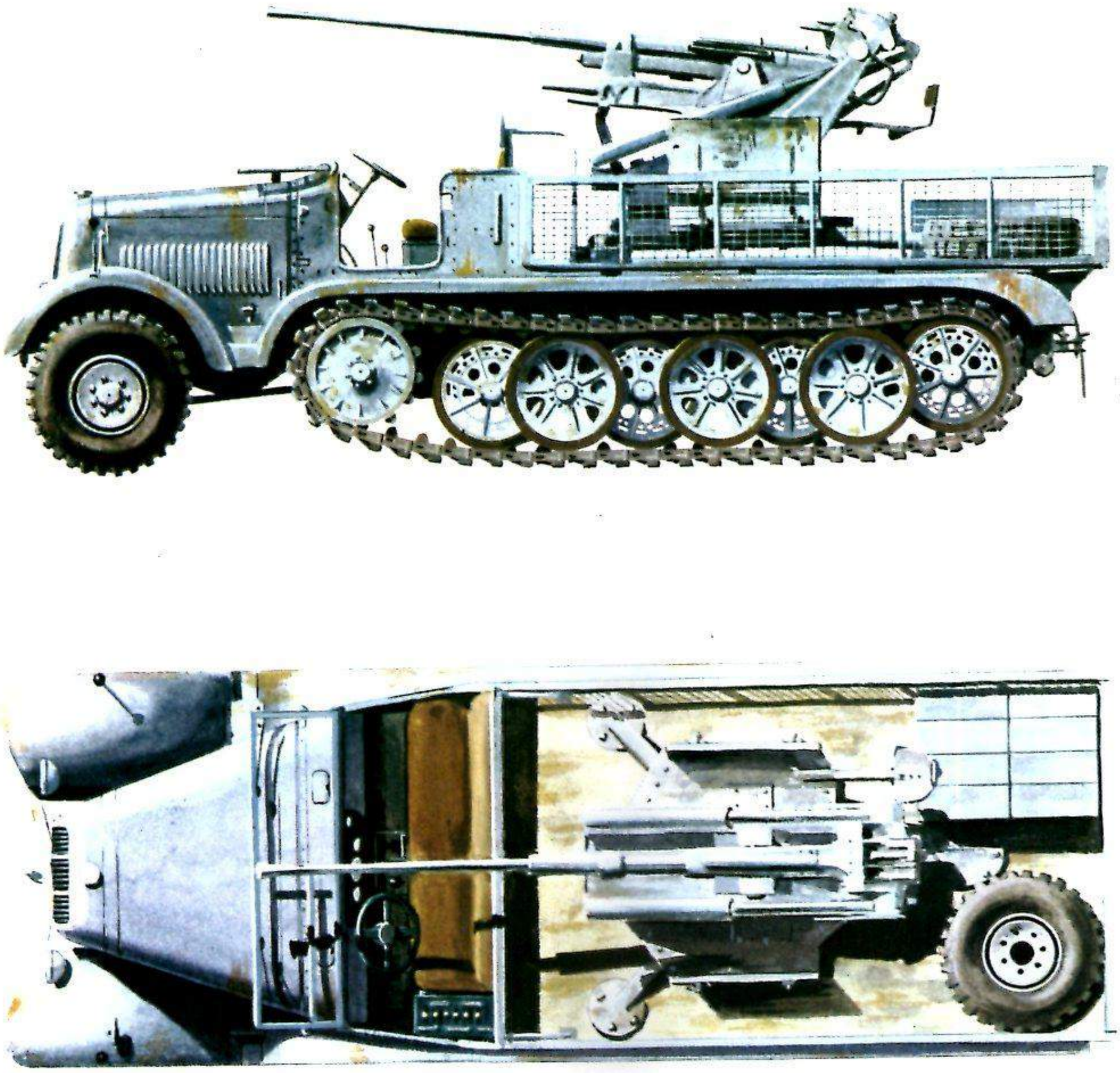
Carro de combate alemán V Panther, versión A





Peso: 45,5 t
Dotación: 5 hombres
Armamento: un cañón de 75 mm KwK L/70, tres ametralladoras de 7,92 mm
Coraza: 120 mm
Tracción: un motor Maybach HL 230 P 30 de doce cilindros y 700 CV
Velocidad: 46 km/h
Autonomía: 177 km
Longitud: 6,88 m
Anchura: 3,43 m
Altura: 3,10 m

Antiaéreo alemán de 37 mm (Sf) montado sobre vehículo semioruga, versión A (Sd.Kfz 6/1)



Peso total: 10,4 t
Peso del vehículo: 8,5 t
Dotación: 10 hombres
Armamento: un antiaéreo 36 L/98 de 37 mm
Tracción: un motor en serie Maybach NL 38 TUKRM de 90 CV
Velocidad: 50 km/h en carretera
Autonomía: en carretera, 370 km; en campo abierto, 180 km
Longitud: 6,11 m
Anchura: 2,26 m

Su primer golpe fue la ejecución del comandante del servicio de orden, un antiguo oficial de carrera llamado Lejkin. El doctor Michael Mazor, superviviente del *ghetto,* informaría después de los motivos: El servicio de orden, que vestía un uniforme calcado del de la *Wehrmacht* alemana, empleaba su fuerza, entre otros objetivos, para negociar con vidas humanas. Durante las grandes *razzias,* un policía judío solía desatar un terror tan incontrolado como un lituano o un hombre de las SS. Los gendarmes del servicio de orden sacaban de sus escondrijos incluso a niños y los llevaban a los puntos de concentración previstos.

La Gestapo no comprendía qué ocurría en el resto del *ghetto.* Los 70.000 judíos que habían quedado en él eran casi sin excepción hombres y mujeres vigorosos que se encontraban en condiciones de poder hacer uso de las armas. No tenían por qué guardar miramientos por los ancianos, mujeres y niños, ni por sus propios familiares, que ya habían emprendido tiempo antes el camino del exterminio. Y había algo más: los 70.000 sabían perfectamente que no tenían escapatoria alguna. Las armas facilitadas por el ejército de la resistencia polaco, que ya operaba hacia tiempo, llegaron al *ghetto* por la canalización subterránea de la ciudad o a través del cementerio vigilado por polacos y bálticos. También hubo unidades militares extranjeras de vigilancia que entregaron armas secretamente. Todas ellas se pagaron a precio de oro, ya procediesen del ejército «nacional» polaco o de los italianos.

Los futuros «colonos», que se sacaban ahora en menor número del *ghetto,* se iban a defender. En enero de 1943 lograron eliminar a toda una columna. Aquello alertó al SD, que comprobó que se había producido un cambio de actitud entre los judíos.

El 19 de abril entraban en el pequeño recinto del *ghetto* numerosos carros de combate. Entonces estalló el levantamiento de los judíos: el primero desde el año 66 de nuestra era.

Ese levantamiento quizá pueda considerarse como el cambio de época más decisivo en la historia de los dos mil años de persecución del pueblo judío, humilde y paciente. Por primera vez, unos miles de judíos se levantaban para enfrentarse a un destino soportado y aceptado hasta entonces con fe y resignación.

Los molinos mortíferos de Eichmann muelen hasta el final

Con todo, fuera de esta significación simbólica, moral, el levantamiento no consiguió nada. No pasó de ser un suicidio masivo, aunque los alemanes necesitaron cinco semanas hasta lograr eliminar al último combatiente del *ghetto.* En el aplastamiento de la revuelta se emplearon 1200 soldados regulares, más milicianos extranjeros y unidades de policía.

Había tiempo suficiente. Varsovia estaba aún muy adentro, a retaguardia del frente, y la resistencia carecía de importancia militar. Nadie apoyó a los rebeldes, ni siquiera el ejército de la resistencia polaco que ya estaba en pie de guerra hacía tiempo.

La población de Varsovia vivía su vida como si no estuviese ocurriendo nada en aquella parte de la ciudad. Palmo a palmo, el *ghetto* fue destruido, las bocas del alcantarillado, tras las que se ocultaban algunos judíos sublevados, recibieron granadas de humo alemanas; las viviendas fueron incendiadas. 7000 prisioneros fueron fusilados sin más, otros muchos miles transferidos a los campos de exterminio: el resto pereció entre las ruinas de los edificios derribados o quedaron calcinados en los incendios provocados por los alemanes.

A finales de mayo quedaba aplastado el último reducto de la resistencia, aunque todavía se escuchaba algún que otro disparo esporádico desde las ruinas o la explosión de una granada aislada. La máquina de exterminio continuaba su marcha arrolladora.

Entretanto eran deportados los últimos judíos alemanes.

Se les enviaba a todos los campos de concentración: A Treblinka, Auschwitz, Bergen-Belsen, Maidanek, Buchenwald, en Theresienstadt. Luego pareció como si el ansia exterminadora de Himmler y Eichmann tendiese a remitir poco a poco. Sin embargo aún hubo otra oleada de asesinatos en Auschwitz, a raíz del ingreso de 300.000 judíos deportados desde Hungría. Pero faltaba mano de obra y, poco a poco, en determinados organismos, entre ellos también la Gestapo y las SS, aumentó el número de quienes se oponían a los genocidios porque se necesitaba con urgencia fuerzas laborales.

Mientras esta idea se abría paso, los molinos de la muerte continuaban cumpliendo su función de forma inexorable, aunque más lentamente.

Al fin, la marcha de la guerra imprimió un giro a la operación exterminadora. A mediados de 1944 las tropas aliadas se encontraban aún lejos, en Italia, pero la invasión había comenzado. En los Balcanes se trataba de aplastar una resistencia bien organizada, llevada a cabo por el ejército de los partisanos. El ejército soviético se hallaba a las puertas de Varsovia. Los campos de concentración situados al este de la ciudad habían caído ya en poder del Ejército Rojo.

En estas circunstancias, Himmler impartió una orden al sucesor de Heydrich en el RSHA, doctor Ernst Kaltenbrunner: «Prohíbo cualquier actividad aniquiladora de judíos y le ordeno que se ocupe de atender a las personas débiles y enfermas. Le hago a usted personalmente responsable de este cometido, incluso en aquellos casos en los que se viole la orden por el personal que tiene encomendado.»

Himmler pensaba salvar su cabeza con esta orden.

Hubo individuos que continuaron asesinando inocentes, pero las muertes masivas mediante la aplicación de gases venenosos fueron a partir de entonces muy limitadas.

La ola de asesinatos volvería a imponerse cuando las tropas aliadas entraban ya en Alemania, por el este y por el oeste, y ocupaban al fin el país. Durante meses, cientos de miles de prisioneros emprenderían el camino de regreso a Alemania desde los campos de internamiento. Decenas de miles morirían aún durante la vuelta, por efecto del frío, del hambre, de las enfermedades; algunos de ellos fueron eliminados en el camino por sus guardianes alemanes bajo la acusación de «entorpecer la marcha».

Los campos de Alemania estaban repletos desde hacía tiempo, debido a que no se esperaba que la riada fuese tan enorme. Las raciones alimenticias eran tan reducidas como el espacio que cada uno podría ocupar para dormir o para realizar sus necesidades corporales. Luego irrumpieron las epidemias, y así se ofreció a los Aliados que entraban en los campos de concentración la misma imagen de terror, la imagen de unos esqueletos vivos o muertos, imagen espantosa.

El macabro balance presentado en el tribunal de Nuremberg en 1946, durante el proceso contra los principales responsables de crímenes de guerra, cita la cifra de 5.700.000 víctimas del nacionalsocialismo, solamente entre los judíos.

La mayor parte de ellos fueron eliminados conscientemente.

Mas tarde se ha discutido esta cifra y se ha llegado a la conclusión de que era excesiva. Pero esto es secundario si se tiene en cuenta que los números no añaden ni quitan nada sustancial a lo más terrible de la realidad de esos crímenes. Tiene a este respecto gran validez la frase del escritor católico Walter Dirks: «Es una vergüenza que haya alemanes que se sienten aliviados al reducir la cifra de asesinados de 6 a 2 millones».

□

CRONICA

POLITICA | CUESTIONES MILITARES | CULTURA Y TECNICA

1944

2. 5.: Radio Budapest transmite una noticia según la cual en las mayores ciudades de Hungría habrían de constituirse «'ghettos' para el establecimiento de los judíos».

8. 5.: El general Eisenhower fija para el 5. 6. el comienzo del desembarco aliado en el norte de Francia («Overlord»).

12. 5.: Hitler recibe a un grupo de políticos eslovacos en el castillo de Klessheim. En sus conversaciones con el presidente, doctor Tiso, decía el comunicado, «el 'Führer' expresó claramente su determinación de proseguir la guerra sin componendas contra los enemigos del Reich y sus aliados en el Este y en el Oeste hasta el final victorioso».

15. 5.: Hasta el 27. 6. son deportados de Hungría 380.000 judíos. De ellos, 250.000 serían asesinados en Auschwitz.

15. 5.: El mariscal Rommel y el general Stülpnagel (París) preparan la detención de Hitler y su entrega a un tribunal alemán.

Tropas americanas desembarcan en Francia.

6. 6.: Hitler recibe durante el desayuno la noticia del comienzo de la invasión. El «Führer» declara a Keitel: «Las noticias no pueden ser mejores. Mientras permanecían en Inglaterra no podíamos hacernos con ellos. Ahora los tenemos por fin aquí, donde podremos derrotarlos.»

7. 6.: Hitler recibe en el Berghof al nuevo primer ministro húngaro, Sztojai. El jefe del Gobierno húngaro se propone «tratar los problemas actuales de la cooperación germano-húngara en relación con la guerra común a los dos pueblos».

17. 6.: Hitler emprende vuelo desde Berchtesgaden a Francia y se reúne en Margival, cerca de Soisson, con los mariscales Rommel y von Rundstedt. Ante ellos lamenta que la invasión haya comenzado con éxito para los Aliados y ordena al pesimista Rommel: «Deje de plañirse por el declive de la guerra y preocúpese por su frente para resistir la invasión.»

19. 6.: Hitler firma un decreto por el que se decide la concentración en un solo organismo del armamento y la producción de equipos bélicos.

29. 6.: Se celebra en el Berghof una sesión sobre el actual momento en el frente occidental. En ella toman parte los comandantes en jefe y varios generales. Rommel y Rundstedt tratan nuevamente de convencer a Hitler de que carece de sentido continuar la lucha. Sin embargo, él se empeña en confiar en su «arma prodigiosa», la V 1, de la que esperaba el «efecto decisivo para la guerra».

5. 5.: Durante un terrible bombardeo norteamericano contra los yacimientos petrolíferos de Ploesti (Rumania) quedaron destruidas 25.000 t de combustible.

12. 5.: Las factorías de combustible sintético alemán en Merseburg (la fábrica Leuna), Tröglitz y Böhlau, así como las de hidrógeno de Pölitz y Brüx, son objeto de duros ataques aéreos por parte de los Aliados.

14. 5.: Un informe del OKW comunica la pérdida de Crimea: «En un solo repliegue, resistiendo el duro ataque del enemigo, las unidades de la Marina y del Ejército germano-rumano, así como las unidades de transporte de la 'Luftwaffe', han trasladado todos sus efectivos al continente.»

15/16. 5.: Se produce la penetración aliada en la Italia central, sobre la Línea «Gustav» alemana.

16. 5.: En la «Orden del 'Führer' sobre el empleo de armas de larga distancia contra Inglaterra» Hitler establece que, a mediados de junio, habrá de comenzar el lanzamiento de cohetes contra las islas británicas.

18. 5.: Las tropas alemanas evacuan sus posiciones en Cassino, en el sur de Italia.

4. 6.: Las tropas alemanas abandonan Roma a los Aliados para «evitar que este antiguo centro cultural del mundo corra peligro de destrucción en enfrentamientos armados directos» (informe del OKW).

6. 6.: A las seis y media de la mañana comienza el desembarco aliado en Normandía, al mando de Montgomery. La invasión tuvo éxito, a pesar de que Hitler había anunciado que los Aliados podrían darse por satisfechos si lograban permanecer «nueve horas» en el continente.

10. 6.: Como represalia contra acciones perpetradas por los partisanos, tropas SS arrasan la aldea francesa de Oradour-sur-Glane. La mayor parte de la población pereció en la matanza.

16. 6.: Un informe de la «Wehrmacht» da a conocer el empleo de las armas «V». «El sur de Inglaterra y la zona urbana de Londres fueron castigados la pasada noche y esta mañana con el lanzamiento de un nuevo proyectil pesado».

19/20. 6.: Partisanos rusos logran destruir en total unas 9600 instalaciones ferroviarias en la retaguardia del Grupo de Ejércitos Centro.

21. 6.: La 8.ª Fuerza aérea USA ataca con 2500 aviones objetivos situados en la zona de Berlín (factorías aéreas, tendidos ferroviarios) y el barrio de los edificios del gobierno.

22. 6.: En el tercer aniversario del ataque alemán, los rusos lanzan su gran ofensiva de verano en el sector centro del frente oriental. En el plazo de dos semanas fueron aniquiladas 25 divisiones alemanas y la totalidad del Grupo de Ejércitos Centro.

30. 6.: Al finalizar el mes se encuentran ya en Normandía 850.279 soldados aliados, más 148.803 vehículos y 570.505 toneladas de material. Hasta el momento los alemanes han lanzado 2000 «V 1», de las que unas 1000 escasas alcanzaron Londres y 661 fueron derribadas.

1. 5.: La fiesta del primero de mayo recibe como objetivo el de «servir de distensión a la población trabajadora». Esta vez no se celebran actos públicos. Las banderas no son izadas. Hitler nombra al ministro de Comunicaciones, Dorpmüller, al industrial del Sarre Ernst Röchling, al constructor de aviones Claudius Dornier y al industrial Albert Vogler, «Pioneros del trabajo».

3. 5.: Correos emite una serie especial de seis valores para enaltecer la «camaradería del personal de Correos».

9. 5.: Hitler envía un telegrama de felicitación al compositor Hans Pfitzer con ocasión del 75 cumpleaños de éste.

11. 5.: Al «surgir dudas», el comisario del Reich establece nuevamente por un decreto que «todos los industriales deben fijar el precio de 50 marcos para los paquetes de diez hojillas de afeitar».

11. 5.: El director general de Sanidad del Reich, doctor Conti, pide en Wurzburgo que aumente el índice de natalidad. Según él era una delicia oír a los soldados: «Ya tengo un hijo. Ahora puedo volver al frente tranquilo.»

12. 5.: Se estrena en Kiel la película «Te necesito», dirigida por Hans Schweikart, con Marianne Hoppe, Willy Birgel, Paul Dahlke y otros.

19. 5.: Se estrena en Stuttgart «El gran premio», película de espionaje e invención basada en una novela de Rudolf Hoepner. Actores: Gustav Fröhlich, Carola Höhn, Otto Wernicke y otros. Juicio crítico de la época: de grandes valores populares.

30. 5.: El delegado de medios de empaquetamiento del Reich crea un «Centro de distribución de cestas» con carácter de centro de explotación.

4. 6.: El defensor del título en el campeonato alemán de hockey, «TV Sachsenhausen 57», acaba derrotado en Magdeburgo, tras dos prórrogas, por el «Luftwaffe SV Hamburgo», con un 0-1.

4. 6.: En damas, el equipo local de Hamburgo «Harvestehuder THC» vence en esta ciudad al «SC 99» de Dusseldorf por 7-1 (4-0).

11. 6.: Con ocasión de su 80 cumpleaños, el compositor Richard Strauss recibe un telegrama de felicitación de Hitler.

18. 6.: Ante 70.000 espectadores concentrados en el estadio olímpico berlinés, el «Dresdner SC» se proclama campeón alemán de fútbol al vencer por 4-0 (1-0) al «Luftwaffe SV» de Hamburgo. Mejor jugador sobre el campo: Helmut Schön.

18. 6.: Graves bombardeos contra Hamburgo. La iglesia más antigua de la ciudad, la Jakobi-Kirche arde completamente.

LOS ALEMANES EN PARIS

Los vencedores alemanes y los franceses vencidos. Se encontraban en los bares de Montmartre y en las checas de la Gestapo. Se comprometían y se combatían entre sí. J. Müller-Marein refleja la atmósfera irreal que flotaba sobre la metrópoli del Sena durante la ocupación alemana.

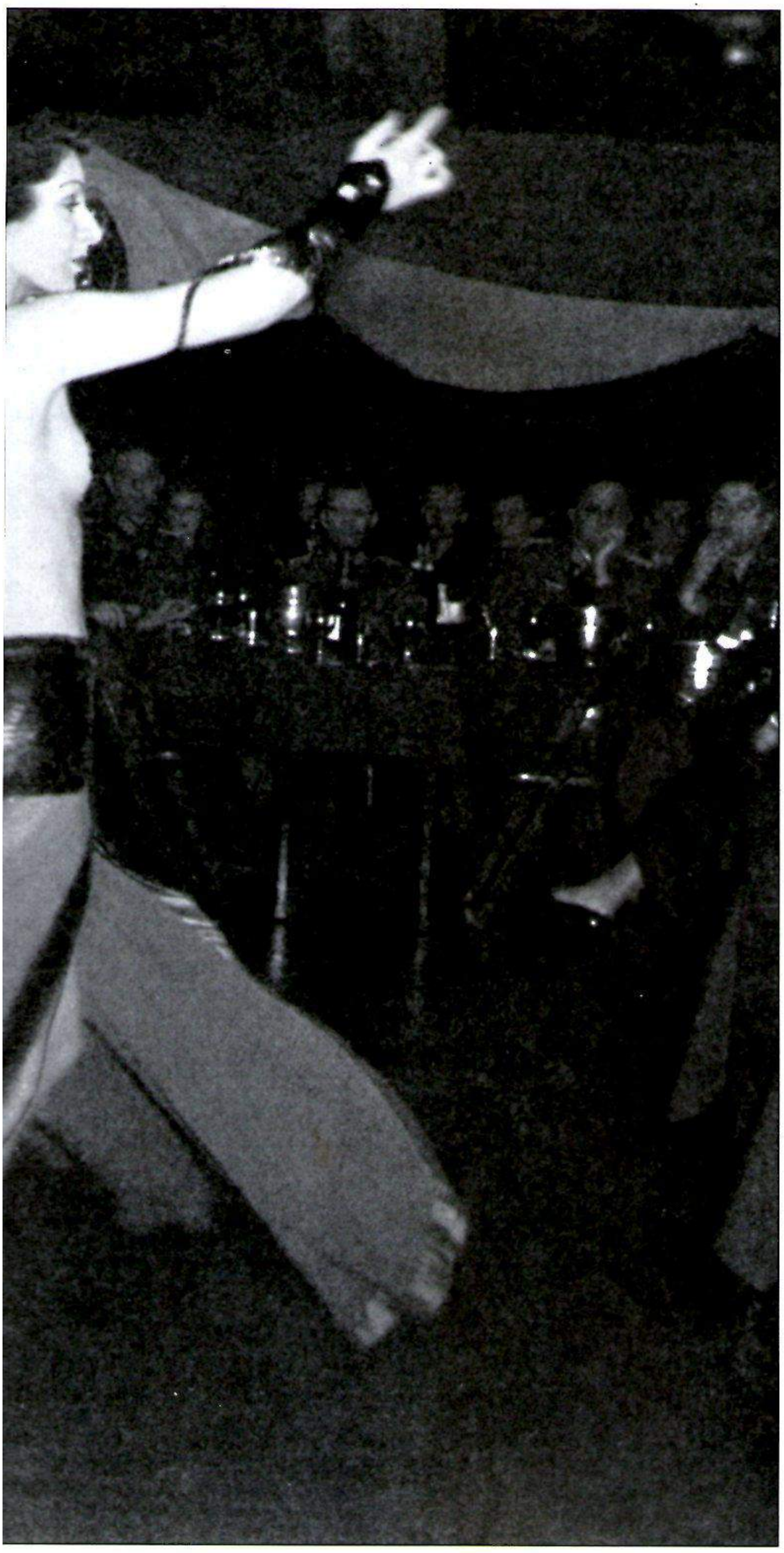
Por lo general, en París se sabe discernir sobre ese fenómeno. Se dice, por ejemplo, que fueron «los alemanes» los que ocuparon Paris. Y que entre ellos habia «nazis». En la parte francesa también hubo diferencias: así, algunos prosperaron con la ocupación; otros se encontraban en constante peligro de muerte; y, finalmente, hubo quienes tuvieron que sufrir las consecuencias normales de toda invasión. Todavía hoy se oye decir a parisienses que a ellos la ocupación les traía bastante sin cuidado y tan sólo les asustaban las preocupaciones y temores que llevaba consigo la guerra... Estas situaciones quedaron plasmadas en series enteras de fotos en color publicadas por la revista de propaganda nazi «Signal». Esas fotos tenian su historia muy particular.

«Signal» se editaba en el edificio de la «Editora Alemana», antigua casa Ullstein, en Berlin, Kochstrasse. Se lanzaban ediciones en varios idiomas. De ellas se podía deducir la imagen que pretendían dar los alemanes en el exterior una vez: elaborada por las oficinas de censura de la *Wehrmacht*, y sobre todo por el Ministerio de Propaganda. Los números significaban un dineral a la hora de imprimir, pero se compensaba ahorrando exhaustivamente en el resto de la prensa. Se podia estar seguro de que un fotógrafo que manejaba color no era ningún chapucero, y que disfrutaba de buenas «relaciones». En el caso de la edición de París se trataba de un hombre que sabía mirar la ciudad con ojos de artista. «Signal» le entregó el equipo de color y el interesado se lanzó, provisto de su correspondiente «laissez-passer», a sus expediciones fotográficas.

Se llamaba André Zucca, judío francés de origen italiano, pero al tiempo, según su hijo Pierre, un fanático antisemita. Su trabajo no era sencillo, debido a que el «suelo» no estaba muy firme. Zucca fotografió en una ocasión en la rue de Rivoli a una dama elegantemente vestida que lucía la «estrella judía». ¿Lo hizo porque aquello era ilegal, porque pretendía con ello denunciar públicamente una infamia? ¿Pretendieron los redactores de «Signal» que publicaron la foto aprobar o desenmascarar algo? Por lo que respecta a André Zucca, fue detenido apenas abandonaron Francia las tropas alemanas, pero al fin quedó en libertad cuando demostró que se había mantenido en contacto con la resistencia. Con todo, se marchó de París y permaneció fuera de la capital veinte años, con nombre falso, hasta que al fin se decidió a volver. Murió a los setenta y seis años después de haber visto por todas partes obras suyas de arte fotográfico del tiempo de la ocupación alemana.

Sus fotos en color complementan las que hizo Roger Schall en la misma época. Éste no contaba con un patrono tan generoso como «Signal». Por esa razón no pudo trabajar en color sino

«Un hálito de pecado» para los oficiales alemanes en la sala parisiense «Schéhérazade».



que tuvo que conformarse con el blanco y negro. Había conseguido su carnet –un papel sin el cual resultaba imposible dirigir hacia cualquier punto el objetivo de una cámara– de la «Sección de propaganda» alemana, a través de la «Asociación Francesa de Fotógrafos Profesionales». Desde ese momento se especializó en fotografiar locales de lujo y clubs nocturnos. Captó con cierta regularidad copiosas fuentes de manjares, botellas y chicas apasionadas, pero de tal modo que no pudo evitar que en sus fotos apareciesen frecuentemente oficiales de la *Wehrmacht* o de las SS. Al fin y al cabo es lo que se proponía. Aparte de esto, Roger Schall tenía buen ojo para lo pintoresco. Su motivo predilecto fueron los pequeños y enjutos soldados con gafas que ostentaban en su guerrera la Cruz de Hierro, cuando pintaban en Montmartre.

«Franceses, si supierais...»

El fotógrafo Schall, que todavía hoy, a sus setenta años vive en Montmartre, supo compaginar la distancia con la proximidad, observando bien y no dejándose dañar moralmente por lo observado. Vivía de recorrer locales de placer y nocturnos, junto con un compañero checo, buscando instantáneas que luego vendía, especialmente a oficiales alemanes, que eran quienes frecuentaban estos lugares. Sus fotos, que no estaban pensadas para el gran público, conservan un recuerdo de cabarets, como el «Schéhérazade», en tiempos especialmente difíciles. Se limitó a observar y no a cooperar. Vio cómo los franceses vitoreaban al general De Gaulle cuando antes habían hecho lo mismo con Pétain. Lo que él había dicho sobre el parisiense de aquella época, que creció por encima de todas las dificultades, también puede aplicarse a él mismo. Como decía un ripio alemán de los años que siguieron a la guerra, «cuando volvió a encontrarse a sí mismo se dio cuenta de que había sido de la resistencia...»
No hace mucho se proyectó en París un documental en tres partes titulado «Franceses, si supierais...». Esta película provocó un sinfín de discusiones muy acaloradas. Su tema era el de Francia bajo la ocupación. No habría suscitado tantas polémicas si no hubiera tocado uno de los tabúes más notables relacionado con el tiempo de la ocupación. Esta película fue realizada por encargo de la televisión francesa pero jamás llegó a las pantallas. En el filme tuvo una participación importante el hijo del director Max Ophüls. En 1974 la televisión francesa rompió esta proscripción ocupándose del marco histórico de aquella época, los años trein-

Carteles alemanes en París hacen propaganda en favor de la Legión Francesa y denuncian el terror bolchevique. Viandantes y colaboradoras de la «Wehrmacht» alemana pasan delante de ellos sin prestarles atención (arriba).

La guardia alemana desfila por los Campos Elíseos (izquierda).

El general Dietrich von Choltitz firma en la estación de Montparnasse el acta de capitulación. El general desobedeció la orden dada por Hitler de que se destruyera la ciudad y salvó París (sobre estas líneas). Un soldado alemán pintando en Montmartre (página opuesta).

ta, considerada hasta ahora excesivamente problemática. Con este motivo, no sólo tuvieron lugar actos oficiales de hermandad e intercambios culturales en París –von Karajan dirigió apasionadamente, con gestos ágiles, ante un público integrado por alemanes y franceses, y, durante una recepción, Jean Cocteau besó la mano a la sueca Zarah Leander, alemana de adopción– sino que quedó bien patente que también en Alemania, como en Francia, las «lettres de dénonciation» jugaron un papel decisivo. Un ejemplo grotesco de la época: una labradora denunció al día siguiente de las «bodas de oro» a su marido porque tenía un fusil escondido en casa. La Gestapo le detuvo y ella se sintió al fin libre... después de cincuenta años de casados.

Se ha oído insistentemente que hubo policías franceses que por encargo de la Gestapo, detuvieron en una acción conjunta a 20.000 judíos (dicho sea de paso, de todos ellos solamente 12 regresaron). En total 100.000 judíos fueron deportados de Francia, de los que solamente sobrevivieron 3000. Se ha afirmado que los jefes de los fascistas se mantuvieron perplejos (con todo, se produjo el traslado del cuerpo de voluntarios franceses al frente, que luchó en Rusia al lado de unidades SS.)

En realidad, durante los treinta años transcurridos desde entonces se ha aclarado bastante de la vida y la muerte durante la ocupación alemana, como también numerosos pormenores de la resistencia contra los ocupantes nazis. Por ejemplo, detalles de la competencia entre grupos de franceses y de las venganzas consecuentes a la «victoria» de unos sobre otros, de un partido sobre los demás. Sin embargo esto se ha mantenido más en la penumbra.

Todavía hoy se observan datos curiosos que llevan consigo una gran dosis de sorpresa. Un ejemplo: yo mismo, alemán, tuve que dejar mi auto para que lo reparasen. El «diagnóstico» fue difícil. Mi acompañante arriesgó que podría ser el motor eléctrico. Al oír el término alemán el propietario del taller afinó los oídos. Luego nos contó que estuvo deportado un tiempo y que al fin fue liberado como consecuencia del canje de tres trabajadores por un prisionero de guerra. Así conoció Alemania siendo un muchacho. Involuntariamente soltó un exabrupto, pero no, él no tuvo problemas en Alemania. Le tocó estar en un taller de reparaciones de maquinaria agrícola cerca de Bremen. «Allí aprendí mucho y nuestras familias, la alemana y la mía, continúan siendo amigas.»

En el desván de una casa de labor cerca del Loira encontré los restos de una ardilla y un ejemplar grasiento del «Deutsche Soldatenzeitung». Qué relación tendría aquel animal con el papel es algo que seguramente permanecerá para siempre en el misterio. Sin embargo, conseguí aclarar el enigma del periódico.

El comandante del puesto, un capitán veterano y profesor en la vida civil, vivía en aquella casa. Hablaba un francés excelente y se hallaba muy preocupado por el bienestar de los habitantes del lugar. Estos datos me los transmitió un hombre que creció en aquella casa. Este hombre era aprendiz de albañil y ahora oficial de policía. El puesto lo debía a su participación activa en el grupo del marqués de Lorris. Este grupo era conducido por un irlandés, un coronel, y operaba en lo más intrincado de los bosques en los que existen hoy infinidad de tumbas diseminadas bajo los árboles. En las lápidas solamente figuran como datos el nombre del caído, la fecha y la inscripción: «Caído en combate». En algunos casos cambia esta explicación y se sustituye por la de «Fusilado».

Calles vacías

Tras las catástrofes provocadas por el avance alemán, y la consiguiente huida masiva, los parisienses habían ido regresando a su ciudad. También en ella hubo «quinta columna» y escondites, toma de rehenes y fusilamientos. Más de un millón de soldados franceses cayeron prisioneros de los ocupantes alemanes. En París se esperaba también su regreso. Mas a pesar de todo la ciudad conservó un hálito de su encanto.

Las parisienses trataban de conservar intacta no sólo su sonrisa sino también su elegancia en el vestir. Sin embargo, esta elegancia tenía que limitarse casi siempre a objetos accesorios que, desde luego, no eran muy legítimos. Ni los cinturones ni los zapatos eran ya de cuero. Las muchachas lo entendían y procuraban compensarlo preparando platos sencillos con algún refinamiento o cultivando el arte de sentarse al sol y dedicarse a la charla amigable, como si estuviesen en plena época de paz. Más molesto resultaba hacer cola durante horas, fenómeno que se observaba tanto en los mejores barrios de la ciudad como en los arrabales de Belleville. Por otra parte, a la potencia ocupante, que interpretó demasiado tiempo la figura tragicómica del esplendor, terminó por hacer la vista gorda ante el mercado negro.

Así como no se podían ocultar las largas colas ante los establecimientos comerciales ni las evidentes huellas del hambre en los rostros, del mismo modo tampoco podía pasar inadvertido que la urbe de varios millones de habitantes se viera de repente sin coches. Las plazas estaban vacías. Los pocos vehículos en circulación apenas podían llenar ningún espacio: casi todos eran automóviles militares alemanes, coches de caballos y «velotaxis», una curiosa mezcla de bicicleta y auto utilitario. Formaba también parte de la imagen diaria de las calles una escena que tenía lugar hacia el mediodía. Para las autoridades militares ocupantes eso era normal, mas para los franceses no era ni más ni menos que una falta de delicadeza propia de los alemanes: día a día, la guardia nazi, con fanfarrias, recorría los Campos Elíseos para demostrar a los parisienses quién era allí el vencedor.

De año en año la situación fue deteriorándose en el París ocupado hasta el punto de que cada vez fue más difícil el contacto entre las autoridades de la *Wehrmacht,* Gestapo, SS, etc., y la población civil. La falsa apariencia de acuerdo político que se manifestó incluso en una gran exposición conjunta bajo el título «El bolchevismo contra Europa», terminó por desaparecer. «¿Arde París?» es el título de una conocida película. Ésta fue precisamente la orden de Hitler a las tropas alemanas en retirada: había que destruir la ciudad por los cuatro costados. Ese crimen no llegó a cometerse porque la orden fue desobedecida por el último gobernador militar alemán de la ciudad, el general von Choltitz.

He aquí, para terminar, parte de un diálogo con un médico amigo, muy francés, que pasó sus años de asistente en un centro clínico del París ocupado:

«Desde el pasado mes de julio hay en París una plaza que lleva el nombre del canciller Adenauer.»

«A mi modo de ver, debería haber otra hace tiempo que llevase el nombre del general von Choltitz.»

(Tomado del «Zeitmagazin» n.º 32, 1974) □

VIDA COTIDIANA DURANTE LA OCUPACION

«Oh, cómo me apenan las chicas francesas con sus pinturas... Pueden besar y acariciar... pero ante una verdadera vida de lucha adoptan una actitud casi infantil, hosca y llorona, como si se pusiesen tercas ante una negativa.»

(Carta de una auxiliar de la «Wehrmacht», 1942)

Las parisienses no renunciaron a su elegancia natural aunque, por imperativos del momento, se vieron obligadas a limitarse a prendas accesorias, el sombrerito o las medias de seda. Incluso vestidas con pantalones de hombre la mujer de París conservaba toda su gracia femenina (página de la izquierda).

Soldados alemanes en los mercadillos de las orillas del Sena (arriba). Abajo, entrada a una exposición «artística» del Frente del Trabajo alemán montada bajo el patrocinio del Mando supremo de la «Wehrmacht» para los soldados germanos.

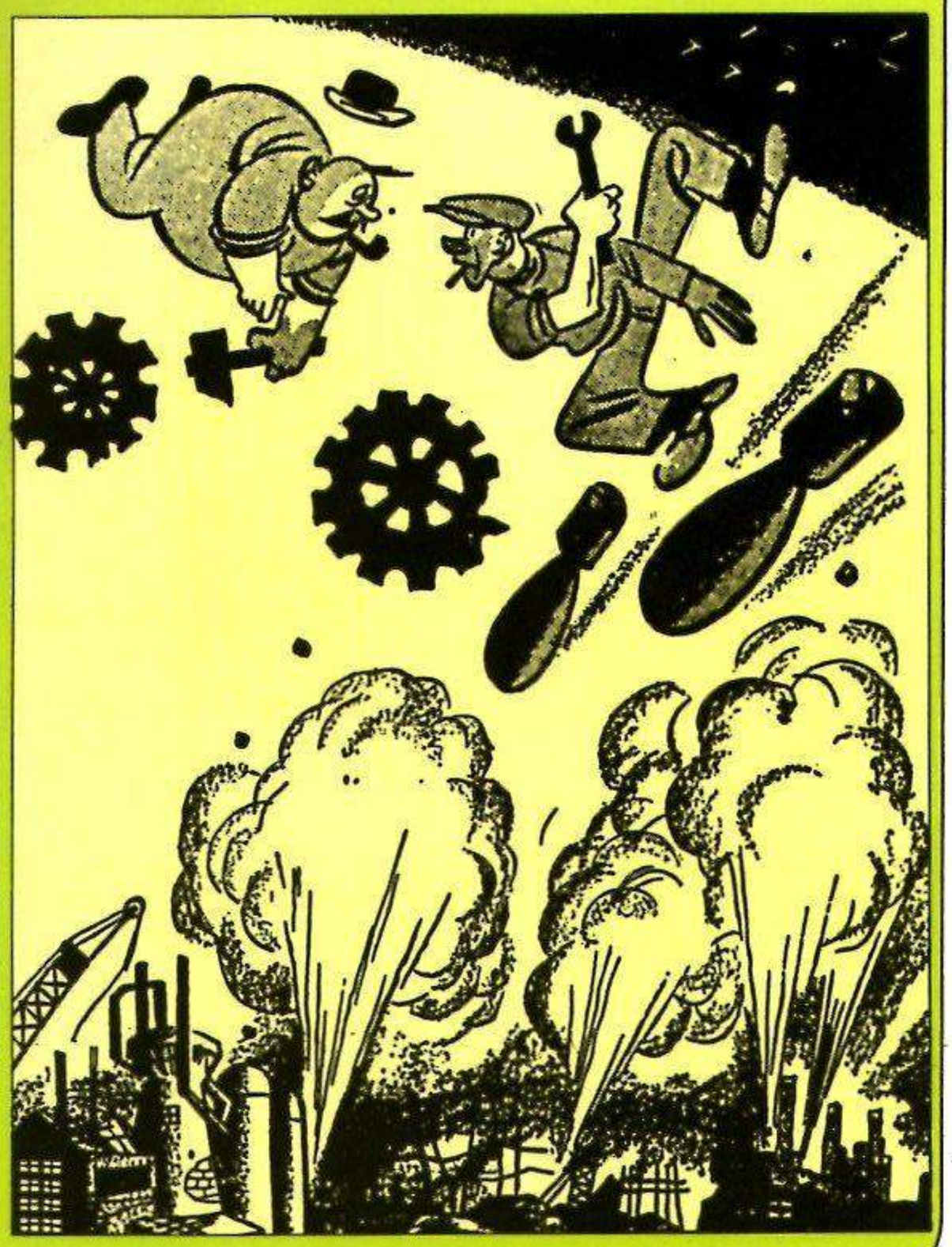
HUMOR EN EL TERCER REICH

Estoy cansado, voy a dormir.
Caen las bombas sobre mí:
Antiaéreo, tus ojos no puedes cerrar
para bien de la ciudad.
No tengas en cuenta, oh Dios,
lo que Tommy destrozó.
Nuestra fuerza y tu piedad
nos libren de la maldad.
Las casas de mis parientes
arden cual balsas de aceite.
Los grandes y los pequeños
temen que llegue el invierno.
Que la luna allá en el cielo
nos sirva de algún consuelo.
Un desquite en esta tierra
rogamos contra Inglaterra.
Ten piedad, oh Dios, de Meier
que es pobre y no tiene a nadie.
Que tu espíritu le inflame.
y Göring de nuevo se llame.
Con las bocas bien cerradas,
las cabezas agachadas,
pensemos en la victoria.
Oh, Herr Ley, ven a cenar
y danos de tus promesas
por lo menos la mitad.
Que no sepa el enemigo
lo que pasa en este abismo...
para evitar cañonazos.
No hay manteca en la cazuela,
ni calzones que ponerse
ni papel en el retrete.
Con todo, «Führer», ordena:
¡Te seguiremos! Amén.

La prensa nazi predijo a las tropas de desembarco aliadas un sangriento fracaso junto a la Muralla del Atlántico. Con el título «Dunkerque... Dieppe... ¿Invasión?» los que habrían de morir, provistos de chalecos salvavidas, desfilan ante Stalin, Roosevelt y Churchill. El dibujo llevaba este pie: «Morituri te salutant».

Otra caricatura, esta vez norteamericana, se refiere al bombardeo de los centros alemanes de producción de armas y satiriza el «aumento de la producción en Alemania« (derecha).

A raíz de la segunda batalla de Francia cientos de miles de soldados alemanes cayeron prisioneros. Según la prensa americana, para muchos de ellos la cautividad fue una verdadera liberación. En el dibujo, el soldado se burla de su capitán: «El capitán Ziltmann es tonto... El capitán Ziltmann es tonto...» (arriba).



Esta fotografía publicada por la revista de propaganda «Signal» debía demostrar la vigilancia permanente del soldado alemán en el Atlántico. Sin embargo, los mandos de la «Wehrmacht» se vieron sorprendidos por la invasión, pese a que los servicios de información estaban al corriente de lo que se tramaba.

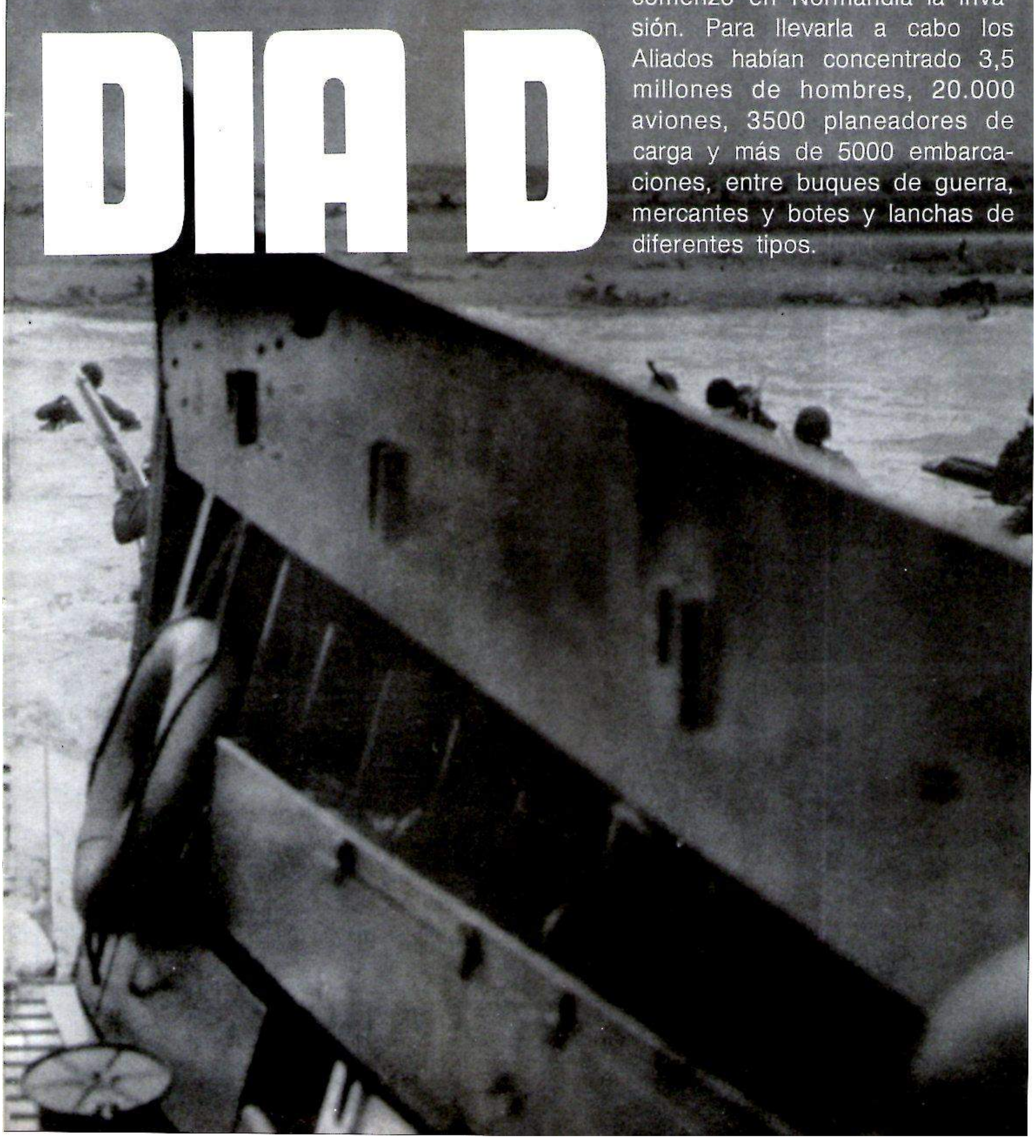
D-Day, 06.30: la primera oleada de desembarco de las tropas aliadas salta de las lanchas a tierra. Cuando en diciembre de 1942 el general británico Frederick E. Morgan inició el estudio de los preparativos para la invasión, estas lanchas no habían sido construidas todavía; algunas de ellas ni siquiera estaban proyectadas.

EL

Wulf Weiter

DIA D

Preparada desde hacía 18 meses por los Aliados, pedida desde hacía años por los soviéticos y largamente esperada por los alemanes, el 6 de junio de 1944 comenzó en Normandía la invasión. Para llevarla a cabo los Aliados habían concentrado 3,5 millones de hombres, 20.000 aviones, 3500 planeadores de carga y más de 5000 embarcaciones, entre buques de guerra, mercantes y botes y lanchas de diferentes tipos.



En una noche oscura de enero de 1944, dos hombres con trajes de goma negros se deslizaban entre el débil oleaje de la playa de Normandía, cerca de Vierville-sur-Mer. Se detuvieron a escuchar un instante, luego clavaron en la arena una pequeña barra de hierro que llevaba unido a un extremo un fino hilo de bramante y comenzaron a arrastrarse tirando poco a poco de él, al tiempo que alargaban el brazo hacia delante y acuchillaban la arena con sus machetes de campaña en busca de minas. Cada diez metros de hilo venían marcados por una bolita.

Cuando alguna de ellas llegaba a sus manos se apresuraban a obtener una prueba del terreno. Así alcanzaron una especie de muro natural de piedra donde hicieron un alto para tomar aliento y ordenar las bolsas con la tierra. En ese momento notaron que alguien había tropezado con el hilo, al mismo tiempo que llegaron a sus oídos un par de palabrotas alemanas. Los dos hombres no pudieron ocultar su sobresalto y sujetaron con firmeza sus cuchillos: ¿daría la voz de alarma el centinela alemán que, sin duda, había tropezado en el hilo? Intentando ver en la negra noche siguieron oyendo como murmuraba. Al igual que ellos, llegarían a ese muro, cinco meses después, grandes contingentes de soldados americanos que se acurrucarian también a su amparo, paralizados ante el tremendo fuego defensivo de las posiciones alemanas, mientras la arena de la playa desaparecia bajo los cuerpos de sus camaradas. Su imprecación –«Bloody Omaha!»– revelaría el nombre clave de su sector de desembarco, cuya arena iba a empaparse con la sangre de miles de ellos. Los dos hombres del traje de goma salieron mejor librados. El centinela siguió murmurando durante algún tiempo y acabó por reemprender su camino sin que le preocupara el hecho de haber encontrado un hilo de bramante sobre la playa de Normandía. Y los dos extraños, el comandante Logan Scott-Bowden y el suboficial Ogden Smith, pudieron a su regreso a Inglaterra, además de proporcionar todos los detalles sobre la playa de Vierville, asegurar que se hallaba libre de minas, puesto que los centinelas alemanes paseaban tranquilamente por ella durante la noche.

El suboficial Smith era uno de esos tipos poco militares sin los cuales no puede existir ninguna unidad especial. Sus superiores hubieran querido ascenderle a oficial, pero él preferia los baños nocturnos: «Son incruentos, pero emocionantes», decía. En unión del comandante Scott-Bowden se había arrastrado durante el invierno y la primavera por más de 30 playas del norte de Francia; con toda intención no fueron enviados tan sólo a una playa, a fin de que, si eran hechos prisioneros, no pudieran descubrir el punto exacto por el que se pensaba realizar la invasión. Gracias a sus actividades nocturnas, los responsables del plan «Overlord» –la invasión anglonorteamericana del continente– supieron por qué sectores de las playas podrían rodar mejor los carros, en qué sitios varar más fácilmente los lanchones de desembarco y otros detalles igualmente importantes. Su acción constituía un tipico ejemplo de fantasía, preocupación y preparación con que los Aliados contemplaban el desembarco.

Los «Mulberries» de Churchill

La Unión Soviética se encontraba ya en guerra con Alemania, y Japón, atacando en diciembre de 1941 Pearl Harbor, había arrastrado a ella a los Estados Unidos de Norteamérica. Cuando, poco después, Churchill se embarcaba para ir a visitar a Roosevelt, el imperio se estremecía, lo mismo que América, bajo los golpes de los soldados japoneses: los nipones avanzaban sin resistencia por la península malaya, sobre Singapur, sobre las islas indonesias y, además, amenazaban a Australia. Hitler dominaba casi toda Europa y nadie parecía dudar de que acabaría derrotando a Rusia. Sin embargo, durante la travesía Churchill redactó un memorándum sobre la ineludible necesidad de realizar un desembarco en Europa.

En medio de la intensa actividad a que le sometía la dirección de la guerra el casi septuagenario primer ministro encontraba siempre tiempo para ir dando forma, en todos los detalles técnicos, a su visión del desembarco. El 30 de mayo de 1942 dictó una orden a lord Mounbatten, que se ocupaba de las operaciones aliadas previas al desembarco, sobre la construcción de puertos artificiales, cuya cabecera debía flotar en el agua. Y terminaba diciendo: «Tienen que poderse adaptar al movimiento de las mareas. Hay que resolver la cuestión del anclado. Los barcos deberán tener una escotilla en un costado y un puente levadizo lo suficientemente largo como para hacer innecesario el amarre. Intente buscar la mejor solución.»

Los *Mulberries* que resultaron de esta idea constituyeron uno de los más decisivos medios auxiliares de la invasión. Las dos partes no ignoraban que, incluso después de haber sido realizado con éxito, el desembarco fracasaría de no asegurarse los refuerzos y el

Un cañón pesado sobre afuste ferroviario en plena actividad. El «Atlantikwall» –la Muralla del Atlántico– fue la criatura preferida de la propaganda alemana. No era una ficción, pero tampoco un sistema defensivo impecable, como se intentaba presentar.

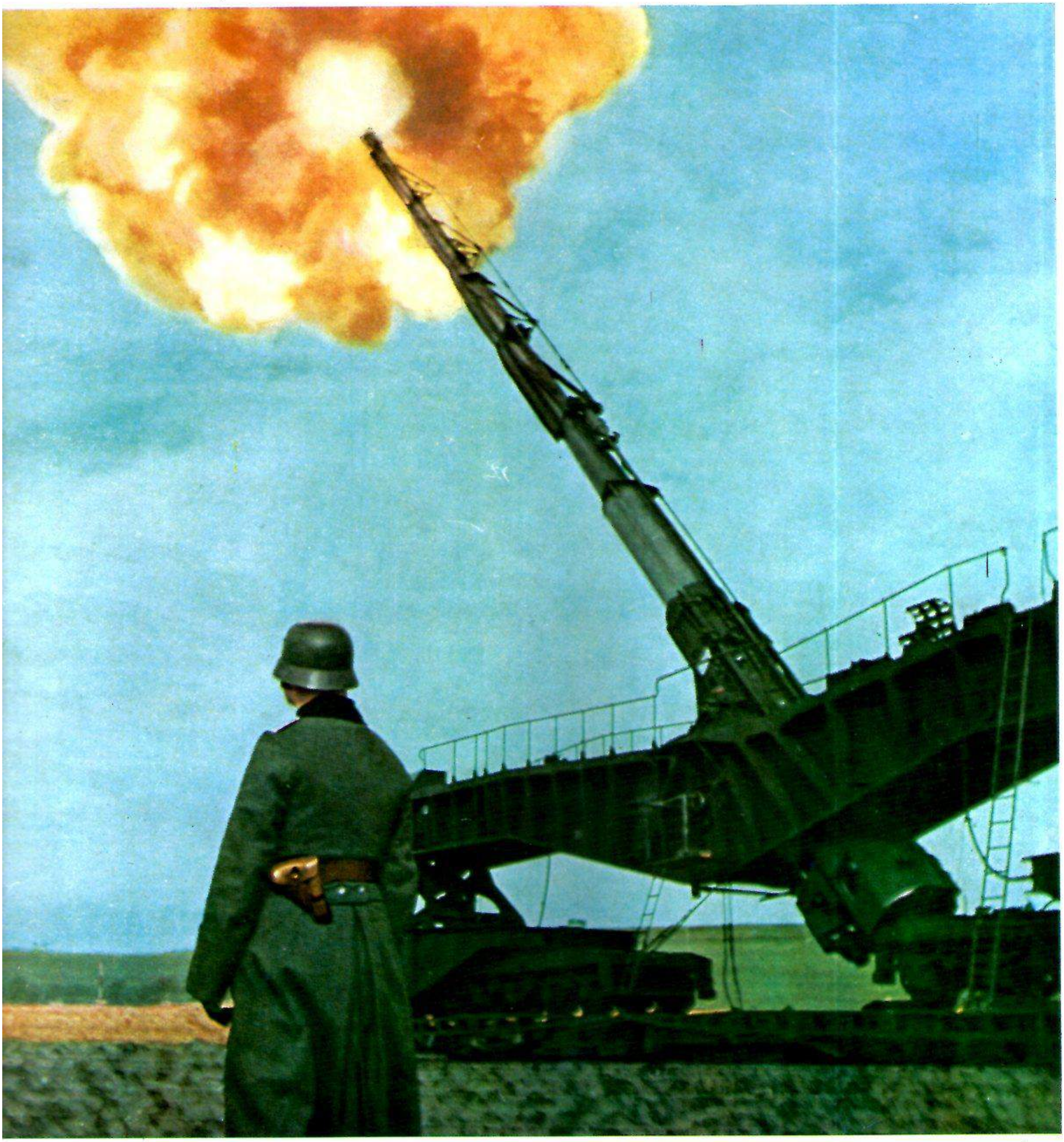
abastecimiento. Había que calcular en millares de toneladas diarias las necesidades de munición, carburante y alimentos para una tropa lo bastante fuerte como para abrirse paso en Francia desde el mar. Y había pocas esperanzas de poder conquistar a tiempo un puerto con las características necesarias para esta operación. Tales consideraciones debían pesar a la hora de elegir el lugar del desembarco. El Paso de Calais ofrecía el camino más corto, pero los dos puertos británicos correspondientes –Dover y Folkestone– eran demasiado pequeños. La flota de avituallamiento hubiera tenido que proceder no sólo de la desembocadura del Támesis, sino también de todos los puertos de la costa sur inglesa, sobre todo de los grandes entre Plymouth y Brighton. Y frente a éstos se halla la península de Cotentin, cuya costa oriental ofrece una cierta protección contra los vientos dominantes del Oeste; además estaba peor defendida que los sectores de Calais y, al mismo tiempo, lo suficientemente cerca como para permitir a la aviación realizar varios vuelos diarios.

Los Aliados llevaron a cabo una maniobra de diversión para hacer creer a los alemanes que pensaban realizar la invasión por Calais: en las inmediaciones de Dover se formó una fantástica flota integrada por supuestas lanchas de desembarco, al tiempo que se construían campamentos y depósitos vacíos y la aviación comenzaba a bombardear con preferencia el sector de Caiais.

Cuando Churchill se lo contó a Stalin en Teherán, el mariscal soviético que tanto le urgía para que inaugurara un segundo frente, comentó: «La verdad es tan preciosa en la guerra que sólo se puede dejar suelta acompañada de una escolta de mentiras.»

La escolta de mentiras del Paso de Calais protegió la verdad de Normandía. Hitler seguía creyendo que se trataba de una trampa y que la invasión tendría lugar más al sur, cuando ya la batalla de Normandía estaba perdida.

A finales de 1943 Hitler envió a Francia a un hombre que igualaba a los Aliados en fantasía y conocimientos técnicos: el *Feldmariscal* Erwin Rommel. Por encargo de Hitler recorrió el «Atlantikwall» –la Muralla del Atlántico, o defensas de la costa– y quedó asustado. El *Feldma-*



riscal Gerd von Rundstedt, comandante en jefe de la zona occidental, calificaba las defensas de «Propagandawall» (muralla de propaganda).

Ronald Lewin, biógrafo británico de Rommel, le describe como «el hombre que de muchacho nunca pudo tener una moto sin desarmarla, para volverla a armar de nuevo», y que, aun desempeñando altos puestos militares, siempre estaba dispuesto a dar consejos prácticos para la construcción de un puente, la búsqueda de fortificaciones o la retirada de un campo de minas. Éste fue el hombre que se entregó a la tarea de fortificar la costa.

Medio año después, el número de minas en toda la costa se había triplicado, alcanzando los 6 millones, y se había construido una serie de obstáculos ideados por Rommel a base de explosivos que, junto a las trampas establecidas a diversos niveles y distancias a partir de la playa, debía impedir el desembarco aliado. Otros terrenos fueron inundados. En la primavera de 1944, Rommel no se encontraba todavía contento de su obra: quería elevar el número de minas a 50 millones y reforzar las baterías costeras, así como los *bunkers,* pues preveía unos bombardeos en alfombra y un fuego continuo y nutrido.

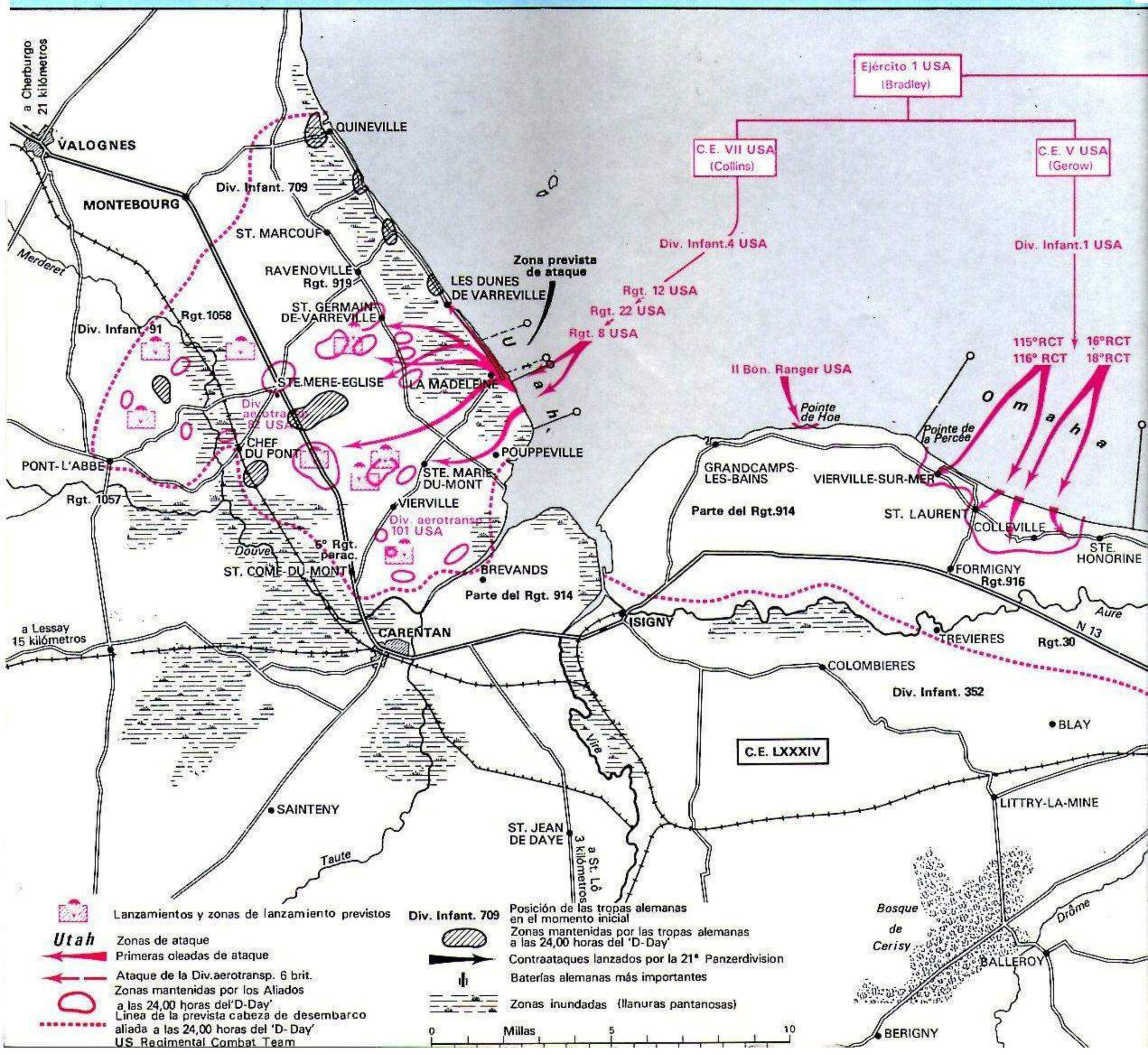
Mientras el *Feldmariscal,* incansable, reunía las unidades disponibles, movilizaba las fábricas francesas para obtener minas y cemento y encomendaba al personal civil la tarea de realizar las famosas trampas que llevarían luego el nombre de «espárragos Rommel», transformando, según el almirante Ruge, una atmósfera de indiferencia y vaga esperanza en una empresa de objetivos claros y trabajos definidos y duros, los Estados Mayores no se tomaron la molestia de apreciar su labor.

Al comandante en jefe del sector occidental, Rundstedt, le había ofendido la designación de Rommel como inspector de la zona que estaba bajo su mando, a las órdenes directas del *Führer.* A petición de Rundstedt se nombró a Rommel jefe del Grupo de Ejércitos B, que tenía a su cargo la vigilancia de la costa norte entre Holanda y Bretaña, y que, naturalmente, estaba supeditado al jefe de la zona occidental. Rundstedt, aristócrata y general de la vieja escuela, había considerado todas aquellas defensas de la «Propagandawall» con cierta indiferencia, puesto que no creía posible derrotar a los Aliados en la playa. Era partidario de permitirles desembarcar para derrotarlos luego mediante una guerra de continuos movimientos: como la de Polonia en 1939, Francia en 1940 y Rusia en 1941.

A diferencia de Rommel, Rundstedt no había tenido la oportunidad de combatir bajo un cielo dominado por la aviación enemiga.

Rommel sabía, por su experiencia africana e italiana, que en tales condiciones resultaban muy limitados los movimientos de las unidades blindadas. Y sabía también que la única manera de gozar de una cierta seguridad era colocarse lo más cerca posible del enemigo para evitar, de esta forma, que actuaran los bombarderos. Por tanto quería que las unidades blindadas se dispusieran inmediatamente después de la costa; en cambio el *Feldmariscal* von Rundstedt se empeñaba en mantenerlas tierra adentro.

Al fin se llegó a un compromiso. En Normandía se situó a la 21.ª *Panzerdivision* en la región de Caen, mientras que la 12.ª *Panzerdivision* SS «Hitlerjugend» y la poderosa *Panzer-Lehrdivision*, situadas en las inmediaciones

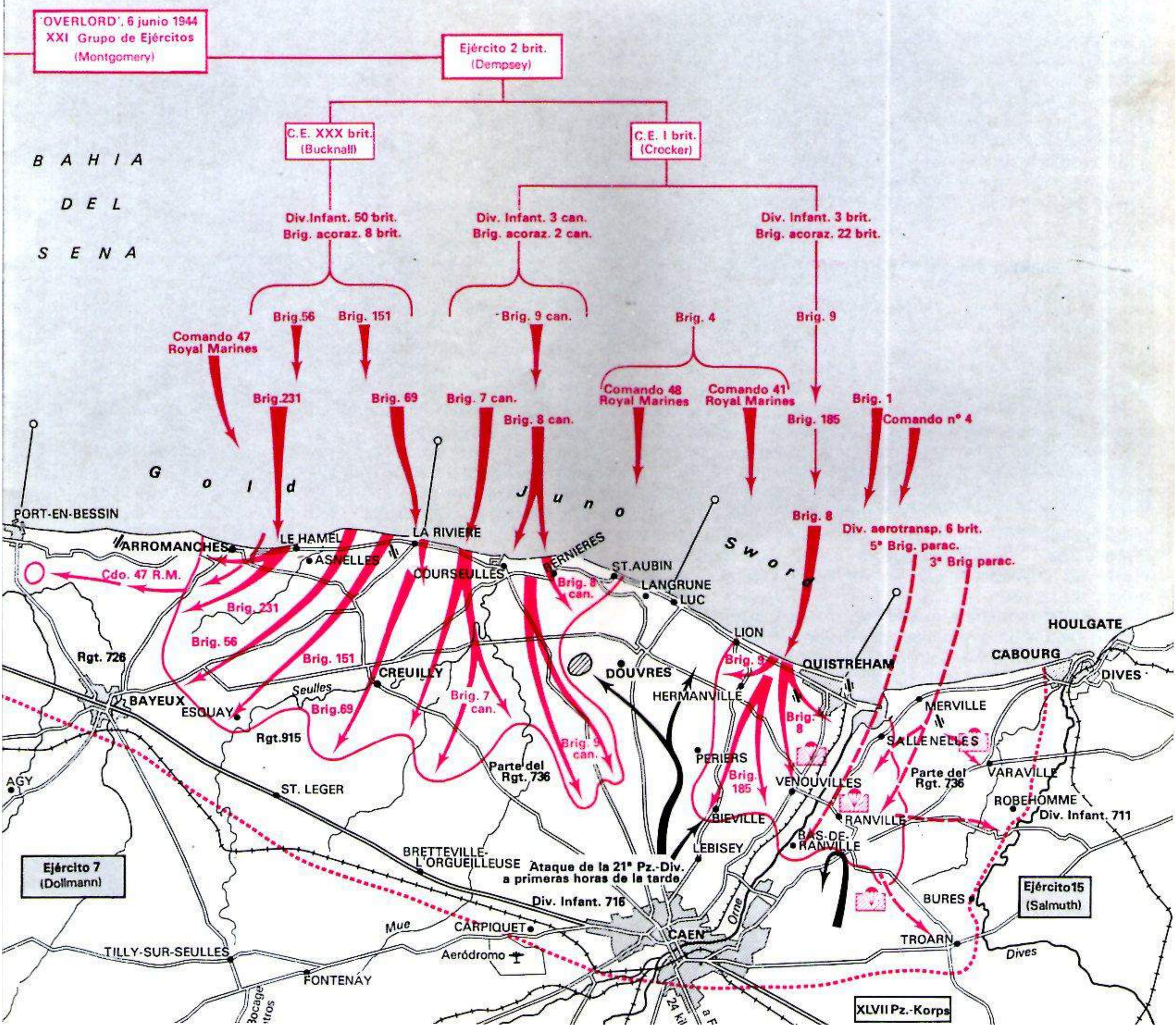


de Orleáns, dependían directamente del jefe de las unidades de reserva del OKW en el cuartel general del *Führer*: esto acarrearía consecuencias catastróficas, debido al convencimiento que existía en torno a Hitler de que la invasión tendría lugar por el Paso de Calais. Por parte aliada se nombró al general estadounidense Dwight D. Eisenhower jefe supremo de las fuerzas invasoras, mientras que el antiguo contrincante de Rommel en la guerra de África, Montgomery, mandaría las tropas angloamericanas encargadas del desembarco y de establecer una cabeza de puente. No cabe hablar de cordialidad al referirse a las relaciones entre ambos, pero reinaba una clara dependencia jerárquica y un perfecto acuerdo sobre el plan para los primeros 90 días.

Los dos generales habían logrado de sus respectivos Gobiernos que se aplazara el D-Day (Decision-day = Día de la decisión), de mayo, como exigía Stalin, a junio, con objeto de disponer de la producción de un mes más en lanchas de desembarco, y de reunir mayor número de fuerzas de las que se habían planeado en un principio para la invasión. Estaban de acuerdo en lanzar unidades de paracaidistas la noche anterior al desembarco, en comenzar la operación anfibia con apoyo de la aviación y en llevarla a cabo en pocos cientos de metros, con objeto de que las lanchas no cayeran en las trampas de Rommel.

Las cabezas más despiertas del mundo de habla inglesa estaban dedicadas a idear y movilizar los medios más efectivos para la invasión: el valor y el espíritu de sacrificio de los combatientes serían respaldados por la fuerza industrial y la pericia técnica del grupo de países más fuerte del mundo. De uno y otro lado, sin embargo, los hombres importantes eran lo meteorólogos. Los Aliados deseaban, naturalmente, un tiempo claro de verano que permitiera la mayor visibilidad a sus aviadores y, por añadidura, vientos débiles. Y todo esto entre el 5, 6 y 7 de junio, días que

D-Day, 24,00 h: las tropas invasoras no han alcanzado los objetivos que se habían propuesto; sin embargo, fuera del sector «Omaha», en todos los demás consiguieron establecer sólidas cabezas de puente.



reunían el complemento necesario: luz lunar para los vuelos de transporte de paracaidistas. Los bombardeos comenzarían con las primeras luces del alba. Pero a primeros de junio surgieron bajas presiones en Europa occidental, con fuertes lluvias y vientos procedentes del Atlántico. La operación fijada para el día 5 tuvo que ser aplazada. En las primeras horas de ese mismo día los meteorólogos informaron a Eisenhower de que, dentro del mal tiempo reinante en el oeste, durante el día 6 se daría un periodo benigno con temperaturas más altas. De acuerdo con esta información el general dio la orden de prepararse e, inmediatamente, la gigantesca máquina bélica se puso en movimiento.

Los meteorólogos alemanes, por el contrario, estaban seguros de que por el momento no se produciría ninguna mejoría del tiempo. Les faltaban informaciones más amplias, referidas a otras zonas; el Atlántico, la cocina donde se cuece el tiempo europeo, estaba en manos de los Aliados.

El Estado Mayor del Ejército 7 ordenó a todos los generales que se presentaran con dos comandantes subordinados cada uno en Rennes para asistir a unas maniobras tácticas. Rommel pidió permiso a su jefe de zona y se marchó a Alemania.

Y, sin embargo, existían departamentos alemanes que sabían perfectamente que la invasión era inmediata: los servicios alemanes de información estaban al corriente de que las organizaciones de la resistencia francesa habían sido avisadas por la radio británica (BBC) para que se consideraran en estado de alerta en el momento que escucharan en una de sus emisiones los famosos versos de Paul Verlaine: «Les sanglots longs des violons de l'automme...» La transmisión del verso siguiente: «...blessent mon coeur d'une langueur monotone», significaría que la operación se desencadenaría en las próximas 48 horas.

Los radioescuchas alemanes en el Paso de Calais oyeron el primer verso los días 1, 2 y 3 de junio; y el segundo fue transmitido por la BBC el día 5 de junio a las 21,15. El jefe del Ejército 15, general Salmuth, obró en consecuencia respecto a sus unidades e hizo que las noticias llegaran al OKW en Rastenburg, a la jefatura de la zona occidental, a la del Grupo de Ejércitos B y a todos los comandantes en jefe de las unidades militares que operaban en Francia y Bélgica.

Lo mejor es emborracharse

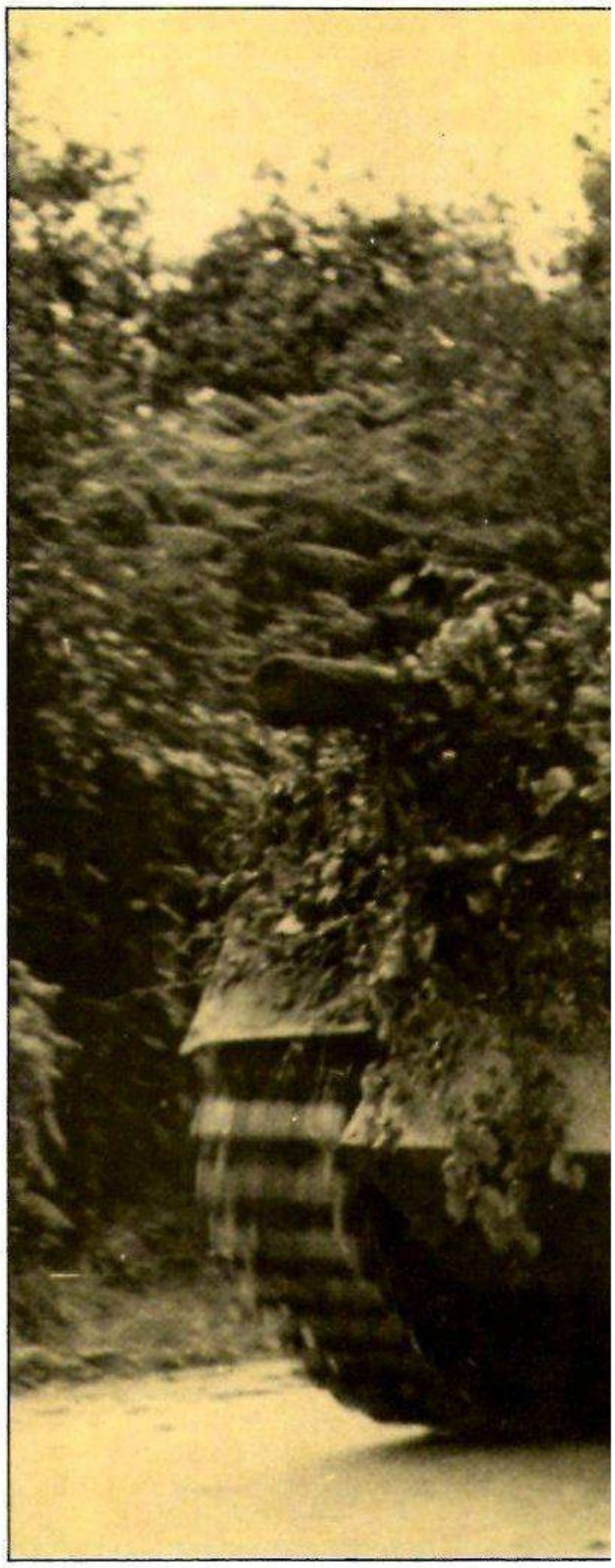
El informe del Ejército 15 no produjo ninguna consecuencia. El diario del OKW no contiene ninguna noticia al respecto; parece ser que Rundstedt comentó indignado: «Eisenhower no va a anunciar la invasión por la BBC». Así se dio la grotesca situación de que mientras todo el mundo estaba preparado y dispuesto en el Paso de Calais, en Normandía nadie tomó en serio las noticias.

Los generales Heinz Hellmich (División de Infantería 243), Wilhelm Falley (División aerotransportada 91) y Karl Wilhelm von Schlieben (División de Infantería 709) abandonaron sus puestos de mando en la península de Cotentin para llegar a tiempo a las maniobras que debían celebrarse en Rennes. El jefe de la Marina en la zona occidental se marchó a Burdeos.

En la base del Grupo de cazas 16, en Lille, el coronel Josef (Pips) Priller, un as de la aviación que había derribado 96 aparatos enemigos, y su camarada el suboficial Heinz Wodarczyk, decidieron echarse al coleto una botella de coñac para calmar su indignación: fuera, en la pista, se encontraban sus dos aviones del tipo *FW 190;* un par de horas antes había allí 124 pero, ante el peligro inminente de los ataques aéreos enemigos, habían sido trasladados al este. «Cuando empiece la invasión les haremos frente nosotros solos –comentó Priller, y a continuación añadió–: lo mejor es que comencemos por emborracharnos».

En lo que se refiere a la aviación, las condiciones alemanas no podían ser peores. Desde que los norteamericanos habían conseguido aumentar el radio de acción de sus aviones de escolta a 1350 km, sus bombarderos podían realizar sin grave riesgo sus ataques cotidianos a cualquier punto de Europa occidental y del territorio del Reich. Estos ataques tuvieron gran trascendencia para la invasión ya que, entre otras cosas, destruyeron la red de ferrocarriles. En la mañana del 6 de junio no había un solo puente sobre el Sena, entre su desembocadura y París, que pudiera ser utilizado. Se podía decir –escribe Montgomery en sus «Memorias»– que Normandía estaba «desierta de trenes».

Al menos un Estado Mayor está completo la noche del 5 de junio: en el *bunker* del puesto de mando del Ejército 7, al que pertenece el Cuerpo de Ejército LXXXIV en St. Lô y las cinco divisiones encargadas de la defensa de la costa desde Cotentin y la desembocadura del Orne, el general Marcks (53 años) estudia los mapas. El general, que ha perdido una pierna en el frente ruso, no trata tan sólo de prepararse para las maniobras de Rennes; el Estado Mayor se siente intranquilo ante la extraordinaria actividad de la aviación enemiga en toda la zona desde el anochecer. Los



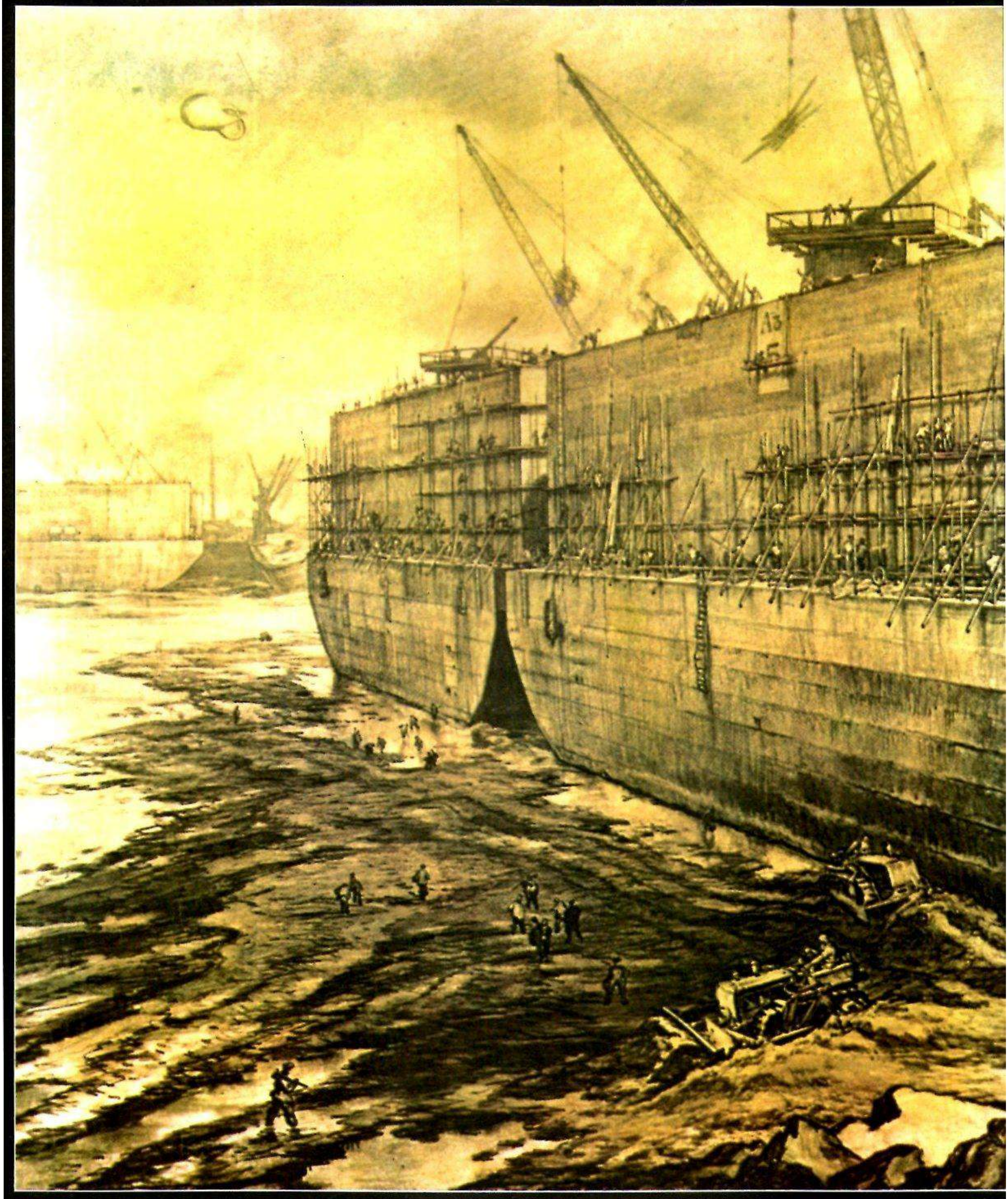
ordenanzas han puesto sobre la mesa unas botellas de Chabli: a medianoche se inicia el día de cumpleaños del general. Pero cuando el reloj de la catedral comienza a dar las doce campanadas, cada cual, en pie, apura con prisas su vaso. El general no gusta de celebraciones y, además, sobre el *bunker* suenan los motores de los aviones enemigos.

Un cuatrimotor tipo *Halifax* arrastra a 280 km/h, por encima del intranquilo Canal de la Mancha, al velero de transporte del suboficial Wallwork. La atención de éste se concentra en mantener su aparato fuera del vértice del remolcador. En 20 minutos el *Halifax* lo dejará caer en el sentido más estricto de la palabra.

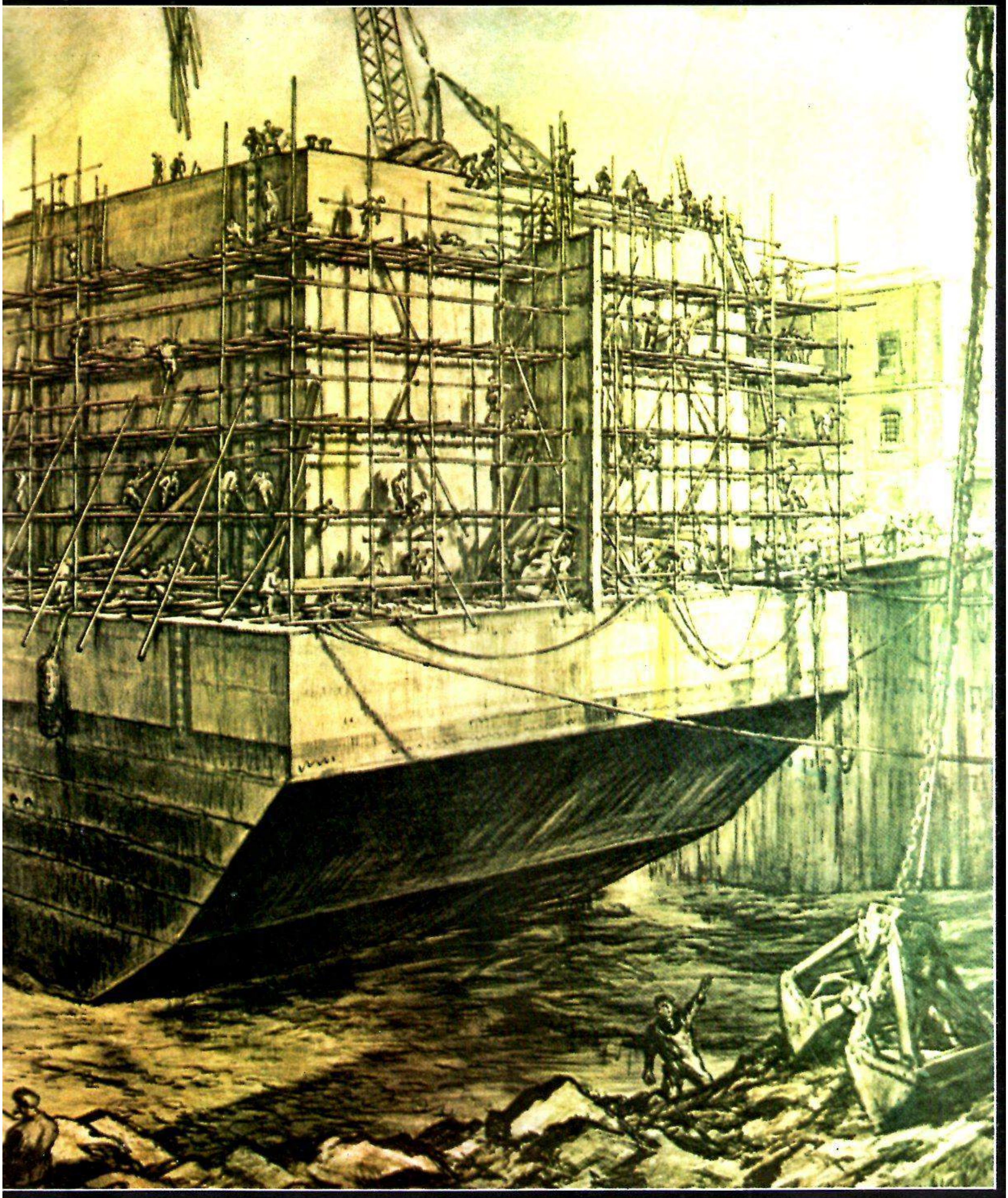
A su derecha, el comandante de paracaidistas John Howard intenta por todos los medios resistir por primera vez al mareo. Para algazara de sus solda-

Un carro de combate alemán en el frente de Normandía.

Un blindado tipo «Tiger», inutilizado por el fuego enemigo, aparece junto a un «Panzer» IV, igualmente destrozado. La foto permite hacerse una idea de la dureza de los combates.



Veinte millones de t de material bélico para la invasión tuvieron que transportar los Aliados desde Inglaterra al continente. Pese a la inmensa flota concentrada y al gran número de lanchas de desembarco, los puertos constituyeron una necesidad esencial. Y puertos que debían estar abiertos y a disposición de las tropas durante los primeros días de la operación. El problema fue resuelto con puertos artificiales, llamados «Mulberries». El propio Churchill proporcionó la idea inicial. Se montaron en la costa francesa con la ayuda de



cemento de fragua rápida y de buques hundidos que desempeñaron la función de rompeolas. Los buques se encontraban unidos por barras de acero y hormigón. Este sistema se reforzó con unas gigantescas cajas flotantes de cemento llamadas «Phoenix», de las que da idea el dibujo, y que una vez construidas fueron remolcadas a través del canal. Tenían la altura de una casa de cinco pisos. Gracias al puerto artificial se podían descargar a un tiempo hasta siete buques del tipo «Liberty» y 30 lanchas de desembarco.

dos el comandante tiene la costumbre de vomitar en cuanto vuela.

Su tropa, 160 hombres, se encuentra repartida en 6 veleros. Serán los primeros soldados aliados que tocarán suelo francés dentro de la Operación «Overlord». Su objetivo son dos puentes sobre el Orne que deben ser ocupados para impedir su destrucción. Por eso se lleva a cabo la operación con veleros. Con ellos se puede depositar un destacamento de 20 o 30 soldados en el lugar deseado con toda rapidez, mientras que las unidades de paracaidistas tardan mucho tiempo en reunirse sobre la zona.

El terreno en las inmediaciones de los puentes es el menos indicado para un aterrizaje a 145 km/h. Además, una fotografía aérea tomada el 30 de mayo permite distinguir alguno de los obstáculos ideados y construidos por Rommel. Sin embargo, el suboficial es optimista: «No hay problema. Aterrizaremos entre los obstáculos. A cuenta de romper las alas perderemos también velocidad y el choque sobre el puente no será tan duro».

A medianoche se encuentran en las inmediaciones de la costa francesa. Del oscuro interior del aparato llega una voz que inquiere tímidamente: «¿Ha vomitado ya el comandante?»

Dieciséis minutos después el *Horsa* suelta amarra y queda encomendado a la pericia de Wallwork. Abajo, a la luz de la luna, brilla el canal. Wallwork debe planear exactamente a la altura y velocidad necesarias. Su misión consiste en romper, al iniciar el aterrizaje, las alambradas defensivas que se encuentran a la entrada del puente, y posarse allí sin arriesgar la vida de sus pasajeros.

Al borde del desastre

Los hombres han formado una cadena humana entrecruzando sus brazos y piernas, y han elevado las rodillas en espera del golpe. El choque parece durar horas desde el momento en que el velero se lanza contra las alambradas. Pero la cadena humana resiste el encontronazo y el aparato queda detenido a 20 metros del puente. En pocos minutos la operación se ve coronada por el éxito. La guardia alemana del

Después de haber lanzado sus bombas, los aviones aliados «Marauder B-26» remontan el vuelo. Más de 2000 bombarderos y cazas protegieron las operaciones de desembarco, arrojando 12.000 toneladas de bombas sobre los objetivos alemanes. Según fuentes aliadas, los alemanes sólo opusieron 160 aviones.

puente queda desarmada. Al ruido de las bombas de mano, se une el tableteo de las ametralladoras y el que producen los otros dos veleros al posarse bruscamente.

En ningún otro lado se desarrolla el aterrizaje con tanta normalidad como la lograda por el pequeño destacamento del comandante Howard. Las unidades estadounidenses estuvieron al borde de la catástrofe.

Las tragedias fueron innumerables: veleros enteros desaparecieron en las aguas con hombres y material. El peso de su equipaje arrastró al fondo a muchos paracaidistas y se ahogaron. Pero, finalmente, por todas partes se pudieron formar pequeñas secciones, a base de hombres heridos y calados hasta los huesos. De esta forma lograron cumplir la misión que tenían encomendada.

El comandante Friedrich Hayn, responsable de los servicios de información del Cuerpo de Ejército LXXXIV, recuerda las dramáticas horas vividas en el *bunker* de mando del general Marcks: «A las 01,11 h el suboficial de escucha dio el aviso de que parecía prepararse algo importante. El general se levantó en silencio, la mano derecha sobre el borde de la mesa...»

Minutos después empezaron a llegar las noticias de las divisiones sobre desembarcos enemigos. De las declaraciones de los primeros prisioneros se desprendía que en la operación tomaban parte el 75 % de las unidades de aviación concentradas en el sur de Inglaterra. Esto solamente podía significar una cosa: había empezado la invasión aliada.

Resulta interesante el hecho de que esta clara y fundada información, obtenida con anterioridad al comienzo del ataque anfibio, fue tergiversada y minimizada antes de llegar al mando supremo, con ampliaciones erróneas e ignorantes comentarios.

Marcks alertó rápidamente al general Max Pemsel, jefe del Estado Mayor del Ejército 7. Éste informó al cuartel general del Grupo de Ejércitos B, del general Rommel. Información que pudo ampliar poco después con la complementaria facilitada por las unidades de radar de la Marina en Cherburgo, que estaban detectando un amplio movimiento de unidades navales que operaban cerca de la bahía del Sena.

La indiferencia con que los oficiales del Grupo de Ejércitos recibieron la noticia debe atribuirse, en parte, a la información casi simultánea de que los Aliados no habían arrojado paracaidistas, sino muñecos disfrazados de tales. Esto lo habían realizado los atacantes para crear una mayor confusión; los muñecos, además, iban repletos de explosivos que empezaron a estallar al llegar a tierra, dando la impresión de que las unidades lanzadas en paracaídas abrían fuego.

Sin embargo, los prisioneros hechos por las Divisiones 716 y 709 eran de carne y hueso y podían facilitar detalles sobre sus unidades respectivas. Todas estas circunstancias no causaron la menor sensación y el Grupo de Ejércitos B dejó que su jefe, mariscal Rommel, continuara durmiendo tranquilamente allá en Alemania. Por lo menos el comandante en jefe de la zona occidental dio la alarma a la División 12 de las SS y a la *Panzer-Lehrdivision,* y pidió al cuartel general del *Führer,* sin insistir demasiado, que pusiera estas unidades a sus disposición. Hastas las 16,40 no recibió la respuesta que deseaba. También tuvo que esperar más de lo debido la orden correspondiente la 21.ª *Panzerdivision,* del Grupo de Ejércitos de reserva estacionado en Caen.

Entretanto se encontraban sobre suelo francés 10.000 soldados aliados. Y habían sido parachutadas armas, vehículos y material contracarros. Los hombres recibieron la orden de cortar cuantos cables hallaran a su paso. De esta manera cada vez se fueron interrumpiendo más las comunicaciones. El general Pemsel se quejaba de tener que dirigir la guerra como en los tiempos de Guillermo el Conquistador: con los ojos y los oídos.

El inteligente oficial, que ya en aquellos momentos se hacía una idea bastante clara de lo que le venía encima, hubiera podido, con una información más amplia, hacer frente a los Aliados con mayores medios.

Por el flanco izquierdo, los paracaidistas americanos se habían adueñado prácticamente de la parte este de la península de Cotentin. Y en sus manos había caído también el ferrocarril Cherburgo-Carentan, así como la pequeña ciudad de St. Mère Église, su carretera paralela y los terrenos inundados de las inmediaciones de la costa. En el flanco derecho, los británicos habían ocupado una gran extensión de terreno al nordeste de Caen, con los puentes más importantes sobre el Orne. Porque si bien los ataques de los paracaidistas contra las baterías de la costa no tuvieron el éxito esperado, sí se aseguraron los flancos de una franja costera de unos 80 km de largo, entre el pie de la península de Cotentin y la desembocadura del Orne. Y exactamente aquí se desarrolló el desembarco de las tropas.

El primer alemán que descubrió la flota invasora fue el comandante de artillería Werner Pluskat, que se encontraba en una posición adelantada construida a gran altura en medio de la bahía del Sena, en St. Honorine. Varias veces durante la noche había recorrido con los gemelos de larga distancia la superficie del mar que cabrilleaba a la luz de la luna. Tan sólo algunos bancos de niebla impedían dominar toda la bahía. Cuando, lentamente, el horizonte oriental empezó a tomar el rosado color de la aurora, el comandante decidió echar la última ojeada. Los bancos de niebla habían desaparecido y la visión era perfecta: allí estaba, ante él, como por arte de magia, la más grande flota que contemplaron ojos humanos. Inmediatamente después surgieron los bombarderos.

Eisenhower y Montgomery, de común acuerdo, habían decidido que cada Ejército debía establecer su propia cabeza de puente al desembarcar, con objeto de crear la menor confusión posible dentro de la organización general. Por eso la zona de la invasión –Neptune– fue dividida en tres sectores:

- «Utah», pie oriental de Cotentin, División de Infantería 4 USA.
- «Omaha», centro de la bahía, entre Vierville y Coleville, División de infantería 1 USA.
- «Gold», «Juno» y «Sword», de Bessin a la desembocadura del Orne, Divisiones 50 y 3 británicas y División 3 canadiense, todas de infantería; más las fuerzas blindadas: Divisiones 8 y 27 británicas y Brigada 2 canadiense.

A las cuatro de la mañana las playas eran un infierno. Los bombarderos destruían los *bunkers* y las posiciones de la artillería. Se sucedían continuamente, una oleada tras otra. Cuatrimotores sobre las nubes y rápidos bimotores tipo *Marauder* volando a menos de 500 m de altura.

Al mismo tiempo tronaban los cañones de la flota invasora.

El 6 de junio, en un total de 10.743 vuelos, la aviación aliada arrojó 11.912 toneladas de bombas. Sin embargo, un sector de la costa quedó intacto, lo que resultaría fatal. Las «fortalezas volantes» y los *Liberators* que debían soltar sus cargas sobre las defensas de «Omaha» no dieron en el blanco. Las bombas fueron a caer a 5 km de distancia.

A la División 1 USA le correspondió pagar las consecuencias.

Las primeras bajas las acarreó el mar desapacible. Algunos botes volcaron y los hombres gritaban pidiendo auxilio. Otros botes pasaban a su lado, llevando a bordo, con el rostro impasible, a sus camaradas. Las órdenes recibidas prohibían detenerse a prestar ayuda. Tampoco los anfibios blindados estaban hechos para resistir la mar picada. Debían llegar a tierra sobre colchonetas flotantes, pero los *Sherman se*

fueron hundiendo uno tras otro, sin disparar un solo proyectil.

En la playa correspondiente al sector «Utah» se encontraba la red defensiva W5. El teniente Arthur Jahnke disponía aquí de varios *bunkers* con cañones de 50 mm y un antiaéreo de 88 mm, además de los sonidos de ametralladora. Durante la noche sus hombres habían hecho prisioneros 19 paracaidistas americanos, que andaban perdidos por los terrenos inundados.

A las cuatro de la mañana los *Marauder* empezaron a actuar contra la W5. Lo que ellos dejaron en pie, lo destruyeron los cañones de la Flota.

Cuando las lanchas de desembarco llegaron a la playa, sólo ofrecían resistencia 2 ametralladoras y el antiaéreo. Esta temible arma había quedado en tal estado a consecuencia de las bombas, que no resistió su propio primer disparo.

Pronto empezaron a rodar los carros anfibios por la playa, superados los primeros contratiempos. Las ametralladoras alemanas siguieron haciendo blanco en los infantes y zapadores que saltaban a la playa, pero ya se aprestaban a responderles los cañones de los carros. El teléfono no funcionaba. Jahnke envió un enlace al puesto de artillería de Varreville para que abrieran fuego sobre la playa. El enlace no logró recorrer los tres kilómetros: una bomba le arrojó para siempre de la bicicleta. Al teniente Jahnke, Cruz de Hierro en la campaña del Este, la explosión de una granada le hizo perder el sentido; un soldado americano consiguió sacarle de entre los escombros tirándole de una pierna. Poco después los paracaidistas arrojados tierra adentro se reunieron con los hombres de la División 4. «Utah» ha sido un éxito para los Aliados.

Casi resulta milagroso el hecho de que después de los bombardeos llevados a cabo en el sector «Utah» todavía hubiera alguien con energía suficiente como para disparar, capaz de reaccionar en vez de salir huyendo. En el sector «Omaha», las cosas habían sucedido de otra manera muy diferente. No sólo los bombarderos equivocaron su objetivo, sino que allí se encontraba también la División de Infantería 352, recién llegada como refuerzo. Un nutrido fuego artillero de todos los calibres, así como de fusil, obligó a regresar a las lanchas a los hombres que habían desembarcado. Las primeras unidades perdieron hasta el 50 % de sus efectivos. Únicamente dos carros se aventuraron en la playa, para ser destruidos de inmediato. Cuatro horas después de haberse iniciado el ataque, sobre los 6 kilómetros de playa del sector yacían 3000 soldados muertos y heridos graves.

Uno de los defensores es un campesino de 21 años, Heinz Severloh. Desde su posición W 62 ha disparado con su ametralladora, hasta el mediodía, 12.000 disparos. Severloh se da cuenta del cambio que va experimentando la situación: los americanos empiezan a poder desembarcar material pesado, incluso *Shermans*.

Todos los supervivientes de las Divisiones de Infantería 1 y 29 USA intentan refugiarse tras el mismo muro en que se escondieron los dos hombres del traje de goma negro... Los soldados se encuentran agotados y nerviosos. Pero también se pueden observar entre ellos rasgos supremos de heroísmo: bajo el fuego alemán, un zapador hace explotar los obstáculos montados por Rommel, para que puedan acercarse más las lanchas.

Material, material

El suboficial Hyman Haas judío neoyorquino del Bronx, fabricante de carteras para señora, avanza con su antiaéreo autopropulsado; la pieza es de 37 mm. Durante un instante se fija en el punto desde el que ininterrumpidamente están disparando con un cañón. Se encuentra a unos 300 m junto a un *bunker*. Con su 37 mm no puede disparar con un ángulo de tiro tan reducido: Haas da orden a su conductor de detenerse y dar media vuelta: medio hundido en el agua logra tener el *bunker* en su punto de mira. Al momento dispara diez veces consecutivas, y el cañón del *bunker* deja de hacer fuego.

También los ingleses, en sus sectores «Gold», «Juno» y «Sword», tuvieron que hacer frente a un fuego enemigo concentrado. Pero el éxito conseguido aquí por los bombarderos proporcionó a los atacantes una ventaja considerable: la de poder desembarcar directamente sus blindados por las rampas de las lanchas a la playa. Más tarde los carros logran abrirse paso entre los obstáculos de la orilla gracias a una serie de modificaciones hechas en ellos.

Por ejemplo, «la trilla»: el carro lleva dos grandes brazos cuyos extremos están unidos por una barra a la que se encuentran adaptadas ruedas y cadenas. Al moverse hacen estallar las minas que encuentra a su paso, abriendo camino libre a la tropa.

Otros artefactos de similares características avanzan sobre el inseguro terreno de la playa, bien conocido para los invasores gracias a las pruebas de tierra acumuladas por los británicos. Las explosiones se suceden pero, lentamente, se va ganando y afianzando el terreno.

Este ejército blindado y motorizado continúa avanzando tierra adentro, haciendo escuchar el ensordecedor ruido de sus motores y las detonaciones de sus cañones. Como estaba previsto, se efectuó la reunión con los paracaidistas, pero había una brecha entre «Juno» y «Sword» y, exactamente por ella, empezó a moverse la primera unidad blindada de los defensores. Después de interminables discusiones la 21.ª *Panzerdivision* recibió orden de actuar. Al mismo tiempo otras dos unidades alemanas intentaron hacer lo imposible.

Contra una flota invasora integrada por 5000 embarcaciones salió de El Havre con tres lanchas torpederas el capitán de corbeta Heinrich Hoffman. Gracias a la niebla artificial lanzada por los propios Aliados lograron filtrarse entre sus unidades las tres pequeñas lanchas («Me parecía ir en una canoa», declaró más tarde Hoffman). Con todo, logró hundir un destructor y volver a desaparecer entre la niebla.

Sin embargo, la mejor hazaña corrió a cargo del coronel Priller, que, si bien se emborrachó con el suboficial Wodarczyk como había prometido, a la hora de la alarma estaban los dos como nuevos. Priller volvió a repetir los insultos de la víspera, pero nadie se lo tomó a mal; en el mando de la Aviación estaban acostumbrados a sus sonoros desahogos.

Montgomery afirma en sus «Memorias» que ni una sola vez la Aviación alemana intentó atacar a las fuerzas invasoras. El mariscal se equivoca. Sin objetivo muy concreto los dos aparatos *FW 190* volaron sobre El Havre, convencidos de que no podían fallar contra una flota tan gigantesca.

Los marinos aliados se quedaron sin aliento al ver salir de entre las nubes a los dos aparatos alemanes disparando las armas de a bordo.

Algunas de las embarcaciones tenían globos cautivos para evitar que los aviones enemigos pudieran atacar en vuelos a baja cota, pero Priller y su camarada los sortearon con habilidad y elegancia y se lanzaron en picado sobre el sector «Sword», disparando a cuanto encontraron en la playa. Antes de que los antiaéreos consiguieran responder al fuego, los dos aviones habían desaparecido.

Robert Dowie, en el *Dunbar*, no pudo menos de murmurar: «Alemanes o no alemanes, que tengáis tanta suerte como merece vuestro valor.» Y su deseo se cumplió, pues los dos suicidas lograron regresar sanos y salvos a la base.

□

Habla Hitler

Munich, cervecería Löwenbräukeller, 8 de noviembre de 1943.
Hitler habla ante la vieja guardia del movimiento, ante los hombres del golpe de 1923, y promete la reconstrucción de las ciudades alemanas «más hermosas aún de lo que eran hasta ahora». Al propio tiempo se refiere a la espinosa cuestión de los compatriotas que desean la derrota de Alemania.

La vanguardia de la venganza

Ignoro si entre el pueblo alemán se encuentran gentes que esperan algo de una victoria aliada. Tiene que tratarse de gentes que sólo piensan en sí mismas. Criminales dispuestos a ser verdugos de su propio pueblo. Todos los demás, los que se encuentran unidos al pueblo, saben perfectamente lo que supondría una victoria aliada. Por ello no hay ningún alemán verdadero que la desee. A lo sumo existen bandidos que creen que con esta victoria mejoraría su suerte particular. Pero no cabe hacerse ilusiones, ni engañarse sobre el tema: ¡De estos bandidos nos ocuparemos nosotros! Lo que en Alemania sucedió en 1918 no volverá a repetirse.

En una época en que cientos de miles de bravos soldados se sacrifican sin descanso, no tendremos la menor consideración con las gentes que no sepan honrar este sacrificio. Si en el frente del Este mueren diez mil de nuestros mejores compatriotas, no vamos a retroceder a la hora de sentenciar a muerte aquí en la retaguardia a unos cientos de criminales.

En la Guerra Mundial las cosas discurrieron de otra manera. El sacrificio del soldado se consideró como natural, e igualmente por natural se tuvo a los grandes especuladores, a los desertores, a los que se encargaron de corromper a la nación, por lo cual eran pagados desde el extranjero. Estos elementos eran inalcanzables. Estuvieron a salvo mientras el soldado ofrecía su sacrificio. Ahora las cosas son distintas.

Ustedes, camaradas míos de aquellos tiempos, se acordarán de cómo nos indignaba este estado de cosas y cómo nos decíamos: «Es una vergüenza que esto sea posible; que el hombre honesto esté luchando en la primera línea para que en la retaguardia se diviertan cuatro sinvergüenzas.»

De estos sinvergüenzas existen todavía algunos ejemplares sueltos. Su única oportunidad de sobrevivir es intentar pasar inadvertidos, esconderse, porque si cualquiera de ellos cae en nuestras manos le costará la cabeza.

Pueden estar seguros de que para mí es más difícil dar la orden para una pequeña y peligrosa operación en el frente, ante el temor de que en ella pueden morir cientos y hasta miles de soldados, que firmar una sentencia en virtud de la cual deben ser ejecutados un par de docenas de sinvergüenzas y delincuentes. De esto pueden estar seguros. Además, el Estado, hoy, está tan organizado que estos elementos no tienen posibilidad de trabajar. No reúnen las condiciones necesarias. Suelen hacerse ilusiones con los bombardeos. Todos sabemos lo que está sufriendo nuestra patria con los bombardeos, y lo que yo siento al respecto se lo pueden ustedes imaginar. Cuando empezó la guerra el presidente norteamericano se dirigió hipócritamente a mí para decirme que no llevara a cabo ninguna guerra aérea, ningún bombardeo. Nosotros no lo hemos hecho. Pero esta petición nos la formularon para que nuestros enemigos tuvieran tiempo de prepararse y, llegado el momento, realizar ellos los ataques aéreos.

Quiero dejar claras dos cosas: lo que más me duele es el sacrificio de la patria, sobre todo el de las mujeres y niños. Lo que más me duele es que estas gentes lo pierden todo, hasta su techo. En comparación, los daños causados a nuestra industria son poco importantes. No han logrado que disminuyamos el esfuerzo de nuestra producción de guerra. Pueden estar seguros de que volveremos a edificar nuestras ciudades y aún más hermosas de lo que eran hasta ahora. Y en poco tiempo. Cuando un pueblo es capaz de construir en un año defensas con un total de seis, ocho y hasta diez millones de metros cúbicos de hormigón, cuando un pueblo es capaz de poner en pie cientos de fábricas y talleres al servicio del armamento, tiene que serle posible a este mismo pueblo el construir dos o tres millones de viviendas. En dos o tres años después de la guerra estarán en pie todas las viviendas, destruyan las que destruyan. Americanos e ingleses están ocupados en proyectar la reconstrucción del mundo; por mi parte me ocupo de la reconstrucción de Alemania.

Se va a dar, sin embargo, una diferencia: mientras que americanos e ingleses no tendrán la oportunidad de reconstruir el mundo, nuestro país será reconstruido con precisión y regularidad por los nacionalsocialistas.

En ello trabajarán todas nuestras grandes organizaciones, empezando por el Servicio del Trabajo, siguiendo por toda la economía alemana e incluidos los criminales de guerra que, por primera vez en su vida, serán útiles para algo. Esto es lo primero que quería decir, y lo segundo es, créanlo o no nuestros enemigos, que ya llegará la hora del castigo.

Si bien es verdad que por el momento no podemos alcanzar América, tenemos una nación más cerca, y a ella nos atendremos.

Y todavía un tercer punto: la creencia de nuestros enemigos de que con sus terroríficos ataques aéreos acabarían quebrantando la voluntad alemana de resistencia se funda en un error. El que una vez ha perdido una guerra sólo puede tener un deseo: no volver a perder otra, porque sólo la victoria le ayudará a salir adelante.

De esta manera, las bombas no son otra cosa que la vanguardia de la venganza.

□

Con el comienzo de la guerra empezó también para el Cuerpo de Sanidad de las Fuerzas Armadas un tiempo de duras pruebas y sacrificios. Los primeros gritos de «sani» descubrieron ya la cruenta realidad de la contienda. El herido leve podía llegar por su propio pie hasta el puesto médico de su unidad. El herido grave, sin embargo, yacía en medio del campo de batalla y dependía en todo de sus camaradas y del equipo sanitario. Cada soldado llevaba consigo dos bolsitas para los primeros auxilios. El primer vendaje digno de este nombre lo solía realizar el suboficial sanitario. Camilleros y soldados de sanidad se encargaban de trasladar al herido a lugar seguro, muchas veces bajo el fuego enemigo.

Desde allí se emprendía el peligroso transporte hasta el puesto médico de su unidad, establecido lo más cerca posible del lugar en que se batía la tropa. Aquí era donde, por primera vez, se podía verdaderamente ayudar al herido. Se cambiaba el vendaje de los primeros auxilios y se intentaba cortar la hemorragia.

Al herido se le suministraban calmantes analgésicos.

Debido a que este equipo sanitario se encontraba cerca de la primera línea, bajo el fuego enemigo, sobre todo de la artillería, se hacía preciso el traslado del herido más hacia la retaguardia, cosa que realizaban las ambulancias de campaña. El herido pasaba al hospital de campaña de la compañía, que solía encontrarse a seis u ocho kilómetros del frente. En él se encontraban cirujanos y equipos capaces de realizar las más complicadas operaciones. Una vez establecida la posibilidad de transportarlo se le llevaba a los hospitales de guerra, ya alejados del frente, para su completo restablecimiento.

Asistencia durante la guerra relámpago

El hospital de campaña de la División se encontraba a unos 25 ó 30 km de la línea del frente. Tenía una capacidad de 200 a 300 camas y estaba dotado del equipo y personal necesario para ocuparse de heridos graves. En él se hallaba el equipo quirúrgico. Se podían suministrar todos los tratamientos que regularmente practicaban los hospitales con enfermos y heridos.

Los hospitales de guerra, dentro de la organización de los de campaña, ofrecían a los heridos todos los cuidados necesarios: estaban situados fuera de las zonas de peligro y en ellos actuaba el equipo de enfermeras, cuya abnegación nunca será lo bastante ponderada. Tanto los hospitales de campaña como los de guerra disponían de un equipo completo de cirugía y medicina interna, así como de toda clase de especialistas, desde el ortopedista al otorrinolaringólogo. En ellos era posible el examen radiológico y la intervención del dentista, capacitado incluso para montar piezas nuevas.

La mayor parte de los heridos graves o que necesitaban de largos cuidados eran trasladados a los hospitales de la retaguardia en convoyes sanitarios.

Durante la «guerra relámpago», con su enorme movilidad y continuos avances, los puestos sanitarios y los hospitales de campaña apenas permanecían tranquilos un momento. Resulta imposible comparar la labor del médico en el campo de batalla o en los hospitales de campaña con la que desarrolla normalmente durante la época de paz. Tiene que vencer grandes dificultades para poder disponer de agua y luz suficiente. A veces llegan al hospital de campaña tantos heridos graves al mismo tiempo que el médico, a la hora de operar, debe decidirse primero por los que tienen mayores posibilidades de sobrevivir. El reconocimiento y la constatación de la necesidad de operar lo más rápidamente posible requieren una extraordinaria experiencia quirúrgica.

Durante los avances rápidos o los repliegues sucede, a veces, que las necesidades de transporte son muy superiores a las posibilidades. En el curso de los últimos años de la pasada guerra cada vez se fue haciendo más amplia la autorización para el transporte. En esto desempeñaba un gran papel el fanático deseo del soldado, que prefería un transporte lleno de dolor y aun peligroso a ser abandonado en manos del enemigo. Esto fue causa de que muchas veces el frente adelantara a los transportes y heridos y sanitarios fueran hechos prisioneros. Los soldados de sanidad siguieron cumpliendo con su deber incluso dentro del campo de prisioneros, a menudo en condiciones verdaderamente primitivas.

En el transporte de heridos por ferrocarril sucedía con cierta frecuencia que un viaje de horas se convirtiera en uno de días, debido a que los guerrilleros de la zona, o los bombardeos enemigos, habían dañado las vías. El transporte por avión o aprovechando los vehículos que regresaban de vacío suponían un martirio para los heridos. Debido a las malas condiciones de las rutas de comunicación del Este se aplazaban de modo considerable los cuidados médicos y se alargaban indefinidamente los transportes. Sobre todo en invierno, los heridos tenían que padecer los rigores del frío, pese a que por parte del personal sanitario se hacía todo lo humanamente posible para aliviar las esperas y socorrer sobre el terreno. A medida que se fue prolongando la guerra aumentó el peligro de los guerrilleros que actuaban detrás de la línea del frente: más de una vez hubo que defender con las armas los transportes de heridos, debido a que la enseña de la cruz roja no era respetada en todas partes. A menudo, el número de heridos era muy elevado. Así, por ejemplo, en un solo día del mes de febrero de 1943, se formaron en la estación de ferrocarril imediata a Stalino 17 trenes de sanidad, cada uno con 2000 heridos, es decir, en total 34.000 heridos. Durante el invierno 1942/43 salieron de la estación de Stalino, diariamente y por término medio, unos 6000 heridos.

Junto con las heridas, los efectos del frío eran causa frecuente de internamiento en los hospitales. A los soldados se les congelaban los pies, las manos, las orejas, y no sólo en el rigor del invierno sino también con temperaturas sobre el punto de congelación; en ello, desempeñaba un papel importante la humedad, el hecho de que los soldados tuvieran que permanecer algún tiempo en el agua o se hallaran en contacto con ella.

Falta de higiene

A esto hay que añadir las muchas enfermedades: durante los primeros cuatro años de guerra se pusieron enfermos 2.100.511 soldados en el frente, y 1.291.754 entre los que esperaban el momento de ser llamados a él. Desde anginas a gripe; durante los primeros tres años de la guerra la disentería fue la infección predominante. En el cuarto la sustituyó la malaria. También fueron importantes los casos de sarampión, escarlatina y difteria. Sólo durante el mes de septiembre de 1941 se registraron en el frente del Este 190.000 bajas de soldados por enfermedad. Continuamente había que desinfectar a los soldados debido a que los piojos eran el mejor vehículo de infecciones. También aumentaban las bajas ocasionadas por otras muchas enfermedades. La falta de higiene y las malas condiciones de los campamentos y chabolas contribuían al desarrollo de las enfermedades y ponían en peligro la curación de los enfermos y heridos. Los aeródromos y las bases fijas de aviación poseían sus propios hospitales. La *Luftwaffe* tenía en ellos secciones especiales. El equipo sanitario de Aviación disponía a principios de la

Tras los primeros auxilios de urgencia sobre el propio campo de batalla, el transporte representaba para el herido nuevas molestias y peligros. Sanitarios y enfermeras cuidan de los heridos en un aeródromo ruso.

CUERPO DE SANIDAD

En una época en que herir y causar la muerte parecía un fin patriótico, el cuerpo de sanidad, sanitarios y enfermeras, llevó a cabo un gran servicio humanitario. A ellos dedica esta información el doctor Hubert Fischer, médico jefe de un hospital de campaña.

guerra de tres *Ju 52* con capacidad para 12 camillas y 6 asientos; más tarde pasaron a ser seis los aviones de este tipo. Después con la experiencia de la guerra de África cada unidad sanitaria de Aviación fue dotada de cuatro aparatos tipo *Fieseler-Storch*, con espacio para dos camillas. Entre agosto de 1942 y enero de 1943 fueron transportados en estos aviones 10.000 heridos desde África a los hospitales de Atenas. En total, durante toda la guerra, fueron trasladados por el aire unos 2,5 millones de heridos y enfermos. Las unidades de paracaidistas contaban con equipos de sanitarios y médicos que podían saltar con ellas y estaban en condiciones de practicar las primeras curas sobre el terreno; cosa que hacían los sanitarios en el caso de que los médicos no estuvieran en disposición de saltar. Los cuidados ulteriores se realizaban una vez evacuado el enfermo utilizando los servicios de la propia Aviación.

La Marina de guerra alemana disponía para el cuidado de sus heridos de unas 70 unidades flotantes y 35 transportes. Durante la guerra se montaron en total, en tierra, 84 hospitales para la Marina, y se pusieron a su disposición los medios adecuados de transporte terrestre. Los submarinos, cuando emprendían un largo viaje, llevaban a bordo un suboficial de sanidad y un bote de remos. Gracias a la formación especial de estos suboficiales se pudo suplir la falta de oficiales sanitarios.

Escasea lo más imprescindible

Cuando durante los últimos meses de la contienda el escenario de la guerra se trasladó al territorio alemán, se creó una confusión entre el servicio de sanidad militar y la asistencia médica a la población civil. Los continuos ataques aéreos producían innumerables víctimas. Cada vez resultaba más difícil la asistencia a los soldados heridos y al pueblo: hospitales y clínicas se encontraban completamente llenos y muchos de ellos habían perdido buena parte de sus instalaciones en los bombardeos. Hubo que improvisar quirófanos en hospitales de urgencia montados en el campo o simplemente en bodegas. Un problema grave lo constituían las quemaduras, sobre todo las de fósforo. Resultaba imposible mantener las condiciones normales propias de un hospital, dada la falta de luz, de gas, de agua; las canalizaciones se encontraban dañadas. La destrucción de hospitales multiplicó mes tras mes las necesidades de camas para heridos y enfermos. □

S

Sachsenhausen, localidad del distrito de Potsdam. En su territorio los nacionalsocialistas construyeron un campo de concentración después de clausurar el de Oranienburg en marzo de 1935 y el de Esterwegen en julio de 1936. Hasta su liberación por el Ejército Rojo el 22-IV-1945 fueron internados en este campo alrededor de 150.000 prisioneros. El 15-I-1945, por ejemplo, se encontraban en él 52.924 hombres y 13.173 mujeres. Sólo entre 1943 y 1944 perdieron la vida en Sachsenhausen 4500 internados. A su llegada los rusos encontraron a unos 1000 prisioneros, el resto habían sido evacuados y marchaban sin rumbo fijo por Alemania, custodiados por las SS. Durante esta última marcha murieron también muchos prisioneros.

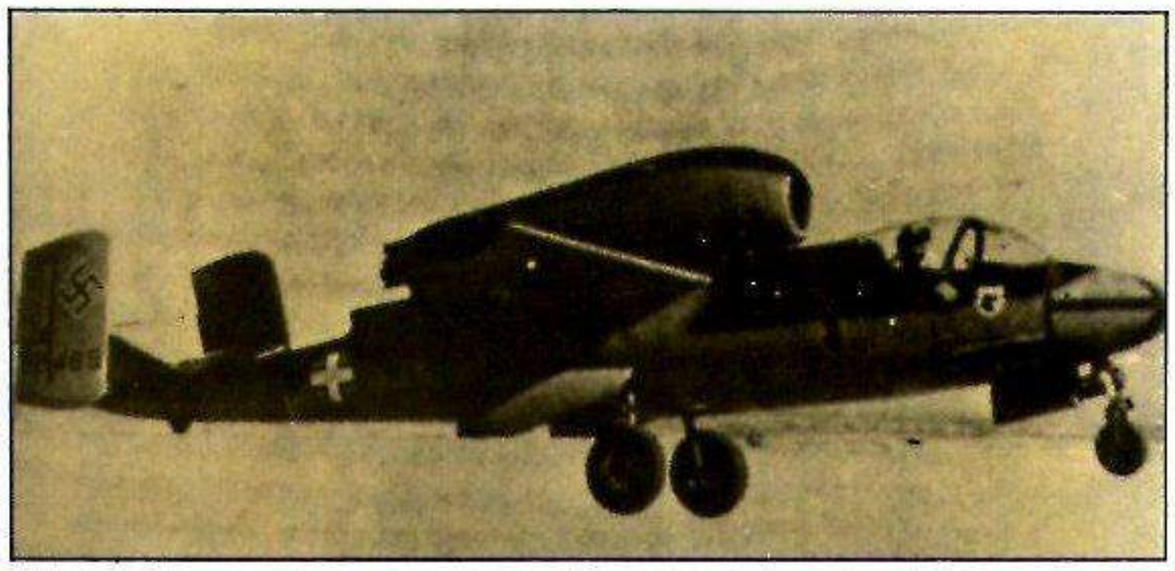
Saipán, isla perteneciente al archipiélago de las Marianas (Micronesia). Desde 17-X-1920 bajo la protección japonesa, desde el 19-VII-1947 en poder de los EE UU. El 14-VI-1944, durante la Operación «Forager» desembarcaron en la isla las tropas norteamericanas del V Cuerpo anfibio bajo el mando del general H. M. Smith, protegidas por 7 acorazados, 4 portaaviones y 11 cruceros. Desembarcaron 67.451 hombres. Los japoneses, bajo el mando del general Saito y del vicealmirante Nagumo, se defendieron hasta el 9-VII-1944. Bajas japonesas: 23.811 muertos y 1780 prisioneros. Bajas americanas: 3426 muertos y 13.099 heridos.

Sajarov, Matvei Vassilievich, mariscal soviético. Nació en San Petersburgo el 4-VIII-1898 y murió en Moscú el 31-I-1972. Ingresó en 1917 en el Ejército Rojo. Tomó parte en la guerra civil. Enero 1942-marzo 1943, jefe del Estado Mayor del Frente de Kalinin bajo las órdenes de Koniev. En 1943 jefe del Estado Mayor del Frente de la estepa. En 1944/1945 destinado al 2.° Frente ucraniano. En 1955 miembro del comité de la región de Leningrado. De 1957 a mediados de abril de 1960, jefe de las tropas soviéticas en la RDA. De 1960 a 1971 –salvo un corto período– jefe del Estado Mayor del Ejército Rojo.

«Salamander» (Salamandra), nombre dado al caza a reacción *Heinkel He 162*, que debía resultar lo suficientemente económico como para ser producido en serie. Se había proyectado fabricar 4000 unidades con objeto de detener la ofensiva aliada. Debido a la falta de carburante no entró en servicio. El *He 162* realizó su vuelo de pruebas 96 días después de dada la orden de fabricación, el 6-XII-1944 en Viena. Hasta el final de la guerra se habían fabricado unos 200 aparatos. Datos de la serie *He 162 A-2:* 1 motor BMW 003 de propulsión a chorro; velocidad: 840 km/h a 6000 m de altitud; autonomía: 650 km; armamento: 2 cañones de 20 mm.

Salmuth, Hans von, general alemán. Nació en Metz el 29-XI-1888 y murió en Heidelberg el 1-I-1962. El 1-IX-1939 jefe del Estado Mayor del Grupo de Ejércitos Norte. El 25-X-1939 del Grupo de Ejércitos B. El 1-VIII-1940 general de Infantería. Del 10-V-1941 a Navidad de 1941 jefe del Ejército 30. El 20-IV-1942, jefe del Ejército 17. El 6-VI-1942 del Ejército 4. Del 15-VII-1942 al 4-II-1943 jefe del Ejército 2. El 1-VIII-1943, del Ejército 15. El 25-VIII-1944 fue destituido por Hitler y no se le volvió a encomendar mando alguno. Por sus órdenes sobre la lucha contra los guerrilleros en los territorios del Este fue condenado, en octubre de 1948, en Nuremberg, a 20 años de cárcel. En julio de 1953 puesto en libertad.

Soldados americanos combatiendo en las islas Salomón.



El «Heinkel He 162», llamado también «Salamander».

Salomón, islas, archipiélago en el Océano Pacífico, de extensión alrededor de 40.400 km². Soberanía australiana. Conquistado por los japoneses a principios de 1942. La reconquista aliada comenzó el 7-VIII-1942 con la operación «Watchtower» contra la isla de Guadalcanal, en la que se libró durante muchos meses una larga batalla con grandes pérdidas.

Sauckel, Fritz, político nacionalsocialista. Nació el 27-X-1894 en Hassfurt y murió el 16-X-1946 (ajusticiado) en Nuremberg. Desde 1923 miembro del partido. En 1927 fue nombrado *Gauleiter* de Turingia. En 1932 primer ministro y ministro del Interior de Turingia. El 5-V-33 gobernador de Turingia. El 12-XI-1933 miembro del parlamento del Reich. El 1-IX-1939 comisario para la defensa en el IX distrito militar: Kassel. El 21-III-1942, comisario general, con plenos poderes, del Servicio del Trabajo. Como tal, responsable de la deportación de mano de obra extranjera para trabajar en las fábricas alemanas. Por este motivo fue juzgado, condenado y ejecutado en Nuremberg.

Scapa Flow, base de la Marina británica durante las dos Guerras Mundiales, establecida en una bahía de las islas Orcadas. Sirvió de punto de internamiento para una gran parte de la flota alemana de altura entre los años 1918/19, que terminaron barrenándose el 21-VI-1919. Famosa en la II Guerra Mundial debido a la hazaña del capitán Günther Prien, quien al mando del submarino *U 47* se deslizó en Scapa Flow el 14-X-1939 y echó a pique al acorazado británico *Royal Oak.* En agosto y septiembre la Aviación alemana lanzó minas en las aguas de Scapa Flow.

Scharnhorst, crucero de batalla alemán. Entró en servicio el 7-I-1939. Desplazamiento: 31.850 toneladas; velocidad: 31,5 nudos; eslora: 234,9 metros; manga: 30 m; tripulación: hasta 1840 hombres. Armamento: 9 cañones de 280 mm; 2 de 150 mm; 14 antiaéreos de 105 mm; 6 tubos lanzatorpedos. En junio de 1940, conjuntamente con el *Gneisenau* echó a pique en aguas del mar del Norte al portaaviones británico *Glorious.* Después de efectuar algunas reparaciones y siempre en unión del *Gneisenau* actuó entre el 22-I - 23-III-1941 en la guerra del Atlántico contra los mercantes, hundiendo 22 buques aliados con un total de 115.000 toneladas. Alcanzado por las bombas aliadas hubo de ser reparado en Brest y Kiel y más tarde, en marzo de 1943, pasó al mar del Norte. Fue hundido el 26-XII-1943 a la altura del cabo Norte. Perecieron 1803 hombres.

Schleswig-Holstein, buque de línea alemán. Entró en servicio el 6-VII-1908. Desplazamiento: 13.191 toneladas; velocidad: 18 nudos; eslora 127,6 metros; manga: 22,2 metros; tripulación: 743 hombres; armamento: 4 cañones de 280 mm; 14 de 170 mm y 20 de 88 mm; 6 tubos lanzatorpedos. El *Schleswig-Holstein* hizo historia el 1-IX-1939 al disparar las primeras salvas de la guerra contra el Westerplatte, cerca de Danzig. El 18-XII-1944 fue incendiado en el transcurso del bombardeo de Gotenhafen (Gdingen).

Su último combate. Incendiado por los proyectiles enemigos, el «Scharnhorst» se hunde en el helado mar del Norte, arrastrando a la muerte a 1800 hombres.

Schlüsselburg, ciudad situada al este de Leningrado, junto a la salida del Neva del lago Ladoga. En 1941 tenía unos 20.000 habitantes. Conquistada el 8-IX-1941 por la División 20 de Infantería motorizada alemana. De esta manera Leningrado quedó incomunicada por tierra. La comunicación volvieron a establecerla los soviéticos el 18-I-1943 al reconquistar la

Otto Schniewind (centro) con el gran almirante Raeder (izq.) y el almirante Boehm.

ciudad durante el avance del Ejército de rotura 2, del Frente de Voljov.

Schmidt, Rudolf, general alemán. Nació el 12-V-1886 en Berlín y murió en Krefeld el 7-IV-1957. El 1-IX-1940 jefe de la 1.ª *Panzerdivision*. El 1-II-1940 jefe del XXXIX *Panzerkorps*. El 1-VI-1940 jefe del Ejército 2. El 25-XII-1941 jefe de la 2.ª *Panzerarmee*. En abril de 1943 se le retiró el mando y fue procesado por sus críticas contra la jefatura militar responsable de la estrategia general de la guerra. Fue declarado inocente y pasó a la reserva el 30-IX-1943. Durante un viaje por Weimar fue detenido por los soviéticos en 1947 y puesto en libertad en 1956.

«Schneesturm» («Tormenta de nieve»), nombre dado a las operaciones de limpieza contra los guerrilleros de Tito realizadas por el Cuerpo de Ejército V de montaña de las SS en Bosnia oriental (18-31-XII-1943) como continuación de la operación «Kugelblitz». Los yugoslavos perdieron 20.000 hombres.

Schniewind, Otto, almirante alemán. Nació en Saarlouis el 14-XII-1887 y murió en Linz/Rhin el 26-III-1964. Ingresó en la Marina en 1907. El 1-X-1937, contraalmirante. Octubre 1938-junio 1941, jefe de Estado Mayor en el centro de operaciones navales. El 1-I-1940, vicealmirante. El 1-IX-1940, almirante. Junio 1941-julio 1944 jefe de la Flota; al mismo tiempo, entre marzo de 1943 y julio de 1944, jefe de los comandos navales del Norte. En agosto de 1944 pasó a la reserva. Declarado inocente, el 30-X-1948, en el juicio de Nuremberg contra criminales de guerra.

Schnorchel, conducción de aire de los submarinos alemanes que, por primera vez, a partir de 1943, pudieron navegar sumergidos con motores Diesel en lugar de emplear energía eléctrica. Por este motivo debían emerger más a menudo para cargar los acumuladores, con grave riesgo de ser descubiertos por el radar enemigo. El *schnorchel* estaba formado por una especie de tubo plegable que contenía los conductos adecuados para la entrada de aire y el desalojo de gases. La velocidad máxima de 4 a 6 nudos, navegando inmediatamente por debajo de la superficie del agua, resultaba mínima a la hora de un ataque; sin embargo, la utilización de submarinos con *schnorchel* en 1944 hizo que aumentara la cifra de unidades enemigas hundidas.

Schobert, Eugen, general alemán. Nació en Wurzburgo el 13-III-1883 y murió en el frente del Este el 12-IX-1941. El 1-II-1938 general de Infantería. El 1-IX-1939 jefe del Cuerpo de Ejército VII. Desde el 25-X-1940 hasta su muerte, jefe del Ejército 11.

Scholl, Hermanos, Hans (nació en Ingersheim el 22-IX-1918) e Inge (nació en Forchtenberg el 9-V-1921). Miembros de la resistencia alemana. Formaban parte del círculo estudiantil «Rosa blanca». Fueron detenidos mientras distribuían propaganda antinazi y, posteriormente, condenados a muerte, siendo ejecutados en Munich –Stadelheim– el 22-II-1943.

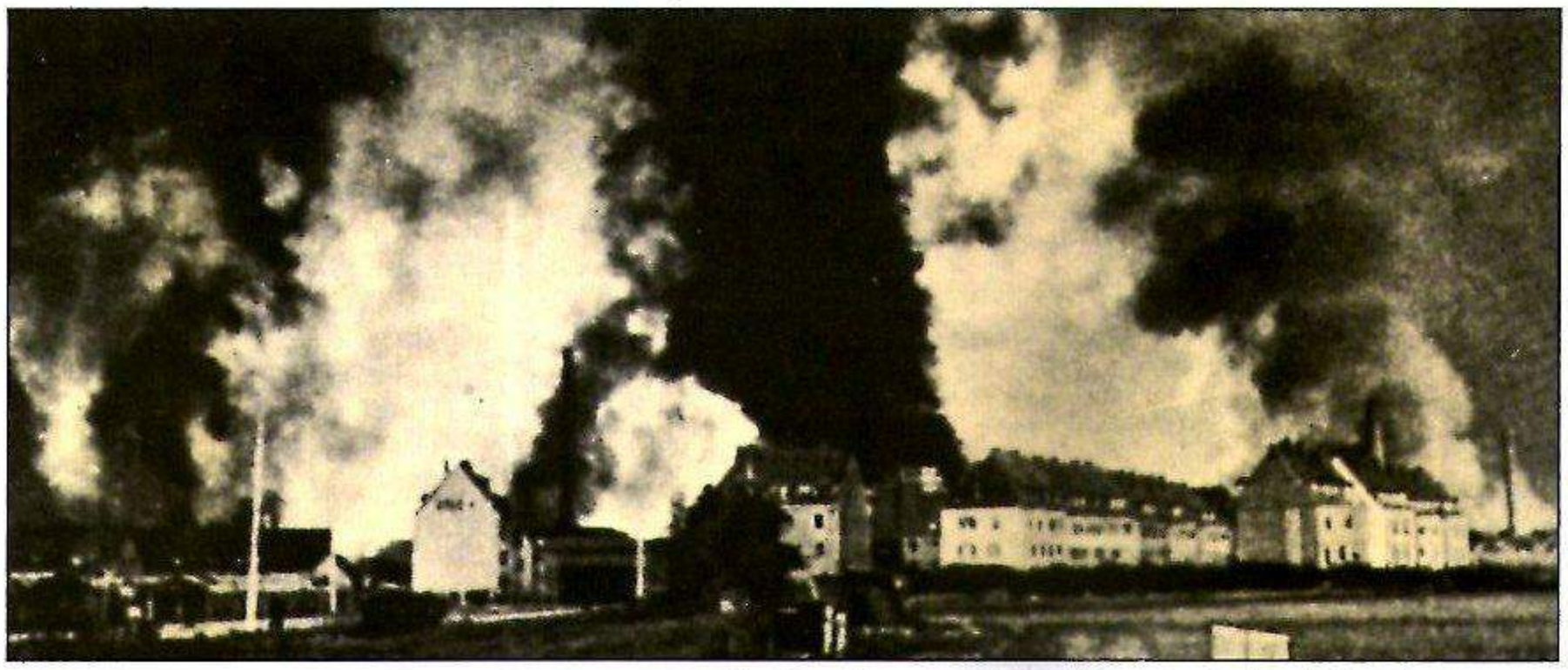
Schörner, Ferdinand, mariscal alemán. Nació en Munich el 12-VI-1892 y murió en la misma ciudad el 2-VII-1973. El 15-I-1942 jefe del Cuerpo de Ejército XIX de montaña. El 1-VI-1942 jefe de las tropas de montaña. Del 1-X-1943 al 1-II-1944 jefe del XL *Panzerkorps*. Del 1-II-1-III-1944 jefe del Estado Mayor nacionalsocialista dentro del Mando Supremo del Ejército. El 2-III-1944 jefe del Ejército 17. El 31-III-1944 jefe del Grupo de Ejércitos Sur. El 20-VII-1944 jefe del Grupo de Ejércitos Norte. El 1-I-1945 Cruz de Caballero con brillantes y hojas de roble. El 18-I-1945 jefe del Grupo de Ejércitos Centro. El 30-IV-1945 comandante supremo del Ejército de Tierra. Schörner estaba considerado como un jefe duro y un nazi fanático. En la primavera de 1945 todavía intentó estabilizar el frente del Este recurriendo a medidas rigurosas –ejecuciones sobre el campo–. Finalmente, se rindió, dos días después de la capitulación, con los restos del Grupo de Ejércitos Centro, el 11-V-1945 en Bohemia. En 1955 fue puesto en libertad por los soviéticos y regresó a Munich, donde fue sentenciado en octubre de 1957 a 4 años y 6 meses de cárcel por asesinato. Por motivos de salud cumplió sólo 2 años de prisión.

Schuhart, Otto, oficial de la Marina alemana. Nació en Hamburgo el 1-IV-1909. Ingresó en la Marina en 1929. Entre abril de 1939 y enero de 1941 fue comandante del submarino *U 29*. El 17-IX-1939 hundió en el Atlántico al portaaviones británico *Courageous*. De enero a septiembre de 1944 fue jefe de la Flotilla de submarinos 21, pasando luego a mandar un batallón de Infantería de Marina. Perteneció a la Marina federal alemana entre 1956 y 1965.

Schwalbe, véase Golondrina.

Schweinfurt, gran ciudad industrial a orillas del Meno. En 1940 contaba con 40.000 habitantes. Como centro productor de munición, Schweinfurt sufrió repetidos ataques aéreos, entre otros en agosto y octubre de 1943 y febrero, marzo, abril y julio de 1944. Los Aliados, sin embargo, no lograron destruir la industria. Schweinfurt se convirtió además en una pesadilla para la Aviación norteamericana, que llegó a perder hasta el 20 % de los aviones con que atacaba. En total quedaron des-

Ferdinand Schörner



El 14-X-1943 Schweinfurt resultó incendiada por las bombas enemigas. Sesenta de los 290 aviones atacantes fueron derribados por los cazas alemanes.

truidas en Schweinfurt 4300 viviendas, es decir un 33 % de las existentes.

Schwerin von Krosigk, Lutz, político alemán. Nació en Rathannsdorf el 22-VIII-1887. De 1932 a 1945 ministro de Hacienda del Reich en los Gobiernos de von Papen, von Schleicher y durante todo el III Reich. Tuvo considerable influencia en lo que se refiere a la financiación del Servicio del Trabajo y del armamento. Después de la muerte de Hitler, entre el 2-V y 23-V-1945, ministro de Asuntos Exteriores del Gobierno Dönitz. En el llamado proceso de la «Wilhelmstrasse»– fue condenado por el tribunal americano de Nuremberg a 10 años de cárcel. En 1951 fue puesto en libertad.

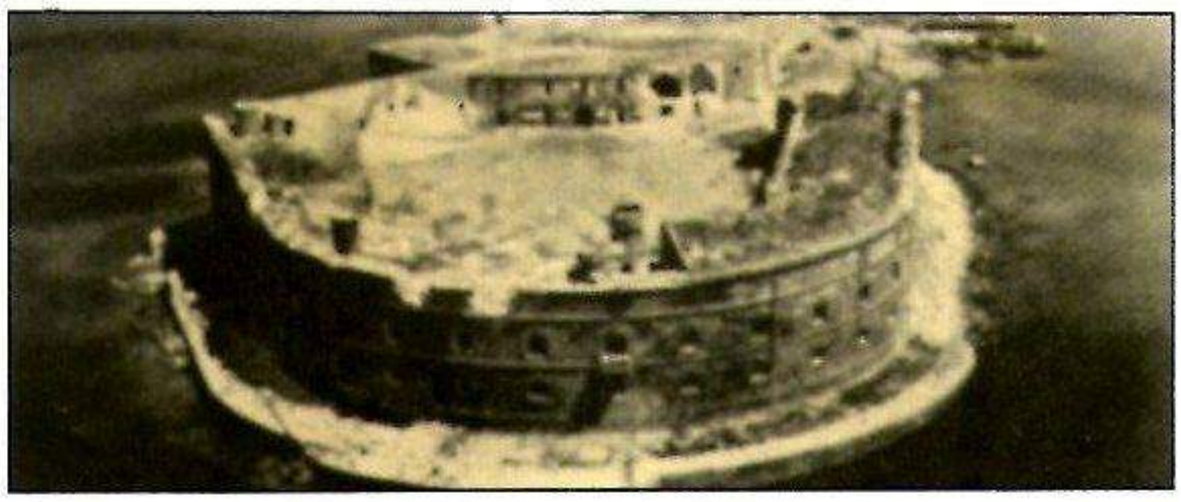
SdKfz, abreviatura para designar los vehículos especiales de la *Wehrmacht*. Entre los vehículos que integraban el parque militar figuraban no sólo los dotados con cadena como los carros de combate y otros blindados, sino autos de los tipos más variados: los SdKfz de 8 toneladas, los vehículos blindados ligeros y tipo medio de la serie SdKfz 250/251, los blindados de reconocimiento serie SdKfz 222/232 y el Volkswagen anfibio (VW) SdKfz 1/20, del que se produjeron 14.000 unidades.

Sebastópol, ciudad soviética al oeste de Crimea. En 1939 contaba con unos 110.000 habitantes. Base principal de la flota soviética en el mar Negro. Los alemanes ocuparon Crimea –salvo Sebastópol– el 16-XI-1941. Sebastópol se mantuvo abastecida por mar hasta el 1-VII-1942, en que cayó en manos de las fuerzas del mariscal von Manstein, como consecuencia de la Operación «Störfang», iniciada el 7-VI-1942. El 9-V-1944 tropas soviéticas de los Ejércitos 51 y 2 Guardias así como del Cuerpo de Ejército XIX acorazado obligaron a desalojar Sebastópol al Ejército 17 alemán, causándole graves pérdidas. Hitler se había negado a que la ciudad fuera abandonada a su debido tiempo.

«Seelöwe», v. «León Marino».

«Seetakt», nombre que la Marina daba a los aparatos de radar. Proporcionaba a las baterías de artillería datos sobre el objetivo; debido a la forma de sus antenas se le dio también el nombre de «colchoneta». El desarrollo del radar comenzó en 1934, con un radio de acción de 15 a 25 metros, reflejados en una pantalla de 2,40 m, más tarde de 1,40 m.

«Sextant», nombre dado a la 1.ª Conferencia de El Cairo, celebrada entre el 22 y el 26 de noviembre de 1943 entre Churchill, Roosevelt y Chiang-Kai-Shek. Se consideró la batalla de Birmania contra los japoneses con la participación de China. Planes para después de la guerra: cesión de Formosa a China y creación de una Corea libre.

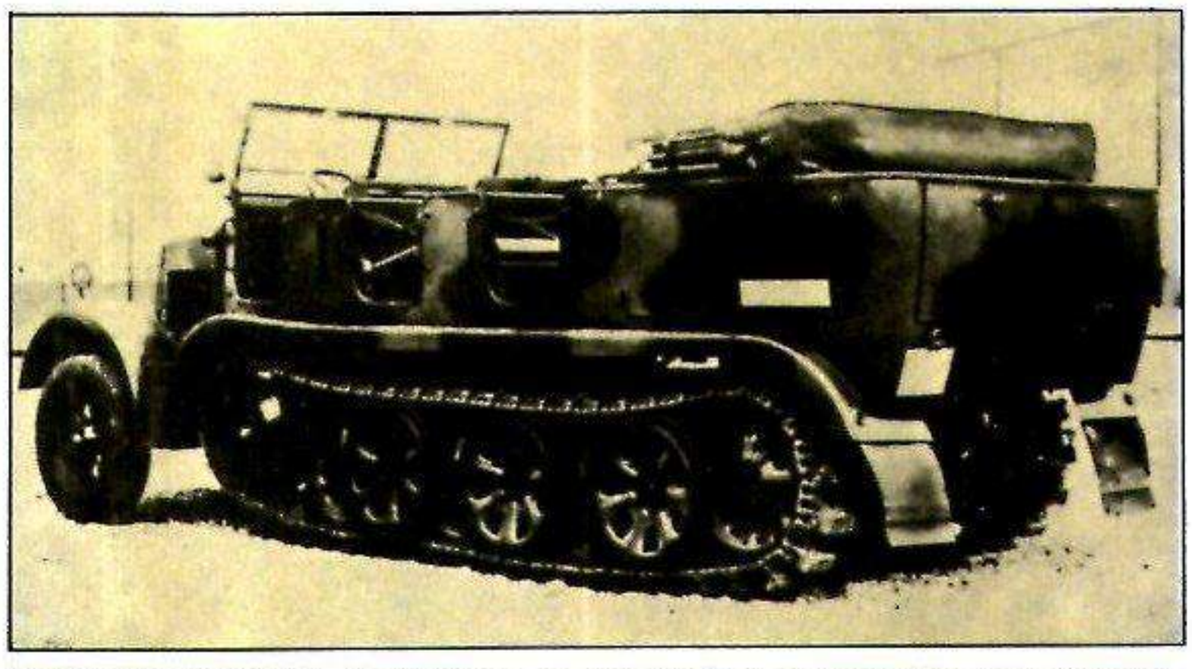


La plaza fuerte de Sebastópol sometida al fuego de la artillería.

Seydlitz-Kurzbach, Walther von, general de Artillería alemán. Nació en Hamburgo el 22-VIII-1888. Del 10-III-1940 al 1-I-1942 jefe de la División de Infantería 12. Del 3-III al 3-V-1942 jefe de la unidad especial destinada a romper el cerco de Demiansk. El 8-V-1942 jefe del Cuerpo de Ejército LI. Cayó prisionero el 31-I-1943 durante la batalla de Stalingrado. Ya en noviembre de 1943 había exigido la retirada de Stalingrado contra la opinión del *Führer*. En septiembre de 1943, presidente de la federación de oficiales alemanes (Comité Nacional Alemania Libre). Condenado a muerte en Alemania –en ausencia– en agosto de 1944. Después de la guerra el general se negó a ocupar un puesto en la zona alemana de ocupación soviética. Fue detenido en 1950 y condenado a muerte. Más tarde se le conmutó la pena por 25 años de prisión.

Seyss-Inquart, Arthur, político austríaco. Nació en Stannern el 22-VII-1892 y murió ejecutado en Nuremberg el 16-X-1946. Conocido como político amigo de los nacionalsocialistas, propició en 1937, siendo miembro del gabinete Schuschnigg, la anexión de Austria al Reich; al consumarse ésta Seyss-Inquart fue nombrado canciller austriaco el 13-III-1938. Después, hasta el 30-IV-1939 representante del Reich en Viena. Del 1-V-1939 al 30-IV-1945, ministro sin cartera del Reich; al mismo tiempo, entre el 18-V-1940 y el 30-IV-1945 comisario del Reich para la Holanda ocupada. Durante este tiempo se llevaron a cabo en este territorio numerosas deportaciones de judíos hacia los campos de concentración y exterminio. Nombrado por Hitler en su testamento ministro de Asuntos Exteriores del Reich. Condenado a muerte por el Tribunal internacional de Nuremberg el 1-X-1946.

Sherman, carro de combate norteamericano fabricado en siete versiones (M4). Peso: 28,8-36,6 toneladas; motor: 353-450 CV; velocidad: 39-45 km/h; autonomía: 161-230 km; dotación: cinco hombres; armamento; cañones de 75 a 100 mm. El prototipo fue dado a conocer en septiembre de 1941. En julio de 1942 comenzó la producción en serie. Lo empezaron a utilizar todas las tropas aliadas, incluidas las rusas, en octubre de 1942. Se produjeron 49.234 carros de este tipo, del total de 88.000 blindados que salieron de las fábricas norteamericanas. En 1942 era superior en armamento y coraza a todos los carros del enemigo. Puesto que los perfeccionamientos que se fueron consiguiendo no afectaron a la serie, el *Sherman* terminó siendo inferior al *Tiger* y al *Panther* y hasta al soviético *T 34/85*.



SdKfz 7: Vehículo de cadena (8 toneladas) construido por Krauss-Maffei en 1937.

El final de la Marina de guerra

Cuando declinaba el año 1942 los efectivos pesados de las fuerzas navales alemanas de superficie –o, mejor dicho, sus restos– se encontraban en una aguda crisis. A la vista del fracaso de un ataque de dos cruceros y seis destructores contra el convoy británico JW 51 B en el Ártico, el *Führer* ordenó el desguace de las grandes unidades aún disponibles y el paso de las tripulaciones y la artillería pesada de los buques a cumplir un servicio en tierra: el de reforzar la «Muralla del Atlántico». Su resistencia ante orden tan absurda le acarreó al comandante supremo de la Marina de guerra, almirante Raeder, el cese en el servicio activo. Fue nombrado para sucederle, el 1 de febrero de 1943, Karl Dönitz, jefe de los submarinos, ascendido ahora a gran almirante y creador de la táctica de ataque en «manada» contra los convoyes británicos. Al principio, Dönitz aceptó como suya la tesis de la conversión en chatarra de los grandes buques, pero, mejor informado por el mando naval *(Admiralstab)*, terminó por sugerir a Hitler que sería un grave error renunciar a las pocas unidades pesadas que quedaban en el mar.

Con todo, 1943 fue un año negro para la Marina de guerra alemana. En mayo Dönitz interrumpió la batalla del Atlántico. La táctica de «manada» dejaba de ser aplicable como consecuencia de la implantación de nuevos métodos estratégicos y la gran potenciación de las escoltas navales americanas y británicas, que ahora empleaban en la protección de los convoyes portaaviones, grupos de escolta y grupos cazasubmarinos. Había que preparar nuevos tipos de sumergibles capaces no sólo de combatir debajo del agua con el máximo sigilo, sino también aptos para navegar y luchar en superficie. La nueva carrera de la producción naval comenzó contra reloj, bajo el constante bombardeo de las nutridas escuadrillas aéreas aliadas, que machacaban sistemáticamente los centros industriales alemanes. Por el momento Dönitz prosiguió la guerra submarina de la forma tradicional, mediante el ataque individualizado, con el fin de mantener en tensión al grueso de las unidades navales y aéreas enemigas comprometidas en la lucha contra los submarinos alemanes.

Las pequeñas unidades de la Marina alemana, como estos dragaminas, navegaron hasta el final.

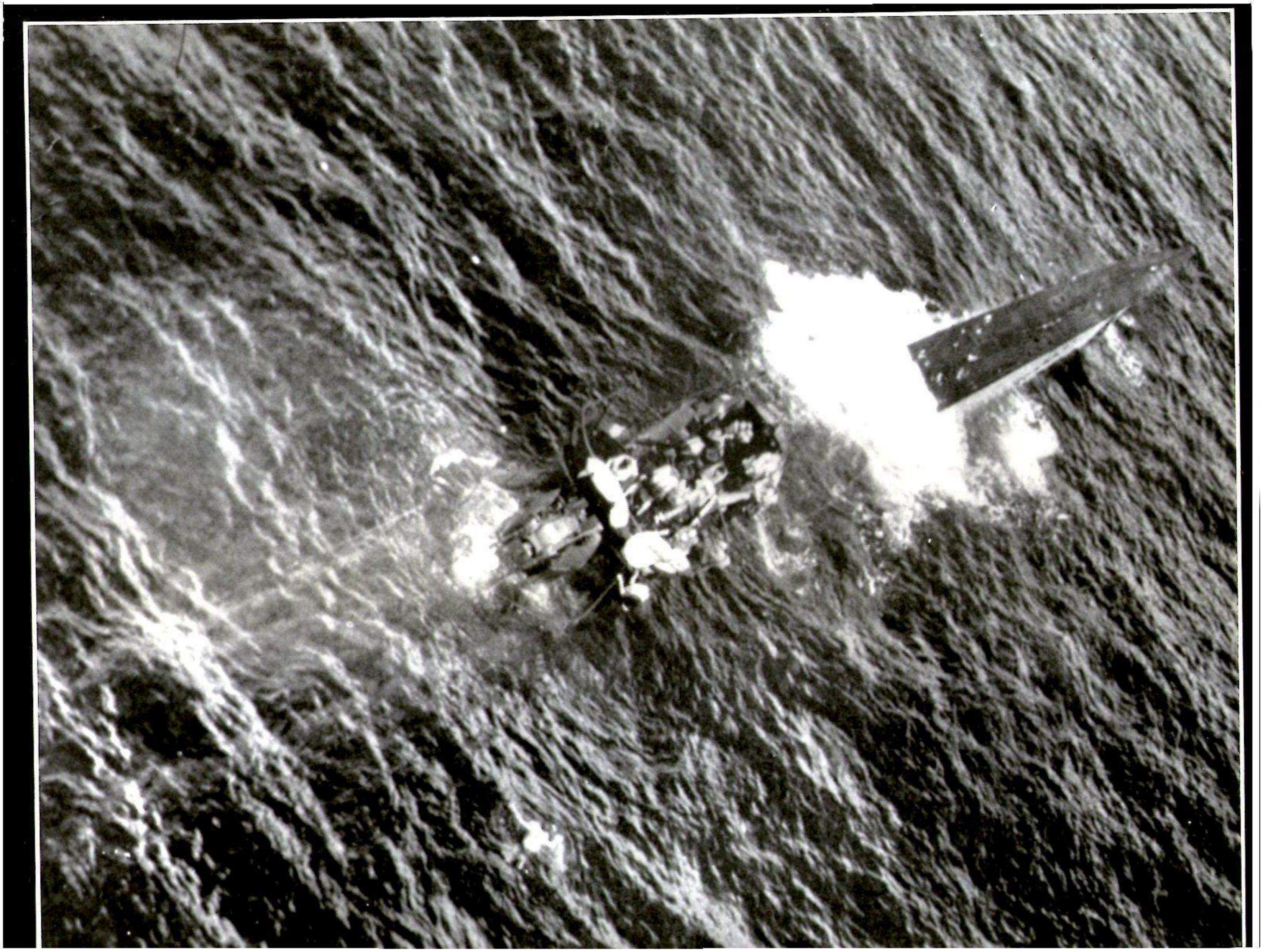
En 1944, tras el comienzo de la invasión aliada en las costas francesas, las bases de submarinos alemanas quedaron fuera de servicio a todo lo largo de la costa francesa del Canal. El ataque aliado contra las unidades ligeras alemanas situadas en esta zona y el abandono de la guerra por parte de Finlandia trajeron consigo el que en septiembre del mismo año los alemanes tuviesen que renunciar al bloqueo de la flota soviética en el puerto báltico de Kronstadt. Pero el Báltico era la zona de maniobras habitual de los submarinos alemanes, de los que ahora se ensayaban los modelos XXI y XXIII, destinados a una modernización de las fuerzas submarinas, a las que se pretendía dotar de mayor capacidad de maniobra en alta mar. En noviembre de 1944 era destruido en Transö por las bombas británicas el último acorazado alemán: el *Tirpitz*.

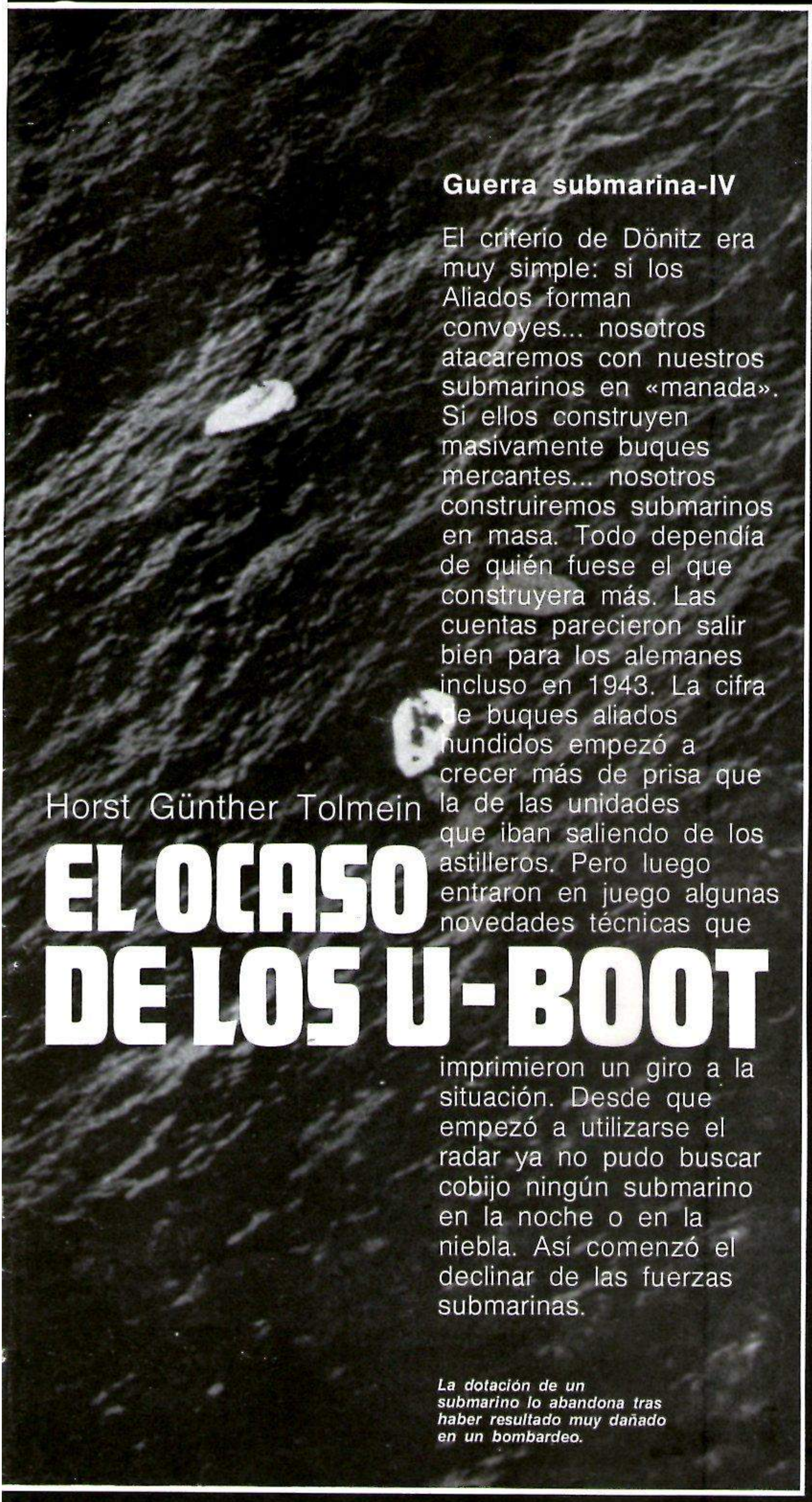
La prueba definitiva, la más trágica, para la Marina de guerra alemana se produjo a raíz de la gran ofensiva soviética, el 12 de enero de 1945, y de la huida masiva de la población civil alemana establecida hasta entonces en los territorios orientales, amenazados y arrollados por el Ejército Rojo. El gran almirante Dönitz ordenó, bajo su propia responsabilidad, que se emplease la mayor parte de los buques disponibles aún, ligeros o pesados, en apoyar desde el mar con su artillería a las tropas que todavía luchaban en tierra y, sobre todo, que cooperasen en las tareas de evacuación de la población civil, tropas, heridos y enfermos. Para él, el primer mandamiento en aquellas circunstancias era el de salvar vidas humanas; ante eso cualquier orden de lucha debía quedar pospuesta. En esta función cooperaron los cruceros pesados *Admiral Scheer, Admiral Hipper, Lützow* (antes acorazado *Deutschland*), así como cinco destructores, quince torpederos y cerca de 330 pequeñas unidades, lanchas rápidas, minadores, dragaminas, lanchas de reconocimiento, guardacostas, transbordadores, gabarras. En total fueron trasladados unos dos millones de personas desde las regiones orientales.

Una serie de duros ataques aéreos británicos contra Kiel y Swinemünde determinó en abril de 1945 el final de las últimas unidades navales alemanas aún con capacidad de lucha, todas ellas cruceros pesados o ligeros. Resultaron hundidos o gravemente dañados el *Scheer, Hipper, Lützow, Emden* y *Köln*. El día de la capitulación todavía quedaban en condiciones de navegar un crucero pesado y otro ligero: el *Prinz Eugen* y el *Nürnberg*.

El 4 de mayo de 1945 el gran almirante Dönitz, nombrado sucesor de Hitler el 30 de abril, ordenó detener la guerra submarina, al tiempo que acordaba con los ingleses una capitulación parcial en la zona del noroeste. En total, 400 submarinos fueron entregados a los Aliados, destruidos en los astilleros, o hundidos por las propias tripulaciones. No fue una gran batalla naval lo que decidió el destino de la Marina de guerra alemana, sino la aplastante mayoría de las fuerzas aéreas aliadas. □

Walter Görlitz





Guerra submarina-IV

El criterio de Dönitz era muy simple: si los Aliados forman convoyes... nosotros atacaremos con nuestros submarinos en «manada». Si ellos construyen masivamente buques mercantes... nosotros construiremos submarinos en masa. Todo dependía de quién fuese el que construyera más. Las cuentas parecieron salir bien para los alemanes incluso en 1943. La cifra de buques aliados hundidos empezó a crecer más de prisa que la de las unidades que iban saliendo de los astilleros. Pero luego entraron en juego algunas novedades técnicas que imprimieron un giro a la situación. Desde que empezó a utilizarse el radar ya no pudo buscar cobijo ningún submarino en la noche o en la niebla. Así comenzó el declinar de las fuerzas submarinas.

La dotación de un submarino lo abandona tras haber resultado muy dañado en un bombardeo.

Horst Günther Tolmein

EL OCASO DE LOS U-BOOT

La «edad dorada de los submarinos» habia pasado. Ráfagas tormentosas cruzaban raudas sobre el Atlántico en el año 1943. Los submarinos se abrian paso a duras penas por aquel mar encrespado; las olas rebasaban incluso las torres de los buques, anegando a los marineros del puente, que se habian amarrado antes para evitar ser lanzados al mar y perecer ahogados. Cuando apenas se habia retirado el agua espumosa, volvia otra ola que sacudia implacablemente a los hombres hasta producirles sensación de asfixia. Algunas tripulaciones perecieron ahogadas, efectivamente, en esos meses de huracanes. En un caso la embestida del mar rompió los cinturones con que se hallaban atados los hombres del puente y el agua embravecida arrastró consigo a un marinero que estaba en la torre, lo lanzó al mar y las olas se lo tragaron.

Karl Dönitz fue ascendido el 30 de enero de 1943 al grado de gran almirante, equivalente al rango de mariscal en el Ejército de Tierra, y se le nombró comandante en jefe de la Marina de guerra, conservando al tiempo las funciones de jefe de las fuerzas submarinas (BdU). En aquellas circunstancias ordenó por radio que los navíos buscasen cobijo en las aguas del sur. Una formación de diez submarinos decidió por entonces atacar al convoy petrolero TM 1, que navegaba desde Trinidad en dirección a las costas del Norte de África. De los grandes buques tanque solamente dos alcanzarian su destino; el resto quedó en el mar, ardiendo como enormes antorchas durante varias horas, iluminando el cielo nocturno, hasta que sus tripulaciones, alcanzadas por el fuego, se lanzaron al mar y perecieron en las profundidades. Se trataba de decidir la victoria o la derrota en el Atlántico. Jamás habia tenido hasta entonces la Marina de guerra tantos submarinos en el frente naval contra el enemigo: 212 en total, dirigidos por Karl Dönitz, de los cuales 24 operaban en el Mediterráneo y 21 en el Ártico. El resto procedia a la caza de convoyes enemigos en el Atlántico, que se habia convertido en la única via de aprovisionamiento.

Pero esos 212 submarinos no eran suficientes para atacar a todos los convoyes que venian de América, y muchas de estas expediciones lograron cubrir su ruta sin ser molestadas. Hasta entonces los convoyes se habian ofrecido prácticamente inermes a los ataques de los «lobos pardos»: las escoltas apenas tenian más defensas que el aparato de detección submarina «Asdic» y las consabidas cargas de profundidad. El «Asdic» carecia de efectividad cuando los submarinos atacantes se adentraban por la noche entre las

unidades del convoy, navegando en circunvoluciones, y atacaban a placer a los mercantes.

Sin embargo, a partir de la primavera de 1942 los comandantes de los submarinos alemanes empezaron a comunicar con mayor frecuencia ataques aéreos por sorpresa que se producían con enorme rapidez durante la noche, cuando los sumergibles se hallaban en la superficie. El ataque solía producirse de esta manera: de repente, un bombardero lanzaba desde una altura de 50 metros el rayo luminoso de un reflector sobre los buques alemanes y al punto empezaban a caer bombas. El golfo de Vizcaya fue escenario de una misteriosa hecatombe de submarinos: los ingleses habían montado ya en sus unidades un sistema de radar ASV muy perfecto como poderoso medio auxiliar de los vuelos de reconocimiento. Gracias a él tenían localizado cualquier buque que navegase en superficie incluso durante la noche o en plena niebla.

Los alemanes reaccionaron inmediatamente y montaron en las torres de los sumergibles una antena conocida como la «Cruz de Vizcaya», junto con el sistema receptor «Metox». El aparato tenía encomendado alertar a la tripulación tan pronto captaba una frecuencia de radar. El intervalo entre la captación de la señal y la llegada del atacante era más que suficiente para tomar las precauciones debidas y ponerse a salvo.

«Boldes», «Afroditas» y antiaéreos

Los ingleses sustituyeron el sistema ASV por el «Rotterdam», que emitía en una longitud de onda de 9 cm y que no podía ser interceptado por el «Metox». Esta circunstancia trajo consigo nuevas pérdidas de submarinos alemanes, pero, una vez más, estos reaccionaron y dispusieron un nuevo aparato de alarma, el FvBM (aparato de observación de frecuencia por radio).

La fuerza submarina alemana ideó entonces una nueva táctica: se había observado que la única salvación estribaba en mantener el submarino bajo las aguas, porque los aviones y los buques enemigos lo detectaban en el momento de emerger mediante sus aparatos Asdic y procedían en seguida a atacarlo con cargas de profundidad.

Las tripulaciones de los submarinos buscaron entonces el modo de despistar al enemigo remolcando un globo sostenido por una larga amarra. Ese globo, llamado «Afrodita», reflejaba las ondas del radar enemigo desviándolas según el principio de la reflexión de los rayos. Bajo el agua, los submarinos lanzaban «Boldes», pequeños objetos flotantes que eran detectados por los aparatos Asdic del enemigo como si se tratase de verdaderos sumergibles. En cuanto a los aviones cazasubmarinos, los sumergibles trataban de quitárselos de en medio con los cañones antiaéreos. Con todo, algunos submarinos eran acribillados por los pilotos con armas ligeras instaladas a bordo, casi siempre armas de cuatro tubos. En lugar de sumergirse, los submarinos saludaban a los aviones con una granizada de proyectiles y, en los comienzos,

«Tras una expedición victoriosa contra el enemigo, los dos posan, el uno al lado del otro, en la torre del buque: un comandante y su piloto.» Este pie acompañaba la foto que reproducimos, publicada en la revista de propaganda «Signal». La fuerza submarina fue la que más bajas sufrió en la guerra.

incluso lograban éxitos notables en estas operaciones.
Sin embargo, casi siempre los aviones viraban en seguida apenas observaban la presencia del buque enemigo, sobre todo en aquellos casos en los que éste no daba muestras de tratar de sumergirse. Luego, los aviones atacantes pedían refuerzos por radio y volvían a la carga en mayor número. Posteriormente los submarinos preferirían navegar en grupos, haciendo así más poderosa su capacidad de abrir fuego contra los aviones. No obstante, las pérdidas sufridas terminaron siendo considerables.
En la primavera de 1943 los submarinos padecieron también graves pérdidas que entonces resultaron inexplicables. La serie mortal comenzó con el *U 187*, cuyos vigías detectaron la aproximación del gran convoy SC 118. El comandante, teniente Ralph Münnig, hizo emitir una comunicación por radio que no duró más de veinte segundos. Poco después los destructores británicos *Vimy* y *Beverley* atacaron a toda máquina al submarino, lo obligaron a sumergirse y terminaron por hundirlo lanzando sobre él varias cargas de profundidad.
Convocados por la llamada radiada aparecieron en el lugar otros cuatro submarinos que comunicaron sus posiciones y también fueron objeto de un duro ataque de los potentes efectivos enemigos.
Así comenzó una batalla que duraría cuatro días, una de las más duras y más amargas de la guerra. La confrontación terminó el 7 de febrero de 1943 con graves pérdidas por ambas partes: el convoy perdió 13 unidades de las 61 con que contaba al principio; de los 20 submarinos empleados por los alemanes solamente dos lograron superar el combate, rompiendo el cerco que formaron los buques de la escolta enemiga. El resto fue cayendo, alcanzado por los impactos de los proyectiles enemigos. Tres submarinos quedaron completamente destruidos y otros cuatro resultaron muy dañados por las cargas de profundidad.
El Mando de los submarinos concluyó, al final del combate, que el enemigo disponía de un nuevo método para detectar posiciones. Había que descubrirlo a toda costa.
El secreto se llamaba H/F D/F (High Frequency Direction Finder (aparato radiogoniométrico de onda corta) o, como se decía en la jerga de la Marina inglesa, el «Huff-Duff». El Huff-Duff era capaz de reflejar sobre la superficie de una pantalla la procedencia, dirección y distancia de una comunicación radiada. Tan pronto un submarino emitía un mensaje por radio era localizado inmediatamente y se le podía atacar poco después. Pasó mucho tiempo antes de que el mando naval desvelase el misterio del Huff-Duff. El grupo investigador de medios de comunicación de la Marina elaboró –sorprendentemente, sin carácter de prioridad– el procedimiento «Kurier» («correo»): mediante el mismo podría transmitirse una información en fracciones de segundo, con lo cual no podría ser interpretada. El sistema entraría en servicio cuando la guerra se aproximaba a su final.
Los submarinos se traicionaban a sí mismos al señalar sus posiciones pero, por otra parte, debían comunicar con los demás buques de su formación tan pronto divisaban un convoy. Las pérdidas aumentaron vertiginosamente. Habría sido de gran ayuda un reconocimiento del mar llevado a cabo por la *Luftwaffe*, pero esta fuerza se hallaba batida, diezmada y carente de medios en muchos frentes. Por el contrario, en Estados Unidos las fábricas lanzaban sin cesar nuevos aparatos, los astilleros botaban destructores, fragatas y corbetas en gran número y producían verdaderas flotas de cargueros.
A mediados de junio de 1943 el gran almirante Dönitz se preguntaba si no debería terminar la guerra de submarinos. Más adelante escribiría: «La cuestión era si debíamos tolerar que la flota de bombarderos, que hasta entonces se había concentrado en atacar a nuestros submarinos, tuviera el camino expedito hacia Alemania para arrojar sus bombas y causar además bajas incalculables entre la población civil. ¿Cómo podría explicar todo esto el hombre que luchaba en submarinos a las mujeres y a los niños alemanes?»

Cesa la guerra de submarinos

El 24 de mayo el gran almirante Dönitz ordenó un repliegue parcial: tenían que regresar todas las unidades que operasen al oeste de las Islas británicas. El 2 de agosto extendió la orden a todos los buques que se encontrasen empeñados en acciones contra el enemigo. Todos ellos debían regresar a puerto y se les prohibió cualquier operación bélica. Se había perdido la batalla del Atlántico. Sin embargo, la noche del 23 de julio y las siguientes, Hamburgo fue duramente castigado por las bombas de los Aliados. De la ciudad se elevaban sin cesar columnas de fuego. Las chispas reverberaban a una altura de 4500 metros. En esas acciones perecieron más de 40.000 hamburgueses, de ellos 5000 niños.
Las unidades de radio de la Marina, el servicio B, comunicaron que los bombardeos se habían realizado por los Grupos 15 y 19 del «Coastal Command», destinados hasta entonces a la lucha antisubmarina.

La vida en los"tubos de acero"

El ya de por sí reducido espacio vital del que podían disponer los marineros de los submarinos alemanes se hallaba normalmente ocupado hasta los topes por aprovisionamiento para varias semanas de crucero, algo que no debía de estar previsto en la construcción de estos buques. Las provisiones frescas acumuladas para los primeros días en el mar impedían moverse con libertad en muchos compartimientos. Todo aquello olía aún más fuerte que cualquier otro «aroma» enrarecido del interior del submarino, como el del agua filtrada, el de las comidas, el del «Kolibri» (el agua de colonia con la que los marineros del puente se limpiaban la sal marina que se les iba acumulando en el rostro), el del aceite, el del humo de los motores y el del retrete con su característico ambientador.
A esto hay que añadir que a bordo reinaba gran movimiento. Aquellos pequeños buques se balanceaban, cabeceaban, ascendían y caían en el lecho de unas aguas encrespadas o solamente un poco movidas pero suficientemente incómodas para un buque que se comportaba en superficie de un modo distinto al resto de los navíos en esas circunstancias. Aunque también se mantenía a veces en un movimiento más sereno, cuando las aguas estaban en calma. Los mareos no eran raros cuando la mar estaba picada; hasta 60° de inclinación registraba el submarino y frecuentemente un marinero dormido en su litera salía despedido para caer encima del que dormía más cerca del suelo.
En los modelos construidos durante la guerra, la zona destinada a la marinería era la misma sala de torpedos. En tanto no se lanzaban todos los proyectiles, los tripulantes no disponían de suficiente espacio para sentarse y se veían obligados a permanecer de pie. Distribuidos sobre las planchas del suelo se hallaban acumulados los torpedos y sobre ellos se había instalado una especie de plataforma supletoria que era donde vivía realmente la tripulación en los primeros tiempos. Por todas partes del buque había cestas, cajas y sacos llenos de provisiones y hamacas colgadas del techo repletas igualmente de alimentos.
En la sección de suboficiales, que se encontraba inmediatamente detrás de la central, a babor, las paredes estaban recubiertas de sacos de patatas que se alineaban a derecha e izquierda y del techo pendía una hamaca en donde se almacenaban los panes.

Harald Busch: «So war der U-Boot-Krieg». Deutscher Heimat Verlag. Bielefeld 1957.

Los submarinos alemanes volvieron entonces a navegar hacia alta mar.
Adolf Hitler, al que interesaba más la lucha en el continente, se había negado a acceder al criterio de Dönitz, que le pedía se incrementase la construcción de submarinos modernos. En la primavera de 1943 se habia alcanzado solamente las tres cuartas partes de los sumergibles reclamados por Dönitz para el año 1939. Cuando la guerra submarina llegó a su cenit, Hitler comprendió la necesidad de cortar el suministro norteamericano de armas, munición, combustible, materias primas, alimentos y tropas en dirección a Inglaterra. Dönitz había reclamado que se hundiese mayor tonelaje de buques del que los americanos estaban en condiciones de seguir construyendo.
A mediados de abril de 1943, según un informe del gran almirante Dönitz, Hitler fijó la promoción de la Marina en el grado de máxima prioridad y urgencia. En lugar de construirse, como hasta entonces, 20 submarinos pequeños, habia que botar 40 con un total de más de 50.000 toneladas.
El «submarino total» del tipo XXI, en proyecto, debería estar en condiciones de navegar bajo el agua 90 minutos a 18 nudos, y alcanzar una media de 12 a 14 nudos durante 10 a 12 horas. Debería también ser capaz de superar cualquier ataque con cargas de profundidad navegando lentamente: un motor eléctrico completamente silencioso permitiria a la nave una media de 5 nudos durante 60 horas. El mismo resultado deberia perseguir también el pequeño submarino del tipo XXIII, de 300 toneladas.
Los sumergibles empleados hasta entonces no superaban la velocidad de 5 ó 6 nudos en 45 minutos navegando bajo el agua.
Aparte de estos buques también se planificaba la producción del «navío prodigioso»: el submarino Walter, disponía de una turbina de combustión de 7500 CV, adecuada a una velocidad bajo el agua de 24 nudos durante seis horas. Contaba además con un motor diesel y con otro eléctrico para navegación lenta.
En la primavera de 1944 un pequeño submarino experimental del profesor Walter se reveló como un buque extraordinario. Se esperaba lograr el modelo perfectamente desarrollado a comienzos de 1945.
En cuanto a los modelos antiguos, con el fin de protegerlos contra la detección enemiga y así capacitarlos para volver al combate, se les dotó del mecanismo llamado «Schnorchel»: se trataba de un mástil aéreo accionado hidráulicamente que permitía al buque navegar con el motor diesel cuando se hallaba replegado el periscopio, cargar las baterías y al tiempo ventilar el interior del submarino. Las espitas situadas en la cabeza del mástil aéreo, del «Schnorchel», se cerraban tan pronto daba contra él una ola.
Sin embargo, ya no cabía esperar grandes éxitos de estos buques. El índice de pérdidas descendió, desde luego, pero aún era demasiado elevado: de los 16 submarinos destinados a frenar la invasión aliada en aguas del Canal, siete se perdieron, cinco regresaron con graves daños y tan sólo cuatro lucharon desde el 6 al 30 de junio de 1944 contra unas fuerzas enemigas muy superiores. Los submarinos lograron hundir una fragata, un destructor y un buque de desembarco. De los cuatro, al final, uno fue hundido y tres regresaron a puerto sin sufrir daños.
La superioridad aliada fue cada vez más clara. Hacia el final de la guerra, 1500 aviones del «Coastal Command» británico se dedicaron sistemáticamente a cazar submarinos alemanes. Se desconoce el número de los que realizaban la misma operación en los demás mares. Los convoyes iban ya protegidos por un total de 300 destructores y otros 700 buques de diversas clases. Cuando estas formaciones se aproximaban a las costas se les unían otros navíos menores, de los que se disponía en un total de 2000. Los británicos contaban también para entonces con formaciones de submarinos, llamadas «Killer-Groups», que operaban en coordinación con los aviones, como los «Hunter-Groups» de la Marina estadounidense. Aparte de todo esto había también unos «Support-Groups» o grupos de socorro, que intervenían como fuerzas de refresco cuando aparecían los submarinos alemanes.

Alemanes y británicos desarrollan las mismas armas

Los Aliados aniquilaron de forma sistemática los grandes submarinos del tipo XIV que operaban lejos de sus bases, con el fin de cortar las rutas del suministro de combustible al enemigo. La Marina de guerra alemana solamente contaba con 15 submarinos cisterna. El último buque de esta clase –el *U 490*– encontró su final el 11 de junio de 1944. Toda su tripulación cayó prisionera de los americanos. Otros submarinos nodrizas (de los tipos VII F y IX D I) disponían de visores especiales, de un arma V desmontable, un técnico en frecuencias y aparatos de medición. Todos estos recursos partieron de Alemania hacia Japón, con el fin de traer a cambio urgentemente las materias primas necesarias, sobre todo wolframio, molibdeno, estaño, caucho y quinina. Tomaron la ruta de Japón 41 submarinos. De ellos solamente cuatro

Durante mucho tiempo el Báltico fue la zona habitual de maniobras de los submarinos alemanes. A medida que los frentes iban acercándose al Reich desapareció también la calma en esta zona marítima.

Cuando Dönitz ordenó la capitulación se encontraban en el mar no menos de cuarenta y nueve submarinos. El encono de la resistencia alemana fue tan enorme como incontrovertible la valentía de sus submarinistas.

Winston Churchill

pudieron regresar a Alemania; otros cinco se quedaron en poder de los japoneses, dos cayeron en manos de los Aliados tras la capitulación y treinta se perdieron.

La fuerza submarina alemana tenía puestas sus esperanzas en el nuevo torpedo, el llamado «Zaunkönig» («Reyezuelo») o «T 5». Este ingenio disponía de una cabeza capaz de orientar el arma hacia el lugar del que partiese el zumbido de una hélice. Debería emplearse especialmente contra los peligrosos destructores y contra las fragatas enemigas.

El 20 de septiembre de 1943 se disparó el primer «Reyezuelo» del tubo segundo del *U 270* y alcanzó a la fragata británica *Lagan* causándole graves daños. El mismo día un avión británico lanzaba también el primer torpedo acústico y hundía el *U 338*. Alemanes y británicos habían logrado la misma arma cada uno por un camino distinto. En total la primera jornada de empleo del torpedo «Reyezuelo» arrojó el resultado de 10 «T 5» lanzados contra un convoy en el que tres buques de escolta se hundieron, otro resultó gravemente dañado y seis mercantes se fueron al fondo del mar. Por parte alemana, dos submarinos fueron aniquilados por las defensas británicas.

Dos meses después arrastraban consigo los buques británicos la «máquina Foxer» que iba dejando tras de sí una larga estela. Ese ingenio, que identificaba el zumbido del «Reyezuelo», perjudicaba sin embargo el trabajo de los aparatos de Asdic. El «Foxer» fue perfeccionado y el «Squawker», un cuerpo sonoro ideado por Churchill, era lanzado al mar a la menor señal de peligro. El «Reyezuelo» quedaba así muy perjudicado en su efectividad. Otros tipos de torpedo, como el «Lut» y el «Fat», que enfilaba directamente sus objetivos, no lograron ya una recuperación en la guerra submarina.

«Submarinos de un nuevo tipo»

Sin pretensiones ya de una victoria pero con una dureza inquebrantable, los hombres de los submarinos alemanes estaban dispuestos a batirse hasta el final. Dos sumergibles dotados de «Schnorchel» se atrevieron incluso a llegar en agosto de 1944 hasta las costas de Florida. En septiembre lograron hundir un buque de 2000 toneladas. A finales de 1944 quedaban aún en el Atlántico Norte dos buques con función de estaciones meteorológicas, tres acechaban a lo largo de la ruta Halifax-Terranova y otro más merodeaba alrededor de Gibraltar. Aquel puñado de buques era suficiente para traer en jaque a poderosas fuerzas angloamericanas.

Sin embargo ocurrió algo inaudito: los submarinos alemanes osaban aproximarse incluso a las mismas costas británicas, no lejos de los «Western Approaches», de los puertos occidentales, sobre los que se concentraba todo el tráfico marítimo.

El 30 de agosto de 1944 el *U482* aniquilaba a sólo 15 millas de la costa inglesa a un buque cisterna americano de 10.000 toneladas. Al día siguiente destruyó, con un «Reyezuelo», una corbeta y dos mercantes ingleses y logró luego regresar a puerto sin haber sufrido daño tras un recorrido de 2729 millas.

Gracias al «Schnorchel» había podido permanecer sumergido todo el tiempo, excepto 256 millas que navegó por la superficie.

Unos 50 buques alemanes se encontrarían aún a finales del otoño cerca de las costas escocesas y de ellos solamente uno fue perseguido y hundido. Sin embargo los éxitos de estas unidades fueron muy limitados. También operaron submarinos alemanes en el Canal de la Mancha, donde hundieron cuatro mercantes. En esta operación perecieron unos 800 soldados norteamericanos. En la misma acción los alemanes echaron a pique también un destructor.

En enero de 1945 el primer Lord del Almirantazgo británico advertía de un inminente peligro: «...Debemos contar con una nueva ofensiva que se llevará a cabo con submarinos de un nuevo tipo. Debemos prever pérdidas como las de la primavera de 1943 y las operaciones en tierra pueden verse influidas por esta circunstancia.»

Los angloamericanos temían la aparición del «submarino total». Para prevenirlo, los aviones del «Coastal Command» sembraron de minas el Kattegat, la bahía de Danzig y las entradas marítimas en Kiel y Hamburgo. Se pretendía con ello entorpecer los cruceros experimentales de los nuevos sumergibles. El *U 2342* (del tipo XXIII) entró en colisión con una de estas minas, así como también otros buques del tipo XXI.

Los angloamericanos continuaron perdiendo buques, a pesar de todas las precauciones; sus barcos eran atacados al oeste de Inglaterra y en el Canal.

En enero de 1945, el *U 1232* se lanzaba contra un convoy en las mismas puertas de Halifax: hundió dos mercantes y regresó sin sufrir el menor daño a los puertos alemanes. El *U 482* alcanzó seriamente al portaaviones *Thane* en aguas de la bahía de Clyde, aunque el submarino fue batido por el Grupo 22 de escolta. No hubo ningún superviviente.

En diciembre de 1944 iniciaban su viaje de pruebas 60 submarinos del tipo XXI y 30 del XXIII. El conjunto de la flota submarina constaba entonces de 455 unidades. El torpedo cohete «Ursel», que podía ser lanzado desde una profundidad de 50 metros a una distancia de 250, se hallaba ya perfectamente desarrollado. Por el contrario, los submarinos «Walter» no se hallaban todavía en condiciones de entrar en servicio.

El último ataque submarino

Pero ya era demasiado tarde. Por el oeste y por el este el enemigo penetraba ya en territorio alemán. El primer submarino tipo XXIII –el *U 2322*– había realizado una expedición contra el enemigo y, por la misma época, a mediados de marzo de 1945, partía el primer modelo XXI, el *U 2511*, en dirección a las aguas noruegas. El 30 de abril soltaba amarras en Bergen para emprender su primer viaje de corso. Algunos días después sufría el primer lanzamiento de cargas de profundidad, sin que le ocurriese nada. El 4 de mayo, cuando se dirigía hacia el Atlántico, el radiofonista recibió el cable del gran almirante Dönitz con la orden de suspender toda actividad bélica...

Algunos submarinos prosiguieron las operaciones debido a que no recibieron el cable del Mando naval. El 6 de mayo, el *U 881* fue hundido por cargas de profundidad durante el ataque contra un portaaviones. Del mismo modo se fue a pique el *U 853* con toda su tripulación, el 5 de mayo, ante las costas americanas.

Dos días más tarde el submarino *U 2336*, del tipo XXIII, torpedeó dos cargueros, los últimos mercantes de una larga serie de 2882, con un total de 14.500.000 toneladas, que los alemanes enviaron al fondo del mar durante la segunda Guerra Mundial.

El 8 de mayo el Almirantazgo británico ordenó que todos los submarinos alemanes que se encontrasen aún en alta mar, emergiesen, diesen su posición y se dirigieran a puertos ingleses. El 9 de mayo de 1945, a las 23,36, el *U 2336* recibía un lacónico comunicado: «La guerra ha terminado».

El 9 y el 10 de mayo se entregaron al enemigo 18 sumergibles alemanes; otros diez se dirigieron a Alemania. En total se entregaron 156 submarinos y 221 fueron hundidos por sus propias tripulaciones. Los sumergibles *U 530 y U 977* lograron alcanzar las costas argentinas. El *U 977* se hallaba el 17 de agosto en Mar del Plata. Según rumores, Eva Braun y Adolf Hitler deberían encontrarse a bordo, pero no fue así.

Hier sind Bilder aus dem Leben eines U-Bootmanns; sein Leben ist kurz und reich an Abenteuern

1. FREIWILLIGE FÜR DIE U-BOOTWAFFE GESUCHT

Der 18-jährige Tischlergeselle Günther Hartmuth liest im „Angriff", dass die Flotte Freiwillige für die U-Bootwaffe braucht. Die Löhnung ist gut: 140 RM im Monat, einschliesslich Tauch- und Frontzulage.

2. „DER FÜHRER BRAUCHT MICH"

Günther: „Und siehst du, Mutter, der Führer braucht mich. Und ich krieg' dann das U-Bootabzeichen und das Eiserne Kreuz."

3. AUSBILDUNGSZEIT IN DER SCHIFFSSTAMMABTEILUNG

Rekrutenkorporal: „Ich werde euch schon bei den Hammelbeinen kriegen, ihr traurigen Säcke!"

4. NACH DER ERSTEN ÜBUNGSFAHRT IN DER OSTSEE

Günther: „Zuerst war ich ein bisschen aufgeregt, aber alles ging tadellos. Ein feines Leben!"
Das Mädchen: „Wie hübsch du aussiehst in deiner neuen Uniform!"

5. DIE ERSTE NACHT IN KIEL—IN EINEM LUFTSCHUTZKELLER

Arbeiter: „Sie greifen mal wieder die Germaniawerft an. Ich arbeite da. Letzte Woche haben sie da zwei halbfertige U-Boote kaputgeschmissen. Uns Arbeitern ist das egal. Wir sind nicht scharf darauf, schwimmende Särge für die deutsche Jugend zu bauen."

6. GÜNTHER HARTMUTH MELDET SICH ZUR STELLE IN LORIENT

Kapitänleutnant: „Wie lange ausgebildet, Hartmuth?"
Günther: „10 Wochen, Herr Kaleun."

7. IM OZEAN

Maschinenmaat: „Seekrank! Und mit euch lächerlichen Pimpfen sollen wir angreifen!"

8. EIN AMERIKANER GEKNACKT

Günther (zu einem Kameraden): „Arme Teufel! Schade, dass wir sie nicht aufnehmen können. Bis zur amerikanischer Küste sind es 700 Meilen."

9. VON EINEM AMERIKANISCHEN FERNAUFKLÄRER ENTDECKT

Flugzeugbeobachter: „Da ist der Jerry Funkspruch an die Atlantikpatrouille!"

10. WASSERBOMBEN!

Oberleutnant (Ing.): „E-Maschinen ausgefallen! Boot fällt."
Kommandant: „Tauchretter anziehen! Anblasen!"

11. GERAMMT!

Durch die Wasserbomben der Atlantikpatrouille schwer beschädigt, muss das U-Boot auftauchen und wird von einem britischen Zerstörer gerammt.

12. EINIGE WERDEN GERETTET . . .

Der Kommandant und ein paar Leute, die vom Turm über Bord gesprungen waren, werden von einem englischen Rettungsboot aufgenommen.

13. . . . ABER ANDERE NICHT

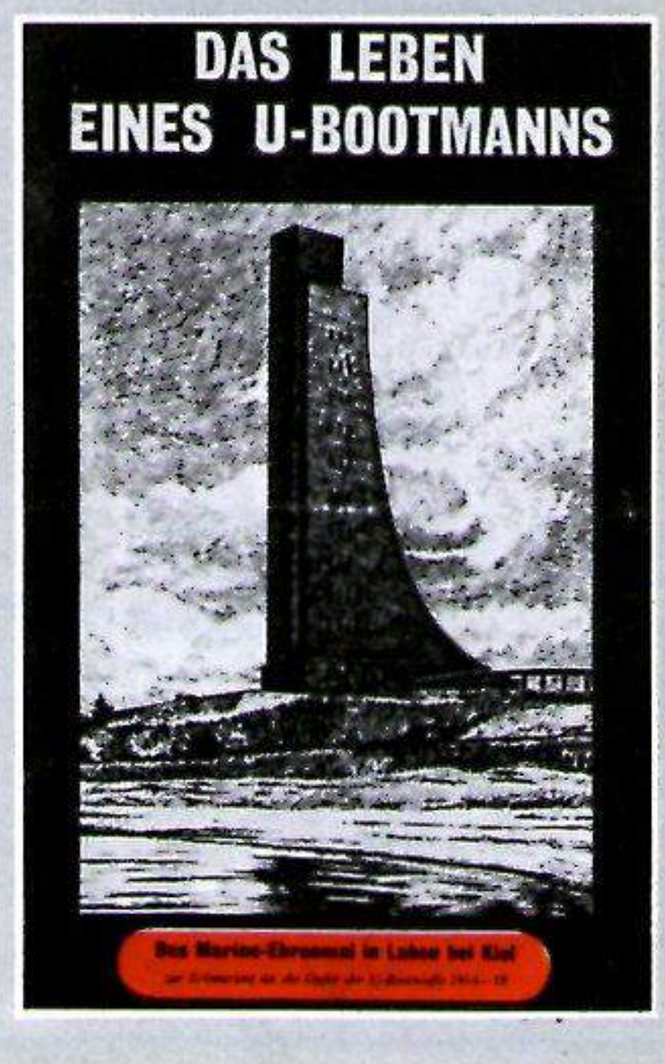
Günther und die anderen Neulinge sind in dem sinkenden U-Boot eingeschlossen.

14. VIER MONATE DANACH — EIN TELEGRAMM

„Günther Hartmuth ist den Heldentod für Führer und Vaterland gestorben. B d U."
Die deutsche Marineleitung hat die Nachricht vier Monate zurückgehalten.

15. DER FÜHRER SPRICHT

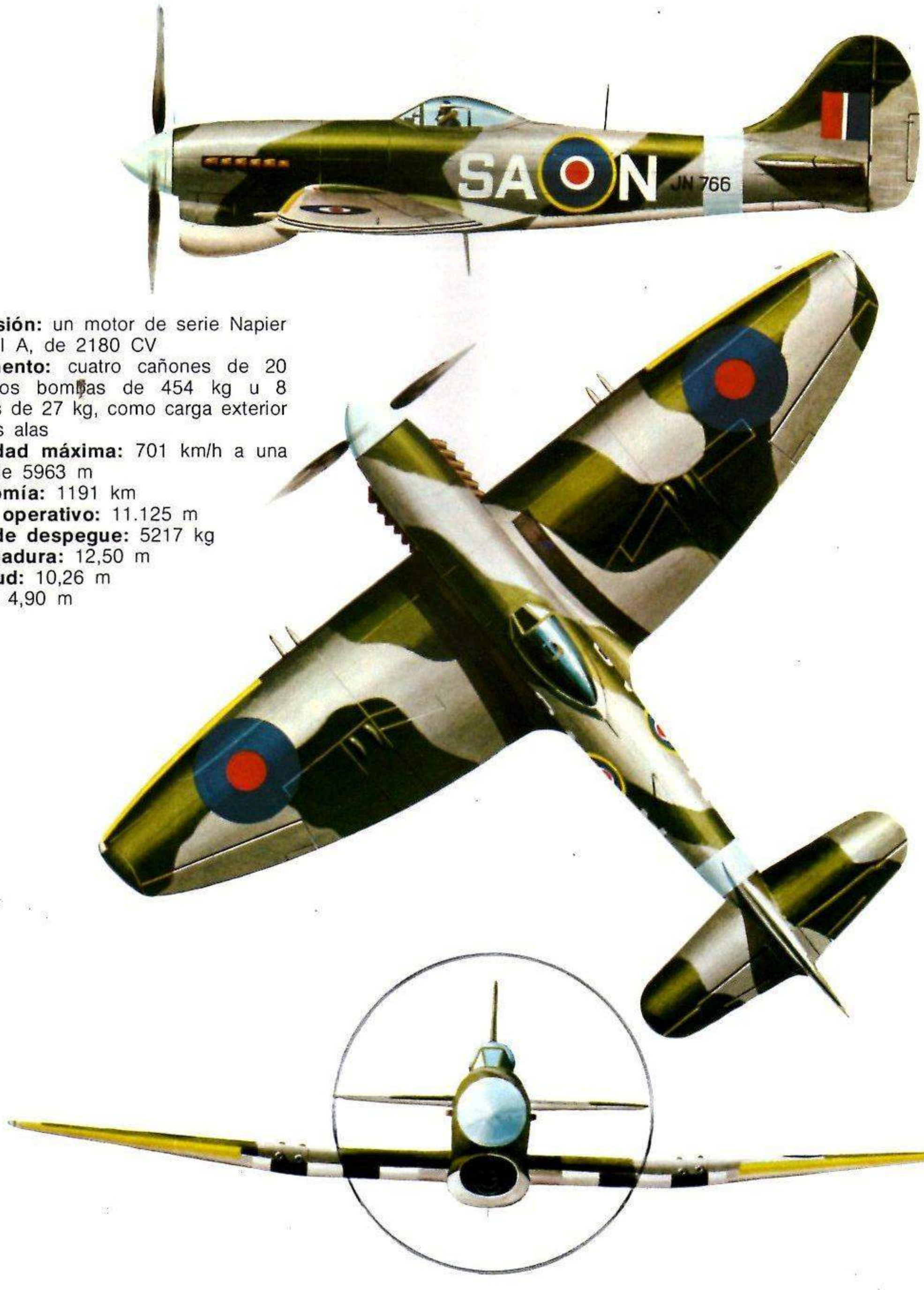
Am 30. Januar 1942 prahlt Adolf Hitler vor dem Reichstag, er werde immer mehr U-Boote bauen, immer mehr schwimmende Särge für deutsche Jungens wie Günther Hartmuth.



Un periódico volante inglés (a la izquierda, la portada) narra «la vida de un submarinista» desde su principio feliz hasta su final desgraciado. En la foto se reproduce el monumento a la Marina alemana, en Kiel, levantado en honor de los submarinistas muertos en la guerra de 1914-18. Arriba: Imágenes de la vida de un submarinista; su vida es corta y rica en aventuras. 1: Se buscan voluntarios para el arma submarina. 2: «El Führer me necesita». 3: Periodo de instrucción en astilleros. 4: Después del primer viaje de prácticas por el Báltico. 5: Primera noche en Kiel, en un refugio antiaéreo. 6: Günther Harmuth se presenta en su puesto en Lorient. 7: En el océano. 8: Alcanzado un americano. 9: Descubierto por un avión de reconocimiento americano. 10: Carga de profundidad. 11: Abordaje. 12: Algunos son rescatados. 13: ...Pero otros no. 14: Cuatro meses después, un telegrama. 15: Habla el «Führer».

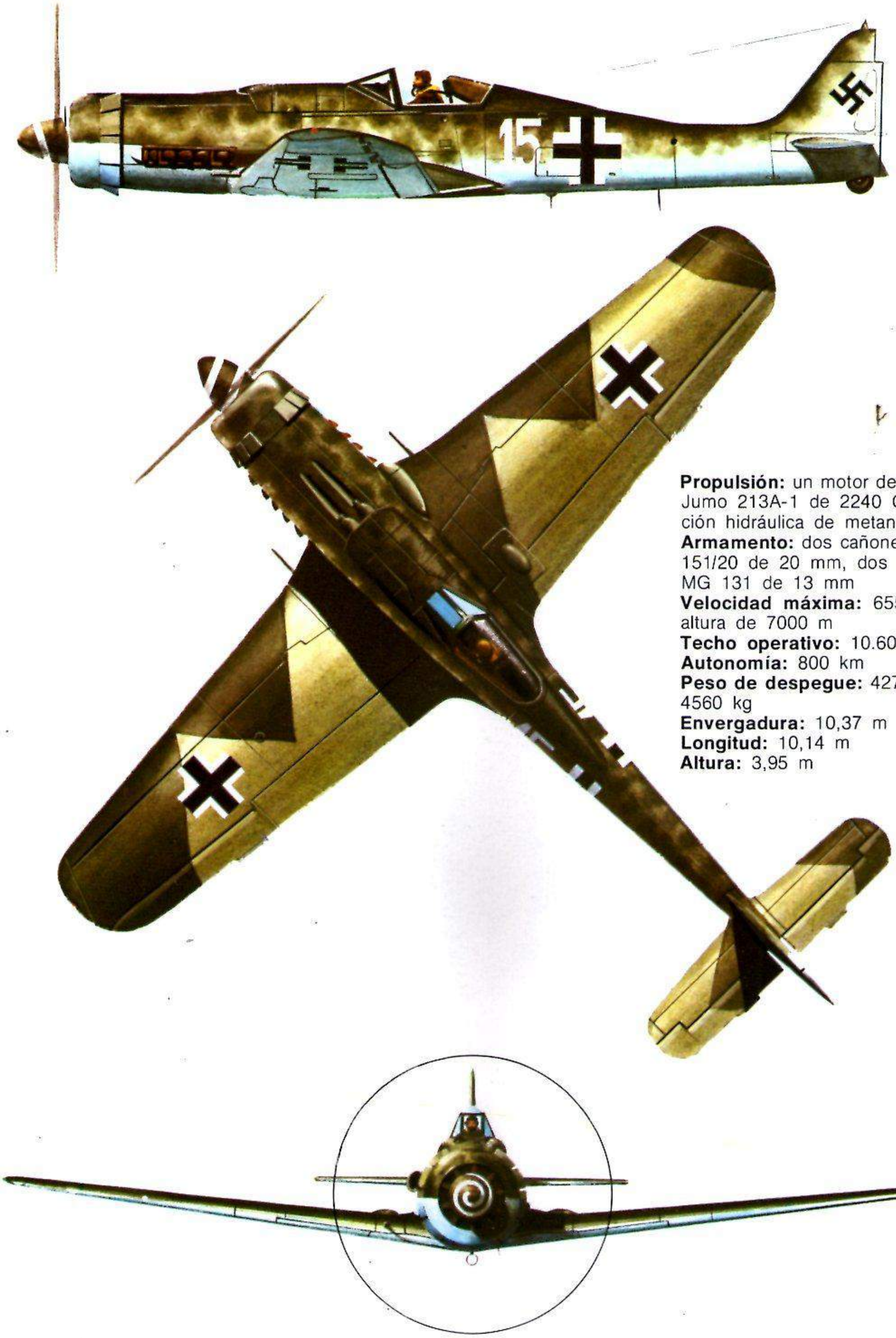
Inglaterra comenzó a respirar tranquila: se había acabado con la peste de los submarinos. Winston Churchill escribiría en sus memorias: «Lo único que me aterrorizó realmente durante la guerra fue el peligro submarino. La guerra de submarinos fue nuestro peor mal.»
Entre noviembre de 1945 y principios de enero de 1946 la Flotilla 17 de destructores británica procedió a hundir todos los submarinos alemanes apresados. Fue como una ejecución en el Atlántico Norte. Los supervivientes habían quedado recluidos en campos de prisioneros. No eran muchos: de 39.000 hombres de los submarinos habían muerto 32.000. Un total de 781 sumergibles no regresó de sus acciones contra el enemigo.

Bombardero de caza británico Hawker Tempest V Serie 1



Propulsión: un motor de serie Napier Sabre II A, de 2180 CV
Armamento: cuatro cañones de 20 mm, dos bombas de 454 kg u 8 cohetes de 27 kg, como carga exterior bajo las alas
Velocidad máxima: 701 km/h a una altura de 5963 m
Autonomía: 1191 km
Techo operativo: 11.125 m
Peso de despegue: 5217 kg
Envergadura: 12,50 m
Longitud: 10,26 m
Altura: 4,90 m

Caza monoplaza alemán Focke Wulf Fw 190 D-9 («Langnase»)



Propulsión: un motor de serie Junkers Jumo 213A-1 de 2240 CV con inyección hidráulica de metanol MW 50 .
Armamento: dos cañones Mauser MG 151/20 de 20 mm, dos ametralladoras MG 131 de 13 mm
Velocidad máxima: 655 km/h a una altura de 7000 m
Techo operativo: 10.600 m
Autonomía: 800 km
Peso de despegue: 4270 kg, máximo 4560 kg
Envergadura: 10,37 m
Longitud: 10,14 m
Altura: 3,95 m

CONSUMO NORMAL

El aprovisionamiento de la población civil durante la guerra

El 1 de septiembre de 1939 muchos pensaron con escalofríos en el hambre y en la miseria padecidas durante la primera Guerra Mundial. Harald Steffahn analiza por qué aquel desastre no se repitió en el país y por qué la verdadera necesidad apareció sólo después de concluir la guerra.

El lechero Fritz Grünig, de Berlín-Charlottenburg, calle Kaiserdamm 101, hizo una cruz con lápiz azul en la sección b-1 de la «cartilla del Reich para la distribución de mermelada (o azúcar, a elegir)». Esa sección era valedera entre el 29-VII y el 11-VIII-1940: la primera mitad del 13.° periodo de distribución. El lápiz debiera haber sido un producto de paz. Tras más de 35 años los contornos del lápiz azul se han ido deteriorando.

No sólo debíamos estar bien provistos de lápices azules, sino también de mermelada y azúcar. Una parte de los cupones de la cartilla jamás entraría en contacto con el lápiz de Fritz Grünig. Esos cupones quedarían sin usar y nada recibimos a cambio.

Aparte de esto yo tenía y tengo aún un verdadero monumento de papel de aquellos días: la cartilla de vestidos del Reich número cuatro, color naranja, con validez del 1-I-1943 hasta el 30-VI-1944. Recuerdos de un tiempo en el que una prenda de lana no costaba simplemente, digamos, 24 marcos cincuenta pfennig, sino también 42 puntos de la cartilla. En cuanto a los vestidos de la misma tela, había que dar 56 puntos; para los trajes, incluso 60; para las medias, 4; un pañuelo de bolsillo suponía 1 punto.

En 1940 disponíamos aún de 150 puntos. En 1942, de sólo 80. Con todo, ese modesto derecho fue empalideciendo a partir de finales del verano de 1943 hasta quedar en pura teoría. Las fechas de caducidad impresas previamente en las cartillas («Vale por un par de medias, para retirar a partir del 15-III-44») eran más bien una cuenta sin fondos: como consecuencia del creciente número de bombardeos dejaron de distribuirse indiscriminadamente las cartillas de racionamiento de vestidos, aunque había suficientes existencias en los almacenes.

Nosotros teníamos el trabajo, la contabilidad y el control de las cartillas de ropa, carne, manteca y azúcar con sus correspondientes cupones, hasta el punto de que no podíamos quitárnoslas de la memoria, una plaga que se prolongaría hasta bien entrada la posguerra. Ese sistema de racionamiento sobreviviría al propio régimen nazi que lo creó. En el período de distribución número 109, del 8 de diciembre de 1947 al 4 de enero de 1948, por citar un ejemplo amable, apenas tocábamos cada uno a cien gramos de carne, a una cantidad no mayor de manteca, un litro de leche, cinco libras de pan, media de sal, ni una sola patata...

Comparada con esto, la alimentación fue bastante mejor durante los últimos años de la guerra. Al menos sobre el papel, el 75.° período de distribución, del 30 de abril hasta el 27 de mayo de 1945, suponía la concesión semanal de media libra de carne, un cuarto de libra de manteca, cinco libras de patatas, aunque solamente recibíamos tres libras de pan.

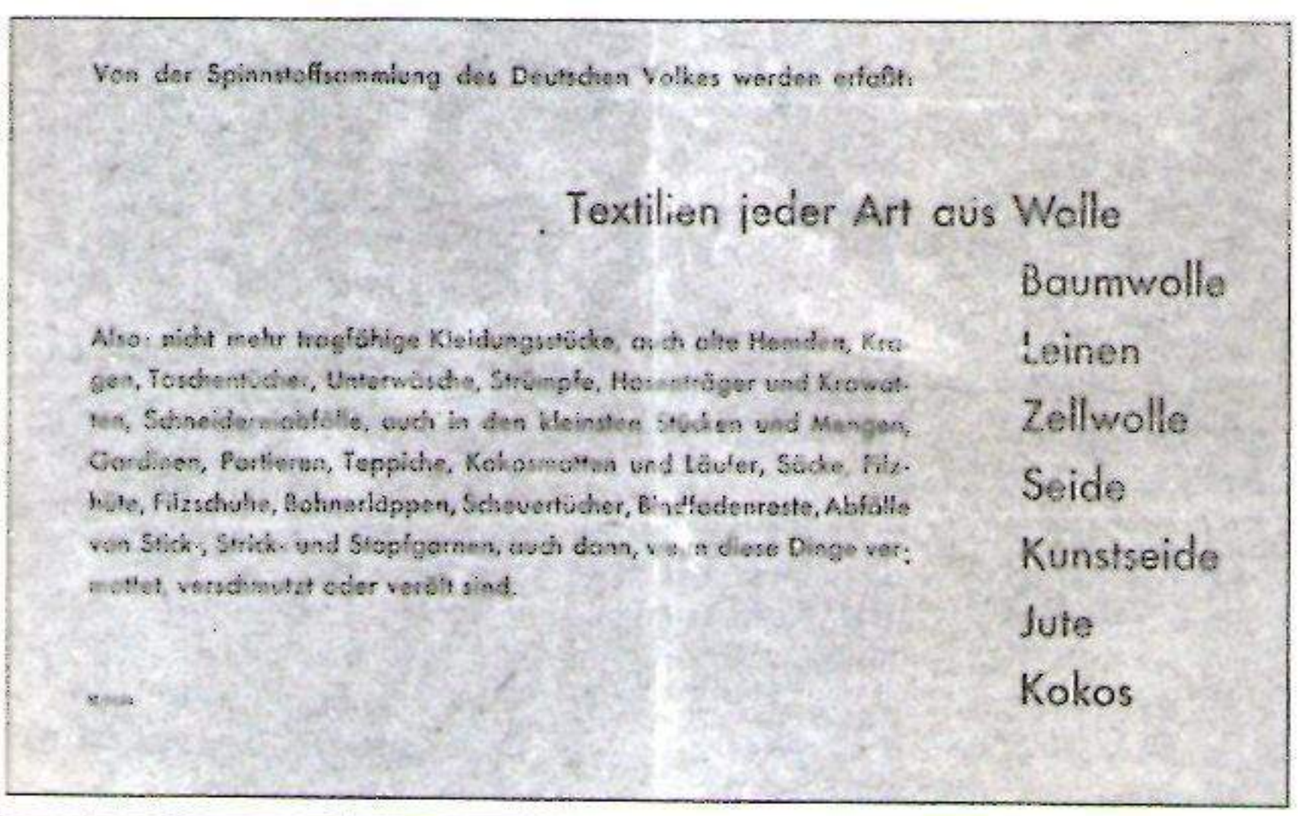
Estricta economía de provisiones

En el sexto año de guerra había más alimento disponible que poco antes de la reforma monetaria o, para comparar con más precisión, bastante más que en el «invierno de los nabos» de 1916 y 1917. La razón era el rígido plan económico de aprovisionamiento del régimen nazi.

En la primera Guerra Mundial Alemania se puso en marcha con la alegre despreocupación de un pueblo que creía en su invencibilidad, que menospreciaba las reservas materiales del enemigo y que no tenía una idea muy exacta de lo que significaba un bloqueo total, con lo que esto llevaba de estrangulamiento económico. Cuando en 1916 se creó un departamento para la alimentación en tiempo de guerra, el descuido ya no tenía remedio.

Por el contrario, en la segunda Guerra Mundial la población contaba más con el realismo de sus políticos que con el hambre que se podría pasar. El hambre fue un factor más bien de retaguardia del Reich de los mil años.

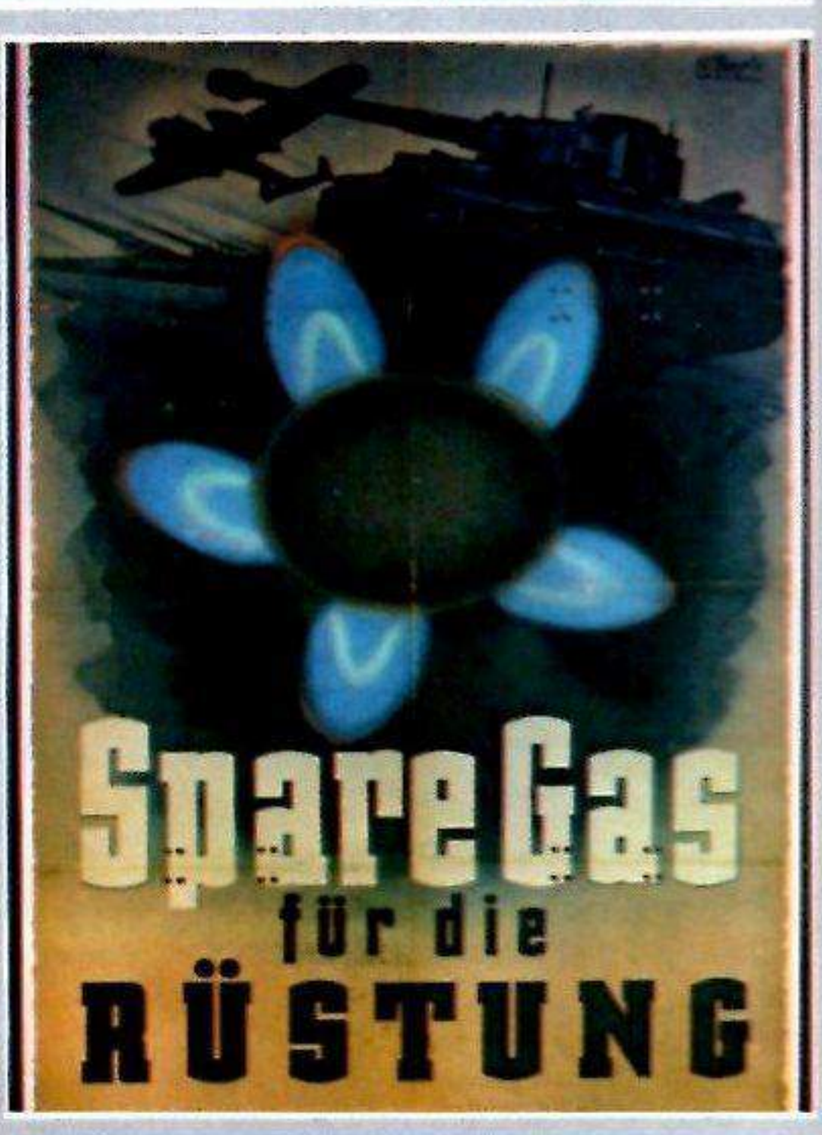
El hecho de que Hitler supiera manipular este factor mejor que Guillermo II y Bethmann Hollweg –puede objetarse–, no se debía a que tuviese un arte especial para ello, sino a que planificó desde un principio su guerra de agresión. Esta diferencia moral no libera desde un principio su guerra de agresión. Si Alemania hubiese contado entonces con una guerra prolongada y con un tiempo de preparación más amplio, es posible que no hubiese sufrido las consecuencias de la política de bloqueo a que fue sometida. Baste una breve mirada a las estructuras de



Con numerosas consignas la población fue exhortada para que reuniese retales de todo tipo. El terrible invierno 1941/42 (en la foto, enero de 1942) dejó bien patente qué mal equipados estaban los soldados alemanes en la campaña de Rusia. En el cartel se reclama a la población la entrega de toda clase de tejidos con destino al frente.

la economía alimentaria del Tercer Reich. Ya en septiembre de 1933 se fundó el «Departamento de alimentación del Reich» (Reichsnahrstand) como organismo autónomo. En esta especie de central de un sistema supervisado por el Ministerio de Alimentación figuraban productores, intermediarios y distribuidores de determinados grupos de productos. Además existían cinco departamentos distintos del Reich (Reichstellen) para otros tantos productos agrícolas supeditados directamente al Ministerio. Estas secciones cuidaban en especial de la economía de reservas.

Los dos grandes organismos trabajaban no sin roces e interferencias pero con buenos resultados. Al comenzar la guerra, Alemania tenía almacenadas seis millones de toneladas de cereal y 600.000 t de grasas. Dado que se importaban normalmente dos millones de toneladas de grano cada año, cabía contar con que el país podría hacer la guerra durante tres años con esas reservas, aun en el caso de que cortaran los canales comerciales. En cuanto a las grasas (400.000 toneladas importadas al año), las provisiones alcanzaban solamente para un año y medio.



Con todos los medios al alcance de la propaganda se pretendía hacer consciente a la población de lo que significaba una guerra. Arriba, a la izquierda: un entusiasta balance comparativo entre los subsidios a las esposas de soldados berlineses y las londinenses. Arriba, a la derecha: llamamiento moral en favor de la entrega de ropas para los soldados. Sobre estas líneas, a la izquierda: advertencia crítica contra quienes se beneficiaban del mercado negro: Hamster, avergüénzate. A la derecha: llamamiento para el ahorro de energía en beneficio de la industria bélica.

En el período que seguiría actuó como factor ventajoso la circunstancia de que el bloqueo comercial aliado no incidió, como en la primera Guerra Mundial, sobre todas las fuentes de aprovisionamiento. Durante los primeros años continuaron llegando productos en virtud de acuerdos comerciales, sobre todo desde la Unión Soviética y Dinamarca. Incluso en la noche en que comenzó el ataque contra Rusia partieron interminables trenes de mercancías en dirección a la frontera desde Brest-Litovsk. Era una grotesca ironía de la historia: Stalin facilitaba la campaña del Este de su enemigo ideológico mediante sus entregas masivas de materias primas, entre ellas petróleo y metales. Los soviéticos pusieron su mejor alfombra al paso de la Operación «Barbarroja»...

La transición de una economía de paz a otra de guerra no se realizó sin complicaciones, aunque mucho menores que en la industria de armamento, que durante largo tiempo sólo había producido como si el conflicto fuese a despacharse en forma de «guerra relámpago». La industria se había concentrado en producir más bienes de consumo normal que armas y munición. Aún en 1942 el índice correspondiente a mobiliario y enseres domésticos se elevaba a un 65 por ciento de la producción total del Reich en 1939. El vestido cubría el 78 por ciento. Esto suscitó entre la población la creencia de que las cosas «no iban tan mal». Por ello el despertar fue aún más amargo.

Cuando tras las primeras derrotas en el Este el mando político-militar ordenó el «rearme a marchas forzadas», esa posibilidad era ya tan ilusoria como la organización de la intendencia en los tiempos de Verdún.

Los retratos del «Führer» sin nata

El refrán, según el cual el amor pasa por el estómago, es un principio también válido cuando se refiere a la lealtad y a la actitud pacífica de una masa popular. El hambre agotó a la patria durante la primera Guerra Mundial, el hambre y la miseria que la República de Weimar había dejado maduros como factores revolucionarios. La carestía creciente e insoslayable fue asimismo durante la segunda Guerra Mundial una fuente de desánimo y de críticas al sistema. No siempre los estómagos vacíos reaccionan con el alivio ingenuo que refleja esta ocurrencia de la época: «Pronto va a haber más mantequilla, porque le están quitando la nata a los retratos del *Führer*». O, como en esta otra, en la que se alude al perímetro inalterado del vientre de Göring: Su administrador se acerca hasta el refugio y le dice: «Señor mariscal, me he tropezado con el tonel de la harina. Si no me hubiese agarrado fuerte al embutido, me habría caído en el barreño de la mantequilla.»

El malestar ocasionado por la limitación de las raciones y la carestía se refleja en interminables columnas de informes redactados por el Servicio de Seguridad, cada vez más amplios, a medida que la guerra se prolongaba. Estos informes se tomaron muy en serio. Si había alguien que conocía el efecto que tenía la dinamita en los estómagos vacíos, éste era Hitler. Había subido al poder gracias al hambre. De este modo, toda alteración en sentido restrictivo en el sistema de racionamiento, exigía permisos de máxima instancia que requerían semanas y más semanas para ser «elaborados».

En Inglaterra, por ejemplo, no se racionó ni el pan ni la leche. En Alemania, en cambio, la ración de pan, tras la venta libre en los primeros años de la guerra, se mantuvo largo tiempo después en las cuatro libras y media para los no privilegiados y descendió, todavía, más, poco después. Siempre quedaban como recurso los típicos trucos, como el de vender el pan cuando se había quedado duro, por ser del día anterior: el tener que masticar más tiempo ejercía un efecto revalorizador del producto.

Consumo de calorías per cápita y día para un ciudadano normal

Período de distribución	Años	Calorías
	1936/38	3000
del 2 al 14	1939/40	2435
del 15 al 27	1940/41	2445
del 28 al 40	1941/42	1928
del 41 al 53	1942/43	2078
del 54 al 66	1943/44	1981
del 67 al 79	1944/45	1671
del 80 al 92	1945/46	1412

El consumo de carne del ciudadano medio descendió en Alemania desde los 700 gramos por semana iniciales hasta un tercio de esta cantidad. Por la misma época, Francia, país carnívoro por excelencia, tenía que conformarse con solamente 120 gramos; Polonia con 100.

En cuanto a la mantequilla, los alemanes de Hitler se sentían identificados con aquel principio de Göring, según el cual eran más importantes los cañones. Incluso en los tiempos de paz existían ya limitaciones en la compra de este producto. La nación recibía sus raciones de grasa en cantidades crecientes bajo diversas formas: margarina, aceite, etcétera.

Durante la guerra este sector también se vio sometido a una cura de adelgazamiento. Desgraciadamente la hidropesía aumentó en proporción a la mantequilla.

Las patatas continuaron siendo la base de la alimentación alemana durante toda la guerra. Si a algo se debe el haber conservado la vida y no haber muerto de desnutrición es a la excelente provisión de patatas. En 1941 este producto no estaba sometido a limitaciones. En el 50.° período de distribución (junio de 1943) se repartía, como mínimo, a razón de seis libras por semana.

Tomando a este respecto 100 como índice del período prebélico, en 1940 el cupo aumentó a 106 y llegaba aún en 1942 a 101. La ración disminuyó a raíz de la mala cosecha de 1943 (índice 75), empeorada todavía más por deficiencias en el sector del transporte. En 1944 el índice volvió a aumentar hasta 80. A modo de comparación baste una mirada a los años 1914-18 en base al mismo índice de 100 (1913): 1914=99; 1915=118; 1916=55; 1917=76; 1918=64. Sin embargo, la II Guerra Mundial no supuso la vuelta de los nabos como base de la alimentación.

Las deficiencias en la provisión de fruta fueron enormes. Las dificultades técnicas, sobre todo problemas de almacenamiento, condujeron a que la fruta apenas se podía adquirir de otra forma que no fuese en mermelada. Claro está que este problema solamente afectaba al consumidor medio.

Aquí cabe sentar una observación válida para todo lo que se refiere a la alimentación en cualquier sector. El consumidor normal es una magnitud estadística que se podría calcular en millones (el autor de este artículo formó parte de esta cifra), pero en realidad este grupo, el del «consumidor standard», era una minoría. Como principal soporte paciente de la economía dirigida no fue representativo, para fortuna de la alimentación del pueblo. El conjunto de la población agraria, que gozaba de un régimen de autoabastecimiento, se vio menos afectada por las restricciones en la despensa. En las ciudades fueron también una gran ayuda los cuatro millones y medio de pequeños huertecillos y jardines que se utilizaron convenientemente para fines agrícolas. En 1936 (según el informe laboral sobre una encuesta hecha por el Frente del Trabajo alemán) 100 de cada 350 familias de trabajadores tenían en arriendo un pequeño terreno con tomates, uvas y perejil.

Durante la guerra el mercado de trueque y el mercado negro apenas desempeñaron un papel comparable con lo que ocurrió después, aunque sí se hicieron notar. Göring afirmó en un discurso del 4 de octubre de 1942 que se iba a actuar con dureza contra los estraperlistas y usureros, pero no con-

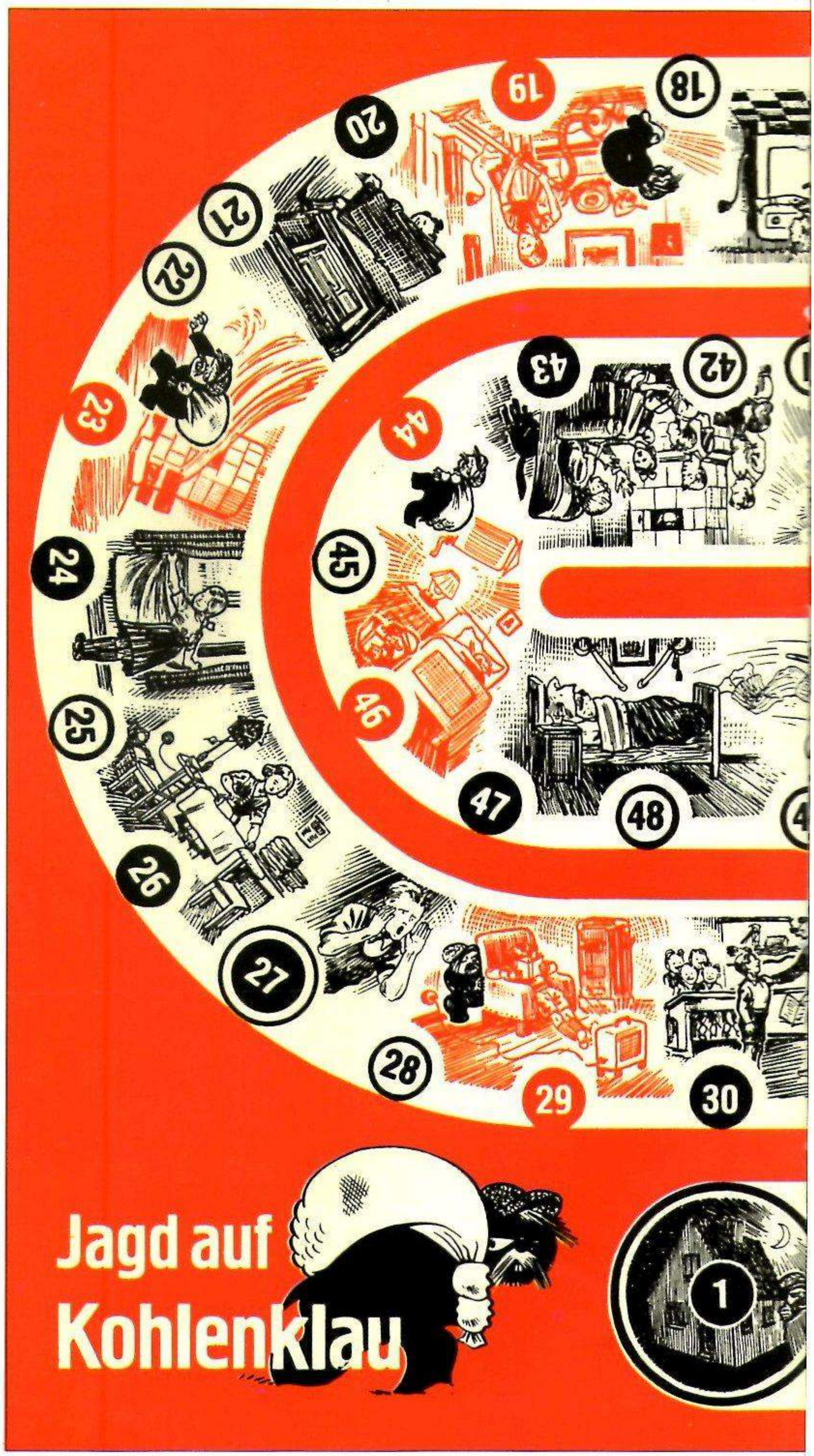
tra aquellos en los que «el espíritu es dócil aunque la carne sea flaca». Rápidamente, quienes sacaban punta a todo empezaron a hablar de la «flaqueza» de la carne del mariscal del Reich, y pronto se convirtió en tema de conversación en todo el país la búsqueda de placeres y el afán de acaparar a los que tan proclive era el señor de Karinhall. Un informe confidencial, redactado en enero de 1944, habla ya de un amplio comercio de trueque y de un creciente estraperlo. La prolongación de la guerra, se asegura en un lenguaje oficial que aún se conserva, "«ha llevado a una relajación general de los estrictos criterios vigentes en materia de provisión adicional de los conciudadanos.» Los sabuesos del partido habían detectado tres formas frecuentes de intercambios de mercancías.

Intercambio de raciones: cupones del pan por cupones de tabaco. Lógicamente floreció también la transacción de bienes escasos: los filetes de carne iban a parar a los comerciantes de tabacos, las botellas de coñac a los del sector del vestido, los abrigos a los carniceros. Al fin se demostró una vez más que cualquier chapuza artesanal valía oro. «Incluso obreros manuales y artesanos de probada honradez –se dice en el informe– dan a entender sin el menor reparo que están dispuestos a activar su trabajo de arreglo de lo que sea si reciben como estímulo tabaco, bebidas alcohólicas, alimentos, etc...»

En los territorios ocupados fue donde más floreció el mercado negro, debido a que allí no sólo reinaba una aguda escasez de todo sino también el hambre más atroz. Esto se veía especialmente claro en los pueblos eslavos, pero también se sufrió en Grecia y, en el último año de guerra, en Holanda.

Alemania empezó a padecer verdadera necesidad cuando callaron las armas. Entonces llegó el momento en el que los escaparates se quedaron vacíos y todo se concentró en determinados lugares de cita. ¿Todo? Quizá el deseo de los veteranos quedaría sin satisfacción: el trueque de las insignias del partido en oro por estrellas de David...

□



También los niños quedaron vinculados a las campañas contra el dispendio y contra la irresponsabilidad en ese sentido. Este gracioso juego, «La caza del ladrón de carbón», oculta la mortal seriedad de la propaganda: Alemania movilizaba ya sus últimas reservas para la guerra contra todo el mundo.

Reglas del juego

El «ladrón de carbón («KK») es un tipo malvado que quiere dañar al pueblo alemán. Entra en todas las casas y roba carbón, es decir, calor, luz y fuerza motriz, y también gas. Son cosas que no solamente se necesitan en casa, sino tambien en el frente. Es muy listo y sabe disfrazarse muy bien. Vosotros teneis que seguir su rastro y darle caza. Quien alcance primero los «50», o los supere, se convierte en vencedor y gana el primer premio. Se juega con un dado y comienza el participante más joven. Cada uno empieza con la cifra que haya sacado al lanzar el dado. Es posible que un mismo número corresponda a varios jugadores. A quien le salga el 27 es que ha llamado al «ladrón de carbón». Si otro lo ha llamado antes, debe comenzar otra vez desde el principio.
Añadimos las demás particularidades del juego, que deberá leer previamente en voz alta uno de los jugadores. Las cifras rojas significan que el ladrón de carbón se encuentra en su tarea. Las negras, que se le persigue y se le da caza.

Desarrollo del juego

1. Todo duerme. Al otro lado de la oscura ventana el ladrón de carbón se asoma (salto al 9)
3. . .enciende una luz porque es la hora de levantarse. Ha amanecido, a pesar de todo (se deja de tirar una vez)
4. . .va al cuarto y apaga la luz del corredor (adelante al 12)
6. . .ha puesto demasiada agua, hierve. La llama no se ha reducido al máximo. ¡«KK» roba! (se vuelve a empezar)
7. . .apaga la calefacción central en una habitación que no se ocupa o en el dormitorio. «KK» es perseguido (adelante al 16)
11. . .cierra una ventana que se quedó abierta en la escalera de la casa (se tira otra vez el dado)
15. . .vierte demasiada agua en la bañera. Esto le gusta a «KK». Se deja de tirar una vez.
17. . .desenchufa el frigorífico porque ya está suficientemente frío. Bien hecho (adelante al 22)
19. . .utiliza el aspirador, pero antes de las 9, porque la industria de armamento necesita la fuerza eléctrica. Esto es trabajo del «KK» (atrás al 13)
20. . .cierra bien las contraventanas. Así pueden proteger mejor contra el frío (adelante al 25)
23. . .no ha limpiado bien la chimenea y no tira (atrás al 18)
26. . .plancha a primera hora de la tarde. Evita las horas de mayor consumo de energías, es decir, de las 16 a las 19 horas (adelante al 31)
27. . .¡Gritad en seguida «ladrón de carbón»! (si lo dice otro antes hay que volver atrás y empezar de nuevo)
30. . .un aplauso por haber dado con el «KK» (se tira otra vez)
33. . .el aparato de radio funciona, pero no lo oye nadie. Esto es lo que quiere el «KK» (se deja de tirar una vez)
34. . .calienta el agua poniendo un cacharro encima del cazo y así ahorra gas. El «KK» huye (adelante al 41)
35. . .mantiene encendida la lámpara mientras duerme. Este le gusta al «KK» (se retrocede al 32)
37. . .conserva el calor para que no lo reduzca la temperatura exterior, cosa inteligente y adecuada (adelante al 42)
38. . .algo se ha quemado y hay que abrir las ventanas para que se ventile la habitación. Mala suerte y perdida de calor (atrás al 29 y expulsión del juego si ya se estuvo allí)
40. . .apaga las bombillas sobrantes en la lámpara del techo. «KK» se pone alerta (adelante al 45)
43. . .ha prendido a su tiempo la chimenea y funciona, con lo cual no tiene que volver a prenderla por la noche (adelante al 48)
44. . .deja sin ton ni son que arda la llama para calentar agua. Esto consume gas inútilmente (atrás al 39)
46. . .lee en la cama, se duerme y la luz queda encendida. Esto le gusta mucho al «KK» (se deja de tirar una vez)
47. . .se ha encontrado en sueños con el «KK»... y lo atrapa... (adelante al 49)
50. . .¡Vencedor! ha reconocido al fin al «KK» y le ha dado caza.

CRONICA

POLITICA | CUESTIONES MILITARES | CULTURA Y TECNICA

1944

13. 7.: Antes de partir de Obersalzberg, Hitler dicta una serie de medidas tendentes a potenciar la participación en la guerra de la población civil. El 14.7 se dirige a su cuartel general, «Guarida del Lobo». Esta sería su última estancia en el Berghof.

20. 7., 16 horas: en Berlín se proponen dar un golpe de estado, con la ayuda del Ejército de reserva, el coronel conde Stauffenberg, el mariscal von Witzleben, los generales Beck, Hoeppner y Olbricht. El batallón de la Guardia «Grossdeutschland» recibió la misión de cercar el barrio de los edificios oficiales.

20. 7., 18,35 horas: El jefe del batallón de la guardia, el comandante Remer, pregunta a Goebbels si efectivamente Hitler ha muerto. Goebbels dispone una comunicación telefónica entre Hitler y Remer. Hitler dirá a éste: «Le hablo como comandante supremo de las Fuerzas Armadas. Limítese a obedecer mis órdenes. Tiene que mantener Berlín para mí. Fusile a todo aquél que trate de desobedecerme.»

Tras el atentado, Hitler y Mussolini saludan al mariscal Graziani.

21. 7., hacia las 0,30 horas: En el patio del OKH, en la Bendlerstrasse, son fusilados Stauffenberg, el general Olbricht, el teniente von Haeften y el coronel Quirnheim.

25. 7.: Goebbels es nombrado «Plenipotenciario para la guerra total». La primera medida es la clausura de todos los teatros, salas de conciertos, etc., y la obligatoriedad de cumplir el servicio militar o un trabajo en la defensa para todos los artistas.

3. 8.: Turquía rompe sus relaciones diplomáticas y económicas con Alemania.

4. 8.: El «Tribunal de honor del Ejército alemán», constituido por Hitler, excluye de las Fuerzas Armadas a los oficiales asesinados el 21.7. y a los 12 aún encarcelados en relación con los hechos del 20 de julio anterior.

7/8. 8.: Proceso ante el Tribunal popular de Berlín contra el mariscal von Witzleben y otros. Freisler les condena a todos sin excepción a morir ahorcados.

23. 8.: Derrocamiento del mariscal Antonescu de Rumania. El nuevo Gobierno establece inmediatamente un alto el fuego con la Unión Soviética y declara la guerra a Alemania el 25.8.

26. 8.: El jefe del Gobierno búlgaro, Bagrianoff, decreta la «retirada de Bulgaria de la guerra».

6. 7.: Las armas V alemanas han causado hasta ahora en Inglaterra 2752 muertos.

8. 7.: Los supervivientes del Ejército 4 alemán terminan su resistencia en el cerco al sureste de Minsk. Desde el 22.6. habían sido aniquiladas 28 divisiones del Grupo de Ejércitos Centro.

13. 7.: El 1.er Frente ucraniano comienza la ofensiva contra el Grupo de Ejércitos alemán del Norte de Ucrania en la Galitzia oriental.

20. 7., 12,42 horas: Explosión de una bomba en el cuartel general del «Führer», «Guarida del Lobo», cuando el dictador se encontraba en la reunión de mediodía en el cuarto de mapas. El coronel conde Stauffenberg, jefe del Estado Mayor del Ejército de reserva había colocado la bomba en una cartera debajo de la mesa. Hitler resultó tan sólo ligeramente herido, pero cuatro de sus colaboradores murieron como consecuencia del atentado.

20. 7., 13.00 horas: Stauffenberg vuela hacia Berlín, convencido de que Hitler ha muerto.

20. 7., 15,30 horas: Hitler recibe a Mussolini en la última visita que le hará éste. Hitler le muestra el lugar del atentado y comenta: «Tras mi salvación de hoy en un peligro de muerte me siento aún más convencido de que he sido destinado a llevar a buen puerto nuestra causa común.»

23. 7.: A propuesta de Göring se introduce en la «Wehrmacht» el saludo nazi.

24.-29. 7.: Tres duros ataques aéreos de la Aviación británica dañan gravemente el centro de la ciudad de Stuttgart. Más de 100.000 personas quedaron sin techo, 898 murieron y 1916 resultaron heridas.

28. 7.: El ministro de Producción bélica, Albert Speer, presenta a Hitler un informe sobre la situación calamitosa en que se encuentran las plantas de producción de carburante sintético tras los bombardeos enemigos.

31. 7.: Los Aliados penetran por Avranches, con lo cual queda expedito el paso al resto de Francia. Se resiente el frente defensivo alemán a orillas del Atlántico.

1. 8.: Insurrección polaca en Varsovia. Los sublevados, que confían en la llegada inmediata de tropas soviéticas, mantienen en jaque a los alemanes hasta el 2.10.

10. 8.: Tras haber evacuado el 4.8 el sur de Florencia y haber cortado los puentes sobre el Arno, los alemanes también se retiran de los distritos del norte de la ciudad.

15. 8.: Desembarco de tropas aliadas en la costa del Sur de Francia, entre Cannes y Tolón, sin que se registre una decidida resistencia alemana.

24. 8.: El Ejército 6 alemán queda cercado al sudoeste de Kishinev por el 2.° y 3.er Frentes ucranianos.

23. 8.: Hitler ordena: «La defensa de París, como cabeza de puente, es de una trascendencia decisiva». El 25.8 ocupan la capital las tropas francesas del general De Gaulle. El comandante alemán de la plaza, general von Choltitz, capitula y se entrega como prisionero.

6. 7.: Se estrena en Lübeck la película «Los Degenhardts», de tema familiar y propagandístico. Protagonista: Heinrich George. Director: Werner Klingler. Calificación: de grandes valores políticos y artísticos.

9. 7.: Richard Vogt gana en Hamburgo en combate al aire libre el campeonato de boxeo de los pesos medios en pelea con Jean Kreitz, de Aquisgrán, por KO en el 8.° asalto.

14. 7.: Estreno en Breslau de la película histórica «El caso Roedern», en torno a la figura de Dietrich von Roedern, arquitecto militar de Federico el Grande. Director: Erich Waschneck. Calificación: de grandes valores políticos y para la juventud.

18. 7.: Dos líneas de tranvías de Hamburgo se dedican al transporte de mercancías.

Un vagón cargado con rollos de papel de periódico es enganchado a un tranvía para su transporte.

19. 7.: A la vista de la marcha de la guerra aérea, el «Gauleiter» e instructor del Reich, Scheel, profetiza: «Nuestras universidades, dañadas por el furor sádico del enemigo, resurgirán más grandes y auténticas que hasta ahora.»

30. 7.: Se estrena en Berlín la película «La voluntad de vivir», producción especial de la UFA realizada por encargo del departamento cinematográfico del partido nazi. En ella se trata el tema de la medicina en relación con los heridos de guerra.

2. 8.: De acuerdo con el criterio de guerra total se suspenden los campeonatos deportivos en todo el Reich.

24. 8.: Entre las medidas dictadas por Goebbels en relación con la guerra total se incluye la semana de 60 horas en los servicios públicos y la militarización de la obra social «KdF».

28. 8.: El campo de concentración de Buchenwald, cerca de Weimar, resulta alcanzado por las bombas durante una acción aérea aliada. Según el comunicado oficial, entre los prisioneros muertos se incluían los antiguos diputados del Reichstag Breitenscheid y Thälmann. En realidad el antiguo jefe del partido comunista alemán, Ernst Thälmann, había sido asesinado por los nazis diez días antes.

Habla Hitler

Cuartel general del «Führer», «Guarida del Lobo», en Rastenburg, 30-I-1944.

En su alocución con motivo del aniversario de la «toma del poder», Hitler se refiere a los ingleses, como era frecuente en él en semejantes ocasiones. Sus palabras van dirigidas sobre todo a los «criminales de guerra» británicos. Entre las andanadas de odio apunta sin embargo la vieja idea de un pacto con Inglaterra, una idea que Hitler no desechó hasta el final.

Inglaterra ha perdido su prestigio

En el quinto año de la gran guerra, nadie puede decir que las causas, y con ellas el sentido y la finalidad de esta lucha mundial, no estén claras. Ya ha pasado hace mucho tiempo la época en la que parecía como si esta guerra fuese una más de las promovidas por Inglaterra, tendentes a lograr la impotencia del continente y, consiguiendo el equilibrio de fuerzas, a cosechar ventajas para el imperio británico. Aquello que sistemáticamente desde 1936 ha incitado en Londres a la guerra, ha convertido al incitador en incitado. Los espíritus de los que se pretendían servir según el viejo uso británico, se les han rebelado y se han hecho sus dueños y señores.

En relación con el desenlace de esta lucha, Inglaterra ha perdido de modo definitivo su papel en el continente. La cuestión ha dejado de ser ya si en la guerra actual será posible o no restaurar la equiparación de fuerzas sino algo distinto: Quién será la primera potencia en Europa al final de la lucha. La familia de los pueblos de Europa, representada por su Estado más poderoso, o el coloso bolchevique.

Las apreciaciones difundidas por ciertos periódicos ingleses, según los cuales Rusia, tras una eventual derrota de Alemania, no apetecería penetrar más en Europa y se daría por satisfecha con la posibilidad de adoctrinar, es decir, de exterminar al pueblo alemán, estas apreciaciones no son más que impertinencias judías aptas para cabezas huecas, como esa otra patraña de que antes de que termine la guerra Inglaterra asumirá en cualquier caso la iniciativa en una nueva lucha, esta vez contra la Unión Soviética.

En primer lugar, los objetivos de esta guerra y de la victoria en esta confrontación de pueblos no pueden ser fijados por los diarios británicos. En segundo lugar, en el caso de una victoria del bolchevismo, es impensable que el triste resto de Europa contra el que luego iría a luchar el gran coloso euroasiático, la Unión Soviética, fuese capaz de seguir combatiendo bajo el mando inglés, tanto más cuanto que las perspectivas militares de una lucha en estas condiciones sólo podrían parecer positivas en el caso de que se tuviese una auténtica cabeza de paja. Aparte de esto, todos los europeos saben que, en tal caso, el resto de los pequeños Estados europeos occidentales que siguiesen en pie temporalmente, sólo tendrían acceso al honor de poder derramar la sangre de sus soldados al lado de la de los canadienses, australianos, neozelandeses, sudafricanos, etc, en la lucha por la conservación del poderío británico, y a la piedad para la propia vida individual.

Algo hay completamente seguro: en esta lucha solamente habrá un vencedor, y éste será Alemania o la Rusia soviética. La victoria de Alemania supondrá el mantenimiento de Europa y la victoria de la Rusia soviética su exterminio.

Esto es, como ya hemos dicho, tan claro, que debiera saberlo también cada uno de los ingleses, si es que no son todos unos imbéciles. Si se prefiere en cambio continuar actuando con una auténtica hipocresía británica, como si hubiese otra posibilidad, esto irá unido a que los criminales de guerra londinenses no conciben otra posibilidad que les permita verse libres de su propio enredo y a que el camino de retorno ha sido obstruido por sus incitadores judíos, también en cuanto a la política interior. Por esta razón ya no es un problema que se puedan plantear Inglaterra y los Estados Unidos el que, una vez concluida esta guerra, vayan a poder y querer luchar contra el bolchevismo. La pregunta sería si estos países estarían en condiciones el día de mañana de poder defender a sus propios países del bolchevismo.

El problema de la salvación de los Estados europeos y, con ello, la salvación de Europa es, en definitiva, un problema cuya solución corresponde al pueblo nacionalsocialista alemán y a sus Fuerzas Armadas, y a los Estados con él aliados. En cambio, si el Reich fuese abatido, ningún otro Estado de Europa podría ofrecer una resistencia suficiente a esta nueva invasión de los hunos.

Esto lo saben también en el Kremlin.

Por ello, en el caso de una victoria suya, y aunque nada más fuese en previsión del futuro, el destino de la nación alemana sería su completa aniquilación por el bolchevismo.

En consecuencia, resulta indiferente el que los resortes judíos actúen desde Inglaterra o desde Norteamérica, o desde su central en Moscú. También es indiferente el que los políticos europeos o extraeuropeos acepten esta verdad o la tengan por falsa, y tampoco tiene la menor importancia si se cree o no en este país o en el otro el poder quitar el veneno a las bacterias judías, cultivadas por ellos mismos, recurriendo a suaves caricias. Si Alemania no llegase a vencer se decidiría en pocos meses el destino de los Estados del Norte, Centro y Sur de América. El Occidente caería en menos tiempo aún. Diez años después, el continente de la cultura más antigua habría perdido la razón de ser de su vida; habría desaparecido lo que nos ha dado un desarrollo material y espiritual modélico a lo largo de dos siglos y medio. Los pueblos portadores de esta cultura se embrutecerían en cualquier bosque o en los pantanos de Siberia, si es que no habían encontrado antes la muerte, con un tiro en la nuca. En cambio el asolador príncipe judío podría celebrar la destrucción de Europa en un segundo y triunfal «purim».

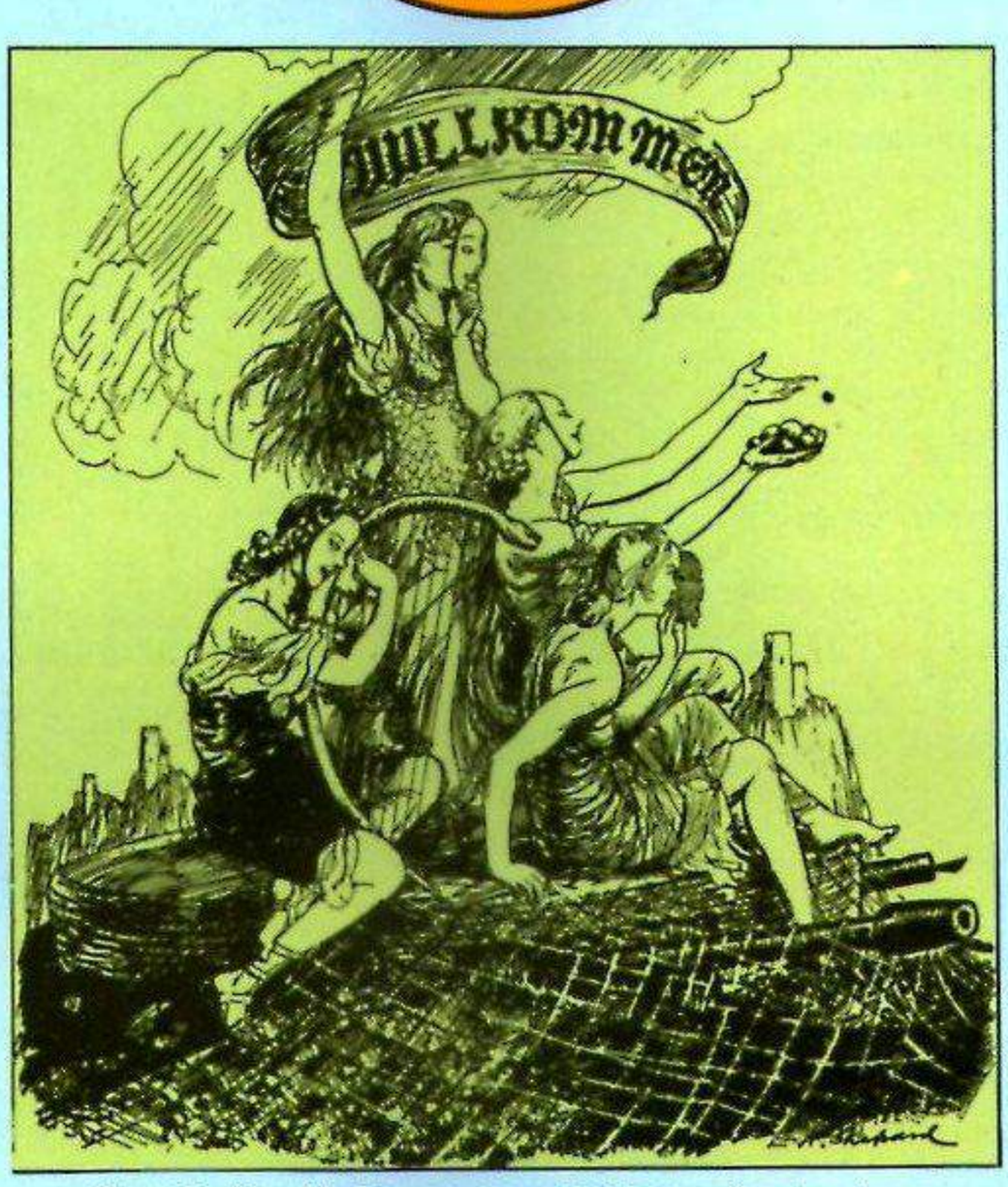
Pero el pueblo alemán es todavía hoy capaz de batirse por el destino de sí mismo y de todo el continente europeo agradeciendo a la voluntad de Dios la gracia de haberle puesto, tras una larga lucha por el poder y once años de nacionalsocialismo, en el momento más cercano a la consecución de la victoria.

□

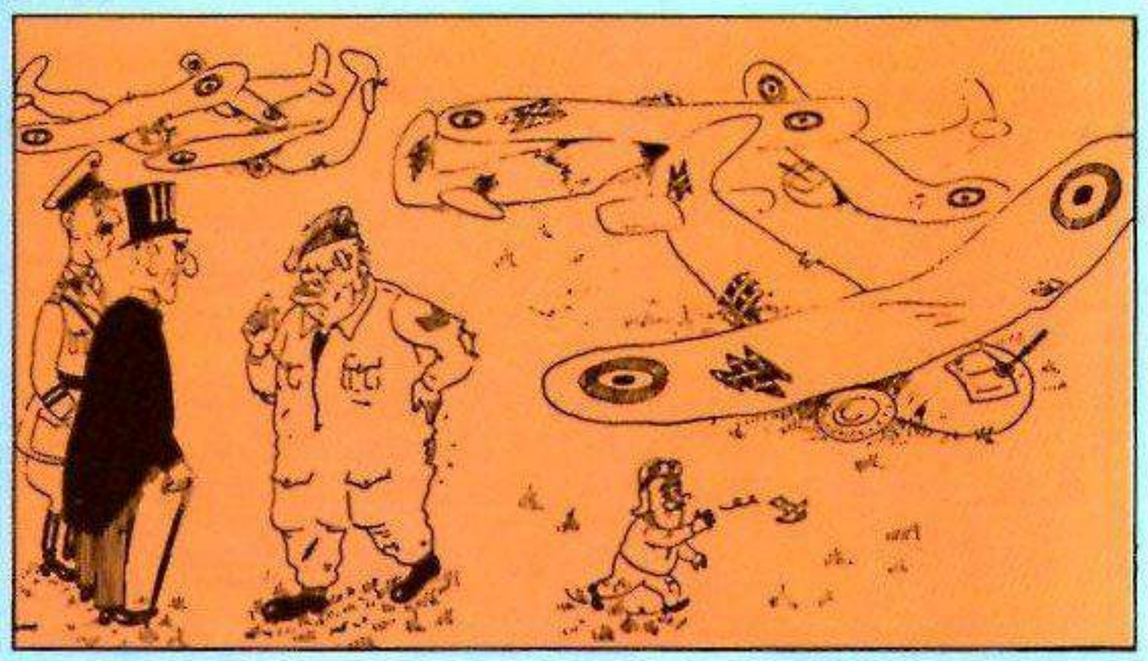
EL HUMOR EN EL TERCER REICH

Retazo de una conversación: «Oigo siempre desquite, desquite. ¡Y yo que pensaba que buscábamos la victoria!»

Un verso infantil: Mariquita, vuela, tu padre está en la guerra y a tu abuelo llaman a filas. ¡Qué desquite se avecina!



Cuando los Aliados se aproximaban a las fronteras del Reich en otoño de 1944, aumentó la resistencia alemana. «Atención, peligro a la vista», advierte esta caricatura del «Punch» londinense, con la que se denuncia el convencimiento de que la guerra terminaría pronto.



La operación de desembarco aéreo aliado en Arnhem, a las puertas de la cuenca del Ruhr, se saldó con una catástrofe. En una caricatura del «Kölnische Zeitung», Churchill saca las consecuencias: «Así no llegaremos nunca a Berlín. Tendremos que esperar a 1945» (arriba).

Por la misma época Londres se encontraba sometido al fuego de las V-1. Aunque las nuevas armas tan alabadas no decidieron un giro trascendental en la guerra, el dibujante nazi, Mjölnar, en el «Volkischer Beobachter», ve temblar a Inglaterra ante el martillo de las V-1 (izquierda).

Puesto de combate alemán con ametralladora en el frente italiano. La lucha encarnizada en Sicilia y el ataque contra las vanguardias de desembarco aliadas significaron la posibilidad de construir la Linea Gustav.

Karlludwig Opitz

MONTE CASSINO

En septiembre los Aliados desembarcaron en el sur de Calabria. Confiaban en poder estar en Roma un año después. Sin embargo sus proyectos tuvieron que retrasarse por la resistencia opuesta en la Línea Gustav, que atravesaba el sur de Italia. Los combates más enconados se libraron en torno a Monte Cassino

Diez divisiones alemanas se atrincheraron en la zona de Monte Cassino. Contra ellas avanzaban 5 divisiones estadounidenses (general Clark), 6 británicas (general Alexander), 1 francesa (general Juin), 1 neozelandesa (general Freyberg), 2 polacas (general Anders), 2 marroquíes y 1 argelina. A ellas se unirían también 2 divisiones canadienses y otra sudafricana. Con los Aliados lucharon además una brigada judía, otra brasileña y las tropas italianas de Badoglio.

La batalla de Roma comenzó en el ala derecha de la posición conocida como Línea Gustav, desde Gaeta al valle del Liri. La lucha se desarrolló a lo largo del eje ferroviario Nápoles-Roma, la Vía Casilina, y, concretamente, en torno a una montaña que cerraba el paso a los Aliados hacia la capital: Monte Cassino.

Desde septiembre de 1943 los Aliados que desembarcaban en el sur de la península se hallaban ocupados en crear aeródromos, establecer posiciones de artillería, almacenes de munición, hospitales de campaña, cuarteles, instalaciones acorazadas, campamentos de barracones, que crecieron rápidamente en los valles. Los soldados alemanes agazapados en los montes observaban con sus prismáticos cómo los blindados del enemigo, las columnas de vehículos, los cañones, iban saliendo de los buques de transporte y se trasladaban a las posiciones de partida. Los franceses y los polacos marchaban con las banderas desplegadas. La *Luftwaffe* alemana solamente realizaba vuelos de reconocimiento.

El 17 de enero de 1944 abrieron fuego en el bajo Garigliano las divisiones británicas 5 y 56, a las que luego se unió la 46. Los ingleses empujaban a los alemanes, obligándoles a replegarse de las orillas del río, hasta Castelforte. El comandante general del Sur, mariscal Kesselring, logró resistir el avance con sus divisiones acorazadas de granaderos 29 y 90. Pero, así y todo, los alemanes perdieron importantes posiciones en la montaña.

El 20 de enero se lanzó a la carga el Cuerpo de Ejército II USA. La División Texas 36 trató de atravesar el Rápido

Durante cinco meses se luchó por Monte Cassino, con empleo de enormes efectivos y recurriendo al combate cuerpo a cuerpo. Al final de la lucha la montaña parecía un paisaje lunar. La vieja abadía benedictina situada en la cumbre no era más que un montón de cascotes.

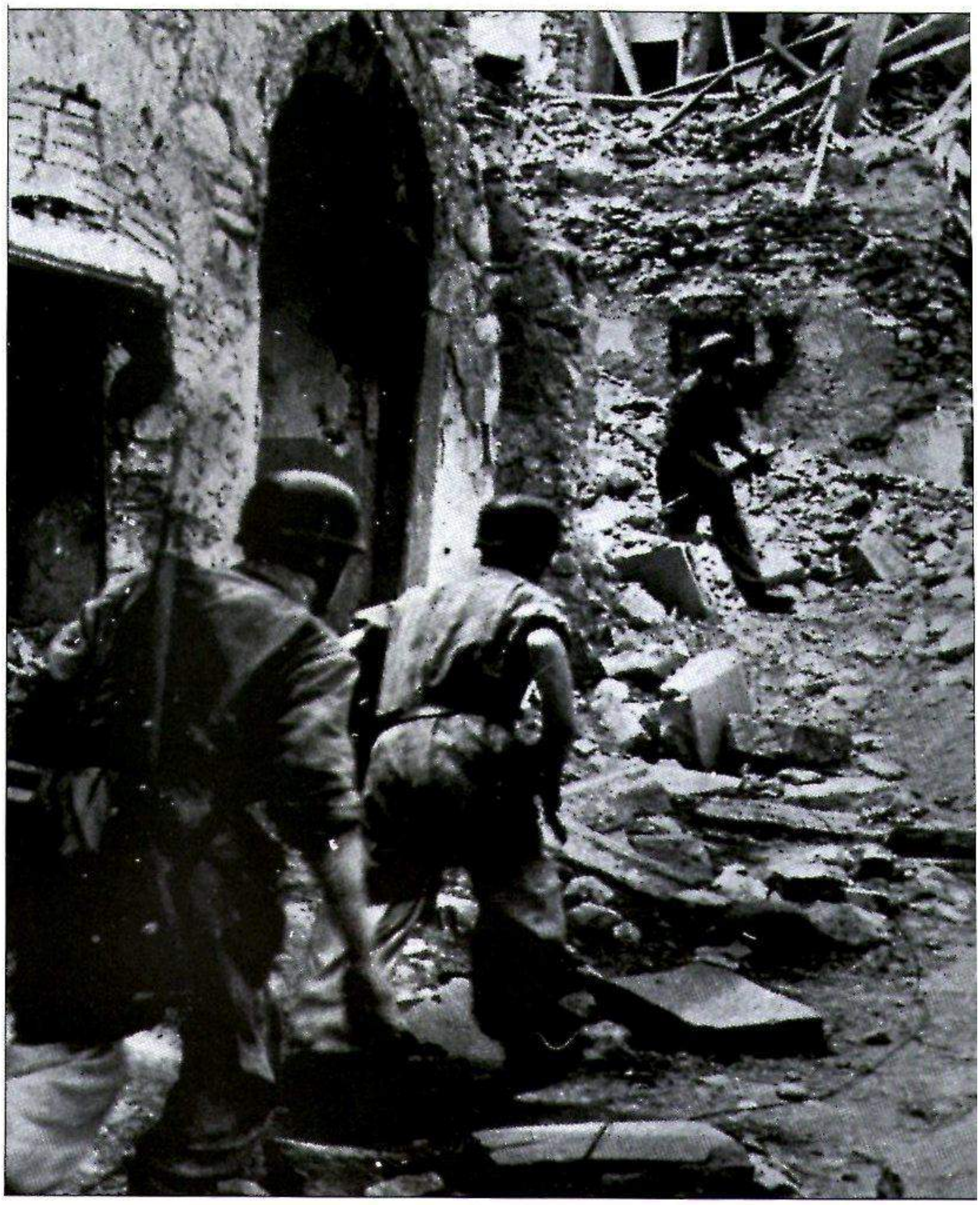
por ambos flancos de la pequeña ciudad de Angelo. Los americanos perdieron en el intento 1700 hombres, en lucha contra la División 15 *Panzergrenadier* alemana. El 24 de enero los Aliados comenzaban el ataque contra la posición Gustav por el sector de Monte Cassino. En el ala derecha formaban los franceses y el Cuerpo de Ejército II USA. Los atacantes tenían que superar una elevación montañosa de 10 Km de longitud y 800 m de altura antes de cruzar el valle del río, un campo sembrado de minas y otros obstáculos. Los alemanes de la División de Infantería 44 se habían atrincherado descendiendo desde las alturas.

En las trincheras, en las cuevas y en los embudos producidos por las explosiones de las granadas junto al Monte Calvario, los granaderos se mantenían al acecho, no lejos de Monte Cassino. El Regimiento 4 tunecino comenzó el ataque contra el Monte Cifalco. Los hombres de la División de montaña 5 no dejaron con vida a ningún norteafricano. Pero el Regimiento 7 argelino había logrado abrirse paso por los campos de minas y atravesar el Rápido. Los argelinos conquistaron poco después los cerros Belvedere y Abate. Luego atacaron Terelle. Los soldados del Regimiento 200 *Panzergrenadier* consiguieron rechazar el ataque de los norteamericanos y recuperaron el Cerro Abate. Durante las luchas en el Norte de África los bombarderos y cazas americanos y británicos habían dominado el cielo. Ahora, en el sur de Italia, la *Luftwaffe* alemana tenía mejores condiciones. Durante la batalla de Monte Cassino los soldados alemanes presenciaron el desarrollo de los primeros combates aéreos con carácter masivo, en vuelo rasante y sin ninguna tregua.

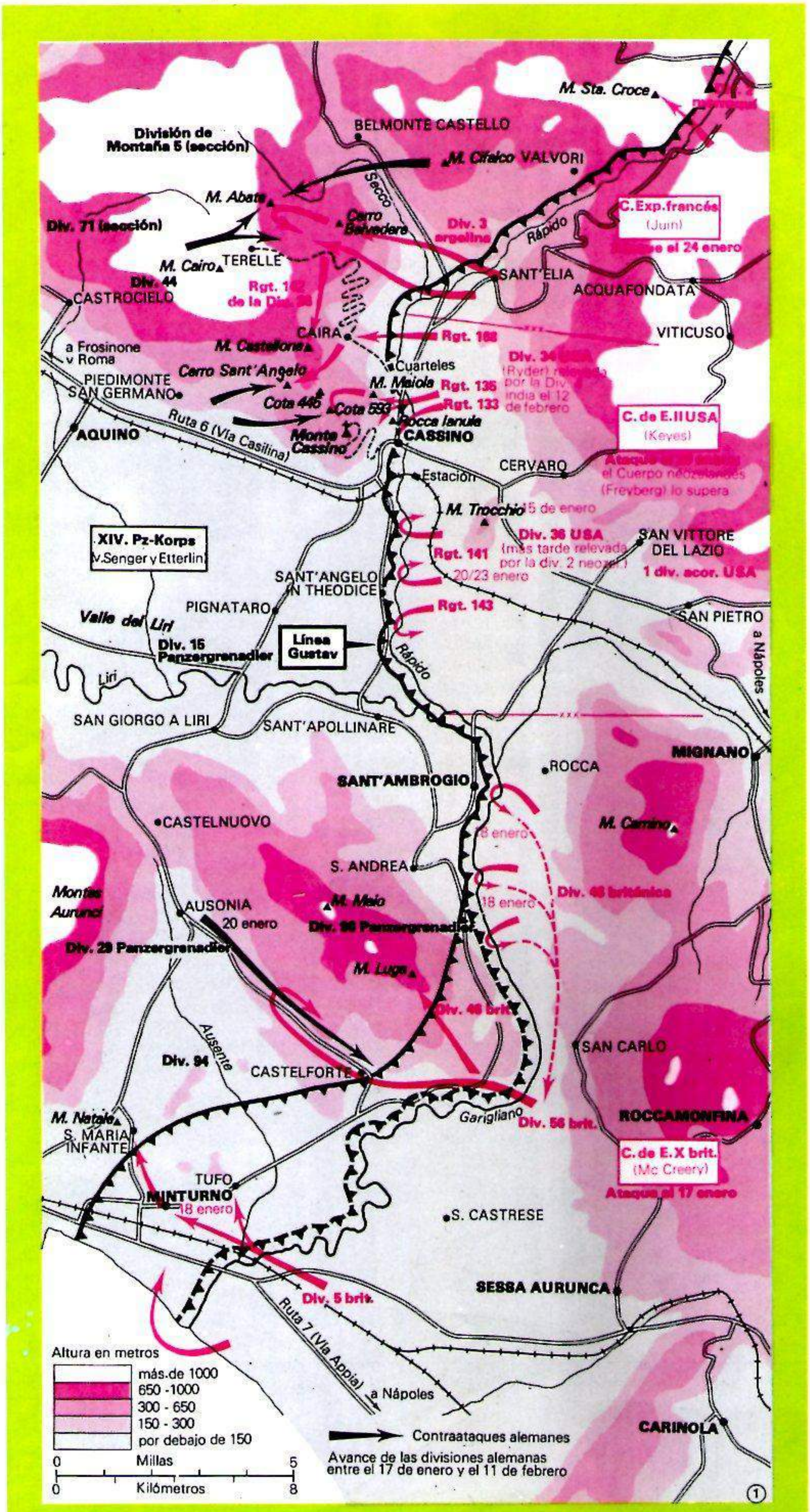
Al norte de la pequeña ciudad de Cassino, no lejos de los cuarteles, avanzaba la División 34 norteamericana. Con la División atacaban también los Regimientos 133 y 135 norteamericanos, así como el Batallón 100 nipón-americano. Los combates se prolongaron en este punto durante cinco días y cinco noches. Los regimientos quedaban diezmados hasta quedar convertidos en batallones, los batallones en compañías, las compañías en unidades de choque menores. Los americanos conquistaron el Monte Castellone (771 m) y el Cerro Maiola. El 5 de febrero se aproximaban peligrosamente a Monte Cassino tropas de asalto americanas, hasta una altura de 519 metros, casi al pie de los muros del monasterio.

Los alemanes esperaban refuerzos, que no debían de estar ya lejos. Se trataba del Regimiento acorazado 361, y de la avanzadilla del III batallón de paracaidistas, cuyos primeros hombres

se acercaban rápidamente, al mando del coronel Heilmann.
El 6 de febrero remontaban el Monte Calvario (593 m) tropas de asalto americanas. El mismo día los soldados alemanes de la División 90 lograron recuperar la posición. Al día siguiente los americanos volverían a tomar la montaña, pero entonces comenzaron a operar los paracaidistas alemanes y las fuerzas USA tuvieron que abandonarla nuevamente. Más al norte el Cuerpo Expedicionario Francés (F.E.C.) y el Cuerpo de Ejército II USA luchaban por la posesión del Cerro Belvedere y de Terelle, en cuyas ruinas se entregaron el 31 de enero los últimos soldados alemanes supervivientes, que en total no eran más de treinta hombres.
Cuando oscureció en Monte Cassino, los *gurkhas* se aproximaron al valle. Eran soldados fanáticos, entrenados por instructores ingleses. Con los *gurkhas* formaban también los *rajputs,* codiciosos de las cabezas de sus enemigos muertos, que separaban del tronco. Al llegar la noche se concentraron todos ellos ante Monte Cassino. Su misión era la de conquistar aquella cota, la montaña de San Benito, con el convento que fue cuna del monacato de occidente. Una salva de la artillería aliada fue a dar sobre la cumbre del monte. Durante diez minutos las rocas fueron haciéndose añicos por efecto de las explosiones. Y después, bajo la pálida luz de la luna en cuarto menguante, los pequeños hombres del Himalaya se lanzaron a la conquista de la montaña.
Los cazadores paracaidistas del Grupo de Meinhardt se hallaban acurrucados en sus nidos de piedra fumando tranquilamente. Mientras continuase disparando la artillería ellos no tenían tarea. De pronto comenzó a oírse fuego de ametralladoras. En algún punto, al pie de la montaña, estallaban granadas de mano. Los fusiles ametralladores completaban la acometida.
Los paracaidistas sabían de dónde llegaría el asalto: de una especie de acequia natural formada por el agua de la montaña.
Abajo comenzaron a explotar las minas. Los *gurkhas* habían tocado los alambres del percutor. Los heridos elevaban sus gritos desesperados hacia el cielo nocturno. La luz fantasmal de la luna hizo que se fuesen precipitando contra las rocas, como última salvación, hasta que encontraron el terraplén y se refugiaron en él. El suboficial Meinhardt los contemplaba. Cada vez había más. Los *gurkhas* cuchicheaban sin cesar, entrechocaban sus armas. Uno de ellos lanzó una granada de mano.
Los paracaidistas ni se inmutaron. Los asiáticos se arrastraron por la acequia. Una bengala, con una penetrante luz blanca, surcó el espacio sobre sus



cuerpos. Era el anuncio de que aquellos pequeños hombres del Himalaya iban a morir en la montaña de San Benito.
El 12 de febrero los norteamericanos se lanzaron nuevamente a la conquista del Monte Calvario. El fuego de los paracaidistas obligó al Regimiento 141 de los atacantes a guarecerse tras el palacete de la hacienda Massa Albaneta. También los hombres del Regimiento 142 se refugiaron tras las rocas sin poder moverse. Así hasta que llegó la noche. Apenas sobrevivieron cien hombres al combate.
El Regimiento 168 estadounidense, que se había atrincherado al pie del monte, fue completamente aniquilado. Los paracaidistas, sometidos constantemente al intenso fuego aéreo de los *Jabos,* de los cohetes y de la artillería enemiga, lograron conservar por el momento aquella posición, que se convertiría en el Douaumont de la segunda Guerra Mundial.
En la pequeña ciudad de Cassino, como en días pasados, se batía ahora con toda crudeza el Regimiento 211 de granaderos contra las tropas acorazadas enemigas y sus fuerzas de choque. El Regimiento 200 *Panzergrenadier* desencadenaba entretanto un contraataque sobre el Monte Castellone, orientado a desarticular la amenaza enemiga contra la Vía Casilina. Un fuego de artillería de proporciones desconocidas hasta entonces, a cargo de las baterías alemanas y aliadas, dio paso a una lucha encarnizada por cada cota. El coronel Behr, comandante del Regimiento 200, envió al segundo día de combate hasta los americanos establecidos en el Monte Castellone al médico militar Wauer y a un subalterno de éste, que hablaba inglés, con la misión de pactar un alto el fuego de cuatro horas para retirar a los heridos y los muertos. Los americanos aceptaron la propuesta. Algunos días después aviones nortea-



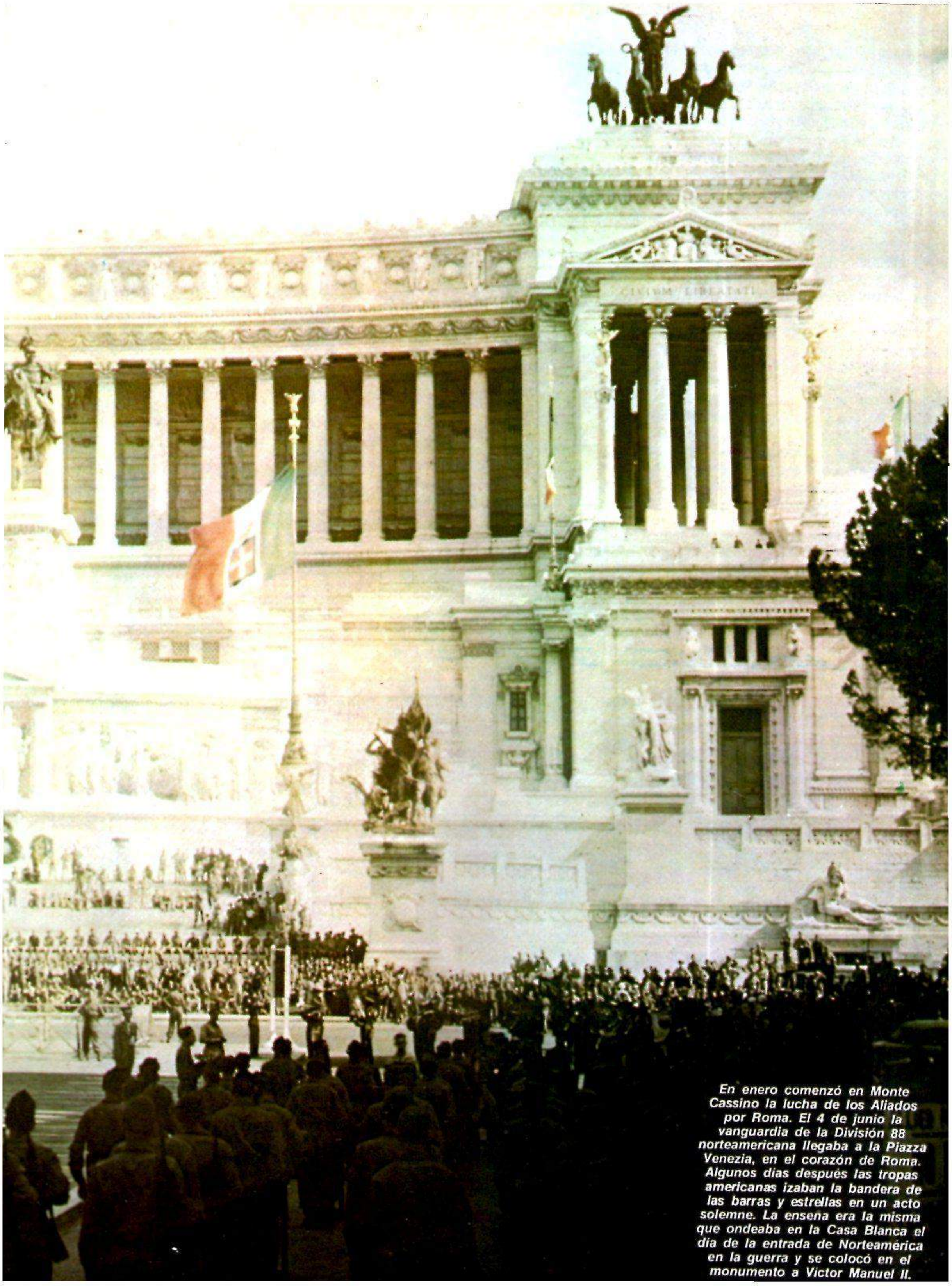
Mapa de los combates en la Linea Gustav en enero y febrero de 1944. La ofensiva aliada quedó detenida tras los éxitos iniciales.

El 11 de mayo los Aliados volvieron al ataque. En la página opuesta, cazadores paracaidistas alemanes durante un contraataque en Monte Cassino.

mericanos lanzaron octavillas en las que se utilizaba como material de propaganda la petición alemana de un armisticio limitado. El OKW exigió inmediatamente una explicación de lo ocurrido, así como un informe detallado de la actitud del comandante de la división. El general Baade no dudó ni un momento en justificar el alto el fuego y alabó la iniciativa del coronel Behr. Sin embargo, no volvió a pactarse por ninguna de las partes contendientes una nueva tregua para atender a los heridos y retirar los muertos.

El 15 de febrero de 1944 los monjes del monasterio de San Benito en Monte Cassino rezaban los maitines. Desde que comenzaron las luchas por la conquista del monte habían instalado la capilla en uno de los sótanos del vetusto convento. Junto con los religiosos se encontraban en oración algunos fugitivos, mujeres, niños y ancianos llegados del pueblo de Cassino y de las aldeas destruidas por los soldados. Sobre la bóveda retumbaban las explosiones de las bombas. La argamasa se desprendía de aquellos viejos muros de varios siglos de edad. El polvo entraba en la capilla. La presión que producían las explosiones apagaba las velas del altar. El monasterio se estremecía bajo el estallido de los artefactos mortíferos. Las piedras parecían lanzar gemidos. Las mujeres y los niños gritaban y lloraban. Los monjes se hallaban postrados de rodillas. Luego, se produjo un silencio sepulcral. Subiendo por escaleras destrozadas, cruzando puertas derruidas, los refugiados salieron al aire libre. Por todas partes ruinas, desolación. La basílica y el convento no eran más que un montón de escombros. De entre ellos sobresalía la imagen de San Benito. Tenía cortada la cabeza.

El mariscal Kesselring escribiría: «...Quiero dejar bien sentado que el monasterio se encontraba fuera de la línea de fuego en un principio, y se hallaba protegido por la policía militar contra cualquier intento de violar este propósito. Aunque las obras de arte y la biblioteca del monasterio habían sido trasladadas a Roma, para encomendárselas al papa, hubo que lamentar numerosas víctimas entre la población civil.» Dieciocho horas después del bombardeo, el Batallón Sussex inglés coronaba la loma de Monte Cassino. Tras los británicos ascendieron también 5



En enero comenzó en Monte Cassino la lucha de los Aliados por Roma. El 4 de junio la vanguardia de la División 88 norteamericana llegaba a la Piazza Venezia, en el corazón de Roma. Algunos dias después las tropas americanas izaban la bandera de las barras y estrellas en un acto solemne. La ensena era la misma que ondeaba en la Casa Blanca el dia de la entrada de Norteamérica en la guerra y se colocó en el monumento a Victor Manuel II.

batallones indios. Parecía que tenían segura la victoria. Pero en realidad se encontraban en la línea de fuego de los cazadores paracaidistas. En la ciudad de Cassino, el Batallón 28 maorí pugnaba por atravesar el Rápido. Los maoríes, curtidos soldados neozelandeses, que ya habían acumulado experiencias en Creta y en el Norte de África, llegaron hasta la estación, hasta los talleres de las locomotoras. Todo había quedado reducido a una desolada ruina, a cascotes humeantes.

Los hombres del Regimiento 211 de granaderos obligaron a los maories a cruzar de nuevo el Rápido en sentido inverso. Los neozelandeses atacaron una vez más. Por su parte, los zapadores británicos no lograron tender un puente sobre el río, con objeto de trasladar por él los carros de combate.

En aquella hora de los combates defensivos más intensos, el teniente general Heidrich, al mando de la División 1 de cazadores paracaidistas, asumiría la responsabilidad del sector de Cassino. Los paracaidistas defendieron un frente de 13 kilómetros de longitud, sembrado de ruinas, pedregales y rocas.

En el cuartel general del Cuerpo de Ejército neozelandés, en Cervaro, los jeeps llegaban sin cesar. El anfitrión era el general Freyberg. El general de División Bernhard Freyberg, un apuesto oficial de Nueva Zelanda, antes comandante supremo de las tropas de su país en Creta, antiguo rival del Afrikakorps alemán, se proponía ahora dejar expedito el camino de Roma mediante el empleo de bombarderos. Los invitados de Freyberg eran, ese 15 de marzo, los generales Alexander, Clark, Juin y Anders.

Los reporteros de guerra procedieron a filmar y fotografiar. Se hallaban en vuelo hacia Italia 775 bombarderos. Esas fortalezas volantes llegaban de Inglaterra y se veían obligadas a cruzar media Francia protegidas por aviones de caza. Sobre las aguas del Tirreno los recibirían los aviones americanos, que saldrían a su encuentro para conducirlos al objetivo.

Otros efectivos aéreos llegaron también a Sicilia procedentes del Norte de África. Los *Jabos* provenían de los aeródromos del sur de Italia.

En el minuto preciso, como estaba preparado, a las doce en punto, partían los primeros aparatos y comenzaban a castigar duramente la zona con sus bombas. Cassino, las montañas, los valles, quedaron envueltos por las explosiones, el humo y las trombas de polvo. En total se lanzaron 2500 toneladas de explosivos. También resultó alcanzado el cuartel general del Ejército 8 británico. Cuando cesó el bombardeo comenzaron a tronar 746 cañones de todos los calibres contra las trincheras alemanas: en total lanzaron sobre éstas 200.000 granadas.

En los siete días que siguieron, los Aliados dispararon contra el enemigo otras 450.000.

Cuando terminó la trilla de las bombas los neozelandeses volvieron a atacar las ruinas de Cassino. Al fin podían conquistar la estación y lo que fue taller de locomotoras. Los *gurkhas* se adueñaron también de un viejo castillo, completamente destruido, y de una zona de curvas de la carretera de montaña que conducía a Monte Cassino por el valle.

Churchill estaba furioso.

Cablegrafió al general Alexander: «...Me gustaría recibir una explicación de por qué ha decidido quedarse clavado por su cuenta y riesgo en un desfiladero junto a Monte Cassino, en un lugar con una anchura de sólo tres o cinco kilómetros. Desde aquí se le pregunta por qué no puede atacarse al enemigo por los flancos. Es difícil de comprender por qué se empeña en considerar este punto tan duramente defendido como única vía de avance y por qué no se ha ganado terreno en una u otra ala.»

El general Alexander se justificó lo mejor que pudo: «...Las operaciones envolventes no garantizan éxito alguno, como consecuencia de las difíciles condiciones del terreno. No hay otra alternativa que atacar frontalmente Monte Cassino. Freyberg había previsto conquistar este bastión con un ataque directo. Su plan se apoyaba en el factor sorpresa y en nuestro predominio aéreo, así como en la capacidad de nuestra artillería. La resistencia de los cazadores paracaidistas alemanes es extraordinaria, si se tiene en cuenta que han soportado seis horas de bombardeo a cargo de todos nuestros efectivos aéreos, más el castigo de ochocientos cañones que se iban acercando. Los alemanes han resistido el mayor fuego artillero que jamás se haya producido contra una posición».

Los combatientes germanos lucharon por la defensa de Roma como si de una ciudad propia se tratase. En el Este, el Ejército Rojo marchaba hacia Polonia, Rumania, Galitzia. Crimea tuvo que ser entregada por los alemanes ocupantes. Aquí, en el Sur de Italia, en el país del antiguo aliado en el que los hermanos de armas habían capitulado ya hacía tiempo, los alemanes defendían en el sentido literal de la expresión cada montón de piedras. Entretanto, en Inglaterra se iban acumulando las fuerzas previstas para el desembarco en Normandía. Había que doblegar como fuese la resistencia teutona.

A las 23 horas del 11 de mayo volvieron a rugir 1600 cañones en Monte Cassino. Al amanecer, tras un huracán de fuego sin precedentes, los norteafricanos se lanzaron hacia los montes Aurunci y los británicos en dirección a Sant'Angelo. Los marroquíes tomaron el camino del Monte Girofano y del Monte Feuci. La División 1 francesa conquistó S. Andrea, S. Ambrogio, S. Appollinare. La División 3 argelina se apoderó de Castelforte y Santi Cosma e Damiano. Con ello se rompía la posición Gustav.

Al sur, en torno a S. Maria Infante, tuvo lugar un combate cuerpo a cuerpo que duraría varias horas. Lo libraron el Regimiento 267 de granaderos y el Batallón 94 de fusileros alemanes contra el Regimiento 351 norteamericano. El frente de Cassino se debilitaba, pero los Aliados tuvieron que desmontarlo piedra a piedra.

Por la noche aparecieron también los aviones aliados. Soltaban su carga a la luz de bengalas, que descendían a tierra en paracaídas. Luego volvía a cruzar el espacio el haz luminoso de los aviones de reconocimiento. Al amanecer ya estaban allí los *Jabos*. Y volvían a retumbar los cañones de la artillería.

La Rocca Ianula, situada enfrente de la carretera serpenteante que llevaba al monasterio de Monte Cassino, se hallaba en manos de los *gurkhas*. En los escombros de la ciudad de Cassino tan sólo quedaban algunos focos de resistencia. En total 120 soldados alemanes defendían aquellas últimas posiciones en el valle.

En la montaña se batían aún los cazadores paracaidistas, haciendo rodar por la ladera cargas explosivas. La munición comenzó a escasear. Faltaban el agua y los alimentos. Entretanto, la División 4 británica llegaba a la Vía Casilina, en el valle del Liri. Los franceses se dirigían ya hacia Roma. Al pasar por los pueblos fueron saludados entusiásticamente por los italianos. A lo largo de la costa, el Cuerpo de Ejército II USA emprendía también la marcha sobre Roma, provisto de carros blindados, aviones para vuelos a baja cota, bombas y granadas. Encendidas las luces de posición, los aviones ingleses sobrevolaban por las noches el valle del Liri, del Rápido, Monte Cassino. No hubo ni un solo antiaéreo que lanzase contra ellos un proyectil. En la noche del 18 de mayo la 1.ª Compañía del Regimiento paracaidista alemán 3 hizo un recuento de soldados aún aptos para la lucha: tan sólo quedaban un teniente y un cabo primero. La 14.ª Compañía, mandada por el sargento primero Karl Schmidt, contaba con unos efectivos parecidos. El Grupo de Meinhardt sólo tenía como supervivientes un suboficial y un cabo primero.

Al amanecer los polacos ocupaban el Monte Calvario y Monte Cassino y clavaban en la cumbre su bandera blanca y roja. Los Aliados sufrieron 11.879 bajas, entre muertos y heridos, y los alemanes 22.000. □

LENI RIEFENSTAHL

Cuando al principio del film «Triunfo de la voluntad» hacía llegar al «Führer» a Nuremberg, entre los sones del himno de Horst-Wessel, cuando captaba en su cámara la elegancia del super atleta de color Jesse Owens, cuando fotografiaba a los nuba en el corazón del Sudán, siempre, en estas y otras situaciones, la famosa directora cinematográfica Leni Riefenstahl actuó fascinada por la estética, por la armonía, la acción y el dramatismo. Ofrecemos en estas páginas una breve semblanza de la que fue admiradora de la personalidad de Hitler y en la que se recoge el origen y la historia de sus producciones más conocidas.

El momento de sus grandes éxitos ha quedado 40 años atrás. Hace 21 años que presentó su última película, ignorada por la crítica. Ahora vuelve a hablarse de ella, y el interés es incluso excesivo en algún momento. Se la honra en el extranjero y en la República Federal Alemana se proyectan sus películas más conocidas. Leni Riefenstahl vuelve a ser centro de atención.

Con más de 30 procesos a sus espaldas, esta mujer ha tratado desde 1945, incansablemente, sin desmayo, de lograr un reconocimiento como persona libre de sospechas políticas, contra las acusaciones de haber sometido el arte a la política fascista y de haber sido la «amante del *Führer*». Leni ha procurado desde entonces rebatir todas estas calumnias.

El tribunal de desnazificación clasificó, en 1952, a la estrella-directora de cine más conocida del III Reich como «colaboradora», pero con ello no desaparecieron los estigmas del pasado. Los proyectos de filmaciones que tenía dis-

Bajo su dirección se filmó el laureado documental sobre los juegos olímpicos de 1936, que sería presentado con los títulos de «Fiesta de los pueblos» (primera parte) y «Fiesta de la belleza» (segunda parte).

puestos para los años siguientes fracasaron durante la planificación o durante el rodaje. Parecía que Leni había sido abandonada definitivamente por la suerte. Mas he aquí que se produce su descubrimiento personal de África: descubre la vida de los nativos que, en el Sudán, han quedado al margen de la civilización. Descubre la fascinación de la tribu nuba, en cuyo seno vivió durante meses aprendiendo el idioma. Lógicamente también filmó allí, aunque dificultades financieras impidieron la producción de la película. En lugar del filme dio a conocer entonces un libro de fotografías con algunos textos, titulado «Los nuba». Esta obra despertó gran interés en todo el mundo. La señora Riefenstahl había demostrado con ella que su talento y sus conocimientos seguían siendo inquebrantables. Volvía Leni Riefenstahl. ¿Se trataba de un *comeback* de aquella mujer que ahora contaba ya setenta y tres años?

La trayectoria existencial de la actriz no puede medirse con el rasero común, precisamente porque rechazaba de plano todo lo que fuese usual: «Para mí no resulta en modo alguno interesante lo cotidiano, lo mediocre. Esto no me ha interesado nunca. Siempre he estado poseída por lo absoluto, por la pasión hacia lo perfecto.» El título de su película más discutida, «Triunfo de la voluntad», denota mucho de su carácter vital. Sin esa tenacidad y esa testarudez, que se mantuvieron firmes incluso ante Hitler («Leni es terca como una burra»), su talento genial no hubiera podido realizar nunca sus películas sobre los congresos del partido nazi y los juegos olímpicos.

Fascinada por la belleza

¿Iba a claudicar ante el predominio de lo sano, de lo bello y de lo armónico, que los nazis exigían como fórmula explosiva más adecuada, esa mujer a la que sus críticos han acusado de «candor político»? Leni ha respondido siempre con obstinación que no encontró en ello nada malo; que ella solamente buscaba la belleza, que no ha tenido nunca que ver con la política, porque el verdadero artista es apolítico... Leni Riefenstahl, que nació como burguesita prusiana en 1902, había pasado en Berlín una infancia «de ensueño». Luego consiguió imponerse a su padre, conservador, y arrancarle el permiso para estudiar pintura y danza. Siguió clases de ballet con la Eduardova, al lado de Mary Wigman y Jutta Klamt. La danza expresionista cosechaba entonces triunfos por todas partes y Berlín aplaudía a la Wigman y a Isadora Duncan y sus historiadas actuaciones. Leni Riefenstahl se adhirió inmediatamente a esta escuela de danza expresionista en la que el baile era una verdadera religión mágica. A los 20 años recién cumplidos Leni es ya una estrella y su estilo se califica de sensacional. Leni ofreció solos de ballet en Munich, Berlín, Zurich y Praga. Una noche se cayó en el escenario, en 1926, y el accidente terminó con su carrera como danzarina.

Aquel mismo año esa mujer indomable emprendía el camino de otra actividad profesional que se consideraba, literalmente, como «borrascosa»: Leni se propone ser heroína de películas en escenas en las que aparecen tormentas de nieve y situaciones peligrosas en escarpados ventisqueros. Aquella muchacha que no había salido de las ciudades descubre la fascinación de la montaña. Ve la película de Arnold Fanck «La montaña del destino» y se propone «hacer lo mismo». El propio Luis Trenker no puede quebrantar la obstinación de esa dama habituada a salir a escena pero que jamás se ha colocado unos esquíes y menos aún ha escalado una pared rocosa.

Leni se presentó a Fanck y le dejó

Hoy se la admiraría en todas las pistas de esquí, y no sólo por un sentimiento nostálgico y por sus trajes de la época. Abajo, a la izquierda: Leni Riefenstahl en la película «El gran salto» (1927) Derecha, Leni Riefenstahl y Gustav Diessl en la película «SOS iceberg» (1933).

cautivado con su entusiasmo. Arnold Fanck era un prestigioso director de películas documentales en las que se reflejaban los placeres del deporte del esquí («En lucha contra las montañas», «La caza del zorro en Engadina», «El milagro de las botas de esquiar»). En «La montaña del destino» mitificaba en cambio la naturaleza: las fuerzas naturales como símbolos, la sublimidad y la grandeza de los monumentos naturales en un constante reto al hombre. El mito de la naturaleza fascinó a Leni Riefenstahl. Dos meses antes de que comenzase el rodaje de «La montaña sagrada» se va ella sola a aprender a esquiar y escalar y lo consigue con el entusiasmo y la perfección que caracterizaban todo lo que se proponía llevar a cabo. A «La montaña sagrada» (1926) siguieron «El gran salto» (1927), «El infierno blanco de Piz Palü» (1929), «Tempestad en el Montblanc» (1930) y «La embriaguez blanca» (1931). La señorita Riefenstahl parecía acreditada como «reina de los ventisqueros».

Para que el conjunto sea bueno

A fin de no verse obligada a interpretar más papeles «en los que la mujer se halla en un plano secundario, porque en estas películas la verdadera protagonista es la montaña», se decide a redactar por sí misma un guión junto con el conocido autor húngaro Béla Balázs, con vistas a una película que se llamaría «La luz azul».

Así comenzaba su tercera carrera, la de directora cinematográfica.

Parecía sencillo: aquella danzarina que llegó al éxito se convertía en una conocida estrella de cine y terminaba siendo una directora de películas muy celebrada por la crítica. En una entrevista, Leni subrayaría su decisión de dirigir, con su característico candor que desarmaba a cualquiera: «Usted se propone, por ejemplo, hacer una película, y no ha hecho jamás este trabajo, ni siquiera piensa en hacerse director, sino que pretende actuar con pasión. En mi caso, a diferencia de lo que suelen hacer los actores, no me ha interesado solamente mi interpretación sino que también deseo que todo marche de modo perfecto, la fotografía, el trabajo de dirección, y que los demás que colaboran sean buenos para que lo

Abajo, en el centro: Leni Riefenstahl como danzarina en la película «La montaña sagrada» (1926).

Abajo, a la derecha: «La embriaguez blanca» (1931). Leni Riefenstahl en la ventana del refugio de montaña, graciosamente ligera de ropa.

sea también el conjunto. Si ahora deseo hacer "La luz azul" es porque me he dado cuenta al observar las últimas películas de Fanck que yo tengo otro modo de ver las cosas, porque tengo otras sensaciones, porque al fin y al cabo teníamos y tenemos los dos personalidades diferentes. Precisamente porque tengo otras sensaciones surgió en mi mundo de sueños o en mis deseos por primera vez una forma, una figura, que quisiera interpretar. Esta figura era la de Junta. Entonces me propuse realizar la película como si tal cosa. Como carecía de dinero para contratar a un director, no he tenido más remedio que dirigir yo misma.»

La historia de Junta, la chica montañesa a la que sus sueños llevan a las cuevas de hielo de las alturas, a las fuentes de la luz azul, convirtió a Leni Riefenstahl en una directora cinematográfica de renombre internacional. En una sala londinense la película se proyectó durante 50 meses consecutivos. La crítica norteamericana comentaba entusiástica en 1934: «La belleza de su fotografía convierte a este filme en uno de los más hermosos del año.» «Majestuoso e impresionante.» «¡Con qué pulcritud hace todo esta muchacha...!» Por el contrario, el gran éxito no se produjo en Alemania. Entretanto Leni toma parte en una expedición a Groenlandia para filmar una película que lleva por título «SOS iceberg». En ella actúa como compañera del que luego sería general del Aire, Ernst Udet. Poco después se produciría el encuentro que imprimiría un profundo cambio de orientación en su vida.

Dos días antes de que comenzara el congreso del partido nazi del año 1933, Hitler convoca a la señorita Riefenstahl a su despacho y le encomienda que realice una película sobre aquella concentración. El partido financiaría el proyecto. Leni acepta. «Victoria de la fe» era el título de su primer documental, anterior a ese otro que la convertiría definitivamente en la «estrella propagandista del III Reich»: «Triunfo de la voluntad». Al lado de esta película sobre el congreso del partido nazi de 1934 empalidecería el resto de la obra de la Riefenstahl, a la que se reprocharía su oportunismo político que luego la iba a marcar poderosamente.

Este reproche sería negado enérgicamente por Leni cuando cayó Hitler. Muy al contrario, ella había intentado rehuir esta situación y por ello emprendió otro proyecto que finalmente se vio obligada a interrumpir: la película «Tierras bajas», sobre motivos de la ópera de Eugène d'Albert. Con todo, Leni no negó nunca haber quedado fascinada por Hitler, «como personalidad, no como hombre». Admiraba en él «su fuerza de visionario y sus dotes proféticas». Su política no le interesó.

En cualquier caso, Hitler logró atraerse a la directora de películas. Esta impuso condiciones: el filme debería producirse con independencia del partido en su propia sociedad, sin influencia alguna de arriba.

Hitler accedió a aquella condición porque sabía, como contaría Leni más tarde, que una película producida por el partido «haría dormir a la gente de puro aburrimiento». Hitler cumplió su palabra: ni él ni nadie del partido vio la película antes del estreno. La buena disposición respecto del *Führer*, basada en un aprecio mutuo, le acarreó a la directora la suspicacia del ministro de Propaganda, Goebbels, que trató de boicotear por todos los medios el encargo de la Riefenstahl. Leni rechazó la oferta que le hiciera Goebbels de realizar una película sobre la figura de Horst Wessel. «Triunfo de la voluntad» comenzó sin un criterio concreto por falta material de tiempo: rodada con 30 cámaras, montada brillantemente, con un sonido perfecto para la época y muy bien dramatizada, pasó a la posteridad como *la* típica película de propaganda. La cinta refleja tan opresivamente la realidad y las pretensiones del régimen que todavía hoy despierta la sospecha de que el congreso del partido de 1934

se montara exprofeso para esta película. La acusación de propaganda peligrosa ha sido siempre negada por la Riefenstahl: «Esta película no refleja ni más ni menos que lo recogido en los noticiarios documentales, sólo que éstos no son arte.» No deja de tener su ironía el que «Triunfo de la voluntad» lograra en 1937, en Paris, con ocasión de la Exposición internacional de arte y técnica, nada menos que el Gran Premio.

400.000 metros de película

Berlín, 1936: la capital del Reich, escenario de los juegos olímpicos. El Comité Olímpico Internacional (y no el partido nazi) encarga entonces la realización de la película oficial de los juegos a la que entretanto se ha convertido en directora de cine con fama internacional. Aunque Leni Riefenstahl se da cuenta de qué obra gigantesca y difícil le espera, acepta producir ella misma el filme. Con toda su energía lograría vencer el escepticismo y los prejuicios frente a una mujer que, como contaría ella misma más tarde, «se había propuesto llevar adelante un trabajo en el que habían fracasado ya hombres, como los filmadores americanos en las olimpiadas de 1932 en Los Ángeles.»

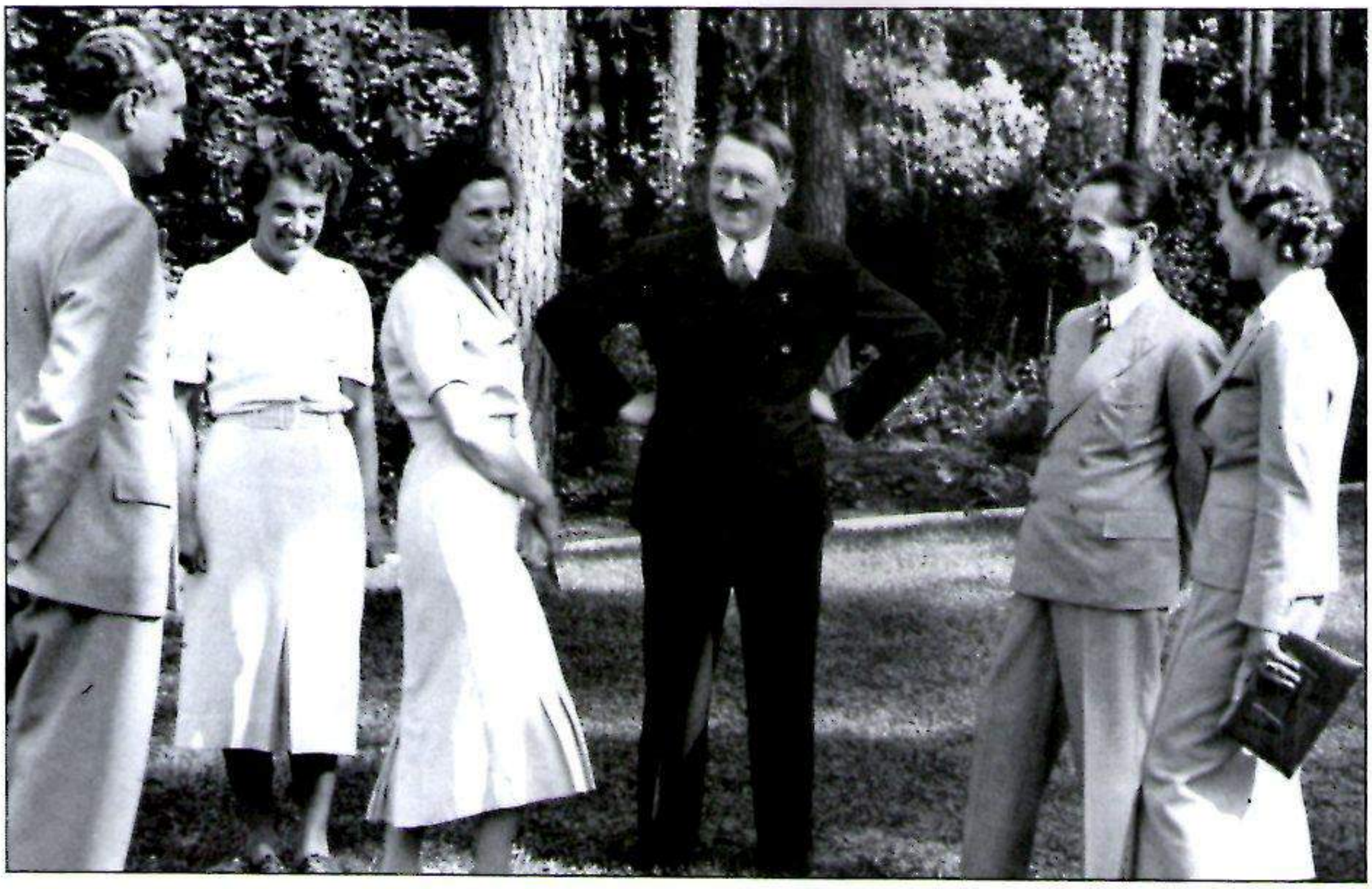
Tras una corta vacilación, Leni Riefenstahl se propuso cargar con todas las responsabilidades. Era, desde luego una tarea ingente: iban a tener lugar 130 pruebas atléticas, nada menos. Aun contando con emplear solamente 100 metros de película por prueba, esto significaba que necesitaría por lo menos 13.000 metros, material para más de siete horas. Desde el principio estaba claro que aquel inmenso acervo de imágenes deberían ir distribuidas en dos filmes. De todas las tomas realizadas, a poder ser todo lo que ocurriese en las pruebas, luego habría que seleccionar imágenes.

La directora contaría con un equipo de 260 colaboradores que filmarían 12 horas diarias desde torretas, tejados, columnas, automóviles, botes, planeadores e incluso un globo. En todos estos lugares se instalarían cámaras, que se desplazarían sobre raíles o sobre alambres, según los casos.

El resultado fueron 400.000 metros de cinta, de los que quedaron 6000 que luego, año y medio después, integrarían su más famosa obra: la película en dos partes cuyo título doble fue: «Fiesta de los pueblos» y «Fiesta de la belleza». Gracias a los abundantes recursos económicos puestos a su disposición, con un tratamiento del sonido absolutamente inédito, con un montaje desacostumbrado que dotó al filme de un dramatismo maduro, Leni consiguió realizar una epopeya cinematográfica que Hollywood calificaría en 1937 como una de las diez mejores películas realizadas desde la aparición del cine. La obra costó siete millones de marcos, pero produjo más del doble.

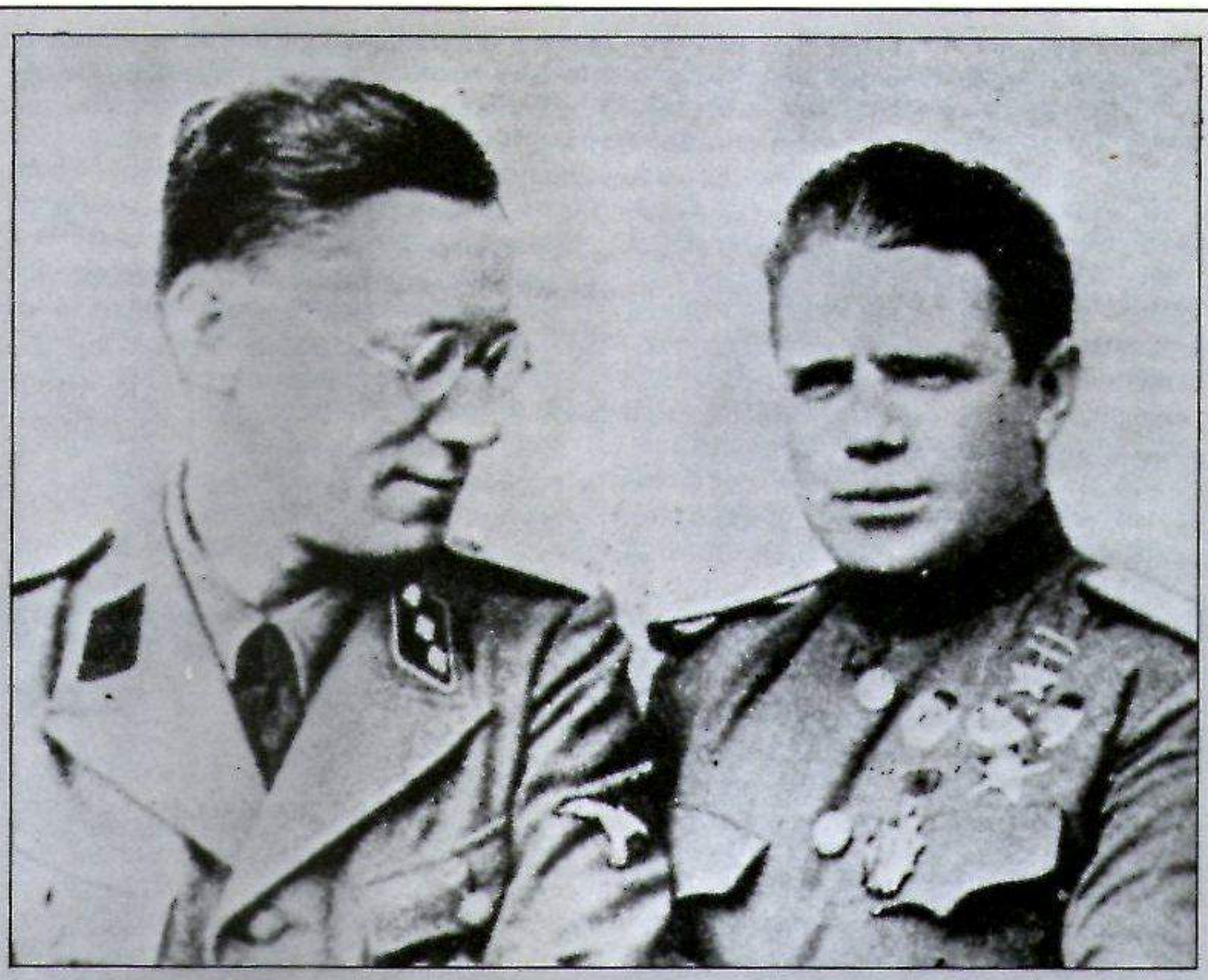
A pesar de todas las prevenciones que ha despertado la Riefenstahl como «propagandista nazi», los buenos aficionados al cine en todo el mundo no dudaron en considerarla como uno de los directores cinematográficos más capaces y de mayor talento de este siglo. Sin embargo, una vez transcurrida la Olimpiada, Leni no tuvo la suerte profesional que se le auguraba. La película «Tierras bajas» se convirtió en un proyecto maratoniano que se hundió definitivamente en 1954: había sido la película más costosa de toda su vida. En ella había trabajado casi 20 años y sólo cosechó críticas aniquiladoras. La versión francesa lleva subtítulos de Jean Cocteau, que calificó a Riefenstahl como «genio de la cinematografía». Su mayor sueño, la versión cinematográfica de la «Penthesilea», no pudo realizarse. Otra película, «El mercante negro», tampoco prosperó porque la directora resultó gravemente herida durante el rodaje y luego la guerra del canal de Suez impidió definitivamente la continuación de su trabajo.

Andando el tiempo el extranjero redescubrió a Leni: en 1959 se presentó en la Bienal de Venecia la cinta original del filme olímpico. En los Estados Unidos empezó a liberársela de los prejuicios de que había sido objeto. Salta a la vista la tendencia más reciente de los amigos del cine en el sentido de reconocer lo que dijo el historiador del séptimo arte Gordon Hitchens: «Leni Riefenstahl pertenece al grupo de artistas que más allá de su arte carecen de moral.» El libro sobre los nuba, cuyos valores artísticos no puede negar nadie, se cita frecuentemente como prueba de que Leni ha proseguido su tendencia a huir de la realidad y de la civilización al encuentro de la belleza y de la fuerza primitiva. Las feministas americanas, defensoras políticamente conscientes de la emancipación total de la mujer, la tienen por una de ellas: una mujer que dio una lección a sus oponentes masculinos.



Incluso los críticos más exigentes no pueden negarle una genial sensibilidad cinematográfica. En la página opuesta, Leni observa críticamente un plano para su película «Triunfo de la voluntad».

A la izquierda: una visita al «Führer». De izquierda a derecha: Heinz Riefenstahl, la esposa del doctor Ebersberg, Leni Riefenstahl, Hitler, el ministro de Propaganda, Goebbels, e Ilse Riefenstahl.



El «Oberscharführer» de las SS, Greife (izquierda), con su «alumno» el teniente Shilo, alias comandante Tavrin (en uniforme soviético).

PUÑO DE HIERRO EN CHAQUE

El atentado contra Stalin

¿Trató Hitler realmente de que fuese asesinado Stalin, su encarnizado enemigo ideológico, por un corto tiempo amigo y, al fin, rival militar? Según una documentación impresa y filmada en Rusia, esta es la realidad. El periodista ruso Valerian P. Lebedev, que reside en la República Federal Alemana, y nuestro colaborador Fritz Langour han reunido la documentación y la han analizado conjuntamente. Lebedev aporta informaciones detalladas y fotos sacadas de Rusia, cuya autenticidad ha corroborado Georg Greife, instructor y encargado de preparar el plan decidido por el Mando supremo Norte de las SS, con sede en Riga.

En la noche del 30 al 31 de mayo de 1942 el teniente soviético Piotr Ivanovich Shilo fue enviado a la retaguardia alemana del sector noroccidental del frente ruso al mando de una unidad de exploradores. El pequeño grupo de combatientes fue batido por el fuego enemigo. Algunos de sus integrantes murieron y los otros se replegaron. El teniente Shilo se pasó al campo alemán.

Durante los interrogatorios a los que fue sometido, el teniente alegó que había cambiado de frente por una razón que sonó bien a los oídos alemanes: era hijo de un coronel zarista, propietario de grandes extensiones de terreno. Su padre había sido asesinado durante la revolución y él, su hijo, había esperado largo tiempo la ocasión de huir para tener una posibilidad de luchar contra los asesinos de su padre. Lo que declaró el teniente tenía todos los visos de ser auténtico, tanto que respaldó su declaración indicando determinados detalles sobre las posiciones del Ejército Rojo, unos datos que fueron de gran utilidad para los alemanes. Esto no fue suficiente para que el *Abwehr* alemán le abriese las puertas de par en par, pero sí para que el servicio de espionaje alemán lo considerara interesante. Solamente podría ser digno de crédito si accedía a trabajar y demostraba dedicación en favor de la parte alemana. Y además, sin condiciones.

Lo primero que se le exigió fue que delatase a sus compatriotas prisioneros y recluidos en las prisiones germanas. En consecuencia, fue introducido, como si se tratara de un detenido, en los campos de prisioneros y en las cárceles con la misión de descubrir agentes (y para tener ocasión de hablar continuamente su idioma). El teniente trabajó al gusto de los alemanes, sin escrúpulo alguno, entregando a todo sospechoso. Así durante un largo año. Las actas en las que figuraba Shilo bajo el nombre de «Politov» aumentaron de tamaño hasta revestir los caracteres de un *dossier* oficial en el que se incluían las observaciones más positivas que hubieran podido hacerse sobre un agente. En las informaciones que facilitaban los agentes de la Gestapo con los que tenía alguna relación se decía

que era un hombre inteligente, de una gran voluntad y «dotado de la capacidad innata de un terrorista».
Shilo, alias «Politov», se convirtió así en el hombre idóneo que tanto había buscado el *Brigadeführer* SS de la sección número 6 del Departamento Central de Seguridad del Reich (RSHA), Schellenberg. El instructor de agentes Georg Greife, que también había crecido en Rusia y hablaba ruso a la perfección, fue quien se encargó de preparar psicológicamente al nuevo fichaje. El experimentado agente que era Greife desarmó literalmente a su encomendado durante largas horas de conversación. En su labor no encontró ni un solo punto que pudiera considerarse controvertible. Las actas «Politov» se completarían con un informe ulterior extraordinariamente positivo para el nuevo agente. Ese informe fue decisivo: un hombre así era lo que buscaban Skorzeny y Schellenberg para un plan que ya contaba con las bendiciones de Hitler y Himmler: el asesinato de Stalin.
Aproximadamente un año después de su deserción, Shilo fue informado por Greife de que se pensaba en él para una misión absolutamente extraordinaria: un acto terrorista en Moscú. Greife no le apuntó detalles, y era de imaginar que Shilo tampoco esperaba que se los comunicase. El alemán se sentó frente a él, vestido como siempre con el uniforme de *Oberscharführer* de las SS, una graduación que no correspondía a la personalidad de quien la ostentaba, portador de los mayores secretos de estado del Reich; el hombre que lo sabía todo. El oficial aseguró al ruso, futuro agente secreto, que en cualquier momento podría abandonar la misión encomendada, puesto que se trataba de un compromiso absolutamente voluntario. Shilo rehusó de antemano esta segunda parte de la oferta porque intuyó qué significaba en realidad: él sabía ya demasiado y podía dar por seguro que, precisamente por ello, carecía de toda posibilidad de supervivencia incluso con los alemanes.
Pero no tenía otra opción: si rechazaba el compromiso los alemanes le matarían por considerarlo portador de secretos. Solamente aceptando la oferta, contra los intereses de su propio país, se le concedía una posibilidad, aunque limitada, de sobrevivir.
«Su misión le traerá fama, honor y riqueza, –le dijo Greife al término de su conversación–. Además su nombre se hará inmortal en la historia de la humanidad». Esto parecía haberle impresionado de un modo particular. Por aquella época estaba convencido de la derrota del Ejército Rojo, algo que hubiera sido explicable a principios del verano de 1943: a pesar de lo ocurrido en Stalingrado los alemanes parecían estar dispuestos a reanudar la ofensiva.
El teniente Piotr Ivanovich Shilo se despidió de Georg Greifé con un marcial *Heil Hitler!*
Shilo, alias «Politov», todavía ignoraba su verdadera misión. Al comienzo de la preparación especial a que fue sometido en seguida, su personalidad fue alterada un sinfín de veces. El teniente desertor se convirtió, por obra y gracia de los especialistas, en el comandante Piotr Ivanovich Tavrin, distinguido con las máximas condecoraciones soviéticas: la orden de Lenin, dos medallas de la Bandera Roja, la de Alexander Nevski y la de la Estrella Roja. Además «recibió» el título de «héroe de la Unión Soviética».
Durante las semanas y meses siguientes, Tavrin fue modelado psicológicamente aún más por Greife. Día a día discutían ambos todas las posibilidades para llegar a Rusia en aquellas condiciones, cosa que entonces era sumamente difícil. Más problemático todavía resultaba hallar el modo en que Tavrin podría llegar hasta Moscú, algo que en principio parecía absolutamente imposible.

Skorzeny se queda impresionado

La misión especial fue adquiriendo poco a poco contornos definidos: Tavrin tendría que asesinar a alguien en Moscú. Nadie sabe si llegó a conocer o solamente a intuir que se trataba de Stalin.
En septiembre de 1943, Georg Greife comunicaba a sus superiores que el comandante Piotr Ivanovich Tavrin se encontraba psicológicamente maduro para comenzar su misión. Acto seguido se le envió a Pskov con el fin de que se sometiese a un entrenamiento práctico a las órdenes del jefe del Mando supremo Norte de las SS en Riga, *Sturmbannführer* Otto Krauss.
Bajo el control y las directrices personales de Krauss, con la colaboración de otro oficial de las SS y dos agentes más, se le fueron desvelando a Tavrin todos los pormenores de la misión. Dos meses después, en diciembre de 1943, se encontraba ya en condiciones de regresar a Berlín, junto a Greife, que se convenció, primero en una conversación y luego en una prueba práctica, de lo que había aprendido Tavrin en tan poco tiempo. El jefe quedó muy satisfecho. Entonces comenzó el más duro entrenamiento en la vida de Tavrin. Éste había conocido entretanto a la rusa Lidia Yakovlevna Shilova, que trabajaba en una sastrería. Decidieron casarse a finales de 1943. Como era lógico imaginar, Lidia Yakovlevna también estaba dispuesta a tomar parte en la acción que se preparaba. Volveremos a encontrárnosla como la camarada teniente Shilova, adjunta al comandante Piotr Ivanovich y radiotelegrafista muy preparada.
Cuando concluyó el entrenamiento, Greife se dirigió con su alumno al número 28 de la Potsdamer Strasse con el fin de presentárselo al *Sturmbannführer* de las SS, Otto Skorzeny, cuyas unidades de sabotaje trabajaban en medio mundo. Skorzeny se quedó impresionado por las condiciones del ruso. «Hemos hecho una gran adquisición con este tipo –dijo a Greife–. Estoy muy satisfecho.» Sin embargo, aunque para él era evidente que la situación era cada vez más crítica en el frente oriental (o quizá precisamente por esto), Skorzeny propuso que Tavrin siguiese un periodo de instrucción más, de varias semanas de duración, en la escuela de agentes de Oranienburg. Por un par de semanas más que haya que esperar no se va a hundir el mundo, pensó. Lo importante es que la operación salga bien, y esto lo facilitará Oranienburg. Greife accedió a la idea y Tavrin fue sometido al último pulimento.
El 20 de julio de 1944 se confirió a aquella misión el carácter de máxima urgencia. El atentado perpetrado contra Hitler había dejado en las SS y en su jefe, Himmler, una impresión muy honda. Eso podría servir de estímulo a los países que hacían la guerra contra Alemania. Un atentado con éxito contra Stalin volvería a cambiar las cosas y quizá contribuiría a debilitar moralmente al Ejército Rojo, e incluso a quebrantarlo del todo. Por fin el comandante Piotr Ivanovich Tavrin recibió todos los detalles de su misión y comprendió su alcance.
Un modelo, convenientemente reformado, del gran cuatrimotor de transporte *Arado 232 B*, debería trasladar al comandante y a su mujer hasta cerca de Moscú en la noche señalada. El avión regresaría inmediatamente a Alemania. El matrimonio se dirigiría luego a Moscú en dos motocicletas especialmente creadas para ellos. Él, el comandante, debería matar a Stalin con un arma especial y mantenerse en comunicación radiofónica con Alemania. Los dos recibieron sus uniformes soviéticos y los correspondientes documentos, y hasta una serie de recortes de periódicos rusos, recortes falsificados en los que se hablaba de las gestas heroicas del comandante Tavrin. También se les proveyó de una imprentilla con la que Tavrin podría falsificar prácticamente todos los documentos rusos más necesarios, de modo que sólo sometiéndolos a una concienzuda prueba pericial se podría comprobar que eran puras imitaciones. Por supuesto no se iba a someter fácilmente a tal prueba a un «héroe condecorado de la Unión Soviética».

Los agentes de Skorzeny se habían preocupado ya de buscar en Moscú una casa adecuada para los dos que llegaban. El encargo estaba perfectamente concretado:
Ocupación de la vivienda, aprendizaje de los itinerarios que seguía Stalin en las diferentes ocasiones para ir de su casa al Kremlin o al cuartel del Estado Mayor soviético, en la estación del metro de Kirovskaia, donde tenía en un pabellón su cuarto de trabajo. Con estos datos Tavrin debería encontrar el momento de matar a Stalin.
Para su misión se le habían facilitado armas especiales, entre ellas una especie de pistola con proyectiles envenenados, con lo cual un simple rasguño sería mortal de necesidad. También contaba con un curioso ingenio de pequeñas proporciones, el «puño de hierro» cuya función era la de alcanzar al jefe soviético incluso si en el momento preciso iba en su automóvil blindado. Era una especie de lanzagranadas en miniatura escondido en la manga del uniforme del agente. Debería utilizarlo si no conseguía alcanzar a Stalin entre el momento de descender del auto y la entrada en la estación del metro. En este caso debería repetir el intento durante el recorrido en automóvil desde el Kremlin al cuartel general. Un tercer instrumento mortífero consistía en una pequeña mina con activador susceptible de ponerse en funcionamiento por radio.
Con el fin de anular por entero la anterior identidad de Tavrin, Skorzeny y Greife habían propuesto que el ruso se sometiese a una operación en la que había de acortársele una pierna para dar más impresión de héroe militar pero el interesado se negó a ello rotundamente. Sin embargo, accedió a que se le practicasen algunas cicatrices en el vientre y en el muslo izquierdo. Una vez realizada la operación se le entregó un certificado «expedido» por un hospital ruso en el que se hacía constar el haber sido herido en combate. Además de todo ello se le entregaron documentos que acreditaban su función de segundo jefe del contraespionaje en el Ejército 39 (1.er Frente Báltico). Con ellos se vería libre de preguntas indiscretas y controles y al tiempo le facilitarían el acceso hasta cerca de Stalin. El mismo objetivo tenía un sobre sellado cinco veces que él debería llevar en persona alegando contener documentos altamente secretos. Más de 500 formularios y documentos en blanco le darían posibilidades de falsificar todos los papeles oficiales que necesitase en situaciones imprevistas. También recibió cheques y billetes de dinero ruso, un carnet de conducir auténtico y un certificado en el que se le declaraba inútil para el frente como consecuencia de las graves heridas sufridas.

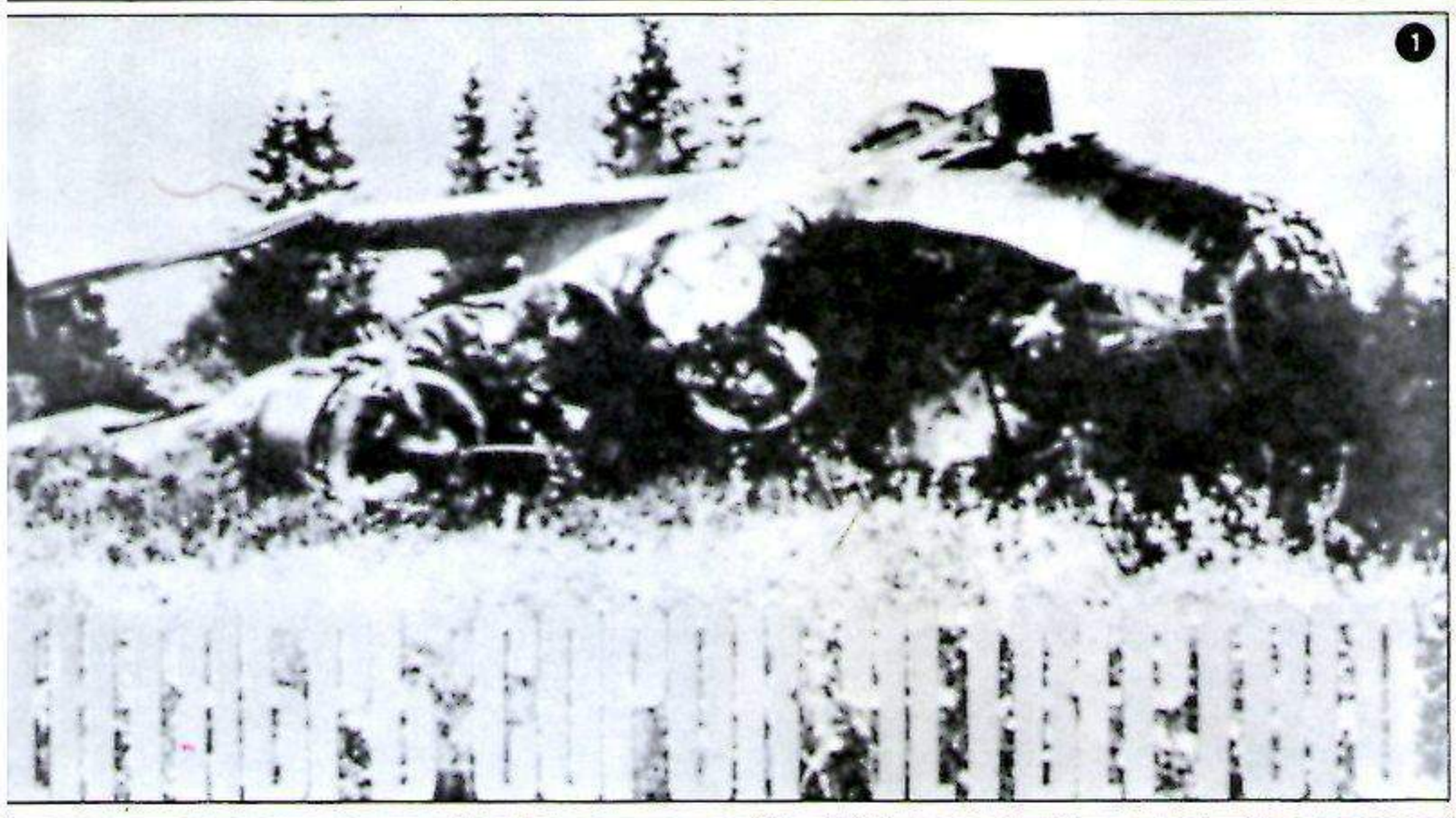
La operación podía comenzar ya.
A última hora de la noche del 4 de septiembre de 1944 tres automóviles abandonaban el cuartel general Rusia-Norte, con sede en Riga. Los vehículos cruzaron la ciudad y se dirigieron a un campo de aviación militar. Tras 40 minutos de recorrido el convoy se detuvo ante un enorme avión. El cuatrimotor *Arado 232 B* tenía una envergadura de 17 metros. El fuselaje se había pintado de negro y no lanzaba ni un destello. Los motores habían quedado silenciados mediante la aplicación de amortiguadores. Un mecanismo especial impedía que las llamas se viesen desde el exterior. El tren de aterrizaje consistía en una serie de 20 ruedas de goma montadas al estilo oruga. Este mecanismo y unos nuevos frenos permitirían el despegue y el aterrizaje incluso en sembrados y campos, terrenos fangosos o claros de bosque de poca amplitud.

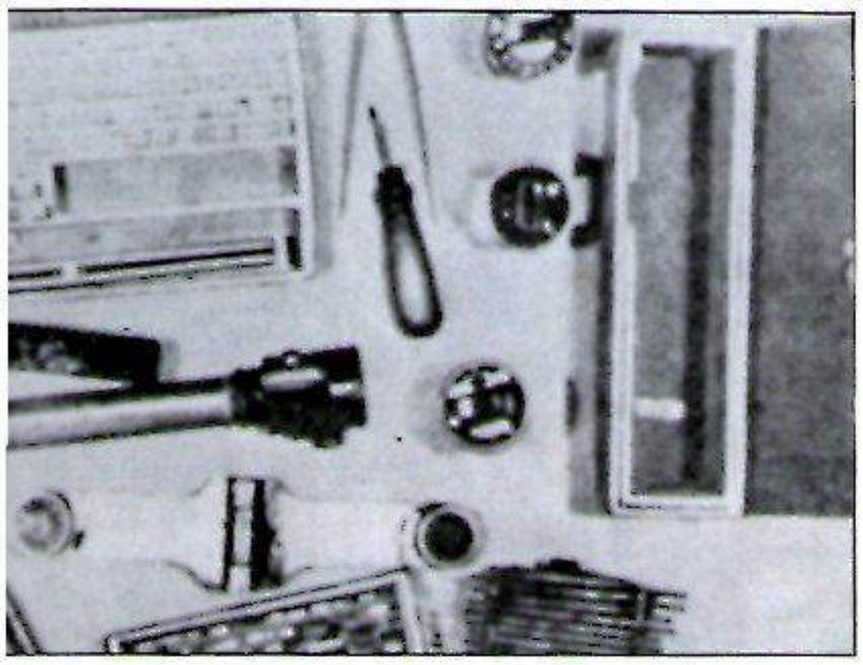
Todo va a pedir de boca

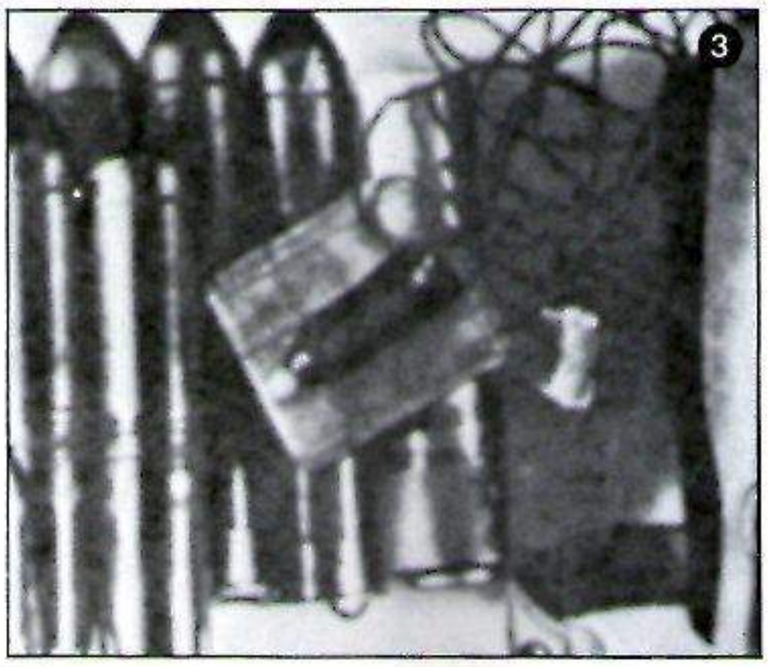
El teniente Neumann, experimentado piloto en vuelos de noche, ocupó su puesto ante los mandos. Con él, su tripulación, 14 hombres en total, no menos veteranos. Sin decir una palabra, Tavrin subió al aparato seguido de su mujer. Pocos minutos después despegaba el avión y desaparecía en un cielo nocturno del que caía una lluvia persistente. El curso elegido les llevaba, lógicamente, hacia el Este.
Hora y media después el vuelo se mantenía plenamente normal, sin incidente alguno. De repente empezaron a estallar detrás del aparato granadas de antiaéreo. Los disparos eran imprecisos en cuanto a la orientación y parecía como si apuntasen al objetivo mediante el uso de aparatos de escucha. En ese momento el *Arado* navegaba al este de Velikie Luki. Con el propósito de despistar a los rusos sobre la ruta que seguía en realidad –la carretera Rzev-Moscú– el teniente Neumann alteró varias veces el rumbo. La maniobra pareció obtener su fruto y el avión prosiguió vuelo sin ser molestado.
Después de tres horas de viaje el *Arado 232 B* alcanzó el punto fijado por el mando como destino.
El ya de por sí tenue zumbido de los motores se hizo aún más apagado hasta el punto de que el aparato parecía un planeador. Luego comenzó a descender y a unos 100 metros del suelo el piloto encendió el reflector de aterrizaje. El avión perdió altura todavía más rápidamente. De pronto el teniente Neumann descubrió que el suelo estaba surcado por profundas trincheras sobre las que había crecido la hierba. Delante de él iba acercándose rápidamente el bosque. Demasiado tarde para iniciar una maniobra de recuperación. Neumann puso el avión a todo gas intentando remontarse sobre los árboles, pero el aparato había tocado suelo y capotaba sobre las trincheras, frenando la marcha. Así resultaba imposible cobrar altura, la necesaria para volar sobre el bosque. El avión arrancó un par de abedules, astilló un enorme pino con el ala derecha, precisamente entre los motores, y, luego, todo quedó en silencio.
Tavrin y su mujer fueron los primeros en llegar a la escotilla. El agente la abrió y saltó al exterior mientras gritaba: «¡Venga, salta fuera!» En pocos segundos todos los miembros de la dotación habían abandonado el aparato. «¡Sacad la moto de ahí! –apremió el comandante Tavrin a su acompañante alemán–. Tenemos que marcharnos todos de aquí, también vosotros, y lo antes posible.»
Tavrin había previsto esta posibilidad durante su período de adiestramiento. Él conocía a sus compatriotas y sus métodos de interrogar. Si lograban atrapar a uno de aquellos alemanes pronto conocerían con detalle toda la operación en marcha y tendrían datos suficientes para organizar su propia captura.
El comandante Ivanovich Tavrin y la teniente Lidia Yakovlevna Shilova se marcharon a toda prisa. Su motocicleta especial, cuyo sidecar tenía autonomía de movimiento, se metía cada dos por tres en una trinchera o en un foso, pero ambos pudieron seguir el avance. Cuando llegaron a un pueblo casi destruido por la guerra, Tavrin logró fijar su posición exacta. Se encontraban muy cerca de la carretera Rzev-Moscú.
Tavrin pudo acelerar su moto en algunos trechos hasta alcanzar los 120 kilómetros por hora. Lidia transmitió el primer comunicado a Riga: Aterrizaje de emergencia, todos ilesos.
Entretanto clareó el día. Cuanto más se aproximaban a Moscú más denso era el tráfico. Para evitar al máximo los controles, Tavrin abandonó la pista y prefirió continuar el viaje más lentamente por carreteras secundarias llenas de barro.

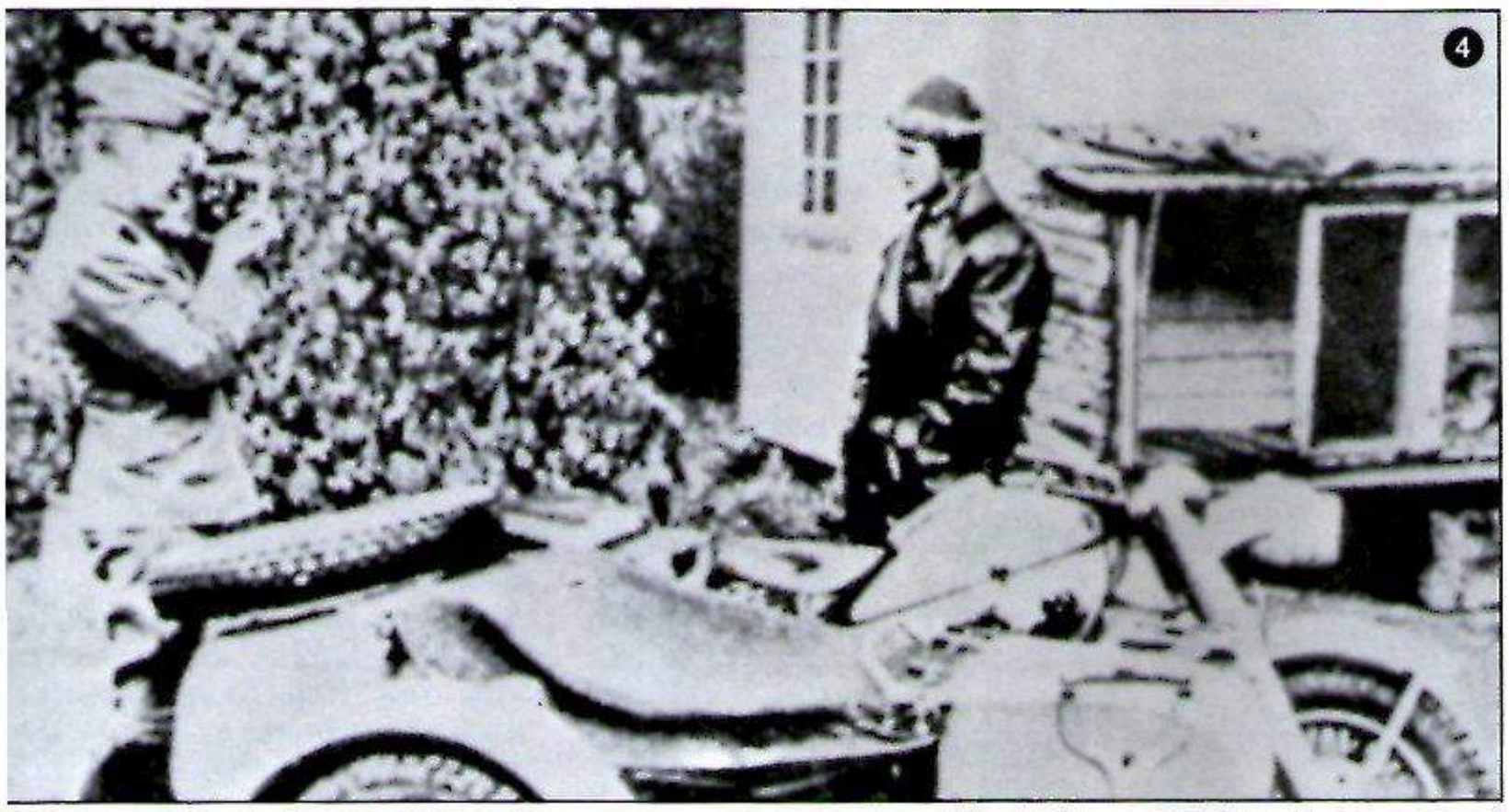
Con estas fotos los soviéticos quisieron demostrar que, efectivamente, los alemanes se propusieron asesinar a Stalin:

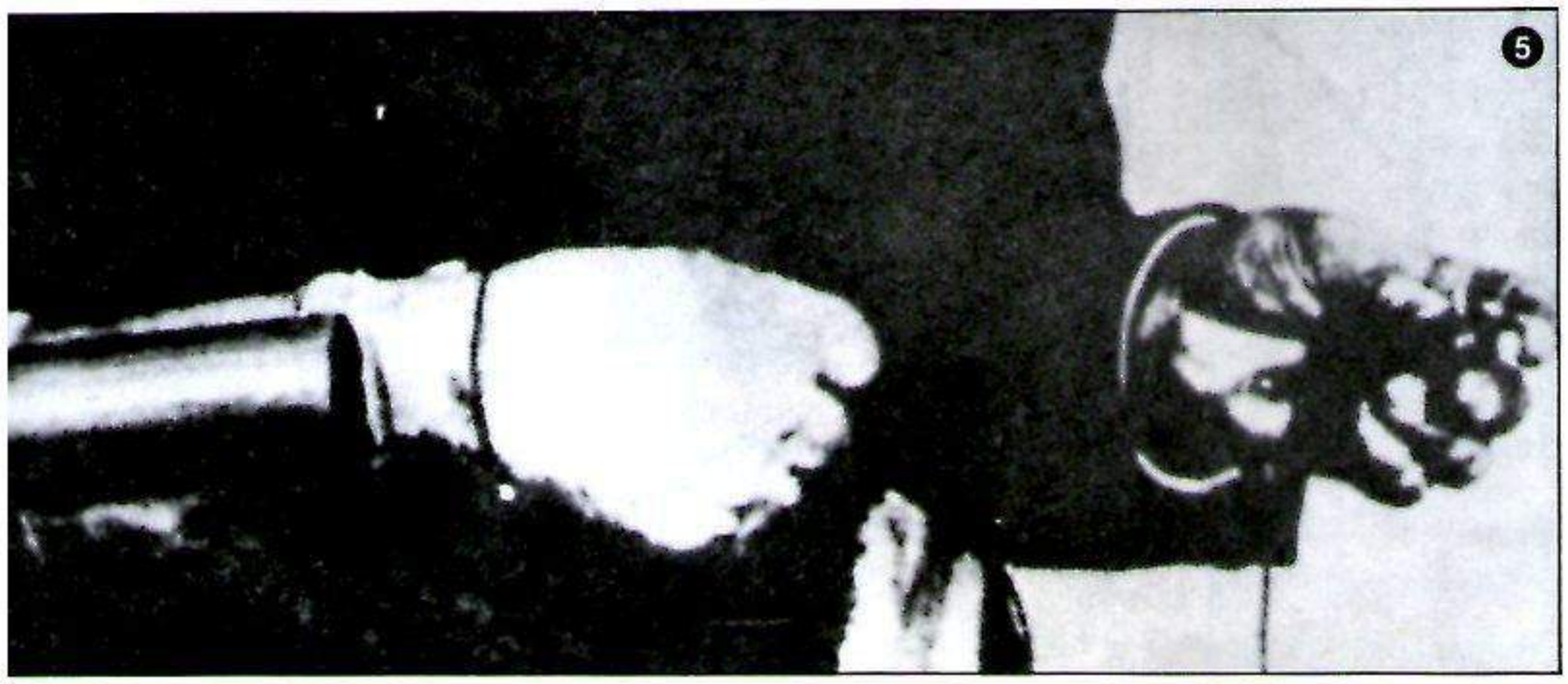
① Foto del «Arado 232 B» tras el aterrizaje de emergencia.
② Imprenta de bolsillo de Tavrin con la cual podría falsificar con suficiente exactitud todos los documentos soviéticos.
③ Proyectiles del lanzagranadas en miniatura escondido en la manga del uniforme del espía.
④ Tras la consumación del atentado se proyectaba realizar un filme documental. Greife tomó algunas fotos de Tavrin con rusos poco antes de que comenzara la operación.
⑤ El «puño de hierro» en la manga del uniforme del agente. Esta arma podía lanzar el proyectil sin retroceso alguno.











Quizá eso fuera su error más grave. Apenas había pasado el primer pueblo cuando un grupo de paisanos le indicó con gestos nerviosos que se detuviese. Sin embargo él no hizo caso y continuó. Poco después se les aproximó un guarda forestal con la escopeta de caza bajo el brazo, al parecer lista para disparar. Cuando aquel hombre alzó la mano que tenía libre, Tavrin frenó.

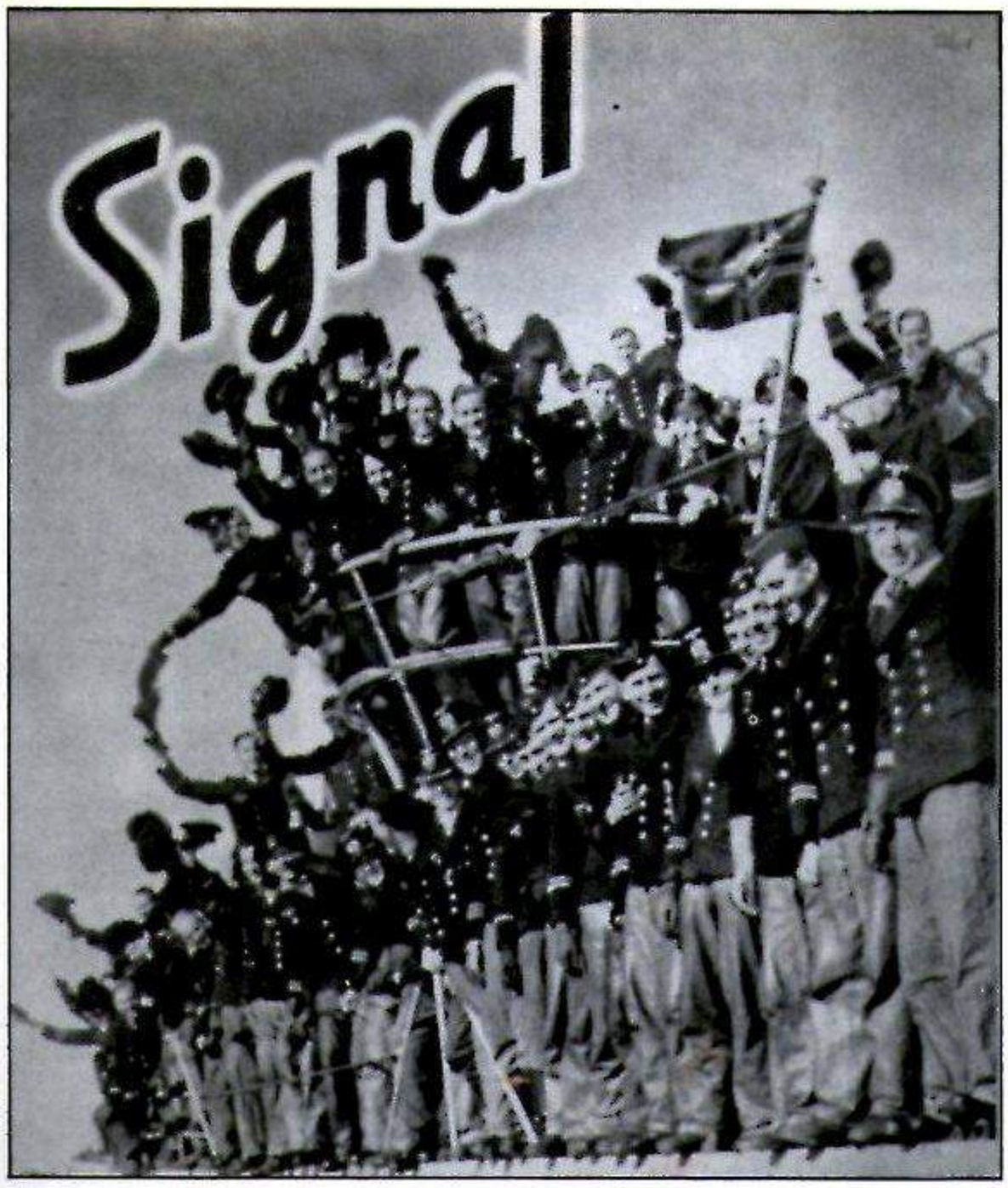
«¿Qué ocurre, viejo?», preguntó al hombre. Éste se mostró al tiempo curioso y tímido. «Nos han levantado a todos esta madrugada –dijo el guarda– para ir a la caza de espías.» Tavrin consiguió fácilmente trocar la desconfianza del viejo en confianza plena. Luego desmontó de la moto y le ofreció un cigarrillo. Cuando el guarda tendía la mano para tomarlo, Tavrin le golpeó fuertemente y lo metió en el sidecar, al lado de Lidia. Un par de kilómetros más adelante lo bajó, lo arrastró hacia un bosquecillo y le pegó un tiro.

A partir de ese momento Tavrin debió de presentir que acabarían encontrándoles a él y a Lidia. Probablemente sospechaba que había sido descubierto el avión y que se había dado la alarma. En consecuencia tenía que llegar cuanto antes a Moscú.

La realidad era aún peor: desde la segunda mitad de agosto el contraespionaje soviético disponía en Moscú de numerosos detalles sobre la operación de Tavrin. Es muy probable que estos pormenores hubiesen llegado a los oficiales rusos de manos del *Standartenführer* de las SS, Stirlitz, destinado en el Departamento Central de Seguridad del Reich. Este agente trabajaba bajo el nombre de «Justas» para el Gobierno de la URSS. En el estrecho círculo de los altos jefes soviéticos se le identificaba como coronel Maxim Maximovich Issaiev.

Cuando se encontraba tan sólo a 30 kilómetros de Moscú, Tavrin regresó a una carretera mejor con el fin de llegar antes a la capital. Pero a unos 15 kilómetros escasos de la ciudad se le cortó el paso: numerosos soldados salieron de repente de una casa y le dieron el alto. Tavrin se detuvo. Un oficial le pidió la documentación y él le tendió su carnet rojo de oficial y la orden de marcha que llevaba preparada. El oficial echaba en falta un sello y le dijo que le siguiese a la casa. Una vez en ella se vio rodeado de fusiles ametralladores. Tavrin se sublevó contra aquel trato y exigió que se le llevara inmediatamente a Moscú. Segundos después había terminado la resistencia: unos cuantos soldados llevaron también al interior del edificio a la teniente Lidia Yakovlevna Shilova y, con ella, el transmisor de radio. El juego de Tavrin había terminado. □

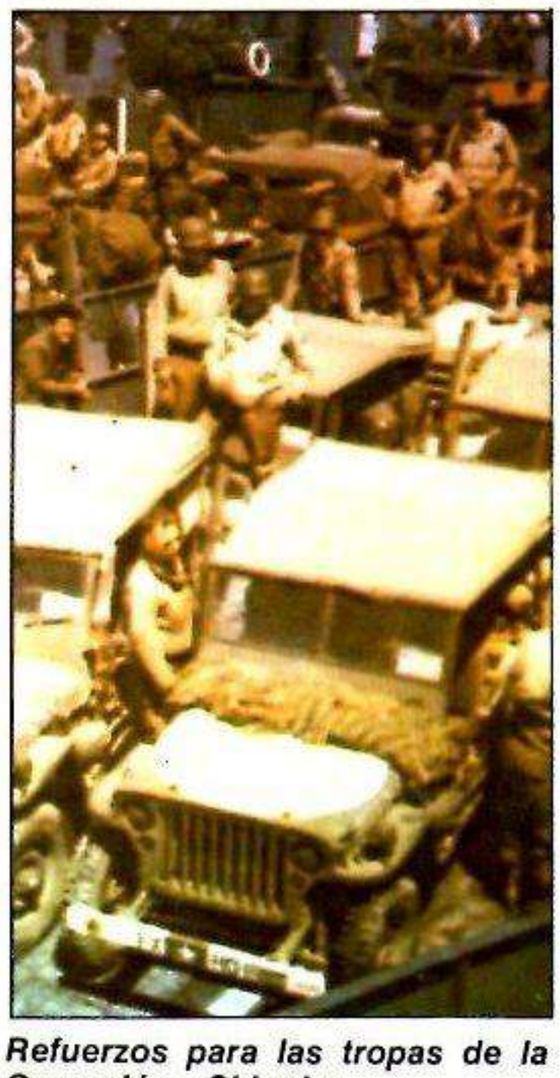
LEXICO DE LA II GUERRA MUNDIAL



Sugerir optimismo y vitalidad era el objetivo de estas fotografías publicadas en la revista «Signal» (Oficiales de submarinos: 1 julio/n.º 43)

«Shingle», nombre dado a la operación de desembarco efectuada por el Cuerpo de Ejército VI estadounidense (bajo el mando del general Mark Clark) y el Ejército 5, el 22 de enero de 1944 al sur de Roma, en Anzio. Hasta el 29-I-1944 fueron desembarcados 68.886 soldados, 508 piezas de artillería y 237 carros. Los americanos no supieron aprovechar la sorpresa causada a los alemanes y, si bien lograron establecer una cabeza de puente, no consiguieron una victoria definitiva en el sector. El 23-V-1944 desembarcaron las tropas del Ejército 5 estadounidense al mando del general Mark Clark, y en dos días consiguieron establecer en Terracina contacto con las tropas aliadas procedentes del sur.

Shokaku, portaaviones japonés. Entró en servicio el 8-VIII-1941. Desplazamiento: 25.675 toneladas; velocidad: 34 nudos; armamento: 12 cañones de 127 mm y hasta 84 aparatos a bordo. Tomó parte en el ataque japonés a Pearl Harbor del 7-XII-1941. Participó en la primera batalla de la historia librada entre portaaviones, en el mar del Coral, entre el 4 y el 8-V-1942. Fue alcanzado por las bombas enemigas. Después de ser reparado tomó parte en la batalla que se desarrolló entre el 23 y el 25-VIII-1942 al este de las islas Salomón. En octubre de 1942, batalla de las islas de Santa Cruz. Fue hundido en el mar de Filipinas el 19-VI-1944.



Refuerzos para las tropas de la Operación «Shingle»

«Sichelschnitt», véase «Movimiento en hoz».

«Signal», revista ilustrada alemana de propaganda publicada desde 1940 por la Deutsche Verlag de Berlín. Se trataba de una edición quincenal dedicada al extranjero de la «Berliner Illustrierte». En 1942 alcanzó una tirada de 2,2 millones de ejemplares en 20 idiomas. Era portadora del pensamiento de Goebbels sobre los acontecimientos del frente y de la retaguardia. Se distinguió por su alarde tipográfico y la belleza de sus ilustraciones.

Sikorski, Wladyslaw, general y político polaco. Nació el 20-V-1881 en Tuszow Narodowy y murió en Gibraltar el 4-VII-1943. En los años veinte fue primer ministro y ministro de Defensa de Polonia. Desde el 30-IX-1939 jefe del Gobierno polaco en el exilio, primero en París y luego en Londres, y comandante en jefe del Ejército libre polaco. El 30-VII-1941 tuvo que firmar bajo presión británica un acuerdo militar con la Unión Soviética. En diciembre de 1941 discutió con Stalin, sin sacar nada en limpio, sobre la suerte del pueblo polaco residente en la zona ocupada por los rusos. Tras el descubrimiento de las fosas de Katyn rompió con Moscú. El 4-VII-1943 resultó muerto en un accidente de aviación ocurrido en las cercanías de Gibraltar. No fue posible aclarar las causas del accidente, por lo que siempre ha corrido el rumor de que fue eliminado debido a que su postura perjudicaba al entendimiento británico-soviético.

Sima, Horia, jefe de la «Guardia de Hierro» rumana. Nació en Bucarest el 3-VII-1906. Abandonó Rumania en 1938 a raíz de prohibirse la «Guardia de Hierro». Volvió como jefe de la misma en 1940. Ministro de Educación en julio de 1940. El 7-IX-1940 vicepresidente en el Gobierno de Antonescu. Tras una fracasada rebelión Sima huyó a Alemania, donde fue detenido e internado en el campo de Buchenwald, del que escapó a Italia en 1943. Los italianos lo entregaron otra vez a Alemania. En 1944 formó un Gobierno rumano en Viena. Después de la guerra fue condenado a muerte en ausencia el 22-II-1946.

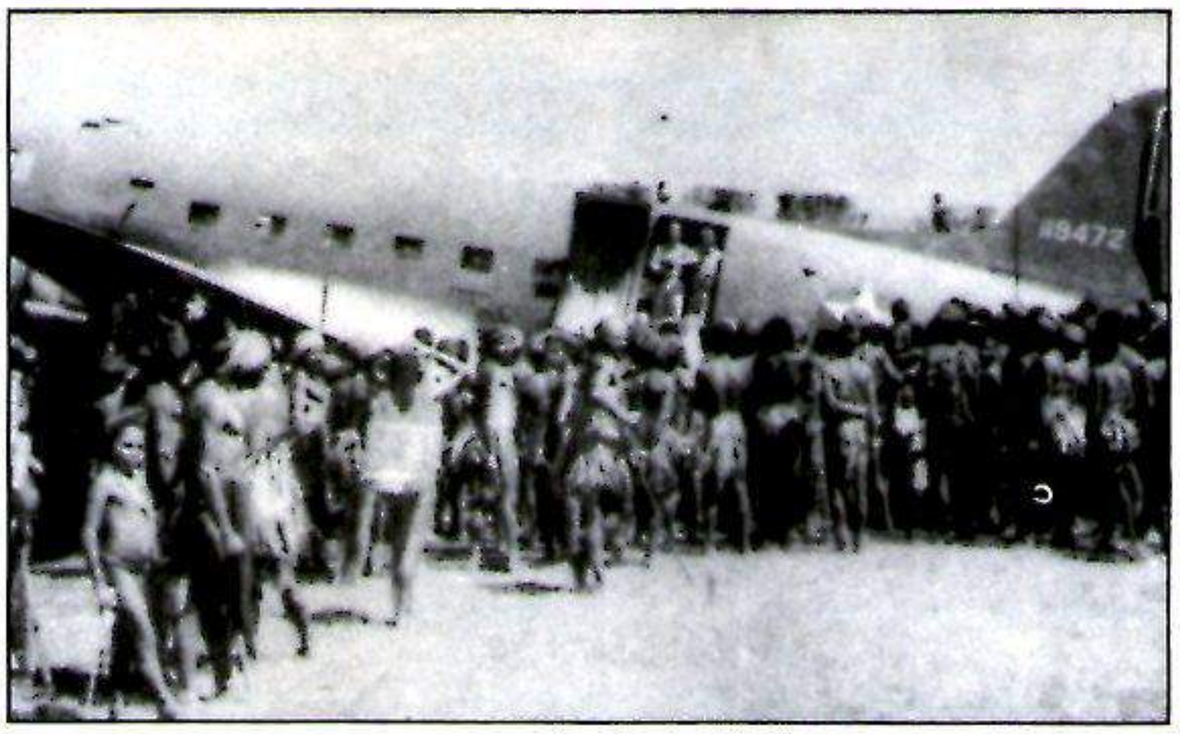
Vassili Sokolovski

Singapur, plaza fuerte marítima situada al sur de la península malaya, unida al continente por la ruta del Johore. Fue conquistada por el Ejército 25 japonés al mando del general Yamashita entre el 7 y el 15-II-1942. El jefe responsable de la defensa, general A. E. Percival se rindió al frente de 70.000 hombres: hindúes, australianos y británicos. Hasta el final de la guerra, Singapur estuvo en poder japonés. El 2-IX-1945 el general Itagaki firmó el documento de capitulación de todas las fuerzas niponas en el sudeste asiático ante el comandante en jefe de las fuerzas aliadas en aquella zona, almirante lord Mountbatten.

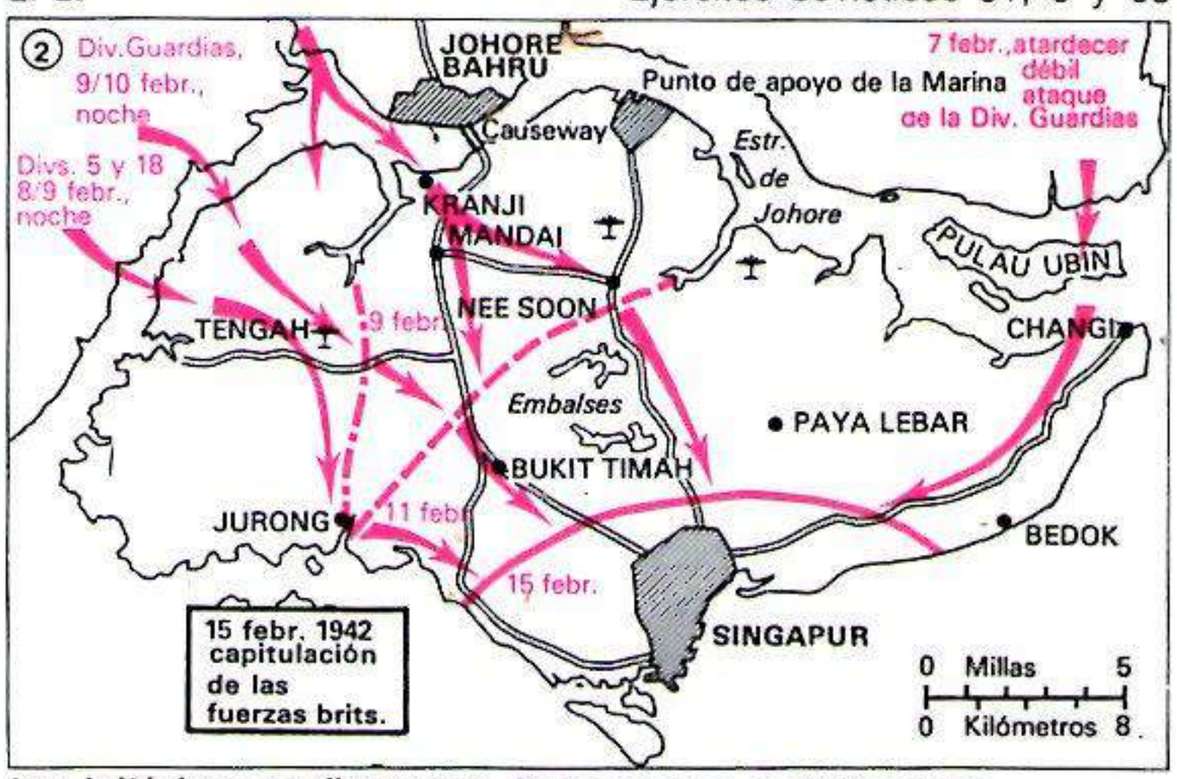
Skorzeny, Otto, coronel de las SS. Nació en Viena el 12-VI-1908 y murió en Madrid el 6-VII-1975. Ingeniero de profesión. Ingresó como voluntario en la Aviación en 1939. En marzo de 1940 pasó como oficial a la División SS «Das Reich». Tomó parte en la liberación de Mussolini el 12-IX-1943. El 15-X-1944 realizó con un comando la llamada Operación «Panzerfaust», que consistía en detener en Budapest al Gobierno Horthy. El 22-X-1944 jefe de la Brigada 150, que durante la ofensiva norteamericana en las Ardenas debía operar con uniforme americano y hablando inglés detrás de las líneas del frente enemigo, en la llamada Operación «Greif». En febrero de 1945 jefe de los cazadores de las SS en el sector II del frente del Este. En abril de 1945 encargado de la construcción de las fortificacio-

nes de los Alpes («Alpenfestung»). En mayo de 1945 prisionero de los americanos. En 1947 declarado inocente en el proceso por crimenes de guerra.

Skytrain, nombre que daban los norteamericanos a su avión de transporte *Douglas C-47*, versión militar del famoso de pasajeros *DC-3*. El *C-47* desempeñó del lado americano el mismo papel de «válido para todo» que el *Ju 52* realizó del lado alemán. Desde 1941 se construyeron más de 10.000 unidades del tipo militar. La serie comenzó con una variante como avión de transporte designado como *C-53 Skytrooper*: 2 motores de 1200 CV; 338 km/h de velocidad máxima a 2682 metros de altitud; autonomía: 2173 km. La RAF tuvo hasta 2000 de estos aparatos bajo el nombre *Dakota*; unos 700 fueron a parar a la Unión Soviética, que construyó ella misma 2000 más con la licencia *LI-2*.



Los indígenas contemplan un «Douglas C-47 Skytrain» americano.



Los británicos perdieron con Singapur una posición clave.

«Slapstick», nombre dado por los Aliados a la operación que tenía por objetivo la ocupación de la base naval de Tarento. El 9-IX-1943 se llevó a cabo una operación combinada de desembarco entre una escuadra en Bizerta y la División aerotransportada 1 en Tarento. No hubo ninguna resistencia. En el puerto, el minador británico *Abdiel* explotó al chocar con una mina colocada la noche anterior por las lanchas rápidas alemanas. El balance fue de 149 muertos.

«Sledge Hammer», nombre dado a las medidas acordadas por EE UU y Gran Bretaña para el caso de que la Unión Soviética fuera derrotada. La resolución, tomada el 14-IV-1942, contemplaba una concentración de tropas en Inglaterra y un desembarco en el norte de Francia en 1943, y, si hacia falta, aun en 1942.

Smolensk, ciudad situada al sudoeste de Moscú. En 1939 contaba unos 160.000 habitantes. Durante la II Guerra Mundial fue conquistada el 16-VII-1941 por la División de Infantería motorizada 29. Hasta el 5-VIII-1941 fueron aniquilados en la tenaza de Smolensk parte de los Ejércitos soviéticos 16, 19 y 20. El 24-IX-1943 los Ejércitos soviéticos 31, 5 y 68 obligaron a la División 9 alemana a desalojar la ciudad.

Sobibor, campo de exterminio nacionalsocialista en Polonia oriental; creado el 7-V-42 y clausurado ya en 1943, después de registrarse una insurrección de los prisioneros. Según estimaciones polacas, en Sobibor fueron ejecutados por los nazis unos 250.000 judíos.

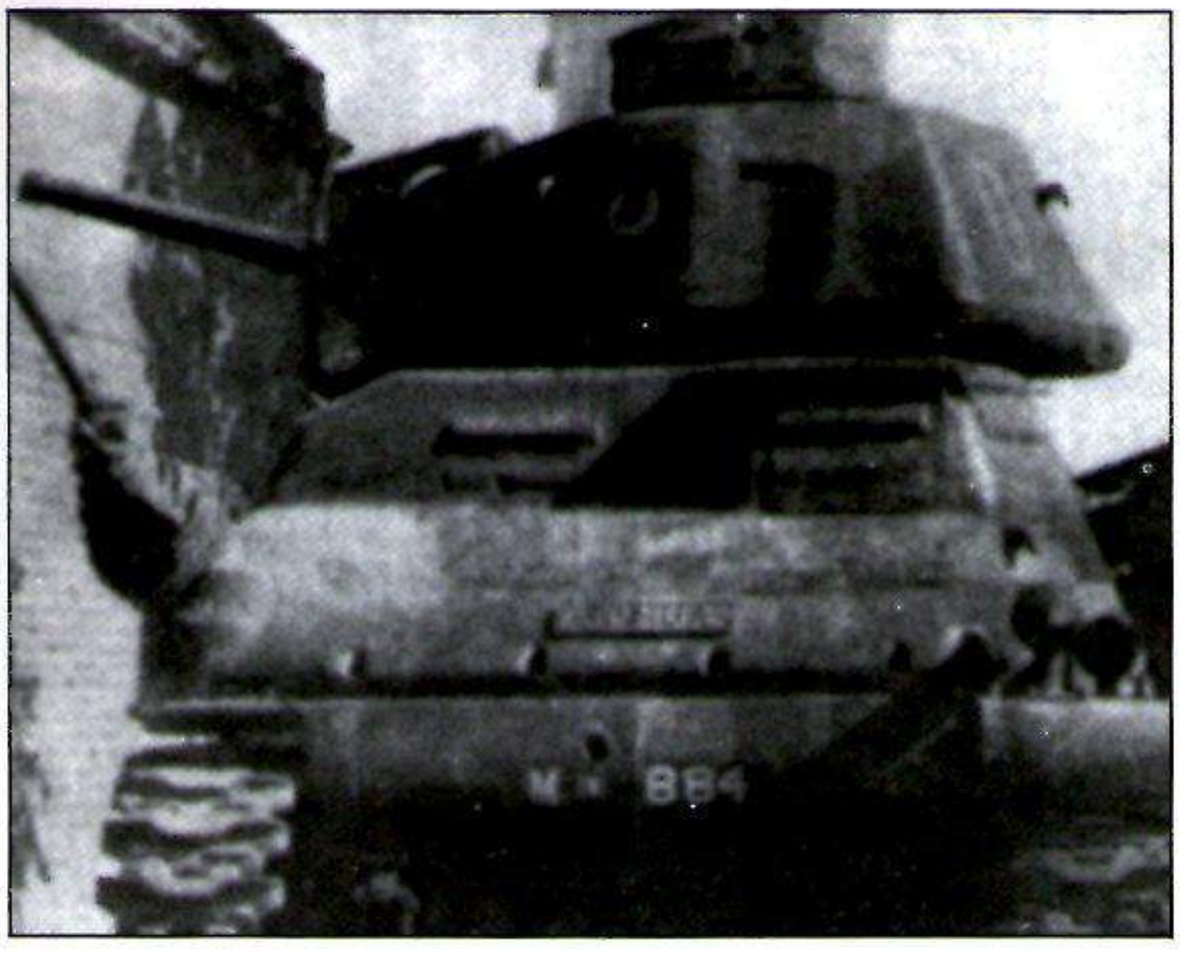
Sokolovski, Vassili, mariscal soviético. Nació en Kozliki (Bialystok) el 21-VII-1897 y murió en Moscú el 10-V-1968. En 1940 jefe del Estado Mayor del Frente occidental a las órdenes de Timoshenko y durante la batalla de Moscú a las de Zukov. A principios de 1942 comandante en jefe del Frente occidental. A principios de 1944 jefe del Estado Mayor del 1.er Frente ucraniano. A principios de 1945 subjefe del 1.er Frente de la Rusia Blanca; por disensiones con Zukov se le volvió a nombrar jefe del Estado Mayor del 1.er Frente ucraniano. El 10-IV-1946 jefe de las tropas soviéticas de ocupación en Alemania. Más tarde jefe del Estado Mayor general y subsecretario del Ministerio de Defensa.

Solución final, nombre dado por los nazis al exterminio sistemático de los judíos en Alemania y territorios ocupados. En la conferencia de Wannsee, el 20-I-1942, bajo la presidencia de Reinhard Heydrich y a la que asistieron altos jefes de las SS, se llegó a la siguiente resolución: «Los judíos aptos para el trabajo serán llevados en columnas separadas de hombres y mujeres para que trabajen en la construcción de carreteras en los territorios orientales, a consecuencia de lo cual muchos de ellos desaparecerán por motivos naturales... a los otros deberá tratárseles en orden a lograr el mismo resultado». El tratamiento para llegar «al mismo resultado» se efectuó en los campos de Kulmhof, Belzec, Sobibor, Treblinka, Maidanek y Auschwitz.

Somua S 35, carro de combate francés. Peso: 20,5 toneladas; potencia: 190 CV; velocidad: 40 km/h; autonomía: 260 km; dotación: 3 hombres; armamento: cañón de 47 mm. En 1936 se empezó la fabricación en serie; se produjeron unas 500 unidades. En 1940 era superior en coraza y armamento al carro alemán III, con un cañón de 37 mm. Sin embargo, no alcanzó grandes éxitos debido, sobre todo, a la falta de coordinación de las fuerzas francesas.

Sorge, Richard, espía alemán. Nació en Adschibend junto a Bakú el 4-X-1895 y murió en Tokio el 7-XI-1944. Sorge se afilió al partido comunista alemán (KPD) en 1919, inició su servicio a las órdenes del Komintern el 1-I-1925 y desde 1929 trabajaba como agente en China. Desde el comienzo de la II Guerra Sorge se encontraba en Japón, entre otras cosas, como corresponsal del «Frankfurter Zeitung». Gracias al agregado militar alemán en Tokio, Sorge logró abrirse muchas puertas. Para la transmisión de sus mensajes utilizaba una clave que los japoneses nunca lograron descifrar. Cuatro semanas antes de comenzar la campaña del Este Sorge dio cuenta a Moscú de lo que se preparaba y de los objetivos perseguidos: Japón no atacaría a la Unión Soviética. Esto permitía al Kremlin concentrar el grueso de sus tropas en la defensa de la capital soviética. Sorge fue detenido el 16-X-1941, y, tras una amplia confesión, y la negativa a entregarlo a Alemania, fue condenado a muerte y ejecutado.

Spaatz, Carl, general estadounidense nacido el 28-VI-1891 en Boyertown/Pennsylvania y muerto en Washington el 14-VII-1974. En 1940 general de Brigada y jefe del departamento



Carro francés «Somua S 35», puesto fuera de combate.

de planificación de la U. S. Army Air Force. En 1941 jefe de Estado Mayor de Aviación. En 1943 dirigió las operaciones aéreas durante el desembarco aliado en Sicilia. En enero del 44, comandante en jefe de las fuerzas aéreas estratégicas en Europa. En julio del 45, el mismo cargo en el Pacífico. Desde 1946 comandante en jefe de las Fuerzas Aéreas de los Estados Unidos y, una vez independizadas como Ejército del Aire, primer jefe de su Estado Mayor.

Speer, Albert, político alemán. Nacido el 19-III-1905 en Mannheim. Arquitecto. Ingresó pronto en el partido nacionalsocialista y se vinculó a la figura de Hitler, que le nombró en 1937 inspector general de obras de Berlín. Designado el 8-II-42 sucesor de Fritz Todt (muerto en accidente), como ministro de Armamento y Munición (desde el 2-IX-43, ministro de Armamento y de Producción Bélica). Bajo su dirección la producción armamentista alemana alcanzó cifras enormes (punto máximo, el verano de 1944). Speer se resistió en marzo de 1945 a la «orden de Nerón» (véase Nerón, orden de) impartida por Hitler. Reconocido culpable tras la guerra, fue condenado a 20 años de cárcel, que cumplió en la prisión de Spandau. Desde su puesta en libertad (1966), autor de libros de memorias con gran éxito editorial.

Sperrle, Hugo, mariscal alemán (19-VII-40), nacido el 7-II-1885 en Ludwigsburg y muerto en Munich el 2-IV-1953. En noviembre de 1936, comandante de la Legión Cóndor en España. El 1-IV-37, teniente general. El 1-XI-37, general de Aviación. El 1-IV-38, comandante de la 3.ª *Luftflotte*. Fue de los que advirtieron contra el derrotero político y militar que tomaban los acontecimientos en Alemania. A mediados de 1944 trató de adoptar medidas adecuadas para evitar la invasión de Normandía, pero se le prohibió ponerlas en práctica. Relevado de todos sus puestos en 1944. Detenido por los americanos, fue sometido a proceso bajo la acusación de crímenes de guerra, pero fue declarado inocente en todos los puntos de la acusación.

Albert Speer (izq.) con el gran almirante Dönitz (centro) y el general Jodl en el momento de su detención (23-V-45).

Spitfire, caza monoplaza británico producido por la empresa Supermarine. El prototipo voló por primera vez el 5-III-1936. Fue uno de los pocos aviones ingleses que se fabricaron sin cesar durante la guerra. Su rendimiento aumentó respecto de los modelos de la primera serie en un 100 %, el peso en un 40 %, la velocidad máxima en un 25 % y la velocidad ascensional en un 80 %. Se construyó en 40 series distintas con numerosas variantes. Entre ellas las de caza, reconocimiento fotográfico, y bajo el nombre de *Seafire*, como avión de transporte. También lo empleó la aviación americana, los países de la *Commonwealth* y los soviéticos. La producción total alcanzó la cifra de 20.351 unidades. Datos de la serie *Spitfire Mk VIII:* un motor de 1710 CV; velocidad máxima de 658 km/h a una altura de 7600 m; autonomía normal, 1060 km. Dos cañones de 20 mm y cuatro ametralladoras de 7,7 mm fijas en las alas; dispositivos para una bomba de 245 kg y para dos de 122 kg.

Sponeck, Hans Graf von, general alemán (1-II-40), nacido en Dusseldorf el 23-II-1888 y muerto (fusilado) el 23-VII-1944 en la fortaleza de Germersheim. General de División el 1-II-1938. Comandante de la División de Infantería 22 el 1-II-39. El 10-X-41, jefe del Cuerpo de Ejército XLII. Para evitar que su unidad quedase cercada en la península de Kerch, ordenó contra la voluntad de sus superiores que las tropas abandonasen el 29-XII-41 aquella posición. Por este motivo se le relevó de su puesto el 31-XII-41 y se le sometió a un consejo de guerra, presidido por Göring. Condenado a muerte el 23-I-42 por insubordinación. Su sentencia fue conmutada el 20-II-42 por la de seis años de reclusión en prisiones militares. Himmler hizo que lo fusilaran acusándolo de vinculación a los sucesos del 20 de julio, aunque Sponeck no tenía relación alguna con los conjurados.

SS-Tropas de reserva, véase Waffen SS.

SS-Unidades de la calavera, llamadas así por el distintivo que lucían sus miembros. El 29-III-36 los cuerpos de guardia de las SS se responsabilizaron de la vigilancia en los campos de concentración, formándose las TV, o SS-Unidades de la calavera. El servicio en las TV no se consideraba servicio militar en el sentido determinado por la ley. En consecuencia sus miembros no quedaban exentos de tal obligación. Su misión quedó fijada en una orden de Hitler, del 17-VIII-38: «Las TV no son una parte de la *Wehrmacht* ni de la policía. Es un cuerpo armado de las SS para el cumplimiento de determinadas funciones de naturaleza policial que habré de examinar personalmente caso por caso.» Durante la campaña de Polonia unidades TV tomaron parte en acciones subordinadas a las formaciones militares. Después los *Standarten* TV se convirtieron en División. Adicionalmente se crearon otros nueve *Standarten* que fueron el núcleo para crear luego más divisiones SS. La vigilancia de los campos de concentración se encomendó a miembros de las SS no aptos para la guerra. El 25-II-1941 los «*Standarten* de la calavera» cambiaron su nombre por el de *Standarten SS* y la insignia permaneció como distintivo de las divisiones TV.

El «Supermarine Spitfire» fue el primer rival, el más serio y el más peligroso del «Messerschmitt Bf 109».

La resistencia durante el Tercer Reich

La conjura urdida por el círculo del general retirado Beck y el entonces alcalde de Leipzig, Goerdeler, fracasó al no lograr sus objetivos el atentado perpetrado contra Hitler y el intento de golpe de Estado del 20 de julio de 1944. Ese capítulo no puede hacer olvidar, sin embargo, que la resistencia durante el «Tercer Reich» fue múltiple y revistió diversidad de formas diametralmente opuestas entre sí. La circunstancia de que la policía secreta del Estado pusiese en práctica inmediatamente, en el caso del atentado contra el *Führer,* la operación «Tormenta», es decir, la detención de todos los enemigos del nacionalsocialismo que tenía identificados, hace que el análisis de los hechos no sea precisamente sencillo.

En líneas generales, la resistencia contra el «Tercer Reich» es tan antigua como éste mismo. En 1933 continuaron existiendo grupúsculos con una ideología muy determinada, socialdemócratas y comunistas, que comenzaron inmediatamente un trabajo de zapa contra el nuevo régimen. Existía el «Frente Negro», un círculo de nacionalsocialistas renegados, radicales (gentes como Otto Strasser, que eran peores, a los ojos de Hitler, que los propios judíos). En la zona alemana en la que dominaban los evangélicos nació la «Iglesia Confesional», que pretendía salvaguardar la libertad de la fe frente al totalitarismo del Estado. Sin embargo, su objetivo no fue, en principio, el de derribar por la fuerza al tirano.

El conde Helmuth James von Moltke, descendiente del famoso general, jefe de Estado Mayor y vencedor en el campo de batalla en 1866 y 1870/71, experto en derecho internacional en el Mando supremo de la *Wehrmacht,* puso a disposición de un nutrido grupo de disidentes su castillo familiar de Kreisau, en la Baja Silesia. Este grupo reunía a altos funcionarios, científicos, pedagogos, eclesiásticos e intelectuales. Los miembros del círculo de Kreisau no eran simples conjurados contra Hitler. Pretendían elaborar un criterio sobre una futura Alemania que sustituyese a la nazi una vez se hubiese perdido la guerra y desapareciese Hitler, dos factores que se daban ya por seguros.

Carl Goerdeler, en la foto, cuando aún era alcalde de Leipzig, en compañía de Hitler, en 1934. Como muchos combatientes de la resistencia, también él pertenecía al grupo de veteranos que habían ayudado a Hitler a acceder al poder.

El programa de reformas elaborado en este grupo llevaba en sí una clara impronta socialista. Algunos miembros de este círculo de discusión teórica pasarían finalmente al de los conspiradores activos, formado en torno al coronel conde Stauffenberg.

La derrota de Stalingrado suscitó el resurgir de grupos de espontáneos, como el de la «Rosa Blanca», controlado por el profesor muniqués Huber. Esta célula invitaba con octavillas a la población alemana a forzar el establecimiento de una paz digna. El puñado de estudiantes comprometidos en esta acción, aun con riesgo de su propia vida, fue en 1943 una víctima fácil de la Gestapo.

Ya el año anterior, en 1942, se había descubierto una organización mayor conocida por la Gestapo como la «Capilla Roja»; en ella se integraba un buen número de artistas y escritores. Muchos de sus miembros no llegaron a enterarse de que el núcleo dirigente estaba formado por comunistas convencidos: el teniente de la *Luftwaffe* Harro Schulze-Boysen, sobrino segundo del almirante von Tirpitz, y Arvid Harnack, del Ministerio de Economía del Reich, sobrino del famoso historiador Adolf von Harnack.

La resistencia llevada a cabo por este grupo se concretó en un enorme caudal de información enviado a la URSS. Los comunistas no tenían los reparos éticos de otros miembros de la organización, sobre todo, los militares, en cuanto que para aquéllos la alta traición en tiempos de guerra no equivalía a la traición a la propia patria. Para unos y otros el asesinato de Hitler estaría moralmente justificado, pues la muerte violenta del dictador parecía el único medio que quedaba para restablecer el estado de derecho.

La «Capilla Roja», que se mantenía en estrecho contacto con el servicio secreto soviético, era un exponente de la segunda cara de la resistencia: la resistencia activa de los comunistas, a la que el círculo en torno a Beck-Goerdeler apenas prestó atención. Los comunistas, por su parte, desconfiaban de la oposición conservadora porque temían que ésta llegase a establecer un régimen militar. Si los esfuerzos de la oposición de los «honorables» y de los oficiales del Ejército lograban crear una red de contactos en los puestos clave de la Administración y llegaba así a producirse un bandazo político, el objetivo de los comunistas tendría un excelente complemento. Su tarea era por el momento la de renovar la lucha de masas en las empresas, la distribución de propaganda marxista en ellas, la formación de células y, en parte, la acumulación de informaciones para la Unión Soviética o el establecimiento de contactos con prisioneros de guerra rusos o civiles alemanes recluidos en campos de concentración. Desde Alemania se tendían también hilos hasta el Comité Nacional Alemania Libre, que funcionaba en Moscú bajo el patrocinio de los soviéticos. Sin embargo, ni los más activos funcionarios del partido comunista lograron poner en marcha un movimiento de masas contra el nacionalsocialismo.

Walter Görlitz

20 DE JULIO

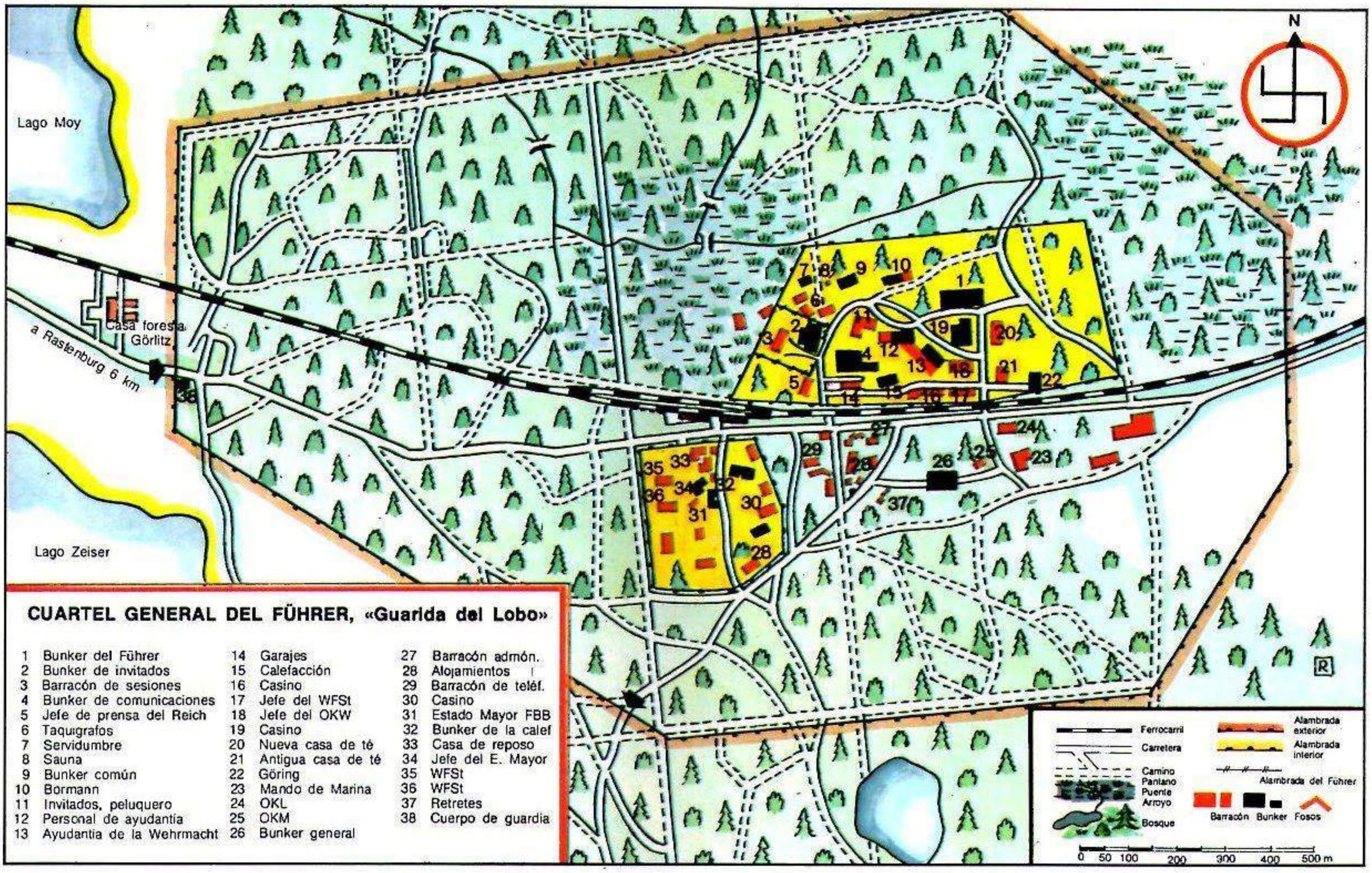
Hitler había observado desde siempre con gran recelo a los oficiales de la «Wehrmacht». Cuando ocupó el poder, los militares se mantuvieron en silencio, pero ¿quién le podía garantizar que iban a permanecer siempre así? Hitler les había obsequiado con un potencial armamentista como no habían podido ni soñar en los tiempos imperiales. Les había concedido, además, títulos, condecoraciones y dádivas en cantidades abrumadoras, pero su desconfianza subsistía. Y con toda razón, porque precisamente de la «Wehrmacht» surgió la resistencia más peligrosa, la única seria, contra el régimen hitleriano. La política exterior de Hitler y sus éxitos inherentes, así como las victorias fulminantes de los primeros años de la guerra dificultaron todos los intentos de arrojar al dictador del poder. Sin embargo, a medida que se prolongaba la contienda iba radicalizándose el conjunto de planes para lograr este objetivo. Los historiadores cuentan con datos de 18 atentados fallidos. Hasta que entró en escena el coronel Stauffenberg. Con él afloró una nueva actitud anímica: se sentía obligado a actuar, aunque el éxito no estuviese plenamente garantizado. Los conjurados se ofrecieron como víctimas para reparar el hecho innegable de que antes hubiesen sido colaboradores y beneficiarios del sistema hitleriano.

Stauffenberg, herido gravemente en África –habia perdido en combate un ojo y el brazo derecho– estaba decidido a hacer ambas cosas: matar a Hitler y ponerse a la cabeza del golpe de Estado. Consumaría el atentado de un modo que no peligrase su propia vida y, poco después, podría encontrarse de nuevo en Berlín para dirigir el golpe. El 8 de junio habia tomado parte por primera vez, en calidad de jefe de Estado Mayor del Ejército territorial, en una conferencia de mandos militares sobre la situación en los frentes, en el cuartel general del *Führer*. Tres dias después, en la conferencia siguiente, para la cual fue requerido también en el Berghof de Berchtesgaden, Stauffenberg introdujo en su cartera una bomba de fabricación británica. En Berlín los conjurados esperaban que llegase la noticia del éxito del atentado. Pero, en cambio, llegó una información decepcionante: Stauffenberg comunicó al general de Infanteria Olbricht que no había accionado el artefacto porque, contrariamente a lo previsto, Heinrich Himmler, jefe de las SS del Reich no tomó parte en la conferencia. Estaba considerado como el enemigo número dos del Estado y por ello debería morir al mismo tiempo que Hitler.

El 15 de julio se repitió la situación. En esta ocasión el jefe de las SS, Himmler, se encontraba presente en el cuartel general del *Führer*.

Stauffenberg volvió a colocar la bomba en su cartera, llamó por teléfono a Berlín, al general Olbricht, y le comunicó que se llevaría a cabo el atentado. Olbricht, jefe del departamento general del Ejército, representante, como Stauffenberg, del *Generaloberst* Fromm, puso en marcha los resortes del golpe. La acción se desarrollaba bajo el nombre clave de «Operación Walküre». El propio Hitler habia autorizado con su firma la preparación del plan. El almirante Canaris, a la sazón jefe supremo del *Abwehr* alemán, le había presentado el «Plan Walküre», orientado a frenar un posible levantamiento de los millones de trabajadores extranjeros concentrados en Alemania en busca de empleo. Naturalmente, ese plan no era más que una pantalla tras la cual se escondía el verdadero objetivo: el derrocamiento de Hitler y de su régimen.

El autor del atentado y su víctima: el conde Stauffenberg (en el extremo izquierdo) junto con Hitler en la «Guarida del Lobo». Entre ellos Puttkamer y Bodenschatz; a la derecha, Keitel. La foto se tomó el 15 de julio de 1944, cinco dias antes del atentado.



CUARTEL GENERAL DEL FÜHRER, «Guarida del Lobo»

1 Bunker del Führer
2 Bunker de invitados
3 Barracón de sesiones
4 Bunker de comunicaciones
5 Jefe de prensa del Reich
6 Taquígrafos
7 Servidumbre
8 Sauna
9 Bunker común
10 Bormann
11 Invitados, peluquero
12 Personal de ayudantía
13 Ayudantía de la Wehrmacht
14 Garajes
15 Calefacción
16 Casino
17 Jefe del WFSt
18 Jefe del OKW
19 Casino
20 Nueva casa de té
21 Antigua casa de té
22 Göring
23 Mando de Marina
24 OKL
25 OKM
26 Bunker general
27 Barracón admón.
28 Alojamientos
29 Barracón de teléf.
30 Casino
31 Estado Mayor FBB
32 Bunker de la calef
33 Casa de reposo
34 Jefe del E. Mayor
35 WFSt
36 WFSt
37 Retretes
38 Cuerpo de guardia

Tal operación le permitiría a Stauffenberg, jefe del Ejército territorial, ocupar todos los puntos estratégicos, detener a funcionarios, tener en su mano emisoras de radio y redacciones de periódicos; alzarse; en definitiva, con el poder real. Sin embargo, en el preciso momento en que el general Olbricht daba a los participantes en el golpe la señal convenida –la clave Walküre– con la que se ponía en marcha el detallado plan elaborado por Stauffenberg, llegó una nueva llamada desde el cuartel general del *Führer*.

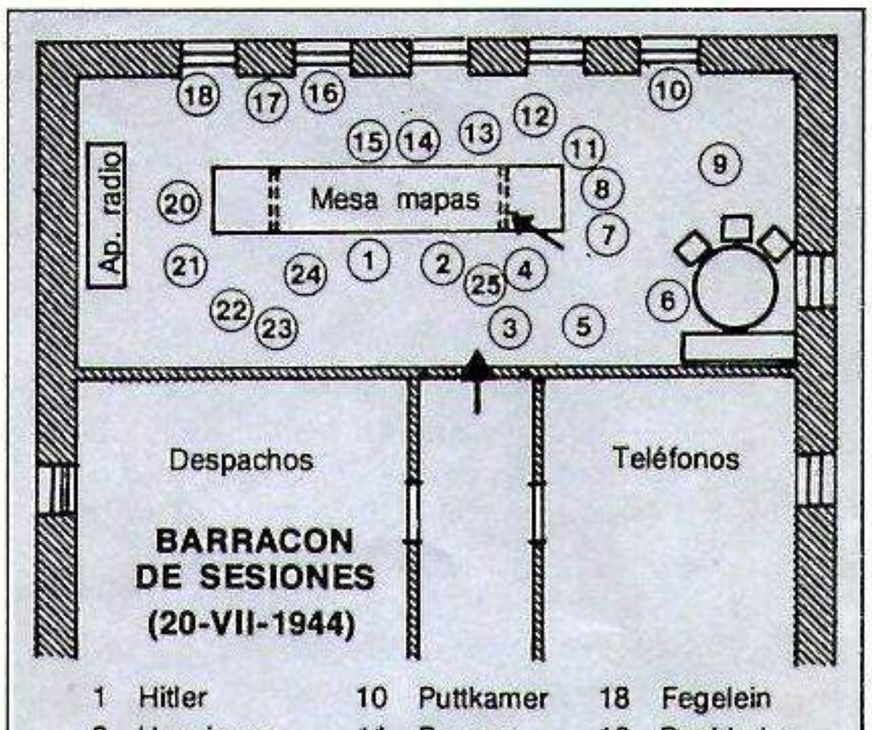
Stauffenberg anulaba la comunicación anterior y anunciaba una pausa para analizar la marcha de la situación. Hitler había decidido interrumpir la reunión precisamente en el momento en que regresaba a ella Stauffenberg, tras haber celebrado su primera comunicación con Berlín. En consecuencia el atentado no pudo consumarse... pero en la capital del Reich habían comenzado a ponerse en práctica las primeras medidas previstas en el plan de golpe de Estado.

Al día siguiente los conjurados justificaron la operación calificándola como «ejercicio táctico para comprobar la capacidad de acción del Ejército territorial», pretexto que fue creído sin dificultad por el Mando supremo. Ese fallo no podía repetirse.

La «próxima vez» llegó el 20 de julio. Esta vez el escenario no sería Berchtesgaden, sino el propio cuartel general del *Führer* en la «Guarida del Lobo», en Rastenburg, Prusia Oriental. En esta ocasión no se encontraban en la reunión ni Himmler ni Göring, pero ya no se podía demorar más el plan.

A primera hora del día volaba en dirección a Prusia Oriental, desde el aeródromo de Rangsdorf, cerca de Berlín, a bordo de un avión correo, el coronel Stauffenberg, acompañado por su ayudante, el teniente Werner von Haeften. El tercer pasajero del aparato era el general Helmuth Stieff, jefe de la sección de organización del Ejército, que había intentado por dos veces perpetrar un atentado contra Hitler.

En el aeródromo de Rastenburg les esperaba a los tres un automóvil enviado por el cuartel general. El vehículo les llevaría acto seguido hasta la «Guarida del Lobo», distante 14 kilómetros. Hasta llegar a la residencia de Hitler tenían que pasar tres puestos de control, numerados con las cifras romanas III, II y I. Una vez superado este último puesto, Stauffenberg descendió del auto. Su ayudante acompañaría al general Stieff durante los 18 kilómetros que faltaban hasta el cuartel del OKH «Bosque del Muro» y luego se ocupó de asegurar la disponibilidad del automóvil



1 Hitler
2 Heusinger
3 Korten
4 Brandt
5 Bodenschatz
6 Walzenegger
7 Schmundt
8 Borgmann
9 Buhle
10 Puttkamer
11 Berger
12 Assmann
13 John
14 Scherff
15 Voss
16 Günsche
17 Below
18 Fegelein
19 Buchholz
20 Büchs
21 Sonnleithner
22 Warlimont
23 Jodl
24 Keitel
25 Stauffenberg
Bajo la mesa 10 taburetes

Tres barreras protectoras servían de garantía de seguridad a la «Guarida del Lobo», cuartel general del «Führer». El conde Stauffenberg dejó la cartera con la bomba bajo la mesa de mapas del barracón de sesiones, en el punto señalado en el grabado por la flecha superior.

para el momento en que, una vez consumado el atentado, Stauffenberg se dispusiera a regresar al aeródromo para volver a Berlín a bordo del avión correo.
El conde von Stauffenberg desayunó en el casino y luego tomó parte en dos conferencias. La primera, dirigida por el general Buhle, jefe del Estado Mayor del Ejército en el OKW. La segunda, con el jefe del OKW, mariscal Keitel. Entonces se enteró Stauffenberg de que el examen de la situación en los frentes, en el que tomaría parte Hitler, se había adelantado una hora, como consecuencia de la visita oficial que debía realizar Mussolini, y que tendría lugar a las 12,30 horas. Nuevamente el atentado se veía amenazado de aplazamiento, debido a que los dos artefactos preparados, el primero con un mecanismo de relojería previsto para 10 minutos y el otro de reserva con el dispositivo de explosión previsto para 30 minutos, estaban en la cartera del ayudante de Stauffenberg. Éste se encontraba en aquel momento camino del cuartel del OKH «Bosque del Muro». Afortunadamente, apenas había concluido la conferencia de Keitel ya se hallaba en el *bunker* del OKW el teniente von Haeften.
Un nuevo problema que resolver: las cargas explosivas tenían que pasar de la cartera de Haeften a la de Stauffenberg. El ayudante de Keitel, comandante von Freyend, ayudó sin saberlo a los conjurados en esta tarea. Le tenía preparado su cuarto a Stauffenberg para que durmiese un poco, ya que se había levantado muy temprano con el fin de acudir a la «Guarida del Lobo». Una vez en la habitación, Stauffenberg y Haeften procedieron a realizar su trabajo. Entretanto habían llegado ya las 12,30 y Freyend envió un sargento primero al dormitorio para comunicar al coronel Stauffenberg que estaba a punto de comenzar la conferencia de oficiales con Hitler.
El sargento penetró en la habitación a toda prisa, como se le había ordenado. Al abrir la puerta le dio al coronel, que se encontraba de pie inmediatamente detrás de ella. El sargento se disculpó diciendo que le habían comunicado que no podía hacerse esperar al *Führer*.
De un vistazo el sargento observó lo que luego declararía ante los funcionarios de la policía criminal: encima de la cama había dos carteras, algunos papeles y un paquete. Las carteras parecía que habían sido vaciadas.
Stauffenberg cerró de nuevo la puerta cuando había salido el sargento primero, acompañado por el teniente von Haeften, que había dejado la habitación con el primero para convencerse de que el suboficial se alejaba realmente del cuarto en el que se encontraban las cargas explosivas.
Entretanto el coronel puso en marcha el mecanismo de relojería de la primera bomba. Para que pudiese realizar esta operación con los tres dedos que le quedaban en la mano izquierda, el dispositivo se había adaptado especialmente. A partir de ese momento un ácido empezaba a corroer un pequeño alambre colocado en una ampolla de cristal.
La duración del efecto del ácido, desde que comenzaba a actuar hasta que terminaba la corrosión del alambre, se había calculado en diez minutos. En ese preciso instante era ya imposible impedir la explosión. Stauffenberg no podría volverse atrás. La bomba explotaría ahora irremisiblemente en diez minutos.

Conferencia sobre la situación

Stauffenberg salió y se encontró al general Buhle y al comandante von Freyend, con los que recorrió el camino hacia el barracón en que habría de celebrarse la conferencia. Buhle y Freyend trataron de ayudar al coronel mutilado, llevándole la cartera, pero éste rechazó la oferta aduciendo que prefería llevarla él mismo. Sin embargo, inmediatamente antes de que comenzara el acto cambió de opinión. Entregó la cartera a Freyend y le rogó que, siendo éste ayudante del mariscal Keitel, le acercase lo más posible, a él y a su cartera, al lugar que ocupase el *Führer*. En primer lugar, porque él mismo iba a presentar un informe y por ello debería encontrarse cerca del *Führer*, y, en segundo lugar, porque así podría seguir mejor por los mapas el comentario que se hiciese sobre la situación en los frentes.
Pero los tres llegaron demasiado tarde. Cuando recorrían el largo pasillo en el centro del barracón, oyeron la voz del general Heusinger que exponía la situación en el frente oriental. El general Buhle abrió la puerta, y tras él entraron Stauffenberg y Freyend. Hitler se encontraba de pie junto a la gran mesa cubierta de mapas, detrás de la puerta y de espaldas a ella. A su derecha se hallaba Heusinger, que interrumpió brevemente su exposición. A la izquierda de Hitler se situaba el mariscal Keitel, que tenía al lado al general Alfred Jodl, jefe del Estado Mayor de la *Wehrmacht*.
Keitel miró desabridamente a los retrasados e informó a Hitler que había llegado el coronel conde von Stauffenberg. Freyend se había ocupado entretanto de rogar en voz baja al almirante Voss, que se encontraba inmediatamente a la derecha del general Heusinger, que cediese su lugar al coronel. El almirante accedió y se trasladó al otro lado de la mesa, exactamente enfrente de Hitler, mientras el coronel ocupaba su puesto, dándole las gracias. Al tiempo colocó a su lado la cartera.
Heusinger prosiguió su intervención, mientras tenía a su lado a Stauffenberg. El coronel había depositado la cartera en el suelo, exactamente al lado de las dos enormes y sólidas patas que sostenían la mesa de mapas. La cartera se hallaba ahora debajo de la mesa, y en ella iba actuando imperceptiblemente el ácido que corroía el alambre. Faltaba ya muy poco para que se produjese la explosión. Si explotaba en aquel preciso momento, la detonación alcanzaría en primer lugar a Heusinger y a Hitler, y después a los que se encontrasen en los dos lugares más inmediatos a ellos. La onda expansiva actuaría hacia la izquierda con mayor fuerza, debido a que la pata de la mesa junto a la que se había situado la cartera frenaría el efecto hacia la derecha.
Sin embargo, quien había dispuesto el atentado era el que más cerca estaba de su propio artefacto. Tenía que desaparecer si no quería morir. Con sumo cuidado, como si no quisiera interrumpir nuevamente la intervención de Heusinger, el coronel se dirigió al oficial que se encontraba a su derecha, exactamente al lado de la pata de la mesa. Este oficial era el coronel Heinz Brandt, lugarteniente de Heusinger, el mismo Brandt que había introducido hacía un año en el avión de Hitler dos botellas de coñac que en realidad eran dos bombas destinadas a matar al dictador. Pero las bombas no habían explotado. Esta vez Brandt no tenía nada que ver con el asunto. Stauffenberg comentó con Brandt en voz baja que tenía que salir de nuevo con el fin de hacer una llamada urgente para consultar algo relativo al informe que debía presentar. Le encomendó acto seguido que vigilase la cartera. Brandt accedió complacido y amistoso al ruego del autor del nuevo atentado, como había hecho hacía un año con respecto al autor de otro intento, Fabian von Schlabrendorff.
Stauffenberg abandonó la estancia a las espaldas de Hitler y salió al aire libre tras recorrer el largo pasillo que llevaba a la sala de mapas.
El coronel se dirigió entonces al *bunker* de comunicaciones, que se encontraba dentro del perímetro defensivo más interior. Allí esperaba el jefe de transmisiones de las Fuerzas Armadas, general Erich Fellgiebel, desde hacía tiempo uno de los hombres más importantes de la conjura. Tenía la misión, en aquel momento, de conectar, una vez se hubiese consumado el atentado, con la central de los golpistas, en la Bendlerstrasse berlinesa, en el mismo edificio en el que antes estuvo el Ministerio de la Guerra y ahora era sede del Mando del Ejército territorial.

Mientras tanto, en la sala de reuniones se produjo un hecho inesperado. Durante el informe de Heusinger, Hitler había planteado una cuestión que, según el general Buhle, caía perfectamente en el campo que le correspondía a Stauffenberg, jefe de Estado Mayor del Ejército territorial, que podría dar respuesta exacta a la consulta. En ese momento se le echó en falta al coronel. El coronel Brandt comunicó entonces que Stauffenberg había tenido que ausentarse para celebrar una conferencia telefónica urgente. Furioso, el mariscal Keitel se dirigió personalmente a la cabina telefónica, mientras el general de Aviación Korten daba a conocer entretanto las últimas novedades de su competencia. En la central de teléfonos el oficial de guardia, Adam, informó al mariscal que el coronel de un solo brazo y el parche en el ojo no había estado allí. Keitel regresó a la estancia en que se encontraba Hitler y envió al general Buhle a localizar por teléfono al coronel.

Cuando también Buhle regresó sin haber logrado su propósito, el coronel Brandt se acercó a su jefe, Heusinger, con la intención de observar más de cerca un detalle en el mapa que se encontraba sobre la mesa. Al intentarlo tropezó con la cartera de Stauffenberg. Enojado, la tomó y la colocó fuera de la mesa, al otro lado de la pata, donde no le pudiese molestar más. También Hitler buscaba algo en el mapa. El punto que trataba de localizar se encontraba muy al norte, en el extremo superior del plano. Entonces se echó sobre la mesa, apoyando la parte superior del cuerpo sobre ella. Tenía los codos sobre la mesa cuando el ácido terminaba de romper el alambre y dejaba libre el resorte de la explosión. Aquella era precisamente la fracción de segundo en la que pudo cambiar el destino del mundo. Las agujas de los relojes marcaban las 12,42.

La carga oculta en la cartera explotó en ese instante. El efecto se produjo de un modo muy diferente de como lo había pensado Stauffenberg, hacia la derecha, hacia el lado contrario de donde se encontraba Hitler, debido a que el coronel Brandt había colocado la cartera en la parte exterior de la mesa. La explosión arrancó la pierna derecha al coronel Brandt y su cuerpo quedó lacerado por infinidad de astillas. Las graves heridas sufridas le produjeron la muerte. Además de él, murieron en el atentado el general Korten, el ayudante en jefe de Hitler, general Schmundt, y el estenógrafo Berger.

Los demás resultaron con heridas más o menos graves. Todos ellos quedaron afectados por conmociones cerebrales y roturas de timpanos, incluso los heridos leves. Sólo hubo una excepción: el mariscal Keitel al que no le pasó absolutamente nada debido a que el cuerpo de Hitler, casi reclinado sobre la mesa, atenuó el efecto de la onda expansiva.

El propio Hitler resultó tan sólo levemente herido: sufrió conmoción cerebral con desfallecimiento transitorio, agarrotamiento del codo derecho, quemaduras en las piernas, erosiones en la piel y perforación de ambos tímpanos.

El fragor de la explosión se oyó más allá de los perímetros defensivos en torno al cuartel general. En las inmediaciones del lugar se oían los gritos de los heridos. Las primeras figuras aparecieron dando traspiés entre las ruinas del barracón. Algunos oficiales se lanzaron al aire libre por las ventanas que estaban abiertas de par en par para atenuar el calor veraniego.

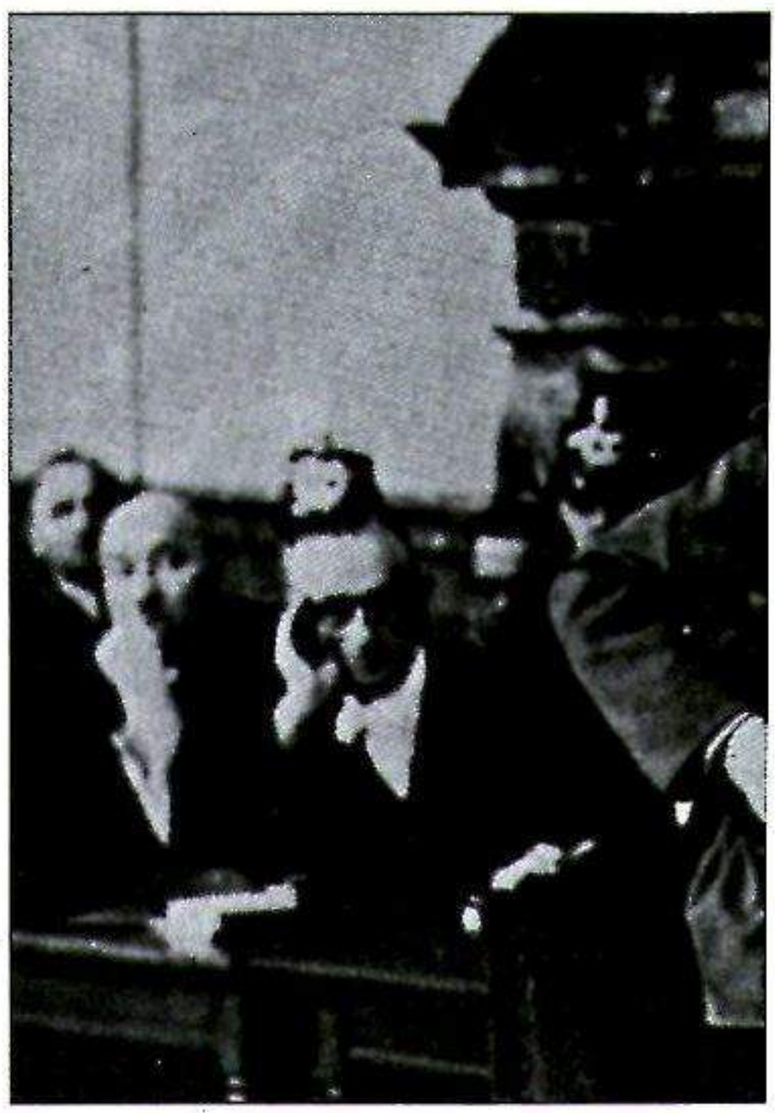
Todo aquel que se podía mover por sus propias fuerzas buscaba ansiosamente salir al exterior. Quizá temían una segunda explosión, y esto hizo que todos se apresurasen instintivamente a abandonar el lugar. Hitler salió del barracón medio a rastras, apoyado en el hombro de Keitel. Pisando los cascotes, dejando a un lado a los heridos y a quienes se habían apresurado a prestarles ayuda, se dirigió a su *bunker.*

Error mortal

Keitel volvió inmediatamente al lugar del atentado. Parecía poseído de un entusiasmo incontenible: «¡El *Führer*! –exclamó– ¡La Providencia! ¡Nuestro *Führer* vive! ¡Y ahora hacia la victoria final! ¡El *Führer* vive!».

Nadie tenía aún idea exacta de lo que había ocurrido. ¿Quizá una bomba de aviación lanzada desde gran altura? ¿Quizá se había hecho estallar sin pretenderlo una mina enterrada durante los trabajos de construcción que se llevaban a cabo en las inmediaciones? El único que podía responder cumplidamente a esas preguntas se había apresurado a dejar a sus espaldas el terror que había provocado. La ayudantía le había preguntado si necesitaba un auto. Stauffenberg había declinado la oferta dando las gracias. No, ya tenía su propio vehículo a punto. Así, Stauffenberg se encontró, cuando llegó el momento de huir del cuartel general del *Führer*, sin ningún automóvil que utilizar. La ayudantía hablaba del mismo auto al que se había referido Stauffenberg. En consecuencia, su vehículo había quedado asignado a otro servicio por la comandancia del cuartel general. Cuando Stauffenberg comprobó aquel error mortal, obligó a su ayudante Haeften a mover cielo y tierra para aclarar el malentendido y poder contar de nuevo con su coche. Lo pudo conseguir, literalmente, en el último segundo.

Haeften se encontraba ya a la altura del



La vista de la causa ante el Tribunal Popular fue la burda caricatura de un proceso. El presidente Roland Freisler (arriba, con sus colegas general Reinecke y consejero Lemmle) afrentó al acusado, mariscal von Witzleben, al que se le había privado del cinturón.

bunker de comunicaciones, donde se hallaba Stauffenberg con el general Fellgiebel, cuando se produjo la formidable explosión. Desde el punto en que estaba el coronel se veía una nube de polvo sobre el barracón de conferencias y fragmentos de cascotes que volaban por los aires. Desde ese *bunker* no se podía apreciar nada más. De inmediato, en plena confusión, Stauffenberg se dispuso a partir. El comandante Sander, de la ayudantía, se encontraba a su lado. Fue él quien hizo posible que se le facilitase un auto al coronel.

Entonces Stauffenberg y Haeften emprendieron viaje. Ambos cruzaron sin problema alguno los puestos de guardia de las barreras de seguridad I y II. Los documentos personales de Stauffenberg eran suficientes para que se le franquease el paso. Hasta entonces no se había dado la alarma. Pero en el último puesto de vigilancia el trámite se dificultó. Al oír la explosión, el jefe del puesto ordenó por iniciativa propia que se cerrasen las barreras. Stauffenberg ideó una artimaña: «Misión especial del *Führer*. Tengo que dirigirme urgentemente al aeródromo. Me espera el general Fromm.»

El teniente del puesto vaciló. Stauffenberg descendió del auto, entró en el cuerpo de guardia y habló por teléfono con alguien. Luego, volviéndose al teniente, le dijo: «Bueno, ya ve. Puedo pasar.»

El teniente conocía a Stauffenberg y había comprobado que sus papeles personales estaban en regla. Así que decidió al fin levantar la barrera.

En la última guardia exterior fue donde casi se produjo el desastre. Cuando Stauffenberg llegó a ella se había dado ya la alarma. La guardia del puesto sur había interceptado la carretera con obstáculos contracarros de los conocidos como «jinetes españoles». Soldados fuertemente armados se encontraban apostados tras la barrera. El jefe de la patrulla, sargento Kolbe, del Batallón de la Guardia del *Führer*, no se dejaría impresionar con tanta facilidad como antes el teniente.

El sargento no consintió a Stauffenberg que hiciese uso del teléfono, sino que fue él quien hizo la llamada comprobante. Stauffenberg le había dado el nombre del capitán de Caballería von Möllendorf, ayudante del comandante. Éste no sabía realmente si Stauffenberg debía abandonar el cuartel general.

Möllendorf se puso al teléfono y el sargento entregó el auricular al coronel. Éste se hizo el desentendido y preguntó qué pasaba, alegando que no podía hacer esperar a su avión, cuya hora de partida estaba fijada para las 13,35. Tenía que ir lo más rápidamente posible a Berlín.

Debido a que von Möllendorf conocía

bien al coronel y, además, ignoraba el detalle de la alarma ni por qué se había dado, concedió a Stauffenberg el correspondiente permiso para que abandonase el cuartel general. El sargento pidió el auricular a Stauffenberg y se hizo repetir la orden del capitán. Luego dejó pasar a Stauffenberg y Haeften, separando hacia un lado la barrera interpuesta.

Stauffenberg ordenó al conductor que acelerase a fondo. A toda velocidad, el automóvil se dirigió a Rastenburg, hacia el aeródromo. A las 13,15 en punto el *Heinkel* despegaba con destino a Berlín. Stauffenberg estaba enfebrecido al tomar tierra el aparato en el aeródromo de Rangsdorf. Desde allí se encaminó a toda prisa a la Bendlerstrasse, pero antes llamó por teléfono para saber qué se había hecho y, de paso, para dar las primeras órdenes.

Stauffenberg no presentía siquiera que, una vez más, había fracasado en su intento de matar a Hitler.

Crece la tensión

Stauffenberg tampoco tenía ni idea de que el avión en el que viajaba se cruzó a medio camino con otro en el que volaba hacia Rastenburg la comisión de la policía criminal encargada de investigar la explosión. Y todavía había algo más que tampoco sospechaba: en Berlín no se había producido absolutamente nada. Los conjurados estaban aún indecisos.

Se hallaban todos reunidos en la Bendlerstrasse, sin poder contener su nerviosismo. En tanto no llegase la noticia que esperaban del general Fellgiebel, que se encontraba en la «Guarida del Lobo», no se podía hacer nada. No lejos de ellos, en la sede de la policía, el conde Helldorf, jefe de la policía de Berlín, y el conde Bismarck, gobernador del distrito de Potsdam, junto con el doctor Gisevius, aguardaban que al fin se pronunciase la clave convenida. Gisevius había invitado para un «coloquio de rutina» a los mandos del partido nazi en el «Gau» de Berlín. Su propósito era hacerlos detener inmediatamente. La policía ocuparía los edificios principales, una vez se diera la orden de romper las hostilidades.

La tensión aumentaba también hasta límites intolerables en París, otro centro de la conjura. Los hilos conducían en la capital de Francia hasta un primo de Stauffenberg, el teniente coronel Caesar von Hofacker, que se había puesto de acuerdo con el coronel Finck. El comandante de París, los mandos militares en general, y sobre todo el comandante supremo del frente occidental, mariscal Kluge, eran aliados o, cuando menos, cómplices en la conjura. Aquí se apoyaba la gran fuerza militar del golpe de Estado, que esperaba una orden para entrar en acción. En el edificio del comandante en jefe del Ejército de la Reserva en la Bendlerstrasse, se encontraba hacia el mediodía el que fuera general Hoepner, que había sido degradado hasta dejarle en soldado raso. Tanto él como el general Olbricht se ocuparían de impartir las órdenes ya elaboradas y, al tiempo, de poner en marcha los resortes del golpe de estado tan pronto como el general Fellgiebel anunciara, desde el cuartel general del *Führer,* la muerte de Hitler. Poco después apareció también en el edificio de la Bendlerstrasse el general Beck, vestido de paisano. Beck, previsto como nuevo jefe de Estado, llegó acompañado por el mariscal von Witzleben, que debería asumir el mando supremo de las Fuerzas Armadas. Con sus nombres, ambos darían a la acción un notable apoyo moral. Eso, al menos, era lo que se esperaba.

Pero en la Bendlerstrasse persistía la inactividad. Seguían a la espera de la señal que llegaría de la «Guarida del Lobo». Esta señal se había dado ya hacía tiempo, pero este particular se ignoraba. El general Fellgiebel había llamado por teléfono, inmediatamente después del atentado, al general Thiele, que se encontraba en la citada calle. Pero en esa hora decisiva el general Thiele se había marchado a comer. Lo más que pudo hacer Fellgiebel fue encomendar a la secretaria de Thiele que le comunicase a éste que el *Führer* había sufrido un atentado, pero había sobrevivido. Es de imaginar que la secretaria no olvidó transmitir a su jefe esa noticia sensacional. Sin embargo, dos horas después, a las 15,15, Thiele se ponía en comunicación telefónica con Olbricht, que tenía su despacho en la misma casa. Tan sólo le diría entonces que se esperaba un comunicado del cuartel general del *Führer.* Que no sabía más. El primer conjurado trataba de salvar el cuello de la soga del verdugo.

Poco después Thiele comunicaba otra vez con Olbricht. En la «Guarida del Lobo» se había perpetrado un atentado. No dijo más. Pero Olbricht quería hacer la luz sobre todo aquel asunto. Entonces pidió una conferencia telefónica con el cuartel general del *Führer.* El hecho de que le concediesen la conferencia era un mal indicio, porque se había convenido previamente que, en el caso de que el atentado resultara bien, Fellgiebel interrumpiría todas las comunicaciones telefónicas con la «Guarida». Sin embargo, Olbricht tenía al teléfono a Fellgiebel. Éste se limitó a pronunciar una frase, formidable ejemplo de doble sentido: «Ha ocurrido una cerdada. ¡El *Führer* vive!».

A las 15,45 Stauffenberg y su ayudante von Haeften aterrizaban en el aeródromo de Berlín-Rangsdorf. El automóvil que tenía que haber ido a recogerles no había llegado. El teniente von Haeften llamó entonces al despacho de Olbricht y se puso en comunicación con el jefe del Estado Mayor, coronel Mertz von Quirnheim. Éste no tenía ni idea de lo del auto. De lo que sí se enteró von Haeften era de que el golpe de Estado no estaba aún en marcha. Asustado, el propio Stauffenberg decidió acudir al teléfono y exigió muy excitado que se pusiese en marcha la operación «Walküre». «¡Hitler ha muerto! –gritó al teléfono–. Yo mismo lo he visto. Cualquier vacilación es un verdadero suicidio. 'Walküre' debe ponerse en marcha inmediatamente; en caso contrario todo habrá sido en vano.» Al fin se ponían en práctica las medidas dispuestas para el golpe de Estado. La orden iba firmada por el general Olbricht y por el coronel Mertz von Quirnheim «por encargo del comandante en jefe del Ejército de la Reserva» (BdE), general Fromm. Fromm conocía los preparativos del atentado, pero no se había puesto incondicionalmente del lado de los conjurados. Olbricht tenía que intentar ahora estimular a Fromm para que se comprometiera totalmente en el golpe. Entró con presteza en el despacho de Fromm y le pidió que accediese a celebrar una conversación en privado. «Mi general, le comunico por obediencia superior que el *Führer* ha sido víctima de un atentado. El *Führer* ha muerto. Al parecer se trata de un golpe de las SS.»

Fromm se quedó al principio extraordinariamente consternado. Cuando logró reponerse empezó a dudar. Esa noticia debía ser un infundio, porque en caso contrario el mariscal Keitel se habría apresurado a llamar por teléfono.

Fromm pidió entonces una conferencia urgente con el cuartel general del *Führer* y logró que le pusiesen al habla con el mariscal Keitel. Olbricht recibió la invitación de tomar el segundo auricular. Keitel dijo entonces: «Qué absurdo. Eso es ridículo. En efecto se ha producido un atentado, pero afortunadamente ha sido un fracaso. El *Führer* vive y solamente ha sufrido heridas de poca importancia. A propósito, ¿dónde se encuentra en estos momentos el jefe de su Estado Mayor, el coronel conde von Stauffenberg?» Fromm se asombró: «¿El coronel Stauffenberg? No he vuelto a verle.»

Keitel y Fromm dejaron los auriculares. En tales circunstancias Fromm no pensó ni por un momento más en poner en marcha la operación «Walküre» y Olbricht no osaba decir que él mismo se había ocupado de ello. Deprimido, regresó a su despacho. ¿Qué podía hacer? Con toda seguridad las primeras unidades militares avanzaban

Estos hombres tenían asignado un papel fundamental. El general Fromm, comandante en jefe del Ejército de la Reserva (arriba), y el comandante Remer, jefe del Batallón de la Guardia «Grossdeutschland». Cuando los acontecimientos tomaron mal cariz ambos se retiraron de la conjura.

ya hacia Berlín. Si estuviese allí Stauffenberg...

En la Bendlerstrasse cundía la inquietud. Los que no estaban implicados en la conjura notaban gran nerviosismo, la aparición de funcionarios civiles. Por los despachos circulaban rumores de todo tipo. También en la sede de la policía confluían noticias, llegadas por sus propios canales, que suscitaron dudas. El golpe de Estado había entrado definitivamente en crisis.

Con todo, aún se produjo una especie de reactivación cuando Stauffenberg llegó a la Bendlerstrasse. Se lanzó a toda prisa hacia el despacho de Olbricht y formuló preguntas directas, a su superior en rango y en veteranía; la pregunta básica era por qué no había comenzado la operación «Walküre»; por qué se habían perdido tantas horas valiosas, quizá decisivas. «Hitler ha muerto –insistía–. Yo mismo he visto con mis propios ojos cómo se le sacaba de entre los escombros. La bomba explotó con la potencia de una granada de 150 mm. Allí no ha podido sobrevivir nadie.»

Stauffenberg se acercó inmediatamente hasta el teléfono y pidió hablar con París. Allí no había llegado aún ninguna información sobre el golpe.

Stauffenberg habló con su primo Caesar von Hofacker y le comunicó con palabras tajantes que el atentado había sido un éxito y que Hitler había muerto. «Ya está en marcha el golpe de estado. Aquí, en Berlín, ha sido ocupado ya el barrio del Gobierno.»

La siguiente llamada la realizó Olbricht por encargo de Stauffenberg: habló con el jefe de la policía de Berlín, conde Helldorf. Este y el doctor Gisevius se dirigieron entonces a la Bendlerstrasse y allí encontraron al coronel Stauffenberg en plena acción, dando órdenes y llamando constantemente por teléfono. Beck informó a Helldorf que había noticias según las cuales Hitler había muerto. Beck, por su parte, añadió: «Para mí ese hombre está muerto... No podemos claudicar de esta actitud si no queremos llevar el desconcierto a nuestras propias filas.» Helldorf regresó acto seguido a su despacho en la sede de la policía.

«Para mí ese hombre está muerto...»

Así llegó el momento culminante en el que había de obligarse al general Fromm a entrar en la conjura o prescindir de él. Olbricht, acompañado ahora por Stauffenberg, lo intentaría por segunda vez. Ambos insistieron ante Fromm que Hitler estaba muerto y Olbricht reconoció que él mismo se había ocupado de tramitar las primeras órdenes de la operación «Walküre». Fromm quedó consternado y mandó llamar al coronel Mertz von Quirnheim, que había firmado con Olbricht la orden de la puesta en marcha de «Walküre». Fromm le dijo simplemente: «Queda usted detenido». En ese momento Stauffenberg reveló a las claras que había sido él mismo quien había cometido el atentado, e insistió en asegurar que el *Führer* había muerto.

Fromm, atónito, manifestó: «Conde Stauffenberg: su atentado ha fracasado. Tiene que pegarse un tiro.» Stauffenberg replicó sonriente: «Eso no lo haré en ningún caso.» Cuando Olbricht se reconoció también implicado, Fromm los declaró detenidos a los tres. Olbricht repuso lacónicamente: «Usted no puede detenernos. Se equivoca sobre el verdadero estado de las fuerzas. Somos nosotros los que le detenemos a usted.»

Entonces se produjo un altercado en el que no faltaron los golpes. Fromm quedó retenido en un cuarto contiguo. Luego se le permitiría trasladarse a su casa, en el mismo edificio. Algo similar les ocurrió a otros generales y oficiales que se resistieron a tomar parte en el levantamiento.

Entre los que quedaron detenidos por los sublevados figuraba también el coronel Glaesemer, comandante de la escuela de carros con sede en Krampnitz. Según el plan, sus blindados deberían ser el poderoso respaldo del golpe de Estado. Glaesemer se resistió a colaborar. Entonces se le detuvo, dejando en libertad a su ayudante.

Hoepner

v. Tresckow

v. Helldorf

Olbricht

v. Stauffenberg

Beck

Mertz v. Quirnheim

v. Hofacker

v. Kluge

v. Stülpnagel

Stieff

v. Schlabrendorff

Mientras comenzaba en el Reich la caza de los conjurados (arriba, una serie de ellos), Hitler charlaba jovialmente con los obreros que trabajaban en la «Guarida del Lobo» y hacía mostrar sus pantalones tras el atentado.

Todavía llegó otro visitante a la Bendlerstrasse, tan misterioso que casi pasó inadvertido. Sin ser anunciado, entró en el cuarto que ocupaba Stauffenberg un jefe de las SS, muy fuerte, de anchas espaldas. Como compañía, un ayudante y dos individuos vestidos de paisano, funcionarios de la policía criminal, como luego se comprobó. «*Heil* Hitler», saludó el hombre. «Busco al coronel conde von Stauffenberg». El coronel, tranquilo y despreocupado, respondió: «Sí, diga, por favor». «*Oberführer* Pifrader», se presentó el hombre. «Vengo de parte del Departamento Central de Seguridad del Reich... Tengo que formularle algunas preguntas, señor coronel.» «Si no hay más remedio, usted dirá». Stauffenberg señaló hacia una puerta, salió en compañía del jefe SS y ambos pasaron a una sala contigua en la que se encontraban a punto dos jóvenes oficiales armados con pistolas ametralladoras. A los pocos instantes, Stauffenberg regresó solo. Pifrader y sus acompañantes quedaron desarmados y puestos bajo vigilancia en una habitación adyacente.

En el cuartel general del *Führer* no se sabía aún qué ocurría en Berlín, pero en la capital el golpe iba tomando cuerpo. Al fin las cosas se ponían en marcha. Con arreglo a lo proyectado en el plan «Walküre», el comandante Remer, jefe del Batallón de la Guardia «Grossdeutschland», condecorado con la Cruz de Caballero con hojas de roble, se presentó en el despacho del comandante de la ciudad, general von Hase. Allí recibió la orden de ocupar la casa de la radio, en la Masurenallee, de poner guardia en la Bendlerstrasse, aislar la central de la Gestapo y el Departamento Central de Seguridad del Reich, y tomar el Ministerio de Propaganda, reteniendo al ministro, doctor Goebbels. El comandante Remer impartió las órdenes oportunas para cumplir los objetivos que se le habían encomendado.

Pero la suerte del golpe de Estado y de los amotinados estaba ya echada. Un insignificante teniente que se encontraba casualmente en Berlín, y con el que nadie había contado, fue quien imprimió un vuelco imprevisto a los acontecimientos.

Era el doctor Hagen, que, inútil para la guerra debido a las graves heridas sufridas en el frente, había recibido de Bormann la misión de escribir una historia del nacionalsocialismo. Su cargo era el de oficial de enlace entre el Batallón de la Guardia «Grossdeutschland» y el Ministerio de Propaganda, al que había pertenecido antaño. El 20 de julio, entre las 15 y las 16 horas, Hagen celebró una conferencia sobre cuestiones del mando nacionalsocialista ante suboficiales del Batallón de la Guardia. Después se trasladó al domicilio del comandante Remer para tomar una copa. Allí mismo fue testigo de cómo se le entregó a Remer la orden de «Walküre» y de cómo éste la transfirió al general von Hase. Observó cómo Remer, al regresar, informó del atentado sufrido por Hitler y de que la *Wehrmacht* había asumido el poder.

Hagen cayó entonces en la cuenta de que en la noche anterior había visto al mariscal von Brauchitsch en un automóvil que pasó por delante de él. Entonces creyó haberse confundido, pero ahora se confirmaba su observación: el antiguo comandante en jefe del Ejército podía tener algo que ver con la operación «Walküre».

Hagen se equivocaba, al menos en lo tocante a von Brauchitsch, que no se encontraba en Berlín, pero su cálculo era exacto: era el militar del que había partido la idea de un golpe de estado.

A las 17,45 Hagen se entrevistaba con Goebbels en la vivienda particular de éste y le informaba sobre sus hipótesis y de lo ocurrido en el Batallón de la Guardia. Cuando Goebbels observó que al otro lado de la calle varios soldados iban tomando posiciones tras los setos, creyó al teniente Hagen. Inmediatamente comunicó por el *Führerblitz*, una especie de teléfono rojo disponible siempre, con el cuartel general de Hitler.

En la «Guarida del Lobo» tuvieron entonces la primera noticia del golpe de estado que iba cundiendo en Berlín. Hagen se dirigió luego al despacho del comandante de la ciudad e informó allí a un teniente del Batallón de la Guardia que Remer debía presentarse inmediatamente a Goebbels. Remer desconfiaba, pero decidió al fin ir a verle. Como medida de precaución dejó a punto a una unidad encargada de liberarlo si no estaba de vuelta en 20 minutos.

Goebbels informó a Remer sobre el verdadero estado de la situación y le llevó hasta la incredulidad. El ministro tuvo entonces una idea salvadora. Tomó el teléfono y gritó: «*Führerblitz*. Con el cuartel general del *Führer*, rápido, en seguida. Con el *Führer* personalmente».

El comandante Remer quedó anonadado. ¿Con el *Führer*. ¿Con un muerto? Entonces escuchó la voz de Goebbels. «*Heil*, mi *Führer*. A mi lado se encuentra el jefe del Batallón de la Guardia Grossdeutschland. Ha recibido de los golpistas la orden de sitiar el barrio del Gobierno... De acuerdo, mi *Führer*». Y, luego, dijo a Remer: «El *Führer* desea hablar con usted personalmente». Goebbels le tendió el auricular. «¿Me oye comandante Remer? ¿Conoce mi voz?», bramó Hitler al otro lado del hilo. «Así es, mi *Führer*».

«Comandante Remer, le hablo como jefe supremo de la *Wehrmacht* de la

Los distritos centrales de Berlin fueron el escenario del intento de golpe de estado.

Gran Alemania y como *Führer* suyo. Le transmito una orden: aplaste toda resistencia con rigor absoluto. Comandante Remer, queda a mis órdenes directas en tanto no llegue a Berlín el jefe de las SS del Reich, Himmler. Óigame, Remer, con efecto inmediato le asciendo a coronel. Actúe implacablemente en calidad de tal. Tiene plenos poderes para aplastar el levantamiento.»

En aquel mismo minuto la fuerza militar de los conjurados se volvió contra ellos. La disponibilidad incondicional de Remer respecto de sus superiores cesaba, y solamente tendría que rendir cuenta a Hitler. El barrio del Gobierno, que debería haber quedado cercado, se convirtió en una fortaleza defendida por el Batallón de la Guardia. La mole de la Bendlerstrasse, centro de la conjura, pasó a ser un castillo sitiado.

Allí empezaron a llegar indicios de que algo había fallado. Por la radio se transmitió entonces la voz del comentarista jefe de la emisora berlinesa, doctor Fritzsche, que comunicaba la noticia del atentado sufrido por Hitler. La emisora debería haber sido ocupada hacía tiempo por el Batallón de la Guardia.

El mariscal von Witzleben no había llegado aún a la Bendlerstrasse. El general Hoepner se encontraba sentado tras la mesa escritorio de Fromm, ahora con su uniforme completo. Se encontraba deprimido, encerrado en un silencio hermético. Ni la menor noticia del conde Helldorf, que tendría que haber detenido a los jerarcas nazis. Ni un indicio del *Gruppenführer* SS Nebe, que tendría que haber puesto a disposición del golpe a la policía criminal. Ambos se encontraban retenidos en los locales de la policía a la espera de alguna orden. Los carros de la escuela de acorazados de Krampnitz se encontraban ya camino de Berlín, pero fueron detenidos por el Batallón de la Guardia. No se cumplían las órdenes de Remer ni las de la operación «Walküre». Se mantenía, pues, la expectativa. En la Bendlerstrasse todavía hubo un brote de optimismo. El mariscal Witzleben apareció en un Mercedes descubierto. Luego se entrevistó con Stauffenberg y le espetó a modo de saludo: «¡Bonita chapuza!». Después presentó sus respetos con el bastón de mariscal al «jefe del Estado», general Beck. El paso siguiente fue el de estampar su firma en un télex con el que se trataba de confirmar que el *Führer* había muerto y que se le había transferido a él, Witzleben, el mando supremo sobre la *Wehrmacht*. Con esto intentaba dar el último estímulo a los conjurados en París.

A pesar de la actitud dubitativa del mariscal Kluge, los sublevados consideraban que sus acciones se desarrollaban con arreglo a lo programado. El golpe de Estado iba adelante hasta que el corónel von Linstow celebró la última comunicación telefónica con Stauffenberg. Éste le dijo: «Todo se ha perdido. Todo ha terminado.» Luego se oyó a través del auricular ruido de lucha y disparos. Finalmente volvió a escucharse la voz de Stauffenberg, sin aliento, entrecortada: «¿Me oye? Mis asesinos están ahí afuera, en los corredores». Luego se hizo el silencio. Stauffenberg u otro había colgado el auricular. El general Stülpnagel, jefe de la conjura en París, se vio obligado a interrumpir la marcha de la misma en su circunscripción.

Disparos en el vestíbulo

En Berlín, Witzleben abandonó nuevamente la central del golpe de estado apenas cursado su télex. Volvía el ánimo a todos. Por fin, a las 21 horas, llegaban los tan esperados soldados del Batallón de la Guardia. Se apostaron en el edificio y nadie notó que llegaban en defensa de la otra parte. Pero la amenaza más inmediata no venía de ellos sino del interior.

Entre los retenidos por los conjurados se encontraba el comandante en jefe de la capitanía general berlinesa, general Kortzfleisch. Su jefe de Estado Mayor estaba en libertad y pudo comunicar al cuartel general del *Führer* que tenía en su mano la situación militar. Los conjurados recibieron la noticia al mismo tiempo. Así supieron que ninguno de los jefes militares más importantes con mando directo sobre la tropa se había unido a los sublevados. Los oficiales retenidos decidieron entonces reconquistar el «castillo» desde dentro. Sin que nadie se lo impidiese se procuraron armas, llegaron hasta Olbricht y exigieron que les explicara «qué pasaba realmente allí». El general Olbricht habló claramente de lo que ocurría y quedó detenido. El siguiente en la misma operación fue Mertz von Quirnheim, que llegaba en aquel momento al despacho de Olbricht. En el vestíbulo se intercambiaron disparos, algunos de los cuales se dirigieron contra Stauffenberg, que trataba de llegar al cuarto de Olbricht.

Stauffenberg retrocedió a todo correr y subió al piso en que se encontraba Beck, en el despacho de Fromm. Tras de sí iba dejando un rastro de sangre. Un disparo le había alcanzado en el brazo. Desde el despacho de Fromm telefoneó una vez más. Era aquella conferencia mantenida con el coronel von Linstow, de París, en la que había dicho que sus asesinos se encontraban ya en el pasillo...

El general Fromm, liberado de la retención en su casa, entraba poco después en la habitación, pistola en mano. «Bien señores –dijo–. Ahora me toca a mí hacer con ustedes lo que ustedes hicieron conmigo esta tarde. Depongan inmediatamente las armas.» Stauffenberg accedió, pero Beck repuso: «No le permito que me dé una orden a mí, que he sido su superior. Sacaré la conclusión que crea oportuna de esta confusa situación...» Fromm, intemperante, añadió: «Muy bien, haga usted después lo que le parezca. Pero ahora, cumpla lo que le ordeno». Cuando Beck trató de replicar, Fromm le interrumpió: «¡Dése prisa!».

Beck, con una mirada desesperada dirigió entonces la pistola hacia su sien izquierda y apretó el gatillo. Sonó la detonación, pero el general no se desplomó.

«¿Lo he hecho bien?», inquirió con voz trémula. Fromm dijo entonces a un capitán que se encontraba presente: «Ayude al viejo».

El capitán llevó a Beck a un sillón. El general intentó una vez más quitarse la vida, pero no logró que el disparo fuese mortal. Un sargento puso fin a sus sufrimientos de un disparo certero. Entretanto se había formado un tribunal integrado por los generales detenidos por los sublevados. A la luz de los faros de los vehículos del Batallón de la Guardia, Stauffenberg, Haeften, Olbricht y Mertz von Quirnheim fueron ejecutados aquella misma noche junto al muro posterior del patio del mismo bloque de la Bendlerstrasse. Fromm, el hombre que se había mantenido largo tiempo al lado de los conjurados, triunfaba ahora como vencedor.

Pero no por mucho tiempo. Al día siguiente fue detenido y terminó siendo víctima del «ajuste de cuentas» que Hitler había anunciado en su alocución de media noche: «Y ahora ajustaremos cuentas como solemos hacerlo nosotros, los nacionalsocialistas.»

El «ajuste» se realizó a fondo y en un amplio sector. La Gestapo detuvo entonces no sólo a los conjurados y a sus simpatizantes, sino también a todos aquellos que eran considerados como enemigos del nacionalsocialismo. Según estimaciones, un total de unas 7.000 personas. Los oficiales que habían tomado parte en el golpe fueron sometidos a un «proceso de honor» y quedaron expulsados de las Fuerzas Armadas; en el tribunal figuraban Keitel, Guderian y Rundstedt. Esta circunstancia les situaba fuera de la jurisdicción militar y pasaban a disposición del Tribunal Popular de Roland Freisler. En procesos sumarísimos, que sólo se parecían en la forma a los ordinarios, fueron dictándose innumerables penas de muerte.

□

Entró en la historia de la segunda Guerra Mundial como el «Zorro del desierto» y el «general del sol». Rommel fue el estratega alemán más popular desde Hindenburg. Günther Deschner expone el camino del mariscal, desde su servicio en la Infantería hasta la acusación de «alta traición».

ERWIN ROMMEL

Desde 1941 los nombres de los generales alemanes más famosos fueron quedando oscurecidos por la fama de Erwin Rommel. En comparación con los brillantes estrategas de las fuerzas acorazadas, como Guderian, Hoth, Hoepner y Manstein, Rommel no era más que un advenedizo.

Llegaba de la Infantería y carecia de formación como oficial de Estado Mayor. Pero Hitler, que especulaba con la natural inclinación de la opinión pública hacia la aparición espectacular de figuras militares en la guerra, promocionó a Rommel con absoluta premeditación. Erwin Rommel debía convertirse en África en el «general del sol».

Así pues, Rommel tenía mucho que agradecer a Hitler: la oportunidad de un punto de partida favorable. Pero también conocía perfectamente su aptitud y el singular atractivo de su personalidad, que dominaba a sus soldados, fenómeno aceptado y notorio para sus propios enemigos, los ingleses, de tal modo que también sobre ellos ejercía un influjo especial.

Hasta qué punto Rommel se había convertido en mito en el momento más candente de la campaña de África, se vislumbra a través de una orden del día del general Auchinleck, comandante en jefe de las fuerzas aliadas del Medio Oriente, divulgada en 1942: «A todos los comandantes y jefes de Estado Mayor: un grave peligro que amenaza a nuestras unidades es que los soldados hablen sin cesar de Rommel, al extremo de que se ha convertido en un mago o en el coco. Rommel no es en modo alguno un superhombre, aunque nadie puede negarle su energía y habilidad... Por ello pretendo que desaparezca esta imagen por los medios que sea, de modo que Rommel sea asimilado al tipo de cualquier otro general alemán. Por ello es necesario que no nombremos siempre a Rommel cada vez que queramos referirnos al enemigo.»

Esta orden del día ponía de manifiesto un sustrato peligroso para los Aliados en el Norte de África: cuando, a comienzos de 1941, Hitler decidió acceder a las presiones de los italianos y asistirles en los reveses causados por su empeño en la aventura de avanzar hacia Egipto, el propio *Führer* nombró para ello a Rommel como comandante del Cuerpo Expedicionario Alemán. Hitler estaba preocupado y molesto por la «guerra paralela» que Mussolini llevaba adelante en el Mediterráneo, en especial porque las continuas derrotas sufridas por los italianos, mal mandados y débiles en el combate, muy inferiores a los británicos en material aunque más numerosos que éstos, podrían afectar a los planes germanos sobre una campaña en Rusia. Cuando Rommel entró en Trípoli en febrero de 1941 con sus primeras unidades del Afrikakorps, se encontró con una situación realmente difícil. Los italianos no sólo se habían replegado ampliamente de las fronteras anteriores sino que eran objeto de una persecución implacable.

El hábil improvisador

Rommel constató lo siguiente: «Wavell había tomado Bengasi, había aniquilado a la última división acorazada italiana al sur de esta ciudad y abrigaba la pretensión de caer sobre Tripolitania. En principio no cabía esperar ningún tipo de resistencia italiana. Los italianos trataban de salvarse, dejando a merced del enemigo armas y munición y huyendo en vehículos sobrecargados hacia Trípoli. La mayor parte de los oficiales italianos habían hecho sus maletas y esperaban ser trasladados inmediatamente a Italia.»

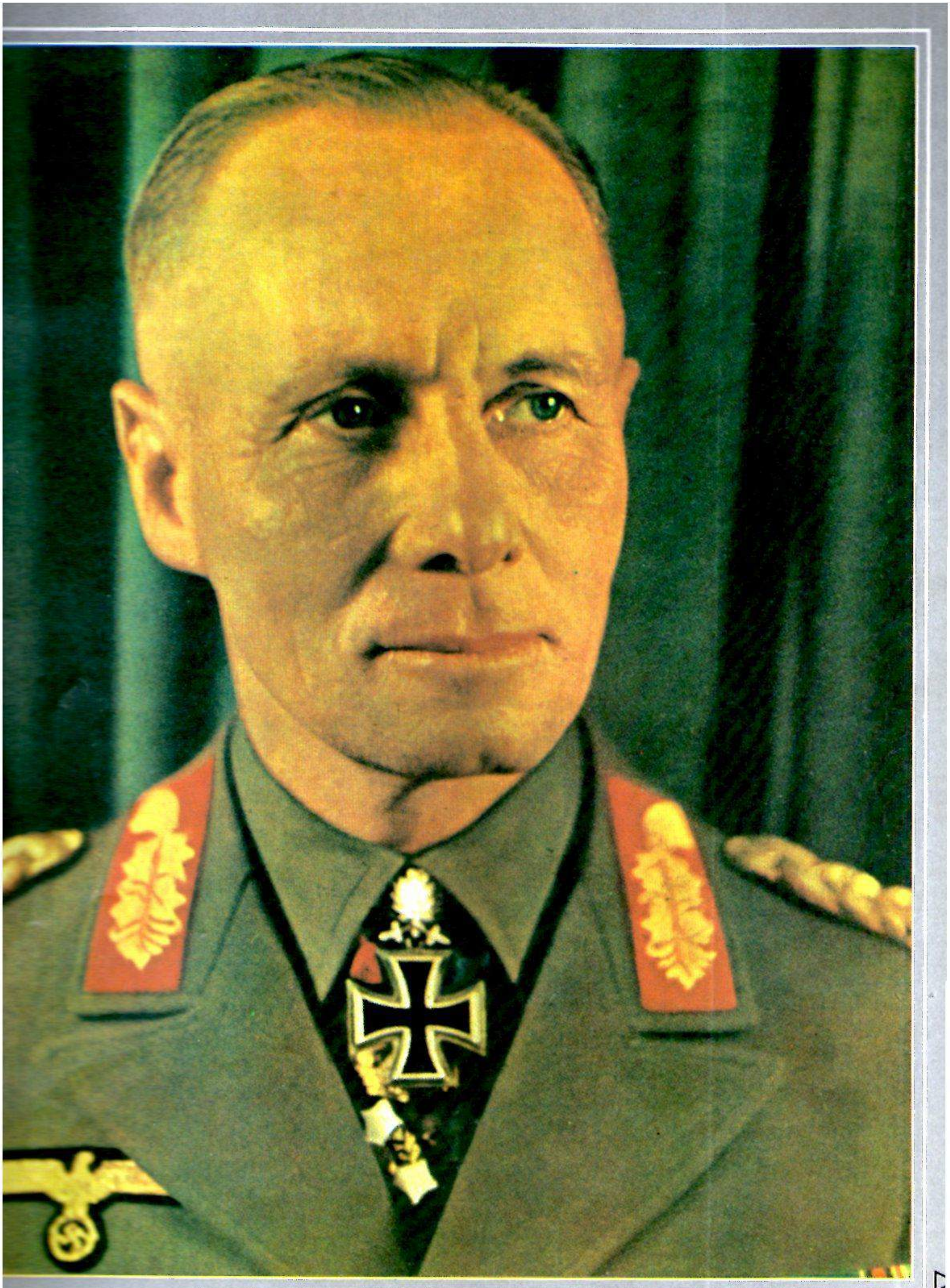
Así se presentaba la situación. Como otro factor negativo se añadía el que, de resultas de los preparativos para la campaña de Rusia, Rommel no podía contar con refuerzos, aparte de dos divisiones. También para la *Luftwaffe* el Norte de África no era más que un frente secundario. Pero Rommel no se dejó amilanar por estas circunstancias. Sabía perfectamente que el ejército británico, ahora victorioso, también se encontraba en el límite de sus fuerzas: los carros de combate y los aparatos llegaban con cuentagotas, los canales de aprovisionamiento desde las bases egipcias estaban prácticamente cegados. Rommel extrajo las consecuencias: «Había que hacer algo para detener la ofensiva británica.»

Con las primeras unidades alemanas llegadas a África emprendió un avance de reconocimiento hacia El-Agheila, que terminó convirtiéndose en una temeraria guerra de persecución. Los británicos fueron expulsados de Cirenaica y se vieron obligados a cruzar de nuevo las fronteras egipcias.

La fulminante rapidez de esa ofensiva triunfal se debió fundamentalmente a que los ingleses no habían logrado dominar el espacio aéreo y sus fuerzas de tierra estaban muy debilitadas.

En el terreno táctico Rommel se reveló pronto como un hábil improvisador; sabía idear tretas y artimañas para engañar al enemigo y era capaz de proporcionar siempre nuevas sorpresas a los ingleses. Durante el ataque inicial contra El-Agheila hizo avanzar a sus tropas con tal empuje, a pesar de la falta de medios de reconocimiento, que muchos carros de combate se perdieron en el desierto. Rommel disimuló su falta de medios provocando una enorme polvareda para que los enemigos pensasen que se trataba de una gran formación de blindados. Éste y otros trucos similares empezaron a denominarse desde entonces «táctica

Retrato del mariscal. Su imagen aparecía en multitud de tarjetas postales, que coleccionaban sus admiradores y que llegaron a alcanzar un gran valor.



Honras fúnebres oficiales para el «conjurado». La «muerte voluntaria» de Rommel le permitió a Hitler mantener limpia la fachada. La familia, por su parte, quedó libre de responsabilidades. En primer término, la esposa de Rommel; detrás, su hijo Manfred, hoy alcalde de Stuttgart.

Rommel» y fueron aplicados cada vez más durante la guerra por ambas partes contendientes. Para los británicos, la aparición de Rommel y de su Afrikakorps fue un factor de consecuencias paralizantes. Como si fuese un mago, se alzó rápidamente sobre un pedestal de leyendas aun antes de que los ingleses pudiesen reaccionar. Incluso el servicio de información británico disponía de muy pocos datos sobre su persona. Tan sólo contaba con un único informe, calificado por el general de Brigada inglés Young de muy impreciso y demasiado corto. He aquí sus palabras:

«Según este informe, Rommel era un oficial un tanto violento que se había distinguido, primero, en la Gran Guerra y, luego, como comandante de División en la campaña de Francia, pero que no pertenecía a la cúspide del generalato alemán. Aparte de esto, se decía también que era un nazi fanático y que, gracias a ello, el partido consiguió que se le nombrase comandante en jefe de las tropas alemanas en el Norte de África.»

En el verano de 1941 apareció en el periódico de Goebbels, «Das Reich», un artículo en torno a esta figura. Se pretendía crear un mito dentro del partido nazi con aquel «general del sol». En el texto se presentaba a Rommel como hijo de un trabajador, que con el tiempo se convirtió en uno de los primeros jefes de las SA y amigo personal de Hitler. Cuando Rommel leyó en África ese artículo parece que se indignó, según afirman sus biógrafos.

En realidad Rommel procedía de una familia de maestros y se hizo militar de carrera. Durante la primera Guerra Mundial logró la máxima condecoración alemana, la orden «Pour le mérite», cuando en 1917, en la ofensiva contra los italianos, conquistó con algunas compañías la estratégica cumbre del Monte Matajur. Sin embargo, no fue admitido en el Estado Mayor durante la posguerra y se le mantuvo simplemente con un puesto de mando en tropa dentro del Ejército de los cien mil soldados. Hasta 1933 no ascendió al grado de comandante. También se sabía de él que había sido profesor en la academia de Infantería de Dresde. Precisamente entonces fue cuando elaboró las líneas maestras de su táctica de Infantería: «La Infantería ataca.»

Un estratega extraordinario

Después prosiguió su actividad en la academia militar de Potsdam y, más tarde, tuvo un puesto similar en Austria, en Wiener-Neustadt. En 1935 se discutía la posibilidad de convertir a Rommel en instructor de las SA, y poco después se le destinó a una misión parecida en las Juventudes Hitlerianas. Con ocasión de la marcha sobre el territorio de los Sudetes, Rommel fue nombrado por Hitler comandante del «Batallón de escolta del *Führer*». Por primera vez se puso entonces en contacto con el hombre que le ascendería al grado de mariscal y luego le empujaría al suicidio. Tras la campaña de Polonia, Rommel le pidió a Hitler que le encomendara el mando de una división acorazada, cosa que, a pesar de pertenecer él a la Infantería, se le concedió «como especial favor del *Führer*». Se le encomendó la División 7 que tuvo una gran parte en la victoria alemana en Francia al cruzar el Mosa.

Rommel supo trasladar a las fuerzas acorazadas elementos tácticos de la Infantería, como la sorpresa, artimañas, ardides, infiltraciones. Esta habilidad fue la que condujo a las fulminantes victorias del Afrikakorps durante los primeros meses de la campaña. El punto más señalado de los triunfos alemanes en África coincidió con el verano de 1942, en el que Rommel, tras unos combates llenos de vicisitudes entre Ain-el-Gazala y Tobruk, desbarató el Ejército 8 británico y persiguió a los fugitivos hasta el mismo margen del delta del Nilo.

Pero los ejércitos mandados por Montgomery, que poseía abundante material, lograron ir batiendo una tras otra, a las unidades alemanas. Rommel decidió entonces librar a sus divisiones del aniquilamiento y dispuso el repliegue.

El 2 de noviembre comunicó a Hitler que estaba decidido a retirar sus tropas. Al día siguiente recibió esta respuesta del *Führer:* Hitler ordena que se mantengan a toda costa las posiciones ganadas. La orden se revocó al cabo de una fecha pero ese plazo fue suficiente para que los ingleses penetrasen con gran despliegue de efectivos acorazados entre las filas alemanas y causaran numerosas bajas. El repliegue de los alemanes a lo largo de 1500 kilómetros fue la obra maestra de Rommel. No permitió que Montgomery cercase a los soldados alemanes y los aniquilara. En los albores de 1943, los restos de los ejércitos alemanes cruzaban intactos la frontera de Libia con Túnez.

Rommel, ahora comandante en jefe del recién formado Grupo de Ejércitos Afrika, recibió refuerzos, pero éstos no bastaron: la cobertura era demasiado exigua y la esperanza de victoria había quedado atrás. El 11 de marzo de 1943 fue llamado al cuartel general del *Führer,* se le condecoró con la Cruz de Caballero con diamantes y hojas de roble y se le retiró del mando militar. El Grupo de Ejércitos Afrika se hallaba en plena agonía. El 12 de mayo de 1943 tuvo lugar la capitulación.

La terquedad de Hitler había provocado la pérdida de África y de dos Ejércitos. Eso despertó en Rommel, hasta entonces simple hombre de armas, una conciencia política. Para él cada vez fue más evidente que la arbitrariedad autoritaria de Hitler era incompatible con la continuidad de Alemania como nación.

En 1944 Rommel todavía fue destinado una vez más al frente, como comandante en jefe del Grupo de Ejércitos B, en el frente occidental. Como consecuencia de su petición de julio de 1944, en favor del establecimiento de un alto el fuego con los aliados occidentales, y de sus contactos con círculos de la resistencia, Rommel fue «condenado» al suicidio el 14 de octubre de 1944.

Así terminó la carrera de un soldado inteligente, del que Liddell Hart dijo en su libro «Los generales alemanes»: «Rommel... era inaccesible en el concepto de la gran estrategia y sabía cómo dominar organizativamente sus unidades; también era evidentemente genial en la aplicación de tácticas y poseía una formidable energía para poner en práctica estos esquemas estratégicos.»

□

CRONICA

POLITICA | CUESTIONES MILITARES | CULTURA Y TECNICA

1944

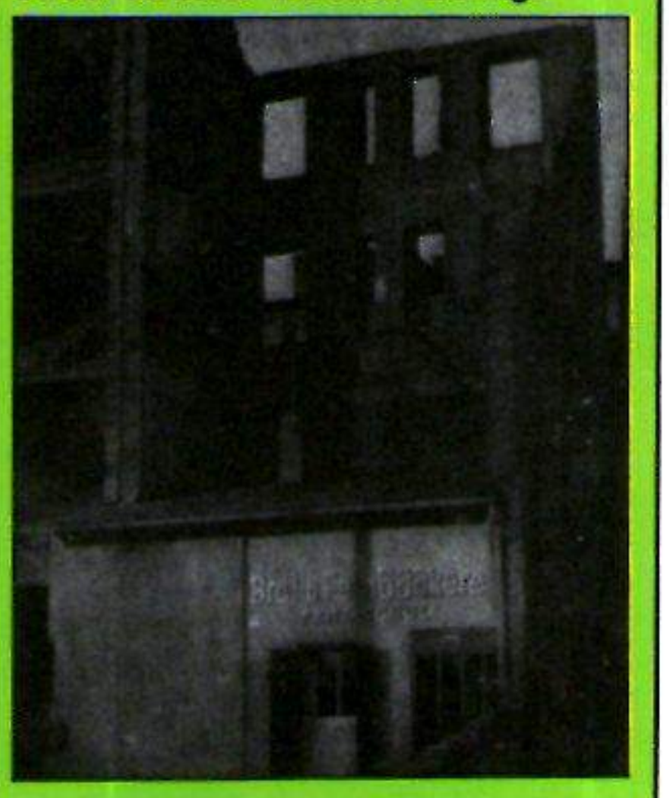
4. 9.: En su cuartel general «Guarida del Lobo», Hitler recibe al embajador japonés Oshima.
9. 9.: Bajo el título «Programa para la prevención contra la tercera guerra mundial de Alemania» el ministro de Finanzas americano, Henry Morgenthau, entrega al presidente Roosevelt un memorándum que prevé la completa desmilitarización de Alemania, la división del país y el aniquilamiento de su industria.
9. 9.: Se forma en Francia un Gobierno provisional con el general De Gaulle como jefe y Bidault como ministro de Asuntos Exteriores.
11.-16. 9.: Conferencia de Quebec entre Roosevelt y Churchill con asistencia de Morgenthau. Éste consigue de los dos políticos apoyo a su plan. Roosevelt se distanciaría más tarde del proyecto.
16. 9.: Acuerdo entre Himmler y el general Vlasov. El «Ejército de liberación» ruso, formado en Alemania, se destina entonces a la lucha contra el «bolchevismo».
18. 9.: Hitler recibe en su cuartel general al jefe de Estado de la Croacia independiente, Ante Pavelic.
20./24. 9.: Hitler firma las últimas leyes de su vida: la Ley para la reforma de las prescripciones de los delitos de traición a la patria y la Ley para la reforma del servicio en armas. Según esta última reforma, la militancia en el partido nazi se mantenía en vigor durante el servicio militar.

Ancianos y niños como soldados del «Volkssturm».

25. 9.: Hitler justifica su «decreto sobre la formación del 'Volkssturm' alemán» aludiendo a la «negativa de todos nuestros aliados europeos». Este decreto, por el que se decide la movilización general, determinaba que debían tomar las armas «todos los hombres útiles entre los 16 y los 60 años».
28. 9.: Se clausura Theresienstadt. En el curso de un mes se deporta a 18.404 judíos en 11 convoyes que rindieron viaje en Auschwitz. De ellos no sobrevivieron más que 2000.
9.-20. 10.: Se entrevistan en Moscú Churchill y Stalin y se ponen de acuerdo sobre las zonas de influencia en el sudeste de Europa.
10. 10.: Hitler ordena que se reimplante la concesión de la insignia de honor del muro protector alemán, en apoyo de la «Acción Muralla Occidental». También en el occidente se moviliza a hombres y niños entre los 14 y los 60 años para la construcción de trincheras.

1. 9.: En la conferencia del mando militar con Hitler sobre el estado de los frentes queda de manifiesto la situación catastrófica que se observa en todos ellos: en Rumania, en el Báltico, en Francia, Bélgica, Bulgaria e Italia, las unidades alemanas se encuentran en franca retirada.
1. 9.: Comienza el ataque americano contra la «fortaleza» de Brest, que sería conquistada el 19. 9.
2. 9.: Finlandia interrumpe la guerra contra la Unión Soviética y rompe sus relaciones con Alemania.
3. 9.: Los ingleses ocupan Bruselas. Lyon es conquistado por las tropas de la resistencia francesa junto con unidades americanas.
5. 9.: Rusia declara la guerra a Bulgaria. Dos días después capitula este país. El 8. 9. Bulgaria, a su vez, declara la guerra a Alemania.
8. 9.: Se lanza el primer cohete V-2. Desde este momento hasta el 27. 3. de 1945, día en que dejó de emplearse esta arma, cayeron sobre Londres 1115 V-2, que ocasionaron 2724 muertos y 6467 heridos.
11. 9.: El Ejército 1 USA llega a las fronteras alemanas al norte de Tréveris.
11./12. 9.: Darmstadt queda destruida por un duro ataque aéreo británico. En total 70.000 habitantes quedan sin hogar y 12.000 resultan muertos.
12. 9.: En otro bombardeo nocturno, a cargo de los ingleses, mueren en Stuttgart 957 personas.
28. 9.: El 3.er Frente ucraniano soviético penetra en Yugoslavia partiendo de Rumania y Bulgaria, con el propósito de conquistar Belgrado.
5. 10.: Los ingleses desembarcan en Grecia y entran en Atenas el 12. 10.
8. 10.: Unidades norteamericanas comienzan una ofensiva en tenaza con el fin de cercar Aquisgrán. Tras duros combates, la antigua ciudad imperial es conquistada el 21. 10 por el Ejército 9 estadounidense.
14. 10.: El mariscal Rommel se quita la vida por orden de Hitler. A la opinión pública se le dirá, como explicación, que «murió a consecuencia de las graves heridas sufridas en la cabeza en un accidente de automóvil cuando ejercía sus funciones de comandante en jefe de un Grupo de Ejércitos en Occidente».
15. 10.: El Gobierno húngaro ofrece un armisticio a la Unión Soviética. Ante las presiones alemanas, el administrador húngaro nombrado por el Reich, Horthy, retira la oferta. Horthy presenta su dimisión y disuelve el Gobierno.
16. 10.: Las tropas soviéticas entran en Prusia Oriental. Los rusos ocupan Eydtkuhnen, Stallupönen y Goldap.
25. 10.: La 8.ª Fuerza Aérea USA arroja 1656 toneladas de bombas sobre los depósitos de combustible y las refinerías de Hamburgo.
22. -25. 10.: En la batalla aeronaval de Leyte, la flota japonesa trata de evitar el desembarco americano en las Filipinas. La pérdida de 3 acorazados, 4 portaaviones, 6 cruceros pesados y 3 cruceros ligeros, significó el final de la Marina japonesa.

2. 9.: El comisionado del Reich del partido nazi para la recogida de objetos usados da a conocer el resultado de la recogida de trajes, tejidos y ropa blanca. Son, en total, 33.531.000 kilos de ropa.
3. 9.: En la cancha al aire libre Dietrich-Eckart, de Berlín, el hamburgués Richard Vogt pierde su título de campeón alemán de boxeo de los pesos medios en combate con el berlinés Heinz Seidler, que resulta vencedor por puntos.
4. 9.: Se suprimen 60 trenes rápidos y de otros tipos como consecuencia de la prohibición general de vacaciones y desplazamientos.
19. 9.: La obra social de asistencia al combatiente entrega a la Cruz Roja, tras una cuestación callejera, un total de 49.156.035,08 marcos.
28. 9.: En Neustadt muere el «Gauleiter» y comisionado del Reich para la Marca Occidental, Josef Bürckel, como consecuencia de una enfermedad pulmonar.
8. 10.: En todo el territorio del Reich se celebra un «día de la formación militar» protagonizado por las Juventudes Hitlerianas. El jefe de las HJ del Reich, Axmann, comunica al dictador que el 70 % de los muchachos nacidos en 1928 se habían presentado como «voluntarios de guerra» para luchar en los frentes.
9. 10.: Estreno de la película «Seinerzeit zu meiner Zeit», con Hannelore Schroth, Paul Klinger, Rolf Welh y otros. Director Boleslav Barlog.



Panadería en una zona en ruinas.

16. 10.: Comienza el 68 período de reparto de víveres con una disminución de la ración de pan. Cada porción se reducirá en 200 gramos diarios, de modo que el total semanal normal alcanzaría tan sólo los 2225 gramos.
24. 10.: Estreno de la película «Esta fue mi vida», dirigida por Paul Martin y con los actores Carl Raddatz, Hansi Knoteck, Leny Marenbach, Paul Dahlke. Calificación: de grandes valores artísticos y populares.

LA ROSA BLANCA

Pocos hechos documentaron con tanta precisión lo quebradizo del poder nacionalsocialista como las acciones de lanzamiento de octavillas llevadas a cabo por los hermanos Scholl. Se trataba de antiguos militantes nazis que habían perdido la fe en el partido. H. Steffahn narra la historia del grupo de la resistencia «Rosa Blanca».

Sophie Scholl

Hans Scholl

De mi compañía quedan aún cinco hombres. Los demás se han cansado. ¿No resulta ésta una frase bonita para expresar el espanto?». El párrafo pertenece a una de las últimas cartas enviadas desde Stalingrado. Esta carta, como otras muchas, jamás llegó a su destinatario. La razón era que se abrían las sacas de correspondencia, violando el secreto postal, para sondear el ánimo de la tropa.

Así comenzó a circular bajo cuerda una amplia información sobre la tragedia. En Munich, por ejemplo, se difundieron clandestinamente algunas octavillas. Uno de los textos decía: «... Trescientos treinta mil alemanes han sido condenados a muerte y a la perdición por la genial estrategia, irresponsable y sin sentido, del cabo de la Guerra Mundial. *Führer*, te damos las gracias.»

Más abajo podía leerse: «El día del ajuste de cuentas ha llegado... ¡Libertad y honor! Durante diez años, Hitler y sus camaradas han exprimido, estrangulado, falseado, las dos grandiosas palabras alemanas como sólo pueden hacer los advenedizos que arrojan a los cerdos los más sacrosantos valores de una nación...»

Este texto corresponde a una octavilla de la «Rosa Blanca». Fue distribuida por dos estudiantes muniqueses en la universidad de la capital de Baviera el 18 de febrero de 1943. El mismo día en que el ministro de Propaganda del Reich, Goebbels, bajo el efecto de lo ocurrido en Stalingrado, había proclamado la guerra total ante un auditorio fanático y enfebrecido. Los dos estudiantes, que extrajeron de aquel desastre consecuencias muy distintas de las de Goebbels se llamaban Hans y Sophie Scholl.

¿Por qué esos dos jóvenes, de 24 y 21 años respectivamente, a la misma edad en que otros eran inconscientes, indiferentes o entusiastas, habían adoptado un repudio tan lúcido y fogoso del régimen? He aquí la respuesta: porque no hay nada tan capaz de suscitar indignación como la traición a un entusiasmo fomentado previamente.

Volvamos páginas atrás.

Los Scholl eran cinco hermanos nacidos durante la primera Guerra Mundial y en los primeros años de la posguerra. El padre era alcalde de una pequeña ciudad en el valle suabo del Koch. Poco después, la familia se trasladó a Ulm. Cuando Hitler ocupó el poder los chicos se encontraban en una edad romántica y amante de la aventura. Los nacionalsocialistas contaban con recursos para satisfacer esta apetencia. Los nazis eran muy hábiles en el sector de la política juvenil.

Los chicos y las chicas se movían de un lado para otro precedidos de banderas y tambores, entonando cantos marciales; iban de excursión, se reunían en torno al fuego de campamento, acampaban al lado de vetustas ruinas de castillos, recorrían el país de cabo a rabo y descubrían el hermoso sentimiento de la camaradería en el círculo de los que participaban de unos mismos sentimientos patrios. En el deporte y en el juego, así como en las veladas, iban creciendo juntos y enfocando la vida como una fantástica aventura.

Mientras tanto, en alguna parte, en la cúspide de la política nacional, existía un hombre del que se hablaba con un temor respetuoso porque les había prometido y estaba haciendo posible que Alemania fuese grande y dichosa.

Hay que tener en cuenta estos factores que habían pesado en la distancia. Con todo, en casa de los Scholl siempre había existido cierta resistencia contra la alegría acrítica de los cinco hijos. El padre les advertía con palabras veladas: «No creáis en ellos: son lobos y domadores de osos y abusan espantosamente del pueblo alemán».

Pero era predicar en el desierto. Nadie pensaba en el trueno y en el relámpago cuando el cielo aparecía despejado y luminoso.

El distanciamiento comenzó con algunas pequeñeces sin importancia que poco a poco fueron adquiriendo peso. El grupo de las Juventudes Hitlerianas al que pertenecía Hans Scholl, y en el que era jefe de banderín, se había procurado una magnífica bandera con la figura de un animal simbólico. Los muchachos dedicaron aquel símbolo a Hitler y juraron fidelidad. Un día, el abanderado, de doce años, fue llamado por el jefe de grupo, que le exigió entregar la bandera: «No necesitáis ninguna bandera especial –le dijo–. Ateneos a la que se ha prescrito para todos.»

El muchacho, orgulloso de su función, orgulloso de haber creado su propio símbolo, se negó a ello por tres veces. Hans observó cómo el muchacho iba creciéndose en su postura interior, aunque no sabía a lo que se arriesgaba por resistencia a la autoridad del jefe de grupo. Entonces el jefe de banderín abandonó su fila calladamente y se aproximó al jefe de grupo. De pronto le propinó una sonora bofetada. El honor se había salvado... Pero Hans había perdido su puesto.

Finalmente se produjo un golpe de fuerza: la amenaza de la cárcel. Irían a dar en prisión todos aquellos que conservasen formas de vida de la época en que existía la Juventud Federal.

Allí donde persistía el individualismo en forma federativa, se procuraba arrancarlo como si fuese una mala hierba.

De este modo se produjo el distanciamiento de la prole de los Scholl respecto de la dependencia de Hitler. Hacía tiempo que habían observado ya algunas particularidades del Estado, que en un principio habían ignorado u omitido pero que, más adelante, resurgieron en forma de impresiones insoslayables: el que en medio del pueblo viviesen gentes marginadas, el que de repente desaparecieran personas conocidas en aquellos lugares cercados por alambradas eléctricas a los que su padre llamaba campos de concentración.

Así empezó a surgir entre la gente joven una duda acuciante que luego se convertiría en certeza: se vivía en un Estado sin derecho, en un Estado injusto. Entonces llegó la guerra.

Hans Scholl estudiaba medicina en Munich. Durante un tiempo fue sanitario, en la campaña de Francia. Eso constituyó para él una experiencia estremecedora y motivo de reflexión cuando volvió a las clases y a la clínica. Cierto día encontró en su buzón un papel con

algunos párrafos de sermones del obispo Galen. El «León de Münster» había condenado públicamente, desde el púlpito, el asesinato sistemático de enfermos mentales y la incautación de casas religiosas de los jesuitas. El obispo había convencido a muchos de que con valor y decisión se podría lograr algo: consiguió que a finales de agosto de 1941 se interrumpiesen las acciones de exterminio.

El estudiante de medicina de Ulm meditó sobre el texto de aquellos sermones transcritos en las octavillas: «Se necesitaría un aparato organizativo múltiple...»

En Munich, Hans encontró a compañeros de estudio que pensaban como él: Christoph Probst, Willi Graf y el alegre Alexander Schmorell. Cuando Sophie cumplió en 1942 sus 21 años, y había superado el Servicio del Trabajo y el de asistencia de guerra, siguió a su hermano para estudiar biología y filosofía.

Sophie no llevaba aún seis semanas en Munich cuando cayeron en su mano algunas octavillas en la universidad: «Nada hay más indigno para un pueblo culto que dejarse gobernar sin resistencia por una camarilla irresponsable... Ofreced resistencia pasiva allá donde os encontréis, frenad la marcha de esta máquina atea que sólo se mueve en función de la guerra. Actúa antes de que sea tarde, antes de que la última ciudad se convierta en un montón de ruinas... El Estado en sí mismo jamás es un fin; solamente tiene sentido como condición para que se realice el objetivo que persigue la humanidad...»

Como autor de esas octavillas figuraba la «Rosa Blanca».

Al fin –pensó la muchacha– alguien se arriesgaba. Por supuesto que ella conocía de antemano los canales de donde venían las octavillas. ¿No había discutido algo parecido con Hans y Alexander en su cuarto? Un día fue a buscar a su hermano, pero no lo encontró en casa. Sobre la mesa había un libro de Schiller. Estaba abierto. Schiller decía en esa obra, sobre las leyes de Licurgo y Solón: «El Estado jamás es un fin en sí mismo...» Aquel descubrimiento le produjo un sobresalto. Ahora sabía la muchacha quién había impreso las octavillas y quién las había distribuido. Hans Scholl se había procurado una multicopista. Había captado el alcance de la figura del obispo Galen, a quien apoyaba la Santa Sede y el poder universal que representaba la Iglesia Católica, y lo había hecho propio.

En el tiempo que siguió aparecieron otras tres octavillas con el símbolo de la pureza, la rosa blanca. En una de ellas se informaba de la muerte de trescientos mil judíos asesinados en Polonia y aludía a la aceptación del hecho por el pueblo alemán «que yacía en su sueño, pesado y estúpido». Se convocaba al sabotaje contra todo lo que pudiese servir de apoyo al régimen nazi. Al tiempo se advertía de la proximidad del día del ajuste de cuentas: «No olvidéis a los pequeños canallas de este sistema; quedaos con los nombres, para que ninguno de ellos pueda escapar.» En las octavillas no faltaba un tono casi oficial: «No callaremos, somos vuestra conciencia; la Rosa Blanca no os dejará ni un momento de reposo.»

Sin embargo, el sentido despierto, la erudición y la madurez precoz de aquellos muchachos no bastaban para proporcionar el necesario pulimento. Una mano más cultivada estaba detrás de ellos. Era la de alguien mucho mayor: Kurt Huber, 49 años, de Tells, profesor de filosofía en la Universidad Maximiliana.

Operación suicida

Huber se constituyó en punto central, mentor y amigo de aquel grupo de discretos estudiantes de medicina. Un buen día se unió a ellos también Sophie. No podía quedarse al margen cuando respiró por primera vez el aire de catacumba de la resistencia. Su hermano era el más activo y el menos temeroso de todos. Durante noches enteras discutían sobre la situación. Deseaban ampliar el efecto de la acción que llevaban a cabo, extenderla a otras ciudades. Querían que surgiese una nueva Europa, más humana, de aquella Alemania oprimida y opresora.

Durante un tiempo la «Rosa Blanca» floreció a escondidas. Los estudiantes de medicina tenían que pasar sus vacaciones semestrales de la segunda mitad de 1942 en distintos puntos del frente oriental. Regresaron con el convencimiento de que tendrían que endurecer sus posiciones. Así se reactivó la acción secreta. Se decidieron a establecer contactos en Viena, Francfort, Stuttgart, Karlsruhe y Mannheim.

Una acción suicida fue la llevada a cabo cierta noche en la Ludwigstrasse de Munich, en la que pintaron en las fachadas de las casas setenta veces el letrero «Abajo Hitler».

Ese golpe no tuvo consecuencias directas, aunque Hans Scholl recibió un anónimo advirtiéndole que la Gestapo andaba tras sus huellas. El muchacho se encontraba en aquel momento poseído de un verdadero espíritu misional, que le impedía volver a su estilo de vida acomodado de antes. Los éxitos obtenidos le habían dado alas. Las cautelas fueron cada vez menores.

El colmo de su falta de tacto fue un episodio que protagonizaron los dos hermanos en la mañana del 18 de febrero de 1943. Ese día fueron a la universidad con una maleta llena de octavillas en las que iba el texto relativo a Stalingrado. La maleta no tenía por menos que suscitar sospechas a cualquiera, pero nadie reaccionó. Apenas habían salido de casa cuando llegó un amigo con un aviso urgente. No los encontró, claro está. El aviso quedó sin efecto. El amigo se apostó cerca de la casa a la espera de un regreso que no se produciría. Entretanto, Hans y Sophie distribuían el contenido de su maleta en pasillos y aulas. Les quedaba aún un buen remanente cuando comenzaron las clases. Entonces ya era arriesgado continuar. Pero ellos hicieron lo más peligroso. Subieron a todo correr escaleras arriba y lanzaron el resto en forma de lluvia. Las octavillas fueron a caer a un patio cubierto. Y esto sin buscar antes una salida de emergencia. El conserje los había visto y decidió actuar de *longa manus* de la justicia. Cerró todas las puertas y ventanas y llamó a la policía secreta del Estado. El caso quedaba cerrado. El resto era pura rutina. Detención, traslado al Wittelsbacher Palais, donde tenía su sede la Gestapo. Interrogatorios en los que Hans y Sophie Scholl, y Christoph Probst, encarcelado el mismo día, trataron de minimizar el alcance de su conspiración. Cuando les falló el intento orientaron todo su sentido táctico en limitarse a dejar sin respuesta las preguntas que se les hacían sobre otros cómplices. Todo lo habían hecho ellos solos. Lo consiguieron: el fiscal del Tribunal Popular que los juzgó no citó más nombres.

Cuatro días después de ser detenidos, comparecían los tres ante el Tribunal. Los acusados, en correspondencia al juicio sumarísimo al que eran sometidos, se limitaron a reconocerse autores de los hechos que se les imputaban. «Lo que dijimos y escribimos lo comparten otros muchos. Lo que ocurre es que no se atreven a confesarlo», declaró Sophie ante los togados. Los padres de los Scholl se precipitaron para acudir al Tribunal. En el momento en que cruzaban el dintel escucharon la sentencia de muerte dictada contra sus hijos.

Pasaron varios meses y volvieron a repetirse las detenciones y los procesos. El profesor Huber, Willi Graf y Alexander Schmorell fueron detenidos y siguieron el mismo camino que sus amigos.

13 de julio de 1943. En Munich se vive la paz de los cementerios. Esta paz persistiría hasta que los relámpagos de los albores de 1943 terminasen en los truenos del 20 de julio de 1944 en la «Guarida del Lobo».

□

Habla Hitler

Cuartel general del «Führer» («Guarida del Lobo»), en Rastenburg, 20-VII-1944.

A las 18,30, cuatro horas después del atentado del conde Stauffenberg, Goebbels ordena transmitir a través de la radio, por encargo de Hitler, el siguiente texto:

Hoy se ha llevado a cabo un atentado con explosivos contra el «Führer». Entre quienes se encontraban a su lado, resultaron gravemente heridos el teniente general Schmundt[1], el coronel Brandt[1], su colaborador Berger[2]. Levemente heridos el capitán general Jodl, así como los generales Korten[1], Buhle, Bodenschatz, Heusinger, Scherff, los almirantes Voss, von Puttkamer, el capitán de navío Assmann y el teniente coronel Borgmann. El «Führer» no ha resultado afectado, con excepción de ligeras quemaduras y hematomas. Por ello ha podido reemprender su trabajo con normalidad y, como estaba previsto, ha celebrado una larga conversación con el «Duce». Poco tiempo después del atentado, el mariscal del Reich se reunió con el «Führer».

Pasada la medianoche se emitió desde Königsberg una alocución de Hitler lanzada al aire por todas las emisoras alemanas. En ella el dictador anticipaba un ajuste de cuentas contra todas «las pequeñas pandillas de elementos criminales».

No sé cuántas veces se ha perpetrado y llevado a la práctica un atentado contra mí. Si me dirijo hoy a ustedes es por dos motivos: 1. Para que puedan escuchar mi voz y puedan saber que me encuentro sano y salvo. 2. Para que sepan de buena tinta cómo se ha desarrollado este crimen sin parangón en la historia alemana.

Una reducida camarilla compuesta por una caterva de oficiales sin honor, sin conciencia, criminales e imbéciles, ha forjado un complot para quitarme de enmedio y al tiempo exterminar, conmigo, prácticamente el Estado Mayor de la «Wehrmacht». La bomba, colocada por el coronel conde von Stauffenberg, estalló dos metros a mi derecha. El efecto ha producido heridas graves a una serie de mis más fieles colaboradores, uno de los cuales ha muerto. Yo, por mi parte, he resultado ileso, fuera de algunos hematomas sin importancia, alguna magulladura y ligeras quemaduras. He interpretado este hecho como una confirmación de la misión que me ha encomendado la Providencia, como un estímulo a seguir en pos del objetivo de mi vida, tal y como he hecho hasta ahora. Debo repetir oficialmente ante toda la nación que, desde que entré en la Wilhelm-Strasse, no he tenido más que un pensamiento –el de cumplir mi deber–, y que desde que vi claramente que no podía retrasar la guerra, la cual consideré inevitable, solamente conocí inquietudes y trabajos, y sólo viví para mi pueblo durante días interminables y noches en vela. Todo ello ha ocurrido en un momento en el que los ejércitos alemanes se debaten en feroces combates. En un momento en el que, como en Italia, también en Alemania se ha detectado la existencia de un grupo mínimo cuya única intención era dar la puñalada por la espalda, como hicieron en 1918. Pero esta vez la suerte no les ha favorecido. La afirmación de estos usurpadores, que han llegado a asegurar que yo había fallecido, queda refutada en este momento, al hablarles a ustedes, mis queridos compatriotas. El círculo que representan estos usurpadores es previsiblemente reducido. No tiene nada que hacer frente a las Fuerzas Armadas alemanas ni, sobre todo, frente al Ejército alemán. No pasa de ser una pandilla sin importancia de elementos traidores que serán castigados sin piedad. En este momento ordeno lo que sigue:

Esta vez ajustaremos cuentas

1. Que ningún departamento de la Administración civil tenga en cuenta cualquier tipo de orden que proceda de las secciones en que estos usurpadores hubiesen ejercido funciones de mando.

2. Que ningún departamento militar, ningún jefe de tropa, ningún soldado, obedezca cualquier orden de los usurpadores sino que, por el contrario, todos ellos se sientan obligados a detener inmediatamente o a resistirse a las órdenes que den los intermediarios o delegados de los insurrectos. Con el fin de restablecer el orden definitivamente, he nombrado jefe del Ejército territorial al ministro Himmler. He llamado al Estado Mayor al general Guderian, para suplir temporalmente al jefe de Estado Mayor, afectado ahora por una enfermedad[3], y al tiempo he designado a un jefe suplente en el frente oriental. El resto de los puestos de servicio del Reich permanece como estaba... Estoy convencido de que hemos terminado con esta banda de traidores y de conjurados y de que así hemos creado en la retaguardia las condiciones que necesitan quienes combaten en el frente. Porque es imposible tolerar que luchen hasta el final cientos de miles y millones de bravos hombres en la primera línea mientras en casa una pandilla mínima de criaturas sin honor y sin piedad tratan de minar permanentemente esta actitud. Esta vez ajustaremos cuentas como solemos hacer los nacionalsocialistas.

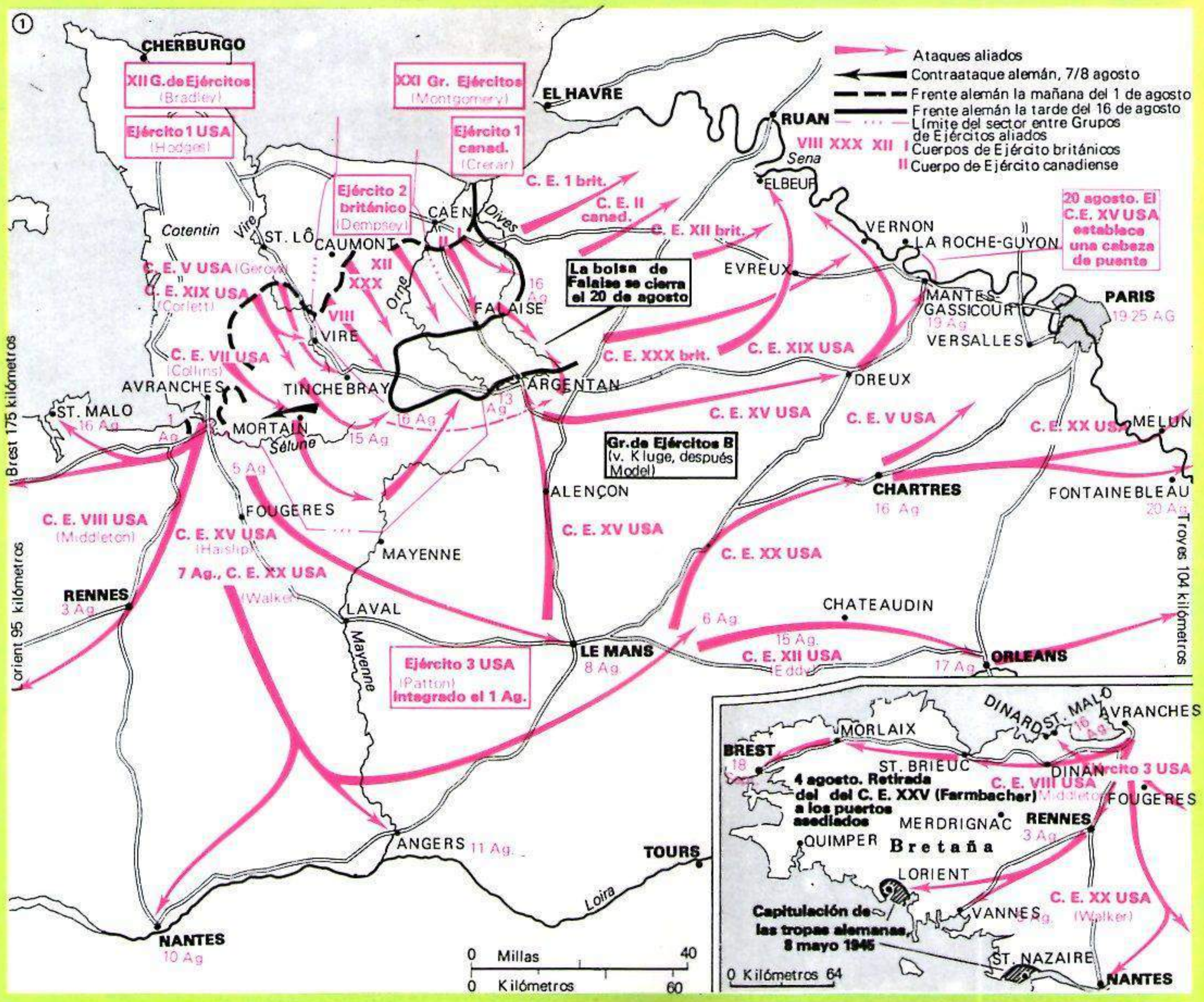
Qué destino no habría caído sobre Alemania si el atentado de hoy hubiese resultado al gusto de los conjurados. Yo, personalmente, doy gracias a la Providencia y a mi Creador, no porque me ha conservado la vida –que he recibido para inquietarme y trabajar por mi pueblo– sino porque me concede una oportunidad para continuar asumiendo estas preocupaciones, para proseguir desempeñando mi trabajo, del que debo responder en mi conciencia y ante mi conciencia.

Todos los alemanes tienen por igual el deber de oponerse a estos elementos, a detenerlos inmediatamente o, si no cabe otro modo de resistencia, abatirlos sin más. Las correspondientes órdenes a la tropa ya han sido cursadas. Y serán cumplidas ciegamente.

Una vez más tengo ocasión de saludarles, sobre todo a ustedes, mis viejos camaradas de lucha, porque, una vez más, he podido escapar a un destino que no era en sí mismo espantoso para mí, sino que hubiera traído el terror al pueblo alemán.

Por eso no tengo por menos que ver en ello un signo de que la Providencia me asiste en la tarea de proseguir mi obra hasta completarla.

1 *Muertos como consecuencia del atentado.*
2 *Muerto en el mismo lugar del atentado.*
3 *El general jefe de Estado Mayor, Zeitzler, no se hallaba en modo alguno enfermo.*

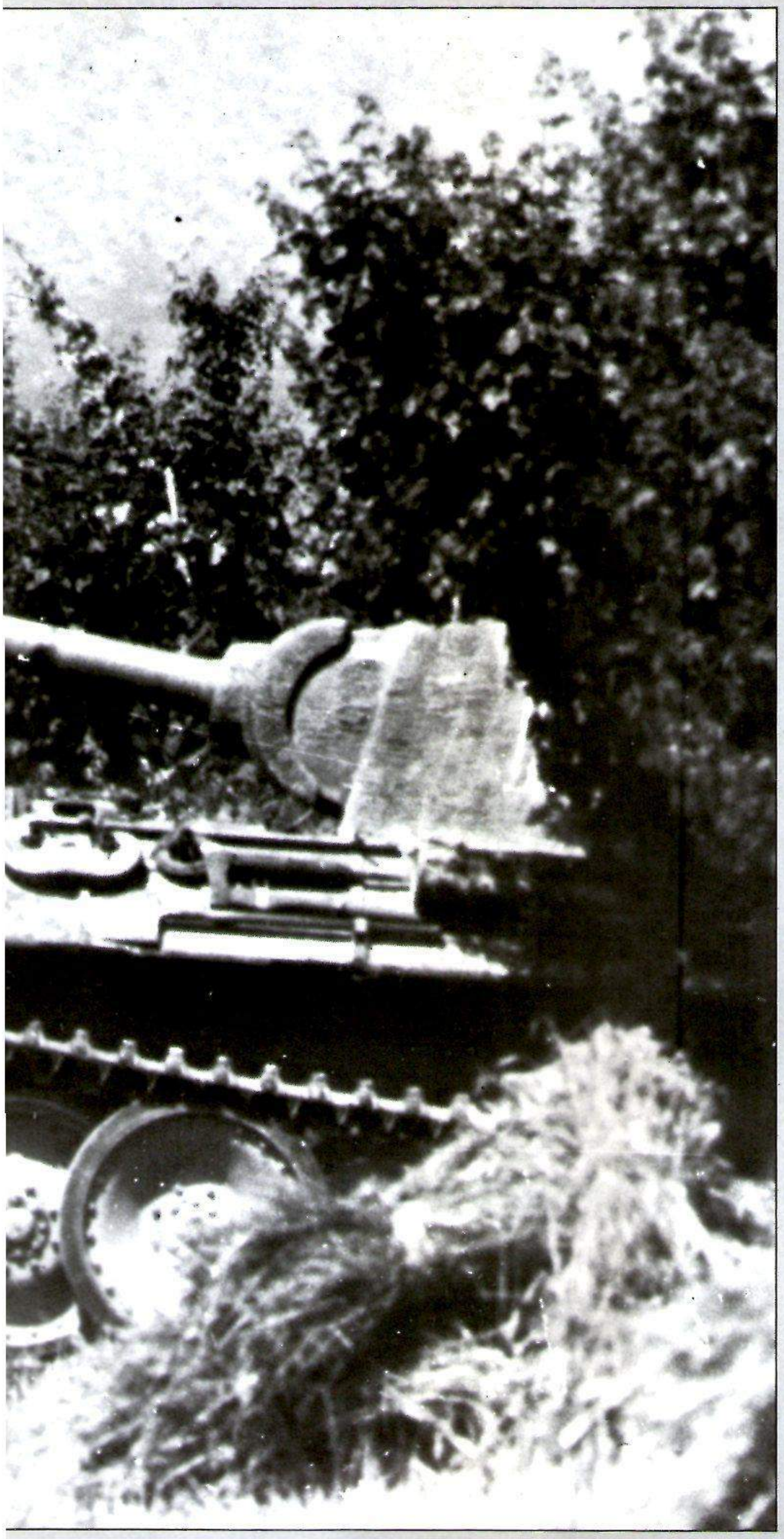


Mapa superior: en ocho semanas saltó el dique que rodeaba la península de Cotentin; ocho semanas durante las cuales los Aliados se fueron fortaleciendo sin descanso. Inmediatamente después iniciaron el avance tierra adentro. La suerte que Hitler les había reservado –atenazarlos en una bolsa– la terminaron sufriendo las tropas alemanas, si bien sólo en Falaise: el resto se salvó poniéndose a cubierto al otro lado del Sena.

Foto a la izquierda: zapadores alemanes utilizando los lanzallamas durante un ataque. A finales del otoño de 1944 los ataques alemanes eran ya muy escasos y aislados. Después de la bolsa de Falaise la iniciativa correspondió a los Aliados.

LA BOLSA DE FALAISE

Como sucedió a los franceses en mayo y junio de 1940, también los carros de combate alemanes quedaron paralizados por falta de coordinación en el frente. Resta por saber si la superioridad de los blindados germanos –en la foto un «Panther»– hubiera conseguido alzarse con el éxito y la victoria. Tampoco hay que olvidar el innegable predominio aéreo de los Aliados.



Entre las ruinas de los *bunkers* y las trincheras a medio cavar todavía quedaban, aquel mediodía del 6 de junio, soldados alemanes de la División 716 en medio de la zona abordada por los británicos en las inmediaciones del Canal. Los aviones enemigos se lanzaban en picado disparando sus armas de a bordo y las bombas abrían grandes boquetes en la playa, mientras las baterías de los buques que tomaban parte en la invasión tronaban sin cesar.

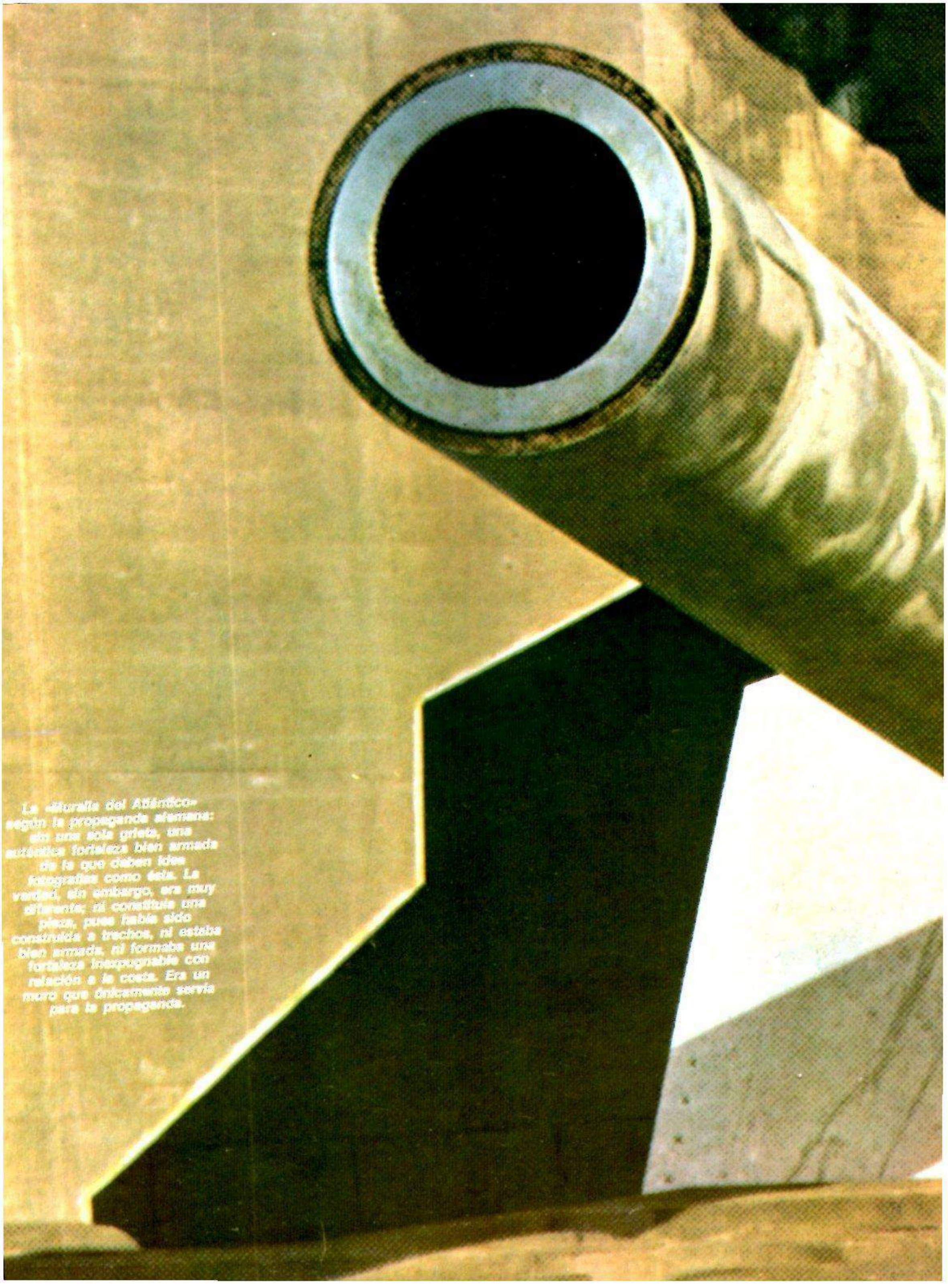
Los supervivientes no tienen más remedio que arrojarse una y otra vez al barro o esconderse detrás de las ruinas o de las baterías. A la derecha los curtidos soldados de la Brigada 4 tratan de avanzar partiendo de la cabeza de puente «Sword» para conseguir establecer contacto con la División de Infantería 3 canadiense, responsable de la cabeza de puente «Juno». Pero los restos de la División 716 se defienden desde lo que queda de los *bunkers*.

Se afanan como autómatas, como drogados, sin reflexionar. Los puntos extremos, de los casi 4 km de playa que forman su sector, son los pueblecitos de Lagrune y Lion. En ellos las villas burguesas han sido convertidas en *bunkers* por obra del cemento. A su espalda, a unos 3 km, la base de la *Luftwaffe* en Douvres, bajo el mando del teniente Igle, se defiende del asalto de los canadienses, pese a que tan sólo dispone de 3 antiaéreos, 3 cañones de 50 mm, una docena de lanzallamas y 20 ametralladoras.

Caída la tarde, un nuevo ruido domina el fragor de la batalla: al norte de Caen avanzan los carros del Regimiento 192 *Panzergrenadier* por entre los dos sectores de «Sword» y «Juno». Los hombres de la División de Infantería 716 salen a su encuentro.

Extraña unidad, esta División 716. Su columna vertebral está compuesta por soldados veteranos con experiencia de la guerra. A su lado combaten hombres procedentes de los países ocupados de la Europa oriental, más o menos voluntarios, y que, pese a ir vestidos con el uniforme alemán, no dan la impresión de estar excesivamente dispuestos a morir por Hitler. De ahí que sea tan diferente el grado de resistencia con que tropiezan los Aliados.

Entre Lagrune y Lion la resistencia es dura. Y los soldados, rendidos de cansancio, sienten renacer sus fuerzas al oír los carros del Regimiento 192. A izquierda y derecha, los británicos se preparan para el asalto. Los flancos de «Sword» y «Juno» son débiles; en la playa reina una extraordinaria confusión mientras van desembarcando las tropas destinadas a las distintas posiciones. Parece anunciarse una tragedia: un par de kilómetros al sur suenan los motores del Regimiento acorazado 22 de la



La «fortaleza del Atlántico» según la propaganda alemana: era una sola pieza, una auténtica fortaleza bien armada de lo que daban las fotografías como dato. La verdad, sin embargo, era muy diferente: no constituía una pieza, pues había sido construida a trechos, ni estaba bien armada, ni formaba una fortaleza inexpugnable con relación a la costa. Era un muro que únicamente servía para la propaganda.

División 21; casi 120 carros del tipo «P IV». Y se mueven hacia el norte. Los blindados tienen tras de sí una gran odisea. Su división se encontraba estacionada al sur de Caen y en la mejor posición para atacar. Sólo existía un contratiempo: no se sabía bien a quién correspondía dar la orden.

Todavía hoy se ignora de quién dependía la División. Según Lewin, biógrafo de Rommel, dependía del Grupo de Ejércitos B, en calidad de reserva. Según otros, del OKW, en las mismas condiciones. También poseían atribuciones el comandante del frente, así como el del Cuerpo de Ejército LXXXIV de St. Lô. Por su parte, el general Richter, jefe de la División de Infantería 716, estaba convencido de que en caso de un ataque la División 21 debía ponerse a sus órdenes.

El principio del fin

Richter dio su primera orden de ataque a las 01,20 h, precisándola cuarenta minutos después: «El enemigo ha aterrizado al este del Orne: hay que atacarlo y destruirlo.»

El general Feuchtinger, por su parte, se encontraba en una situación tragicómica que, por sí sola, daba idea de la confusión que reinaba en el Mando de la *Wehrmacht*: el general ignoraba si debía o no combatir.

Las horas se sucedían. Desde el puesto de mando del Cuerpo de Ejército LXXXIV, en el que al parecer se valoraba con todo rigor la situación, el general Marcks luchaba por teléfono para conseguir la ayuda de la División blindada. Según contaría más tarde su ayudante, el general, que era fama sabía controlar sus nervios, hablaba cada vez más fuera de sí con su superior, el comandante del Ejército 7, y después llamó a Jodl, quien en Berchtesgaden continuaba velando el sueño de su *Führer*.

A las diez de la mañana la División 21 fue puesta a las órdenes de Marcks. Entretanto Feuchtinger había decidido dejar a un lado las dudas y seguir la única orden que hasta entonces había recibido: la de Richter pidiéndole que aniquilara a los paracaidistas aliados.

Por eso se encontraban los carros al este del Orne, avanzando hacia el norte, en el momento en que el *Führer* accedía a la petición del general Marcks, quien, a su vez, estaba decidido a atacar la cabeza de puente que los británicos habían establecido al oeste del río.

Los puentes sobre el Orne y los canales que corren paralelos se encuentran ocupados por los paracaidistas del comandante Howard; el flanco izquierdo de Montgomery está bien defendido. Los blindados, por tanto, tienen que dar media vuelta y volver hacia el sur para emprender de nuevo la marcha hacia el norte a través de la ciudad de Caen, destruida y hecha impracticable por la Aviación aliada. Sólo la 4.ª Compañía, con unos 30 carros, queda al otro lado del Orne, sin que pueda inquietar a las tropas de Howard que, como estaba previsto, han logrado desembarcar hombres y material.

Los Aliados han logrado el primer paso. Sin embargo, al no ser atacados por la Aviación, los 120 blindados consiguen llegar hasta la pequeña ciudad de Lébisey. «Una auténtica defensa montañosa», exclama con no poca precipitación el comandante Vierzig, jefe de la 2.ª Sección del Regimiento acorazado. En Lébisey le esperan el jefe de su División y el general Marcks, que ha llegado de St. Lô en un estado de ánimo que va de la preocupación a la esperanza: es preciso que el ataque de los blindados tenga éxito, de lo contrario todo estará perdido; aun en el caso de que el OKW pusiera a su disposición las otras Divisiones acorazadas no se adelantaría nada porque se hallan demasiado lejos.

Marcks declara al coronel von Oppeln-Bronikowski, jefe del Regimiento: «Oppeln, arroje usted a los ingleses al mar o perderemos la guerra.»

El general se une a los blindados, que inician su marcha hacia la costa sin encontrar la menor resistencia, avanzando entre los sectores «Sword» y «Juno». Entretanto Rommel vuelve a toda prisa a Francia desde Alemania. Al llegar a Reims telefonea a su jefe de Estado Mayor. Cuando vuelve al auto confía a su ayudante: «Si la División 21 consigue su objetivo quizás podamos rechazarlos en tres días.»

Los blindados se van abriendo paso, pero la experiencia se encargará de demostrar que en la guerra moderna tan importantes son las comunicaciones por radio como los cañones, sobre todo cuando los aparatos están montados a bordo de un avión de reconocimiento. En el cielo de Normandía no hay más aviones que los aliados. El coronel Bronikowski marcha a ciegas.

El coronel se encuentra con el general Richter, que ha perdido todo contacto con su unidad y al que las preocupaciones están a punto de volver loco. Con el mapa en la mano le pregunta Bronikowski: «¿Dónde están sus posiciones?» El general mueve la cabeza, esforzándose por contener las lágrimas: «No lo sé».

Poco después fracasa el ataque. Bronikowski ha estado a punto de lograr el objetivo, pero entre Périers y Biéville los carros de combate caen bajo el fuego de los lanzagranadas. En pocos minutos seis blindados quedan fuera de combate, al tiempo que entre «Sword» y «Juno» aterrizan veleros británicos con refuerzos. El enfrentamiento es duro: el resto de la División 716 y el Regimiento acorazado tienen que retroceder. La División 21 pierde la cuarta parte de sus carros. Las dos cabezas de puente británicas logran unirse; sólo la posición de Douvres resiste durante 10 días: los ingleses no le han concedido especial atención.

Durante todo el día, y pese a las grandes pérdidas experimentadas debido al fuego de la artillería y a las acciones de la infantería alemana, los Aliados continúan desembarcando grandes contingentes de hombres y material. 48 horas después de iniciarse el desembarco, se encuentran en territorio francés 176.000 hombres y 20.000 vehículos.

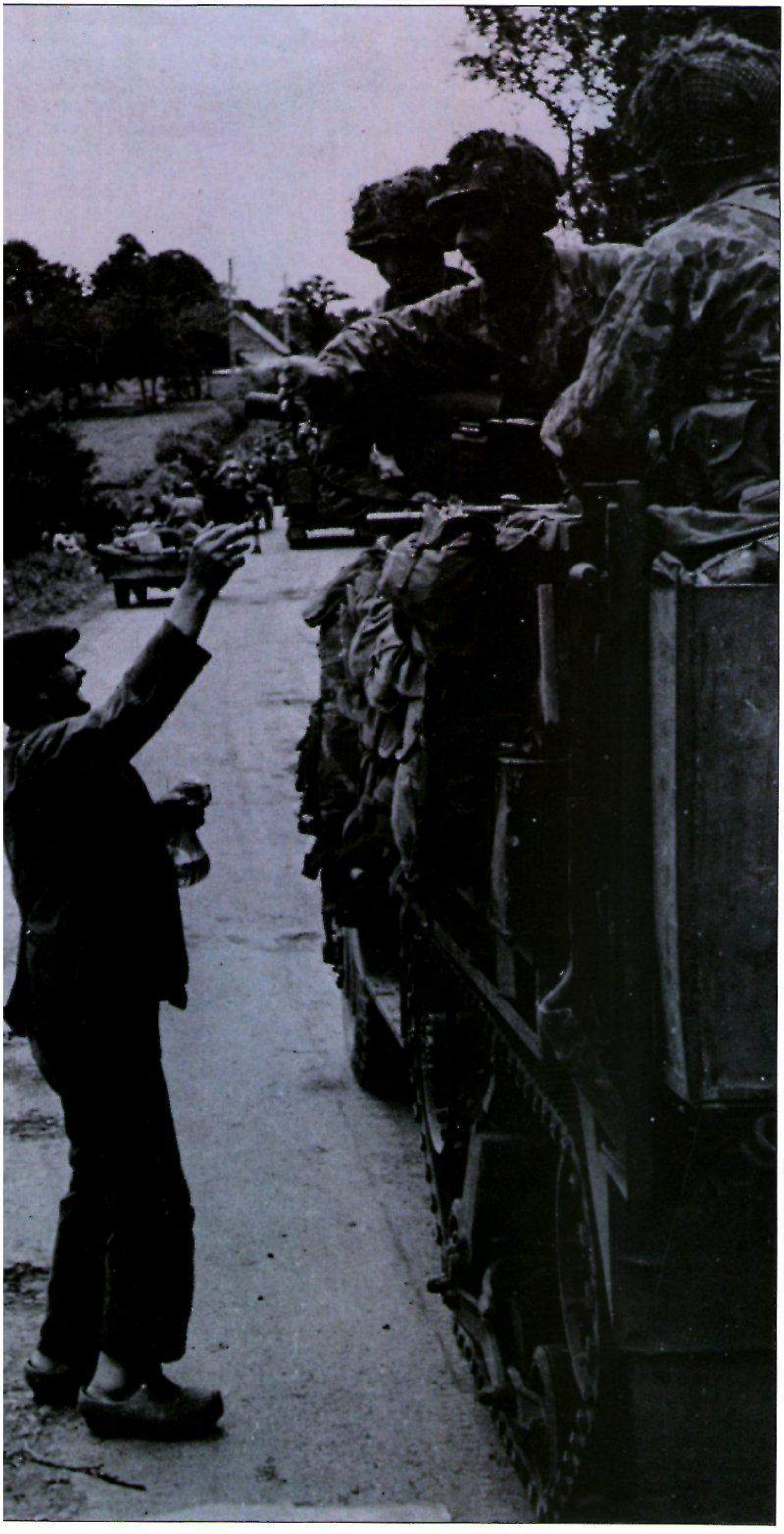
Sin la menor libertad de movimiento

Al igual que sus compañeros de armas británicos, la División 4 aerotransportada USA ha logrado también, con la ocupación de los flancos del sector «Utah», al este de la península de Cotentin, asegurarse el dominio de este territorio. Aquí las consecuencias de las inundaciones se vuelven contra sus causantes. Imposible pasar de St. Mère-Église; imposible, por tanto, presionar sobre los norteamericanos. Incluso unidades selectas, como el Regimiento 6 de paracaidistas bajo el mando del teniente coronel Freiherr von der Heydte, o el Batallón de asalto de la División aerotransportada 91, bajo el mando del comandante Messerschmitt, fracasan en el intento.

También el sector de «Bloody Omaha» se ha repuesto de los contratiempos iniciales. Los *Rangers*, aun a costa de grandes pérdidas, han asaltado el muro acantilado de Pointe du Hoc, sirviéndose de escaleras de gato sujetas a garfios y con la ayuda de otras mecánicas prestadas por los bomberos de Londres. Ni siquiera la formidable División de Infantería 352 puede hacer nada por impedirlo... Los Aliados no consiguen cubrir todos los objetivos previstos para el día D, pero Montgomery se siente satisfecho.

Una vez que el enemigo hubo logrado afianzar su pie en tierra firme, los mariscales Rundstedt y Rommel estuvieron relativamente de acuerdo. Sin embargo, el cuartel general del *Führer* no les permitió la menor libertad de movimiento. Desde Berchtesgaden, o desde el aún más lejano Rastenburg –Prusia oriental– Hitler tomaba todas las decisiones, incluso a nivel interno de División. En todo se dejaba guiar por tres principios fundamentales:

- No debe cederse un solo palmo de terreno sin luchar. Como consecuencia de ello se paralizó la acción



Los soldados norteamericanos fueron bien recibidos por los franceses, como puede apreciarse en la fotografía. La gente no ignoraba que detrás de esos soldados no tardarían en aparecer las tropas galas.

de muchas unidades, incluso blindadas, sin que llegaran nunca a enfrentarse seriamente con el enemigo.

- No se retirará ninguna unidad del Ejército 15, de guarnición en el Paso de Calais, porque es allí donde se espera que se produzca la segunda invasión. De esta manera permanecieron quietos inútilmente grandes contingentes de tropas, hasta que la situación empeoró sin esperanzas.
- Las fortalezas que se encuentran al paso del enemigo se defenderán hasta el último cartucho. De Cherburgo a los puertos del Atlántico y la costa del Canal, 20.000 hombres quedaron así prisioneros en sus posiciones.

Montgomery, que al sexto día de la invasión había logrado desembarcar 326.000 hombres, 54.000 vehículos y 104.000 toneladas de material, quedaba por debajo de los objetivos que se había propuesto. Pero terminó por recuperarse gracias a los errores cometidos por el mando alemán. Y, sin embargo, al principio las circunstancias favorecieron a los defensores.

En opinión del comandante Hayn, del Cuerpo de Ejército LXXXIV, los accidentes del terreno equilibraron un poco la superioridad del enemigo en carros y aviones. Innumerables desniveles, bosques y malezas permitían ponerse a cubierto de la visibilidad de los aviones. Sin olvidar que durante las primeras semanas la meteorología tampoco estuvo de parte de los Aliados. La lluvia y las nubes bajas impidieron el vuelo de los *Jabos*. Una terrible tormenta destruyó además el 19 de junio los *Mulberries*, los puertos artificiales. Inmediatamente se dejó sentir una gran escasez de munición y hasta peligró el abastecimiento normal. Pero las escuadrillas de bombarderos reanudaron sus ataques estratégicos en un gran radio de acción y no tardó en volver el equilibrio: los aviones de Montgomery destruyeron las vías de comunicación y de abastecimientos y buen número de unidades de reserva que avanzaban hacia los lugares de desembarco experimentaron grandes pérdidas antes de llegar al campo de batalla.

Los *Mulberries* fueron reparados y se estableció un oleoducto a través del Canal. Mientras el terreno conquistado no fue importante se construyeron pistas para aviones ligeros de combate a base de «alfombras» metálicas. El

frente alemán, en su inmovilidad, parecía un débil dique, tras el cual, sin pausa, crecía centímetro a centímetro el nivel del agua.
La península de Cotentin fue rodeada y el 28 de junio capituló Cherburgo. El 15 de julio Rommel escribía a Hitler diciéndole que había perdido 97.000 hombres y que el enemigo extendería de inmediato su dominio por suelo francés... «El desigual combate toca a su fin. Le ruego que decida de acuerdo con lo que dictan las circunstancias».
Dos días después el mariscal resultaba herido al ser bombardeado su vehículo por un avión enemigo; sin conocimiento fue trasladado a Alemania. Poco antes Hitler había retirado el mando del frente del Oeste al mariscal Rundstedt, sustituyéndole por Günther von Kluge.

Se cierra la trampa

La profecía de Rommel se cumplió a finales de julio. Los norteamericanos se abrieron paso por el extremo occidental del frente, por Avranches; el general Patton, al frente de los blindados, prosiguió su avance como había hecho Rommel 4 años antes. Como si hubiera sido sentenciado a la misma pena que impusiera en 1940, el Ejército alemán conocía ahora la suerte que los franceses habían corrido entonces.
Un enemigo muy superior, con voluntad de victoria y capacidad técnica, avanzaba, bien apoyado por su aviación, aniquilando sin piedad cuantos puntos de resistencia encontraba a su paso. De la parte aliada todo está mecanizado y motorizado; en el lado alemán, a menudo falta el carburante para los pocos carros de combate aún disponibles.
Atrás, muy atrás, en la retaguardia, Hitler continúa jugando sobre los mapas con Divisiones de las que muchas veces sólo existe el número. Quiere arrojar al mar a las tropas estadounidenses desembarcadas en Francia, por medio de un ataque enérgico contra la base de la península de Cotentin. El resto de nueve Divisiones de Infantería y cinco acorazadas se concentraron en la zona Mortain-Falaise, bajo el acoso ininterrumpido de los bombarderos enemigos. La operación se saldó con un sangriento fracaso. Las unidades que debían llevar a cabo este plan, fueron retiradas del frente sin proveer a su sustitución. Esto dejó las manos libres a Montgomery: unidades británicas se lanzaron hacia el sur de Falaise y parte de las tropas estadounidenses que habían conseguido abrirse paso lo hicieron hacia el norte; la trampa se iba cerrando. En puntos aislados de resistencia, los sitiados intentaron romper el cerco en dirección este. Los caminos, obstruidos, soportaban el bombardeo de la artillería y la aviación enemigas. Hitler releva nuevamente mariscales: Model sustituye a Kluge. Éste, en una carta dirigida al *Führer,* le pide que ponga fin a una lucha inútil. El mariscal Kluge se suicidó poco después, envenenándose durante su viaje de regreso a Alemania.
La bolsa de Falaise constituyó una gran catástrofe para el Ejército occidental. El 19 de agosto consiguieron escapar de ella 80.000 hombres; sin embargo, 45.000 resultaron muertos o fueron hechos prisioneros.
Hitler, enfurecido, ordena la defensa de París... si debe caer en manos de los enemigos, que caiga en ruinas. Cuando el general Choltitz entrega la ciudad intacta, Hitler quiere destruirla con *V-1*. Tampoco esta orden es obedecida.
Las unidades norteamericanas desembarcadas en el sur de Francia avanzan Ródano arriba. Tanto allí como más al norte, las unidades motorizadas adelantan sin esfuerzo a las cansadas tropas alemanas que retroceden en desorden. La planeada línea defensiva a orillas del Sena no llega a establecerse. Patton la rebasa mucho antes...
Montgomery se había propuesto alcanzar el Sena en un plazo de 90 días. A los 75 días los Aliados vadean el río. «Ni un solo soldado se encuentra sobre el terreno para hacerles frente, y mucho menos en el aire», escribe en sus memorias el general Hans Speidel, por aquel entonces jefe del Estado Mayor del Grupo de Ejércitos B. Unidades heterogéneas retroceden hacia el este e intentan hacerse fuertes aquí o allá, terminando por ser derrotadas y superadas. Sólo el Ejército 15, que en el paso de Calais ha esperado inútilmente que se produjera la invasión, logra ponerse a salvo intacto y con todas sus armas. Gracias a él, Model consigue formar una línea defensiva desde la desembocadura del Escalda hasta la llamada «Muralla del Atlántico u occidental»» («Westwall»), cinturón fortificado en la frontera oeste alemana, que pasa por Luxemburgo, Alsacia-Lorena y la frontera suiza.
Paralelamente, los Aliados empezaron a tener dificultades; los muelles de Cherburgo, prácticamente destruidos antes de la capitulación y reparados en lo posible a toda prisa, y los viejos *Mulberries,* montados en Normandía, debían hacerse cargo diariamente de 20.000 toneladas de material y a continuación hacerlas llegar al frente, lo que no resultaba fácil debido a que los propios Aliados se habían cuidado de destruir la red de ferrocarril. Al fin, el 4 de septiembre, la División acorazada 11 británica, tras su incontenible avance de 350 km en 4 días, tomó Amberes con casi todas sus instalaciones portuarias intactas.
Mas para llegar a ellas había que pasar por la desembocadura del Escalda, y éste seguía en manos alemanas. En vez de lanzarse a fondo sobre este punto empleando para ello todas las fuerzas disponibles, Montgomery decidió seguir avanzando con sus tropas, atacando con dureza el flanco enemigo hacia el Bajo Rhin. Era comprensible la esperanza de que las unidades enemigas situadas en la desembocadura del Escalda se retirarían hacia el este huyendo de una posible tenaza. «Esta maniobra seguirá siendo durante mucho tiempo materia de discusión para estrategas», escribió Churchill en sus Memorias. En opinión del historiador norteamericano Cornelius Ryan, Montgomery dio esa orden dejándose llevar por su vanidad y orgullo, por no hablar de la indignación que le había producido no ser él sino Eisenhower el jefe supremo de las tropas aliadas de desembarco.
«Ike» se hizo cargo del mando el 1 de septiembre según estaba acordado. Bajo sus órdenes se encontraba Monty, al frente del Grupo de Ejércitos XXI británico y el general estadounidense Omar Bradley, al frente del Grupo de Ejércitos XII USA; en total 37 Divisiones, cerca de medio millón de soldados. En opinión de Eisenhower, con tales fuerzas era posible atacar la Línea Sigfrido alemana en toda su extensión y proseguir luego hacia el Sarre. Montgomery era de otro parecer: propuso abandonar la idea del frente amplio y reunir las fuerzas en un único golpe y dirección: o bien, bajo su mando, en el norte, hacia el territorio de Ruhr, o bien, bajo el mando de Bradley, en el sur hacia el Sarre. En todo caso, para servir cualquiera de los dos objetivos, debería disponerse de todas las fuerzas y de la totalidad de las reservas y medios de avituallamiento. Tampoco ocultó su opinión de que, dadas las facilidades operativas para abrirse paso por el nordeste, debía concederse prioridad a la ofensiva Norte. De esta manera la guerra habría terminado para las Navidades.
Únicamente cuando Eisenhower mantuvo su idea del frente amplio se pudo llegar a un compromiso: Montgomery debía tener oportunidad de profundizar hasta el Bajo Rhin y establecer en la parte superior del río, en la zona de Arnhem, una cabeza de puente. Es de suponer la decepción de Montgomery ante el desarrollo del plan que prescindía de su capacidad de decisión; y es de suponer que Eisenhower, muy poco convencido, se avino a concederle esa maniobra como una consolación, con objeto de no indisponerse aún más con él. Por otra parte urgía actuar, porque la resistencia alemana se afianzaba día a día.

□

Wolfgang Fischer

AUXILIARES DE LA WEHRMACHT

Silenciadas o difamadas

Una auxiliar de la «Wehrmacht» al servicio de una batería antiaérea. 25.000 muchachas prestaban servicio en estas unidades y se encargaban por lo general de los reflectores.

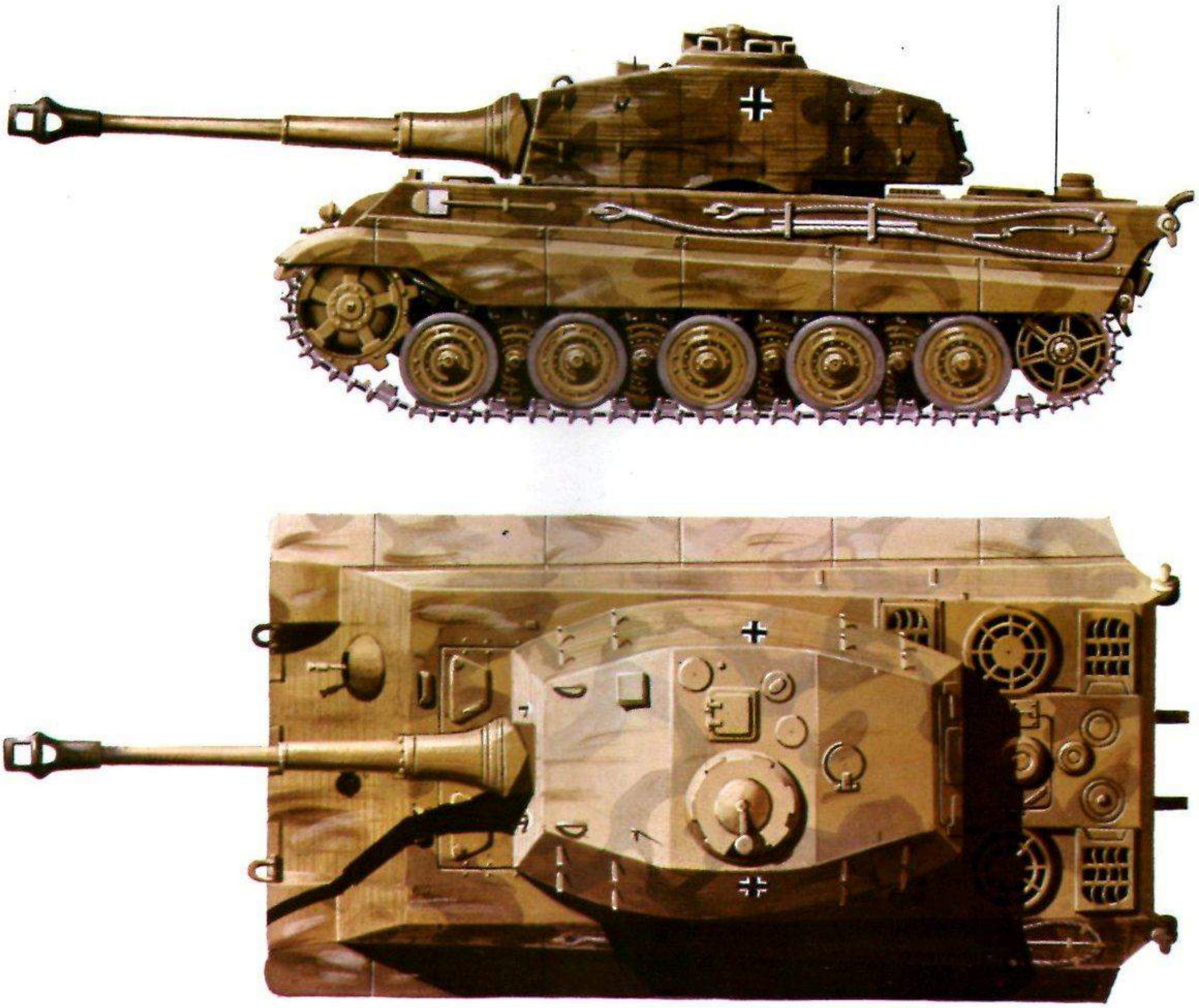
Cientos de miles de mujeres sirvieron durante la II Guerra Mundial entre el océano Glacial Ártico y el Sahara, de Járkov hasta Brest, en las Fuerzas Armadas alemanas. Hasta el momento se carece de una documentación adecuada sobre el papel que desempeñaron en la contienda.

Hildegard S., de 18 años, era taquígrafa en una empresa comercial. En 1941 tomó parte en un concurso profesional y llamó la atención por su capacidad: podía tomar 300 sílabas por minuto. Desde enero de 1942 fue incorporada al servicio obligatorio como ayudante (secretaria) agregada al Estado Mayor en Rusia. Vestía uniforme gris y llevaba en el gorro un cordón plateado como distintivo. Trabajaba en la plana mayor de los regimientos y divisiones.

Como miembro de la sección femenina de la *Wehrmacht*, Hildegard S. fue testigo del avance de las tropas hasta Kalach y del repliegue desde Járkov hasta Kíev. «Para recorrer ese camino necesitamos 13 días. La temperatura era de 32 °C bajo cero y yo sufrí graves congelaciones. Nuestro vehículo fue bombardeado por la Aviación enemiga y quedamos detenidos en la nieve. Continuamente me asaltaba el temor de caer prisionera. Debido a mi trabajo sabía por una 'comunicación a la tropa' del caso de una chica del servicio auxiliar que había caído en poder de un grupo de partisanos. Fue hallada días después horrorosamente mutilada.» Hildegard S. siguió acompañando a las tropas en su retirada de Kíev a Krivoi Rog y de Vinnitsa a Tarnopol, donde durante 12 días permaneció sitiada con el resto de los soldados de su unidad. Asistió a los combates que se desarrollaron en las inmediaciones de Cracovia y en la Alta Silesia y cayó prisionera en mayo de 1945 en los alrededores de Praga. Sobre las últimas vivencias de la guerra nos ilustra ella misma: «El 6 de mayo se sublevaron los checos. Las bombas de mano alcanzaron nuestras oficinas y hubo muertos. Mi jefe me envió a reunirme con mi prometido, que al mando de una compañía se encontraba a unos 30 km de distancia. «Es mejor que caiga prisionera a su lado.» Con gran esfuerzo logré reunirme con el que luego sería mi marido y asistí al cerco de su unidad por los guerrilleros checos. Fui testigo de la voladura de un campo de aviación en el que cientos de auxiliares femeninas esperaban su transporte. No sobrevivió ni una sola».

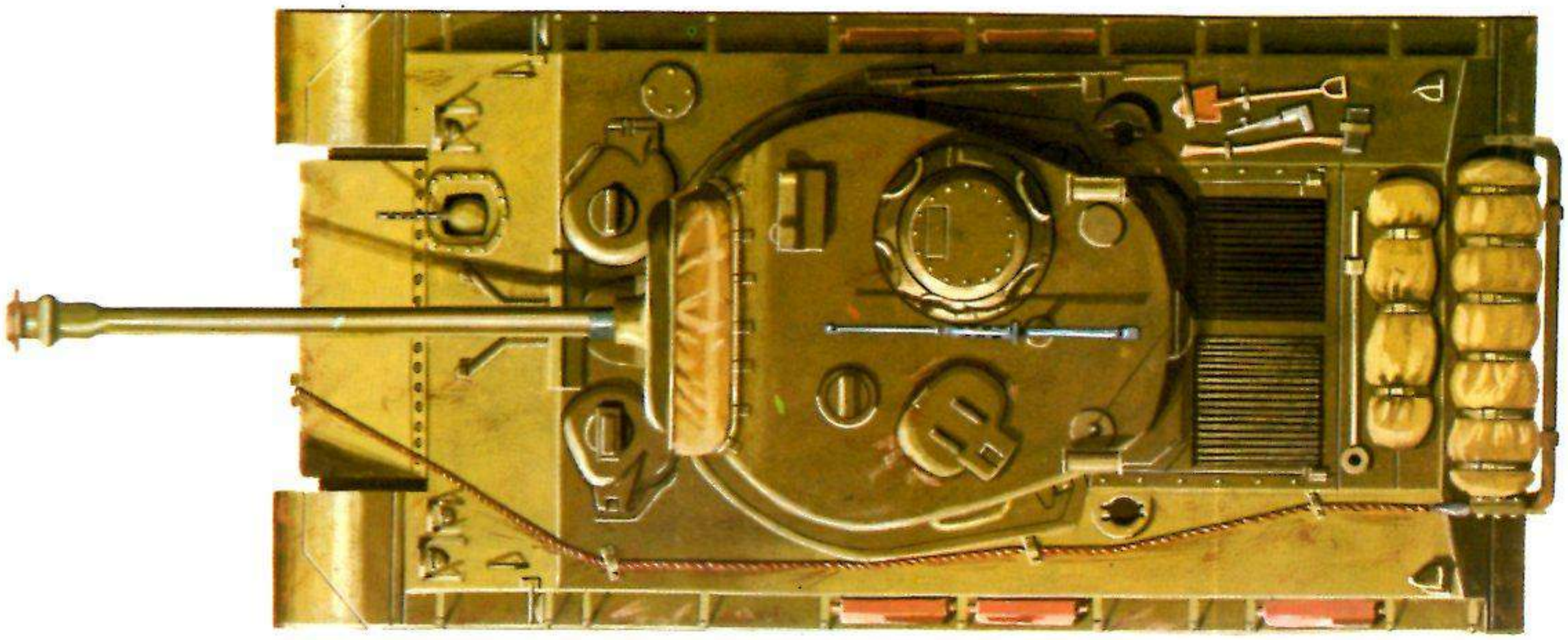
«El 10 de mayo aparecieron los blindados soviéticos. En ellos venían mujeres soldados armadas hasta los dientes. Con los rusos llegaron las requisas de costumbre: nos quitaron los relojes, los anillos de compromiso y matrimonio, y a los hombres las botas y los abrigos de piel. Después el imperativo temido: 'Tú, mujer, ven...' En las calles se amontonaban los cadáveres, entre ellos los de las mujeres que no habían sobrevivido a las violaciones. Aproveché una oportunidad para retirar el uniforme a un suboficial de la unidad de mi prometido para ponérmelo yo. Inmediatamente, como un soldado más, comencé a marchar al lado de mi novio. Se nos golpeó y obligó a recorrer hasta 50 km al día. Un soldado de Siberia se dio cuenta de que yo era una mujer, pero no me traicionó. Hablando con él me enteré de que caminábamos hacia la frontera austríaca y que desde allí seríamos transportados a Siberia. El soldado me comunicó la consigna soviética para los puestos de guardia. Por la noche mi prometido y yo emprendimos la huida. Nos abrimos paso en dirección a Linz. Durante el camino, los campesinos nos facilitaron ropa de paisano y un alcalde nos entregó dinero para que pudiéramos tomar el tren hasta la línea de demarcación americana. Los americanos nos detuvieron y nos incluyeron en un transporte que debía devolvernos al punto de partida.

Carro de combate alemán VI Tiger II (Königstiger)



Peso: 68 t
Dotación: 5 hombres
Armamento: un cañón de 88 mm KwK 43; una ametralladora MG 42 de 7,92 mm y dos ametralladoras MG 34 de 7,92 mm
Coraza: 185 mm
Tracción: un motor Maybach HL 230 P 30, de 700 CV
Velocidad: 38 km/h
Autonomía: 110 km
Longitud: 7,26 m
Anchura: 3,75 m
Altura: 3,09 m

Carro de combate norteamericano de tipo medio M4 A3 E8 Sherman



Peso: 33,6 t
Dotación: 5 hombres
Armamento: un cañón de 76 mm M1 A2, una ametralladora de 12,7 mm y dos ametralladoras de 7,7 mm
Coraza: 100 mm
Tracción: un motor Ford GAA-III de 450 CV
Velocidad: 42 km/h
Autonomía: 161 km
Longitud: 5,98 m
Anchura: 2,99 m
Altura: 2,99 m

Con carteles de propaganda se invitaba a las muchachas a incorporarse a los servicios auxiliares de la «Luftwaffe». Cuando el voluntariado resultó insuficiente se recurrió a la movilización obligatoria.

Logramos huir. Durante semanas nos arrastramos por Austria como pudimos, mendigando. Por fin nos entregamos voluntariamente a los americanos en las cercanías de Salzburgo...»

Este informe de Hildegard S. no se había publicado hasta ahora. Como tampoco se ha publicado hasta el momento una documentación seria sobre el comportamiento y la suerte que corrieron las mujeres de la sección femenina de la *Wehrmacht:* del servicio auxiliar femenino del Ejército alemán. Las mujeres que en la plana mayor, en los servicios de información, en el radar, en los reflectores antiaéreos, en los hospitales y centros de convalecencia de los soldados, como enfermeras o intérpretes, prestaron sus servicios durante la guerra fueron agrupadas bajo la denominación común de «auxiliares femeninas de la *Wehrmacht*». Al contrario de lo que sucedía en el campo aliado, estas mujeres no poseían ningún *status* militar, ningún rango, ningún reglamento castrense; eran personal civil. Sus derechos dentro de las leyes de la guerra no estaban bien definidos. Ninguna estadística habla de ellas, ningún informe sobre los prisioneros de guerra. Cuando caían en poder del enemigo eran a menudo maltratadas, violadas, asesinadas. Muchas desaparecieron como internadas civiles en las minas de Siberia. Abandonadas a su suerte por los combatientes muchas de ellas tuvieron que correr aventuras desesperadas antes de lograr abrirse camino hacia la patria, o, al menos, hacia occidente. Que las mujeres terminarían dando la talla combativa de los hombres es algo con lo que no contaron nunca los nazis. La doctrina nacionalsocialista contemplaba la misión de la mujer sólo como madre y dentro de la familia. Las mujeres, según la ideología de la época, no estaban en disposición de ejercer funciones o hacerse cargo de responsabilidades propias de la esfera masculina: no debían, por tanto, desempeñar ningún papel importante, ni dentro del Estado, ni dentro de la sociedad. Así, en 1936, Hitler decidió que las mujeres no podrían ser abogados, ni mucho menos jueces.

Sin embargo, en 1938 el Ministerio de Trabajo del Reich se dio cuenta de que, a la hora de una movilización general de los recursos del trabajo y mano de obra, no podía prescindir de las mujeres. En tal ocasión el Ministerio de Trabajo se apresuró a señalar los rasgos que eran contrarios a la naturaleza femenina: «Las mujeres no podrán ocuparse de aquellas labores que exijan una cierta preparación técnica.»

Algunos años más tarde, cuando millones de mujeres hubieron de incorporarse a la industria pesada de guerra, nadie se acordó para nada de las prohibiciones técnicas. Y lo mismo sucedió con todo cuanto, por principio e ideológicamente, se oponía a la incorporación de la mujer a las unidades auxiliares de las Fuerzas Armadas del Tercer Reich.

Excepto la Aviación, que ya en 1939 comenzó a admitir mujeres para sus servicios, el resto de los Ejércitos no había previsto la incorporación de las mujeres. Durante la guerra relámpago contra Polonia y Francia no se las echó de menos. Pero llegada la hora de la preparación de la campaña contra Rusia, con sus enormes necesidades de material, la movilización femenina se reveló como imprescindible.

«En ningún caso militarización de la mujer»

Sobre el papel, las normas del OKW para la incorporación de la mujer a los servicios auxiliares de la *Wehrmacht*, publicadas el 22 de junio de 1942, observan su total conformidad con la imagen propugnada por el nacionalsocialismo: «Cada vez en mayor número se hace necesario que las mujeres al servicio de las Fuerzas Armadas vayan ocupando el puesto que han dejado vacante los soldados del frente. Es voluntad del *Führer* que a todas las mujeres alemanas, especialmente si lejos de su casa sirven como auxiliares

en las filas de la *Wehrmacht* se les conceda las protecciones adecuadas con objeto de hacer más llevaderas sus obligaciones. Las medidas encaminadas a la realización de este objetivo no deben sobrepasar el campo propio de la mujer y en ningún caso conducirán a la militarización de ésta. La mujer soldado es incompatible con la idea que de la mujer tiene el nacionalsocialismo». El respeto a la feminidad no pasaba de ser una farsa. Las últimas barreras cayeron al proclamarse la «guerra total». Durante los primeros años de la contienda se había puesto un orgullo especial en hacer patente que «en Alemania las mujeres no tienen que servir las piezas de artillería, como sucede en las Islas británicas, ni existen batallones femeninos en el frente como sucede del lado soviético». Una orden del OKW del 23-III-1945 sonaba de muy distinta manera: «Las mujeres deberán ser excluidas por lo general del servicio de las armas, salvo en los casos especiales permitidos por el *Führer:* voluntarias para las baterías antiaéreas, armas individuales y contracarros».

Si bien aquí se habla todavía veladamente de lo que se espera de las mujeres –misiones de defensa y participación activa contra los carros–, durante el mismo mes, y de manera brutal, el *Führer* evocó el tema en el curso de uno de sus monólogos durante el almuerzo: «Muchachas o mujeres, es igual: hay que movilizarlas a todas». En febrero de 1945 dio la orden de que se formara un batallón femenino: «Hay que instruir a las mujeres tan perfecta como rápidamente. En el caso de que el batallón rinda los servicios deseados deberán formarse otros lo antes posible.» Después de que miles de mujeres habían quedado mutiladas, resultado muertas o caído prisioneras, se aceptaba oficialmente la incorporación a las Fuerzas Armadas de las últimas reservas femeninas.

El error ideológico relativo a las mujeres impidió que se formaran unidades militares femeninas. La participación de la mujer quedó así expuesta a la casualidad, a la espontaneidad, al azar, perdiéndose en la oscuridad de la guerra las huellas de las auxiliares femeninas de la *Wehrmacht.* Una orden del día de noviembre de 1944 establecía lacónicamente «que resultaba imposible dar noticia del paradero de la mayor parte de las auxiliares femeninas, sobre todo en Francia... En muchos casos se perdió la oportunidad de repatriarlas a su debido tiempo... Tampoco se puede establecer con claridad el número de las repatriadas desde el sur de Francia, ni el de las desaparecidas.» Cierto es que el famoso talento organizador de los alemanes fracasó desde el principio con respecto a las muchachas asimiladas a los servicios de la *Wehrmacht.* Tras la batalla de Francia, con objeto de que se mantuviese en pie la red de información del territorio ocupado, muchas de estas auxiliares se reclutaron de las filas de la Cruz Roja. De prisa y corriendo hubo que enviarlas a la escuela militar de comunicaciones de Giessen para que aprendieran su cometido. La necesidad de auxiliares cada vez se podía cubrir menos con las voluntarias, sobre todo después de iniciada la guerra contra la Unión Soviética. No hubo más remedio que recurrir al servicio obligatorio. Su misión era suplir en las planas mayores al personal militar, que quedaría así en disposición de partir hacia el frente. La demanda se hacía sentir especialmente en la Marina y en la Aviación, las dos partes de la *Wehrmacht* que mayor número de personal técnico utilizaban. En 1943 el personal civil de la Aviación fue incorporado a los servicios de guerra: era el personal femenino. Pronto las auxiliares se encontraron al pie de los reflectores o de los cañones antiaéreos. Ya antes las muchachas del servicio obligatorio habían hecho posible que 116.000 soldados de la *Luftwaffe* pasaran a integrar las divisiones del frente. En 1944 el jefe de la Cancillería del *Führer*, Bormann, pedía a Goebbels 100.000 mujeres más para que se hicieran cargo de todas las baterías de reflectores. Sin embargo, resultaba imposible conseguirlas, ni siquiera por medio de las levas obligatorias. Tan diferentes como los caminos y los motivos por los que las mujeres fueron alistadas al servicio de la *Wehrmacht*, resulta su destino y suerte dentro de ella, de manera que no se puede establecer un juicio general. Ya durante la guerra se rechazó como obra de la propaganda enemiga el chisme difamatorio que las consideraba descanso del guerrero, compañeras baratas de los oficiales, desahogo de sus etapas de marcha. Fuera de las excepciones normales en estos casos, es seguro que no fueron ninguna de estas cosas, pese a que en este sentido encendieron quizá la fantasía de los soldados.

Seguro que tampoco fueron lo que sugería un libro compuesto de noticias y cartas, de testimonios, en suma, sobre las auxiliares femeninas. El libro, escrito por Ina Seidel, lleva por título «Dienende Herzen» –Corazones serviciales– y está dedicado al pueblo alemán. Las cartas en él reunidas dan una imagen de arrogancia, patriotería y falsa moral. Las muchachas sienten latir su orgullo al ver ondear la bandera de la cruz gamada en una estación de ferrocarril recién conquistada al enemigo. Al llegar a la estación del Norte de París, las auxiliares de la *Wehrmacht* se encuentran por primera vez con las francesas «maquilladas» y no pueden reprimir un gesto de asco... Inmediatamente después de haber sido alojadas salen a comprar un detergente. Las chicas se muestran asustadas por la degeneración del pueblo francés. Por otra parte, encuentran de lo más natural que los judíos sean encerrados en *ghettos* y tengan que llevar una estrella amarilla sobre sus ropas y un brazalete blanco como distintivo. Su dignidad de mujeres alemanas las defiende de establecer relaciones con los soldados.

Cartas, documentos e informes de las auxiliares femeninas de la *Wehrmacht* hablan en un tono muy diferente. He aquí algunos párrafos tomados de una carta de Gudrun Doerfel, de 19 años, auxiliar de la *Luftwaffe*, con destino en París:

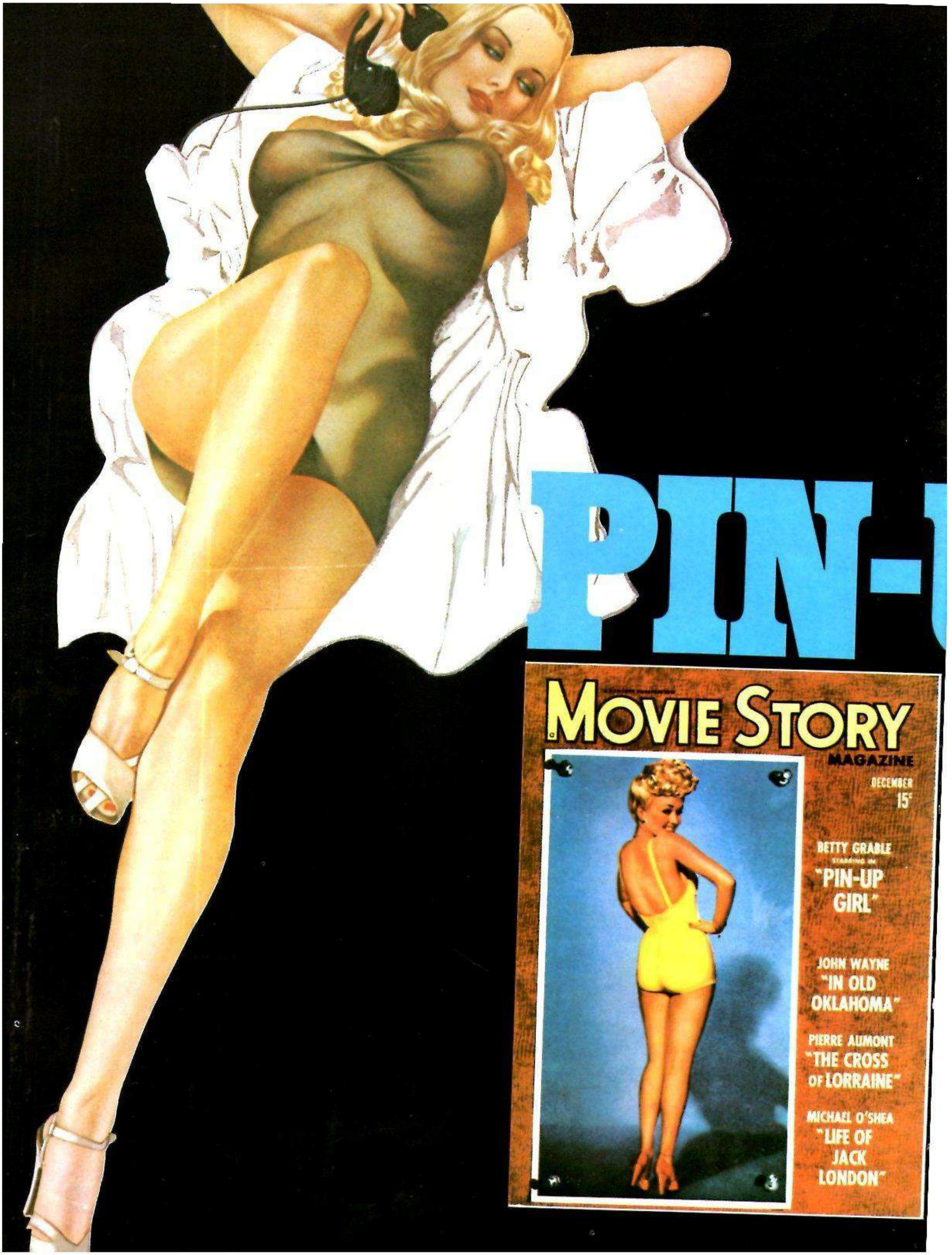
«... Y ahora, querido papá, tengo que bajar al comedor. ¿Qué nos darán de cenar? Seguro que queso como goma, que se queda pegado a la garganta, o un embutido que sabe malísimamente. El hambre los hace apetitosos. Y nosotras, pobres auxiliares femeninas, no nos podemos permitir el lujo de cenar fuera todas las noches, nos faltan las monedas necesarias...»

«... también yo me he convertido en cabeza de turco de los mandos. A veces tengo la impresión de vivir en una cárcel. Hace dos semanas me castigaron con cinco días de arresto por no haberme presentado a los ejercicios deportivos. Y ahora estoy cumpliendo cinco días sin paseo por haber dado en el parte como presente a una compañera que había pasado la noche fuera. Haga una lo que haga, siempre le cae algo. En todo caso no quiero tener ninguna relación estrecha con las jefes. Pero ya sabes que, como soldado, una no tiene derecho a ser ella misma, ni a pensar ni a hacer lo que quiera...»

El 7 de agosto de 1944 Gudrun Doerfel escribía desde París: «... Si de la noche a la mañana tenemos que salir de aquí, no tendrá para mí mayor importancia, porque casi todas mis cosas ya las he enviado fuera. ¿Sabes, mamá, lo que estamos haciendo Ruth y yo actualmente? Estamos gastando todo nuestro dinero bajo el lema: Disfrutemos hoy lo que podamos, que quién sabe si viviremos mañana.»

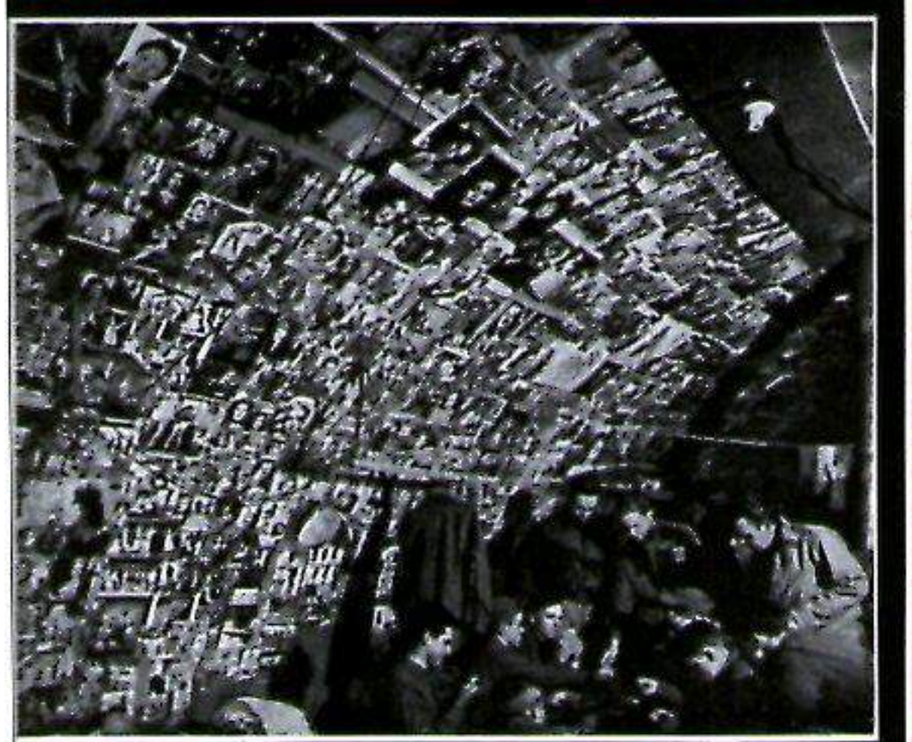
Efectivamente, tres días después, el 10-VIII-1944, moría la auxiliar Gudrun Doerfel durante un ataque aéreo desarrollado entre Châlons-sur-Marne y Bar-le-Duc.

Como Gudrun, también Marlene H. deseaba conocer tierras y gentes. Esto le costó grandes disgustos. Estas son sus palabras: «En el verano de 1943, después de los cursos de formación, llegué a Milán con otras 30 chicas. Trabajábamos en una oficina de la *Wehrmacht* y estábamos sometidas a una rígida disciplina. Nuestro jefe era un coronel.


PIN-U
MOVIE STORY
MAGAZINE
DECEMBER
15¢
BETTY GRABLE
STARRING IN
"PIN-UP
GIRL"
JOHN WAYNE
"IN OLD
OKLAHOMA"
PIERRE AUMONT
"THE CROSS
OF LORRAINE"
MICHAEL O'SHEA
"LIFE OF
JACK
LONDON"

El objetivo era el mismo de uno y otro lado: hacer que el soldado creyera poseer aquello que se encontraba más lejos de él y que tanto echaba de menos: las mujeres. La diferencia era solamente de estilo. Las revistas alemanas mantenían un tono medio, sin grandes alardes, más bien familiar; los americanos, por el contrario, recurrían a todos los refinamientos.

UFS



A los soldados les gustaba empapelar sus refugios con fotos de mujeres bonitas. La disculpa oficial aludía a que de esta manera se protegían un poco del frío de las paredes. A la izquierda: «Habla alto que no te oigo», de la revista «Esquire», octubre de 1940, y una portada con la estrella de cine Betty Grable, año 1942, sobre la que cuatro puntos sugieren lo que debe hacerse con la foto: «Pin-up» –colgarla de la pared–. A la derecha: «Alegría en vacaciones» se titulaba esta foto, versión alemana procedente de la revista «Signal» (1941).

Nuestra responsable una nazi 120 %. Teníamos prohibido el contacto con el pueblo italiano. Esto me pareció excesivamente duro, porque me había propuesto conocer la tierra y las gentes y hasta el idioma italiano. En el tranvía conocí a una muchacha italiana y por mediación de ella a su familia y a su círculo de estudiantes. No tardaron en enterarse los jefes y fui castigada a no salir durante un tiempo y además se me trasladó a las cocinas. Por confraternizar en la cocina con el personal italiano fui nuevamente castigada, esta vez a pan y agua. Pero lo peor vino después. Tenía relaciones con un teniente de guarnición en los alrededores. Mi amigo se presentó en Milán a visitarme sin el oportuno permiso militar. Por la noche hubo alarma aérea, y me metí con mi amigo en la habitación del hotel. También esto fue descubierto. Mi amigo fue castigado por haberse separado de su unidad sin permiso y yo tuve que comparecer ante un tribunal militar. ¡Se me condenó a tres semanas de fortaleza! En febrero de 1944, cuando la catástrofe italiana se perfilaba claramente, vinieron a buscarme dos suboficiales armados de pistola y me condujeron a Verona. En la vieja fortaleza, que domina la ciudad, cumplí mi condena».

De hasta qué punto los responsables tomaban en serio la vigilancia de las chicas da idea el siguiente ejemplo. Una auxiliar destinada en un campo de aviación establecido en Francia escribió una carta llena de quejas a sus padres: se les ordenaba que fueran por la noche al casino militar, en el que los oficiales bebían hasta embriagarse y se comportaban después como bestias. A través de las instancias del partido la carta llegó al OKW, dando lugar a una severa investigación. La presencia de las auxiliares en el casino militar fue reglamentada. Los argumentos empleados para llegar a esta reglamentación constituyen un ejemplo de doble moral: la moralidad masculina es muy diferente de la femenina. Véase si no: «No se debe colocar a nuestros oficiales, que diariamente ponen en juego su vida por el futuro de nuestro pueblo, en la situación de ser tan indignamente criticados por culpa de la incomprensión de cualquier muchacha imbécil.» Hildegard S. tenía una idea muy diferente respecto a su condición de vigilante de la virtud...

«Estuve destinada dos años en Amberes, los últimos tiempos como directora de la residencia de las auxiliares. Una semana antes de que comenzara la invasión, me comunicaron que me presentara en el cuartel general del *Führer* en la Prusia oriental para recibir nuevas órdenes. Un superintendente se encargó de darme a conocer mi nueva misión. La directora de una residencia de Atenas no había sabido cumplir con su deber. Las chicas a su cargo llevaban una vida inmoral. Se me concedieron plenos poderes y recibí detallada información sobre cada una de las auxiliares. Tenía que poner remedio a la situación, obrando en consecuencia. Gané Salónica con un convoy de la *Wehrmacht*, y desde allí, en un avión de la *Luftwaffe*, me trasladé a Atenas. Allí ya estaban al corriente de mi misión. En la plana mayor militar a la que debía presentarme me recibieron con indudables reservas; las auxiliares con más reservas todavía. La situación no tardó en cambiar. Yo no tenía ningún interés en hacer oficio de cancerbero. Todas las chicas eran mayores de edad y, en tanto no dieran ningún escándalo, su vida privada me tenía sin cuidado».

Hambrienta, enferma y andrajosa

Debido a su traslado a Atenas, Hildegard S. vivió todo el caótico repliegue de los Balcanes durante el final del otoño de 1944. El tren que la llevaba a Belgrado fue bombardeado y asaltado por los guerrilleros, que dinamitaron las vías. Tras una marcha llena de penalidades logró alcanzar Belgrado. El final de la guerra la sorprendió en Karlsbad como secretaria de un médico en un hospital de campaña. El hospital fue ocupado por el Ejército Rojo y trasladado a Sajonia. Tras innumerables aventuras, hambrienta, enferma y andrajosa, Hildegard S. consiguió llegar a su ciudad natal de Hamburgo a finales del verano de 1945.

El OKW había ordenado repetidamente la repatriación de las auxiliares, pero en realidad las mujeres que prestaban servicios en la *Wehrmacht* fueron, por regla general, abandonadas a su suerte. Una estúpida burocracia fue responsable del destino de la mayoría de ellas, como revela el siguiente suceso. El 29 de julio de 1944 llegaron a Riga dos buques. Se pidió al comandante en jefe del Grupo de Ejércitos Norte que reservara uno para la repatriación de 1500 auxiliares femeninas. La respuesta: «El jefe del Estado Mayor informa que el buque de referencia no podrá dedicarse al transporte de las 1500 muchachas, ya que está destinado al de prisioneros.» Sobre lo acontecido a estas 1500 mujeres no se ha vuelto a saber nada más.

Else W., auxiliar en la Marina, evoca una escena que a buen seguro no se le ha ocurrido a ningún director de cine: «La unidad en la que prestaba mis servicios fue destruida en los últimos días de la guerra. Nuestro comandante y la jefe de auxiliares se habían puesto de acuerdo y huido juntos. Con objeto de conservar algún contacto con la tropa, me presenté en unión de un teniente en la plana mayor del general Unruh. Nos encargábamos de realistar a los soldados dispersos y de enviarlos de nuevo al frente. Nuestro servicio estaba montado en la fonda de un pueblo. Una noche el teniente vino a despedirse de mí y lloró amargamente por el destino que esperaba a Alemania. Lo que no fue inconveniente para que me dejara sola en el puesto. En las primeras horas de la mañana me despertaron unas voces infantiles. Me asomé a la ventana. Empezaba a brillar la luz del día y llovía mansamente. Por la calle desfilaba una unidad de las Juventudes Hitlerianas, cada chico con un lanzagranadas al hombro y conducidos por un oficial. Cantaban: '... ya llegan los días alegres...' Esa imagen no la olvidaré en mi vida.» Else W. se colocó en una granja para cuidar vacas. Su casa paterna había pasado a ser Polonia. Al mismo tiempo su suerte era mucho mejor que la de la mayor parte de sus compañeras. En Praga un gran número de ellas fueron asesinadas a la entrada de los guerrilleros. El 30 de enero de 1945 un submarino ruso echó a pique en el Báltico al *Wilhelm Gustloff*, un día dedicado al transporte de alegres viajeros de la organización «Fuerza por la Alegría» y en esos momentos techo y vivienda de 6000 refugiados. Uno de sus torpedos alcanzó la piscina en la que dormían 370 auxiliares femeninas. Muchas de ellas ni siquiera oyeron la detonación. Lo que en su libro* dice H.A. Koch, referido a las mujeres que sirvieron al pie de las baterías antiaéreas, es válido para todas las auxiliares de la *Wehrmacht:* «De la misma manera que resulta difícil alabar el hecho de que las mujeres fueran incorporadas al servicio de las armas, resulta no menos arduo silenciar su sentido del deber y su participación en la defensa antiaérea. También ellas, en medio del infierno de las bombas, permanecieron valientemente al lado de su pieza, con una fidelidad mayor de la que podía esperarse. La colaboración con los hombres, aun en esos días y pese a las condiciones impuestas por la guerra, fue siempre limpia y correcta; mucho más limpia y correcta de lo que sugieren tendenciosas 'documentaciones' y películas sobre el tema».

*H.A. Koch: «Flak. Geschichte der deutschen Flakartillerie und der Einsatz der Luftwaffenhelfer». Podzun Verlag.

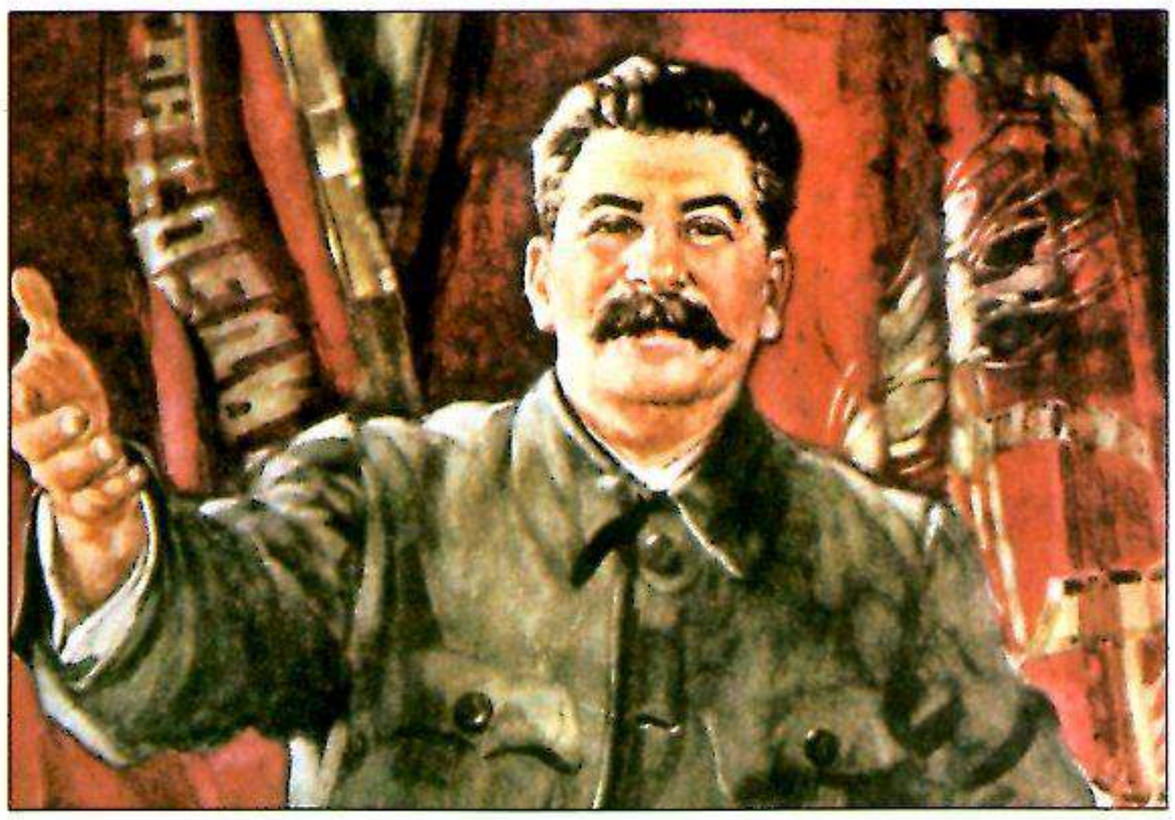
□

LEXICO DE LA II GUERRA MUNDIAL

Stalin, Jakob Djugasvili, oficial soviético e hijo primogénito de Josif Stalin. Nacido en 1907 en Bakú y muerto el 14-IV-1943 en el campo de concentración nazi de Sachsenhausen. Prisionero de los alemanes el 16-VII-41. Parece que fue asesinado cuando, a raíz de una confrontación entre rusos y británicos, en el barracón de personalidades detenidas, se negó a regresar a la barraca y trató de simular una huida, durante la cual fue capturado y ejecutado. Según otra versión se suicidó lanzándose contra la barrera de alambre electrificada que cercaba el campo cuando oyó en una emisión de radio alemana que su padre se negaba a reconocer que tenía un hijo en poder de los alemanes. Todos los intentos de los alemanes de servirse del hijo como cebo para doblegar al padre fracasaron.

Stalin, Josif Djugasvili V., político soviético. Nacido en Gori el 21-XII-1879 y muerto en Moscú el 5-III-1953. Hijo de un zapatero georgiano. Al principio ingresó en la socialdemocracia y luego se unió a los bolcheviques. Hasta 1917 se vio obligado a marchar frecuentemente al destierro. A su regreso logró escalar puestos cada vez más importantes en el partido (secretario general en 1922). A la muerte de Lenin (1924) lo ejercería con un carácter personalista. Aplicó rigurosamente sus concepciones revolucionarias y «depuró» partido y Ejército con un criterio muy estricto. Esa política de poder personal debilitó los cuadros directivos en los planos militar, político y económico. La pausa que se concedió Stalin con el pacto establecido con Hitler (23-VIII-39) y el logro de los territorios que se proponía anexionarse no fueron suficientes para nivelar el déficit sufrido por la URSS ante el ataque alemán (22-VI-41), hasta el punto de que el país quedó casi arrasado. La asistencia de todas las fuerzas y la ayuda ilimitada de los occidentales salvaron a la Unión Soviética de una catástrofe. Como interlocutor hábil y concienzudo, Stalin logró alcanzar el lugar de los vencedores en la segunda Guerra Mundial. Extendió la influencia de la URSS a Europa Central, al Asia sudoriental y hasta el Pacífico. Su actitud inamovible fue un factor que contribuyó a la guerra fría. Tras su muerte, y a partir de 1956, comenzó la desestalinización promovida por Kruschev.

Stalin, Línea, cadena de fortificaciones del Ejército Rojo, que llegó a construirse sólo en parte y que se iniciaba en la orilla oriental del Dniester, en la zona al oeste de Vinnitsa, discurriendo por Berdichev, Zhitomir, Korosten, este de Sluz, oeste de Minsk, Polotsk, hasta alcanzar la región situada al oeste de Opochka. Esta línea fue rota por los alemanes en julio de 1941.



Una expresión del culto estalinista a la personalidad: cuadro que representa al dirigente soviético.

Stalingrado (hoy Volgogrado), ciudad industrial soviética a las orillas del bajo Volga. En 1939 tenía 445.000 habitantes. La ciudad fue alcanzada a finales de agosto de 1942 por el Ejército 6 alemán. El 25-VIII-42 se declaró en ella el estado de sitio. Una ofensiva soviética que comenzó el 19-XI-42, cuyas tenazas se cerraron en Kalach el 22-XI, separó del resto del frente al Ejército 6 (general Paulus), al Cuerpo de Ejército IV del 4.° *Panzerarmee,* a la División de Infantería 20 rumana y a la División de Caballería 1 del mismo país. Hitler rechazó todos los ruegos que se le hicieron en el sentido de permitir un repliegue alemán. Fracasó una operación de socorro. El Ejército Rojo mantuvo el cerco hasta el 2-II-43. Tres divisiones acorazadas, dos motorizadas y 14 de Infantería alemanas, con 250.000 soldados, 1800 cañones, 100 carros y más de 10.000 vehículos se perdieron en la batalla, que determinó el giro decisivo de la guerra.

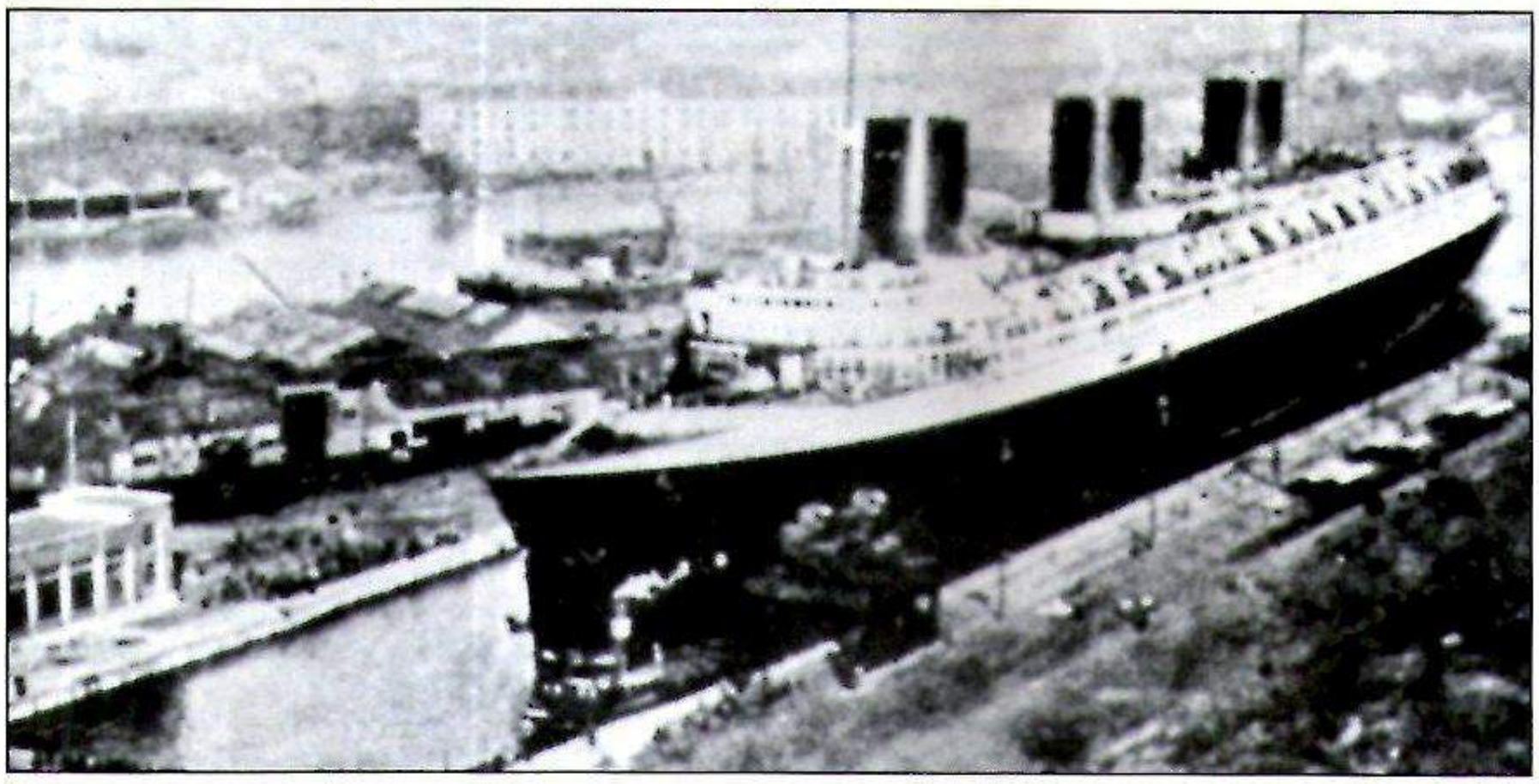
Stauffenberg, Claus Graf Schenk von, oficial y combatiente de la resistencia. Nació en Jettingen el 15-XI-1907 y murió fusilado en Berlín el 20-VII-1944. En enero de 1943 jefe del Estado Mayor de una División acorazada en África. Herido gravemente en abril de 1943. El 1-VII-1944 coronel jefe del Estado Mayor del comandante supremo del Ejército de la reserva. Desde 1942 miembro de la resistencia y uno de los más activos en la preparación de atentados contra Hitler. Se hizo cargo de ejecutar personalmente el atentado contra el *Führer* por medio de una bomba que debía colocar el 20-VII-1944 en el cuartel general, siendo la señal para el levantamiento de Berlín. El atentado no logró su objetivo, fracasando con él la sublevación. El general Fromm, superior de Stauffenberg, ordenó su fusilamiento tras un «juicio sumarísimo».

«Steinbock», nombre dado a la última ofensiva aérea contra Gran Bretaña llevada a cabo de enero a mayo de 1944. La también llamada «Baby-Blitz» –pequeño relámpago– se inició en la noche del 21/22-I-1944 con un ataque contra Londres; el último, asimismo contra la capital británica, se efectuó en la noche del 18/19-IV-1944. Además, y hasta mediados de mayo, fueron bombardeados puertos del sur de Inglaterra. La operación «Steinbock» fue ordenada personalmente por Hitler como una acción de represalia y castigo. El general Peltz, nombrado por Göring «jefe del ataque contra Inglaterra», logró reunir para la ofensiva unos 500 aviones, entre ellos 46 bombarderos pesados del tipo *Heinkel He 177 Greif.*

Steiner, Felix, *Obergruppenführer* de las SS y general de las *Waffen* SS. Nació el 23-V-1896 en Stallupönen (Prusia oriental) y murió en Munich el 17-V-1966. Al comenzar la guerra mandaba un regimiento. En no-

Los rusos transportaron sus efectivos con destino a la resistencia de Stalingrado sobre las aguas tempranamente heladas del Volga.

viembre de 1940 nombrado general de las *Waffen* SS y jefe de la División 5 *Panzergrenadier* de las SS, «Wiking», que estaba compuesta por voluntarios flamencos, valones, holandeses, noruegos, daneses y finlandeses. En noviembre de 1942, jefe del III *Panzerkorps*. En mayo de 1943, jefe del III *Panzerkorps* de las SS. En abril de 1945, jefe del 3.er *Panzerarmee* de las SS y, poco más tarde, durante un breve tiempo, jefe del Grupo de Ejércitos Steiner. El 3-V-1945, prisionero de los ingleses. El 27-IV-1948 en libertad.



En los diques de St. Nazaire podían recalar buques de gran tonelaje, como el «Normandie» francés.

Stirling, bombardero pesado cuatrimotor británico de la firma Short. Proyectado en 1936, no fue puesto en servicio hasta 1942; sus defectos de concepción no pudieron ser soslayados ni aun tras repetidas mejoras técnicas. Más tarde fue utilizado como transporte y remolcador. En total se construyeron 2375 unidades. Datos de la versión *B Mk III:* 4 motores de 1635 CV; 435 km/h de velocidad máxima a 4400 m de altitud; autonomía de 3100 km; 8 ametralladoras de 7,7 mm como armamento, 6340 kg de bombas; 7 hombres de dotación.

St. Nazaire, puerto francés en la desembocadura del Loira. En 1939 contaba con 46.000 habitantes. Centro astillero. Durante la ofensiva en el frente del oeste fueron evacuados a Gran Bretaña desde St. Nazaire, entre el 16 y el 18-VI-1940, 52.235 soldados ingleses y franceses. La ciudad fue tomada por los alemanes el 21-VI-40. El 28-III-1942 los ingleses llevaron a cabo, con grandes pérdidas, una ofensiva relámpago contra los diques secos del puerto, en los que podían entrar incluso acorazados. Con ayuda de un viejo destructor los ingleses lograron volar las compuertas. Bajas y pérdidas británicas: 144 hombres y 14 pequeños botes. St. Nazaire fue base de las flotillas alemanas de submarinos VI y VII. La ciudad quedó prácticamente destruida por los bombardeos aliados. No capituló hasta el 9-V-1945.

Final victorioso de la Operación «Störfang»: tras conquistar la plaza fuerte, el Ejército 11 desfila por Sebastópol.

«Störfang», nombre dado a la operación para la conquista de Sebastópol, llevada a cabo por el Ejército 11 bajo el mando del general von Manstein. Con el apoyo del VIII *Fliegerkorps* del general von Richthofen, Sebastópol cayó en manos alemanas el 1-VII-1942. Von Manstein fue ascendido a mariscal.

Strauss, Adolf, general alemán. Nació en Scharmke-Oschersleben el 6-IX-1879 y murió en Lübeck el 20-III-1973. El 10-XI-1938 general de Infantería y jefe del Cuerpo de Ejército II. El 30-V-1940 jefe del Ejército 9. El 15-I-1942 tuvo que abandonar su puesto por enfermedad. Entre 1944/1945 se volvió a incorporar al frente del Este.

Streicher, Julius, político y publicista alemán. Nació en Nuremberg el 12-II-1885 y murió ejecutado en la misma ciudad el 16-X-1946. En 1919 jefe del partido socialista alemán, que unificó con el NSDAP en 1922. De 1924 a 1940 *Gauleiter* de Franconia. Editor de la publicación antisemita «Der Stürmer». Destacó por su racismo, hasta convertir su nombre en símbolo del mismo. Condenado a muerte por el tribunal militar internacional de Nuremberg, acusado de crímenes contra la humanidad.

Stuart, carro blindado americano tipo *Light M3,* fabricado en cuatro versiones. Peso: 12,3-15,3 toneladas; 220-250 CV; velocidad: 57-64 km/h; autonomía: 112-270 km; dotación: 4 hombres; armamento: cañón de 37 mm. Entró en servicio en 1940, siendo utilizado en África por la Brigada acorazada 4 británica y en 1942 por las unidades americanas para las misiones de observación. El *Stuart* era veloz, iba bien armado y además poseía una fuerte coraza.

Student, Kurt, general alemán. Nació en Birkholz el 12-V-1890. En la I Guerra Mundial pilotó aviones de reconocimiento, cazas y bombarderos. Fue durante diez años consejero técnico de la aviación militar. Después de 1933 comandante de las escuelas técnicas, inspector de las escuelas de vuelo y piloto con más alta graduación. El 1-VII-1938 comandante de las tropas de paracaidistas; desde septiembre de 1938, jefe de la 7.ª *Fliegerdivision.* En su condición de jefe del XI *Fliegerkorps,* Student dirigió la conquista de la isla de Creta (mayo 1941) y la liberación de Mussolini (septiembre 1943). Del 1-V al 18-XI-1944, jefe del Ejército 1 de paracaidistas. De noviembre de 1944 hasta finales de enero de 1945, jefe del Grupo de Ejércitos H. El 28-IV-1945, jefe del Grupo de Ejércitos Vístula.

Felix Steiner

Stuka, abreviatura del *Ju 87* Sturzkampfbomber alemán. Proyectado en 1935 por la *Luftwaffe,* fue probado con éxito en la guerra civil española por la Legión Cóndor. Más tarde utilizado en las campañas relámpago contra Polonia y Francia, convirtiéndose en un arma extraordinariamente temida debido a que a sus efectos mortíferos se añadió el psicológico de unas sirenas que acompañaban su caída en picado. Perdió su aureola en la batalla contra Inglaterra, en la que debido a su pesadez sufrió grandes pérdidas. Voló en el frente del Este hasta los últimos días de la guerra, y se fue convirtiendo cada vez más en avión de combate: con sus cañones

de 37 mm resultaba un arma contracarros o antiaérea volante. Datos de la serie *Ju 87 D:* 1 motor de 1300 CV; velocidad máxima: 408 km/h a 4200 m de altitud; autonomía: 1000 km; armamento: 2 ametralladoras de 7,7 mm abatibles en el puesto de cola y 2 cañones de 20 mm en las alas o 2 ametralladoras de 7,9 mm; dotación: 2 hombres; carga: 1800 kg en dispositivo exterior.

Stülpnagel, Karl Heinrich von, general de Infantería alemán. Nació en Darmstadt el 2-I-1886 y murió ejecutado en Berlín el 30-VIII-1944. El 1-III-1938 intendente en el Estado Mayor del Ejército de Tierra. El 30-V-1940 jefe del Cuerpo de Ejército II. El 21-VI-1940 presidente de la comisión franco-germana para la negociación del armisticio, reunida en Wiesbaden. Del 15-II-1941 al 25-XI-1941, jefe del Ejército 17. Del 13-II-1942 al 20-VII-1944, gobernador militar de Francia. Stülpnagel pertenecía a la conspiración contra Hitler y dirigió en Francia la operación contra las SS el 20-VII-1944. Fue condenado a muerte por el Tribunal Popular.

Stumme, Georg, general de tropas acorazadas alemán. Nació en Halberstadt el 29-VII-1886 y murió en El-Alamein el 24-X-1942. El 1-IX-1939, jefe de la División ligera 2 (el 18-X-1939 denominada 7.ª *Panzerdivision*). Del 15-II-1940 al 16-I-1942 y del 16-II al 20-VII-1942, jefe del XL *Panzerkorps*. Hasta su muerte (y desde el 20-IX-1942), jefe de las tropas blindadas en África.

Stumpff, Hans Jürgen, general alemán. Nació en Kolberg el 15-VI-1889 y murió en Francfort/M el 9-III-1968. Del 1-VI-1937 a enero del 39, jefe del Estado Mayor de la *Luftwaffe*. En enero de 1940, jefe de la *Luftflotte 1*. De mayo del 40 a noviembre del 43 jefe de la *Luftflotte* 5, que operaba en Noruega y Finlandia. En enero de 1944, jefe de la *Luftflotte* Reich. En octubre de 1947 un tribunal militar británico le declaró inocente de la acusación de haber ordenado vuelos terroristas.

Stuttgart, capital del Land alemán de Baden-Württemberg. En 1940 contaba con unos 350.000 habitantes. Sufrió durante la guerra grandes bombardeos aéreos, entre otros en mayo y noviembre de 1942, marzo y abril de 1943, febrero, marzo, julio y septiembre de 1944 y enero de 1945. Stuttgart fue ocupada el 22-IV-1945 por las tropas francesas. Resultaron destruidas 42.100 viviendas, un 30 % del total.

Kurt Student

Suisei, nombre dado al bombardero de la Marina japonesa y aparato de reconocimiento *Yokosuka D4Y,* conocido por los Aliados como «Judy». Proyectado por indicación de las fuerzas aéreas de la Marina japonesa, era un bombardero en picado que debía ser tan rápido como el caza *Zero-Sen.* Vuelo de prueba en noviembre de 1940, empezando la producción en serie a principios de 1941. En total se fabricaron 2319 unidades. Datos del *D4Y-2:* 1 motor de 1400 CV; velocidad: 589 km/h a 5250 m de altitud; autonomía: 1202 km; armamento: 3 ametralladoras de 7,7 mm, 1 bomba de 250 kg y 2 de 30 kg bajo las alas; dotación: 2 hombres.

Sunderland, hidroavión británico de la firma Short. Utilizado como bombardero y patrullero y en la caza contra los submarinos. Se construyeron 749 unidades. Datos del *Sunderland MK 1:* 4 motores de 1010 CV; velocidad máxima: 378 km/h a 2000 metros de altitud; autonomía: 2860 km; armamento: 8 ametralladoras de 7,7 mm y hasta 907 kg de bombas; dotación: 10 hombres. Como transporte tomó parte más tarde (1948-49) en el puente aéreo de Berlín.

«Super-Charge», nombre dado a la operación iniciada el 2-XI-1942 por el Ejército 8 británico, a las órdenes de Montgomery, para conseguir romper las líneas germano-italianas en El-Alamein. Pese a la orden tajante de Hitler de resistir, el mariscal Rommel dio bajo su responsabilidad la de retroceder, el 4-XI, a las tres y media de la tarde.

Superfortress (Superfortaleza), nombre dado al bombardero americano *B-29.* Aparatos de este tipo arrojaron el 6-VIII y 9-VIII-1945 las bombas atómicas sobre Hiroshima y Nagasaki. Ya en julio de 1944, aviones del tipo *B-29,* teniendo como base las islas Marianas, llevaron a cabo importantes ataques aéreos contra Japón. Vuelo de prueba el 21-IX-1942. A principios de 1944 se construyeron los primeros 15 aparatos tipo *B-29* en su versión de bombarderos atómicos. Hasta principios de 1946 se habían construido 3970 unidades. Datos: 4 motores de 2200 CV; velocidad: 575 km/h a 9150 metros de altitud; autonomía: 5230 km; armamento: 1 cañón de 20 mm y 12 ametralladoras de 12,7 mm; hasta 9000 kg de bombas.

Swordfish, avión bombardero-torpedero británico de la firma Fairey Aviation Co. Uno de los pocos biplanos que estuvieron en servicio en el frente hasta el final de la guerra. Primer vuelo, el 17-IV-1934. Pese a tratarse de un tipo de avión anticuado logró notables éxitos. Desde 1943 se construyó una serie con las alas inferiores de metal, que hacían posible el lanzamiento de cohetes. Se utilizó también como lanzaminas y aparato de reconocimiento al servicio de los portaaviones. Se fabricaron 3970 unidades

Georg Stumme

de los tipos *MK I* al *MK IV.* Datos: 1 motor de 690 CV; velocidad: 250 km/h a 2150 m de altitud; autonomía: 880 km; armamento: 2 ametralladoras de 7,7 mm y un torpedo de 460 mm o una mina de 680 kg bajo el fuselaje; 6 bombas de 112 kg bajo las alas y el fuselaje. Serie *MK II:* 8 cohetes de 27 kg. Dotación: 2-3 hombres.

El «B-29 Superfortress», superfortaleza volante, empleado como bombardero de gran autonomía y más tarde como bombardero atómico.

EL HUMOR EN EL TERCER REICH

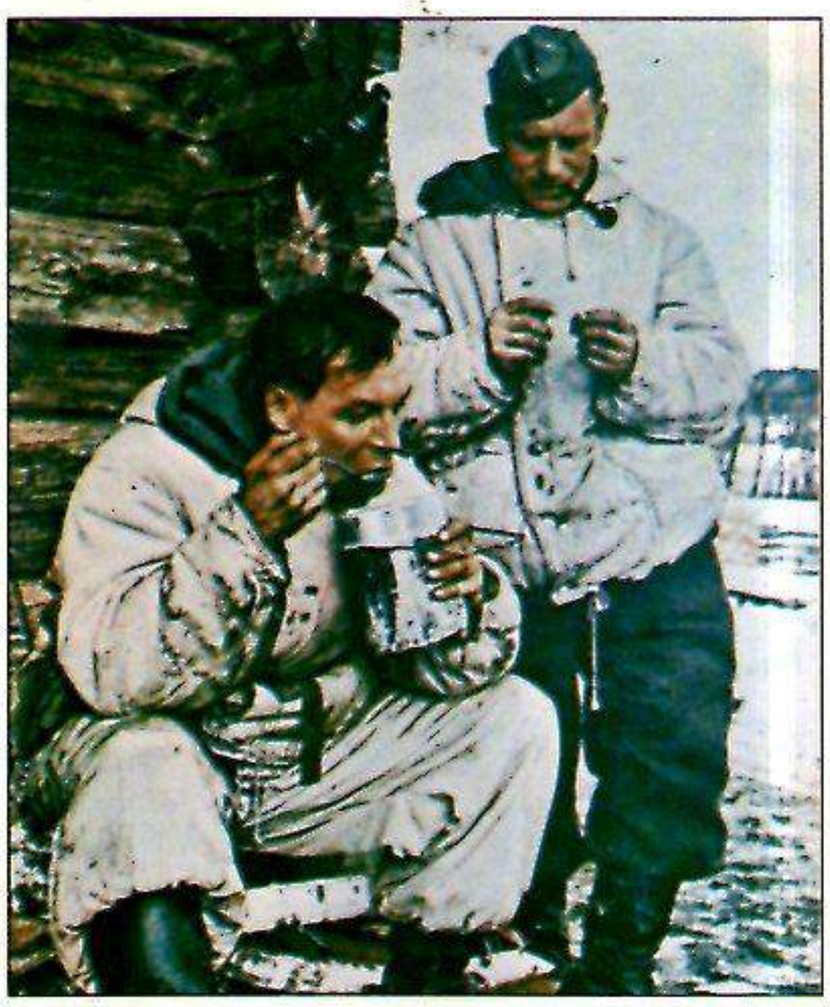
Una caricatura soviética profetizaba que la orden dada por Hitler a sus soldados de marchar sobre Rusia, terminaría en las blancas estepas soviéticas. La cruz gamada se convierte así en cruz mortuoria.

El camino de regreso

De antemano, la operación «Barbarroja» se concibió como un todo o nada, como un envite definitivo contra la banca. Todos los participantes en la jugada, Hitler incluido, sabían de sobra que no se podía conquistar un territorio tan inmenso como el soviético y que la única manera de derrotar a los rusos consistía en atacar sus centros vitales y nerviosos en una operación relámpago, poniéndolo todo sobre el tapete en una apuesta definitiva: o se ganaba o se perdía todo.

Cuando en el invierno de 1941 se detuvo el avance victorioso de las tropas germanas, sin que por ello se hubiera producido la derrota de los soviéticos, quedaba claro, conocidas las reglas del juego, que en realidad se había perdido todo. Lo que vino después, los avances del verano de 1942 hacia Stalingrado y hasta el fondo del Cáucaso, fueron sin duda tan grandiosas como «perdidas» victorias, según las llamaría Manstein años después. Realmente ya para entonces estaba todo perdido, pero con la fanfarria de las aparentes victorias nadie quiso darse cuenta. Hasta un hombre como el mariscal Keitel, fiel en cuerpo y alma al *Führer* –lo que le valía el calificativo de lacayo– sacó las consecuencias lógicas de la batalla del invierno 1941/42; pero las sacó para él, en voz baja, confiándolas sólo a sus notas privadas: «La media mensual de bajas en el frente –salvo en los períodos de las grandes batallas– venía a ser de 150 a 160.000 hombres. La incorporación oscilaba entre 90 y 100.000. Es decir, que mensualmente los efectivos de nuestro ejército se reducían en 60 ó 70.000 hombres. No resulta difícil por tanto calcular cuándo nos encontraremos al límite de nuestras posibilidades.»

El agotamiento del frente no fue tan precipitado como dan a entender las matemáticas del mariscal Keitel, pero la simple cuenta –lo que tenemos nosotros y lo que tienen ellos– marcaba de forma clara el cambio de la guerra relámpago en guerra de desgaste, en la



Si el avance por tierras soviéticas resultó duro, el retroceso fue penoso. Mal aprovisionados, teniendo que hacer frente de continuo a un enemigo premioso, apenas si los soldados alemanes pudieron tener reposo alguno durante aquellas largas jornadas. El invierno soviético acrecentaba las dificultades.

que al final tendría necesariamente que imponerse la superioridad en hombres y material. Así se produjo lo que tenía que llegar: el avance se convirtió poco a poco en retroceso continuo. El invasor carecía de fuerzas para mantener lo conquistado.

Sin embargo, nadie quería admitir, y Hitler menos que nadie, que el juego estaba absolutamente perdido, que la audacia en la apuesta carecía de valor y que ya sólo contaban las reservas. El no admitirlo así resultó catastrófico: lentamente, primero, y cada vez más aprisa después, en el Este y no sólo en el Este se fue imponiendo la superioridad en hombres y material.

Cierto que el ejército alemán, del soldado al mariscal, demostró también durante el retroceso un admirable espíritu de combate y de vez en cuando consiguió detener y aun arrancar alguna victoria al enemigo; pero no pasaron de eso, de victorias ocasionales en plena retirada. Algunos cronistas de guerra emplearon un vocabulario excesivamente ampuloso para dar noticia de estas victorias de última hora concediéndoles categoría de «aniquilamiento». Al final todos sabemos en qué acabaron los «aniquilamientos» de Zukov, Koniev y otros...

Y hay que añadir otra cosa: a medida que las tropas alemanas retrocedían en el Este, la lucha se iba haciendo cada vez más encarnizada. Motivo: el estado en que encontraban los soviéticos sus tierras reconquistadas. Todo destruido de acuerdo con la orden de la tierra quemada. Pero no era sólo esto, convertido en práctica ordinaria de todos los bandos durante la guerra con objeto de no dejar nada útil al enemigo. Lo verdaderamente trágico lo constituían las montañas de cadáveres, los miles y miles de judíos, comisarios y guerrilleros ejecutados, y el que, salvo niños, ancianos y enfermos, pueblos enteros habían sido enviados a Alemania.

Todas estas cosas las había utilizado la propaganda comunista como elementos de su campaña contra el invasor, pero los soldados soviéticos no las habían creído. Fue necesario que las vieran. Un odio terrible invadió a las divisiones rusas de asalto, lo que puede deducirse por el escaso número de prisioneros hechos: fuera cual fuera la situación, desde finales del 43 nadie se rendía ni entregaba. A la catástrofe total contribuyó la orden de Hitler exigiendo a las tropas alemanas que no retrocedieran, sin reconocer circunstancia alguna que pudiera aconsejar lo contrario. Hitler soñaba con que más tarde se podría pasar a la ofensiva.

Con esto se brindó al soldado alemán el único motivo que podía tener para resistir encarnizadamente en el Este: el de mantener alejados a los rusos del Reich y dar tiempo para que las tropas aliadas pudieran avanzar por el Oeste. Último consuelo. Esto era lo que realmente temía Stalin que sucediera. Pero no era Hitler hombre capaz de semejantes cálculos.

E.W.

Erich Winhold

MANSTEIN SALVA EL FRENTE SUR

La batalla de Kursk en el mes de julio de 1943 acabó definitivamente con la moral de las fuerzas alemanas en el frente del Este. Tras ella los soldados tuvieron que combatir con un enemigo muy superior mientras emprendían la retirada. Muy contra su voluntad hubo Hitler de consentir la operación, para volver al final a su obcecación más obtusa.

Frente del Este, 13 de julio de 1943. Desde hace diez días al norte y sur de Kursk se desarrolla la última gran ofensiva alemana. Literalmente todo cuanto los ejércitos alemanes de Tierra y Aire tienen a su disposición lo ha volcado Hitler en la batalla, que debe al final conseguir el esperado cambio en la situación. Pero no lo logra. Muy despacio, y con grandes pérdidas, el Ejército 9 (Model) y el 4 de Blindados (Hoth) consiguen abrirse paso y ocupar algunas posiciones que pueden considerarse básicas para el éxito; pero no transcurre mucho tiempo sin que los rusos a su vez ataquen por otro lado. El 12 de julio el Ejército 12 Guardias logró romper el frente norte alemán por Orel, abrirse paso hacia la ciudad y caer por la espalda sobre el Ejército 9. Model no tuvo más remedio que lanzar a sus Divisiones más rápidas contra las unidades enemigas que se le venían encima y, tres días después, repetir la operación contra un nuevo asalto al este de Orel, terminando el ataque al norte de Kursk.

Las unidades blindadas de Hoth pudieron seguir durante un par de días más el avance, hasta que el 17 de julio, en el Doniets, a la altura de Bervenkovo, y al sur, sobre el Mius, los rusos lograron abrirse paso y contener el ataque. Lo urgente para los alemanes era cubrir las brechas, pero ¿con qué?

Los diez días de lucha sangrienta han gastado todas las reservas disponibles; sobre todo, las divisiones rápidas y los nuevos tipos de carros. La capacidad ofensiva del ejército del Este quedaba así agotada y la situación se hacia más difícil que nunca: el inmenso frente de Leningrado a Taganrog, ocupado por tropas debilitadas en extremo, resultaba imposible de defender frente a un enemigo cada vez más poderoso. Y por si fuera poco no quedaban reservas.

Mientras las Divisiones alemanas disminuían en número y efectivos, las rusas aumentaban de manera considerable. El Ejército 9 de Model no pudo conservar Orel. Al sur, cerca del nacimiento del Doniets, pasó al ataque el Frente soviético del Vorónezh, con cinco ejércitos concentrados en un pequeño radio de acción. Según los rusos, la superioridad en artillería y blindados con relación a los defensores era de 6 a 1; en cada kilómetro del frente colocaron los soviéticos 230 piezas de artillería y 70 carros. Contra ellos los alemanes no tenían qué opo-

Durante la retirada, las gigantescas operaciones fueron siendo sustituidas por pequeñas escaramuzas llevadas a cabo por grupos no muy numerosos. Una unidad de asalto espera la orden de marcha. Al otro lado: un grupo de artilleros durante la retirada.

El mariscal Manstein logró imponerse por tres veces a las arbitrarias órdenes de Hitler. El 30 de marzo de 1944 el «Führer» le condecoró con la Cruz de caballero con hojas de roble, al tiempo que le retiraba de su cargo. Había pasado la hora de los estrategas y sonado la de los que supieran mantenerse.

ner. En poco tiempo los rusos consiguieron abrir en el frente germano una brecha de 45 kilómetros, por la que se infiltraron. Era el 14 de septiembre.
No cabía duda sobre el objetivo soviético: el Dnieper. Al sur de Kiev, el río tiene a todo lo largo una anchura de dos a tres kilómetros y medio y una profundidad de hasta doce metros. La orilla occidental está formada por un alto escarpado. Una posición ideal contra posibles ataques del Este.
Tanto Manstein, jefe del Grupo de Ejércitos Sur, como Kluge, jefe del Grupo de Ejércitos Centro, en cuyos territorios se encontraba la parte superior del curso del río, pensaron desde el principio en aprovecharse de esta poderosa barrera. Ya a principios de verano había preguntado Manstein al cuartel general del *Führer* qué consideraba más importante, ¿el mantenimiento de la cuenca del Doniets o el dejar a los rusos desangrarse durante todo el verano en el Dnieper? La respuesta no se hizo esperar: «El *Führer* desea ambas cosas». Pero las dos cosas era imposible. La cuenca del Doniets, que Hitler deseaba conservar debido a su riqueza industrial, sólo podía mantenerse a condición de recibir el Grupo de Ejércitos Sur por lo menos media docena de Divisiones de refresco, convenientemente armadas. Manstein no cesaba de solicitarlas; Hitler, tras grandes titubeos, acabó prometiéndolas, aunque no las tenía. El Grupo de Ejércitos Centro debía proporcionárselas, pero el propio Kluge no andaba nada sobrado de efectivos como para prescindir de buena parte de los que disponía.
Por otra parte, Hitler prohibió que se fortificaran las posiciones en el Dnieper «Mis generales y sus tropas tienen la costumbre de retroceder cuando saben que detrás de ellos les espera una línea defensiva debidamente establecida», argumentaba. Cuando, por fin, a mediados de agosto, acabó consintiendo en que se fortificara el Dnieper, no quedaba ya mano de obra disponible y no se pudo hacer nada práctico.
La amenaza soviética se fue acentuando a lo largo del Doniets y del Mius. El 14 de septiembre telegrafió Manstein al cuartel general del *Führer:* «Posible rotura del frente por el enemigo en los sectores de Kiev y Kremenchug. Mañana por la mañana daré orden al Ejército 4 blindado para que retroceda al Dnieper con objeto de impedir la división de nuestros efectivos, lo que facilitaría su aniquilamiento por el enemigo». Manstein añadía que seguirían el mismo camino el Ejército 8 y el 1 Blindado. Confirmando lo dicho por Manstein, comunicaba ese mismo día Kluge, jefe del Grupo de Ejércitos Centro: «Considero ineludible la retirada del grueso de mis tropas a las posiciones fortificadas del Dnieper...» Respuesta del cuartel general a Manstein: «No dé ninguna orden. El *Führer* le espera mañana».
La entrevista entre Manstein y Hitler, en el cuartel general de Prusia oriental «Wolfschanze», la cuarta en el transcurso de muy pocas semanas, fue corta y acalorada. Manstein logró imponer su criterio. Hitler dio su acuerdo para que el frente principal se formara detrás del Dnieper.
La cuestión era si aún quedaba tiempo para poder realizar la operación o si, por el contrario, no era ya demasiado tarde. Los alemanes podían disponer de seis pasos: cinco puentes y el pantano de Zaporozhe. Había que hacer cruzar el río a un millón de hombres con todo el equipo correspondiente utilizando los estrechos pasos y luego volverlos a extender en una línea de frente de 700 kilómetros.

«Nos inundaban»

No sólo eso: las tropas alemanas tenían que requisar cuanto hubiera de interés en un territorio no mucho más pequeño que la propia Alemania; sobre todo, debían llevarse consigo los comestibles y todos los animales útiles: vacas, cerdos, caballos. Sin olvidar las máquinas, ni el mayor número posible de vecinos. Porque la experiencia demostraba que inmediatamente después de reconquistar un territorio, el Ejército Rojo reclutaba a todas las personas capaces de sostenerse en pie con un arma en la mano, sin consideración de ningún tipo. El método tenía sentido y surtía efecto. El general Nehring, por aquel tiempo comandante del XXIV *Panzerkorps*, recuerda: «No se les podía considerar enteramente como soldados, pero marchaban con el Ejército y acababan por inundarnos».
Por ello se tomaba también a la población. Así la orden dada por el cuartel general de Manstein puso en movimiento el 15 de septiembre una gigantesca muchedumbre: enormes columnas humanas, rebaños enteros, formaciones de blindados y vehículos cargados hasta los topes; todo muy difícil de organizar y coordinar aun gozando de paz y tranquilidad.
Pero entre el Doniets y el Dnieper reinaba todo menos la paz y la tranquilidad. Las tropas de Manstein se encontraban en plena retirada combatiendo a un enemigo superior al que las victorias empezaban a fortalecer moralmente.
Hasta qué punto resultaba peligrosa la operación puede descubrirse en las palabras escuetas de la orden dada por Manstein: «Con una tropa intacta –decía a los comandantes de las distintas unidades– se puede dominar cualquier dificultad; por el contrario, nada tan difícil como moverse con una tropa que ha perdido la moral de combate, sobre todo, si el movimiento es una retirada». Y en párrafo siguiente Manstein se revela como un gran psicólogo: «Las tropas no recibirán más que la orden del día, cada vez una...» O lo que es lo mismo: la única manera de conseguir que nuestros hombres lleguen sanos y salvos a su destino es que ignoren hasta qué punto vamos a retroceder.
En la noche del 15 de septiembre el general Busse, jefe del Estado Mayor de Manstein, dejó lista la última orden para la retirada. Poco después regresaba Manstein del cuartel general del *Führer*. Busse, mirando los mapas de situación, comentó: «En el caso de que hayan entendido tan sólo la mitad de nuestra táctica de guerra con los blindados, nos va a ir mal. No tienen más que ponerse en marcha y llegarán mucho antes que nosotros a los puentes. Un segundo Guderian al otro lado, y ¡que Dios tenga piedad de nosotros!». «Espero que no hayan aprendido nada», repuso Manstein. Y acertó en su esperanza. Cierto que se realizó una carrera en dirección al Dnieper: los rusos aprovecharon las brechas abiertas entre las distintas unidades alemanas orientadas ya hacia los pasos, pero aunque se apresuraron a llegar al Dnieper no hicieron nada por ocupar los puentes. El Ejército Rojo que combate detrás y al lado de los alemanes en dirección al Dnieper, tiene orden de cruzarlo en el momento en que llegue a la orilla, pero nadie le ha dado la orden de ocupar los puentes. De esta manera quedan libres todos los pasos para las tropas alemanas, incluido el singular puente de Kanev. Se trata de un puente para el ferrocarril construido por los zapadores. Sobre el puente propiamente dicho han elevado otro por el que avanzan los vehículos y marchan las columnas, mientras bajo ellas siguen corriendo los trenes. Así hasta que acaban de pasar las últimas unidades y se hace volar la instalación. La operación se lleva a cabo con éxito; Manstein consigue cruzar el río con sus tropas. La retirada constituye un triunfo importante porque quien consiga tener y retener el Dnieper dispondrá de los graneros ucranianos.
Y, sin embargo, era demasiado tarde... Porque a la otra orilla del Dnieper no se había podido fortificar nada. Así los rusos no tuvieron ninguna dificultad en cruzar el río, al que habían llegado casi

al mismo tiempo que los alemanes. Sorprendentemente no hacen el menor esfuerzo por conquistar ningún puente importante. Tampoco esperan a que sus zapadores construyan ninguno provisional, sino que se lanzan en pequeñas lanchas al rio. En los sitios en que las tropas alemanas se encuentran ya establecidas, las lanchas son fácilmente rechazadas o destruidas, pero hay muchos sectores libres de soldados alemanes y en ellos van desembarcando tranquilamente los rusos. De esta manera, a últimos de septiembre, los rusos han conseguido desembarcar en 23 puntos a lo largo de los 700 kilómetros de frente, entre Lejev y Zaporozhe. Se trata de cabezas de puente que no disponen de armas pesadas, ni carros, es decir, aparentemente sin gran valor. Sólo en un punto, a 100 km de Kiev, en la confluencia del Dnieper con el Pripet, pasa el rio el Ejército 13 ruso completo. Nadie habia contado con ello porque el triángulo que forman los rios en este punto resultaba realmente impracticable, pero los guerrilleros durante meses de trabajo habian conseguido trazar una base de madera. Los rusos tuvieron que vencer grandes dificultades y resistencia antes de abrirse paso en otros puntos, pero lo lograron. Tampoco consiguieron en principio ensanchar sus minimas cabezas de puente. La más importante se hallaba establecida en Bukrin, a 15 kilómetros al norte de Kanev. El Ejército Rojo realiza alli su primer enfrentamiento: Mientras el XXIV *Panzerkorps* del general Nehring cruza el puente de dos pisos en Kanev en dirección a la orilla occidental, el 24 de septiembre, los paracaidistas soviéticos se lanzan entre Bukrin y Grigorovka para reforzar la cabeza de puente con vistas a importantes operaciones.

Los rusos, aunque especialistas e inventores de este tipo de operaciones, han planeado mal el lanzamiento y van a caer directamente en el territorio dominado por el XXIV *Panzerkorps*. Por si fuera poco, la operación se ha realizado de noche, lo que dificulta la concentración de los paracaidistas. En pocas horas los 2.000 hombres que han efectuado el primer lanzamiento han sido muertos o hechos prisioneros. La catástrofe hace que los rusos desistan del planeado segundo lanzamiento. Durante un corto espacio de tiempo parece como si los alemanes hubieran logrado contener el avance ruso hacia

el Dnieper, deteniéndolo en la linea Zaporozhe-Melitopol. Pero la tranquilidad no dura mucho tiempo. A principios de octubre los rusos reanudan la ofensiva: al comienzo en Zaporozhe, donde el XL *Panzerkorps* ha conseguido establecer una importante cabeza de puente en la orilla oriental, como protección al Ejército 6 que combate al sur.

El general Malinovski lanza contra los blindados alemanes a todo un Grupo de Ejércitos formado por los Ejércitos Blindados y una flota aérea. Durante casi una semana las Divisiones del general Henrici lograron hacer frente a tan poderoso enemigo, hasta que el 15 de octubre no tuvieron otro remedio que abandonar Zaporozhe, tras volar el puente y el pantano. El Ejército 6 ha perdido la defensa de su flanco. Y no sólo esto sino que a su vez tiene que hacer frente en los alrededores septentrionales de Melitopol a un encarnizado ataque del enemigo que opera con unidades muy superiores en todos los sentidos, mandadas por el general Tolbuchin. Durante 14 dias se mantienen firmes, pero a mediados de octubre no tienen más remedio que ceder. Sus Divisiones han quedado reducidas al mínimo de sus efectivos: asi la División 73 de Infantería no dispone más que de 170 hombres, y la División 111, de 200. En total, todo el Ejército posee 25 carros útiles, pero sin apenas munición.

El 23 de octubre Melitopol cae en poder de los rusos, el frente alemán se resquebraja. Tolbuchin lanza sus Divisiones por la brecha abierta cuidando de ensancharla lo más posible hasta alcanzar 45 kilómetros de anchura, con lo que salvaba cualquier posibilidad de cierre. Los blindados del general Tolbuchin continuaron avanzando hacia el Oeste, en dirección a la desembocadura del Dnieper. Los rusos han conseguido quitar al Ejército 6 su capacidad agresiva, pero no han podido aniquilarlo. Grupos de soldados logran retirarse hacia el curso inferior del Dnieper (¡retrocediendo más de 200 kilómetros!) de Melitopol hasta Jerson. A medio camino se halla Perekop, el estrecho acceso a Crimea. Y en Crimea se encuentra inactivo e intacto el Ejército 17 alemán.

Una y otra vez Manstein y otros generales han tratado de conseguir de Hitler

Retirada hacia nuevas posiciones. Soldados en el frente de Ucrania llevando consigo ametralladoras, cañones y antiaéreos.

que el Ejército 17 pasara de Crimea a reforzar el ala sur del frente. Tiempo para ello lo había habido durante todo el mes de septiembre. Pero Hitler no quería oír hablar del abandono de Crimea. Según él resultaba imposible por motivos políticos. Cualquier movimiento de tropas que pudiera debilitar las posiciones en el mar Negro, irritaría gravemente a Rumania y Bulgaria y a la amistosa y neutral Turquía. Además, Crimea constituía una buena base para los bombarderos que desde ella se propusieran llegar a los campos petrolíferos rumanos de Ploesti y el petróleo de Ploesti hacía andar a más de la mitad de la maquinaria bélica alemana. Teóricamente a Hitler no le faltaba razón, pero mientras el Ejército 17 se mantenía tranquilamente en Crimea, los rusos lograban avanzar hasta la desembocadura del Dnieper. Con ello se encontraban en disposición de bombardear los pozos de Ploesti y además el Ejército 17 quedaba aislado. Sin embargo, Hitler se negó a admitir la realidad y ordenó, tras el avance ruso por el bajo Dnieper, que se constituyera una gran cabeza de puente al sur de Nikopol, al otro lado del río, como base de apoyo para un ataque en dirección a Crimea en fecha próxima. Funestas ilusiones. En la primavera siguiente el Ejército 17 fue aniquilado casi por completo, salvándose apenas doscientos hombres.

Se rompen las líneas alemanas

Todavía estamos en el otoño catastrófico de 1943. El Ejército Rojo deseoso de demostrar su capacidad para las grandes empresas no ataca sólo al sur –Zaporozhe, Melitopol– sino también en el sector central, al norte de Kíev. Allí habían logrado los rusos ensanchar la cabeza de puente establecida en la orilla occidental del Dnieper, en las cercanías de Liutesch. Al principio llegaron allí únicamente un puñado de soldados en botes de fortuna, pero sobre el terreno encontraron gabarras estropeadas que no tardaron en servir para el transporte, primero nocturno, de vehículos blindados y carros. Gracias a éstos, los rusos lograron fortalecer y ensanchar rápidamente la cabeza de puente hasta el punto de convertirla en base para empresas más importantes, concentrando 3 Ejércitos, un Cuerpo blindado, 2500 cañones, obuses y lanzacohetes.

El 3 de noviembre inician la ofensiva de madrugada con fuego concentrado sobre tres Divisiones alemanas y están a punto de acabar con ellas. Las tropas soviéticas profundizan entre 7 y 10 kilómetros sin encontrar apenas resistencia. El Ejército Blindado 3 Guardias de Rybalkov prosigue su marcha hacia el oeste de Kíev y luego continúa en dirección sur, mientras el Ejército 38 mandado por Moskalenko reconquista el 6 de noviembre la capital de Ucrania, Kíev. Y todavía ocurre algo peor para los alemanes: al día siguiente los blindados de Rybalkov ocupan la gigantesca estación de Fastov a 50 kilómetros al sudoeste de Kíev, adueñándose de gran cantidad de material entre el que figuran 45 locomotoras. Esto suponía una enorme contrariedad para el aprovisionamiento del Grupo de Ejércitos Sur y, además, Rybalkov se encontraba ya a espaldas del Grupo de Ejércitos de Manstein. Los rusos acababan así con otra posición clave del frente del Dnieper. Enero de 1944. El Grupo de Ejércitos Sur conserva únicamente escasas posiciones en Kanev y Nikopol, a orillas del Dnieper. Y ni la nieve ni el frío consiguen paralizar el ataque ruso. Se producen una serie de movimientos en tenaza. En la noche del 7 de enero quedan cercadas 4 Divisiones en Kirovograd y sus alrededores, entre ellas la III Blindada; su comandante, general Bayerlein, acaba de llegar de África y aún no ha calado en él la equivocada táctica de Hitler. Claro está que la orden impartida por el *Führer* es de permanecer en Kirovograd a toda costa; pero poco antes de cerrarse la tenaza han quedado totalmente interrumpidas todas las comunicaciones con el cuartel general.

Bayerlein valora la situación de acuerdo con los conocimientos de un jefe de blindados que ha sido alumno de Guderian: «Los carros no se han hecho para defender posiciones sino para moverse. Tenemos que conservar nuestra movilidad, tenemos que salir de aquí y cuanto antes, mejor.» Como el estado de las comunicaciones no le permite consultar con nadie, Bayerlein da las órdenes de conformidad con su propia valoración. La noche del 7, a la cabeza de su División, intenta la salida. Los rusos quedan tan sorprendidos que la División logra romper el cerco sin experimentar mayores pérdidas. Únicamente se pierde un blindado. Apenas está fuera, Bayerlein da media vuelta y se lanza al ataque por la espalda contra los rusos. Una maniobra formidable y, como se verá inmediatamente, coronada por el éxito: Bayerlein consigue abrir paso a las tres Divisiones cercadas.

Apenas dos semanas después los soviéticos atacan de nuevo con el propósito de realizar otro cerco: los Ejércitos Blindados de Vatutin y Koniev rompen el frente alemán por Krasnoielka y Medvin para reunirse tres días más tarde en Svenigorodka, atenazando así a dos Cuerpos de Ejército alemanes que se encuentran establecidos en Kanev, en el Dnieper.

Koniev y Vatutin creen que han conseguido atrapar a todo el Ejército 8 y se apresuran a fortalecer el cerco cuanto pueden. De esta manera queda interrumpida la maniobra del Cuerpo 3 de Blindados. En 14 días la tenaza se estrecha de 2000 a 10 km² y el 17 de febrero se llega a la sangrienta resolución. Tan sólo la mitad de los 56.000 hombres encerrados en la trampa consigue salvar la vida. Únicamente la vida, sin armas ni equipo alguno. Queda aniquilada la fuerza de combate de seis Divisiones y media; un revés incalculable para el ya excesivamente probado Grupo de Ejércitos Sur. Y no hay respiro. Apenas se ha conseguido restablecer un débil frente entre la desembocadura del Dnieper y los pantanos de Pripet, cuando ya las tropas de Koniev y Zukov se lanzan contra él: por el sector sudoeste de Umán y al sur de Rovno-Schepetovka. Más al sur avanza Malinovski con sus tropas hacia el Bug para acabar de una vez en el sur con el frente oriental germano.

El «Führer» lo ve de otro modo

En tres semanas la situación es la siguiente: al Sur han quedado prácticamente derrotados los Ejércitos 6 y 8; en la otra parte del frente el Ejército 4 de blindados ha sido obligado a retirarse al oeste tras experimentar graves pérdidas, y en medio, dentro de una gigantesca tenaza se encuentra encerrado, entre el Bug y el Dniester, el Ejército 1 blindado.

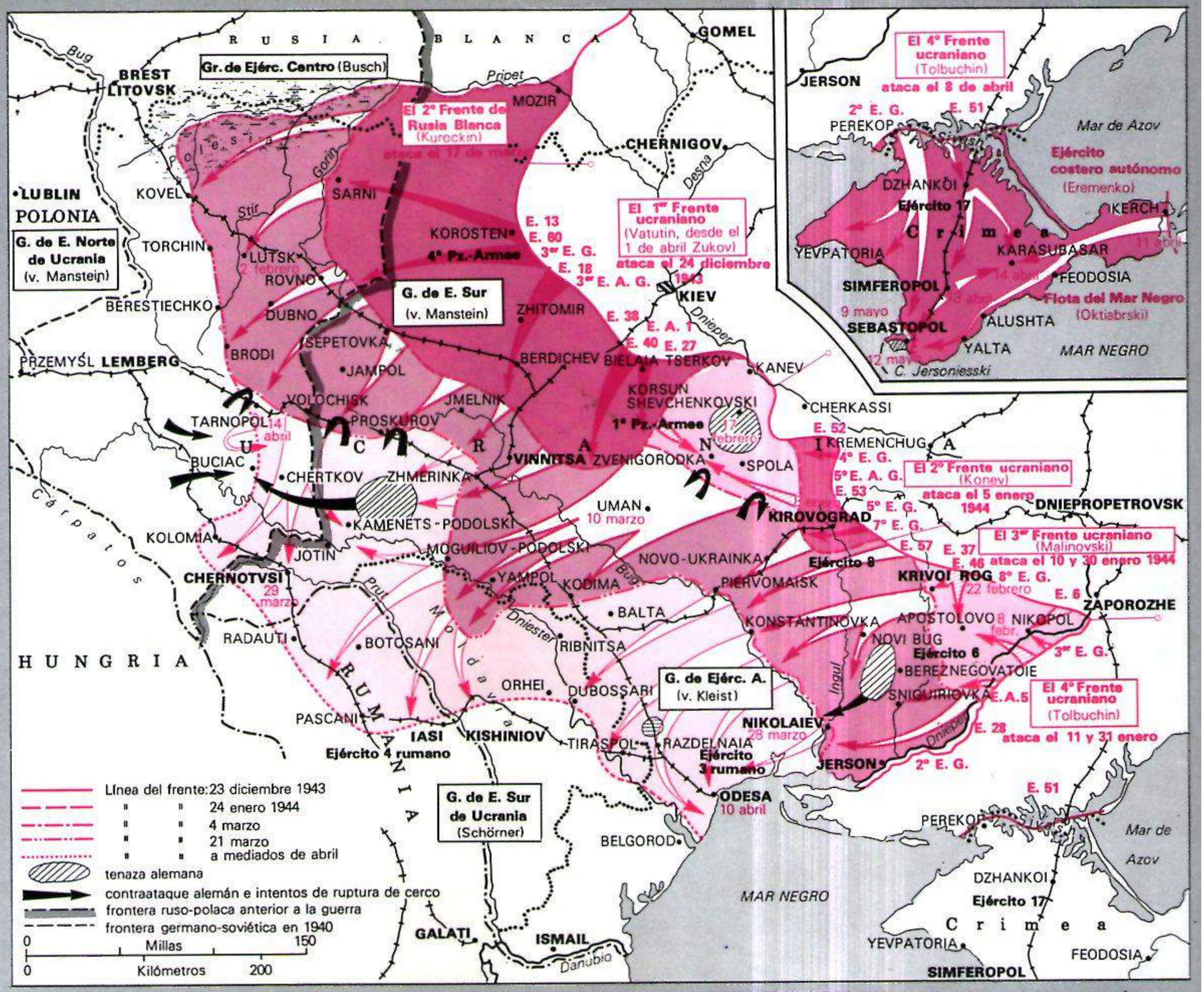
Si este Ejército –22 Divisiones, las mejores blindadas, con casi 200.000 hombres– se pierde, debe considerarse también perdido al frente sur, sin que por añadidura se cuente con ninguna fuerza seria para impedir el avance ruso hacia el Oeste.

El general Hube, jefe del Ejército 1 blindado, se dio perfecta cuenta de la situación y se dispuso a romper el cerco cuanto antes, por el sur, sobre el Dniester. Porque por allí había una brecha con muy pocos rusos.

Sin embargo, el jefe del Grupo de Ejércitos, Manstein, prohibió la maniobra pareciéndole que la rotura del Ejército 1 hacia el Sur le llevaría a caer en una nueva trampa: los rusos no necesitaban más que presionarle hacia los Cárpatos.

Manstein quiere que Hube rompa el cerco por el Oeste, aunque para ello tenga que atravesar dos ríos y enfrentarse a dos Ejércitos soviéticos. Motivo: sólo si se consigue reunificar los Ejércitos 1 y 4 blindados, existe la posibilidad de restablecer un frente meridional desde los Cárpatos. Claro que para que la operación pueda llevarse a cabo con cierta garantía de éxito, Hube debe recibir el apoyo de un par de Divisiones de refresco.

Manstein pidió a Hitler esas Divisiones

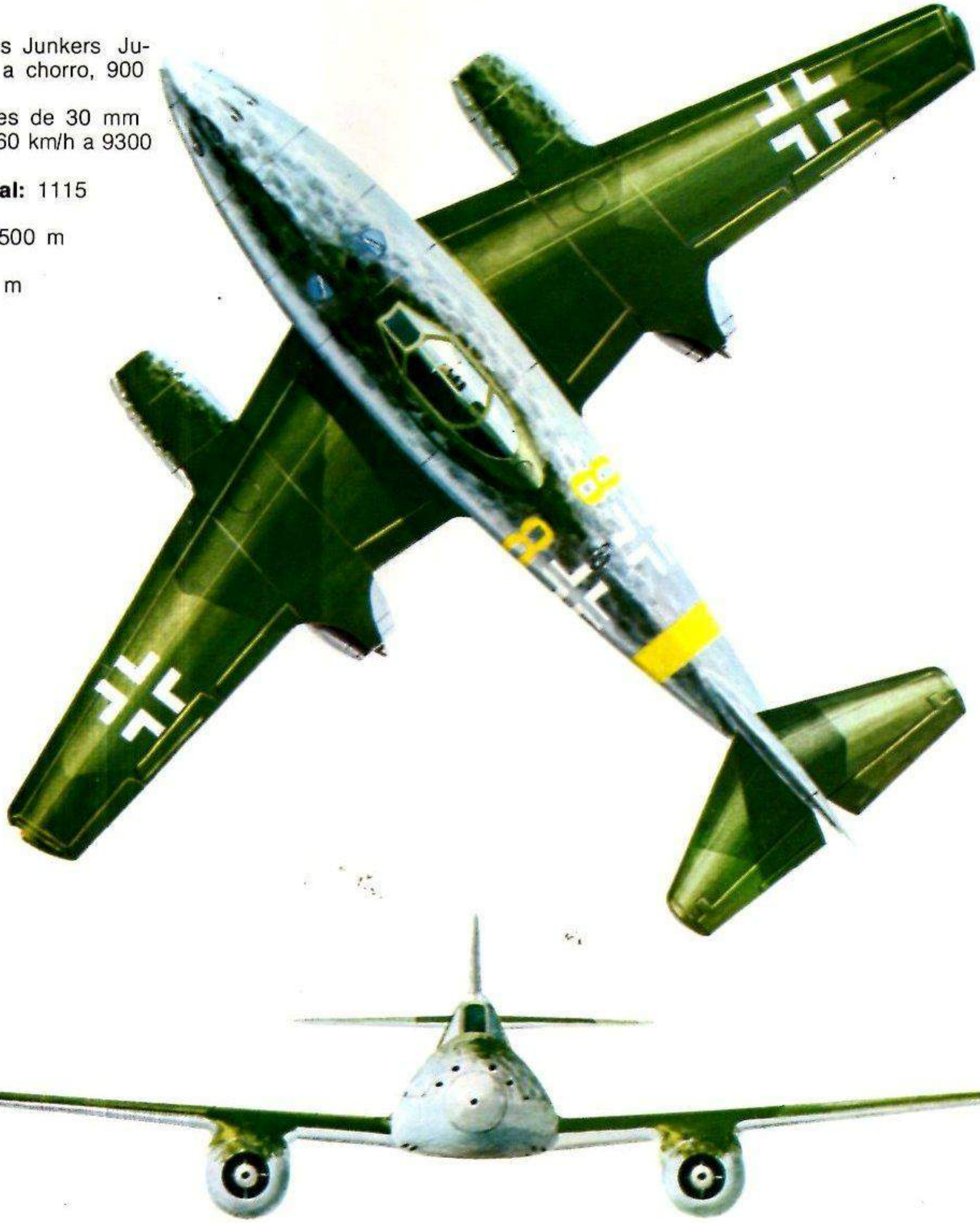


Mapa sobre los combates en el sector sur del frente del Este entre diciembre de 1943 y abril de 1944. Imposible contener al Ejército Rojo; Manstein, sin embargo, logra que sus tropas se vayan retirando.

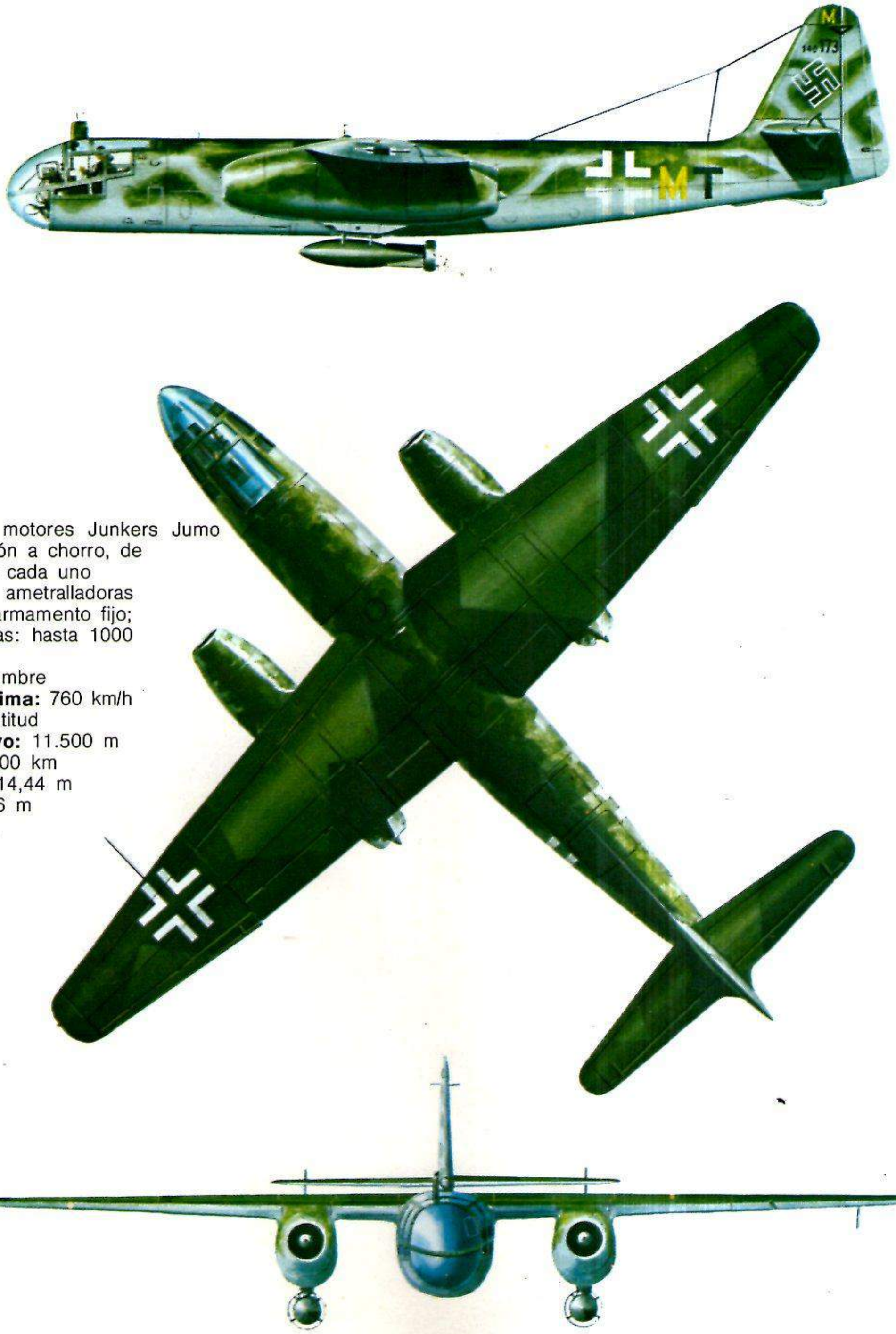
Primeros deshielos que convierten los caminos en barrizales. Los soldados arrastran las armas y el equipo como pueden.

Caza monoplaza alemán Messerschmitt 262 A-1a «Schwalbe» (Golondrina)

Propulsión: 2 motores Junkers Jumo 004 B, propulsión a chorro, 900 kilopondios cada uno
Armamento: 4 cañones de 30 mm
Velocidad máxima: 860 km/h a 9300 metros de altitud
Velocidad ascensional: 1115 m/minuto
Techo operativo: 11.500 m
Autonomía: 1400 km
Envergadura: 12,151 m
Longitud: 10,60 m
Altura: 3,85 m



Bombardero rápido alemán Arado Ar 234 B-2 «Blitz» (Relámpago)



Propulsión: 2 motores Junkers Jumo 004 B, propulsión a chorro, de 900 kilopondios cada uno
Armamento: 2 ametralladoras de 20 mm de armamento fijo; carga de bombas: hasta 1000 kilos
Dotación: 1 hombre
Velocidad máxima: 760 km/h a 6000 m de altitud
Techo operativo: 11.500 m
Autonomía: 1600 km
Envergadura: 14,44 m
Longitud: 12,66 m
Altura: 4,20 m.

①
②

① *Soldados de infantería yacen en las trincheras agotados.*

② *Dos soldados de una unidad de asalto han penetrado en una posición enemiga.*

③ *Imagen del Ejército Rojo durante la ofensiva de primavera en los Cárpatos: los soldados en pleno avance por una línea férrea.*

④ *Un carro soviético detenido a pocos metros de la posición alemana. Un suboficial de las unidades de combate de las SS observa el campo de batalla.*

Un cañón pesado alemán bombardea las posiciones soviéticas.

el 23 de marzo. Al día siguiente llegó la respuesta del *Führer* desde Berghof, en Obersalzberg, desde donde Hitler dirigía la guerra. Sus órdenes eran: «El Ejército 1 blindado mantendrá su posición en el Bug, debiendo establecer el contacto perdido por medio de sus propias fuerzas.»

Irritado, Manstein volvió a llamar a Berghof. Al aparato, el general del Estado Mayor, Zeitzler. Manstein le comunica: «La orden no se puede cumplir. Si antes de las 3 de la tarde no recibo los refuerzos solicitados, daré orden al Ejército 1 para que rompa el cerco.»

Se trata de un ultimátum. Hitler no responde; por lo menos no responde antes de las 3 de la tarde. A las 4 hace saber a Manstein que está de acuerdo en que el Ejército 1 rompa el cerco, pero que el frente debe seguir manteniéndose.

«Romper y mantener al mismo tiempo; me gustaría saber cómo se hace una maniobra así», comenta Manstein.

«Se trata del método de Stalingrado –replica el general jefe del Estado Mayor, Busse– que permitió a Paulus romper el cerco, aunque conservando en su poder la ciudad y el Volga.»

Una vez más Manstein llama a Zeitzler. «Lo que el *Führer* quiere es rigurosamente imposible de realizar. ¿Resulta tan difícil de entender la situación?»

«Para mí no –replica secamente Zeitzler–, pero el *Führer* ve las cosas de otro modo.»

«Por mi parte –termina Manstein– haré lo que la situación exige». E inmediatamente después de colgar el teléfono se puso a preparar con el general Busse las órdenes oportunas con destino al Ejército 1 blindado.

Manstein realiza su plan con éxito

A las 17,35 envía las órdenes a Hube. Media hora después lo sabe Hitler, que ordena a Manstein que se presente a la mañana siguiente en su cuartel general. En Berghof la entrevista empieza con una viva discusión entre Manstein y Hitler, que se echan en cara una serie de reproches, al final de los cuales Hitler se retira todo ofendido y sin haber tomado la menor resolución. Manstein le pide que le releve de su cargo en el caso de rechazar su plan. Por la noche inesperadamente Hitler da su consentimiento. Manstein recibe las Divisiones que necesita.

Y una vez más queda demostrado que el viejo zorro de Manstein ha calculado bien. Su contrincante Zukov está completamente convencido de que Hube tratará con sus tropas de romper el cerco hacia el Sur, lo que ha estado a punto de producirse e incluso era el plan del propio Hube. Debido a ello Zukov ha situado en el Sur todos los efectivos de que dispone. Por eso queda sorprendido por el ataque del Ejército 1 blindado hacia el Oeste y el simultáneo del Ejército 4 por el punto opuesto. Tan sorprendido que no logra mover a tiempo a sus tropas.

El plan de Manstein se realiza con éxito. 5 días después de haber roto el cerco, las vanguardias de los Ejércitos 1 y 4 se encuentran en Buchats. El cerco está roto y 22 Divisiones liberadas pueden ocupar su puesto en el frente. Pero esto ya no es cosa de Manstein sino de su sucesor Model. El 30 de marzo, cuando ya se perfilaba el éxito de la operación, Hitler había vuelto a citar en el Berghof a Manstein para imponerle la Cruz de caballero con hojas de roble y al mismo tiempo retirarlo de su cargo. «Ha pasado la hora de las grandes operaciones –argumentaba la resolución–; es el momento de los que sólo saben mantenerse.»

Palabra fatal. Demuestra cuál era exactamente el pensamiento de Hitler en la primavera de 1944. Desde que las guerras existen no se ha ganado una sola manteniéndose firme en ningún sitio. No vio que no era la resistencia sino el arte estratégico de Manstein al que se debía el que el frente del Sur aguantase de algún modo tras un año.

22 junio de 1944. La campaña de Hitler en el Este cumple tres años. Tres años del avance relámpago y victorioso por tierras rusas. Curiosamente la situación del frente parece por esa fecha tan estable y tranquila en toda su extensión como desde mediados de abril. También el Ejército Rojo ha necesitado de un merecido respiro tras los formidables ataques del verano y otoño del 43 y el invierno y primavera del 44. En el Sur, el frente se ha ensanchado en dirección Oeste: desde la parte sur del Dniester hasta la occidental de los Cárpatos. Y luego desde Kolomia hasta el norte de Tarnopol y, desde Kovel al Pripet.

Luego recorre cientos de kilómetros al Este, antes de que se vuelva hacia el Norte en la confluencia del Beresina y el Dnieper. Esto significa que los Grupos de Ejércitos Centro y Norte se encuentran a comienzos del verano de 1944 todavía muy dentro del territorio soviético: a unos 1000 kilómetros de la frontera del Reich; entre Orsha y Moguiliov y hasta más allá del Dnieper. La pregunta era ¿qué hacen los rusos? Hitler conocía la respuesta con toda seguridad: se preparaban para atacar con todas sus fuerzas entre Tarnopol y Kovel empujando hacia el Báltico, hacia Königsberg y Danzig, con objeto de encerrar además en una gigantesca tenaza a los dos Grupos de Ejércitos.

Es otra de las cosas que resultan extrañas: mientras Hitler está decidido a mantenerse firme en sus posiciones, considera al enemigo capaz de realizar grandes operaciones. Y no sólo esto, se siente tan seguro de que Stalin y sus generales van a realizar esa operación y no otra, que traslada todos los efectivos de que puede disponer al lugar por donde tienen que atacar los rusos, al sector al norte de Lemberg. Sin embargo, los rusos no cumplen las esperanzas de Hitler. No le hacen el favor de atacar por donde él espera. Han aprendido mucho en los amargos años de las continuas derrotas, pero operaciones de ese tipo no son de su estilo. Realizan otra: exactamente ese 22 de junio, aniversario de la invasión alemana, se lanzan frontalmente contra el Grupo de Ejércitos Centro. Y lo hacen con cuatro Grupos de Ejércitos, docenas de batallones y miles de carros blindados.

Engendros de un cerebro enfermo

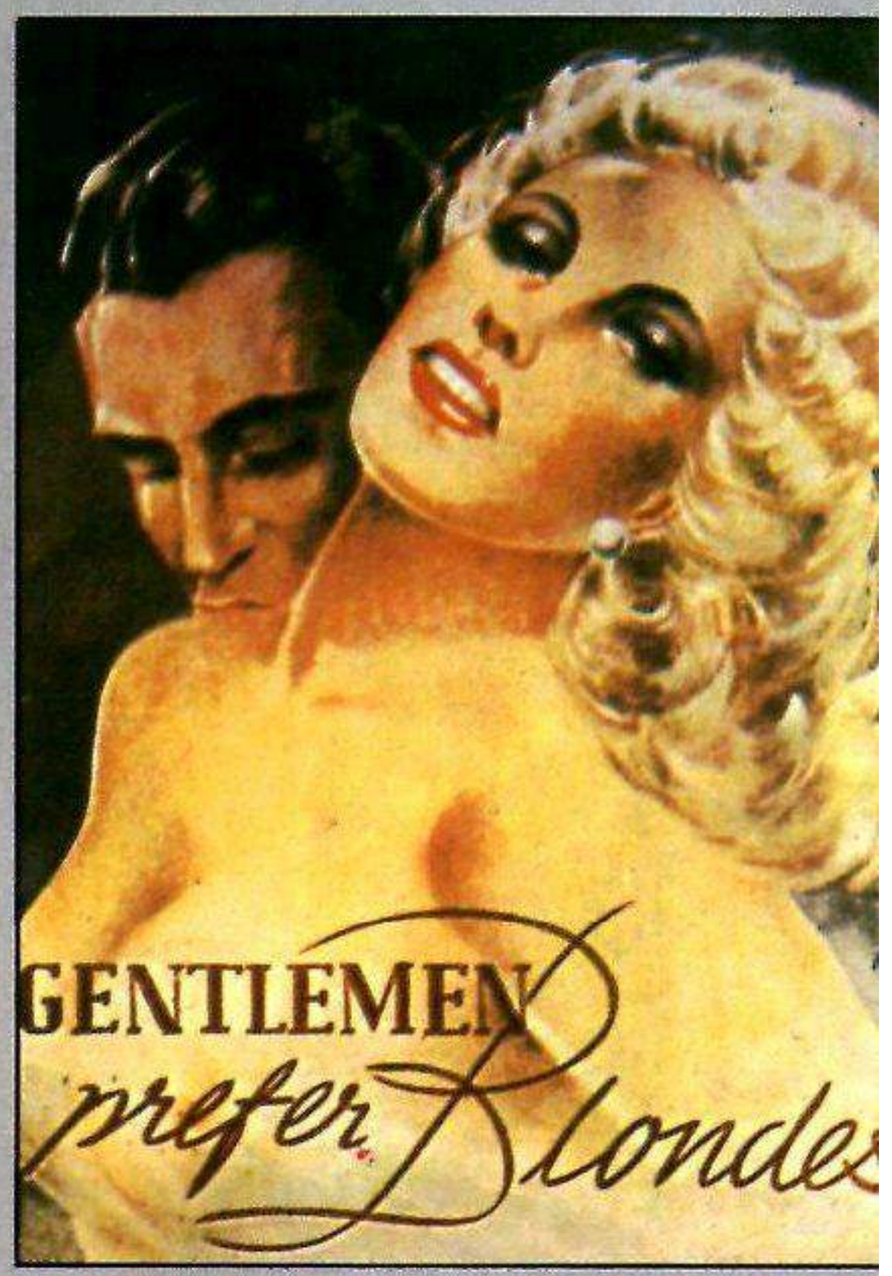
El Grupo de Ejércitos Centro no tiene nada que oponer. La demencial táctica realiza lo que falta. «Plazas fuertes» deben acabar con el asalto. Esto quiere decir que deben mantenerse las ciudades importantes, los centros de comunicaciones, con objeto de atraer a fuerzas enemigas mucho más numerosas. Esto pudo realizarse con éxito una o dos veces durante el invierno del 41-42; pero ahora no surte ningún efecto. Los generales de Stalin dejan de lado las «plazas fuertes» de Hitler –cada una de ellas con una o varias Divisiones– y continúan su avance. Las «plazas fuertes» se convierten así en sepultura de muchas Divisiones sin servir para nada. No en balde son engendros de un cerebro enfermo.

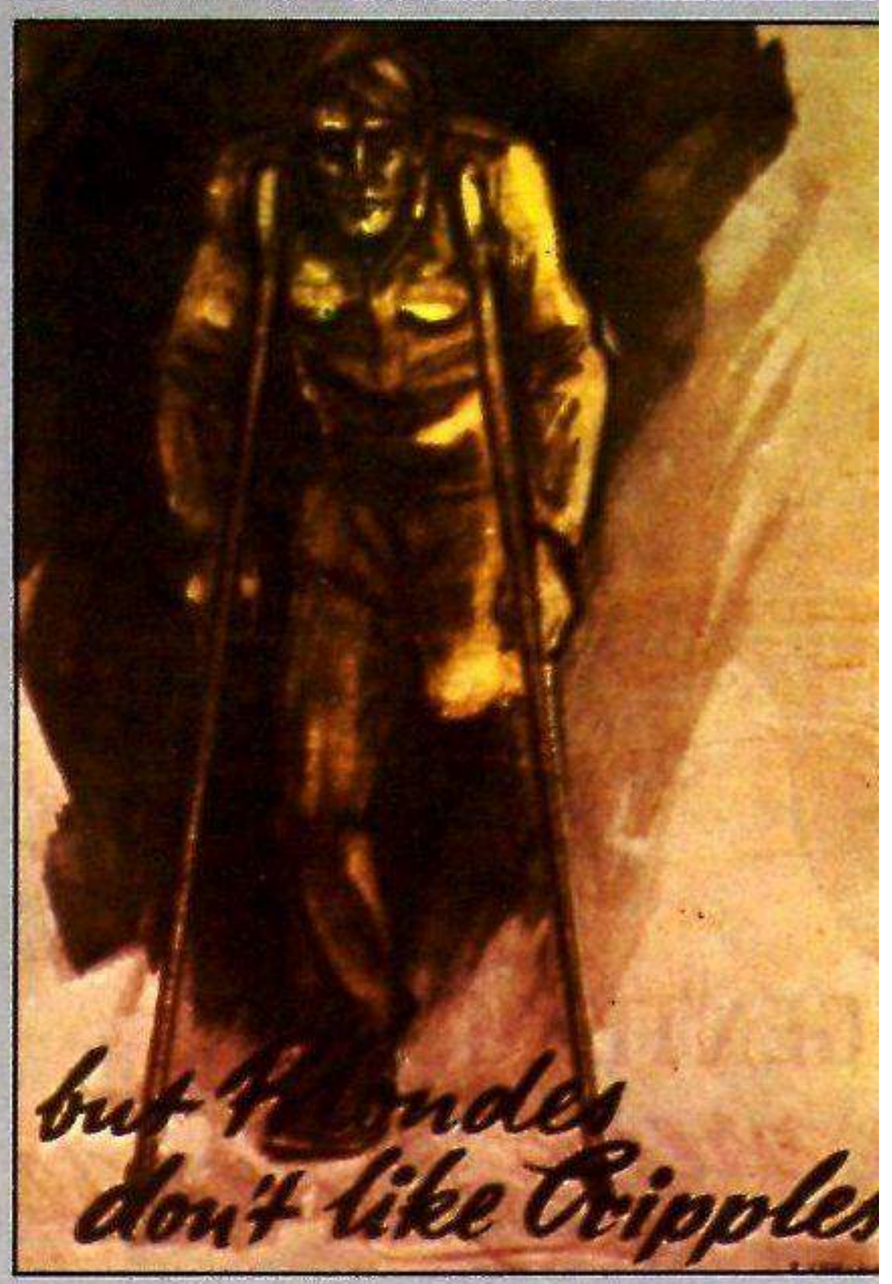
Un año y medio, más o menos, había durado la retirada del Grupo de Ejércitos Sur desde lo profundo del Cáucaso hasta los Cárpatos, y pese a todo siempre habían quedado en pie algunas unidades. Ahora, en cinco semanas, el Grupo de Ejércitos Centro, con cerca de 400.000 hombres, había sido prácticamente aniquilado. Con él podía decirse que de manera definitiva quedaba rota la columna vertebral del frente alemán del Este. Era una pérdida que no podía ya reponerse. A finales de julio el Ejército Rojo se encontraba ya en la Prusia oriental, en el Vístula, y decidía por sí mismo el ritmo del avance.

Frente a él, lo que existe son los restos del frente del Este, que desde el verano de 1944 al final de la catástrofe en la primavera de 1945, seguirá combatiendo, tratando de resistir heroicamente, desesperadamente, contra un destino incomprendido, inmerecido, irremediable e indeseado. □

Evocación del temor permanente: «Mientras tú te enfrentas con la muerte, tu mujer disfruta con tu mejor amigo» (a la izquierda propaganda alemana dirigida a los soldados ingleses; a la derecha propaganda soviética dedicada a los alemanes).

Aplicación del título de una película: «Los caballeros las prefieren rubias», por la propaganda alemana destinada a los americanos: «Pero las rubias no quieren mutilados.»





LOS MIEDOS DEL SOLDADO

El que la propaganda presentara al enemigo como una calavera, el diablo o una bestia sangrienta era algo que no causaba la menor impresión. Cuando la guerra se fue alargando y el dolor y el ansia se extendieron por todas partes, sonó la hora de los profesionales de la propaganda con acreditado gusto y conocimientos científicos de la materia. Buscaron los puntos de presión no en la ideología o en la política sino en los miedos personales y privados del soldado: en la añoranza, el amor, la humillación, en las heridas y la muerte.

Ansehen und weitergeben!

FRONT-ILLUSTRIERTE

Nr. 19 (63) FÜR DEN DEUTSCHEN SOLDATEN Juli 1943

D 289

Wenn der Landser an der Front ist...

11 Millionen Ausländer leben

heute in Deutschland, wohin Hitler sie gelockt und getrieben hat, indes an der Ostfront sinn- und zwecklos

Millionen deutscher Männer fallen

CRONICA

POLITICA | CUESTIONES MILITARES | CULTURA Y TECNICA

1944

7. 11.: Franklin D. Roosevelt es elegido por cuarta vez presidente de los EE UU. Harry Truman, vicepresidente.
10. 11.: Durante su visita a Paris, De Gaulle presiona sobre Churchill para que permita participar a Francia en la ocupación de Alemania, y no bajo la autoridad americana o inglesa sino con un mando propio.

El general Charles de Gaulle pasando revista a las tropas francesas después de la liberación.

12. 11.: En vez de la concentración de costumbre con motivo del aniversario del golpe del año 1923, Hitler ordena a Himmler leer una proclama en la que se dice: «Las exigencias de la guerra total me han aconsejado aplazar para el próximo domingo la conmemoración del golpe del 9 de noviembre. Igualmente el trabajo actual que pesa sobre mi no me permite abandonar el cuartel general ni siquiera por unos días. Fuera de esto, creo que mi labor en estos momentos más que pronunciar discursos debe concentrarse en la preparación y el desarrollo de las medidas que deben conducirnos a la victoria final y definitiva».
14. 11.: En Londres, la «European Advisory Commission» termina el protocolo que establece las fronteras entre las zonas británica y americana de ocupación en Alemania, tras de haber concluido el 12. 9. el acuerdo sobre «las zonas de ocupación en Alemania y administración del Gran Berlín». Se contempla como autoridad suprema de la ocupación un consejo aliado de control.
27. 11.: Francia pasa a ser miembro de la European Advisory Commission.
3. 12.: Hitler adjudica nuevas tareas al Servicio del Trabajo del Reich, que se ocupará de la formación militar de los reservistas, hasta ahora función del Ejército.
24. 12.: Tomado del mensaje del ministro Goebbels difundido por la radio alemana: «El pueblo alemán se encuentra hoy en sus sextas navidades bajo el signo de la guerra. Este pueblo en esta hora solemne está en pie como un muro detrás de su Führer. Cuando nuestros enemigos hablan de él como de un ser enfermo, sus mentiras prestan paternidad a sus deseos. Nunca habia visto yo al Führer más optimista, ni entusiasta, ni lleno de planes, como durante las últimas semanas cuando empezaba a preparar la próxima ofensiva occidental».

4. 11.: La VIII Fuerza Aérea americana lanza 1030 t de bombas sobre Hamburgo.
5. 11.: Las tropas alemanas reconquistan la ciudad de Goldap, en Prusia oriental.
6. 11.: Durante la conversación cotidiana sobre el estado de las operaciones, Hitler no ha ocultado su indignación contra Franco, quien en una entrevista concedida a un corresponsal de la United Press ha declarado «que desea colaborar con los ingleses, rusos y americanos en la organización de la paz».
8. 11.: El parte de la Wehrmacht informa por primera vez: «Desde el 15. 6. la ciudad de Londres se encuentra bajo el bombardeo casi ininterrumpido de nuestras V-1; en las últimas semanas se viene empleando un cuerpo explosivo de mayor alcance y efecto V-2, como refuerzo del anterior». Pese a que hasta el último momento mantuvo al pueblo en la creencia de que poseía «armas extraordinarias», ésta era en realidad la única arma milagro de que Hitler disponía.
12. 11.: Bombarderos británicos hunden el acorazado Tirpitz en el fiord de Tromso.
20. 11.: Hitler abandona definitivamente su cuartel general de «Wolfsschanze» en el que ha pasado casi sin interrupción tres años y medio. Hasta el 10. 12. será su cuartel general el bunker construido para él en 1943 en los jardines de la Cancilleria de Berlín.
22. 11.: Unidades americanas conquistan Metz y 24 horas más tarde Estrasburgo. Los americanos avanzan hacia el Rhin, para bifurcarse después hacia el Norte y Sur.
25. 11.: Hitler dicta normas sobre el mando en las unidades que han quedado incomunicadas. En ellas se dice: «En el caso de que el comandante de una unidad crea que debe abandonar la lucha, deberá antes consultarlo con sus oficiales, luego con los suboficiales y más tarde con la tropa, para el caso de que alguno de ellos quiera ocupar su lugar. En este caso, entregará el mando sin consideraciones de grado, pasando él mismo a formar parte de la tropa».
26. 11.: Bombarderos americanos arrojan 1993 toneladas de bombas sobre las instalaciones ferroviarias de Paderborn, Bielefeld, Hamm, Osnabrück, Hannover y Gütersloh. También bombardean la refineria de Misburg, cerca de Hannover.
8. 12.: Los rusos inician una gran ofensiva en torno a Budapest. El 24. 12. la ciudad queda aislada de Occidente.
10. 12.: Hitler traslada su cuartel general a Ziegenberg, en las inmediaciones del Taunus, con objeto de preparar su ofensiva occidental.
16. 12.: En las primeras horas de la mañana comienza la última ofensiva alemana en las Ardenas. Pocos días después se detiene al no conseguir abrirse paso hasta el Mosa o el Canal.
24. 12.: Durante la reunión cotidiana sobre el estado de los frentes, Hitler interrumpe la información de Guderian sobre el avance de las tropas rusas en el frente del Este: «¡Es el engaño más manifiesto desde Gengis Khan! ¿Quién ha sacado a relucir esa tontería?»

10. 11.: Debido a que los tranvías son utilizados cada vez más para el transporte urbano de efectivos y material de guerra, el ministro del Interior decreta «que mientras dure la guerra los tranvías gozarán de prioridad absoluta».
13. 11.: A partir de hoy, y mediante el cupón número 69 de la anterior, se podrá recibir la nueva carta de racionamiento de huevos.
19. 11.: Con motivo de la inauguración de la «VI batalla de la producción de guerra», el jefe de los servicios de agricultura del Reich, Herbert Backe dio instrucciones sobre el trabajo durante el sexto año de guerra.
30. 11.: Unas semanas después de haber cumplido los 79 años, muere en Munich el escritor Max Halbe, nacido en Prusia Occidental.
1. 12.: Estreno de la película de propaganda «Ein Blick zurück» con Rudolf Forster y Hilde Weissner, bajo la dirección de Gerhard Menzel.
7. 12.: Con motivo del «Dia del ferroviario» se celebra un solemne acto en el transcurso del cual se impone a ocho ferroviarios la Cruz de caballero por méritos de guerra. El subsecretario de Transportes, Ganzenmüller, pronuncia unas palabras sobre los motivos de la imposición de las condecoraciones: el rendimiento de los condecorados en los sectores de guerra y su preocupación por el mantenimiento del tráfico pese a los destrozos ocasionados por las bombas.
8. 12.: Estreno en Hamburgo de la película de la Ufa «Opfergang», dirigida por Veit Harlan y basada en la novela de Binding.
12. 12.: Durante el III Congreso Nacional de la Asociación de Periodistas el jefe de Prensa del Reich, Dietrich, declara: «Nuestro programa supone la salvación de Europa de la barbarie del Este y del Oeste».

Hans Albers y Hilde Hildebrandt en la película de Helmuth Käutner «Grosse Freiheit n.° 7».

15. 12.: Estreno en Praga de la película «Grosse Freiheit n.° 7» prohibida en Alemania por la comisión de censura el pasado día 12 y que se rodó en el puerto de Hamburgo. Está interpretada por Hans Albers, Ilse Werner, Hans Söhnker, Gustav Knuth. Dirección: Helmuth Käutner.
19. 12.: Estreno en Berlín de la película dirigida por Heinz Rühmann «Der Engel mit dem Saitenspiel» con Hertha Feiler, Susanne von Almassy, Hans Söhnker y Erich Ponto.

Habla Hitler

Cuando la Providencia quiere

Munich: Circo Krone, 12-XI-1944

Durante una manifestación organizada con motivo del aniversario del fallido golpe de 1923, Himmler leyó una proclama de Hitler, que disculpó su ausencia aduciendo la gran cantidad de trabajo que tenía. Nada tan gráfico para expresar la situación como el hecho de que la reunión fue aplazada del 9 –día del aniversario– al 12 –domingo siguiente– debido a las normas establecidas por la guerra total: los domingos no se trabajaba.

Los pueblos y, sobre todo, los hombres de Estado, generales y soldados han sabido a lo largo de los tiempos sobrellevar los días de felicidad y éxito con dignidad. Pero la grandeza de los hombres que han hecho la historia del mundo, así como la talla de sus pueblos, queda demostrada por el estoicismo en los momentos adversos: por su confianza durante las situaciones en que no aparecía solución alguna a sus penalidades y reveses.

Como nacionalsocialistas nos sentíamos orgullosos en los años de lucha de padecer persecución, pues gracias a ella el partido quedaba libre de advenedizos y compañeros de viaje, que luego a la hora del triunfo hubieran sido los más sonoros y celebrados militantes.

De la misma manera vemos en esta confrontación mundial, la mayor de todos los tiempos, cómo se va separando de nosotros todo lo pequeño, cobarde y despreciable. Que monarcas con un desconocimiento total de su propia situación, hoy considerada como prehistórica, pierdan el valor y nos traicionen, es una consecuencia de su centenaria degeneración espiritual y moral. Los pueblos reclaman otros jefes en lugar de estas figuras débiles y enfermas. El hecho de que también otros mal llamados hombres de Estado y generales se retraigan de una lucha histórica, en la que se va a decidir el ser o el no ser, capitulando cobardemente para conseguir ventajas personales, confirma la antigua experiencia de siglos de que la Tierra no suele conocer muchos grandes espíritus al mismo tiempo. Por todas partes donde haya tenido lugar una capitulación, o donde pueda darse, el resultado no será un fácil desliz hacia una crisis política, sino que supondrá el inevitable desarraigo del pueblo respectivo y el exterminio definitivo de sus responsables.

Aun cuando las consecuencias de estas traiciones para Alemania, como principal sostenedora de la lucha desde el principio, hayan supuesto desde el punto de vista militar duros contratiempos, no han logrado dislocar la estructura del Reich, ni destruir su capacidad de resistencia. Al contrario, han endurecido la voluntad nacional de lucha hasta lindar con el fanatismo.

¡Camaradas del partido, compatriotas y simpatizantes! Desde que las tropas soviéticas en noviembre de 1942 rompieron el frente rumano en el sector del Danubio, desde los abandonos de las unidades italianas y húngaras con las complicaciones lógicas para el mando, nuestro pueblo ha conocido una traición tras otra.

Pese a todo no se han cumplido las esperanzas de nuestros enemigos. Por lo tanto, sólo les queda la táctica de la puñalada por la espalda, como siempre que combaten contra Alemania y no consiguen por sí mismos ningún triunfo. Sujetos sin carácter, mezcla de arrogancia feudal y suficiencia burguesa, y antiguos parlamentarios corrompidos, se han unido con la esperanza de la recompensa, para conseguir arrancar de raíz el espíritu alemán de resistencia. No han tenido en cuenta una cosa: en tanto yo viva no sufrirá Alemania el destino de otros Estados europeos sometidos al bolchevismo. En tanto aliente en mí un soplo de vida, mi cuerpo y mi alma obedecerán a un único pensamiento: fortalecer a mi pueblo de manera que pueda defenderse y aun pasar al ataque contra los peligros fatales que le amenazan.

¡Compañeros del partido! A finales de 1923 escribía yo en la cárcel «Mein Kampf», teniendo ante mis ojos la realización del Estado nacionalsocialista. Durante muchos años hemos luchado por esa idea, y después de la toma del poder hemos trabajado para llevarla a cabo. Ésta ha sido la causa de la indignación y la envidia de nuestros enemigos: nuestro rendimiento económico y social, el aumento del nivel de vida en todos los terrenos, el desarrollo de la cultura. Mientras hoy en otros países se publican pomposamente los llamados «programas sociales para el futuro», nos es forzoso decir que tales programas no son sino un pálido reflejo de lo practicado ya en la Alemania nacionalsocialista. En estos momentos sólo puedo renovar el compromiso de que continuaremos con nuestro trabajo. Como veterano nacionalsocialista no titubearé un momento en el cumplimiento de mi deber. Este deber no ha sido una elección espontánea, sino que a cada alemán le ha impuesto la Providencia el hacer cuanto esté en su mano para asegurar el futuro de nuestro pueblo y su pervivencia. Respondamos a los reveses con renovada energía, convencidos de que a menudo la Providencia sólo quiere probar a los virtuosos para mejor revelar su valor. Por mi parte, quiero dar con mi voluntad inconmovible en esta lucha, un loable ejemplo a las generaciones futuras, como otros grandes alemanes nos lo dieron en tiempos pasados. Por contar con esta voluntad de lucha y sentir a mi pueblo junto a mí, no dudo un solo momento de que al final habremos pasado con éxito el tiempo de prueba y llegará la hora en que el Todopoderoso nos otorgará de nuevo su bendición, como lo hizo durante el pasado. Entonces conseguiremos las grandes victorias de la historia del mundo, sin por ello volvernos insolentes. □

L'HUMOR EN EL TERCER REICH

En la misma punta de la bota de la peninsula italiana, el dictador espera su final:

«Addio Mussolini» rezaba esta caricatura soviética publicada en el año 1943

Soldados de la División británica 1, prisioneros de los alemanes. Su objetivo era conquistar el puente de Arnhem, pero fueron rápidamente cercados por los alemanes apenas pusieron pie en tierra. 2400 lograron abrirse paso; los 7000 restantes fueron hechos prisioneros, heridos o muertos en combate.

EL PUENTE DE ARNHEM

Más de 5000 aviones debían transportar a 35.000 hombres con equipo y armamento hasta un objetivo a retaguardia del frente alemán: el puente de Arnhem, así como otros puntos sobre ríos y canales de Holanda oriental. La operación «Market Garden», la mayor y al mismo tiempo la más discutida operación de desembarco aéreo realizada durante toda la guerra, se saldó con un fracaso. ¿Había movilizado en balde Montgomery a sus soldados?

Los primeros soldados que se posaron sobre territorio enemigo, en la mayor operación de desembarco aéreo llevada a cabo en la historia de la guerra, fueron los hombres de la unidad autónoma de paracaidistas del comandante B. A. Wilson. Doce bombarderos tipo *Stirling,* debidamente acondicionados, los transportaron sobre las campiñas al oeste de Arnhem, donde debían señalar los lugares más apropiados para el desembarco de los hombres de la División 1 aerotransportada. En vuelo bajo contempló el comandante Wilson la paz de los prados holandeses con sus vacas rumiando la hierba. El idilio fue apenas turbado al sobrevolar el objetivo: un nutrido fuego antiaéreo sacudió los aviones, dos paracaidistas resultaron heridos durante el salto y el propio comandante no había aún conseguido liberarse de su paracaídas cuando ya un soldado alemán le hacía prisionero. Un par de kilómetros al norte, en Hoenderloo, un hombre mucho más peligroso había echado una mirada indiferente sobre el último paracaidista: el coronel Walter Harzer, jefe de la División blindada SS «Hohenstaufen», brindaba a la salud del jefe de su unidad de reconocimiento, capitán Walter Graebner, días antes condecorado con la Cruz de caballero. Los paracaidistas no lograron inquietar a los oficiales de las SS: pensaron que los cañones antiaéreos habrían alcanzado a algún bombardero americano y que la dotación se ponía a salvo. Mientras los hombres del comandante Wilson, ante los sorprendidos ojos de los holandeses, empezaron a extender con toda tranquilidad las telas de colores que marcaban los convenidos puntos de lanzamiento, y un creciente ruido de motores, procedente del sur, anunciaba la aproximación de las tropas de desembarco, los oficiales de las SS continuaban brindando y el mariscal Walter Model se hallaba reunido con algunos miembros de su Estado Mayor en un hotel de Oosterbeek, en las inmediaciones del lugar en que se iba a llevar a cabo el desembarco, tomando una copa fría de mosela, y unos miles de soldados de las SS se preparaban para el almuerzo. Según las noticias recibidas en el Estado Mayor aliado, ninguno de ellos, ni oficiales, ni mariscal, ni soldados de las SS, debían encontrarse allí. A los paracaidistas ingleses se les había dicho que tendrían que enfrentarse «con los muchachos de la organización juvenil hitleriana y viejos con bicicleta por todo medio de transporte». Y realmente sólo la casualidad había reunido en las inmediaciones de Arnhem a los supervivientes de dos Divisiones de las SS, tan cansados como fanáticos. Otros factores que al fin harían desembocar la operación del mariscal Mont-

gomery en una sangrienta catástrofe puede decirse que entraban ya en los preparativos de la misma, y no resultaba difícil el haberlos previsto, dadas las diferencias personales y políticas que llevan consigo todas las coaliciones en una guerra.

Tras la caída del frente alemán en Normandía, el avance aliado cobró una velocidad vertiginosa. El Estado Mayor del general Eisenhower al comenzar la invasión había calculado que para primeros de septiembre las tropas aliadas habrían logrado ganar el Sena y que siete meses después alcanzarían la frontera alemana. En vez de esto, a primeros de septiembre el ala sur del ejército aliado se encontraba ya en el Westwall –la línea de fortificaciones en la frontera occidental alemana– donde el general Patton, jefe de los blindados americanos, esperaba recibir el abastecimiento para atacar por el Sarre y penetrar hasta Francfort: «Mis soldados pueden comerse su cinturón, pero mis carros no pueden moverse sin carburante». Y al norte, la División 11 blindada británica que, tras un avance de 350 km en 4 días escasos, había conquistado Amberes con las instalaciones portuarias casi intactas.

Los responsables del abastecimiento no habían contado con nada de esto: los casi 75 km de acceso al puerto de Amberes, las dos orillas del Hont, estaban en poder del Ejército 15 alemán, la única gran unidad que aún se encontraba en buen estado y que se había retirado allí desde Calais. Quiere decir que las 20.000 toneladas diarias de material debían seguir desembarcando en Cherburgo y luego había que transportar a lo largo de 700 km las destinadas a la primera línea. No existía la menor probabilidad de poner en servicio la red ferroviaria, minuciosamente destruida por los bombardeos que precedieron a la invasión.

Desde que comenzara la invasión, el mariscal Montgomery había tenido en sus manos la coordinación de las tropas aliadas de tierra. El 1 de septiembre, como estaba previsto, se hizo cargo del mando supremo aliado el general norteamericano Dwight D. Eisenhower y «Monty» tuvo que limitarse

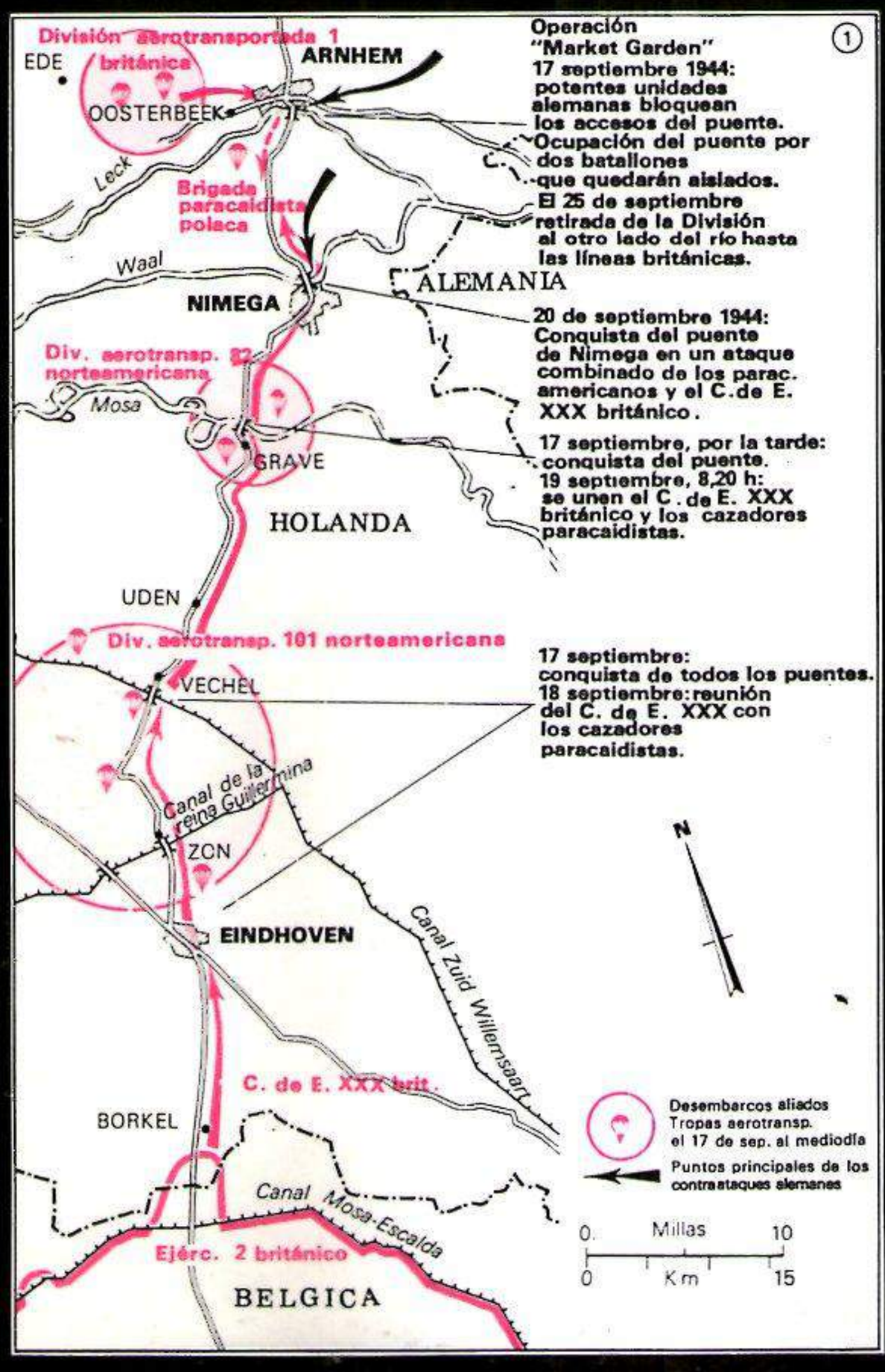


Foto grande: salto masivo de la División 82 aérea de desembarco americana en los alrededores de Grave el 17 de septiembre de 1944. Tres días después los hombres de esta unidad, en unión de los británicos del Cuerpo de Ejército XXX habían alcanzado su objetivo, el puente de Nimega, pero no lograron avanzar más.

Mapa de la Operación «Market Garden» con los puntos de lanzamiento de los Aliados y los puntos más importantes de la defensa alemana.

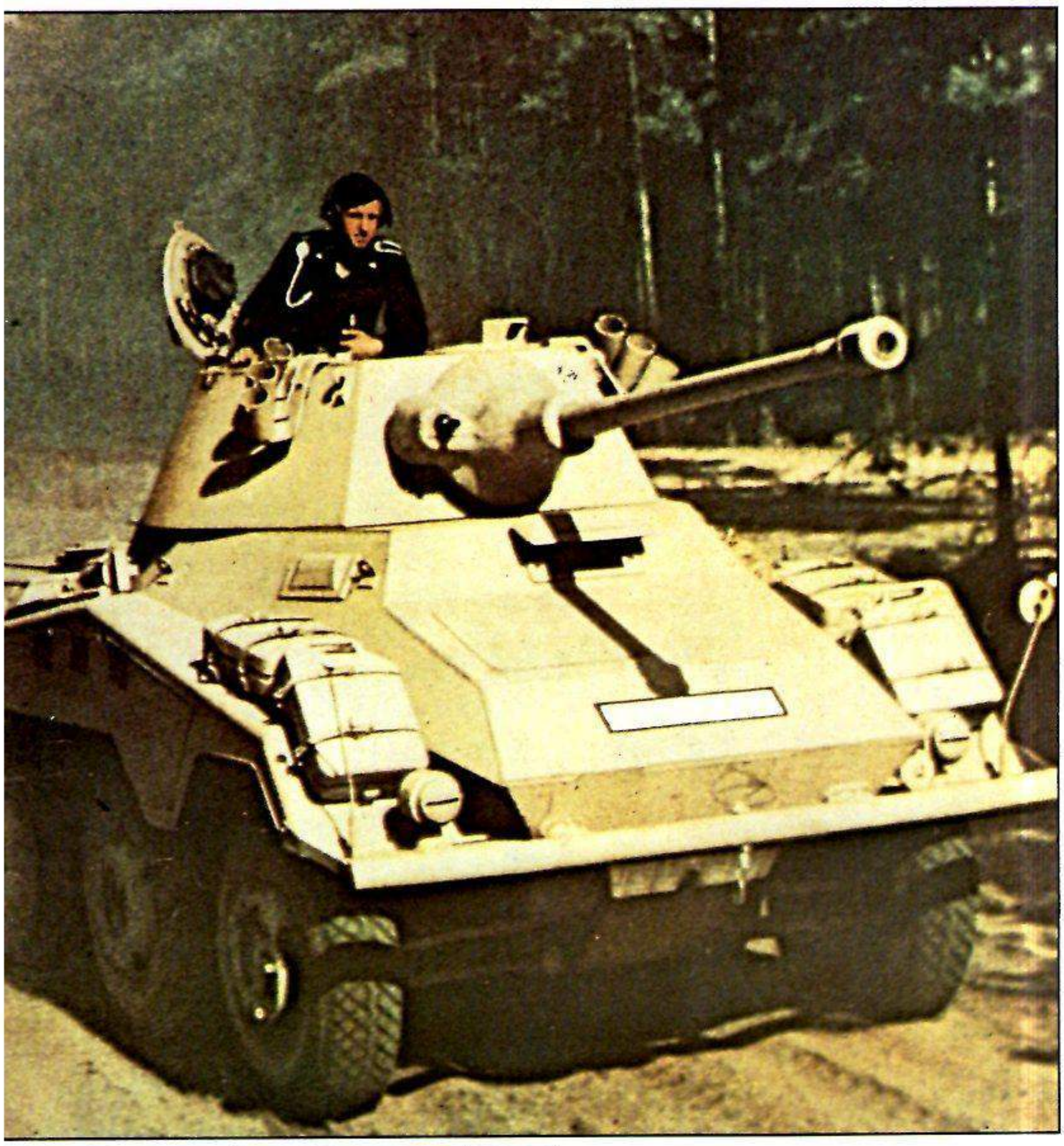
a dirigir el Cuerpo de Ejército XXI, situado a la izquierda del ala norte. Inmediatamente se entabló una agria discusión sobre cuestiones estratégicas, en la que también tomó parte el popular general Patton.

A principios de septiembre el mariscal Montgomery, tradicionalmente tan comedido y amigo de la perfección, vio una posibilidad de concluir la guerra antes de Navidad. En consecuencia exigió de Eisenhower que además del Cuerpo de Ejército XXI, pusiera bajo sus órdenes el XII que mandaba el americano Omar Bradley, para con esa sólida masa de 40 Divisiones lanzar un poderoso ataque hacia el nordeste, sobre el Bajo Rhin, con objeto de profundizar al máximo hacia el interior de Alemania.

Las posibilidades operacionales eran verdaderamente gigantescas: se podía aislar la cuenca del Ruhr e incluso no resultaría difícil llegar hasta Berlín, dado el estado en que se encontraba el Ejército occidental alemán. Para ello era necesario concentrar en el sector del frente dirigido por el mariscal Montgomery todas las fuerzas aliadas, divididas después de la invasión en plena maniobra estratégica entre Francia y Bélgica. Y además se hacía preciso contener al Ejército blindado americano, mandado por el general Patton, favorito de los corresponsales de guerra.

Todo esto no quitaba importancia al plan de Montgomery, pero lo hacía inaceptable, por motivos meramente publicitarios, para un general americano. Con el pensamiento puesto en las columnas de los periódicos de su país, en los que hasta el 1 de septiembre no se había dejado de subrayar que Bradley y Patton, héroe de todos los grandes ataques, seguían bajo las órdenes del británico Montgomery, Eisenhower permaneció firme en la defensa de su concepto de «frente amplio», y con ello de la proporcional distribución de los efectivos, reservas y abastecimientos, entre los distintos sectores. En secreto, cada cual esperaba en la parte americana que el voluntarioso Patton acabaría rompiendo las defensas al sur y avanzando irresistiblemente hacia el cinturón de la frontera occidental: el Westwall.

Nadie tuvo en cuenta, y para ello hubiera bastado un vistazo al mapa, que Patton se movía en un terreno montañoso, de carreteras estrechas, que favorecía la defensa y permitía adivinar que un ejército blindado sólo podría moverse por allí a cuenta de grandes pérdidas, mientras que los llanos del nordeste parecían mucho más indicados para este tipo de operaciones. Entre tanto Montgomery, sin perder de vista la posibilidad de asestar un golpe decisivo al III Reich, había preparado un plan capaz de satisfacer a todos los



Un carro pesado en misión de reconocimiento. Las dos Divisiones blindadas de las SS, a cuyo radio de acción fueron a parar los paracaidistas aliados, no tardaron en hacer fracasar el objetivo principal ideado por «Monty»: la toma del puente de Arnhem.

Paracaidistas británicos antes de iniciarse la operación «Market Garden» (arriba), y más tarde prisioneros de los alemanes (izq.).

participantes y que de antemano contaba con un factor positivo: la aprobación de Eisenhower.

Los dos compartían la misma preocupación: en Inglaterra esperaban desde la invasión, impacientes, inactivas y al borde de la insubordinación por culpa de la monotonía del acuartelamiento, unidades inglesas y americanas de paracaidistas. Por lo menos diez o doce veces se habían preparado operaciones para que intervinieran; pero, unas veces antes de subir al avión y otras ya en él tuvieron que ser anuladas debido a que la falta de resistencia alemana hacia innecesaria su presencia. Estaba claro que una oportunidad de empleo de estas unidades sería aceptada por Eisenhower con agrado.

Y así fue. Eisenhower autorizó inmediatamente el plan Montgomery: los paracaidistas deberían ocupar los puentes a lo largo de la línea de Eindhoven-Uden-Grave-Nimega y Arnhem, a partir del frente británico, al nordeste de Bélgica, un poco al oeste del Mosa, en la cuenca del canal Mosa-Escalda, para de esta manera abrir un corredor por el que pudieran filtrarse los tres Cuerpos de Ejército británicos. De salir todo bien el resultado sería una cabeza de puente en la orilla norte del Bajo Rhin, más allá del último puente de Arnhem.

Eisenhower no vio la gran oportunidad

De salir todo bien... En su libro «El puente de Arnhem», el historiador americano Cornelius Ryan reprocha al mariscal Montgomery el haber planeado la difícil operación dejándose llevar de su enfermiza vanidad y personal ambición, en vez de haberse dedicado a la positiva tarea de limpiar de enemigos el oeste del Escalda. Independientemente de que resulta difícil imaginarse un soldado profesional sin ambición, al menos en un punto es injusto el historiador americano con el mariscal británico. La operación «Market Garden» –nombre de la ideada por Monty– permitía matar dos pájaros de un tiro: además de abrir un corredor en profundidad hacia el norte de Alemania, solucionaba el problema de acceso a Amberes. Entre la parte meridional del Zuiderzee y Arnhem apenas si median 24 km: un buen empujón desde allí y podrían embolsarse toda la parte occidental de Holanda, incluidos Amsterdam y Rotterdam. Lo realmente sorprendente es que todo un comandante supremo, como era el general Eisenhower, no viera o no quisiera ver la gran oportunidad que se le ofrecía y dejara a Montgomery sin los medios que necesitaba para llevar a cabo una operación tan decisiva.

Después de haber perdido un tiempo precioso en inútiles discusiones, se decidió preparar a toda prisa la operación «Market Garden». Por primera vez en su larga vida de soldado victorioso, Montgomery no lo planea todo con su acostumbrada exactitud, rayana en la pedantería. Durante los preparativos surgen informaciones que le debían haber conducido a suspender la operación o al menos a enfrentarse a Eisenhower para conseguir una efectiva concentración de fuerzas. ¿Se le comunicaron al mariscal tales informaciones? La más importante de ellas, capaz de hacer suspender la operación, se refería al resto de los efectivos de las Divisiones blindadas alemanas 9 y 10, «Hohenstaufen» y «Frundsberg». Su jefe, el comandante general del Cuerpo blindado II de las SS, general Bittrich, había recibido el 3 de septiembre la orden del mariscal Walter Model, jefe del Grupo de Ejércitos B, de reunir y poner de nuevo en condiciones de combatir los efectivos supervivientes de las dos Divisiones, que se encontraban en la primera línea de fuego sin interrupción desde el desembarco

aliado en Normandía. Para empezar había que retirarlos del frente. La maniobra se llevó a cabo entre el 5 y 6 de septiembre. El lugar elegido para el descanso y nueva preparación fue Arnhem. Grupos de la resistencia holandesa no tardaron en informar sobre el movimiento de tropas; fotos aéreas mostraban la concentración de vehículos. Sin embargo, el servicio de información del C. de E. XXX británico continuaba afirmando que no se observaba, ni había que temer presencia enemiga de ninguna clase en el territorio elegido para la «Market Garden». El 17 de septiembre empezó la operación. Los primeros puentes, los situados entre Eindhoven y Nimega, fueron ocupados por las Divisiones americanas 101 y 82 aerotransportadas. El objetivo final de la operación, la ocupación del puente de Arnhem, estaba encomendado a la División 1 aerotransportada británica en combinación con los paracaidistas polacos del general Stanislav Sosabowski. No podía caber la menor duda de que el puente de Arnhem, por ser el objetivo último y más alejado, era a la vez el punto más peligroso de toda la operación.

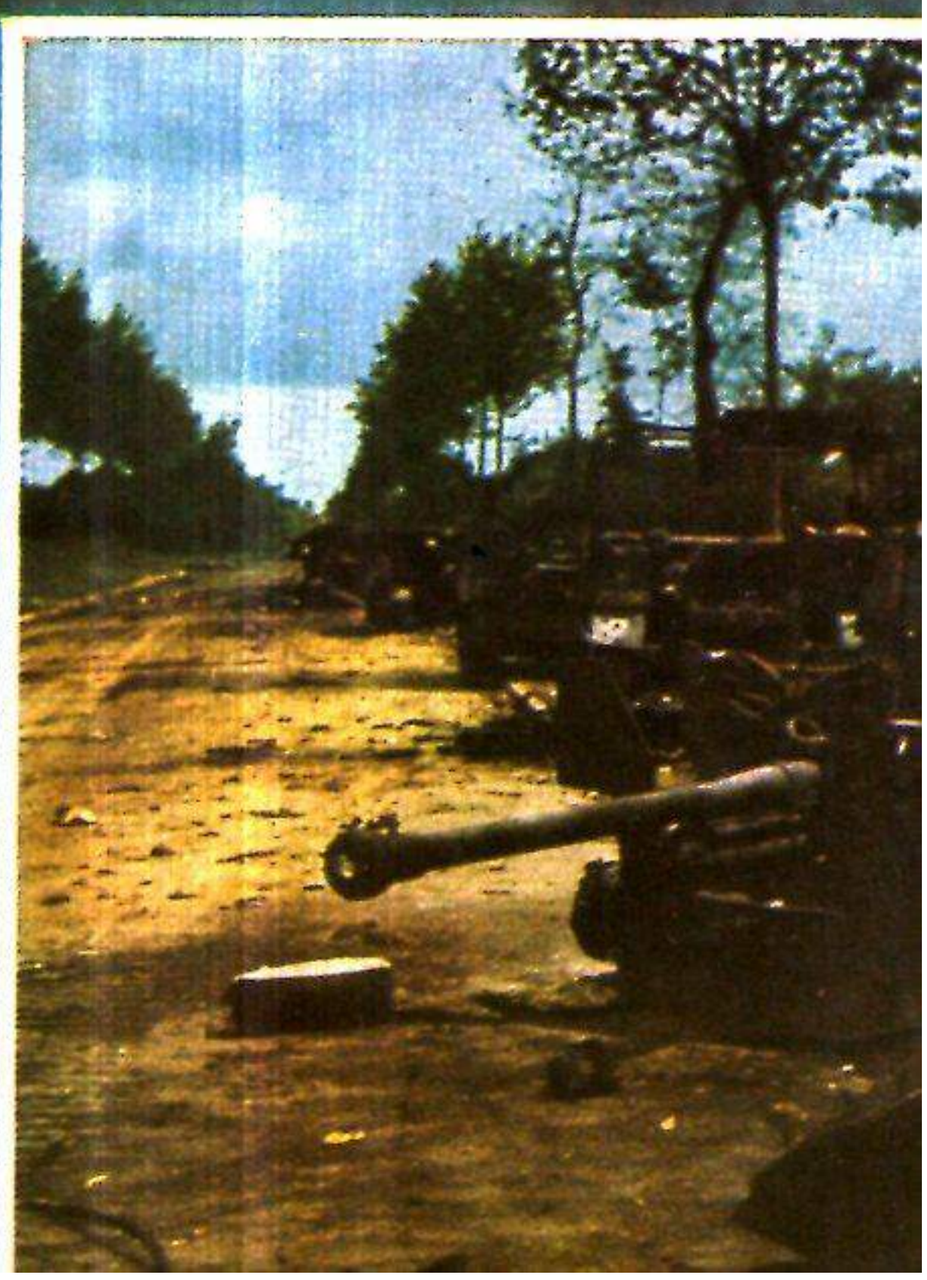
La distribución de la capacidad de transporte aéreo debía haberse efectuado de una manera radicalmente opuesta: mientras a los americanos en el sur se les asignaron generosamente desde el primer día, medios suficientes para trasladar sus tropas al frente, se programó un retraso de tres días para polacos y británicos, que luego, debido a los imponderables, se convirtieron en muchos más.

En la zona señalada por la compañía de reconocimiento del comandante Wilson, tomaron tierra solamente dos de las tres brigadas de la División 1. El día 18 correspondía el turno a la Brigada 4 de paracaidistas que mandaba sir John Hackett y el 19 a los hombres que estaban a las órdenes de Sosabowski. Tras la reunión oficial de mandos, poco

antes de subir a los aviones, «Shan» Hackett reunió a sus oficiales para decirles: «Éste era nuestro plan y ésas nuestras órdenes, ahora sólo queda que os olvidéis de todo ello. Vamos a enfrentarnos a un enemigo que reacciona con toda rapidez y dureza cuando siente una amenaza real. Desde ayer, desde el desembarco de las primeras fuerzas, han tenido los alemanes tiempo suficiente para descubrir nuestras intenciones. Lo que quiere decir que deben haber organizado perfectamente su resistencia. Lo más difícil de nuestra empresa y las pérdidas más elevadas no estarán al llegar a nuestro objetivo, sino en el camino para alcanzarlo». Acertó. La Brigada de Hackett no alcanzó su objetivo en las elevaciones del norte de Arnhem. Si al comienzo las tropas de Wilson habían desembarcado felizmente, luego los reveses se habían sucedido.

Las dos brigadas de la División 1 aerotransportada que mandaba el general Roy Urquhart habían llegado bien, tanto los planeadores como los paracaidistas. Un batallón al mando del teniente coronel John Frost se puso inmediatamente en marcha hacia el objetivo señalado, que se encontraba a unos 10 kilómetros de distancia: el puente. Al principio el avance sólo fue acompañado por el ▷

Carros y piezas de artillería aliados destruidos en las carreteras de Normandía. Al extenderse los avances aliados desde las cabezas de puente, las tropas alemanas pudieron sumar algunos contragolpes aislados. A primeros de septiembre los alemanes se encontraban en franca retirada, lo que indujo a una falsa subestimación de su capacidad de lucha y al fracaso de la operación «Market Garden».



júbilo de los holandeses. Pero después se desató el infierno.
El mando alemán, que no había sacado ninguna consecuencia de los bombardeos, se sintió al fin alarmado y, al menos a nivel medio, reaccionó como había profetizado John Hackett. La noticia de que a un par de kilómetros de donde se encontraba habían desembarcado unidades aliadas, puso inmediatamente en movimiento al mariscal Model, quien en las prisas hasta perdió un maletín con sus objetos de uso personal; el mariscal estaba convencido de que aquel golpe dado por los Aliados no tenía otro objetivo que el de secuestrarle.
Los oficiales de las SS reaccionaron de acuerdo con las circunstancias. «El enemigo se encuentra allí donde suena el fragor del combate» (Bittrich), fue la consigna con la que lanzaron sus unidades contra un enemigo surgido de manera tan sorprendente. El batallón de Frost logró alcanzar la parte norte de acceso al puente, pero al atardecer se encontraba ya a la defensiva, incapaz de avanzar hacia el sur, de vencer la resistencia que ofrecían los edificios cercanos o de establecer comunicación con la unidades de retaguardia. Y lo peor de todo era la desaparición del jefe de la División.
Un accidente técnico había colocado al general Urquhart en una situación penosa: la radio que le mantenía en contacto con Frost y las unidades de retaguardia, no funcionaba en aquella zona de grandes edificios. Cuando el general se decidió a avanzar se encontró de pronto en medio de las tropas alemanas y no tuvo más remedio que huir y esconderse en una buhardilla durante 36 horas.
Las unidades de las SS se fueron fortaleciendo sobre la marcha con blindados y piezas de artillería. También el mariscal Model se repuso pronto del susto, solicitando refuerzos al comandante en jefe del Ejército Oeste, mariscal Rundstedt. Y los refuerzos llegaron.

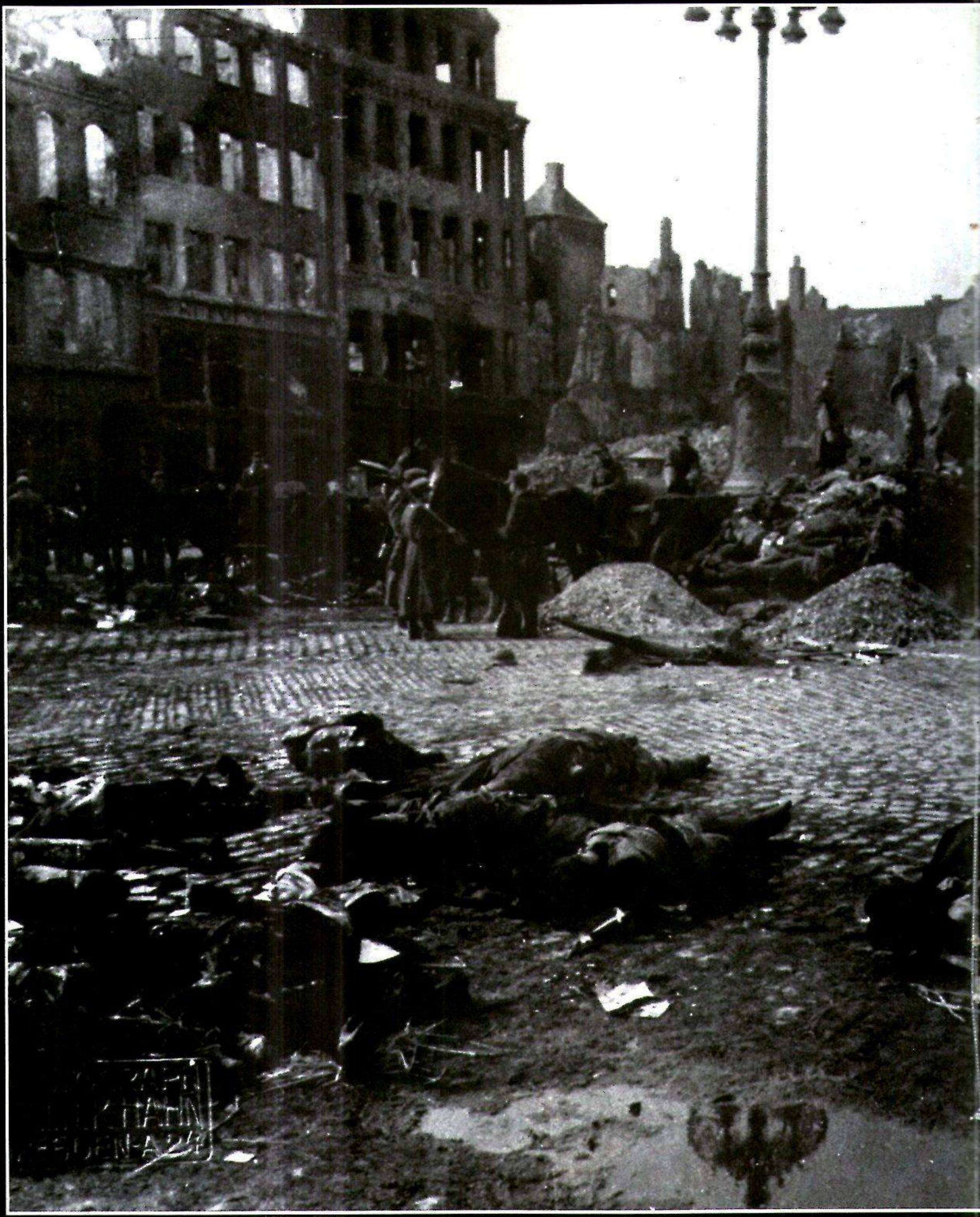
El desastre provocado

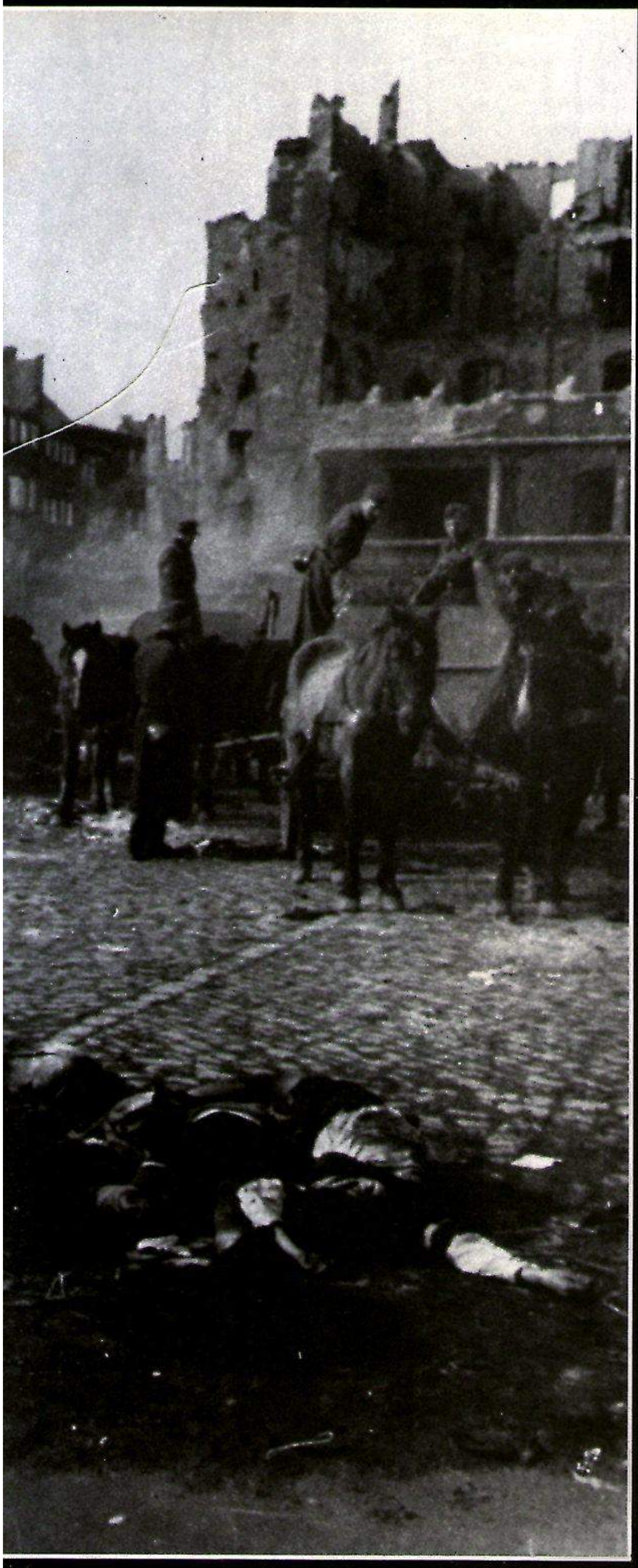
Cuando el general Hackett desembarcó la tarde del 18 de septiembre en el territorio previsto, apenas si su brigada acababa de expulsar al enemigo tras una dura lucha a bayoneta calada. Pese a lo caótico de la situación, las tropas emprendieron el descenso. El general, que se dedicó antes que nada a buscar el bastón de paseo que había perdido durante el descenso, hizo durante la marcha algunos prisioneros, «pese a que yo tenía mucho más miedo que ellos». Poco después se encontró con Charles Mackenzie, jefe del Estado Mayor del general Urquhart, y las novedades que éste le comunicó aumentaron sus temores:
El jefe de la División había desaparecido, el brigadier Hicks –según sir John «un buen soldado pero con poca imaginación»– se había hecho cargo del mando. Frost continuaba sin poder moverse de la posición que alcanzara en el puente. Y hubo de desprenderse de un batallón de su brigada para ayudar a Frost a seguir adelante. Con espanto comprobó que todos aquellos grupos estaban actuando sin coordinación alguna; cada uno por su lado, los jefes de los cuatro batallones trataban de ganar terreno durante la noche en un territorio urbanizado en el que se encontraban importantes unidades enemigas. «Ello equivalía a provocar el desastre». De hecho a Frost no le llegó ningún refuerzo.
En la ciudad, ardiendo por los cuatro costados, se luchaba casa por casa. Con completo desconocimiento de la situación, los aviones siguieron transportando más paracaidistas que se lanzaban detrás de las líneas alemanas. En el puente los soldados de Frost rechazaron el ataque de un destacamento alemán de exploración mandado por el recién condecorado Gräbner, empeñado en abrirse paso desde el sur. Gräbner murió en la refriega. Los hombres de Frost habían esperado ver aparecer otros vehículos por el puente. Según el plan de Montgomery, en dos días el Cuerpo de Ejército XXX a la cabeza de los blindados debía abrirse paso hasta el puente de Arnhem. Pero tampoco marchaban bien las cosas entre Eindhoven y Nimega: los lanzamientos se efectuaron con toda normalidad pero los carros no lograban ganar terreno; la vanguardia sólo tenía ante sí dos caminos: uno pantanoso e intransitable, y otro formado por una estrecha carretera imposible de abandonar más tarde. ¿Qué podía hacer el más poderoso ejército en una situación parecida, cuando su punta de lanza debía avanzar «por la anchura de un carro»? Algunas posiciones fortificadas con piezas de artillería hubieron de ser tomadas tras combates inacabables. Hasta el 20 de septiembre no consiguió la vanguardia de los blindados llegar hasta el puente del Waal en Nimega, y esto con grandes sacrificios y pérdidas, mientras muy al oeste los paracaidistas americanos, bajo el fuego concentrado de la artillería, cruzaban el río en balsas. Los sitiados de Arnhem debían continuar esperando. El 19 de septiembre se decidió el general Urquhart a abandonar su escondite en la buhardilla. Inmediatamente se dio cuenta de que su diezmada División no estaba en grado de cumplir la misión que se le había encomendado: la ocupación de Arnhem hasta las elevaciones del norte. También se dio cuenta de que era demasiado tarde para coordinar una operación con Frost y acabar la conquista del puente. El resto de la División se mantenía en una cabeza establecida en las inmediaciones de Oosterbeek, en la orilla norte del Bajo Rhin. Un poco al sur estaba programado que se lanzaran el 19 de septiembre los paracaidistas polacos del general Sosabowski, cosa que debido a las inclemencias del tiempo hicieron el día 20. Era un día con nubes bajas; el nutrido fuego de las baterías antiaéreas alcanzó a los aviones de transporte y el lanzamiento de los 3000 hombres selectos se convirtió en un sangriento desastre. Sólo 50 pudieron unirse a las fuerzas de Urquhart. Esa misma tarde los efectivos de Frost, unos 600 hombres, quedaron reducidos a 140; el propio teniente coronel resultó gravemente herido. Por la noche únicamente se mantenía en el puente un pequeño grupo, que se rindió 3 días después, tras haber disparado el último proyectil.

Se cierra la puerta del fin de la guerra

En la tarde del 25 de septiembre las primeras unidades del Cuerpo de Ejército XXX estaban frente a Oosterbeek, en la orilla sur del Bajo Rhin. Por la noche el grupo de supervivientes de la División 1 se pasó a la orilla meridional cruzando el río a nado o en balsas. De los 10.000 paracaidistas lanzados sobre Arnhem apenas quedaban 2400.
En medio de aquella carnicería aún hubo un gesto humanitario: en la noche del 21 de septiembre los escuchas alemanes captaron la llamada radiofónica del médico de la División británica, coronel Warrack, en la que decía: «Tenemos muchos heridos. Nos faltan agua y medicamentos». En consecuencia, el general de las SS Bittrich dio orden de que se hiciera todo lo posible para salvar a los heridos británicos. En opinión de Winston Churchill: «La batalla ha terminado con una gran victoria. Sólo la División que inició la lucha, llamada a sufrir el mayor desgaste, ha sido destruida».
Pero lo decisivo de esta operación no era la conquista de uno de los varios puentes, sino la conquista del puente de Arnhem que debía conducir a un desenlace rápido de la guerra. El que no pudiera realizarse la ocupación del puente de Arnhem como estaba programado cambió con gran probabilidad el curso de la historia. □

De haber podido mirar a los ojos de sus víctimas, mujeres y niños, los pilotos hubieran sido incapaces de lanzar su mortífera carga. Pero el anonimato del dolor y de la muerte que provocaban, hizo posible su horroroso cometido.





Dresde, febrero de 1945: los soldados retiran de entre los escombros las víctimas del bombardeo de la noche del 13/14. Muchos cadáveres no pueden ser identificados, de otros sólo quedan restos. Para millares de personas su huida de los rusos ha concluido aquí; donde creían haber encontrado refugio, han hallado la muerte.

Wolf Heckmann

EL HORROR DE LOS BOMBARDEOS

Hay palabras que resumen por sí solas el horror de toda una guerra: Verdun, tumba de una generación; Dresde, símbolo de la destrucción y el desamparo. En la Gran Guerra fueron los gases, en la segunda Guerra Mundial los bombardeos nocturnos. Todavía hoy la palabra «guerra» evoca para muchos el recuerdo de las sirenas, de las explosiones, de las casas en llamas, de los gritos, de los motores de los bombarderos. La guerra contra la población civil es uno de los capítulos más tenebrosos de crueldad y miseria de la historia de nuestro siglo.

El mariscal Hermann Göring, después de Hitler sin duda la personalidad más conocida del III Reich, se convirtió a lo largo de 1943 en el hombre más mentado de toda la cuenca del Ruhr. Las gentes se acordaban de él mientras los bombarderos de la RAF destrozaban noche tras noche las instalaciones industriales y, en pleno día, las fortalezas volantes americanas y los *Liberator* lanzaban sus bombas con admirable precisión contra los centros de producción y los nudos de comunicaciones. El pueblo, medio aturdido y sin apenas dar fe a sus ojos, veía convertirse todo en escombros y cenizas. En medio del temor de los ataques continuos de la aviación le venían a la memoria las palabras pronunciadas por el mariscal poco antes de empezar la guerra:

«...he quedado convencido de la eficacia de las medidas tomadas para la defensa de la cuenca del Ruhr contra posibles ataques aéreos. De ahora en adelante me voy a preocupar personalmente de cada batería, porque no vamos a consentir que ningún avión enemigo arroje una sola bomba sobre el Ruhr» (9 de agosto de 1939).

Cierto que el poderoso ministro y jefe de la *Luftwaffe* no podía prever entonces que sus palabras no tardarían en ser sometidas a prueba por un enemigo de la capacidad industrial, del empuje y el *know how* de los EE UU. Pero no debería haber ignorado que Inglaterra –como enemigo no tan inverosímil– desde largo tiempo atrás disponía de una flota estratégica de bombarderos.

El convencimiento británico de la eficacia de las ofensivas aéreas procedía de los años 1915-18. La tremenda sensación ante la posibilidad de que los zeppelines y, más tarde, los para entonces gigantescos «Gothas» pudieran bombardear Londres, mientras las tropas de tierra participaban en una batalla tan sangrienta como inútil, había regido la planificación de la estrategia británica durante las últimas décadas. Comparada con los miles de bombarderos de la aviación alemana, la capacidad ofensiva de la RAF era muy pobre: unos 300 bimotores *Blenheim, Wellington* y *Hampden* y unos 100 viejos *Whitley,* constituían toda la flota aérea inglesa al empezar la guerra. Durante el primer año de la contienda, las dos partes pusieron especial cuidado en no causar víctimas entre la población civil para no despertar la compasión hacia el contrario; frente a más débiles enemigos, sin embargo, el III Reich había dado pruebas de que, llegado el momento, las consideraciones humanitarias carecían de importancia. Al no capitular los comandantes en jefe con la deseada rapidez, Varsovia y Rotterdam fueron bombardeadas produciéndose muchas bajas entre la población civil. La mayor parte de los aviones ingleses, que al principio de la guerra sobrevolaban territorio alemán, no llevaban siquiera bombas a bordo. Se limitaron a arrojar hojas volantes y pronto fueron calificados irónicamente por la propaganda nazi como «bombarderos de confetti». Pero precisamente estos vuelos sin fruto aparente fueron los que más seguridad aportaron para los sucesivos de las escuadrillas de bombarderos. En septiembre de 1939 dejaron de volar los «bombarderos de confetti» como consecuencia de los éxitos alemanes en el frente del Este –«mientras Polonia arde y sangra, bombardeamos nosotros Alemania con nada tan mortífero como el último discurso radiofónico de mister Chamberlain», escribió un periodista– volviendo a volar los bimotores sobre Alemania durante los meses de invierno. En las peores condiciones meteorológicas las tripulaciones penaban por profundizar en territorio enemigo mientras la tormenta sacudía sus aviones, que no podían elevarse por encima, medio helados en la cabina y al borde del desmayo por las deficiencias del sistema de oxigenación. Trozos de hielo se estrellaban contra el cristal de la cabina, los mandos quedaban bloqueados y el aparato perdía impulso. En las fábricas británicas continuaban produciéndose sobre todo cazas, con objeto de mantener el dominio del aire y la defensa de las islas; pero la experiencia de los «bombarderos de confetti» encontró el adecuado eco sobre la mesa de trabajo de los ingenieros que empezaban a planear la ofensiva aérea. El 8 de enero de 1941 realizó su vuelo de prueba el cuatrimotor *Lancaster,* perfecto bombardero para todas las condiciones atmosféricas y ruina de las ciudades alemanas.

«Blitz» sobre Londres

En la noche del 24 al 25 de agosto de 1940 cayeron las primeras bombas alemanas sobre la ciudad de Londres, causando víctimas entre la población civil y destruyendo, entre otras, la iglesia de San Giles. Este ataque debería considerarse como el error de más graves consecuencias de la historia. Porque los diez bombarderos que realizaron el ataque debían haber bombardeado en realidad los depósitos de petróleo y las refinerías del puerto del Támesis: un objetivo militar sin población civil. El error marcó un cambio. Al caer, las bombas pusieron en marcha un mecanismo que terminaría convirtiendo en ruinas algunas ciudades inglesas y la mayor parte de las alemanas. A la noche siguiente volaron en dirección a Berlín 81 *Wellington* y *Hampden.* Su misión continuaba siendo bombardear únicamente objetivos militares y, en caso de no conseguirlo, volverse a casa con las bombas. De hecho 22 bombarderos regresaron con su carga, pero el resto se deshizo de ella.

Por entonces se consideraba como un gran acierto cuando, durante los bombardeos nocturnos y horizontales, sin luz lunar, las bombas caían en un radio de 8 km del objetivo. En consecuencia también en Berlín se registraron muertos entre la población civil.

El 2 de septiembre ordenó Hitler el comienzo de los bombardeos día y noche contra la zona de Londres. A sus más íntimos colaboradores les expresó su confianza en que con la destrucción de la metrópoli terminaría tambaleándose el Imperio: «Cuando ocho millones de personas pierden los nervios, pueden conducir a una catástrofe total...»

En los años 1940/41 murieron en Inglaterra víctimas de las bombas alemanas unos 43.000 civiles, de ellos 30.000 en Londres. Pero los ocho millones de la gran capital no perdieron los nervios; al contrario, Churchill se dio cuenta de que el «Blitz» –el ataque relámpago– alemán era la demostración perfecta de lo que puede conseguirse con bombardeos indiscriminados: una mezcla de bombas explosivas e incendiarias. Únicamente cuando una alfombra de bombas incendiarias cae sobre una zona urbana cuyas casas han quedado sin techos ni ventanas debido a las explosivas, arde por los cuatro costados la zona en cuestión, con un fuego aniquilador. También obtuvo la experiencia de las bombas de explosión retardada, que más que cualquier otra arma mantenían en jaque un área considerable de terreno durante mucho tiempo.

Un símbolo de la inquebrantable moral de los ingleses fueron los grupos de voluntarios que se formaron precisamente en las zonas más castigadas, para desmontar las bombas de explosión retardada. Uno de tales grupos lo formaron el conde de Suffolk, su secretario particular y su chófer: entre los tres lograron quitar la espoleta a 34 bombas, con la 35 saltaron por los aires. Más tarde, realizaron este trabajo en Alemania los presos comunes y los internados en los campos de concentración, a los que se prometía la libertad una vez que hubiesen desmontado un número determinado de bombas.

Aún hoy se sigue discutiendo sobre quién comenzó los «ataques terroríficos». Puede responderse diciendo que si los ataques a Berlín y Londres no constituyeron el precedente de los bombardeos incendiarios sino la aspiración de lograr que ocho millones de personas perdieran los nervios, el viento desencadenado en Londres, Co-

Destructores «Me 110» contra fortalezas volantes. Las pérdidas americanas frente a los destructores y cazas alemanes al empezar la ofensiva contra Alemania fueron tan altas, que los Aliados suspendieron los ataques aéreos diurnos durante algún tiempo. Se reanudaron de nuevo al disponer del «P-51 Mustang», caza capaz de acompañar a los bombarderos en sus largos desplazamientos.

ventry y otras ciudades degeneró en la tormenta que azotó a Alemania, con la cruel culminación de Hamburgo y Dresde. Excesos de una progresión criminal.

La opinión pública inglesa, tras los meses de «Blitz» del año 1941, comenzó a exigir una respuesta adecuada. Pero, al contrario de los bombarderos alemanes, los *Wellington* y *Blenheim* no sólo tenían que cruzar el Canal, sino que la distancia ulterior impedía sus acciones. Además de que los sistemas de comunicación por radio de la época resultaban absolutamente inútiles cuando se trataba de alcanzar objetivos a tan gran distancia; por lo que, comparados con los alemanes, los ataques ingleses carecieron de importancia. Sin embargo, a principios de 1942 aparecieron en el escenario de la guerra un hombre y un avión llamados a cambiar aquel estado de cosas: el mariscal del Aire A. T. Harris y el *Avro Lancaster*.

«Bombardero» Harris había mandado ya en los años 20 una escuadrilla de caza y, por naturaleza y vocación, era partidario de llevar los ataques con la máxima precisión. No se le puede responsabilizar de haber iniciado los bombardeos a baja altura; ya antes de su aparición los practicaban los alemanes sobre el territorio británico. La resolución de Londres fue tomada no sólo como represalia; tenía otros objetivos:

- los ataques diurnos se habían saldado con grandes pérdidas. Técnicamente parecía imposible formar escuadrillas de bombarderos escoltadas por cazas, dadas las grandes distancias;
- el tanto por ciento de los objetivos alcanzados durante los bombardeos nocturnos era tan exiguo, que se imponían los vuelos a baja altura como única garantía;
- tras la entrada de los EE UU de Norteamérica en guerra, los Aliados habían decidido pisar en su día territorio continental: los bombardeos constituían el único medio de debilitar a Alemania. Lo único que durante mucho tiempo podrían hacer desde sus islas los ingleses era bombardear.

Harris, además, era un hombre que cuando le marcaban claramente unos objetivos, se lanzaba a su consecución sin consideraciones de ninguna clase. Estaba completamente convencido de que podría lograr por medio de las bombas que el III Reich pidiera negociaciones de paz, sin necesidad de desembarcar un solo soldado y, pese a que Inglaterra había demostrado bajo el terror de los bombarderos alemanes que lejos de decaer aumentaba la moral popular. Replicaba que un pueblo, regido por la dictadura, tiene que ser más fácil de derribar que nosotros.

En el transcurso de la guerra se fue convirtiendo en un cínico. Por los días en que la ofensiva aérea se encontraba en su punto álgido le detuvo un policía por conducir a más de 145 km/h por las calles de Londres. Harris mostró al policía una placa que le autorizaba a circular sin necesidad de observar límite alguno. «Pese a todo, señor –le dijo el policía– a esa velocidad puede usted matar a alguien».

«Para eso me pagan, para que mate gente», replicó Harris.

Cuando Harris tomó posesión de su cargo el 23 de febrero de 1942, el ambiente en el Mando de bombarderos era más bien malo. Las dotaciones sabían de sobra que con sus vuelos no estaban contribuyendo mucho a la guerra contra Alemania. Las otras armas, sobre todo la Marina, a la vista de los fracasos obtenidos, aprovechaban para reducir en lo posible la ya escasa flota de 375 bombarderos. La opinión pública se hallaba desalentada y en el Parlamento se produjo un tumultuoso debate de dos días al conocerse la noticia de que los buques de guerra alemanes *Scharnhorst, Gneisenau* y *Prinz Eugen* habían logrado cruzar el Canal sin daño alguno el 12-II-1942. ¿Qué podrían lograr esos bombarderos en vuelos nocturnos sobre Alemania, cuando no habían logrado en pleno día interceptar unos buques tan gigantescos desfilando ante sus propias narices?

Lo que necesitaba Harris para poder cumplir su cometido era un éxito espectacular. No sólo Inglaterra, también el nuevo aliado americano debía quedar convencido de que era posible llevar a cabo una ofensiva aérea contra Alemania. Hizo números. Reuniendo todos los aparatos disponibles, incluso los que servían de escuela y entrenamiento, podía llegar a 1000 bombarderos. Ganado por la magia del número, Harris se dedicó desde entonces a preparar el «Plan de los 1000 bombarderos».

La noche del 31 de mayo de 1942 atacaron Colonia casi 1000 bombarderos británicos. Entre las 20,47 y las 2,25 arrojaron 884 bombas explosivas –de ellas 23 de explosión retardada– y 110.565 bombas incendiarias. Murieron 747 personas y 5027 resultaron heridas. Igualmente sufrieron daños 3420 viviendas y 2241 fábricas y talleres. De una u otra manera sufrieron las consecuencias del bombardeo 45.132 personas. Quedó interrumpido el abastecimiento de agua, luz y gas. Durante una semana los transportes urbanos quedaron cortados y el ferroviario durante muchos más días.

Los atacantes perdieron 44 aviones y, de primeras, ignoraron la importancia de los daños causados. Los aviones de reconocimiento no pudieron obtener foto alguna a la mañana siguiente porque sobre la ciudad se elevaba una inmensa nube de polvo y humo de hasta 4500 m de altura. Hasta entonces los ingleses habían realizado 106 vuelos contra Colonia sin grandes resultados. Posiblemente Harris había sido el primer comandante general en la historia de la guerra que había alineado para una ofensiva a todos sus efectivos disponibles.

Matar racionalmente

Lo que para una parte había de constituir una de las más crueles tragedias de la historia de la humanidad: 590.000 muertos en toda Alemania entre la población civil, en su mayoría ancianos, mujeres y niños: destrozados, asfixiados, quemados, se presentó, en principio, para la otra, como un problema de organización. Y una vez que se logró orden en este aspecto, unos hombres ambiciosos, capaces y trabajadores se dedicaron a planificar la muerte de la manera más racional posible.

Los 1000 bombarderos que atacaron Colonia tuvieron que despegar de 53 bases diferentes del sur de Inglaterra, reunirse en grupos y dentro de los 98 minutos siguientes cruzar un punto previamente establecido para arrojar sus bombas sobre el objetivo. Pese a todo, sólo se produjeron dos colisiones en el ataque contra Colonia: una sobre el objetivo y otra al aterrizar en la base.

Más de la mitad de los 1000 bombarderos estuvo integrada por los bimotores *Wellington,* así como 71 *Hampdens* y 23 *Whitley;* pero la revelación la constituyó un nuevo tipo de bombardero que en los años siguientes sería decisivo y cuyo rugido se convertiría en la pesadilla nocturna de las ciudades alemanas: el *Avro Lancaster* con cuatro motores Merlin, un bombardero para grandes distancias.

Los 67 *Lancaster* que tomaron parte en la operación contra Colonia se encargaron de transportar las pesadas minas de 1,8 toneladas y 41.662 bombas incendiarias. Con el tiempo serían arrojadas sobre Alemania las especiales «bombas-terremoto» de 10 toneladas de peso y minas giratorias. Este avión, concebido en principio como bimotor *Manchester* y transformado entre 1940/41 en cuatrimotor para llevar a cabo vuelos a gran distancia, se convirtió en el bombardero típico de la RAF. A las dotaciones les gustaba por su capacidad de resistencia. Los pilotos decían: «Te pueden volar tres cuartas partes del avión y con lo que queda tienes suficiente para volver a casa».

Se fabricaron 7000 *Lancaster:* una cantidad importante, sobrepasada, sin embargo, por otro modelo que en principio estuvo a punto de llevar a la bancarrota a sus fabricantes, pero que luego fue causa de su gran expansión: el *Boeing B17 Flying Fortress* («fortaleza volante»). De este aparato se fabricaron 12.731 ejemplares. De ellos 4750 se perdieron durante los combates. Todavía hoy los pilotos veteranos no ocultan su emoción al hablar del *B17.*

Entre junio y diciembre de 1942 sobrevolaron el Atlántico, rumbo a Inglaterra, 900 fortalezas volantes, que formaron el núcleo principal de la 8.ª Fuerza Aérea americana. Los americanos, a diferencia de sus aliados británicos, habían obedecido desde el principio al concepto de vuelos de precisión diurnos, en formación cerrada («bombardeos en alfombra»).

Si bien hasta el final de la guerra los dos aliados emplearon otros bombarderos en sus ataques contra las ciudades del III Reich –los ingleses, por ejemplo, el cuatrimotor *Halifax,* y los americanos el también cuatrimotor *Liberator* o el bimotor *Marauder–,* el nombre de aquéllos dos se convirtió en sinónimo del «Round the Clock», del ataque aéreo permanente: por la noche la ininterrumpida lluvia de bombas de los *Lancaster;* durante el día la acción aniquiladora de las fortalezas volantes *(B17).*

Esta división del trabajo se acordó oficialmente en la conferencia aliada de Casablanca. El objetivo de la ofensiva aérea se expuso así: «Progresiva perturbación y destrucción de la industria militar y de la estructura económica de Alemania; socavar la moral popular hasta el punto de acabar con gran parte de su capacidad de resistencia armada».

Casi sin el menor impedimento por parte de los bombarderos alemanes, que únicamente combatían entre el mar del Norte y África, y en el amplio territorio ruso, los británicos pudieron llevar a cabo una abundante producción de aviones. A esto hay que añadir la increíble maquinaria de los EE UU. Según dijo el presidente Roosevelt en diciembre de 1942, la producción mensual de los EE UU alcanzaba los 5500 aviones.

Los cazas nocturnos fueron los que al principio lograron mayores éxitos con-

tra los bombarderos en una aventura emocionante. De los 44 bombarderos perdidos entre los 1000 que bombardearon Colonia, 36 fueron derribados por ellos, con lo que completaron 600. Para septiembre de ese mismo año habían derribado 1000 y hasta marzo de 1943 por los menos 2000 bombarderos cuatrimotores. Cuando al principio los ingleses volaban en frente ancho, los cazas nocturnos –en su mayor parte bimotores tipo *Me 110* y *Ju 88*– esperaban en línea hasta que la radio de a bordo les hacía llegar las señales descubiertas por el radar de tierra: inmediatamente se lanzaban sobre los bombarderos descubiertos. Como respuesta a la táctica de las oleadas de bombarderos, los alemanes dotaron cada vez a mayor número de cazas con aparatos de radar, con lo que estaban en situación de hacer frente a los ataques enemigos.

Los cazas no tardaron en darse cuenta del punto débil del *Lancaster*: por debajo no tenía la menor defensa, al contrario del *B17*, frente al que los cazas no disponían de otra posibilidad que el ataque frontal. Los cazas picaban para volar por debajo del enemigo y abrían fuego en vuelo vertical con sus cañones de 20 mm sobre el depósito de carburante, entre el motor y el plano de sustentación. El resto del fondo lo dejaban sin tocar debido a que disparando a corta distancia, la explosión de la carga de bombas hubiera sido igualmente mortal para el atacante. Un suboficial alemán terminó por descubrir un sistema más cómodo de ataque: colocar los cañones verticalmente de manera que podían disparar volando en horizontal. Mientras los americanos organizaban su 8.ª Fuerza –hasta el año 1943 no contaron con gran cosa debido a que el teatro africano de operaciones exigía todos los bombarderos–, comenzaron a realizar los ingleses, junto a los ataques diarios a las ciudades alemanas, operaciones aéreas de precisión.

La más espectacular costó grandes pérdidas a la industria del Ruhr, además de causar 1000 muertos. Bombas giratorias lanzadas desde los *Lancaster* se desplazaron sobre el nivel de las aguas hasta chocar y averiar el dique del Möhne y el pantano del Eder, en Sauerland. La fuerza de las aguas lo arrasó todo por el valle del Ruhr hasta Essen. Durante todo el verano de 1943 la industria del Ruhr padeció carestía de agua y electricidad. De los 17 aparatos que realizaron el ataque 10 fueron derribados. La operación la dirigió uno de los oficiales más condecorados de la aviación británica: Guy Penrose Gibson, quien había dotado a los aviones de un aparato de radio de frecuencia modulada que dentro de un limitado radio de acción permitía comunicarse sin perturbaciones de ningún género.

En la madrugada del 27 de enero de 1943 se anunció por primera vez a las dotaciones americanas reunidas para la conferencia cotidiana: «Señores, hoy el objetivo se llama Alemania».

Llegan los «Mustangs»

Los once meses siguientes demostraron dos cosas:

- Que las escuadrillas americanas estaban en condiciones de bombardear los objetivos propuestos con una precisión hasta entonces desconocida. Por pequeñas que fueran las unidades, no dejaban de destruir fábricas, laboratorios, nudos de comunicaciones y estaciones de ferrocarril.
- Que incluso las fortalezas volantes –una escuadrilla de 18 de ellos contaba con una potencia de fuego igual a 200 ametralladoras concentradas sobre cada caza que se les enfrentara– no podrían volar sobre Alemania sin la protección de los cazas, so pena de sufrir pérdidas considerables.

Los cazas alemanes luchaban con el valor de los desesperados. Por primera vez se emplearon cohetes en la lucha aérea. Sobre todo los *FW 190* demostraron con su fuego aniquilador estar a la altura de las circunstancias.

El intento americano de adueñarse del cielo alemán conoció un fracaso sangrante. Sus crecientes pérdidas culminaron el 14 de octubre de 1943 con la catástrofe de Schweinfurt. De los 290 aviones que tomaron parte en el ataque a una fábrica de rodamientos, fueron derribados 60 y averiados 121. La ofensiva de los bombardeos cotidianos se interrumpió en buena parte como consecuencia de la baja moral de los aviadores.

Por entonces se había acordado ya realizar la invasión, que no podría tener éxito si antes no se lograba la supremacía aérea. Había que volver a los ataques diarios y la única fórmula válida para llevarlos a cabo consistía en que fueran acompañados por los cazas hasta el objetivo y regresaran con ellos. Desde hacía tiempo el problema técnico se venía considerando como insoluble: los cazas de escolta no sólo debían llevar grandes depósitos de carburante sino también, dado que tendrían que combatir durante todo el vuelo, una gigantesca carga de munición, sin por ello perder la agilidad de maniobra y la posibilidad de ganar alturas capaces de facilitarles la lucha con los *FW 190* y *Me 109*.

La respuesta fue el *P-51 Mustang* fabricado por los americanos. A partir de diciembre de 1943 el *P-51* comenzó a aparecer cada vez con mayor abundancia al lado de los cuatrimotores que volaban sobre Alemania. Y no tardaron mucho en decidir la victoria a su favor.

Entre tanto el mando de bombarderos británico se había decidido a seguir con todas las consecuencias el camino acordado. Camino que llevó a la culminación conocida por los ingleses con el nombre de «Gomorrha», nombre verdaderamente simbólico y que para siempre permanecerá unido a ellos. Fue la operación que convirtió Hamburgo en un montón de ruinas humeantes, causando de paso y en una vez tantos muertos como el conjunto de vuelos alemanes contra Inglaterra.

Así se inició una nueva fase de la guerra entre científicos y especialistas. Desde tiempo atrás los ingleses conocían el medio de inutilizar todas las defensas de radar enemigas: con nubes de tiras de estaño lanzadas desde los aviones, cuyo brillo se reflejaría en las pantallas de radar facilitando una abundante serie de señales, camuflada por las cuales podría volar toda una flota de bombarderos. Los ingleses dudaron durante mucho tiempo sobre la oportunidad de su empleo. Temían que Alemania acabara derrotando a Rusia, y entonces volvería toda su aviación contra Inglaterra: batalla de desenlace imprevisible si los alemanes disponían a su vez del sencillo secreto de cómo inutilizar el radar.

A mediados de 1943 estaba claro que ese peligro ya no existía. En la noche del 24 de julio las pantallas del radar alemán denunciaron la presencia de aviones enemigos. Poco después cada signo, hasta entonces característico del vuelo de un solo aparato, se multiplicó en inumerables signos. Escondidos detrás de las nubes de estaño volaban 740 bombarderos de la RAF en dirección a Hamburgo. La mayor parte llevaba a bordo una poderosa carga de bombas explosivas e incendiarias. El vuelo lo realizaron sin tener que vencer grandes impedimentos por parte de los cazas o de las baterías antiaéreas.

En varias oleadas desencadenaron un torrente de fuego, en el que fueron arrastrados entre llamas niños de la mano de sus padres y sepultados pesados vehículos de transporte. Durante los dos días siguientes pequeñas escuadrillas de la 8.ª Fuerza Aérea americana se dedicaron a impedir los trabajos de auxilio y las dos noches siguientes continuaron operando alrededor de 750 bombarderos de la RAF. Sobre la desgraciada ciudad se formó un cúmulo de nubes de polvo que podía observarse por los aviones meteorológicos desde Berlín. A muchos distritos sólo pudieron llegar los equipos de auxilio después de varios días. El 70 % de las víctimas murieron asfixiadas a causa del monóxido de carbono.

Todos los sistemas de defensa resultaron inútiles. La gente murió asfixiada lo

Una testigo pintó estos cuadros sobre los bombardeos de Berlín: 1 de marzo de 1943 (vista desde un balcón de la Hohenzollernplatz), 2 de diciembre de 1943, los dos cuadros inferiores. El rápido con los soldados que acababan de disfrutar de permiso debía partir para el frente. Las llamas que iluminan la estación, y que se podían contemplar desde Francfort/Oder, retrasaron la salida cerca de 4 horas.

mismo en los bunkers construidos a prueba de bomba que en las bodegas habilitadas como refugios. La mayor parte como en otras muchas ciudades, no aprovecharon la oportunidad de huir antes de que el fuego cobrara características de huracán.

En la primera mitad de 1944 decidieron los americanos la batalla aérea sobre Alemania con dos golpes maestros. La 8.ª Fuerza mandada por el general Spaatz apareció todos los días debidamente escoltada por los cazas, sobre el territorio del Reich. Con los progresos realizados por los Aliados en Italia, comenzó también a participar desde allí, cada día con más fuerza, la 15.ª Fuerza Aérea estadounidense.

El 20 de febrero empezó el «Big Week» –la «gran semana»– de la ofensiva aliada. Utilizando 1000 bombarderos los americanos se dedicaron a destruir buena parte de las instalaciones de las fábricas de aviación, mientras la RAF, por la noche, daba muerte a los trabajadores y a sus familias o, al menos, destruía sus viviendas. Con increíble energía los alemanes trasladaron a subterráneos y túneles la producción de aviones y, movilizando todas las fuerzas, lograron reanudarla en un tanto por ciento desconocido. El segundo gran golpe de los americanos estuvo dirigido contra el abastecimiento de petróleo. Las bombas destruyeron los campos petrolíferos de Ploesti e hicieron imposible el transporte de carburante por el Danubio; y, por si fuera poco, destruyeron también gran parte de los laboratorios químicos del Reich. Entre junio y septiembre se redujo la asignación de carburante a la Luftwaffe de 160.000 a 30.000 toneladas mensuales. Esto fue lo que salvó a la RAF, en el momento preciso, de conocer la derrota.

Porque entre tanto se había vuelto a invertir la relación y siempre en mayor número los bombarderos aliados comenzaron a ser víctimas de los cazas alemanes cada vez más perfectos. Tan sólo en la noche del 31 de marzo, de 700 bombarderos que atacaron Nuremberg, 95 fueron derribados sobre suelo alemán y 12 más cayeron sobre Inglaterra a consecuencia de los impactos recibidos.

Pero al empezar la invasión aliada en Normandía el 6 de junio, no existía la menor duda sobre quién dominaba el cielo de la «Fortaleza Europa». Hasta el final no concedieron ningún reposo los pilotos americanos a los laboratorios químicos alemanes. Y los ataques aéreos contra Alemania alcanzaron de paso el punto culminante de su crueldad.

Durante el primer semestre de 1944 creció la oposición en la opinión pública respecto a los bombardeos nocturnos a baja altura. El debate fue decidido por la propia Alemania cuando se encontraba en su punto más álgido. Con el lanzamiento sobre territorio británico de las *V-1* y *V-2* en junio de 1944, desprovistas de toda utilidad militar, las críticas sobre los bombardeos desaparecieron.

Sea cual fuere la valoración que se haga del pasado, la fase final de la ofensiva aérea aliada, la fase final de los bombardeos increíbles, no pasó de ser una carnicería tan brutal como inútil. En un ataque ininterrumpido de día y de noche, el 13 y 14 de febrero de 1945, escuadrillas americanas e inglesas estuvieron bombardeando la ciudad de Dresde, superpoblada de refugiados, convirtiéndola en un infierno, en el que perecieron según datos dignos de crédito unas 100.000 personas. Más que en Hiroshima con el lanzamiento de la bomba atómica.

Después de la guerra no se pudo averiguar quién había dado la orden de ese bombardeo. Existen fundadas sospechas de que muy bien pudo haber sido Churchill, que después de manera excesivamente llamativa quiso distanciarse de la operación. Posiblemente Churchill deseó subrayar de esta manera el acontecimiento de la conferencia de Yalta o durante ella prometió a los soviéticos en secreto una operación de este tipo.

En cualquier caso la orden sorprendió al mando de bombarderos. Así, por ejemplo, durante la conferencia anterior al vuelo no se pudo entregar a las dotaciones de los aviones las habituales fotos del objetivo realizadas previamente por aviones de reconocimiento. «La ciudad no figuraba en nuestra lista de objetivos», dijo el segundo de Harris, sir Robert Saundby. A las dotaciones tampoco les gustaba tener que volar 10 horas con los *Lancaster* bien cargados.

Debido a que por primera vez se iba a bombardear un objetivo cercano al frente ruso, se entregaron a los aviadores grandes banderas inglesas con la leyenda en ruso: «Soy inglés». Sin embargo, durante la conferencia táctica se advirtió que posiblemente los soldados soviéticos dispararían sobre cualquier militar extraño, portara o no la bandera británica, por lo que era aconsejable que, en caso de avería, se hiciera rumbo al oeste.

El mando había perfeccionado mucho la técnica de ataque. Antes de aparecer las grandes formaciones de bombarderos, surgían los encargados de marcar o iluminar el objetivo utilizando para ello no sólo los llamados «árboles de Navidad», sino también lanzando a poca altura bombas luminosas. Durante todo el ataque permanecía sobre el objetivo un «masterbomber», un guía de bombarderos, que tenía a su cargo el informar a todas las dotaciones a través de la radio sobre los detalles de la operación, mientras ésta se realizaba.

La agonía de Dresde

El «masterbomber» en su *Lancaster* y los *Mosquitos* encargados de marcar el objetivo llegaron sobre las 10 de la noche a Dresde. Cuando empezaron a caer las primeras bombas luminosas advirtió el «master»: «¡No caen donde deben!» Mientras consultaban sus mapas, los hombres de los otros aviones podían escuchar su respiración y hacerse cargo de su estado de ánimo. Al fin dijo con indudable alivio: «Está todo bien: pueden seguir su trabajo». Casi al mismo tiempo una voz nerviosa lanzaba un llamamiento desde radio «Horizont», la emisora que coordinaba la defensa antiaérea: «Están bombardeando la ciudad. ¡Compañeros, preparad arena y agua!»

La mayor parte de los «compañeros» no estaban en disposición de oírla. El 8 de febrero el Ejército Rojo había cruzado el Oder. Millones de fugitivos se encontraban en los caminos, unos 700.000 habían encontrado abrigo provisional en Dresde. Muchos de los campesinos de la Alemania oriental no sabían lo que significaban las sirenas de alarma. Y, por si fuera poco, no existían refugios suficientes para todos ellos.

El señalador principal arrojó una bomba luminosa sobre el centro de la zona del objetivo, en las inmediaciones del estadio; en ese momento vio cómo un tren abandonaba la estación de ferrocarril. Por encima de él, el «master» se convenció de que todas las señalizaciones habían sido hechas en el lugar adecuado. Inmediatamente dio orden a los *Mosquitos* de que volvieran a su base y a los bombarderos la de atacar todas las zonas señaladas por los fuegos rojos.

Eran las 22,12. Primero sacudieron la ciudad las bombas de 3,5 toneladas, abriendo techos y rompiendo ventanas. Como consecuencia de las bombas incendiarias que siguieron se desencadenó un infierno de fuego en toda la ciudad. Sobre este infierno se lanzaron los aviones de la segunda oleada. Un piloto dijo después que se había sentido avergonzado porque no les hizo frente ni un solo cañón. En el transcurso de la noche despegaron en toda Alemania 27 cazas. Los Aliados perdieron 6 aviones. Al día siguiente, volvieron a bombardear Dresde, que se encontraba en plena agonía, 1350 aviones americanos de los tipos *B17* y *B 24*. Prácticamente sin el menor impedimento, los cazas de escolta ametrallaron una y otra vez en vuelos rasantes a los aterrorizados vecinos que huían buscando salvación. Cuando después de muchos días se pudo entrar en la parte antigua de la ciudad, las autoridades, tras un somero registro de urgencia, ordenaron que se quemaran las pilas de cadáveres.

La línea de ferrocarril que según Churchill en sus «Memorias» fue el origen del ataque aéreo, apenas si sufrió daños y pudo reanudar el servicio algunos días más tarde.

Cuando se conocieron las proporciones de la tragedia, en Londres y Washington se desencadenó una ola de duras críticas. Al convencerse el premier británico de que en todo el mundo civilizado reinaba una gran indignación, dictó un memorándum que debía librarle de toda sospecha:

«Me parece que ha llegado el momento de preguntarse si hay que seguir bombardeando las ciudades alemanas sólo con objeto de aumentar el terror, si bien bajo otros pretextos... En mi opinión es más importante concentrarse en los puntos militares en lugar de extender el dolor y las ruinas, por más espectacular que pueda resultar esto último».

El jefe del Estado Mayor de la Aviación tuvo el valor personal de rechazar el memorándum. Tan claro estaba que en vísperas de la victoria Churchill intentó por todos los medios sentar plaza de inocente. Sin embargo no fue el único en declinar toda responsabilidad. Muchos lo hicieron, salvo «bombardero Harris». Pero en 1960 tuvo que defenderse contra Clement Atlee, convertido de pronto en defensor de los bombardeos de precisión. Harris: «La estrategia de los bombardeos masivos criticada por Atlee fue decidida por el Gobierno de Su Majestad al que él perteneció durante la mayor parte de la guerra (como viceprimer ministro). La resolución de bombardear las ciudades industriales se tomó y entró en vigor antes de que yo me hiciera cargo del mando de bombarderos».

Al parecer Atlee había intentado dar la impresión de que Harris en su tiempo fue el responsable de las decisiones estratégicas, al mismo tiempo que daba a entender que no demostró una gran competencia en el desempeño de su misión.

□

LEXICO DE LA II GUERRA MUNDIAL

El carro soviético tipo T-34 con su perfil característico.

T

T-34, carro soviético de tipo medio; peso: 26,3 t-32 t; potencia: 500 CV; velocidad: 53 km/h; autonomía (en carretera): 300/450 km; armamento: 1 cañón de 76,2-85 mm y 2 ametralladoras de 7,62 mm; dotación: 4 hombres. El prototipo se construyó en diciembre de 1939 y la construcción en serie empezó en junio de 1940. La aparición del *T-34* durante el otoño de 1941 constituyó una desagradable sorpresa para la *Wehrmacht* debido a que el nuevo blindado soviético resultaba muy superior en capacidad de fuego, movilidad y blindaje a los alemanes del tipo III y IV. Su superioridad técnica se basaba en su tracción Diesel, con la que ahorraba carburante, y en el ancho de sus cadenas especiales para nieve y barro; entre 1940 y 1945 se produjeron 40.000 unidades del *T-34*. En diciembre de 1943 apareció un modelo notablemente perfeccionado: el *T-34/85*, que hasta los años 50 prestó servicio como carro-serie de las fuerzas del Pacto de Varsovia.

Ta, desde el otoño de 1943 abreviatura del avión construido por el alemán Kurt Tank. El caza de gran altura *Ta 152*, un modelo perfeccionado del *Fw 190* empezó a producirse en serie a finales de 1944 y sólo muy pocos ejemplares del mismo entraron en acción. Con su velocidad máxima de 756 km/h a 12.500 m de altura superaba a todos los aliados de su clase. En cambio el bimotor *Ta 154* no llegó a entrar en combate. Su prototipo voló el 1-VII-1943 alcanzando 700 km/h. En total se fabricaron 10 prototipos.

Taifun (tifón), nombre dado a la operación ofensiva del Grupo de Ejercitos Centro –alemán– al mando del mariscal von Bock, en dirección a Moscú. Se inició el 2-X-1941 con 14 Divisiones blindadas, 8 motorizadas y 56 de Infantería en una línea de frente que iba desde el sur de Smolensk hasta Orel. Tras una serie de éxitos iniciales, las fuerzas atacantes hubieron de detenerse agotadas. La contraofensiva soviética iniciada el 6-XII-1941 y el invierno, para el que no estaban preparadas las tropas alemanas, obligaron al Grupo de Ejércitos Centro a retirarse, sufriendo grandes pérdidas.

Arthur William Tedder

Taiho, portaaviones japonés. Entró en servicio el 7-III-1944. Desplazamiento: 29.300 toneladas; velocidad 33 nudos; armamento: 12 cañones de 100 mm y hasta 74 aviones. El 1-IV-1944 el *Taiho* pasó a formar parte de la llamada «escuadra móvil». El 19-VI-1944 durante la batalla de las Filipinas el *Taiho* fue alcanzado y hundido por los torpedos del submarino americano *Albacore*.

Tarento, capital de la provincia italiana de su nombre. Puerto comercial y de guerra. En 1940 contaba con 120.000 habitantes. En la noche del 11 al 12-XI-1940 bombarderos del portaaviones británico *Illustrious* atacaron las unidades de la flota italiana ancladas en el puerto torpedeando los buques de guerra *Littorio, Caio Duilio* y *Conte di Cavour* –Operación «Judgement»–. El *Cavour* se hundió y aunque más tarde fue rescatado, no volvió a entrar en servicio. Tarento fue ocupada por las tropas británicas el 9-IX-43.

Tedder, Arthur William, mariscal británico. Nació en Glenguin (Escocia) el 11-VII-1890 y murió en Banstead (Sur de Inglaterra) el 3-VI-1967. Director del departamento de operaciones y observación del Ministerio del Aire británico. Más tarde subjefe de la RAF en Oriente Medio, ascendido a jefe con el grado de mariscal en otoño de 1942. A finales del 1943 subjefe del Estado Mayor de la RAF; en la primavera del 43 jefe de las unidades aéreas angloamericanas en el Mediterráneo. Desde enero de 1944 hasta la terminación de la guerra, segundo de Eisenhower y después jefe del Estado Mayor de la RAF. Pasó a la reserva a finales de 1949.

Teherán, capital de Persia (Irán). Entre el 28-XI y el 1-XII-1943 fue sede de la conferencia de su nombre en la que por primera vez se reunieron Roosevelt y Churchill con Stalin. Se establecieron los acuerdos referentes a la Línea Curzon como frontera oriental polaca en perjuicio de Alemania; se logró un acuerdo de principio sobre la división de Alemania y Stalin fue informado sobre la operación «Overlord». Turquía debía ser ganada para los Aliados antes de acabar el año. Stalin pidió cuatro millones de alemanes para la reconstrucción de la Unión Soviética y que Alemania fuera desindustrializada.

Tempest, caza monoplaza y cazabombardero de la fábrica Hawker, continuador del *Typhoon* presentado el 2-IX-1943.

El acorazado «Tennessee» durante la operación contra Okinawa. En primer plano, bote de desembarco.

Unidos por el espíritu de Teherán marchan ingleses, rusos y americanos (cartel ruso).

Desde junio de 1944 la mejor arma británica contra las V1 y el caza a reacción *Me 262 «Schwalbe*. Características del *Tempest* V, 1.ª serie: propulsión: 1 motor de 2180 CV; velocidad máxima: 710 km/h a 6000 m de altura; autonomía: 1200 km; techo operativo: 11.000 m; armamento: 4 cañones de 20 mm y dos bombas de 454 kg o bien 8 cohetes de 27 kg.

Tennessee, acorazado americano. Entró en servicio el 3-VI-1920. Desplazamiento: 32.300 toneladas; velocidad: 21 nudos; eslora: 190,4 m; manga: 29,7 m; dotación: 1840 hombres; armamento: 12 cañones de 356 mm; 16 de 127 mm. Fue alcanzado por los bombarderos japoneses que atacaron Pearl Harbor el 7-XII-1941; de nuevo en servicio en marzo de 1942. Tras ser modernizado tomó parte en las operaciones contra Tarawa, Kwajalein, Eniwetok, Saipán, Guam, Tinian y Leyte. Modernizado una vez más, en febrero de 1945, tomó parte en las operaciones de Iwo Jima y Okinawa. Fue alcanzado por un kamikaze el 12-IV-1945. En 1959 fue retirado del servicio.

Terboven, Josef, político nacionalsocialista. Nació en Essen el 23-V-1898 y murió en Oslo el 8-V-1945. Desde finales de 1923 miembro del NSDAP, 1928 *Gauleiter* de Essen. 1930 miembro del Reichstag. 1933 senador de Prusia y, al mismo tiempo, desde el 5-II-1935 presidente de la provincia del Rhin. Desde septiembre de 1939 comisario del Reich en el VI sector militar; desde el 24-IV-1940 hasta su suicidio comisario del Reich para los territorios ocupados de Noruega.

«Teseo», nombre dado a la ofensiva germano-italiana desencadenada el 26-V-1942 por el Ejército Blindado de África en el frente de Gazala. La ofensiva fue contenida en principio por la 1.ª Brigada de «franceses libres», que defendían el fuerte de Bir Hacheim, en pleno desierto. Tras la caída del fuerte, la ofensiva continuó triunfalmente el 10-VI obligando al Ejército británico 8 a dividirse en dos partes: una en dirección a la frontera egipcia y otra hacia Tobruk. Tobruk fue conquistado por los alemanes el 21-VI-1942.

Theresienstadt, ciudad checoslovaca situada al norte de Bohemia. Desde 1941 funcionó en ella un campo de concentración organizado por los nacionalsocialistas. Durante la guerra pasaron por él 153.000 personas. Fue construido con propósitos propagandísticos, sobre todo para explicar en el extranjero el lugar al que iban a parar los judíos alemanes. 87.000 prisioneros pasaron a los campos de exterminio, 35.000 murieron, 1200 judíos húngaros pasaron a Suiza el 5-II-1945 y 413 judíos daneses fueron trasladados a Suecia el 15-IV-1945. El Ejército Rojo liberó el 7-V-1945 a 17.000 detenidos del campo y a otros 14.000 más que habían sido evacuados a Theresienstadt en los últimos días.

Thomas, Georg, general alemán. Nació en Forst/Lausitz el 20-II-1890 y murió en Francfort/Meno el 29-X-1946. 22-XI-1939 jefe del departamento económico y del rearme del OKW. El 15-I-1943 pasó a disposición del jefe del OKW y el 15-VIII-1944 a la del *Führer* (reserva). Fue detenido el 11-X-1944 por la Gestapo, tras el atentado del 20 de julio, pese a que Thomas no había tenido la menor relación con los conspiradores. Había sí formado parte de la oposición militar en los años 1938/1939 mostrándose contrario a la invasión de la Unión Soviética. Hasta la terminación de la guerra permaneció en prisión, pero no se llegó a pronunciar sentencia alguna contra él.

Thor, mortero alemán. Calibre: 600 mm. Peso: 120.000 kg; longitud del tubo: 5,07 m; 12 disparos por hora; 6800 m de alcance. El *Thor* se empleaba contra grandes fortificaciones. Se movía gracias a la tracción de un motor Diesel de 12 cilindros. Sólo se construyeron 7 unidades. Se empleó en Brest y Sebastópol.

Thunderbolt, nombre dado al caza monoplaza americano y caza-bombardero tipo *Republic P-47*. Con sus seis toneladas de peso de despegue era el más pesado de los cazas monomotores de la II Guerra. Con un tanque adicional escoltó a los bombarderos cuatrimotores que en marzo de 1944 bombardearon Berlín. Se fabricaron 15.600 unidades hasta el final de la guerra. Datos del *P-47 D:* 1 motor de 2000 CV; velocidad máxima: 693 km/h a 9150 m de altura; autonomía normal: 1530 km; altura máxima: 12.200 m; armamento: 6 u 8 ametralladoras de 12,7 mm; 1130 kg de bombas o diez cohetes.

Tiger I, carro pesado alemán: resultado del reto que representaba el *T-34* soviético. Apareció primero en África a principios del año 1943 y, después, en Rusia. Peso: 55 toneladas; coraza máxima: 110 mm; velocidad: 38 km/h; autonomía: 100 km; armamento: 1 cañón de 88 mm; 2 ametralladoras de 7,92 mm. Dotación: 5 hombres. Muy superior en capacidad de fuego y blindaje a los carros enemigos, el *Tiger I* tenía en contra su peso y masa consiguiente que le hacían poco móvil y buen objetivo para el fuego enemigo. Se fabricaron en total 1355 unidades.

Tiger II, carro pesado alemán. Versión mejorada del *Tiger I*. El prototipo fue presentado en octubre de 1943 y la serie en enero de 1944. Peso: 68 toneladas; coraza máxima: 185 mm; velocidad máxima: 38 km/h; autonomía: 110 km; armamento: 1 cañón de 88 mm y 2 ametralladoras de 7,9 mm; dotación: 5 hombres. El «rey de los tigres» fue el más blindado y el que contó con más capacidad de fuego de todos los carros de la II Guerra. Debido a los bombardeos aliados sobre las ciudades industriales alemanas sólo se pudieron fabricar 487 unidades.

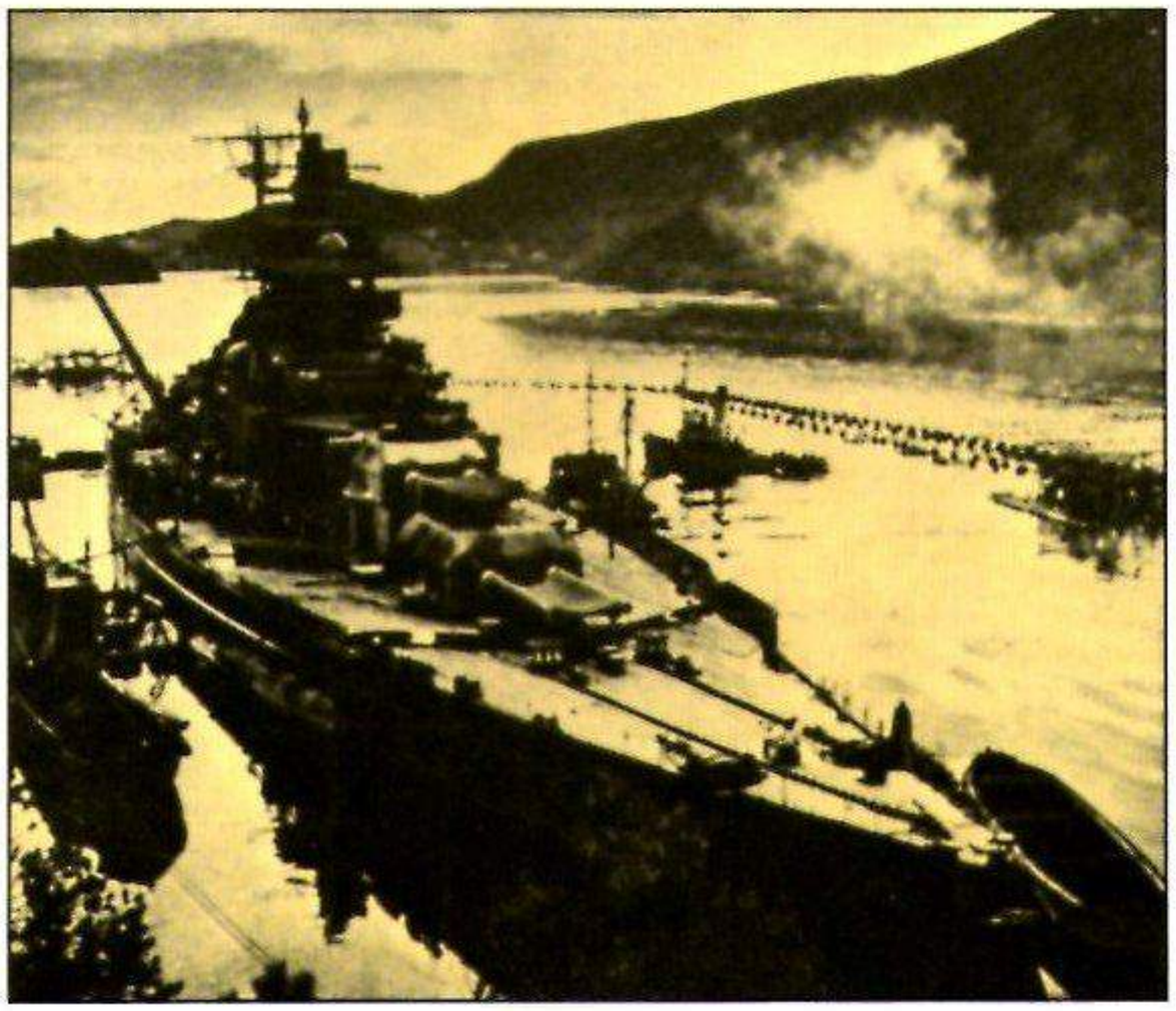
Timoshenko, Semion Konstantinovich, mariscal soviético. Nació en Furmanovka-

Cajas de cartón con los restos de los prisioneros del campo de Theresienstadt. El alto porcentaje de muertos habla por sí solo de las condiciones del campo.

Besarabia el 6-II-1895 y murió en Moscú el 1-IV-1970. En la guerra civil jefe de un Regimiento y, más tarde, de una División. Con Voroshilov, artífice del moderno Ejército Rojo. Al comenzar la guerra era comandante del sector militar de Kiev. Al producirse el ataque a Polonia mandaba el frente ucraniano. El 7-V-1940 fue nombrado sucesor de Voroshilov al frente de la Comisaria (ministerio) de Defensa. 19-VII-1941 jefe del frente Oeste. Septiembre de 1941 del frente Sudoeste. Diciembre del 41 hasta junio del 42 y 17-VII-1942 hasta el 23-VII-1942 jefe del frente de Stalingrado. 27-VII-1942 hasta noviembre de 1943 jefe del frente del Noroeste. 1944/1945 coordinador de las operaciones del 2.º y 3.er frente de Ucrania. Después de la II Guerra y durante diez años fue jefe del sector militar de la Rusia Blanca. En noviembre de 1960 pasó a la reserva.

Semion Timoshenko

Tirpitz, acorazado alemán. Entró en servicio el 20-VIII-1940. Desplazamiento: 42.900 toneladas; velocidad: 29 nudos; eslora: 251 m; manga: 36 m; dotación: 2608 hombres; armamento: 8 cañones de 380 mm; 12 de 150 mm; 16 de 105 mm; 8 lanzatorpedos. Su función consistía en interceptar los convoyes enemigos. Resistió bien el ataque aéreo británico de abril de 1942 y pudo proseguir su misión. En septiembre de 1943 fue gravemente alcanzado por submarinos ingleses en las inmediaciones de Narvik. En marzo de 1944 se reincorporó al servicio. Nuevamente alcanzado por los bombarderos británicos el 3-IV-1944. Y mas tarde sufrió la misma suerte en julio, agosto, septiembre y octubre de 1944, hasta ser hundido el 12-XI-1944 por los bombarderos británicos. Con él perecieron 902 hombres.



El «Tirpitz», el mayor y último acorazado de la Marina alemana.

Tito, Josip (Broz su verdadero nombre), mariscal y político yugoslavo. Nació el 25-V-1892 en Kumrovec/Croacia. En 1915 fue hecho prisionero y estuvo en un campo ruso como soldado austriaco. En 1917 entró en el Ejército Rojo. Desde 1920 participó en la creación y organización de un partido comunista yugoslavo. 1928/1934 detenido en la cárcel. El 4-VII-1941 el partido comunista yugoslavo, cuyo secretario era Tito, resolvió rebelarse contra el ocupante alemán. Con la ayuda de británicos y rusos, Tito organizó unidades guerrilleras que a finales de 1944 dominaban gran parte de Yugoslavia, tras una larga lucha de varios años contra alemanes, italianos y los leales al monárquico general Mihailovic. 1943/1953 ministro de Defensa. 29-XI-1945 jefe del Gobierno de la República Popular de Yugoslavia. Junio 1948 ruptura con Moscú. Tras una enmienda de la Constitución, desde el 14-I-1953 jefe del Estado.

TNHP, carro alemán. Peso: 9,7 toneladas; potencia: 125 CV; velocidad: 42 km/h; autonomía: 230 km; armamento: 1 cañón de 37 mm; 2 ametralladoras de 7,92 mm; dotación: 4 hombres. Ideado por Checoslovaquia para su Ejército, los alemanes se hicieron cargo de su fabricación tras la ocupación del territorio checo. Hasta 1942 se fabricaron 1168 unidades, jugando un gran papel en las ofensivas contra Polonia y Francia. Su chasis sirvió para el proyecto y desarrollo del *Hetzer* con cañón de 7,5 mm, del que se fabricaron hasta 1945, 1500 unidades.

Tobruk, ciudad portuaria de Libia, fortificada por los italianos y conquistada por los británicos el 22-I-1941 que la fortificaron aún más: campo de minas de 50 km de ancho, bunkers subterráneos, fosas contracarros, nidos de artilleria y antiaéreos. Ataque sin éxito del Afrika-Korps de abril a diciembre de 1941. Tras la ruptura del frente de Gazala el 20-VI-1942 ofensiva general del Afrika-Korps que conquistó el fuerte el 21-VI a las 9,40. Fueron hechos 33.000 prisioneros entre británicos, hindúes, australianos y neozelandeses. Abastecido con el botín del frente prosiguió Rommel su marcha hacia El-Alamein. El 13-XI-1942 el Ejército 8 británico reconquistó Tobruk.

Todt, Fritz, ingeniero y político nacionalsocialista alemán. Nació en Pforzheim el 4-IX-1891 y murió en Rastenburg el 8-II-1942. Se afilió al NSDAP el 5-I-1922. 1933 inspector general de carreteras, responsable de la construcción de las autopistas. En 1938 fundó la Organización Todt (OT) y dirigió las fortificaciones de la linea fronteriza occidental alemana, (Westwall). 17-III-1940 ministro para el Rearme. Desde 1941, además, inspector general para agua y energia. Murió a consecuencia de un accidente aéreo.

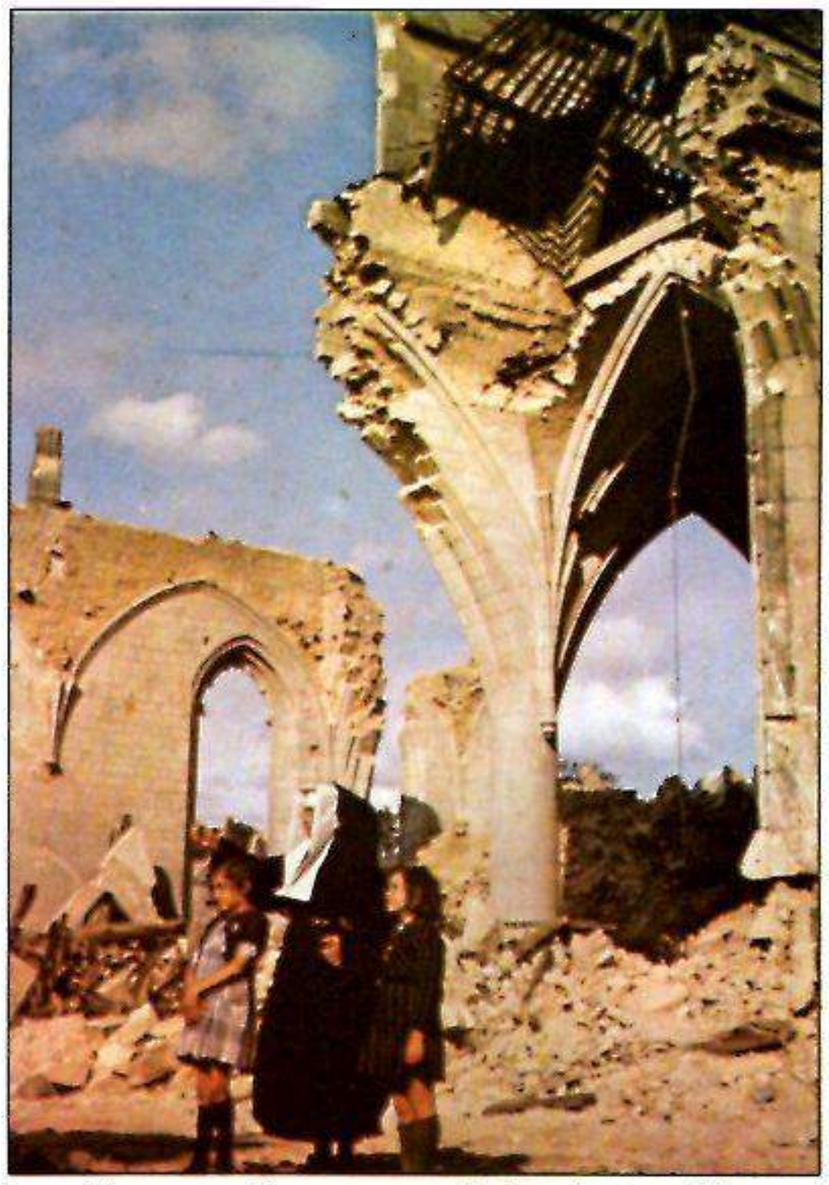
Tojo, Hideki, político y general japonés. Nació en Tokio el 30-XII-1884 y murió ejecutado en la misma ciudad el 23-XII-1948. En 1937 jefe del Estado Mayor del Ejército de Kuantung. Julio de 1940 ministro de la Guerra. 16-X-1941 jefe del Gobierno y desde el 42, además, responsable de la cartera de Guerra y jefe del Estado Mayor Central. Después de la invasión americana de las islas Marianas, Tojo abandonó en julio de 1944 todos sus cargos, aunque permaneció hasta el final de la guerra como jefe del Estado Mayor Central. En el proceso contra criminales de guerra llevado a cabo en Tokio por un Tribunal Militar Internacional, Tojo fue condenado a muerte con otros siete acusados.

El «Tiger II» –terror de los americanos en la ofensiva de las Ardenas– conocido por el Rey de los Tigres.

Las penalidades de la población civil

Ya antes del estallido de la segunda Guerra Mundial se hacían conjeturas en Gran Bretaña sobre la viabilidad de decretar un bloqueo del mar del Norte en caso de una nueva guerra contra Alemania. Y no sólo esto: también se especulaba con la creación de una nueva arma, un proyectil para largas distancias destinado a alcanzar el mismo núcleo de los centros armamentistas alemanes, con lo cual no se tenía mínimamente en cuenta la seguridad de la población civil. Durante los años bélicos de 1940 y 1941 se produjeron intentos británicos aislados de alcanzar el territorio alemán mediante bombarderos ingleses con la vaga esperanza de desmoralizar a los alemanes. A estos intentos Hitler contestó en 1940 con una sentencia fatal: «Si ellos –los ingleses– atacan nuestras ciudades, nosotros borraremos del mapa las suyas». Sin embargo, en el curso de la ofensiva aérea alemana contra Inglaterra, en agosto / septiembre y en los meses siguientes hasta la primavera de 1941, lo único que quedó claro fue que la *Luftwaffe* ni estaba en situación de vencer la resistencia y defensa de los cazas ingleses ni de «borrar del mapa» las ciudades, centros de producción de armamento y puertos británicos. Con todo los ingleses sufrieron en los años de 1939-1945 un total de 146.177 muertos, desaparecidos o gravemente heridos entre la población civil.

A partir de 1942 el «mando de bombarderos» británico emprendió el contraataque con virulencia creciente y se produjeron cada vez más ataques masivos contra Lübeck y Rostock, mientras comenzaban las acciones de «los mil bombarderos» contra Colonia. El objetivo no era sólo la destrucción del potencial bélico alemán, sino también la desmoralización de la población alemana. Pero el efecto fue muy distinto. La penuria y los padecimientos de la población civil, los horrores de las noches de bombardeo, forzaron a las gentes, enfrentadas con un problema existencial, a cerrar filas y crear una verdadera comunidad de emergencia con el régimen nacionalsocialista, reprobado por los Aliados.



No se podía escapar de la destrucción ocasionada por la guerra. La cultura y la humanidad quedaron aniquiladas en las ruinas de la caída de Occidente.

El balance de aquella «guerra total» fue espantoso. A la cabeza de la lista de víctimas figura Dresde, con más de 100.000 muertos en los ataques de 13 y 14 de febrero de 1945. Le siguen Hamburgo, con 30.000 víctimas, la mayor parte de ellas en la operación «Gomorrha» (los Aliados se consideraban algo así como los encargados de cumplir los designios de Dios), que se desarrolló entre el 24 y el 30 de julio de 1943; y Colonia, con 20.000 muertos durante los ataques aéreos. En total, según cálculos actuales, debieron de perecer como consecuencia de las bombas aliadas medio millón de alemanes. La penetración de los ejércitos soviéticos en las provincias orientales alemanas, en 1945, traería consigo otra nueva serie de sufrimientos. No sólo tuvo que pagar su parte en vidas humanas esa población durante su huida hacia Occidente, sino que también hubo de sufrir las consecuencias de los excesos de los soldados rusos.

Unos 120.000 perecieron víctimas de las violencias; otros 120.000 murieron ejecutados en los campos de concentración para alemanes. 20.000 perecieron en los campos de trabajo soviéticos en los que fueron internados. Durante el levantamiento de Praga que comenzó el 5 de mayo de 1945, los alemanes sudetes sufrieron 130.000 muertes. En el territorio de Yugoslavia actual 80.000 alemanes encontraron la muerte en la conquista de las zonas de población germana. En total, la «liberación» de los territorios alemanes del Este y del Sudeste europeo acarreó la muerte de 600.000 alemanes, a los que habría que añadir un número ingente de desaparecidos. Hasta nuestros días se desconoce el paradero de 2,2 millones de ellos.

Estas cifras horrorosas cobran su relevancia histórica al lado de otras que afectan también a la población civil de otros países. Francia registró 350.000 muertos; la pequeña Holanda, 198.000; Checoslovaquia, 215.000; Grecia, 140.000; Italia, 80.000. Son simples ejemplos. Un elevadísimo tributo de sangre tuvo que pagar Polonia: 4.200.000 víctimas en los territorios ocupados por los alemanes; casi 1,5 millones en los invadidos por los soviéticos. En cuanto a la Unión Soviética, las cifras no están claras; pero el número de víctimas puede situarse en los 7 millones de muertos entre la población civil. En Polonia y la Unión Soviética la mayor parte de las bajas correspondieron a la población judía, aniquilada por los alemanes.

El balance del terror desatado por todos los contendientes contra la población civil de los enemigos no se compensa, porque la justicia no se reivindica con una injusticia. Pero si se comparan cifras, se observará que las poblaciones más castigadas fueron la soviética, la polaca y la alemana; la última con 3,5 millones de muertos.

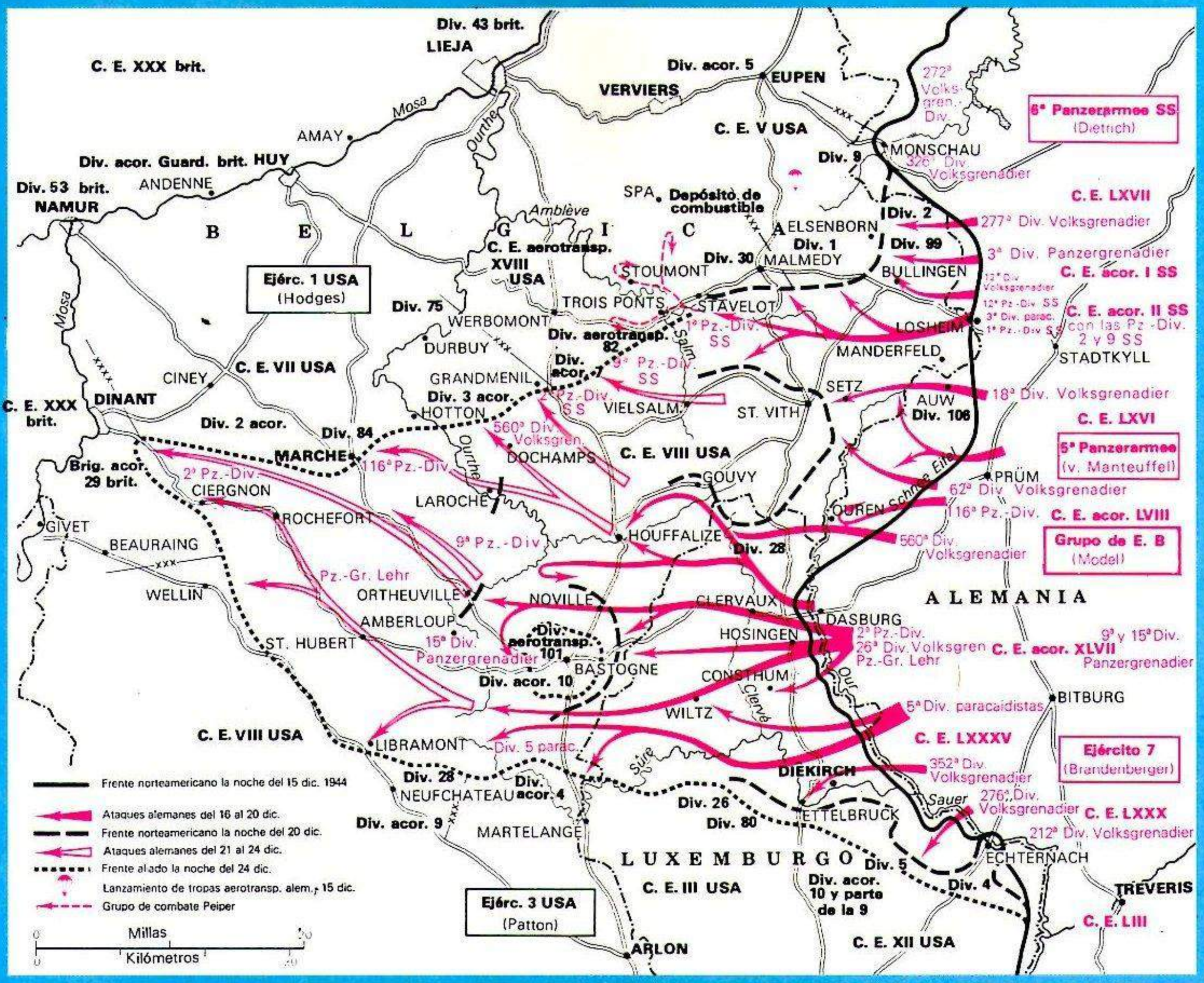
Walter Görlitz □

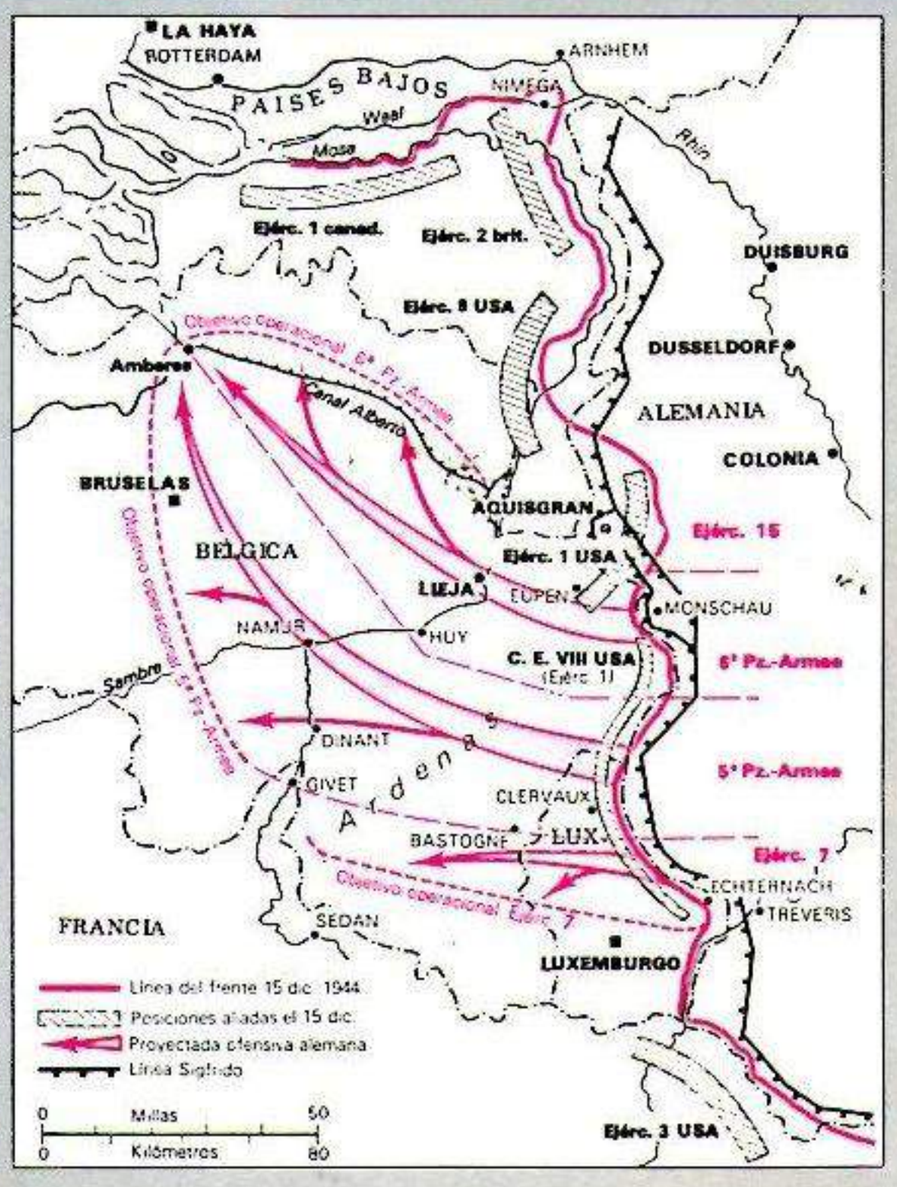
Soldados alemanes en pleno avance. Detrás, un carro de combate estadounidense.

CON TEMPORAL O CON NIEVE...

Ofensiva de las Ardenas 1944

La última gran ofensiva de la «Wehrmacht» se desarrolló en el frente occidental. El que los soldados tuviesen que sufrir un temporal o avanzar sobre la nieve no era tan indiferente como decía una conocida canción del cuerpo acorazado. Las tropas de asalto precisaban del mal tiempo para liberarse de la aviación enemiga. Como en 1940, Hitler pretendía lanzar el ataque en las Ardenas.





Lo que estaba previsto en principio como un ataque contra Amberes (en el mapa pequeño, plan de la operación de las Ardenas) quedó a medio camino. La operación «Guardia del Rhin» (mapa grande con la máxima penetración alemana) fracasó por la superioridad del armamento aliado y su predominio aéreo. También fue decisiva la falta de combustible en el campo alemán, al no poder conquistar los depósitos americanos de Spa.

Con un asombro indulgente, carente sin embargo de cualquier huella de malhumor, el general Hasso von Manteuffel comprobó el 3 de noviembre de 1944 el desprecio y casi desconfianza demostrados por el *Führer* hacia sus comandantes supremos: por orden del dueño absoluto de la guerra entonces, se veía obligado a suscribir un documento insólito ante una conferencia de los jefes del Ejército, reunida en el Grupo de Ejércitos B mandado por el mariscal Model. Los oficiales se obligaban, por su parte, a guardar un absoluto secreto sobre las informaciones que les transmitiría el jefe del Estado Mayor de la *Wehrmacht*, general Jodl; al tiempo se les hizo saber que una violación de la orden sería castigada con la pena de muerte. De esta suerte se veían colocados en el *status* de muchachos díscolos que sólo sabían cumplir con lo ordenado por la amenaza del castigo. Fue en aquella ocasión cuando los gene-

rales tuvieron la primera noticia de la ofensiva de las Ardenas, que ya estaba en marcha.
La idea contaba ya siete semanas, pero sólo dos hombres tenían noticia de ella. El 16 de septiembre Hitler había retenido al final de un examen de la situación en los frentes a los generales Keitel, jefe del OKW, Jodl y Guderian, jefe del Estado Mayor, y, golpeando teatralmente con el puño sobre un mapa, les dijo: «¡Quiero una ofensiva! ¡Aquí, en las Ardenas! ¡Al otro lado del Mosa y en dirección a Amberes!»
Por encima de todo hay algo seguro: sí después de la invasión había que buscar un momento en el que la *Wehrmacht* pudiese recuperar en el Occidente su iniciativa, ese momento ya lo había encontrado Hitler. A finales del otoño de 1944 los ejércitos aliados se debatían aún en los límites occidentales de Alemania con unas líneas de aprovisionamiento desmesuradas. Solamente en Cherburgo faltaba combustible, munición y alimentos; El Havre y Rotterdam no se utilizaban todavía como puertos de aprovisionamiento. Las fracasadas operaciones contra los puentes del bajo Rhin en Arnhem, los encarnizados combates en los bosques de Hürtgen y a las orillas del Roer, habían diezmado a las unidades selectas y habían quebrantado notablemente su moral. Al tiempo cundía en el mando de las tropas y en los propios cuarteles el convencimiento de que el enemigo estaba al límite de sus fuerzas.
El Reich contaba aún con diez millones de hombres armados. Los celosos colaboradores del *Führer* pusieron manos a la obra con todo empeño: había que exprimir hasta la última gota las posibilidades del pueblo. En la tarea cooperaron Goebbels, comisario del Reich para la guerra total; Himmler, ahora también jefe del Ejército de reserva; Speer, el infatigable ministro de Defensa... Hasta noviembre se formaron 18 Divisiones de granaderos, descansadas y provistas de abundante armamento. Estos combatientes suplieron con su gran entusiasmo lo reducido del período de instrucción. ¿Es que no iba a aprovecharse una vez más aquella posibilidad de dar la vuelta a la tortilla?
El dictador, deprimido y físicamente mermado desde el fallido atentado del 20 de julio, volvió a vibrar con la fascinación de antes, cuando Jodl le presentó el 12 de octubre un plan perfectamente ultimado, bajo la clave de «Christrose». Según el proyecto, era viable vadear el Mosa en el segundo día de operaciones y conquistar Amberes a los siete. Hitler se entusiasmó y solamente introdujo una corrección: el nombre clave de la maniobra debería ser «Wacht am Rhein» («Guardia del Rhin»).
Los comandantes del frente occidental deberían ser informados lo más tarde posible.
A este punto se llegó el 3 de noviembre. Respecto al descontento de Jodl, los generales no estaban tan desconcertados como para no presentar inmediatamente sus reservas. Hasso von Manteuffel se limitó a poner en duda fríamente que la operación, prevista en principio para el 25 de noviembre, pudiese estar lista el 15 de diciembre. El mariscal Model desarrolló inmediatamente un plan de alternativa que, tal y cómo revelarían los acontecimientos, se hubiera adecuado más a las realidades, aunque tampoco hubiese funcionado. El plan contenía estos puntos:

- Ataque desde las Ardenas solamente hasta el Mosa y, luego, penetración hacia el Norte.
- Ataque simultáneo del Ejército 15 desde la zona del triángulo Holanda-Bélgica-Alemania con el fin de formar un segundo brazo de tenaza.
- Una vez lograra su éxito esta batalla en cerco, que le costaría al enemigo de 25 a 30 divisiones, podría comenzar el ataque contra Amberes.

Naturalmente siguió en vigor el plan Hitler-Jodl. Tan sólo las consideraciones de Manteuffel lograron abrirse paso: el 16 de diciembre, al amanecer, podría ponerse en marcha la operación «Guardia del Rhin».

La ventaja de la sorpresa

Había que cumplir dos condiciones para que pudiese lograrse el objetivo propuesto:

- La infantería tenía que conseguir superar rápida y profundamente el frente americano, de modo que, pasando por la brecha que abriesen las divisiones acorazadas, aprovechasen la ventaja de la sorpresa lanzándose sobre la retaguardia.
- Las bajas presiones invernales, merced a las cuales las montañas se hallaban cubiertas de nieblas, sería deseable que continuasen, con lo que la aviación aliada no tendría más remedio que volar a ras del suelo si quería ser efectiva, con los peligros que esto entrañaba para ella.

Si todo hubiese marchado en consonancia con el plan de Jodl, los carros alemanes hubieran llegado a Amberes, pero el cielo quedó libre de nubes el 22 de diciembre. Los alemanes no habían llegado aún al Mosa cuando los *Lightnings*, *Typhoons* y *Mustangs* se lanzaron en vuelo rasante contra las columnas de aprovisionamiento; las temidas unidades de *Fortress*, *Liberator* y *Marauder* abrieron sus escotillas y dejaron caer sus cargas explosivas. Era una consecuencia de la realidad: no se habían cumplido las condiciones presupuestas.
Las impresiones al uso en la *Wehrmacht* sobre los soldados americanos, tras los primeros encuentros en África entre GI's inexpertos y tropas selectas alemanas, habían cambiado mucho desde entonces. Con todo dominaba aún la impresión de que los americanos eran valientes en la ofensiva, pero rendían poco al verse obligados a ejercer una defensa en circunstancias desfavorables. Actuaban de un modo muy distinto que los «testarudos» ingleses. Esta impresión acabó revelándose como un error fatal.
El ataque alemán se puso en marcha sin indicios previos. El servicio de información aliado se vio sorprendido por completo, sobre todo porque el mal tiempo imposibilitó una continua observación del espacio aéreo. Además, para una operación de aquellas características era necesaria una movilización de tropas de enorme envergadura: sin contar las nuevas divisiones, había que trasladar unidades de todos los alrededores, literalmente, desde Noruega hasta los Balcanes, a la región del Eifel. Durante la operación, debidamente enmascarada, se notó una gran actividad en el Norte. Allí un ejército inexistente, el 25, desarrolló una actividad radiofónica excepcional por medio de varias emisoras.
La capacidad logística era gigantesca, y no había más que ver cómo la red ferroviaria había quedado prácticamente destruida. Sin embargo, se había logrado reunir una poderosa fuerza, con absoluta precisión y sin suscitar sospechas, dotada de una potente máquina bélica que podría imponerse sin dificultad en las zonas más importantes al enemigo aliado gracias a que éste era inferior en carros y armas de infantería.
La noche anterior al ataque esa máquina de guerra avanzaba por carreteras cubiertas de paja, a modo de amortiguador, en dirección a los puntos de partida. Esa noche ya estaban a punto.
En el Norte, el Ejército acorazado 6 SS, mandado por el general de las SS Sepp Dietrich; como fuerza máxima que era, ya que contaba con 4 divisiones acorazadas y 5 de infantería, su cometido sería el de protagonizar el ataque principal, bordear Lieja sobre el Mosa y conquistar Amberes.
La sección central del Ejército acorazado 5, al mando de Hasso von Manteuffel, que comprendía tres divisiones acorazadas y cuatro de infantería, debería cruzar el Mosa más hacia el sudoeste, cooperar con el plan de operaciones de Dietrich y reforzar su flanco izquierdo, en especial durante la segunda fase, la lucha contra las reservas enemigas que llegarían del Oeste.

Fotografía de unas maniobras de verano con participación de «Panther», publicada en «Signal» en los días de la operación de las Ardenas. Esta imagen no guardaba ningún parecido con la realidad. Lo cierto era que los carros se debatían en carreteras estrechas perdidas entre los bosques. Muchos de ellos quedaron paralizados o fueron víctimas de los ataques de los cazas de bombardeo norteamericanos.

En el Sur, el Ejército 7, al mando del general Brandenberger, debería tender una cortina protectora en torno al flanco meridional de Manteuffel; en contra de lo planificado, que preveía la entrada en combate de una división acorazada y cinco de infantería, el día del ataque solamente podrían participar cuatro divisiones de infantería. Inquieto por sus flancos, Manteuffel había pedido «por lo menos un par de carros» para Brandenberger. Hitler le concedió al fin 30 cañones, cien lanzacohetes y un par de baterías del nuevo cañón de 120 mm, de largo alcance. Como reserva del OKW se contaba con 2 divisiones acorazadas y 5 de infantería.

La noche del 16 de diciembre se presentó en las Ardenas fría y húmeda, además de cubierta por una intensa niebla. En la cúspide del depósito de agua de Hosingen, más o menos en el centro del «Frente de los Espíritus», se hallaba apostado un joven vigía, un GI del Regimiento de Infantería 110 USA. Como la mayoría de sus camaradas carecía de toda experiencia de combate.

A las 5,30 de la mañana comunicó con el puesto de mando, como era de rigor, para comunicar que no había novedad. Cuando lo estaba diciendo, interrumpió su comunicación para añadir: «Ahora observo algo extraño: ¡Todo el frente alemán se ha cubierto de unos extraños puntitos luminosos!»

Al instante detonaron a su alrededor cientos de granadas. La artillería alemana había comenzado a preparar el terreno. Al tiempo las unidades de la División 26 de granaderos, la mayor de la infantería de Manteuffel, entraba en acción, cruzando el Our, un pequeño río. Su cometido era el de limpiar el camino para que pasasen los blindados a la altura de Gemünd y Dasburg, algunos kilómetros al Norte. Esto no parecía problema a pesar de la presencia por los alrededores del Regimiento 110 USA, que tenía en su poder un importante sector en el que se encontraban los pueblos de Marnach, Clervaux, Munshausen, Hosingen, Holzthum, Wahlhausen y Consthum. De todas formas aquel sector iba a ser un hueso duro de roer. Wahlhausen se perdió tras un duro combate que duró hasta el 16 de diciembre por la tarde. El último superviviente gastó hasta el último cartucho. Los defensores pidieron que se hiciera fuego contra las propias posiciones. Tan sólo uno de ellos salió con vida.

En los demás pueblos los americanos se defendieron con el mismo valor.

Al anochecer aquel corto día invernal, habían sido batidos ya los puentes de Gemünd y Dasburg, pero no se pudo avanzar más. El caos en las carreteras, marcadas por las cadenas de los *Tiger*, adquirió caracteres de catástrofe.

Los hombres del Regimiento 110 estadounidense resistieron aún otras 36 horas, a pesar de que también eran atacados por los carros de la famosa 2.ª *Panzerdivision* cuyos *Panther* iban dotados de luces infrarrojas muy aptas para la lucha nocturna. Al amanecer el 18 de diciembre, los americanos se entregaron en Clervaux, Hosingen y Holzthum. Algunos de ellos prefirieron replegarse hacia el Oeste. Dos mil hombres escasos habían logrado frenar el avance impetuoso de las dos divisiones selectas alemanas.

Hasso von Manteuffel no había conseguido nada con sus dos mejores Divisiones, robustecidas aún más con una parte de la *Panzer-Lehr-Division,* que Hitler le había encomendado, junto con la Brigada de la escolta del *Führer* en el último momento. No se había alcanzado el objetivo fijado para el sector Dasburg-Gemünd. Como misión más inmediata había que cruzar el río Clervé dentro de las próximas 24 horas y

El «Obersturmbannführer» Jochen Peiper en su VW anfibio durante el examen de los mapas de operaciones (arriba).

El general Hasso von Manteuffel, comandante del Ejército acorazado 5, en diálogo con el comandante Kringk, (arriba a la derecha), jefe de un batallón, y con granaderos (derecha).

tomar inmediatamente Bastogne, el nudo de comunicaciones más importante de la región y lugar en el que se cruzaban tres líneas ferroviarias y cinco carreteras de primer orden. La vacilación había bastado para obligar a los americanos a enviar refuerzos a Bastogne. La localidad fue cercada, pero nunca llegaría a caer en manos germanas. Cuando el comandante alemán envió un mensajero con la exigencia de una capitulación, el general americano McAuliffe, jefe de la plaza, escribió una sola palabra a modo de respuesta: *«Nuts!»*. Fue necesario preguntar por

radio al puesto de mando alemán para inquirir el significado de la palabra. Al fin llegó la traducción: «¡Qué bobada!» Las cosas también marcharon lentamente en el sector de Manteuffel. Los otros dos Ejércitos padecieron sin embargo mayores dificultades. En especial el de Sepp Dietrich, en quien Hitler había puesto todas sus esperanzas. El general apenas había logrado conquistar terreno al enemigo y se quedó muy por detrás de las previsiones fijadas en el plan de operaciones. A pesar de ello Hitler comentó al segundo día de las operaciones con el general Balck, que al frente del Ejército 1 había encontrado una gran resistencia por parte del general Patton en el sector de Saarbrücken-Tréveris: «A partir del día de hoy no cederemos terreno. Volvemos a estar en marcha. Balck, ha llegado la hora del viraje en el Oeste. ¡Es la victoria, la victoria final...!» Así era. Al menos una banderita pudo colocarse muy al Oeste en el mapa de operaciones diseñado para el plan «Guardia del Rhin». La conquista se debía a un *Obersturmbannführer* de las SS, de 28 años de edad, Jochen Peiper, un oficial que se acreditó en el frente oriental como soldado sin miedo y al que habían puesto al frente del primer grupo de combate de la División SS «Leibstandarte». Este oficial había logrado llegar sin daño a la retaguardia enemiga.

Peiper opera por la retaguardia

La infantería tampoco logró avanzar en la franja que se le había encomendado, en las Losheimer Graben, puerta de entrada hacia el Oeste en 1870, 1914 y 1940. Con frenética impaciencia, Peiper «bombeó» un batallón de la División 3 de Cazadores paracaidistas como víctima propiciatoria y colocó en la misma situación a todas sus unidades, dotadas, por lo demás, de una potente fuerza artillera, compuesta por *Panzer* IV, *Tiger* pesados, *Panther* ligeros, numerosos *Jagdtiger*, potentes cañones de 128 mm instalados sobre afustes móviles y algunas baterías de 88, así como por formaciones de granaderos acorazados y pontoneros que podían moverse en vehículos provistos de cañones. Tras haberse aprovisionado en un campamento americano, cerca de Bullingen, Peiper se apresuró el 17 de diciembre a acercarse a Stavelot, lejos ya del resto de las unidades alemanas. Pero no pudo ir mucho más allá. Su unidad, que carecía de antiaéreos, iba reduciendo la marcha, hasta el punto de que un par de días después se encontraba cercada al otro lado del Amblève, cuyos puentes habían sido destruidos o defendidos encarnizada-

mente. No cabía retirada posible. El Grupo de Ejércitos se vio obligado a incendiar sus vehículos y a dirigirse a pie hacia el Este. En aquel momento fracasaba también una segunda condición previa a la operación «Guardia del Rhin»: en un cielo límpido aparecieron los *Jabos* y los bombarderos aliados.

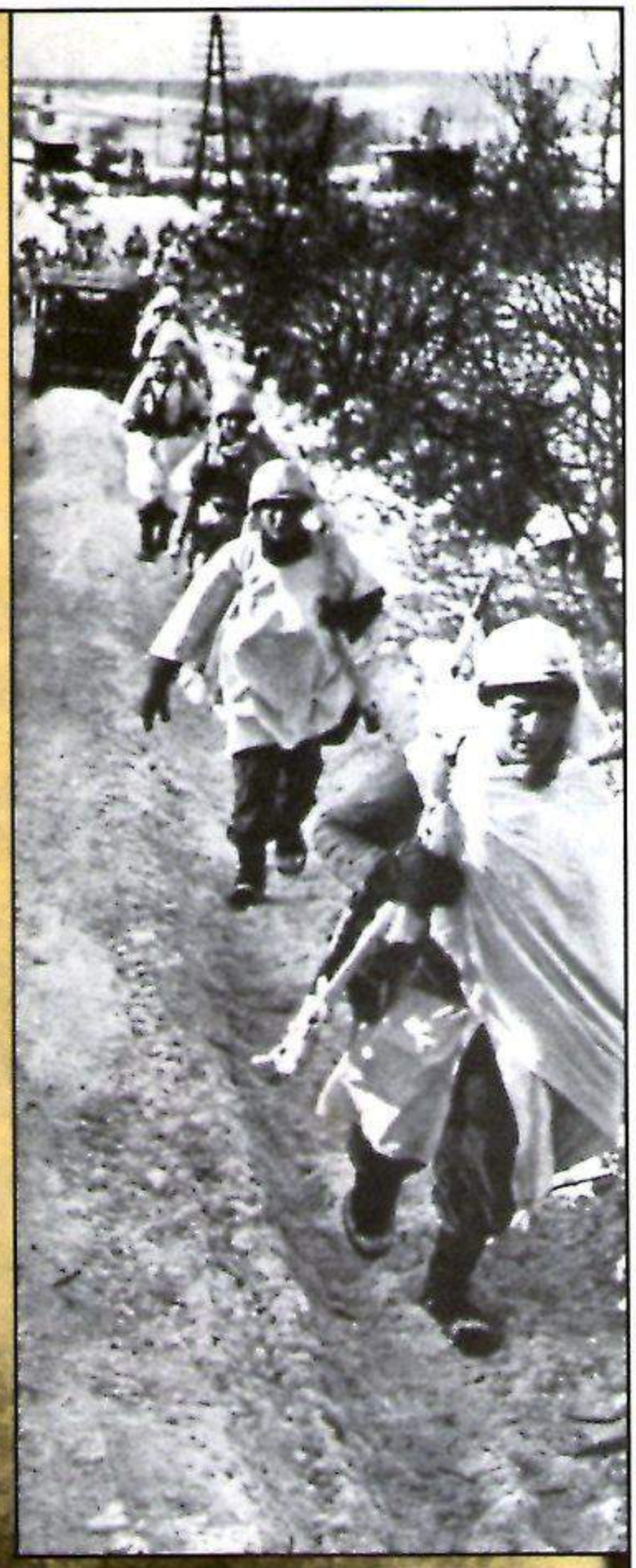
Entretanto las vanguardias de Manteuffel habían logrado llegar al Mosa. La División acorazada 2 se hallaba cerca de Celles, no lejos de Dinant; pero tampoco el hecho significaba más que una nueva banderita que se adelantaba en el mapa de operaciones de Hitler. La retirada de las tropas de Dietrich y Brandenberger había dejado los flancos desguarnecidos. Bastogne seguía absorbiendo fuerzas de importancia capital en otros puntos. Ya había transcurrido más de una semana y se debía haber llegado a Amberes. En cambio los Aliados ponían ya en marcha sus contramedidas coordinadas.

Desde el Sudoeste, la División acorazada 4 de Patton lograba defender un corredor hasta Bastogne. Hitler, al que las informaciones sobre el general McAuliffe y su «*Nuts*» habían sacado de sus casillas, bramó de rabia y ordenó que fuesen enviadas más tropas al lugar con la misión de arrancar como fuese aquella espina clavada en la propia carne; entre las unidades enviadas figuraba la *Panzer-Lehr-Division* establecida en la zona Rochefort-St.Hubert, que dejó plenamente desguarnecido el flanco izquierdo de la División acorazada 2. Con todo Bastogne resistió hasta el final. Las consecuencias han de cargarse a la manía de Hitler, incapaz de dar su brazo a torcer. Esta vez el dictador se había empeñado en emplear en una operación, llamada a fracasar, todos los efectivos humanos y las armas disponibles.

Los soldados aguantaron aquéllos horrores hasta el final. Con los miembros congelados, acosados a cada momento por el vuelo rasante de los aviones enemigos, los atacantes alemanes tuvieron que acabar por replegarse a sus posiciones de partida, derrotados, en la primera mitad de enero.

El único resultado estimable de la última gran ofensiva de la *Wehrmacht* alemana fue un corrimiento sensible de la línea de demarcación entre el Este y el Oeste. El Ejército Rojo adelantó su ofensiva, desde la cabeza de puente de Baranov, el 12 de enero, atendiendo a una llamada de socorro de Churchill a Stalin. Los errores cometidos en el Oeste por las divisiones alemanas eran palpables. En la conferencia de Yalta, un Stalin radiante, seguro de la victoria, se reuniría con su aliado occidental y futuro rival. En ese momento sus blindados se encontraban ya a sólo 65 kilómetros de Berlín. □

Granaderos de las «Waffen» SS (foto grande) y sus enemigos en la ofensiva de las Ardenas, los GIs del Ejército 1 USA. Los encarnizados ataques terminaron con un elevado número de víctimas.



12. SS-PANZER-DIVISION HITLER-JUGEND

Para la emisora militar de Calais, era la «Baby-Division» y se decía de ella que lucía, como distintivo propio, el dibujo de una botella de leche. Todo ocurrió en el verano de 1943. Los Aliados no escatimaban chanzas sobre aquella unidad, formada en Beverloo (Bélgica) bajo el nombre de División de Granaderos acorazados «Hitlerjugend». Después de que el jefe de las Juventudes Hitlerianas, Axmann, convocase en la primavera de 1943 a la lucha juvenil por el *Führer*, el pueblo y la patria, se presentaron en las oficinas de alistamiento más de 10.000 voluntarios de la HJ, con edades de 17 y 18 años. En lugar de raciones de tabaco y licor como a los mayores se les distribuyeron bombones y caramelos. Un grupo de instructores del «Leibstandarte-SS Adolf Hitler» fue encargado de formarles para enfrentarse al enemigo. Aquellos jóvenes leones aprendieron todo lo necesario en materia de lucha de guerrillas y de ataques en grupo.

Sus instructores habían luchado en Polonia, Holanda, Francia, Yugoslavia, Grecia y Unión Soviética. Cada uno de ellos era un maestro en la materia. El comandante de la nueva división, *Standartenführer* Fritz Witt, de 35 años, había sido condecorado con la Cruz de Caballero con hojas de roble. En cuanto al método de instrucción, no se había elegido el procedimiento habitual sino el más adecuado para prepararles con vistas a una lucha sumamente dura. «Flexibles como el cuero, resistentes como el acero de Krupp, ligeros como galgos». Esta máxima del *Führer* sería la norma general en los campamentos de formación. Tenían que hacerse soldados. Tenían que ser capaces de saltar a la garganta del enemigo. Tenían que lograr condecoraciones. Aquellos muchachos debían dar muestras de lo que se les había enseñado: conciencia de su propia responsabilidad, espíritu de camaradería, disposición para el sacrificio, capacidad de decisión, autodominio, reciedumbre de soldado. Por ello se habían prohibido los ejercicios en los cuarteles.

También las marchas se habían rechazado, por considerarlas inútiles y perjudiciales. Las maniobras tácticas en los patios de los acuartelamientos apenas se realizaban. Se concedía especial valor a la capacidad de enmascaramiento contra los detectores visuales y auditivos, la capacidad de burlar los aparatos de radio, la resistencia en la lucha cuerpo a cuerpo de día y de noche bajo un fuego intenso.

El 6 de junio de 1944, a las 7 de la mañana, el comandante del I *Panzerkorps* SS, Sepp Dietrich, ordenaba: La División «Hitlerjugend» habría de concentrarse cerca de Lisieux. Los motores se pusieron en marcha. Los muchachos emprendieron el camino. Apenas había amanecido y los pilotos enemigos en vuelo rasante con sus *Jabos* se lanzaron contra ellos. Las armas de a bordo, las bombas, los cohetes tronaban. Los carros empezaron a arder. El fuego, la chatarra retorcida, el humo y los gritos se extendían por todas

Del celo combativo de los jóvenes hitlerianos que querían «luchar por el 'Führer'» se había hecho un sentimiento de seriedad mortal. Americanos y británicos prisioneros de los alemanes no podían dar crédito a sus ojos cuando observaron rostros infantiles en los carros de combate con los que se cruzaban.

Son de sobra conocidas las escenas del final de la guerra. En aquellos días las Juventudes Hitlerianas eran enviadas a un absurdo combate final. Pocos de aquellos muchachos sabían, sin embargo, que ya antes se había formado una división integrada por compañeros de organización, una división que llegó a ser temida por el enemigo.

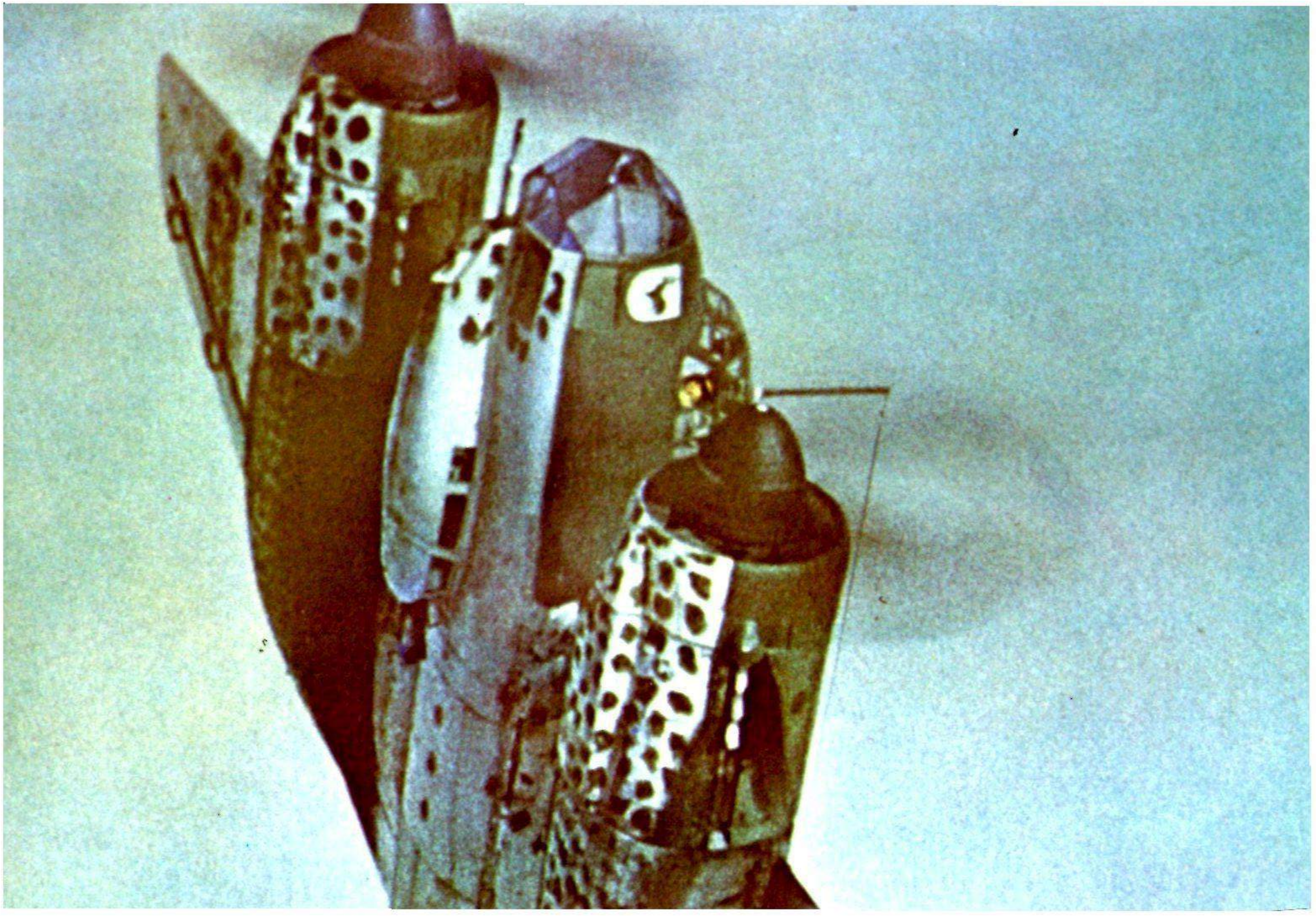
partes. En los setos de Normandía quedaron colgados los primeros muchachos lacerados por el fuego enemigo. Los *Jabos* atacaban como avispas enloquecidas. Pretendían sembrar el horror en la «Baby-Division». Los chicos fueron objeto de una implacable cacería. Pero se defendieron como lobos acosados. Los jefes de compañía y de batallón no podían hacer otra cosa que asombrarse. Los muchachos se comportaban como los guerreros más curtidos: apretaban los dientes y entraban rabiosamente en combate. No pocos de ellos llevaban puesto en la lucha su brazalete de las HJ. «Los Tommies verán con quién se las tienen que arreglar». Los pesados cañones navales aliados, los obuses, los cañones de los carros, los bombarderos de la RAF, obligaban a correr a los HJ a través de un infierno de acero crepitante. Pero los muchachos llegaron al cuerpo a cuerpo con el enemigo.

Montgomery se dio cuenta del peligro. En consecuencia ordenó que despegase una verdadera flota de planeadores con tropas británicas de desembarco para que frenasen a los chicos: «...son una cuadrilla de bastardos, pero no hay que negarles su condición de grandes soldados. Nosotros, en cambio, no pasamos de ser aficionados.» El 16 de junio caía Witt y asumía el mando el jefe de Brigada Kurt Meyer, por decisión de Sepp Dietrich. El nuevo jefe, también condecorado con la Cruz de Hierro, era conocido como «Panzermeyer» y considerado como un tipo de rompe y rasga, que había realizado con su carro algunas hazañas de locura. El 22 de junio se disputaba la batalla de Caen. Tras un intenso fuego de 600 cañones, las tropas británico-canadienses corrieron con sus carros al encuentro de los HJ. Los muchachos se defendieron con uñas y dientes, a golpes de culata y con lanzagranadas.

El 9 de julio los ingleses estaban ya en Caen, pero sus bajas habían resultado mucho más elevadas de lo previsto por el Alto Mando inglés para lo que quedaba de la campaña hasta la conquista de Berlín. «Panzermeyer» informó sobre las últimas horas de la División acorazada 12 de las SS en Normandía: «...Dejé a mis hombres que buscasen resguardo en una casa de labor. Mientras tanto, en las cercanías se enfrentaban con el enemigo algunas columnas de soldados inermes, tratando de escapar al cerco. A ellas se unieron muchos oficiales y soldados de mi grupo sin armas. Aquellos soldados solamente podrían salir procurándose armas a toda costa. En total serían 200 hombres.» Doscientos supervivientes de un total de 10.000 combatientes juveniles.

Pero eso no bastaba. La División fue reorganizada nuevamente para la ofensiva de las Ardenas, en gran parte con jóvenes hitlerianos de 17 y 18 años. Sus agrupaciones de combate llegarían hasta Lieja. En los días de Navidad de 1944 morirían casi todos en los bosques helados de las Ardenas. Así la División acorazada 12 SS «Hitlerjugend» volvía a desangrarse. Del 2 al 6 de febrero los supervivientes fueron trasladados a Hungría para tomar parte en la lucha decisiva por el Reich.

El 8 de mayo de 1945, a orillas del Enn, la «última bandera» rindió las armas. «...Nuestras banderas nos guían a la eternidad, porque la bandera está por encima de la muerte». □



Junkers Ju 88

Construido en principio como bombardero ligero, terminó siendo un avión de múltiples aplicaciones bélicas. Voló como caza nocturno, avión de reconocimiento de largas distancias y aparato blindado de combate. Esta unidad luce un curioso camuflaje.

Cuando el 1 de septiembre de 1939 comenzó la segunda Guerra Mundial con el ataque de Hitler contra Polonia, Alemania disponía de una fuerza aérea integrada por 2700 aviones, entre ellos aparatos de combate, cazas, destructores, bombarderos, que estaban a la vista de cualquiera. Esa *Luftwaffe* –incluida la preparación a hurtadillas de unidades de pilotos a partir de 1933– había empezado a formarse seis años atrás. Su incremento pareció un milagro. El que se llevara a cabo es un mérito innegable del jefe supremo, capitán de Aviación y último comodoro del famoso Grupo de combate Richthofen que se destacó en la primera Guerra Mundial: Hermann Göring. Göring puso en pie la *Luftwaffe* sin reparar en gastos, pero le faltó una visión realista desde el punto de vista técnico y una base ideológica.

Faltaba desde un principio un concepto básico. Nadie pensaba en la posibilidad de una gran guerra aérea contra Inglaterra hasta finales del verano de 1938. No avanzó el proyecto de desarrollo de aviones de combate para largas distancias y de bombarderos pesados, esbozado en los comienzos. La Marina jamás contó con su propia aviación. Primero porque la Marina era considerada como un ejército sin importancia; y, segundo, porque Göring, para quien el mando supremo sobre la *Luftwaffe* significaba una posición de fuerza en el interior del país, no estaba dispuesto a ceder una parte de sus competencias a otra arma.

Frente a la falta de un criterio técnico en el Mando supremo de la *Luftwaffe*, había una industria aérea extraordinaria que no carecía precisamente de ideas. El *Messerschmitt Bf 109*, el *Heinkel* y el *Dornier He 111* y *Do 17*, los *Junkers* en picado y bombardero, *Ju 87*, y *Ju 88*, eran los aparatos más modernos de su tiempo. El *Stuka*, que se debía a la idea del encargado del rearme total, general del Aire Ernst Udet, constituía una novedad absoluta.

Durante las campañas de 1939 - 1941, incluida la fase estival de la guerra contra la Unión Soviética en 1941, la *Luftwaffe* se encontraba en situación de asegurar al Ejército el dominio del espacio aéreo en Polonia, Noruega, Holanda, Bélgica y Francia, así como en Yugoslavia y Grecia. La *Luftwaffe* parecía invencible. Sin embargo, el intento, en agosto de 1940, de lograr el dominio aéreo de las Islas Británicas y desmantelar a Inglaterra atacando sus centros neurálgicos industriales, portuarios y de aprovisionamiento, dejó al descubierto las limitaciones del arma. En la guerra contra Rusia quedó también patente que el enorme espacio superaba con mucho las posibilidades de los pilotos alemanes sin que pudieran sostener una dirección operativa de la lucha. Las masivas fuerzas aéreas alemanas se consumieron en la operación táctica de apoyar al Ejército, en lucha contra una fuerza aérea soviética cada vez más fuerte.

Dos años perdidos inútilmente

La misma batalla de Inglaterra demostró que el *Spitfire Bf* de caza británico era de la misma calidad, si no mejor que los modelos alemanes del mismo estilo. Nada queda tan rápidamente anticuado como las armas modernas. En cambio, en 1940 ni Hitler ni Göring dudaban por un momento que no fuesen a ganar la guerra y que, por lo tanto, podían ahorrarse el desarrollo de nuevos aviones. En consecuencia se impuso una pausa en el otoño de 1940, un frenazo que afectó, por ejemplo, a la producción de cazas de reacción. En adelante seguirían construyéndose algunos tipos ya acreditados, a poder ser en número muy alto, sin que el rearme aéreo llegase al máximo grado de urgencia. El mismo paso se dio en relación con la técnica de aparatos de detección radiogoniométrica. Hitler ordenó interrumpir la investigación en ese campo.

En la historia de la *Luftwaffe*, tras las grandes victorias en la primavera de 1940, gravita un fatídico «demasiado tarde». No es que se perdiera la lucha con el factor tiempo sino que se perdió porque no se le tuvo en cuenta. El primer ministro británico, Churchill, había reservado sus fuerzas aéreas para la defensa del cielo de su país. Se trabajaba en una potente bomba y los británicos hacían grandes progresos en el sector de la electrónica. La *Luftwaffe* podía darse por satisfecha si podía continuar la guerra, que se desarrollaba en el sur –en el Mediterráneo y Norte de África– y en el norte –en el Atlántico Norte y Noruega–, con los mismos tipos de aviones con que la empezó en 1939. Mientras los británicos se disponían a responder a los ataques en masa mediante el envío de cientos y miles de bombarderos experimentales con la misión de operar y de ejercitarse sobre el propio territorio germano, los alemanes se preocupaban más del «culto a los ases» de la aviación; preferían el predominio de los valientes, hábiles pilotos individualizados que, a veces, tenían en su haber cien o más enemigos derribados. La capacidad combativa de cada uno de los pilotos era, desde luego, digna de todo encomio, sólo que ya desaparecía el viejo estilo de lucha aérea, el duelo caballeresco que había caracterizado la guerra de 1914 a 1918. Contra una formación de cientos de bombarderos, protegidos además por cazas de largo alcance, apenas servía de nada el valeroso enfrentamiento individual. La discrepancia entre quienes preferían oponer los famosos vuelos de caza de día y de noche y los que querían disminuir una defensa generalizada repleta de éxitos, era cada vez más notoria, a medida que aumentaba el número de ciudades que sufrían el efecto de los grandes ataques aéreos norteamericanos y británicos, ataques que aumentaron sobre todo a partir de 1942. Dos suicidios producidos en el seno del Mando supremo son un índice de hasta qué punto llegaron las disensiones. En noviembre de 1941 se disparó un tiro el general Udet, tras haber fracasado en convencer a Hitler que aplicase un nuevo criterio en la defensa aérea; en este nuevo criterio debería entrar una defensa a base de cazas o la creación de una nueva arma de largo alcance. El 19 de agosto de 1943 terminó del mismo modo el jefe del Estado Mayor de la *Luftwaffe*, Jeschonnek, que había tenido que asumir la función de víctima propiciatoria de la fracasada defensa aérea.

La ironía de la vida hizo que, en Berlín, se difundiese la falsa noticia de que Udet había muerto probando una nueva arma. Sin embargo, esto era imposible, porque la prohibición de ensayar nuevos efectivos se levantó en 1942, cuando ya no tenía remedio la situación. Se habían perdido dos años.

En los años de 1942 a 1944, la *Luftwaffe* perdió el dominio aéreo en el centro y oeste de Alemania, y poco después en el resto del Reich. Era sintomático del desgaste de la *Luftwaffe* en la campaña de Rusia durante el invierno de 1941/42 el que las tropas del Aire pasasen a formar unidades de Infantería, como consecuencia del exceso de personal en la Aviación. Estas unidades no tuvieron suerte, sobre todo, porque no estaban adiestradas para la lucha en tierra.

Detrás de todo ello latía una tragedia de enormes proporciones. No se debe desdeñar sin más el coraje con que unidades de caza, de día y de noche, procuraban detener el aluvión de bombarderos aliados que llegaban hasta Alemania. No hay que olvidar tampoco que la ofensiva de bombarderos britá-

Al comenzar la guerra este avión alcanzó la categoría de superior a todos, como su compañero de acero «Bf 109»: se trata del «Messerschmitt Bf 110». Pero al iniciarse la lucha aérea contra Inglaterra reveló pronto sus insuficiencias y dejó de producirse. Luego tardaron en aparecer otros modelos.

LA LUFTWAFFE EN GUERRA

Sus héroes fueron los más populares. Sus victorias, las más espectaculares... y su caída, la más estrepitosa. Así fue la «Luftwaffe» durante la guerra: niña mimada del mando nazi, pero dejada en la estacada por ese mismo mando. Walter Görlitz hace balance.

nicos y norteamericanos, con sus ataques a baja cota, de noche, y los bombardeos de precisión, de día, contra núcleos de desarrollo industrial, no logró alcanzar sus objetivos principales: la voluntad de vivir y el instinto de conservación de los alemanes se mantendría, al menos, en tanto no penetrasen en el país los enemigos aliados. Sin el ataque de las tropas de Tierra enemigas, la ofensiva aérea contra la «fortaleza alemana» hubiese quedado sin efecto.

El otoño de 1943 pareció traer consigo un giro en los acontecimientos. La factoría Messerschmitt había logrado desarrollar un caza de reacción y otro modelo portacohetes, hasta el punto de que ambos estaban ya listos para ser enviados al frente. Se trataba del *Me 262* y del *Me 163*. Si ambos aviones hubiesen entrado a tiempo en la fase de producción en serie, Alemania habría dispuesto aún, antes de la invasión, en junio de 1944, de las más modernas armas de caza del mundo. Sin embargo, Hitler decidió que esos modelos se transformasen en «bombarderos superrápidos» para poderlos emplear contra Londres. La disputa sobre el destino de los aviones de reacción, sobre si entregarlos o no a las unidades de combate, se prolongó casi hasta el final de la guerra. Hitler permaneció inamovible en su decisión. El antes activo mariscal del Reich y jefe de las Fuerzas Aéreas, Hermann Göring, ya no era más que una sombra de sí mismo y en modo alguno estaba dispuesto a ofrecer resistencia alguna al dictador, cuanto más que la caída de la *Luftwaffe* le costaría su propio prestigio personal.

Entre 1944 y 1945 se entrecruzaron las medidas alemanas con las estratagemas aliadas. Frente a un aumento de la producción de aviones convencionales de caza se observaba la destrucción creciente de las plantas productoras de carburante sintético por las bombas aliadas. Cuando, al final, se aceptó la producción de aviones de reacción ya era otra vez tarde. El enemigo penetraba por un amplio frente en el este y en el oeste, y ya estaba cerca del centro de la «fortaleza», cuyos tejados eran castigados duramente.

¿Claudicó realmente la *Luftwaffe*? Desde luego que no. Se limitó a rendir al máximo en condiciones desfavorables, afectada por las limitaciones que le impuso el propio Mando supremo. Aquel Mando supremo integrado por Hitler y Göring, que, ya antes de la guerra, habían dicho que no es que hubiese la posibilidad de retirada en falso sino que no cabía retirada alguna.

□

CRONICA

POLITICA | CUESTIONES MILITARES | CULTURA Y TECNICA

1945

1. 1.: Hitler lee por radio su proclama de Año nuevo dirigida al pueblo alemán.

26. 1.: En función de su cargo de «comisionado del Reich para la guerra total», Goebbels dicta una disposición en la que se dice: «El 'Führer' ha ordenado a la 'Wehrmacht', a las 'Waffen' SS y a la policía en todo el territorio alemán que orienten su actividad a fin de elevar el número de soldados que se envían al frente.»

28. 1.: Hitler recibe al primer ministro noruego, Vidkun Quisling, en la Cancillería del Reich. Esa es la última recepción diplomática oficial del dictador.

30. 1.: Hitler pronuncia desde la Cancillería su último discurso radiado para conmemorar la toma del poder por los nacionalsocialistas. Una vez más subraya su «firme e inquebrantable voluntad de no atemorizarse ante nada en su misión de combatir por la salvación de nuestro pueblo ante el más negro destino de todos los tiempos».

4. 2.: Hitler firma la orden sobre regulación del «transporte de regreso del Este hacia Dinamarca». En el texto se declara: «Los alemanes provisionalmente repatriados del Este deberán ser trasladados además de al Reich a Dinamarca», especialmente si pudiesen ser transportados por la Marina.

4.-11. 2.: Conferencia de Yalta con participación de los jefes de Gobierno y ministros de Asuntos Exteriores de Gran Bretaña (Churchill y Eden), URSS (Stalin y Molotov) y USA (Roosevelt y Stettinius). Tema principal de las conversaciones es el trato que habría de recibir Alemania después de la guerra: la división en zonas de ocupación, la participación de Francia en el reparto, la formación de un consejo aliado de control y la exigencia de reparaciones a Alemania. Los «Tres grandes» se pusieron de acuerdo sobre la nueva frontera soviético-polaca, mientras que la fijación de los límites occidentales de Polonia quedaba relegada a la celebración de una conferencia de paz. En cuanto a la continuación de la guerra contra Japón, Stalin y Roosevelt llegaron a un acuerdo: Tres meses después de terminada la guerra en Europa, la URSS atacaría en el Pacífico. A cambio recibiría el Sur de Sajalín, las Kuriles, y dispondría del ferrocarril de Manchuria.

15. 2.: Orden del ministro de Justicia del Reich, doctor Thierack, sobre la constitución de tribunales sumarísimos en las zonas del Reich amenazadas por el enemigo.

19. 2.: El jefe de las SS del Reich y ministro del Interior, Himmler, toma contactos con el conde sueco Bernadotte para sondear las posibilidades de una paz especial con las potencias aliadas occidentales.

24. 2.: Con ocasión del aniversario de la fundación del partido, Hitler hace pública una proclama que lee en Munich Hermann Esser. Al final Hitler profetiza la «victoria del Reich alemán».

1. 1.: En su «Orden de Año nuevo a la 'Wehrmacht' alemana», Hitler declara que la cuestión se debate ahora «entre la vida y la muerte». «El objetivo que ha fijado para nosotros la conspiración judeo-internacional es el expolio de nuestro pueblo.»

1. 1.: Operación «Bodenplatte»: La «Luftwaffe» ataca con más de mil aviones una serie de aeródromos aliados tras el frente occidental. 479 aviones destrozados. Pérdidas alemanas: 277 aviones, dos terceras partes por los propios antiaéreos.

1.-2. 1.: La 8.ª Fuerza Aérea estadounidense ataca los puentes del Rhin en Coblenza, Neuwied y Remagen.

12. 1.: Comienzo de la gran ofensiva rusa en el sector central del frente oriental. En dos semanas los rusos llegarían a la Alta Silesia y al Oder.

15. 1.: Hitler abandona su cuartel general en Ziegenberg/Taunus y se traslada definitivamente a Berlín, a la Cancillería del Reich.

18. 1.: A pesar de la orden de Hitler en el sentido de que había que defender Varsovia a toda costa, la capital cae en manos de los enemigos, porque las reducidas fuerzas alemanas eran insuficientes para su defensa.

23. 1.: Comienza el transporte de fugitivos, soldados y heridos desde Prusia oriental y puertos de la bahía de Danzig. Hasta el final de la guerra la evacuación alcanzaría a dos millones de personas, de las que 14.000 perecerían durante el transporte.

28. 1.: Hitler «ordena» por teletipo: «Que permanezcan en su sector del frente unidades del 'Volkssturm', de alarma y de reserva, junto con otras del Ejército regular, de modo que se formen grupos mixtos de lucha (brigadas) bajo un mando unificado».

30. 1.: El antiguo buque de la organización KdF «Wilhelm Gustloff» se hunde ante las costas de Pomerania cargado de fugitivos tras ser torpedeado por un submarino soviético. Perecieron 5.200 personas.

3. 2.: Duro ataque aéreo norteamericano sobre la capital del Reich. Entre los 22.000 muertos se encontraba el presidente del «Tribunal popular», Roland Freisler.

4. 2.: Tropas estadounidenses (Ejército 6) ocupan Manila, tras haber sido evacuada por los japoneses.

13. 2.: Budapest cae tras un asedio de varias semanas.

13.-14. 2.: La RAF ataca Dresde en dos noches de intensos bombardeos. Al mediodía unidades norteamericanas bombardean la ciudad, que quedó destruida en un cincuenta por ciento. El número de muertos no se pudo calcular con exactitud, pues la ciudad estaba repleta de fugitivos de Silesia.

24. 2.: Durante la conferencia estratégica vespertina, el cerco de Breslau por los rusos, vigente desde el 16. 2., se convierte en el tema preferente. Hitler manifestó su aplauso por la actuación brutal del «Gauleiter» Hanke.

1. 1.: En la alocución de Año nuevo ante los jefes políticos, Robert Ley afirma: «el partido es Alemania, Adolf Hitler es el partido y Alemania es Adolf Hitler.»

1. 1.: Por motivos de simplificación administrativa, los impuestos por audiencia radiofónica se elevan a seis marcos, pagaderos por anticipado cada trimestre.

2. 1.: En un ataque aéreo de la RAF contra Nuremberg, con lanzamiento de 2.067 toneladas de explosivo, resulta destruido el castillo, el ayuntamiento, iglesias, casas señoriales y parte del Museo Germánico.

7. 1.: Con el fin de proteger la colección «Volksopfer», Hitler dicta la siguiente orden: «Quien se incaute por su cuenta de los objetos reunidos será condenado a muerte. Esta orden entra en vigor en el momento en que se comunique por radio.»

7. 1.: El ministro de Educación del Reich ordena que los alumnos y alumnas de todos los centros docentes reciban una «imagen ideológica de la importancia de las víctimas de la nación.»

22.-23. 1.: Desde la noche del lunes al martes se interrumpe la circulación de trenes rápidos y correos, incluidos los convoyes especiales previstos para el transporte de soldados con permiso.

Heinrich George como alcalde Nettelbeck en la película «Kolberg».

30. 1.: Simultáneamente, en Berlín y en la fortaleza de La Rochelle se estrena la película bélica «Kolberg», sobre la defensa de la plaza fuerte pomerana durante la guerra franco-prusiana de 1806 a 1807. La cinta, dirigida por Veit Harlan y con Heinrich George y Kristina Söderbaum como actores, recibió el calificativo de «filme de la nación».

19. 2.: Con ocasión del 80 cumpleaños de Sven Hedin, Hitler le envía un telegrama «con palabras cordiales y un gran deseo de felicidad.»

23. 2.: Se estrena en Hamburgo la película «Los hermanos Noltenius», con Willy Birgel, Karl Mathias, Hilde Weissner y otros.

26. 2.: Estreno de la película «Un día», con Magda Schneider y dirigida por Fritz Kirchhoff.

Habla Hitler

La guerra continúa

Cuartel general de Ziegenberg/Taunus («Nido de Águilas»), 12-XII-1944. Cuatro días antes del comienzo de la ofensiva en las Ardenas Hitler reunió a los comandantes de las divisiones que iban a participar en la operación con el fin de explicarles los objetivos fijados.

Una lucha como ésta en la que nos encontramos empeñados y que se desarrolla con un encono sin límites, tiene, como es lógico, unos objetivos muy distintos de las contiendas de los siglos XVII y XVIII, en las que se peleaba por pequeñas herencias o rivalidades fundadas en razones principescas o de dinastías. Los pueblos y las naciones no perseveran en una guerra decisiva durante años, a vida o muerte, si no se les ha hecho ver profundos motivos para luchar. Ahora está más que claro que en estos momentos la confrontación se ha convertido en una lucha histórica en las alturas y en las profundidades.

No ha entendido en absoluto la historia, o quizá no ha sabido leerla, quien esté persuadido de que todas las grandes épocas de la humanidad se han caracterizado por una única sucesión de triunfos. Está sumamente claro que se produce de modo sistemático una alternancia de triunfo y derrota. Al fin y a la postre el laurel de la victoria lo alcanza aquél que no sólo es el más capacitado, sino, sobre todo, aquél que es más audaz, y esto es algo que les ruego tengan ustedes siempre muy en consideración.

La guerra es, naturalmente, una prueba de resistencia para todos los que toman parte en ella. Cuanto más se prolonga una guerra, tanto más dura resulta esta prueba de resistencia. Esta prueba de resistencia deberá soportarse en tanto subsistan esperanzas de triunfo. En el momento en que desaparecen las esperanzas de victoria, éstas no pueden suplirse con la fuerza de la voluntad, con la que, por ejemplo, lucha una fortaleza mientras espera socorro del exterior. Por esta razón es importante desposeer al enemigo cada cierto tiempo de su seguridad de victoria, asestándole golpes de ofensiva de modo que se convenza de que sus planes se han hecho inviables. Mantenerse a la defensiva no conduce mejor a la victoria que un ataque decidido. A la larga no es admisible el principio de que la defensiva sea el momento más duro de la lucha.

En definitiva, las guerras se deciden por el convencimiento en uno u otro de los bandos contendientes de que la guerra en cuanto tal no podrá ganarse. Infundir este criterio al enemigo es, en consecuencia, la tarea fundamental. El modo más rápido de hacerlo es la destrucción de su fuerza vital mediante la ocupación de su territorio. Cuando sea obligado mantener una posición defensiva, ha de cumplirse el objetivo de asestarle de vez en cuando golpes audaces de modo que se le convenza cada vez más de que, a pesar de todo, la guerra continúa.

También es importante aprovechar el actual momento psicológico, de forma que no se desprecie ninguna ocasión de dejar bien sentado que el enemigo, haga lo que haga, no podrá contar jamás con una capitulación. Jamás. Esto es decisivo. El menor signo de proclividad a la capitulación lleva al enemigo a recuperar esperanzas en una victoria que transmitirá a una amplia masa ya desilusionada. Esta masa que haya recuperado la confianza volverá a aceptar las privaciones y las penalidades que se le impongan. De ahí el peligro de la publicación de memorándums derrotistas, cuya efectividad se comprobó ya en 1917, y de actos como los que hemos conocido este mismo año[1].

Estos documentos han sido capaces de mantener en el campo enemigo la esperanza de que solamente podría salvarnos un milagro. Con este milagro, con un nuevo golpe de mano, la situación cambiaría completamente de signo. El enemigo debe saber que, sean cuales sean las condiciones, no llegará al triunfo. Esto se puede conseguir enfrentándole la actitud de un pueblo, de una «Wehrmacht» y, en último término, mediante golpes audaces. Esto le hará ver con claridad que llegará un día en el que se producirá el colapso total de su fuerza nerviosa. Así pudo Federico el Grande, en el séptimo año de su guerra, alcanzar lo que para él fue el mayor triunfo de su vida. No se puede volver atrás: ciertamente la situación de entonces era distinta de la de ahora. Pero no tanto, señores, porque el conjunto de los generales de entonces, entre ellos su propio hermano, casi dudaban de la posibilidad de una victoria. Sus jefes de gobierno y sus ministros se presentaron a él en delegaciones para pedirle que pusiese fin inmediato a la guerra porque no se podría ganar. La reciedumbre de aquel hombre hizo posible que la guerra continuase y que, al fin, experimentase un giro positivo. También el pretexto de que sin un cambio en el trono de Rusia no hubiera sido posible la victoria es absolutamente absurdo. Si se hubiese producido la capitulación en el quinto año de la guerra, el cambio del trono en el séptimo, es decir, dos años después, hubiera sido totalmente impensable.

Aún habría que pensar algo más, señores. Jamás en la historia universal ha habido coaliciones como la de nuestros enemigos, integrada por elementos tan heterogéneos, con objetivos tan dispares. Nuestros enemigos representan los máximos extremos imaginables hoy: Estados ultracapitalistas, de un lado, y ultramarxistas del otro. De una parte un imperio mundial moribundo, Gran Bretaña, y de otro la colonia convertida en heredera, Estados Unidos. Se trata de Estados cuyos objetivos se entrecruzan. Quien, agazapado en su tela como una araña, sigue esta evolución, puede ver cómo, hora a hora, estas contradicciones van haciéndose cada vez más visibles. Si logramos dos golpes afortunados, cosa que puede ocurrir en cualquier momento, entonces quedará patente cómo, de improviso, este frente artificioso se derrumba produciendo el fragor de un trueno.

---

(1) Estos «memorándums derrotistas» parecen ser la resolución de paz del Reichstag de 19-VII-1917, en la que se exigía la paz y la renuncia a las anexiones. En los «actos de este mismo año» se alude al atentado con bomba del 20 de julio.

□

«Ellos dan su sangre. Dad vuestro trabajo para librar a Europa del bolchevismo.»

Cartel alemán destinado a los trabajadores de la Francia ocupada.

JABALI SALVAJE

La caza nocturna en su apogeo

«Música sesgada» para los cañones de a bordo que no cesaban de tronar, «cama de dosel» para quienes operaban pegados al suelo, «jabalí salvaje», para la caza nocturna. Tras estas imágenes en clave se escondía la tremenda y mortal misión de los aviones que luchaban en el cielo nocturno sobre territorio alemán. Cajus Bekker refleja en su «Diario de guerra de la Luftwaffe alemana» (1) cómo los pilotos de caza nocturnos se enfrentaban a los bombarderos británicos. Reproducimos aquí los principales pasajes.

Al caer la tarde del 3 de julio de 1943, un automóvil de las Fuerzas Aéreas, de color azul grisáceo, se dirigía de Potsdam a Berlín por la autopista. El hombre que manejaba el volante, comandante Hajo Herrmann, llevaba una doble vida. Al día siguiente tendría que actuar de relator del grupo «Reclamaciones táctico-técnicas» ante el Estado Mayor del Aire, en el parque de Werder. Por la noche se lanzaría al cielo con su *Focke-Wulf 190*.

Herrmann se proponía demostrar que su idea era adecuada. Dicho sea de paso, su proyecto solamente había logrado suscitar una sonrisa de comprensión en sus superiores y en los especialistas en la materia.

El auto llegó al aeródromo de Staaken. En el lugar se encontraban ya otros pilotos y voluntarios de los estados mayores y escuelas de vuelo. Los aparatos estaban listos para partir. Bajo el fuselaje se había colocado un tanque de combustible de repuesto con una capacidad de 400 litros. Gracias a él los cazas podrían mantenerse en el aire sus buenas dos horas y media. Por la noche la pequeña unidad tomaría tierra en Mönchengladbach. El tiempo prometía una noche clara y sin nubes.

Hacia la media noche llegó el momento: se aproximaban los ingleses. Una poderosa escuadrilla de bombarderos penetraba por la costa holandesa. Su objetivo parecía ser la cuenca del Ruhr. Minutos después los diez *Me 109* y *FW 190* del «comando Herrmann» se encontraban ya en el aire. Su rumbo no era el que le llevase al encuentro del enemigo, debido a que no lo encontrarían por falta de control desde tierra. Por ello prefirieron dirigirse al sector de Duisburg-Essen, que, según presumían había de convertirse en objetivo del ataque, a juzgar por la altura de los aviones. Una vez en el lugar elegido, prefirieron quedarse a la expectativa y observar el cielo en dirección oeste. Por allí apareció pronto el enemigo, trazando círculos en forma de «dosel de cama» sobre los cazas alemanes, bimotores. Éstos se pusieron en comunicación por radio con el enemigo. Lo que Herrmann esperaba terminó por ocurrir: De repente pareció como si los ingleses hubiesen lanzado una antorcha encendida, que fue cayendo lentamente hacia tierra. Se trataba de un bombardero incendiado. Los bimotores de caza se hallaban ya en combate. Aquellas antorchas iban marcando el camino de sus éxitos, que coincidían con la ruta de los bombarderos. «Vienen directamente a por nosotros», dijo Herrmann a través de la radio.

Inmediatamente relampagueó un disparo a la izquierda del curso seguido hasta el momento por los bombarderos. Parecía que viraban hacia el sur. De improviso cruzó el cielo una luz multicolor. Era la luz de las bombas de señalización de los aviones exploradores ingleses.

Ante los ojos de los cazas alemanes se desplegó un fascinante conjunto de fuegos artificiales. Parecía muy cerca. Innumerables estelas luminosas iban explorando el cielo. Eran bombas de iluminación, amarillas, verdes y rojas, que iban cayendo a tierra lentamente, sujetas a paracaídas. En el suelo se iban notando los efectos de los primeros impactos. El fuego se extendía progresivamente. Aquellos senderos trazados por las bombas luminosas marcaban el camino a los aparatos que surcaban el cielo, en dirección a los objetivos de ataque. El objetivo era Colonia, no había duda, y quedaba aún lejos cuando Herrmann se convenció de ello.

Los reflectores habían localizado a varios cuatrimotores y los rociaron con su luz blanca, reteniéndolos así durante varios minutos.

Entonces elaboró Herrmann su plan. Sus cazas de un solo motor no estaban en condiciones, como los cazas de noche bimotores, de ser guiados por radar desde tierra. Tan sólo podría contar con sus propios ojos para la maniobra y esto era viable gracias a los reflectores, es decir, directamente en contacto con el objetivo de ataque, en la mitad de la cortina de fuego de los propios antiaéreos. Sin detenerse a considerar el alcance de los métodos defensivos al uso y manteniendo su formación cerrada, los cazas se lanzaron al ataque como «jabalíes salvajes». Así hicieron honor a su nombre: los «jabalíes» ya estaban sueltos.

De repente Herrmann voló tras un bombardero iluminado. Voló pegado a él. El inglés no tenía idea de lo que ocurría. Miró hacia abajo, hacia la ciudad en llamas. Hasta entonces la cosa había sido muy diferente: tan sólo en los despegues y aterrizajes en plena oscuridad había tenido que mantener los ojos bien abiertos por si aparecían cazas nocturnos alemanes, pero nunca había ocurrido que los alemanes actuasen iluminados por los reflectores sobre el propio objetivo de ataque.

Aquel método había pasado a la historia. Herrmann se adelantó, orientó con precisión sus armas de a bordo, cuatro cañones, y disparó. El cuatrimotor inglés sufrió un impacto directo: el *Lancaster* había sido alcanzado de lleno y se incendió inmediatamente. El aparato se precipitó al vacío trazando una curva hacia la izquierda, como una antorcha inflamada.

El «cazador» cosechó más éxitos. Abandonó la zona castigada por los antiaéreos, hacia arriba, y miró para atrás. Tres o cuatro cuatrimotores en

(1) *Cajus Bekker: «Angriffshöhe 4000. Ein Kriegstagebuch der deutschen Luftwaffe». Stalling Verlag, Oldenburgo y Hamburgo 1964.*

llamas iluminaron la noche. Cuando el grupo operativo regresó a la base tan sólo faltaba uno de los diez aviones que habían tomado parte en la acción. Herrmann calculó las pérdidas del enemigo por los aparatos que había visto caer: deberían ser por lo menos doce. Inmediatamente comunicó esta cifra a Berlín y añadió: «...A pesar del mucho plomo que se disparó.» Doce cuatrimotores en difíciles condiciones. Eso era un gran éxito, absolutamente inesperado, del «jabalí salvaje» en su primera entrada en fuego dentro de un nuevo plan de acción.

Ese resultado puso en marcha el plan. Göring, que seis días atrás, el 27 de junio, se había mostrado favorable a la acción, tras un informe del comandante Hajo Herrmann y de su compañero Werner Baumbach, llamó inmediatamente a Herrmann a primeras horas de la mañana y lo levantó de la cama cuando se encontraba descansando tras una noche tan agitada. Göring le convocaba a Karinhall para que le informase con detalle. Cuando dejó la casa del mariscal del Reich, el comandante, de 30 años de edad, descubridor de la nueva táctica, llevaba en el bolsillo la orden de que crease una escuadrilla de «jabalíes salvajes», la JG 300.

Había un factor que favoreció esta decisión. El 24 de junio había caído en desgracia ante Hitler el comandante general del XII *Fliegerkorps* y «jefe de caza nocturna», Josef Kammhuber.

El bávaro Kammhuber se había ocupado en elaborar un criterio de caza nocturna desde 1940. Los reveses no habían logrado doblegarlo. Apenas había fracasado su «caza nocturna iluminada» por reflectores cuando el *Gauleiter* reclamó un regimiento de reflectores, que obtuvo para sus ciudades. El propio Hitler había prohibido la caza nocturna a largas distancias sobre los aeródromos de Alemania contra los bombarderos ingleses.

A la vista de tal planteamiento el comandante Hajo Herrmann no se arredró y logró que el nuevo criterio de «jabalí salvaje» se abriese paso en el mando, hasta el punto de que la nueva variante adquirió gran importancia. El pensamiento de Herrmann no parecía descaminado. La caza de noche trasladada al «dosel» permitiría derribar a un número determinado de aparatos enemigos. El número de cuatrimotores que arrasaban las ciudades era elevadísimo. Sobre los sectores fijados como objetivo los bombarderos eran mantenidos a raya con los reflectores. Este tiempo en que los aparatos enemigos estaban iluminados debería bastar a los aviones alemanes para el ataque. El caza no precisaba de ningún sistema complicado de respuesta para encontrar al enemigo. Ciertamente la operación era más difícil de noche que de día, pero las condiciones de visibilidad eran, con todo, muy aceptables y por ello los cazas de un solo motor podían emplearse perfectamente.

Catástrofe sobre Hamburgo

Herrmann, sin embargo, no creía haber hallado una panacea contra la riada de bombarderos enemigos. No se proponía desde luego marginar la lucha nocturna tal y como se había llevado a cabo, sino tan sólo completar los métodos en auge. Los territorios objetivo de los ataques enemigos no debían quedar encomendados exclusivamente a la defensa de los antiaéreos. Que los «jabalíes salvajes» iban a convertirse por un tiempo en la única esperanza de la defensa del Reich, a raíz de los acontecimientos de julio de 1943, era algo que el creador del nuevo método no podía ni intuir.

Apenas había comenzado Herrmann con la formación y entrenamiento de los tres grupos de su JG 300, en Bonn-Hangelar, Rheine y Oldenburg, cuando el 24 de julio se produjo la catástrofe de Hamburgo. Los ingleses comenzaron por neutralizar los aparatos de radar alemanes lanzando sus «nubes de plata», que imposibilitaron la acción de los antiaéreos y de los cazas nocturnos (2).

Al día siguiente Göring convocaba al comandante del JG 300: «Herrmann –dijo el mariscal–. Han atacado Hamburgo de un modo más terrible que hasta ahora. Ha fracasado la caza de noche. Tan sólo puedo confiar en usted. Tiene que entrar en combate inmediatamente, aunque tan sólo disponga de dos aviones.»

En la segunda noche de ataques, del 27 al 28 de julio, Herrmann lanzó doce cazas contra los aviones enemigos que aparecieron sobre la ciudad, la cual ardía por varios puntos. En aquella operación tomaron parte también bimotores. Los ingleses experimentaron más pérdidas que en el primer ataque. El 1 de agosto, el jefe de la defensa aérea en la zona centro, general Weise ordenó que, por razones de averías en los sistemas de radar, había que «emplear todas las fuerzas de caza nocturna de la escuadrilla Herrmann en la zona de reflectores defendida por antiaéreos». Con ello el procedimiento de «jabalí salvaje» se extendía a todos los sectores en los que se combatía de noche por la posesión del aire. El mismo general Kammhuber, todavía entonces al frente del XII *Fliegerkorps*, dio las instrucciones oportunas a sus comandantes para que, momentáneamente, cesase la operación «dosel» y se aplicasen los nuevos métodos.

(2) Los aviones ingleses habían lanzado miles de láminas de estaño de 26 cm cuyo efecto era, una vez registrado por el radar, el mismo que el de un avión en vuelo.

Bombardero británico alcanzado por un impacto. Así lo representaba el dibujante de «Signal» en esta escena de caza nocturna.

Muy pronto escuadras enteras de aparatos de uno y dos motores aparecieron en el cielo nocturno a la menor señal de fuego con el fin de aniquilar al enemigo en el mismo punto de operaciones elegido por éste. Sin embargo, no era fácil. En la noche del 18 de agosto los cazas se concentraron sobre Berlín a la espera de que se produjese un temido ataque contra la capital del Reich. Pero el objetivo fue Peenemünde, que resultó incendiada.

No obstante, en la noche del 24 de agosto Berlín constituyó el objetivo de un ataque perpetrado por 727 bombarderos. La dirección de aquella escuadrilla se pudo conocer anticipadamente en los puestos de mando de Stade y Döberitz, hasta el punto de que el destino de los bombarderos pudo prepararse más de una hora antes de que llegase el momento fijado para el ataque.

En cuestión de segundos surgieron de todas partes grupos de caza nocturna que se dirigían a la capital. Cuando los aparatos de la RAF llegaron a Berlín y lanzaron las primeras bombas de iluminación, se desató un verdadero infierno. Sobre la enorme extensión de la ciudad, cuyo círculo de reflectores tenía más de ochenta kilómetros de diámetro, la noche se convirtió en un día claro por efecto del fuego. Como música de fondo, el tronar de los antiaéreos que, según las órdenes recibidas, no podrían disparar más allá de los

4.500 metros de altura. Esa batalla aérea nocturna les costó a los ingleses 56 cuatrimotores.

Una semana después se repetiría la escena: nueva intervención de los «jabalíes salvajes», muy oportuna, sobre el mismo lugar. Esta vez los alemanes derribaron 47 aparatos, entre *Lancaster*, *Halifax* y *Stirling*.

A pesar de las medidas de camuflaje, a pesar de las «nubes de plata» destinadas a burlar el radar alemán y despistar a los cazas, a pesar del nuevo sistema «Rotterdam» aplicado a los bombarderos, con el cual aumentaba la capacidad de localización gracias a miles de ecos recogidos por el radar, a pesar de todo ello, los tres primeros grandes ataques aéreos, contra Berlín, el 24 de agosto y el 1 y 4 de septiembre de 1943, constituyeron una seria advertencia para los ingleses. Habían perdido 123 cuatrimotores y otros 114 resultaron seriamente dañados. Es decir, el 14 por ciento de todos los efectivos aéreos empleados. Ese índice era el mayor registrado hasta entonces. Y precisamente en un momento en el que se creía vencida la resistencia alemana. El camino hacia Berlín era largo y, en consecuencia, a los alemanes no les resultaba especialmente difícil conocer con antelación el destino de las escuadrillas enemigas cuando penetraban en territorio del Reich. La táctica «jabalí salvaje» permitía emplear los propios cazas en el lugar elegido por el enemigo para un ataque aun antes de que llegase éste.

«Seríamos arrollados»

En el mando supremo de la *Luftwaffe* de Berlín cundía un prudente optimismo. El mariscal Milch decía el 25 de agosto: «Estamos plenamente convencidos de que lograremos golpear al enemigo más sensiblemente que hasta ahora, tanto en combates nocturnos como diurnos. Ésta es la única posibilidad de conservar la industria de armamento alemana y de mantener incólumes los centros habitados del país. Si no lo consiguiésemos seríamos arrollados.»

También Göring consideraba la «noche de Berlín» como una importante victoria defensiva que devolvió el buen ánimo a la Aviación y al pueblo.

Ya en septiembre, Herrmann recibió la orden de convertir su JG 300 en una división con tres escuadrillas. Herrmann fue designado teniente coronel jefe de esta nueva División 30 de caza. Su unidad, integrada por la JG 300 (teniente coronel Kurt Kettner, en Bonn-Hangelar), la JG 301 (comandante Helmut Weinrich, en Neubiberg, cerca de Munich) y la JG 302 (comandante Manfred Mössinger, en Döberitz), dispondría tan sólo de sus propios aparatos. Los otros grupos eran los llamados «trasnochadores»: su misión era la de ceder los aviones a un grupo de noche al regresar de una operación diurna. Este doble uso no lo podían resistir muchos aparatos. Las pérdidas de un grupo nocturno repercutían muy sensiblemente en la potencialidad de los otros que actuaban de día, y viceversa.

Al llegar el otoño las noches claras y sin nubes se hicieron más raras. El Mando de bombarderos británicos se vio obligado a incluir este factor en su táctica de ataque, contando con que la caza nocturna se hizo difícil con los aviones de un solo motor. No obstante, los «jabalíes salvajes» despegaron aun en noches en que «los pájaros preferían caminar». Así se llevaron a cabo operaciones antes impensables.

Herrmann justificaba así su táctica: «Deberíamos continuar pisando los talones al Mando de bombarderos y perseguirlos a pesar del mal tiempo en que nos veamos envueltos. Si hubiésemos claudicado, la RAF habría conseguido alzarse con el dominio del aire de Berlín. Esto era algo que no podíamos consentir.»

En realidad la batalla aérea de Berlín, que comenzó el 18 de noviembre de 1943 y se prolongó hasta el 24 de marzo del año siguiente, fue una lucha a vida o muerte. En este período se produjeron 16 grandes ataques contra la capital del Reich. El mariscal del Aire Harris, jefe del Mando de bombarderos, se proponía «destruir Berlín de un extremo a otro».

«Esta operación –dijo triunfante Harris– nos costará 400 o 500 bombarderos, mas para Alemania significará la pérdida de la guerra.» Harris pensaba que mediante el empleo masivo de su mejor aparato, el cuatrimotor *Lancaster*, contra Berlín y otras ciudades alemanas importantes se podría conseguir la capitulación de Alemania antes del 1 de abril de 1944.

Al encuentro de esta amenaza salió precisamente la táctica de caza nocturna «jabalí salvaje» en los meses del crudo invierno de 1943-1944. No dejó de probarse ningún medio orientado a mejorar la visibilidad del objetivo de ataque y, así, acosar al enemigo hasta el final. Los reflectores alemanes no lograban detectar a los aparatos enemigos debido a que los bombarderos ingleses recurrían constantemente al ocultamiento tras las densas nubes. Sin embargo, se experimentó con éxito el intento de proyectar los reflectores sobre las nubes y, junto con el resplandor de las ciudades en llamas, éstas recortaban la negra silueta de los aviones británicos a los cazas alemanes que operaban sobre ellos. Los aparatos ingleses aparecían entonces como insectos negros.

Una luz resplandeciente

Herrmann formuló una propuesta: Que los berlineses saliesen de la oscuridad e hiciesen incidir sobre la calle tanta luz como pudiesen a través de puertas y ventanas. Cuanto más iluminada estuviese la ciudad tanto mejor podrían localizar los cazas al enemigo sobre las nubes. Los ingleses orientaban de todas formas sus efectivos de ataque por los datos suministrados por el sistema de radar «Rotterdam». Sin embargo, la propuesta de Herrmann fue rechazada por Goebbels, *Gauleiter* de Berlín.

Allí donde los exploradores británicos marcaban el camino hacia el objetivo para el bombardeo siguiente, los alemanes lanzaban aviones de «iluminación» que proyectaban bombas de luz sobre las nubes, las cuales acababan sumergiendo en claridad la región elegida. Este método cosechó un éxito notable. Los cazas observaban que el enemigo no conservaba su formación cerrada al pasar por la zona iluminada, sino que volaban con arreglo a un esquema más permeable. Con esto el efecto destructor de las bombas era mucho menor y en consecuencia podía defenderse mejor una mayor extensión de suelo.

El vicemariscal del Aire Bennett lamentó que los bombarderos no pudiesen ya efectuar como antes ataques cerrados contra Berlín. Noche a noche se tenían que desviar de las rutas de vuelo fijadas e incluso sobre el mar del Norte muchos bombarderos ingleses. No había fracasado, desde luego, la acción de los cazas nocturnos alemanes en los largos callejones aéreos por donde los ingleses se dirigían a Berlín.

El propio «jabalí salvaje» sufrió elevadas pérdidas en estas operaciones con mal tiempo, que pronto ensombrecieron los triunfos cosechados. Los cazas monomotores no eran ciertamente capaces de volar a ciegas. Aunque disponían de un receptor que les orientaba hacia el objetivo, gracias al cual podían guiarse desde un aeródromo, a veces los aparatos se estrellaban al chocar contra un suelo oculto por las nubes. Cada vez menudeaban más los saltos de pilotos en paracaídas porque tomar tierra con el aparato hubiera significado la muerte. Incluso a veces los pilotos se lanzaban al vacío.

Su intervención dependía en primer lugar de que el control o el mando de tierra conociese a tiempo el objetivo previsto por los ingleses en la planificación de un ataque concreto, y esto a pesar de las averías de los sistemas de radar, y de los ataques sorpresa del enemigo con vistas a desorientar a los alemanes. A tiempo significaba media hora antes del ataque, gracias a lo cual los grupos «jabalí salvaje»

podrían reunirse sobre el objetivo. Los oficiales de control de vuelo de caza se veían obligados a veces a confiar sin más en su experiencia o en su intuición para deducir cuál era el camino que seguirían los aviones enemigos. Ese método apenas tuvo éxito en las noches de mal tiempo.

Por estas razones la lucha nocturna con aviones de un solo motor fue decayendo progresivamente tras haber vivido una etapa meteórica. El 16 de marzo de 1944 fue disuelta de nuevo la División 30 de caza y permanecieron en activo únicamente algunos grupos de «jabalíes salvajes».

Al mismo tiempo los cazas nocturnos bimotores recibieron un nuevo ojo de radar con el «Lichtenstein SN 2», sistema que no quedaba inactivo con las nubes de plata de los ingleses. Este ingenio permitía la actuación masiva de los cazas contra los bombarderos. El punto álgido de aquellas batallas aéreas fue el 30 de marzo de 1944, sobre Nuremberg, donde el Mando de bombarderos británico sufrió las mayores pérdidas de su historia.

Aquel hecho ocurrió precisamente en los días en los que el mariscal del Aire Harris había pronosticado la capitulación alemana, capitulación que, según su parecer, llegaría provocada por los bombardeos.

En la tarde del 30 de marzo de 1944 se transmitió a todas las escuadras de caza nocturna alemanas la señal «Faisán»: se esperaba la llegada de aviones enemigos. En los aeropuertos de operaciones, que se alineaban formando arco desde el Norte de Francia hasta Berlín, pasando por Bélgica, Holanda y el oeste y norte de Alemania, las dotaciones subieron a sus aparatos. Una vez todos en sus puestos comenzó la caza nocturna.

Hacia las once el general Josef Schmid, comandante del I *Jagdkorps*, dio la orden de despegue. Hasta ese momento tan sólo habían cruzado el Canal algunos *Mosquitos*, con los que se pretendía atacar los aeródromos de noche en territorio holandés y aviones minadores que se trasladarían al mar del Norte. Los alemanes no se dejaron sorprender por estos ataques de diversión y esperaron hasta la llegada de los bombarderos. Los preparativos observados en Inglaterra no ofrecían duda alguna. Al poco se dirigía a Bélgica con ruta sureste el primer contingente de bombarderos. Poco antes de que los ingleses sobrevolaran la costa, la mayor parte de los cazas alemanes habían despegado ya de sus pistas.

El comandante de la División 3 de caza, con base en Deelen, general Walter Grabmann, ordenó a sus fuerzas que esperasen la comunicación de la clave «Ida», que se les daría desde el sur de Aquisgrán. Los grupos de la División 1 de caza, con base en Döberitz (coronel Hajo Herrmann) y de la 2, de Stade (general Max Ibel) deberían esperar la consigna «Otto», localizable al este de Francfort. Todo ello se produjo sin contratiempo alguno. Nadie podía predecir con seguridad qué camino seguiría la invasión de bombarderos, qué fintas realizarían y qué trucos iban a intentar. Tan sólo había algo patente: había que lanzar los propios cazas lo más pronto posible contra el aluvión de bombarderos.

A unos 400 kilómetros de Fulda los bombarderos tomaron rumbo este. Por qué el Mando había ordenado seguir este curso directo a pesar de que dominaba perfectamente la técnica del falso curso y el correspondiente viraje hacia la posición deseada, constituye todavía hoy un enigma... En todo caso lo que sí es cierto es que por esta maniobra los bombarderos *Halifax* y *Lancaster* fueron a caer directamente en brazos de los cazas nocturnos alemanes. No hubo traición alguna, como imaginaron los ingleses después de la guerra.

El teniente Martin Drewes, jefe del III/NJG 1, se dirigía hacia el punto «Ida» tras su salida de Laon-Athies, después de haber cruzado Bélgica. Desde hacía algunos meses, desde el momento en que los ingleses habían aparecido en Alemania con sus cazas nocturnos de gran autonomía, los alemanes, volaban en el *Me 110* de tres plazas. Tras Drewes, el piloto, se sentaba el radiotelefonista de a bordo, suboficial Erich Handke. A su lado iba también el artillero del avión, el sargento mayor Georg Petz. Su cometido era el de vigilar el espacio aéreo posterior y advertir a la tripulación para evitar sorpresas desagradables. Se esperaba aún la comunicación definitiva y nadie podía imaginar que se efectuase de un momento a otro. De repente se produjo una conmoción. Petz gritó:

«Deteneos, deteneos. Por encima de nosotros cruza un cuatrimotor.»

Un «Lancaster» en llamas

Drewes apretó el botón de disparo y partieron los proyectiles. Había acertado. Inmediatamente aparecieron en el fuselaje del bombardero pequeñas llamitas que indicaban que había hecho blanco. Si los disparos habían calado bien en el casco explotarían las bombas y esto significaba que el caza podía verse arrastrado por el *Lancaster* en su caída.

Diez minutos después del impacto el teniente Martin Drewes, del III/NJG 1, volvía a tener a tiro a otro *Lancaster*. El radiotelefonista de a bordo, Erich Handke, se lo comunicó tras observarlo en su «SN 2». Tenían que ascender largamente hasta alcanzar los 7.000 metros para dejarse caer luego sobre el bombardero. Drewes apuntó y disparó. Pero tras el segundo disparo fallarían los cañones de precisión: se habían encasquillado.

Inquieto, el *Lancaster* realizó un viraje y se lanzó de repente en picado hacia abajo. Drewes hizo todo lo posible para perseguirlo. Luego prefirió descender y volar bajo hasta que el enemigo se tranquilizase y se produjesen de nuevo unas circunstancias favorables a otro ataque, esta vez con las armas dirigidas hacia adelante. El *Lancaster* ardió inmediatamente cuando se repitió el ataque, cayó en picado y explotó al llegar al suelo, en el bosque de Vogelsberg.

El teniente Drewes derribó todavía otro bombardero a 20 kilómetros al norte de Bamberg, el tercero, esta vez con «música sesgada.»

El logro máximo alcanzado durante esta batalla aérea correspondió a una dotación de la unidad I/NJG 6. A las 23,43 despegaba el teniente Martin Becker del aeródromo de Maguncia-Finthen. Le acompañaban el artillero de a bordo, Eugen Welfenbach, y el radiotelefonista, Karl-Ludwig Johanssen. 25 minutos después su avión se lanzaba contra un conjunto de bombarderos *Halifax*, al este de Bonn. En media hora, de las 0,20 a las 0,50, Becker derribó seis cuatrimotores. Los puestos de seguimiento identificaron la ruta de este convoy, por el norte alemán, sobre Wetzlar, Giessen y Alsfeld hacia Fulda. Desde este punto Becker se vio obligado a virar, pero más tarde volvió a despegar de Maguncia y así pudo atacar a los bombarderos que ya regresaban. A las 3,15 derribó otro bombardero más sobre Luxemburgo.

Nada menos que siete bombarderos en una sola noche.

Según el diario de guerra del I *Jagdkorps*, esa noche los alemanes emplearon 246 cazas de uno o dos motores. En cuanto a las bajas causadas al enemigo, se anunciaron 101 seguras y seis probables.

Los datos ingleses eran ligeramente inferiores: 95 aparatos de los 795 *Halifax* y *Lancaster* que habían despegado de Inglaterra no regresaron más a la base. Otros 71 cuatrimotores resultaron gravemente dañados, de los cuales doce quedaron destruidos al tomar tierra.

Así fue la mayor batalla aérea nocturna de la segunda Guerra Mundial. La pérdida total del doce por ciento de todos los aviones empleados era excesivamente onerosa para el mando inglés. La ofensiva aérea nocturna se interrumpiría momentáneamente. Su fracaso era manifiesto. Los cazas nocturnos alemanes habían conseguido su mayor... y última victoria. □

VARSOVIA EN PIE

Las derrotas militares de Alemania estimularon a una serie de movimientos de resistencia nacionales en los países europeos ocupados. La liberación debería ser una tarea propia y no algo que agradecer a los demás. El mando nazi estaba convencido de que podría terminar pronto con aquellos enemigos «menores». El levantamiento de Varsovia tendría un final sangriento.

Los sublevados no contaban más que con armas de mano, generalmente para enfrentarse al poderoso arsenal de los alemanes. A la izquierda: el pequeño carro dirigido a distancia «Goliath».

El 5 de octubre de 1939 la guerra había terminado ya para Varsovia. Esa fecha Hitler presidía el desfile de las tropas alemanas victoriosas en la capital de la derrotada Polonia. Al mismo tiempo, un par de cientos de kilómetros más hacia el este, en Brest-Litovsk, avanzaban los carros alemanes y rusos dirigidos por sus respectivos comandantes. Los rusos habían llegado precisamente para el reparto del botín polaco y se hicieron recibir como vencedores.

Finalmente, a la misma hora, aquel mismo 5 de octubre de 1939, comenzaba en Varsovia una nueva guerra: una guerra distinta a la de los carros y de los *Stukas*, distinta a la de la infantería de ataque masivo y de los cañones pesados. Mientras afuera las columnas desfilaban ante Hitler, se encontraban, literalmente, bajo tierra, en la cámara fuerte del banco de crédito polaco, dos docenas de ciudadanos civiles. Eran los representantes de casi todos los partidos polacos y de las asociaciones de paisanos. Se habían reunido para fijar en conjunto las bases de un movimiento de resistencia. Faltaban muy pocas tendencias, entre ellas los comunistas, debido a que Stalin y Hitler eran aliados en ese momento.

En el mismo mes, el general Wladislaw Sikorski formaría un Gobierno polaco en el exilio como órgano político rector. Este Gobierno tendría su sede primera en París y se cambiaría a Londres en el verano de 1940. El movimiento de la resistencia polaca dentro del propio país estaba sometido a las órdenes del citado general. En febrero de 1942 se le dio el nombre de «Armja Krajowa», en abreviatura AK, que significaba ejército nacional. Sistemáticamente este ejército en la resistencia fue ayudado por la organización británica «Special Operations Executive» (SOE), mediante el envío de armas y munición en paracaídas, con informaciones y especialmente con técnicos expresamente adiestrados para la lucha en Polonia. En las filas del AK dominaba el criterio de una lucha abierta contra los alemanes. Incluso se decía que estallaría «en cualquier momento en algún lugar.»

Cualquier plan de resistencia debía sin embargo estar de acuerdo con las viejas condiciones geopolíticas de Polonia, que tenía en Rusia y Alemania, países limítrofes, dos enemigos que atacaban para conquistar territorios. Justamente en el verano y otoño de 1939 se ofreció un nuevo ejemplo aleccionador, al suscribirse el pacto entre Hitler y Stalin en el que fijaron las condiciones para un ataque conjunto contra Polonia. Dos hechos ocurridos en 1943 hicieron a los polacos especialmente sensibles respecto de su vecino la Unión Soviética: en la primavera de 1943 las tropas

alemanas encontraron cerca de Smolensk, en la aldea de Katyn, varias fosas comunes en las que habian sido enterrados los cuerpos de más de cuatro mil oficiales del ejército polaco ejecutados en masa. Para la opinión pública y para el Gobierno polaco en el exilio pronto quedó claro que se trataba de los oficiales polacos que, en 1939, habían caído prisioneros de los soviéticos y así se hizo llegar a Stalin una pregunta en este sentido. En total se encontró los cuerpos de 14.000 oficiales, con lo que no cabía una duda razonable de que se trataba de los famosos prisioneros de los soviéticos. Los Aliados occidentales, preocupados por el buen nombre de su alianza con los rusos, quisieron convencer al general Sikorski de que, según su modo de ver, aquel asesinato en masa debería atribuirse a los alemanes. Pero Sikorski se negó a aceptar esta tesis y días después, el 23 de abril, Stalin rompía sus relaciones diplomáticas con el Gobierno polaco en el exilio.

El segundo hecho fue la conferencia de Teherán, en noviembre del mismo año. Los «Tres Grandes» se pusieron de acuerdo, bajo presiones de Stalin, en la maniobra de correr las fronteras de Polonia hacia el occidente, una vez terminase la guerra. Todos los territorios conquistados por los soviéticos tras la distribución de 1939 deberían permanecer en su poder (Línea «Curzon»). Polonia sería indemnizada con tierras antes alemanas. Todo esto llevó al Gobierno polaco en el exilio partiendo de la actual experiencia histórica a la amarga conclusión de que «había muchos enemigos, pero menos amigos de los que se pensaba».

Respecto al plan de una resistencia organizada, había que contar con dos enemigos: el número uno, que era el Reich alemán. El número dos, la Unión Soviética. La decisión acuciaba cada vez más, cuando el 4 de enero de 1944 unidades del 1er. Frente ucraniano cruzaban las antiguas fronteras polacas (de septiembre de 1939) en Sarny (Volhinia) y emprendían la marcha en territorio polaco hacia el oeste. Polonia volvía a ser campo de batalla militar y político.

Tan lastimosa aparecia la situación que la pequeña, expoliada y vencida Polonia apenas podría enfrentarse a las dos potencias militares más imponentes del momento. Había dos opciones: reclamar ayuda exterior o comenzar desde dentro. El Gobierno polaco en Londres se decidió por esta última vía. Sobre el papel, el AK disponía de 9.000 unidades de combate, con cerca de 90.000 oficiales y suboficiales y unos 350.000 hombres. ¿Qué podrían conseguir estas fuerzas respecto del enemigo? Esto ya se vería con la marcha de los acontecimientos, contando con el estado de los efectivos armados y el grado de preparación, cuando llegase el momento elegido para la entrada en combate. Es decir, cabía aceptar una serie de imponderables.

El plan de la resistencia se trazó en esquema en febrero de 1943. Recibió el nombre clave de «Burza», algo así como «Temporal».

En diciembre de 1939 el AK había recibido una orden preliminar que establecía el comienzo de la resistencia, orden que se confirmaría desde Londres una vez más en febrero de 1944. La orden «Burza» preveía el levantamiento en sucesivas fases, correspondiendo al avance de los ejércitos soviéticos del este al oeste. Habría de comenzar en la línea Vilna-Lemberg, siguiendo por Bialystok y Lublin para concluir en el cinturón de Varsovia. El objetivo del mando polaco era asegurar para el Gobierno en el exilio el control de las principales ciudades del país antes de que fuesen «liberadas» por los soviéticos y su particular estilo. Aquella orden establecía con claridad un criterio, según el historiador alemán Krannhals: «La operación 'Burza' se orientaba, desde el punto de vista militar, contra los alemanes y, políticamente hablando, contra los rusos.»

El fantasma de Katyn

La parte soviética no se anduvo con contemplaciones respecto a la operación «Burza». Durante el primer enfrentamiento entre unidades soviéticas y el AK, el fantasma de Katyn volvió a asomar la cabeza. Numerosas unidades polacas, incluidas en ellas los heridos,

fueron víctimas de fusilamientos en masa en el mismo lugar en que cayeron en manos de los rusos. Algunos soldados fueron enviados al campo de concentración de Maidanek. Stalin había traicionado el levantamiento polaco aún antes de que comenzase formalmente. El único objeto de apoyo por parte de Stalin era la «Armja Ludowa» (AL), el «ejército popular comunista», cuyos efectivos se hallaban en una relación de 1 a 10 respecto del AK. Cuando el 24 de julio de 1944 los soviéticos ocuparon Lublin, en Prusia oriental, Stalin hizo que se constituyese un comité polaco-soviético «para la liberación nacional». A partir de entonces este comité sería su favorito. El AK, «burgués y nacionalista», y su Gobierno en el exilio de Londres no merecían el menor interés por su parte.
Todas estas circunstancias parecían suficientemente conocidas para el Gobierno en el exilio y para el mando militar en Polonia cuando se decidió poner todo en marcha. La decisión se adoptó en un clima de emociones muy adecuado al modo de ser de los polacos: tras el fracaso del Grupo de Ejércitos Centro alemán, los restos de esta formación cruzaron Varsovia casi a la desbandada en dirección al oeste. Los habitantes de la ciudad salieron a las calles y no ocultaron su alegría. Aquellos soldados no parecían estar ya tan seguros de su victoria como en 1939. La ciudad fue entusiasmándose progresivamente. Los muros aparecían cada vez más repletos de consignas en las que se comparaba la situación de 1944 con la de 1918. El mando del AK consideró entonces que la ciudad se había convertido ya en una fruta madura. Bastaría un pequeño tirón para arrancarla del árbol del poder alemán. Cuando más adelante, en la última semana de julio, salieron de Varsovia unidades alemanas intactas y los ocupantes no militares, incluso el propio gobernador alemán, hacían sus maletas, en la parte polaca empezó a olvidarse que la operación «Burza» preveía mantener a la ciudad fuera del escenario de la lucha. El jefe del AK, Tadeusz Bor-Komorowski, sabía perfectamente qué significaría para una ciudad de millones de habitantes un combate de esas características.
Cuando, al final, las vanguardias acorazadas soviéticas lograron aproximarse hasta solamente 20 kilómetros del Vístula, los polacos se sintieron impulsados a actuar de inmediato.
En la tarde del 31 de julio se produjo la decisión en el mando del AK. Al fin el propio Bor-Komorowski no tuvo más remedio que ceder: al día siguiente, 1 de agosto de 1944, a las 17 horas, comenzaría la lucha de resistencia.
Pero la sorpresa táctica, base sustancial del éxito, no se había producido. Informadores polacos habían advertido a la policía de seguridad, y una polaca se lo había comunicado al comandante alemán de la plaza. Muchas unidades AK, por su parte, recibieron muy tarde la comunicación, debido a la ineficacia de la red informativa. Otras no pudieron contenerse y saltaron a la calle a las 2 de la tarde. A las 17, recuerda el antiguo jefe de la policía de seguridad, Ludwig Hahn, «la ciudad parecía un aquelarre». Se disparaba por todas partes, explotaban morteros y granadas de mano. Los primeros muertos fueron peatones que no tomaban parte en los combates. Tras un «fuego de calentamiento», los grupos de combate abandonaron sus escondrijos para conquistar los objetivos que se les había asignado... Pretendían conquistar los cuarteles y oficinas de los alemanes mediante el uso de armas cortas y granadas de mano. El aviso transmitido a los ocupantes hizo que estos recintos se convirtiesen en pequeñas fortalezas. Los polacos sufrieron numerosas bajas. Cuando llegó la noche el AK no había conseguido ninguno de sus objetivos. No tenía en su poder ni uno solo de los puentes del Vístula que unían la parte oriental de la ciudad –Praga– con el occidente de la misma, donde se hallaba la ciudad vieja, Ochota y Mokotow. La consecuencia fue que al concluir el levantamiento de los polacos, éstos no estuvieron jamás en situación de cruzar con sus unidades el Vístula a fin de concentrarse en algún punto. También el comportamiento posterior de los rusos se hubiera visto influenciado si los resistentes hubiesen logrado conquistar un puente que les hubiese puesto en comunicación con ellos. También el cuartel general de la policía, los cuarteles y los aeródromos permanecieron en manos alemanas. Sin embargo, los polacos lograron tomar un depósito de víveres y provisiones de las SS en la calle Stawski, aunque esa conquista no significase mucho. Alimentos y uniformes fue lo que encontraron allí... y miles de trajes de camuflaje, con las pequeñas manchas características. Estos uniformes se convirtieron en la indumentaria de los combatientes del AK. Tan sólo un brazalete rojo y blanco diferenciaba a enemigos de amigos.
También se había conseguido abatir a algún que otro grupo de la periferia, pero desde el punto de vista militar no se había logrado mucho. Durante la noche que siguió los polacos llegaron a incendiar algunos edificios ocupados por alemanes, pero a un precio demasiado alto. Por parte alemana había unos 3000 hombres a la defensiva, bien preparados y perfectamente armados. Las bajas alemanas ascendieron a 500 hombres, una cifra muy alta desde luego. Los polacos, por su parte, perdieron 2000 combatientes durante el primer día: casi el 15 por ciento de todos los efectivos humanos disponibles en el ámbito de Varsovia, calculados en unos 30.000 hombres. Solamente 6000 de éstos podían considerarse tropa efectiva. El resto no estaba armado sino que eran unidades de suministro, informadores o administradores. Aquella noche, estima el historiador polaco Kirchmayer, abandonaron la ciudad varias unidades polacas con un total de 6 000 hombres para llevar a cabo la operación «Burza» en su sentido estricto.
Sin embargo, el fracaso no fue conocido por la ciudad esa misma noche. Muy al contrario: en el barrio controlado por los polacos dominaba una euforia desmedida. Waclaw Zagorski, testigo ocular, describe esta escena vivida por él en el centro de la capital: «Colgamos banderas rojas y blancas en todas las ventanas de la fábrica que ocupamos. Como si aquello hubiese sido una señal acordada de antemano, aparecieron de repente banderas polacas en todas las calles limítrofes. Las gentes salían de sus casas y cantaban 'Aún no se ha perdido todo en Polonia'».
Al día siguiente, 2 de agosto –los alemanes se habían limitado hasta entonces a la defensa– el AK lograba sus primeros éxitos dignos de tal nombre. Por la tarde ondeaba la bandera roja y blanca en la central eléctrica, en la oficina de Correos y Teléfonos, en el edificio Prudential.
Sin embargo, las llamadas de auxilio que envió a Londres el general Bor no trascendieron hasta los combatientes: «Rogamos ayuda soviética. Es necesario que se nos ayude desde el exterior con un ataque inmediato.» O este otro: «No podemos proveernos de munición. Arrojad munición y armas contracarros. Enviad la brigada de cazadores paracaidistas desde Inglaterra.» La llamada se repetía intermitentemente: «Enviadnos armas y munición.»
Por ambas partes se necesitaba, tras 48 horas, concederse un respiro antes de que una de ellas acabara imponiéndose a la otra. Por parte alemana la respuesta autorizada estaba no en el OKH, a efectos de tropas de refresco, sino en Himmler. El levantamiento de Varsovia se presentó como «lucha de bandas» y, naturalmente, para reprimirlo, la fuerza más apropiada eran las SS. Con todo Himmler había comunicado repetidas veces que en Varsovia no se iba a producir algo similar a un movimiento de resistencia. Sin embargo, cuando este fenómeno llegó, el jefe de las SS del Reich, dejando aparte su competencia, trató de sacarse la espina con Hitler. Tenía que demostrar de lo que era capaz. Más tarde declararía ante un grupo de oficiales de las SS que él había comentado como poco

oportuno el momento en que se producía la rebelión polaca, pero que, mirándolo bien, el levantamiento era una verdadera bendición. En un par de semanas todo habría pasado, pero Varsovia sería borrada del mapa después. «El pueblo que durante siglos se ha cruzado en nuestro camino no puede seguir constituyendo un problema histórico para nuestros hijos.»
Sin embargo, apenas quedaban disponibles más unidades militares, debido a que, desde hacía días, se desarrollaba la ofensiva del Ejército 9 y del IV *Panzerkorps* SS, que habían aniquilado ya un cuerpo acorazado soviético al sudoeste de Varsovia. Himmler, en consecuencia, tenía que recoger literalmente todo aquello que pudiese acumular en el espacio oriental. Las unidades de combate empezaron a sospechar que se proyectaba un ataque contra Varsovia. Entre ellas se incluían las unidades de policía y de reserva de Poznan, al mando del *Gruppenführer* SS Reinefarth; el Regimiento de SS y policía Dirlewanger, estacionado en Lyck, en el que se encuadraban criminales comunes y desertores del Ejército; también figuraba la Brigada de asalto RONA (*Russkaia Osvoboditielnaia Narodnaia Armia* =Ejército de liberación nacional ruso), integrada por rusos fascistas, bajo el mando del *Brigadeführer* Mieczyslaw Kaminski. La *Wehrmacht*, finalmente, prestó un Regimiento de seguridad, extraído de la reserva del OKW, y dos Batallones de Infantería integrados por voluntarios azerbaidzhanos. En total Himmler «arañó» un conjunto de 6600 hombres, de los que solamente la mitad entendían bien las órdenes que se les daba en alemán.
Más tarde, hacia el 10 de agosto, se les entregó armas pesadas y unidades especiales, como el mortero pesado «Thor» y una Compañía dotada con cohetes «Tifón», así como un Batallón armado con el pequeño carro teledirigido «Goliath».
En el ínterin los sublevados lograron mantener en su poder varios barrios de la ciudad. Se había formado un auténtico frente que dividía los sectores «alemán» y «polaco». El 4 de agosto cablegrafiaba el AK, con un cierto tono de optimismo, que la iniciativa estaba de su parte. Sin embargo, un día después desaparecía toda razón para tal optimismo.
El 5 de agosto, viernes, amaneció como un claro día de verano, pero para miles de varsovianos sería un auténtico viernes negro.
A primeras horas de la mañana se concentraron las unidades de Reinefarth, pertrechadas con cañones de campaña. El objetivo de Reinefarth era el siguiente: partir del barrio de Wola y penetrar como fuese hasta el centro de

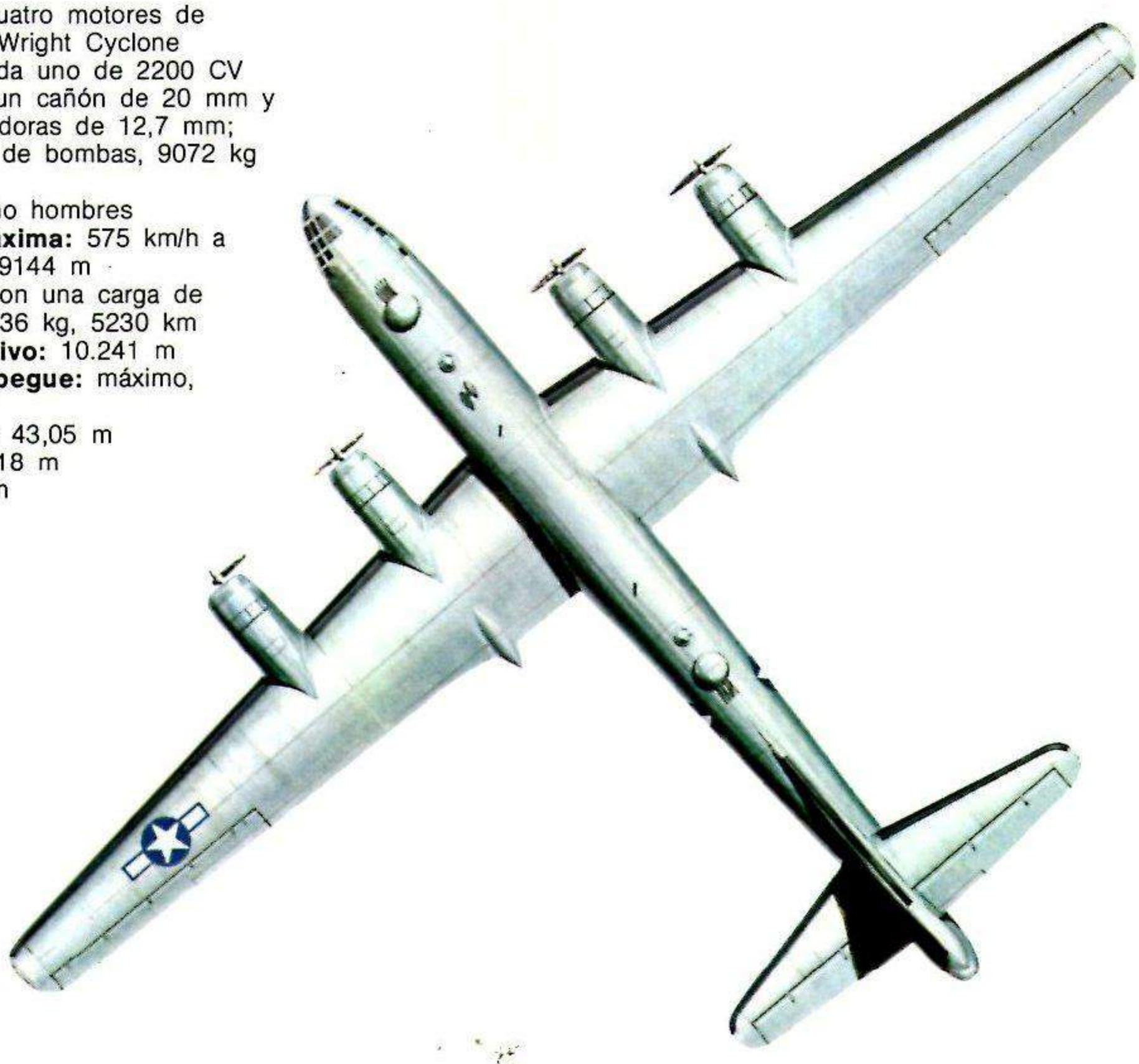
El general Tadeusz Bor-Komorowski firmó el 1 de octubre el acta de capitulación de los resistentes.

la ciudad, hasta el Vístula, cercando así muy estrechamente el sector sublevado. Las Compañías de policía de Reinefarth orientaron su ataque contra la unidad selecta polaca «Kedyw», pero sólo lograron avanzar paso a paso a costa de numerosas bajas. En el ala derecha, en las secciones de Dirlewanger y Kaminski, el avance era aún más lento. Codo a codo con los hombres de Kaminski, los criminales mandados por Dirlewanger ahogaron Wola en un baño de sangre. Así obedecían la orden de Himmler, que les había dicho que convirtieran Varsovia en un campo arrasado. A la brigada RONA se le había permitido expresamente el pillaje. So pretexto de evacuación, miles de civiles fueron sacados a la fuerza de sus casas y concentrados «atrás». «Atrás» eran los patios interiores en los que actuaban incesantemente comandos de fusilamiento, integrados también en parte por unidades de policía, cuya misión era la de liquidar a los polacos detenidos incluso con fuego de ametralladora. En estos grupos de ejecutados iban indiscriminadamente combatientes y civiles inermes que no habían tomado parte en el levantamiento.
Las escenas más terribles se desarrollaron en los hospitales. Las tropas de Dirlewanger penetraron violentamente en las salas de enfermos y asesinaron a los pacientes en las mismas camas. En el sanatorio Curie-Skodowska entraron los criminales de Kaminski a las once de la mañana. El centro se hallaba repleto de mujeres que padecían cáncer. En sus mismas camas fueron violadas por la soldadesca del RONA, ebria de licor. El mismo destino sufrieron después las enfermeras.
Los fallos militares del RONA, que, según el diario de guerra, «saqueó en lugar de avanzar», trajeron graves consecuencias durante el tiempo que persistió el levantamiento. El cerco del sector sublevado, que tendría que haber sido impuesto aquel mismo día, sólo se pudo aplicar en septiembre a costa de un elevado número de bajas. Entretanto pudieron ser trasladadas a la capital unidades regulares alemanas después de pacificada la zona oriental de Varsovia. Mediante el uso de armas pesadas y tropas de Infantería la resistencia polaca fue cediendo y, manzana por manzana, la ciudad fue reconquistada y destruida por los ocupantes.
Ciertamente la resistencia de Varsovia no fue vencida de la noche a la mañana, pero su esencia más profunda iba deteriorándose por momentos, hasta quedar en un puro mito.
Después de 63 días de una lucha dura y sin perspectivas rindió sus armas el AK. A las 8,20 de la tarde se firmó el acta de rendición. El *Obergruppenführer* de las SS, Erich von dem Bach-Zelewski, comisionado de Himmler en Varsovia, subrayó su gran admiración hacia el valor demostrado por los polacos, alabó su capacidad como luchadores en solitario e incluso propuso a los representantes del pueblo de Varsovia que fomentasen el olvido del pasado y el establecimiento para el futuro de una «alianza histórica» para luchar contra el enemigo común: los rusos...
Contrariamente a la brutalidad que caracterizó los primeros días del levantamiento, la capitulación revistió una especie de hálito de caballerosidad: las mujeres del AK fueron tratadas como oficiales, se rehusó el empleo de organizaciones extranjeras para la vigilancia de los prisioneros, los tres Regimientos de Infantería polacos deberían abandonar el campo de batalla guardando un orden militar y sin rendir sus armas.
Más de 9000 hombres fueron hechos después prisioneros. Otros 3000 prefirieron pasar a la clandestinidad. Habían muerto 16.000 soldados del AK y otros 6000 resultaron gravemente heridos. En total 150.000 civiles perecieron por efecto de las bombas y disparos de artillería, por la miseria y el hambre y como consecuencia de las 10.000 ejecuciones de los primeros días de la resistencia. Por parte alemana se contabilizaron 2000 muertos y 9000 heridos. Balance trágico de una operación cuyo fracaso era inevitable desde un principio y que solamente hubiera conocido un vencedor: Moscú.

□

Bombardero pesado norteamericano de gran autonomía Boeing B-29 Superfortress

Propulsión: cuatro motores de doble estrella Wright Cyclone R-3350-23, cada uno de 2200 CV
Armamento: un cañón de 20 mm y doce ametralladoras de 12,7 mm; carga máxima de bombas, 9072 kg en el interior
Dotación: ocho hombres
Velocidad máxima: 575 km/h a una altura de 9144 m
Autonomía: con una carga de bombas de 4536 kg, 5230 km
Techo operativo: 10.241 m
Peso de despegue: máximo, 61.235 kg
Envergadura: 43,05 m
Longitud: 30,18 m
Altura: 8,46 m



Avión-cohete de caza alemán Messerschmitt 163 B-1 «Komet»

Propulsión: un motor-cohete de combustible líquido Walter HWK 105-509A-1; 1700 kg de empuje
Armamento: un cañón de 30 mm MK 108 en cada ala; cuatro cohetes R4M de 50 mm en las alas (de disparo vertical) o doce cohetes R4M bajo cada ala
Dotación: 1 hombre
Velocidad máxima: 880 km/h a una altura de 6000 m
Velocidad ascensional: 9150 m en 2 min/40 seg.
Autonomía: 100 km, con una duración máxima de vuelo de 8 minutos
Techo operativo: 12.000 m
Peso de despegue: 4310 kg
Envergadura: 9,32 m
Longitud: 5,69 m
Altura: 2,7 m

QUIEN NO SE CONSUELA...

Ernest K. Bramsted

«Luchamos con la espalda pegada a la pared –afirmó Goebbels en 1944– pero esto también tiene sus ventajas». Contradicciones como esta eran frecuentes en la propaganda desplegada durante los últimos años de la guerra. Con el fin de ocultar la derrota que ya amenazaba y de mantener el espíritu de resistir a toda costa, el paladín más fiel de Hitler no cejaba en su empeño de esparcir promesas y motivos de consuelo.

En la guerra es fácil realizar una propaganda efectiva, sobre todo en aquellos casos en los que la propia parte puede anotar algún que otro triunfo diplomático y militar. La ocupación de Dinamarca y Noruega por parte de Alemania; la victoria relámpago de occidente, de mayo a junio de 1940; el Pacto Tripartito con Italia y Japón; las victorias de Rommel en el Próximo Oriente, tales hechos hablaban por sí mismos, sin contar con que el Ministerio de Goebbels era muy hábil en manejar estos factores con fines propagandísticos. La situación cambiaba cuando había que explicar derrotas y reveses: cuando la tan prometida invasión de Inglaterra fracasó; cuando la guerra en Oriente Medio no prosperaba en correspondencia a las promesas; cuando la marcha sobre Rusia, aparte de fulminantes victorias parciales, terminó mostrándose como una campaña con enormes pérdidas y muy desacertada; cuando, en definitiva, la guerra entró en casa a través de los bombarderos americanos y británicos.

Joseph Goebbels, perfectamente informado sobre el ánimo del pueblo por los informes secretos del Servicio de Seguridad (SD), se convenció en diciembre de 1941 de la necesidad de orientar con realismo la propaganda y, como él mismo escribió, de «llevar al pueblo a la confianza». En un artículo titulado «Lenguaje claro», publicado en el semanario «Das Reich», alzaba su voz en marzo de 1942 contra los intentos de paliar los inevitables racionamientos de comestibles. Al mismo tiempo reclamaba la pena de muerte contra los estraperlistas y contra quienes traficaban en el mercado negro. En el informe siguiente del SD sobre la situación real del pueblo se revelaba que «por todas partes se había leído con gran atención el artículo del ministro. La gente se convenció de que había llegado el momento de llamar a las cosas por su nombre.»

Este nuevo planteamiento se había hecho imprescindible teniendo en cuenta que la guerra aérea de los aliados amenazaba constantemente la seguridad de la población. Entonces desarrolló Goebbels la primera fase de su estrategia de consuelos. Constantemente insistía en valorar las características de una próxima arma alemana considerada como prodigiosa y que heriría de muerte al enemigo. Por aquel entonces la V-1 y la V-2, que se construían secretamente en Peenemünde, eran un misterio para todos, con excepción de pocos especialistas y de los ministros, entre ellos Goebbels. Durante el verano de 1943, tanto Hitler como Goebbels comenzaron a hablar insistentemente del desquite, ya inmediato. En un discurso pronunciado en el Palacio de los Deportes berlinés el 5 de junio, el ministro condenó el terror provocado por los ataques del enemigo y manifestó que innumerables trabajadores, ingenieros y constructores se hallaban ocupados en preparar el día de la revancha. Cuando, al fin, tras largas vacilaciones, las V-1 y V-2 azotaron las ciudades inglesas en junio de 1944, Goebbels se mostró sumamente complacido por el «efecto paralizante» que se haría sentir en Inglaterra. Por fin se les iba a helar a los ingleses su risa por las promesas del arma prodigiosa. «En los primeros días –declaró Goebbels en junio de 1944– los ingleses llamaban en sus periódicos a las V-1 escarabajos de carga; hoy las llaman 'bombas robot'. Sólo esto indica el cambio de valoración de ayer a hoy.»

Cuando Goebbels escribió eso estaba aún convencido de una victoria alemana, pero no se hacía muchas ilusiones en relación con las crecientes dificultades que ocasionaba a los mandatarios alemanes la penetración de los Aliados en Francia y Bélgica. En conversaciones privadas reconocía que el empleo del arma prodigiosa no había incidido positivamente en favor de una victoria definitiva de Alemania. Sin embargo, cuando en diciembre de 1944 el ataque de los alemanes en las Ardenas no dejó de cosechar éxitos, Goebbels recuperó su ánimo y aseguró a sus lectores a través de la revista «Das Reich» que se observaba «un restablecimiento de la fuerza de ataque alemana, lentamente pero con seguridad.» «Lo que nos hace superar a los demás –añadía– es la abundancia de material; es nuestro carácter nacional y nuestra moral; es nuestra resistencia al clima y nuestra determinación, que nos han convertido en el primer pueblo de la tierra, plenamente indomable.»

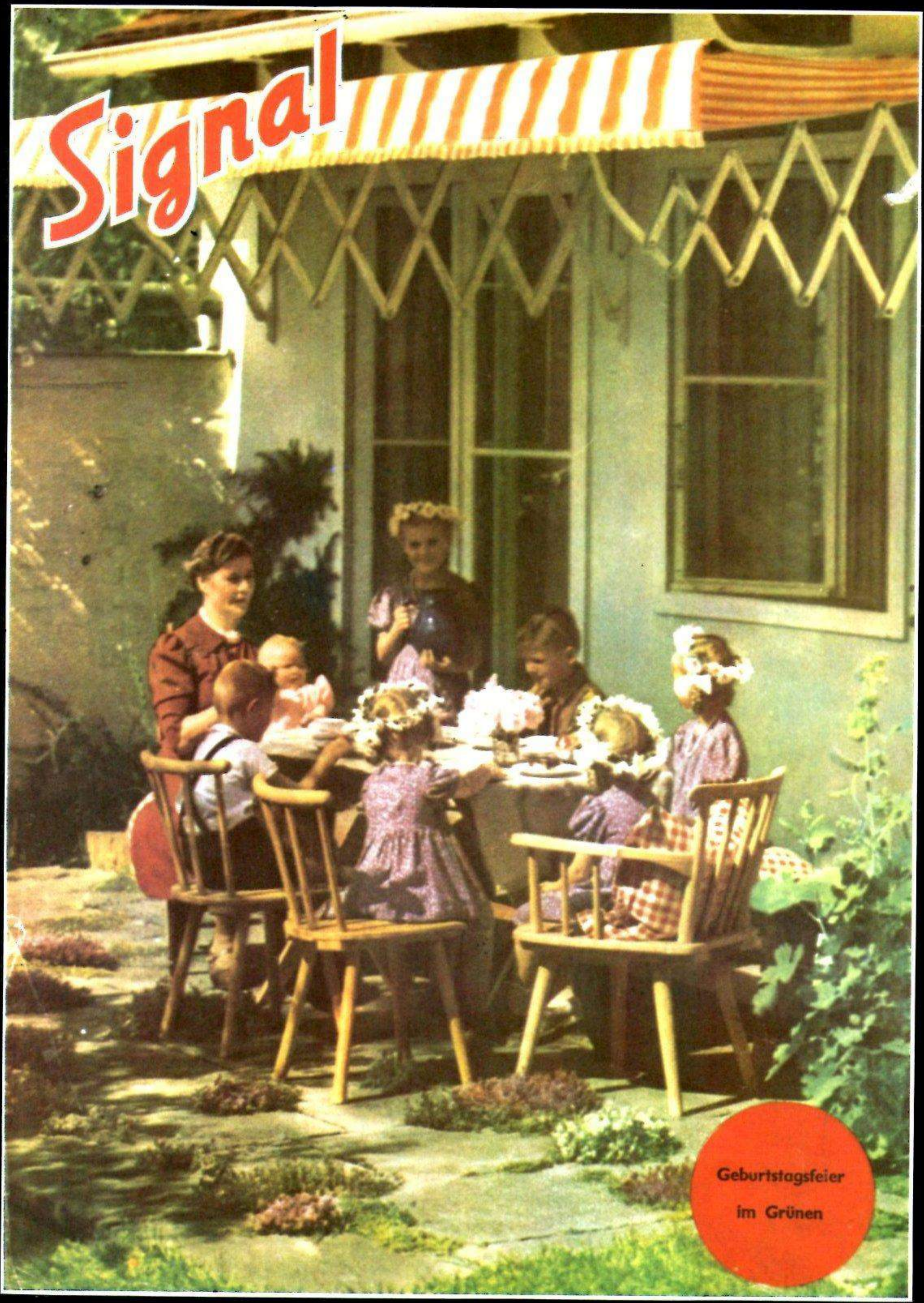
Otro aspecto de la propaganda consoladora de Goebbels era el argumento de que al enemigo las cosas no le iban mejor. «También el enemigo está cansado y agotado –decía en septiembre de 1944– y por ello no nos va peor que a él. La parte enemiga no está libre de preocupaciones. También lleva más de cinco años de guerra y sabe tan bien como nosotros lo que significa eso.» El mismo mes, el ministro de Propaganda afirmaba en un extenso artículo que tres naciones sufrirían una ruda crisis como consecuencia de esta guerra. Esta crisis se había convertido en una verdadera prueba de carácter, primero para los ingleses, luego para los soviéticos y ahora, y no en menores términos de rigor, también para los alemanes. Las horas críticas de prueba para los ingleses fueron las del verano de 1940, cuando el país quedó sometido a los ataques de la Aviación alemana. Para los soviéticos llegó la prueba en el otoño de 1941, cuando las tropas germanas cercaron Moscú. Ahora les tocaba el turno a los alemanes en cuanto que el enemigo «corre por nuestros frentes con gran abundancia de material y de hombres y el destino llama a nuestra propia puerta.»

Ciertamente la situación era grave, pero el hábil propagandista era capaz de consolar a sus conciudadanos: «Mientras dure la guerra, nada es irreparable.» Y cuando terminase la guerra todo sería maravilloso. Aquel cínico no escatimaba recurrir a imágenes de verdadera ingenuidad y alusiones a una dicha silenciosa, alusiones a la paz y a la reconciliación entre los pueblos: «Alemania florecerá después de esta guerra y en pocos años como jamás hasta ahora. Su paisaje destrozado y sus regiones volverán a recuperarse, edificaremos nuevas ciudades y nuevos pueblos en los que vivan hombres felices. En este resurgir tomará parte toda Europa. Entre todos restañaremos las heridas infligidas al noble rostro de nuestro continente. En los ricos campos de cereal

«El arma prodigiosa» V-1 se convirtió en tema central de la propaganda de Goebbels: imagen y texto procedentes de «Signal» del mes de noviembre de 1944.

UN PASO DECISIVO

Con el empleo de la V-1, la bomba volante, se ha dado un paso que indudablemente hará evolucionar los esquemas fundamentales del mando táctico. Esta mezcla de bomba y proyectil, propulsada automáticamente por cohetes, construida en un tiempo prudencial con gran cantidad de material y amplios equipos humanos, reducirá la importancia de las grandes flotas de bombarderos. Quizá no está ya lejos el día en el que no exista otro tipo de bomba. ¿Ofrecerá a los alemanes en esta guerra la ocasión de contar con nuevas posibilidades, con el esfuerzo de todos los efectivos y la ayuda de sus grandiosos soldados? ¿Conseguirán los alemanes superar ampliamente al enemigo gracias a los nuevos métodos en producción y que se emplearán en los frentes de tierra, mar y aire? ¿Alcanzarán los alemanes la victoria con las bombas volantes de la serie V junto con las cualidades morales del hombre alemán? Los enemigos de Europa tienen ahora problemas repentinos de tiempo para decidir definitivamente sobre la victoria, debido a que su armamento, aunque enorme, se ha vuelto ineficaz ante las nuevas formas de lucha. La complejidad de sus efectivos es el punto más débil en esta lucha angloamericana contra el reloj.



Geburtstagsfeier im Grünen

crecerá otra vez el pan diario que sacie el hambre de millones de gentes que hoy sufren y perecen de inanición. Habrá trabajo para todos y gracias a ello resurgirán desde el fondo de todos bendiciones y fuerza que suscitarán una enorme felicidad.»

En febrero de 1945, cuando penetraron en Alemania por sus límites occidentales tropas enemigas, Goebbels volvió a la carga con un nuevo argumento que parecía riguroso, aunque no plenamente lógico. Afirmó que era «poco decisiva» la posición que se ocupase. «Nosotros ya estuvimos en la costa atlántica, a las puertas de Moscú y de Leningrado, pero no por ello ha capitulado el enemigo. Ahora se encuentra a orillas del Rhin y del Oder. ¿Por qué vamos a actuar nosotros ahora de un modo diferente a como lo hicieron ellos entonces?».

Seis retratos de Federico el Grande

Estos paralelismos de dudoso rigor apenas surtieron efecto, debido a que los alemanes empezaban a conocer ya el verdadero potencial del enemigo. Para Goebbels, el pretexto de superioridad del enemigo en hombres y armas «no era determinante», porque en la parte enemiga no había ideales «y por ello tiene que fracasar y fracasará.» Era el juicio de un lego en cuestiones militares, que prefería anclarse en un pretendido idealismo.

Símbolo de la filosofía del saber resistir inamovible en tiempos de desdicha nacional y de abundancia de enemigos, era para Goebbels Federico el Grande. Ya en los años veinte había reproducido en su periódico «Der Angriff» la mascarilla mortuoria del rey de Prusia, situando al lado, a modo de comparación, el rostro prosaico y vulgar del ministro de AA EE Gustav Stresemann. Durante la segunda Guerra Mundial Goebbels fomentó una especie de culto a la figura del gran prusiano. En las paredes de la casa del ministro colgaban por lo menos seis retratos de Federico. Sin lugar a dudas la admiración de Goebbels por el monarca se debía a que éste era para él la personificación más característica de la razón de estado prusiana, aunque la propaganda le llevaba en ocasiones a despegarse de este principio. Federico el Grande fue visto por los nazis como una figura clave de la tradición nacional, en una sucesión que iba desde él hasta Hitler, pasando por Bismarck. Sin embargo, en los últimos años de la guerra el rey prusiano se convirtió en un verdadero modelo de luchador en tiempos de contrariedad.

En un discurso pronunciado en Berlín en diciembre de 1941, el ministro de Propaganda citó con vigor las palabras de Federico el Grande, quien dijo que había que tener un corazón de bronce en los tiempos de tormenta y de calamidades para superar todas las vicisitudes. No sorprende, pues, que Goebbels publicase una larga serie de sus artículos durante la guerra bajo el título común de Stalingrado, el culto a Federico el Grande se revistió de acentos más agudos. En su famoso discurso del Palacio de Deportes berlinés, el 18 de febrero de 1943 («¿Queréis la guerra total?»), Goebbels se volvió dramáticamente hacia la imagen de Federico el Grande. Éste, según el ministro, «jamás tuvo bastantes soldados, ni armas suficientes, para dar sus batallas sin excesivo riesgo. Él basó siempre su estrategia en un sistema de socorros... Que sufriera derrotas no fue decisivo. Lo decisivo fue más bien que el gran rey permaneció inconmovible en medio de los mayores reveses del destino; que siguió firme en medio de las alternativas de la guerra, precisamente porque su corazón de bronce le hacía despreciar el peligro. Al final del séptimo año, Federico era un hombre de 51 años, sin dientes, aquejado por la gota y traspasado por miles de dolores, pero era el vencedor en un campo de batalla asolado ¿Que es lo que podemos presentar nosotros ante este ejemplo? La voluntad y la fuerza resuelta para hacer lo mismo si llegase el momento, para no vacilar en el cumplimiento de la causa por la que combatimos.»

Así se proyectó la película «El Gran Rey», con Otto Gebühr como protagonista. El filme se había realizado para un momento en el que la suerte sonreía aún a los ejércitos alemanes, pero su tendencia pareció muy oportuna en la nueva situación, en la que convenía levantar los ánimos tras la derrota de Stalingrado, cuando el enemigo cosechaba nuevos éxitos. El estreno tuvo lugar en marzo de 1943 y a él asistió un público integrado por condecorados con la Cruz de Hierro, soldados heridos en el frente y trabajadores de la industria de armamento. «El Gran Rey» fue calificado como «película de la Nación» y Otto Gebühr nombrado «actor del Estado».

La película constituyó un éxito resonante, según escribió Goebbels en su diario, y aportaría mucho a la educación del pueblo alemán. A medida que iba deteriorándose la situación en los frentes, tanto más insistía Goebbels en la energía de Federico. Cuando los rusos lograron limpiar de alemanes las posiciones de Leningrado, en marzo de 1944, Goebbels confió a sus colaboradores la lamentable impresión que tenía de algunos generales alemanes que, como él afirmaba, tan sólo pensaban en sus propia comodidad mientras perecían de frío sus soldados en el terrible frente ruso. «Me da asco tal espíritu de comodidad. Si yo fuese el *Führer*... Iba a terminar con esta chusma. ¿Cómo se comportó Federico el Grande con sus generales? Si se hubiese permitido la menor condescendencia con sus faltas habría pagado él mismo las consecuencias, habría tenido que romper su espada y quitarles a ellos su propia bandera.»

Incluso en las decisiones personales de Goebbels y de su familia desempeñaba un papel el modelo de Federico. En los últimos meses de la guerra presentó un plan a su mujer, Magda: Morir juntos y con sus hijos en el mismo momento: «En las situaciones difíciles deberíamos actuar como Federico el Grande, que se movía a impulsos de una estrella lejana desde la cual los acontecimientos de nuestro pequeño planeta, que tan importantes nos parecen, carecen de todo sentido.» «Tú podrás hacer lo que quieras –respondió Magda Goebbels, según un testigo presencial– pero Federico el Grande no tenía hijos.»

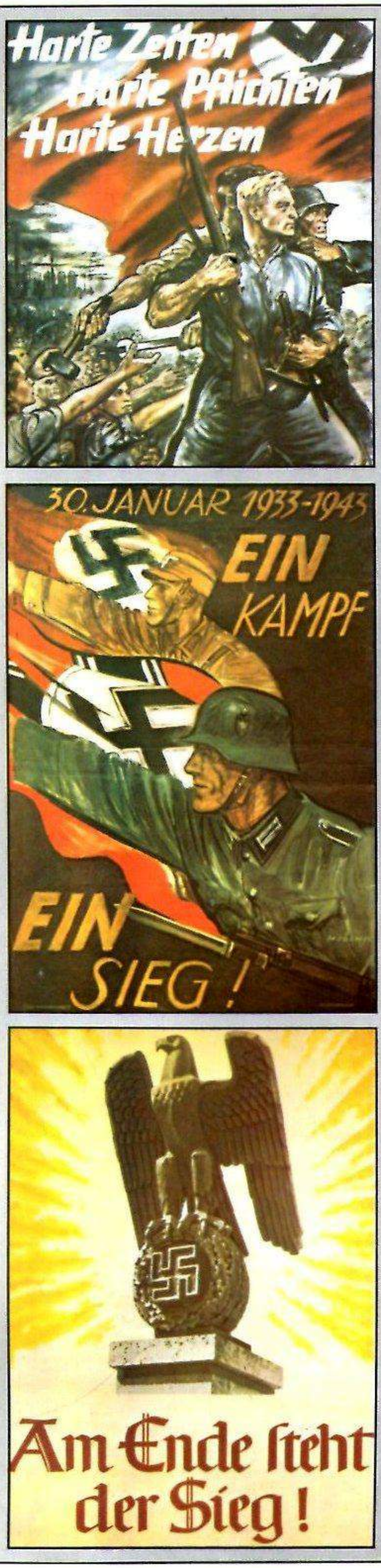
Eso no era obstáculo. El 1 de mayo de 1945, tras el fracaso definitivo del III Reich, Goebbels y su mujer dieron muerte a sus hijos y luego se suicidaron. □

Aplastar las irrupciones

«El ministro considera factible el que la prensa recurra con más asiduidad a los medios de control propagandístico dentro de una política informativa fuerte. Debe saber trascender la actual situación en el frente mediante la hábil presentación del material informativo. Según los métodos militares para expulsar al enemigo infiltrado, tenemos que aplastar también las irrupciones propagandísticas de los últimos días. Esto no quiere decir que seamos exclusivamente optimistas, pero en absoluto podemos permitirnos el corroborar con nuestro pesimismo las noticias propagandísticas del enemigo. No se le puede ocultar al pueblo alemán la gravedad de la situación, pero en modo alguno podemos consentir que cunda la impresión de que esta batalla sea la más decisiva de la guerra».

(Tomado del protocolo de la conferencia de Goebbels, del 25/26 de noviembre de 1942, tras la derrota de El-Alamein y la ofensiva soviética de Stalingrado. Recogido en «Wollt Ihr den totalen Krieg?» Conferencia secreta de Goebbels, 1939-1943. Munich (dtv) 1969.

Mientras las ciudades alemanas se convierten en ruinas, la prensa reproduce escenas soleadas como este idilio familiar de «Signal» (junio de 1944). «Un día sonará la hora en que se escuche el amable clamor de una paz bella y feliz», escribiría Goebbels algunos meses después.



«Las posibilidades de resurgir del pueblo alemán deben ser potenciadas» (Goebbels a sus colaboradores en 1941). Carteles de guerra alemanes: Textos: Izquierda, arriba: Tiempos duros, deberes duros, corazones duros. Izquierda, centro: Una lucha, una victoria. Izquierda, abajo: Al final se alza la victoria. Derecha: ¡El genio estratégico del «Führer», la valentía de nuestros soldados y la superioridad de estas armas, deciden esta guerra!

GENIE
HRERS,
NSERER SOLDATEN
ENHEIT SOLCHER WAFFEN
EN DIESEN KRIEG !

LEXICO DE LA II GUERRA MUNDIAL

Tokio, capital del Imperio japonés. En 1940 contaba con 6.780.000 habitantes. Durante la II Guerra tuvo que soportar los continuos ataques aéreos americanos que, tan sólo entre el 9-III y el 31-V-1945 destruyeron 767.000 viviendas, dejando sin techo a 3,1 millones de personas. El primer ataque lo realizaron 16 B-25 el 18-IV-1942. En la noche del 10-III-1945 atacaron Tokio 279 B-29 destruyendo la cuarta parte de sus edificios. Se registraron entre la población civil 83.893 muertos y 40.918 heridos. Más del 50 % de las construcciones eran un montón de ruinas tras del ataque aéreo con bombas incendiarias de mayo de 1945: en la noche del 24-V-1945 arrojaron 529 B-29 alrededor de 750.000 bombas incendiarias. En la noche del 26 repitieron el ataque 500 B-29.

Tolbuchin, Fiodor Ivanovich, mariscal de la Unión Soviética. Nació el 4-VI-1894 y murió el 17-X-1949. Tomó parte en la batalla de Stalingrado. Desde abril a octubre de 1943 mandó el frente Sur. Desde octubre de 1943 a mayo de 1944 el 4.° frente de Ucrania. De mayo del 44 a junio del 45 el 3.er frente de Ucrania que liberó Rumania en agosto del 44, Bulgaria, en septiembre del mismo año, y Hungría, en el 45. En 1946 fue nombrado jefe del sector militar del Cáucaso.

Tolón, ciudad portuaria francesa en el Mediterráneo. Bombardeada por los italianos en junio de 1940. El 27-XI-42, fue objeto de la operación alemana «Lila». En sus aguas los franceses hundieron su propia flota. Entre Tolón y Cannes, a partir del 15-VIII-44, desembarco de americanos y de franceses libres. Vuelta de los alemanes, que sólo pudieron conservar Marsella y Tolón. El 23-VIII conquista de la ciudad por el Cuerpo de Ejército II francés.

Tommy, expresión soldadesca para referirse a los ingleses.

Fiodor Tolbuchin

«Torch» (Antorcha), nombre clave para el desembarco de los Aliados en Marruecos y Argelia, a partir del 8-XI-42. Dirigida por D. D. Eisenhower.

Operación «Torch». Los carros de combate desembarcan.

35.000 soldados en las costas marroquíes, con Casablanca como primer objetivo. La ciudad fue defendida por la Marina francesa. El grupo central desembarcó en Orán (39.000 hombres), donde también resistieron los franceses. El grupo Este (23.000 británicos y 10.000 americanos) desembarcó en Argelia. Protegieron las operaciones 8 acorazados, 12 portaaviones, 15 cruceros y 81 destructores, además de cientos de pequeños vehículos. La Marina francesa perdió 1 crucero, 9 destructores y 8 submarinos; los Aliados, hasta el 16-XI, especialmente por encuentros con unidades alemanas, 1 portaaviones nodriza, 1 buque dotado de antiaéreos, 3 destructores, 6 pequeños navíos y 18 transportes, con un total de 199.338 TRB. El 10-XI-42, alto el fuego tras un telegrama del mariscal Pétain al almirante Darlan, comandante en jefe de las tropas francesas en el Norte de África. El comandante francés en Orán sólo capituló cuando penetraron en la ciudad los carros americanos.

Tortuga, posición, defensas naturales en la orilla occidental del Kalmius, en Stalino. Aquí se retiró en la segunda quincena de agosto de 1943 el Ejército 6 alemán (bajo el mando del general Hollidt) tras la pérdida de su posición en el Mius. Hitler ordenó al Ejército 6, el 3-IX-1943, que mantuviera a toda costa la posición. Pero tres días más tarde irrumpió por el norte el Frente sudeste soviético, dividiendo los Grupos de Ejércitos 6 Centro y Sur y continuando su avance hasta el Dnieper. Hasta el 20-IX-1943 el Ejército 6 se movió hacia el oeste, en dirección a la posición Panther, entre Melitopol y Zaporozhe.

Toryu, otro nombre para designar el caza pesado japonés *Kawasaki Ki-54*. Nombre en clave: Nick. Primer bimotor de varias plazas de la Aviación nipona. Primer vuelo, enero 1939. En total se construyeron 1678 unidades. Al principio, caza de escolta y nocturno en la defensa del espacio aéreo japonés. Dos motores de 1080 CV. Velocidad: 547 km/h a una altura de 6500 m; autonomía máxima: 2000 km; un cañón de 37 mm y dos de 20 mm; una ametralladora de 7,92 mm. Dos hombres de dotación.

Tolón, 27-XI-42: la Marina francesa hunde su propia flota (acuarela alemana).

«Trappenjagd» (Caza de avutardas), nombre de la ofensiva del Ejército 11 alemán (mariscal von Manstein) contra la península de Kerch, en el Frente ruso de Crimea (gen. Koslov), del 8 al 18-V-1942. Hasta el 18-V el grueso del Ejército soviético fue derrotado, especialmente los Ejércitos 44 y 47. El Ejército 11 alemán comunicó 169.198 prisioneros, 284 carros capturados y 1397 cañones destruidos o tomados.

Treblinka, campo de concentración y de exterminio nacionalsocialista al sudeste de Varsovia. Creado el 1-VI-42 y clausurado en nov. de 1943. Según estimaciones polacas murieron en él 700.000 personas, la mayoría judíos. Revuelta de detenidos –1000– en agosto de 1943. 600 lograron huir. Los soviéticos encontraron en terrenos del campo 40 de los antiguos condenados, al avanzar en agosto de 1944.

Tresckow, Henning von, general alemán (30-I-44) y luchador de la resistencia. Nació en Magdeburgo en 10-I-1901 y murió cerca de Bialystok el 21-VII-1944. Pensó en perpetrar un atentado contra Hitler a raíz de la crisis de los Sudetes: «Hitler es un derviche danzante; hay que liquidarlo.» En 1943 trató de llevar a cabo su propósito, pero fracasó. Sin embargo, no tomó parte directa en el atentado fallido del 20 de julio de 1944. Se suicidó al día siguiente en un bosque de Bialystok.

«Trident», nombre clave de la conferencia entre Roosevelt y Churchill en Washington (12 al 25-V-43). Ambos decidieron el desembarco en el sur de Italia y la ocupación de las Azores para destinarlas a base contra los submarinos alemanes. La invasión de Francia se fijó para 1944.

Adam von Trott zu Solz

Trípoli, capital de la entonces colonia italiana de Tripolitania, en Libia. Puerto de aprovisionamiento, durante la guerra del Norte de África, para alemanes e italianos. El 20/21-IV-41, castigada por los cañones navales británicos; bombardeada por los americanos el 29-XI-42; abandonada por los carros germano-italianos el 23-I-43.

Trott zu Solz, Hans Adam von, diplomático y combatiente de la resistencia alemán nacido el 9-VIII-1909 en Potsdam y ejecutado el 26-VIII-1944 en la prisión berlinesa de Plötzensee. Su último puesto fue el de consejero de legación. En sus viajes al exterior estableció conexiones con políticos aliados. Miembro del círculo de Kreisau durante la guerra y muy amigo de Stauffenberg. Tras el atentado del 20-VII-1944, detenido y condenado a muerte.

Sin pausa alguna, los convoyes de judíos deportados se hicieron interminables en 1942/43 (derecha). Procedían de todos los países ocupados por los alemanes. El punto de destino era el campo de exterminio de Treblinka. El jefe del campo, comandante Franz Stangl (arriba) tuvo que comparecer en 1970 ante un tribunal. Fue condenado a cadena perpetua y medio año después falleció.

Truman, Harry, 33.° presidente de los EE UU de Norteamérica; nacido el 8-V-1884 en Lamar (Missouri) y muerto en Kansas City el 26-XII-1972. Senador por Missouri en 1934. Presidente desde 1941 del comité Truman, para el control de la financiación de los gastos bélicos americanos. Candidato demócrata a la vicepresidencia (7-XI-44). Tras la muerte de Roosevelt (12-IV-45), presidente. Tomó parte en la conferencia de Potsdam (julio 1945). Ordenó el lanzamiento de las bombas atómicas de Hiroshima y Nagasaki. Proclamación de la doctrina Truman, en marzo de 1947, para frenar el influjo comunista en el mundo. Confirmado en su puesto en 1948. Retiro en 1952.

Túnez, país norteafricano de 125.200 km² de extensión. En 1939, unos 2,6 millones de habitantes. Desde mayo de 1881 protectorado francés. Desde 1955, República independiente. Ocupado por alemanes e italianos el 9-XII-1942. Objetivo de la operación «Torch» de los Aliados. El 9-XII-42, el general von Arnim, fue nombrado jefe de las tropas alemanas en Túnez, concretamente del 5.° *Panzerarmee* que se enfrentó en diciembre a los Aliados (conquista de Teburba, el 4-XII). Tras la cesión de Libia se replegaron a Túnez los restos de unidades alemanas e italianas. A pesar de las fatigas del Grupo de Ejércitos Afrika, integrado el 23-II-43 en Túnez (mariscal Rommel, y von Arnim, desde el 9-III-43) para transportar refuerzos y provisiones (graves pérdidas en buques y aviones de transporte), las potencias del Eje se replegaron momentáneamente y terminaron rindiéndose a los Aliados el 13-V-43. Cayeron prisioneros 130.000 alemanes y casi 120.000 italianos.

Túnez, capital del país de su nombre. Unos 220.000 habitantes en 1939. Ocupada por los alemanes el 9-XI-1942. Estos tomaron tierra en el aeródromo de El-Auina. Se entregó a los Aliados el 7-V-1943, poco antes de la capitulación del Grupo de Ejércitos Afrika.

Harry S. Truman

Tupolev SB-2, bombardero de tipo medio soviético. De forma estilizada, bimotor y monoplano. Se empleó en la guerra civil española por las tropas republicanas. Sorprendió por su gran velocidad. También se empleó en la guerra civil china y en la guerra de invierno. Quedó anticuado al producirse la guerra germano-soviética. En total se construyeron 6600 unidades. Datos: dos motores de 830 CV. Velocidad máxima: 410 km/h a una altura de 4000 m; autonomía: 1200 km; cuatro ametralladoras de 7,62 mm. Dotación: tres hombres.

Turín, ciudad industrial del norte de Italia (Fiat). Capital de la provincia del mismo nombre. Unos 630.000 habitantes en 1940. Objetivo de numerosos bombardeos ingleses durante la segunda Guerra Mundial. Primer ataque en la noche del 12-VI-40, por 36 bombarderos británicos. Entre el 28-XI-42 y el 8-VIII-43, los ingleses arrojaron sobre ella, en siete ataques, con 1045 aparatos –de ellos 24 perdidos– un total de 2285 toneladas de bombas. Ocupada el 30-IV-45 por el Ejército 5 USA.

Turquía, República en Asia Menor, contaba 17,8 millones de habitantes en 1940. A pesar del pacto de asistencia establecido con Francia e Inglaterra (1939) permaneció neutral hasta primeros de 1945. El 18-VI-41, acuerdo de amistad

con el Reich, cuyo embajador, von Papen, estimuló a Turquía a permanecer en su postura de neutralidad. El 30/31-I-43, en la conferencia de Adana, y el 2/6-XII-43, en la segunda de El Cairo, intentó Churchill atraerse a Turquía. Sin embargo, el primer ministro turco prefirió buscar una posibilidad de mediación entre Berlín y Moscú. Al fracasar estos intentos, ruptura de relaciones diplomáticas con Berlín (2-VIII-44) y declaración de guerra el 1-III-45. Turquía pertenece al grupo de países fundadores de la ONU.

U

Ucrania, República socialista soviética en el sur de la Rusia europea. 601.000 km². En 1939 contaba 39,5 millones de habitantes. Capital, Kiev (1939: 846.000 habitantes). Desde finales del verano de 1941 hasta el otoño de 1943, ocupada temporalmente por los alemanes. Ucrania fue elegida por Hitler como objetivo de la Operación «Barbarroja» por su importancia económica, junto a Moscú y Leningrado.

Udet, Ernst, general alemán nacido el 26-IV-1896 en Francfort del Meno y muerto en Berlín el 17-XI-1941. Piloto de exhibición tras la primera Guerra Mundial. Reincorporado a la *Luftwaffe* en febrero del 36, se le nombró inspector de pilotos de caza. En junio de 1936, jefe del departamento técnico en el Ministerio del Aire. General del Aire el 1-XII-39. Se le responsabilizó del fracaso de la batalla aérea sobre Inglaterra y se suicidó.

«Uhu», nombre aplicado al caza de noche *Heinkel He 219*. Al principio aparato de reconocimiento para largas distancias luego bombardero diurno rápido. A principios de 1942 se le convierte en caza de noche. Dotado de radar Lichtenstein, cabina de presión y, más tarde, de asientos proyectables para la dotación. La construcción en serie se resistió en favor del *Ju 88*, lanzándose sólo un total de 268 unidades. Datos de la serie *He 219 A-7/*R1: dos motores de 1900 CV. Velocidad: 670 km/h a una altura máxima de 7000 m; autonomía: 2330 km; seis cañones de 30 mm y 2 de 20 mm como armas fijas. Dotación: 3 hombres.

Unión Soviética, Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS). Capital: Moscú (1939, unos 4 millones de habitantes). En 1941, 21.628.000 km² y 191.688.000 habitantes. El 23-VIII-39, pacto de No Agresión entre Hitler y Stalin. Stalin esperaba ganar territorios en la guerra contra Polonia, que intuía, y logró de Hitler la concesión de una «esfera de influencia» en la Europa Oriental. Este punto se acordó en un protocolo secreto. Tal garantía llevó el 17-IX-39 al enfrentamiento soviético contra Polonia, en guerra contra Alemania desde el 1-IX-39, a la separación de Prusia Oriental y a la agresión contra Finlandia el 30-XI-39, que terminó con la anexión rusa de Carelia y el «arrendamiento» de Hangö como base naval a los rusos. En el verano de 1940 la URSS ocupó Estonia, Letonia y Lituania y forzó a Rumania que le cediera Besarabia y Bucovina del norte. A pesar del Pacto de No Agresión, Hitler planificó un ataque contra la URSS (5-VIII-40, primer proyecto). Stalin fue informado de ello pero no creyó en la seriedad del proyecto. Sin embargo el 10-IV-41 fue puesto en estado de alarma el Frente occidental soviético. El 1-VI-41 el Ejército Rojo contaba en los sectores militares occidentales con un total de 36 divisiones acorazadas, 18 motorizadas, 7 de caballería y 88 de cazadores. La marcha alemana supuso la movilización, hasta el estallido de la guerra el 22-VI-41, de 7 Ejércitos y 4 Grupos de Ejércitos acorazados; 17 divisiones acorazadas, 12 motorizadas, 1 de caballería, 1 de montaña, 81 de infantería y 8 de tropas de seguridad. A estos efectivos se añadieron como reserva otras 26 divisiones (2 acorazadas, 1 motorizada, 1 de montaña y 22 de infantería). En total, 3 millones de soldados alemanes con 600.000 vehículos, 750.000 caballos, 3580 blindados, 7184 cañones y 1830 aviones. El ataque alemán en el que participó Rumania, condujo en poco tiempo a notables éxitos iniciales. A partir del 23-VI fueron incorporándose a las tropas atacantes las de Eslovaquia, Finlandia (26-VI) Hungría (27-VI). El 12-VII Gran Bretaña y la URSS establecieron un pacto sobre cooperación en la lucha contra Alemania y ambas partes se obligaron a no sellar jamás una paz por separado con el agresor. El 2-VIII comenzaron los envíos de ayuda americana a la URSS. Los Ejércitos Norte, Centro y Sur alemanes continuaron avanzando en dirección al Este, cruzaron la Línea Stalin en julio y batieron a los Ejércitos soviéticos en varios cercos (Uman, Kiev, Briansk y Viazma). El 6-XI Stalin comunicaba las bajas soviéticas: 350.000 muertos, 378.000 heridos y más de 1.000.000 de desaparecidos. Por parte alemana se comunicó hasta el 10-XI un total de 3.632 prisioneros rusos. Fracasó un intento de conquistar Moscú. El contraataque soviético, con refuerzos llegados de Asia Oriental, y gracias al invierno especialmente duro que diezmó a las tropas alemanas no preparadas para la estación, condujo a graves derrotas de los alemanes y a pérdidas de terreno. **(continúa en página 438)**

Typhoon, bombardero de caza británico de la firma Hawker. Heredero del monoplaza Hurricane. Prototipo 24-II-40. Como caza no ofreció características especiales por su poco rendimiento en altura. Desde finales de 1943 se le empleó como *Jabo*. En total se construyeron 3300 unidades. Datos de la versión *MK. IB:* un motor de 2180 CV. Velocidad: 673 km/h a una altura de 6300 m; autonomía: 980 km; cuatro cañones de 20 mm fijos en el fuselaje, dispositivos para 2 bombas de 454 kg u 8 cohetes de 27 kg.

La columna vertebral de la fuerza de bombarderos soviéticos era el aparato «Tupolev SB-2».

Unión Soviética: los partisanos capturaron cada vez más soldados alemanes en la retaguardia.

Tropas selectas

Este cartel invitaba a enrolarse en las SS.

A su llegada al poder el 30 de enero de 1933 como canciller del Reich, Hitler formó para su protección personal una unidad selecta a base de hombres de las SS, el «Leibstandarte Adolf Hitler» (Guardia personal Adolf Hitler). Desde el punto de vista del Estado esta guardia constituía una novedad. Junto con ella, las unidades especiales armadas con vida regular de cuartel, las llamadas «SS-Verfügungstruppe» (tropas en reserva), y las encargadas de vigilar los campos de concentración, las unidades de la calavera («SS-Totenkopf-Verbände»), fueron el núcleo de una tropa selecta a las órdenes de Heinrich Himmler, codo a codo con el Ejército, la Marina y la Aviación y contra la promesa del *Führer* de que no existirían más hombres armados que los de la *Wehrmacht*.

Esta «guardia negra» de Hitler –negra por el color de su uniforme– estaba integrada por voluntarios. Se distinguió por una relación nueva entre el mando y los hombres, y en su entrenamiento la instrucción regular cedió ante el deporte y los ejercicios de lucha. Una serie de oficiales que por diversos motivos habían abandonado el Ejército se enrolaron en estas unidades, entre ellos soldados de tanto prestigio como Paul Hausser y Felix Steiner. Conscientemente, se trabajó por conseguir un nuevo tipo de soldado. Unidades de la «Verfügungstruppe» tomaron parte en la ocupación de Austria y del territorio de los sudetes en 1938, y en las campañas de Polonia, Bélgica, Holanda y Francia en 1939/40, al principio dentro de la disciplina del Ejército regular. Después de la campaña de Francia se empezó con la formación de la primera División blindada SS, destinada a la batalla del Este. Una tropa que en 1939 contaba con 18.000 hombres se convirtió con el tiempo en un gigantesco Ejército de 38 Divisiones.

Desde el punto de vista estrictamente militar, las Divisiones SS se batieron con gran arrojo, formando una especie de guardia; con el tiempo, a medida que las SS iban participando con mayor tesón en la guerra se fueron igualmente apartando de la ideología de un Heinrich Himmler y de su absurdo propósito de crear a partir de ellas una «Orden Germánica».

Estas unidades constituyeron una especialidad alemana intransferible y perdieron su contenido con la caída del III Reich en 1945. Alemania, sin embargo, brindó un ejemplo a sus enemigos con sus grandes unidades de paracaidistas y tropas de desembarco aéreo, que terminaron haciendo escuela. Ya antes de la guerra la *Luftwaffe* y el Ejército contaban con la División 7 paracaidista y la División 22 de Infantería aerotransportada.

Los soviéticos mostraron durante unas maniobras realizadas en 1936 una unidad de paracaidistas, pero durante la guerra no hicieron gala de haber progresado en este aspecto. Del lado alemán, el general Student, un oficial de Aviación que había tomado parte en la primera Guerra Mundial, se convirtió en el promotor de la nueva especialidad. El valor y las condiciones físicas necesarias para desarrollar este nuevo tipo de acción contribuían a afirmar en el paracaidista la sensación de pertenecer a una tropa selecta.

Los ingleses y americanos replicaron formando a su vez unidades de paracaidistas y de Infantería aerotransportada. Esas tropas tomaron parte en las operaciones del Pacífico, Sicilia, Italia y Normandía a partir de 1943.

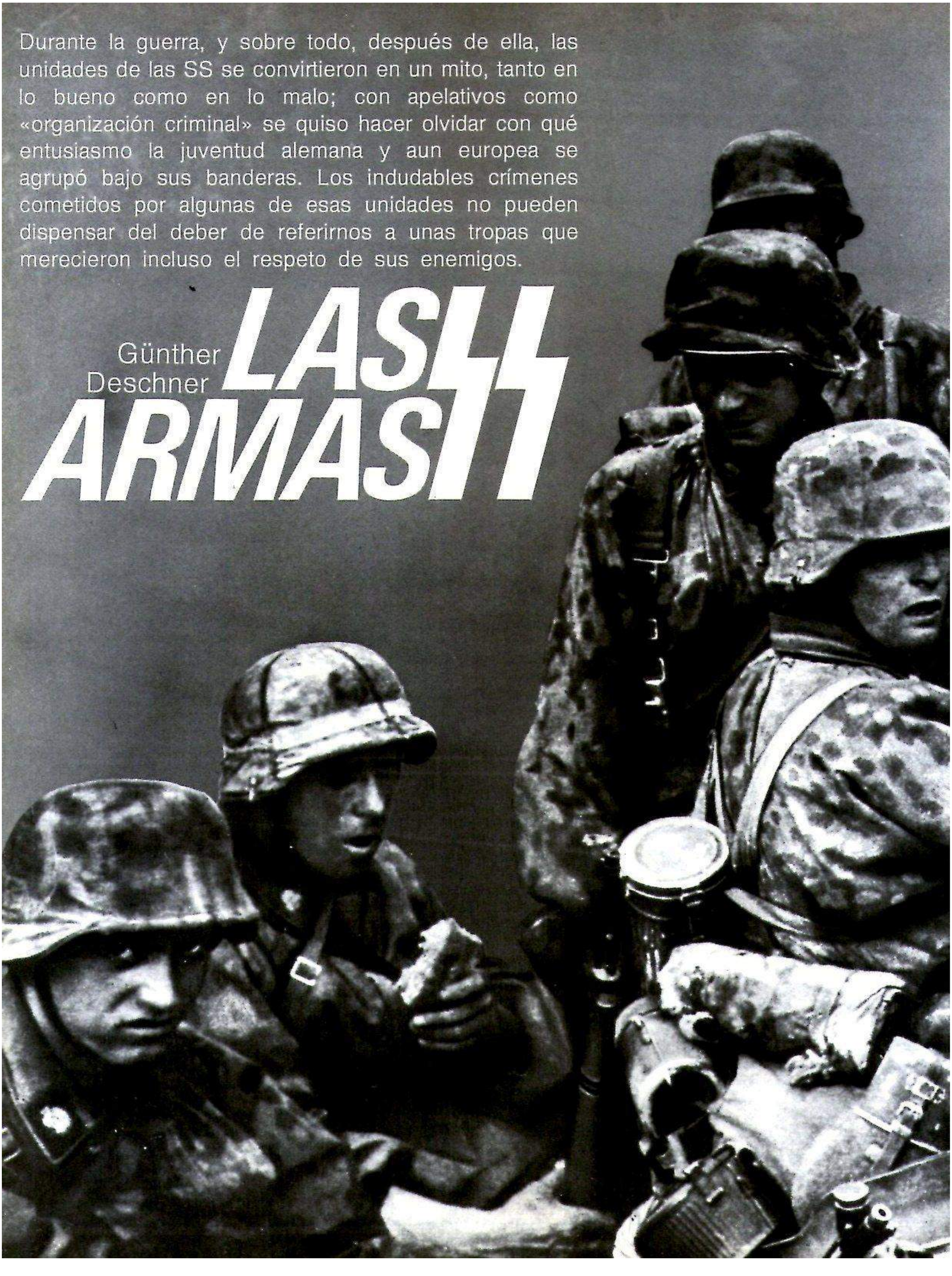
Como consecuencia del tipo peculiar de lucha en el Pacífico, las tropas de desembarco americanas, con sus continuas acciones en las múltiples islas, se ganaron un puesto de honor entre sus compañeros de armas de la Marina. Ya en la guerra de la Independencia –1776/1783– los infantes de Marina habían conseguido distinguirse como tropa selecta. Ahora este cuerpo de Marina, que disponía del más moderno armamento y del entrenamiento más perfecto, alcanzaba el rango de una «guardia», que incluso en tiempos de paz es capaz de rendir apreciables servicios. Para los soviéticos, estos cuerpos de guardia y la guardia de Caballería, procedentes de los zares, significaron durante mucho tiempo el símbolo de la reacción y del feudalismo. Sin embargo, Stalin, al invocar durante la segunda Guerra el amor tradicional a la patria, tuvo que valerse del ejemplo de la época zarista y el año 1942 dio orden de volver a formar unidades de este tipo. Las unidades que se distinguían en los combates pasaban a considerarse «Regimiento Guardia», «División Guardia» o «Ejército Guardia». El ejemplo soviético demuestra que, en el fondo, ningún Ejército puede prescindir de las unidades selectas.

Walter Görlitz □

Durante la guerra, y sobre todo, después de ella, las unidades de las SS se convirtieron en un mito, tanto en lo bueno como en lo malo; con apelativos como «organización criminal» se quiso hacer olvidar con qué entusiasmo la juventud alemana y aun europea se agrupó bajo sus banderas. Los indudables crímenes cometidos por algunas de esas unidades no pueden dispensar del deber de referirnos a unas tropas que merecieron incluso el respeto de sus enemigos.

Günther Deschner

LAS SS EN ARMAS



Con las huellas del combate en los rostros y siempre dispuestos a la lucha, los hombres de la 3.ª «Panzerdivision SS Totenkopf» esperan la orden de ataque.

WAFFEN-SS
EINTRITT NACH VOLLENDETEM 17 LEBENSJAHR

Tras uno de los más duros combates defensivos del frente nordeste, en Yelnia, se encontró de la siguiente manera al Grupo Förster, del 1.er Batallón motorizado de fusileros SS, encargado de asegurar el ala izquierda de la compañía: el jefe de la sección, Förster, muerto de un disparo en la cabeza cuando se disponía a lanzar una bomba de mano.

Con la ametralladora sobre el hombro y todavía con un proyectil disponible había sorprendido la muerte al cabo (*Rottenführer* SS) Klaiber, con un tiro en la cabeza.

Igualmente muertos, con el fusil en la mano, se encontraban también los soldados (*Sturmmann* SS) Buschner y Schyma, pegados a su puesto en la trinchera.

El enlace (*Sturmmann* SS) Oldeboerhuis, muerto sobre su moto, cuando se disponía a partir llevando consigo el último parte. El chófer (*Sturmmann* SS) Schwenk, muerto en la trinchera con el fusil en la mano.

Del enemigo sólo se veían cadáveres formando un círculo alrededor de la posición defendida por los hombres de las SS.

Este texto figuraba en la orden del día del 10 de agosto de 1941 de todas las compañías del XLVI *Panzerkorps*. Su comandante general, von Vietinghoff Scheel, había añadido:

«Un ejemplo de lo que debe entenderse por defensa. Con el máximo respeto nos inclinamos ante tales hechos heroicos.»

El jefe del Ejército 8, general de Infantería Wöhler, afirmaba: «Como un impávido bastión, las unidades de las SS encuadradas dentro de las tropas a mi mando, han sabido rechazar al enemigo dando pruebas de un indomable espíritu de combate». Y resumía con lacónismo castrense: el general Mackensen, jefe del 3.er *Panzerkorps.* «¡Una verdadera tropa selecta!».

Las muestras de reconocimiento y admiración expresadas a las unidades de la calavera por los jefes de la *Wehrmacht* contribuyeron a su fama legendaria, que no tardó en extenderse al otro lado, entre las filas de los soldados enemigos, como una mezcla de espanto y temor supersticioso.

Por ejemplo, cuando durante el otoño de 1941 fue hecho prisionero el general soviético Artamenko, declaró que la 5.ª *Panzerdivision* SS «Wiking», situada frente a sus tropas, había sobrepasado en cuanto a capacidad de combate todo lo conocido hasta entonces. Los soldados soviéticos habían sentido gran alivio al enterarse de que las SS estaban siendo relevadas por tropas regulares de la *Wehrmacht*.

Unos años más tarde, cuando los Aliados contaban ya con una abundante experiencia sobre el valor de las SS, el general norteamericano Dwight D. Eisenhower informaba al «Combined Chiefs of Staff» que, incluso en la derrota, las unidades de las SS hacían gála de una fuerza extraordinaria, luchando con coraje fanático tanto al ataque como a la defensiva.

Sin duda alguna con la aparición de las *Waffen* SS (Armas SS) había surgido en los campos de batalla del siglo XX una tropa sin igual hasta entonces en la historia de las guerras. «En las *Waffen* SS –escribe el historiador Heinz Höhne en su libro 'Der Orden unter dem Totenkopf'– combaten unos guerreros cuyo valor no ha sido superado, ni siquiera igualado por ninguna otra tropa. Combate tras combate van dejando escritas sus hazañas para la historia: Demiansk, Rzhev, el lago Ladoga, Normandía, las Ardenas... cada uno de estos nombres señala un punto culminante de su gesta».

Las «Waffen» SS no supieron lo que era falta de reclutas. El deseo de aventura, el espíritu de camaradería y el convencimiento ideológico que predicaban sus carteles propagandísticos llenaron sus oficinas de alistamiento.

Ser un ejemplo para el Ejército

Esta era la idea que de la más dura tropa de Adolf Hitler tenía el hombre medio, el pueblo alemán. En la primavera de 1942 el *Gruppenführer* del Servicio de Seguridad, Bruno Streckenbach informaba con carácter reservado al *Reichsführer* de las SS, Himmler, sobre el resultado de una encuesta de opinión pública llevada a cabo por sus servicios: «Fundamentalmente se puede asegurar que debido a su rendimiento las *Waffen SS* se han ganado un puesto en el reconocimiento del pueblo». Junto a su comportamiento puramente militar se aprecia su estilo, la camaradería extraordinaria que reina en sus filas y las perfectas relaciones entre oficiales y soldados.

Al mismo tiempo se citan también en el informe algunas opiniones críticas respecto al alto precio que debía pagarse por el rendimiento de la tropa. Debido a la falta de oficiales dignos de este nombre, los soldados SS eran a menudo «sacrificados inútilmente». En competencia con la *Wehrmacht*, se les lanzaba frecuentemente a ofensivas inútiles sólo por jactancia o por incitar al Ejército a la emulación. De acuerdo con el informe de Streckenbach, muchos compatriotas opinaban que la severa formación de esta tropa conducía a resoluciones radicales «como la de no hacer prisioneros, sino aniquilar al enemigo».

Con esto se expresaban los rasgos que habrían de dominar la imagen de los hombres de las SS –oficiales y soldados después de la segunda Guerra Mundial, relegados en todos los países de Europa a la condición de parias. Entre las acusaciones formuladas en el Tribunal de Nuremberg por los vencedores contra Heinrich Himmler, figuraba «el haber mandado la organización criminal de las SS», que selló para siempre la vida de cada uno de los hombres que pertenecieron a ella. La acusación se hizo extensiva a las *Waffen* SS. Los soldados pertenecientes a las *Waffen* SS que se habían pasado los años luchando en el frente se vieron situados al mismo nivel que los «comandos de la muerte» y los guardias de los campos de concentración.

Muchos jefes militares de la *Wehrmacht* que tan sólo algunos años antes hubieran respirado aliviados al saber junto a ellos los *Standarten* de las Divisiones SS para estabilizar el frente, se olvidaron de rendir después el obligado tributo de reconocimiento. El mariscal von Manstein, que había dedicado un «bravísimo» a la División SS «Totenkopf», precisamente la más acusada de cometer crímenes de guerra, y celebrado los méritos de la División SS «Das Reich», ganados en la contraofensiva de Járkov en 1943, se distanciaría después en sus «Memorias» de sus compañeros de armas: «El gran tributo de sangre pagado por las tropas de la 'orden negra' no guardó relación con sus logros».

Tampoco contribuyeron a formar una imagen exacta de las *Waffen* SS los abundantes escritos de la posguerra debidos a la pluma de antiguos oficiales de las SS: con la preocupación de distanciar a las tropas de lo acontecido en Auschwitz, negaron durante años el fundamento político de la formación y espíritu de sus hombres. Los miembros de las SS no fueron otra cosa que soldados como los demás. La mayor parte de las Divisiones SS no se distinguieron de otras especiales de la propia *Wehrmacht*, como la «Grossdeutschland», la «Panzer-Lehr» o los paracaidistas.

Sin embargo, la verdad es que la formación de las *Waffen* SS se hallaba basada en un imperativo de la política nacionalsocialista. Y esa política fue la que contribuyó a la creación de su estilo, de su camaradería y espíritu de lucha. Punto de partida fue, poco después de la conquista del poder, el intento de transformar a las SS y sus grupos armados en una especie de guardia oficial. Estas unidades fueron el puño de hierro nacionalsocialista durante la época de consolidación del poder.

Uniforme de campaña y distintivos de la tropa

Soldado SS
Sección antiaérea SS
Sección de ametralladoras SS
Tropas disponibles o de reserva SS
1939/40

Distintivos para llevar en la solapa izquierda

Soldado SS
(Granadero)

Sturmmann-SS
(Cabo)

Rottenführer-SS
(Cabo 1º)

Distintivos para llevar en el brazo izquierdo

Oberschütze-SS
(Soldado de 1ª)

Sturmmann-SS

Rottenführer-SS

Hombreras

Leibstandarte
SS «Adolf Hitler»

Suboficial de la División
SS «D»

Distintivos para llevar en la solapa derecha por los distintos grados y unidades de las Waffen SS, así como monogramas e iniciales para las hombreras:

Leibstandarte
SS «Adolf Hitler»

Standarte SS
«Deutschland»

Standarte SS
«Germania»

Standarte SS
«Der Führer»

Bón. de zapadores SS/Sección transmisiones SS

Acad. Militar SS Tölz

Acad. Militar
SS Brunswick

La solapa derecha de las unidades de las Waffen SS formadas después de la campaña de Francia (incluida la División «Wiking») llevaba sólo las dos SS sin número, inicial o distintivo de unidad

Excepto:

División de policía SS
1939 - 1941/42

Tropa

Oficiales

SS-Totenkopf-Division
1939/1945

Soldados y suboficiales bordado en blanco. Oficiales en aluminio.

Suboficial SS
de la Div. acor.
(desde 1941 «Das Reich»)

Suboficiales-SS
(Cadete)
Unidad. de transmisiones
Corresponsal de guerra

Hauptscharführer-SS
(Brigada)
Unidades blindadas

Cadete SS
Contaduría

DISTINTIVOS USADOS POR LAS WAFFEN SS (1939/1945)

Izquierda:
Uniforme y distintivos para los soldados.
Centro:
Uniforme y distintivos para suboficiales (1939/1945).
Derecha:
Uniforme y distintivos para oficiales, salvo generales (1939/1945).

Comparación entre las distintas

Wehrmacht (E. de Tierra)	Waffen SS	Abreviatura
Suboficiales:	Unterführer SS	
sin fiador	a) Unterführer SS sin fiador	
a) Suboficial de la espada	de la espada	
Suboficial	Unterscharführer SS	Uscha.
Sargento	Scharführer SS	
Clase de tropa		
Soldado	Granadero SS	
Carrista	Panzergrenadier SS	
Soldado de 1ª	Obergrenadier SS	
Artillero	Kanonier SS	
Carrista de 1ª	Panzerobergrenadier SS	
Cabo	Sturmmann SS	Strm.
Cabo 1.º	Rottenführer SS	Rttf.
b) Suboficial con fiador para la espada	b) Unterführer SS con fiador para la espada	

Distintivos de los suboficiales de las Waffen SS (1939/1945)

Solapas y hombreras con el color correspondiente a partir del 1-V-1940, así como galones para camuflaje

Scharführer-SS
(Sargento)
Caballería
Explorador

Oberscharführer-SS
(Sargento mayor)
Artillería
Unidades antiaéreas

Sturmscharführer-SS
(Subteniente)
Intendencia

Oberscharführer SS
Sargento mayor
en disponibilidad o
geólogo
militar

Borlón para
el sable de
los suboficiales
de las SS

Espada para suboficiales
con fiador

Obersturmführer-SS
Ayudante del jefe del Batallón
SS-Panzer-Division Totenkopf

Distintivos para oficiales (Führer) de las Waffen SS –salvo generales– 1939/1945.

Solapas, hombreras y color de las armas a partir del 1-V-1940, así como galones para camuflaje:

Standartenoberjunker-SS
(Alférez)
Infantería

Untersturmführer-SS
(Teniente)
Zapadores
(Blindados)

Obersturmführer-SS
(Teniente 1.º,
aquí jefe médico)
Servicio sanitario

Sturmbannführer-SS
(Comandante)
Zapador

Obersturmbannführer-SS
(Teniente coronel)
Artillería

Hautpsturmführer-SS
(Capitán)
Servicio de veterinaria

Standartenführer-SS
(Coronel)
Cazadores de montaña

Oberführer-SS
Infantería

Espada de oficial
con fiador

Las insignias de solapa se llevaban a ambos lados

graduaciones en la Wehrmacht (Ejército de Tierra) y las Waffen SS

Sargento mayor	Oberscharführer SS	Oscha.
Brigada	Hauptscharführer SS	Hscha.
Subteniente	Sturmscharführer SS	
Oficiales		
Teniente	Untersturmführer SS	Ustuf.
Teniente 1.º	Obersturmführer SS	Ostuf.
Capitán, Rittmeister (Capitán de Caballería)	Hauptsturmführer SS	Hstuf.
Jefes		
Comandante	Sturmbannführer SS	Stubaf.
Teniente coronel	Obersturmbannführer SS	Ostubaf.
Coronel	Standartenführer	Staf.
—	Oberführer SS	Oberf.
Generales		
General de Brigada	SS-Brigadeführer y Generalmajor de las Waffen SS	Brig. Fhr.
General de División	SS-Gruppenführer y Generalleutnant de las Waffen SS	Gruf.
General de Infantería, Caballería, etc.	SS-Obergruppenführer y General de las Waffen SS	Ogruf.
Capitán general	SS-Oberstgruppenführer. y Generaloberst de las Waffen SS	Obstgruf.
Mariscal		

La más conocida de todas ellas y sin duda la que más contribuyó a la formación posterior de las *Waffen* SS fue la guardia personal de Hitler, que organizó y mandó el *Gruppenführer* SS bávaro Joseph Dietrich, llamado «Sepp». De esta unidad salió en otoño de 1933 el *Wachbataillon Berlin,* que pronto reunió 5 Compañías. Durante el Congreso de la Victoria del partido, en 1933, Hitler otorgó su nombre al batallón, que pasó a llamarse *Leibstandarte* SS «Adolf Hitler» (LAH). Después de que en el llamado *putsch* de Röhm la guardia personal demostrara su adhesión incondicional a Hitler, se incorporó a su nombre el carácter de tropa disponible o de reserva. El mismo día 16 de marzo de 1935, en el que Hitler dio a conocer en el Reichstag la reimplantación del servicio militar obligatorio, impartió también la orden de organizar una tropa de reserva SS. Junto con el LAH debían organizarse dos Regimientos más. En consideración a la *Wehrmacht*, única fuerza armada de la nación, las SS deberían abstenerse de formar Divisiones autónomas. En relación a las 36 Divisiones formadas por la *Wehrmacht* en los años siguientes con los 100.000 hombres llamados a filas, las SS puede decirse que no existían. En mayo de 1935 las tropas de reserva de las SS contaban con 8495 hombres. De ellos 2660 servían en la guardia personal del *Führer* (LAH), 759 se encontraban en las escuelas de oficiales de las SS y el resto formaban los nuevos Regimientos *(Standarten* SS) 1 y 2. Estos Regimientos recibieron el nombre de «Deutschland» y «Germania» y sus batallones fueron distribuidos por la geografía alemana. Esto también subraya de paso la misión que más tarde se atribuiría a estas tropas: la seguridad del Reich. Para el caso de guerra una orden del ministro del Ejército, Blomberg, preveía «el examen de la capacidad militar de estas unidades antes de asignarles un puesto en el combate.» Pese al acento discriminador que esta cláusula pudiera tener para las SS, con ella la *Wehrmacht* sentaba un principio y reconocía sin ambages junto a sí la existencia de una tropa armada, al mismo tiempo que plantaba la semilla de los continuos roces que florecerían más tarde entre la *Wehrmacht* y las SS. Con la eliminación de Röhm, que deseaba crear un ejército popular nacionalsocialista sobre la base de las SA que él mandaba, las SS habían hecho realidad uno de los más profundos anhelos de los generales de la *Wehrmacht*. En agradecimiento, esos generales reconocieron la existencia de las SS y su carácter de tropa disponible, y, con ello, como se vería más tarde, dieron carta de naturaleza a una amenaza mayor que la representada por las SA para su sentido de casta, de clase aparte, de militares de carrera al estilo antiguo. El hecho de que la primera tropa que en marzo de 1936 volvió a entrar en el Sarre fuera el *Leibstandarte* SS «Adolf Hitler», puede considerarse casi como un símbolo de conflictos posteriores.

La organización de las SS prosiguió sin reposo: en abril de 1936 las unidades de las SS, así como las organizadas militarmente que prestaban servicios en los campos de concentración, las llamadas «Totenkopfverbände» («Unidades de la calavera»), fueron retiradas de la dependencia del partido y pasaron a formar parte de la policía, sometida al Ministerio del Interior. De esta manera quedaban legitimadas en la organización del Estado sin por ello perder su carácter político. En octubre del mismo año se creó en el Mando supremo de las SS (SS-*Hauptamt*) una nueva inspección de tropas de reserva. Su misión consistía en supervisar la administración y formación militar.

Una tropa selecta de Europa Central

Exactamente en este punto, Himmler tuvo que enfrentarse a un dilema. Sólo con la buena disposición y el arrojo de Sepp Dietrich y otros veteranos del partido no era posible crear una tropa de gran perfección militar. Lo que Himmler necesitaba eran militares profesionales, tecnócratas conocedores del moderno arte de la guerra, que se sintieran llamados por el estilo y el espíritu de la «orden negra», o que al menos estuvieran dispuestos a aceptarla. Estas consideraciones le llevaron a atraer a las filas de las SS a curtidos profesionales, oficiales del Ejército regular. Y éstos llegaron seducidos por la posibilidad de hacer una carrera rápida conforme a las teorías del nuevo Estado y apoyándose en el carácter especial que se pretendía dar a la tropa de las SS y, también, muchos de ellos, por compartir el ideal nacionalsocialista.

A la cabeza de los nuevos oficiales incorporados figuró un general en situación de reserva: Paul Hausser. Nacido en 1880 en una familia militar, había seguido el camino clásico de los oficiales de carrera: cadete, oficial agregado de Estado Mayor, director de una Academia Militar. En 1932 se retiró con el grado de general. Después Hausser siguió colaborando en la organización militar de tinte conservador y tradicional Cascos de Acero. Más tarde ingresó en las SA, de las que fue durante breve tiempo *Standartenführer,* hasta que en el curso de unas maniobras fue presentado a Heinrich Himmler. Hausser, familiarizado con toda la organización militar, respetado por sus compañeros del Ejército, con una gran formación y con no menos seguridad en sí mismo, comenzó su carrera en las SS con la creación de una escuela de oficiales en Brunswick, en septiembre de 1934. Medio año antes, el ex comandante del Ejército Paul Lettow había inaugurado en Bad Tölz unos cursos de mandos, sin llegar a dar con las características diferenciales entre la antigua tropa que él conocía y la nueva que las SS querían formar.

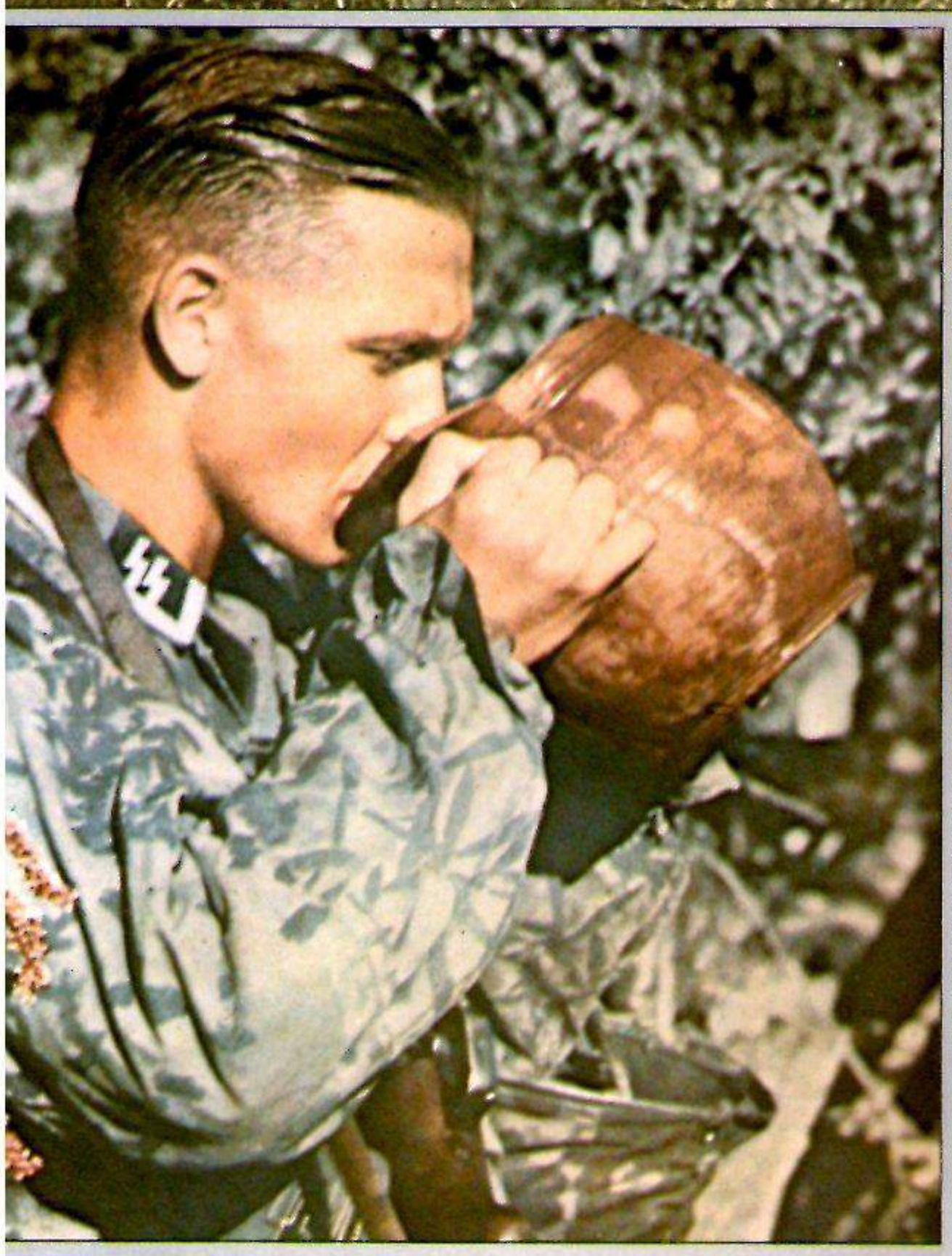
Ante todo, Hausser impuso en Brunswick el sentido tradicional de casta que imperaba ya en el Ejército de Weimar. Según Hausser «había que formar una tropa de acuerdo con las normas clásicas del Ejército, dado que estas normas habían demostrado ser positivas». En estos principios, acompañados de la correspondiente formación política, buscaba obtener Hausser el tipo de oficial altamente cualificado y al mismo tiempo políticamente fiel al nuevo poder del Reich. En Munich se encontraba el Regimiento «Deutschland», compuesto por tres *Sturmbannen* (batallones) y en Hamburgo, el «Germania».

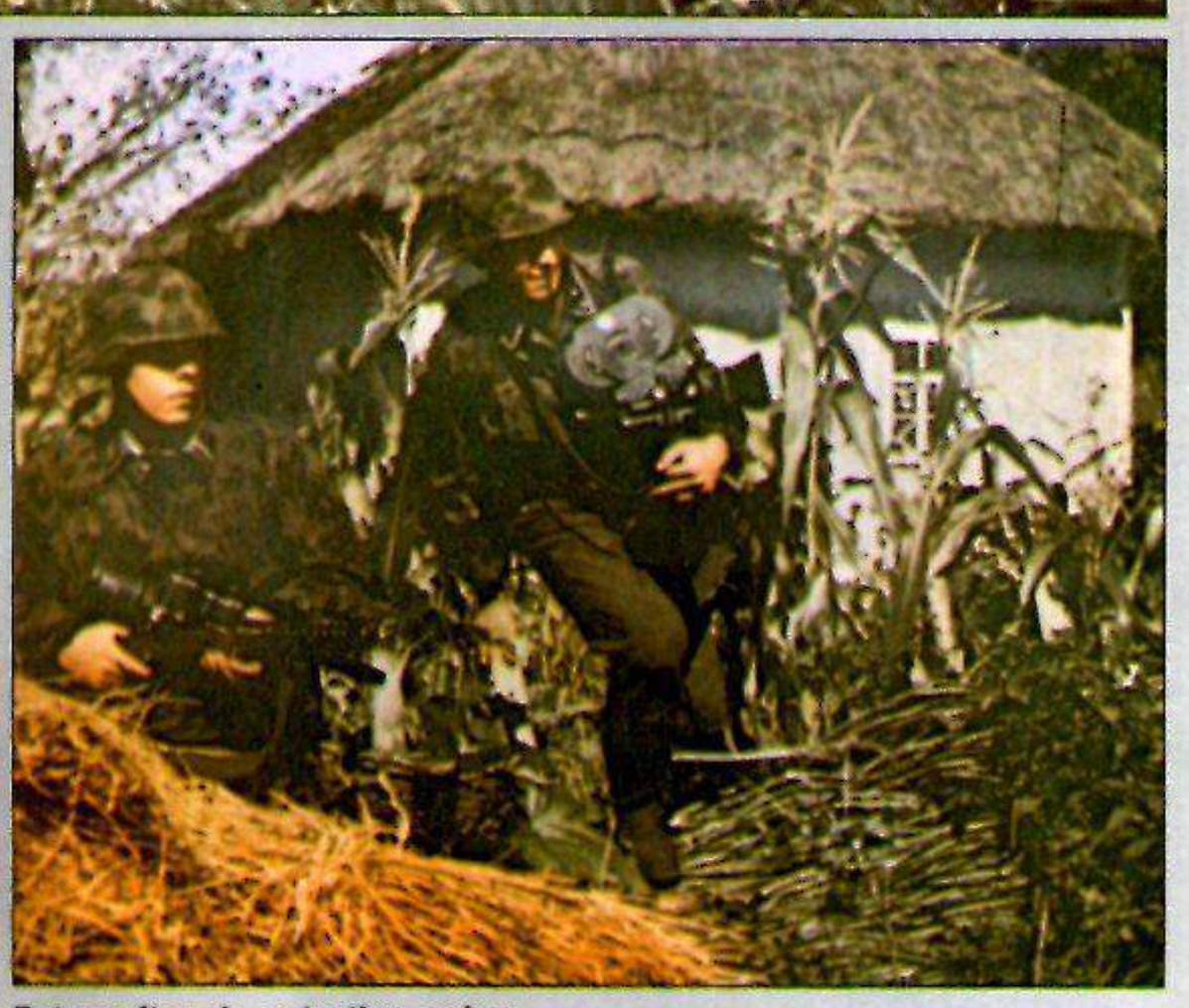
El LAH fue totalmente motorizado; después del *Anschluss* se organizó en Austria un nuevo regimiento: «Der Führer».

Dentro del círculo de jefes de los Regimientos SS no tardó en distinguirse el del «Deutschland», Felix Steiner –que aún no había cumplido cuarenta años– como un motor más de la reforma militar de las SS. Durante la primera Guerra, a sus veinte años, se había convencido de que el futuro sería de un nuevo tipo de soldado. En adelante no tendrían nada que hacer ni las masas uniformadas, ni las individualidades brillantes, sino las unidades bien entrenadas y dotadas de movilidad: las tropas selectas bien disciplinadas. Su idea sobre el futuro soldado no encontró gran eco entre los oficiales del Ejército que rendían culto a la tradición, y Steiner se licenció en 1933 para ingresar casi inmediatamente en las SS, campo de acción de sus pensamientos renovadores.

En un batallón de su Regimiento, tomado como modelo, no tardó en demostrar lo que entendía por soldado del futuro. Abandonó la instrucción tal y como se practicaba entonces y sometió al soldado a un entrenamiento deportivo y a un ejercicio militar continuo. Con los distinguidos en ambas disciplinas formó una pequeña unidad especial capaz de «enfrentarse al enemigo en un ataque relámpago, superarle, dividirle y aniquilarle».

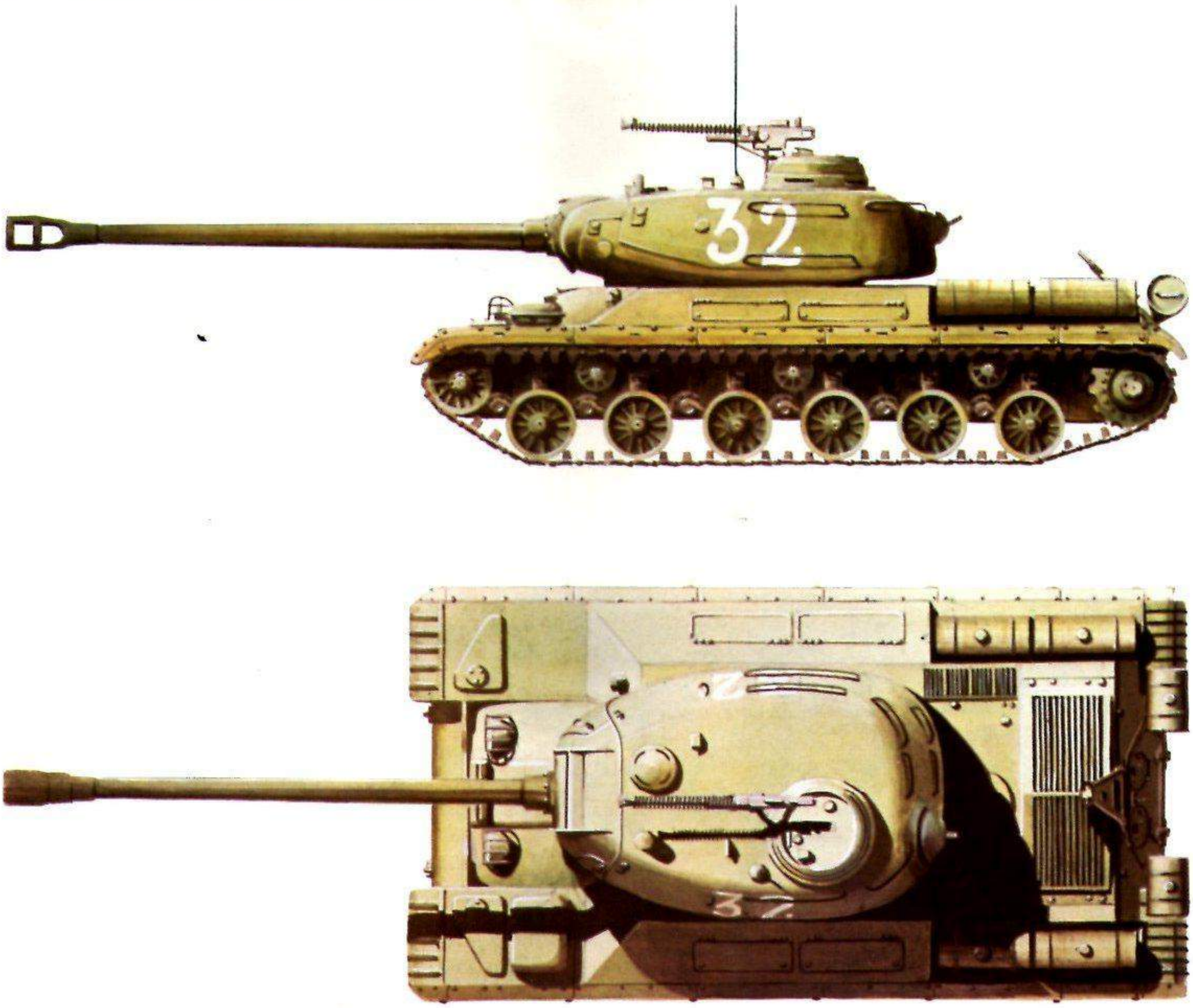
Los soldados de Steiner correspondían un poco a la descripción del tipo fantástico hecha por Ernst Jünger en «Stahlgewitter»: astuto, fuerte, decidido, sin compasión para con él, ni para con los demás. Un nuevo tipo de soldado, «lo más selecto de Europa Central».





Fotografías de este tipo sobre las «Waffen» SS son las que gustaba de publicar Goebbels en la retaguardia. Eran la mejor publicidad y el mejor incentivo para procurar nuevos reclutas: Jugando a los indios con armas de verdad (arriba); refrescándose después de la pelea (centro); filmando las hazañas de una unidad de asalto (abajo).

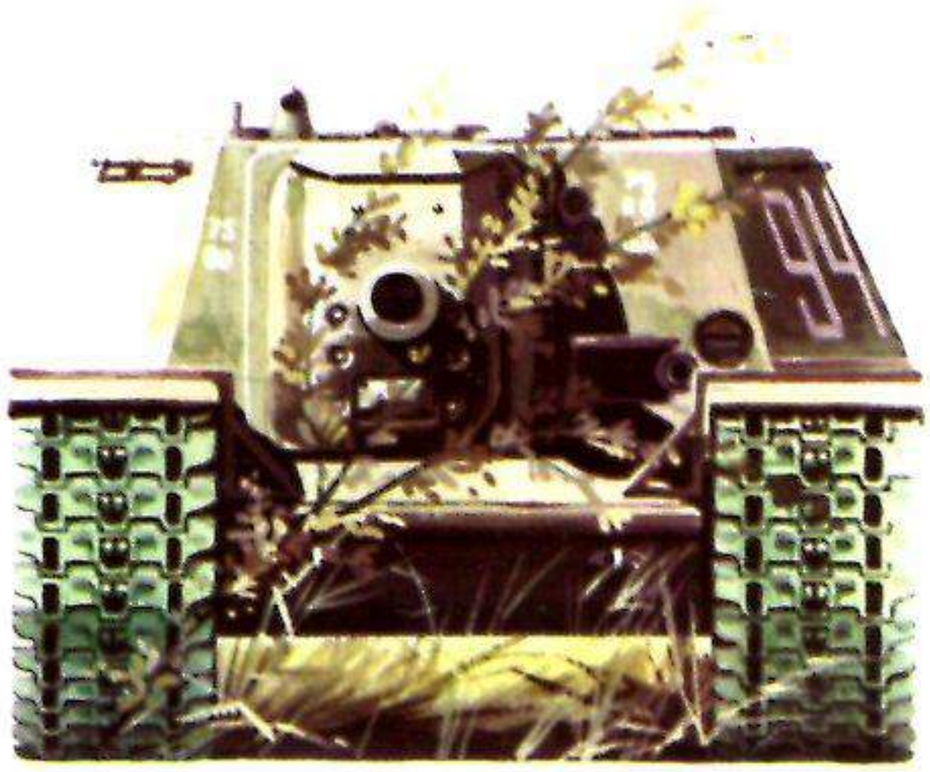
Carro de combate pesado soviético Josef Stalin JS II

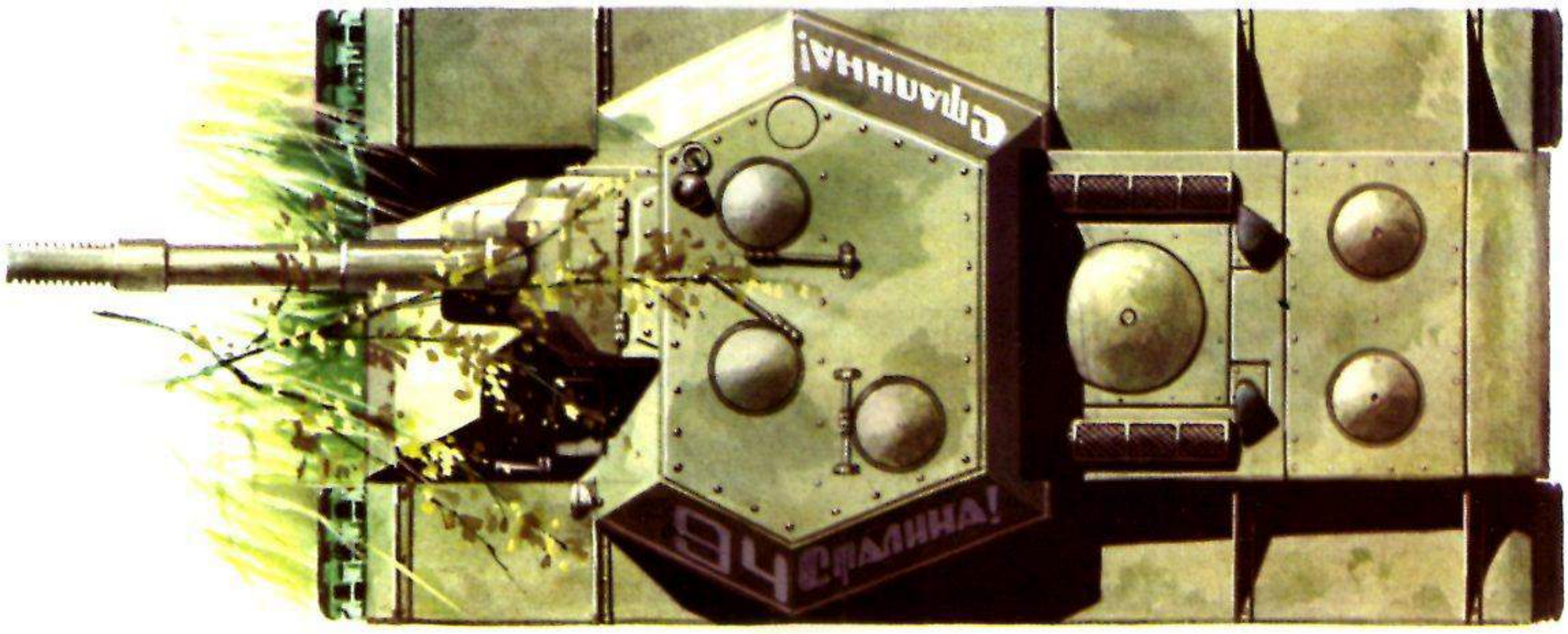


Peso: 46 t
Dotación: 4 hombres
Armamento: un cañón D-25 de 122 mm; una ametralladora DShkH de 12,7 mm y tres ametralladoras DT de 7,62 mm
Coraza: 160 mm
Tracción: un motor W2K de 550 CV
Velocidad: 43 km/h
Autonomía: 160 km
Longitud: 6,77 m
Anchura: 3,07 m
Altura: 2,75 m

Carro blindado de asalto soviético JSU-152

Peso: 43 t .
Dotación: 5 hombres
Armamento: un cañón M1937/43 de 152 mm y una ametralladora de 12,7 mm
Coraza: 90 mm
Tracción: un motor W2K de 12 cilindros y 550 CV
Velocidad: 41 km/h
Autonomía: 250 km (carretera)
Longitud: 9 m
Anchura: 3,25 m
Altura: 2,50 m





Del perfecto dominio del arte de la guerra de Hausser y de las visiones renovadoras de Steiner salieron los suboficiales de los granaderos de las SS (*Grenadier* SS), que imprimieron en la tropa durante todos los años de guerra su sello personal.

Las condiciones que cada nuevo recluta debía reunir iban del espíritu de decisión y capacidad de mando a las cualidades atléticas de preconizaba Steiner. Pese a las severas condiciones exigidas para el ingreso y la obligación de comprometerse a prestar servicio durante cuatro años los soldados, y durante doce los suboficiales, las tropas de reserva nunca padecieron escasez de efectivos humanos. El incentivo de pertenecer a una unidad selecta, el nuevo estilo de formación y el optimismo y devoción que reinaba entre la juventud por el III Reich de Adolf Hitler movilizaron tantos aspirantes que fue posible mantener las estrictas normas de selección. Se impusieron características raciales y físicas. Los aspirantes a ingresar en el LAH debía medir por lo menos 1,80 m; para las otras unidades 1,78 m. Las comisiones encargadas de la selección trabajaban tan al pie de la letra que, todavía en 1943, cuando ya las normas eran más amplias, podía exclamar Himmler: «Hasta 1936 rechazábamos entre los aspirantes a nuestras unidades incluso aquellos que tenían un diente postizo. Los hombres físicamente mejor dotados se encontraban en nuestras *Waffen* SS». También se sometía a los aspirantes a una prueba política, como testimonió incluso Hausser después de la guerra cuando admitió que el mero hecho de solicitar el ingreso en esa tropa presuponía una adhesión a los principios del Estado de Hitler.

Tales exigencias contribuían a nivelar después, dentro de las SS, las diferencias entre soldados y oficiales, tan grandes, por otra parte, en las filas de la *Wehrmacht*. La práctica sistemática del deporte y el entrenamiento físico, como parte esencial de la formación –y no como en el Ejército, que seguía considerando el deporte como una actividad para el tiempo libre en la que tomaban parte conjuntamente soldados y oficiales en camaradería– conducía también a una valoración distinta de las graduaciones. De esta manera las tropas de las SS contaban con una cohesión insospechada para el Ejército.

Este proceso se benefició del sistema de elección de mandos. Los cadetes, los *Junker*, no estaban obligados a reunir los privilegios de clase de que se nutría la *Wehrmacht*. Ni la procedencia social, ni los estudios preliminares contaban. Un 40 % de los aspirantes admitidos en 1938 no habían cursado más allá de la enseñanza primaria. Mientras que en el Ejército regu-

3. ᛋᛋ-Panz.Div. "Totenkopf"
Kommandeur

Div.Gef.Std., den 17.11.43

Abschrift von Fernschreiben

von Manstein
Generalfeldmarschall

15.11.43, 24,oo Uhr

An

3. ᛋᛋ-Panz.Div. "Totenkopf"

B r a v o ᛋᛋ - T o t e n k o p f .
J h r s e i d M o r d s k e r l e .

gez. von M a n s t e i n
Generalfeldmarschall.

Ich habe diesem Befehl nichts hinzuzufügen.

Verteiler:
Rgtr.u.Div.Tr.

La misma admiración que causaban las unidades SS al Mando de la «Wehrmacht» –arriba el telegrama de felicitación del mariscal von Manstein– se traducía en el terror que provocaban en el enemigo. Los rostros, todavía de rasgos juveniles, inducen al error –arriba manejando una ametralladora y abajo en una operación de reconocimiento– porque precisamente las unidades integradas por muchachos solían ser las animadas por mayor espíritu combativo.

lar la mitad de los oficiales procedía de familias militares, en las SS no pasaban del 5 %. Sólo el 2 % de los oficiales de la *Wehrmacht* eran de familias campesinas, mientras que en las SS sumaban el 90 %. Los burgueses y la ciudad entregaban sus hijos a la *Wehrmacht*; los campesinos y artesanos, según Heinz Höhne, a las SS.

También en otros muchos sectores se impuso la reforma: se suprimió el tratamiento de «señor» antepuesto al grado. Todos los armarios de los cuarteles permanecían abiertos. El robo a un camarada se consideraba una indignidad. Las innovaciones en equipo y armamento completaron el cuadro. Al terminar el año 1938, los Regimientos de las SS habían alcanzado tal grado de perfección, que incluso oficiales de la *Wehrmacht* que hasta entonces no habían ahorrado sus críticas terminaron reconociéndolo así. Las SS pasaron a encontrarse en los campos del Ejército, sin que este ordenara especiales medidas de protección. Los ejercicios de tiro se llevaron a cabo de manera que, según Himmler, «cada hombre se acostumbrará a caminar hasta 70 o incluso 50 metros de la cortina formada por los proyectiles de artillería y por los disparos de los morteros». Era inevitable que en esta clase de maniobras se produjeran bajas. Pero el resultado fue que los 18.000 hombres que al comenzar la segunda Guerra Mundial constituían las tropas de las SS, como los 100.000 que se encontraban encuadrados en el Ejército, pudieron integrar la base para su desarrollo subsiguiente.

Bautismo de fuego

Hasta ese momento las tropas disponibles o de reserva habían visto limitado su desarrollo: el comandante supremo del Ejército, barón von Fritsch, y otros generales habían conseguido de Hitler la limitación de las unidades que formaban la «competencia». Las SS no podían organizar ninguna unidad por encima del Regimiento, es decir, ninguna División; igualmente se les prohibió la formación de destacamentos de artillería o blindados. Tampoco podían hacer propaganda en los periódicos para el reclutamiento de aspirantes. La situación sólo mejoró tras la caída del enemigo de las SS, general Fritsch, y del ministro de la Guerra, von Blomberg, en 1938; hechos a los que no fueron ajenas las propias SS. El 17 de agosto de 1938 Hitler firmó el decreto por el que se reconocía a las SS el carácter de tropas regulares tanto en la paz como en la guerra. En caso de movilización general, las SS deberían estar dispuestas para colaborar en el marco del Ejército.

El primer ejemplo de esta exigencia de integración en el Ejército lo proporcionó la anexión del territorio de los sudetes, en octubre de este mismo año. En la operación tomaron parte todos los Regimientos de las SS, así como batallones del *Totenkopfstandarte*; esta participación se repitió en la conquista del resto de Checoslovaquia.

En el verano de 1939, en vísperas de estallar la guerra, Hitler dio orden al OKW de que proveyera a las SS de las piezas necesarias para formar un Regimiento de Artillería. La guerra obligó a posponer la ampliación del Regimiento en División. Los Regimientos de las SS pasaron a engrosar las Divisiones de los Ejércitos 3 y 4. La tropa pasó con éxito el bautismo de fuego. Sin embargo también se dejaron oír las críticas, procedentes sobre todo de los círculos militares del Ejército, a propósito del valor militar real de las SS, cuyos Regimientos, en comparación con los de la *Wehrmacht*, habían sufrido numerosas bajas debido al arte poco ortodoxo de combatir que practicaban y a la manera de conducirlas el mando. Para las SS todo esto fue motivo para darse cuenta de que necesitaba mejor material y, sobre todo, formar Divisiones autónomas. Pero exactamente este era el camino que no deseaban dejarle libre los recelosos militares.

Gottlob Berger, *Standartenführer* SS, amigo personal de Himmler, soldado de choque en la primera Guerra y profesor de cultura física en la vida civil, encontró un camino para saltarse los límites que los militares deseaban imponer a las SS. Interpretó de manera generosa para las tropas SS, la orden dada por Hitler en 1938 sobre las unidades de la «Totenkopf» y su integración en la policía. La orden permitía a Himmler reclutar 50.000 hombres de las SS y considerarlos como «policía disponible», con lo que quedaban libres de servir en la *Wehrmacht*. A Himmler le gustó la idea y se dio cuenta de que aquello iba a suponer la ruptura. Por medios legales, Himmler podía hacerse con efectivos suficientes para formar tres o cuatro Divisiones SS.

En 1939, el general de la policía *Brigadeführer* SS Karl Pfeffer-Wildenbruch organizaba la División de policía SS (más tarde 4.ª SS *Polizei-Panzergrenadierdivision).* Hausser, a su vez, convirtió los Regimientos de sus tropas de reserva en División (más tarde *2.ª SS-Panzerdivision* «Das Reich»). Y el *Gruppenführer* SS Theodor Eicke, hasta entonces jefe de las unidades de guardia de los campos de concentración, convirtió una parte de sus «Totenkopf» en una División de policía (después se llamó 3.ª *Panzerdivision* «Totenkopf»). El LAH mandado por Sepp Dietrich pasó a ser la 1.ª *SS-Panzerdivision Leibstandarte SS* «Adolf Hitler».

La idea de Berger hizo posible que de los efectivos de 18.000 hombres con que contaban antes de la guerra, las *Waffen* SS pasaran a mediados de 1940 a disponer de 100.000. De nuevo fueron autorizadas a reclutar voluntarios, pero sobre el derecho a disponer de éstos seguía decidiendo la *Wehrmacht*. con tanta animosidad como siempre. Berger y sus hombres encargados de la formación de sus nuevas unidades empezaron pronto a cansarse de la porfía por cada voluntario. No tardaron en dirigir sus ojos hacia donde la *Wehrmacht* no tenía atribuciones: más allá de las fronteras del Reich. Allende sus fronteras, sobre todo en el sudeste de Europa, vivían cientos de miles de alemanes aptos para el servicio militar, alemanes de origen que seguían considerándose como tales y que se sentían llamados a acudir «en ayuda de la nación».

Éxito en las oficinas de reclutamiento

Los primeros 100 hombres de origen alemán reclutados por Berger procedían de Transilvania y pasaron al Reich desde la aliada Rumania, disfrazados de trabajadores temporeros o en los trenes hospitales. Cuando al iniciarse la campaña contra Rusia, Berger llegó a un acuerdo con los Gobiernos del sur de Europa, según el cual todos los alemanes de origen quedaban obligados a prestar servicio militar en el Reich, pudo prescindir de los voluntarios. Como consecuencia, 350.000 alemanes procedentes de esos países pasaron a engrosar las Divisiones SS. Incluso al terminar la campaña de Francia y abrir Berger sus oficinas de reclutamiento en los países de Europa Central, tampoco le faltaron voluntarios a las SS: las oficinas estaban siempre llenas de aspirantes. En los primeros dos años la oficina de Bruselas llegó a permitirse el lujo de rechazar a uno de cada dos voluntarios por considerarlos no aptos y, sin embargo, pronto el número de soldados procedentes de los países de la Europa occidental, –llamados germánicos por Himmler– pasó de los 120.000. El mayor contingente procedía de Holanda: 50.000 hombres. Flamencos y valones belgas aportaron 20.000 cada grupo. Francia aportó también 20.000 y 6.000 voluntarios llegaron de Suecia, Suiza y Luxemburgo. Durante la guerra en Rusia se alistaron en las SS 200.000 letones, estones, ucranianos, rusos, caucasianos y habitantes de los Balcanes.

Los motivos que incitaban a los voluntarios a alistarse en un Ejército que muy poco antes había sido declarado enemigo de su país eran de muy diversa índole. El supuesto antibolche-

Hacer realidad la nueva Europa

Después de la guerra muchos de ellos no pudieron volver a sus países: a los voluntarios extranjeros de las Waffen SS se les consideraba traidores. Un soldado holandés evoca los motivos que tuvo para alistarse en la tropa alemana y las esperanzas que tanto él como sus camaradas alimentaban en su lucha contra el bolchevismo.

Cuando estalló la guerra entre Alemania y Rusia, parece que fuimos nosotros los únicos en nuestro país que nos dimos cuenta de que aquello podía ser el principio de la grande, de la definitiva confrontación entre Europa y el bolchevismo, y que Europa se hallaba dividida y sin unidad. ¿Qué otra cosa mejor se podía hacer que convencer a los alemanes para que otorgaran la libertad a los pueblos vencidos y todos juntos acudir a la lucha? En la exigencia de dar libertad inmediatamente a los prisioneros de guerra, pronunciada en diversas ocasiones con ejemplar caballerosidad, Alemania escuchó nuestra voz. Esto nos permitía confiar en que una nueva Europa se ponía en pie.

Y entonces se pronunció la palabra Reich.... Para comprender el entusiasmo que desató en nuestras filas el programa del Reich, es preciso citar algunos antecedentes del aire que veníamos respirando. Nosotros, que sólo conocíamos el vano quehacer del Estado nacional, consistente en facilitar el pan de cada día, y que nos quejábamos siempre de que nuestro pueblo había abandonado los caminos de la historia, de que había abdicado, nos encontramos de pronto con una misión a la que poder dedicar todo nuestro amor y todas nuestras fuerzas: la creación de un dilatado Imperio, en el que tendrían cabida todas las aspiraciones sociales, políticas y espirituales propias de Occidente. Por eso nos arrojamos en brazos de Alemania, nos precipitamos en las oficinas de alistamiento y con increíble orgullo nos pusimos el uniforme, para, con nuestra sangre y nuestra vida, hacer realidad lo único que nos parecía digno: una Europa nueva, orientada al futuro.

Citado por Paul Hausser en «Waffen SS im Einsatz». Preuss Oldendorf, 1953

vismo de los voluntarios del Este, reputado como causa primordial de su alistamiento, es un tanto dudoso –pese a las declaraciones en este sentido de Felix Steiner– por la sencilla razón de que en 1940, cuando empezaron a llegar los primeros aspirantes, Berlín y Moscú estaban ligados por un pacto de amistad. Y lo mismo puede decirse de la 5.ª SS *Panzerdivision* «Wiking», formada con holandeses, noruegos y daneses mucho antes de que comenzara la campaña contra Rusia. Muchos de estos hombres procedían de países en los que el fascismo contaba con grandes simpatías; habían sido testigos de la rápida derrota de los Estados con formas democráticas de gobierno a manos de las victoriosas tropas del III Reich y deseaban subirse al carro de los vencedores. A otros les atraía el afán de aventura y ciertas ventajas económicas. Y, por encima de todo, el convencimiento político. El pensamiento político de Léon Degrelle en Valonia, Jef von de Wiele en Flandes, Adriaan Mussert en Holanda, Vidkun Quisling y Jonas Lie en Noruega, coincidía plenamente con el mito germánico de las SS.

En 1941 las *Waffen* SS contaban con 220.000 hombres. Su punto culminante en materia de efectivos humanos, estaba, sin embargo, por llegar. La guerra contra el bolchevismo trajo consigo el

¡Quién sabe los daños que hubiera causado! Un grupo de soldados de las SS examina una bomba sin explotar.

clima propicio para la «orden negra». La campaña contra Rusia necesitaba cada vez más soldados, y Berger y Himmler podían aportarlos. Año tras año aumentaron las tropas de las *Waffen* SS: en 1942 contaban con 330.000 hombres; en 1943 eran 540.000; y a finales de 1944 casi un millón.

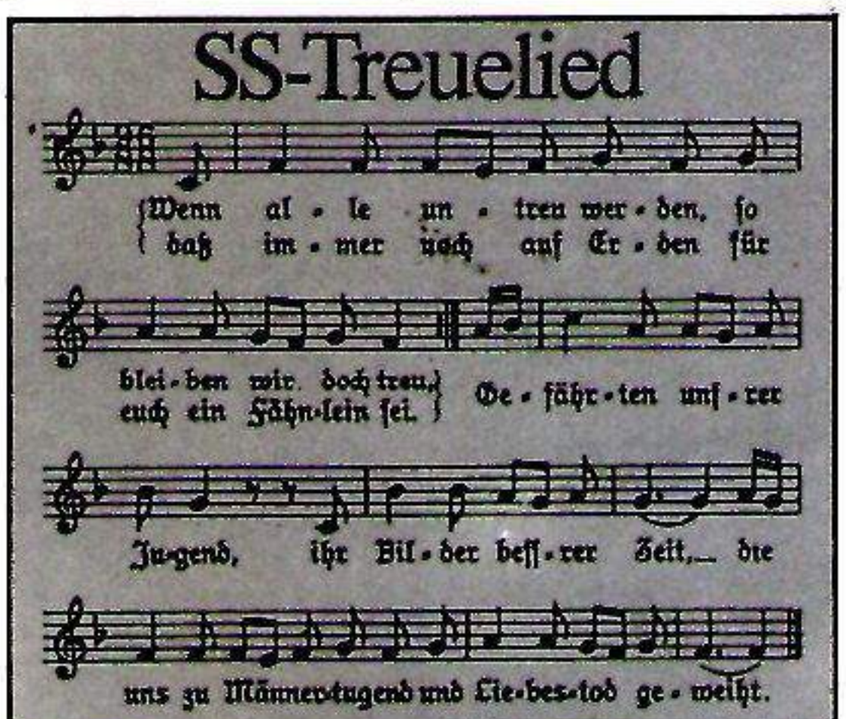
Claro que a lo largo de la guerra fue cada vez mayor el número de alemanes dudosos que se enrolaron. Junto a musulmanes y caucasianos, que ponían en entredicho el carácter europeo y germánico de la tropa, la desesperada contienda aportó al frente del Este unidades integradas por individuos asociales, ladrones, prófugos y criminales de toda especie, como la Brigada de asalto del Dr. Oscar Dirlewanger: también estos hombres vestían el uniforme de las *Waffen* SS.

Unidos a los 6.000 hombres de la guardia «Totenkopf», encuadrados dentro de la *Totenkopfdivision*, fueron la causa primordial de todas las acusaciones e injurias que se vertieron después de la guerra contra las SS.

El comportamiento radical, fundamentado en principios políticos, de las unidades encargadas de custodiar los campos de concentración, se reflejó después en los frentes. Ya en noviembre de 1939, un cabo del Regimiento de Artillería de las SS y un soldado de las unidades de policía del Ejército habían dado muerte a 50 judíos polacos. Pero sobre todo en la «cruzada» contra la Unión Soviética se multiplicaron estos ejemplos de radicalización. Al descubrirse en 1942, debido a una serie de partes soviéticos capturados, que en muchos lugares los prisioneros alemanes habían sido fusilados en masa se desató entre los soldados de las *Waffen* SS un odio ciego, un deseo de represalia tal, que ni siquiera los jefes de las unidades fueron capaces de refrenarlos. Así, miembros de la División «Wiking» fusilaron a 600 judíos rusos como represalia. Incluso en el Oeste, más «frío» ideológicamente, jefes subalternos de la «guardia negra» recurrían de vez en cuando a las represalias sangrientas: en 1941 el comandante de una Compañía de la División «Das Reich» cayó en poder de un grupo de la resistencia francesa que tenía por costumbre ejecutar a sus prisioneros; en represalia la Compañía prendió fuego al pueblo de Oradour-sur-Glane y pasó por las armas a todos sus habitantes.

Sin embargo, este comportamiento no tenía nada que ver con las unidades selectas. No le faltaba razón a Paul Hausser cuando, poco antes de su muerte en 1972, traía a la memoria que «en Oradour actuó una Compañía y la División 'Das Reich' constaba de 70 Compañías». Las *Waffen* SS deben su fama sobre todo a su apertura social, a su impulso reformador y a sus acciones en el campo de batalla.

La leyenda sobre los hechos militares se inició con la primera crisis del frente alemán, cuando durante el invierno de 1941/42 los rusos pasaron a la contraofensiva. Desde entonces, según Heinz Höhne, «las SS pasaron a ser una tropa sin parangón por su capacidad de combate».



CANCIÓN DE LA FIDELIDAD SS

Si los otros dejan de ser fieles / nosotros afirmamos nuestra fidelidad / para que en el mundo os quede / nuestra bandera izada. / Compañeros de nuestra juventud íguias de mejores tiempos / para un quehacer viril y una muerte por amor. / No huyáis de nosotros, seguid a nuestro lado / fieles como la luna y el sol / como el roble germano / De nuevo brillará la luz que os conducirá a las fuentes / de la fidelidad y el amor. / Vosotras, estrellas, sois testigos / que desde arriba lo contempláis todo / de cómo muchos hermanos callan / y confían en dioses falsos. / Nosotros seguiremos fieles a la palabra dada, / no queremos ser nunca perjuros; / deseamos predicar y hablar / del Santo Reich Alemán.

El escritor Paul Carell cuenta cómo en enero de 1942, en Rzhev, un único regimiento SS, el Regimiento «Der Führer», integrado casi exclusivamente por holandeses, bajo el mando del SS. *Obersturmbannführer* Otto Kumm sostuvo una posición en el frente contra la ofensiva permanente de unidades soviéticas mucho más numerosas, en algunos momentos de hasta siete Divisiones. Con la defensa de esta posición facilitaron al general Model, jefe del Ejército 9, la posibilidad de enviar tropas al frente, pasar a la contraofensiva y estabilizar la situación.

Las SS salvaron en varias ocasiones la totalidad del frente del Este. Por dos veces, las Divisiones de las SS impidieron –según el americano Stein– que se prudujera «un nuevo Stalingrado»: a costa de numerosas bajas lograron en 1944 romper la tenaza soviética en torno a Cherkassy y Kamenets-Podolsk.

Los enemigos de las SS han aducido, tanto durante la guerra como después de ella, que estas acciones formidables sólo se llevaron adelante a cuenta de sufrir muchas bajas; aparte de que las Divisiones SS estaban mejor armadas que el resto de la *Wehrmacht*.

De las 38 Divisiones SS que existían al final de la guerra, muchas de ellas no lograron nunca su motorización, ni se las dotó de artillería pesada o carros blindados. Una División como el LAH contaba desde 1942 tan sólo con una sección de carros, con una sección de asalto, y «como especialidad extraordinaria» una compañía de cazadores. Exactamente igual estaba formada la División «Grossdeutschland». Con el transcurso del tiempo, el equipo fue empeorando tanto en las SS como en la *Wehrmacht*. «La diferencia entre una División selecta como la 'Grossdeutschland' y una División hermana del Ejército formada en los últimos tiempos de la guerra, era la misma que existía entre el *Leibstandarte* SS y cualquiera de las Divisiones SS formadas al final de la contienda», se constató en los informes hechos una vez finalizada la guerra.

Las primeras cinco Divisiones de las *Waffen* SS, que no tardaron en actuar como bomberos en el frente del Este, y que a lo largo de la guerra tuvieron que luchar en todos los sectores, facilitaron la imagen ideal que de las Divisiones hermanas se hacían en el Ejército. Ahora bien, la *Panzer-Lehr-Division*, dependiente del Ejército, fue la mejor dotada de todas las encuadradas en él y de las formadas por las SS.

Las bajas experimentadas por «estas unidades de bomberos de las SS» se debieron no en último término a que se las dotó de carros y armamento pesado cuando la guerra ya estaba decidida, y ello, a causa de que el Mando del Ejército, por temor a la competencia, les regateó el material hasta el último instante... Por entonces, al decir de Höhne, la tercera parte de las Divisiones iniciales de las *Waffen* SS reposaba ya bajo la tierra rusa.

□

En la página siguiente: un cartel de clara referencia cristiana difundido en Francia para reclutar aspirantes a las SS: «Con tus camaradas europeos, bajo el signo SS, ¡vencerás!»

AVEC TES CAMA
SOUS LE
TU VO

DES EUROPÉENS
SIGNE

CRONICA

POLITICA | CUESTIONES MILITARES | CULTURA Y TECNICA

1945

8. 3.: El jefe de las SS y de la policía alemana en Italia inicia contactos en Suiza con los Aliados para la capitulación de las tropas del Reich en Italia.
19. 3.: Decreto de Hitler sobre «destrucciones», en el que ordena «que sean destruidas todas las instalaciones militares, de comunicaciones, tráfico e industriales, así como depósitos u otras de cualquier especie que puedan tener un valor estratégico para el enemigo».
9. 4.: Ejecución de los miembros del grupo de resistencia del general Oster: Oster, almirante Canaris, pastor evangélico Dietrich Bonhoeffer, juez militar Karl Sack y Ludwig Gehre. Estas ejecuciones se cumplieron en el campo de concentración de Flossenbürg; Hans von Dohnanyi fue ejecutado en el campo de Sachsenhausen
12. 4.: La noticia de la muerte del presidente Roosevelt provocó una gran alegría en Hitler y sus inmediatos colaboradores. Goebbels incluso llegó a creer que a partir de ese momento la guerra conocería un cambio positivo para Alemania.
15. 4.: Ante la posibilidad de que los Ejércitos aliados del Este y Oeste pudieran unirse en el centro de Alemania dividiendo a ésta en dos partes, Hitler nombra jefe supremo de la zona norte al almirante Dönitz y de la sur al mariscal Kesselring.
15. 4.: Última orden del día dirigida por Hitler a los soldados del frente del Este: detener y, en caso necesario ejecutar sobre el terreno a todo el que les invitara a retroceder.
22. 4.: Tras una crisis con amenazas de suicidio, Hitler decide quedarse en Berlín y hacerse cargo del mando de la defensa de la ciudad.
23. 4.: Hitler destituye de todos sus cargos, por «traición», al mariscal del Reich, Göring. Éste había preguntado telegráficamente a Berlín si no debía hacerse cargo del mando del Reich.
24. 4.: Nueva entrevista Himmler-Bernadotte. El 28. 4 Hitler se entera de que Himmler había ofrecido a los Aliados la capitulación del frente occidental.
29. 4.. En el «bunker» de la Cancillería, Hitler contrae matrimonio con su compañera de largos años, Eva Braun. Inmediatamente después dictó su testamento político en el que expulsaba del NSDAP a Göring y Himmler y nombraba «presidente del Reich y jefe de las Fuerzas Armadas» al gran almirante Dönitz.
29. 4.: Por las noticias de la radio se entera Hitler de la muerte de Benito Mussolini y de su amante Clara Petacci. La emisora del «Comité italiano de Liberación» daba cuenta de que los dos habían sido condenados a muerte por un tribunal popular y ejecutados.
30. 4.: Durante la conversación del mediodía sobre la situación del frente, Hitler se entera de que los rusos están ya en la Potsdammer Platz y en el Weidendammer Brücke. A las 15,30 se suicidó pegándose un tiro, su mujer tomó veneno. Sus cadáveres fueron quemados en el jardín de la Cancillería.

6. 3.: Los Aliados rompen la línea defensiva del «Westwall» entre Aquisgrán y el Palatinado, Colonia cae en su poder. Un día después consiguen cruzar el Rhin a la altura de Remagen. Hitler da orden de fusilar a los cinco oficiales responsables –según él– de que no hubiera sido dinamitado el puente ferroviario que allí se encuentra.
6. 3.: Última ofensiva alemana en Hungría. Ante la fuerza de la contraofensiva soviética, tuvo que suspenderse el 15. 3.
13. 3.: Ofensiva soviética en Prusia Oriental. Königsberg queda aislado. La ciudad, pasto de las llamas, cayó en poder de los rusos entre el 7 y el 8. 4.
18. 3.: Antes de que Kolberg cayera en poder de los rusos, tras 14 días de resistencia, pudieron ponerse a salvo 68.000 vecinos y 6700 soldados, todos ellos evacuados por vía marítima.
18. 3.: Aviones norteamericanos llevan a cabo el más duro ataque de toda la guerra contra Berlín, arrojando 4000 toneladas de bombas. Entre el 14/15. 4., escuadrillas de bombarderos inglesas destruyeron Potsdam, causando la muerte de 5000 personas.
1. 4.: Los americanos desembarcan en Okinawa.
7. 4.: Al norte de Okinawa, aparatos americanos de la Task Force 38 hunden el acorazado japonés «Yamato».
16. 4.: Comienza la ofensiva soviética en Silesia y en el frente del Oder. Su objetivo es la conquista de Berlín.
18. 4.: Tropas americanas conquistan Magdeburgo y, al día siguiente, Leipzig.
19. 4.: El Ejército 2 británico llega al Elba a la altura de Lauenburgo.
21. 4.: La artillería soviética comienza a disparar sobre el centro de Berlín.
22. 4.: Las tropas francesas conquistan Stuttgart.
24. 4.: El OKW, con los generales Keitel y Jodl, se traslada desde Berlín a Rheinsberg para, desde allí, intentar dirigir las operaciones.
25. 4.: Encuentro en el Elba de las Divisiones americanas y soviéticas. El territorio aún controlado por las tropas alemanas queda dividido en dos partes.
25. 4.: Los rusos cierran el cerco en torno a Berlín.
27. 4.: Desde esta noche la Cancillería se encuentra bajo el fuego de la artillería soviética. Sin embargo, Hitler sigue esperando la llegada de auxilios.
29. 4.: En Caserta (Italia) se firma la capitulación de las tropas alemanas del Grupo de Ejércitos C ante el jefe de las tropas aliadas en ese sector, general Alexander.
30. 4.: Tropas americanas ocupan Munich.
30. 4.: Keitel responde telegráficamente a Hitler, que le había preguntado sobre la posibilidad de romper el cerco que sufría Berlín: «La vanguardia de Wenck se encuentra detenida al sur del lago Schwielow. El Ejército 12 no puede proseguir su avance sobre Berlín. El Ejército 9 se encuentra sitiado, y el Cuerpo de Ejército Holste, a la defensiva.

2. 3.: El jefe de sector Wagner ordena en su llamamiento a la defensa de la «fortaleza de Königsberg»: «Luchad como los indios, combatid como leones. Sed astutos. Disparad hasta el último cartucho y combatid hasta el fin. El que no quiera luchar y elija la deserción será pasado por las armas».

Aviso de control fronterizo en la «fortaleza» de Königsberg.

5. 3.: Los muchachos y muchachas nacidos en los años 1934-1935 deberán presentarse en las oficinas de movilización para prestar servicio en las Juventudes Hitlerianas.
15. 3.: Debido a la falta de telas, el cónyuge, padres o hijos de un difunto sólo pueden solicitar un vale para un brazalete de luto.
20. 3.: En el jardín de la Cancillería Hitler recibe al jefe de las Juventudes Hitlerianas, Axmann, y a 20 miembros de esta organización juvenil, «que se habían distinguido individualmente en el frente del Este manejando los lanzagranadas contra los carros soviéticos. El más joven tiene 12 años y se encuentra en posesión de la Cruz de Hierro de 2.ª clase. La escena, filmada por el noticiero cinematográfico, recoge las últimas imágenes de Hitler.
26. 3.: Hitler crea una condecoración para los que derriben aviones enemigos durante sus vuelos a baja cota valiéndose de armas de mano de pequeño calibre.
30. 3.: Estreno de la película «Das alte Lied» con Winnie Markus, Ernst von Klipstein, Hannes Keppler, Lotte Koch y Grete Weiser, entre otros. La película se filmó en los estudios holandeses de Amsterdam y La Haya y se terminó en los Althoff de Babelsberg.
12. 4.: Hitler concede al «Gauleiter» Karl Hanke, sitiado en Breslau, la más alta condecoración alemana. Hasta ese momento, salvo la otorgada al jefe del Servicio del Trabajo, Hierl, la «Cruz de Oro de la Orden Alemana», sólo se había concedido a los caídos.
29. 4.: Mientras la línea del frente discurre al sur de Hamburgo, se celebra en Rothenbaum un encuentro de fútbol en el que el Hamburgo derrota al Altona 93 por 4-1. El delantero centro Rohrberg –anteriormente en las filas del Königsberg y Hertha Berlín– marcó tres goles.

Habla Hitler

Cuartel general del «Führer». Ziegenberg-Taunus («Adlerhorst»), 1-I-1945. En medio de una situación militar sin esperanza, el discurso de Año nuevo del «Führer» osciló una vez más entre protestas de victoria y amenazas con el espectro de lo que sería del pueblo alemán en el caso de perder la guerra.

No me he dormido

El mundo debe saber que nuestro Estado no capitulará; que el Imperio Alemán de hoy, como otros muchos grandes Estados de la antigüedad, puede sufrir duros reveses en el curso de su camino, pero nunca abandonará ese camino. Debe saber que el mando de este Estado comparte las preocupaciones y el dolor del pueblo, pero que nunca la preocupación y el dolor le inducirán a capitular. Que está dispuesto a domeñar cada crisis con energía, a recobrar con el trabajo lo que se haya perdido por negligencia; que reconoce el esfuerzo de cada alemán que cumple con su deber, al mismo tiempo que le asegura que su aportación a la causa de la supervivencia de nuestro pueblo no será olvidada, y que afirma aniquilará a todos aquellos que se retraigan de dar su aportación o se conviertan en un instrumento del extranjero. Porque conocemos los objetivos de nuestros enemigos, gracias a su propaganda y a las declaraciones de sus hombres de Estado y periodistas, puede hacerse una idea el pueblo alemán de la suerte que le está reservada para el caso de que pierda esta guerra. Por eso no la va a perder, sino que la tiene que ganar y la va a ganar. Porque las metas que persiguen nuestros enemigos no las conocen: salvo sus judíos, ni siquiera ellos mismos. Pero los motivos por los que luchamos nosotros los sabemos todos. Luchamos por la supervivencia de nuestra raza, por nuestra patria, por nuestra cultura con más de 2000 años de historia, por nuestros hijos y los hijos de nuestros hijos. Por todo aquello que en la vida hace que merezca la pena vivirse. Por ello ha desarrollado este pueblo el espíritu y el estilo que le permiten creer en su futuro y esperar confiadamente de la Providencia una favorable apreciación de su lucha.

Sé, queridos compatriotas, todo lo que esta lucha exige de vosotros. No existe ninguna otra persona en ninguno de los grandes países del mundo que conozca a su pueblo como yo conozco Alemania. Siempre me he sentido cerca, no sólo histórica sino personalmente, de todas las ciudades que hoy se encuentran destruidas. Desde hace décadas me encuentro unido a ellas desde el punto de vista histórico-cultural y, al mismo tiempo, preocupado por su destino y futuro desarrollo. Y esto es lo que precisamente alivia un poco mi dolor y lo hace llevadero, el hecho de que sé mejor que cualquier otro, que no sólo el pueblo alemán posee fuerza de voluntad suficiente para renacer de sus cenizas, sino que también al fin de este período las ciudades alemanas se alzarán sobre sus escombros para convertirse de nuevo en soberbias urbes de señorío germano.

Esto, queridos compatriotas, figurará un día en la historia como el milagro del siglo XX. Un pueblo que tanto en el frente como en la retaguardia es capaz de tan grandes esfuerzos y sacrificios, no puede en ningún caso desaparecer. Al contrario, de este yunque de reveses y pruebas saldrá más fuerte y más decidido que nunca. El poder, sin embargo, al que debemos todos nuestros sufrimientos, el judaísmo internacional enemigo del mundo, no sólo fracasará en su intento de acabar con Europa y disgregar a sus pueblos, sino que será aniquilado.

Quiero al final de este año, como portavoz de la nación y «Führer» de su destino, agradecer de todo corazón a los millones de compatriotas cuanto sufren, toleran, trabajan y se esfuerzan, a todos los hombres y mujeres, a los muchachos de nuestra organización juvenil, a los que viven en las ciudades y a los que viven en los pueblos.

Quiero pedirles que en el futuro no se retraigan, sino que tengan fe en el mando de nuestro movimiento y continúen con fanatismo la lucha por el futuro y la supervivencia de nuestro pueblo. En lo que a mí se refiere, y en lo que el triunfo dependa de mí, se continuará como en el pasado. Si ahora no hablo tan a menudo no es porque no quiera o no pueda, sino porque el trabajo me deja menos tiempo para hablar y porque creo que debo dedicar todas mis horas a fortalecer el espíritu combativo de nuestro Ejército, a proporcionarle las mejores armas, a organizar nuevas unidades y a movilizar en bien de mi pueblo cuantas fuerzas pueda. Creo que mis enemigos se habrán dado perfecta cuenta de que no me he dormido en todo este tiempo.

Quiero también hoy, como lo he hecho a lo largo de estos años de lucha, repetir mi acto de fe inquebrantable en el futuro de nuestro pueblo. Quien debe pasar tan tremendas pruebas ordenadas por la Providencia, es porque sin duda está llamado a grandes empresas. Mi única preocupación es guiar al pueblo alemán a través de estos tiempos de sacrificio y abrirle las puertas de ese futuro en que todos nosotros creemos, por el que luchamos y trabajamos sin descanso.

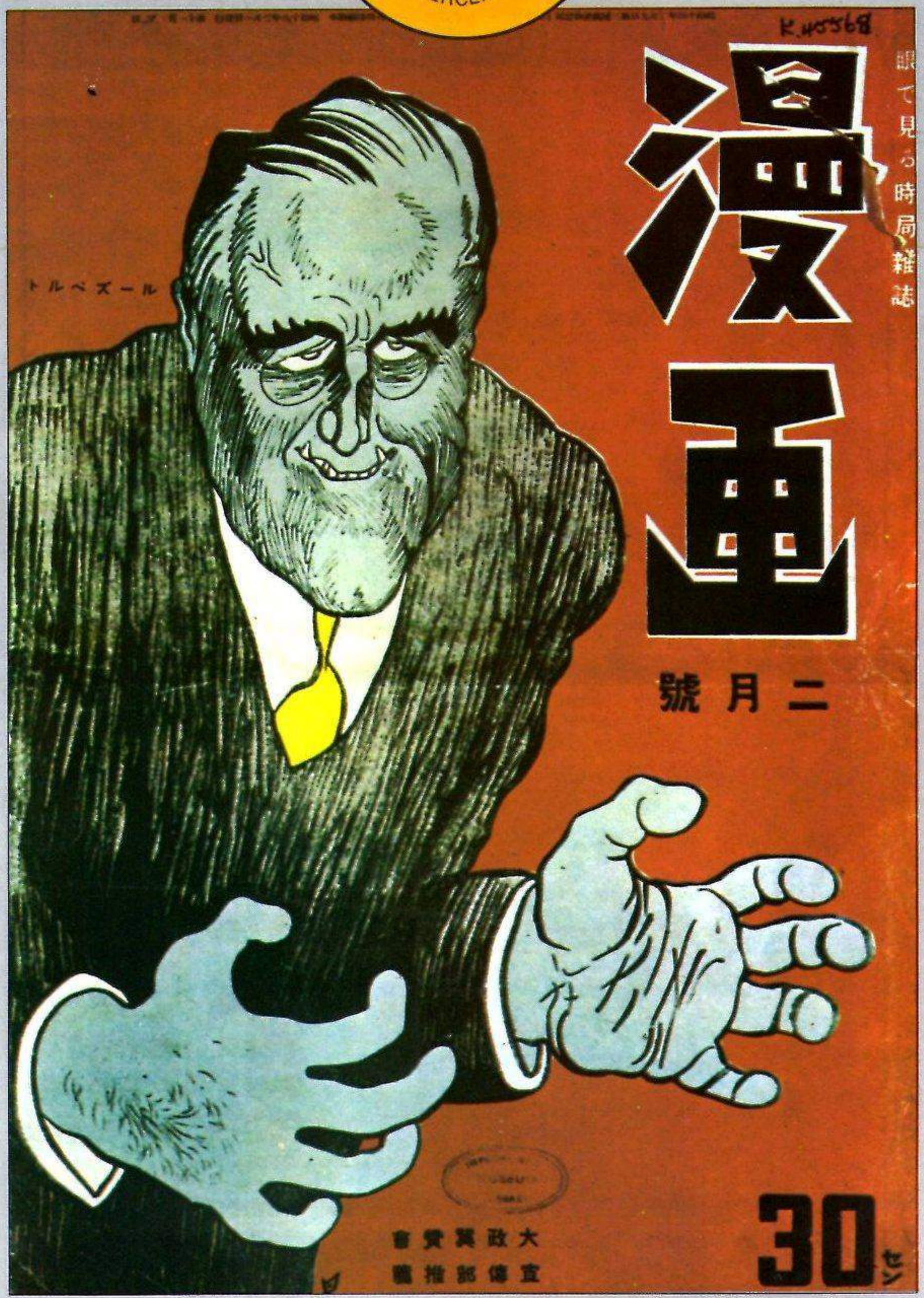
No puedo cerrar mi alocución sin antes agradecer al Todopoderoso la ayuda que nos ha prestado al mando y al pueblo, la fuerza que nos ha otorgado para ser superiores a la angustia y al peligro. Si también le agradezco mi salvación personal es, sólo por el hecho de que me siento feliz de poder seguir poniendo mi vida al servicio de mi pueblo.

En esta hora quiero, en nombre de la gran Alemania, pronunciar ante el Todopoderoso la solemne promesa de que cumpliremos con absoluta fidelidad con nuestro deber en el año que ahora comienza, en la irreductible creencia de que pronto sonará la hora de la victoria definitiva en favor de quien la ha merecido y se ha mostrado digno de ella: el Gran Reich Alemán.

□

L'HUMOR EN EL TERCER REICH

El presidente Drácula. Un caricaturista japonés brindaba esta visión del presidente americano como vampiro sediento de sangre.



Wulf
C. Schwarzwäller

COMIENZA LA GUERRA FRIA

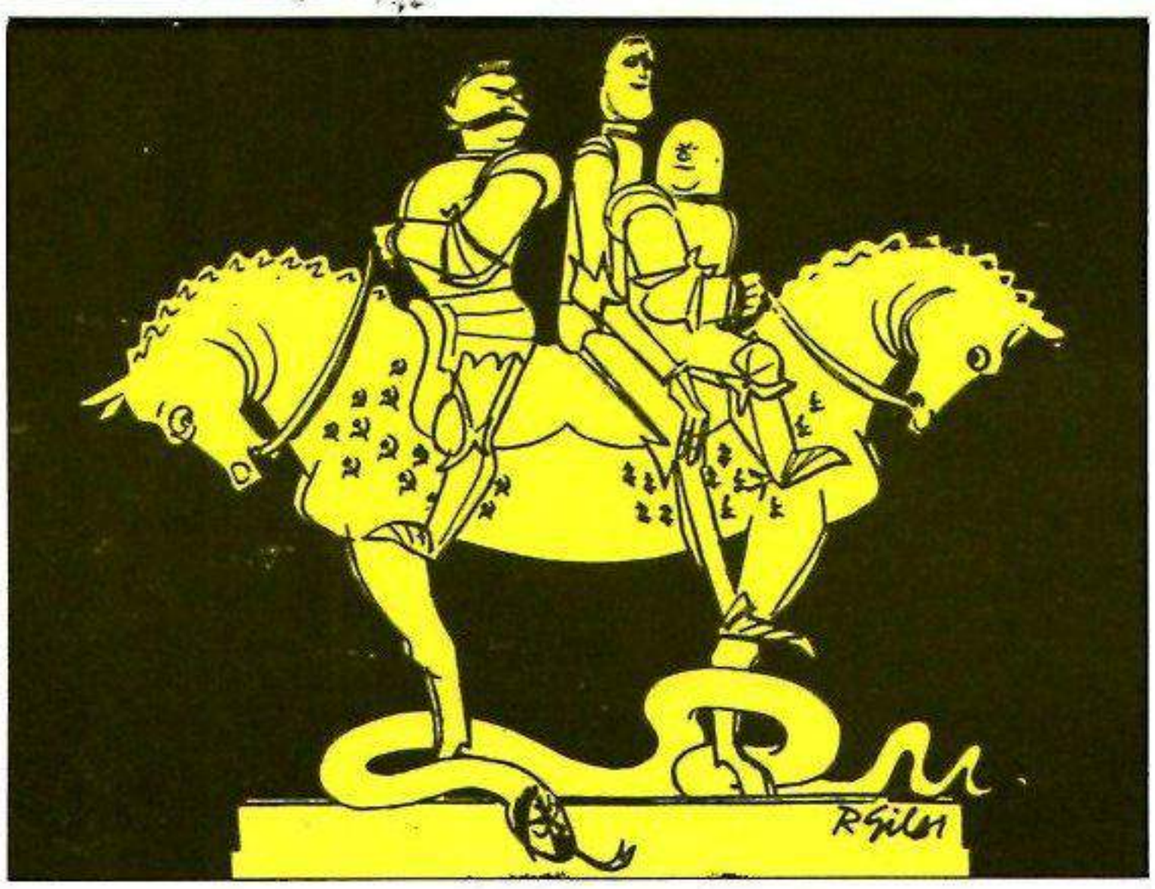
En Yalta –Crimea–, donde tan sólo tres meses atrás habían combatido todavía las tropas alemanas, se reunieron en febrero de 1945 los vencedores de la más grande de las guerras. Y antes de que el enemigo hubiera sido totalmente derrotado, los Aliados se disputaron ansiosamente el botín. Les costó trabajo mantener la postura de honestos negociadores.

En la página anterior: Foto para la historia: Churchill, Roosevelt y Stalin en Yalta, con sus respectivos ministros de Asuntos Exteriores, Eden, Stettinius y Molotov.

Es el martes 6 de febrero de 1945. Tras un hermoso día de temprana primavera se ha hecho la noche sobre la costa en el mar Negro de la península de Crimea. En un dormitorio del Palacio de Livadia, antaño residencia de verano del zar Nicolás II, a tres kilómetros de Yalta, la «Biarritz» rusa, se encuentran sentados frente a frente dos hombres enfermos de muerte. En su sillón de ruedas, Franklin Delano Roosevelt, presidente de los EE UU, de 63 años y desde hace 24 aquejado de parálisis infantil. Su rostro muestra claras señales de cansancio; tanto ha adelgazado que le sobra traje por todas partes. Después de una dura gripe que padeció en las Navidades de 1943 apenas puede con grandes esfuerzos mover las piernas. Sufre grandes dolores en el abdomen y, de vez en cuando, tiembla todo su cuerpo sin que acierte a controlarlo. En la cama se encuentra Harry Hopkins, consejero personal del presidente, tiene 55 años y se le supone «la eminencia gris» de Washington. Desde hace seis años padece cáncer; posee un estómago artificial. Para poder asistir a las negociaciones le tienen que llevar en andas.

Hopkins acaba de redactar el borrador de una carta personal del presidente Roosevelt para el mariscal Stalin, anfitrión de la conferencia de Crimea. Roosevelt se muestra de acuerdo, la firma inmediatamente y ordena que la lleven acto seguido a la residencia de Stalin: Villa Koreis, antiguo palacio del príncipe Yusúpov, asesino de Rasputin. Contenido de la misiva: el reconocimiento *de facto* del Gobierno provisional polaco que preside el comunista Boleslav Bierut y que cuenta con el apoyo de Moscú; el abandono a su suerte del Gobierno provisional polaco con sede en Londres y que animan los dirigentes demócratas Tomasz Arciszewki y Stanislav Mikolaiczik; el ofrecimiento *de facto* a Stalin de que considere a la Polonia del futuro como dentro de su esfera de influencia, como un Estado satélite de la Unión Soviética.

Hace cinco años y medio que Hitler desencadenó la guerra invadiendo Polonia. Gran Bretaña, de acuerdo con la garantía dada, declaró la guerra a Alemania. Desde la derrota de Polonia su Gobierno provisional reside en Londres. Aviadores polacos luchan en la RAF. Un Ejército polaco bajo el mando del general Anders se ha batido heroicamente en el Norte de África, en la



Arriba: cartel que pregona la unidad de los Aliados frente al fascismo. Sin embargo, se acerca más a la verdad la caricatura de la izquierda que glosa el intento de cabalgar en un mismo caballo en dos direcciones opuestas: Stalin a la izquierda y Roosevelt y Churchill a la derecha, mientras la serpiente hitleriana trata de enredar las patas del caballo bicéfalo.

invasión de Italia y Monte Cassino. Las tropas polacas se encuentran sometidas a la autoridad militar inglesa. Y, sin embargo, estos dos hombres enfermos, que ni siquiera estarán vivos unos meses después, a la hora de decidir sobre la suerte del pueblo polaco no consultan al primer ministro británico Winston Churchill que, por garantizar la existencia de Polonia, llevó a Gran Bretaña a la guerra. Acaba de terminar el tercer día de la conferencia de Yalta. Stalin ha logrado un triunfo sin haberse esforzado en perseguirlo. ¿Cómo ha sido posible?

El 7 de julio de 1941, dos semanas después del ataque alemán a Rusia, Churchill informó al dictador soviético, Stalin, de que podía contar con ayuda británica. Churchill se sentía obligado respecto al Gobierno polaco en el exilio de Londres. Con su promesa de ayuda quería obtener de Stalin la garantía de que una vez derrotado el III Reich se volverían a establecer las fronteras nacionales polacas, que el dictador había cambiado a su favor tras el acuerdo con Hitler de 1939. Churchill consideró un éxito la declaración hecha por Stalin en el sentido de que el acuerdo germano-soviético de agosto de 1939 había perdido todo su valor legal, así como el que estableciera relaciones diplomáticas con el Gobierno polaco exiliado en Londres.

Pero cuando el ministro de AA. EE. británico, Eden, visitó Moscú a finales de diciembre de 1941, Stalin le dejó ver claramente «que no podía caber la menor duda respecto a que Rusia se quedaría con todos los territorios que le asignaba el tratado con Alemania: Polonia oriental, Besarabia, Lituania, Letonia y Estonia». Éstas eran sus condiciones previas antes de firmar cualquier clase de alianza.

Los nervios de las potencias occidentales

Churchill y Roosevelt no podían aceptar honestamente estas condiciones. Ambos habían proclamado los principios de la Carta Atlántica y en ellos se decía que no se podría efectuar ningún cambio de fronteras sin el consentimiento previo de los pueblos afectados. Por otra parte temían poner en peligro la alianza común contra Hitler, si daban a conocer su posición a Stalin en términos tan directos. El 26 de mayo de 1942 se llegó al tratado anglo-soviético, sin que en él se hiciera referencia alguna a la cuestión fronteriza. Inmediatamente después, Moscú volvió a exigir la formación, cuanto antes, de un segundo frente en la Europa occidental. Durante las negociaciones, Molotov echó mano de un argumento capaz de intranquilizar tanto a Churchill como a Roosevelt: sugirió que Rusia podría llegar a pedir la paz por separado a Alemania. La amenaza surtió efecto. Roosevelt prometió a Stalin que la invasión tendría lugar antes de diciembre de 1942.

Y, efectivamente, el 8 de diciembre de 1942 se produjo una invasión: la del Norte de África.

Esto fue la causa de que a finales de 1942 las relaciones entre los Aliados fueran más bien frías. En diciembre se extendió la noticia, procedente de Estocolmo, de que Peter von Kleist, funcionario del Ministerio de Asuntos Exteriores alemán, había establecido contacto con la Embajada soviética en aquella capital. La Embajada le había dado a entender que Alemania podía firmar la paz con la Unión Soviética en un par de semanas con sólo reconocer la línea fronteriza occidental que marcaba el protocolo de 1939 firmado entre Molotov y Ribbentrop. Por si fuera poco, el servicio secreto de los Aliados occidentales tuvo conocimiento de una carta de Mussolini a Hitler en la que le aconsejaba que aceptara la paz con los rusos. Y el presidente de Turquía opinaba de la misma manera, después que el embajador alemán en Ankara, von Papen, solicitara su mediación para negociar un posible acuerdo entre Moscú y Berlín.

Con la abundancia de noticias crecía la intranquilidad de Roosevelt y Churchill. Todavía estaba viva la colaboración entre rusos y alemanes en los años 1939-41. Y no cabía la menor duda de que Stalin se encontraba indignado ante el retraso del establecimiento del segundo frente. Esta era la situación cuando Roosevelt y Churchill celebraron su entrevista en Casablanca el 14 de enero de 1943.

Stalin no asistió a la conferencia. Oficialmente había disculpado su ausencia con la batalla de Stalingrado, que se encontraba en su punto culminante. Pero entre líneas se podía leer la decepción, la desconfianza y la desesperación que le producía el comportamiento de sus aliados occidentales. Y tanto Roosevelt como Churchill sabían perfectamente que las decisiones a tomar en Casablanca no harían más que reafirmar a Stalin en sus recelos: la invasión de Europa se debía retrasar hasta el año 1944. ¿No creería Stalin que se traicionaban sus intereses? ¿Terminaría firmando una paz por separado con Alemania permitiendo con ello a los alemanes volverse con todo su poder contra los Aliados occidentales? Tenían que impedir a toda costa que se rompiera la alianza. Pero, ¿cómo? Sin duda esta pregunta fue la que más influencia tuvo en las decisiones que se tomaron en Casablanca: la fatal exigencia de la «capitulación sin condiciones». Con ella querían convencer a Stalin de la lealtad occidental, de su decisión de combatir al enemigo común hasta su derrota completa; de no aceptar otra negociación que la rendición sin condiciones de las dictaduras ante todos los participantes en la contienda.

Para Alemania la declaración de Casablanca tuvo consecuencias funestas. Göbbels se valió de ella para pedir mayores sacrificios al pueblo. El movimiento alemán de resistencia, sobre todo el que latía en la *Wehrmacht,* quedó un tanto paralizado por el hecho de que ni siquiera acabando con Hitler y el régimen nacionalsocialista se cumplían los requisitos para lograr la paz. Indudablemente la fórmula de la «rendición sin condiciones» contribuyó a mantener unida la coalición este-oeste; el recelo de Stalin, sin embargo, permaneció latente.

Cuando Stalin supo que la invasión a través del Canal había sido retrasada una vez más, acusó a las potencias occidentales de falta de honorabilidad y de llevar a cabo una táctica dilatoria, y para mejor poner de relieve su descontento retiró a sus embajadores de Londres y Washington. A este propósito escribió a Churchill: «La confianza soviética en sus Aliados occidentales atraviesa por una dura prueba».

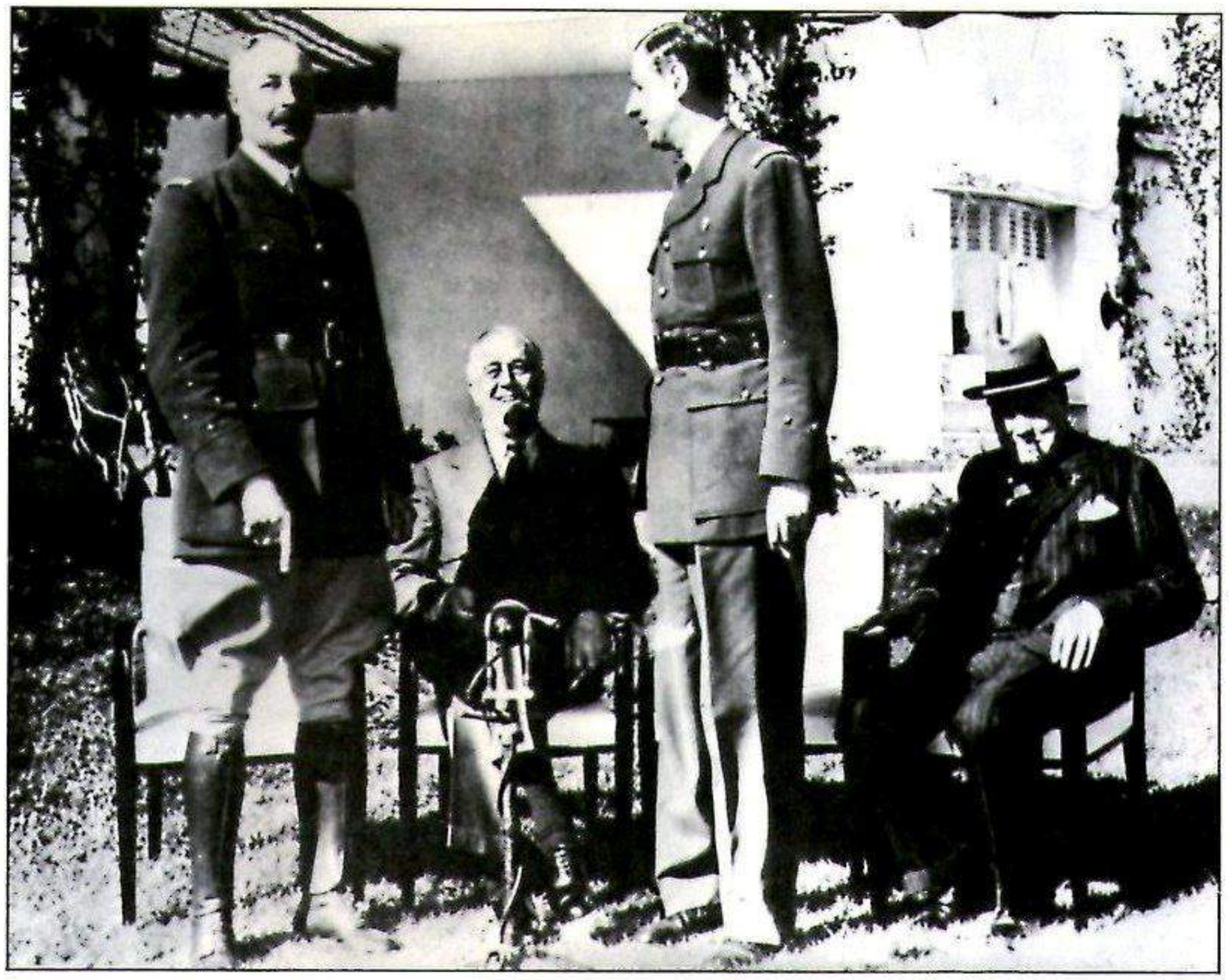
Stalin no había hecho suya en principio la fórmula de la capitulación sin condiciones. Al contrario, en sus discursos ponía buen cuidado en distinguir siempre el «dominio fascista» y el «pueblo alemán». Únicamente cuando durante 1944 los rusos se convencieron de que podían derrotar a Hitler por su propio esfuerzo y sin la ayuda de una revolución interior, suprimieron la diferencia entre el régimen y el pueblo alemán.

Distribución de las esferas de influencia

Por su parte, los Aliados transgredieron su propio principio en la primera oportunidad que se les presentó.

Con la victoria aliada en el Norte de África y Sicilia empezó a tambalearse la situación de Mussolini en Italia. El 24 de julio de 1943 se reunió el Gran Consejo Fascista y acordó la destitución del *Duce*. Unos días después el rey cesó a Mussolini y ordenó su detención.

El mariscal Badoglio se encargó de formar el nuevo Gobierno. Pese a que el mariscal afirmó que Italia continuaría la guerra al lado de Alemania, estableció en agosto contactos con los Aliados occidentales. El 3 de septiembre comenzó el ataque al territorio continental italiano; cinco días después, el 8 de septiembre de 1943, capitulaba el Gobierno Badoglio. Las tropas alemanas marcharon sobre Italia y la ocuparon hasta el sur. El 13 de octubre el régimen de Badoglio declaró la guerra a



Roosevelt y Churchill con sus protegidos franceses, De Gaulle y Giraud, en Casablanca, enero de 1943. Stalin se negó durante mucho tiempo a admitir a los franceses en las conversaciones en la cumbre. Todavía en Yalta se resistió a que Francia participara del botín alemán, ya que apenas había colaborado en la victoria.

Alemania y logró que se le concediera un «estatuto de segunda clase» por colaborar en la victoria de los Aliados. En vez de poner en práctica la fórmula de la «capitulación sin condiciones» los Aliados occidentales permitieron que siguiera existiendo la monarquía de Víctor Manuel con un fascista como jefe de Gobierno: Badoglio. A los rusos se les mantuvo fuera de la negociación con Italia pese a que este país había luchado contra Rusia. Con su comportamiento, Londres y Washington dieron a entender a Moscú que Italia entraba en la esfera de influencia occidental. Los rusos no tardaron en responder a su manera: tanto en la conferencia de ministros de Asuntos Exteriores celebrada en Moscú, como en la reunión en la cumbre de Teherán, exigieron para ellos el mismo estatuto respecto a los Balcanes y la Europa centroriental.
En esta atmósfera se celebró entre el 28 de noviembre y el 1 de diciembre de 1943 la conferencia de los «tres grandes» en Teherán. La proposición de Churchill de comenzar en el Mediterráneo oriental una operación con fuerzas angloamericanas, de presionar para que Turquía entrara en la guerra contra Alemania con objeto de liberar a los países de los Balcanes del dominio de Hitler, despertó de nuevo los recelos de Stalin. Claro está que Churchill perseguía con esta operación un fin político: el de sustraer a la influencia de Stalin esos Estados de los Balcanes una vez concluyera la guerra. Cuando Churchill, para llevar a cabo esa operación mediterránea, se mostró dispuesto incluso a retrasar los planes de la «Overlord» —es decir, la invasión de Francia—, Stalin no aguantó más y explotó. Preguntó a Churchill sin circunloquios si verdaderamente pensaba efectuar la Operación «Overlord» o si trataba simplemente de engañar a los rusos. Roosevelt vio peligrar su objetivo de colaborar con la Unión Soviética aun después de la guerra. Por tanto, se preocupó de poner sobre la mesa otro tema. A instancias de Stalin se llegó a la siguiente conclusión: se fijó el comienzo de la Operación «Overlord» para mayo de 1944 (luego se retrasó un mes tan sólo). Para mejor apoyar la invasión del Norte de Francia y distraer a las tropas alemanas se decidió efectuar también un desembarco en el Sur de Francia. Stalin: «Por fin tengo la impresión de que efectivamente piensan ustedes llevar a cabo una invasión en Francia»

Teherán supuso para el astuto georgiano un estupendo negocio: obligó a los Aliados occidentales a realizar una operación en el oeste que ocuparía a gran número de los efectivos alemanes. Por su parte, él no se había comprometido en absoluto respecto a los territorios del Mediterráneo oriental y los Balcanes. Los acuerdos le iban a permitir desarrollar su propia política en el sur, sudeste y centro de Europa.
De los Balcanes no se habló más. Fuera de Grecia, donde Inglaterra tenía tradicionales intereses, el resto de los Estados del sudeste de Europa fue cedido sin rechistar a la esfera de influencia soviética. Lo que Roosevelt no quería entender y lo que Churchill temía, quedaría demostrado a medida que avanzara el Ejército Rojo: una vez que los rusos «liberaban» militarmente un país ponían todo su empeño en agregarlo a su esfera de influencia política. Polonia sirvió de ejemplo de esta táctica.
A causa de Polonia comenzó la II Guerra. Y Polonia fue —escribiría Churchill más tarde en sus Memorias— «el primer motivo importante para la ruptura de la alianza».
La enemistad entre Rusia y Polonia es muy antigua. Cuando al final de la I Guerra, a partir de los territorios polacos ocupados por las grandes potencias —Rusia, Austria y Prusia—, volvió a formarse una República independiente polaca, la «Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas» no pasaba de ser un Estado muy débil en medio de una guerra civil entre rojos y blancos. En 1920 Polonia declaró la guerra a la Rusia revolucionaria. Un año después Rusia tenía que negociar una paz vergonzante con un nuevo trazado de fronteras por el que 5 millones de ucranianos y rusos blancos pasaban a depender de Polonia. Esa nueva línea fronteriza discurría a unos 150 km al este de lo que etnólogos y diplomáticos, entre ellos el británico lord Curzon, habían definido en 1920 como la frontera nacional de derecho de una nueva Polonia. En el tratado negociado entre Stalin y Hitler, y firmado por Ribbentrop-Molotov, sucedía todo lo contrario: el nuevo trazado fronterizo convertía a 5 millones de polacos en ciudadanos soviéticos. Cuando en 1941 Alemania invadió la Unión Soviética, y los amigos se convirtieron en enemigos mortales, Stalin dio la orden de considerar a partir de entonces la línea Ribbentrop-Molotov como si fuera la Línea Curzon. Stalin exigía que tanto los Aliados occidentales como el Gobierno polaco en el exilio reconocieran esa línea como la frontera definitiva de la Unión Soviética.
Los polacos negaron el reconocimiento; los americanos e ingleses prefirieron no manifestarse al respecto. Rusia no poseía en aquel momento ningún instrumento de fuerza con el que coaccionar: las tropas alemanas en 1941 se habían internado profundamente en la Unión Soviética; Moscú y Leningrado se sentían amenazadas.
A Churchill se le presentaba un dilema. No lograba de los exiliados polacos ni

siquiera el reconocimiento de la verdadera Línea Curzon. Y Estados Unidos, por su parte, se apoyaba en la Carta Atlántica y retrasaba cualquier decisión fronteriza para después de la victoria.
Churchill logró que los polacos que se encontraban prisioneros de los rusos fueran puestos en libertad y pudieran ganar el Occidente a través de Persia, poniéndose a las órdenes del general Wladislav Anders, que mandaba el Ejército de los polacos libres. Al hacer la gestión quedó al descubierto que varios miles de oficiales polacos que se suponía en manos de los rusos habían desaparecido. El Gobierno polaco en el exilio pidió inútilmente a Moscú información sobre su paradero.
En medio de la discusión sobre el futuro tratado fronterizo estalló la noticia de la radio alemana del 13 de abril de 1943: en Katyn, en las inmediaciones de Smolensk, se habían descubierto unas fosas con los cadáveres de miles de oficiales polacos asesinados. La obducción de los cadáveres dio por resultado la seguridad de que los oficiales habían sido muertos mucho antes de que el territorio cayera en manos de los alemanes. Berlín acusó a los soviéticos de haber asesinado a los oficiales polacos. Se pidió a la Cruz Roja Internacional que examinara los cadáveres. No sólo el Gobierno alemán recurrió a Ginebra sino también el Gobierno polaco en el exilio.

Convertida en Estado satélite

Moscú reaccionó con indignación. El 26 de abril los soviéticos rompieron las relaciones diplomáticas con el Gobierno polaco exiliado en Londres «convertido en un instrumento del régimen nazi». El Kremlin reconoció como «único representante del pueblo polaco» a la «Unión de Patriotas Polacos» creada en la Unión Soviética bajo los auspicios de los comunistas. Como contrapeso del Ejército polaco que en la parte occidental combatía bajo la dirección del general Anders, se formó un Ejército soviético-polaco bajo el mando de Zygmunt Berling.
En Teherán fue Churchill quien inició la discusión sobre Polonia. El Gobierno británico había entrado en la guerra debido al ataque alemán contra Polonia. Estaba obligado a conseguir de nuevo la formación de un Estado polaco libre, fuerte e independiente. Churchill proponía que Moscú aceptara definitivamente como frontera polaca oriental la verdadera Línea Curzon. Como reparación por la pérdida de los territorios obtenidos en 1921, Polonia recibiría la Prusia oriental y la Alta Silesia. En Teherán no se habló todavía de la Línea Oder-Neisse.
Roosevelt prefería no comprometerse y deseaba aplazar la decisión. En una conversación privada pidió a Stalin que se hiciera cargo de la situación: las elecciones generales norteamericanas se encontraban próximas y no se podía permitir perder el voto de siete millones de americanos de ascendencia polaca. Stalin lo comprendió.
A Churchill le dijo Stalin que estaba dispuesto a aceptar la verdadera Línea Curzon. En compensación Rusia debería recibir la Prusia oriental y Königsberg. Polonia podía encontrar en Pomerania el territorio que equilibrara el nuevo reparto. Sin embargo, pese a todos los esfuerzos realizados por Churchill, el Gobierno polaco en Londres de Stanislav Mikolaiczik se mostró inconmovible: siguió exigiendo las fronteras de 1921. Una indemnización territorial a cuenta de Alemania no le convenía.
El 4 de enero de 1944, el Ejército Rojo cruzaba la frontera polaca de 1939. El Gobierno polaco en Londres hizo saber inmediatamente que Stalin estaba obligado a permitir su regreso a Polonia para administrar los territorios polacos a medida que fueran liberados de los nazis. En el caso contrario el avance del Ejército Rojo sería considerado como enemigo. Stalin, por su parte, no pensó jamás en llamar al Gobierno polaco de Londres. En julio de 1944 entregó la administración de los territorios liberados al Gobierno títere creado en Moscú bajo la dirección del comunista Boleslav Bierut. Se autodenominaba «Comité Polaco de Liberación Nacional» y fue conocido como el «Comité de Lublin». Al estallar el 1 de agosto de 1944 la rebelión de la resistencia polaca contra los alemanes, el Ejército Rojo permaneció tranquilo hasta que las SS acabaron con el levantamiento. Por si fuera poco, Stalin impidió toda acción de socorro de los Aliados occidentales en favor de los polacos. Cuando por fin entró en Varsovia puede decirse que había desaparecido prácticamente toda la élite burguesa y nacionalista polaca a manos de los alemanes. Un último servicio de Hitler a su antiguo aliado.
Cuando comenzó la conferencia de Yalta, las tropas soviéticas dominaban gran parte de Polonia. La vanguardia de sus blindados se encontraba en el Oder. En lo tocante a la suerte futura de Polonia, Stalin no tenía motivo para sentirse obligado a atender cualquier deseo al respecto de los aliados occidentales.
Yalta, 6 de febrero de 1945. Durante la reunión en la sala de conferencias, Stalin se quita bruscamente la máscara diplomática: «Exijo el reconocimiento del actual Gobierno polaco (Comité de Lublin). Es por lo menos tan democrático como el Gobierno provisional francés del general De Gaulle que ustedes apoyan. El Gobierno polaco exiliado en Londres ha calificado al de Lublin de criminal. Bierut no quiere saber nada del Gobierno de Londres». La conferencia se aplaza hasta el día siguiente.
En Villa Voronzef, Churchill da rienda suelta a su indignación. ¿Y Roosevelt? Roosevelt escribe esa noche la carta conferencial a Stalin. Con independencia de cuáles sean sus fronteras en el futuro, una cosa está clara: Polonia permanecerá sometida a la esfera de influencia soviética. Con su avance sobre Polonia, Stalin ha establecido una situación de hechos consumados. Ahora hay que preocuparse de Alemania. ¿Debe Alemania formar una unidad después de la derrota o dar lugar a una serie de Estados independientes? Ésta era la cuestión que los tres aliados discutían desde finales de 1941.
En diciembre de 1941, Stalin había confiado al ministro británico de AA. EE. el siguiente plan: El territorio del Rhin –incluidos la cuenca del Ruhr y el Sarre– debía ser separado de Alemania y formar un Estado independiente o un protectorado internacional. Baviera debía convertirse en un Estado independiente. La importancia territorial de Prusia quedaría reducida con la cesión a Polonia de una buena parte. Roosevelt era partidario de una descentralización; Churchill, de una división entre la Alemania del Norte y la del Sur.
En Teherán hablaron por primera vez los tres grandes de forma concreta sobre el futuro de Alemania.
Stalin era partidario de la división y del control. Churchill seguía defendiendo su idea favorita: sobre todo era preciso separar Prusia del resto de Alemania. «Los alemanes del sur, por sí solos, no desencadenarían nunca una guerra –afirmaba–. Tenemos que hacerles olvidar a Prusia por las buenas».
Su proyecto: una federación del Danubio compuesta por Baden, Württemberg, Baviera, Austria y Hungría con capital en Viena. Los territorios alemanes al norte del Meno serían reducidos en beneficio de Polonia y Francia.
Inmediatamente, Stalin reaccionó de mala manera contra esa idea de Churchill «de reorganizar nuevamente el imperio de los Habsburgo», y acusó al primer ministro británico de sentir una secreta simpatía por Alemania.
Roosevelt, entonces, presentó su plan: Colocar bajo los auspicios de un fideicomiso internacional el canal del mar del Norte-Báltico, Hamburgo, el Sarre y la cuenca del Ruhr. Prusia debería ceder parte de sus territorios a Francia y Polonia y convertirse en uno de los cinco Estados alemanes futuros que podrían formar, si lo deseaban, una unión aduanera pero nunca una nación.
Para Stalin todas estas proposiciones resultaban demasiado contemporizadoras: Alemania debería ser controlada desde una serie de puntos estratégicos ocupados permanentemente por los Aliados y desde los que podrían actuar

en el momento en que los alemanes «movieran un solo músculo» para intentar una nueva guerra. En Teherán no se llegó a ningún acuerdo.
Durante el encuentro Churchill-Roosevelt en Quebec, en septiembre de 1944, el secretario norteamericano del Tesoro, Henry Morgenthau Jr., presentó el ignominioso plan que ha pasado a la historia con su nombre. Según él se debía destruir toda la capacidad industrial alemana. Las instalaciones industriales deberían ser distribuidas por las Naciones Unidas y las minas cerradas. Prusia oriental y Silesia pasarían a Polonia, y el Sarre más el territorio entre el Mosela y el Rhin, a Francia. El norte del Rhin, Westfalia y la costa del mar del Norte, con el puerto de Bremen, Bremerhaven y Hamburgo pasarían a depender de una administración internacional. El resto del territorio alemán sería dividido en dos Estados descentralizados e independientes el uno del otro, que sólo tendrían carácter agrario. No se permitiría que en el futuro Alemania disfrutara de un nivel de vida más alto que el de cualquiera de sus países vecinos.
Roosevelt leyó el borrador y firmó al margen: «O.K. FDR». Churchill aceptó de mala gana a condición de que al menos se permitiera a los alemanes poseer una industria ligera.
Pero unos días después los dos estadistas retiraron su firma del proyecto, debido a las protestas del secretario de Estado norteamericano, Hull, y del secretario de Defensa, Stimson. Este último llegó a calificar el plan de «crimen contra la civilización». Su puesta en práctica supondría una catástrofe para la subsistencia del pueblo alemán y la economía europea. Una Alemania tan pobre sería una fruta madura pronta a caer en manos de los rusos, o bien, pasaría a depender en gran parte del contribuyente americano.
Para Goebbels el plan Morgenthau se convirtió en el mejor instrumento de propaganda de los últimos meses de la contienda. Con la alusión al tenebroso plan urdido por la «pandilla del judaismo internacional bajo la batuta de Morgenthau» contra el pueblo germano para el caso de que fuera vencido, logró de nuevo movilizar la voluntad de resistencia de los cansados alemanes; incluso de muchos enemigos del régimen nazi.
«Negociaciones sin armas son como la música sin instrumentos», dijo Federico el Grande. En febrero de 1945 los «tres grandes» discutieron en Yalta la suerte de un Estado en el que tanto el aliado oriental como los occidentales tenían ya tropas.
Churchill y Roosevelt no sentían ya ningún deseo de llegar a un acuerdo sobre la división de Alemania. Su comportamiento en Yalta da a entender la preocupación por las acciones soviéticas en la Europa centroriental, en la que los rusos habían desarrollado una política de hechos consumados. En la cuestión de las reparaciones a exigir a los alemanes, Stalin no logró imponer su opinión de que los derrotados pagaran indemnizaciones de guerra por valor de 20.000 millones de dólares en forma de reembolsos y en especie. La mitad –10.000 millones– la reclamaban los rusos para ellos solos.
Churchill recordó la triste experiencia de la I Guerra Mundial, cuando Alemania, para poder pagar las reparaciones que le habían sido impuestas, tuvo que pedir empréstitos a los EE UU, cuyo pago esperaban éstos todavía. ¿Y quién iba a alimentar a los alemanes si se llevaban adelante planes tan descabellados? El 5 de febrero pronunció la famosa frase: «Si uno quiere que el caballo tire del carro tiene que empezar por darle de comer». A lo que replicó secamente Stalin: «¿Y si el caballo tira luego para atrás?»
Por fin se pusieron de acuerdo en la creación de una «Comisión de reparaciones» que se reuniría en Moscú. Stalin rechazó la participación francesa.

Un buen negocio para Stalin

Francia fue la palabra que sacó de quicio a Stalin en Yalta. Esto se puso de relieve, sobre todo, durante las discusiones sobre la ocupación futura de Alemania, celebradas el domingo 4 de febrero. Los planes al respecto se habían trazado ya en Londres desde 1943: Inglaterra debía ocupar la parte noroeste de Alemania, los EE UU el sur, los franceses el sudoeste. Un 40 % del territorio alemán de antes de la guerra debía ir a parar a manos de los soviéticos, comprendido el asignado a Polonia. Tras muchos reparos, Stalin se declaró dispuesto a conceder a los franceses una zona de ocupación.
Se acordó también que Berlín sería dividido en sectores y administrado conjuntamente. Nádie pareció temer las consecuencias de que Berlín se encontraría unido a la zona soviética. Por deseo de Roosevelt no se discutió en Yalta nada referente a la garantía de corredores y medios de comunicación. Según él, no hubiera resultado elegante desconfiar del «*Goodwill*» de Stalin planteándole estos problemas.
Moscú se había dado cuenta de que la división de Alemania en Estados independientes no figuraba ya en los planes occidentales; al menos no figuraba como algo indiscutible. Por lo tanto la cuestión estaba en hacerse con el control militar de cuanto territorio alemán fuera posible. Después se vería la manera de tratarlo políticamente.
Stalin no consiguió en Yalta todo cuanto deseaba. Pero parecía darse por satisfecho: la conferencia había supuesto un buen negocio para Rusia.
Desde el 11 de febrero la frontera entre el Este y el Oeste atravesaba el centro de Alemania. Pero también para Asia tuvo la conferencia de Yalta consecuencias fatales.
Jueves, 8 de febrero de 1945. 15,30 h. La escena, en el despacho de Roosevelt en el Palacio de Livadia. Personajes: Stalin y Roosevelt; Churchill no ha sido invitado. Se acuerda que la Unión Soviética entre en guerra contra el Japón tres meses después de la derrota de Alemania. En compensación, Rusia recibirá la mitad sur de la isla Sajalín y el archipiélago de las Kuriles, los puertos de Darien y Port Arthur y el control de los ferrocarriles de la China oriental. Dos días después, el 10 de febrero a las 4 de la tarde, se firmó el acuerdo en secreto.
El mismo Roosevelt que en 1943 había prometido a Chiang-Kai-Shek en El Cairo que China recibiría toda Manchuria, firmaba en Yalta, sin más testigos que los intérpretes, ni más aceptación que la de su amigo y consejero Harry Hopkins, un acuerdo que abría a la Unión Soviética las puertas del Oriente Lejano. Por primera vez en la historia, un presidente americano sacrificaba a la coexistencia con los soviéticos a su más fiel amigo y aliado; en este caso, al mariscal Chiang-Kai-Shek. Y todo a cambio de la promesa de Stalin de entrar en guerra, tres meses después de la derrota de Alemania, contra un enemigo de los EE UU que para esas fechas se encontraría ya prácticamente vencido.
Franklin D. Roosevelt murió 60 días después de la conferencia de Yalta. Durante esos 60 días tuvo tiempo para sufrir una decepción tras otra sobre su amigo «*uncle Joe*», como él llamaba a Stalin. Se percató de que en Yalta Stalin le había engañado tan astuta como brutalmente; que el dictador soviético no tenía el menor reparo en practicar en Europa oriental una política de hechos consumados, que no tenía nada en común con la garantía que establecía la Carta Atlántica sobre el derecho de autodeterminación para todos los pueblos; que Stalin, con la ayuda de los partidos comunistas de Europa occidental, se ocupaba de dividir países como Francia e Italia, que empezaba a organizar el enfrentamiento de Mao-Tse-Tung contra Chiang-Kai-Shek.
Una hora antes de su muerte Roosevelt envió un postrer telegrama a Churchill. Sus últimas palabras: «Permanezcamos unidos. Nuestras dudas de hoy serán la fuente de nuestras obras de mañana». La «guerra fría» comenzó en Yalta.

□

CAÑONES O MANTEQUILLA

«Cañones en vez de mantequilla», pedía Göring al comenzar la guerra. La mantequilla se fue haciendo verdaderamente escasa. Y lo de los cañones tampoco funcionó mejor: ni en ese momento, ni mucho tiempo después, abundaron tanto como se supuso en el extranjero. Harald Steffahn informa sobre las causas de esa situación y sobre el milagro del rearme alemán.

En los primeros años de la posguerra, 1946/47, había en Alemania un boxeador de los pesos medios, Dieter Hucks, que enviaba a la lona a sus contrincantes a dormir el sueño de los justos con un solo golpe de izquierda. Toda su táctica consistía en este golpe. Le bastaba un descuido de su oponente, para en un segundo aplicarle el golpe a la mandíbula y terminar con él. A menudo sucedía durante el primer asalto.

Durante un tiempo las cosas le fueron saliendo a pedir de boca. La fama del «herrador del Bajo Rhin» se extendió por todo el país y la cancha berlinesa se llenaba de público en cuanto se le anunciaba. Poco a poco empezaron a surgir aspirantes con gran dominio técnico que sabían perfectamente cómo esquivar un golpe definitivo. Y Dieter Hucks, que en realidad nunca había sido boxeador, fue puesto fuera de combate. No tuvo nada que oponer a las reservas físicas y a los conocimientos de sus contrarios.

La comparación es válida cuando se piensa en el comportamiento alemán durante la II Guerra. La economía de guerra alemana estaba orientada hacia el golpe definitivo y la sorpresa, hacia el ataque relámpago. La crisis para Alemania comenzó en el momento en que fue imposible ganar batallas con esta táctica.

En un memorándum secreto de agosto de 1936, Hitler había dado orden de «orientar en cuatro años la economía alemana hacia la guerra». Como se desprende de otros documentos, Hitler se preparaba para llevar a cabo durante los años cuarenta una política de conquista en Europa («espacio vital»). La planificación económica se puso en manos de Göring, teniendo a su disposición como instrumento el plan de cuatro años que debía iniciarse en septiembre de 1936. Junto a él figuraba el proyecto de rearme del mismo año. Por parte militar, la planificación económica y el rearme estuvieron dirigidos por el general Georg Thomas.

Así pues, varias fuerzas y no precisamente acordes trataban de conseguir el mismo objetivo del rearme. El propio general Thomas escribía poco antes de iniciarse la guerra: «En Alemania en estos momentos reina una lucha de todos contra todos».

El extranjero, sin embargo, no se enteraba de nada. Le había conseguido engañar una propaganda a base de uniformes pardos, grises y negros, con una engañosa expresión de unidad, armonía y resolución. La prensa extranjera fue víctima de la misma maniobra: el régimen hacía desfilar ante sus ojos cada novedad que conseguía en el terreno militar produciendo en ella el temor deseado. La política de contemporización de Chamberlain tenía su origen en el convencimiento de que los alemanes eran muy superiores desde el punto de vista militar. En el extranjero creían que el III Reich estaba preparado en todos los terrenos para emprender una guerra. ¿Era esto cierto?

Comparada con sus vecinos, Alemania era ciertamente fuerte al acabar el verano de 1939. Disponía de más aviones. Pero aquí terminaba su superioridad. Los franceses tenían más y mejores carros de combate, los ingleses eran capaces de producir más aviones que los alemanes. La industria del acero estaba más orientada al consumo que a la guerra. El programa naval comenzado en 1938 debía terminar en 1944. Sólo 26 submarinos estaban en condiciones de navegar. La producción de carburante se encontraba en un 45 % por debajo del plan establecido. Se habían agotado las reservas de cobre.

Así fue Alemania a la guerra, sin que se hubieran cumplido siquiera los cuatro años de preparación que había planeado el propio Hitler. Su ambición y su «ignorancia genial» –como escribe Speer en su Diario– le hacían considerarse por encima de todos los riesgos. Los éxitos de la guerra relámpago parecieron darle la razón durante mucho tiempo.

El concepto de la guerra relámpago respondía al temor de la superioridad económica de posibles enemigos, como el Imperio británico o los EE UU de Norteamérica, en una contienda mantenida a largo plazo. A excepción de carbón, del que había suficiente, y de la superioridad de una industria tecnológica fácilmente aplicable a las necesidades de la guerra, faltaba en Alemania todo cuanto hace posible llevar una contienda a buen puerto durante mucho tiempo por las propias fuerzas; en primer lugar faltaban materias primas como hierro, piritas y petróleo.

Alemania creía haber aprendido la lección de la primera Guerra Mundial (guerra de posiciones, por una parte; hambre, por otra). Se trataba de evitar que el conflicto se prolongara, mediante la total motorización de las unidades militares y con ello el mayor rendimiento económico.

Es indudable que Alemania corría un gran riesgo al jugárselo todo a la carta de la «guerra relámpago», como se colige de un excelente estudio del inglés Alan Milward sobre el rearme alemán entre los años 1939-1945.
El rearme total significa la movilización rigurosa de todos los recursos económicos en beneficio de una guerra a mantener durante mucho tiempo; supone centrales, coordinación, planificación, severo ahorro. La adaptación de las fábricas a las necesidades bélicas, la explotación a fondo de los recursos, el aumento de la capacidad industrial, el trabajo femenino... Así, por ejemplo, se procedió en Inglaterra desde el comienzo de la contienda. El león británico desafiado a entablar un combate a muerte se preparó para una larga lucha. Este cambio a tiempo, esta orientación, le conduciría al éxito. Por el contrario, en Alemania la avanzada situación del rearme de 1939 no estaba en relación con el potencial real, ni con la producción paralela de repuestos y munición de todos los tipos, amén de la producción progresiva de aviones, carros, submarinos y armas diversas. El armamento se había proyectado a corto plazo y por tanto su producción era flexible. Se podía aumentar la fabricación de unidades navales y de aviones ante el peligro de una invasión inglesa, pero sólo a costa de disminuir en igual proporción el rendimiento en otros sectores. La producción total era siempre la misma, lo que sucedía es que oscilaba de un sector a otro.

Predicar en el desierto

Debido a que Alemania pudo disponer pronto y en gran cantidad de materias primas y mano de obra (los prisioneros de guerra) y de productos alimenticios procedentes de los países conquistados, en algunos sectores la situación incluso mejoró. Todavía durante el mes de diciembre de 1940 se dedicó más acero a las necesidades de la población civil que a los tres Ejércitos. Exactamente 908.000 toneladas para las primeras frente a 776.000 para los segundos.
Con este estilo dirigía Hitler una guerra contra Europa y preparaba ya la Operación «Barbarroja». Increíble pero cierto: poco antes de comenzar la batalla contra Rusia se resolvió disminuir la producción de guerra. Una vez más, como en 1914, un jefe supremo estaba convencido de poder enviar a casa a sus soldados antes de las Navidades. Por tanto, no se había previsto ninguna ropa de invierno. ¿Cuándo se ha planeado y llevado a cabo una batalla con tan arrogante olvido de las necesidades humanas más elementales?
Milward sostiene en su estudio que precisamente las faltas cometidas por Hitler en el rearme total, le permitieron dar a la industria una gran versatilidad, pudiendo alterar con toda rapidez el orden de prioridades de acuerdo con la estrategia del momento. La observación es, sin duda, justa. Con ello consiguió una serie de éxitos preliminares, pero falló la gran operación: «Barbarroja».
Algunas personalidades aisladas se dieron cuenta a tiempo, cuando aún no se hablaba de «Barbarroja». El general Thomas pronunció un discurso en noviembre de 1939 en el que denunciaba el peligro de creer que se podía derrotar a Inglaterra con aparatos de radio, aspiradoras y utensilios de cocina. Alemania mantenía una economía de transición, y no una economía bélica. Pero Thomas predicaba en el desierto.
El hombre que dos años más tarde empezó a realizar lo que el general pedía, se llamaba Fritz Todt. Antes

Pérdidas y construcción de unidades navales entre 1939-1945

	1939	1940	1941	1942	1943	1944	1945
Alemania: Submarinos perdidos	9	22	35	85	287	241	153
EE UU/Gran Bretaña: Pérdidas en t	810 000	4 407 000	4 398 000	8 245 000	3 611 000	1 422 000	458 000
EE UU: Construcciones en toneladas rb	101 000	439 000	1 169 000	5 339 000	12 384 000	11 639 000	3 551 000
Gran Bretaña: Construcciones en toneladas rb	231 000	780 000	815 000	1 843 000	2 201 000	1 710 000	283 000
Total: en toneladas rb	332 000	1 219 000	1 984 000	7 182 000	14 586 000	13 349 000	3 834 000

Producción alemana de aviones 1939-1945

Totales	1939	1940	1941	1942	1943	1944	1945
Aviones bombarderos	737	2852	3373	4337	4649	2287	
Cazas	605	2746	3744	5515	10 898	25 285	4936
Aviones de combate	134	603	507	1249	3266	5496	1104
Aviones de reconocimiento	163	971	1079	1067	1117	1686	216
Aviones a chorro						1041	947

Bombas arrojadas 1940-1945

	1940	1941	1942	1943	1944	1945
Bombas (en toneladas) sobre Alemania	10 000	30 000	40 000	120 000	650 000	500 000
sobre Inglaterra	36 844	21 858	3260	2298	9151	761

Continuamente la propaganda procuraba unir el frente con la retaguardia: «Lo mismo que nosotros combatimos debes trabajar tú por la victoria», es el texto del cartel.

había construido las autopistas y la línea fortificada de la frontera occidental: el «Westwall». Pasaba por ser un gran organizador, que decidía sin grandes consideraciones burocráticas y que permitía a sus colaboradores una gran libertad de actuación. Desde marzo de 1940 ostentaba el título de «Ministro de Armamento y Munición», pero con poderes muy limitados. Puso en práctica, sin embargo, un método, que luego en la etapa de su sucesor y con los poderes extraordinarios que éste tuvo, rindió grandes servicios (y que injustamente lleva el nombre de Speer): el sistema de las comisiones.

Las comisiones tenían por objeto agrupar a la mejor gente para determinado trabajo, por ejemplo, para la fabricación de carros –tarea por la que empezó Todt– o para el sector munición. Las comisiones empezaban su trabajo con la comparación de los métodos de fabricación, plazo de entrega, precio, calidad y material necesario entre los distintos talleres y luego proponía fórmulas de racionalización del trabajo. Se unificaron los procedimientos –secreto para la producción en masa–, se suprimieron las pausas, se consiguió abaratar los costos, se aceleraron los plazos de entrega. La comisión principal se ramificaba luego en subcomisiones, cada una dedicada a una parte completa: por ejemplo, en el sector munición funcionaba una para los lanzagranadas, otra para los fusiles, otra para las ametralladoras. Las industrias proveedoras quedaron organizadas en círculos.

Los presidentes de las comisiones (por lo general presidentes de las grandes empresas) estaban facultados para elegir libremente a sus colaboradores. A partir de ese momento existía el principio de la propia responsabilidad. Con razón podía decir Todt y sus ayudantes que los militares no sabían organizar económicamente y que el rearme –como ya en la I Guerra Mundial había demostrado Rathenau– sólo podía estar en manos de los civiles, de los experimentados directores de empresa.

A las ideas siguieron los éxitos, al principio lentamente, porque tenían que imponerse contra la resistencia y el recelo egoísta de muchas competencias oficiales; incluso contra personalidades de la categoría del general Thomas, que veían con malos ojos que la producción de armamento escapara al control de la *Wehrmacht*.

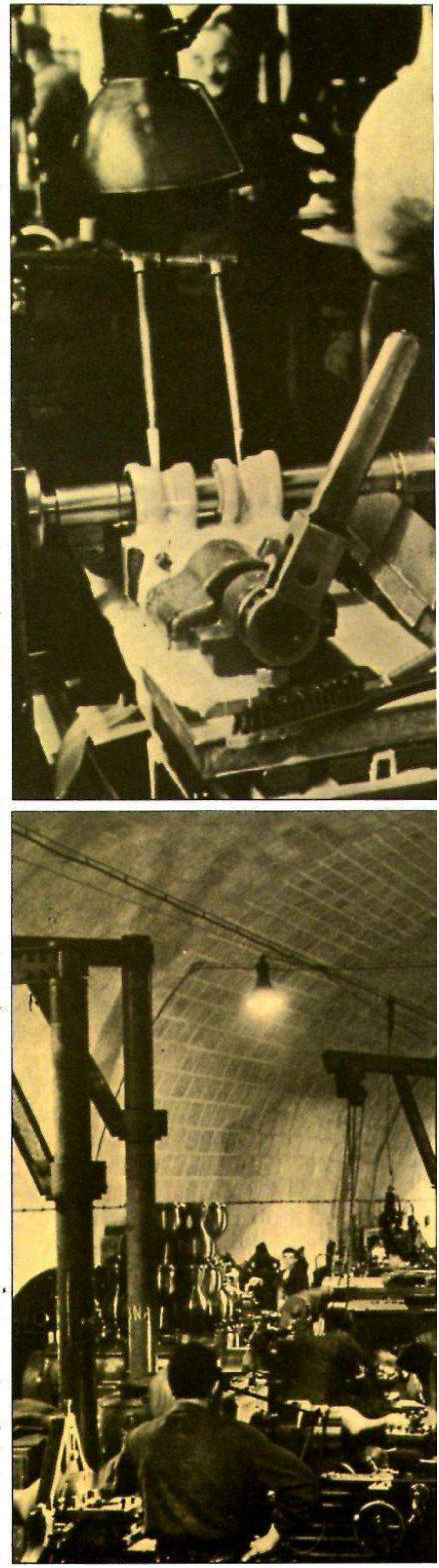
El 10 de enero de 1942 se produjo un cambio radical. Hitler, bajo la impresión de la batalla de Moscú y las tremendas consecuencias del invierno ruso, estaba decidido a dar el salto de la guerra relámpago al armamento total, a los preparativos para una larga guerra; en consecuencia cambió las instrucciones en vigor por otras que llevaron por título «Rearme 1942». En ellas se ordenaba el aumento general de la producción de armas y munición general, es decir, no de un sector a costa del otro. Once días después se produjo el segundo paso hacia adelante: el Ejército perdió el control de la producción de armamento. Todt se había aproximado bastante a su objetivo principal. 18 días más tarde perecía en un accidente de aviación en el Este.

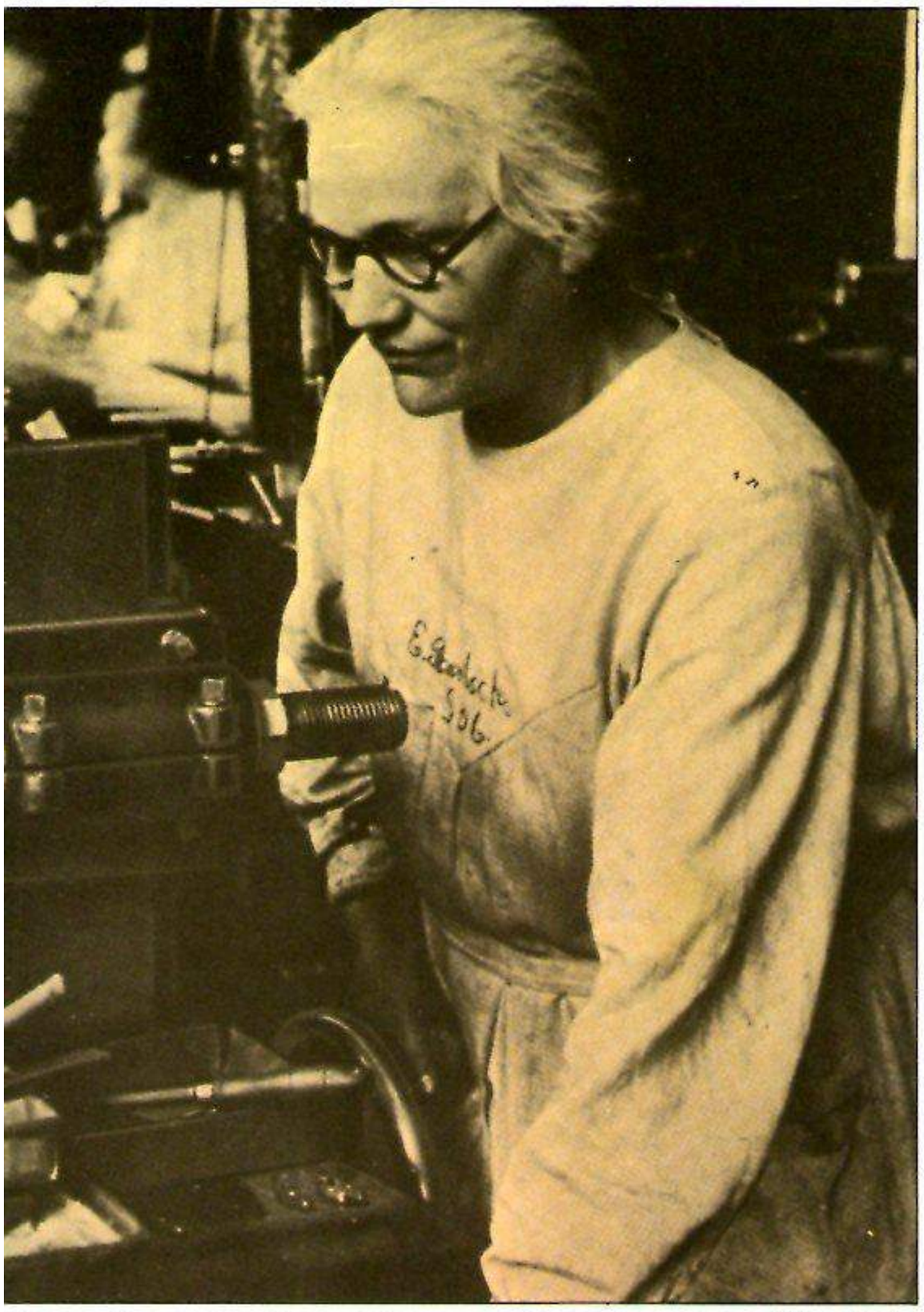
Tan sólo dos horas habían transcurrido desde que se conoció la noticia, cuando ya Albert Speer, el arquitecto de Hitler, era nombrado para sucederle.

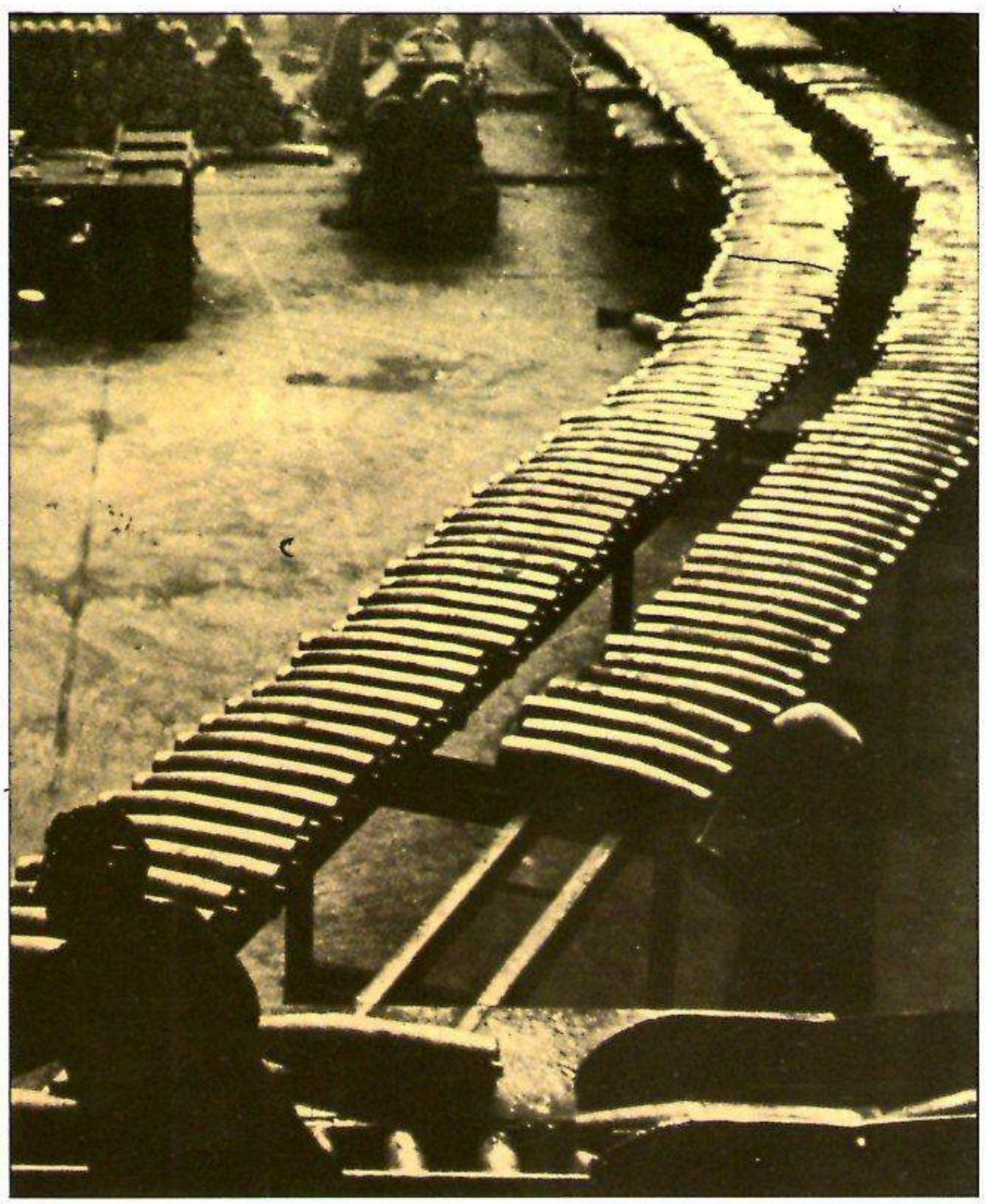
El especialista en asuntos de construcción no podía ser considerado como un intruso en cuestiones de armamento; no hay que olvidar que su antecesor procedía de la misma carrera. Speer había demostrado su capacidad a las órdenes de Todt duplicando el volumen de instalaciones construidas para la fabricación de aviones. Conocía perfectamente este sistema de trabajo y era –decisivo para Hitler– rigurosamente leal.

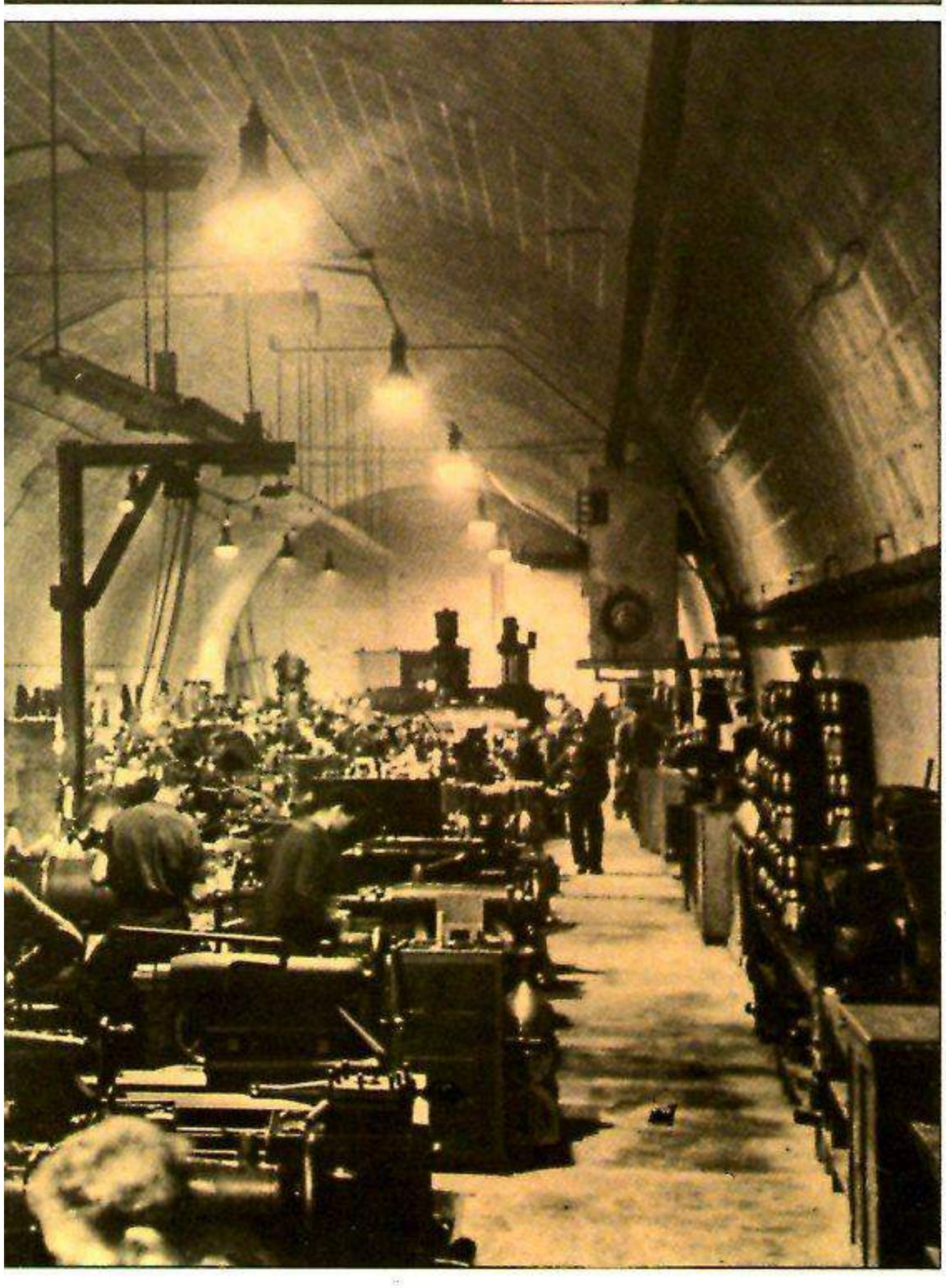
Plenos poderes para Albert Speer

El recién nombrado se dedicó inmediatamente a implantar la economía de guerra. Desarrolló una actividad que más tarde se hizo legendaria.
Por entonces todavía su imperio ofrecía muchas lagunas. Tanto la Aviación como la Marina habían podido sustraerse a la influencia del personal civil; sobre todo, el mariscal del Reich y jefe de la *Luftwaffe*, Göring, se mostraba celosísimo de sus privilegios. El control sobre la producción de guerra para la Marina lo consiguió Speer al efectuarse el relevo de Raeder por Dönitz en junio de 1943. La fortaleza de Göring acabó por rendirse un año después, el 22 de junio de 1944. De hecho, el «Ministro de Armamento y Producción de Guerra», nombre dado al cargo con fecha de 2-IX-1943, controlaba la producción de la *Luftwaffe*, puesto que el mariscal Göring había delegado estos menesteres en el mariscal Milch y éste se entendía a la perfección con Speer. Desde ese momento, Speer controlaba a través de Funk la economía civil; sólo quedó un sector fuera de su campo de acción: la mano de obra. Para este sector de la economía de guerra, Bormann, que también deseaba participar de la empresa del armamento, había recomendado a Hitler al *Gauleiter* de Turingia, Fritz Sauckel. Éste no quiso saber nada de los planes de Speer y prefirió seguir su propio camino. Quizá este comportamiento tan individualista salvara la vida del ministro. En el proceso de Nuremberg no se pudo achacar a Speer las responsabilidades que se echaron en cara a Sauckel: los métodos empleados para reclutar trabajadores, el tratamiento de esclavos a que estuvieron sometidos los cinco millones de trabajadores extranjeros... Por todo esto Sauckel fue ejecutado.
El poder de Speer se manifestaba en la «Central de planificación». En esta instancia superior figuraban junto a él solamente otros dos hombres, que venían a desempeñar la función de ayudantes: Milch y Körner, subsecretario de Göring en el Ministerio para la organización del plan de cuatro años. Contra las decisiones de este triunvirato no existía apelación posible. Esto era una concesión de Hitler a su fiel servidor, ante la necesidad creciente de material de guerra. Speer utilizó sin escrúpulos ese cheque en blanco. La economía alemana no dio ningún salto, pero avanzó de manera continua, paso a paso, con empuje formidable.
Si se toma la cifra 100 como índice de la producción bélica de principios de 1942, habría que atribuir un 181 al terminar ese mismo año; un 242 en octubre de 1943; habría alcanzado ese mismo nivel en enero de 1944, después de observarse un ligero descenso; para montar en julio de 1944 a un increíble 322. Esta fue la cota máxima. Todavía en enero de 1945, poco antes del derrumbamiento del frente del Este y pese a las fábricas destruidas por las bombas enemigas que caían sin solución de continuidad, el índice de producción era de un 227, es decir, igual al del verano de 1943.
Este enorme esfuerzo, según contaría más tarde el colaborador de Speer, Hans Kehrl, «no fue sino un gigantesco y trágico intento, a toda prisa y bajo la urgencia de la situación de los frentes, de remediar todo cuanto no se había hecho durante los primeros años de guerra». Y sigue Kehrl: «la guerra, desde el punto de vista de la economía, se perdió entre los años 40 y 42». Aquellos años perdidos no se pudieron volver a recobrar nunca.
Desde 1944 el gran impedimento lo constituyó la ofensiva aérea de los Aliados. Mientras que durante el año anterior se habían dedicado al bombardeo cuantitativo, en éste habían descubierto de pronto el talón de Aquiles de Alemania: bombardeaban con precisión las instalaciones industriales. Así, por ejemplo, las de la cuenca del Ruhr, que producían el 90 % de la gasolina para los aviones. El éxito aliado tuvo como consecuencia el retraso en las entregas. Todavía en abril de 1944 fueron entregadas 175.000 toneladas, pero ya en mayo sólo pudieron ser 156.000, en junio 53.000 y en julio 29.000 t.
Apenas se había logrado poner en pie una fábrica cuando ya estaba de nuevo destruida. Era un trabajo de Sísifo. Los campos petrolíferos de Rumania fueron igualmente bombardeados y cayeron en poder soviético en agosto de 1944.
Speer declaró en Nuremberg: «Después del éxito de esa ofensiva se pudo considerar perdida la guerra desde el punto de vista de la producción». Sin carburante es imposible poner en marcha ningún material de la guerra moderna. Ante todo, las consecuencias las sufrió la industria aeronáutica. A partir de entonces los cazas de reacción *Me 262* fabricados bajo tierra en el menor tiempo posible, entre otros modelos, apenas podrían ser utilizados. Tampoco la riqueza en carbón sirve de









Debido a que al principio los Aliados se dedicaron con preferencia a bombardear las ciudades, con olvido de los objetivos militares e industriales, la producción de guerra pudo proseguir en Alemania con normalidad (arriba a la derecha, la cadena de una fábrica de bombas; a la izquierda, un taller de torno montado en el túnel de una autopista). Por su parte, las mujeres ocuparon en gran número el puesto de los hombres (arriba a la izquierda).

mucho cuando no se puede transformar. Los continuos bombardeos aliados hicieron disminuir el transporte de carbón de la cuenca del Ruhr a las fábricas, en el otoño de 1944, de 22.000 a 5.000 vagones.

Desde el verano de 1944 el combate de Hitler se libró por retrasar la derrota. Como resumen se observa una contradicción: cuando Alemania dominaba media Europa apenas cuidaba de practicar una economía de guerra; al comenzar la producción masiva de material se encontró con que la guerra había cambiado de signo. Al principio venció Hitler, sin disponer casi de reservas; después, cuando las movilizó en abundancia, no conoció más que la derrota.

¿Hubiera ganado la guerra de haber procedido antes a armarse rigurosamente? Contra los EE UU, en ningún caso; contra Inglaterra, sólo de haberse decidido por la invasión; contra Rusia, quizá, siempre y cuando, naturalmente, que desde el principio no hubiera subestimado sus posibilidades, evitando así los errores cometidos en los primeros tiempos de la campaña.

□

Harald Steffahn

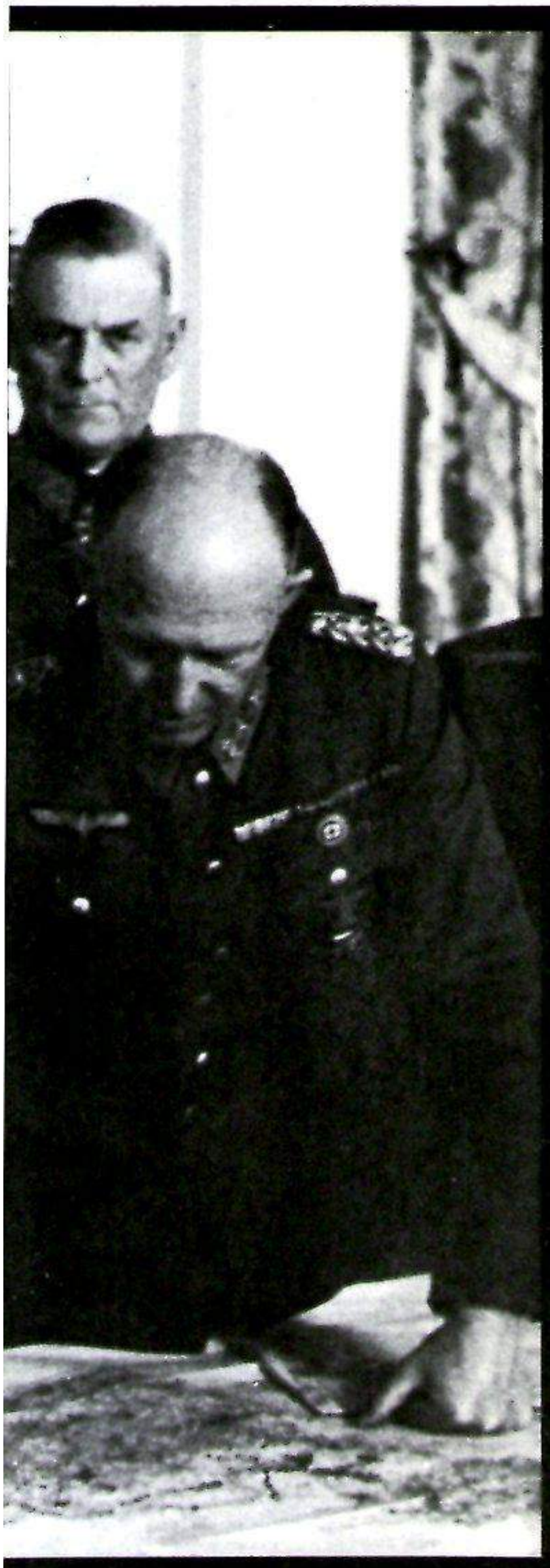
Soldados veteranos, militares de carrera, brillantes estrategas... todos ellos se cuadraban ante este hombre, que en la I Guerra no había pasado de obtener los galones de cabo, y permitían que les diera lecciones de estrategia. ¿Qué dotes poseía Adolf Hitler para que sus seguidores le consideraran «el más grande estratega de todos los tiempos»?

En los días en que el Regimiento List, durante la primera Guerra Mundial, combatía en Flandes, el cabo Adolf Hitler fue propuesto –según consta en las actas del proceso de Nuremberg– para el ascenso a suboficial. Sin embargo, más tarde no se insistió en el nombramiento «por no descubrirse en él ninguna de las cualidades necesarias para mandar». Casi 25 años después, el 22 de junio de 1940 se le comunicó al *Führer* y Canciller del Reich, que se encontraba en un pueblo belga, la noticia de la capitulación de Francia; en aquella ocasión el general Keitel se creyó obligado a exclamar: «Mi *Führer*, es usted el más grande estratega de todos los tiempos». ¿Cómo puede alguien que carece de dotes de mando convertirse en el mayor estratega? ¿Poseía el cabo quizás estas cualidades de mando, que por motivos especiales no pudieron manifestarse o, al contrario, este hombre no fue más tarde el estratega que se dijo y sólo debió su leyenda a la adulación palaciega de cortesanos como Keitel?

Sobre el primer punto: con el dominio del arte de mandar se nace, si bien cabe que circunstancias especiales le impidan manifestarse. En el caso de Hitler quedó claro a partir de 1919, cuando inició su actividad política, que podía influir en los demás y en cierto modo ejercer dominio sobre ellos; pero quedó claro sólo desde entonces. Las cualidades de mando no le abandonaron ya en los 26 años siguientes, hasta el último día de su vida.

En lo que se refiere a la segunda pregunta sobre el estratega, la respuesta desde el punto de vista formal no puede ser más que afirmativa. El hecho de que Hitler, desde la muerte de Hindenburg, fuera jefe de los Ejérci-

HITLER ESTRAT



HITLER

Hitler en la mesa de los mapas de campaña. Jodl le explica la situación. Detrás puede verse a Göring y Keitel.

tos alemanes *(Reichswehr)*, le llevó a conducirlos al campo de batalla en 1939, como en otras ocasiones hiciera el Káiser. En el caso que nos ocupa, «estratega» significa algo más de lo que generalmente se entiende por este nombre; así, la cuestión es lo bastante difícil como para no poder responder con un sí o un no lacónico, sino que es preciso sacar la oportuna conclusión por medio de una serie de ejemplos. Winston Churchill tan pródigo en expresiones gráficas, no popularizó, sólo lo de «telón de acero»: también a él se debe lo de «movimiento en hoz»; con esto se refería al atrevido ataque por sorpresa a través de las Ardenas, consideradas impracticables, para proseguir luego, en un movimiento hacia la derecha, la marcha hacia el Canal (una especie de imagen simétrica del plan de Schlieffen como si se hubiera trazado reflejándola en un espejo) para cercar en un movimiento de tenaza al Ejército francés del Norte y al Cuerpo Expedicionario Británico en el norte de Francia y Bélgica. El Plan estratégico se debió a Erich von Manstein sin duda el militar más valioso que tuvo Alemania durante la II Guerra Mundial. Por una serie de casualidades se enteró Hitler de la idea del general, que, por aquel entonces, debido a su manera de ser poco convencional y a sus continuas proposiciones de reforma, había sido apartado por sus superiores. A Hitler le entusiasmó la idea. El resultado es conocido. El Ejército durante mucho tiempo considerado como el mejor del mundo (si bien debido a debilidades interiores había dejado de serlo ya) fue derrotado en el espacio de seis semanas por las tropas de Hitler, que había tenido una participación decisiva en los preliminares de la operación, en una de las batallas mejor planteadas de toda la historia de la guerra. El *Führer* demostró estar a la altura de las circunstancias porque, ¿de qué vale el mejor plan estratégico si no lo autoriza el hombre que se encuentra a la cabeza del Estado? Además, parece ser que Hitler andaba rumiando una cosa parecida a la trazada por von Manstein. Por lo menos se dio cuenta rápidamente, al contrario del Estado Mayor, de la oportunidad que brindaba el plan. Von Manstein reconocería más tarde que Hitler poseía «cierto talento en este terreno operacional».

Ante todo es preciso afirmar que no poseyó los conocimientos del especialista, por más que decidiera como tal en todos los ámbitos del quehacer humano. Pero precisamente el ojo del lego en la materia suele ver en muchas ocasiones cosas que se le escapan al experto. Esto no es nuevo; he aquí algunos ejemplos: al aficionado a la medicina que era Goethe le cupo la fortuna de descubrir el hueso intermaxilar; Schliemann, arqueólogo aficionado, fue el llamado a descubrir los restos de Troya en un lugar en el que durante años habían trabajado los expertos inútilmente...

El peligro surge cuando el lego, llevado del optimismo de sus éxitos iniciales, empieza a despreciar la opinión de los expertos. Y esto fue lo que sucedió con Hitler después de la victoria en el frente del Oeste. El culto que le profesaban sus incondicionales y los éxitos conseguidos habían fortalecido su confianza en sí mismo; de esta manera la victoria en el campo de batalla se transformó para él en un sentimiento de infalibilidad.

Mirando a sus generales se reafirmaba más en su idea. ¿No se habían asustado cada vez que les comunicaba uno de sus proyectos? Así ante la marcha sobre el territorio del Rhin en marzo de 1936, en la crisis de los Sudetes en agosto de 1938, ante la guerra relámpago del otoño de 1939 y finalmente ante el «movimiento en hoz». ¿Y no había tenido también razón con respecto a la ofensiva sobre Noruega –contra la opinión del OKW–, que se convirtió luego en una sonora victoria?

Capacidad técnica y audacia política

El acierto estratégico de Hitler reside en el cálculo no militar del político, según explica Percy Ernst Schramm en su «Hitler als militärischer Führer» (Hitler como jefe militar): De haberse comportado conforme a la lógica de sus generales, hubiera tenido que recorrer durante su ascensión al poder cada uno de los escalones sin los que es imposible llegar al siguiente. En estas condiciones no hubiera intentado hacerse con el poder. Como revolucionario, sin embargo, estaba convencido de que los éxitos iniciales por sí solos proporcionaban los siguientes, porque despertaban el entusiasmo de sus seguidores y el temor de sus enemigos. De acuerdo con esto se marcó siempre objetivos militares tan lejanos que, de antemano, con un poco de sentido común, se podían considerar como inalcanzables; él por su parte partía de la base del efecto causado por la sorpresa, de la enérgica decisión de los suyos, de la falta de voluntad del enemigo y terminaba revelándose frente a los escépticos como el único realista. Aquí se enfrentaban dos maneras diversas de pensar, como consecuencia

«Der Führer», pintura de Franz Triebsch.

de dos tipos de formación y experiencia diferentes. Pero no se puede decir que los éxitos iniciales de Hitler se debieran exclusivamente a su audacia política; también contaba mucho su capacidad técnica y su convencimiento de antiguo de que la guerra moderna se vería dominada por el motor.

Ningún Ejército del mundo había alcanzado tal grado de motorización como el alemán en los años 1939/40. Generales progresistas como el francés De Gaulle se esforzaban en convencer a sus superiores para que dotaran de movilidad y autonomía a sus unidades militares, sobre todo a los blindados. En Alemania, por el contrario, se impusieron rápidamente este tipo de aspiraciones, defendidas, sobre todo, por Guderian. Y se impusieron, no en último término, porque durante la I Guerra Mundial el cabo Hitler se había dado cuenta de la capacidad operativa de los colosos de acero.

Pero el auténtico gran efecto desde el punto de vista militar se obtuvo con el empleo combinado de los ataques aéreos y la ofensiva de los carros, puesto en práctica durante las primeras operaciones únicamente por los alemanes. Por cierto que el invento psicológico de las sirenas que llevaban los *Stukas* a bordo se debió a Hitler. Según Jodl, en su declaración ante el tribunal de Nuremberg, «la sorprendente perspicacia de Hitler en el terreno técnico y táctico... le permitió ser también el creador de un Ejército dotado con las armas más modernas». Así Hitler fue el primero en implantar el cañón contracarros de 75 mm en lugar de los de 37 y 50 mm y sustituyó los cortos tubos de los cañones de los carros por otros más largos.

Hitler había estudiado durante mucho tiempo gran cantidad de literatura militar. Según su biógrafo J. Fest, su lectura de cabecera durante la guerra se componía de anuarios navales y manuales de estrategia militar. Aquí se había convertido el lego Hitler en un especialista. Con estos conocimientos y su formidable memoria se las ingenió siempre para impresionar a los militares que se movían a su alrededor. Sabía tanto sobre calibres, tonelajes, autonomía de movimientos, efectivos, organización, ejércitos y armamentos que, según el mariscal Keitel, «resultaba imposible sorprenderle en un error».

¿Qué hacen los generales obligados a obedecer a un comandante supremo continuamente expuesto a los falsos pronósticos y decisiones equivocadas? ¿Qué hacen los generales cuando se les ordena combatir contra una nación que en el pasado derrotó a Carlos XII y Napoleón? No se atreven a protestar y obedecen.

La historia, sin embargo, no había enseñado a Hitler gran cosa. El escritor militar británico Irving («Hitler y sus generales», 1975) afirma: «Posiblemente nunca se comenzó una guerra con tanta arrogancia». Irving se refiere a la Operación «Barbarroja». Los militares no se mostraron más inteligentes que Hitler. Dígalo si no la nota escrita en su diario personal por el jefe del Estado Mayor, Halder, el 3 de julio de 1941: «Creo que no me excedo demasiado al suponer que la batalla de Rusia será ganada en el plazo de 14 días». Y añadía en honor a la verdad: «Ganada, pero no terminada».

Suboficiales bien pagados

Y Halder no era el único que pensaba así. Su optimismo lo compartían Brauchitsch, Guderian, Kluge... Ninguno concedía larga vida al Ejército Rojo. Los increíbles éxitos iniciales alimentaron este error de apreciación hasta bien entrado el verano. A partir de entonces los éxitos se hicieron más raros y la guerra se fue extendiendo. Sus trágicas etapas son de sobra conocidas.

Ahora, cuando ya se habían perdido los efectos de las sorpresas y las batallas se prolongaban indefinidamente; cuando el enemigo había aprendido los métodos de combate empleados frente a él; ahora, la inspiración del autodidacto debía dejar paso a los artesanos de la guerra convencional. Pero Hitler no creía a sus generales capaces de otra cosa que de obedecer sus órdenes. Al Ejército y a la *Luftwaffe* apenas se les permitió autonomía operacional, hasta el punto que el mariscal von Richthofen anotó en su diario: «Tal como están las cosas, no pasamos de ser unos suboficiales bien pagados». Con palabras de Jodl, Hitler no concedía al OKW ni siquiera el papel de consejero estratégico. Manstein consideraba al OKW, Estado Mayor de la *Wehrmacht,* cumbre estratégica de los Ejércitos alemanes, bajo la dirección del general Jodl, como un secretariado militar.

Cuando a finales de 1941 Hitler destituyó a Brauchitsch y se hizo cargo de la responsabilidad de la guerra, uniendo en su persona el mando supremo de las tropas y su dirección operacional, convirtió el conflicto con Rusia en un asunto privado de su sola incumbencia, limitando la acción del OKW a los otros frentes, sin por ello dejar de decidir en éstos también hasta los más pequeños detalles. Únicamente la Marina recibía instrucciones «continentales» y gozaba de una cierta autonomía.

Manstein subraya en sus Memorias que, de siempre, el fuerte del mando del Ejército alemán había consistido en saberse apoyar en el sentido de la responsabilidad, autonomía e iniciativa de los jefes de las distintas unidades. Hitler, por el contrario, se inmiscuía en los más nimios detalles a todos los niveles. Si se une esto a los informes sobre la forma de dirigir la guerra, se llega a la conclusión de que Hitler hubiera deseado incluso apuntar él mismo con cada fusil.

Y aquí es donde se manifiesta negativamente el hecho de que el conductor supremo de la guerra no hubiera cursado estudios en una academia militar. Hitler pretendía dirigir la guerra con la mentalidad del enlace de un regimiento. Esto se revelaría como muy contraproducente en las situaciones de crisis, que empezaron a ser el pan de cada día en el campo alemán a partir de 1943. Porque sólo decisiones flexibles, bajo la propia responsabilidad, tomadas sobre el terreno, podían impedir que la iniciativa enemiga cobrara mayores proporciones. Pero como cualquier decisión, por mínima que fuera, sólo podía tomarse previa consulta con el cuartel general del *Führer,* muchas dificultades momentáneas se convirtieron en desastres irreversibles.

Sobrevaloración del poder de la voluntad

La orden estricta de permanecer firmes y defender hasta el final cada palmo de terreno, terminó siendo la única fórmula de Hitler frente a la avalancha rusa. Debido a esto se gastó principalmente la tropa; era muy inferior en número y con su táctica daba siempre tiempo a que se formara frente a ella un contingente enemigo muy superior. Según Manstein, el único medio para oponerse a esta superioridad numérica en el frente del Este hubiese sido la movilidad permanente. Hitler sobrevaloró funestamente el poder de la voluntad, pese a que la superioridad del enemigo en hombres y material no se podía equilibrar sólo con ella. Los números demuestran hasta qué punto los errores estratégicos del «generalísimo» desencadenaban crisis de confianza respecto a sus generales. Cayeron en desgracia y fueron destituidos o murieron los tres comandantes supremos del Ejército, los cuatro jefes del Estado Mayor (el quinto, Krebs, cayó en Berlín), 14 de 18 mariscales y 21 de 37 capitanes generales. Triste balance que demuestra en qué medida la competencia militar abandonó al «más grande estratega de todos los tiempos».

Sin embargo, tampoco se puede achacar la derrota, como han hecho algunos después de la guerra, a su intromisión en todos los asuntos y a su afán de saberlo todo mejor. Esto supondría

creer que, al contrario de su jefe, los generales, los especialistas, habian valorado perfectamente la situación.
Esta opinión es errónea, como queda de manifiesto en la grotesca idea que los generales tenian del Ejército Rojo durante los primeros meses de la Operación «Barbarroja». Más tarde, en el transcurso de la campaña del Este abundaron los errores de los expertos, como se demuestra patentemente en un estudio publicado en 1974. En él, Hans-Heinrich Wilhelm compara las predicciones del servicio Ejércitos Extranjeros Este con lo que sucedió más tarde. El resultado es desconcertante.

Una serie de falsas especulaciones

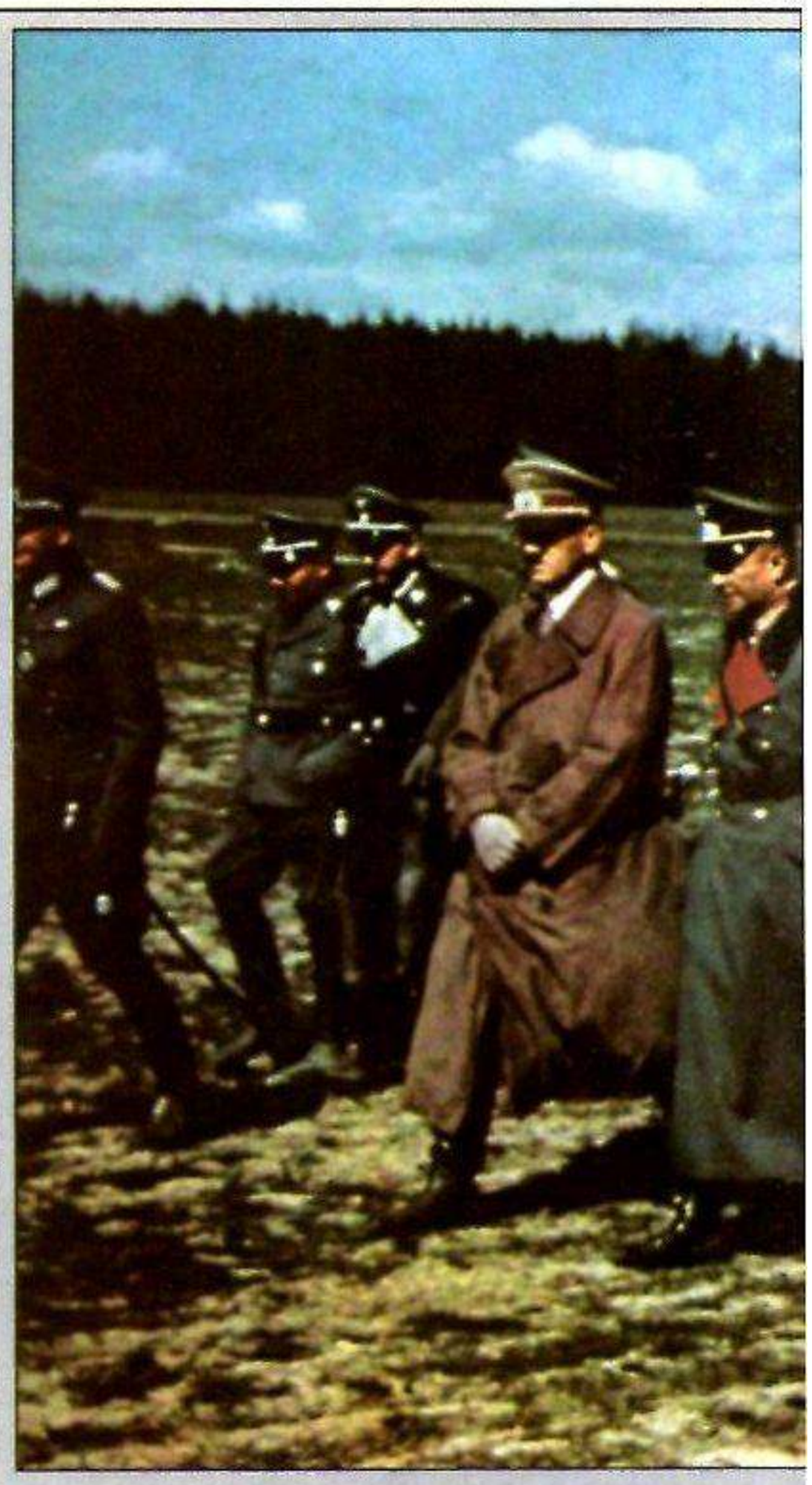
Se ha venido considerando como un material valioso y eficaz todo el facilitado al OKW por los servicios de información militar del general Gehlen, dedicados a acumular los datos sobre la situación y propósitos del enemigo: desde cantidad y calidad de sus efectivos hasta su plan de operaciones; y se ha creído así por el empeño puesto en su propia publicidad por el general Gehlen después de 1945. En realidad sus servicios fueron tan incapaces de anunciar la contraofensiva de Stalingrado como la ofensiva soviética del verano de 1943 contra los Grupos de Ejércitos Centro y Sur; también calculó mal la dirección del ataque ruso de enero de 1944, así como el verano del mismo año, que condujo al derrumbamiento del Grupo de Ejércitos Centro. Cinco días antes de la ofensiva soviética sobre Rumania, en agosto de 1944, los servicios de Gehlen se referian a ella afirmando «que tal ofensiva seguía siendo inverosimil».
Sólo los informes personales del propio Gehlen contienen mayor número de errores. Existe uno del 31 de diciembre de 1944 en el que considera el frente del Este aún estable. Unos meses antes, en octubre, habian defendido ante Hitler la peregrina idea de que, a los ojos de los americanos, únicamente Alemania estaba capacitada para enfrentarse a las ambiciones territoriales y políticas de la Unión Soviética. La utopía resultante de que las potencias occidentales podrian unirse a Alemania en su lucha contra Stalin, de que la coalición contra el III Reich podia romperse en cualquier momento, no abandonó nunca a Hitler, como revelan los testimonios que de sus conversaciones han llegado hasta nosotros. El *Führer* se aferraba con fuerza a estas ilusiones, pese a que mucho antes, lo más tarde tras el éxito de la invasión, habia dado ya la guerra por perdida. Además, Hitler poseía la suficiente formación técnica para no ignorar hasta qué punto

¡Maldito orden jerárquico!

Protocolo de la reunión para examinar la situación de los frentes correspondientes al 31 de julio de 1944. Se trata de un monólogo de Hitler en el que deja traslucir su desprecio por los oficiales de la vieja escuela.

A mí no me interesa en absoluto ese maldito orden jerárquico. ¡Aquí se trata de hombres, y sólo de hombres! ¡Cuando pienso en los hombres que tenemos, como ese pequeño comandante que en Berlín ha sido capaz de echarse tan gran responsabilidad sobre las espaldas! Cuando comparo a un hombre de éstos, en una situación parecida, con un general o con un teniente general, es para mí el primero diez veces preferible. Todo depende del hombre, y los otros son una porquería: han sido educados de manera que consideran natural que los demás se sacrifiquen por ellos, pero por su parte no piensan en nada parecido, porque ya tienen friamente calculado el futuro: ¿Qué nos puede pasar? Seremos hechos prisioneros, pero recibiremos el tratamiento adecuado a nuestra clase; sobre todo, los que pertenecemos a familias nobles seremos acreedores de la máxima consideración y no tendremos más contactos con la masa plebeya.*
Cuando pienso que esta gente no ha hecho más que recibir prebendas y privilegios, ¿por qué no voy a ascender a general a un oficial que se está portando bravamente en el frente?
Si lo que quiero es defender una fortaleza, no se me puede venir con «¡Mi 'Führer', eso es imposible; se opone a ello el orden de antigüedad...!» Eso me tiene sin cuidado. Tenemos que dar entrada a hombres esforzados que estén dispuestos, si llega el caso, a morir, ¡y contamos con ellos!
Y si es necesario guardar las normas, entonces ascenderemos a esos hombres. Eso lo hago yo en un momento, no tiene la menor importancia. Si un Napoleón pudo ser a los veintisiete años Primer Cónsul no comprendo por qué un hombre nuestro de treinta no puede ser general de Brigada o de División. ¡Ridículo! Estamos empeñados en una guerra revolucionaria. Me parece correcto que se califique a Tito de mariscal: un hombre que partiendo de nada mantiene en jaque permanente a una gran potencia militar, merece más el título de mariscal que muchos de los nuestros que ostentan el de mariscal o capitán general.

* *Se refiere al comandante Ernst Remer, que tras el atentado del 20 de julio se encargó con su batallón «Grossdeutschland» de ocupar la central berlinesa de los conspiradores.*



Hitler en los días de los grandes éxitos: durante las maniobras militares que se desarrollaron en St. Pölten, en la primavera de 1939, rodeado por un grupo de oficiales superiores (arriba), y ante el vagón en el que se firmó el armisticio con Francia estacionado en los bosques de Compiègne (izquierda).

un Ejército moderno depende del abastecimiento de carburante. A finales de agosto de 1944 los campos petrolíferos de Rumania habían caído en manos de los rusos...

Cierto que las confidencias poco serias no son suficientes para aclarar la ilusa fe en un cambio de signo en la guerra y en la victoria final del fanático inquilino de la Cancillería. Parte de culpa tuvieron también los estimulantes. Werner Maser, con su acostumbrado rigor, ha investigado esta faceta patológica del problema. En su abultado libro «Adolf Hitler-Legende, Mythos, Wirklichkeit» dedica un capítulo entero a sus enfermedades, tratamiento y medicación.

Maser ve en la obstinación del dictador, en su mitomanía, en su desconfianza, en la pérdida de la disposición para el riesgo, síntomas de su enfermedad y efectos de los medicamentos que le suministraba su médico de cabecera Morell. La enfermedad y su tratamiento le cambiaron sensiblemente, y desde 1942 se fue pareciendo cada vez menos al hombre que en 1939 había ordenado la invasión de Polonia.

Las divisiones fantasma

En la actualidad resulta casi imposible dividir en dos partes diferenciadas las reacciones de Hitler durante la guerra: en una las que se debieron a su carácter y experiencia y, en otra, las que tuvieron su origen en los cambios motivados por la droga. En los años 1943/44 el reflejo de los acontecimientos en él permite apreciar una cierta unidad de base; de rígida obstinación, cierto, pero al mismo tiempo de absoluta confianza. «Todavía convivían en él de manera permanente varios estados de conciencia superpuestos, de manera que no se equilibraba el antagonismo del sentido común con sus sentimientos emocionales» (Schramm).

Sin embargo, es notorio que en la fase apocalíptica de la guerra los continuos cambios de la euforia a la resignación le fueron provocados artificialmente. Apenas había abdicado de todo íntimamente, deseaba cambiar la suerte de la guerra gracias a la ayuda de Divisiones que sólo existían en su fantasía. El milagro lo realizaban las drogas, que un momento después lo devolvían a la realidad.

Así los últimos días del III Reich ofrecieron el espeluznante espectáculo del desmoronamiento de una personalidad ante un reducido grupo de fieles cortesanos que seguían obedeciendo un resto de magia; magia a la que puso fin un disparo de pistola a las 15,30 h, del 30 de abril de 1945. Con él terminaba irreversiblemente la dictadura de Hitler.

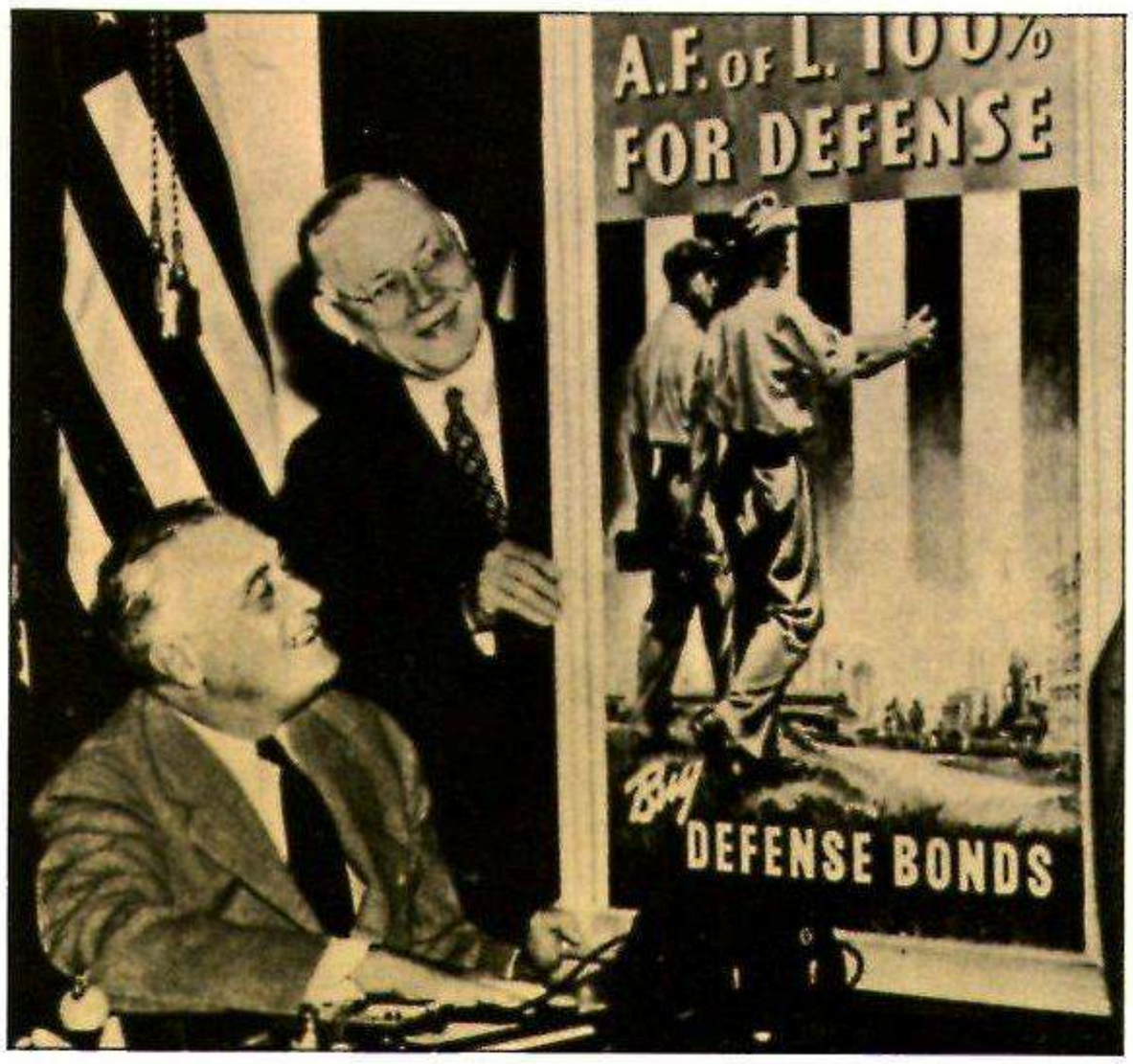
LEXICO DE LA II GUERRA MUNDIAL

Unión Soviética: avance alemán por lugares incendiados.

Unión Soviética
(continuación).

La ofensiva alemana del verano de 1942 aportó grandes éxitos en el sur, llevando a la conquista del Cáucaso, al Elbrus y al Tiérek, y en el Este desde el Volga hasta Stalingrado. Pero la contraofensiva soviética del 19-XI-42 imprimió un cambio violento en la marcha de las operaciones. El Ejército 6 alemán fue aniquilado en Stalingrado. Los Ejércitos soviéticos conquistaron nuevas regiones en el Doniets y en Ucrania; en el norte quedó roto el bloqueo de Leningrado, después de 800 dias de cerco. Un contraataque alemán en julio de 1943, en Kursk, no remedió la derrota que se avecinaba. El repliegue continuó. De agosto de 1943 a abril de 1944 el Ejército Rojo recuperó toda Ucrania; en abril y mayo de 1944, Crimea. La ofensiva soviética del verano de 1944 llevó durante los meses de junio y julio al aniquilamiento del Grupo de Ejércitos Centro. La ofensiva rusa del invierno de 1945 (12-I), que partió de Baranov en dirección a la ribera occidental del Vístula, constituyó el preludio del enfrentamiento final y de la caída del frente oriental alemán, que culminó con la conquista de Viena, el 13-IV, y de Berlín, el 2-V-45. Con el propósito de asegurarse un botín de guerra en el Extremo Oriente tras la derrota del imperio japonés, la URSS declaró la guerra a Tokio el 8-VIII-45 y los Ejércitos soviéticos invadieron Manchuria y Corea. Los japoneses apenas opusieron resistencia. El 21-VIII-45 capituló el comandante en jefe de las tropas japonesas en Manchuria.

USA (Estados Unidos de América), Estado federal (1941: 48 estados) en América del Norte. 7.839.063 km². 125 millones de habitantes en 1941. Capital: Washington. El presidente Roosevelt permitió al ser reelegido el 5-XI-40 mantener a los EE UU fuera de la guerra. Pero cedió ante las presiones británicas y soviéticas tras la ruptura de hostilidades entre el Reich y Moscú. Negociaciones con Japón en el verano de 1941 para frenar el expansionismo nipón, en confrontación con el americano. Roosevelt hizo fracasar las negociaciones con una incómoda nota de diez puntos. Ataque aéreo de los japoneses sobre Pearl Harbor (7-XII-41) en el que quedó destruida la mayor parte de la Flota americana del Pacífico. Comienzo de la guerra. Hasta mediados de 1942, los EE UU perdieron todas sus bases en el Pacífico y en las Filipinas. Luego fueron reconquistando posiciones al ceder la industria bélica japonesa, que hasta el verano de 1945 les ocasionó elevadas pérdidas. A pesar de los serios reveses sufridos en el Pacífico, Roosevelt mantuvo como primer objetivo de la guerra el fijado el 6-I-42: la destrucción del militarismo alemán. Respecto de Alemania, en guerra con EE UU desde el 11-XII-41, exigió un año después la rendición incondicional. En febrero de 1942 se formó en Inglaterra la 8.ª Fuerza aérea USA, sobre la que descansaría principalmente el peso de los ataques diurnos sobre Alemania y territorios ocupados por ella. Los soldados americanos lucharon también en África del Norte, Italia y en Occidente (después del 6-VI-44) contribuyendo poderosamente a la victoria sobre las potencias del Eje. La industria militar americana los apoyó sin condiciones, al igual que a los Aliados, con ofertas enormes de material bélico. Los EE UU terminaron la guerra con la categoría de potencia número uno y desplazaron a Gran Bretaña como primera potencia naval. A los EE UU debe también la URSS la posibilidad de estar presente en el centro de Europa.



USA: el presidente Roosevelt examina un boceto de cartel destinado a la campaña en favor de la guerra y las prestaciones personales. El armamento americano también se financió con aportaciones individuales.

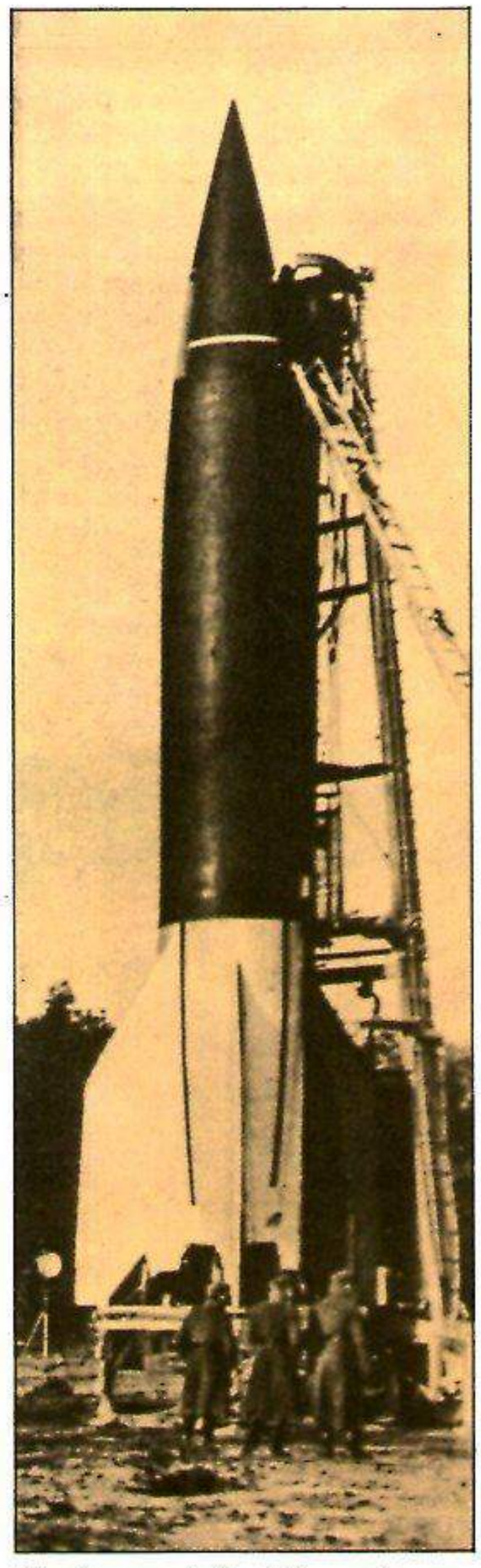
Unión Soviética: este cartel de guerra enaltece la figura de los grandes héroes rusos Alexander Nevski (izq.), vencedor de Suecia y caballero, Suvorov (centro), que se enfrentó a los franceses, y Chapaiev, «martillo de turcos», que intuyeron la formación del Ejército Rojo.

V

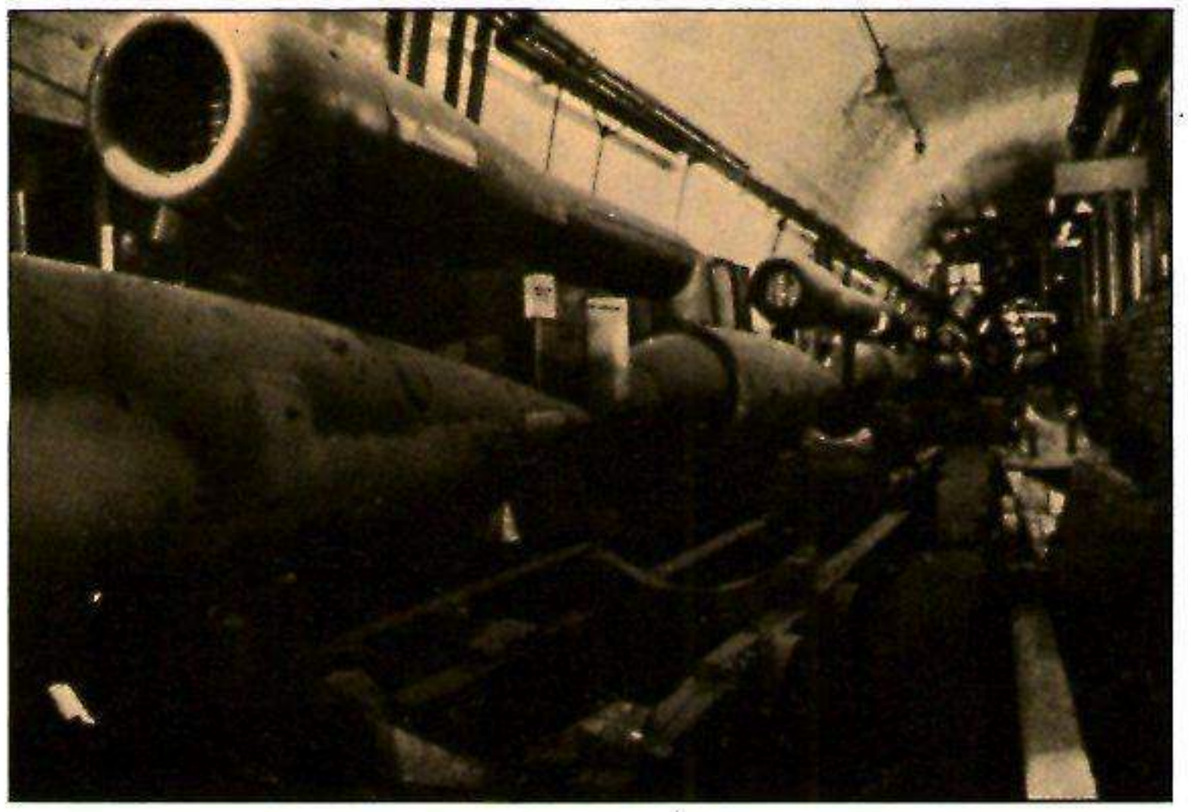
V 1, abreviatura de *Vergeltungswaffe 1*, nombre dado por la propaganda a la bomba volante: arma de castigo (represalia) número 1. Se concibió en junio de 1942 especialmente para bombardear Londres. Primera operación bajo el nombre clave de «Rumpelkammer», el 12-VI-1944. Hasta la pérdida de las rampas instaladas en la

costa francesa del canal en septiembre de 1944 se dispararon 8.892 V1. Más tarde se prosiguió la operación sobre el mar del Norte, valiéndose del *He 111*, especialmente preparado para ello: se dispararon 1600 V1 más. Los efectos militares y psicológicos de esta arma fueron extraordinariamente exagerados por la propaganda nazi. Unas 3.000 no explotaron y 4.000 más fueron destruidas por la RAF durante su vuelo; según fuentes británicas, las 2.419 bombas que explotaron en el sector del gran Londres produjeron 6184 muertos.

V 2, abreviatura de *Vergeltungswaffe 2*, nombre dado por la propaganda a este cohete para gran distancia. Entre el 8-IX-1944 y el 27-III-1945 se lanzaron sobre Londres 1115 V 2, que causaron 2.754 muertos y 6.523 heridos. Además fueron disparadas 2.100 V 2 más contra Amberes, Bruselas y Lieja.



El primer cohete del mundo para grandes distancias: V2

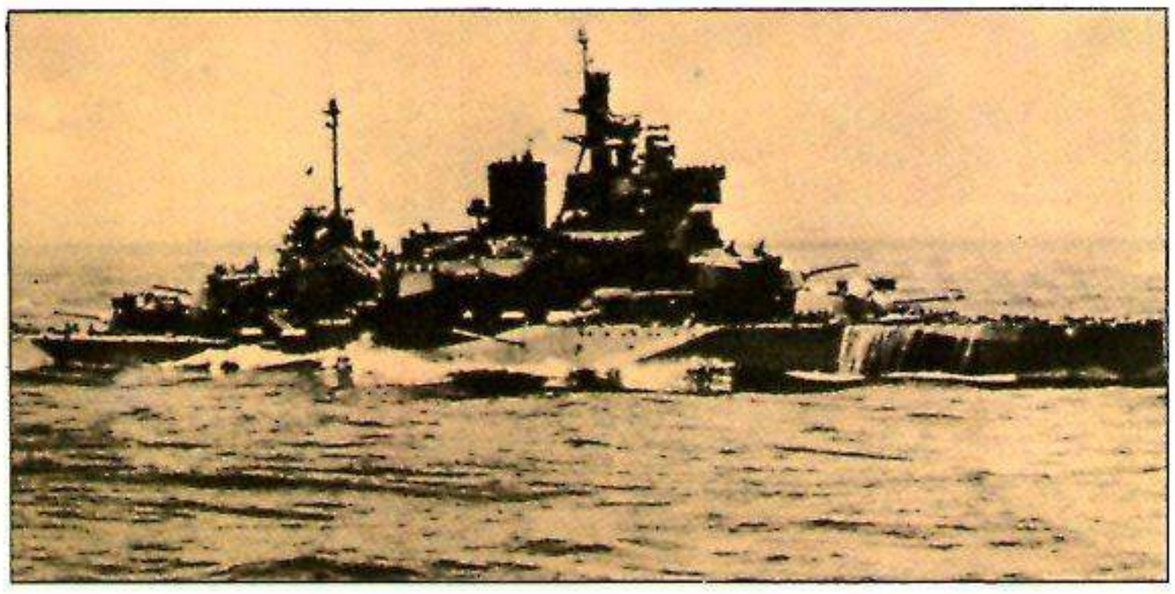


Durante los últimos años de la contienda se produjeron bajo tierra las «armas secretas», como aquí la V1 en una mina de Nordhausen.

Se comenzó a proyectar en 1933 bajo la dirección de Walter Dornberger y Wernher von Braun. En 1936 se realizaron las primeras pruebas en el campo de maniobras del Ejército en Peenemünde. El 3-X-1942, primeros éxitos. La V 2 podía transportar una tonelada de explosivos hasta el objetivo deseado. Autonomía máxima: 400 km; peso: 12,9 toneladas. Resultaba imposible detenerla durante el vuelo, debido a que su velocidad era cinco veces superior a la del sonido a través de la estratosfera. Ha sido la base del posterior desarrollo de los cohetes intercontinentales y espaciales.

Valiant, acorazado británico. Entró en servicio el 19-II-1916. Desplazamiento: 29.150 toneladas; velocidad: 25 nudos; eslora: 196,8 m; manga: 27,5; dotación: hasta 915 hombres; armamento: 8 cañones de 381 mm; 20 de 114 mm. En junio de 1940 se incorporó a la Force H en el mar Mediterráneo. Tomó parte en la batalla naval de Matapán. El 19-XII-1941 seriamente averiado en Alejandría. Volvió al servicio integrándose de nuevo en junio del 43 en la Force H. En enero de 1944, a la Eastern Fleet. Resultó de nuevo con averías importantes el 8-VIII-1944. En enero de 1945 regresó a Inglaterra. Noviembre de 1948 retirado del servicio.

Varsovia, capital de la República de Polonia. En 1939 contaba con 1,3 millones de habitantes. En la II Guerra Mundial, la vanguardia de la *4.ª Panzerdivision* alemana llegó a la ciudad el 8-IX-1939. Quedó cercada el 19-IX y fue defendida hasta el 28 por 120.000 soldados al mando del general Juliusz Rómmel. El 19-IV-1943 se produjo una rebelión contra el ocupante en el *ghetto* judío, sangrientamente sofocada por las tropas de policía SS al mando del *Gruppenführer* Stroop. De los 360.000 judíos del ghetto, 300.000 fueron enviados al campo de exterminio de Treblinka. Fracasó un intento de liberar la ciudad desde dentro (1-VIII al 2-X-1944). Varsovia fue ocupada por los soviéticos el 17-I-1945.



El «Valiant», que combatió en el Mediterráneo y en el Pacífico.

Varsovia, insurrección de, levantamiento popular polaco del llamado «ejército patriótico», mandado por el general Bor-Komorowski, contra el ocupante alemán, el 1-VIII-1944. La rebelión fue sofocada por unidades de las SS. Al final de la lucha 2-X-1944 Varsovia fue sistemáticamente destruida. Unidades de la policía y las Brigadas SS «Kaminski» y «Dirlewanger» (integrada por rusos y un batallón de castigo) llevaron a cabo una matanza general, ejecutando a más de 10.000 vecinos de la ciudad. El Ejército Rojo, situado al este del Vístula, intentó sin éxito ayudar a los polacos. Los rusos prohibieron a los Aliados occidentales que socorrieran con su aviación a los resistentes de Varsovia.

Vassilevski, Alexandr, mariscal soviético. Nació en Novaia el 30-IX-1895. En 1941 era jefe del Estado Mayor general y primer vicecomisario de la Defensa. 1942-1944 representante personal de Stalin y del Estado Mayor soviético para la coordinación de la lucha en Stalingrado, sur de Ucrania, Crimea, Rusia Blanca, Báltico. En su calidad de jefe del 3.er Frente de Rusia Blanca dirigió la ofensiva contra Prusia oriental. Desde agosto de 1945 pasó a dirigir las operaciones soviéticas contra Japón. Entre 1944-1953 fue ministro de Defensa.

Veinte de julio, día del atentado contra Hitler en su cuartel general «Guarida del Lobo», en 1944. El atentado, según la voluntad de los conjurados, debía desencadenar el golpe de estado contra el régimen nacionalsocialista, en cuyo lugar se instauraría un gobierno dirigido por las Fuerzas Armadas. Los errores de los golpistas (doble función de Stauffenberg como encargado de colocar la bomba y de dirigir el golpe en Berlín, comunicaciones telefónicas intactas entre Berlín y el cuartel general del *Führer*, no ocupación de emisoras, etc.) hicieron fracasar no sólo el atentado (Hitler quedó levemente herido) sino también el complot político, que incluso tras el fallido ataque con bomba hubiera quizá tenido posibilidades de éxito. Después de que a las 18,35 h fracasara el intento de ocupación de los barrios del Gobierno, de resultas de una comunicación telefónica entre Hitler y el comandante del Batallón de la Guardia berlinés, se desmoronó el intento de los militares en la Bendlerstrasse (OKH). Cuatro conjurados, entre ellos Stauffenberg, fueron fusilados inmediatamente. El general Beck se suicidó. En las semanas siguientes se detuvo a numerosas personas en relación con el atentado, se las condenó a muerte y se las ejecutó. Con el fracaso del golpe hubo que enterrar toda esperanza de un pronto final de la guerra.

Ha terminado la resistencia del «Ejército patriótico» polaco, que organizó el levantamiento de Varsovia. Los soldados alemanes disparan unas salvas en honor de los resistentes muertos, mientras sus camaradas emprenden el camino hacia los campos de prisioneros.

Vercors, cordillera en los Prealpes franceses, al sudoeste de Grenoble. Durante la II Guerra Mundial y a partir de 1942 uno de los primeros centros de resistencia. La planicie que coronaba los montes de más de 2000 metros de altura fue el sitio elegido por los Aliados para enviar paracaidistas con el propósito de interceptar las líneas de comunicación del valle del Ródano. En junio de 1944, tras del desembarco aliado en Normandía, fue ocupado por los «maquis» y declarado República. La rebelión fue sofocada por las SS y un grupo de voluntarios rusos; murieron 201 vecinos y 636 guerrilleros.

Verde, Línea, posición defensiva alemana en los Apeninos (Italia) - verano / otoño de 1944 al norte de las ciudades de Pisa Florencia - Urbino - Fano. Al principio se denominaba Línea Gótica, pero el 15-VI-44 se cambió el nombre en consideración a la población italiana.

Verona, ciudad del norte de Italia. En Verona se celebró del 8 al 10-I-1944 el proceso contra 19 miembros del Gran Consejo Fascista que en la reunión del 24/25-VII-1943 habían firmado la proposición del conde Dino Grandi contra Mussolini. De los 19 acusados, 18 fueron condenados a la pena de muerte, de ellos 13 en rebeldía. En la mañana del 11-I-1944 fueron ejecutados: el conde Ciano, ministro de AA EE, el mariscal de Bono, el ministro de Agricultura, Pareschi, el administrador del Partido Fascista, Marinelli, y el presidente de la Cámara de Industria de Italia, Gottardi.

Viazma, ciudad soviética junto a la autopista Smolensk-Moscú. Situada a 250 kilómetros de Moscú. Unos 25.000 habitantes en 1941. Conquistada por la 7.ª *Panzerdivision* alemana. Cerca de ella fueron aniquilados secciones de los Ejércitos soviéticos 19, 20, 24, 30, 32 y 43, en una batalla en la que se formó un cerco. En el marco de la contraofensiva soviética desarrollada en el invierno de 1941/42, el Cuerpo I de Caballería alcanzó la zona sur de la ciudad el 2-II-42. El Ejército 4 alemán entregó la ciudad el 12-III-43.

Víctor Manuel III, rey de Italia. Nació en Nápoles el 11-XI-1869 y murió en Alejandría el 28-XII-1947. El 31-X-1922 nombró a Mussolini primer ministro y fue mantenido por éste en los años siguientes completamente en un segundo término. Por recomendación del Gran Consejo Fascista destituyó a Mussolini el 25-VII-1943 y lo mandó detener. Tras el armisticio italiano del 8-IX-1943 huyó a Brindisi. El 9-IV-1944 abdicó en su hijo Humberto, que tuvo definitivamente que abandonar el trono el 9-VI-1946.

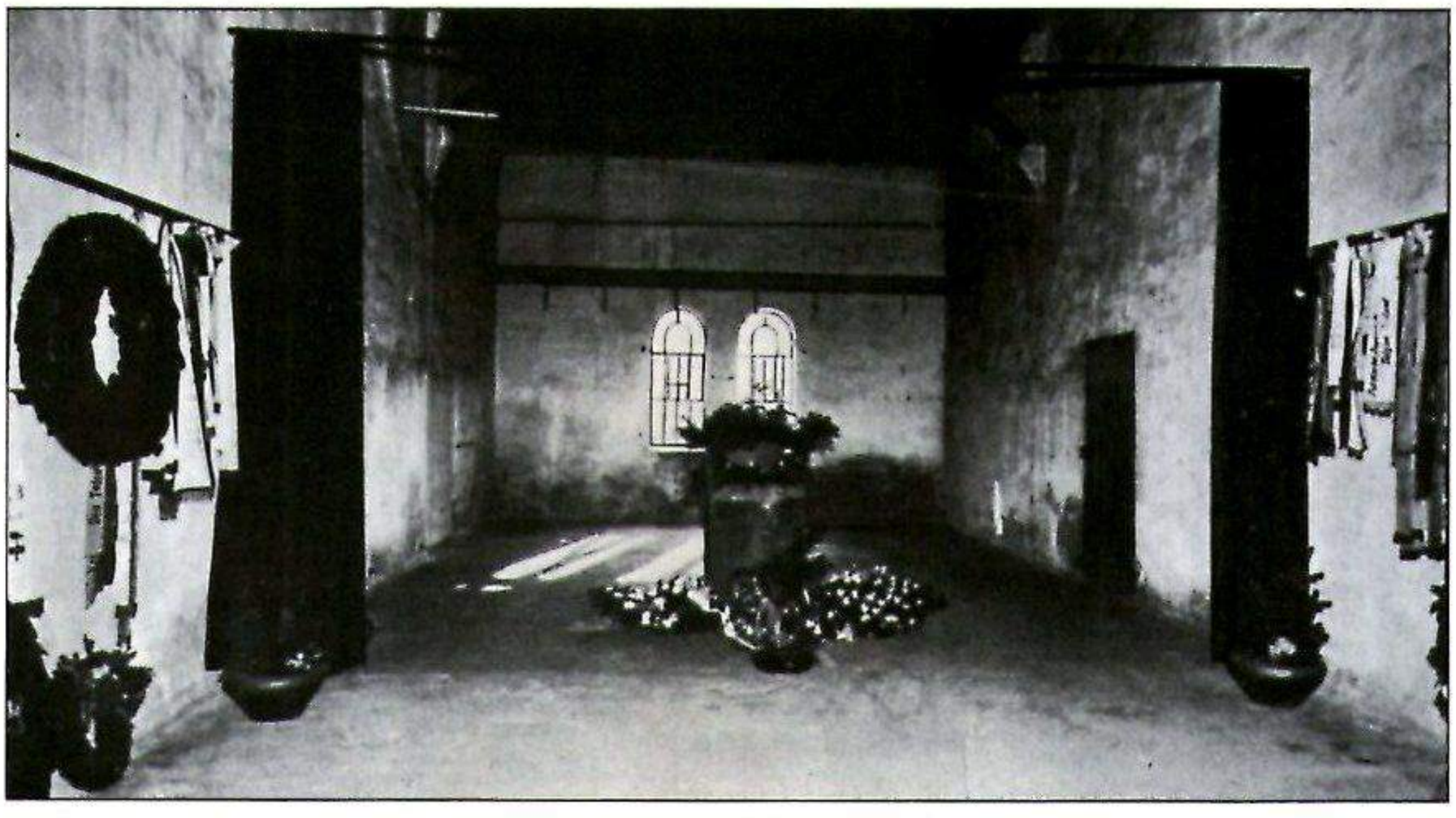
Vichy, ciudad de Francia central. En 1940 contaba con 25.000 habitantes. Ocupada por las tropas alemanas el 20-VI-1940 y cedida tras el armisticio. Residencia del Gobierno francés del territorio no ocupado. Ocupada nuevamente por los alemanes en noviembre de 1942, y en agosto de 1944 definitivamente abandonada ante el avance de los Aliados. Los alemanes se llevaron consigo a los miembros del gabinete Pétain.

Hojas volantes de la Resistencia celebran la proclamación de la República de Vercors.

Viena, Arbitrajes de, intento de Hitler de una nueva remodelación de las fronteras de Hungría. El primer arbitraje de 2-X-38, dejado sin vigor por los acuerdos de Munich, establecía la devolución a Hungría, por parte de Checoslovaquia, del margen sur de Eslovaquia y la Cárpato-Rutenia (4-IV-39). El segundo arbitraje de 30-VIII-40 (Ribbentrop/Ciano) obligaba a Rumania a devolver gran parte de Transilvania a Hungría. Este acuerdo fue declarado nulo en el tratado de paz de los Aliados con Hungría de 10-II-47.

Vietinghoff-Scheel, Heinrich, general alemán. Nació en Maguncia el 6-XII-1887 y murió en Pfronten el 23-II-1952. El 1-IX-1939 jefe de la 5ª *Panzerdivision*. El 26-X-1939 jefe del Cuerpo de Ejército XIII. Del 1-XI-1940 - 10-VI-1942 jefe del Ejército 9 en representación de Model. 1-XII-1942, jefe del Ejército 15. El 15-VIII-1943 jefe del Ejército 10. Del 26-X-1944 15-I-1945, en ausencia de Kesselring, jefe del Grupo de Ejércitos Sudoeste. El 29-I-1945 jefe del Grupo de Ejércitos de Curlandia. El 10-III-1945 jefe del Grupo de Ejércitos C y Sudoeste hasta la capitulación el 2-V-1945.

Vítebsk, capital de distrito en Rusia Blanca, en la confluencia del Dviná y el Vitba. Unos 167.020 habitantes en 1939. Conquistada por el 3.er *Panzergruppe* alemán, el 9-VII-41. En el invierno de 1943/44 escenario de duros combates. El 23-VI-44 los soviéticos cercaron en la plaza a 35.000 soldados alemanes del Cuerpo de Ejércitos LIII (general Gollwitzer). Un intento de evasión terminó el 27-VI-1944 con el aniquilamiento de la unidad.

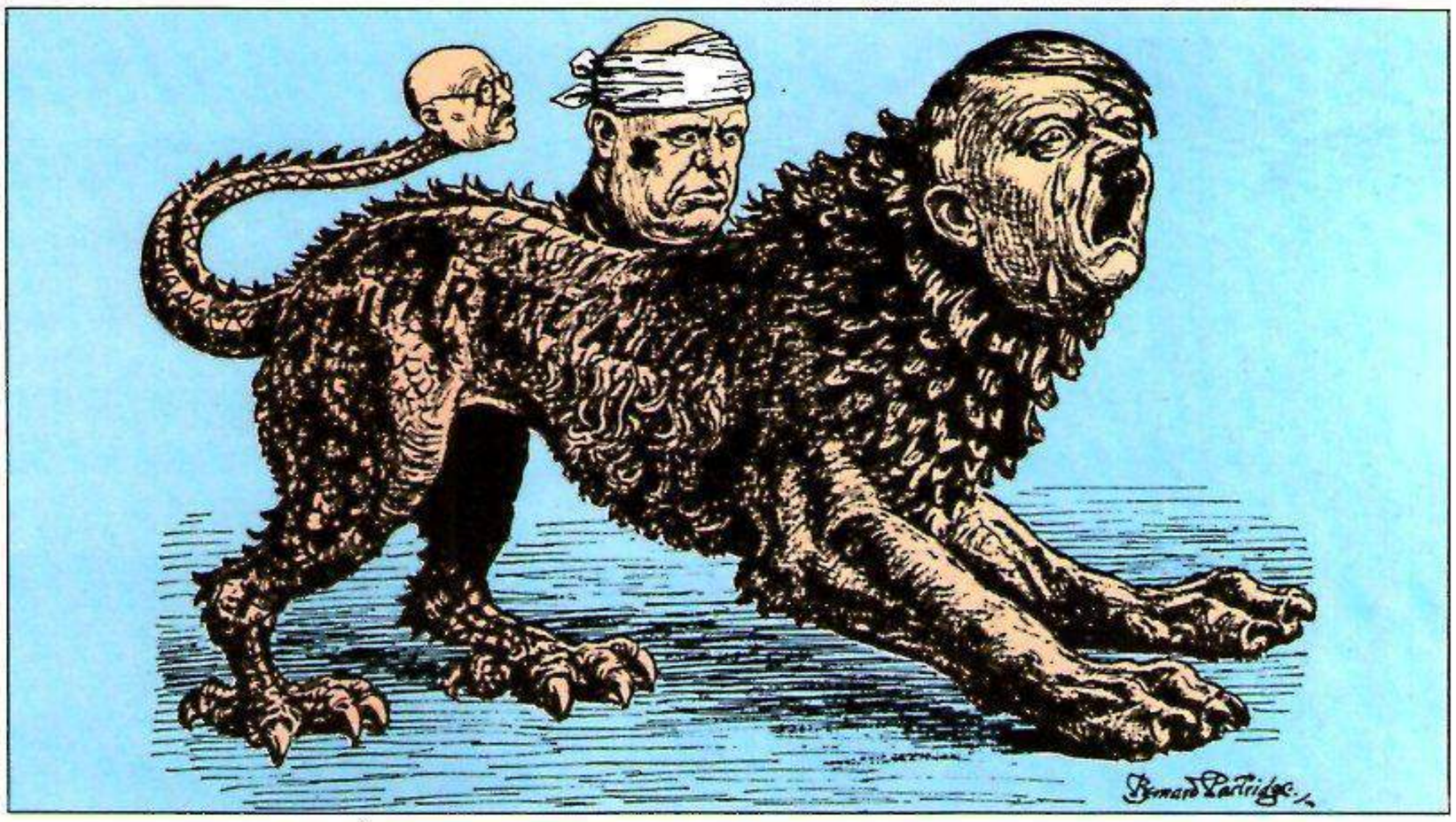


Aquí, en Berlín-Plotzensee, fueron ejecutados los participantes en la conjura del veinte de julio.

El retiro de Mussolini

Tras su puesta en libertad de la prisión en que fue encerrado por el Gobierno de Badoglio, el 12 de septiembre de 1943, Mussolini se dedicó a elaborar un ambicioso programa de gobierno para un nuevo Estado italiano, en cuya cúspide habría de figurar él. Entre los puntos incluidos aparecían como importantes: la prosecución de la guerra contra los Aliados, reorganización del Ejército, depuración de los cuadros del partido y del país mediante una limpia de «traidores», y extirpación de la «plutocracia parasitaria». En su cabeza revoloteaba la idea de crear un nuevo estado fascista sobre la base de la vuelta a las tradiciones republicanas primigenias de los «fascistas de la primera hora», con una fuerte impronta socialista. En la práctica tuvo que reconocer que no era más que un jubilado pensionado por el estado de Hitler. El «Estado Fascista Republicano», proclamado el 27 de septiembre de 1943, y transformado en «República Social Italiana» el 1 de diciembre de ese mismo año, se encontraba bajo la ocupación del Grupo de Ejércitos C alemán, al mando del mariscal Kesselring, que mantenía sus tropas en el centro y norte de Italia. Por su cuenta, los alemanes habían seccionado algunos «territorios operativos» del país, como el Sur del Tirol, Istria y Trieste.

En la retaguardia del frente, de cuyas incidencias dependía el conjunto de la «República Social», dominaba el poder omnímodo del «Jefe supremo de las SS y policía de Italia», *Obergruppenführer* SS Karl Wolff, un antiguo oficial de dragones de Hesse. Mussolini pretendía trasladar nuevamente la sede del Gobierno a Roma. Los alemanes, sin embargo, le dijeron taxativamente que eso era imposible, porque Roma había sido declarada «ciudad abierta». Más tarde pensó –siguiendo una táctica más inteligente– en establecerse en Bolzano o Merano, «territorios operativos» alemanes, en el Sur del Tirol. La parte germana quedó desconcertada, y le fijó entonces la sede del Gobierno en las inmediaciones del cuartel general alemán de las SS y de la *Wehrmacht* en Belluno y Verona, en Gargagno, a orillas del lago de Garda. Mussolini se decidió por esta última posibilidad y se trasladó al palacio del millonario Feltrinelli, al norte de Gargagno. Los Ministerios de Cultura y de Asuntos Exteriores quedaron instalados en las inmediaciones del idílico Salò, razón ésta por la que el nuevo aparato de Estado recibió también el nombre de República de Salò. A una señal de Berlín, los Gobiernos satélites de Rumania, Hungría, Eslovaquia y Croacia establecieron relaciones diplomáticas con «Salò». A ellos se unió también Japón. Los Estados neutrales –incluso la España de Franco, tan unida afectivamente a Italia– se negaron a otorgar el reconocimiento formal. Los planes de Mussolini, en el sentido de restaurar el Ejército, quedaron sin cumplir, a pesar de que se había puesto a su disposición uno de los oficiales más prestigiosos del país, el mariscal Rodolfo Graziani, ministro de la Guerra. La movilización general, ordenada por Mussolini el 22 de septiembre de 1943, se reveló muy pronto como un especie de palo de ciego. Más de la mitad de los entrados en caja desertaron.



Un caricaturista británico representó el Eje como un león cuya cabeza era Hitler. El león ruge: «¿Cómo os habéis atrevido a ponerle la mano encima a mi querido Benito?»

La «República de Salò» fue decayendo cada vez más, a medida que iba progresando el verano, y con él, el avance hacia el norte de las tropas aliadas –angloamericanos, franceses, polacos y un cuerpo expedicionario brasileño–, después de haber ocupado Roma el 4 de junio de 1944. El final llegaría con el intento de Mussolini en solitario, en marzo de 1945: el dictador trató de establecer contacto con los Aliados a través del cardenal arzobispo de Milán y del Vaticano, con vistas al establecimiento de conversaciones para una capitulación condicionada. Los Aliados rechazaron la oferta. Entonces, Mussolini, que se había trasladado a Milán por ocho días, trató de huir a Suiza, pero fue descubierto el 27 de abril de 1945 en Dongo, junto a la frontera helvética, en medio de una columna de la *Luftwaffe* alemana, y quedó detenido inmediatamente. El desenlace del drama de Salò se produjo a las 16,10 h del sábado 28 de abril de 1945, con los disparos del comando ejecutor comunista ante los muros del jardín de la Villa Belmonte en el Dongo, no lejos de Giulio di Mezzegra.

Walter Görlitz

Erich Winhold

LA LUCHA POR EL REICH

Apremiado por los Aliados occidentales, el Ejército Rojo se vio obligado a anticipar su ofensiva para la conquista del Este alemán. La acción comenzó el día 12 de enero de 1945. Las tropas alemanas lucharon con valor desesperado contra un enemigo cuatro veces superior, sin lograr tan siquiera frenar su avance. Sobre la población civil se desataron entonces todos los horrores de la guerra.

Para la cena se sirvió un ganso. Yo procuré, con gran esfuerzo, ir troceando mi porción tratando de que el muslo de ganso que me correspondía no se me escapase y fuese a dar en el regazo de mi vecina de mesa.»

El lugar en que se celebraba aquella «comida con ganso» era la villa del ministro de Propaganda del Reich, doctor Goebbels. La ocasión, la cena de Nochevieja de 1944. Uno de los invitados, Wilfried von Oven, jefe de prensa del ministro. He aquí su informe, del que ya hemos entresacado un párrafo: «Miré en derredor y comprobé para mi tranquilidad que todos se habían encerrado en un hermético mutismo, que todos los comensales mostraban el mismo coraje en la difícil operación de cortar el ganso, de modo que los trozos se adecuasen al tamaño de la boca. Así estuvimos largo rato. Los invitados no decían palabra, para no poner en un apuro a la señora de la casa; ésta, a su vez, guardaba silencio para no delatar al donante del ganso, *Gauleiter* Hanke, cuya susceptibilidad se habría visto herida. Y éste, por su parte, mantenía en secreto que hubiese sido él, y no otro, el que había regalado aquel ganso tan correoso.

»Por fin el dueño de la casa rompió aquella tensión embarazosa y exclamó dirigiéndose a su mujer: 'Dime, querida, ¿tu muslo es tan terriblemente duro como el mío?'.

»Todos respiraron aliviados. Se había encontrado un tema de conversación. En seguida se produjo una viva polémica sobre el grado de correosidad del animal. Hanke lanzó como réplica varias alusiones subrayando que era una buena señal de la situación alimentaria alemana en el sexto año de la guerra, el que los gansos se hubiesen hecho tan viejos.

»Más tarde nos sentamos en el vestíbulo, en torno a la chimenea. Cuando estaba a punto ya de terminar el año viejo se elevó al máximo el volumen del receptor de radio. Entonces oímos la 'Profesión de fe prusiana', de Clausewitz, leída por Heinrich George. Como fondo de las últimas frases, algunos compases del himno alemán interpretado por suaves violines. Doce golpes de gong anunciaron acto seguido el final del año, de un año que nos había traído tantos dolores pero también una luz de esperanza. Al oír el último golpe, las campanas comenzaron a repicar ahogando los compases del himno 'Oh, Alemania gloriosa'.

»En ese momento ya nos habíamos puesto en pie. La señora Goebbels lloraba. Todos nos hallábamos muy emocionados».

En los últimos meses de la guerra se empleó cada vez más el antiaéreo de 88 mm para combatir a los carros blindados. Por falta de munición ya no era posible una acción efectiva frente a la enorme afluencia de bombarderos enemigos.

¿Se trataba de un último resquicio de esperanza? Tenían que encontrarlo, aunque en realidad tan sólo era un compás de espera cerca ya de una fatalidad insoslayable. Ciertamente, los frentes se iban recuperando, pero, ¿por qué?

No porque las «armas prodigiosas» o los nuevos ejércitos que se iban formando hubiesen frenado al enemigo, sino porque había llegado el invierno, y el enemigo, tanto en el este como en el oeste, tenía tras de sí una larga marcha recorrida y necesitaba una pausa antes de iniciar el ataque definitivo. Sobre todo el Ejército Rojo, que había logrado penetrar muy profundamente en territorio enemigo, hacia occidente.

Los Grupos de Ejércitos soviéticos (1.er Frente Báltico, 3.º, 2.º y 1.er Frente de Rusia Blanca) que habían penetrado el 22 de junio partiendo desde la zona de Vítebsk-Smolensk-Rogachev con un empuje extraordinario, habían arrollado y destruido virtualmente al Grupo de Ejércitos Centro alemán y se encontraban cinco semanas después a orillas del Vístula, hacia el sur de Varsovia y en la frontera de Prusia Oriental.

Antes de la tormenta

No obstante, llegó la pausa. Pues si el avance se había producido con una rapidez meteórica, esto tenía que comportar un precio muy alto: el del enfrentamiento con una enérgica resistencia. Los rusos se lanzaron al ataque, literalmente, sin reparar en el número de bajas.

Los informes de guerra sobre el ataque de unidades alemanas utilizan un lenguaje claro: a menudo puede leerse que tal o cual sección ha logrado detener un ataque llevado a cabo por una formación rusa muy superior; por lo menos han muerto 4000 hombres del Ejército Rojo, o han resultado heridos; 32 carros destruidos; los alemanes han perdido solamente 40 hombres y dos cañones de campaña, dos obuses y algunas ametralladoras.

Contando con el factor puramente numérico, estos hechos se presentaban como verdaderas victorias, sólo que los rusos podían permitirse las pérdidas en hombres y material mientras que los alemanes no podían recuperar los 40 hombres bien experimentados ni los dos últimos obuses. En consecuencia, las compañías diezmadas hasta la mitad, o con menores efectivos aún, se hallaban más afectadas por cada pérdida.

Al fin, a mediados de noviembre, cundió la impresión de que había vuelto a estabilizarse el frente. La línea comenzaba en el norte, en el golfo de Kursk, recorría la frontera de Prusia oriental y llegaba hasta el Narev. Luego continuaba a lo largo de este río hasta su desembocadura en el Vístula, atravesando Varsovia. Al sur de esta ciudad el frente envolvió dos cabezas de puente rusas establecidas en la orilla occidental del Vístula: la más al norte, situada en el meandro del río cerca de Pulawy-Zwolen, y la localizada en el sur, mucho mayor y más peligrosa, en el arco del Vístula a las puertas de Baránov. Al sur de esta cabeza de puente soviética continuaba el frente hasta la propia orilla del Vístula, cruzaba el río y seguía todavía más hacia el sur hasta Kaschau, en la frontera checo-

Cañón «Werfer» de 150 mm montado sobre un carro ligero «Maultier».

húngara, donde confluía con el frente del Grupo de Ejércitos Sur.
El frente persistía como una larga línea de unos mil kilómetros, defendida por dos Grupos de Ejércitos alemanes o, con más precisión si se quiere, por lo que había quedado en pie tras las duras batallas del verano y del otoño. El sector norte quedó encomendado al reconstituido (con carácter de urgencia) Grupo de Ejércitos Centro, muy castigado en el verano anterior. Al mando de esta formación figuraba el general Reinhardt. En cuanto al sector Sur, de Varsovia a Kaschau, era defendido por el Grupo de Ejércitos A, al mando del general Harpe.
Contra este frente alemán tan frágil se lanzó todo el ímpetu renovado del Ejército Rojo.
Los cuatro Grupos de Ejércitos soviéticos –situados de norte a sur y mandados por Rokossovski, Cherniakovski, Zukov y Koniev, respectivamente– quedaron integrados con abundantes efectivos humanos y de material, hasta el punto de que ya a mitad de diciembre la confrontación de fuerzas a un lado y otro del frente mostraba una curiosa proporción: la infantería rusa era superior a la alemana en un 9 a 1; su ejército acorazado, en un 6 a 1; su artillería, de un 10 a un 15 a 1, en cada sector del frente. Los alemanes carecían ya prácticamente de fuerza aérea, mientras que los soviéticos disponían ahora de abundante material.
¿Cuándo se lanzaría todo este potencial contra el inconsistente frente alemán? Era cuestión de tiempo. Lo que ocurriría después sí que era una pregunta contestada de antemano, al menos para los comandantes destacados en el frente y para el general Guderian, jefe de tropas acorazadas, que ocupaba desde julio de 1944 el cargo de jefe del Estado Mayor del Ejército y, al tiempo, el de jefe supremo de todo el frente oriental.
Guderian exigió con insistencia a Hitler, y no sólo en diciembre, que ordenase la incorporación del Grupo de Ejércitos que actuaba sin trascendencia alguna en Kurzeme (Curlandia). Las 30 divisiones intactas de esta unidad serían un refuerzo estimable para el frente oriental propiamente dicho. Esto era posible desde el punto de vista militar y técnico, pero Hitler se empeñó en su negativa, del mismo modo que había rechazado durante cierto tiempo cualquier posibilidad de repliegue de ningún sector de combate.
En cambio estableció Hitler que se pusiese en marcha en el oeste una campaña ilusoria: la ofensiva de las Ardenas. Guderian exigió, cuando ya no pudo evitar este despropósito, que se le concedieran las divisiones del oeste si fracasaba la ofensiva. A esto accedió Hitler, aunque después no mantuvo su palabra. Guderian apenas recibió efectivos para el frente oriental. Él y los comandantes de los Grupos de Ejércitos se vieron precisados a defenderse por sí mismos. Así decidieron retirar del frágil frente las pocas unidades móviles con que contaban, se replegaron con todo lo que se pudo reunir a duras penas y concentraron tras las líneas una reserva de 14 divisiones muy depauperadas. Las divisiones acorazadas de esta reserva, que se situó tras del frente desde el Báltico hasta el arco sur del Vístula, contaban con 70 u 80 carros por división, es decir, un tercio de los efectivos necesarios. Para el estado de fuerzas de los alemanes, una cifra considerable. Con todo, ¿qué podía significar frente a un enemigo que era capaz de movilizar cuerpos acorazados por docenas? Se daba por descontado que los generales alemanes estaban dispuestos a suplir en lo posible la falta de medios con una táctica más depurada. Precisamente por este criterio se había elaborado el plan «Paseo en trineo», desarrollado sobre todo por el jefe del Estado Mayor del Grupo de Ejércitos A, el aún relativamente joven teniente general Wolfdietrich Ritter von Xylander.

Hitler, el mejor aliado de los rusos

Este general alemán había logrado encontrarle el punto flaco a la ya acreditada táctica rusa de ataque, que se apoyaba en la gran superioridad artillera de los soviéticos. Los rusos comenzaban sus ataques invariablemente con un implacable fuego de mortero muy prolongado, orientado de tal modo que trillaban materialmente cada metro cuadrado de la principal línea de combate alemana. Esto acarreaba numerosas bajas entre las tropas del Reich en un momento en el que no se contaba con posibilidades de reposición.
Por esta razón Ritter von Xylander había propuesto retirar las tropas de las primeras líneas inmediatamente antes del comienzo del ataque artillero enemigo, momento que habrían de comunicar las unidades de reconocimiento de campaña. Con esta táctica las fuerzas alemanas se verían libres de aquel huracán de metralla y podrían atacar a los soviéticos cuando éstos no lo esperasen, sobre todo por los flancos. La proposición era razonable, sólo que no le pareció bien a Hitler. Éste no quiso oír ni una palabra más de ningún otro movimiento de tropas que no fuese el de permanecer a toda costa en el sitio ocupado. Rechazó el criterio de la maniobra «Paseo en trineo» y no toleró que las reservas situadas tras las líneas del frente, e integradas con tanto esfuerzo, se trasladasen allí donde realmente eran necesarias: ni hablar, esas reservas deberían permanecer, por orden del *Führer,* a una distancia de 10 o 12 kilómetros de las líneas del frente. Según Hitler, no se necesitaba recurrir a esas tropas de refresco. El *Führer* menospreciaba todas las noticias que llegaban sobre el avance soviético y sobre la superioridad de las tropas rusas en las cabezas de puente del Vístula. Entretanto los rusos habían aumentado la proporción de sus efectivos respecto de los alemanes: Infantería (11 : 1), carros blindados (7 : 1), artillería (20:1). Según Hitler estos datos eran una pura falsificación o una patraña. Estaba convencido de que los soviéticos eran mucho más débiles que los alemanes, e incapaces de un ataque frontal.
Guderian conocía mejor la situación; el general Gehlen y su equipo de información, sección «Ejércitos Extranjeros Este», trabajaban en la nueva fase de un modo muy diferente a etapas anteriores y habían conseguido conocer con precisión cuándo se produciría el ataque soviético decisivo: el 12 de enero de 1945.
Aquel día, a la 1,30 de la madrugada, comenzaba el temido y esperado fuego de morteros en la línea de la cabeza de puente de Baránov.
Según se calculó, la intensidad de fuego por parte soviética indicaba que los rusos contaban con 250 cañones y «órganos de Stalin» por kilómetro: un cañón cada cuatro metros. Los alemanes eran incapaces de responder a un fuego artillero tan cerrado, ante el que ni siquiera podían resistir. El martilleo enemigo se prolongó hasta las 6 de la mañana. Cuando los supervivientes se disponían a concentrarse para hacer un recuento de los efectivos que quedaban, volvió a desencadenarse aquel infierno con una redoblada virulencia, hasta las 7. Las posiciones y las tropas de la 4.ª *Panzerarmee,* que se encontraban ante la cabeza de puente del Baránov, quedaron materialmente pulverizadas.
La penetración hacia el sur del frente oriental se desarrolló en forma de enfrentamientos rápidos que provocaron una cadena de fracasos. El 13 de enero el Grupo de Ejércitos Cherniakovski penetraba por el norte, al otro lado de las líneas alemanas tendidas a lo largo de la frontera de Prusia oriental. Al sur, el Grupo de Ejércitos Rokossovski cruzaba el Narev. El ataque del primero se orientaba hacia Königsberg y Samland. El segundo tomó la ruta de Elbing-Danzig. Así se formó un movimiento en tenaza con el fin de separar a Prusia del Reich.
Al día siguiente, 14 de enero, los Ejércitos de Zukov avanzaban por el

sur y el norte de Varsovia y cruzaban las aguas heladas del Vistula por la región de Wartha.
En los tres sectores de frente el avance soviético era arrollador, pero no fácil. Los combates a la desesperada se extendieron desde el golfo de Kursk a los Cárpatos, en el menor pueblo ocupado por el enemigo, en cualquier villorrio, en las pequeñas ciudades, en aquellos puntos en los que se encontraban rodeadas unidades alemanas en «cercos flotantes» que eran empujados hacia el oeste por el enemigo... Por todas partes surgía ese horror sin nombre. Nadie preguntaba ya nada: tan sólo se combatía.
Las atrocidades del Ejército Rojo en los lugares y regiones ocupados o habitados por alemanes, donde penetraron en las últimas semanas de enero de 1945, no pueden disculparse. Mas no se olvide que los rusos avanzaban hacia la frontera alemana sobre un mar de sangre, incluso de sangre de sus propios camaradas, y el avance tuvo que pagarse con un elevadísimo tributo. Estas tropas no marchaban por territorio enemigo, sino por terreno propio que los alemanes habían calcinado al huir o al replegarse. Tales circunstancias llevaron a los soviéticos a lanzarse a una verdadera orgía de sangre y venganza por encima de todo límite. Con todo, no parece que fuese la propaganda de odio que se lanzó sobre ellos lo que les movió a tal actitud.
Hay otro factor a tener en cuenta. Los responsables de esos hechos no se encontraban en Moscú, sino en Königsberg, Poznan, Breslau y Berlín. Eran el *Gauleiter* de Prusia oriental, Kock; el de Wartha, Greiser, y el de Silesia, Hanke, así como su jefe supremo (aparte de Hitler), Bormann. Señores absolutos en sus demarcaciones, no se permitían ni tan siquiera la sospecha de que la tiranía tenía marcado un límite. Ciegos por la confianza en una victoria final y en un giro inmediato en los acontecimientos, obligaron a la población a cavar trincheras mientras quedasen palas disponibles. Durante el invierno se construyeron fosos contracarros y fortificaciones desde Prusia oriental hasta Silesia, en tres líneas paralelas. Pero lo que realmente importaba en aquel momento no se hizo: la evacuación de la población civil en un momento todavía oportuno. No se podía acceder a algo que hubiese denotado falta de fe en la victoria final.
Técnicamente era posible una evacuación de los territorios orientales hacia el centro del Reich. Así se habría ahorrado un sinfín de padecimientos y de muertes perpetrados por los soviéticos en su rápida marcha.

Los alemanes apenas contaban ya con elementos que enfrentar a los rusos, que avanzaban inconteniblemente. Pocos carros (en la foto grande, ataque contra un pueblo ocupado ya por los soviéticos) y contadas piezas de artillería (en la foto pequeña, soldados de una unidad con un «Werfer» de 150 mm); éstos eran los efectivos que le quedaban a la infantería para frenar un potencial enemigo muy superior.

La rapidez lograda por las tropas soviéticas en su avance era impresionante. En el sur, las vanguardias de Koniev alcanzaban en 8 días de marcha, el 20 de enero, las fronteras de Silesia; el 22 caían en su poder Gleiwitz y Beuthen; el 25, cruzaban el Oder en Brieg y Steinau.

En el centro atacaban los Ejércitos de Zukov a través de Polonia; el 17 de enero cayó Lodz (llamada entonces Litzmannstadt) y el 18 Cracovia; el 27 de enero quedó cercada Poznan. El 30 las vanguardias acorazadas soviéticas lograban vadear el Oder entre Francfort y Küstrin sobre los anchos témpanos de hielo que cubrían las aguas del río. Poco después quedaban formadas dos firmes cabezas de puente a ambos lados de Küstrin.

En el norte, Rokossovski, siguiendo una dirección sur-norte, llegaba hasta las orillas del Báltico tras un avance de 10 días. Con ello quedaban interceptadas todas las comunicaciones entre la Prusia oriental y el resto del Reich.

Dos días después del comienzo del ataque ruso comprendió Hitler, ocupado hasta entonces en el desesperado ataque en occidente, el peligro mortal que amenazaba en el Este y trasladó su cuartel general a la Cancillería del Reich, en Berlín. Entonces decidió que el frente occidental se limitase a mantener una posición defensiva y que las unidades disponibles, sobre todo la 6.ª *Panzerarmee* de las SS, se pusiesen al mando de Guderian, pero no en el frente oriental propiamente dicho, sino en Hungría, con el fin de reconquistar Budapest. Al tiempo dictó otras disposiciones en las últimas semanas de enero:

Nombró a Himmler comandante en jefe del nuevo Grupo de Ejércitos del Vístula, cuyo cometido sería el de cerrar la brecha abierta por los soviéticos entre el norte del río y las fronteras del Reich. Entretanto, la mayor parte del Grupo de Ejércitos Centro había sido empujado hacia Prusia oriental y había quedado cercado allí.

Una determinación fatal. Himmler se proponía adquirir méritos, en un sentido estrictamente nacionalsocialista, partiendo de cero. Para lograrlo intentó formar un nuevo y capaz Grupo de Ejércitos aglutinando restos de formaciones, retenes de «granaderos del pueblo», soldados de la retaguardia carentes de objetivo, y gentes parecidas. Sin embargo, Himmler no sabía ni palabra de todo esto. Como tampoco el Estado Mayor que, por expreso deseo del *Führer*, había reclutado él mismo. Otra orden de Hitler se refería a la región industrial de la Alta Silesia, que, según se estableció, había que defender a toda costa. Hitler reemplazó al comandante en jefe de la zona, general del Grupo de Ejércitos A, Harpe –para él demasiado flojo–, y le sustituyó por otro oficial que le era absolutamente fiel: el general Schörner, un hombre al que parecía lógico el que sus tropas aplicasen métodos de terror en el campo de batalla («Más miedo a retaguardia que en la vanguardia», decía como expresión de su método para movilizar a los propios soldados).

Siempre el gran respeto

Precisamente este Schörner, que mandó ahorcar a auxiliares de la *Luftwaffe* de 15 años, acusándolos de deserción, porque no hicieron otra cosa que recorrer el camino desde las baterías a sus casas, este Schörner no era un personaje que menospreciara el peligro, cuando se enfrentaba directamente a él. Cuando a finales de enero estaba a punto de quedar desbordado el Ejército 17, en combate en la Alta Silesia, Schörner ordenó que se abandonase la región industrial y se iniciase el repliegue al otro lado del Oder. Esto ocurrió el 27 de enero.

Schörner comunicó esta decisión personal al *Führer*, por teléfono táctico, pero suponía una absoluta desobediencia de lo decidido por el *Führer*. Sin esta orden de retirada, justificó el general, se habría ido al diablo en poco tiempo todo el Ejército 17, cosa que no se podía permitir porque se le necesitaba aún.

El general Ritter von Xylander, que seguía ocupando su cargo en el Grupo de Ejércitos, escuchó la conversación y supuso que Hitler por lo menos destituiría a Schörner, si es que no lo hacía fusilar. Pero no fue así: oyó cómo un Hitler cansado se limitaba a decir: «Bueno, de acuerdo, Schörner. Ha hecho bien, si es lo que ha creído conveniente.»

Aunque eso era asombroso, no lo sería menos otra circunstancia. Tras el repliegue del Grupo de Ejércitos hasta el sector del Neisse cercano a Görlitz, se observó que los rusos decidían permanecer en sus posiciones. Era a mediados de febrero. ¿A qué se debía el que los soviéticos, en pleno impulso, a mitad de febrero, hubiesen decidido de repente quedarse clavados en los territorios conquistado? Todavía hoy persiste el enigma. Sin embargo, para Hitler no parecía ningún misterio. Si los rusos se detenían en el frente, a lo largo del Neisse de Görlitz, del Oder hasta Stettin y, siguiendo la llanura de Pomerania hasta Danzig, era porque estaban al límite de sus fuerzas. Bastaría un mínimo esfuerzo para dar un vuelco a los acontecimientos.

Era una macabra ilusión, pero en ella latía un meollo de verdad. Ciertamente, los rusos se hallaban agotados. Sus líneas de aprovisionamiento habían quedado ampliante superadas, debido a la velocidad de marcha; las tropas se encontraban exhaustas y diezmadas. La situación militar tampoco estaba para muchas aventuras: los mariscales soviéticos, que sentían un gran respeto ante la potencia alemana, sabían perfectamente que, aunque se encontrasen sus propias tropas a 90 kilómetros de Berlín, arriba, en Pomerania, había aún «germanskis», y abajo, en Silesia; si se pudiese formar –pensaron– una gigantesca tenaza partiendo del norte y del sur para arrancar aquellas débiles líneas que se replegaban...

En la parte alemana se pensaba también en esta dirección. Sólo que había algo que los rusos no sabían: que desde hacía tiempo faltaba la fuerza. Con todo, había otras razones que llevaron al mando soviético a ordenar que se detuviese el avance: los comandantes rusos habían perdido momentáneamente el control de sus propias tropas, ebrias de victoria. Éstas se hallaban más ocupadas en acumular botín que en aplicar otros tipos de violencia.

Unidades enteras se negaban en esas circunstancias a seguir las órdenes que se les impartía desde el mando, tal y como refieren fuentes soviéticas. Se imponía, pues, una pausa.

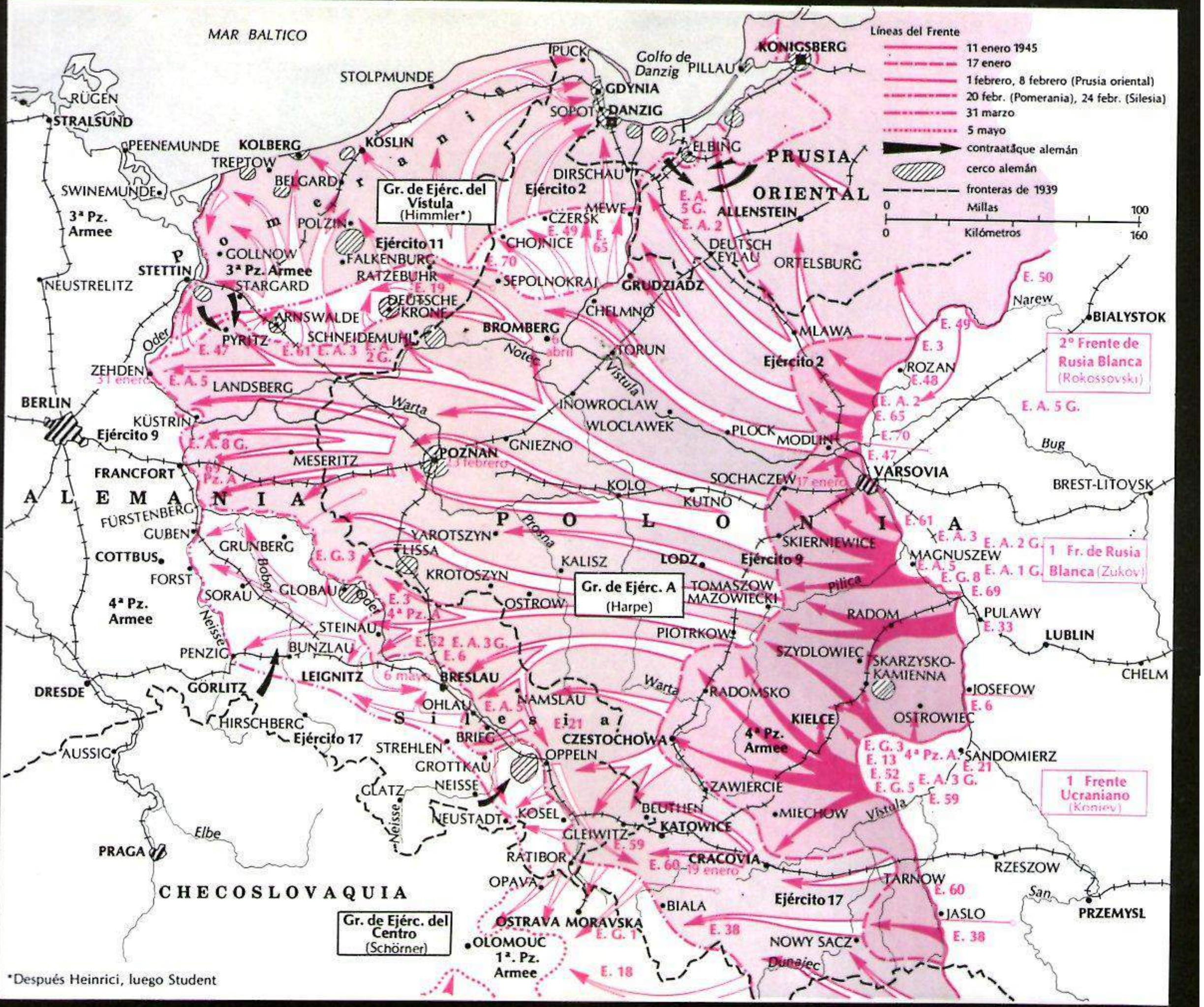
Eso no quiere decir, por supuesto, que los rusos desistieran del ataque. En las semanas desde mitad de febrero hasta mitad de marzo, el Grupo de Ejércitos Vístula fue empujado desde Pomerania.

Por los mismos días se decidió el destino de Prusia oriental. En este sector el cerco fue estrechándose hasta quedar localizado en Heiligenbeil, donde quedó aislado el Ejército 4, luchando hasta el final para facilitar la huida de muchos a través de las aguas heladas de la albufera y por la tierra aterida del istmo. En Pomerania, el diezmado Ejército 2, por efecto del empuje de los carros de Zukov, se dispersó en un amplio frente hacia la costa.

El 20 de marzo, cediendo a presiones de Guderian, Hitler nombraba nuevo comandante en jefe del Grupo de Ejércitos Vístula al general Gotthard Heinrici.

El pequeño y enjuto general, a la sazón de 56 años, aureolado por su cabello gris, era un verdadero especialista en defensa, del que se contaba que sólo retrocedía, tras larga reflexión, cuando el aire era irrespirable por efecto del olor a plomo. Esto no quería decir que le gustase enardecer a sus soldados; todo lo contrario. Heinrici actuaba con arreglo al arte de causar al enemigo el mayor número posible de bajas arriesgando al mínimo las propias fuerzas.

Sin embargo, esta vez lo que se encontró al hacerse cargo del mando le llevó a dudar de las posibilidades de

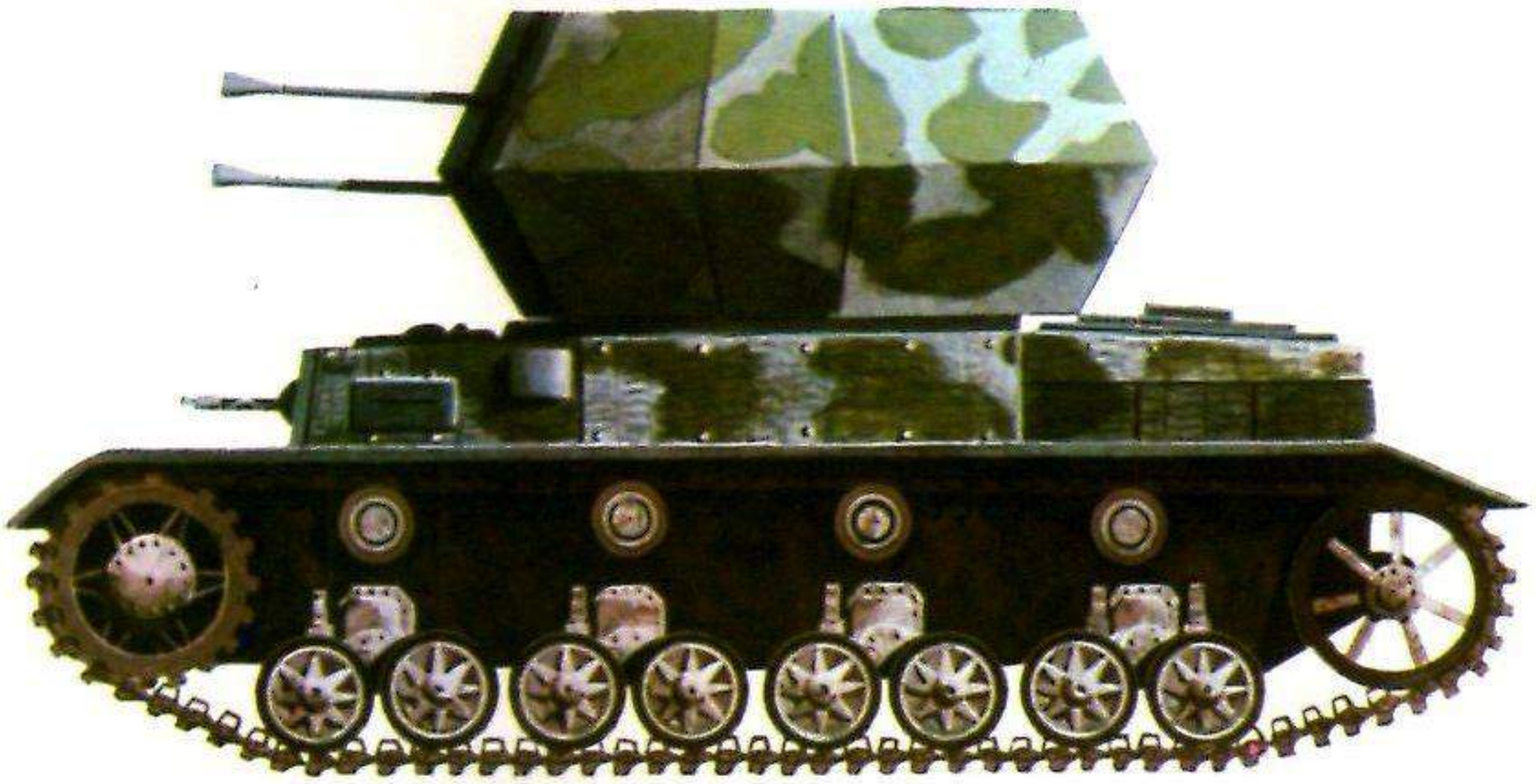


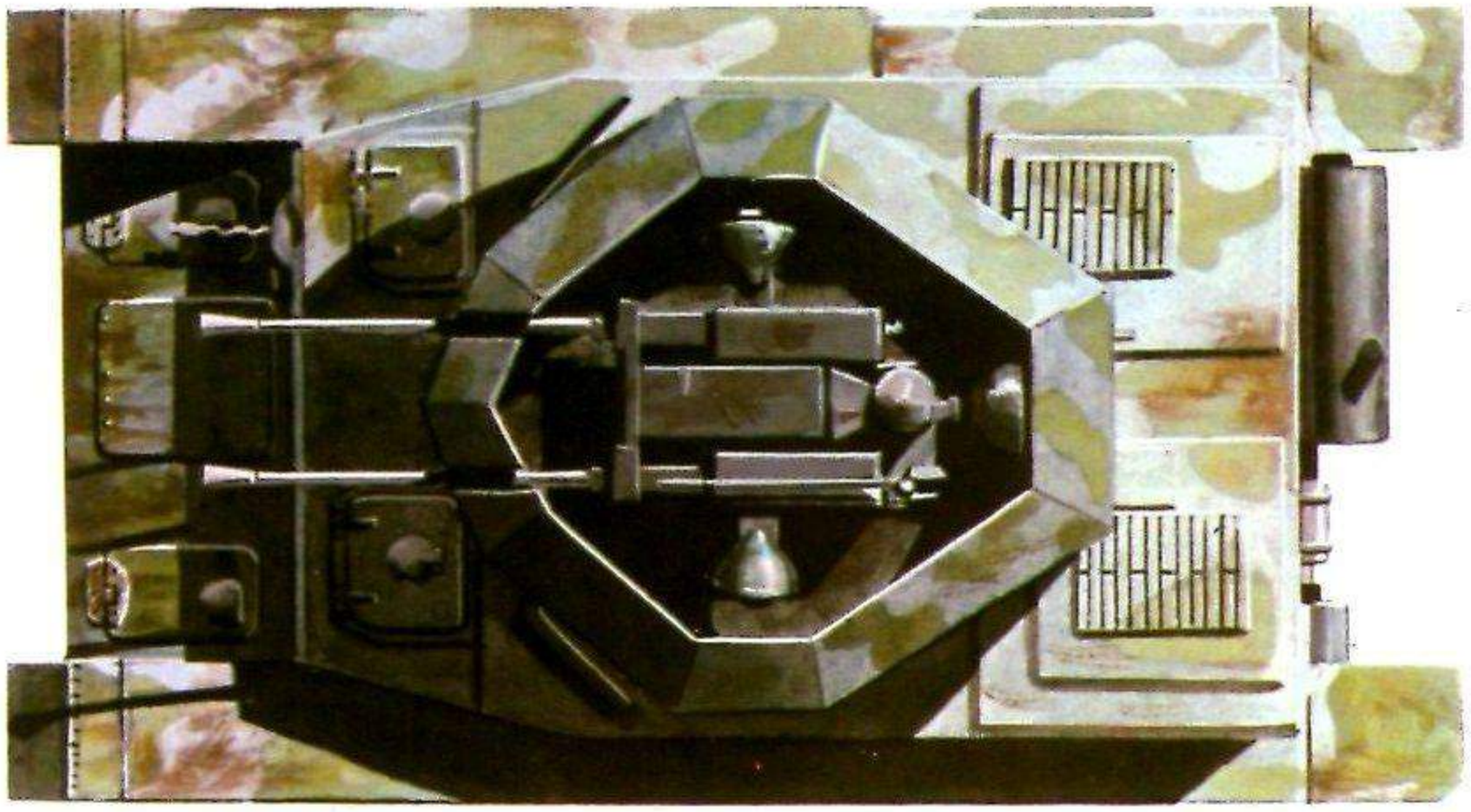
Enérgica defensa de las tropas alemanas cercadas y pocos y limitados contraataques caracterizan la situación del frente oriental en aquellos días de la guerra, pocos meses antes del final (mapa superior).

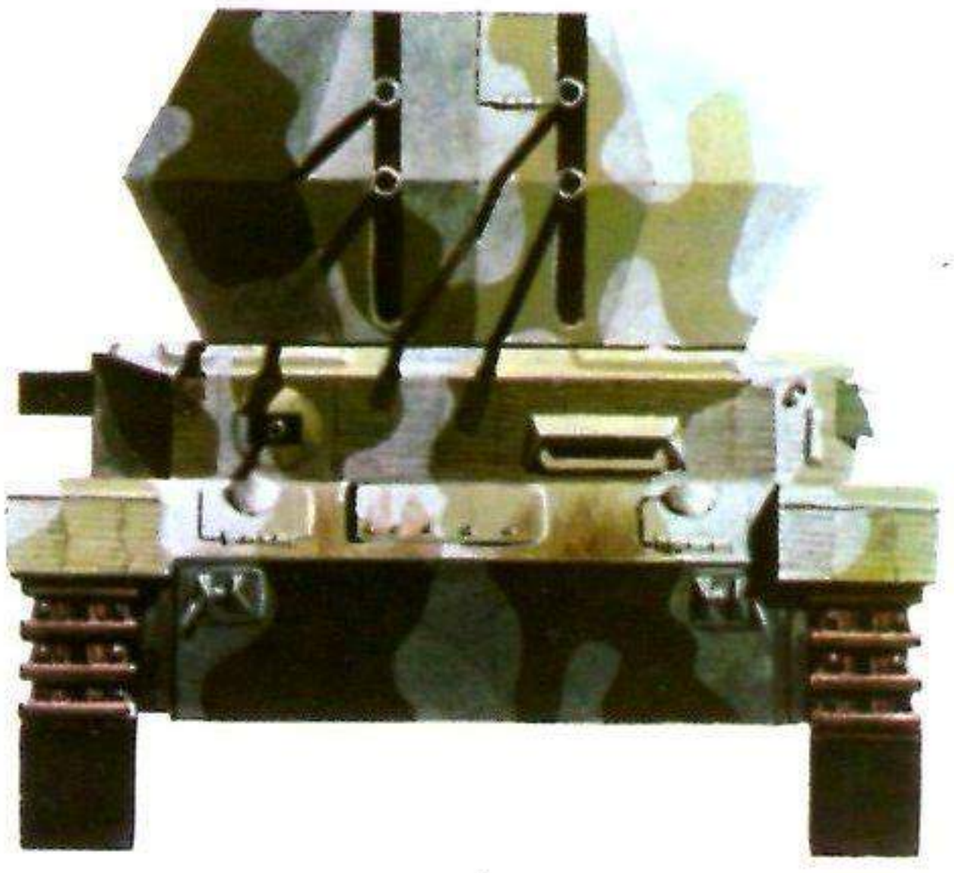
Un soldado del Ejército Rojo queda atrapado por las cadenas de un carro y muere (derecha)

Soldados alemanes caídos son sepultados en un cementerio de campaña (extremo derecha)

Carro blindado alemán dotado de antiaéreos «Wirbelwind»

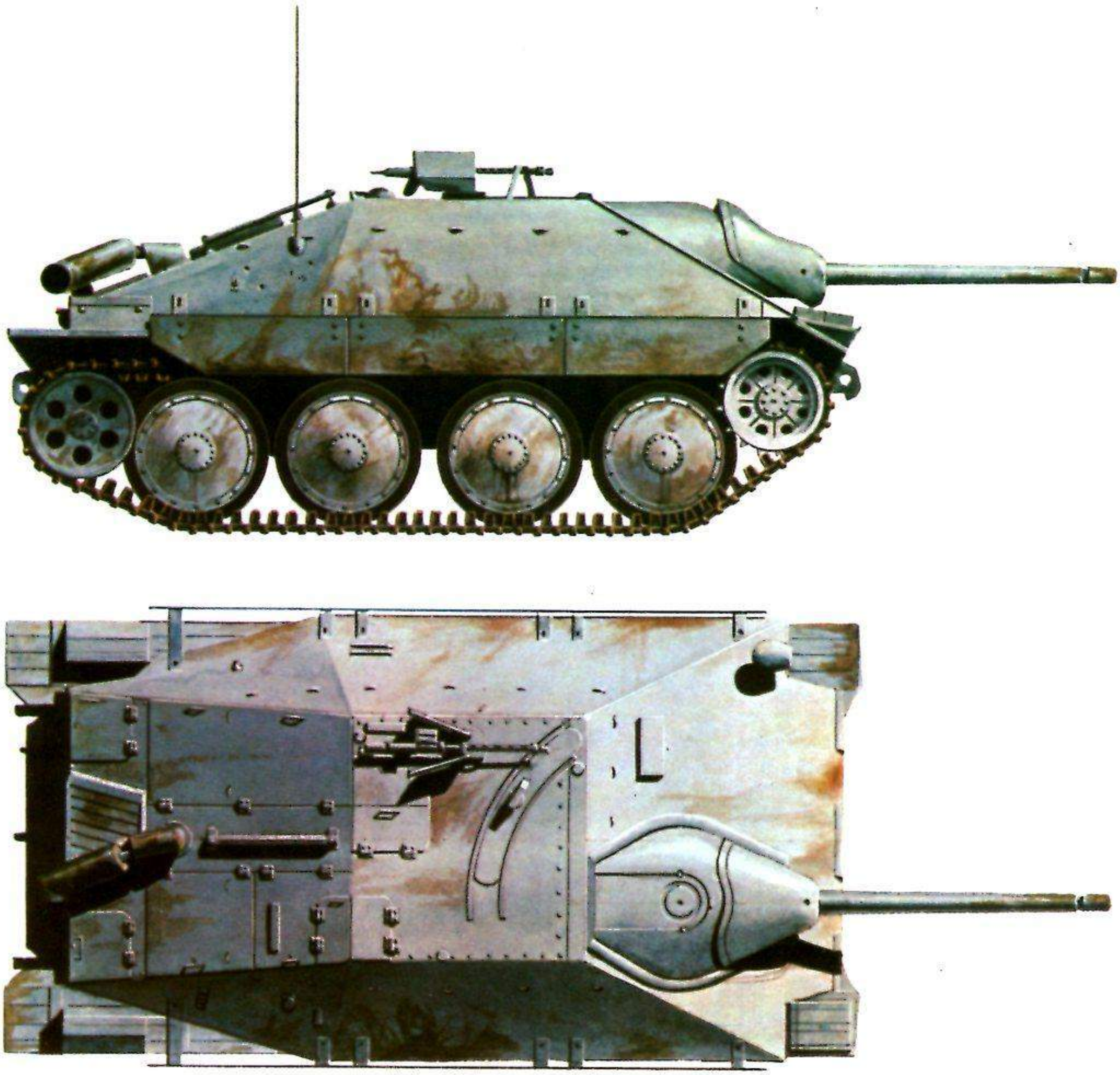






Peso: 25 t
Dotación: 5 hombres
Armamento: un antiaéreo cuádruple de 20 mm 38 L/5
Coraza: 85 mm
Tracción: un motor de serie Maybach HL 120 TRM de 300 CV
Velocidad: en carretera, 40 km/h. En campo abierto, 16 km/h
Longitud: 5,92 m
Altura: 3 m
Anchura: 2,97 m

Blindado de caza alemán 38 (t) «Hetzer»



Peso: 16 t
Dotación: 4 hombres
Armamento: un cañon contracarros de 75 mm 39 L/48, una ametralladora MG 34 de 7,92 mm
Coraza: 60 mm
Tracción: un motor de serie EPA-T-2, de 160 CV
Velocidad: en carretera, 39 km/h. En campo abierto, 16 km/h
Longitud: 4,87 m
Altura: 2,20 m
Anchura: 2,63 m

triunfo. El frente del Grupo de Ejércitos Vístula se extendía ahora por la orilla occidental del Oder, desde la desembocadura –donde los alemanes tenían aún en su poder las islas de Usedom y Wollim– hasta la del Neisse de Görlitz (Lausitz). Allí entró en contacto con el frente del Grupo de Ejércitos Schörner, que se extendía a través del Lausitz y de las Riesengebirge hasta Eslovaquia. El sector de frente de Heinrici comprendía dos Ejércitos, la mitad norte –desembocadura del Oder, en Eberswalde– con el 3.er *Panzerarmee* mandado por el general von Manteuffel; la mitad sur –de Eberswalde hasta la desembocadura del Neisse– con el Ejército 9, mandado por el general Busse.

Guderian levanta la voz

Manteuffel y Busse eran oficiales enérgicos y experimentados en el frente... sólo que carecían de ejércitos merecedores de ese nombre. Tan sólo eran grupos abigarrados y variopintos que se habían salvado del infierno que fue la ofensiva de enero pasando el Oder, o que habían salido de los hospitales de campaña en convalecencia, o grupos formados por muchachos sin formación militar alguna, o unidades populares. Con oficiales y suboficiales que tan sólo conocían la guerra por lo que habían leído de ella. Las divisiones intactas y capaces de luchar eran muy contadas.

Algo parecido ocurría con el armamento. Tan sólo las divisiones más antiguas contaban con las armas que necesitaban; las formaciones nuevas o fusionadas, por el contrario, carecían de todo: de armas, munición, combustible, incluso elementos fundamentales, como picos y palas. El único rayo de esperanza era el conjunto de 850 carros blindados, en gran parte nuevos, algo así como un último esfuerzo de la industria de armamento. No se contaba con dotaciones suficientemente adiestradas ni con oficiales competentes, pero se pudieron encontrar. Con esos efectivos se formarían un par de divisiones acorazadas regulares.

Arduamente, Heinrici y sus comandantes se dedicaron con exceso de implicaciones personales, a extraer de aquel amasijo unas fuerzas capaces de combatir. En esta operación también tuvieron éxito, aunque las expectativas no eran halagüeñas, a la vista de lo que se cernía al otro lado del Oder.

A esto se añadía la indignación de Hitler al enterarse de la formación de cabezas de puente por los soviéticos al oeste del Oder, cosa que Guderian no pudo evitar. El general rechazó las críticas del dictador en una furiosa carta, razón por la cual fue citado ante Hitler junto con el general Busse.

Guderian y Busse se personaron puntualmente en la Cancillería. Busse comenzó su exposición, pero Hitler le impidió seguir, lanzándole una sarta de reproches. Guderian escuchó algunos instantes pero pronto elevó poderosamente la voz para responder a Hitler. Inmediatamente procedió a explicar con detalle por qué Busse y sus soldados no habían tenido éxito a pesar de su voluntad de triunfo.

Adolf Hitler, que no estaba acostumbrado a que le interrumpieran, pegó un salto. A pesar de que durante los cuatro años de 1941 a 1945 sufrió una afección corporal que le hacía temblar de continuo, pudo sacar fuerzas de flaqueza de un modo sorprendente. En aquel momento proyectó su odio contra el Estado Mayor, refugio de defección, que había contrariado sus ideas...

En tanto permaneció en el poder, Hitler, en conferencias y coloquios, no toleró más protagonista que él mismo. Ese día se cambiaron las tornas: Guderian le respondía a gritos, con su voz potente y atronadora.

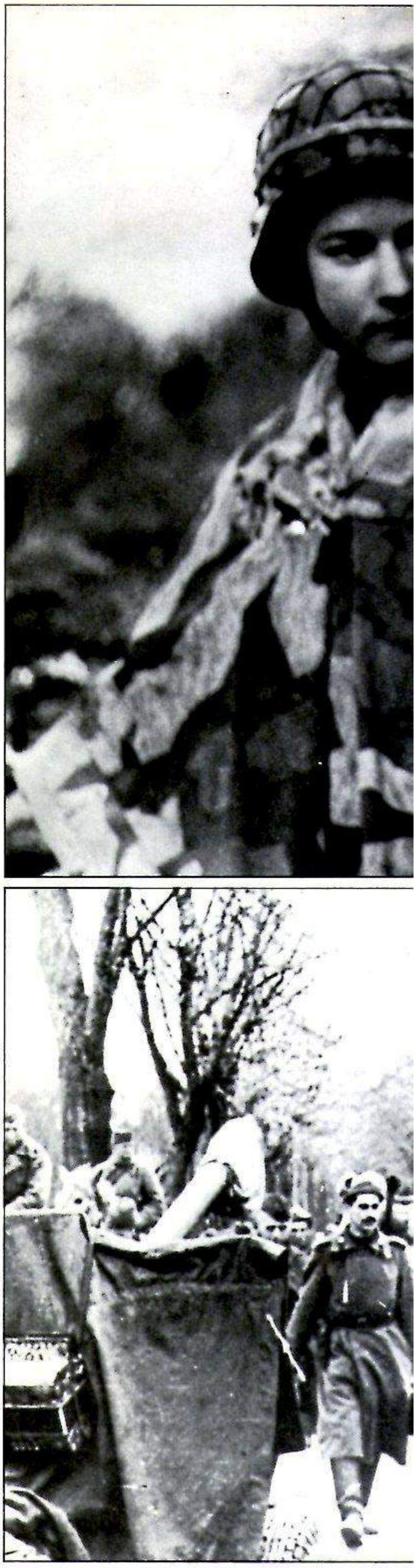
También para Guderian las cosas habían ido demasiado lejos: la permanencia inútil en el norte del Ejército de Kurzeme; la absurda ofensiva de las Ardenas, el intento idiota de reconquistar Budapest... y todo ello a costa del frente oriental, que podría estar localizado a 500 kilómetros de las fronteras del Reich si no hubiese intervenido aquella sarta de abusos...

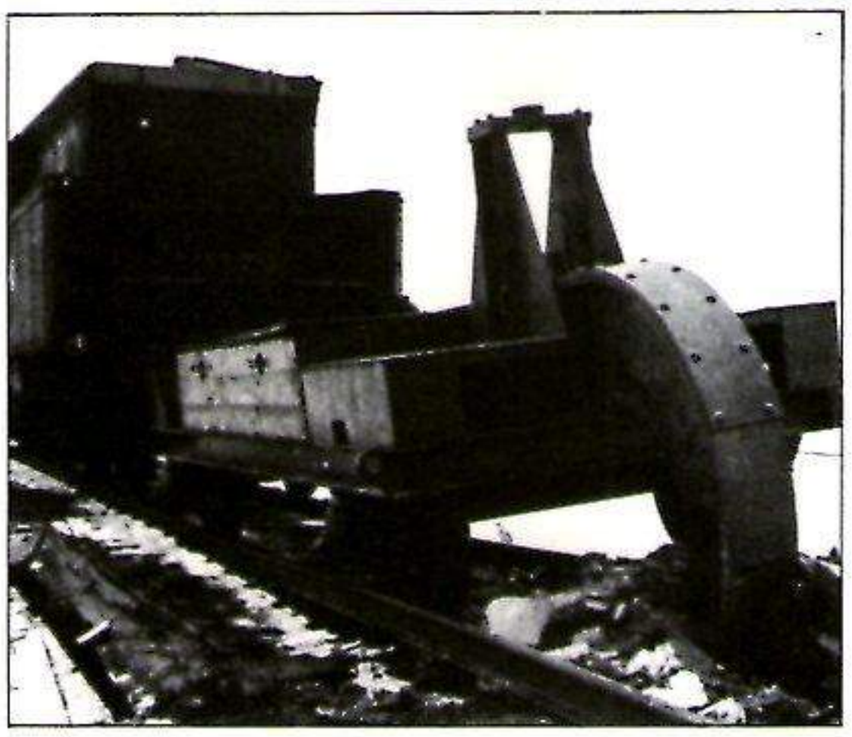
Hitler siguió gritando que estaba harto, que no necesitaba un Estado Mayor... Los gritos de ambos habían conmocionado los alrededores del despacho, hasta el punto de que entró el general Burgdorf para calmar a Hitler diciéndole: «Mi *Führer,* tranquilícese, por favor» Hitler se acomodó en su poltrona y se durmió.

Jodl tomó por el brazo a Guderian, rojo de ira como un cangrejo, y se lo llevó hacia la pared fronteriza del enorme despacho de Hitler. Luego paseó con él, arriba y abajo, pero no sirvió de mucho. La potente voz de Guderian seguía atronando la habitación, jurando contra aquella «fatalidad», que «él», Hitler, había lanzado sobre el frente oriental con sus graves errores.

El ayudante de Guderian, comandante Bernd von Freytag-Loringhoven, sintió miedo de que Hitler decidiese encarcelar a su jefe, si es que no ordenaba que lo fusilaran. Para aplacar los ánimos logró que llamasen a Guderian desde su cuartel general en Zossen y que el general permaneciese largo rato al teléfono.

Entretanto se tranquilizó también Hitler y prosiguió la reunión. Asimismo Guderian parecía haber recuperado la calma cuando regresó al despacho del *Führer.* Con todo, permaneció mudo hasta que





Junto a los veteranos, cada vez combatirían más muchachos que apenas habían dejado la infancia. Estos jóvenes combatientes militaban en la «Wehrmacht» o en las unidades populares (arriba).

La División 416 soviética en marcha hacia el oeste (izquierda). El avance soviético era ya arrollador, a pesar de que la «Wehrmacht», en su huida, trataba de obstaculizar el camino. Un «Schienenwolf» procede a destrozar una vía férrea.

terminó la sesión. Una vez concluida, rogó Hitler: «Por favor, Guderian y Keitel; quédense un momento.» Cuando los demás oficiales habían abandonado el cuarto de trabajo, Hitler dijo: «Guderian, su salud precisa un inmediato retiro. Su corazón vuelve a darle problemas. Espero que en seis semanas se encuentre plenamente restablecido.»

A lo que Guderian respondió: «Me considero cesado.»

Así se despidió el último de los colaboradores inmediatos de Hitler que no había perdido el sentido de la realidad.

Volviendo al mando supremo militar del Tercer Reich, en él tan sólo quedaban figuras que desde hacia tiempo no eran otra cosa que marionetas del dictador: Jodl, Keitel, Burgdorf, Krebs (sucesor de Guderian).

Al perder a Guderian, Heinrici perdió su último apoyo en el cuartel general del *Führer*. A partir de ahora sólo le quedaba la posibilidad de fortalecer en solitario, recurriendo a las reservas, el débil frente del Oder.

Sin embargo, por mucho que presionó a Hitler no recibió estas reservas. Muy al contrario. El 6 de abril Hitler le privó de la mitad de sus 850 carros y los envió a Schörner, debido a que repentinamente concibió la idea de que sería en el sur por donde atacasen los rusos en su operación principal, a través del Lausitz.

Por la tarde de aquel 6 de abril Heinrici presentaba ante el *Führer* una exposición de la situación en el frente oriental. En ella no regateó imágenes sombrías del frente del Oder, en el que, según él, no se podría resistir por mucho tiempo la presión del Ejército Rojo. La respuesta de Hitler fue una diatriba sobre la «fe fanática» que debería llenar a cada soldado: «Ahora todo se apoya en esto: en saber quién se cree ahora más fuerte, quién va a ser capaz de prolongar por unos minutos más esta lucha. Seremos nosotros los que lo consigamos. Esto tienen que creerlo fanáticamente los soldados que combaten en el Oder.»

Decepcionado, Heinrici regresó ese mismo día a su cuartel general de Prenzlau. «Nada de esto tiene ya sentido», confesó deprimido a su ayudante, coronel Eismann. Pero, sin embargo, Heinrici lograría, diez días después, cuando comenzó el avance sobre Berlín, una verdadera obra maestra de estrategia, junto con el general Busse. Había conseguido conocer y prevenir el lugar y el momento en que se produciría este ataque, a pesar de que los rusos ejercían un control férreo sobre las informaciones radiadas y los vuelos de reconocimiento alemanes eran poco menos que imposibles. Tras conocer estos datos decidieron los dos genera-

El general Heinz Guderian espetó bruscamente su opinión a Hitler. Éste le envió al retiro «en atención a su delicada salud».

les que sus tropas se replegasen de las posiciones sin hacer el menor ruido en la noche del 15 al 16 de abril. Así abandonaron sus trincheras ante la cabeza de puente soviética de Küstrin, para ocupar las más posteriores ubicadas en las laderas orientales de las alturas de Seelow.

El mariscal Zukov, que inició el ataque el 16 de abril, a las 4 de la mañana, partiendo de la cabeza de puente de Küstrin, había previsto una táctica especial: ordenó que se iluminase el campo de batalla con 140 potentes reflectores con el fin de deslumbrar a los alemanes y así dejarles más inermes ante el contundente martilleo de la artillería.

Los 20.000 cañones de Zukov comenzaron a castigar la zona. El huracán de fuego fue tan imponente que desató en las inmediaciones efectos propios de un terremoto. El estrépito de los cañonazos rompió los tímpanos de los servidores de las piezas soviéticas.

Pero terminaron desbordados

Sin embargo, los reflectores de Zukov no habían deslumbrado a nadie. El huracán artillero provocado había ido a parar al vacío. Esto lo notó él mismo al llegar la mañana, cuando sus tropas iniciaron la marcha por los terrenos pantanosos del Oder hacia las alturas de Seelow. Sus unidades no lograron ir muy allá. Los alemanes se habían parapetado en las alturas y disparaban a discreción toda la metralla que aún les quedaba en sus armas. «Ni siquiera necesitaban apuntar», comentaría después un oficial ruso al recordar aquella cruenta carnicería.

Zukov estaba furioso. Se había fiado demasiado de que los alemanes podrían verse arrollados por sus tropas. En lugar de esto, sus soldados se habían quedado una vez más detenidos, esta vez ante las elevaciones de Seelow, mientras su rival Koniev progresaba en el sur. Los dos mariscales soviéticos abrigaban cierta animosidad mutua en cuanto que los dos querían ser el primero en conquistar la capital enemiga, Berlín.

Stalin había establecido una línea de demarcación entre los campos de acción de los Grupos de Ejércitos dirigidos por los dos competidores. Esta distribución satisfizo a Zukov. Koniev tendría que recorrer el camino más largo. Con todo, éste tuvo más suerte y logró pasar el Neisse en un amplio sector. Un día después cruzaba también las aguas del Spree.

Esto ocurrió en el sector de frente de Schörner. «Este gran soldado –confesaba Heinrici amargamente en su cuartel general la noche del 16 de abril– no ha podido resistir ni un solo día.»

El frente de Heinrici, en cambio, continuaba en pie. Todavía permaneció dos días, tanto como duraron los proyectiles disponibles. «Pero después –comentó Busse– terminaron desbordados.» El 18 de abril prevaleció la enorme presión enemiga. Zukov conquistó las alturas de Seelow. No obstante, sus tropas habían quedado tan diezmadas que se impuso una pausa para reorganizarlas. Hitler aún dormía cuando clareó la mañana del 20 de abril de 1945, día de su cincuenta y seis cumpleaños. Esa misma mañana las vanguardias acorazadas de Zukov y Koniev se acercaban a los distritos periféricos de la capital del Reich. Los americanos habían cruzado ya el Elba cerca de Barby. El Ejército 9 de Busse se mantenía aún colgado de un ala en las orillas del Oder, mientras que la otra había sido empujada hasta el Fürstenwalde y se encontraba en grave peligro de quedar cercada. Contra el llamado 3.er *Panzerarmee* de Manteuffel, que operaba en el bajo curso del Oder, se lanzó aquella mañana, tras un intenso fuego artillero, el Grupo de Ejércitos de Rokossovski, con unos efectivos potentísimos.

Las escenas del mayor drama del siglo estaban a punto de producirse.

□

Erich Winhold

Justamente fue un general de las SS, el «Obergruppenführer» Karl Wolff, quien impulsó las arriesgadas negociaciones para la capitulación con los interlocutores americanos. Cuando el 2 de mayo de 1945 dejó de luchar en Italia el Grupo de Ejércitos C, esto no influyó ni poco ni mucho en la evolución final de la guerra. Mas para los soldados de ambas partes significó poner fin al derramamiento de sangre.

CAPITULACION EN ITALIA

Verano de 1944, a orillas del lago de Garda. En las playas, sobre todo en las de la orilla occidental, reina un gran bullicio. El panorama que se refleja en las azules aguas del lago es de lo más pintoresco: heridos o sanos, los soldados que habian salido de los hospitales de campaña –hoteles antes de la guerra– se agolpan en torno al lago, entremezclados con los naturales de la región, con los funcionarios del Gobierno de la «República Social Italiana», miembros de la Embajada alemana, oficiales de distintos cuerpos del Ejército del Reich. Tan sólo un detalle no concuerda con la escena. El cielo se llenaba a veces de un bramido sordo, como el de un órgano: en el firmamento, como una tormenta, aparecian «fortalezas volantes» que se dirigian, sobre el lago, hacia el norte. Así, día a día, formación a formación, a una altura de 2.000 metros. Los aviones aliados volaban hacia el sur de Alemania, dejaban caer sus bombas y regresaban a las dos horas, prácticamente incólumes, en formaciones perfectas tal y como habian ido.

Esas operaciones habian dejado de ser peligrosas. Ni a la ida ni a la vuelta se habian encontrado con cazas alemanes, ni les habia disparado un sólo antiaéreo. La munición se habia vuelto tan preciosa que no merecia la pena gastarla en derribar aviones. Los antiaéreos se habían trasladado al frente para emplearlos contra los carros.

El frente más adelantado se encontraba en pleno verano de 1944 a unos 300 kilómetros del idilico lago de Garda. El 4 de junio Roma se habia evacuado sin lucha. Manteniendo un combate tenaz, el Grupo de Ejércitos C habia resistido desde entonces ante los ingleses y americanos que se adentraban en tierra italiana, aunque también era perceptible el repliegue de los alemanes.

En el tranquilo paisaje del Garda había cuando menos una cosa absolutamente clara: Que, a no ser que se produjese un milagro, el final era cuestión de tiempo.

El convencimiento de que Alemania tenia ya muy pocas posibilidades de ganar la guerra era absoluto en el caso de uno de estos hombres que se hallaban en el cuartel general alemán en Fasano, a orillas del Garda: el *Obergruppenführer* de las SS, Karl Wolff. Este hombre no era uno más en la jerarquia de la tétrica «orden de la calavera». Durante largos años había sido el «hombre de Himmler», como jefe de su Estado Mayor y desde el comienzo de la guerra hasta 1943, hombre de confianza (oficial de enlace) en el cuartel general del *Führer*. Con todo, los largos años en el centro del poder y de las ilusiones, no privaron a Wolff, de 43 años, de su clara visión de la realidad. Ya incluso al tomar posesión de su puesto en Italia comenzó a dudar de las posibilidades de una «victoria final», presentó un borrador de capitulación parcial para negociar con Occidente y se entrevistó al respecto con el papa Pio XII. Ambos trataron sobre si no seria mejor que Alemania diese por concluida la guerra en Occidente con el fin de concentrarse en una lucha en el Este orientada a frenar la invasión de Europa por los bolcheviques.

El papa no pudo suscitar en el ágil oficial de las SS suficiente confianza y le comunicó –la entrevista se celebró el 10 de mayo de 1944– que fuera de una «rendición sin condiciones», no habia otra salida. Ocho meses después la opinión de Wolff sobre el porvenir no habia cambiado.

Cuando el 30 de enero de 1945 se celebraba el 12 aniversario de la toma del poder, Wolff no habló ante su Estado Mayor de la victoria que se lograría. Eso se lo dejó a un tal Guido Zimmer, *Obersturmführer* de las SS. Las consecuencias llegarian poco después.

Sin embargo, Wolff viajó por lo pronto a Berlín, a consultar con Himmler. Queria saber qué habia de aquellas armas prodigiosas de las que tanto se hablaba y a las que se atribuia la decisión de

la guerra. Su puesta en servicio ya se había anunciado hacía tiempo. La información que se le dio no le satisfizo ni poco ni mucho. De la alta posición que ocupaba Wolff da idea el que no se le interpusiese dificultad alguna para entrevistarse inmediatamente con Hitler. La conversación tuvo lugar en la Cancillería, en presencia del ministro de Asuntos Exteriores del Reich, Ribbentrop.

Tampoco Hitler quiso darle una respuesta definitiva sobre las armas prodigiosas anunciadas, tras lo cual Wolff propuso que se buscase el modo de llegar a una paz negociada con Occidente. Hitler no respondió a esta cuestión. Wolff siguió hablando y calificó de antinatural la alianza entre la Unión Soviética y las potencias occidentales. Lógicamente, no cabría pensar en una ruptura de la alianza por Alemania en solitario, sino más bien una operación indirecta, mediante las negociaciones con los Aliados occidentales. Wolff incluso dio a entender que se había permitido dar pasos en ese sentido, entre ellos la visita que hiciera al papa medio año antes. Tampoco a esto replicó nada Hitler y se limitó a indicar que la entrevista había concluido. En definitiva, para Wolff lo importante era que Hitler no le había dicho no. En consecuencia podría continuar desarrollando su plan. A decir verdad, no tenía una idea muy exacta de qué iba a hacer. Pero esto se lo proporcionaría el *Obersturmführer* Guido Zimmer. En Italia Zimmer asistió a la reunión de Wolff con el *Gauleiter* Hofer. La propuesta era la de destruir totalmente el norte de Italia –ciudades, industrias, puertos– y retirarse acto seguido a los Alpes. Guido Zimmer también estuvo presente cuando Wolff, el embajador Rahn y el *Standartenführer* de las SS, doctor Eugen Dollmann (comisionado personal de Himmler en Italia y oficial de enlace de Wolff con el cuartel general de Kesselring) pasaban revista a las perspectivas desesperadas que tenían ante sí para el caso de que los alemanes fracasaran en Italia: toma del poder por los comunistas, apoyados por los comunistas franceses, en Occidente, y por Tito en el Este.

Zimmer oyó aún más, concretamente en una fiesta para oficiales, por cierto bastante «húmeda», un par de días después. En ella escuchó una observación del doctor Dollmann, para el que aquella absurda guerra empezaba a resultar insoportable: Que era una lástima que nadie supiese cómo habría que tomar contacto con los Aliados.

Guido Zimmer sí sabía cómo. Para ello le sería útil su conocimiento del barón Luigi Parilli, yerno de un gran industrial milanés, antiguo representante de una

Esta foto de un obús pesado en el frente italiano, publicada en la revista de propaganda «Signal», iba destinada a aumentar en la retaguardia la confianza en las posibilidades de resistencia del Reich.

firma norteamericana dedicada a la fabricación de frigoríficos. Parilli mantenía desde entonces, según sabía Zimmer, contactos con la otra parte en la contienda. Para el barón las perspectivas de una destrucción general del norte de Italia y un acceso de los comunistas al poder eran motivos más que suficientes para ponerse a disposición como intermediario.

El 21 de febrero se trasladó Parilli a Suiza para establecer contacto con un amigo: el director de un internado, profesor May Husmann. Parilli pretendía involucrar en el asunto a los suizos, con toda su capacidad de influencia y sus amplias relaciones. Las perspectivas eran negras: caos en la frontera sur de Suiza, posible destrucción de Génova, principal puerto exportador de Suiza... Todo esto afectaba también a los intereses más vitales de la pequeña y estrictamente neutral Suiza. El doctor Husmann alarmó con este motivo al jefe de la sección italiana del servicio de información helvético, comandante Max Waibel.

Oficialmente, el comandante Waibel no podía hacer nada, puesto que cualquier intervención en este sentido hubiera comprometido la política de neutralidad. Sin embargo, cabía una actuación por vía no oficial: así se puso en contacto con el único norteamericano que había en Zurich, Allan Dulles, hermano del que luego sería Secretario de Estado, John Foster Dulles. Allen Dulles era el representante suizo del O.S.S. (Office of Strategic Services), un servicio secreto especial fundado en 1941 y dependiente en exclusiva del propio presidente de los Estados Unidos. A diferencia de los diplomáticos de los Aliados acreditados en Suiza, a los que se había prohibido todo contacto con los representantes de los enemigos, Dulles podía permitirse hacer o inducir a hacer lo que le pareciese más oportuno.

En consecuencia recibió con interés las informaciones de Waibel y se decidió a solicitar de Washington luz verde para emprender las negociaciones, pero al tiempo pidió a los suizos que hiciesen lo posible para sonsacarle al barón Parilli quién se encontraba tras él por parte alemana. Parilli tan sólo citó a Zimmer, pero éste no pareció suficiente a Waibel. Un insignificante *Obersturmführer*... ¿Qué podría hacer?

El barón Parilli acabó diciendo que el único oficial SS con quien él podría hablar era Eugen Dollmann. Incluso se comprometía a llevarlo para proseguir los contactos. Fue como un tiro en la diana. Parilli no conocía bien a Dollmann pero tenía buena impresión: Dollmann ya era alguien, al menos tenía el grado de coronel; antes había actuado de intérprete entre Hitler y Mussolini.

Con una media verdad, el barón Parilli evitó que las negociaciones quedasen en punto muerto. También con medias verdades convenció a Dollmann de que debería trasladarse a Suiza para negociar. Que tras las negociaciones solamente iba a quedar la exigencia norteamericana de una capitulación incondicional fue algo que Parilli supo silenciar prudentemente. Con las bendiciones de Wolff, Dollmann y Zimmer comenzaron las conversaciones el 3 de marzo en el hotel Biaggi, de Lugano, teniendo como interlocutor a Paul Blum, un asistente de Dulles. Por él supo Dollmann que los americanos tan sólo aceptarían una rendición sin condiciones. Sorprendido, tomó el camino de vuelta para presentar a Wolff el 4 de marzo un informe detallado de la entrevista. Sin embargo, ocultó la inflexible actitud de los americanos.

Por su parte, Wolff conoció la verdad a través de Husmann. Había analizado la situación el 5 de marzo junto con el mariscal Kesselring y el embajador Rahn. Todos ellos estaban de acuerdo en que la guerra se había perdido –a primeros de marzo los rusos se encontraban ya en Prusia oriental y en Silesia; los americanos e ingleses en el Rhin–, en consecuencia había que negociar, para lo cual el ejército italiano, intacto, les pareció que podría ser una excelente garantía. De capitulación, ni palabra.

Tras esta conversación se decidió Wolff a viajar personalmente para visitar a Dulles. El encuentro fue dispuesto de nuevo por el barón Parilli. Wolff realizó el viaje acompañado por Dollmann, Zimmer y su ayudante personal, Wenner, pero permaneció casi todo el trayecto sentado aparte con el doctor Max Husmann en un departamento reservado de primera clase. El viaje tuvo que hacerse en tren hasta Zurich y duró 7 horas por causa de la nieve.

Kaltenbrunner se huele algo

Fue una ironía de la historia el que Wolff lograse en sus conversaciones con Dulles, el 6 y 7 de marzo, algo que él había considerado durante sus contactos de estos días como una pura ilusión: colocar una cuña entre los soviéticos y las potencias occidentales.

Los soviéticos habían tenido noticia de esos contactos a través de sus servicios secretos e inmediatamente surgió una actitud de desconfianza. Molotov y Stalin exigieron categóricamente la suspensión de las conversaciones e hicieron sospechosos a sus Aliados occidentales de pretender otorgar a los alemanes, a la vista de la oportunidad, la ocasión de trasladar tropas intactas al frente oriental.

A raíz de esta protesta se produjo un intercambio de cartas furibundas entre el presidente Roosevelt y Stalin. Consultado entretanto Eisenhower, éste respondió airadamente que él, como comandante de las tropas aliadas occidentales, tenía derecho a recibir cualquier capitulación del enemigo, ya se tratase de la rendición de una compañía o del conjunto de los ejércitos, sin tener por qué preguntar a nadie su parecer.

Karl Wolff, según parece, había pulsado una fibra sensible, desde luego sin darse cuenta cabal. Cuando regresó de Suiza se encontró con otras preocupaciones muy distintas. El mariscal Kesselring había sido destituido de su función como comandante en jefe del frente occidental del Reich. Aún no se sabía a ciencia cierta quién habría de ser su sustituto. Y todavía algo peor: se encontró una orden de Erns Kaltenbrunner, jefe del Departamento de Seguridad del Reich (RSHA), según la cual debería presentarse ante él inmediatamente.

Eso significaba para Wolff que algo se habían olido en Berlín.

Con toda urgencia pidió a Dulles que tramitase la puesta en libertad de cualquier alto oficial de las SS que tuvieran prisionero los Aliados con el fin de poder alegar que sus conversaciones habían girado en torno al intercambio de prisioneros (como signo de buena voluntad, antes de las conversaciones con Dulles, Wolff había liberado a dos notorios partisanos italianos en poder de los alemanes, Parri y Usmiani).

Allan Dulles, un profesional del servicio secreto, se quedó estupefacto de que no se hubiese aprovechado oportunamente a un hombre como Wolff para la operación «Cobertura» (Cover), pero, por principios puritanos, no pensó ni por un momento en darle satisfacción, en el sentido de liberar al detenido. Tan inmediato no veían las potencias occidentales el final de la guerra en Italia. Wolff quedó paralizado. Conocía perfectamente al frío jefe del RSHA, al menos lo bastante como para saber que su vida no valdría nada si aquél tenía en su mano pruebas suficientes.

Wolff respondió a Kaltenbrunner que, por el momento, se hallaba muy ocupado en reprimir la actividad de los partisanos. Desde luego esto no era falso del todo: las acciones de los guerrilleros se habían multiplicado extraordinariamente en la primavera de 1945 dentro del sector del frente –en el llamado frente de la retaguardia–, encomendado a Wolff. Éste no daba abasto, con sus pocas unidades SS y algunas unidades italianas fieles al *Duce*, para mantener expeditos los caminos de aprovisionamiento del Grupo de Ejércitos C. En la otra parte del frente

se había sabido entretanto que Kesselring había dejado de ser comandante en jefe del Ejército destacado en Italia. En relación con esto, Dulles, vía Parilli, preguntó a Wolff cómo irían las cosas ahora: si Wolff pensaba estimular al sucesor de Kesselring hacia una capitulación o si, en el caso de que esto no fuese posible, estaría en condiciones de negociar personalmente.

Wolff respondió que trataría de convencer al sucesor de Kesselring tan pronto fuese nombrado. En caso de necesidad negociaría él personalmente. Pero añadió que, dada la desconfianza del jefe de seguridad, Kaltenbrunner, debería mantener una postura cautelosa.

Entretanto, el comandante supremo de los Aliados en Italia, mariscal británico Earl Alexander of Tunis, envió dos oficiales de su Estado Mayor a Suiza para que tomasen parte en las negociaciones de capitulación anunciadas por Dulles. Eran los generales Lemnitzer y Airey. Los comisionados militares vivían en una hermosa villa de Ascona que pertenecía al asistente de Allan Dulles, doctor Gero von Schultz-Gaevernitz, especialista en economía, de ascendencia alemana.

El paraje era sumamente agradable y en este lugar esperaban los generales que se firmase la capitulación germana. Sin embargo los alemanes no llegaban y Lemnitzer y Airey empezaron a impacientarse a mitad de marzo. Dulles hizo saber a Wolff por entonces, el 16 de marzo, que era absolutamente perentorio que comenzasen las negociaciones, esta vez con plena seriedad; por tanto, le rogaba que se dignase ir a Ascona. Sin embargo, aquel 16 de marzo se habían acumulado las noticias de Berlín: de la capital del Reich había llegado una orden del jefe de las SS, Heinrich Himmler, que ordenaba a Wolff que se presentase ante él, una orden que Wolff no podía eludir en modo alguno. Al tiempo se conoció quién sería el sucesor de Kesselring en el puesto de comandante en jefe del Grupo de Ejércitos: el general Heinrich von Vietinghoff-Scheel. Dado que éste había sido jefe del Estado Mayor de Kesselring, Wolff lo conocía bien y sabía que no sería fácil convencer a ese viejo aristócrata prusiano de la conveniencia de una rendición. Al menos necesitaría mucho tiempo.

Wolff hizo llegar a Dulles, a través del barón Parilli, sus impresiones y añadió que estaba dispuesto a hacer una visita de cortesía a los generales Lemnitzer y Airey de camino hacia Berlín. El encuentro se llevó a cabo el 19 de marzo en Ascona. Wolff declaró que se ofrecía a hablar directamente con el general Vietinghoff, pero que consideraba más efectivo si lograba convencer a Kesselring de que le hablase él. Esto tardaría aún un par de días, pero merecía la pena la espera, porque estaba convencido de que Vietinghoff atendería mejor a Kesselring.

¿Con Tito contra los Aliados?

A los generales les convencía esto y, en consecuencia, se mostraron dispuestos a seguir en Suiza una semana más. Wolff, por su parte, se encaminó hacia el cuartel general de Kesselring. El mariscal expuso a Wolff el 23 de marzo la situación en tonos más bien lúgubres y Wolff se llevó la impresión de que también Kesselring pensaba en la capitulación, sólo que no estaba dispuesto a implicarse personalmente en una operación tendente a ella. De todas formas, la impresión era falsa, tal y como el propio Wolff comprobó después. Al día siguiente se reunía Wolff con Himmler y Kaltenbrunner. Resultó que ambos sabían que Wolff se había entrevistado en Suiza una vez con Dulles, pero nada más. Wolff alegó tanto en esta ocasión como en otras en las que también estuvo presente Walter Schellenberg, que en su entrevista con el *Führer*, el 6 de febrero, en presencia de Ribbentrop, había expuesto que en aquel momento se dedicaba a tantear el terreno para introducir una cuña en la artificiosa alianza entre el este y el oeste y sobre todo estaba empeñado en ganar tiempo hasta que comenzaran a emplearse esas armas prodigiosas de las que tanto se había hablado. Hitler no le había replicado y, por ello, había decidido continuar sus cautos contactos, que habría interrumpido de no haber sido así. A su regreso a Italia se reunió, a primeros de abril, con Vietinghoff y su jefe de Estado Mayor, general Röttiger. Ambos estaban de acuerdo en que, en principio, había llegado el momento de capitular, pero Vietinghoff dudaba. Para él sólo cabía una honorable capitulación militar, es decir, algo muy distinto a una «rendición sin condiciones».

Cómo se imaginaba él esto era algo que Vietinghoff hizo saber el 9 de abril a Dulles, que exigía una garantía:

- de que las tropas no serían llevadas prisioneras a Inglaterra o Estados Unidos, sino enviadas sin más a Alemania.
- de que las tropas recibirían un trato honorable y, como signo de esto, se les permitiría conservar los sables y los fusiles.
- de que podría permanecer en armas una parte del Grupo de Ejércitos.

Cuando Allan Dulles, a regañadientes, concedió estas condiciones, intuyó que Wolff trataba de ganar tiempo, puesto que debería saber que lo único que entraba en cuestión era la capitulación incondicional. Dulles no andaba descaminado. Efectivamente, había pasado algo que despertó la confianza de Wolff en que se produciría la ruptura entre las potencias occidentales y la Unión Soviética: el líder partisano Tito, del que se sabía que estaba en contacto muy estrecho con Moscú, había enviado al general partisano Velebit como parlamentario al otro lado de las líneas alemanas en el norte de Yugoslavia. Velebit no sólo ofreció el alto el fuego, sino incluso la cooperación con los alemanes. Según la oferta, los alemanes deberían repeler cualquier intento de desembarco de los Aliados en la zona de Trieste-Fiume.

Los partisanos comunistas, junto con la *Wehrmacht* alemana contra las tropas de desembarco angloamericanas: una idea realmente fantástica. Mientras los Estados Mayores alemanes andaban aún envueltos en un mar de enigmas, que había comenzado con la oferta de Velebit, llegó la noticia de la muerte del presidente Roosevelt.

El general Wolff aprovechó la oportunidad para enviar a su ayudante, *Obersturmführer* Zimmer, a que se entrevistase con Dulles en Suiza con el fin de testimoniar al americano su condolencia por la muerte del presidente. De paso sugirió Wolff a Dulles que toda la península entre Trieste y Fiume se hallaba prácticamente indefensa, como todo el territorio entre Pola y el Isonzo. En realidad era una pérfida invitación. Si la hubiesen seguido los Aliados se habrían visto obligados a enfrentarse con los partisanos de Tito e incluso con tropas soviéticas.

Sin embargo, no se llegó a esta situación. Los Aliados estaban ya hartos de las ofertas de Wolff, que ya no tenía nada que dar. Dulles fue obligado a cortar sus conversaciones. Entretanto, Himmler mandó llamar por enésima vez a Wolff. Esta vez pesaban sobre él cargos más graves. Kaltenbrunner había asegurado que Wolff se había visto con Dulles, no una vez sino varias, casi permanentemente, y que había negociado sobre las condiciones de una capitulación. La conversación, que más bien fue un interrogatorio, duró varias horas, hasta que Wolff terminó por empeñarse en afirmar furiosamente que interpretaba las directrices del *Führer* y que Himmler y Kaltenbrunner deberían cooperar.

Sorpresas desagradables

Himmler rechazó de plano este planteamiento. Seguramente temía que a lo largo de la conversación saliesen a relucir sus intentos secretos de contacto a través del conde sueco Folke

Bernadotte. Kaltenbrunner, por su parte, hizo que el tema importase. Los dos hombres recorrieron en silencio el trayecto de 60 kilómetros escasos entre Hohenlychen, donde se encontraba Himmler, y Berlín. Era el 18 de abril por la tarde. Cuando después recorrían a pie los doscientos metros restantes hasta la entrada del *bunker* del *Führer,* ambos dialogaron un momento.

Kaltenbrunner comentó a Wolff que debería saber que estaba maduro para la horca y que sería colgado si contaba al *Führer* todo aquello.

Wolff respondió a Kaltenbrunner que en el caso en que éste, Kaltenbrunner, quisiese ser colgado al mismo tiempo, podía hacerlo si quería. En definitiva, estaba al corriente desde hacía semanas de los intentos de negociación de Himmler en los que él había tomado parte, con lo cual también se vería alcanzado.

Kaltenbrunner decidió no decir nada. Así tuvieron lugar dos encuentros entre Wolff y Hitler sin que en ellos se sacase nada en limpio, como no fuese el deseo expreso del *Führer* de que volviese lo antes posible a Italia y se preocupase de defender cada palmo de tierra.

Cuando Wolff regresó a su cuartel general en Fasano, el 20 de abril, la situación militar era aún crítica: en lugar de un repliegue ordenado comenzaba una huida incontrolada a través del Po. Wolff convocó inmediatamente una conferencia en la que deberían tomar parte todos los responsables. Además de él asistieron Vietinghoff y el jefe de su Estado Mayor, Röttiger; el general Ritter von Pohl, comandante en jefe de todas las fuerzas aéreas y de antiaéreos de Italia, y Franz Hofer, *Gauleiter* del Tirol. Al final incluso el conservador soldado que era Vietinghoff estaba dispuesto a suspender la lucha a cualquier precio. Tampoco él quería sacrificar los dos Ejércitos que se le habían encomendado con un total de 800.000 hombres.

El general von Vietinghoff, por su parte, extrajo las consecuencias: no sólo se adhirió a la resolución de que Wolff se trasladase a Suiza y ultimase las negociaciones, sino que al tiempo ordenó, en clara contradicción con las órdenes recibidas anteriormente, desde el cuartel general del *Führer,* que se limitase la resistencia al mínimo. Aparte de esto otorgó plenos poderes al teniente coronel von Schweinitz, de su Estado Mayor, para que acompañase a Wolff y capitulase en nombre del general Vietinghoff.

Cuando Wolff, Schweinitz y el ayudante del primero, Wenner, llegaron a Suiza el 23 de abril, se encontraron con una sorpresa desagradable. Waibel y Husmann, que los recibieron en la frontera, les comunicaron que las negociaciones se habían interrumpido; Dulles no podría encontrarse con ellos, por expresa prohibición superior.

En ese momento comenzaba la «hora» de los oficiales. Empezando por el comandante suizo Waibel. Éste llamó a Dulles y le juró que, prescindiendo de prohibiciones, informaría a los Aliados de que la delegación parlamentaria alemana estaba allí, a la espera. Así lo hizo. Dulles comunicó por radio con el mariscal Alexander. Éste reaccionó inmediatamente: Dulles debería entretener a los alemanes hasta que él, Alexander, consiguiera que se levantara la prohibición.

Alexander sabía perfectamente que la situación militar era buena para él y catastrófica para Vietinghoff, pero con todo no estaba dispuesto a sacrificar absurdamente a miles de sus soldados continuando el combate. Sobre todo si quedaba una oportunidad de negociar.

Alexander quería negociar y por ello envió a los alemanes una nota con el ruego de que esperasen, decisión que adoptó por su cuenta y riesgo. Pero la espera fue para Wolff sumamente dura, a la vista de que las cosas iban cada día peor en Italia. Su cuartel general se había trasladado de las orillas del Garda a Bolzano. En consecuencia se decidió a dejar a su ayudante, *Sturmbannführer* Wenner, como representante suyo en el grupo de delegados y regresar él mismo a su cuartel general.

Sin embargo, las cosas no eran tan fáciles. Cruzó la frontera a última hora de la noche del 25 de abril y decidió pasar la noche en la Villa Locatelli, en la ribera occidental del lago de Como.

Por la tarde las comunicaciones eran aún buenas y Wolff habló por teléfono con su cuartel general. El comandante en jefe del resto de las tropas fascistas italianas, mariscal Graziani, había encontrado su rastro y le entregó un documento otorgándole plenos poderes para que aceptase la capitulación de todos los Cuerpos de Ejército italianos.

A la mañana siguiente la situación había cambiado decididamente: la villa había quedado cercada por partisanos que no ocultaban su regocijo por haber capturado a un general de las SS. A pesar de que la operación no había resultado difícil, con todo se mostraban cautos, debido a que habían esperado una enérgica resistencia. Pero habían olvidado cortar las comunicaciones telefónicas. Así Wolff logró conectar con Suiza y hablar con Waibel, que a su vez se puso al habla con Dulles, y éste organizó el socorro para el general de las SS.

El grupo de socorro, provisto de pases de los partisanos, constaba del agente O.S.S. Jones, junto con Gaevernitz y

Las dos partes en lucha contaban con un número parecido de combatientes, aunque la superioridad del material empleado fuese favorable a los Aliados. Sus aviones imposibilitaban casi absolutamente los movimientos de tropas alemanas. Fuera de esto las organizaciones de partisanos obstaculizaban las acciones alemanas en la retaguardia, en especial el transporte de provisiones y efectivos.

En la lucha contra los guerrilleros se emplearon «camisas negras» italianos bien armados (en la foto). Sin embargo, no siempre se alcanzó el éxito. Continuamente hubo que formar nuevas unidades debido a que proliferaban las deserciones. Kesselring confirmó tras la guerra que la actividad de los partisanos fue un factor decisivo en la disposición de los alemanes a la capitulación.

Waibel, y llegó a la villa hacia el mediodía. Poco después liberaba a los detenidos. Wolff cambió el uniforme por un traje civil y se dispuso a regresar lo antes posible a Suiza.

Al día siguiente la situación se había clarificado notablemente. Alexander había obtenido el permiso para recibir a los parlamentarios alemanes. Schweinitz y Wenner emprendieron vuelo al cuartel general aliado, en Caserta, algunos kilómetros al norte de Nápoles.

Wolff, por su parte, regresó a su cuartel general de Bolzano a través de Austria.

El teniente coronel von Schweinitz y el *Sturmbannführer* Wenner llegaban a Caserta en la tarde del 28 de abril y a las 6 comenzaban las negociaciones, que marcharon bien hasta que el jefe de la delegación aliada, general Morgan (jefe del Estado Mayor del general Alexander) dijo que no podía ofrecer garantía alguna de que los prisioneros serían enviados inmediatamente a Alemania. Con todo, Morgan les comunicó oficiosamente que, dados los condicionamientos de transporte que padecían los Aliados, era imaginable que no se procedería a trasladar a un ejército enorme como el formado por los prisioneros alemanes, con lo cual era perfectamente viable una pronta repatriación.

Schweinitz y Wenner manifestaron que, visto el problema que se presentaba, deberían consultar inmediatamente con Vietinghoff y Wolff. Morgan se ocupó de que comunicasen y así se envió un mensaje por radio al cuartel general de Vietinghoff. Desde él se confirmó la recepción del mensaje, pero no hubo respuesta.

Hacia el mediodía siguiente Morgan empezó a impacientarse. Ya no parecía muy posible poder obstaculizar por más tiempo la ofensiva que se había logrado detener, si es que no se lograba una capitulación. Schweinitz y Wenner lo comprendían. El 29 de abril, a las 2 de la tarde, ambos firmaban el acta de capitulación. Como fecha del armisticio se fijó el 2 de mayo a las 12, con el fin de dar tiempo a Vietinghoff para impartir a sus tropas las oportunas órdenes.

Cuando Schweinitz y Wenner regresaron al amanecer del 30 de abril al cuartel general de Bolzano, se encontraron con una enorme consternación y la explicación de por qué no había respondido Vietinghoff a su mensaje: Vietinghoff había dejado de ser comandante del Grupo de Ejércitos C.

Durante la ausencia de Wolff el *Gauleiter* del Tirol, Hofer, se había entrevistado con el mariscal Kesselring, al que también por entonces se le había encomendado el mando supremo de todas las fuerzas que operaban en el sur del Reich. Hofer confió a Kesselring que Vietinghoff y Wolff estaban dispuestos a capitular con todas sus unidades de SS y policía.

Kesselring encontró aquello inaudito. Inmediatamente cesó a Vietinghoff y a su jefe de Estado Mayor, Röttiger, y les ordenó que esperasen en Bolzano la sentencia que dictaría contra ellos un tribunal militar. Wolff no dependía de él directamente. Contra éste se dictó orden de detención, firmada por Kaltenbrunner, que no llegaría a cumplirse porque en Bolzano no había nadie que pudiese hacerlo. Para suplir a Vietinghoff y Röttiger, Kesselring envió a los generales Schulz (comandante en jefe) y Wentzell (jefe de Estado Mayor).

Callan las armas

Röttiger trató de convencer al nuevo jefe, Schulz, de que debía unirse a la firma de la capitulación, pero éste se negó.

El 1 de mayo la suerte quedó echada: Röttiger, junto con Wolff, hizo detener a los nuevos jefes Schulz y Wentzell. Luego ofreció el mando al general Lemelsen, pero éste no lo aceptó.

Por su parte Wolff tuvo éxito en su propósito de convencer a Schulz, detenido, de que convocase una reunión de comandantes aquella misma tarde.

Esta reunión comenzó a las 6 y en ella tomaron parte Wolff, Dollmann, Röttiger, Schulz, Wentzell, Lemelsen, Herr y von Pohl. Wolff y Dollmann aconsejaron una inmediata confirmación de la capitulación, como también Roettiger y Ritter von Pohl. Schulz también se inclinaba hacia esta decisión, pero la condicionaba al visto bueno de Kesselring, al que no se pudo localizar.

Las noticias que llegaban del frente eran peores a cada minuto. Incluso sin que los Aliados ejercieran una intensa presión sobre los alemanes, pero sí con una acción de los partisanos cada vez más contundente, comenzaban a ser claros los signos de disolución. Tito operaba en la región de Trieste y los guerrilleros italianos en el resto. Cada momento parecía más dudoso que los comandantes alemanes continuasen siendo efectivamente señores de sus tropas.

A las 8, lord Alexander empleó un lenguaje de ultimátum: se confirmaba la capitulación en el plazo de dos horas o consideraba el documento de la rendición como nulo y continuaba la ofensiva. Aquel mensaje del enemigo desató un nuevo intento, casi angustioso, de localizar a Kesselring. Al fin se comunicó con el jefe de su Estado Mayor, Westphal, que respondió por teléfono que no se podía molestar al señor mariscal en ese momento. Al oír esto el general Herr, comandante en jefe del Ejército 10, se levantó y dijo a sus compañeros que se trasladaba a la central de comunicaciones para ordenar a sus unidades el alto el fuego para el siguiente mediodía. Aquella actitud individual rompió el hielo. Los generales Lemelsen y Ritter von Pohl se levantaron también y manifestaron que harían lo mismo con sus tropas. Así todos los comandantes terminaron por adherirse al acta de capitulación.

Al nuevo comandante supremo, Schulz, no le quedaba más remedio que tomar conocimiento de la situación sin salir de su sorpresa. Aliviado, Wolff telegrafió a Alexander para decirle que, como se había acordado, se confirmaba la capitulación.

Un poco después, a las 11,15, los demás generales reunidos también quedaron aliviados cuando llegó la noticia de que Hitler había muerto y, por tanto, habían quedado libres del juramento de fidelidad. Schulz, por su parte, insistía machaconamente en que, muerto el *Führer,* debían obediencia a Kesselring.

El hasta entonces ilocalizable general hizo que se comunicase a Wolff que deseaba verle hacia la medianoche del día 1 de mayo. Quería saber cómo se había atrevido a capitular sin su permiso y porqué. Wolff le respondió fríamente: para salvar vidas humanas, en primer lugar de alemanes.

Kesselring necesitó aún dos horas para reconsiderar la situación. Luego concedió su permiso, el 2 de mayo de 1945, a las 4,30 de la madrugada. Así capitularon las tropas alemanas en Italia.

Con ello la guerra terminaba en el sur de Europa. Pero la guerra continuaría para Kesselring. El embajador Rahn le llamó por teléfono desde Bolzano para hacerle ver que la rendición la había firmado el teniente coronel von Schweinitz en nombre de Vietinghoff. En consecuencia Kesselring debería, por motivos de legalización, reponer en su puesto a Vietinghoff como comandante en jefe del Grupo de Ejércitos.

Kesselring se resistió. Le repugnaba rehabilitar a un militar destituido por desobediencia. Al fin accedió y nombró a Vietinghoff y Röttiger jefes del Grupo de Ejércitos que había capitulado.

Wolff, Dollmann, Vietinghoff, Röttiger, Rahn, Zimmer, Parilli, Wenner, Schweinitz, Waibel, Husmann, Dulles... una docena escasa de hombres habían salvado así la vida de docenas de miles de hombres, alemanes, ingleses, americanos, italianos, canadienses y de otros países. Pero no hubo gratitud para ellos.

□

Gerhard Hümmelchen

DERRUMBAMIENTO EN LOS BALCANES

El final en el Sudeste

El mundo miraba fijamente hacia el Este, donde el avance ruso había cobrado una velocidad arrolladora, y hacia Occidente, donde el potencial armamentista americano celebraba su triunfo. De forma casi inadvertida se produciría la retirada alemana del Egeo y de los Balcanes.

La *Wehrmacht* alemana había conquistado en agosto de 1941, y en una campaña fulminante, Grecia, Yugoslavia y las islas del Egeo. Durante tres años se vio obligada a defender mediante unas fuerzas exiguas –con la colaboración italiana, hasta septiembre de 1943– el territorio conquistado. Italia mantenía aún en el verano de 1943 en los Balcanes y Dodecaneso un total de 33 divisiones. La presión creciente de los partisanos sobre los puntos de apoyo y líneas de enlace germanas –los partisanos llevaban a cabo una guerrilla implacable– obligó a los soldados alemanes a sostener una lucha sin frentes definidos, contra todas las reglas de la moderna estrategia militar.

El comandante en jefe del Sudeste, mariscal Maximilian Freiherr von Weichs tenía a su cargo, con algunas excepciones, tropas que no eran precisamente de primera clase. Sus unidades constaban sobre todo de soldados de quintas muy antiguas, dotados con un armamento muy precario. Su capacidad de movimiento era insuficiente. La situación se veía más y más deteriorada con cada ataque de los partisanos contra los vehículos del enemigo. El mando alemán trataba de reparar el maltrecho aparato defensivo de los Grupos de Ejércitos, a falta de otras unidades, recurriendo al empleo de miles de hombres «indignos de vestir el uniforme» o mercenarios de todas las nacionalidades.

Los soldados alemanes, sin embargo, deberían llevar sobre sus espaldas todo el peso de la lucha en una región en la que la amplitud del espacio y la falta de caminos ocultaban peligros mortales. La red viaria era insuficiente. Las incidencias del clima pondrían límites a esa aventura, y perturbaciones atmosféricas de unas proporciones desacostumbradas impidieron la normal comunicación por radio. El Mediterráneo y el Egeo quedaron a merced de las flotas aliadas, así como también el espacio aéreo. Desde mayo de 1944 la Aviación británico-americana intervino en apoyo de los partisanos que luchaban en tierra. Los aviones aliados se ocupaban de bombardear las bases alemanas y las líneas de aprovisionamiento. Bombarderos de caza castigaron con rigor a las tropas alemanas en marcha. Cazas aliados controlaban estrechamente los nidos de pilotos alemanes y dificultaban así el movimiento de las fuerzas aéreas. Éstas constaban el 20 de agosto de 1944 de 352 aviones, de ellos 107 eran de transporte; la defensa aérea contaba con 107 baterías pesadas y 68 baterías antiaéreas ligeras.

El Mando del sudeste disponía, en agosto de 1944, en Croacia, Montenegro y Servia, de nueve divisiones, entre ellas tres divisiones croatas y la División 1 de cosacos. En Albania se formó un cuerpo de montaña con tres divisiones. El Grupo de Ejércitos E (general Alexander Löhr), dependiente del Mando del sudeste, operaba en Grecia y en las islas y constaba de tres mandos generales y cinco divisiones y cuatro brigadas. En Creta se encontraba la División 22 de Infantería y una división de fortín; en Rodas la división de asalto «Rhodos»; en Leros, una brigada de fortín, y en Lemnos, parte de otra.

En el verano de 1944 se presentaron dificultades especialmente graves a la hora de proveer por mar a las islas del Egeo. Las fuerzas navales alemanas eran muy inferiores a las aliadas. Algo semejante ocurría con la flota de transporte. La situación se deterioró de tal modo que en 1944 las islas sólo podían aprovisionarse por el aire y mediante pequeñas motoras provistas de velas que recorrían las islas una por una.

La declaración de guerra de Rumania, hasta entonces aliada, el 25 de agosto de 1944, a la que siguió en pocos días la derrota del Grupo de Ejércitos alemán del Sur de Ucrania, y la caída de Bulgaria que ya se vislumbraba, obligaron a Hitler el mismo día a dictar una orden para el abandono de los territorios ocupados por los alemanes en el sudeste de Europa. La evacuación de Grecia y de las islas del Egeo tenía que prepararse. El Mando del sudeste se vio impelido a constituir en su sector un nuevo frente oriental partiendo prácticamente de cero.

El 27 de agosto comenzó el transporte de regreso de la 4.ª *Panzergrenadierdivision* integrada por tropas de las SS y de la policía. Esta unidad fue trasladada de Larisa a Belgrado. El 3 de octubre se produjo la partida de la División de Campaña 2 de la *Luftwaffe,* de guarnición en Atenas. Tres días después recibía el Grupo de Ejércitos E la orden de trasladar de las islas al continente el mayor número posible de unidades. En Creta se encontraban en aquel momento 34.000 alemanes y 6.500 «auxiliares» italianos; en las islas del Dodecaneso, 23.000 alemanes y 7.350 italianos. La evacuación de las islas se llevó a cabo con un enorme esfuerzo de las reducidas fuerzas aéreas y navales. Nadie sabía cuánto tiempo daría el enemigo al mando alemán para constituir un nuevo frente en Yugoslavia y si las tropas disponibles lograrían aún concentrarse allí. Un total de 100 *Ju 52* consiguieron trasladar al continente, a partir del 30-VIII, en 44 vuelos diarios por término medio, la División 22 de Infantería, desde Creta; la División «Rhodos» y la Brigada de fortín 967, de guarnición en Leros.

Zanthe y Cefalonia, islas situadas al oeste de Grecia, fueron evacuadas en la primera mitad de septiembre por mar, al igual que las islas egeas Lesbos (Mitilene) y Quíos. En Creta, los alemanes que quedaron se retiraron de la parte oriental de la isla. De Corfú regresó hasta el 30-IX la Brigada de fortín 1017.

A primeros de octubre de 1944 los *Ju 52* trasladaron a parte de la División 133 desde Creta a Atenas, mientras el resto de la División «Rhodos» era transportado a Salónica. Desde agosto a finales de octubre de 1944 los aviones de transporte trasladaron en 2050 operaciones a 30.740 soldados y cerca de 1.000 toneladas de material desde las islas al continente. El Peloponeso fue evacuado hasta el 12 de septiembre, como estaba previsto. La declaración de guerra de Bulgaria a Alemania, presentada el 8-IX-1944, acarreó al Mando del sudeste nuevos peligros. El 3.er Frente ucraniano soviético (mariscal Tolbuchin) se puso en marcha el 5-IX junto con los Ejércitos 37, 46 y 57 y penetró en Bulgaria. Su objetivo de operaciones era la conquista del sector de Nis y Skoplje con el fin de dejar aislado en el sur de los Balcanes al Grupo de Ejércitos E.

Con «voluntarios» de todos los países imaginables –aquí un albanés– la «Wehrmacht» trató de afianzar su poder en los Balcanes. Mientras unos seguían a los nuevos señores, los demás llevaban a cabo una implacable guerra de partisanos que fue adquiriendo cada vez más perfiles de guerra civil.

Bombarderos aliados se lanzaron en los mismos días contra los puentes del ferrocarril a lo largo de la línea Salónica-Belgrado y dejaron prácticamente paralizado el tráfico ferroviario.

El Grupo de Ejércitos E envió sus efectivos, desde dondequiera que estuviesen, a los desfiladeros situados a lo largo de la frontera entre Macedonia y Bulgaria. Por fortuna para él, las guarniciones búlgaras estacionadas en la zona abandonaron sus posiciones y se dirigieron al Este. El comandante del Cuerpo de Ejército II se pasó a los alemanes.

El 22 de septiembre el Ejército 46 soviético ejerció gran presión sobre el sector sur del frente de Macedonia. A primeros de octubre el enemigo penetró en el frente sudoriental, aún inestable, desde la Puerta de Hierro hasta el valle del Strumica. En la operación participaron el 2.º y 3.er Frentes ucranianos, que lograron avanzar rápida y profundamente en territorio enemigo. Por entonces, el 3-X, Hitler dio la orden de evacuación de toda Grecia, sur de Albania y sur de Macedonia. Con ello se sellaba la suerte de los efectivos destacados en las islas. Sin contar con aeródromos en el Ática, era imposible continuar con la evacuación.

Combates ininterrumpidos

En octubre penetraron los Ejércitos búlgaros 1, 2 y 4, junto con el 3.er Frente ucraniano, en la cuenca de Skoplje. Ocuparon la ciudad el 14-X, y Nis, al día siguiente. Al mismo tiempo se decidía el destino del maltratado grupo de Schneckenburg, con parte de cuatro divisiones y una brigada, que operaba en las inmediaciones de Belgrado. El 20 de octubre unidades soviéticas y yugoslavas conquistaron la capital. Los soldados germanos que ocupaban Albania y Montenegro se replegaban hacia el norte luchando contra los partisanos. Los alemanes abandonaron Tirana el 17-XI; Escutari, el 30-XI. El repliegue del Cuerpo de Ejército XXI de montaña, que volvía de Albania, sufrió una verdadera odisea. El 18-XII-1944 sus 21.000 soldados lograban llegar al frente alemán. Cuando la retaguardia de este Cuerpo de Ejército cruzó la frontera croata el 13 de enero de 1945, había tocado a su fin el movimiento de tropas en el sudeste. ¿Qué había ocurrido entretanto al norte del sector del Mando del sudeste, en el Grupo de Ejércitos Sur, tras la declaración de guerra de Rumania? Los reveses y la declinante voluntad de lucha en los Ejércitos húngaros, así como los rumores de todo tipo que se propagaban por doquier indicaron al mando alemán que en Hungría estaba cociéndose una situación similar a la de Rumania. En consecuencia las SS, el SD y las Fuerzas Armadas se propusieron elaborar un plan para que no les pillara de sorpresa. Los alemanes lograron asegurarse a tiempo la colaboración de Ferenc Szálasi, jefe del partido radical de la derecha «Cruzados de la Flecha». Éste planeaba un golpe de estado. Hitler envió a Budapest en estas circunstancias a Otto Skorzeny.

El *Obergruppenführer* von der Bach-Zelewski, que había aplastado sangrientamente el levantamiento de Varsovia, recibió el mando de las tropas alemanas estacionadas en Budapest y en sus inmediaciones. Cazadores paracaidistas y carros de combate llegaron hasta la capital húngara; entre los carros figuraban 42 *Tiger*. Mientras tanto continuaban los preparativos del administrador del Reich para Hungría, Horthy, que se proponía establecer un alto el fuego con la URSS.

Los alemanes no desconocían estos preparativos. A primera hora del día 10 de octubre, un grupo especial del SD secuestraba al comandante húngaro de Budapest, teniente general Szilárd von Bakay, como ya había ocurrido algunos días antes con el jefe de la flotilla del Danubio, general de División Hardy. El 15 cayó el hijo de Horthy en las redes del SD y fue trasladado a Alemania. El mismo día se promulgó la declaración de Hungría como territorio operacional militar alemán. A mediodía Radio Budapest difundió la noticia del armisticio con la URSS. La emisión fue interrumpida repentinamente. La radio había sido ocupada por «cruzados de la flecha» y SS, que pronto tuvieron en su poder toda la ciudad. Quien se resistió a los golpistas fue eliminado inmediatamente. Mientras ocurría esto el embajador Veesenmayer y el enviado especial de Hitler, Rahn, negociaban con Horthy. A primera hora de la mañana del 16 de octubre, Skorzeny y su comando especial, junto con el Batallón de paracaidistas 600 SS y los carros, comenzaban a invadir la fortaleza real.

Tras un breve intercambio de disparos, la guardia del castillo fue reducida. Horthy se vio obligado a rectificar su proclamación del día anterior, nombrar a Szálasi nuevo primer miñistro y luego dimitir. Inmediatamente después, Horthy y su familia fueron trasladados a Alemania para quedar confinados.

El «Leibstandarte» degradado

El gobierno Szálasi prosiguió al lado de Alemania aquella lucha sin ninguna escapatoria. En ese momento el Ejército Rojo ocupaba ya la mitad de Hungría.

Al final de octubre perdió Hungría la Ucrania carpática. En el sur, el 3.er Frente ucraniano conquistó las cabezas de puente situadas más allá del Danubio, desde donde se emprendió el 27-XI-44 una ofensiva para la conquista de Mohacs. Ya en la posición Margarethen, entre Drau y el vértice sur del lago Balatón, quedó detenido el avance.

El 8 de diciembre el 2.º Frente ucraniano se lanzó al ataque contra Budapest. Con la toma de Gran, el 26 de diciembre, Budapest vio cercenadas todas sus comunicaciones por tierra. Los defensores de la ciudad sucumbirían a la superioridad enemiga el 11-II-45. En estas circunstancias fracasaron tres intentos alemanes de pasar al ataque, en enero de 1945. También una última ofensiva en la propia Hungría, al norte del lago Balatón (del 6 al 15 de marzo), con el objetivo de recuperar todo el territorio situado al oeste del Danubio, tuvo que quedar detenida tras comenzar un contraataque soviético. Las ofensivas del 1.er y 2.º Frentes ucranianos que siguieron, empujaron hacia atrás a las unidades germano-húngaras. Hitler, bramando de rabia al comprobar que su 6.º *Panzerarmee* SS no había sabido hacerse con la situación, ordenó que se le retirase su nombre y el distintivo a la 1.ª *Panzerdivision* SS «Leibstandarte Adolf Hitler».

El 2 de abril el Ejército soviético conquistó el campo petrolífero húngaro de Nagy Kanisza. Dos días después abandonaban el suelo húngaro los últimos soldados alemanes. El mismo día el Ejército Rojo ocupaba la ciudad de Bratislava y el 5 de abril comenzaba el ataque contra Viena el 3.er Frente ucraniano. Ocho días después era conquistada la capital de Austria.

En Croacia, los restos del Grupo de Ejércitos E hacían frente como podían a ataques yugoslavos y soviéticos. A mitad de abril de 1945 cedieron la parte oriental del país. El 22, caía Bania Luka. El 1 de mayo de 1945 se encontraban ya en Trieste las fuerzas armadas de Tito y el Ejército 8 británico. El día de la capitulación alemana las unidades de Tito penetraban en Zagreb. Los restos de las fuerzas croatas se rindieron al Ejército 8, pero éste los entregó a Tito el día 15. Posteriormente por lo menos 30.000 civiles croatas y 80.000 soldados fueron pasados por las armas.

□

EL PASO DEL RHIN

Los Aliados conquistan el Oeste de Alemania

La ofensiva de las Ardenas fracasó estrepitosamente. En ella habían perecido, o habían resultado heridos o prisioneros, 120.000 soldados alemanes. Buena parte de las armas pesadas quedó destruida en el campo de batalla o lo fue durante la huida. Muchos carros de combate y vehículos de guerra fueron abandonados como consecuencia de la falta de combustible. La *Luftwaffe* se había derrumbado definitivamente. Sus últimos efectivos habían sido destruidos en el aire o en tierra. Hitler ordenó el 2 de enero de 1945 que se reemprendiera el ataque en Bastogne y se restableciese el antiguo frente. El mariscal Walter Model anunció que no era posible, debido a la falta de fuerzas.

Un triunfo –aunque aniquilador de las últimas esperanzas– dentro de la ofensiva de las Ardenas, fue para el mando alemán un documento capturado durante el ataque. El documento, americano, era estrictamente secreto: se trataba del plan para la operación «Eclipse». El general Reinhard Gehlen, jefe de la sección del Estado Mayor «Ejércitos Extranjeros Este», mostraría meses después este plan al general Gotthard Heinrici. Este le dijo: «Eso es una sentencia de muerte». «Eclipse» describía las pretensiones aliadas para después de la derrota alemana: la perspectiva era una capitulación sin condiciones, división del territorio del Reich en tres zonas –rusa, americana y británica (aún no se había previsto una zona francesa)– y la partición de Berlín en tres sectores.

Para el Mando supremo de la *Wehrmacht* había una sola cosa clara: que se debía contar con un ataque soviético sobre Berlín, y con el de los Aliados. Estos hubieran querido llegar hasta la capital, pero tenían ante sí un duro y largo camino: el Grupo de Ejércitos B, al mando del mariscal Model, luchaba aún desesperadamente en el Eifel y trataba de frenar el avance de los americanos, que a finales de enero de 1945 habían logrado cruzar el Our, llegar hasta la «Muralla Occidental» y se encontraban no lejos del pantano del Rur. La tan aireada «Muralla Occidental», objeto predilecto de la propaganda alemana, había quedado rota en las tres batallas en torno a Aquisgrán y se había revelado como algo muy distinto de la obra inexpugnable que pretendían que fuese.

Además de esto el Grupo de Ejércitos B –que luchaba en un frente de 250 kilómetros– había quedado debilitado no sólo por las pérdidas de la ofensiva de las Ardenas sino también como consecuencia del traslado del 6.º *Panzerarmee*, con sus cuatro divisiones acorazadas, dos brigadas y tres cuerpos de artillería. Tras el comienzo de la ofensiva soviética de enero, Hitler ordenó que la 6.ª *Panzerarmee* se trasladase hacia el Este, no precisamente para proteger la Silesia amenazada, sino hacia Hungría. El escaso remanente de hombres que entretanto se incorporó al Grupo de Ejércitos B estaba mal preparado y carecía de suficiente valor estratégico.

En estas circunstancias comenzó el gran ataque del general George S. Patton al frente del Ejército 3 USA al sur del Eifel. Los soldados alemanes huyeron, abandonando la «Muralla Occidental», que ya habían rebasado en Prüm los americanos. El mariscal Model hizo dinamitar la presa del Rur, operación que le permitió ganar dos semanas al enemigo. Posteriormente los americanos pusieron en juego todos los efectivos de que disponían. Su artillería batió a fondo las líneas alemanas en torno al Rur. Las posiciones caerían en poder de los americanos tras cinco días de duros combates. Las tropas estadounidenses ocuparon poco después la «Línea Erft». A finales de febrero de 1945 se lanzaban al ataque sobre Colonia.

Pronto se encontraron en Neuss, mientras algunas unidades tomaban el camino de Colonia, otras el de Euskirchen y Bonn. El 6 de marzo se batieron los soldados americanos con pequeñas formaciones alemanas en el desierto de

Cuando los americanos y británicos alcanzaban los límites fronterizos de Alemania, Hitler seguía empeñado en no claudicar. Así, el Reich, bombardeado durante años, se convirtió también en escenario de cruentas luchas en tierra.

El mariscal Walter Model (arriba a la izquierda) organizó la defensa en el Eifel y en la cuenca del Ruhr. El general George Patton (izquierda) condujo las formaciones acorazadas americanas en las zonas del Rhin, Meno y Mosela. Los Aliados tuvieron que hacer un alto a orillas del Elba, mientras unidades más fuertes avanzaban hacia el norte y sur en dirección a las posiciones alemanas en Schleswig-Holstein y en los Alpes (mapa de la derecha).

DINAMARCA
MAR BALTICO
MAR DEL NORTE
FLENSBURG
Canal Mar del Norte-Báltico
KIEL
RÜGEN
ROSTOCK
7 mayo
LÜBECK
WISMAR
SCHWERIN
HAMBURGO
3 mayo
WILHELMSHAVEN
EMDEN
BREMERHAVEN
Elba
STETTIN
NEUSTRELITZ
STARGARD
GRONINGA
OLDENBURG
18 abr.
BREMEN
26 abr
DOMITZ
DANNENBERG
WITTENBERGE
Lüneburger Heide
UELZEN
Belsen
AMSTERDAM
Grupo Ejérc. H (Blaskowitz)
Wesel
OSNABRÜCK
MINDEN
4 abr.
HANNOVER
10 abril
TANGERMUNDE
Ejército 9 USA
BERLIN
KUSTRIN
Oder
POTSDAM
FRANCFORT
HOLANDA
Ejército 25
ARNHEM
Selva de Teutoburgo
BRUNSWICK
HAMELN
MAGDEBURGO
Ejército 12
MÜNSTER
1er Ejército paracaidista
ALEMANIA
Ejército 1 Canad. (Crerar)
Ejército 2 brit. (Dempsey)
Ejército 9 USA (Simpson)
WESEL
PADERBORN
HAMM
LIPPSTADT
Ejército 11
Harz
Brocken
BARBY
BLANKENBURG
ROSSLAU
DESSAU
24 abril
COTTBUS
Neisse
Saale
Elba
Grupo Ejérc. XXI Brit. (Montgomery)
ESSEN
DORTMUND
BOCHUM
Ruhr
Sauerland
DUISBURG
WUPPERTAL
DÜSSELDORF
Ejército 15
Grupo Ejérc. B (Model)
KASSEL
4 abril
GOTINGA
Ejército1 USA
NORDHAUSEN
HALLE
MERSEBURG
LEIPZIG
Bychenwald
WEISSENFELS
COLDITZ
GÖRLITZ
DRESDE
COLONIA
5ª Pz. Armee
ERFURT
GOTHA
WEIMAR
JENA
ZEITZ
LIEJA
BONN
Sieg
Dill
MARBURG
OHRDRUF
Ejército 3 USA
Mulde
CHEMNITZ
REMAGEN
Ejército 1 USA (Hodges)
Rhin
GIESSEN
FULDA 2 abril
Selva de Turingia
USTI
BELGICA
COBLENZA
Lahn
Ejército 7
BAD ORB
HOF
Erzgebirge
Grupo Ejérc. XII USA (Bradley)
WIESBADEN
FRANCFORT
HANAU
Spessart
HAMMELBURG
SCHWEINFURT
KARLSBAD
Mosela
Main
MAGUNCIA
Ejército3USA (Patton)
ASCHAFFENBURG
BAYREUTH
PRAGA
LUX.
OPPENHEIM
WÜRZBURG
BAMBERG
5 abril
CHECOSLOVAQUIA
LUXEMBURGO
TREVERIS
KITZINGEN
4 abr.
NUREMBERG
20 abril
PILSEN
WORMS
Ejército 7 USA (Patch)
Odenwald
Franconia
Selva de Bohemia
Moldava
DIEDENHOFEN
MANNHEIM
FURTH
ANSBACH
18 abril
SAARBRÜCKEN
Grupo Ejérc. G (Hausser)
Grupo Ejérc. VI USA (Devers)
Ejército 1
KARLSRUHE
Neckar
HEILBRONN
Lowensteiner Berge
REGENSBURG
26 abril
Ejército 7 USA
BUDWEIS
Ejército 1 francés (de Lattre de Tassigny)
7 abril
8 abril
PFORZHEIM
Danubio
NANCY
STUTTGART
INGOLSTADT
ESSLINGEN
KIRCHEIM
DONAUWORTH
ESTRASBURGO
TÜBINGA
Selva Negra
Jura de Suabia
Ejército 19
ULM 23 abril
DILLINGEN
Ejército 1
LANDSHUT
30 abril
PASSAU
Isar
LANDAU
AUGSBURGO
Dachau
EHINGEN
Inn
MUNICH
30 abril
BRAUNAU
LINZ
5 mayo
FRANCIA
COLMAR
FRIBURGO
SIGMARINGEN
LANDSBERG
Ejército 3 USA
Ejército 1 francés
MEMMINGEN
ROSENHEIM
SALZBURGO
4 mayo
Ejército 7 USA
Lago de Constanza
OBERAMMERGAU
BERCHTESGADEN
4 mayo
Enns
Paso de Oberjoch
FÜSSEN
GARMISCH-PARTENKIRCHEN
KUFSTEIN
BREGENZ
Paso de Fern
KITZBUHEL
SUIZA
BASILEA
IMST
INNSBRUCK
Paso de Arlberg
Tirol
AUSTRIA
LANDECK
TAMSWEG
Brénnero
4 mayo
P. de Resia
KLAGENFURT
BOLZANO
ITALIA
Ejército 5 USA
YUGOSLAVIA

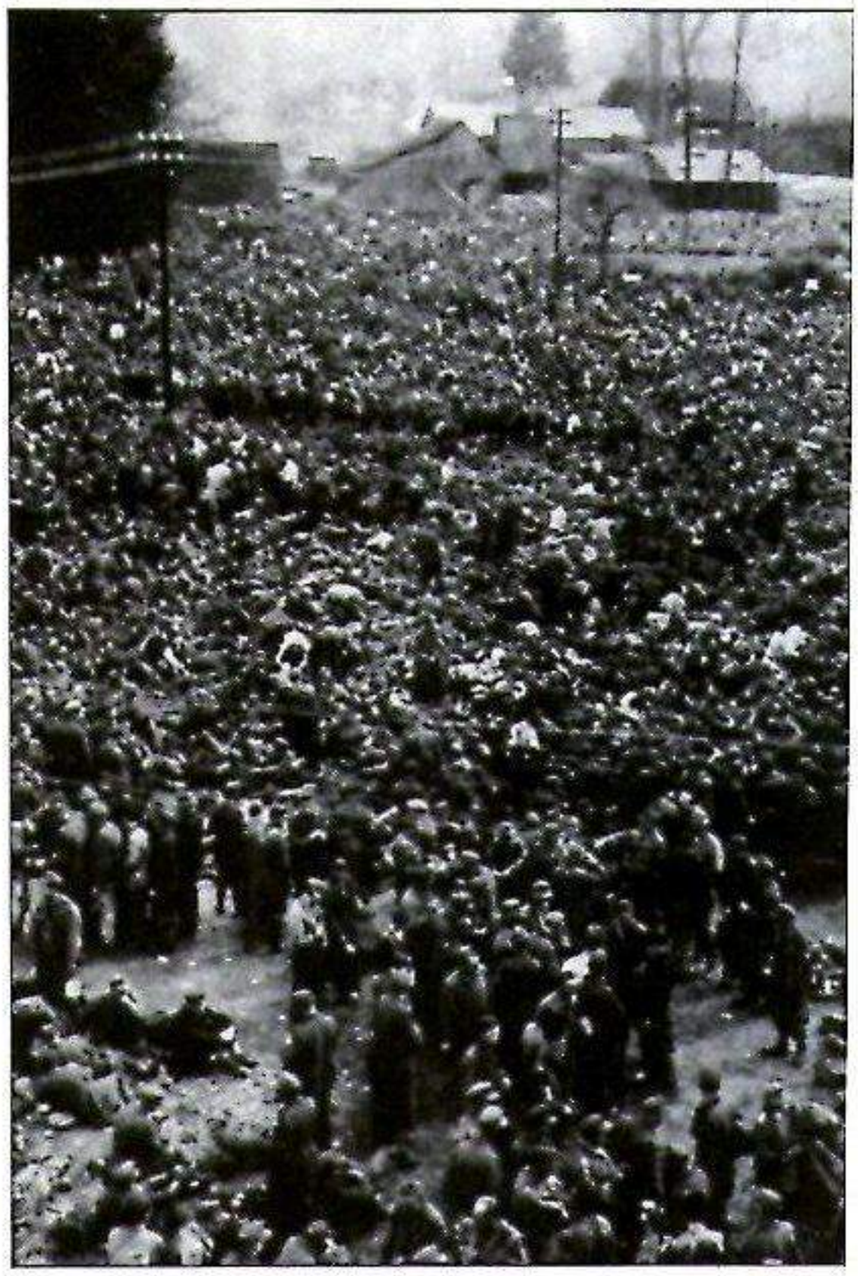
Territorios ocupados por los Aliados el 28 de marzo de 1945
Ataque británico
Ataque americano
Ataque francés
Cerco alemán
Territorio ocupado por los soviéticos hasta el 6 de abril
Campos de concentración

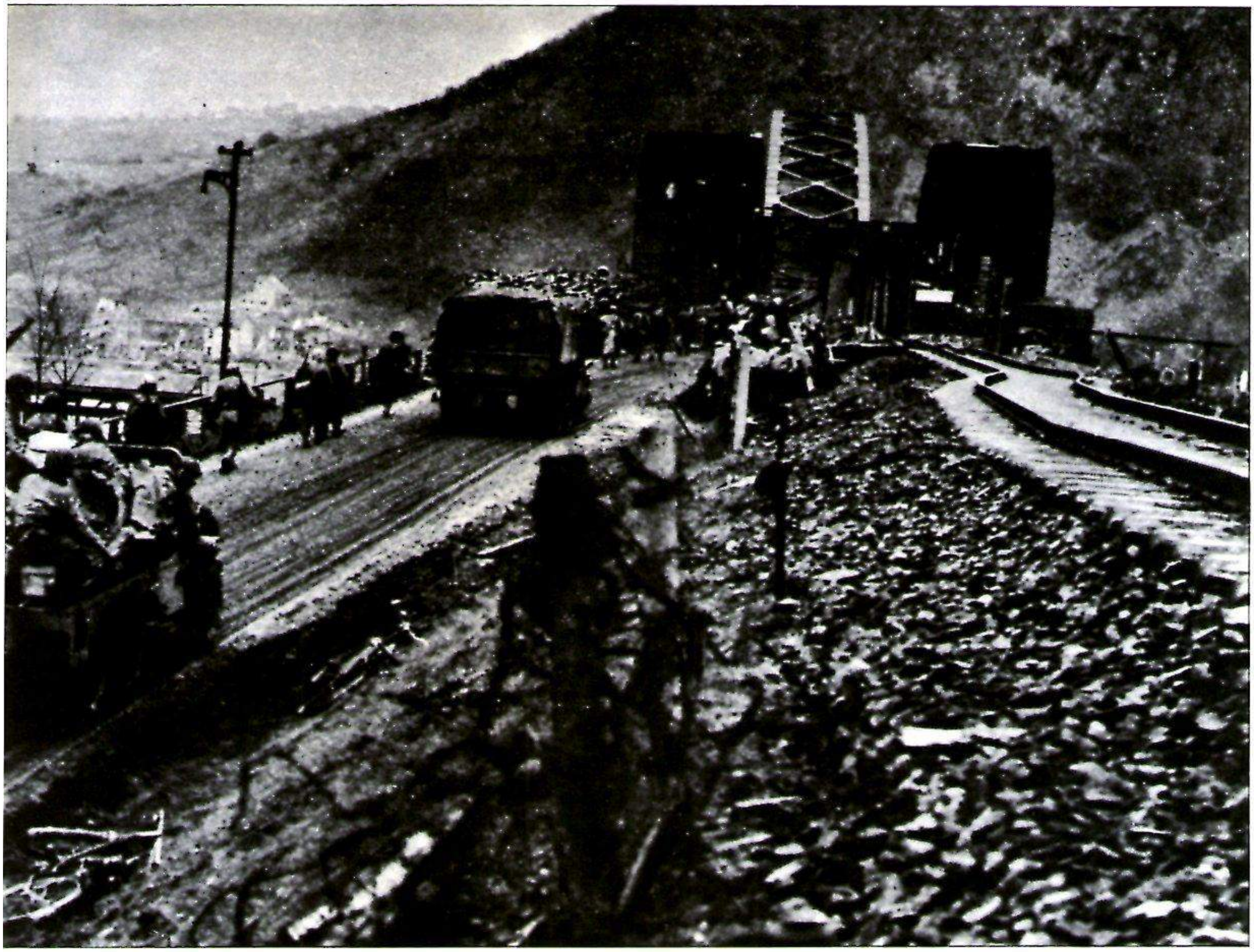
0 Millas 120
0 Kilómetros 200

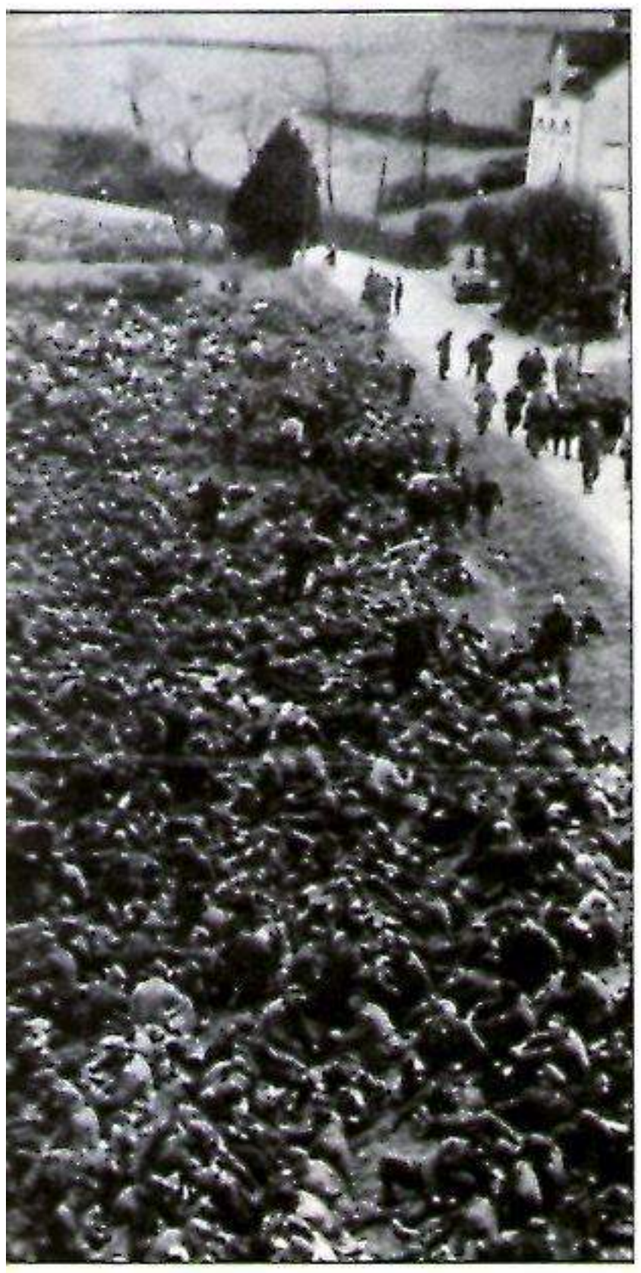
escombros que era Colonia y los carros estadounidenses alcanzaron la plaza de la catedral.
El 7 de marzo, a las 11 h, el comandante Scheller tomaba el mando de las formaciones con sede en Remagen. Una unidad de transmisiones que le acompañaba se había tenido que detener camino de la ciudad por falta de combustible. El estratégico puente ferroviario Ludendorff, sobre el Rhin, había quedado asegurado por efectivos antiaéreos. Una débil compañía de zapadores había dispuesto todo lo necesario para la voladura del puente. Hacia el mediodía, cuando lo cruzaban soldados y vehículos alemanes, apareció de repente en la orilla occidental del Rhin una patrulla de reconocimiento americana, mandada por un tal teniente Timmerman. A las 15,30 avanzaban a toda velocidad por el puente los carros americanos. El comandante Scheller ordenó que fuese volado inmediatamente, pero falló el mecanismo. La respuesta de fuego de los carros impidió a los alemanes reparar el sistema de activado del detonante. Tras los carros avanzaban amparados numerosos infantes americanos, en dirección a la orilla oriental del Rhin. El comandante del puesto y el jefe de la compañía de zapadores cayeron prisioneros del enemigo, mientras el comandante Scheller, jefe de las tropas, escapó al desastre y pudo comunicar que los americanos cruzaban por el puente de Remagen. El 11 de marzo compareció ante el «Tribunal Volante Especial del Oeste», que le condenó a muerte. Tanto él como los oficiales Strobel y Kraft fueron fusilados a causa de su actuación, como comandante de puesto y jefe de la compañía de zapadores, respectivamente los dos últimos. Inmediatamente después cruzaban el puente de Remagen ocho divisiones USA. Más al norte, el Grupo de Ejércitos XXI, bajo el mando de Montgomery, cruzaba el Rhin el 23 de marzo a la altura de Wesel y penetraba en Westfalia por el norte de la cuenca del Ruhr.
El 25 de marzo el Ejército 1 americano partió desde la cabeza de puente de Remagen, muy ampliada. Entretanto el general Patton había cruzado el Rhin por Oppenheim y sus soldados marchaban ya a toda velocidad hacia el Este, hacia el corazón del Reich.
En el sur luchaba el Ejército 1 francés –formado hacía seis meses–, al principio sobre los Vosgos y luego cruzando el Rhin y la Selva Negra. La orden de Hitler –resistir en la orilla occidental del Rhin y no cruzar la corriente bajo ningún concepto– costó a la *Wehrmacht* 60.000 muertos y heridos y 300.000 soldados prisioneros del enemigo. En total, más de 25 divisiones. Según cálculos estimativos de los Aliados, los alemanes deberían de contar entonces, en el conjunto del frente occidental, tan sólo con 26 divisiones mal dotadas. A pesar de todo la situación se hizo aún más catastrófica: tres ejércitos americanos más se desplazaron hacia el Este y cercaron la cuenca del Ruhr, donde operaban los restos del Grupo de Ejércitos B.

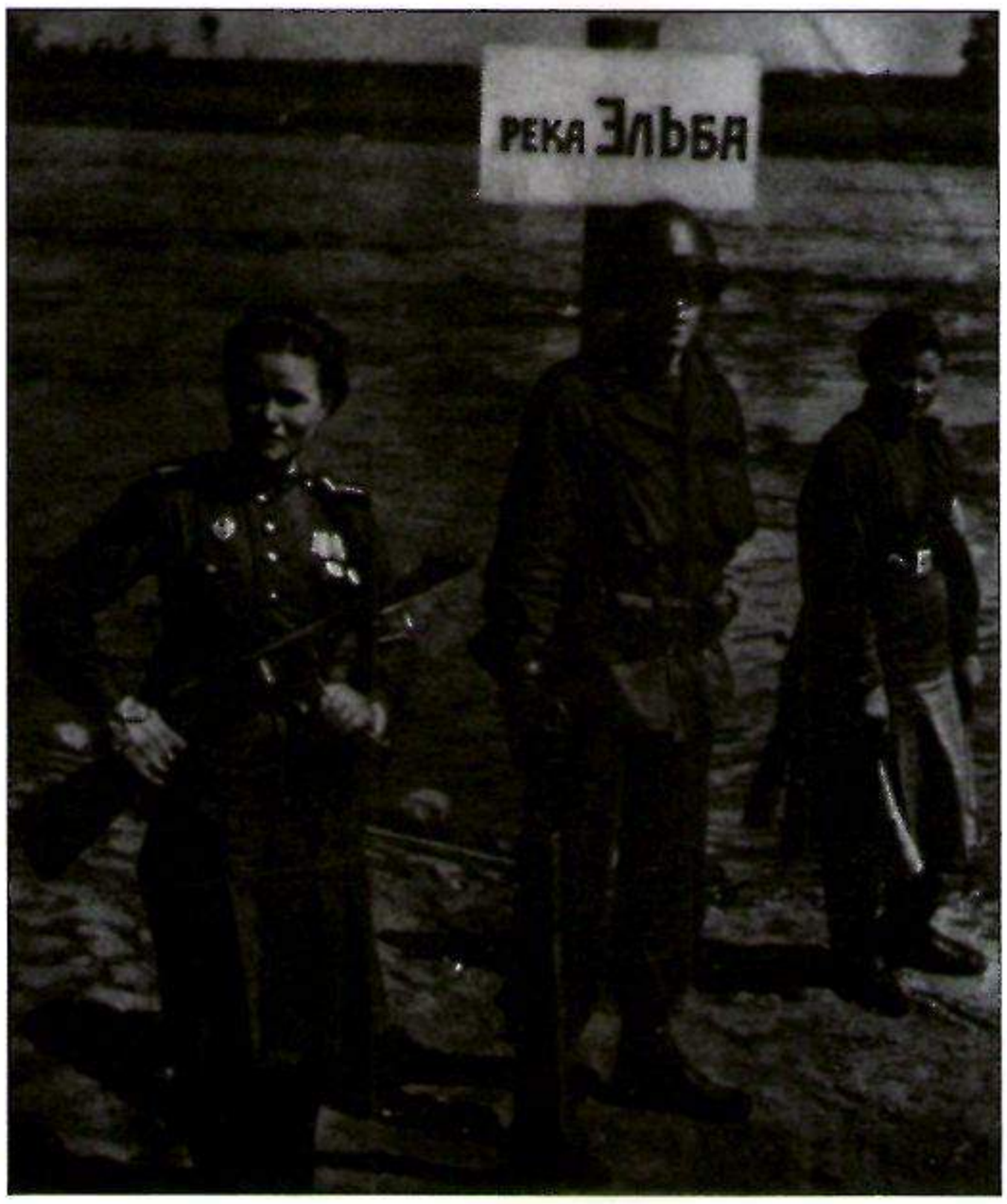
«El Ejército traidor del Ruhr»

Los americanos presionaban tan sólo ocasionalmente sobre el cerco del Ruhr, porque estaban seguros de su victoria. Por su parte, los alemanes apenas mostraban interés por continuar la lucha y se limitaban casi siempre a ceder cuando se presentía una embestida enemiga. El teniente general Bayerlein capituló sin consultar con nadie, junto con su Cuerpo de Ejército III. Incontables soldados se encontraban dispersos, escondidos en los bosques. Unidades enteras desaparecían de la noche a la mañana. A mediados de abril los americanos partieron en dos el cerco. El mariscal Model decidió entonces disolver el Grupo de Ejércitos B. Quien quisiese seguir el ejemplo podría hacerlo. Los soldados más jóvenes, y los veteranos, fueron licenciados sin más. El 20 de abril los restantes mandos militares oyeron a través de la radio el discurso del ministro Goebbels con ocasión del cumpleaños de Hitler: en él calificó de «traidor» al Ejército del Ruhr. Al día siguiente, hacia las cuatro de la tarde, el mariscal Model se suicidaba de un tiro en un bosque cercano a Wedau.
Las tropas aliadas occidentales prosiguieron su avance hacia el Este, fuera ya de los márgenes fijados en sus mapas operativos. A veces los comandantes se orientaban por mapas imprecisos de colegiales. Montgomery se había marcado un objetivo: Berlín. Winston Churchill calificó la ruta seguida por Montgomery como el «camino más corto hacia Berlín». La fe de Churchill en el criterio democrático de Stalin sufrió un rudo golpe. Apenas seis semanas después de la firma del tratado de Yalta, Stalin lo había violado por primera vez. El Gobierno de Rumania se había desplomado por instigación de Moscú y se había formado otro integrado por comunistas. Las tan prometidas elecciones libres en Polonia no habían tenido lugar. El plan «Eclipse», en consecuencia, no se podía mantener. Churchill confió a su secretario el 24 de marzo: «No me convendría que se procediese al desmembramiento de Alemania antes de solucionar mis dudas sobre las verdaderas pretensiones de los rusos.» También Roosevelt se sintió muy afectado por la actitud de Stalin. Cuando fue informado el mismo día de la situación en Polonia sufrió un acceso de ira.









El puente ferroviario de Ludendorff, cerca de Remagen cayó en poder de los americanos, incólume, el 7 de marzo de 1945. El puente fue motivo de numerosas novelas y películas.

En largas columnas caminaban los soldados alemanes hacia el cautiverio a través de sus ciudades destruidas.

A orillas del Elba, soviéticos y americanos celebraron su fraternidad armada. El GI de la foto posa para los fotógrafos entre dos mujeres soldados del Ejército Rojo.

El Ejército aerotransportado 1 aliado se preparaba por entonces para la conquista de Berlín desde el aire. Según el plan, la División 82 USA debería tomar tierra en el aeropuerto de Tempelhof; la División 101 USA en Gatow y una Brigada paracaidista británica en el aeropuerto de Oranienburg.
Sin embargo, el teniente general William Simpson, comandante del Ejército 9 americano, quería ir también a Berlín. Había recibido de Eisenhower la orden de «proseguir el avance hacia Berlín o hacia el nordeste.» Su División acorazada 2 «Hell on wheels» (Infierno sobre ruedas) confiaba alcanzar en 48 horas Berlín, tras constituir una cabeza de puente sobre el Elba.
Pero el «Infierno sobre ruedas» tuvo que hacer frente a una dura competencia: la División 83 de Infantería, que encontró de camino todo lo que el enemigo había ido dejando en su huida, incorporó a sus efectivos estas armas y vehículos recubriéndolos de un color verde oliva y pintando en los laterales la estrella blanca.
También quería ir a Berlín la División acorazada 5 norteamericana, que avanzaba casi sin un momento de respiro. Y asimismo se veían ya vencedores en Berlín los soldados de las Divisiones USA 30 y 102. El 8 de abril la División 84 llegaba a Hannover. Eisenhower preguntó al comandante: «¿Qué planes tiene usted ahora?» «...Continuar hasta Berlín...» Eisenhower añadió: «Mucha suerte: no se deje detener por nadie.» La División 84 estaba absolutamente convencida de ser la primera que llegase a la capital del Reich.

El valor de la desesperación

Pero se impuso una pausa repentina a unos doscientos kilómetros de Berlín. Había numerosos motivos para ello. La razón más importante fue un fantasma que aleteó en los despachos del servicio secreto americano y que encontró su derrota al pasar a los dibujos los mapas operativos: la «Fortaleza Alpina». Allí, en las montañas bávaras, austríacas y tirolesas del sur debería de existir un gigantesco reducto, dotado de fábricas, almacenes de munición y posiciones inexpugnables, todo ello bajo tierra. Incluso se decía que Hitler había asumido el mando de estas tropas selectas. Eisenhower, comandante en jefe de las tropas aliadas occidentales pensaba desde una perspectiva militar y no política. Berlín, un montón de ruinas en cuyas inmediaciones no había otra cosa que los aliados rusos, no le pareció tan importante como la misteriosa y temible fortaleza alpina.
Pero también los alemanes dificultaron el avance de Eisenhower hacia la capital del Reich. El general Walther Wenck había vuelto a asumir el mando de su Ejército 12. Este se hallaba integrado fundamentalmente por unidades diezmadas y cadetes aspirantes a diversos cursos y academias; carecían casi por completo de armas pesadas y sólo disponían de una docena de carros. Pero los cadetes estaban bien preparados, dirigidos por instructores con larga experiencia en el frente y, además, tenían el coraje de la desesperación. El Ejército de Wenck contaba en total con unos 55.000 hombres, dispuestos a impedir el paso de los americanos por el Elba. Efectivamente, había vuelto a reanudarse allí al avance americano, aunque numerosas unidades habían cambiado de dirección para dirigirse a Munich y Salzburgo. Parte de la División acorazada 2 USA estaba ya en Magdeburgo. El puente de la autopista sobre las aguas del Elba había quedado incólume.

No a un nuevo Remagen a orillas del Elba

A pesar de la débil resistencia alemana ofrecida hasta entonces, ahora se había reforzado repentinamente: los americanos quedaron detenidos por un fuego graneado desde el campo alemán. En estas condiciones no podrían avanzar sobre los puentes.
La División acorazada 5 había logrado ya alcanzar Tangermünde y se metió en un verdadero infierno. En el centro de la ciudad, los carros eran materialmente cubiertos de metralla, lanzada desde ventanas, claraboyas y sótanos. En medio de las detonaciones se produjo de pronto una terrible explosión: el puente del Elba había sido volado por zapadores alemanes. Hasta Berlín solamente quedaban 85 kilómetros.
Pero a orillas del Elba no había un nuevo Remagen y la División acorazada 2 se vio obligada a intentar cruzar el Elba sin dejar la lucha. Al atardecer del día 12 de abril los primeros vehículos anfibios se acercaban a Magdeburgo. Hacia la medianoche dos batallones de infantería se encontraban ya en la orilla oriental. Los zapadores americanos comenzaron a construir un puente, envueltos en una lluvia de granadas alemanas. El 13 de abril algunas secciones de la División 83, la «chatarrera», consiguieron llegar al Elba a la altura de Barby y se encontraron con un puente que también había sido volado. Los soldados se lanzaron inmediatamente hacia sus botes y vehículos anfibios y entraron en las aguas. En la tarde del 13 los zapadores terminaban su puente y pronto toda la División había cruzado ya a la orilla oriental. Entretanto la División acorazada 2 había logrado lanzar un cable sobre el Elba e inauguraba un servicio de transbordador. Así podía reemprender la marcha hacia Berlín. Pero cuando el primer transbordador se encontraba en medio del río, una granada alemana solitaria destrozó el cable. Al tiempo, las secciones de la División acorazada 2 USA que ya se encontraban en la orilla oriental fueron atacadas por carros de combate alemanes. Los bombarderos americanos se hallaban tan rezagados aún que no pudieron asistir a las fuerzas de Tierra. Los americanos lucharon desesperadamente, pero tuvieron que replegarse a la ribera occidental. El ataque de la División acorazada 2 estadounidense hacia Berlín había fracasado.
El 14 de abril, a las 3 de la tarde, el general Eisenhower decidió detener la marcha en aquella dirección: «Berlín deja de ser objetivo militar.» La intendencia con destino a los 4.600.000 soldados aliados occidentales estaba sobrecargada de trabajo, y solamente había un puente ferroviario sobre el Rhin. El aprovisionamiento se llevaba a cabo casi exclusivamente mediante camiones aunque también se ocupaban de ello cientos de aviones de carga.
Cuando llegó la orden de detenerse comenzó a cundir entre los americanos un sentimiento de sorpresa y de contrariedad. Stalin, informado por Eisenhower, interpretó la maniobra como una pura finta de los capitalistas y ordenó que se atacase Berlín antes del plazo fijado anteriormente. Incluso informó al embajador americano en Moscú de que el Ejército Rojo preparaba una ofensiva, pero como objetivo táctico señaló Dresde.
El 25 de abril de 1945, a las 16,40 h, el teniente americano William D. Robinson se encontraba en la orilla del Elba, cerca de Torgau, frente por frente, con un grupo de combatientes del Ejército Rojo. El teniente acogió a cuatro soldados rusos y, poco después, aquel encuentro se presentó como la histórica confluencia de americanos y soviéticos a orillas del Elba.
Sin embargo, el primer encuentro había tenido lugar tres horas y diez minutos antes en el pueblecito de Leckwitz. El teniente americano Albert Kotzebue, de la División 69, encontró allí a un ruso que montaba un caballo pony. El soldado le confesó sin ningún tapujo que su unidad se hallaba en la orilla derecha del río.
Kotzebue cruzó el Elba con algunos de sus hombres. En la orilla, a unos cientos de metros, diseminados, se veían cadáveres de hombres, mujeres y niños, entre carros volcados, paquetes, ropas. Un grupo de soldados soviéticos se encontraba cerca de los cadáveres de los fugitivos asesinados.
Americanos y rusos se saludaron en silencio. No hubo en aquel momento la menor alegría, ni risas, ni abrazos, ni golpecitos en la espalda. El primer encuentro tuvo lugar en el escenario de una matanza horrenda. □

CRONICA

POLITICA | CUESTIONES MILITARES | CULTURA Y TECNICA

1945

2. 5.: El gran almirante Dönitz forma en Flensburg un nuevo Gobierno del Reich junto con el ex ministro de Finanzas, conde Schwerin von Krosigk, como titular de Asuntos Exteriores. La constitucionalidad del nombramiento de Dönitz como «Presidente del Reich» y «Comandante Supremo de la 'Wehrmacht'» no será puesta en duda ni siquiera tras la muerte de Hitler.

El gobierno Dönitz bajo arresto.

23. 5.: El gran almirante Dönitz, los ministros de su gabinete y todos los miembros del Mando supremo de la «Wehrmacht» son detenidos en Flensburg.
23. 5.: Se suicida el jefe de las SS, Himmler, cuando ya le habían detenido los ingleses.
28. 5.: El gobierno militar de los Estados Unidos establece en Munich un gobierno regional. Como primer ministro se designa Friedrich Schäffer.
5. 6.: El general Eisenhower, el mariscal Zukov, el mariscal Montgomery y el general Lattre de Tassigny suscriben en Berlín cuatro declaraciones:
1. «Los Gobiernos aliados asumen a partir de ahora en toda Alemania y para todas las circunstancias la autoridad suprema, incluidas todas aquellas competencias que correspondan al Gobierno, Mando supremo de la 'Wehrmacht' y todas las autoridades estatales.»
2. Sobre «Consulta de las naciones aliadas.»
3. «Alemania se dividirá en cuatro zonas de ocupación dentro de las fronteras de 1937... El territorio del Gran Berlín quedará ocupado por las Fuerzas Armadas de las cuatro naciones.»
4. Creación y organización del Consejo de Control Aliado.
10. 6.: La administración militar soviética (SMAD) permite la formación de sindicatos y la integración de cuatro partidos –KPD (comunista), SPD (socialdemócrata), CDU (democristiano) y LDPD (liberaldemócrata) en su zona de ocupación.
11. 6.: Se tolera el KPD en las zonas occidentales. Siguieron el SPD (15. 6.), CDU –en Baviera CSU (cristianosocial)– (26. 6) y FDP (5. 7) este último liberal.
21. 6.: La administración de los sectores occidentales de Mecklenburgo, de la provincia y de la región de Sajonia, así como de toda Turingia, ocupadas por las tropas americanas en el mes de abril, es asumida por el SMAD ruso aun antes de que entraran en ellas las tropas soviéticas.
26. 6.: Se funda la ONU en San Francisco.

2. 5.: La capitulación del Grupo de Ejércitos C (general von Vietinghoff) en Italia se da a conocer oficialmente y entra en vigor a las 14 horas.
2. 5.: Capitula el general Weidling, comandante de Berlín, y se entrega como prisionero a los rusos.
3. 5.: Las tropas británicas entran en Hamburgo, que el «Gauleiter» Kaufmann había declarado previamente «ciudad abierta».
3. 5.: Los japoneses evacuan Rangún, capital de Birmania.
4. 5.: Capitulación de las fuerzas alemanas en el sector noroeste, en Holanda y Dinamarca. La presentó el almirante von Friedeburg en el cuartel general de Montgomery, al sur de Luneburgo.
5-9. 5.: Último viaje de destructores y lanchas rápidas alemanes hacia Hela. En él se evacuó a 43.000 personas.
6. 5.: La fortaleza de Breslau capitula ante las tropas soviéticas.
7. 5.: Capitulación conjunta de la «Wehrmacht» alemana en el cuartel general de Eisenhower en Reims. La presentan el general Jodl y el almirante von Friedeburg, así como el general del Aire Oxenius.
7. 5.: El Ejército 12 alemán, al mando del General Wenck, cruza el Elba con unos 100.000 hombres y se entrega a los americanos.
8/9. 5.: A las 00,16 horas se repite la firma del acta de capitulación en la escuela técnico-militar de Berlín-Karlshorst ante el mariscal Zukov y el mariscal del Aire británico Tedder. Keitel, von Friedeburg y Stumpff suscriben el siguiente texto: «Nosotros, los que suscribimos, que negociamos por delegación del Mando supremo de la 'Wehrmacht' alemana, encomendamos sin condiciones de ningún tipo al comandante supremo de las fuerzas expedicionarias aliadas y, al mismo tiempo, al Mando supremo del Ejército Rojo, todos los efectivos de combate hasta ahora bajo el mando alemán, en tierra, mar y aire...»
9. 5.: A las 00,01 entra en vigor la capitulación alemana. En todos los frentes europeos, con excepción de Checoslovaquia, callaron las armas.
10. 5.: Capitulación del Grupo de Ejércitos Curlandia (general Hilpert) con cerca de 208.000 hombres.
14. 5.: A las 12,00 se da cumplimiento a la entrega del Ejército «Prusia Oriental» (general von Saucken), con cerca de 150.000 hombres, a los rusos. Con ello termina la capitulación de las mayores formaciones alemanas.
15. 5.: Tras la entrega del grueso del Ejército croata a Yugoslavia son asesinados unos 80.000 soldados y 30.000 civiles.
23-26. 5.: Como consecuencia de varios bombardeos sobre Tokio resulta destruida más de la mitad de la capital.
22. 6.: El almirante Nimitz declara en Okinawa el final de la resistencia organizada de los japoneses.
28. 6.: En Luzón, la mayor isla filipina, se extingue la resistencia japonesa organizada.

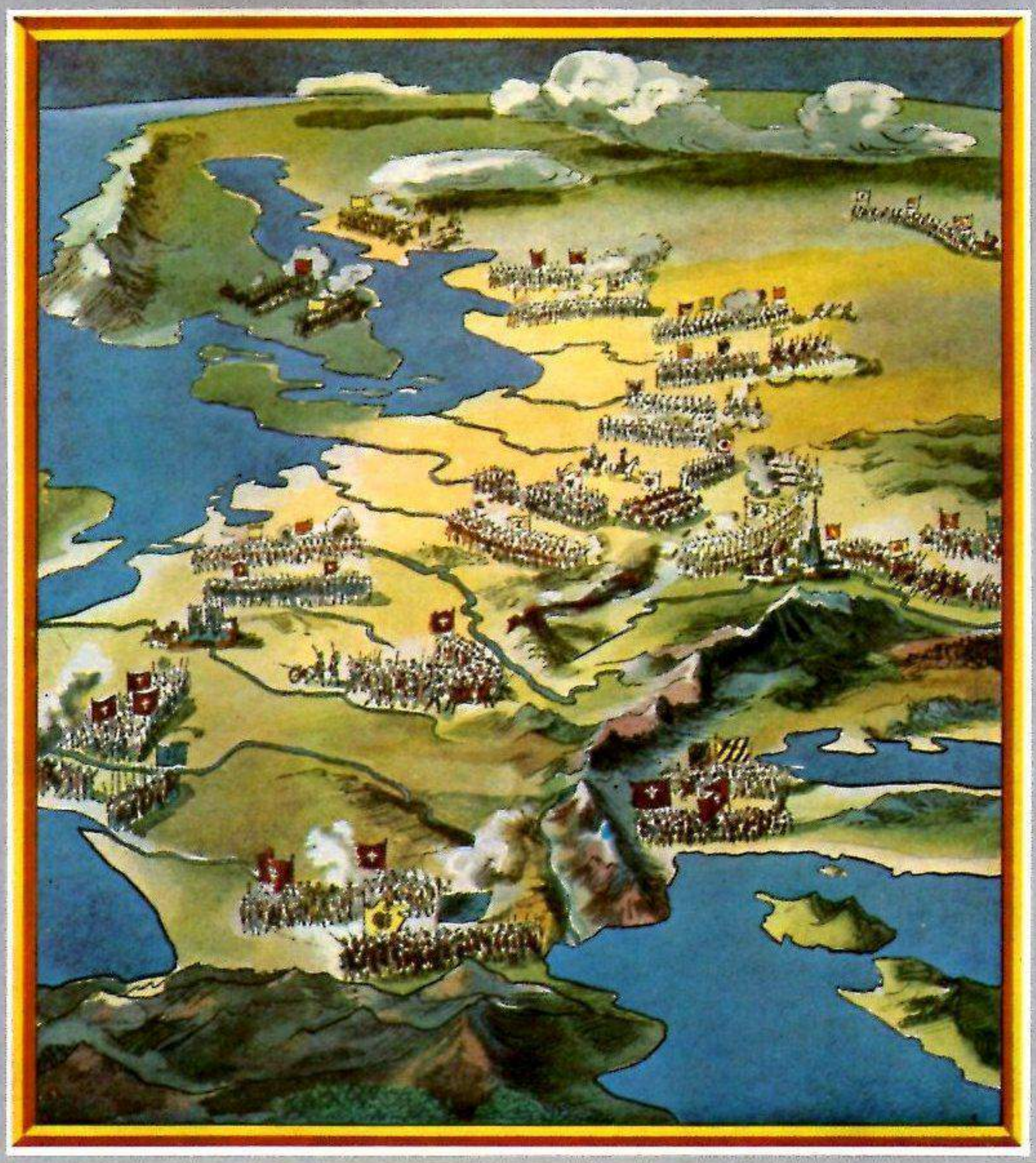
12. 5.: La potencia ocupante de Hamburgo impone el toque de queda desde las nueve de la noche hasta las seis de la mañana.
27. 5.: Con la sexta sinfonía de Beethoven en programa, la radiodifusión de Hamburgo vuelve a transmitir un concierto propio.
27. 5.: Es detenido en Hamburgo el antiguo comisionado del Reich y «Gauleiter» de Danzig-Prusia occidental, Albert Forster.
29. 5.: En las inmediaciones de Flensburg oficiales británicos detienen al antiguo presentador de habla inglesa de la radiodifusión del Reich, William Joyce. Con su serie «Germany calling», el llamado «Lord Haw Haw», que es como se le conocía a Joyce, alcanzó celebridad en Europa.
6. 6.: Con permiso del gobierno militar se da a conocer que el alcalde de Hamburgo, Rudolf Petersen, ha decidido privar a Hitler y Göring de la ciudadanía de honor otorgada anteriormente por la ciudad hanseática.
9. 6.: Emprende el regreso a su patria el último soldado aliado liberado de las prisiones alemanas. En total, los Aliados rescataron a 91.000 soldados americanos y 167.000 británicos.
12. 6.: A partir de este día salen de Hannover diariamente tres trenes correo y un expreso. Los primeros tenían como destino Minden, Nienburg y Gotinga. El expreso rendía viaje en Bremen.

Prisioneros de guerra aliados del campo de Altengrabow esperan a sus libertadores.

14. 6.: Por orden del gobierno militar, se vuelve a inaugurar el servicio postal civil en Schleswig-Holstein y en la zona británica de Mecklenburgo. Sin embargo, los únicos envíos permitidos son tarjetas postales abiertas escritas en caracteres latinos.
14. 6.: El antiguo ministro de Asuntos Exteriores del Reich, Joachim von Ribbentrop, es detenido por un teniente coronel británico cuando se encontraba en la cama de una pensión de Hamburgo.
15. 6.: Más del cincuenta por ciento de la provisión de legumbres que llega a Hamburgo se transporta en tranvía. Los tranvías se encargaban también del transporte de escombros, así como de materiales de construcción y basura.

¿ADONDE VA EUROPA?

El Reich no escatimó medios a la hora de hacer propaganda en busca de simpatías en los países aliados, neutrales u ocupados. El instrumento principal de esta propaganda fue una revista –«Signal»–, que se publicaba en veinte idiomas. Esta publicación insistía en un lenguaje y en una ideología que apenas habían manejado Hitler y sus colaboradores. Hablaba de Europa, de la comunidad de los pueblos de Europa y de la herencia del mundo antiguo. Su línea fue, en verdad, muy hábil. A través de series de artículos escritos con gran brillantez se reflejaba una historia dramatizada y se hablaba del glorioso futuro de la «nación europea», aunque evitando las sombras del actual momento opresor protagonizado por Alemania, la persecución de las minorías raciales y el saqueo de las regiones ocupadas por los nazis.



Bajo el título «¿Adónde va Europa?» la revista «Signal» publicó en su número correspondiente a junio de 1943 una serie gráfica en la que se trataba de reflejar una particular historia de Europa desde los comienzos hasta la «lucha final contra el bolchevismo». Reproducimos aquí tres ejemplos. Arriba: la alta Edad Media. Caída del imperio de Carlomagno. La Europa central se convierte en campo de intrigas de pequeños grupos. Derecha: del siglo XVI al XIX. Se han formado las naciones y se desgastan en luchas sin fin. Página contigua: Europa sigue la llamada de Alemania y se agrupa contra el bolchevismo. Ha llegado la «hora de la verdad», el «camino hacia la síntesis de Europa». El texto que figura a pie de página corresponde al mismo número.

Tan enormes fueron las pérdidas que afectaron a casi todos los Estados de Europa que contendieron en la primera Guerra Mundial, sin exclusión de los vencedores; tan terribles son las lecciones que cabría deducir de esta guerra que tan profundamente afectó al destino del continente que ahora, capital y petróleo, algodón y caucho, bronce y carbón, juegan un papel de elementos más importantes que los que provocan las guerras, más aún que factores antiguos, como los problemas de límites y de soberanía. La cadena ininterrumpida de crisis económicas sufridas en los años de 1918 a 1938 confirman esta realidad. ¿Comprenderá Europa esta situación o preferirá seguir con el juego de enfrentamientos entre sus 36 Estados, cuando la historia se ve abocada a una confrontación de continente contra continente? Pero la cosa va más lejos. Solamente los Estados más afectados de Europa, solamente Alemania e Italia, han comprendido la primera exigencia de esta hora, los peligros que acechan por el Este y el Oeste. Constituye uno de los sucesos más trágicos de la historia de Europa el que en estos momentos estallen por segunda vez en el mundo determinados fermentos que amenazan con sumergir a Europa en un caos. Afortunadamente, hoy las potencias del Eje han establecido sus puestos de vigilancia en todas las costas y fronteras de Europa, han respondido con la fuerza de las armas a la penetración del bolchevismo imperialista, descubriendo a los ojos de todos el peligro de un ataque, han presentado a todas las fuerzas continentales con voluntad de futuro la segunda exigencia del momento, la exigencia dinámica de la historia de Europa, materializada en la marcha hacia el frente desde todas las fronteras: el camino hacia la síntesis de Europa ha quedado abierto, quizá por primera vez.

Martin Bormann
LA EMINENCIA PARDA

En el año 1941, un colaborador de Goebbels se permitía aún hablar sin una idea muy definida de un «camarada del partido de nombre Bormann». Los propios paladines de Hitler no tenían de él un conocimiento suficiente. Durante largo tiempo tuvieron al secretario del partido por un chupatintas con aspecto de campesino que cumplía con su trabajo burocrático y nada más. Pero Bormann estaba en todas partes, a la sombra de Adolf Hitler, su dueño y señor, tenazmente dispuesto a labrarse un porvenir en una posición de fuerza que le convertiría en el secreto motor del Reich. Harald Steffahn refleja en este artículo el carácter de Martin Bormann.

Berlín, 1 de mayo de 1945, por la noche. Apenas treinta horas antes, Hitler se ha suicidado en su *bunker* construido bajo los jardines de la Cancillería del Reich. Como sucesor suyo ha quedado el gran almirante Dönitz. Por la tarde del mismo primero de mayo, éste había recibido una llamada telefónica del secretario jefe de Hitler, Bormann: «El testamento entra en vigor. Iré a verle lo antes posible.»

Dönitz se encontraba en Flensburg-Mürwik. Bormann y la mayor parte de los que aún quedaban en el *bunker* trataban de sortear la lluvia de granadas, cruzar aquellas montañas ciclópeas de escombros y, salvando calles destruidas, abandonar el barrio del Gobierno.

Aunque Bormann tenía graduación de general de las SS *(Gruppenführer)*, se había vestido un uniforme gris y encima su capote militar. En caso de complicaciones podría pasar así desapercibido.

El puñado de gente con el que iba se dirigía al norte, cruzando los puentes tendidos sobre el Spree, y el grupo se hacía cada vez más pequeño. Bormann y el médico de las SS, doctor Stumpfegger, caminaban juntos, amparados tras un carro *Tiger* que inopinadamente había aparecido en el lugar. La protección no podía durar mucho. El *Tiger* resultó alcanzado por un impacto enemigo y voló por los aires.

A partir de este momento comienzan las especulaciones sobre un Bormann, presunto superviviente, que no volvió a aparecer ni en Flensburg ni en ninguna otra parte. De especial valor son las aseveraciones del supuesto testigo ocular de los hechos, Arthur Axmann, entonces jefe de las juventudes del Reich.

Versiones aventuradas

Axmann se había separado de Bormann, tomando el camino de Moabit junto con su ayudante. Pero se vio obligado a cambiar de rumbo ante la presencia de carros soviéticos. «Cuando nos encontrábamos de regreso –cuenta– y cruzábamos el Puente de los Inválidos, vimos a Bormann y el doctor Stumpfegger que yacían en el suelo con los brazos y las piernas abiertos. Sus rostros eran plenamente reconocibles. Tomé a Bormann en mis brazos y no aprecié en él reacción alguna. Me acerqué a su pecho y no percibí su respiración. En el cuerpo no se observaban ni heridas ni manchas de sangre. Sospechamos que se había envenenado.»

La historia ha necesitado 28 años para dar por válido este relato, que revela el final del hombre más poderoso des-

Hitler y su subordinado. Mientras el «Führer» estudia un informe, Bormann espera detrás de él, dispuesto a poner en práctica la menor indicación de su señor.

pués de Adolf Hitler. Pero en tanto abundaban las especulaciones florecieron las versiones más aventuradas: desde la que habla de agentes soviéticos hasta otras que ven a Bormann como vecino del médico de campos de concentración, Mengele, que huyó al Paraguay. Otros aseguraron que vivía en España o que sería un tal hermano Martini acogido en un convento franciscano de Roma. Unos lo habían visto en el sudoeste de África y otros en el Tirol.

Las contradictorias versiones llevaron a los Aliados, en el período preparatorio del proceso de Nuremberg, a concluir que Bormann vivía. Así pues, se formalizó la denuncia y, durante cuatro semanas, se le conminó a través de las emisoras de radio de las cuatro zonas de ocupación a que se presentase ante los tribunales. En total se distribuyeron 200.000 carteles con su nombre. Sin embargo el lugar que tendría que haber ocupado en el banquillo del palacio de justicia permaneció vacío. Al dictar sentencia los jueces en aquel proceso gigante se le encontró culpable de dos cargos de gravedad máxima: crímenes de guerra y crímenes contra la humanidad. Por ellos se le condenó, en rebeldía, a ser ahorcado.

El juego del escondite emprendido por el destino cuadraba de un modo especial con la oscuridad y poca transparencia con que actuó Bormann respecto de todos cuando aún vivía. Entre bastidores, supo mover los hilos que le convenían.

Todos le temían y le odiaban. No tuvo amigos. «Un par de palabras de Hitler de recriminación contra Bormann y todos los enemigos de éste se le habrían echado al cuello», comentaría más tarde Albert Speer. Pero jamás aparecieron estas palabras críticas en boca de Hitler. Muy al contrario. Expresiones como «para ganar la guerra necesito a Bormann» o «quien vaya contra Bormann va contra mí», eran auténticos venenos que luego utilizaba Bormann para emponzoñar sus dardos.

¿Qué vinculaba al señor del Tercer Reich con aquel individuo que se había hecho tan imprescindible, a pesar de no pertenecer al grupo de los «viejos camaradas de los tiempos de lucha» y que no podía aducir ningún mérito especial de la época en que los nazis conquistaron el poder? La respuesta es: nadie como Bormann había logrado penetrar en la mentalidad de Hitler ni captar como él el principio de poder, actuando en consecuencia.

En ningún caso una educación superior

Con vistas a la reafirmación del poderío alemán en el Este, Bormann formuló algunos conceptos que se apoyaban en el establecimiento de un régimen de verdadera esclavitud.

Sólo podemos tener interés en que estos rusos o los llamados ucranianos no se multipliquen tan profusamente; Algún día esta tierra rusa será colonizada por los alemanes.

Por este motivo la población no alemana no debe recibir una educación superior. Si cayésemos en este error no sé si podríamos superar su resistencia. Se les debe dar escuelas, desde luego, por las cuales habrán de pagar si es que quieren asistir a las clases, pero en ellas no debe enseñárseles más allá de los signos de la circulación. El contenido de las lecciones de geografía deberá limitarse a decirles que la capital del Reich alemán es Berlín y que todos deberán ir una vez en su vida a la capital alemana...

Si las chicas y mujeres de los territorios ocupados en el Este optan por el aborto, nada hay que objetar. En ningún caso los juristas alemanes deben oponerse a este hecho. El «Führer» es de la opinión de que debería fomentarse en estos territorios la oferta de métodos anticonceptivos. No podemos tener interés en que aumente la población no alemana...

Por ello no debemos impartir asistencia sanitaria a la población no alemana en los territorios orientales ocupados. Y nada de vacunar a la población no alemana o medidas sanitarias parecidas.

En ningún caso debe recibir la población no alemana una educación superior. Debe bastar en cambio, según el criterio del «Führer», si la población no alemana –incluso los llamados ucranianos– aprenden a leer y escribir.

En ningún caso podemos permitirnos instigar entre la población no alemana cualquier conciencia de dominio. Es absolutamente necesario lo contrario.

Los eslavos deben trabajar para nosotros. En tanto no los necesitemos deberán ir muriendo. Son, por lo tanto, superfluas las medidas de protección sanitaria y las vacunas. No es deseable la fecundidad de los eslavos. Les dejaremos la religión como instrumento de distracción. Como alimento solamente podrán recibir lo imprescindible. Nosotros somos los señores y, por lo tanto, somos los primeros.

Por otro lado entendió que un dictador necesita en torno a sí de un cierto clima de intrigas, rivalidades, de un cierto «caos controlable» para darle ocasión de ejercer su poder sin menoscabo y sin peligros. El funcionario sabía tocar bien este teclado. Cuando los notables, enfundados en sus uniformes y cubiertos de medallas, trataban de minarse el terreno mutuamente, Bormann se ocupó de encizañar a unos contra otros, se mezcló en sus asuntos privados –con una aparente indulgencia confidencial– y supo aprovechar cualquier situación de debilidad para hacer valer su opinión ante Hitler.

Una opacidad absoluta

Jamás llegó a ostentar ningún otro título como no fuese el de «jefe de la Cancillería del partido» y «secretario del *Führer*». Y, sin embargo, según escribe Joachim Fest, «nadie fue tan poderoso como él en los años del derrumbamiento del Reich de Hitler. Su adusta y hosca sombra llegó incluso a eclipsar a las estrellas que, antes que él, habían formado el séquito más estrecho de Hitler: Göring, Ribbentrop, Ley, el propio Goebbels y, finalmente, Himmler.»

En todos los Estados, también en los democráticos, hay gentes como Bormann; eminencias grises poderosas tras los bastidores, que extienden su alcance cuanto menos aparecen en público. Cuando actúan en público son gentes más bien inexpresivas y opacas.

Sin embargo, en ninguna circunstancia abunda tanto este espécimen como en las dictaduras. En ellas, en las que el juego de fuerzas no se desarrolla con arreglo a unas normas constitucionales, sino mediante una lucha sorda de todos contra todos, un valido del jefe de Estado puede llegar a ser perfectamente un auténtico virrey privado.

Este tipo de gente apenas ofrece una biografía delimitada. Justamente lo confuso, lo sin perfil, la penumbra, es un campo ideal de actuación. De este modo los peldaños vitales de Martin Bormann, un poderoso sin carrera, se sucedieron vertiginosamente:

Nació el 17 de junio de 1900 en Halberstadt, hijo de un funcionario de correos y antiguo sargento primero. En los tiempos de Weimar militó en la derecha radical y tomó parte en un asesinato. En 1924 se vio obligado a cumplir un año de cárcel. Más tarde sería condecorado por Hitler con la insignia de la Orden de la Sangre: triste ironía. El instigador del crimen fue Rudolf Höss, que veinte años después sería tristemente célebre como comandante del campo de concentración de Auschwitz.

Bormann supo navegar en el mar de competencias y atribuciones de que constaba el aparato de poder de Hitler, logrando incrementar el poder del partido respecto del Estado, de los militares y de las SS.

El técnico agrícola Bormann, intendente en Mecklenburgo, entró en el partido nazi en 1927 con el número 60.508 y se casó en 1929 con Gerda Buch, de veinte años, hija de un comandante, colaborador cercano de Hitler. Éste fue testigo en la ceremonia nupcial. Gracias a esta vinculación, Bormann trabó contacto con Hitler. El hijo mayor, nacido en 1930, fue apadrinado por el futuro *Führer*. Bormann tuvo otros nueve hijos de este matrimonio.

La carrera de los éxitos personales de Bormann fue fulminante a partir de este momento: Jefe de prensa de *Gau*, jefe de distrito, encargado de negocios del *Gau* en Turingia... Se reveló, sobre todo, muy capaz en cuestiones relacionadas con el dinero y la administración. En 1930 creó una caja de seguros para «accidentes sufridos durante un trabajo encargado por el partido.» Dicho de otro modo: una caja de seguros para auxiliar a los camaradas que resultasen heridos en los combates callejeros o en interiores. Los excedentes de este depósito fueron a cubrir otros objetivos del partido nazi y sacaron al jefe del partido de más de un apuro.

El reconocimiento de Hitler hacia el activo funcionario del partido fue en aumento cuando éste le proporcionó dos fuentes más para reunir dinero: la «cuestación de la industria alemana para Adolf Hitler» (oferta de los empresarios para el crecimiento económico) y la participación en el precio de los sellos de Hitler (basada en el «derecho de autor por reproducción de la propia imagen»).

Partiendo de los fondos industriales, Bormann logró donaciones de altura para los poderosos del Estado. Eso le llevó a ocuparse del nivel de vida de estos, a efectos de control.

En 1933 Bormann se convirtió en jefe de despacho del «lugarteniente de Hitler», Rudolf Hess. Hess vio en las condiciones organizativas de su jefe de despacho una oportunidad de hacerse valer él mismo y su departamento. Sin embargo, Bormann no trabajó jamás por nadie que no fuese Hitler y, en último término, por él mismo. Cuando Hess se reveló como un ser negativo, su estrella decayó. En realidad el trabajo del partido se hallaba en manos de su jefe de despacho. Cuando el lugarteniente de Hitler, por razones idealistas pero también por enredos, voló a Inglaterra el 10 de mayo de 1941, se hizo pública una tajante orden del *Führer*: «La función de lugarteniente del *Führer,* dejará desde ahora de llevar inherente la de canciller del partido. Ésta quedará supeditada a mí personalmente. El jefe de este negociado seguirá siendo, como hasta ahora, Martin Bormann.» El puesto de lugarteniente quedaba, pues, reducido a la inoperancia. Aparentemente la función de Bormann se veía disminuida, pero en realidad continuó ejerciendo toda su actividad anterior, sólo que ahora podía actuar en nombre de Hitler. En la práctica se trataba de un aumento de prestigio. El partido continuaba siendo el instrumento del control del poder del Estado. Aunque el jefe de Estado tratase de verse lo menos implicado posible en los problemas derivados de su función. Dos años después Bormann ostentaría el título de «secretario del *Führer*», que le dotaba de un mayor poder oficial hasta el punto de que podía llegar a zonas de actuación ajenas al propio partido. De hecho era él quien llevaba los asuntos del Reich y se mostró especialmente activo en la

política respecto de los pueblos eslavos y los judíos.
El maestro en política de despachos supo actuar sin hipotecar el capital de confianza con que contaba ante el señor al que servía. El método era sencillo, pero resultaba impresionante por su férrea consecuencia: Bormann acumuló noticias sin cesar y retuvo firmemente cada manifestación pública de Hitler (para lo cual contrató también colaboradores). Sabía perfectamente variar el tema o conducir la conversación hacia los puntos predilectos del *Führer* e interpretar la opinión de Hitler en cada momento. Las materias, nombres y datos eran cuidadosamente anotados y clasificados por él en las correspondientes actas, de modo que estaban a mano en cada momento. «Así se convirtió Bormann en la memoria de Hitler» (Schirach).

Un virtuoso del aparato burocrático

No debe extrañar, pues, que Hitler no tuviera más que palabras de alabanza para aquel trabajo de mecánica fría y liberadora que desarrollaba su secretario: «Yo sé que Bormann es brutal –comentó Hitler en cierta ocasión– pero lo que él emprende tiene sentido y puedo confiar absolutamente en que mis órdenes se aplicarán inmediatamente por encima de todas las dificultades...»
Podía estar seguro, por tanto, de que las numerosas directivas y la infinidad de telegramas que se cursaban, que él previamente no hubiese visto, respondían a lo deseado, gracias a la intervención del virtuoso burócrata que actuaba «en nombre del *Führer*». Esa arbitrariedad no iba contra el sistema de poder concentrado de Hitler sino que, instintivamente lo fomentaba; por esta razón respaldó el *Führer* a su acomodaticio secretario y eminencia parda. Sin embargo, la autoridad, que se apoyaba más en el favor y en la gracia que en la ley y en el derecho, obligó al favorecido a capear más de un temporal. Como dato significativo, Bormann jamás se tomó unas vacaciones, para no verse nunca separado de la palanca de cambios del cuartel general del *Führer*. Su estilo de vida estaba perfectamente amoldado al mundo de barracones y *bunkers* de Rastenburg, Vinnitsa y Berlín, a última hora. Cuando su patrón hacia de la noche día, allí se encontraba su aplicado colaborador, su omnipresencia parda.
Habría que pensar que esta implacable dureza de vida solamente podría ir apoyada en una concepción fanática, pero tal suposición aislada no es exacta. De un modo muy distinto de Himmler, que se sentía partícipe de un mesianismo pseudogermánico, Bormann encontraba su compensación única en satisfacer su ambición, en radicalizar el Estado desde dentro y convertirse en su verdadero motor secreto. Su convencimiento ideológico libre de objetivos partió en gran medida de su mujer, que propuso a su marido con toda seriedad llevar adelante un matrimonio a tres, una vez se enteró de un enredo amoroso de Bormann con una actriz a principios de 1944.
En la fase final y apocalíptica de la guerra alcanzó Bormann el último peldaño del reconocimiento. Hitler le llamó «mi camarada más fiel» en su testamento privado del 29 de abril. Al tiempo le nombraba su albacea, designándole para el cargo de «ministro del Partido» en el futuro Gobierno Dönitz.
Bormann, que tenía entonces 44 años, abrigaba sin embargo serias dudas de que tal Ministerio del Partido no fuese otra cosa que una pura ficción sin contenido real. El 1 de mayo de 1945 se despidió de su secretaria, Else Krüger, con estas palabras: «En fin, adiós. Esto ya no tiene mucho sentido. Lo intentaré, pero estoy convencido de que no podré cruzar.»
Las circunstancias parecen haberle dado la razón.
No lejos del lugar en el que Axmann vio los cadáveres, encontraron algunos obreros el 7 de diciembre de 1972 restos de dos esqueletos. Uno de ellos debió de corresponder a un hombre corpulento (Stumpfegger medía 1,90 de altura) y el otro a un individuo más bien bajo (Bormann tan sólo medía 1,68). Las sospechas de la policía criminal se orientan precisamente hacia esta suposición, que enlazaría con lo dicho por Axmann. En consecuencia se llamó a Berlín al que fuera dentista de Bormann, doctor Echtmann, de Bensheim, que reconoció las coronas que había aplicado al lugarteniente de Hitler. En la cuenca correspondiente al ojo derecho se apreció también la marca producida por un grave accidente de automóvil. Todavía se observó un cuarto indicio: restos de cristal en las mandíbulas y residuos de una cápsula de cianuro. Al parecer, los fieles servidores de Hitler se habían visto sin salida posible.
Ya no existe duda alguna de que Bormann murió. El tribunal de Berlín número I (número de acta I/1483 N.° 29.223) extendió una declaración de fallecimiento el 24 de julio de 1954 y el «caso Bormann» quedó cerrado en el despacho del fiscal del Estado, en Francfort. Quien se empeñe en creer que continúa aún con vida en cualquier parte del mundo no se atiene a la realidad. La sombra de Hitler solamente fue autónoma durante 30 horas.

□

Una curiosa idea

La mujer de Bormann se propuso crear un «matrimonio de emergencia popular» con tres personas, cuando se enteró de que su marido mantenía relaciones íntimas con una actriz. Ofrecemos aquí dos pasajes de la correspondencia matrimonial::

Mi querida chiquita: No sabes qué contento me puse. Me pareció tremendamente atractiva. A pesar de su resistencia la besé sin pararme en barreras y la envolví con mi alegría incontenible. Me enamoré perdidamente de ella. Me las he arreglado para verla siempre que ha habido ocasión y hasta he vencido su resistencia. Ya conoces la fuerza de mi voluntad y puedes imaginarte que M. no iba a resistírseme mucho tiempo. Ahora ya es mía. Soy inmensamente feliz: estoy doblemente casado. Al menos me siento así. ¡Oh, cariño, no puedes imaginarte qué feliz soy con vosotras dos! En verdad el cielo me ha hecho muy feliz.

Querido papá: Sería una lástima que una chica tan maravillosa como ella no pudiera tener hijos. En este caso tienes que hacerte a la idea de que en un año deberá tener M. un niño y luego yo, de modo que tú tengas siempre una mujer. (¡Qué ocurrencia!)[1] *Luego reuniremos a todos nuestros hijos en la casa del lago y podremos vivir todos juntos, de modo que la mujer que no esté embarazada en ese momento podrá estar contigo en Obersalzberg o Berlín.* (Esto no marcha nunca bien, aun cuando las dos mujeres fuesen las mejores amigas del mundo. Lo mejor es que cada una se quede en su sitio. Las visitas están bien, pero con limitaciones.) *Tan sólo me preocupa si no habrás aterrorizado a la pobre chica con tus maneras impetuosas.* (Al principio, desde luego.) *¿Te ama ella realmente?* (Creo que me ama mucho, aunque naturalmente no es un amor profundo como el nuestro. Quince años de juventud, una rica experiencia en común y diez niños pesan mucho.) *Dices en tu carta que ahora te sientes felizmente casado por dos veces. Cariño, ¿te ama realmente hasta el punto de que podría sentirse casada contigo y te seguirá siendo fiel aunque no pueda llevar tu nombre?* (Esto solamente lo puede decir el tiempo.) *Sería una cosa buena el que después de la guerra se aprobase una ley según la cual los hombres sanos y valiosos pudiesen tener dos mujeres.* (El «Führer» tiene los mismos planes.)

(1) *Las frases entre paréntesis fueron añadidas por el destinatario de la carta. Bormann, cuando envió a su mujer la correspondencia para que la encuadernase.*

Habla Hitler

Berlín, Cancillería del Reich, 30-I-1945
En el día de la conmemoración de la toma del poder, Hitler pronuncia a través de la radio su último discurso.

Desgracia y pena

Europa se halla ahora aquejada de una grave enfermedad; y los Estados afectados no tienen más remedio que hacer acopio de toda su fuerza de resistencia o disponerse a sucumbir. Incluso los sanos y supervivientes superan el punto crucial de esta enfermedad debatiéndose en una crisis que les hace aparecer de puertas afuera como débiles. Sin embargo, nuestra indomable voluntad es la de salvar a nuestro pueblo en esta lucha contra el más negro destino de todos los tiempos; la de no amedrentarnos y la de obedecer fiel e incontrovertiblemente el mandamiento de la conservación de nuestra nación. El Omnipotente ha creado nuestro pueblo. En la medida en que defendamos su existencia, defendemos su obra. Que esta defensa vaya unida con un sinfín de desgracias, de padecimientos y de dolores, nos lleva a vincularnos aún más a este pueblo. Pero tenemos ayuda para superar toda dureza necesaria, de modo que cumplamos nuestro deber incluso en los puntos más críticos de nuestra misión. Nuestro deber no sólo se refiere a los alemanes eternos sino también a aquellos otros que se distancian de su pertenencia a este pueblo. En consecuencia, solamente tenemos un mandato en esta lucha decisiva: Quien luche con honor podrá salvar la vida para sí y sus personas queridas; quien se acobarde y vuelva la espalda por falta de carácter acabará por tener una muerte deshonrosa en cualesquiera circunstancias.

Hace pocos meses y semanas los Aliados han marcado incontrovertiblemente el destino de Alemania. Tan claro han hablado que algunos periódicos les han aconsejado que sean más cautos y prefieran la táctica de las promesas aunque no tengan perspectivas de cumplir lo prometido.

Sin embargo, no es decisivo el que en las democracias la actividad política y la mentira sean realidades que van siempre de la mano como aliados inseparables. Lo que realmente importa es que las promesas de estos políticos a un pueblo como el nuestro carecen de importancia, debido a que ellos mismos no se encuentran en la situación de otorgar garantías. Es como si una oveja prometiese a otra protegerla contra un tigre. Yo, por mi parte, repito mi profecía: Inglaterra no estará nunca en situación de domesticar al bolchevismo sino que, por el contrario, su futuro se verá cada vez más afectado por esta enfermedad. Los espíritus que han invocado las democracias desde las estepas de Asia, no volverán a quedar atados. Las pequeñas naciones europeas que capitulan atendiendo a las seguridades de los Aliados, se aproximan a su propia bancarrota.

Este destino, por fortuna, no afectará jamás a Alemania. Como garantía contamos con la victoria interior, hace doce años, sobre este enemigo. Lo que siempre han pretendido nuestros enemigos ha sido infligir un terrible dolor a las ciudades alemanas, a los campos alemanes y, sobre todo, a nuestras gentes. Nos vendrían encima una desgracia y una pena irremediables si alguna vez triunfase la conjura plutocrático-bolchevique. En este duodécimo aniversario de la toma del poder es necesario fortalecer el corazón más que hasta ahora con una santa resolución de tomar las armas en cualesquiera circunstancias y lugares, por tanto tiempo como sea necesario para lograr la victoria que coronará nuestros esfuerzos. Quisiera hoy dejar bien sentado otro punto: un ambiente francamente hostil en torno a mí fue lo que elegí al tomar este camino y conseguí pasar al éxito final desde el anonimato. Muchas veces se me dio por muerto, se me deseó ver muerto, pero al fin me convertí en vencedor. Mi vida actual se halla marcada por los deberes contraídos. Estos se resumen en uno solo: trabajar por mi pueblo y luchar por él. De este deber solamente podrá liberarme el que me ha convocado a él. En la mano de la Providencia estaba el que me salvase de la bomba que estalló el 20 de julio a un metro y medio de mí, para que pudiese terminar mi obra. El Omnipotente me protegió aquel día y esto es para mí una prueba de que debo mantenerme firme en la misión que se me ha encomendado. En consecuencia, continuaré este año en el mismo camino, representando sin componendas los intereses de mi pueblo, sin errores, en cada necesidad y en todo peligro, penetrado por el sagrado convencimiento de que al final el Omnipotente no abandonará a quien durante toda su vida no pretendió otra cosa que salvar a su pueblo de un destino fatal sin detenerse en consideraciones de números ni de su significado. En esta hora hago un llamamiento a todo el pueblo alemán, especialmente a mis compañeros de lucha de la primera hora y a todos los soldados para que mantengan con más rudeza aún el espíritu de resistencia hasta que, como entonces, dejemos a nuestros muertos en su tumba y hayamos colocado sobre ellos esta inscripción:

«A pesar de todo, han vencido».

Espero de cada alemán que cumpla con su deber hasta el final; que cada víctima que se le exija sea asumida con resignación. Que todos los sanos tomen parte en la lucha en cuerpo y alma. Espero de todos y cada uno de los enfermos y mutilados que colaboren hasta su último momento. Espero de los habitantes de las ciudades que se procuren armas para esta lucha. Y espero de los agricultores que sean austeros y ofrezcan su pan a los soldados y los trabajadores que toman parte en esta lucha. Espero de todas las mujeres y muchachas que apoyen con verdadero fanatismo, como hasta ahora, este combate. Me dirijo con especial confianza a la juventud alemana. En la medida en que mantengamos esta comunidad, podremos seguir representando el derecho ante el Todopoderoso y pedirle su gracia y su bendición.

□

LEXICO DE LA II GUERRA MUNDIAL

Vittorio Veneto, acorazado italiano. Entró en servicio el 28-IV-1940. Desplazamiento: 35.000 toneladas; velocidad: 30 nudos; eslora: 236 m; manga: 32,9 m; dotación: hasta 1872 hombres; armamento: 9 cañones de 381 mm; 12 de 152 mm; 12 de 90 mm (antiaéreos). Desde finales de agosto de 1940 se incorporó a la escuadra del Mediterráneo para luchar contra la Force H. Alcanzado por un torpedo durante la batalla naval de Matapán, permaneció en reparación hasta agosto de 1941. Nuevamente volvió al Mediterráneo. Después de la capitulación italiana, ocupado en Alejandría el 11-IX-1943. De baja en el servicio el 1-II-1948.

Vlassov, Andrei Andreievich, general soviético nacido en Lomkino el 1-IX-1900 y muerto en Moscú el 2-VIII-1946, ahorcado. En el Ejército Rojo desde 1919. Miembro del partido comunista en 1930. Colaborador del mariscal Chiang-Kai-Shek en 1938-39. Comandante de la División 99ª de fusileros. En 1941, comandante del IV Cuerpo acorazado. Defendió Kiev en septiembre del 41 como jefe del Ejército 37. El 30-XI-41, comandante en jefe del Ejército 20, en la batalla de Moscú. En el 42, comandante del Ejército 2 de rotura. Cercado en Voljov el 21-III-42. El 11-VII-42, prisionero de los alemanes. Firmó el 10-IX-42 su primera hoja de propaganda en la que estimulaba a los soldados soviéticos a pasarse al enemigo. Fundó el 27-XII-42 el «Comité de Smolensk». Trató de formar con los prisioneros de guerra soviéticos un ejército de voluntarios para la «liberación» de Rusia del comunismo. Recibió muy poca ayuda de los nazis, que habían fomentado sus actividades para poder utilizarlas como propaganda antisoviética. Hasta el final de la guerra solamente logró formar dos divisiones. En 1945 fue entregado a los soviéticos por los americanos.

Kliment Voroshilov.

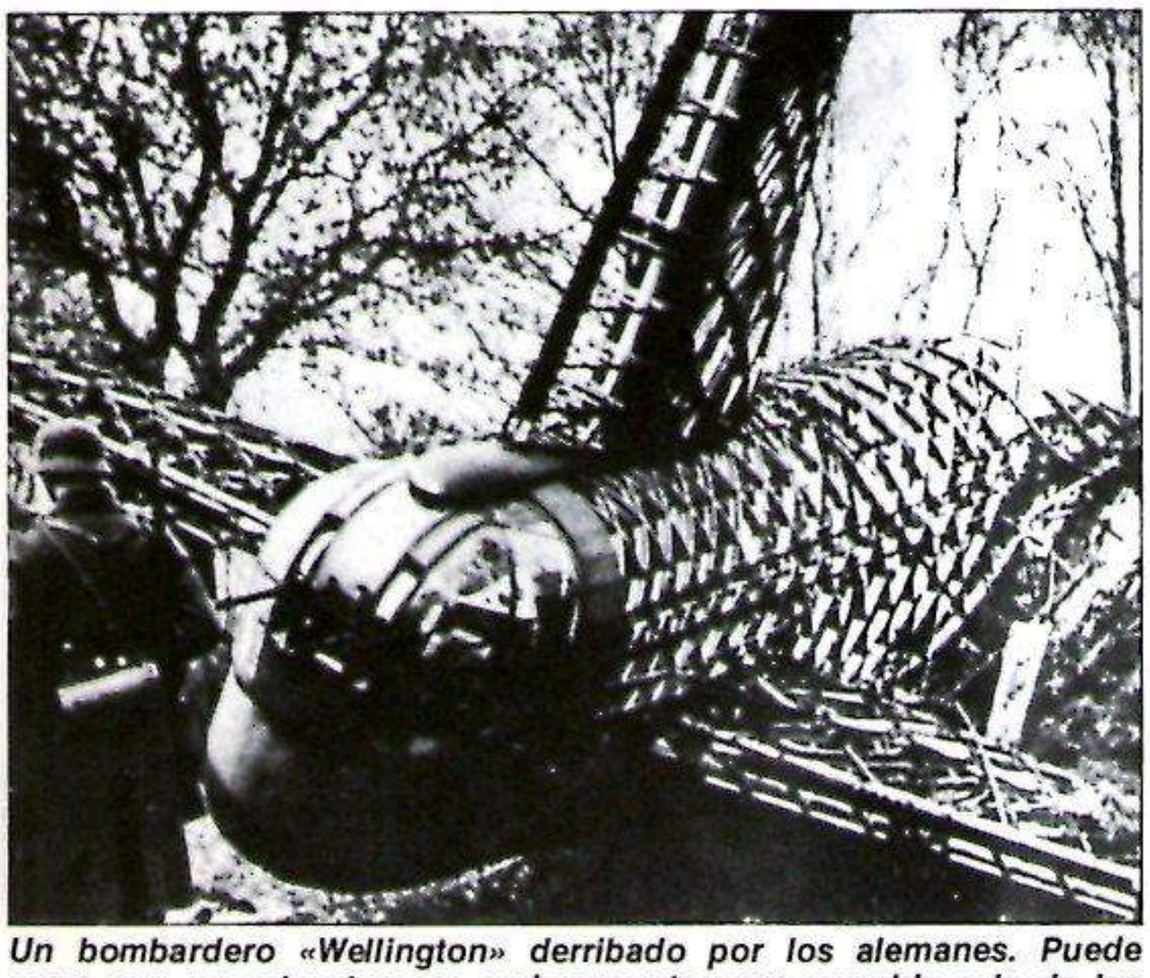
Volkssturm (Movilización popular), último intento de movilización para reforzar a las unidades militares alemanas. El 29-IX-1944 se publicó un decreto de Hitler: «Tras de cinco años de lucha y como consecuencia del fracaso de todos nuestros aliados europeos... el enemigo se encuentra ante las fronteras alemanas. Su último objetivo es el aniquilamiento del pueblo alemán. Para fortalecer la capacidad activa de nuestro Ejército, hago un llamamiento a todos los hombres en condiciones de empuñar las armas. En todos los territorios del Reich se formarán unidades populares integradas por todos los hombres útiles de 16 a 60 años. La organización y mando de las mismas corresponderá a los *Gauleiter* (jefes territoriales del partido). Los miembros de las unidades populares, mientras dure su incorporación, serán considerados soldados a todos los efectos, derechos y leyes de la guerra. El *Reichsführer* de las SS será el encargado de la distribución de estas fuerzas en su calidad de jefe de las de reserva». Sería misión de estas unidades populares la defensa de objetivos y posiciones dentro del Reich, la lucha contra las unidades enemigas que pudieran lanzarse sobre el territorio, así como la de completar los efectivos del Ejército regular. Se desconoce cuántas unidades de este tipo se llegaron a formar.

Voroshilov, Kliment Efremovich, mariscal soviético (20-XI-1935), nacido en Verjenaia (Ucrania) el 23-I-1881 y muerto en Moscú el 3-XII-1969. Fue uno de los colaboradores más inmediatos de Stalin. Miembro del buró político desde 1926. Comandante en jefe del Ejército 10 desde 1918. En 1919, del Ejército 14. Nov. 25 - junio 34, comisario del pueblo para la guerra y la marina. De junio del 34 a mayo del 40, comisario del pueblo para la defensa. Miembro del consejo de defensa en el Mando supremo. Del 5 al 10-IX-41 comandante supremo del frente de Leningrado. De 1945 a 1947, presidente de la comisión de control aliada. De 1953 a 1960, presidente del presidium del Soviet Supremo.

W

Wacht am Rhein (Guardia del Rhin), nombre dado a la ofensiva en las Ardenas de la *Wehrmacht* alemana en diciembre de 1944. Primera fase de la operación: 11-X. Objetivo: Aprovechando un período de mal tiempo y mediante un gran ataque, con objeto de soslayar la aviación aliada, marchar hasta Amberes para separar a los británicos de los americanos. Aniquilamiento de las 30 Divisiones que Montgomery tenía en Holanda. Al unir todas las fuerzas disponibles se dejó peligrosamente al descubierto los frentes del este y del sudeste.

Waffen SS, organización militar autónoma de las SS durante la II Guerra Mundial. Se formó de las llamadas tropas de reserva de las SS. El nombre de *Waffen* SS apareció por primera vez en un comunicado de Himmler del 22-XI-1939. Desde mediados de 1940 se generalizó el nombre. En principio las unidades de las *Waffen* SS se nutrieron sólo de voluntarios; a partir de 1942 se mandaron a ellas también soldados de reemplazo. Lucharon también en las SS voluntarios procedentes de Dinamarca, Noruega, Holanda, Flandes, Valonia, Finlandia y el Báltico. Las SS dependían a efectos estratégicos del Estado Mayor del Ejército; las *Waffen* SS nunca tuvieron Estado Mayor propio. En total combatieron en las SS: en 1940, 100.000 hombres; en 1943, 540.000; y a finales de 1944, 910.000, de ellos 200.000 no alemanes. Cerca de 250.000 hombres de las SS cayeron en combate, 400.000



Un bombardero «Wellington» derribado por los alemanes. Puede verse que su estructura es curiosamente muy parecida a la de los dirigibles.

resultaron heridos. En el Proceso de Nuremberg las *Waffen* SS fueron calificadas de «organización criminal».

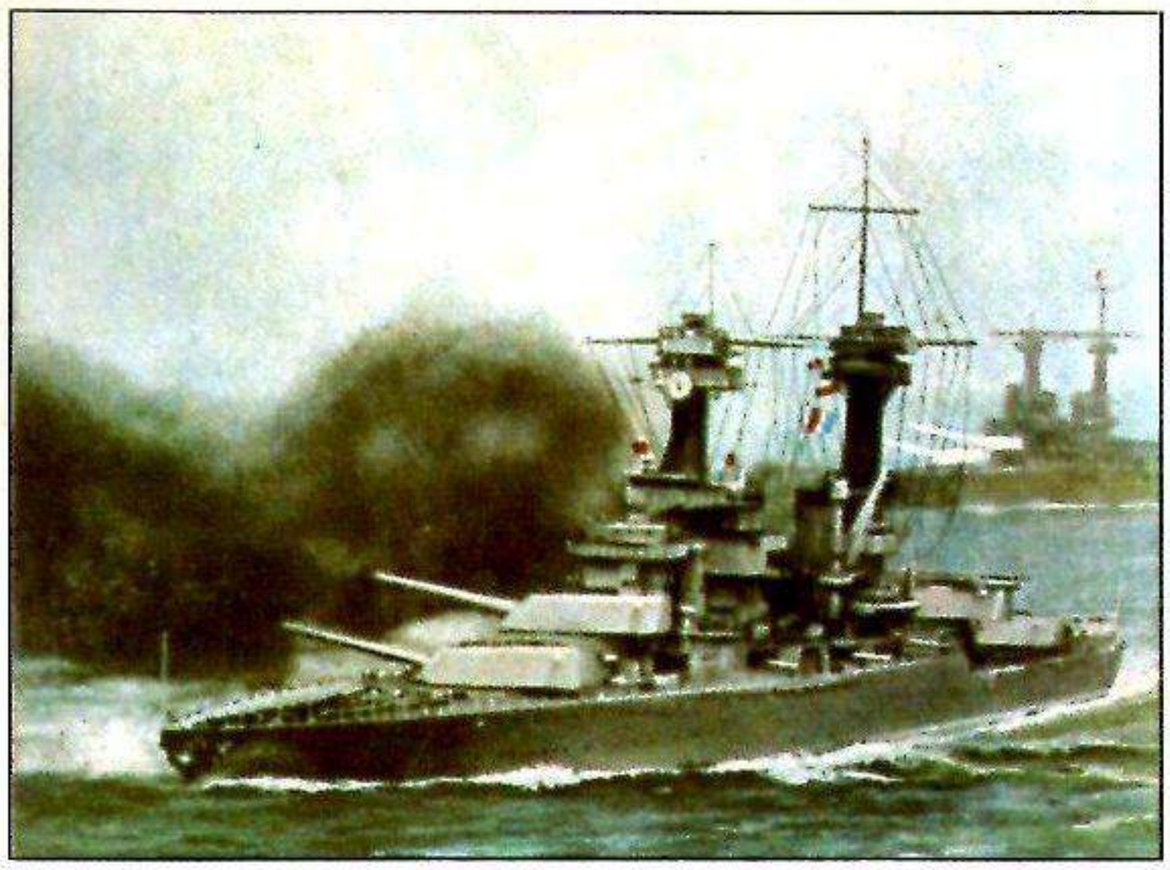
Walküre, Plan (Plan Valkiria), nombre dado a una operación preparada el 31-VII-1943 para el caso de que estallaran revueltas dentro de Alemania. Contemplaba la formación de comandos de combate, también dentro del Ejército, que a una señal convenida serían movilizados en dos fases. Los comandos del Ejército tendrían a su cargo una serie de medidas de tipo defensivo. Los conspiradores del 20 de julio trataron de servirse del plan Valkiria.

Wannsee, Conferencia de, conversaciones presididas por Reinhard Heydrich y celebradas en Berlín, en la calle Am Grossen Wannsee 56-58, el 20-I-1942 y a las que asistieron altos funcionarios del Reich y del partido. Tema: «Solución final del problema judío en Europa». Duración: menos de dos horas. Participantes: *15 Gauleiter,* directores generales, altos funcionarios del partido y de las SS, entre ellos Roland Freisler y Adolf Eichmann. La conferencia se proponía lograr claridad en la cuestión básica y la coordinación de los diferentes servicios en la «solución final». En lugar de la emigración se debía llevar a cabo la evacuación al Este. La operación política de la solución final se llevará a cabo de Oeste a Este. La «Conferencia de Wannsee» está considerada como el punto de partida del aniquilamiento sistemático de los judíos.

«Wasserfall», versión reducida de la V2. Largo: 7,85 m; peso: 3,7 toneladas; autonomía: 25 km; 100 kg de explosivos. Se lanzaba por medio de un sistema eléctrico y buscaba su objetivo gracias a un dispositivo de rayos infrarrojos. Las 50 que se lanzaron de prueba dieron muy buenos resultados contra las escuadrillas de bombarderos aliados. Su fabricación se suspendió a finales de febrero de 1945.

Wavell, Archibald, mariscal británico. Nació en Colchester el 5-V-1883 y murió en Londres el 24-V-1950. Desde julio de 1939 jefe de las fuerzas británicas de Oriente Medio. Combatió con éxito contra los italianos en Libia y África oriental. Relevado ante su fracaso frente a los alemanes en Grecia, Creta y Libia. Pasó a la India. Al entrar Japón en la guerra, fue nombrado jefe de las fuerzas aliadas en el sudoeste del Pacífico y desde el 18-VI-1943 a febrero de 1947 fue virrey de la India.

Las «Waffen» SS querían lograr una Europa germánica. Este objetivo se disfrazaba con la ideología del Occidente.



El acorazado West Virginia resultó gravemente dañado en Pearl Harbor.

Weichs, Maximilian Freiherr von, mariscal alemán. Nació en Dessau el 12-XI-1881 y murió en Gut Rösberg, el 27-IX-1954. El 1-IX-1939, jefe del Cuerpo de Ejército XIII. El 23-X-1939, jefe del Grupo de Ejércitos B. Del 26-VIII-1943 al 25-III-45 jefe del sector sudeste y del grupo de Ejércitos F. Por encontrarse gravemente enfermo, los Aliados renunciaron a juzgarlo.

Weiss, Walter, capitán general alemán. Nació en Tilsit, el 5-IX-1890 y murió en Aschaffenburg el 21-XII-1967. 1-IX-1939 jefe del Estado Mayor del Cuerpo de Ejército I. 15-XII-1940 jefe de la División 97 ligera. 15-I-1941 jefe de la División 26 de Infantería. 1-VII-1942 jefe del Cuerpo de Ejército XXVII. 3-II-1943 jefe del Ejército 2. Del 12-III al 5-IV-1945 jefe del Grupo de Ejércitos Norte. Prisionero de los americanos hasta 1948, año en que fue puesto en libertad.

«Weiss», nombre dado a la operación contra Polonia. Primeras instrucciones: 3-IV-1939. En ellas se daba la orden a la *Wehrmacht* alemana de eliminar al Ejército polaco. Para obtener este objetivo debe prepararse un ataque por sorpresa... En la orden de Hitler n.º 1 de 31-VIII-1939 se dice: «...el ataque a Polonia deberá desarrollarse según el plan 'Weiss'».

Wellington, bombardero para distancias medias de la empresa británica Vickers. Al empezar la guerra eran los aparatos dominantes de la RAF. Tomaron parte en el bombardeo

Maximilian von Weichs.

de Berlín en agosto de 1940. Fueron retirados de la guerra estratégica y dedicados a la defensa de las costas al aparecer los cuatrimotores. También se emplearon como lanzaminas y transportes. En total, hasta 1945 se fabricaron 11.461 unidades. Datos correspondientes a la serie Mark III: Propulsión; 2 motores de 1585 CV; velocidad: 412 km/h a 4400 m de altitud; autonomía: 2170 km; armamento: 2 ametralladoras de 7,7 mm y 4 ametralladoras abatibles también de 7,7 mm; 2720 kg de bombas; dotación: 6 hombres.

Wenck, Walther, general alemán de tropas acorazadas (1-IV-45) nacido en Wittenberg el 18-IX-1900. Fue profesor en la academia de guerra desde el 4-II-42. Jefe del Estado Mayor del LVII *Panzerkorps,* jefe del Ejército 3 rumano, de la sección Hollidt, del Ejército 1 acorazado, del Grupo de Ejércitos Sur de Ucrania; jefe de la sección operacional del OKH, comandante en jefe del Ejército 12, con el que se tendria que haber defendido Berlín y en el que Hitler confió hasta el último momento.

«Werwolf», nombre del cuartel general del *Führer* cerca de Vinnitsa/Ucrania del 16-VII hasta el 30-X-42 y del 19-II hasta el 13-III-43.

«Werwolf», movimiento de partisanos preparado por el mando nazi en la última fase de la guerra. Tendria que haber operado en la retaguardia aliada. La orden no tuvo eco alguno entre la población alemana. La acción más espectacular del «W» fue el asesinato del alcalde de Aquisgrán, Franz Oppenhoff, colocado en el cargo por los americanos. El 28-III-1945 fue muerto por «tres alemanes uniformados», que pudieron llegar hasta el alcalde sin ser reconocidos.

«Weserübung» (Ejercicio del Weser), nombre clave para la ocupación de Noruega, ordenada por Hitler el 1-III-40. Hitler deseaba que Noruega mantuviese su neutralidad. El 27-I-1940 comenzó el OKW la elaboración de un plan. En la orden del 1-III-40 se decía que con la ocupación «se han evitado intromisiones inglesas en Escandinavia y mar Báltico, se han asegurado nuestras bases en Suecia y se ha robustecido la posición de partida de nuestra Marina de guerra y de nuestra Aviación en la lucha contra Inglaterra». Hitler ordenó que la operación tuviese las características de una «garantía armada de la neutralidad nórdica».

West Virginia, acorazado norteamericano que entró en servicio el 1-XII-1923. 37.800 t. 21 nudos. Eslora: 190,2 m. Manga: 34,8 m. Dotación: hasta 2182 hombres. Armamento: 8 cañones de 406 mm; 16 de 127 mm. Seriamente alcanzado durante el ataque japonés contra Pearl Harbor, el 7-XII-41 (105 muertos). Tras ser reparado, en octubre de 1944, destinado al Pacífico en operaciones contra Leyte, Mindoro, Iwo Jima y Okinawa. Desguazado en enero de 1961.

La tan mentada «Muralla Occidental» o «Westwall» apenas logró frenar la marcha de los Aliados.

Westwall (Muralla Occidental), defensa alemana desde la frontera suiza hasta el norte de Aquisgrán. Edificada en 1938-39. 630 km de longitud. Unos 14.000 *bunkers.* Detrás del Westwall se encontraba la zona oeste de la *Luftwaffe,* con una profundidad de 100 km. Costo de construcción: 3.500 millones de marcos aproximadamente. No correspondió a los fines que aireaba la propaganda. Fue rebasada en pocas semanas por los Aliados, entre febrero y marzo de 1945. Los ingleses la llamaron Línea Sigfrido, en recuerdo de la fortaleza alemana de este nombre tendida entre Amberes y el Mosa durante la primera Guerra Mundial.

Whitley, bombardero nocturno de tipo semipesado y aparato de reconocimiento costero inglés de la empresa Armstrong Whitworth. Diez *Whitleys* emprendieron en la noche del 3/4-IX-39 el primer vuelo contra el enemigo que realizó el Mando de bombarderos y lanzaron sobre la cuenca del Ruhr seis millones de octavillas. Retirados en 1942 del frente, los *Whitleys* siguieron volando como transportes y remolcadores para veleros de carga. En total se construyeron 1824 unidades; datos de la serie Mk V: 2 motores de 1750 CV. 367 km/h de velocidad máxima a 5400 m de altitud. Autonomía: 2410 km; armamento: 5 ametralladoras de 7,7 mm; carga de bombas: 3150 kg; dotación: 5 hombres.

«Wiking», nombre clave para la evacuación de la península de Tamán, último resto de la cabeza de puente de Kubán, por parte de las tropas alemanas. Se retiraron 240 vehículos en cuatro grandes convoyes, de la carretera de Kerch a Sebastópol.

«Wiking», nombre del avión de reconocimiento y gran transporte Blohm & Voss BV-222. Era el mayor avión del mundo, con 48 t. Desarrollado a partir de 1938. Sólo se construyeron 13 unidades. 6 motores de 10.000 caballos. Velocidad máxima: 390 km/h. Autonomía: 6000 km. 4 ametralladoras de 13 mm y 6 de 7,9 mm. Una versión mejorada de 95 t de peso en vuelo no se produjo en serie. El único ejemplar fue derribado en Hamburgo poco antes del final de la guerra por aviones ingleses en vuelo rasante.

Wildcat (gato salvaje), nombre popular del monoplaza de caza *Grumman F4F* de la aviación de la Marina americana. En acción en el Pacífico a partir de 1941. Fue inferior al japonés *Zero-Sen.* Desarrollado posteriormente: *F6F Hellcat,* que aseguró la prepotencia americana en el Pacífico. Se anotó el 80 por ciento de todos los impactos contra aviones enemigos. Se construyeron en total 12.272 unidades. Un motor de 2000 CV. Velocidad máxima: 604 km/h a una altura de 5270 m. 1750 km de autonomía. 6 ametralladoras de 12,7 mm fijas en el fuselaje.

«Wilde Sau», (Jabalí salvaje), nombre clave para las operaciones de caza aérea nocturna en contraposición con el ataque nocturno llevado a efecto desde tierra. En este tipo de operaciones tomaron parte, sobre todo, los *Me 109* y *Fw 190* dotados de depósito de reserva, que se concentraban sobre las regiones iluminadas objetivo de ataque del enemigo. Entre el verano y otoño del 43 consiguieron notables triunfos los cazas nocturnos alemanes. Al empeorar el tiempo las pérdidas propias se multiplicaron hasta que, en marzo del 44, quedó suprimida la «Wilde Sau».

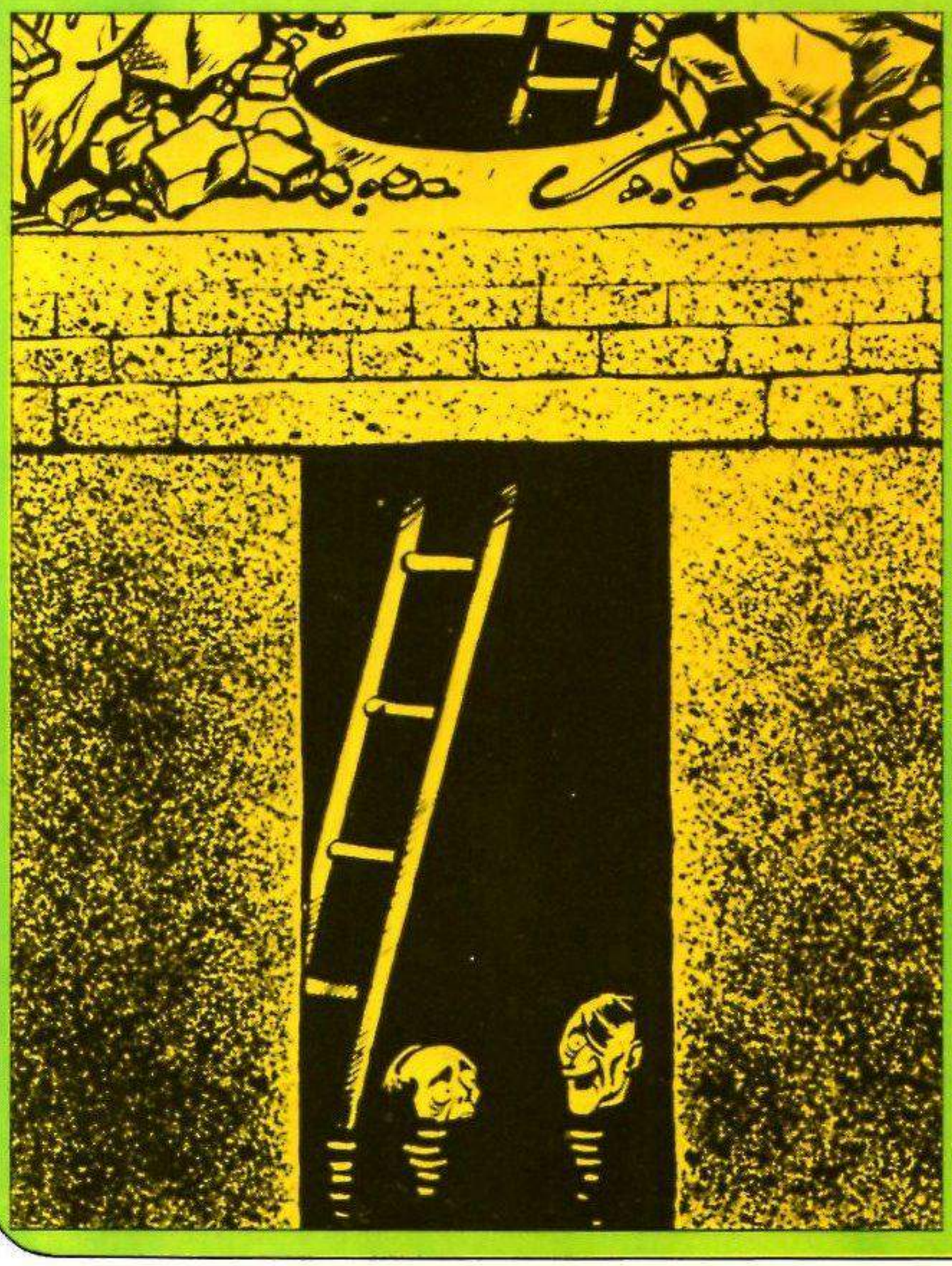
Gigantesco y relativamente rápido: el aparato «Blohm & Voss BV-222 Wiking»

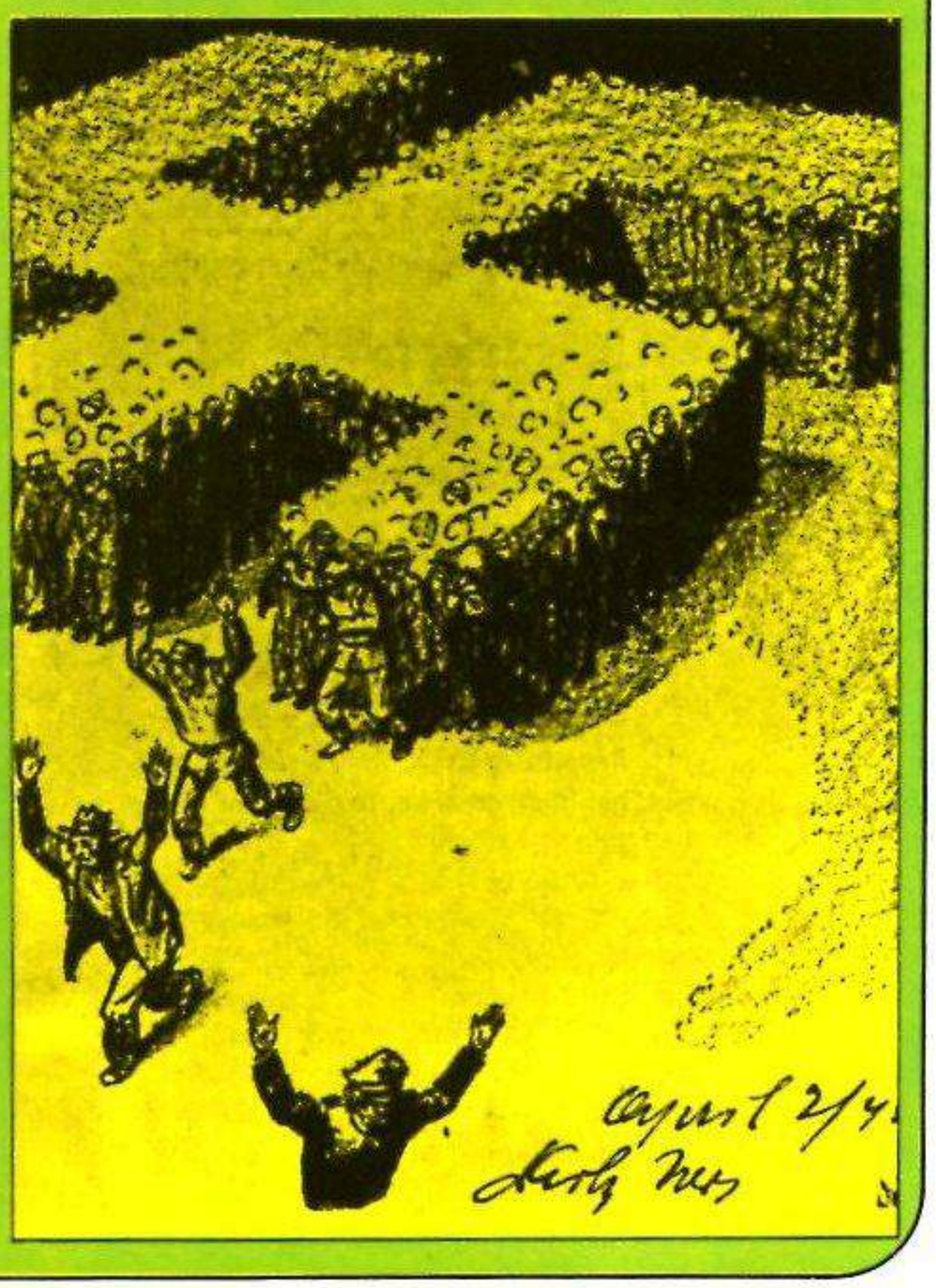
L'HUMOR EN EL TERCER REICH

«Paso a paso» se va desmembrando el Reich que debía llegar a milenario... así veía el derrumbamiento el caricaturista del «Chicago Daily News»: la cruz gamada se va deshaciendo lentamente (a la derecha, abajo).

Los «Werwolf» –hombres lobo– eran también una organización nacionalsocialista que había jurado resistir hasta el final. Un poco antes de la quiebra total se inventaron una emisora con su nombre para dar a entender a los Aliados que existía en la zona ocupada por ellos un núcleo de resistencia... A esta emisora se refiere la caricatura de la revista suiza «Nebelspalter» (derecha).

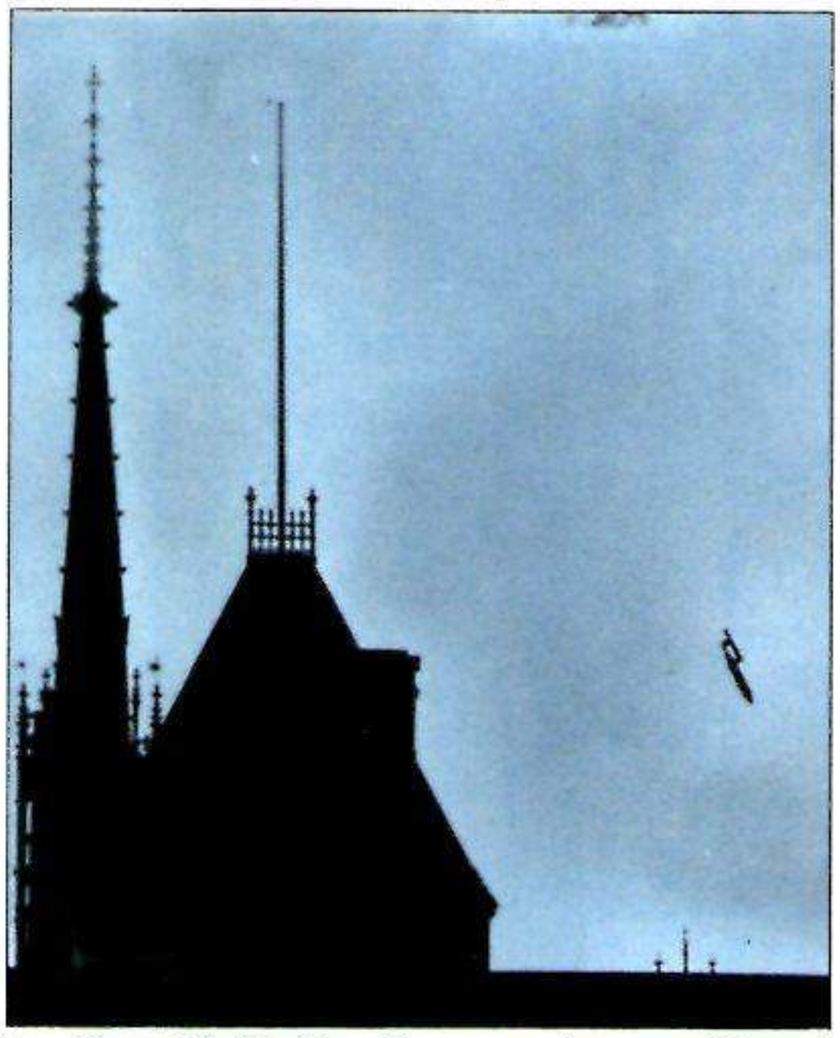
El espacio vital en el Este ya no existe. A Goebbels y Hitler les llega el agua al cuello, según el caricaturista soviético Yefimov. El dibujo se publicó en mayo de 1945 (abajo).





Armas maravillosas

Al comenzar la segunda Guerra Mundial en 1939 el III Reich poseía dos armas revolucionarias, si bien se encontraban en su primera fase de desarrollo. En las factorías Heinkel se realizaban las pruebas del primer avión a reacción del mundo, el *He 178*. Y en la localidad pesquera de Peenemünde trabajaba desde hacía tres años un grupo de oficiales y técnicos por cuenta del Ejército en la construcción de un cohete de largo alcance. De haberse seguido apoyando con firmeza el desarrollo de estos dos sistemas de armamento, posiblemente en 1942, es decir, hacia mediados de la guerra, hubiera dispuesto Hitler de recursos suficientes para, por lo menos, contener la ofensiva aérea enemiga e incluso atacar con efectividad a Inglaterra; y esto exactamente en el momento en que la Aviación angloamericana volaba con mayor intensidad sobre Alemania con sus convencionales bombarderos para larga distancia, causando graves daños a las poblaciones del Reich. Sin duda, el caso puede servir de muestra para todo lo que se refiere al planeamiento de nuevas armas técnicas en Alemania durante toda la guerra. En el otoño de 1939 los mandos de la Aviación alemana no creían que pudiera llevarse a cabo una guerra estratégica aérea contra Inglaterra, para la que faltaban aparatos capaces de volar largas distancias, y el propio Hitler estaba plenamente convencido de que no se produciría una guerra contra Gran Bretaña. En consecuencia, el mando alemán no concedió excesiva atención a las nuevas armas en desarrollo o se conformó con tolerar el trabajo de los técnicos sin urgir los resultados. Al mismo tiempo, sin embargo, se dejaba correr el rumor, ya durante el verano de 1942, sobre la existencia de «armas maravillosas» capaces de destruir de un solo golpe buena parte de la ciudad de Londres. Se sabía incluso que tales armas dependerían de la Artillería. El rumor público se refería al «agregado 4» de la Vergeltungswaffe 2 («arma de represalia 2»), las llamadas *V2*.



Una «Fi 103 Kirschkern» –más conocida por «V1»– en pleno vuelo. El efecto militar de esta arma maravillosa, anunciada con gran alharaca, fue nulo, debido a su imperfección técnica y a su equivocada utilización.

De la falta de coordinación que reinaba entre los servicios encargados del armamento da idea el hecho de que se cruzara el proyecto de la «V2» 1942-1943 del Ejército con el *Kirschkern,* un proyecto de la *Luftwaffe* para la construcción del *Fieseler 103.* Por fin, en 1943, se decidió Hitler a calificar de «urgente» y a conceder prioridad al proyecto «V2» al mismo tiempo que a la fabricación del bombardero. El *Fi 103-Vergeltungswaffe 1 (V1)* empezó a emplearse en junio de 1944, poco después de iniciarse la invasión aliada, pero no contra las tropas invasoras o sus puntos de desembarco sino contra Londres. Debido a que volaba a reducida velocidad resultaba presa fácil para la artillería y los cazas enemigos.

La *V2,* fuera del alcance de cañones y cazas debido a su velocidad, entró en servicio el 5 de septiembre de 1944, en un momento en que estaban ya perdidas las rampas de lanzamiento situadas en Francia. Baterías motorizadas del Ejército y de las *Waffen* SS, pasaron a ocuparse de ellas.

En 1943/1944 el desarrollo del velocísimo caza a reacción lo había hecho efectivo para las misiones del frente, sobre todo los fabricados por Messerschmitt. Hitler exigió entonces categóricamente que fuera adaptado como bombardero rápido para ser utilizado en las acciones de «castigo» contra Londres; tal adaptación era totalmente contraria a los principios de construcción del caza. En el estudio y planificación de la nueva idea se perdió mucho tiempo. Y no acabaron aquí los esfuerzos por dar con nuevas armas maravillosas.

Contemplada ahora, la imagen resulta confusa. Uno de aquellos proyectos se refería a una bomba volante dirigida por radio que debía ser lanzada desde los aviones. Con *Fritz X* –una bomba de 1400 kg– fue hundido en el otoño de 1943 el acorazado italiano *Roma,* que había huido de la Spezia burlando la vigilancia del ocupante alemán. Fue un éxito tan aislado y único como espectacular. También se sobrevaloró el proyecto de los cohetes defensivos para emplear contra los bombarderos aliados que asolaban las ciudades alemanas. Finalmente se planeó la construcción de un lanzacohetes individual, para proyectiles de 20 mm, sobre la base del arma del mismo tipo construida para la defensa contracarros. Con el fin de poder disponer de las 600 baterías necesarias para la defensa de las grandes ciudades alemanas (de hecho ya destruidas en su mayor parte) hubiera sido necesario prolongar la guerra hasta 1946/47. Entretanto empezaba a correr 1945 y la marcha victoriosa de las tropas aliadas y soviéticas en el oeste y el este reducía cada vez más los límites de la producción hasta anularlos con la ocupación de todo el territorio del Reich. Únicamente el rumor sobre las armas maravillosas que preparaba el *Führer* perduró hasta el último instante.

Walter Görlitz

Karlludwig Opitz

Hacia medianoche entraron los regimientos en el campamento de Döberitz. Desde allí telefoneó Mescherski. «El enemigo huye –comunicó–. He hecho un prisionero.»

Al prisionero le habia agarrado Mitrochin por el cuello en una trinchera. Le llevó ante Lubienzov. Su rostro estaba lleno de arañazos. Mitrochin le habia conducido así. Tosía un tanto confuso, se avergonzaba un poco. El prisionero era un muchacho de dieciséis años. Cuando los soldados le vieron se echaron a reír a carcajadas.

Tampoco Lubienzov pudo contener la risa. El muchacho tenia algo de cómico. La guerrera le colgaba de los hombros como un espantapájaros, llegándole casi hasta las rodillas; sus botas, demasiado grandes, y su gorro, que le resbalaba continuamente hasta los ojos, completaban la imagen.

El chico pertenecia a las Juventudes Hitlerianas y al *Volkssturm*. Mientras Lubienzov conversaba con él, el cabo primero Voronin avanzó hasta el prisionero y clavó su firme mirada en el rostro del muchacho, mientras sus manos estiraban los pliegues que se formaban en el uniforme del chico sobre el pecho, al lado del corazón. Con admiración vio Lubienzov surgir de entre los pliegues una Cruz de Hierro nuevecita. El muchacho se puso rojo y miró un tanto asustado al oficial. Para Mitrochin el asunto adquiria un valor diferente: el prisionero no era un cualquiera; no habia motivo para avergonzarse de haberle conducido hasta allí. Lubienzov volvió a reir:

–¿Por qué la has recibido? –preguntó.

El muchacho tartamudeó: la había recibido tres días antes por haber destruido con su lanzagranadas un carro soviético que avanzaba por la parte oriental de la ciudad.

–¡Ah, tú, hijo de perra! –gritó Lubienzov, enfurecido.

Esta escena la relata Emmanuel Kasakewitsch en su novela «Primavera junto al Oder».

En 1944 Alemania tenía en reserva 6 millones de hombres aptos para el combate. Más de 5 millones tan sólo entre los nacidos entre 1884 y 1928. Mientras que en Gran Bretaña ya en 1940 se organizaron unidades de voluntarios, la «Local Defence Volunteers», más tarde «Home Guard»; y en Rusia en 1941 las milicias populares o grupos obreros de combate, la *Wehrmacht* no se acordó de movilizar a sus reservistas hasta el otoño de 1944.

El 25 de septiembre de 1944 firmó Hitler el decreto creando el *Volkssturm* alemán: «Frente al conocido y decidido propósito de destruirnos que alienta en

VOLKS-STURM

Niños y viejos al frente

El «Volkssturm» nació asombrosamente tarde –en otoño de 1944–, pero fue organizado con la conocida meticulosidad. Sin embargo, la recién creada milicia en nada pudo cambiar el desenlace de la guerra.

También los muchachos de las Juventudes Hitlerianas pasaron a engrosar las filas del «Volkssturm». Muchos de ellos, con sus armas contracarros, realizaron hazañas increíbles.

Erlass des Führers

über die Bildung des deutschen Volkssturms

Nach 5jährigem schwersten Kampf steht infolge des Versagens aller unserer europäischen Verbündeten der Feind an einigen Fronten in der Nähe oder an den deutschen Grenzen. Er strengt seine Kräfte an, um unser Reich zu zerschlagen, das deutsche Volk und seine soziale Ordnung zu vernichten, sein letztes Ziel ist die Ausrottung des deutschen Menschen.

Wie im Herbst 1939 stehen wir nun wieder ganz allein der Front unserer Feinde gegenüber. In wenigen Jahren war es uns damals gelungen, durch den ersten Großeinsatz unserer deutschen Volkskraft die wichtigsten militärischen Probleme zu lösen, den Bestand des Reiches und damit Europas für Jahre hindurch zu sichern. Während nun der Gegner glaubte, zum letzten Schlag ausholen zu können, sind wir entschlossen, den zweiten Großeinsatz unseres Volkes zu vollziehen.
Es muß und wird uns gelingen, wie in den Jahren 1939—41 ausschließlich auf unsere eigene Kraft bauend, nicht nur den Vernichtungswillen der Feinde zu brechen, sondern sie wieder zurückzuwerfen und so lange vom Reich abzuhalten, bis ein die Zukunft Deutschlands, seiner Verbündeten und damit Europa sichernder Friede gewährleistet ist.

Dem uns bekannten totalen Vernichtungswillen unserer jüdisch-internationalen Feinde setzen wir den totalen Einsatz aller deutschen Menschen entgegen.

Zur Verstärkung der aktiven Kräfte unserer Wehrmacht und insbesondere zur Führung eines unerbittlichen Kampfes überall dort, wo der Feind den deutschen Boden betreten will, rufe ich daher alle waffenfähigen deutschen Männer zum Kampfeinsatz auf. Ich befehle:

1.) Es ist in den Gauen des großdeutschen Reiches aus allen waffenfähigen Männern im Alter von 16 bis 60 Jahren der Deutsche Volkssturm zu bilden. Er wird den Heimatboden mit allen Waffen und Mitteln verteidigen, soweit sie dafür geeignet erscheinen.

2.) Die Aufstellung und Führung des Deutschen Volkssturmes übernehmen in ihren Gauen die Gauleiter. Sie bedienen sich dabei vor allem der fähigsten Organisatoren und Führer der bewährten Einrichtungen der Partei, SA, SS, des NSKK und der HJ.

3.) Ich ernenne den Stabschef der SA Schepmann zum Inspekteur für die Schießausbildung und den Korpsführer NSKK Kraus zum Inspekteur für die motortechnische Ausbildung des Deutschen Volkssturms.

4.) Die Angehörigen des Deutschen Volkssturms sind während des Einsatzes Soldaten im Sinne des Wehrgesetzes.

5.) Die Zugehörigkeit der Angehörigen des Deutschen Volkssturmes zu außerberuflichen Organisationen bleibt unberührt. Der Dienst im Deutschen Volkssturm geht aber jedem Dienst in anderen Organisationen vor.

6.) Der Reichsführer SS ist als Befehlshaber des Ersatzheeres verantwortlich für die militärischen Organisationen, die Ausbildung, Bewaffnung und Ausrüstung des Deutschen Volkssturmes.

7.) Der Kampfeinsatz des Deutschen Volkssturmes erfolgt nach meinen Weisungen durch den Reichsführer SS als Befehlshaber des Ersatzheeres.

8.) Die militärischen Ausführungsbestimmungen erläßt als Befehlshaber des Ersatzheeres Reichsführer SS Himmler, die politischen und organisatorischen in meinem Auftrage Reichsleiter Bormann.

9. Die nationalsozialistische Partei erfüllt vor dem deutschen Volk ihre höchste Ehrenpflicht, indem sie in erster Linie ihre Organisationen als Hauptträger dieses Kampfes einsetzt.

Führerhauptquartier, den 25. September 1944 gez. **Adolf Hitler**

En principio debían haber sido las SA las encargadas de organizar el «Volkssturm»: no en balde su misión era precisamente la de constituir una milicia popular, pero una vez más Hitler –como ya había hecho en el caso Röhm– decidió contra sus veteranas secciones de asalto. El jefe de la Cancillería, Bormann, fue el encargado del reclutamiento, y Himmler de la jefatura militar. Arriba: decreto del «Führer» sobre la formación del «Volkssturm» alemán.

nuestro enemigo, el judaísmo internacional, oponemos la total movilización de todos los alemanes», se dice en el mencionado documento. De efectuar la movilización quedaba encargado el NSDAP, a través de sus servicios y responsables. El partido se servía para lograrlo de sus organizaciones: SA, SS, NSKK –la sección motorizada nazi– y HJ –Juventudes Hitlerianas–. Estaban previstas diversas misiones para los cuatro grupos del *Volkssturm:* Defensa de los puestos fronterizos y fortalezas, de los pueblos y ciudades en que consiguiera infiltrarse el enemigo. Construcción y seguridad de las defensas contracarros, así como de trincheras en el frente. Vigilancia nocturna y escolta de personas y mercancías. Formación de comandos especiales contracarros y encargados de dinamitar objetivos concretos. Por último nutrir las filas de la *Wehrmacht.*

Instrucción militar dominical

El primer grupo del *Volkssturm* comprendía a los hombres nacidos entre 1884 y 1924 aptos para el combate. La mayor parte de ellos había tomado parte en la I Guerra Mundial. Su edad media era de 52 años.
El segundo grupo del *Volkssturm*, que debía empuñar las armas cuando el enemigo se encontrara a las puertas de su ciudad, abarcaba a los hombres nacidos entre 1884 y 1924 que por su oficio estaban obligados a permanecer en sus puestos de trabajo. Se trataba de hombres en edad militar entre los 25 y los 50 años.
Estos dos grupos comprendían unos 4 millones de hombres. De haberlos movilizado a tiempo se hubiesen podido formar con ellos 6710 batallones.
El tercer grupo reunía a los hombres nacidos entre 1925 y 1928 y que no se encontraran ya en filas. Los jóvenes nacidos en 1928 fueron entrenados militarmente hasta el 31 de marzo de 1945 en los campamentos de las Juventudes Hitlerianas. Más tarde correspondería realizar el mismo entrenamiento a los nacidos entre 1925 y 1927.
Debido a las largas jornadas de trabajo, en la industria del armamento hasta 72 horas semanales, los hombres del *Volkssturm* sólo podían dedicar los domingos a la instrucción militar. Cuando era posible, esta instrucción se llevaba a cabo en el tajo mismo.
El uniforme del *Volkssturm* debía ser idéntico al del partido, pero teñido de gris. Por lo menos sus hombres debían llevar un brazalete con la inscripción: «*Volkssturm* alemán-*Wehrmacht.*»
Con la entrega de la cartilla militar y el hecho de portar el brazalete, el militante del *Volkssturm* pasaba a ser

combatiente en el sentido de la Convención de La Haya. Gozaba además de todas las obligaciones y derechos de los soldados de la *Wehrmacht.*

Para los grupos 1 y 2 necesitaba el *Volkssturm* 4 millones de fusiles y pistolas, 181.150 morteros, 203.150 ametralladoras ligeras y 25.680 pesadas, 5500 cañones antiaéreos, 40.260 lanzagranadas: cantidades todas ellas utópicas en el otoño e invierno de 1944. La *Wehrmacht* no podía ceder uno solo de los 200.000 fusiles tipo 98K que se producían mensualmente. A toda prisa comenzó la empresa Carl Walther, .en Zella-Mehlis, la construcción de un fusil simple y de una sencilla pistola ametralladora. La producción se llevaba a cabo en pequeñas fábricas y hasta por artesanos.

«Pueblo *(Volk)*, lánzate al asalto *(Sturm)»*, había gritado Goebbels en el Palacio de los Deportes berlinés. Y el asalto se desató con furia. Tenía color rojo.

Ochenta mil hombres del *Volkssturm* se opusieron a él en Prusia oriental. «...en Trenburg, todavía en territorio polaco, ocuparon las trincheras ancianos que llevaban el brazalete del *Volkssturm* y empuñaban fusiles italianos.»

«Al amanecer cayó sobre el batallón del *Volkssturm* una lluvia de bombas y proyectiles de mortero. Setenta y seis mil hombres resultaron muertos o heridos.»

«...entre los heridos se encontraban muchos a los que no se podía considerar soldados. Una parte ha sobrepasado la edad reglamentaria. Se les entregó un uniforme y se les envió a enfrentarse con el enemigo. Algunos han protagonizado hechos sorprendentes. Uno de ellos, pese a encontrarse gravemente herido, parecía loco de alegría por haber destruido con su lanzagranadas uno tras otro, cuatro carros enemigos.»

En Wartheland lucharon 17.000 hombres del *Volkssturm.*

El Batallón Sternberg del *Volkssturm* defendió durante un mes una posición fortificada mientras el frente retrocedía 60 km al oeste, a lo largo del Oder. En Kolberg, durante 14 días, los hombres del *Volkssturm* contuvieron a dos Divisiones blindadas soviéticas, reforzadas con tropas polacas. Unos 18.000 fugitivos tuvieron tiempo de escapar del cerco.

«...el *Volkssturm* se encontraba deficientemente equipado, por todo efectivo poseía armas deportivas y de caza; tampoco abundaban las municiones, y hasta escaseaban los alimentos. La mayor parte de sus componentes no había recibido entrenamiento alguno. Sin poseer armas pesadas de ninguna clase, defendieron, palmo a palmo, el terreno para que el puesto resistiera el mayor tiempo posible.»

Ni los soldados rojos, ni los polacos, tuvieron la menor piedad con los hombres del *Volkssturm.* En Königsberg y Elbing acabaron con todos los prisioneros, incluso con los que se encontraban heridos. Les tomaron por guerrilleros. En realidad se trataba de los «batallones perdidos alemanes». El 16 de abril de 1945 el *Führer* se acordó de ellos para convocarlos al combate supremo.

A veces sólo un par de ancianos

«Por última vez nuestro enemigo mortal judeo-bolchevique se prepara a lanzar contra nosotros una gran ofensiva. Intenta destruir a Alemania y aniquilar nuestro pueblo. Vosotros, soldados del Este, sabéis en gran parte la suerte que espera a mujeres y a niños alemanes. Mientras que los ancianos, hombres y niños serán asesinados, las mujeres y las niñas serán prostituidas en los cuarteles. El resto se enviará a Siberia. Esta ofensiva hace tiempo que la habíamos previsto; en consecuencia, desde enero hemos fortificado el frente. Una impresionante fuerza artillera está dispuesta para recibir al enemigo. Las bajas de nuestra Infantería han sido cubiertas con nuevas unidades. Unidades de asalto, formaciones especiales y el *Volkssturm* fortalecen nuestro frente...»

Sin duda, ningún otro discurso del *Führer* contiene tantas mentiras como este. La imponente fuerza artillera se reducía a unos cuantos cañones, más una serie de otros ocupados al enemigo y que carecían de munición. Los carros se veían condenados a la inmovilidad por falta de carburante. Las unidades especiales estaban integradas por hombres del *Volkssturm,* tan miserablemente armados como pésimamente entrenados, a los que había que añadir algunas formaciones de cobertura del Ejército. En cuanto a las unidades de asalto, sus hombres procedían de los hospitales de campaña, planas mayores, academias de Aviación y diversas instituciones. Soldados de Aviación y marineros sin barco pasaron a las filas de la Infantería. A los muchachos de las Juventudes Hitlerianas se les envió al frente con un lanzagranadas y un fusil del *Volkssturm.*

Por todas partes, en esta última oportunidad, se encontraba el *Volkssturm.* En grandes y pequeños grupos; formando batallones y compañías; pero también hubo posiciones defendidas por sólo un par de ancianos.

Cuando el 12 de enero de 1945 comenzó la gran ofensiva soviética contra Prusia oriental y occidental, en Pome-

No se olvidaron de nada

El escritor Ernst von Salomon cuenta cómo fue encuadrado en el «Volkssturm».

Fue el 18 de octubre de 1944; acababa de oír el discurso de Heinrich Himmler durante el que, poco antes del ataque soviético a Prusia oriental, dio a conocer la movilización general y total en el «Volkssturm», cuando llegó Ille del pueblo con un papel en la mano: la convocatoria para que fuera a prestar juramento al día siguiente al «Volkssturm».

Quien de mí exigía el juramento de defender a la patria era el mismo que no consideraba al pueblo alemán merecedor de sobrevivir a la derrota. Pienso que entra en el terreno del psicoanálisis el hecho de que no me despertara a la hora debida. Llegué sin aliento y con el corazón en vilo al gimnasio municipal en el que se encontraba la ceremonia en todo su apogeo; recorrí las largas filas de los movilizados y humildemente me coloqué en el último lugar. Contemplé la formación: allí estaban los viejos campesinos de los alrededores, cansados por el duro trabajo, figuras amargadas y encorvadas que con la mano derecha en alto, repetían la fórmula del juramento con voz ronca y gutural. Mientras, la mano izquierda –la verdadera– aquí y ahí, y más allá, a lo largo de toda la fila, colgaba señalando al suelo con los tres dedos del juramento unidos –de acuerdo con una vieja tradición campesina– y rechazaba lo que estaba prometiendo la derecha. ¡Para aquellos hombres no podía ser más fácil!

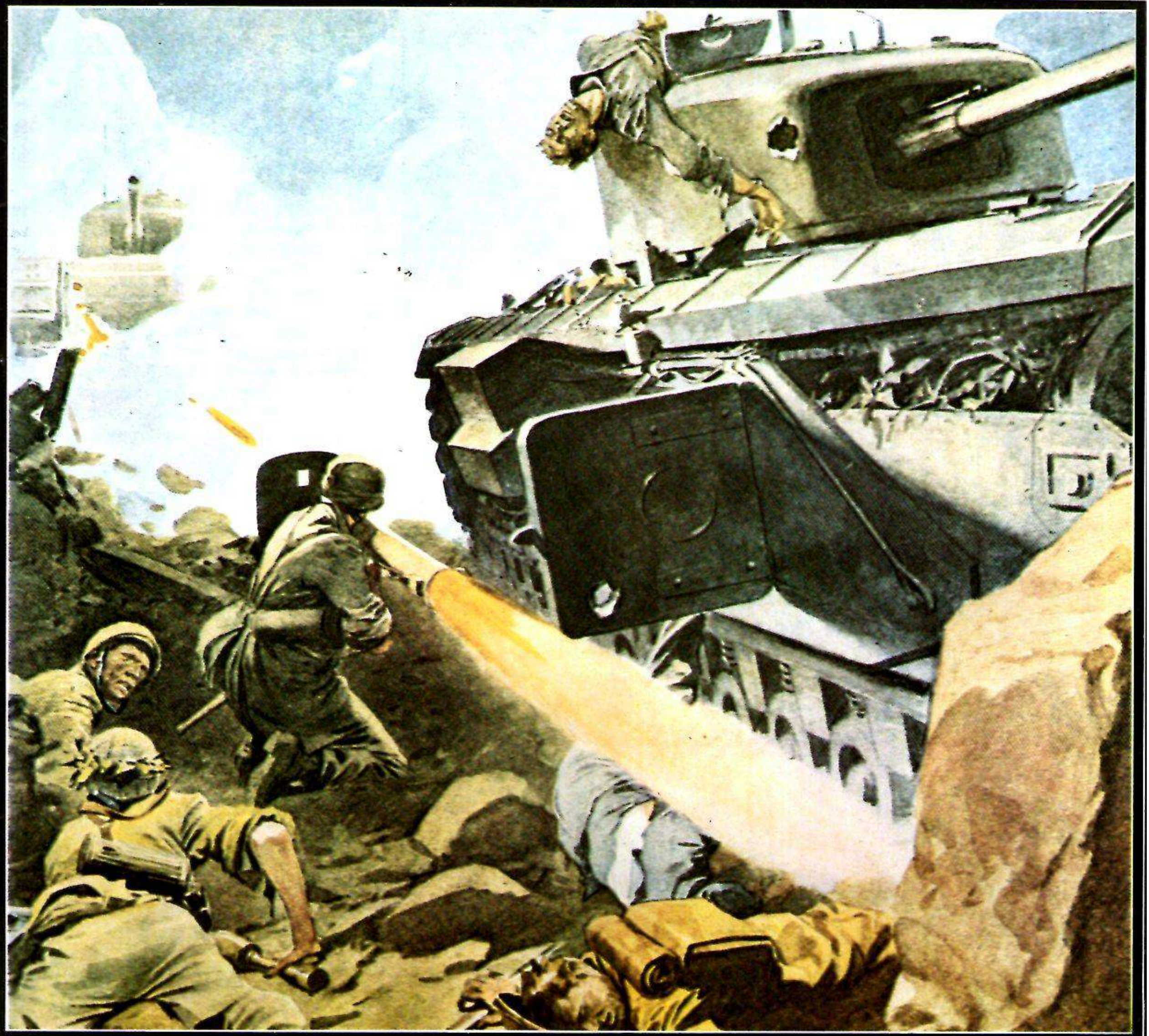
Enfrente, en el escenario que servía para las fiestas y actos de las distintas asociaciones locales, se encontraba un capitán de la «Wehrmacht». Yo sabía que había sido nombrado jefe del «Volkssturm». Le conocía de vista y de oídas: estaba fuera del servicio activo desde la batalla de Francia debido a una grave dolencia renal; comerciante de profesión, trasladó su empresa de electrodomésticos de Munich al pueblo. Allí estaba un poco en segundo plano; el verdadero personaje importante era el jefe comarcal de Propaganda, el zapatero del pueblo, imponente con su uniforme pardo del partido.

Desde el podio, engalanado con la bandera, animaba a los presentes a inscribirse en las listas del «Volkssturm»: puede decirse que no se olvidaron de nada.

De «Der Fragebogen», de Ernst von Salomon. Aparecido en español con el título de «El cuestionario». Luis de Caralt, Editor.

El «Volkssturm» no puede ser considerado rigurosamente como una milicia territorial, debido a que se empezó con el reclutamiento demasiado tarde y faltó tiempo para la instrucción, aparte de disponer tan sólo una serie de armas de muy diversa índole. Como consecuencia, sus hombres tuvieron que intervenir bajo el apremio del tiempo, constituyendo más un irregular grupo armado que una unidad militar.

Hans Kissel. Der Deutsche Volkssturm. Un Ejercito territorial. Berlin-Frankfort/M. 1962



«Nuevas armas para la Infantería», titulaba la revista ilustrada «Signal» esta serie de dibujos, con la que pretendía aclarar a sus lectores el modo de acabar con los enemigos que habían invadido el Reich. Las fotos muestran la verdad sobre los soldados y las armas: mujeres y ancianos se entrenan con lanzagranadas.

rania y Silesia, el Ejército había entregado al *Volkssturm* 13.000 fusiles tipo 96k, 1000 ametralladoras MG 42, 1243 morteros y 100.000 lanzagranadas. Un arma, esta última, destinada a los comandos especiales contracarros. ¿Pero dónde estaban estos comandos en el *Volkssturm*?

Había suficientes fusiles italianos con no más de 10 balas cada uno, cañones contracarros soviéticos, checos, franceses e italianos, todos ellos tomados al enemigo. La mayor parte con muy poca munición. En Breslau lucharon 15.000 hombres del *Volkssturm*. En total la guarnición de la ciudad, compuesta por 50.000 hombres, resistió durante tres meses el asedio de 150.000 soldados soviéticos.

«...apenas cruzó la línea divisoria el enemigo pudo darse cuenta de que no estábamos dispuestos a entregar Breslau. A la caída de la tarde, el Batallón 55 integrado por muchachos de las Juventudes Hitlerianas incorporados al *Volkssturm* logró expulsar de nuevo a los soviéticos de la ciudad.»

Por todas partes faltaba la munición

La artillería de los batallones del *Volkssturm* que defendían Breslau estaba compuesta por piezas francesas, soviéticas y checas capturadas al enemigo. Escaseaba la munición por todas partes. La ciudad se encontraba sitiada desde mediados de febrero de 1945. A últimos de este mismo mes empezó el asalto de la ciudad. Aun después de la muerte de Hitler y de la capitulación de Berlín, Breslau siguió resistiendo. Hasta el 6 de mayo de 1945 no entregó el general Niehoff la ciudad a los rusos. Los hombres del *Volkssturm* defendieron con ardor la Alta Silesia hasta el Báltico.

«...al mediodía del 31 de enero comenzó la ofensiva. Los rusos intentaron hacerse con la fortaleza en un golpe por sorpresa, pero tuvieron que abandonar ante el empuje de las unidades de las Juventudes Hitlerianas del *Volkssturm*, que lograron con sus lanzagranadas destruir muchos carros soviéticos.»

El batallón del *Volkssturm* de Landsberg/Warthe, encargado de ocupar los *bunkers* situados a los dos lados de la carretera de Schwerin, recibió el 20 de enero la orden de ponerse en marcha. El 21 llegaban a las posiciones previstas. Los hombres vestían de paisano. Tan sólo cuando llegaron a sus puestos se les enseñó a manejar los fusiles italianos, las ametralladoras ligeras, los morteros y los cañones antiaéreos checos.

El batallón debía defender los *bunkers*, mientras la *Wehrmacht* ocupaba el terreno que se extendía entre ellos.

«...la noche anterior al primer ataque ruso desaparecieron las unidades de la *Wehrmacht* con sus oficiales sin decir una palabra a los del *Volkssturm*. El efecto no tardó en dejarse sentir entre el *Volkssturm*, tras las semanas de trabajo y colaboración que había vivido con el Ejército. Por la mañana empezaron a caer sobre los *bunkers* los proyectiles de los cañones enemigos. Se luchó duramente en la defensa de cada *bunker*, aun después de que los rusos hubieran tomado ya los situados en el extremo oriental.»

Los últimos efectivos del "Führer"

Estos versos corresponden a la actividad literaria de la resistencia alemana durante el III Reich.

Deja de hacer punto, mi querida Olga,
y escucha tú también, Claus, hijo mío:
nuestros soldados no están ya en el Volga;
combatimos aquende el Neisse.

Del Nilo al Rhin, al Planke desde el
Don, fusil al brazo, la mochila al
hombro –sin olvidar caballo ni cañón–
traemos la guerra a donde comenzó.

Todo es distinto a como yo pensara
cuando pedía tu blanca mano, amor,
ahora marchamos derechos a la nada
en vez de combatir la pérfida Albión.

En esta hora resuelta del castigo como
hombres movilicémonos tú y yo; tú tienes
Claus doce años, sesenta yo, buenos
soldados podemos ser los dos.

A ti, mujer, en muda ofrenda, te
entregamos pala y azadón, cava y pica.
Olga, por tu vida, que Alemania está
sobre arena construida.

No derrames, amor, lágrimas amargas al
contemplar tu obra en el jardín: yo bailo
abrazado al lanzagranadas mientras los
dientes rechinan dentro de mí.

El portón del jardín cerramos con cuidado
para arrojarme cuerpo a tierra allí, que
estoy dispuesto a sacrificarme, a morir
por otros, en vez de morir por mí.

Así aguardaremos al enemigo,
arma al brazo en el jardín desnudo,
últimos leales al «Führer» en su suerte
una familia espera del héroe la muerte.

Al viento nuestras velas, sigamos
el rumbo que el «Führer» nos marcó.
Siempre unidos de cara a cada gesta,
cerca está el final: la común fosa abierta.

Carteles heroicos convocan a muchachos y ancianos a la defensa de la patria. En muchos casos abuelos y nietos formaron ciertamente codo con codo.

También en el Este lucharon los hombres del *Volkssturm*, y a menudo con extraordinaria valentía. En el Oeste y Sur de Alemania el *Volkssturm* se dedicó, sobre todo, a la construcción de trincheras y obstáculos contracarros y a algunas misiones defensivas. La táctica de las Divisiones americanas de bombardear todos los pueblos de los alrededores en el momento en que sus blindados tropezaban con alguna barrera importante, hacía la lucha aún más irreal. Además, los hombres que combatían en el Este poseían unas motivaciones psíquicas que no existían en el Oeste y Sur y que, por tanto, no se proyectaban en su espíritu de combate.

El general Brandenberger, ex jefe del Ejército 19 (que luchó en el Alto Rhin) escribe sobre la actuación del *Volkssturm* en Alemania occidental: «Tanto el armamento como el equipo eran más que primitivos, sólo una minoría dentro del *Volkssturm* poseía uniforme, la mayor parte llevaban únicamente el brazalete. La esperanza de que la defensa del propio pueblo o del propio hogar pudiera contribuir a dar un nuevo vuelco a la guerra, no tardó en revelarse falsa. Los hombres del *Volkssturm* no querían sacrificar la piel por las buenas. El pensamiento de que en la defensa del pueblo pudiera quedar destruida la propia casa o hacienda, contribuía más a la rendición que a la resistencia. Por eso en el momento de la derrota, los combatientes del *Volkssturm* no tardaron en recorrer el camino de la trinchera al hogar. Lo que no quiere decir que no se encontraran en el *Volkssturm* hombres que lucharon hasta el último momento.»

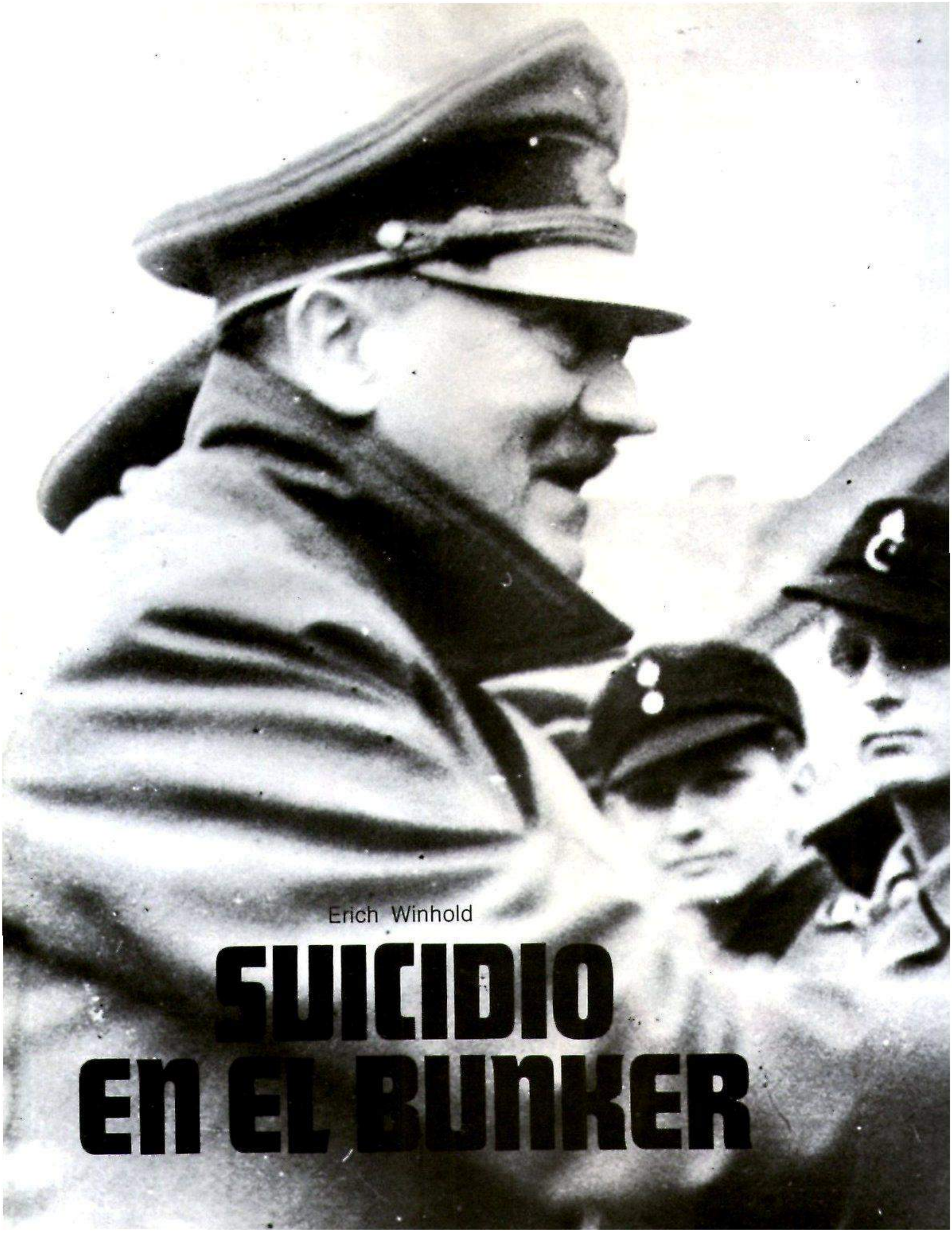
La «Historia de la División de Infantería 100 americana» cuenta con admiración: «...el enemigo dio muestras de un increíble fanatismo. Muchachos, ancianos, heridos disparaban sobre nuestros soldados. Entre todos prolongaron la resistencia ocho días. Para abrirse paso, nuestras tropas, tuvieron que combatir casa por casa. Por fin el 13 de abril de 1945 habíamos hecho doblar la rodilla al último SA, al último chico de las Juventudes Hitlerianas, al último combatiente del *Volkssturm.*»

Decenas de millares de hombres del *Volkssturm* cayeron en el cumplimiento de su deber, en la convicción de que lo hacían por una causa justa. Muchos más resultaron heridos. Y 175.000 de ellos figuraron al final de la guerra en las listas de desaparecidos.

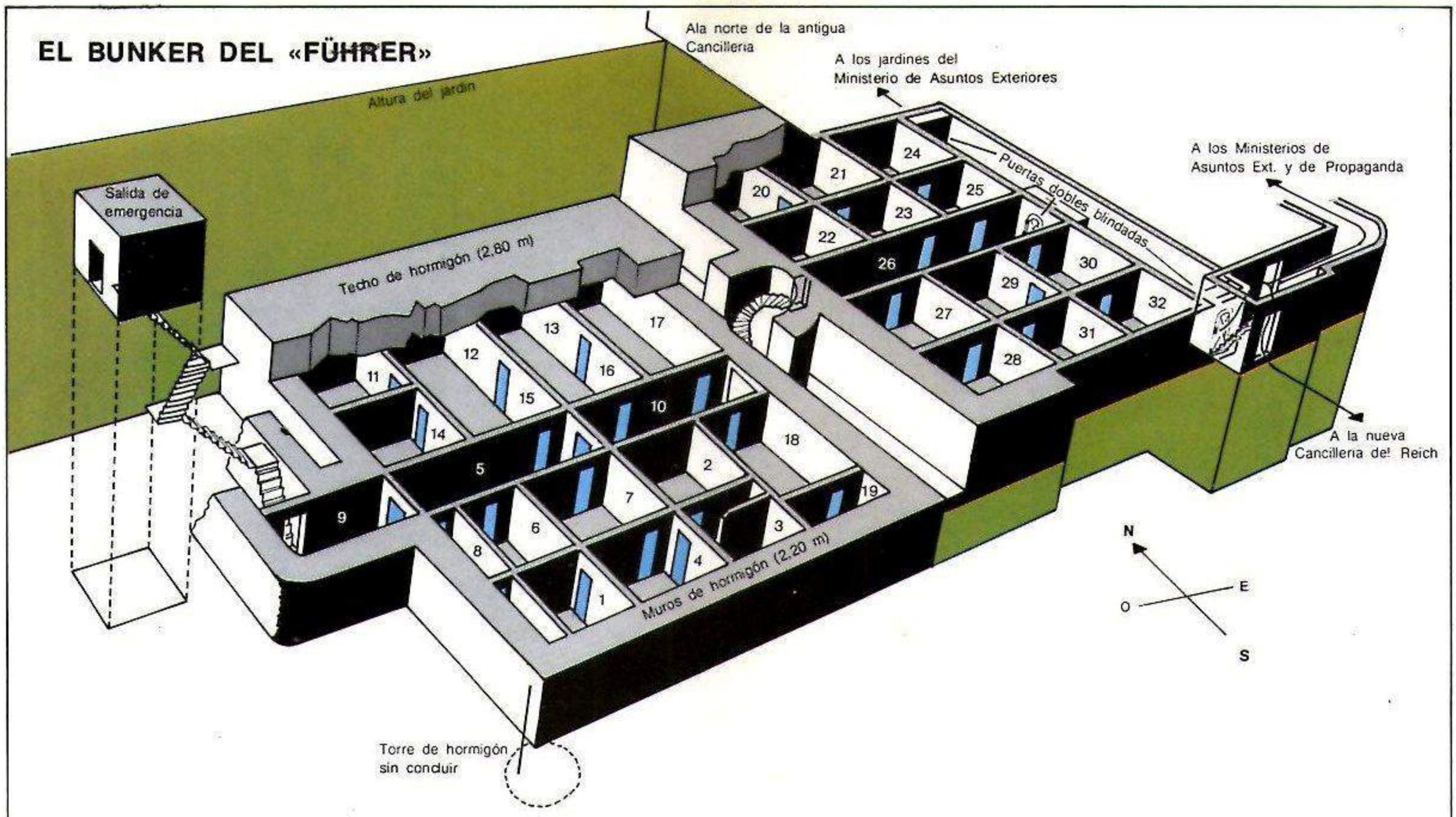
□

Um Freiheit und Leben

Volkssturm


Erich Winhold
SUICIDIO
EN EL BUNKER

En su 56° y último aniversario el envejecido Hitler subió penosamente los 50 escalones del «bunker» para saludar a un destacamento de las Juventudes Hitlerianas. Cada uno de estos jóvenes condecorado recientemente con la Cruz de Hierro (2.ª Clase), habia abatido más de un carro de combate.



Las habitaciones privadas de Hitler y Eva Braun

1 Dormitorio de Hitler
2 Sala de estar-dormitorio de Eva Braun
3 Baño y vestuario
4 Sala de estar de Hitler

Habitaciones de servicio

5 Corredor y sala de conferencias
6 Pequeña sala de entrevistas
7 Cuarto de trabajo de Hitler
8 Guardarropa
9 Antesala
10 Corredor
11, 12 Habitación y consultorio del Dr. Stumpfegger
13 Central de urgencia
14 Sala de estar-dormitorio de Goebbels (antes del Dr. Morell)
15 Vestuario
16 Central de teléfonos y cuerpo de guardia
17 Cuarto de máquinas para la calefacción, ventilación e iluminación
18 Lavabos
19 Cuadro de mandos de la instalación eléctrica
20, 21, 22, 23 Habitaciones de la familia Goebbels
24, 25 Dependencias del personal
26 Comedor
27, 28 Almacen de víveres y bodega
29, 30, 31, 32 Cocinas (con cocina dietética)

Aniversario del *Führer* 1945 –antes día de fiesta, día de grandes desfiles. Esta vez no es así. Sólo una persona continúa con el antiguo ritual: Joseph Goebbels, ministro de Propaganda del Reich y jefe de distrito de Berlín. Como cada año desde 1933 habla por la radio en la vispera:

«En este momento de los acontecimientos bélicos, en el que todas las fuerzas del odio y de la destrucción arremeten una vez más, y es de creer que quizá por última vez, contra nuestro frente por el este, sudeste, sur y oeste, me dirijo como siempre desde 1933 al pueblo alemán en la vispera del 20 de abril para hablarle del *Führer*...

»Sólo he de decir que el presente, en toda su oscura y dolorosa magnitud, ha encontrado en el *Führer* el único representante digno. Si Alemania vive hoy todavía, si la nación respira aún, si ante ella queda todavia la posibilidad de la victoria, si hay aún una salida del mortal peligro, se lo debemos a él...

»Llenos de esperanza y con una fe profunda e inquebrantable ponemos nuestra mirada en Hitler. Arrogantes y deseosos de combatir le seguimos: soldados y civiles, hombres, mujeres y jóvenes: un pueblo, decidido hasta las últimas consecuencias... Nosotros estamos con él, como él está con nosotros, con fidelidad germánica. No necesitamos proclamarle, porque él lo sabe y así ha de ser: *¡Führer,* ordena, nosotros obedeceremos!»

Todas estas afirmaciones nos parecen hoy absurdas. Sin embargo, las personas que entonces las oían se aferraban a ellas, sentían en las afectadas arengas del «pequeño doctor» algo del antiguo ímpetu. No es que creyeran tener la victoria final a las puertas, pero «él no hablaría así, si no hubiera todavía esperanzas... si él no supiese algo que...»

Estos últimos destellos de esperanza se albergan aún en el corazón de casi todos en aquellos días de abril de 1945; incluso el maltratado y exangüe pueblo no estaba en condiciones de reconocer lo inapelable de la derrota: parecía sencillamente inconcebible que todas las victorias, todos los sacrificios hubiesen de ser en balde. Además de esto, estaban fascinados por una estruendosa propaganda dirigida. Por ello continuaron adelante, por ello los viejos se dejaron poner voluntariamente lanzagranadas y fusiles en las manos temblorosas y un brazalete de la milicia popular *(Volkssturm);* mujeres y niños cavaron fosas para la defensa anticarros y construyeron trincheras; la inmensa mayoría de los soldados y oficiales, pese a la aplastante superioridad del enemigo, estaba dispuesta aún a luchar... ¡y cómo lucharon! Sobre esta lucha se habrá de informar aún.

No sabían que el hombre que era su ídolo, a quien pocos años atrás habían vitoreado hasta el frenesí y en el que, en la necesidad y contra toda lógica, confiaban de que encontrara quizás una solución, que tuviese todavía algo en reserva... no sabían que el *Führer,* entretanto, era un anciano agotado, con la cabeza vacilante y miembros temblorosos, destrozado por las drogas y el insomnio, sólo mantenido por una fuerza de voluntad aparentemente sobrehumana.

No sabían siquiera dónde se encontraba. Ignoraban que Hitler había instalado desde tiempo atrás su cuartel general en la Cancillería del Reich en Berlín y que en los momentos de su aniversario eran ya cuatro las semanas que vivía

en una catacumba de hormigón armado, a 16 metros bajo la superficie, en el tan citado *bunker* del *Führer.*
Hitler durmió en el día de su 56 aniversario hasta las once de la mañana. A continuación celebró una corta conferencia sobre la situación del frente. Ese día la situación militar llevaba consigo todos los indicios de la inminente catástrofe que se avecinaba. Al sur de la ciudad los carros de combate de Koniev habían avanzado, después de rebasar Lübben y Baruth, hasta las cercanías de Zossen.
En Zossen se encontraba el Mando supremo del Ejército y el Estado Mayor de las Fuerzas Armadas *(Wehrmacht).* Más aún: allí estaba también situada la central de información militar, la tan nombrada Sección 500, un enorme centro de comunicaciones que en su tiempo era la más moderna y eficiente instalación de ese tipo.
El Mando supremo del Ejército y el Estado Mayor de las Fuerzas Armadas tuvieron que evacuar precipitadamente las posiciones. La Sección 500 cayó íntegra en manos de los rusos... un instrumento insustituible de dirección y coordinación se había perdido: la Sección 200, de la que necesariamente tuvo que servirse el Estado Mayor, no poseía ni por asomo la eficiencia de las instalaciones de Zossen, y los medios de comunicación que existían en el *bunker* del *Führer* eran por completo insuficientes.
Aparte de esto, el rápido avance hacia el norte de las tropas de Koniev se dirigía hacia la retaguardia del ala sur, en Francfort del Oder, donde el Ejército 6 (Busse) estaba estacionado. Después de que el 18 de abril Zukov hubiera roto las líneas, desesperadamente defendidas, del cerro de Seelow y avanzara con vertiginosa rapidez en dirección Müncheberg-Straussberg hacia Berlín (las vanguardias llegaron la mañana del 20 a Bernau), la amenaza de bloqueo del Ejército 9 era inminente.
El comandante en jefe del Grupo de Ejércitos Vístula, general Gotthart Heinrici, tenía prevista esta eventualidad. Había exigido una y otra vez retirar el ala sur del Ejército 9 del río Oder. Si el Ejército 9 quedaba cercado, estaría perdido: Heinrici estaba seguro de ello. Otras preocupaciones, sin embargo, oprimían también al general, bajo cuyo mando estaba desde hacía poco la ciudad de Berlín.
El objetivo de Heinrici era no dejarse acorralar en la ciudad; quería evitar por todos los medios llegar al combate en una ciudad abarrotada de fugitivos. Sin embargo, la vista de Hitler estaba fija en el Oder. Ordenó que el Ejército 9 debía permanecer en el río Oder; pero no sólo allí, sino que debía atacar en dirección sur, romper las líneas de Koniev y volver, tomando así contacto con el 4.° *Panzerarmee* al mando de Schörner. Esto era ya pura fantasía: ni el Ejército 9 de Busse ni el 4.° *Panzerarmee* tenían ya fuerzas para el ataque. No obstante, ni Keitel, ni Jodl, ni Krebs, que debían estar informados de la situación, contradijeron a Hitler, sino que cursaron las desatinadas órdenes como era ya costumbre.

Una ruina humana con fuerza de voluntad

En las primeras horas del 20 de abril, comenzó el ataque ruso al norte del frente del Oder (al sur de Stettin). El 1.er Frente de Rusia Blanca al mando de Rokossovski marchó sobre las posiciones del río. Primeramente Hitler no le prestó atención. Creía que el general Hasse von Manteuffel, con el 3.er *Panzerarmee* lo mantendría en jaque. Sobre el frente del Oeste no se habló apenas, pues no existía ya: hacía días que el Grupo de Ejércitos B, cercado en la zona del Ruhr, había capitulado. Desde entonces las fuerzas americanas y británicas se internaban en la Baja Sajonia, Hessen y Sajonia con dirección al Elba sin encontrar apenas resistencia.
Tras este «pequeño cambio de impresiones» y desde el mediodía en adelante, las estrechas dependencias del *bunker* bajo la antigua Cancillería del Reich comenzaron a llenarse: los grandes del derrotado imperio del nacionalsocialismo venían en cortejo a cumplimentar al *Führer* en su aniversario. Llegaban una vez más hasta el hombre al que habían de agradecer grandeza y poder. Göring saludó, por así decirlo, al paso. Aquel mismo día por la mañana accionó con su propia mano la palanca del detonador que haría volar su pomposa residencia «Karinhall» por los aires, no sin haber preparado antes dos docenas de camiones cargados con lo más valioso de su propiedad, con abundante gasolina y una escolta bien pertrechada.
La caravana marchaba desde Berlín en dirección a Baviera, en los momentos en que Göring, tras las obligadas fórmulas de felicitación y buenos deseos, pedía y recibía el permiso de marchar igualmente hacia el Sur.
Se presentó Himmler y, naturalmente, Goebbels. Vinieron también algunos jefes de distrito que, algo inseguros por la situación, se dejaron animar por unos y otros. Aquel día se encontraba allí alguien que no había visto a Hitler en los últimos años, como era el profesor de cirugía Dr. Werner Haase.
Había sido médico privado de Hitler hasta 1936; entonces había pedido el relevo porque no quería abandonar la cirugía. Desde ese año no había visto a Hitler. Ahora, al parecer en el último aniversario de su antiguo paciente, llegó y se quedó allí, pues en el *bunker,* bajo la nueva Cancillería del Reich, se encontraba un equipo completo de urgencia pero sin médico. Haase, gravemente enfermo (padecía de tuberculosis en estado avanzado), cambió la chaqueta por la bata y se dispuso a trabajar.
Después del mediodía Hitler abandonó su refugio. Trabajosamente subió los numerosos escalones de hormigón hacia la salida de emergencia, que conducía a los arrasados jardines de la Cancillería. Allí estaba incorporado un destacamento de la División de las SS «Frundsberg», así como un grupo de las Juventudes Hitlerianas, de los que habían abatido más carros de combate del enemigo. Artur Axmann, jefe de las juventudes, presentó el grupo al *Führer.*
También Axmann hacía tiempo que no había visto a Hitler. He aquí sus impresiones: «Todos estaban extrañados del aspecto del *Führer.* Andaba encorvado, sus manos temblaban; sin embargo era sorprendente la fuerza y la decisión que de ese hombre emanaba.»
Desde el punto de vista actual esto parece incomprensible, pero no puede caber duda de que Hitler, aquel hombre destrozado corporalmente y al menos en parte desconectado de la realidad, estaba todavía en condiciones de fascinar completamente a las personas que estuviesen a su alrededor, pese a la mezquina, casi ratonil existencia en el *bunker,* lo que realmente dejaba entrever más que cualquier otro indicio que al titán le había llegado su hora. Esto sucedía no sólo con los hombres que estaban en estrecho contacto con Hitler y cuyos destinos iban paralelos al suyo. Hay una innumerable cantidad de testigos entre los entonces jóvenes oficiales de la *Wehrmacht* y de las SS, que llevaban o traían cualquier orden en el maremágnum del *bunker* de la Cancillería del Reich en aquellos días de abril y que se reunían con buenos camaradas en el mando de la escolta del *Führer.*
Es comprensible que los que venían de fuera y conocían por propia experiencia la situación sin salida ante la supremacía del enemigo, preguntaran a sus camaradas en las cercanías del centro del poder cómo evolucionaría la situación: ¿Qué iba a ocurrir?
La sorprendente respuesta era a menudo: «No te preocupes. Un par de días o tres aún, si aguantamos, entonces vendrá un estampido, la guerra se acabará ¡y habremos ganado!»
Hitler era todavía capaz de transmitir estos disparates incluso a los jóvenes escépticos situados en la periferia de su radio de acción y que no le habían visto nunca o tal vez en contadas

ocasiones. Al atardecer del 20 de abril, después que Hitler regresara al interior del *bunker*, llegó también Albert Speer, quizás el más clarividente de todos los de la camarilla de Hitler y que jugaba con la idea de acabar con el *Führer* en el *bunker*, empleando gas venenoso. Desde hacía días Speer recorría vertiginosamente lo que quedaba de Alemania para detener las órdenes de destrucción total (Hitler había ordenado que se hiciera de Alemania tierra quemada) y pensaba más que ningún otro en las posibilidades de sobrevivir que tenía la población. También Speer se encontraba ahora en el *bunker* y permaneció horas enteras con Hitler. No hablaron de los horrores de fuera, sino sobre el pasado y de un futuro imaginario: Hitler trasteaba con los planos de la reconstrucción de Linz en el Danubio para después de la victoria final. Él los había traído consigo al *bunker* y –completamente desconectado de la realidad– los comentaba con Speer y aun los rectificaba.

Speer abandonó el *bunker* del *Führer* a altas horas de la noche. Después tuvo lugar un cambio de impresiones. Hitler fue siempre algo noctámbulo, pero en el *bunker* llegó a serlo plenamente.

Órdenes desde un mundo de sueños

El círculo era pequeño: Keitel, Jodl, Krebs, algunos ayudantes y asistentes. Con prudencia, Jodl y Krebs dieron a entender que el Ejército 9 estaba prácticamente cercado y Berlín en realidad también. De todas maneras, al norte de la ciudad, en el ala sur del 3.er *Panzerarmee,* el jefe supremo de las SS, Steiner, organizaba un Grupo de combate.

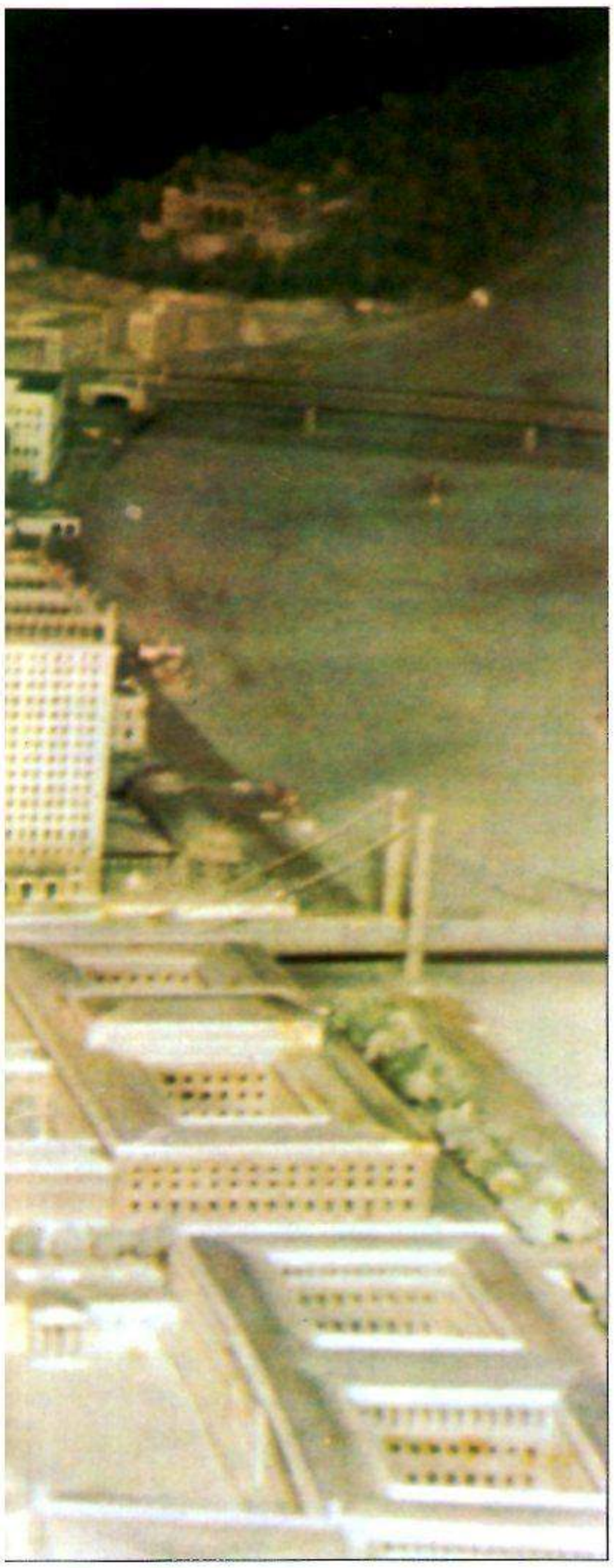
Esto al menos no era totalmente falso. Después que Zukov se hubo infiltrado hasta el norte de Berlín tras romper las líneas del cerro de Seelow, el flanco sur del 3.er *Panzerarmee* de von Manteuffel quedaba de repente al descubierto. En esta situación el comandante en jefe había dado órdenes a Steiner, que pasaba por ser un militar capacitado, de que organizara una defensa provisional para proteger el flanco del 3.er *Panzerarmee* SS, derrotado en Pomerania y, al recibir la orden de Heinrici, estaba ocupado en reclutar unidades de ataque en Mecklenburg de los restos de otras divisiones y en general de donde buenamente podía. Steiner se dedicó con todas sus fuerzas, con lo poco que realmente disponía de personal, a llevar la orden de Heinrici a buen término, esto es, a cubrir la deficiente retaguardia de Manteuffel por el sur.

En el *bunker* del *Führer,* sin embargo, la sola mención del «Grupo de combate Steiner» produjo reacciones absurdas: Hitler conocía a Steiner como un jefe de tropas singularmente enérgico y valeroso y su fantasía vio de repente poderosas concentraciones de fuerzas, donde no quedaba de ellas ni la sombra.

El «Grupo de combate Steiner», ordenó Hitler, no tiene que apoyar al flanco del 3.er *Panzerarmee,* sino atacar en las próximas veinticuatro horas en dirección sur desde Oranienburg –Eberswalde– cortar y destruir la vanguardia de Zukov y establecer contacto con el 3.er *Panzerarmee* y Berlín.

Una vez puesto en marcha, Hitler ordenó varias veces en aquella noche que el Ejército 9 (entretanto bajo la amenaza de ser bloqueado) tenía que atacar en dirección sur, y que el 4.º *Panzerarmee* de Schörner (ahora desplazado más al sur) debía hacerlo hacia el norte, para formar así al este un nuevo frente cerrado. Hitler dibujaba impulsivamente las correspondientes cuñas y flechas indicadoras en el plano y ninguno de los que le rodeaban (Keitel, Jodl, Krebs) tuvo el valor de decirle que las órdenes que daba eran pura fantasía.

El «Grupo de combate Steiner» era el primer fantasma en el que él basaba sus esperanzas irreales. El «Ejército Wenck» debía de ser pronto el próximo. En ese día, aniversario de Hitler, para la población de la ya casi cercada ciudad se hizo patente un curioso cambio en la situación: la amarga hora final estaba cerca. Los signos eran evidentes: el Parque Zoológico se cerró por la mañana; poco antes del mediodía se cortó el fluido eléctrico y no volvió a resta-



El hombre que hizo destruir la metrópoli de su propio imperio e innumerables ciudades de Europa, había soñado largos años con cambiar algún día la faz del mundo como arquitecto. Hitler ante su proyecto favorito, un modelo de reconstrucción de la ciudad de su juventud, Linz, que debería convertirse en un brillante centro cultural.

blecerse el suministro; hubo una abundante ración especial de víveres y en la noche siguiente no tuvo lugar ataque aéreo. Sin embargo se oían las detonaciones: las primeras unidades de la Artillería rusa estaban lo bastante cerca como para cañonear Berlín.

Hitler no oyó nada de esto. El *bunker* del *Führer* estaba a suficiente profundidad bajo la superficie. En las primeras horas de la mañana del 21 de abril, Steiner recibió la orden estricta de atacar en dirección sur con su Grupo de combate, sazonada con el incentivo de que Hitler lo hacía «responsable con su cabeza del cumplimiento de esta orden».

Pero Steiner no tenía con qué atacar; hallaba, por el contrario, las mayores dificultades en cubrir a duras penas el flanco sur del 3.er *Panzerarmee* con los pocos hombres que había conseguido reunir en Südmecklenburg, siguiendo las órdenes de Heinrici. Y por ello no atacó, aunque fuera orden del *Führer.*

Algo semejante sucedía con el Ejército 12 de Wenck. El general Wenck era uno de los generales jóvenes más dotados de la *Wehrmacht.* En febrero, de camino hacia el frente del Oder, había sufrido un accidente debido al agotamiento, chocando el coche de servicio conducido por él contra un árbol. A finales de marzo abandonó el hospital con la fractura de cráneo apenas curada y se le confió inmediatamente la tarea de reclutar un ejército en la zona Dessau-Wittenberg, de la mejor reserva de personal que en esa hora quedaba; de la escuela de oficiales, de la escuela de carros de combate y del Servicio del Trabajo, que estaban situadas en el núcleo del Reich. Este ejército de última hora, integrado por excelente personal, pero sin armamento pesado, lo había destinado Hitler para la lucha en el Oeste. La primera –y absurda– misión consistía en levantar el sitio donde se encontraba cercado el Grupo de Ejércitos de Model, a unos doscientos kilómetros en la zona del Ruhr. En estos momentos el Ejército 12 existía sólo sobre el papel; a finales de abril era ya una realidad. Débil, pero sostenido por el enérgico Wenck, constituía un nuevo factor para la fantasía en el *bunker.*

Allá abajo continuaba incubándose la poderosa desgracia. Poderosa porque Hitler consiguió mantener el poder absoluto hasta el final, sólo puesto en entredicho ocasionalmente por algunas crisis.

La primera crisis sucedió el 22 de abril. El cerco de la ciudad era casi completo en aquellos momentos; al sur las vanguardias de Koniev se hallaban en el canal de Teltow, al oeste habían ocupado desde el Havel hasta Spandau, al este estaban los carros de combate ante Weissensee, a diez kilómetros del centro de la ciudad. El Ejército 9 estaba cercado al sudeste de Berlín, como había predicho el general Heinrici, y empeñado en una desesperada defensa. En la mañana de ese día Hitler estaba aún tranquilo. Sobre el mediodía recibió a un emisario del 6.º *Panzerarmee* de las SS, a cuya unidad pertenecía el Panzerkorps «Leibstandarte Adolf Hitler» y que luchaba en Austria bajo el mando de Sepp Dietrich. El *Obersturmbannführer* SS Fritz Beutler, de 35 años de edad, lleva el brillante uniforme de servicio cuando vaga desorientado por el destruido patio de armas de la Cancillería buscando la entrada al *bunker* del *Führer.*

El motivo –casi macabro ya– de su misión: Beutler ha de entregar a Hitler el proverbial «donativo con motivo del aniversario del *Führer*» para la «Cruzada contra el frío del pueblo alemán», un cheque de siete millones y medio de marcos, reunidos por los oficiales y personal del «Leibstandarte».

Dinero es realmente lo último que Hitler necesita en este día.

Beutler recuerda: «Hitler agradeció amistosamente el cheque, puso el sobre encima de la mesa de escritorio y me aclaró la situación del frente. No me causó la impresión de tener ante mí a una ruina humana. Cierto que el brazo y la mano izquierda le temblaban, pero el aspecto de decrepitud corporal del que se hablaba tan a menudo no lo pude apreciar. Hablaba clara y concisamente y su versión de la situación militar correspondía al menos a la realidad que yo conocía. Sabía exactamente dónde se encontraba cada unidad.»

Lo que Beutler, oficial del frente que pertenecía a una unidad relativamente intacta, no podía saber, era que las unidades sobre el plano de Hitler eran sombras, divisiones que sólo tenían la potencia bélica de batallones, regimientos que sólo contaban con un capitán y cincuenta soldados. La sombra mayor de todas ellas era el Grupo de Ejércitos de Steiner, en el que Hitler tenía puestas todas sus esperanzas.

Hasta que, tres horas después de haber recibido el cheque, debe reconocer ante las discretas alusiones de Jodl y Krebs, poco después del principio de la conferencia estratégica sobre la situación en el frente, que esas esperanzas son en balde. Steiner no ha atacado. Un *Obergruppenführer* SS se ha negado en redondo a seguir la orden de ataque del *Führer,* por haberla considerado sin sentido y desapropiada para las escasas fuerzas que tenía a su mando.

Algo se quebró entonces en el *Führer.* Con voz ronca envía a los ayudantes y demás personal fuera de la habitación. Sólo quedan con él Keitel, Jodl, Krebs, Burgdorf (ayudante jefe y jefe de personal del Ejército) y Bormann. Y entonces rompe en un estruendoso y apenas inteligible acceso de cólera. Los que están fuera, tras la puerta, e incluso los cinco hombres que están ante él apenas pueden comprender el diluvio de voces. Sólo sobresalen las palabras: «Traición, mentira, hipocresía, que no puede creer en nadie, nadie le comprende, todos son muy poco para

él, para sus metas, el pueblo, sus generales, las SS, todos, ¡bah!...» y entonces el *Führer* del Gran Reich alemán, pocos años antes uno de los más poderosos, quizá el más poderoso de todos los hombres del planeta, se desploma sobre el escritorio sacudido por una crisis de llanto.

Keitel, Jodl, Krebs, Burgdorf y Bormann quedaron mudos de estupor. Miraban perplejos la destrozada figura. Algo así no lo habían vivido todavía, pues Hitler no solía morder las alfombras, como se ha contado a menudo de él. Efectivamente tenía de cuando en cuando momentos de arrebato, pero hasta la fecha nunca se había puesto en ese estado. Antes de que los presentes pudieran salir de su asombro, Hitler levantó la cabeza, sacudido todavía por el llanto, continuó hablando con voz baja... y entonces quedaron realmente estupefactos.

Hitler habló de lo que todos ellos sabían, pero no querían aceptar, y ante todo de lo que no hubieran atrevido a pensar y menos a decir en su presencia: No hay ninguna razón más para seguir, todo se acabó, la guerra está perdida, el nacionalsocialismo y él personalmente, fracasados. Quien quiera abandonar Berlín –añadió–, puede hacerlo, él se quedaría allí y ya que por motivos de salud no podía luchar, pondría fin a su vida.

Hitler demostró aquella tarde que estaba dispuesto a romper la corteza de ideas fijas que desde hacía largo tiempo le mantenía aprisionado; demostró que conocía bien la verdad y que estaba decidido finalmente a aceptarla. Pero sus paladines, los espíritus serviles que en esos momentos le rodeaban, no estaban dispuestos a ello. Sin pensar que cada día de retraso costaría la vida de miles de hombres, se pusieron a la tarea de dar ánimos al *Führer*, le conminaron a no abandonar la empresa en el último momento, le argumentaron con su propia fábula, que todavía no estaba todo perdido; aún había en el sur del Reich un ejército de millones de soldados; allí debía ir...

Hitler se negó, pero ellos consiguieron sacar al *Führer* de la realidad y llevarlo nuevamente al mundo de ilusión. Con un reciente paralelismo histórico (hemos sangrado ante las puertas de Moscú, ahora serán los rusos los que sangren ante Berlín) y esperanzas irrea-

A altas horas de la noche del 28 de abril de 1945 Hitler contraía matrimonio con Eva Braun, su amante de tantos años. Cuarenta horas después se suicidaban juntos. Eva Braun durante largos años «el secreto de Estado mejor guardado del Tercer Reich», se negó con firmeza a ser evacuada al sur de Alemania.

les (si conseguimos aguantar hasta que los rusos y americanos disputen, habremos ganado la guerra) lograron devolverle la fe en la victoria final.
A altas horas de la noche del día 22 y en la madrugada del 23 de abril, Hitler, aparentemente con desgana, se apresta a tomar algunas decisiones: reparte el mando, a la vista de que en pocos días el territorio del Reich sería dividido, de la manera siguiente: en la mitad septentrional el gran almirante Dönitz, en la mitad meridional el mariscal Kesselring. Envía a sus más íntimos consejeros militares, mariscal Keitel y general Jodl, a poner en acción las órdenes de ataque que Steiner y Wenck habían recibido. Despoja a Göring de todos sus títulos y cargos –éste se encontraba entonces en Berchtesgaden sin preocuparse de la situación– y nombra al general Ritter von Greim como nuevo comandante en jefe de las fuerzas de Aviación, que no existían ya prácticamente, al tiempo que lo asciende a mariscal. Le ordena asimismo personarse en el *bunker* (lo que obligó a Hanna Reitsch a traer y llevar al comandante en pleno combate). Como colofón, Hitler nombra de improviso comandante de Berlín al general de Artillería Weidling, jefe del 56.º *Panzerkorps* (sin material de guerra), a quien había citado en el *bunker* para comunicarle su sentencia de muerte por cobardía. El 56.º *Panzerkorps* de Weidling se repliega a la ciudad y comienza con terrible dureza lo que Heinrici y otros habían esperado evitar: la lucha en la capital.
En sentido militar Berlín no está preparado para soportar el sitio: la ciudad debía defenderse en el Oder. Las defensas anticarros y otras similares que habían sido preparadas a la ligera en los barrios periféricos son deficientes y poco aprovechables. La distribución de la ciudad y sus alrededores en ocho zonas de defensa en forma de cuña, con el vértice convergiendo en el centro de la ciudad (mandos A-H) y cuatro círculos concéntricos de barricadas (el más amplio, en las afueras de la ciudad; el «círculo verde» en los barrios extremos a lo largo de canales e impedimentos semejantes; el círculo interior a lo largo de las líneas del tranvía; y el círculo de la ciudadela, llamado núcleo, en la zona de residencia del Gobierno), no era más que un esquema teórico. Desde el principio no existió apenas un frente coordinado, como tampoco un servicio militar de información. Los oficiales de Weidling consiguieron informarse de la marcha de los sucesos por medio del servicio público de teléfonos, que funcionó hasta casi el final: llamaban a conocidos o no conocidos y preguntaban si los rusos habían llegado, y, si así era, las fuerzas de que disponían.
Estas facetas no deben hacer olvidar que los pocos defensores, alrededor de 45.000 soldados (los restantes del 56.º *Panzerkorps* de Weidling, unidades de apoyo, etc.), 40.000 hombres de la milicia popular (insuficientemente armados) y algo más de 4000 de las Juventudes Hitlerianas lucharon con un encono sin igual.
La zona de combates, con las casas destruidas por las bombas, favorecía a los defensores. La vanguardia rusa, que atacó con sorprendente efectividad y ligereza por todos lados de la periferia, se componía esencialmente de carros de combate y éstos no valían para la lucha callejera, puesto que los carros tienen su punto ciego en la parte superior y desde los huecos de las ventanas se les podía combatir con facilidad. Solos estaban indefensos. Además de esto, Berlín era una ciudad antigua; los muros que habían quedado de las casas destruidas eran macizos, la mayoría de hasta un metro de espesor, y prestaban un refugio seguro contra las armas de la Infantería. Los rusos tuvieron que entrar peleando calle por calle en el mar de edificios, tributando así numerosas bajas. Frenarles, sin embargo, resultaba imposible: su superioridad en material era demasiado grande y, por el contrario, el abastecimiento de armas y municiones de los defensores era muy deficiente.
El cerco de la ciudad iba estrechándose cada día más y más. El 24 de abril se oía ya el fragor de la lucha callejera en Zehlendorf, Tempelhof y Neukölln; al día siguiente los rusos barrían el interior de la ciudad con fuego graneado y se preparaban para ocupar el centro.

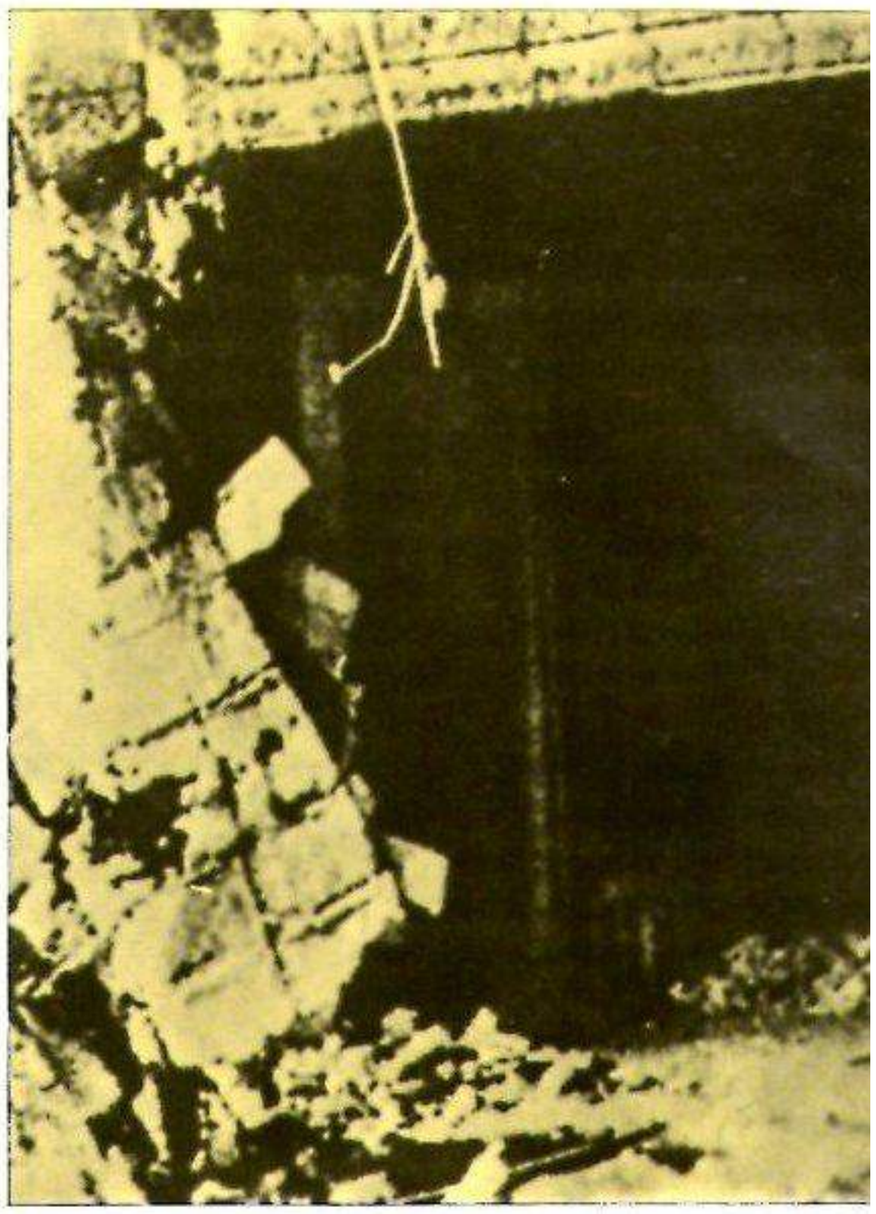
El presagio del ocaso

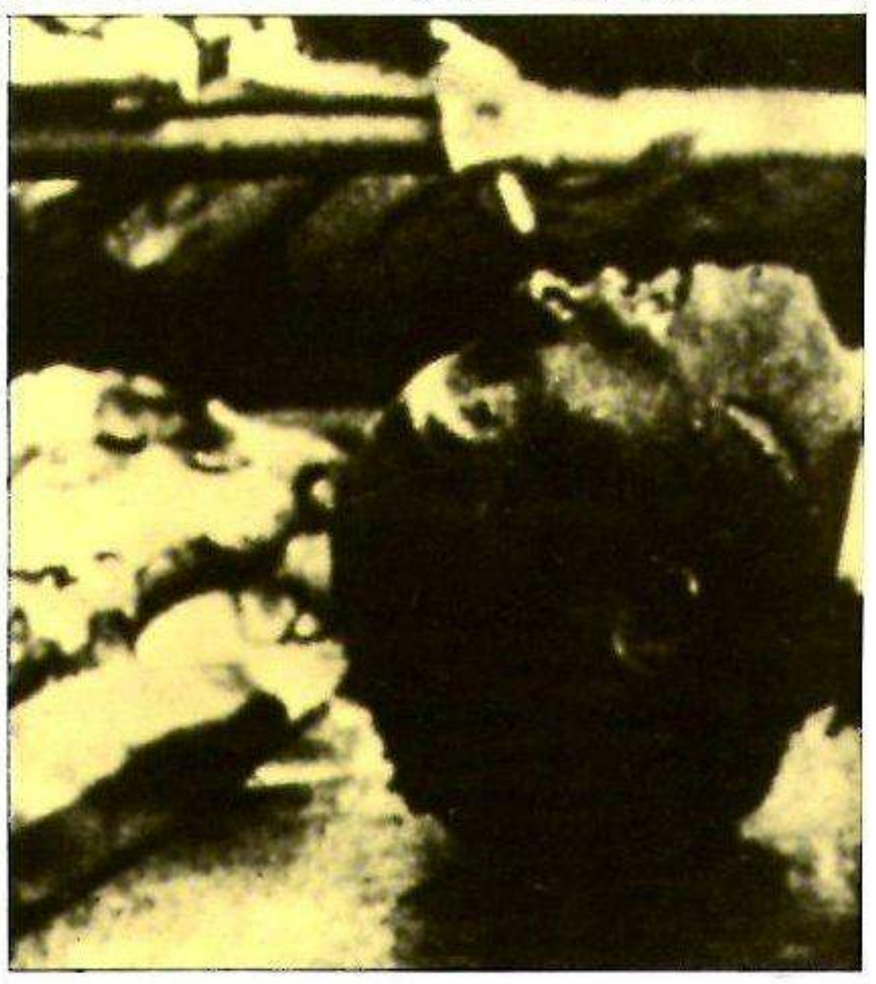
El ambiente en el *bunker* de Hitler se había vuelto desde la crisis del 22 de abril más irreal aún de lo que era antes. Si bien Keitel, Jodl, Bormann y, sobre todo, Goebbels habían conseguido evitar que Hitler abandonara su empeño, la seguridad de que el fin estaba cerca –incluso Hitler lo había dicho– condujo a que se extendiese lentamente por todas las dependencias una euforia, como si del propio fin del mundo se tratara.
El orden que hasta la fecha había reinado fue relajándose poco a poco; el consumo de bebidas alcohólicas íbase extendiendo más y más; el general Krebs y también Burgdorf aparecían bebidos en las entrevistas, carentes ya de sentido, sin que Hitler lo censurase. Él mismo, que hasta la fecha cuidó siempre con penosa exactitud de su atuendo, andaba en los últimos días con una chaqueta arrugada y llena de manchas.
Mientras tanto, los hijos de Goebbels, Helga (12), Hilde (11), Helmut (9), Holde (8), Hedda (6) y Heide (4), jugaban despreocupada y alegremente, sin sospechar que estaban sentenciados a muerte. Sin embargo, todos los que jugaban con ellos, incluso Hitler, lo sabían. Magda Goebbels hacía ya algún tiempo que había tomado la decisión de morir con su marido y de llevar a sus hijos consigo a la muerte. Nadie logró disuadirla de este horrible propósito; ni su marido, ni tampoco Hitler, que la había apremiado desde la llegada al *bunker* a volar hacia Berchtesgaden con los niños. Pero fue en vano. Magda Goebbels permaneció allí, e igualmente Eva Braun. Eva había llegado a finales de febrero contra la expresa voluntad de Hitler. Había viajado algunas veces a Munich durante las primeras semanas de marzo, pero al ser excesivamente peligroso, permaneció en Berlín y no se separó del hombre que amaba, al parecer con clara conciencia de que esto significaba morir con él. Todos los testigos que sobrevivieron y que se encontraban con Eva Braun en el *bunker* durante los últimos días, corroboran con unanimidad que había sido la única persona que aceptó lo inevitable con una serena entrega al destino, lo que le permitió permanecer hasta el final como ella siempre había sido, exterior e interiormente atildada, algo ingenua y siempre de buen humor. Era también la única persona en el *bunker* que pensaba más allá del techo protector de hormigón en la horrible lucha que se desarrollaba sobre la superficie: «¿Por qué han de caer tantos, cuando nada tiene ya sentido?», preguntaba acertadamente a uno u otro de los íntimos, sin recibir ninguna respuesta concreta. Si esta pregunta se la hizo alguna vez a Hitler, es algo que nadie sabe.
Hitler, después de haber reprimido su primer impulso de abandonarlo todo, seguía jugando su papel de soberano a medias; se ocupaba por una parte en catalogar documentos para su destrucción, por otra requería urgentemente información por radio sobre los movimientos de las tropas del Grupo Steiner, del Ejército de Wenck y del Ejército 9. Todas estas unidades combatían aún. El sitiado Ejército 9 de Busse se desplazaba lentamente hacia el oeste. Las débiles fuerzas de Steiner trataban, bajo la influencia de Jodl, de romper el cerco hacia Berlín, pero quedaron detenidas como Steiner había predicho. Wenck consiguió realizar la pirueta de dirigir su flamante y bisoño Ejército 12 desde el frente del Oeste hacia el Este. Sin embargo, es incapaz de lanzar un ataque contra el cerco de Berlín. El general sabe que no hay solución. Pero entrevé otra posibilidad más lógica: avanzar hacia la parte sur de Berlín en dirección este, lo bastante para alcan-

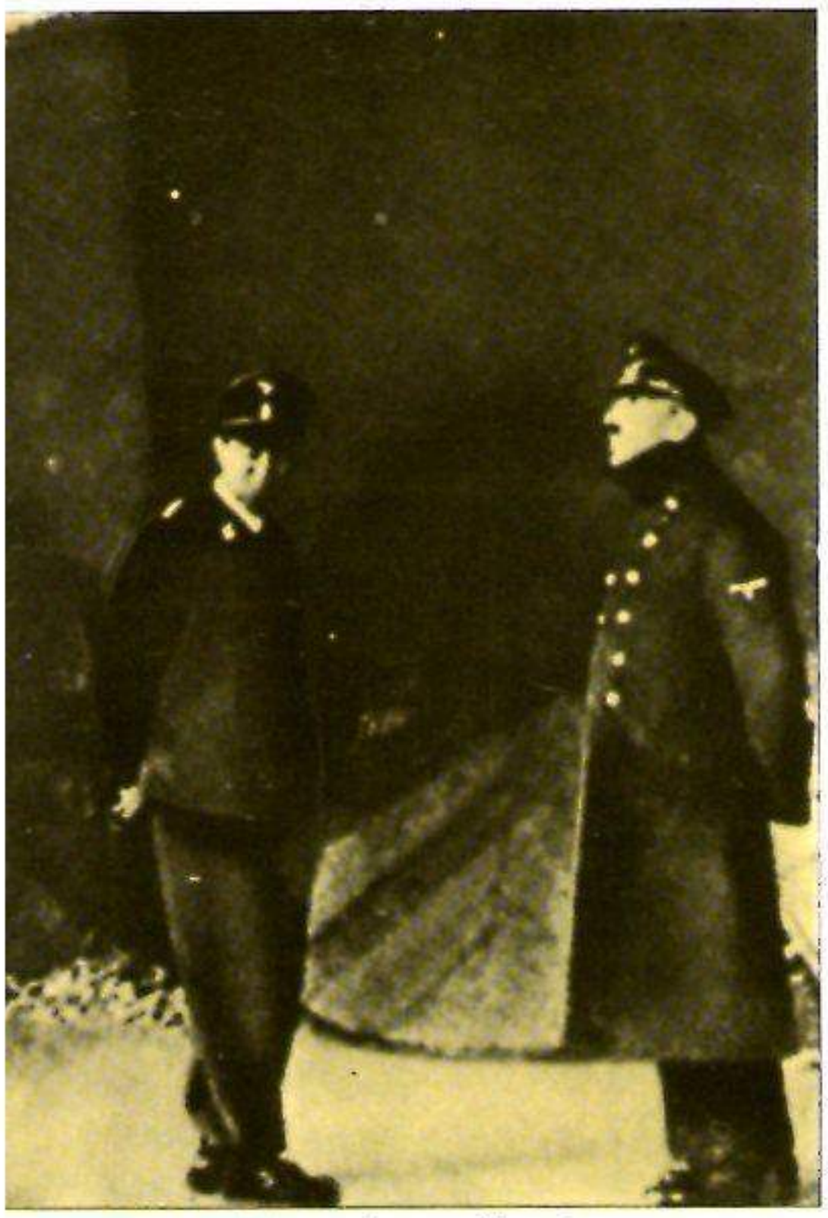
zar al Ejército 9 y tratar de romper el bloqueo, liberando así del cerco a las fuerzas supervivientes y a la población civil.
El Ejército de Wenck lo consigue. Se producen combates en las cercanías de Ferch y allí están los camaradas del Ejército 9. Por un corto espacio de tiempo se ha abierto una brecha en las líneas enemigas por la que los supervivientes (con y sin uniforme) salen en dirección oeste.
Abajo, en el *bunker*, Hitler rugía aún como un tirano: quita el mando del Grupo de Ejércitos Vístula al general Heinrici y lo sustituye por el general Student; cuando es informado de las negociaciones de Himmler con Occidente, lo despoja de todos sus cargos y envía al jefe de la Aviación, Greim, con Hanna Reitsch como piloto, encomendándole detener a Himmler.
Al enviado de éste en el cuartel general del *Führer, Gruppenführer* SS Fegelein (un cuñado de Eva Braun), lo hace fusilar inmediatamente acusado de traición.
En las reuniones del *bunker* había aparecido entretanto una nueva cara: la del *Brigadeführer* SS general Mohnke. Wilhelm Mohnke, un general de hierro, se ha retirado el 20 de abril con 1000 hombres de las fuerzas de las SS a la Cancillería del Reich; él es el comandante de la «ciudadela», de la zona de la residencia del Gobierno. Se halla bajo las órdenes directas de Hitler y está decidido a luchar hasta el final.

Ha llegado la hora

Primeramente ordena reponer las reservas de víveres y las existencias de armas y munición conseguidas de los depósitos y vagones que todavía no habían caído en manos del enemigo. Instala su puesto de mando en uno de los sótanos bajo la nueva Cancillería del Reich, justo al lado del dispensario médico de urgencia.
Desde que la lucha se desenvuelve en los barrios más céntricos, se suceden escenas dantescas en este dispensario. Heridos graves llegan sin cesar con miembros destrozados, heridas de bala en el vientre; el profesor Haase opera y amputa sin descanso. El olor es pestilente.
Haase, gravemente enfermo, opera hasta caer extenuado. Por suerte para los heridos se ha encontrado casualmente a otro médico, el profesor Schenck. Es internista, pero en la necesidad, opera; Haase, sentado a su lado, le va dirigiendo con voz débil.
En la madrugada del 30 de abril Hitler invita al extenuado Haase a visitarle para deliberar con él los métodos más seguros de suicidio; el final está cerca. El día anterior Hitler ha contraído matrimonio con Eva Braun y dictado su testamento. En él designa a Dönitz como presidente del Reich y a Goebbels como canciller. A las seis de la mañana, tras la conversación con Haase, hace llamar a Mohnke.
La «ciudadela» está sitiada a estas horas. Se lucha aún con una enconada dureza en el Tiergarten, en Potsdamer Platz, en el Ministerio del Aire, en el Lustgarten, a no más de 300 o 400 metros del refugio de Hitler. «¿Qué cree usted, Mohnke, cuánto puede resistir?», pregunta Hitler. «Veinticuatro horas, mi *Führer*, no más», es la escueta respuesta. «Entonces ha llegado la hora», contesta Hitler. Palabras que Mohnke no comprende. Lo que significan se lo dice poco después el jefe de batallón de las SS Otto Günsche, ayudante de Hitler. El *Führer* le ha encomendado que se preocupe por todos los medios de la destrucción completa de su cadáver.
Poco después de las 15 horas llega el momento. Hitler y su esposa se despiden del resto de su séquito: Goebbels, Bormann, Krebs, el embajador Hewel (representante del Ministerio de Asuntos Exteriores), el vicealmirante Voss (agregado de Marina), el *Brigadeführer* SS Ratenhuber (jefe de la escolta), secretarias, servidoras y cocinera, se retiran a sus habitaciones. Günsche monta guardia ante la puerta. Magda Goebbels, llorando histéricamente, sorprende la vigilancia de Günsche, se precipita en la habitación de Hitler y le pide que abandone Berlín. Hitler la rechaza bruscamente.
Silenciosa espera... Algunos creyeron haber oído un disparo poco después de las 15,30 horas. Según Günsche, «el disparo no se oyó»; lo que puede ser verdad, pues la Cancillería del Reich estaba bajo el fuego de la artillería pesada y, eso sí que se oía incluso en el *bunker*, a 16 metros bajo la superficie. Tras diez minutos de espera sin que saliese ninguna clase de ruido de la sala de estar de Hitler, el criado Linge entra siguiendo las órdenes recibidas. Ya en la antesala se percibe un fuerte olor a almendras amargas; Linge no se atreve a seguir solo y busca a Bormann; juntos abren la puerta de la sala de estar. Hitler y su esposa yacen muertos en el pequeño sofá; Hitler se ha disparado un tiro en la sien derecha y al parecer ha tomado al mismo tiempo una cápsula de ácido cianhídrico, su esposa ha utilizado sólo la cápsula de veneno.
Günsche se dirige a la sala de reunión y anuncia con voz ronca: «El *Führer* ha muerto». Luego regresa a la cámara mortuoria; con él van Goebbels y Axmann. Los cinco permanecen allí paralizados, silenciosos en el estrecho cuarto, con la mirada fija en los cadáveres.



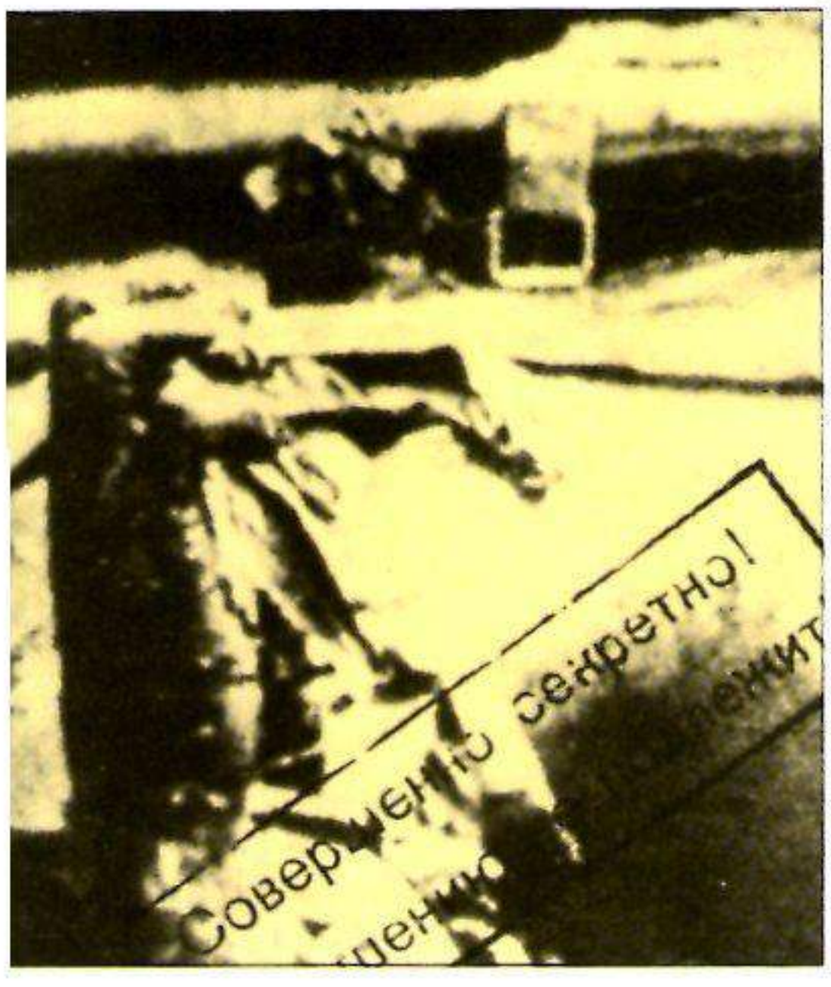




Una de las últimas fotografías de Hitler le muestra, en compañía de su ayudante, inspeccionando los destrozos en la Cancillería del Reich (arriba).

El asesinato de los inocentes hijos de Goebbels fue uno de los horrores que más impresionó a los habitantes del «bunker». Fotografía de una de las hijas de Goebbels, que contaba seis años cuando murió (centro).

La cremación de los cadáveres de la familia Goebbels no pudo realizarse por completo. A diferencia de los restos de Hitler y su esposa, pudieron ser identificados sin dificultad (abajo).



Günsche y Linge son los primeros en salir del trance y se concentran en lo que el difunto les había ordenado: procurar una rápida y completa destrucción de los cadáveres. Esto demuestra que al menos la guardia de las SS cerca de Hitler no tenía ni idea de cómo quemar cadáveres. Aunque se disponía de gasolina en abundancia, como los cadáveres habían sido depositados en una fosa plana directamente sobre el suelo, se quemaba mucha gasolina, pero no los cuerpos. Hasta bien entrada la noche se tuvo que rociar de nuevo con gasolina, atizar y avivar continuamente el fuego. No obstante, la destrucción completa que el *Führer* había ordenado no se consiguió pese a todos los esfuerzos.

El brusco fin del poder del tirano solitario se dejó sentir abajo en el *bunker* de una manera casi macabra: el cadáver de Hitler no había sido transportado aún para la cremación y flotaba ya un aroma desconocido hasta la fecha en el *bunker:* –el *Führer* ha muerto– se puede fumar.

Y algo más cambia repentinamente: Bormann, desaparecida ya la fuente de su poder, se ve relegado de hora en hora como una nulidad; no se le toma en serio; su presencia sólo es tolerada por el hecho de estar aún allí.

Al amanecer del 1 de mayo se lucha todavía. El nuevo canciller del Reich envía a Krebs. con una carta para Stalin, a entrevistarse con Ciuikov. Goebbels le comunica la muerte de Hitler y propone un alto el fuego en la zona de Berlín, para que se constituya el nuevo Gobierno y se aclaren los próximos pasos.

Ciuikov se muestra cortés, telefonea el mensaje de Goebbels a Moscú, aunque él conoce de antemano la respuesta: nada de negociaciones, sólo capitulación incondicional. Krebs regresa a mediodía al *bunker* e informa. Goebbels, en la antecámara de la sala de conferencias, renquea de un lado para otro, fumando sin cesar: «¡Jamás habrá un documento de capitulación con mi firma!»

En la noche del 1 de mayo Magda Goebbels asesina a sus seis hijos, se sobrepone, hace café y se sienta con su marido, Bormann y Axmann a recordar con nostalgia los gloriosos días de lucha y los señoriales tiempos de antes de 1939. El último canciller del Reich y su esposa se disponen para la muerte y se despiden de los pocos que quedan en el *bunker*... a las 21 horas eran ya cadáveres.

También Goebbels había ordenado quemar sus despojos y los de su esposa; su ayudante, oficial de las SS Schwägermann, se encargó de ello. Había dispuesto la gasolina y mandó transportar los cadáveres arriba; pero ahora el tiempo era escaso: el comandante Mohnke, siguiendo las últimas órdenes del *Führer,* había preparado para las 23 horas la evacuación del resto de los ocupantes de la «ciudadela». Así, los cadáveres del matrimonio Goebbels quedaron ligeramente calcinados. Los ocupantes del *bunker* comenzaron la evacuación. Uno tras otro, en pequeños grupos, abandonaron la Cancillería del Reich. Poco después de medianoche el *bunker* del *Führer* estaba vacío.

Pero no totalmente. Quedaron allí ocho cadáveres: los seis hijos de Goebbels y los generales Burgdorf y Krebs, que se habían disparado un tiro, y dos supervivientes. Uno era el soldado de las SS Rochus Misch, un muchacho joven que pertenecía al servicio de la central de comunicaciones del *bunker* y que en medio de la excitación general se había quedado dormido. El otro era Johannes Hentschel, jefe de máquinas del *bunker* y el único civil. Hentschel no dormía en la madrugada del 2 de mayo, y sabía por qué se había quedado en el fantasmagórico *bunker*: el motor diesel que surtía de aire y agua a las instalaciones, lo hacía también para la enfermería. El valiente Hentschel no fue capaz de decidirse a cortar el agua a los enfermos y heridos.

Gritando de placer

Misch decidió en la mañana del 2 de mayo que lo mejor era irse de la horrorosa cueva. Hentschel se quedó. Completamente solo. Muy desagradable. Ordena sus cosas. Sube al exterior. Fuego de artillería pesada. Mejor volver abajo; se prepara un desayuno abundante, pues reservas no faltan. Después hace su acostumbrada ronda de inspección. Por la parte delantera del *bunker,* en la salida a la nueva Cancillería del Reich, se oyen voces. Enciende la luz y se encuentra de repente ante una buena docena de rusos uniformados. Reprimen la risa, son mujeres. Personal sanitario, como se ve por los uniformes. La jefe del grupo, al parecer médico, habla alemán. Pregunta por Hitler. Muerto, declara Hentschel y baja los brazos que tenía levantados en prevención, ya que el primer contacto con el enemigo se desarrollaba amigablemente.

Entonces les muestra el camino hacia el interior del *bunker* del *Führer* a las curiosas damas. Tenía la impresión de que los vencedores quieren siempre botín; en fin, que lo tengan, y ya que son mujeres las lleva a la habitación de la esposa de Hitler. Gritando de placer se precipitan sobre las abundantes reservas de vestidos y ropa interior de Eva Braun. □

Habla Hitler

Berlín, Cancillería del Reich, 23-III-1945.
El último protocolo que se conserva sobre la diaria conferencia en torno a la situación militar, muestra una escena fantasmagórica: mientras las tropas británicas y americanas cruzan el Rhin y las soviéticas rebasan Danzig, en la Cancillería del Reich la conversación gira en torno a los espacios verdes berlineses, a la casa que Hitler posee en Obersalzberg y a la posibilidad de emplear fuerzas ucranianas, de la Galitzia e hindúes.

Burgdorf[1]: *El ministro Dr. Goebbels solicita permiso para utilizar el eje este-oeste como pista de despegue. Sería necesario retirar los faroles de cada lado y ensanchar la calzada unos 20 metros a cada lado en el Tiergarten. Dice el ministro que de todas maneras la operación sería positiva porque más tarde quedaría ensanchado el eje este-oeste.*
El «Führer»: *Puede hacerlo, pero lo creo innecesario: la anchura de 50 m tiene que ser suficiente.*
(...)
Burgdorf: *¿Puedo decir al ministro Goebbels que tiene carta blanca en este asunto?*
El «Führer»: *Sí, pero no comprendo porqué tiene que ensanchar la calzada.*
(...)
Von Below[2]: *Si más tarde deben aterrizar allí «Ju 52» en la oscuridad, los faroles tienen que estorbar mucho.*
El «Führer»: *Los faroles desde luego, pero eliminar a ambos lados del Tiergarten 20-30 metros de jardines...*
Von Below: *¡Eso es innecesario!*
El «Führer»: *Más de 50 m de ancho no se necesitan. Ni tampoco sirven para nada, puesto que no se pueden cimentar. No tiene sentido.*
Johannmeyer[3]: *Quizás tan sólo la acera.*
Von Below: *No considero necesario que se eliminen los jardines 20 m a cada lado, pero sí que se retiren los faroles.*
El «Führer»: *Los faroles puede retirarlos.*

Todo esto es un autoengaño

Burgdorf: *Así se lo diré.*
El «Führer»: *Me parece que en el eje este-oeste se podrían también utilizar «Me 162»[4] y «Me 262».*
Von Below: *¡Seguro, dada la longitud!*
Hewel[5]: *Pero no teniendo allí la Columna de la Victoria.*
Burgdorf: *Habría que desmontarla.*
El «Führer»: *Hasta la columna median casi tres kilómetros. La longitud es suficiente.*
(...)
Von Below: *¿Me permite usted, mi «Führer», que durante el tiempo en que no se encuentre usted en Obersalzberg suspenda la niebla artificial? Ahora la estamos utilizando cada vez que se anuncia un vuelo enemigo en esa dirección. Esto supone un fuerte gasto de nuestras existencias.*
El «Führer»: *De acuerdo, pero entonces podemos darlo todo por perdido, no debemos engañarnos. Y es una de las últimas alternativas que nos quedan.*
(...)
Si un día cae Zossen, ¿adónde vamos a ir? Un ataque enérgico contra Zossen y está perdido. Zossen no está seguro, y no porque no haya sido posible asegurarlo, sino porque ha sido construido por el Ejército y no por una empresa privada de construcción. Incluso las construcciones de Speer tampoco ofrecen grandes garantías, no debemos engañarnos. Esta construcción nuestra es masiva porque debe sostener unos edificios gigantescos y que ya de por sí ofrecen una considerable protección. Las construcciones del Ejército son todas una estafa. Esto también debemos tenerlo presente.
(...)
Ahora tenemos que establecer con todo cuidado la relación de fuerzas extranjeras que pueden ser aún utilizadas; por ejemplo, la División Vlassov, ¿sirve para algo o no sirve para nada? Sólo existen estas dos posibilidades. Si sirve, debemos considerarla como una División más; si no sirve, resulta tonto tener armados a 10.000 u 11.000 hombres, mientras no se pueden organizar otras Divisiones alemanas por falta de armamento. Mejor organizar, en ese caso, una División alemana y entregarle las armas de los otros.
Borgmann[6]: *¡La Legión Hindú[7]!*
El «Führer»: *La Legión Hindú no pasa de ser una humorada. Hay hindúes que no son capaces de matar un piojo y prefieren dejarse devorar. Estos tampoco estarán dispuestos a matar a un inglés. El colocarlos precisamente enfrente de los británicos me parece un disparate.*
(...)
En mi opinión, si se pudiera emplear a los hindúes para hacer girar molinos de oraciones o algo por el estilo, serían los más resistentes soldados del mundo. Pero emplearlos en una batalla, me parece absurdo.
(...)
¿Qué significa eso de la División de la Galitzia? ¿No es la misma que la de Ucrania?
Borgmann: *No lo sé.*
El «Führer»: *Cada dos por tres se reciben partes de una División de Galitzia, ¿no es la de los ucranianos? Si está formada por rutenos austríacos, lo mejor que se puede hacer es quitarles las armas. Los rutenos austríacos eran pacifistas: corderos, y no lobos. Ya en los tiempos del Ejército austríaco estaban considerados como miserables soldados: todo esto no pasa de ser un autoengaño. ¿Es esa División de Galitzia la misma que la de Ucrania?*
Göhler[8]: *No, la de Galitzia es la 30 y la de Ucrania la 14. La 30 creo que se encuentra en Eslovaquia.*
El «Führer»: *¿Qué se puede hacer con la Legión Hindú?*
Göhler: *No podría decirle. Hace ya bastante tiempo que se encuentra descansando.*
El «Führer»: *¡Pero si no ha luchado nunca!*
Göhler: *No.*
El «Führer»: *El descanso me parece que debe otorgarse a las tropas que han combatido duramente y necesitan reponerse. Pero esas unidades lo que hacen es descansar y no combatir.*

(1) Wilhelm Burgdorf, General de Infantería, jefe de personal del Ejército y habilitado como ayudante-jefe de la «Wehrmacht».
(2) Nicolas von Below, coronel y ayudante de Aviación del «Führer».
(3) Wilhelm Johannmeyer, comandante y oficial ordenanza del «Führer»
(4) Se trata de un error de Hitler o del taquígrafo: debe entenderse «He 162» o «Me 163».
(5) Walther Hewel, embajador especial.
(6) Heinrich Borgmann, teniente coronel, ayudante militar del «Führer».
(7) La Legión Hindú estaba constituida por unos 2000 ex prisioneros de guerra hechos en el Norte de Africa y en los campos de batalla italianos. Con ellos se perseguía más un fin propagandístico que militar.
(8) Johannes Göhler, coronel de las SS y enlace del «Führer» con las «Waffen» SS.

CAPITULACION SIN CONDICIONES

Hitler designó al almirante Dönitz como administrador de su herencia o, mejor dicho, de su quiebra. Tenía que llevar a cabo lo que el *Führer* no había tenido valor de hacer: poner fin a una guerra sin esperanzas. Walter Görlitz relata la difícil situación y la táctica del nuevo presidente del Reich.

Cuando el almirante Dönitz, comandante en jefe de la Marina de guerra y jefe militar de la Zona Norte del «Gran Imperio Alemán», a la sazón fraccionado en dos partes por las fuerzas americanas y soviéticas, volvió a su Cuartel General la noche del 30 de abril de 1945 de una entrevista con el jefe de las SS Himmler en Lübeck, le fue entregado un curioso mensaje de Berlín. Había sido recibido a las 18,45 horas. Martin Bormann, jefe de la Cancillería del partido, comunicaba desde el «bunker del *Führer*» que Hitler había nombrado a Dönitz como sucesor, en lugar del mariscal Göring. Dönitz debe de tomar todas las medidas que requieran las circunstancias.

El almirante recibe con esto libertad de acción. Sabía que sólo podía significar una cosa: poner fin a la guerra que estaba perdida. «Gestas heroicas, dijo aquella noche al jefe de su Estado Mayor, contraalmirante Godt, ha habido más que suficientes.» Aquella misma noche se entrevistaba de nuevo con Himmler en Plön, pese a la resistencia y desconfianza de éste. Heinrich Himmler era todavía nominalmente el jefe de toda la policía alemana, comandante supremo de las SS, ministro del Interior del Reich y comandante en jefe del ejército de reserva. El jefe de las SS apareció escoltado por seis de sus oficiales bien armados, el almirante colocó una pistola sobre la mesa, disimulada discretamente bajo los papeles. Cuando Himmler supo que Dönitz era el sucesor de Hitler, pidió ser el segundo hombre de su Gobierno. Dönitz rechazó la propuesta de plano. Himmler regresó a Lübeck.

En la madrugada del 1 de mayo de 1945 Dönitz hizo organizar una manifestación de fidelidad al *Führer* con el carácter patético que los momentos exigían. Es difícil comprender por qué lo hizo. Probablemente quería demostrar la unanimidad entre los miembros del Gobierno, precisamente ante las decisivas medidas que habían de tomarse: las negociaciones para la capitulación.

El mariscal Wilhelm Keitel (a la izquierda, el general Stumpff) tras la firma del documento de capitulación en el Cuartel General soviético en Karlshorst.

Que Hitler se había suicidado, que los soviéticos se encontraban ya en las cercanías del «bunker del *Führer*» no lo sabía nadie en Plön. Tampoco se sabía que el comandante en jefe de policía y de las SS en Italia, Karl Wolff, había tratado por su cuenta una capitulación parcial con los angloamericanos. El 2 de mayo de 1945 quedaron en el Norte de Italia, Tirol del Sur, alrededor de un millón de soldados en cautividad; un hecho que, sin sospecharlo los participantes, se adecuaba a las ideas de Dönitz y que más tarde no pudo menos de aprobar.

El 1 de mayo de 1945 se recibieron en Plön desde Berlín otros dos misteriosos radiogramas de Bormann. Anunciaban que el «testamento» (de Hitler), estaba en vigencia. El *Führer* ha designado presidente del Reich al almirante Dönitz y como nuevo Canciller del Reich al ministro de propaganda Dr. Goebbels. Bormann anunciaba lacónico que el *Führer* había fallecido el 30 de abril y comunicaba su inminente llegada a Plön.

En Plön no se sabía que Goebbels y su familia se suicidaban ese mismo día ni que el 2 de mayo el general Weidling, último comandante alemán de Berlín, se rendía con el resto de sus tropas. El testamento no llegó nunca a entrar en vigor. Bormann tampoco llegó nunca, desapareciendo de Berlín sin dejar rastro la noche del 1 al 2 de mayo de 1945.

Esa noche Dönitz hace anunciar oficialmente por Radio Hamburgo la noticia de que el *Führer* ha caído. No emplea el título de presidente del Reich, sigue utilizando el de almirante. Un nuevo juramento de la *Wehrmacht* no se llegó a realizar. Debido al rápido avance inglés hasta Lübeck y Westmecklenburg, la sede del nuevo directorio del Reich fue trasladada de Plön a Flensburg-Mürwik en la parte más septentrional del Reich. Al frente del nuevo gabinete estaba, a ruegos de Dönitz, el antiguo ministro de Finanzas Graf Schwerin von Krosigk. Se cumplían en parte los tres telegramas velados de Bormann. Los Aliados no tomaron nota oficial de este Gobierno. Su meta estaba cifrada en el desarme total de la *Wehrmacht* –por lo que cada unidad tenía que capitular ante la del contrario con la que había luchado– y la completa ocupación militar del territorio del Reich.

En aquellos momentos el almirante regía aún un imperio bastante difuminado. Noruega, los Países Bajos, Dinamarca estaban todavía ocupados, en Bohemia y Moravia se mantenían aún un Grupo de Ejércitos con un millón

doscientos mil hombres en lucha contra los rusos, en el Báltico se defendía todavía el Grupo de Ejércitos *Kurland*, en la península de Hela el Ejército *Ostpreussen*. En las costas del Canal y del Atlántico se mantenían la fortaleza de Dunkerque, las islas del Canal, las antiguas bases de submarinos Lorient y La Rochelle, en el Egeo, Creta y Rodas. En total seguían armados alrededor de tres millones de hombres de las fuerzas alemanas entre el Cabo Norte y el Egeo. La máxima preocupación del almirante era la evacuación de huidos, enfermos, soldados heridos o de unidades completas en el Báltico y en Hela, y en lo que estaba empleada la mayor parte de las fuerzas de la Marina todavía disponibles, así como la infiltración de las prescripciones de los Aliados en caso de capitulación total. Había que evitar, por medio de capitulaciones parciales, que la mayor parte del Ejército del Este cayera prisionero de los rusos, consiguiendo que los Aliados aceptaran la rendición de unidades del frente del Este bajo su custodia. Un historiador francés ha definido este principio como un «capitular con el máximo de fuerzas con el Oeste y con el mínimo con el Este.» Para ello, siguiendo la concepción de Dönitz, había que ir obrando estrictamente de acuerdo con el orden previsto. Por ello prohibió al jefe de distrito de Hamburgo, Kaufmann, que capitulara por su cuenta. El jefe de distrito le tachó de malvado «prolongador de la guerra.»

El 3 de mayo de 1945 el almirante se decidió por comenzar las negociaciones con el comandante en jefe del 21 Grupo de Ejércitos británico, mariscal Montgomery, que operaba en el noroeste de Alemania. Para ello no designó a un general, sino a un viejo conocido suyo, el recién nombrado comandante en jefe de la Marina de guerra, almirante von Friedeburg, hasta entonces sucesor de Dönitz como comandante de la flota submarina. Friedeburg se presentó en el cuartel general de Montgomery acompañado del jefe del Estado Mayor de la Zona Norte, general Kinzel y otros oficiales del Estado Mayor.

El mariscal les recibió de primeras mal dispuesto; después condescendió en oír sus deseos y propuestas.

Hizo constar en seguida que no estaba autorizado a aceptar la capitulación de tropas que hubieran luchado contra los rusos. Pero en las negociaciones de los días 3 y 4 de mayo propuso una capitulación total de las fuerzas alemanas ante sus tropas de los flancos oeste y norte, esto es, en la zona de los Países Bajos, noroeste de Alemania y Dinamarca, incluido el cese inmediato de la guerra submarina y la entrega de la Marina mercante y de guerra alemanas. Friedeburg buscó el consentimiento del almirante Dönitz. «El León», como le habían bautizado sus hombres, asintió de inmediato, aunque la decisión le resultara muy amarga por tener que entregar las fuerzas submarinas, arma que él había creado. El día 4 de mayo regresó Friedeburg al Cuartel General de Montgomery en Lüneburger Heide. El 5 entraba en vigor la llamada capitulación del Noroeste. El mariscal británico se mostró dispuesto a permitir el paso a su Zona de militares que huían de los soviéticos, pero en pequeños grupos. Con respecto a los huidos civiles, que lo hacían en masa estaba también prohibido el paso de la línea de demarcación, pero puntualizó que quería reflexionar sobre ello, ya que no era ningún «desnaturalizado.»

En el sentido de la táctica escalonada de Dönitz la capitulación del Noroeste era un triste éxito parcial. El 6 de mayo el almirante von Friedeburg y el general Kinzel fueron comisionados al Cuartel General de las fuerzas aliadas en Reims para tratar de la proyectada capitulación general del Oeste con el comandante supremo general Eisenhower. El viaje fue una odisea; debido al mal tiempo el avión alemán que los conducía hubo de aterrizar en Bruselas.

Llamamiento a la magnanimidad de los vencedores

De allí continuó el viaje a Reims en coches de los Aliados. Los «invitados» fueron recibidos por el jefe del Estado Mayor de Eisenhower, general Walter Bedell Smith, un oficial sensato y de claros criterios. No estuvo descortés, oyó las proposiciones de los alemanes, se dirigió a su superior y volvió con una contestación descorazonadora. El general Dwight D. Eisenhower, obedeciendo la orden intransigente de la superioridad política, se negaba a aprobar cualquier otra solución que no fuera la capitulación total y sin condiciones. El almirante von Friedeburg llevó este resultado hasta Flensburg.

El almirante Dönitz se decidió a enviar a Reims al jefe de Estado Mayor de la *Wehrmacht*, general Jodl, para lo cual los ingleses pusieron un avión a su disposición. Jodl trató de conseguir un plazo para la firma de alto el fuego, una pausa al menos de dos días entre la firma y la entrada en vigor o una solución escalonada en cuatro etapas, para ganar tiempo en los movimientos de tropas y huidos del Este al Oeste. Bedell Smith no comprendía en absoluto por qué Jodl se resistía tan obstinadamente a una rendición a los soviéticos. El resultado fue un débil compromiso. Entre la firma del 7 de mayo, a las 00 horas debía haber un plazo de 24 o 48 horas. A toda prisa se solicitó el consentimiento del almirante Dönitz en Flensburg, que sólo podía ser representado oficialmente por el jefe de la comandancia suprema de la *Wehrmacht*, mariscal Keitel. A la 1,30 horas del 7 de mayo estaba la autorización en Reims.

A las 2,41 horas en la Sala de Conferencias de la Escuela de Oficios de Reims se celebraba la breve ceremonia de la firma. A toda prisa se habían hecho traer desde París 16 corresponsales de prensa, asimismo se había citado al representante de Francia, el general jefe de Estado Mayor Sevez. El general Eisenhower rehusó su asistencia. Ante el general Bedell Smith, el almirante británico Burroughs, el jefe soviético de misión en el Cuartel General Iván Susloparov y el general Sevez firmaron la capitulación general de Alemania el general Jodl, el almirante von Friedeburg y por la Aviación alemana el general Wilhelm Oxenius. A continuación el general Jodl, breve y con su estilo sobrio, apeló a la «magnanimidad de los vencedores.»

A los corresponsales aliados se les prohibió informar sobre la escena. No se quería hostigar a Stalin con una anticipación de la victoria final por parte de Occidente. Stalin insistió en que la ceremonia tenía que repetirse en el Cuartel General soviético en Karlshorst (Berlín), ante el comandante supremo en Alemania, mariscal Zukov, en presencia de los representantes de los Estados Unidos y Gran Bretaña; pero no el de Francia, que para él no contaba entre las potencias vencedoras.

El 8 de mayo de 1945, los ingleses llevaron en avión a Berlín al mariscal Keitel, al almirante von Friedeburg y, representando la Aviación, al general Stumpff, jefe de la Flota Aérea y de la defensa antiaérea con algunos oficiales como acompañantes. Poco antes de la medianoche del 8 de mayo, en el momento en que entraba en vigor el alto el fuego, comenzó la ceremonia en el antiguo casino de zapadores e ingenieros del Ejército. El mariscal Keitel, monóculo en ristre, firmaba el documento con rostro marmóreo. A continuación se sirvió en una pequeña villa, junto a la Escuela de zapadores donde los «invitados» alemanes se hospedaban, una opulenta cena con «sakuska» y demás especialidades rusas.

La segunda Guerra Mundial había terminado. Pero no hubo paz. □

Ha caído la capital del Reich. Un soldado soviético coloca la bandera roja en lo alto del edificio del Reichstag.

AMOR Y MUERTE

Huida y ejecución de Benito Mussolini y Clara Petacci

Del «Gran Duce», después de su liberación por los paracaidistas alemanes y soldados de las SS, había quedado muy poco. Su «Repubblica Sociale Italiana» era un imperio de humo, que sólo había sido fundado en consideración a Hitler. Erich Winhold relata el final del «Duce».

Mussolini residía en Gargnano, junto al lago Garda, en una villa rodeada de alambradas, escoltado por una compañía de las SS al mando del teniente Fritz Birzer y bajo las miradas suspicaces del inspector de la policía criminal Otto Kisnatt y su Sección de Seguridad.

El 25 de abril Mussolini trató de recuperar la iniciativa y actuar políticamente por su cuenta. Por mediación del cardenal Ildefonso Schuster se entrevistó en el palacio arzobispal de Milán, con los dirigentes de los distintos grupos de partisanos que formaban el «Comité Nacional de Liberación». Las negociaciones parecían llegar a buen término cuando el mariscal Graziani entró precipitadamente con la noticia de que los alemanes ultimaban con los Aliados la capitulación de su Ejército en Italia.

Mussolini se sintió, con razón, burlado y traicionado. Excitadísimo se levantó bruscamente y rompió las negociaciones con los partisanos. Decidió entonces librar la batalla final en las montañas al norte del lago de Como. Un ejército de 3000 «camisas negras» debían de ser sus fuerzas.

Era un largo convoy el que partía aquella noche de Milán: al frente Mussolini en un Alfa gigantesco, detrás el coche de servicio de Birzer y los camiones con sus hombres, a continuación una larga cadena de autos con ministros fascistas y altos dignatarios. Casi al final un coche con matrícula española y la placa del Cuerpo Diplomático. Al volante, sin embargo, no iba ningún español, sino Marcello Petacci; junto a él su hermana Clara Petacci, desde hacía años la amante de Mussolini. Nadie conocía la meta del viaje. Sólo uno lo sospechaba: el ministro de Cultura Mezzasoma respondía cuando a la partida le preguntaban hacia dónde se dirigían: «Quizás a la muerte». Y así fue.

Entrada ya la noche el convoy llegaba a Como. Sobre las tres de la madrugada emprendían de nuevo la marcha; a las cinco y media entraban los primeros autos en Menaggio. Mussolini se hospedó en la villa del jefe fascista de la localidad. Clara Petacci iba con él. El teniente Birzer colocó una guardia ante la villa y marchó a dormir; llevaba treinta y seis horas sin hacerlo.

Al parecer la guardia de las SS no se había tomado muy en serio su cometido, como tampoco Mussolini quería llevar a cabo la lucha final.

Consiguió burlar a su escolta y trató de llegar a la cercana Suiza. Pero Birzer pronto logró dar con él en el Hotel Miravelle de Grandola, donde se había hospedado. Ahora el *Duce* tenía prisa por continuar su viaje a Merano. Birzer insistió en regresar a Menaggio porque su gente necesitaba descanso y aplazó el regreso a Merano para la mañana siguiente.

Por la noche Birzer recibió refuerzos en Menaggio. Llegó una unidad de comunicaciones del Ejército del Aire, compuesta por 160 hombres bien armados, al mando del teniente Fallmeyer. Birzer quería continuar la marcha por la mañana. Por el contrario el número de seguidores de Mussolini había descendido notablemente entretanto. Muchos se habían retirado. Que Alessandro Pavolini, secretario general del partido fascista, hubiese llegado no significaba nada, pues en vez de los 3000 camisas negras esperados había traído consigo sólo doce hombres y un vehículo acorazado de seis ruedas con una ametralladora montada.

El vehículo formaba ahora la vanguardia del convoy que abandonaba Menaggio en la mañana del 27 de abril. Detrás viajaba Mussolini en un Alfa conducido por él mismo. Detrás Birzer con el coche de servicio, a continuación el inspector jefe de policía Kisnatt, que no quería abandonar a su protegido. El convoy avanzaba lentamente por la estrecha carretera de la orilla. Poco después de las 7, al pasar las primeras casas del pueblecito pesquero Musso, el vehículo blindado topó con una ráfaga de ametralladora. La barrera era infranqueable, no se podía pensar en dar la vuelta; habían caído en la trampa. Birzer y Fallmeyer no podían saber que detrás de la barrera sólo había tres partisanos apostados. Fallmeyer fue hacia la barrera y encontró al conde Pier Luigi Bellini (joven de 24 años que se hacía llamar con el seudónimo de Pedro), noble y jurista, a la sazón jefe de un grupo de partisanos de la 52.ª Brigada «Garibaldi». El conde partisano había engañado días atrás a varias unidades de la *Wehrmacht* conminándolas a la capitulación y ahora repetía el ardid. Llevó Fallmeyer a Delebio consigo y acordaron que los soldados alemanes tendrían paso libre asegurado, pero no los italianos que estuvieran en el convoy. En la localidad próxima deberían ser controlados los camiones.

Tras el fusilamiento los cadáveres de Mussolini y su amante fueron transportados en un camión hasta Milán. Allí fueron violados los restos por la exaltada masa del pueblo y colgados finalmente del techo de un garaje en Piazzale Loreto junto con otros fascistas notables (izquierda, Gelormini; derecha, Pavolini y Starace).

A Birzer le quedaba sólo una media hora de plazo para encontrar una solución que hiciera posible poner a salvo a Mussolini. Se procuró el abrigo de un sargento, una cartilla militar y un casco de acero.
Queria esconder al *Duce* con ese disfraz en uno de los camiones. Con las prendas de uniforme prestadas fue hacia el coche blindado.

«¡Agáchese!»

Mussolini pidió abrigos para todos sus acompañantes y al serle denegados por Birzer, exigió señalando a Clara Petacci: «¡Pero ella tiene que venir!» Birzer rechazó esto también: «No puede ser, *Duce*, es imposible, sólo usted.»
Clara Petacci comenzó a gritar histéricamente: «Vaya usted, *Duce*, váyase. Usted tiene que salvarse...»
Esto surtió efecto. Mussolini se levantó, se puso el abrigo en silencio, se caló el casco de acero sobre su cabeza calva y saltó del vehículo. Birzer colocó a Mussolini en uno de los camiones de la unidad de comunicaciones del Ejército del Aire, al fondo entre las piezas sueltas de material. «¡Agáchese usted!»
Estas fueron las últimas palabras que Birzer le dirigía al *Duce*. Otros problemas le aguardaban. Uno de sus hombres le anunció: «¡Mi teniente! ¡Esa Petacci! Se ha escondido en uno de los camiones de la Aviación.» Birzer tenía los nervios a punto de estallar. Dos hombres necesitaron de todas sus fuerzas para sujetar a la Petacci, que gritaba y pataleaba, y poder llevarla a la cuneta. Por fin el convoy pudo ponerse de nuevo en marcha, perseguido por los insultos de los italianos que quedaban atrás.
El convoy entró en Dongo, se alineó en la espaciosa Plaza Mayor y comenzó el registro. Giuseppe Negri, partisano desde hacía sólo un día, subió al quinto camión (contando desde atrás) de la unidad de Aviación, miró algo inseguro en los rostros serios de los soldados sentados con el fusil ametrallador sobre las rodillas, y se dirigió despacio hacia el fondo donde estaba sentado uno medio escondido por una lona. Algo atrajo al antiguo artillero de Marina Negri hacia la derrotada figura; quizá la tranquilidad algo ficticia de los hombres, tal vez un sexto sentido. Uno de los soldados, que estaba sentado en uno de los extremos, señaló con gesto significativo y amistoso hacia el compañero de la esquina dando a entender que estaba bebido, quizás algo más de la cuenta. Negri se acercó y quedó sobrecogido. Se tiró del camión, voló casi hacia el hombre más cercano que se encontraba en la plaza, y tartamudeando de excitación exclamó: «¡Allí, allí está, allí, en el camión, allí está...!»
El hombre al que Giuseppe Negri hablaba era Urbano Lazzaro, ingeniero de 25 años de edad, segundo hombre de la 52.ª Brigada «Garibaldi».
«¿Quién está ahí?», preguntó malhumorado.
«¿Quién va a ser? –jadeó Negri–, él, él, *il Duce*, está allí...»
«No es posible, en absoluto. No puede ser...»
«¡Que sí! –dijo Negri–, es cierto.»
Lazzaro reflexionó un momento, corrió hacia el camión, subió y fue hacia el hombre de la esquina.
«¿Qué pasa camarada?» preguntó en alemán.
Ninguna reacción.
«¡Excelencia!»
Ninguna reacción.
«¡Cavaliere Benito Mussolini!»
Entonces el hombre levantó pesadamente la cabeza, dijo «Sí, yo soy»; se levantó, se quitó el casco de acero, se despojó del abrigo y bajó del camión. Una vez fuera buscó en el bolsillo de la guerrera gris y se llevó la mano a la cabeza –tanto Lazzaro como Birzer, que observaban la escena, contuvieron el aliento sobrecogidos, creyendo que el *Duce* se dispararía un tiro. Pero sólo había sacado el quepi del uniforme del bolsillo para cubrirse la imponente calva. Entonces anduvo con paso mesurado por la Plaza Mayor de Dongo hacia el Ayuntamiento; Lazzaro y algunos partisanos le siguieron respetuosamente a distancia. La noticia de la detención de Mussolini se extendió rápidamente por todo el lugar, la plaza se llenaba más y más de gente que quería verlo con sus propios ojos.
Esta era la situación que el conde Pier Bellini encontró al volver a pie desde la barrera hasta Dongo. La sensación de triunfo cambió pronto en un molesto sentimiento de inquietud: ¿Qué debía de hacer con el prisionero? Presentía que la multitud en la plaza podía enfurecerse y tratar de linchar al prisionero; y un linchamiento era lo último que Bellini deseaba.
Por ello aceptó de buen talante la propuesta del sargento de Aduanas Buffeli de poner al *Duce* a buen recaudo en el cuartel de Aduanas de Germasino. Informó a Mussolini de su propósito y éste, aunque desconfiado, estuvo de acuerdo. Al llegar a Germasino tenía ya tanta confianza en el barbudo jefe de partisanos que le pidió un favor: Si era tan amable de comunicarle a la joven dama detenida en Dongo –la reconocería en seguida por el abrigo de pieles que llevaba– que Mussolini se encontraba con vida y seguro.
Bellini quería saber quién era la dama y contestó ante el titubeo de Mussolini diciendo que no era su recadero. «La dama es la señora Petacci –dijo el *Duce* en voz baja–, pero por favor no se lo diga a nadie». Con esto Bellini estuvo al corriente. Sin dificultades encontró a la dama del abrigo de pieles en una de las oficinas del Ayuntamiento de Dongo. Al repetirle el mensaje de Mussolini preguntó ella: «¿Y qué pasará conmigo?»
Bellini no lo sabía tampoco. «¿Podría llevarme hasta él?» fue la pregunta siguiente y al notar Clara el gesto de admiración de Bellini, añadió con su voz opaca y algo ronca: «Todos pensáis que he estado con él por su posición y dinero, ¿no es verdad? Al principio quizá fuera así, pero ahora... le amo. ¿Es tan difícil de comprender?»
Bellini estaba impresionado por las declaraciones de aquella mujer atractiva y joven. «Trataré de llevarla con él», dijo, y se levantó dirigiéndose a la puerta. Tenía ya la mano sobre el picaporte, cuando le detuvo la voz opaca de la Petacci. «Hay algo más...»
«Sí, dígame.»
«Si tenéis que matarle, me matáis a mí también.» Lo dijo tranquila y reposadamente. Bellini quedó sin habla. Poco después tropezaba en el Ayuntamiento con un amigo, Luigi Canali, más conocido entonces por «capitán Neri»; era una especie de oficial de coordinación que había mantenido hasta la fecha el contacto entre la central de mando en Milán y los grupos de partisanos que operaban en las montañas. Canali venía de Como con el encargo del Comité de

Con la «República Social» de Salò junto al lago Garda, Mussolini prolongó a principios de 1945, rodeado de sus últimos partidarios, la existencia de un caudillo sin pueblo.

Liberación de llevar al prisionero Mussolini a Brunate, una localidad apartada en los montes más arriba de Como, donde el prisionero podría ante todo estar seguro.
Esto le venía bien a Bellini. Preguntó si se podía llevar también a la Petacci. Canali no vio en ello ningún inconveniente.
A eso de las dos de la madrugada partía la comitiva: Mussolini, al que Bellini había traído de Germasino, Clara Petacci, Canali, Bellini y otros tres partisanos. Mussolini iba camuflado con vendajes como si fuera un partisano herido; Clara Petacci llevaba un salvoconducto que la acreditaba como enfermera –se quería evitar cualquier clase de complicaciones posibles. Para escapar a un tiroteo en las cercanías de Como, Bellini cambió de plan y llevó a ambos prisioneros a una finca en las cercanías del pueblo de Mezzegra di Giuliano. Eran aproximadamente las tres y media cuando Bellini sacó de la cama al labrador Giacomo de María y le entregó los dos prisioneros con el encargo de no hablar de ello con nadie y dejarles dormir tranquilos.
La mujer del labrador levantó a sus hijos de la enorme cama de la buhardilla y se la ofreció a los sorprendidos huéspedes; fue la última vez en sus vidas que Mussolini y Clara Petacci pudieron disfrutar juntos de unas horas de descanso.
Bellini, casi tan agotado como sus prisioneros, regresó a Dongo con Canali, con la tranquilidad de haber alojado a Mussolini en sitio seguro.
Pero los dirigentes milaneses del «Comité Nacional de Liberación» y del estrictamente comunista «Comité de la Libertad» estaban decididos a acabar con Mussolini: acordaron hacerle condenar «pro forma» a él y sus partidarios por un tribunal popular y fusilarlo públicamente en Piazzale Loreto, donde poco tiempo atrás la milicia fascista había fusilado a 15 partisanos.
El hombre encargado de conducir a Mussolini hasta Milán era un partisano comunista que se hacía llamar coronel Valerio; su nombre real era Walter Audisio: un hombre enjuto, de estatura elevada y en los ojos el brillo característico del fanático. Se había formado sobre la cuestión una idea muy distinta a la del Comité que le enviaba; pero eso no lo sabía nadie más que él.
Al amanecer del 28 de abril, sábado, Walter Audisio partió a marchas forzadas de Milán.
Hasta la fecha sabía solamente que Mussolini y un par de docenas de dirigentes fascistas habían sido capturados en Dongo, nada más. Pronto sabría que la búsqueda del *Duce* no era tan fácil, ya que no encontró apenas apoyo en los jefes de los partisanos de los pueblecitos a las orillas del lago de Como; para aquellos hombres montaraces, endurecidos por la lucha, el arrogante Audisio, tan elegante con su impermeable negro, no era más que un lechuguino de la ciudad y un fanfarrón a pesar de haberse presentado como un «pez gordo».

«He venido para fusilar a Mussolini»

Audisio no pudo sacar nada en claro. Poco después del mediodía, sobre las dos y diez, entraba en Dongo, sumamente furioso; salió del coche preguntando a gritos por el jefe local de los partisanos. Este era Bellini. Se encontraba en el Ayuntamiento e hizo saber fríamente al desconocido que si alguien quería algo de él, debía molestarse en buscarle.
«Esto es insubordinación», bramó Audisio. Finalmente se encontraron en las escaleras del Ayuntamiento, en actitud hostil.
«Coronel Valerio de la Comandancia General de Milán», se presentó Audisio.
«Pedro, comandante de la 52.ª Brigada 'Garibaldi' –dijo Bellini–; ¿qué busca aquí?»
«He venido –contestó Audisio enojado al máximo, pero frío–, para fusilar en el acto a Mussolini y su banda. ¿Dónde están los prisioneros?». Bellini no contestó. Matar enemigos en la lucha era una cosa, pegar sencillamente un tiro a prisioneros indefensos era otra, y no precisamente de su estilo.
Para ganar tiempo, le aclara que los prisioneros están repartidos en distintas localidades, en Musso, Germasino, etc.
«¿Y dónde está Mussolini?», preguntó Audisio. «El capitán Neri (Canali) puede ir por él –contestó Bellini–, yo voy por los otros».
«Tome usted mi coche», dijo Audisio amistosamente, y Bellini no pudo menos de aceptar su ofrecimiento. Partió así de Dongo con un sentimiento de malestar pero se tranquilizó al pensar que ese hombre sombrío de Milán no sabía dónde estaba Mussolini. Bellini tenía la seguridad de que ninguno de sus hombres se lo diría al arrogante Audisio. Sin embargo, un partisano comunista de nombre Mariotti lo hizo. Audisio tomó consigo al tal Mariotti y partieron con un auto requisado, poco después que Bellini hubiera salido de Dongo.
Mussolini y Clara Petacci habían dormido hasta bien entrada la mañana. Lía de María los vio poco después de las once en la ventana del dormitorio. Les subió una comida sencilla: puches de maíz, salchichón casero y algo que quería ser café. Después de esto los dejó solos, esperando sin saber qué. Poco antes de las cuatro llegó Audisio. Con él iban Lampredi, Mariotti, y el conductor, Geninazza, dueño asimismo del coche y a quien habían prácticamente secuestrado. Mariotti iba delante, pues los labradores le conocían ya de la noche anterior. Audisio y Lampredi le seguían a cierta distancia. Audisio le dice a Lampredi: «¿Sabes? Le diré que hemos venido a liberarle.»
Lampredi: «¿Crees que se lo va a tragar? No es tonto.»
Audisio: «¡Vamos a verlo!»
Walter Audisio llevaba razón: Mussolini estaba irritado, inseguro, desconcertado, pero quería creer que el hombre del fusil ametrallador era su libertador. Él y Clara Petacci subieron al auto.
En el Fiat 1100 no cabían las seis personas. Audisio iba subido a horcajadas sobre la aleta del coche y tenía el «Sten» apuntando hacia el interior del coche –sabía que el viaje iba a ser muy corto. 200 metros después de pasar Magrezza mandó parar el coche en una curva cerrada, en cuya parte interior se levantaba el muro de la cerca de Villa Belmonte.
Audisio saltó de la aleta del coche, abrió de un tirón la puerta trasera del Fiat y gritó: «¡Fuera!»
Mussolini y Clara Petacci salieron torpemente del coche, todavía confundidos. Pero cuando Audisio les gritó «Vamos, allá junto al muro», al menos Clara Petacci comprendió lo que se avecinaba, y gritó: «¡No! ¡No lo podéis hacer... así no... no!»
«¡Fuera de ahí!» gritó Audisio a Clara que se aferraba al brazo de Mussolini, «¡Apártese o muere usted también!»
Y apretó a fondo el disparador del «Sten». Sólo se oyó un ligero chasquido. Se había encasquillado. Clara Petacci se dio cuenta de ello, se lanzó hacia delante, aferró el cañón del arma con ambas manos, lo desvió y gritó con la cara demudada: «¡Así no, no podéis matarnos así! ¡Así no!»
Audisio, con la frente bañada en sudor, pedía a gritos el fusil ametrallador de Mariotti. Este vino corriendo, Audisio soltó su «Sten», Clara dio un traspiés hacia atrás donde estaba Mussolini, Audisio agarró el ametrallador «MAS» de Mariotti y, riendo a carcajadas, lo disparó en ráfagas. Las primeras balas abatieron a Clara Petacci, las siguientes a Mussolini.

□

HOMBRES LOBO

Durante la última fase de la guerra surgió en Alemania una guerrilla con el nombre de *Werwolf* (Hombres lobo). K. Opitz narra el acto más espectacular de aquella organización de asesinos.

Werwölfe se llama en las leyendas germánicas a unos seres salvajes que poseían la facultad de convertirse en lobos. Poco antes de la derrota total ordenó el jefe de las SS, Himmler, la creación de comandos guerrilleros que llevarían ese nombre. Una lucha infatigable desarrollada en la sombra por todo el pueblo alemán, debía convertirse en pesadilla para los enemigos del III Reich. Los «hombres lobo» debían destruir y matar sin compasión. Pero a la hora de formar los comandos sólo pudieron echar mano de jóvenes sin experiencia de las SS y chicos y chicas de las juventudes hitlerianas.

Los jóvenes lobatos recorrían el Reich sin meta ni norte; les faltaba el lobo-guía. Y jefe fue nombrado el general de las SS Prützmann. Por orden suya, el coronel de los «lobos», Kurt Gutenberger, también de las SS, reunió el 22 de marzo de 1945 en el castillo de Hülchrath a la primera manada: el oficial de las SS Herbert Wenzel, el militante de las SS Joseph Leitgeb, Erich Morgenschweiss e Ilse Hirsch, de las juventudes hitlerianas, Georg Heidorn SS, y el carabinero Karl Heinz Hennemann.

Esta manada de lobos recibió la orden de acabar con el alcalde de Aquisgrán Franz Oppenhoff. «Ese perro, al que los 'amis' han hecho alcalde, tiene que desaparecer cuanto antes », dijo el general.

La manada comió y bebió en la cantina del castillo antes de ponerse los chaquetones de vuelo sobre los trajes de paisano. A medianoche los lobos fueron llevados en una camioneta hasta el campo de aviación de Hildesheim. Un Boeing B 17, tomado al enemigo, se encontraba ya calentando motores. La manada subió a bordo.

Sobre Vijlen, punto de la triple concurrencia Alemania, Bélgica, Holanda, se lanzaron en paracaídas. La primera persona con que tropezaron tras el feliz salto fue el carabinero holandés Jos Saiven. Sin pensarlo un momento dispararon sobre él a bocajarro y huyeron del lugar rápidamente.

El 21 de octubre habían entrado en Aquisgrán las fuerzas americanas. La ciudad era un montón de ruinas, el abastecimiento de agua y luz había sido cortado. Las calles estaban llenas de cadáveres, de socavones producidos por las bombas y de escombros. Veinte mil alemanes vegetaban en la ciudad imperial. Desde el atardecer hasta la madrugada estaba prohibido circular por las calles.

En la parte occidental de la ciudad, en la casa de la Hasselholzer Weg en que vivió hasta su evacuación, sometida después al asalto y al pillaje, Ilse Hirsch enciende la cocina con leña menuda para hacerse un café. Lo necesita. Le esperaba una larga caminata. Hacia las diez de la mañana sale a la calle y empieza a preguntar a unos y a otros dónde vive el alcalde. No tarda en averiguarlo: en la Eupenerstrasse 251. La loba va hasta allí y contempla la casa por uno y otro lado. De acuerdo con las normas dictadas por los americanos, junto al número encuentra escrito el nombre de los inquilinos.

†

Oberbürgermeister

Franz Oppenhoff

fiel am Spätabend des 25. März 1945 feigen Meuchelmördern zum Opfer.

Der Verstorbene hat das Verdienst, in bitterster Kriegszeit unter Hintansetzung aller persönlichen Interessen den Verwaltungsaufbau in der schwer zerstörten Stadt Aachen in Angriff genommen zu haben. Die Stadt Aachen dankt ihm dies über das Grab hinaus.

Die feierlichen Exequien finden am Mittwoch, dem 28. März 1945, um 9,30 Uhr im Dome statt. Die Beisetzung erfolgt am gleichen Tage um 11,30 Uhr auf dem Ost-Friedhof (Adalbertsteinweg).

Die Bevölkerung wird dem Verstorbenen die letzte Ehre erweisen und an den Trauerfeierlichkeiten teilnehmen.

Aachen, den 26. März 1945

Die Stadtverwaltung

Los lobos mientras tanto esperaban en el bosque fronterizo entre Bélgica y Alemania. Sobre ellos resonaba el ronroneo de los aviones y por la no muy lejana carretera cruzaban convoyes de mercancías y columnas de soldados. Por turno, uno de ellos vigilaba los alrededores. Del carabinero holandés no parecía acordarse ninguno. Durante la noche la manada cruzó el bosque de Aquisgrán. Morgenschweiss, el más joven, 16 años, era de Merkstein, cerca de allí, y fue el encargado de abrirse paso por las calles de la ciudad destruida. Llegó sin esfuerzo a la casa de la Hasselholzer Weg. «¡Todo listo!» le dijo Ilse Hirsch.

La noche del Domingo de Ramos, 25 de marzo de 1945, la manada abandonó el bosque y se puso en camino. Los lobos Wenzel, Hennemann y Leitgeb se dirigieron a la casa de Oppenhoff, en la Eupenerstrasse. Al atravesar el jardín cortó Leitgeb un cable telefónico que pasaba por entre las ramas de los árboles. No se trataba, sin embargo, del teléfono de Oppenhoff, como había supuesto Leitgeb, sino de un cable de larga distancia de los americanos.

Henneman saltó por una ventana y guiándose con su linterna empezó a subir las escaleras. Elisabeth Gillessen, la sirvienta, le salió al paso: «¿Dónde está el alcalde?», gritó Wenzel en inglés. «Por todos los diablos, ¿dónde está?» La chica se dejó engañar: «Herr Oppenhoff no está aquí; aquí sólo están los niños. El señor y la señora están enfrente, en casa del vecino. En casa del Dr. Faust.» Wenzel le dijo que fuera a buscarle inmediatamente. La sirvienta salió corriendo a casa del vecino. «Herr Oppenhoff en casa le esperan unos soldados americanos. Quieren hablar con usted. Dicen que corre prisa.»

El alcalde se colocó el brazalete blanco y salió. Tres minutos después estaba muerto. En el mismo momento unos soldados americanos buscaban en el jardín la avería telefónica. Los lobos se las apañaron para no caer en las manos de los americanos, huyendo cada uno por su lado. Únicamente Leitgeb volvió al bosque donde esperaba el resto de la manada. Los cuatro se pusieron en camino. Al amanecer llegaron al embalse de Dreilägerbach. Al mismo tiempo pisó una mina. Se oyó una terrible detonación y Leitgeb desapareció para siempre de este mundo. Quedaban sólo tres lobos: Ilse Hirsch, Morgenschweiss y Heidorn.

El 28 de marzo tropezó Ilse Hirsch en unos matorrales y fue a caer sobre un cepo que hizo estallar una mina. La metralla alcanzó a todos. Ilse resultó herida de suma gravedad. «Buena suerte, camaradas.» La loba no pudo seguir la marcha.

Morgenschweiss y Heidorn lograron alcanzar la orilla del Urft. El lobato más joven decidió abandonar. Sus heridas no le permitían intentar cruzar el río. Heidorn siguió solo en dirección a la granja de Hombusch, cerca de Mechernich, punto de reunión de la manada tras el atentado.

Wenzel y Hennemann se encontraban ya allí. Escondieron sus pistolas y consumieron sus últimos chocolates y cigarrillos. Ilse Hirsch fue descubierta por un campesino y trasladada a un hospital. Lo mismo sucedió con Morgenschweiss.

En 1949 el tribunal de Aquisgrán pronunció penas de prisión contra Kurt Gutenberger, Karl Hennemann y Georg Heidorn. Ilse Hirsch fue absuelta y Erich Morgenschweiss no pudo ser acusado debido a su edad; los disparos hechos contra el carabinero holandés se consideraban acto de guerra. El jefe de la manada, Herbert Wenzel, nunca fue hallado. □

En el recuadro la esquela mortuoria del alcalde victima de «unos cobardes asesinos.»

CRONICA

POLITICA

CUESTIONES MILITARES

CULTURA Y TECNICA

1945

1.7.: Con permiso del Gobierno Militar se celebra en Hamburgo el primer concierto sinfónico de la posguerra con la Orquesta Filarmónica de la ciudad.

4. 7.: Termina el plazo dado por el jefe del Gobierno Militar Aliado en Baviera para retirar todos los signos que recuerden la era nacionalsocialista: cruces gamadas, insignias y nombres de calles.

9.-15.7.: El Gobierno Militar británico proclama una amnistía de una semana para las armas. Durante este tiempo pueden entregarse armas, municiones y material explosivo sin persecución alguna por parte de la justicia.

27. 7.: El Gobierno Militar de Hamburgo ha autorizado la apertura de 10 salas de cine para uso del pueblo alemán señalando algunas películas para su proyección durante la primera semana.

31. 7.: Con motivo del aniversario de las elecciones al Reichstag del 31-7-1932, pronuncia una alocución por radio el ministro del Interior de Prusia, Karl Severing.

6. 8.: Para los alumnos de enseñanza básica comienzan en Hamburgo las clases escolares.

1. 9.: La Universidad de Gottinga reanuda su actividad en todas las facultades.

5. 9.: Aparece el «Rhein Neckar Zeitung» bajo dirección alemana. Se publicará dos veces por semana y tiene una edición de 200.000 ejemplares.

10. 9.: Abre sus puertas la Universidad de Marburgo.

17. 9.: Comienza en Lüneburg el proceso del comandante y personal del campo de concentración de Bergen-Belsen.

Condenados a muerte en el proceso de Bergen Belsen: el Dr. Fritz Klein, médico del campo de concentración, y guardiana Irma Greese.

19. 9.: En Londres es condenado a muerte por alta traición, tras tres días de juicio, William Joyce, alias Lord Haw Haw.

28. 9.: Primer periódico alemán en el sector americano de Berlín: reaparece el «Tagesspiegel», que alternará su publicación con el órgano del Gobierno Militar americano «Allgemeine Zeitung».

1. 7.: De acuerdo con la división definitiva de las zonas de ocupación en Alemania, los Aliados occidentales abandonan Sajonia, Turingia y la parte occidental de Mecklenburg. Las tropas rusas ocupan Schwerin, Halle, Leipzig, Weimar, Erfurt y Plauen.

1.-4. 7.: Tropas americanas y británicas ocupan los sectores occidentales de Berlín abandonados por los soviéticos. También un destacamento francés marcha en dirección a la capital.

7. 7.: Los representantes de los EE UU, Clay, Gran Bretaña, Weekes, y la Unión Soviética, Zukov, llegan a un acuerdo para el establecimiento de un gobierno interaliado en el Gran Berlín. Igualmente se dictan medidas conjuntas para el tráfico de personas y mercancías entre los sectores.

14. 7.: Se funda en la zona soviética el «Frente unido de fuerzas antifascistas-democráticas». Comienza la política de bloque.

17.7.-2.8.: Conferencia de Potsdam que reúne a Stalin, Truman y Churchill, sustituido por Atlee, tras la victoria electoral laborista del 29-7. El resultado fueron los llamados «Acuerdos de Potsdam»; el «consejo de los ministros de Asuntos Exteriores». La paz con Alemania se aplaza hasta el establecimiento de un gobierno central alemán.

24. 7.: Se rinden las últimas fuerzas japonesas en Okinawa.

2. 8.: Se firman los «Acuerdos de Potsdam». Fundamentos políticos: desarme total y desmilitarización de Alemania; desnazificación, procesos de los criminales de guerra, democratización, reconstrucción de una administración alemana descentralizada. Principios económicos: control industrial y desmontaje, tratamiento de Alemania como una unidad económica.

6. 8.: Los americanos arrojan la primera bomba atómica sobre Hiroshima. El 80% de la ciudad queda destruido; mueren 90.000 personas.

9. 8.: 24 horas después de haber declarado la guerra a Japón, inicia el Ejército Rojo su ofensiva contra la guarnición de Kwangtung, en Manchuria.

9.8.: Segunda bomba atómica: en Nagasaki mueren 60.000 personas.

2. 9.: En el golfo de Tokio y a bordo del acorazado americano «Missouri», se firma a las 2,40 de la madrugada la rendición incondicional del Japón. Este acto supone el fin oficial de la II Guerra Mundial.

3. 9.: Comienza la reforma del suelo en la zona oriental alemana. «Ningún terrateniente, criminal de guerra o culpable de delitos de guerra, jefes nazis o las personas que desempeñaron funciones sobresalientes en el Estado nazi, podrá disponer de más de 100 Ha de terreno».

10.9.-2.10.: Conferencia de los ministros de Asuntos Exteriores de las grandes potencias en Londres. Quedan al descubierto las diferencias que reinan a propósito de la política alemana.

3. 7.: En Hamburgo se bota el primer barco de la posguerra. Para el deslizamiento de la embarcación de 200 toneladas hubo que emplear sucedáneos de grasa.

6. 7.: Se extiende el servicio civil de correos a toda la zona de ocupación británica. Todos los envíos estarán sujetos a la censura militar. La M mayúscula sobre el primer sello de correos de la posguerra, significa Gobierno Militar. «AM Post» quiere decir «Correo del Gobierno Militar Aliado».

6. 7.: Funcionarios americanos se hacen cargo del control de gran parte del consorcio Farben. En tanto el Gobierno Militar Aliado decide definitivamente al respecto, la administración la dirige un representante del Gobernador Militar americano, general Clay.

Edificio de la administración del consorcio Farben en Francfort.

18. 7.: La obtención de carbón en la cuenca del Ruhr alcanza diariamente las 40.000 t.; es decir, una décima parte de la producción normal. Desde la ocupación del Ruhr la explotación ha pasado de 26 a 126 pozos.

24. 7.: La ración diaria de alimentos alcanza en Schleswig-Holstein 1380 calorías, en Weser Ems 1320, en Baja Sajonia 1300 y en Renania 1150 calorías. Los mineros de la cuenca del Ruhr reciben 3200 calorías.

14. 8.: Por primera vez desde 1939, flotillas pesqueras alemanas navegan a 100 millas de Aberdeen.

16. 8.: Los servicios de correos de Hamburgo reanudan la recogida de los buzones.

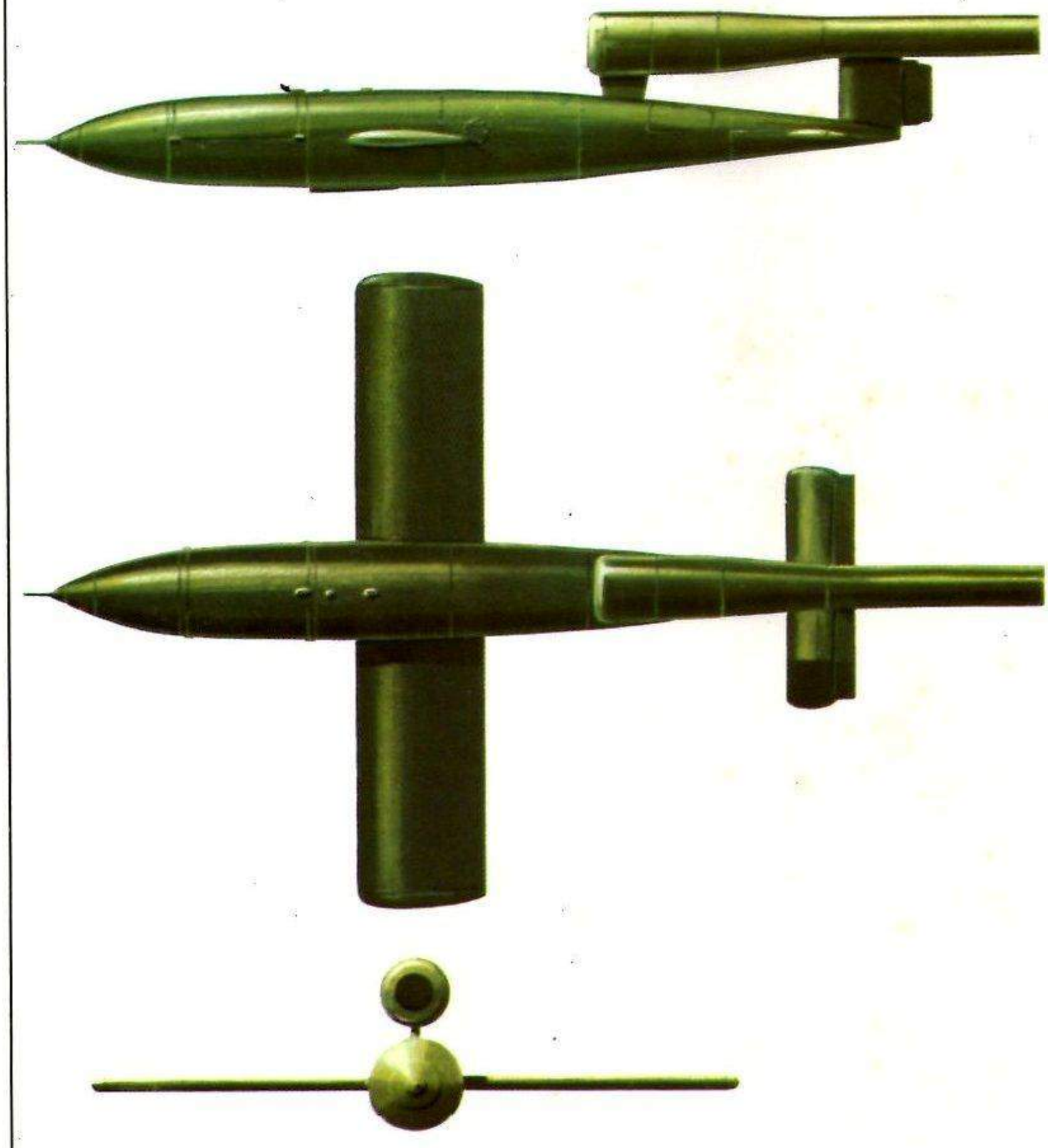
16. 8.: Vuelve a entrar en servicio el puente ferroviario de Dreye, al sur de Bremen, el más importante de los dañados por la guerra en el norte de Alemania.

25. 8.: Después de que el VfL Oldenburg se enfrenta por dos veces con equipos de fútbol de los ejércitos ocupantes, se ha celebrado un encuentro en Hamburgo entre el equipo reserva del titular de la ciudad y la Royal Air Force. Este primer encuentro entre un equipo hamburgués y otro de los ocupantes, se celebró ante 6000 espectadores. La victoria fue para los hamburgueses por 3 a 1.

1. 9.: Primer encuentro de fútbol de la posguerra entre el Hamburgo SV y el St. Pauli. Ganaron los del Hamburgo por 1 a 0 marcado de penalty por Adamkiewicz.

Bomba volante alemana de propulsión a chorro Fieseler Fi 103 (V-1)

Propulsión: 1 propulsor reactor Argus AS O14 de 335 kp
Carga: 850 kg de explosivos
Velocidad máxima: 656 km/h
Altitud máxima: 3000 m
Peso: 21.180 kg
Envergadura: 5,30 m
Longitud: 7,90 m
Diámetro: 0,80 m máximo
Autonomía: 370 km



Bomba volante alemana A-4 (V-2)

Propulsión: 1 motor cohete para oxígeno destilado y alcohol etílico mezclado con agua = 27.500 kg propulsión
Carga militar aprovechable: 975 kg de explosivos
Velocidad: 5470 km/h ó 1520 m/seg.
Autonomía: 400 km
Peso de despegue: 3,5 toneladas
Diámetro: 1,65 m
Longitud: 13,25 m

Kamikaze japonés - Transporte Mitsubishi G4M2 «Betty»

Propulsión: 2 motores Mitsubishi MK 4T 25 doble radial 1850 CV cada uno
Armamento: 4 cañones de 20 mm y 1 ametralladora de 7,7 mm y una bomba Oka bajo el fuselaje
Dotación: 8 hombres
Autonomía: 3650 km
Velocidad máxima: 437 km/h a 4850 m altitud
Peso de despegue: 11.250 kg
Techo operativo: 8950 m
Envergadura: 24,90 m
Longitud: 19,63 m
Altura: 4,11 m

Kamikaze japonés
Yokosuka MXY-7 OKA (Modelo 11)

Propulsión: 1 motor cohete tipo 4 modelo 20, de 800 kp
Dotación: 1 hombre
Velocidad máxima: 860 km/h en horizontal. 1000 km/h en picado
Autonomía: 88 km
Peso: 2140 kg, de ellos 1250 armamento
Envergadura: 5 m
Longitud: 6,07 m

La escena resultaba absurda. Los tramoyistas del estudio destruían con sumo cuidado las viviendas burguesas del Kolberg de 1807, hechas de cartón piedra y madera, mientras fuera los ataques aéreos aliados convertían sus propias casas en montañas de escombros. Jochen R. Klicker cuenta la historia de la película de tesis.

Kolberg

Así, con su traje blanco de seda y las joyas antiguas, parece bella y triste. Su figura irradia dignidad aun en el momento de «refugiarse» en «el corazón magnánimo» del emperador. La reina Luisa de Prusia suplica al victorioso Napoleón gracia para su país y su pueblo. «Casi se lo hubiera prometido –confió más tarde el vencedor a su nuevo aliado el zar Alejandro–. Es una hermosa mujer y uno se siente tentado más que a quitarle la corona a arrojarle una a sus pies.»

Mas las cosas no pasaron del «casi», la paz de Tilsit no aportó nada bueno a Prusia. Pese a la humillación de la reina, Napoleón se mantuvo firme. Sólo concedió una pequeñez.

Los valientes vecinos de Kolberg –Pomerania– que por su arrojado comportamiento contra el corso se habían ganado el respeto de sus enemigos quedarían exentos de la contribución. Opinaba el emperador que debían dedicarse a reconstruir su arrasada ciudad, como un símbolo de la heroicidad de la raza germana.

«Cuando sonríe tiene en su boca un rasgo de bondad», escribió la reina en su diario tras haber enviado a Kolberg noticias de la buena nueva.

Una sonrisa parecida debió de tener en sus labios el Dr. Joseph Goebbels a mediados de 1941 cuando decidió movilizar lo mejor de su «cuadro» cinematográfico para filmar el «Kolberg»: el director Veit Harlan, el guionista Artur Braun, que ya habían colaborado en las películas «Die goldene Stadt», «Immensee» y «Opfergang».

El argumento no podía ser más oportuno. El ministro que, como decidido partidario de la superioridad civil, siempre había observado cierto recelo frente a los militares, necesitaba ahora en el momento culminante de los grandes triunfos de la *Werhmacht*, una película sobre el «frente patrio.» Debía constituir un gran espectáculo, un canto a la resistencia ciudadana, por lo menos tan bello y elocuente como «Lo que el viento se llevó.»

Los trabajos preparatorios, sin embargo, se alargaron de manera extraordinaria. Braun emprendió una serie de estudios históricos complementarios para los que precisaba mucho tiempo. Harlan estaba metido en otros muchos proyectos y realizaba sin descanso. Cuando al fin el guión estuvo terminado la guerra había cambiado de signo contra el Reich alemán.

El 1 de junio de 1943 encargó Goebbels al director de manera oficial la realización de «Kolberg». Una «gran película», como subrayó por escrito, dando a entender que deseaba un gran espectáculo. «La misión de la película debe consistir, basándose en el ejemplo de la ciudad cuyo nombre le sirve de título, en demostrar que la perfecta unión entre el frente y la retaguardia supone una fuerza más poderosa que cualquier potencial enemigo.» En el momento en que Goebbels firma la orden de filmación el general Paulus ha dejado de resistir en Stalingrado, la conferencia de Casablanca ha acordado la rendición sin condiciones de Hitler como objetivo primordial de la guerra, los centros industriales alemanes han recibido 16 millones de kg de bombas y Rommel ha sido derrotado.

El parecido entre lo vivo y lo pintado era intencionado. El que contemplara en la película cómo los vecinos de Kolberg en medio de las ruinas de su ciudad sólo pensaban en resistir al enemigo, debía sentirse más tarde lo suficientemente fuerte como para resistir los bombardeos enemigos.

Es en este instante cuando Goebbels encarga su filme sobre la resistencia: una película para una época «en la que cada cual sabe que lo que se venfila es cuestión de vida o muerte» (Veit Harlan). El rodaje comenzó en noviembre de 1943. Los planes de producción calculaban que duraría un año. Fue movilizada la UFA entera para poder llevar a cabo el gigantesco proyecto. Y, efectivamente, se planeó la obra por todo lo alto: al director se le autorizó a gastar 8,8 millones de marcos.

–se confeccionaron 1000 trajes

–se movilizaron 6000 caballos

–187.000 comparsas se movieron bajo las órdenes de Harlan, entre ellos unidades enteras de la *Wehrmacht* retiradas del frente para tal fin.

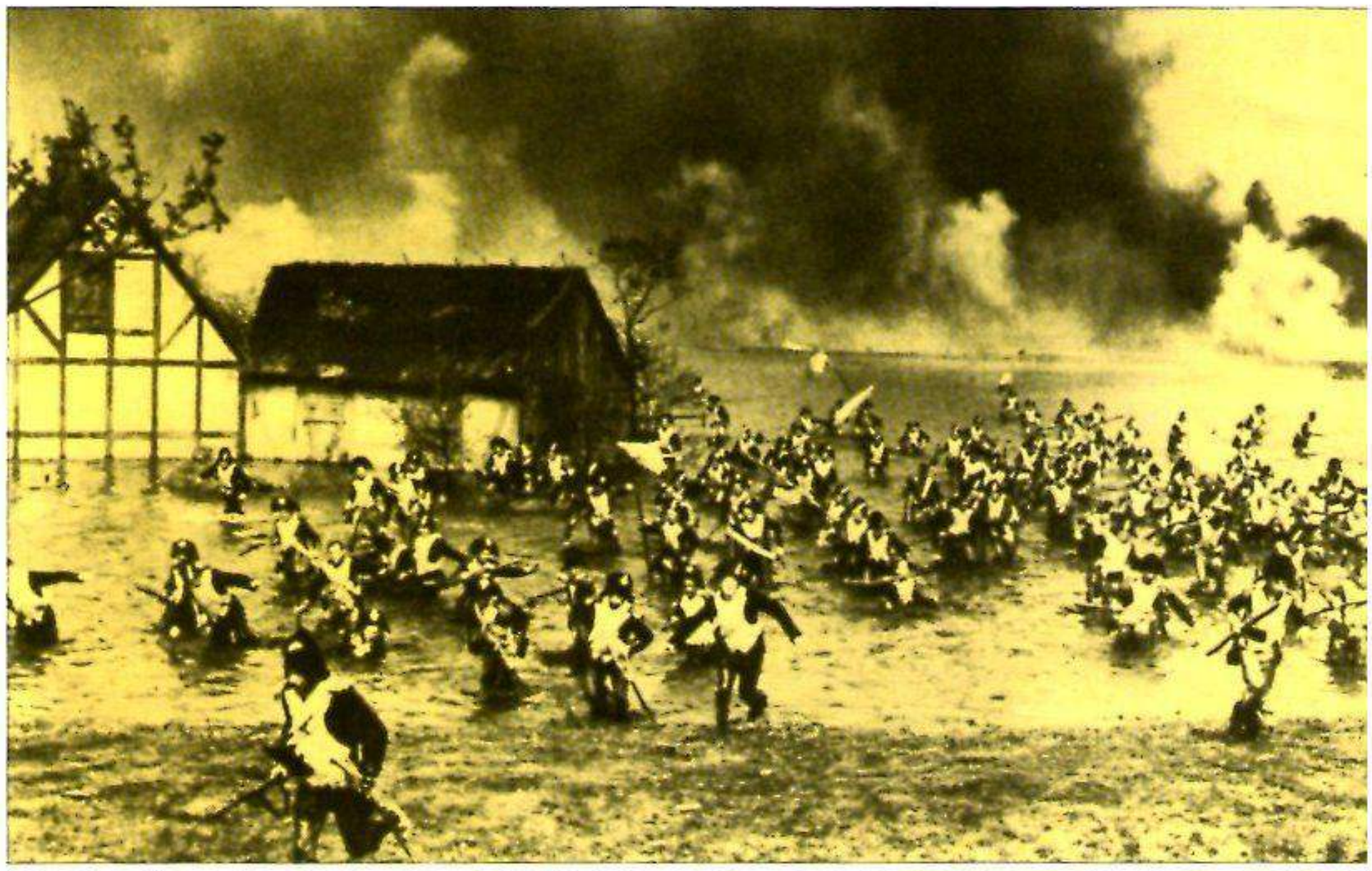
Nada debía impedir a Goebbels la realización de este filme, apoteosis de su voluntad artística y propagandística, cuando ya el crepúsculo de los dioses se abatía sobre el III Reich. Una y otra vez intervino personalmente para soslayar dificultades. Y donde su autoridad no era suficiente presentaba la necesaria orden personal de Hitler.

Escenas con nieve en verano

Mientras en el frente escaseaba la munición, las fábricas de armamento tenían que hacer horas extraordinarias para abastecer el arsenal cinematográfico. Mientras en las ciudades destruidas no quedaba un clavo, ni un cristal con que reparar lo más urgente, la UFA constituía en Neu-Stettin una ciudad cinematográfica, porque el moderno Kolberg no ofrecía el escenario natural adecuado. Mientras los responsables del ferrocarril no descansaban en la búsqueda de vagones para el transporte en dirección al frente del Este, rodaban 100 vagones cargados de sal hacia el lugar de Pomerania en que se rodaba la película: el director deseaba filmar escenas con nieve en pleno verano. Y mientras en el *Volkssturm* se alineaban muchachos y ancianos, Goebbels no cedió uno solo de sus comparsas para que partiera al frente a realizar servicios de protección aérea.

Ante los avances que realizaba el Ejército Rojo, Goebbels no dejaba de urgir diariamente por teléfono a Harlan para que terminara cuanto antes de filmar los exteriores. Sobre todo el director no acababa de rodar las escenas de grandes batallas. La filmación no prosperaba porque faltaban cientos de trajes. Para poder acelerarla Harlan ordenó que se tiñeran los uniformes de los soldados que se movían en el fondo, de un color aproximado a los originales para la película, y que cada cual se confeccionara el resto de los aderezos con papel higiénico.

Continuamente se debía enmendar el



Para la película «Kolberg» se rodaron escenas de masas propias de las películas de Hollywood (arriba, a la izquierda). El reparto estaba integrado por nombres famosos: Heinrich George interpreta el alcalde Nettelbeck, Kristina Söderbaum su hija, (arriba y en el centro, a la izquierda), Paul Wegener el comandante del fuerte Lucadou y Horst Caspar el del joven coronel Gneisenau (abajo, a la izquierda).

texto de acuerdo con la nueva situación política o militar. Cada vez abundaban más en el diálogo las consignas dirigidas a los espectadores: «Mejor perecer entre los escombros de la ciudad que entregarnos al enemigo», o «Pueden incendiar nuestras casas, nuestro suelo queda» (al final incluso se pone esto o algo parecido en boca del personaje histórico Joachim Nettelbeck, que, en su condición de representante de los vecinos de Kolberg, a finales de 1806 convenció a los oficiales Gneisenau y Schill para que defendieran el mayor tiempo posible la ciudad contra la superioridad de los franceses.

Como elemento ambiental decisivo Harlan y Braun utilizaron la música. El autor de «Lili Marleen», compositor de moda y nazi convencido, Norbert Schultze, se encargó de musicalizar sin reposo a lo largo de todo el filme: Subrayó la acción cinematográfica de dos horas de duración con una ininterrumpida intervención coral. Una y otra vez pudo escucharse: «Pueblo ponte en pie y lánzate al asalto.» E incluso en el momento en que la hija de Nettelbeck (Kristina Söderbaum), tras haber atravesado las líneas enemigas, logra comunicar a la reina Luisa (Irene von Meyendorf) la heroica resistencia de los vecinos de Kolberg, Schultze no pudo contenerse y subrayó la emotiva escena con un coral litúrgico.

Pero la corona del sentimentalismo correspondió al Dr. Goebbels en persona. Al darse cuenta de que Kolberg sería la última película que produciría el III Reich decidió intervenir en los diálogos, escribiendo algunos de su puño y letra: el representante de los vecinos, convertido en alcalde, el barbudo Heinrich George, se vio adjudicar una serie de frases hechas de tipo nacionalsocialista, y el joven coronel August Graf Neithardt von Gneisenau (Horst Caspar) tuvo que recitar parlamentos enteros del propio ministro de Propaganda. Hasta qué punto Goebbels entendía que Kolberg debía contener su mensaje para la posteridad, dan idea algunos de los comentarios pronunciados por él durante una proyección privada para sus más estrechos colaboradores: «Dentro de cien años quizás se vuelva a proyectar otra vez un hermoso filme en color como éste, que hablará de los terribles días que nosotros actualmente vivimos. ¿No les gustaría a ustedes jugar un papel en esta película para volver a la vida dentro de cien años?»

Por cierto que una vez terminada la película hizo suprimir escenas enteras que habían costado en total 2 millones de marcos. Sobre todo suprimió la trágica visión de escombros amontonándose en las calles, de las casas destruidas en la ciudad sitiada de Kolberg. Temía que pudieran desmoralizar a los espectadores durante las ultimas semanas y quizá meses de la guerra. Para el estreno la fantasía del ministro había dispuesto algo especial: tras haber acordado a Kolberg todas las calificaciones del caso, según la costumbre nacionalsocialista, el ministro fijó el estreno para el 30 de enero de 1945 –decimosegundo aniversario de la toma del poder por los nacionalsocialistas– e incluso señaló el lugar de la proyección: el fuerte de La Rochelle, en el Atlántico.

Copias del filme lanzadas en paracaídas

Desde hacía semanas el fuerte en el Atlántico se encontraba sitiado. Una orden de Hitler del 18 de agosto de 1944 mantenía la ocupación del puesto, pese a que sólo se le podía atribuir un valor simbólico, después de que el grueso de las tropas de los grupos de Ejércitos G, Sur y Sudoeste habían retrocedido en todo el frente francés.

A Goebbels, sin embargo, le gustaba la situación. ¿No mantenía un cierto parecido con Kolberg defendida contra toda razón militar hasta la paz de Tilsit? Sin duda Goebbels no quería recordar lo que esta paz supuso: el que Prusia estuviera a punto de desaparecer del mapa. Y que la victoria no la consiguieron los vecinos de Kolberg sino los franceses.

Después de todo la película no iba tan lejos como hasta ocultar esta verdad. Pero daba a la derrota de 1807 otro significado, al hacer Harlan evocar los sucesos de Kolberg tras los acontecimientos de Leipzig.

Pero en el momento en que las copias de la película son arrojadas sobre el fuerte sitiado de La Rochelle, Alemania ha perdido ya toda esperanza de poder cambiar de nuevo el signo de la guerra. La guerra está irremisiblemente perdida. Y esto no lo ignoraban los soldados que en la noche del 30 de enero de 1945 se dispusieron a oír el último discurso del *Führer* antes de contemplar el estreno de «Kolberg» la película de Harlan, en un cine medio destruido.

Se habían gastado sin provecho nueve millones de marcos. El III Reich se encontraba en plena agonía. Y fuera de la guarnición de La Rochelle, el filme lo vieron unos cuantos funcionarios de Berlín y unos cuantos aficionados que no quisieron perderse el testamento cinematográfico de Goebbels y abandonaron por unos momentos los refugios para asistir a la proyección en algún cine abierto un par de días al efecto, antes de que Kolberg y Berlín sucumbieran definitivamente. □

Derrota honorable

Último parte del OKW

En la Prusia oriental combatían todavía ayer las Divisiones alemanas en la desembocadura del Vístula y defendían con extraordinario arrojo la parte occidental del lago Frisches. En la península de Curlandia nuestras tropas han ganado fama imperecedera por su fortaleza combativa. Habían rechazado cualquier rendición precipitada. A medianoche, de acuerdo con las condiciones fijadas, las fuerzas alemanas han detenido el combate y paralizado sus movimientos tácticos. En el último momento, los defensores de Breslau se han rendido ante la superioridad enemiga tras una serie de actos heroicos. También en los frentes del Sudeste y Este han recibido nuestras fuerzas la orden de cesar el combate. Lejos de la patria los defensores de las posiciones del Atlántico, nuestras tropas en Noruega y en las islas egeas, con obediencia y disciplina, han hecho honor a la gloria de las armas alemanas.

Desde medianoche callan las armas en todos los frentes. Por orden del Gran Almirante la *Wehrmacht* ha cesado en un combate que se había revelado inútil. Con ello han terminado casi seis años de heroica lucha. Lucha que nos proporcionó grandes victorias y tremendas derrotas. Al final la *Wehrmacht* ha quedado derrotada honorablemente por un poderío bélico muy superior. El sin par esfuerzo en el frente y en la retaguardia encontrará en el juicio posterior y justo de la historia su valoración definitiva.

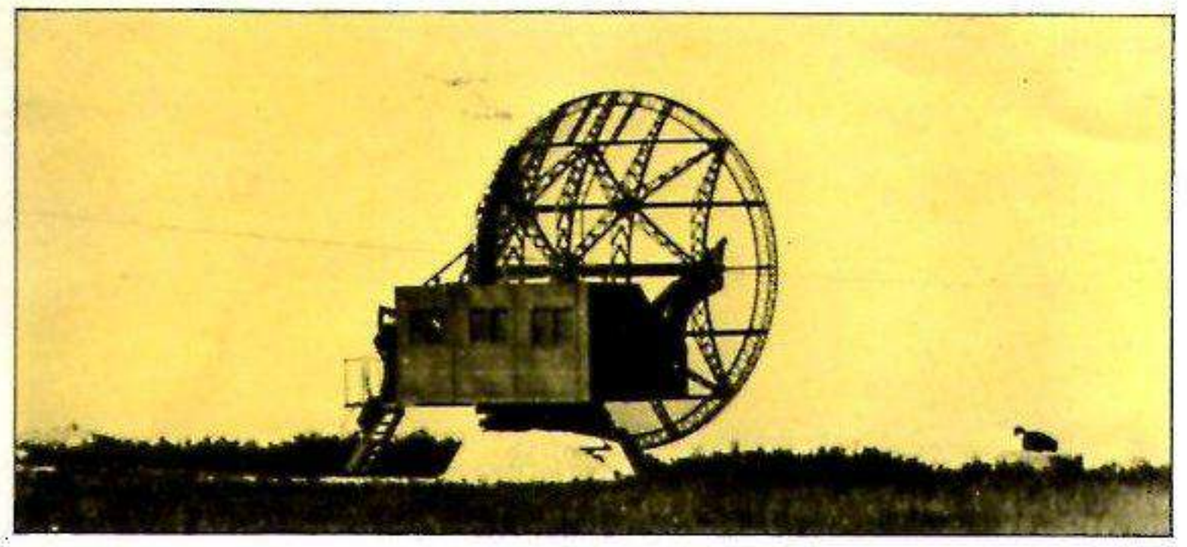
El enemigo no dejará de reconocer el esfuerzo heroico del soldado alemán por tierra, mar y aire. Por ello, cada soldado puede abandonar sus armas con orgullo y en la hora más difícil de nuestra historia, reanudar animoso y confiado el trabajo por la eterna supervivencia de nuestro pueblo.

La *Wehrmacht* evoca en estos momentos a sus camaradas muertos frente al enemigo. Los muertos nos obligan a una lealtad incondicional, a la obediencia y disciplina frente a las innumerables heridas de la Patria que sangra.

Hasta el final de la contienda 51 Estados declararon la guerra al Reich alemán, entre ellos San Marino (21.IX.1944); Argentina fue el último (27.III.1945). En sus mejores tiempos Alemania contó con 7 Estados aliados, 6 fueron neutrales. El saldo de esta relación de fuerzas lo califica el último parte del OKW de «poderío bélico muy superior». En este patético recuerdo de los 50 millones de muertos –de los que al menos 7 millones de muertos alemanes– falta una alusión al porqué de la «heroica lucha».

OCEANO GLACIAL ARTICO
Finlandia 1945
Suecia
Noruega 1940
Helsinki
Estocolmo
Oslo
Mosc
Unión Soviética 1941
Irkutsk
Manchukuo
Japón
Tokio
Peiping
Letonia
Lituania
Polonia 1939
Berlín
Reich Alemán
Checoslovaquia
Austria
Hungría 1944
Rumania
Yugoslavia
Bulgaria
Ankara
Turquía 1945
Siria 1945
Irak 1943
Líbano 1945
Irán 1943
Afganistán
Tíbet
Lhasa
Delhi
Nepal
India 1939
China 1941
Canton
OCEANO PACIFICO
Egipto 1945
El Cairo
Arabia Saudí 1945
Yemen
Adda Abeba
Abisinia 1942
Bangkok
Indochina
Oceanía
Madrid
España
Argel
Trípoli
Roma
Italia 1939
Grecia
Unión Sudafricana 1939
Ciudad del Cabo
OCEANO INDICO
Australia 1939
Sidney
Wellington
Nueva Zelanda 1939
OCEANO GLACIAL ANTARTICO
Antártida
GRISCHEK GRAPHIK

LEXICO DE LA II GUERRA MUNDIAL



Aparato de detección FuMG 65, «Würzburg-Riese», de gran alcance.

«Window», nombre clave de la operación de interceptación de los aparatos radiogoniométricos alemanes mediante el lanzamiento masivo de hojillas de metal. Se empleó por primera vez con gran éxito en el gran ataque de la RAF contra Hamburgo en la noche del 25-VII-43. Espesas nubes formadas con láminas de aluminio de 30 cm de longitud y 1,5 cm de anchura, saturaban la zona que alcanzaban los aparatos de medición Würzburg y Lichtenstein, de radar. El mismo método de interceptación recibía en la parte alemana el nombre de «Düppel». Contramedidas mediante el desarrollo de otros aparatos como el Würzlaus.

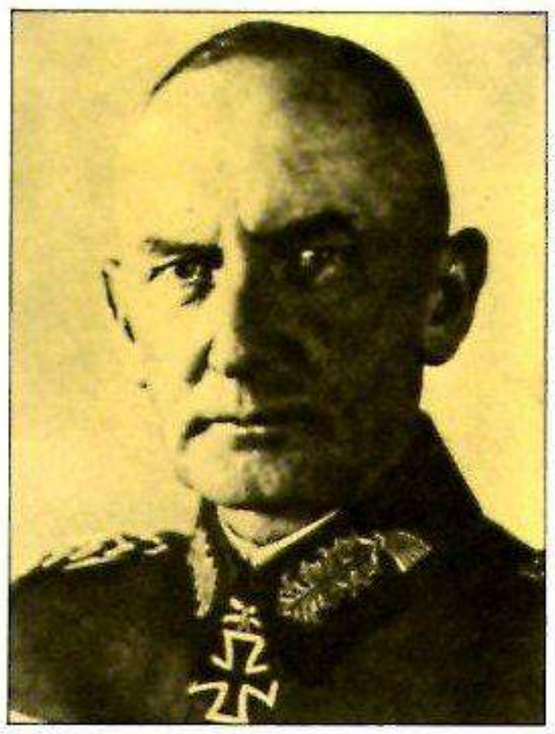
«Wintergewitter» (tormenta de invierno), nombre clave del plan de salvación del Ejército alemán encerrado en Stalingrado en conexión con la operación que habría de ponerse en marcha desde el sudoeste el 12-XII-42, a realizar por el Ejército 4 acorazado (general Hoth). La vanguardia del ataque iría mandada por el general Hans Hube. El ataque no fue permitido por Hitler.

Winterkrieg (guerra de invierno), guerra entre Finlandia y la URSS tras el ataque soviético del 30-XI-39. Durante algunas semanas los finlandeses lograron hacer frente al poderío ruso y hasta lograron algunos éxitos. Del 1 al 3-II-40 seis divisiones finlandesas resistieron el ataque de 19 divisiones soviéticas junto con 6 brigadas acorazadas en la Línea Mannerheim, en el estrecho de Carelia. Una segunda ofensiva, del 11 al 13-II, condujo a la derrota. El 12-III-40 se firmó el armisticio en Moscú. Finlandia perdía el estrecho de Carelia, Viborg y la parte finesa de la península de los Pescadores, además de Hangö. Las Fuerzas Armadas finlandesas sufrieron 24.923 muertos y 43.577 heridos. El Ejército Rojo registró 48.745 muertos y 158.863 heridos.

Witzleben, Erwin, mariscal alemán (19-VII-1940) nacido en Breslau el 4-XII-1881 y ejecutado en Berlín el 8-VIII-1944. General de División el 1-II-34. Comandante en jefe del Ejército 1 el 1-IX-39. Jefe del Grupo de Ejércitos D el 26-X-40. Jefe del Oeste del 1-V-41 al 15-III-42. Desde 1936 vinculado activamente a la resistencia. Debido a sospechas, enviado al retiro por Hitler, el 21-III-42. Previsto como jefe supremo de las Fuerzas Armadas tras el derrocamiento de Hitler. Tras el fallido atentado del 20-VII-44, detenido y condenado a muerte por el Tribunal Popular el 8-VIII-44.

Wolff, Karl, *Obergruppenführer* y general de las SS (30-I-1942) nacido en Darmstadt el 13-V-1900. Desde 1931 miembro del partido nazi y de las SS. Al comenzar la guerra, enlace entre el jefe de las SS y Hitler y al tiempo jefe del Estado Mayor personal de Himmler. El 23-IX-43, máximo jefe de las SS y policía en Italia. El 26-VII-44, general plenipotenciario de la *Wehrmacht* en Italia. Sus conversaciones secretas y unilaterales con Allan Dulles en territorio suizo condujeron a una anticipada capitulación de las tropas alemanas en Italia. Tras la guerra, compareció dos veces ante los tribunales. El 30-IX-64 condenado a 15 años al habérsele considerado culpable del envío de 300.000 judíos a Treblinka y del fusilamiento de partisanos y judíos en el frente de Minsk. Puesto en libertad a los seis años bajo garantías.

«Wolfsschanze» (Guarida del Lobo), cuartel general de Hitler en Rastenburg, en la Prusia oriental. Usado con interrupciones desde el 24-VI-41 hasta el 20-XI-44. En él se produjo el 20-VII-44 el atentado contra Hitler perpetrado por el coronel Stauffenberg.



Erwin von Witzleben

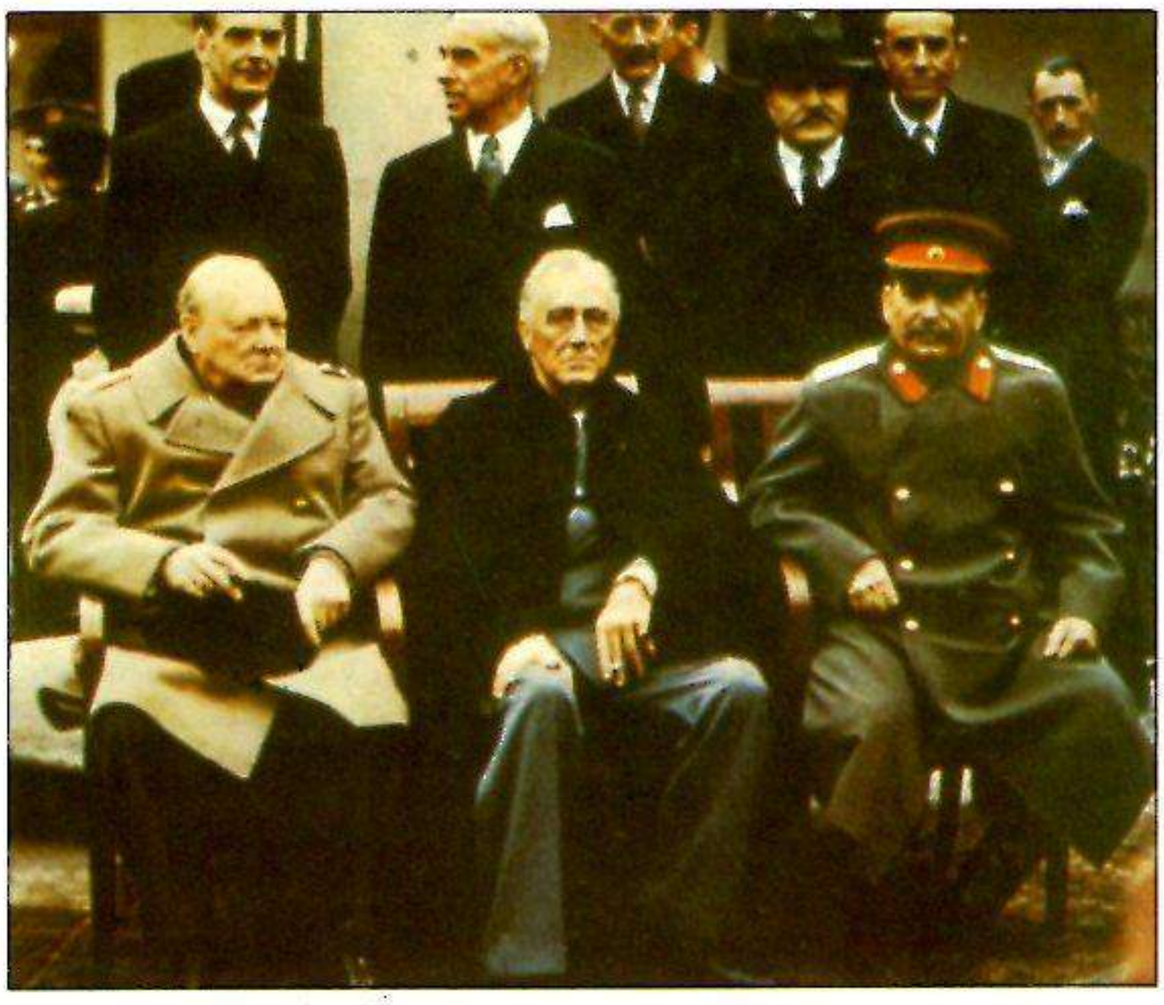
«Würzburg», nombre clave del aparato de medición *FuMG 62* de la *Luftwaffe* alemana. Junto con el sistema de alerta Freya formaba el complejo de radar básico de defensa antiaérea, completado con los cañones antiaéreos y los reflectores. Junto con el sistema Freya fue empleado a partir del verano de 1941 para el control de la caza nocturna tras el sistema Himmelbett. Deja de emplearse a partir de 1942 al sustituirlo por un radar especial para operaciones de noche: el *FuMF 65*, con un alcance de 65 km en lugar de los 60 de antes. Logro de la firma Telefunken, el sistema «W» pasó al dominio de la tropa a partir de 1940. Tras la observación de distorsiones producidas por el llamado sistema «Window» (véase) se desarrolló el llamado «Würzlaus».

«Wolfsschanze» (Guarida del Lobo): Hitler, Göring y Bormann inspeccionan los trabajos de construcción.

Y

Yak, nombre dado comúnmente a los aviones producidos por el constructor soviético Alexandr S. Yakovlev. De su departamento de modelismo, especializado en aviones escuela y de caza, salieron el monoplaza y los bombarderos *Yak 1, Yak 3* y *Yak 9,* de los que se produjeron unas 30.000 unidades durante la segunda Guerra Mundial. El modelo principal estuvo muy influido por el alemán *Heinkel He 100.* El *Yak 9* entró en combate por primera vez en Stalingrado. La última serie, correspondiente a finales de 1942, el *Yak 9 P,* se mantuvo en servicio hasta los años 50 en la URSS y sus países aliados. Datos del caza de gran autonomía *Yak 9 D:* un motor de 1210 CV; velocidad máxima: 600 km/h a una altura de 3500 m; autonomía: 1300 km. Armamento: un cañón de 20 mm y una ametralladora de 12,7 mm.

Yalta, ciudad soviética en la costa sur de Crimea. En ella tuvo lugar del 4 al 11-II-1945 una conferencia de los «Tres grandes»: Churchill, Roosevelt y Stalin. En la conferencia se reafirmó la unidad sobre las operaciones a desarrollar en la fase final de la guerra, la división de Alemania en zonas de ocupación (además de la desmilitarización y desnazificación del país derrotado), la formación de un Gobierno polaco, provisional, la desmembración de los territorios polacos orientales junto a la Línea Curzon y la indemnización a Polonia mediante la entrega a este país de los territorios orientales alemanes. En un protocolo secreto, los Aliados occidentales entregaban a la Unión Soviética las islas Kuriles, el sur de Sajalín, etc., a costa de Japón.



Churchill (izquierda), Roosevelt (centro) y Stalin en Yalta (1945).

Yamamoto, Isoroku, almirante japonés (nov. 1940) nacido en Magaoka/Honshu el 4-IV-1884 y muerto el 18-IV-1943 al derribar los americanos su avión en vuelo a las islas Salomón. Subsecretario de Marina en 1935. En 1938 comandante de la 1.ª Flota. En noviembre del 40, comandante de toda la flota japonesa. Se le atribuye la responsabilidad del plan de ataque contra Pearl Harbor, así como la reconstrucción de la flota de portaaviones de su país. También fue responsable de la derrota japonesa en Midway, que significó un gran giro en la guerra del Pacífico.

Yamato, acorazado japonés que entró en servicio el 16-XII-1941. 69.000 t, 27 nudos. Eslora: 263 m. Manga: 38,9 m. Dotación: 2500 hombres. Armamento: 9 cañones de 460 mm (los más pesados que jamás haya montado un buque); 6 de 155 mm; 24 antiaéreos de 127 mm. Tomó parte en las operaciones de las Midway. En diciembre del 43 se encuentra ante Truk, y el 25-X-44 toma parte en la batalla de Samar. Hundido el 7-IV-45 al sudoeste de la isla Kiushu tras ser alcanzado por 10 torpedos aéreos y 23 bombas. Murieron 2498 marineros.

Yugoslavia, reino balcánico que contaba en 1940 con unos 16 millones de habitantes. El 25-III-1941, Yugoslavia se adhirió en Viena al Pacto Tripartito. Dos días después se produjo un golpe de estado en Belgrado. Nuevo Gobierno, presidido por el general Simović. Asciende al trono Pedro II, de 17 años, para lo cual hubo de declararle mayor de edad. Manifestaciones antialemanas en Belgrado y otras ciudades servias. El príncipe regente Pablo decide exiliarse a Grecia. Por la tarde del 27-III-41, Hitler declara que se propone aniquilar a Yugoslavia «como potencia militar y como Estado». El 6-IV-41 comienza el ataque alemán contra Yugoslavia. El 17-IV firmaba en Belgrado el general Kalafatović la capitulación del Ejército yugoslavo (entra en vigor el 18-IV). Total de prisioneros yugoslavos en poder de los alemanes: 344.000. El rey Pedro II y el Gobierno de Simović se exilian a Londres. El país queda repartido entre Italia, Alemania, Hungría, Bulgaria y Albania. Croacia y Montenegro permanecen como países independientes. Comienza una guerra de liberación, contra los ocupantes alemanes e italianos. Por parte yugoslava luchan los partisanos fieles al rey, dirigidos por Draža Mihailović, y el ejército de liberación comunista, al mando de Josip Broz/Tito. Este último termina logrando el mando absoluto sobre todas las tropas combatientes. El 29-XI-1945, el país se convierte en la República Popular Federativa de Yugoslavia.

Ejecución de rehenes en Yugoslavia como represalia por los ataques de los partisanos contra las fuerzas ocupantes.

Z

Zeitzler, Kurt, general alemán (30-I-1944) nacido en Cossmar el 9-VI-1895 y muerto en Hohenaschau el 25-IX-1963. Jefe del Cuerpo de ejército XXII; del *Panzergruppe* A; del 1.er *Panzerarmee.* Jefe del Estado Mayor del Grupo de Ejércitos D. Jefe del Estado Mayor del Ejército. Mantuvo serias diferencias con Hitler respecto de la valoración de la situación militar y, tras cuatro peticiones de licenciamiento presentadas por él mismo, fue cesado al fin por Hitler. Se retiró definitivamente en enero de 1945. Hasta febrero de 1947, prisionero de los ingleses.

Zero-Sen, nombre con el que se conocía al monoplaza japonés *Mitsubishi A6M* (nombre clave aliado, Zeke). Las esperanzas de los japoneses se apoyaban en la gran maniobrabilidad, ligereza y autonomía –1870 km– de este avión. Efectivamente el Zero-Sen, representó para los americanos *Curtiss P-40* y *Grumman Wildcat* una desagradable sorpresa. A principios de 1943 el avión quedó muy por debajo de los americanos *Hellcat* y *Corsair,* trasladados en portaaviones. Al final de la guerra todavía eran Zero-Sen la mitad de los aviones japoneses disponibles. Fue el modelo más abundante, con 10.937 ejemplares, así como el más famoso de los aparatos japoneses. Datos de la serie *A6M5*: un motor de 1130 CV; velocidad máxima de 565 km/h a una altura de 6000 metros. Velocidad ascensional: 1380 m/min. Techo operativo para el ataque: 10.300 m. Dos cañones de 20 mm y 3 ametralladoras de 13,2 como armamento fijo.

«Zitadelle», nombre clave para el ataque contra el arco formado por los soviéticos cerca de Kursk. Último intento de Hitler de llevar a cabo una ofensiva en el Este. Primera orden de operaciones el 13-III-1943. El mal tiempo y dificultades de aprovisionamiento obligaron a aplazar el término fijado. El ataque comenzó el 5-VII-1943 desde el sector de Orel y Biélgorod. El Grupo de Ejércitos Sur atacó con 11 divisiones; el Grupo de Ejércitos Centro, con 8, con un total de 2000 carros y cañones de campaña. Las

El «Mitsubishi A6M Zero-Sen» dominó durante largo tiempo el espacio aéreo del Pacífico.

Luftflotten 4 y 6 apoyaron el ataque con unos 1800 aviones. La fecha era conocida por el enemigo y, por lo tanto, no se trató de un ataque por sorpresa. El Grupo de Ejércitos Sur tan sólo pudo ganar 18 km el 6-VII, mientras que el Grupo de Ejércitos Norte se limitó a conquistar 10 km. El éxito fue muy limitado. El contraataque soviético en el frente del Orel obligó a Hitler el 13-VII a suspender la operación, además porque la situación en Italia obligaba a la recuperación de tropas. Los alemanes, perdieron 20.720 hombres, de ellos 3300 muertos. Los soviéticos, según los cálculos alemanes, sufrieron 17.000 bajas y 34.000 prisioneros.

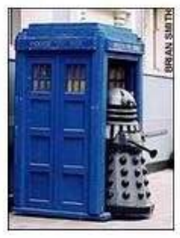
Zuikaku, portaaviones japonés. 25.675 t. En servicio desde el 26-IX-1941. 34,2 nudos. Armamento: 16 cañones de 127 mm. Capacidad hasta 84 aviones. Operaciones: 7-XII-41, ataque contra Pearl Harbor; 6-8-V-42, batalla en el mar de Coral. El buque permaneció incólume pero perdió todos los aviones hasta el punto de que no pudo participar en la batalla de Midway (3-7-VI-42). Del 23 al 25-VIII-42, batalla en torno a las islas Salomón. 25-26-X-42, batalla de las islas de Santa Cruz. Hundido por aviones americanos el 25-X-44 en la batalla de Leyte.

Zukov, Georgi Konstantinovich, mariscal soviético. Nació en Strelkova, distrito de Kaluga, el 2-XII-1896, y murió en Moscú el 18-VI-1974. Ingresó en el Ejército en 1915. De 1932 a 1936, jefe de la División 4 de cosacos del Don. En 1937 general del III Cuerpo de caballería. 1937/38 del VI Cuerpo de cosacos. 1939/40 jefe de un Grupo de Ejércitos en el Jaljin-Gol. 1940 jefe del distrito militar de Kiev. 1-II-1941 subcomisario para la Defensa (subsecretario) y jefe del Estado Mayor. 29-VII-1941 jefe de las fuerzas de reserva. 7-X-1941 jefe del frente occidental. 26-VIII-1942, 2.º jefe del Ejército Rojo. 29-III-1944 jefe del 1.er Frente de Ucrania. 16-XI-1944-junio 1945, jefe del frente de la Rusia Blanca. Junio 45-abril 46, jefe del Grupo de Ejércitos en Alemania. Jefe del distrito militar de Odesa. Febrero 1955-octubre 1957, ministro de Defensa. 1957 destituido de todos sus cargos.

«Zwilling», nombre popular del avión *Heinkel He 111 Z.* Este modelo gemelo se dedicó desde primeros de 1941 al arrastre del velero pesado *Messerschmitt Me 321 «Gigant».* Dos *Heinkel 111* iban unidos por una pieza central cada uno con un ala exterior y se les dotó de un quinto motor. Posteriormente pensado como medida de emergencia y luego se le pretendió convertir en bombardero de gran autonomía y avión de reconocimiento como la variante *He 111 Z.* Solamente se construyeron 12 unidades. Datos del *He 111 Z* 5 motores de 1340 CV; velocidad máxima: 435 km/h a una altura de 8000 m. Velocidad de arrastre: 219 km/h arrastrando un *Me 321.* Dos ametralladoras de 13 mm y 4 de 7.º Siete hombres de tripulación.

Georgi Zukov

EX LIBRIS Scan Digit **Villano 66**



The Doctor

http://thedoctorwho1967.blogspot.com.ar/

http://el1900.blogspot.com.ar/

http://librosrevistasinteresesanexo.blogspot.com.ar/